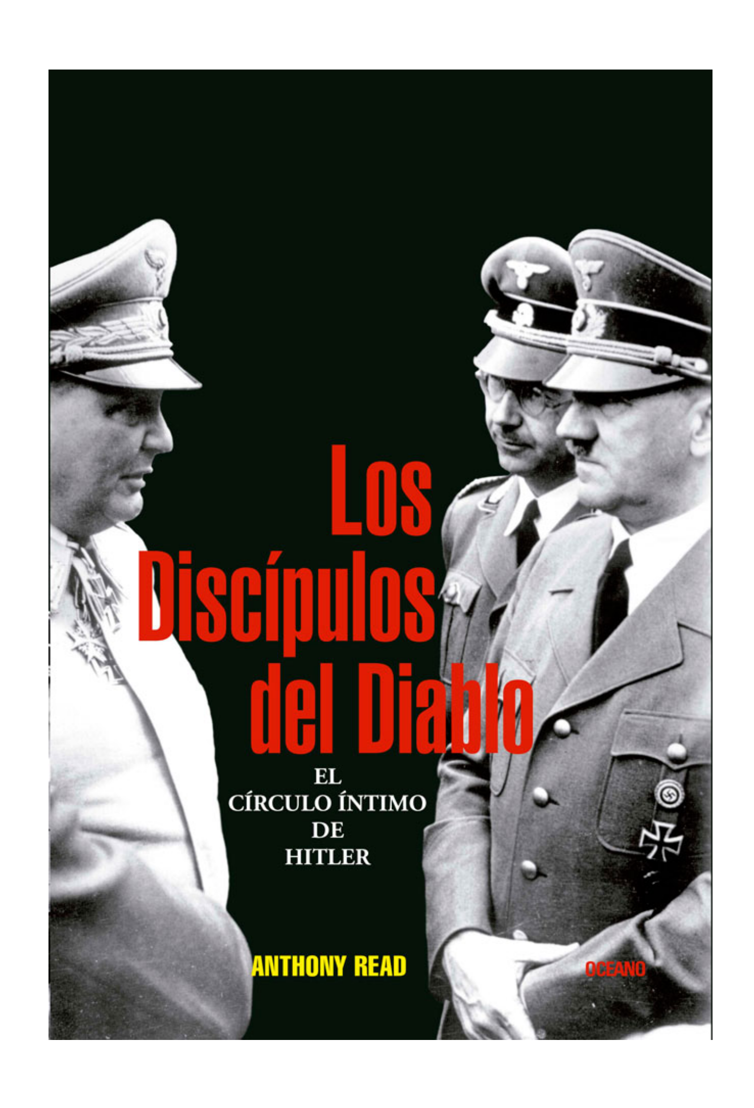


Los Discípulos del Diablo

EL CÍRCULO ÍNTIMO DE HITLER

ANTHONY READ

OCEANO


Los
Discípulos
del Diablo
EL
CÍRCULO ÍNTIMO
DE
HITLER
ANTHONY READ
OCEANO

ANTHONY READ

Los discípulos del diablo

El círculo íntimo de Hitler

OCEANO

Para Rosemary,
con eterno amor y gratitud

Prólogo

Lo llamaban ASHCAN, sardónicas siglas del Allied Supreme Headquarters Centre for Axis Nationals. En él, en mayo de 1945, estadunidenses y británicos, vencedores de la segunda guerra mundial, juntaron y vaciaron lo que quedaba del mando del Tercer Reich de Hitler: cincuenta y dos políticos, comandantes militares y altos funcionarios diversos, para ser interrogados, investigados y preparados para enjuiciarlos en Nuremberg, como criminales de guerra.

El ASHCAN estaba instalado en el Palace Hotel de Mondorf-les-Bains, elegante ciudad balnearia de calles arboladas y tranquilas en torno a un cuidado parque público, entre los bosques y viñedos del sinuoso sureste del ducado de Luxemburgo. Un arroyuelo en el flanco sur de la ciudad señalaba la frontera con Francia; la frontera con Alemania se hallaba a unos seis kilómetros al este, en el paso del río Mosela. El Palace era el principal entre la docena de hoteles de la ciudad, erigido en lo alto de amplios parques y jardines. Era un edificio ordinario de ocho pisos, los dos últimos con mansardas; sus dos alas formaban una V somera, y sus pálidas paredes estucadas se animaban con paneles art déco, muy lejos de los chillantes esplendores del Reich.

En tiempos de paz, el Palace atendía discretamente a acaudalados visitantes en busca de alivio al reumatismo y afecciones del hígado, en los dos manantiales de aguas termales de la ciudad. Pero en mayo de 1945, los finos acabados y accesorios —candelabros, tapetes y cortinas, el cómodo mobiliario— habían desaparecido. En las habitaciones, catres plegadizos sin almohadas, colchonetas rellenas de paja y ásperas cobijas militares remplazaban a las confortables camas y colchones de resortes. Los únicos muebles adicionales en cada cuarto eran una dura silla recta y una endeble mesa, diseñada para desplomarse de inmediato bajo el peso de un hombre, a fin de frustrar todo intento de suicidio. Los vidrios de las ventanas habían

sido remplazados, primero por tela de alambre y luego por acrílico Perspex inastillable y barras de metal. No había focos ni electricidad en los cuartos, ni espejos, ni cerraduras en las puertas, aunque se había abierto un agujero en cada una para permitir a los guardias asomarse en cualquier momento. Afuera, una pista privada de aterrizaje se extendía en los jardines, rodeados por una cerca de alambre de púas con sistema eléctrico de alarma y cuatro torres de vigilancia equipadas con ametralladoras y reflectores, más para la protección de los prisioneros que para impedir su fuga.[1]

Los estadunidenses que requisaron el hotel no habían dejado a la suerte la seguridad de sus huéspedes, pero les pusieron muy en claro que su condición había cambiado en forma abrupta, y permanente. Apenas días atrás, esos visitantes habrían exigido todos los lujos que el hotel pudiera ofrecer. Durante años se habían atascado de poder, posición y privilegios. Ahora estaban reducidos a cáscaras vacías, algunos de manera lastimosa, otros adoptando poses mientras se aferraban a sus ilusiones, prendidos de los últimos residuos de autoridad.

Desde el momento en que llegaban, los prisioneros eran sometidos a humillaciones, empezando por una inspección física íntima a cargo de un médico carcelario. Les quitaban la ropa, la cual era minuciosamente examinada para buscar cápsulas con veneno o armas suicidas, que solían descubrirse cosidas a uniformes u ocultas en tacones de zapatos. Todos los objetos punzocortantes eran confiscados, entre ellos alfileres de medallas, insignias y distintivos de rango; también lo eran agujetas, cinturones, tirantes, ligas, corbatas, zapatos con casquillos de acero, anteojos y todos los báculos, cayados y bastones de mando, pérdida particularmente resentida por los mariscales de campo. De cara a tales indignidades, la mayoría de los hombres —porque todos eran varones, habiendo sido restringidas las mujeres a papeles de apoyo en la ideología nazi— se veían en dificultades para mantener cierto decoro, y más aún la altivez, que se había convertido en su segunda naturaleza en los doce años previos.[2]

El primer nazi importante en llegar fue Arthur Seyss-Inquart, alto y delgado, cojeando pesadamente de la pierna izquierda a causa de una herida sufrida durante la primera guerra mundial, cuando fue oficial del ejército austriaco. A sus captores se les dificultó creer que ese hombre que miraba sin interés en torno suyo a través de gruesos anteojos hubiera ejercido a lo largo de siete años el poder de vida o muerte sobre millones. Seyss-Inquart

fue quien, en 1938, como ministro del Interior en Viena, entregó Austria a Hitler en charola de plata al abrir la frontera al ejército alemán. Soltó así a cuarenta mil agentes de policía y de los batallones de la muerte de la SS contra los trescientos mil judíos de ese país, y ofreció un antiguo palacio de los Rothschild como centro de operaciones para Adolf Eichmann y su “Oficina Central de Emigración Judía”. Tras un año como gobernador de Austria, fue vicegobernador general de Polonia, y más tarde, desde mayo de 1940, comisario en los Países Bajos, donde durante los cinco años siguientes fue responsable de decenas de miles de deportaciones a campos de concentración, incontables ejecuciones sumarias y, en las últimas semanas de la guerra, la muerte por inanición de al menos dieciséis mil holandeses.

A Seyss-Inquart le siguió Hans Frank, llegado en una ambulancia del ejército estadunidense, “un lamentable despojo humano” en condiciones aún graves tras haberse cortado venas y garganta en un intento de suicidio.[3] De entonces cuarenta y cinco años de edad y ralo cabello oscuro, Frank se había afiliado al DAP (Partido Obrero Alemán), precursor de los nacionalsocialistas, cuando tenía diecinueve y estudiaba leyes en Munich; se hizo miembro de la SA en 1923, y marchó detrás de Hitler en el fracasado *Putsch* [golpe de Estado] del 9 de noviembre. Después fue asesor legal y principal jurista del partido, y ganó renombre como abogado defensor de militantes acusados de delitos penales y civiles antes de que Hitler llegara al poder. También fue abogado personal de Hitler. A partir de 1933 fue responsable de transformar el sistema legal alemán para adecuarlo al nacionalsocialismo. Pese a su culpabilidad en incontables casos de perversión de la justicia, habría podido escapar al juicio como importante criminal de guerra si no se le hubiera nombrado gobernador general de Polonia en octubre de 1939.

Las órdenes de Hitler a Frank, al nombrarlo su virrey, fueron inequívocas: debía “asumir la administración de los territorios conquistados, con la orden especial de explotar despiadadamente esa región como zona de guerra y país botín, para, por así decirlo, reducirlo a escombros en su estructura económica, social, cultural y política”.[4] Gobernando como un déspota oriental desde el espléndido Castillo de Cracovia, Frank cumplió de sobra sus instrucciones, y convirtió su feudo en

el territorio ocupado más teñido de sangre, con la posible excepción del oeste de la Unión Soviética bajo el atento cuidado de Alfred Rosenberg. Básicamente inseguro, y con su autoridad amenazada por la constante lucha de poder con la SS, Frank compensó su debilidad con una brutalidad exagerada. Supervisó la masacre de la *intelligentsia* polaca, despachó al Reich cientos de miles de trabajadores esclavos y aportó los centros de varios de los más infames campos de exterminio, como Auschwitz, Treblinka y Sobibor, proclamando que su misión era “librar a Polonia de piojos y judíos”.

Pese a tener las manos manchadas de sangre, hombres como Seyss-Inquart y Frank no estaban en la primera línea de la jefatura nazi. Eran, en esencia, funcionarios; nunca estuvieron entre los promotores y agitadores del partido en el más alto nivel, los cuales formaban el círculo íntimo de Hitler. Este minúsculo grupo, que en ningún momento contó con más de media docena de miembros, disfrutaba de la exclusiva confianza de Hitler; sus integrantes eran los únicos que ejercían influencia sobre él, o que podían instigar decisiones políticas. Sólo ellos tenían autoridad para interpretar los deseos de Hitler —los que, salvo en la esfera militar durante la guerra, eran usualmente expresados en los términos más vagos y generales—, y para ponerlos en práctica como lo creyeran conveniente. Ésta era la base de su poder. Pero también era su mayor deficiencia, porque cada cual dependía por entero del favor de Hitler, el que podía serle retirado en cualquier momento y por el que continuamente se le instaba a competir. En consecuencia, era inevitable que todos buscaran aprobación demostrándose que, por decirlo así, eran más católicos que el papa, tanto de palabra como de obra. Cada cual se esmeraba en superar a los demás en brutalidad —que Hitler decía admirar—, la virulencia de su antisemitismo y su absoluto compromiso con la causa. De esta forma, su rivalidad se hallaba en la raíz de muchos de los peores excesos de la política nazi.

Hitler, por supuesto, no sólo estaba al tanto de esa rivalidad, sino que la alentaba activamente, fomentando una constante inseguridad y desconfianza mutua entre sus lugartenientes. El antiguo principio de “divide y vencerás” era un elemento esencial de su modus operandi: un poco de competencia sana es inevitable entre políticos ambiciosos; pero mientras que un líder democrático podría tratar de crear armonía entre sus

subordinados inmediatos a fin de facilitar el consenso, un dictador necesita disensión, para impedir que los suyos se unan para derrocarlo. Aunque, en general, siempre estaban prestos a cerrar filas de cara a una amenaza externa, cada miembro del círculo íntimo de Hitler debía su lealtad únicamente al Führer. Cada cual a su manera estaba enamorado de él, profunda y totalmente embobado con él, desesperado por complacerlo y sumamente celoso de la atención que concedía a los demás pretendientes.

Hermann Göring, en otras circunstancias extremadamente exaltado, se veía reducido a indefenso suplicante en presencia de Hitler. En los primeros días del partido confesó al banquero Hjalmar Schacht: "Cada vez que estoy ante el Führer, se me caen los calzones de miedo". Y cuando los nazis tomaron el poder en 1933 declaró: "Ningún título o distinción puede hacerme tan feliz como la designación que me ha otorgado el pueblo alemán: 'El más fiel paladín del Führer'".

Joseph Goebbels fue casi literalmente seducido por Hitler, quien aplicó en él toda la fuerza de su encanto para arrebatarlo de la fastidiosa ala izquierda del partido, en 1925. En la entrada de su diario del 6 de noviembre, Goebbels registró el impacto de su primer encuentro: "Vamos en auto a ver a Hitler. Está comiendo. Se para de un salto, y helo allí. Estrecha mi mano. Como un viejo amigo. Y esos grandes ojos azules. Como estrellas. Le alegra recibirme. Yo estoy en el cielo. Ese hombre tiene todo para ser un rey. Un tribuno de cepa. El próximo dictador".[5] Diecisiete días después, el 23 de noviembre, la conquista era absoluta: "Hitler está ahí. Dicha inmensa. Me saluda como un viejo amigo. Y me sigue con la mirada. ¡Cuánto lo quiero! ¡Qué gran hombre! Entonces habla. ¡Qué pequeño soy! Me regala su fotografía. Con un saludo para Renania. *Heil* [Salve] Hitler! Quiero que Hitler sea mi amigo. Su fotografía reposa en mi escritorio".[6] Para mediados de febrero de 1926, la adulación extrema se había convertido en adoración personal: "Adolf Hitler, yo lo amo".

A Heinrich Himmler también le agradaban las fotografías de su Führer. Mientras trabajaba incansablemente para el partido en la decisiva zona rural de la Alta Baviera, mucho antes de llegar a la prominencia nacional, regularmente se le veía sostener conversaciones en voz baja con un retrato de Hitler dispuesto en la pared de su oficina. En 1929 le dijo a su amigo Otto Strasser: "Haría cualquier cosa por él. Créeme: si Hitler me ordenara matar a mi madre, lo haría, y me sentiría honrado por su confianza".[7]

Strasser fue, por cierto, uno de los pocos miembros del partido inmunes al hechizo de Hitler, al que, sin embargo, conocía muy bien: creía que Hitler poseía los poderes psíquicos de un médium.[8]

Göring, Goebbels y Himmler fueron los tres miembros más importantes del círculo íntimo de Hitler durante la mayor parte del periodo de este último en el poder. A lo largo de doce años se asediaron unos a otros con cautela, los ojos ávidamente puestos en el premio mayor: la sucesión. Ahora, la contienda por fin había terminado: Goebbels había sucedido a Hitler como canciller del Reich apenas cuarenta y dos horas antes de seguir su ejemplo y quitarse la vida en las ruinas del búnker del Führer; Himmler también se había suicidado, luego de ser capturado por los británicos; el único que quedaba era Göring. Él era, al fin, el indiscutible número uno en la jerarquía nazi.

Cuando Göring llegó al ASHCAN el 20 de mayo, el abismo entre él y los demás nazis, de rango inferior al suyo, fue obvio de inmediato. Mientras que la mayoría había ingresado al cautiverio luciendo abatida y recelosa, el mariscal del Reich irrumpió con aplomo, reluciente en un inmaculado uniforme gris perla. Se había barnizado las uñas de las manos —lo mismo que las de los pies, como se descubrió cuando se le desvistió para examinarlo. Llevaba consigo un juego azul de dieciséis maletas monogramadas de piel, una sombrerera roja y a su valet, Robert Kropp.

Una de esas valijas contenía alrededor de veinte mil tabletas blancas, las cuales resultaron ser de paracodeína, derivado suave de la morfina con grado de concentración de 1/6, provisión más que suficiente para las necesidades de Göring, quien acostumbraba tomar veinte de ellas cada mañana y noche. Aquéllas eran, de hecho, las existencias totales de esa sustancia en Alemania, y en realidad del mundo entero, ya que entonces no era posible conseguirla en ninguna otra parte. También se descubrió una lata de Nescafé, en la que los inspectores encontraron un cartucho de latón de 9 mm con una ampolleta que contenía cianuro suficiente para matar a diez hombres. Una segunda ampolleta se halló cosida en uno de los muchos uniformes que llenaban casi todas las maletas restantes.

Göring había previsto un confinamiento confortable, digno de su categoría como oficial del más alto rango en el mundo y sucesor de Hitler como Führer de Alemania. Supuso que sostendría conversaciones con el

general Eisenhower y los demás líderes aliados, y había llevado trajes suficientes para presentarse a tales ocasiones en lo que consideraba el estilo apropiado. Había logrado refrenarse de llevar consigo los recipientes de diamantes que gustaba pasarse por los dedos en momentos de tensión, así como algunos hombres juguetean con "cuentas para aliviar la ansiedad", pero portaba un buen número de efectos personales que evidentemente creía esenciales. Fue un duro golpe para él que el entrometido comandante del ASHCAN, el coronel Burton C. Andrus, se los quitara todos y los guardara bajo llave en la sala de armas.

Andrus hizo un detallado inventario de esos valiosos objetos. Éste se lee como el catálogo de una joyería:

1 distintivo de oro de la Luftwaffe [Fuerza Aérea]
1 distintivo de oro de la Luftwaffe con diamantes
1 reloj de mesa
1 reloj de viaje Movado
1 neceser grande
1 cigarrera de oro, con incrustaciones de amatista y el monograma del príncipe Pablo de Yugoslavia
1 pastillero de plata
1 purera de oro y terciopelo
1 reloj cuadrado Cartier, con engarces de diamantes
1 cadena de oro, lápiz de oro y cortaplumas
3 llaves
1 anillo de esmeraldas
1 anillo de diamantes
1 anillo de rubíes
4 distintivos con piedras semipreciosas
1 águila pequeña con abrazaderas de diamantes
1 distintivo de la aviación militar con diamantes
4 mancuernillas con piedras semipreciosas
1 prendedor de oro (rama de laurel)
1 fistol con perlas
1 fistol de oro con una cruz gamada de esquirlas de diamantes
1 leontina (de platino, ónices y diamantes con incrustaciones de insignias de la aviación militar)

1 sello personal (en plata)
1 reloj pequeño con engarces de diamantes artificiales
1 medalla *Pour le Mérite*
1 Cruz de Hierro, clase I, 1914
1 Gross Kreuz [Gran Cruz]
1 encendedor de oro
1 reloj de pulsera
2 botonaduras nórdicas para cuello
1 brújula de latón
1 pluma fuente con la inscripción “Hermann Göring”
1 cortapuros de plata
1 broche
1 reloj de plata
1 juego de distintivos de lapislázuli para puños
1 caja de plata, en forma de corazón
1 Cruz de Hierro de platino
1 lápiz dorado
1 reloj de pulsera suizo grande
81, 268 *Reichsmark* [marcos del Reich][9]

Durante dos días, pese a que había sido privado de sus preciadas condecoraciones, Göring se deleitó en su incuestionable liderazgo sobre los demás prisioneros del ASHCAN. Luego, el 23 de mayo, vio peligrar de súbito su posición por el arribo de otro grupo que incluía al gran almirante Dönitz, nombrado por Hitler presidente del Reich, y a Albert Speer, otrora arquitecto y ministro de Armamentos, de cuarenta años de edad, que había formado parte del círculo íntimo desde 1942. Speer había sido el benjamín de Hitler, con quien disfrutó de una relación personal particularmente estrecha; aunque entró tarde a la carrera, fue un firme contendiente por la sucesión. En la segunda mitad de la guerra había asumido asimismo muchas áreas de responsabilidad de Göring, erosionando sostenidamente así la base de poder de éste y reduciendo su autoridad. A Göring no le dio gusto verlo.

Para el fin de la guerra, Speer se había decepcionado de Hitler y el régimen y no tenía ningún interés en disputar una posición carente de sentido; lo único que le importaba era salvar el pellejo, demostrando que nunca había sido un nazi recalcitrante ni responsable de atrocidades.

Permaneció en el ASHCAN sólo dos semanas antes de que se trasladara al cuartel general de Eisenhower en Versalles y luego al DUSTBIN, centro para el interrogatorio de técnicos y científicos dirigido por los británicos cerca de Francfort.

Speer quizá no haya representado ninguna amenaza para la supremacía de Göring, pero Dönitz tenía plena conciencia del estatus: aunque Göring lo excedía en rango militar, él estaba resuelto a ejercer su autoridad como jefe de Estado legítimamente designado. El coronel Andrus lo describió como "imperioso", y dijo que "nos tenía en menos a todos, estadunidenses y demás prisioneros por igual".[10] Desde luego tenía en menos a Göring, cuya autocomplacencia y poco marcial ostentación detestaba. Göring, por su parte, se negó a reconocer la posición de Dönitz o su derecho a ella: el almirante no había desempeñado el menor papel en la dirección política del Reich, ni en la lucha del partido nazi por el poder, en tanto que él había estado en el corazón mismo de ambas y durante varios años había sido el sucesor nominado de Hitler. Göring juzgaba inválido el hecho de que se le hubiera desheredado de último minuto, resultado de la maquiavélica manipulación de Hitler por su enemigo jurado en el círculo íntimo, Martin Bormann, con el auxilio de Goebbels, Himmler y Ribbentrop.

Bormann había desaparecido —nadie sabía entonces que en realidad yacía muerto en los escombros de la estación ferroviaria Lehrter de Berlín, habiendo tomado cianuro tras ser herido por tropas soviéticas mientras intentaba escapar—, así que ya no era una amenaza para Göring. El único sobreviviente adicional del círculo íntimo era el exministro del Exterior, Joachim von Ribbentrop, quien fue conducido al ASHCAN el 15 de junio. Pero Ribbentrop nunca había sido un contendiente serio. Su lugar en el círculo íntimo siempre fue dudoso, sólo atribuible a su puesto y la influencia que podía ejercer sobre Hitler en asuntos de política exterior. Los demás siempre lo consideraron un extraño. Ahora era un desastre total, falto de toda dignidad e incapaz incluso de la pomposidad que había sido su sello de marca, y se encontraba en una condición suicida. En marcado contraste con la impresionante colección de Göring, la lista de sus objetos de valor constó simplemente de un reloj Longines y 24,410 *Reichsmark*.

Sin ningún otro antiguo líder con quien contender, Dönitz era entonces el único competidor de Göring. Como era de esperar, el mariscal del Reich

no pudo resistirse a participar en una estrambótica batalla por la precedencia, reto que el gran almirante aceptó con desdén. Sus carceleros estadunidenses veían las bufonadas de ambos con incredulidad, hasta que se declaró una precaria tregua: se convino tácitamente en que ambos evitarían llegar a cualquier sitio al mismo tiempo, mientras que el comedor se reordenó para que cada cual pudiese presidir en la cabecera de una mesa principal distinta. Aun así, las insolencias continuaron. Speer recordaría más tarde que un día Göring se quejó ruidosamente en la comida de que había sufrido más que nadie, porque había tenido mucho más que perder, tras de lo cual Dönitz, sentado de espaldas a Speer, comentó a su vecino: "¡Sí, pero todo robado!".[11]

Cuando llegaron a Nuremberg y comenzó el juicio, se esfumó todo dilema sobre quién era el número uno: el nombre de Göring era el primero en la lista de las acusaciones, y el de Dönitz apenas el decimocuarto de veinticuatro. Sin duda, Göring se sintió aún más halagado al advertir que, aunque Hess era el segundo y Ribbentrop el tercero, el ausente Bormann estaba más abajo, en el puesto diecinueve, y Speer más todavía, en el veintidós. En la sala del tribunal se les sentó en estricto orden de acusación, lo que otorgó a Göring el mejor lugar y la posibilidad de lucirse. El coronel Andrus, quien había notado en el ASHCAN que Göring "nunca desaprovechaba la oportunidad de envanecerse", observó con interés su desempeño. "Desde los primeros minutos", recordaría luego, "Göring acometió la extrovertida, ostentosa actuación que mantendría a todo lo largo del juicio. Se acomodó con un rechoncho brazo alargado tras su esbelto vecino, Hess, apoyando el otro codo en el borde del banquillo. Luego se inclinó hacia delante, los codos sobre la barrera de madera frente a él, una mueca cruzando su enorme rostro".[12]

El juez suplente de Gran Bretaña en el tribunal, sir Norman (más tarde lord) Birkett, apuntó: "Göring fue quien realmente dominó las sesiones, y eso, de modo harto notable, sin haber pronunciado una sola palabra en público hasta el momento en que subió al estrado. Esto es, en sí mismo, una muy notable proeza, e ilumina gran parte de lo que había permanecido oscuro en los últimos años [...] Al parecer, nadie estaba del todo preparado para su inmensa habilidad y conocimiento [...]" Con renuente admiración, la descripción de Birkett sobre Göring proseguía: "Elegante, astuto, diestro,

competente, ingenioso, vio rápidamente los elementos de la situación; y conforme su confianza en sí mismo aumentaba, su maestría se hacía más evidente”.[13]

La maestría de Göring en la sala del tribunal no fue suficiente para salvarlo de la pena de muerte. Pero confirmó su victoria final en la pugna entre la banda de los hombres más depravados y amorales que el mundo haya visto jamás. Mientras que en el tribunal subrayó que todo lo había hecho para construir una Alemania más grande y no en su beneficio personal, en la privacidad de su celda, Göring confesó a un psiquiatra estadunidense en Nuremberg, el doctor Douglas M. Kelley, que “su motivación básica había sido esa única, incontenible ambición: obtener para Hermann Göring el mando supremo del Tercer Reich”. Al describir su decisión de atar su suerte al naciente partido nazi en un primer momento, le dijo a Kelley: “¿Lo ve usted? Acerté. La gente se congregó en torno nuestro, los viejos soldados tenían absoluta fe en nosotros, y yo me convertí en jefe de la nación. ¿Demasiado tarde, diría usted? Pues tal vez no... Como sea, lo logré”.[14] Ésa fue, desde luego, una victoria pírrica, una victoria por default, pero un impenitente Göring se negó a reconocerlo. “Estoy resuelto a pasar a la historia alemana como un gran hombre”, se ufanó. “Dentro de cincuenta o sesenta años habrá estatuas de Hermann Göring en toda Alemania. Estatuas pequeñas, tal vez, pero una en cada hogar alemán.”[15]

La pugna por el poder había durado más de veinte años. En medio de todos sus recovecos, había tenido un profundo efecto no sólo en las personalidades involucradas y quienes las rodeaban, sino también en todos los aspectos del gobierno del Reich, incluida la formulación de políticas y su ejecución. Lo despiadado de esas luchas intestinas fue expuesto por el propio Göring, cuando describió a Kelley cómo había ordenado el fusilamiento de su antiguo amigo Ernst Röhm durante la purga de los Camisas Pardas de la SA en 1934, tras verse convertidos en rivales en pos de la aprobación de Hitler. Cuando Kelley le preguntó cómo había podido persuadirse de ordenar la muerte de su viejo amigo, “Göring dejó de hablar y me miró perplejo, como si yo no fuera particularmente brillante. Luego alzó sus grandes hombros, volteó las palmas hacia arriba y dijo lentamente, con simples y escuetas palabras: ‘¡Pero si se cruzó en mi camino.!’”.[16]

Parte Uno

RAÍCES

1918-1923

“NUESTRA HORA VOLVERÁ”

El 9 de noviembre de 1918, la nación alemana se sumió en un estado de profundo trauma, del que no se recuperaría durante al menos una generación. Aun para quienes, por cualquier razón, veían el fin de la guerra como un venturoso alivio, la noticia de que el gobierno había pedido la paz, el káiser había abdicado y se había declarado una república fue un duro golpe. Apenas el 27 de septiembre anterior, los diarios germanos proclamaban que la guerra estaba ganada. Ahora, de pronto, se decía a los alemanes que todo estaba perdido, que todos los sacrificios y penas de los cuatro años anteriores habían sido en vano. Difícilmente es de sorprender que el pueblo alemán, tanto soldados como civiles, se haya sentido apabullado y traicionado.

Alemania había vivido en un estado de total confusión, alimentado por rumores y verdades a medias, a todo lo largo de 1918. El orden público se había deteriorado mientras el país se polarizaba cada vez más entre los extremismos de izquierda y derecha. En la derecha, organizaciones como el Partido de la Patria, fundado en 1917 por el gran almirante Tirpitz y un burócrata prusiano llamado Wolfgang Kapp, aún aporreaban el gran tambor del nacionalismo, insistiendo ciegamente en que Alemania debía seguir combatiendo. Con objeto de reunir más dinero para la guerra, erigieron una gigantesca estatua de madera del mariscal de campo Hindenburg, jefe del Estado Mayor del ejército, en la Königsplatz de Berlín, frente al Reichstag (Parlamento), y persuadieron a ciudadanos patriotas de pagar por el privilegio de martillar clavos en ella. Decenas de miles lo hicieron encantados. Docenas de organizaciones y partidos menores pero igualmente derechistas hicieron erupción en toda Alemania, incluida, en Munich, la Sociedad de la Tule, sucesora de la Liga Germánica de la preguerra, que predicaba un nacionalismo extremo con matices nórdicos y adoptó como emblema el antiguo símbolo de la *Hakenkreuz*, la “cruz gamada” o svástica.

Todos ellos se negaban a reconocer la inevitabilidad de la derrota y exigían, por lo tanto, la victoria total, con la anexión de Luxemburgo, partes de Bélgica y vastas extensiones en el este, políticas imperialistas que habían atraído a 1.25 millones de miembros[1] tan sólo al Partido de la Patria para julio de 1918.

En marcado contraste con ello, en la izquierda los socialistas llamaban a la deposición del antiguo orden y al inmediato fin de la guerra. La poca fe que tenían en los líderes militares de Alemania había sido destruida por el draconiano tratado de paz impuesto al nuevo régimen ruso en Brest-Litovsk el 3 de marzo de ese año, en términos mucho más severos que los que las potencias de la Entente impondrían a Alemania en Versalles. Exprisioneros de guerra volvían a casa provenientes de campos rusos, contagiados del bacilo del bolchevismo; éste halló terreno fértil en una población agotada por la continua muerte de seres queridos y cuatro años de crecientes privaciones, a raíz del bloqueo aliado y las insaciables exigencias de la guerra.

La resolución del pueblo se había debilitado aún más a causa del estado de casi hambruna durante el "invierno de los nabos" de 1917-1918, cuando la pérdida de la cosecha de papas los obligó a comer extremos de raíces que, por lo general, sólo se usaban para la alimentación animal. Pero incluso hasta eso escaseaba, y su consumo implicaba que no había nada que dar de comer a los animales, lo que añadía un nuevo giro a la atroz espiral de la escasez. Aún no había sido posible reponerse de ello cuando el arribo de la mortal epidemia mundial de gripa contribuyó a la sensación general de desesperanza. Las huelgas se hicieron comunes, había malestar en todas partes, y cuando huelguistas e inconformes eran arrestados y enviados al frente en castigo, llevaban consigo su descontento y lo difundían en las trincheras, lo que minó aún más la moral de los exhaustos soldados, quienes para fines del verano de 1918 habían sido obligados a retroceder a la línea del frente occidental de 1914.

El cabo interino Adolf Hitler recordaría más tarde esa situación:

En el verano de 1918 notábase una pesada atmósfera en todo el frente. La discordia reinaba en la patria. ¿Y por qué? Múltiples rumores circulaban en los diversos sectores de las tropas del ejército en campaña. Se decía que ya la guerra no tenía más perspectivas y que sólo los locos podían confiar

todavía en la victoria [...] A fines de septiembre, mi división volvió a ocupar por tercera vez las mismas posiciones que otrora asaltáramos con nuestros jóvenes regimientos de voluntarios.

¡Qué de recuerdos!

Ahora, en el otoño de 1918, los hombres habían cambiado; se hacía política entre la tropa. El veneno que venía de la retaguardia comenzó a hacer también aquí, como en todas partes, su ponzoñoso efecto. Las nuevas reservas fracasaron completamente —¡venían de la retaguardia![2]

A principios de ese año, todo lucía muy diferente; 1918 había empezado con la victoria sobre Rusia, tras un asombroso avance de doscientos cuarenta kilómetros en una semana. El tratado de paz forzó a los rusos a ceder unos setecientos cincuenta mil kilómetros cuadrados de territorio, área tres veces mayor que la de Alemania, que contenía a la cuarta parte de la población de Rusia y la tercera de su extensión agrícola.[3] Poco después, también los rumanos fueron destruidos, lo que al fin puso término a la guerra en el este. El general Erich Ludendorff, primer intendente general y jefe de facto del alto mando, pudo transferir, entonces, a las exitosas divisiones al frente occidental, para que tomaran parte en una gran ofensiva en el Somme a partir del 21 de marzo.

La ofensiva de primavera de Ludendorff fue una apuesta total, planeada para acabar con la Entente, dividiendo a los ejércitos francés y británico y forzándolos a implorar la paz con base en las condiciones alemanas, antes de que la inagotable provisión de tropas recién llegadas de Estados Unidos pudiera tener un impacto significativo. Las cosas empezaron magníficamente, con la destrucción de la línea británica en un frente de treinta kilómetros de largo el primer día. En efecto, el ataque fue tan exitoso que el káiser concedió a todos los escolares alemanes un asueto “de la victoria” el 23 de marzo, y premió a Hindenburg con la Gran Cruz de la Cruz de Hierro “con rayos dorados”, condecoración que se había otorgado por última vez al mariscal de campo Blücher por su participación en la derrota de Napoleón en Waterloo.[4]

Pese a los contrataques británico y francés, para el 5 de abril los ejércitos alemanes habían avanzado treinta kilómetros en un frente de ochenta, y estaban a ocho de la ciudad de Amiens cuando se les ordenó detenerse. La celeridad y distancia mismas de la ofensiva, sin embargo, llevaron a los alemanes al límite, y Ludendorff no tenía ni las reservas ni las estructuras de abastecimiento necesarias para consolidar su victoria. No

obstante, el 9 de abril lanzó un nuevo ataque más al norte, en Flandes, que asustó tanto al comandante en jefe británico, el mariscal de campo sir Douglas Haig, que éste emitió la que terminaría por conocerse como la orden "de espaldas a la pared", instando a sus tropas a pelear hasta el fin, defendiendo cada posición hasta el último hombre, y prohibiendo todo repliegue. En ese momento, eran los británicos y los franceses, no los alemanes, quienes temían estar a punto de perder la guerra.

Una vez más, sin embargo, el avance alemán fue detenido antes de cumplir su objetivo. La gran apuesta había estado muy cerca de tener éxito, pero al final había fracasado. Éste había sido un fracaso muy caro, también, que costó la vida de 423,450 hombres irremplazables. Inevitablemente, la moral alemana se desplomó: para mediados de abril, el sexto ejército reportaba que "la tropa no atacará, pese a las órdenes. La ofensiva ha llegado a un alto".[5] Tres ofensivas alemanas más en la primavera y principios del verano también comenzaron en triunfo —en algún momento avanzaron a sesenta y cinco kilómetros de París e hicieron llover proyectiles sobre esa ciudad con cañones Big Bertha de largo alcance, de Krupp—, pero fueron finalmente repelidas, con grandes pérdidas, lo que elevó a ochocientos mil la cifra de bajas alemanas durante el año.

Alemania había sido, literalmente, desangrada. No quedaban jóvenes suficientes para llenar los vacíos en el frente, aun adelantando la emisión del siguiente llamado a filas de los ciudadanos de dieciocho años. Y había muy pocos pertrechos: tanques, cañones, municiones y aviones escaseaban. También lo hacían, desde luego, los alimentos; los avances de las ofensivas de la primavera y principios del verano habían sido sostenidos con frecuencia por soldados casi muertos de hambre, que se detenían a atiborrarse de las existencias de alimentos y bebidas que encontraban tras la línea del frente aliado.

Del otro lado, los ejércitos aliados habían sufrido pérdidas aún mayores que los alemanes, con casi un millón de bajas. También las reservas británicas y francesas estaban casi agotadas, aunque sangre fresca llegaba a borbotones desde la otra orilla del Atlántico, a razón de doscientos cincuenta mil hombres al mes. Para junio, los estadunidenses tenían veinticinco grandes divisiones de dieciocho mil efectivos en Francia, y otras cincuenta y cinco en formación en Estados Unidos. El equilibrio cambiaba

irrevocablemente. Ya no había manera de que Alemania pudiera ganar una guerra de desgaste.

La gente en casa sabía poco o nada de la situación de deterioro en el frente. Para 1917, Ludendorff se había convertido en cuasidictador militar de Alemania y, usando al indolente y más bien necio Hindenburg como mascarón de proa, controlaba todos los aspectos de la guerra tanto en su país como en el frente, sin consultar al gobierno salvo cuando le convenía. Aquello incluía la información, desde luego. Las cartas de los soldados eran objeto de una estricta censura. Los éxitos se proclamaban a los cuatro vientos, pero los reveses nunca se admitían, no sólo ante el pueblo alemán, sino, increíblemente, ni siquiera ante el gobierno o el ejército. El ministro del Exterior, el almirante Paul von Hintze, se negó a divulgar la noticia del fracaso en el Marne, en julio de 1918, porque era esencial “negar la derrota” y “proteger los sentimientos patrióticos del pueblo alemán”. Los sentimientos patrióticos de éste fueron adicionalmente protegidos al no informársele del desastre del 8 de agosto, el “día negro” de Alemania, cuando una enorme fuerza de quinientos treinta tanques británicos y setenta franceses, apoyados por infantería australiana y canadiense, atravesó las líneas alemanas en el frente de Amiens y procedió a recuperar el campo de batalla del Somme en cuatro días. Al pueblo alemán tampoco se le informó de la primera ofensiva completamente estadunidense de la guerra, a cargo del general Pershing, el 12 de septiembre, que expulsó a los alemanes de posiciones al sur de Verdún que habían ocupado desde 1914, capturando cuatrocientos sesenta y seis cañones y 13,251 prisioneros.

La retirada alemana, sin embargo, nunca se convirtió en una huida en desbandada. El ejército se replegó en orden a posiciones preparadas en la Línea Hindenburg; y cuando los soldados vieron que se aproximaban a su *Heimat* (patria), su espíritu de lucha se reavivó. Recordaron que durante cuatro años de guerra ningún soldado extranjero había puesto el pie en suelo alemán salvo como prisionero. Dado que tampoco a ellos se les había dicho nada sobre la situación general, muchos se persuadieron de que la victoria aún era posible después de todo. Era una creencia vana, nacida de la desesperación, pero arraigó en miles de hombres ansiosos de aferrarse a cualquier cosa que ofreciera salvar el orgullo propio y por su país.

El 26 de septiembre marcó el principio del fin, cuando los ejércitos británico, francés, estadunidense y belga, bajo un mando unificado por

primera vez en la guerra, lanzaron un ataque concertado. Aunque los alemanes se defendieron con valor, para sus comandantes resultó claro que no podían hacer más que aplazar lo inevitable. El 28 de septiembre, un día después de las delirantes afirmaciones en los diarios de Berlín de que la guerra estaba ganada, el temple de Ludendorff se quebró. Tras encerrarse en su oficina en el cuartel del alto mando en Spa, despotricó y rabió el día entero, culpando al káiser, el Reichstag, la armada, el frente interno —a todos menos a sí mismo, el verdadero arquitecto del desastre— de la situación en la que su ejército se hallaba entonces. A las seis en punto, cuando finalmente había desahogado su cólera, bajó un piso, a la oficina de Hindenburg, y comunicó al mariscal de campo que ya no había otra alternativa que la de buscar el armisticio. Con tristeza, Hindenburg estuvo de acuerdo. El 2 de octubre informó en una reunión del consejo de la corona en Berlín, presidida por el káiser, que una tregua inmediata era vital. "El ejército", dijo, algo melodramáticamente, "no puede esperar cuarenta y ocho horas."[6] Los miembros del consejo, totalmente impreparados para tan súbito cambio, se quedaron atónitos.

Ludendorff esperaba persuadir a los aliados de aceptar un armisticio negociado en lo general sobre las condiciones de los "catorce puntos" para la paz propuestos por el presidente estadunidense, Woodrow Wilson, en enero de 1918. También esperaba obtener algunas concesiones, incluida la retención de una Polonia alemana y de al menos una parte de Alsacia-Lorena, con sus valiosos yacimientos de hierro y carbón. Pero quizá esperaba, sobre todo, poner fin a la guerra con el ejército alemán intacto y técnicamente invicto; estaba resuelto a evitar a toda costa cualquier sugerencia de rendición incondicional.

Para que hubiese esperanzas de persuadir a los aliados de conversar, habría que convencerlos de que cierta medida de democracia se introducía por fin en el gobierno alemán. El canciller, el conde Georg von Hertling, se había desmoronado por completo bajo la tensión, e incluso pidió que se le administraran los últimos sacramentos. Fue remplazado por el príncipe Maximiliano de Baden, elección aparentemente extraña, ya que éste era cuñado del káiser; pero el príncipe Max era, de hecho, un liberal, conocido exponente de una paz negociada y distinguida figura de la Cruz Roja alemana. Además, por primera vez en la historia, el Reichstag, el parlamento nacional alemán, recibió un puñado de genuinas facultades,

entre ellas, no la menor, el derecho a nombrar al ministro de Guerra, y a ejercer así cierto control sobre el ejército.

Durante octubre y principios de noviembre, mientras el príncipe Max y su gobierno intentaban preparar el camino para las conversaciones de paz, el caos y la confusión se agudizaron. Uno por uno, los aliados de Alemania —búlgaros, turcos, húngaros y austriacos— se derrumbaron, dejándola sola. Al mismo tiempo, sin embargo, el ejército se reagrupó, y pareció no perder terreno entre los obstáculos acuáticos de Flandes, haciendo renacer el espejismo de la victoria final. Haig no fue el único en creer que los alemanes podían retirarse a su frontera y mantener esa línea indefinidamente.

Desesperado por salvar el honor, tanto el suyo como el del ejército, Ludendorff declaró entonces que ya no necesitaban un armisticio. Minando por completo las negociaciones de paz del príncipe Max, lanzó un llamado de unidad al ejército para que rechazara los catorce puntos de Wilson, por tratarse de una inaceptable exigencia de rendición incondicional, y el reto de mantener la resistencia "con todas nuestras fuerzas". Como de costumbre, después cayó presa del pánico e intentó retirar su proclama, que de cualquier forma ya había sido sustraída por un oficial del Estado Mayor. Pero un empleado de señales la filtró al Partido Socialista Independiente en Berlín, que la transmitió de inmediato a la prensa. A Ludendorff no le inquietó su publicación; estaba ansioso de echar la culpa de la rendición a los lánguidos políticos, presentándola como una traición a él, el alto mando y el valiente ejército, el que, en su versión de los hechos, deseaba seguir combatiendo. Sembraba así el mito de la "puñalada por la espalda", que plagaría a Alemania durante el siguiente cuarto de siglo.

El 26 de octubre, en medio del escándalo que siguió a la publicación de su grito de guerra, Ludendorff fue forzado a renunciar. Se le remplazó por el general Wilhelm Groener, hijo de un sargento, y especialista en transporte y logística ferroviarios, más que dispuesto a colaborar con el príncipe Max y los políticos para negociar la paz. Ludendorff huyó a Suecia disfrazado, con barba falsa, anteojos de sol azules y un pasaporte con el apellido Lindström, ignominioso fin para una de las más ilustres carreras en la historia militar alemana.

Mientras el ejército se estabilizaba, el príncipe Max y su gobierno enfrentaron una nueva amenaza. La necesidad de un armisticio seguía

siendo una carrera contra reloj, pero ya no era el ejército el que estaba en peligro de desintegración, sino el país. En los últimos meses, Alemania se había vuelto un vasto polvorín de revolución a la espera de una chispa. A principios de noviembre, esa chispa estalló en Kiel, base de la flota de alta mar de la armada imperial.

Durante casi toda la guerra, los acorazados, buques de guerra y cruceros de esa flota habían sido contenidos en aguas portuarias o costeras por la armada británica. La flota se había atrevido a aparecer en pleno sólo tres veces, para librar lo que fueron poco más que escaramuzas frente a Heligoland y en el Dogger Bank, y luego, en 1916, el único combate declarado entre esas dos distinguidas flotas, la batalla de Jutlandia. Ésta, la última gran batalla naval de superficie de la historia, terminó con la flota de altamar retirándose a Kiel y la gran flota británica a Scapa Flow, resultado que, francamente, apenas podría describirse como empate; la armada alemana, para variar, la llamó "la Victoria del Skagerrak". Un periodista alemán la describió más exactamente como "un ataque al carcelero seguido de un retorno a la cárcel".[7]

El 30 de octubre de 1918, con el fin de la guerra encima, los oficiales de la flota de alta mar decidieron salvar su honor internándose a todo vapor en el Mar del Norte para una última batalla. Fue un gesto quijotesco, grandioso pero fútil, e irremediablemente suicida: los oficiales tenían la visión de conquistar un lugar en la historia cayendo gloriosamente con todos los cañones disparando. Sin embargo, sus marinos, que desde luego no habían sido consultados, no tenían la intención de permitir que se les sacrificara al desmedido orgullo de sus oficiales. Se negaron a ponerse en movimiento, o a preparar sus naves para zarpar. Cuando los oficiales trataron de disciplinarlos, la revuelta terminó en un motín declarado. Los hombres se precipitaron a los arsenales, tomaron armas y se apoderaron del puerto y la ciudad, llamando a la revolución. Los trabajadores de los astilleros navales dejaron sus herramientas y se unieron entusiastamente a ellos. El almirante del puerto, hermano del káiser, el príncipe Enrique, fue forzado a seguir el ejemplo de Ludendorff y a huir disfrazado, ocultándose tras bigotes falsos.

Días después, la conflagración se había extendido por todo el Reich. Bandas de marinos rondaban el país, difundiendo el mensaje de la revolución. Motín e insurrección estaban en todas partes. Siguiendo el modelo de los sóviets establecidos por los bolcheviques en Rusia, consejos

de soldados, marinos y obreros tomaron el control en pueblos, ciudades y cuarteles. El antiguo orden había terminado.

En ese momento, Hitler se hallaba tendido en una cama de hospital en Pasewalk, cerca de Stettin, en Pomerania, temporalmente cegado tras un ataque británico con gases en Werwick, justo al sur de Ypres. Recordó su perplejidad y algo de su angustia en *Mein Kampf* (*Mi lucha*):

> Rumores desfavorables venían a menudo desde los círculos de la marina, donde se decía que fermentaban los ánimos. Pero todo esto me parecía ser más el producto de la fantasía de unos cuantos que un asunto de trascendencia. Bien es cierto que en el hospital mismo todo el mundo hablaba de una ansiada pronta conclusión de la guerra, pero nadie imaginaba que esa conclusión habría de producirse de improviso. Yo estaba imposibilitado de leer periódicos.
>
> En el mes de noviembre aumentó la efervescencia general. Y un día, la catástrofe irrumpió bruscamente. Los marinos llegaron en camiones, proclamando la revolución. Unos cuantos mozalbetes judíos eran los cabecillas de esta lucha por "la libertad, la belleza y la dignidad" de la existencia de nuestro pueblo. ¡Ni uno solo de ellos había estado en la línea de fuego!
>
> Los siguientes días trajeron consigo el peor descubrimiento de mi vida. Los rumores eran cada vez más definitivos. Lo que yo había imaginado como un asunto local era a todas luces una revolución general. Por si fuera poco, angustiantes noticias llegaban del frente. Querían capitular. Sí. ¿Era posible tal cosa?
>
> El 10 de noviembre vino el pastor del hospital para dirigirnos algunas palabras; fue entonces cuando lo supimos todo.
>
> El venerable anciano parecía temblar intensamente al comunicarnos que la Casa de los Hohenzollern había dejado de llevar la corona imperial alemana y que el Reich se había erigido en "república".[8]

El viejo pastor de Hitler tenía razón: luego de quinientos años de gobernar Berlín, Brandeburgo, Prusia y, finalmente, toda Alemania, los Hohenzollern habían sido echados del poder, junto con todas las demás casas reales. La todavía más antigua casa de Wittelsbach, que había gobernado ininterrumpidamente en Baviera durante más de mil años, había sido la primera ficha de dominó en caer. El 7 de noviembre, el anciano rey Luis III fue detenido en su diario paseo en Munich por un trabajador, quien le aconsejó cortésmente: "Majestad, vuelva a casa, y permanezca ahí, porque si no algo desagradable podría sucederle". De vuelta en el palacio, sus ministros le dijeron que todo había terminado, y que era preferible que

su familia y él se marcharan mientras aún podían. Así lo hicieron esa noche, la achacosa reina cargando joyas envueltas en un paño y el rey con una caja de puros embutida bajo el brazo, aunque primero tuvieron que mendigar un bote de gasolina en una estación local de servicio, pues el chofer real había vaciado los tanques de los automóviles reales y huido con el combustible.[9] Apenas habían salido de la ciudad cuando el líder de los socialistas independientes de Munich, Kurt Eisner, proclamó una república en Baviera, con él como canciller.

Durante los dos días siguientes, el resto de los veintidós reyes, príncipes y duques menores de Alemania fueron depuestos sin resistencia. Para el mediodía del sábado 9 de noviembre, sólo quedaba el káiser Guillermo II, rey de Prusia. No estaba en Berlín, pues el 30 de octubre se había marchado al cuartel general militar en Spa, creyendo equivocadamente que "sus" soldados obedecerían siempre su juramento y lo protegerían. El príncipe Max sabía que no sería así. Con cientos de miles de soldados y obreros armados e insurrectos asolando las calles de la capital, trató de impedir una revolución violenta emitiendo un comunicado de prensa que anunciaba que el káiser había renunciado al trono, aunque, de hecho, Guillermo se había negado rotundamente a hacer tal cosa. El príncipe Max se retiró entonces, y entregó el gobierno al líder moderado de los socialdemócratas, Friedrich Ebert, extalabartero y líder sindical de cuarenta y siete años de edad.

Como muchos otros socialdemócratas, Ebert estaba a favor de una monarquía constitucional basada en el modelo británico, pero sus esperanzas fueron echadas por tierra por su suplente, Philipp Scheidemann, quien proclamó una república en forma casi accidental. Scheidemann había corrido al Reichstag a informar a sus colegas del nombramiento de Ebert. Habiendo hecho eso, comía en el restaurante cuando le dijeron que Karl Liebknecht, el líder de la Liga Espartaco, de extrema izquierda, estaba acampando en el palacio real, desde donde se proponía anunciar una república de estilo soviético inspirada en la Rusia de Lenin. Si los socialistas moderados querían impedir un *coup* espartaquista, tenían que adelantarse. "Vi la locura rusa frente a mí", escribiría Scheidemann más tarde, "el remplazo del terror zarista por el bolchevique. ¡No! No en Alemania."[10] No había tiempo que perder. Dejando su comida, salió a zancadas al pequeño balcón de la biblioteca del Reichstag. La vasta multitud aplaudió su aparición, y luego calló mientras él iniciaba un

improvisado discurso. Habló del nuevo gobierno, y se refirió brevemente a los horrores de la guerra y el sufrimiento de la derrota; después, necesitado de un final vehemente, gritó: “¡La antigua y podrida monarquía se ha desplomado! ¡Viva lo nuevo! ¡Viva la República alemana!”. Así sucedió, casi como una ocurrencia.

Liebknecht hizo su anuncio dos horas después, pero para entonces los socialdemócratas ya habían formado su gobierno legítimo, ganándose a los socialistas independientes de izquierda al aceptar que consejos de obreros y soldados deberían ejercer “todo el poder” hasta la elección de una nueva asamblea nacional.

En Spa, mientras tanto, el general Groener finalmente había logrado persuadir al káiser de que sus tropas ya no obedecerían su juramento ni morirían por él, ya no podría usar al ejército para sofocar la revolución y debía abdicar de inmediato o hacer lo honorable y buscar la muerte en las trincheras. Guillermo se horrorizó ante una u otra perspectiva. Declaró que el suicidio bajo cualquier forma no era compatible con su posición como jefe de la Iglesia luterana en Alemania, y que “un sucesor de Federico el Grande no abdica”. Huyó entonces en una caravana de doce vehículos conducidos por oficiales prusianos para buscar refugio en la neutral Holanda, sufriendo la suprema humillación de que se le negara la entrada en la frontera hasta que hubiera rendido su espada a un agente aduanal holandés. El resto de sus pertenencias personales lo siguió por ferrocarril en veinte vagones del tren imperial, no siendo para Guillermo el pequeño atado de joyas y la caja de puros. No abdicó formalmente hasta el 28 de noviembre, indecisión que contribuyó al caos político que envolvió a la nación alemana.

El armisticio entró en vigor a las once de la mañana del lunes 11 de noviembre. No fue firmado por Hindenburg, Groener ni ninguno de los generales que lo habían propuesto, sino por un valeroso político católico, Matthias Erzberger, quien un año antes había persuadido al Reichstag de aprobar una resolución a favor de la paz. Los términos del armisticio fueron muy severos, pero no exigieron la rendición incondicional. Alemania debía entregar, en buenas condiciones, cinco mil armas pesadas, treinta mil ametralladoras, dos mil aviones y todos sus submarinos, más cinco mil locomotoras, ciento cincuenta mil vagones de carga y cinco mil camiones.

La flota de superficie de la armada debía confinarse en aguas británicas. Las tropas aliadas ocuparían Renania, y sus gastos de mantenimiento serían pagados por Alemania. Por último, el bloqueo aliado no se levantaría aún. Erzberger se mostró reacio a aceptar esas condiciones, y consultó al alto mando. Hindenburg le dijo que firmara.

Cuando Hitler se enteró de la noticia del armisticio, lloró abiertamente:

> Mis ojos se nublaron y a tientas regresé a la sala de enfermos, donde me dejé caer sobre mi lecho, ocultando mi confundida cabeza entre las almohadas [...] Los que siguieron fueron días de horrible incertidumbre y noches peores todavía —sabía que todo estaba perdido. Durante aquellas vigilias germinó en mí el odio contra los promotores del desastre. ¡Miserables y degenerados criminales! Cuanto más me empeñaba, en aquella hora, por encontrar una explicación para el fenómeno operado, tanto más me ruborizaban la vergüenza y la indignación. ¿Qué significaba para mí todo el tormento físico en comparación con la tragedia nacional?[11]

De acuerdo con su versión en *Mein Kampf*, el efecto de “este sufrimiento” en Hitler fue que “descubrió su destino” y resolvió hacerse político, extraña decisión considerando que acababa de describir a los políticos como criminales degenerados. Escribía, desde luego, para causar buena impresión, seis años después de los acontecimientos; su ingreso a la política activa no fue resultado de un súbito golpe de inspiración, sino que tuvo lugar a lo largo de un periodo de varios meses. En ese momento, su consternación debe haberse intensificado ante la perspectiva de tener que retornar a su miserable existencia como pintor fracasado, de la que la guerra lo había rescatado en 1914. Durante cuatro años había sido vestido, alimentado y dotado de un papel útil que desempeñar, y las penurias y peligros implicados fueron un bajo precio por la oportunidad de pertenecer a algo, por primera vez desde que había abandonado el hogar. Su primera prioridad en 1918 habría sido no resbalar de nuevo a su antigua vida. No obstante, la sacudida y la aflicción eran más que reales, e indudablemente fueron el catalizador que precipitó el cambio de dirección no sólo en Hitler, sino también en otros miles de jóvenes furiosos en Alemania en ese tiempo.

Uno de los jóvenes más enojados era el teniente Hermann Göring, de veinticinco años de edad, entonces un muy condecorado as de la aviación y comandante del Jagdgeschwader (Escuadrón de Cazas) Richthofen núm. 1 (JG1), superescuadrón o ala de elite creado mediante la combinación de

cuatro destacados escuadrones de aviones de combate, el cual había sido comandado, hasta su muerte en acción, por el legendario Barón Rojo. Reducido por la acción enemiga a mucho menos de la mitad de sus efectivos, el JG1 había sido forzado a retroceder el 7 de noviembre de su bien equipada base en Guisa, en Picardía, a un pantanoso campo en Tellancourt, cerca de la frontera con Luxemburgo (e irónicamente a menos de cincuenta kilómetros del Palace Hotel de Mondorf, el futuro ASHCAN). El mal tiempo impedía volar, lo que obligó a los distinguidos pilotos y sus tripulaciones de tierra a pasársela sentados pateándose los talones de frustración. Con mucho tiempo para especular sobre la alarmante situación, su ánimo era comprensiblemente lúgubre. Göring, sin embargo, mantuvo su agresividad, rehusándose a prestar atención a los catastrofistas. El 9 de noviembre reunió a los cincuenta y tres oficiales y cuatrocientos setenta y tres soldados de otros rangos que sobrevivían del JG1 y les ordenó ignorar “los absurdos rumores de que nuestro amado káiser se dispone a abandonarnos justo cuando más lo necesitamos”. El káiser, insistió, los apoyaría, y ellos debían apoyarlo, dispuestos, como siempre, a morir por él y el honor de la patria. Los exhortó a prepararse para una última batalla temeraria, y ellos se pusieron de pie y lo vitorearon como un solo hombre.

Los vítores no se habían apagado del todo cuando llegaron órdenes de detener la totalidad de las operaciones aéreas en el frente occidental. Göring no podía creerlo. Le dijo a su ayudante, Karl Bodenschatz, que le daban ganas de subirse a su avión, conducir su escuadrón hasta el cuartel general del ejército y “bombardear a esa punta de cobardes”.[12] Afortunadamente, el tiempo seguía siendo demasiado malo para volar, así que los generales —y Hermann Göring— se salvaron. Si lo habría hecho o no, nunca lo sabremos; sin duda, habría sido propio de su carácter, pero también un alarde de soberbia y bravuconería.

La oportunidad para Göring de hacer gala de su resistencia llegó al día siguiente, tras la devastadora noticia de que, lejos de apoyarlos, el káiser había huido a Holanda, y en realidad estaba a punto de firmarse un armisticio. El caos en el cuartel general se reflejó en un torrente de contradictorias indicaciones al JG1 y los demás escuadrones, ordenándoles primero no hacer despegar sus aviones, luego hacerlos volar de regreso a Alemania, luego entregarlos a los estadunidenses y luego rendirlos a los

franceses. Göring congregó de nuevo a sus hombres y anunció que no pensaba obedecer las órdenes de rendirse. “No permitiré que mis soldados ni mis aparatos caigan en manos del enemigo”, prosiguió. “No podemos quedarnos aquí y seguir combatiendo. Pero podemos asegurarnos de que, cuando llegue el final, estaremos en Alemania.” Documentos y equipo valioso se evacuarían por tierra, bajo el mando de Bodenschatz; los aviones serían pilotados a Darmstadt, unos treinta kilómetros al sur de Francfort del Meno.[13]

Los aviones ya aceleraban sus motores para despegar cuando apareció un auto del Estado Mayor que se detuvo bruscamente frente a ellos. De él bajó un agitado oficial que presentó órdenes por escrito a Göring de desarmar sus aviones al instante y hacerlos volar al cuartel de aviación francés en Estrasburgo. Una negativa, dijo, podía poner en peligro todas las negociaciones del armisticio, y provocar un renovado ataque de los aliados. Göring habló con sus principales oficiales, e ideó una solución de compromiso. Cinco pilotos, elegidos al azar, volarían a Estrasburgo, para dar la impresión de que el resto los seguiría. Al aterrizar, estrellarían y destrozarían sus aviones, para que no fueran de utilidad a los franceses. Los demás, mientras tanto, volarían de regreso a Alemania. Para evitar cualquier interferencia, el oficial del Estado Mayor sería llevado de vuelta a Alemania con la caravana del grupo de tierra.

Parecía que el honor había sido satisfecho, pero habría un giro más en la historia antes de llegar a su fin. Neblina, llovizna y nubes bajas dificultaron la navegación, y algunos pilotos aterrizaron por error en Mannheim, unos cincuenta kilómetros al sur de su objetivo. Mannheim estaba bajo control de un consejo de obreros y soldados, que vieron las pistolas de los pilotos y las ametralladoras de los aviones como regalos del cielo para su lucha revolucionaria. Tomaron las armas y los aviones, pero permitieron a los pilotos seguir por camión a Darmstadt, donde estos últimos reportaron el incidente a Göring. Él, desde luego, se puso furioso, y despegó de inmediato hacia Mannheim a la cabeza de una escuadrilla de nueve aparatos, dos de ellos conducidos por pilotos que habían sido desarmados. Mientras Göring y los demás volaban a baja altura alrededor del campo, acercándose amenazadoramente, esos pilotos aterrizaron y entregaron un ultimátum de su comandante: los revolucionarios tenían cuatro minutos para devolver las armas confiscadas, o serían ametrallados y bombardeados.

Las armas fueron rápidamente restituidas. Esta vez es casi indudable que a Göring le habría encantado cumplir su amenaza.

Tras estrellar su avión al aterrizar y hacerlo añicos en Darmstadt, ejemplo que fue seguido por todos los demás pilotos, Göring escribió su último informe:

> 11 de noviembre. Armisticio. Vuelo del escuadrón con mal tiempo a Darmstadt. Neblina. Desde su creación, el escuadrón derribó seiscientos cuarenta y cuatro aviones enemigos. Muerte por acción enemiga ocurrió a cincuenta y seis oficiales; a suboficiales, seis hombres. Heridos, cincuenta y dos oficiales; suboficiales, siete hombres. [Firmado] Teniente Hermann Göring, comandante de escuadrón.

Sin sus aviones, el escuadrón recibió la orden de trasladarse a Aschaffenburg, cerca de Francfort, donde ocupó una fábrica de papel hasta ser oficialmente disuelto siete días después, el 19 de noviembre. Göring, como correspondía a su posición, se alojó en la casa del dueño, junto con su segundo al mando, el magnífico as Ernst Udet. Durante esa última semana, sin deberes que cumplir, los oficiales pasaron la mayor parte del tiempo en el restaurante bar local, el Stiftskeller (Sótano del convento), donde, recordaría Bodenschatz, "a menudo estaban muy borrachos, y siempre muy resentidos. Era comprensible. La Alemania que habíamos conocido y amado y por la que habíamos peleado caía en pedazos frente a nuestros ojos, y no podíamos hacer nada ante eso. Los oficiales eran insultados en las calles por soldados, y arrebatadas de su pecho las medallas por las cuales habían arriesgado la vida". El ánimo de Göring, añadiría Bodenschatz, iba de lo cínico a lo violento. "Un momento hablaba de emigrar a América del Sur y desentenderse para siempre de Alemania, pero al siguiente hablaba de una gran cruzada para llevar de nuevo a la patria a las alturas de las que había caído."[14]

En la disolución, propiamente dicha, del escuadrón, en el patio de la fábrica de papel, no hubo ceremonia ni discursos. Esa noche, sin embargo, Göring subió al pequeño estrado del Stiftskeller para dirigirse a los oficiales que se habían quedado a tomar un último trago juntos, y descubrió su voz como orador. De pie ahí, con una copa en la mano, los gritos y las bromas se extinguieron de pronto, pues esos hombres se dieron cuenta de que aquél era un nuevo Hermann Göring. Desde luego, había hablado muchas veces

ante el escuadrón como su comandante, pero siempre en el tono convencional de un oficial prusiano, espetando cortas y ásperas sentencias para hacerse entender. Esta vez fue diferente. “Casi no alzó la voz en absoluto”, diría Bodenschatz, “pero había un timbre extraño en ella, una oculta resonancia emocional que parecía colarse por la piel y llegar directo al corazón.” A diferencia de otros oficiales del JG1, Bodenschatz admiraba a Göring, y seguiría haciéndolo hasta el final, llevando su adoración hasta los oscuros días del régimen nazi y la segunda guerra mundial, así que es posible que sus recuerdos hayan sido un tanto hermoseados. Pero incluso tomando en cuenta este sesgo, está claro que esa noche marcó un momento decisivo en la vida de Göring, no sólo porque fue el fin de su dilecta carrera como oficial regular, sino también porque él descubrió un nuevo propósito, una nueva aptitud y un nuevo sendero, pese a que aún pasarían dos o tres años antes de que lo iniciara de lleno.

Esa noche habló de la orgullosa trayectoria del escuadrón Richthofen, y de que sus logros lo habían vuelto famoso en el mundo entero. Entonces su tono cambió. “Hoy sólo en Alemania”, prosiguió fríamente, “su nombre es arrastrado en el fango, su trayectoria olvidada, sus oficiales objeto de burla.” Condenó la vergonzosa conducta de los revolucionarios que habían humillado a los oficiales y soldados de las fuerzas armadas, quienes se habían sacrificado por su país. Habló de su amor a Alemania y su fe en el futuro: “Las fuerzas de la libertad, la razón y la moral se impondrán al final. Lucharemos contra las fuerzas que quieren esclavizarnos, y ganaremos. Las cualidades que hicieron grande al escuadrón Richthofen prevalecerán en tiempo de paz tanto como en la guerra”. Contemplando a su embelesado público, y antes de proponer un último brindis y romper su copa en el suelo, concluyó con una solemne profecía: “¡Nuestra hora volverá!”. Nadie pudo dudar de que decía en serio cada palabra.

Hermann Wilhelm Göring nació y fue educado para ser un nacionalista alemán. Después diría que, embarazada de él, su madre volvió del remoto Haití sólo para que su cuarto descendiente y segundo hijo varón naciera en Alemania, aunque el hecho de que ella hubiera tenido dificultades en un parto anterior en primitivas condiciones es una razón más probable. De cualquier manera, Hermann nació en el Marienbad Sanatorium, justo a las afueras de la pequeña ciudad de Rosenheim, unos sesenta y cinco

kilómetros al sur de Munich, el 12 de enero de 1893. Tanto sus orígenes como sus primeros años fueron pocos convencionales, hecho que tuvo gran influencia en el desarrollo de su muy particular personalidad.

El padre de Hermann, el doctor Heinrich Ernst Göring, parecía la imagen misma de la sólida respetabilidad burguesa. Hasta los cuarenta y cinco años de edad había seguido a su propio padre en una aburrida carrera como juez de distrito en Prusia, procreando cinco hijos con su esposa, Ida, quien murió en 1879 tras diez años de matrimonio. Pero luego, alrededor de 1885, conoció a una rolliza joven bávara de ojos azules y ascendencia austriaca, Franziska “Fanny” Tiefenbrunn, y todo cambió. Renunció a su puesto como juez, solicitó una colocación en ultramar en el servicio consular alemán y fue seleccionado por Bismarck como comisario, o gobernador, del Reich en el recién adquirido territorio del suroeste alemán de África, hoy Namibia. Sin mediar mayor plazo marchó a Inglaterra, para estudiar los métodos británicos de administración colonial antes de ocupar su puesto; a diferencia de países como Gran Bretaña, Francia y Holanda, Alemania no tenía cultura ni experiencia en el colonialismo en ultramar. Fanny lo acompañó a Londres, donde se casaron en una ceremonia privada con sólo dos testigos en la German Chapel Royal de St. James.

Leyendo entre líneas, parece claro que el doctor Göring fue obligado a abandonar su carrera como juez y salir del país para evitar un escándalo. Fanny estaba embarazada —había llegado a los cinco meses al momento del matrimonio—, y la familia prusiana y protestante de Göring reprobó eso, y a ella. Fanny tenía, después de todo, veintiséis años, edad muy superior a aquella en la que una joven respetable debía haberse casado; procedía de una familia humilde, probablemente campesina —en el acta de matrimonio se asentó que su padre era comerciante, descripción que podía cubrir casi cualquier cosa—, y para colmo era católica y bávara. Una mujer así era evidentemente una compañera poco apropiada para el doctor Göring, y no podía permitírsele educar a los cuatro hijos sobrevivientes del primer matrimonio de él. A partir de ese momento, los hijos desaparecen de los libros de historia, “arrebatados de las manos de su padre” por parientes. Parece que nunca los volvió a ver.

El suroeste de África no era una colocación envidiable; era rudo, severo y primitivo, y Fanny permaneció en Alemania para dar a luz a su primer hijo, Karl-Ernst, antes de zarpar para reunirse con su esposo en Windhoek.

Su segunda criatura, Olga, nació allá, pero hubo complicaciones, y ni la madre ni la bebé habrían sobrevivido sin la atención de un joven médico austriaco medio judío, Hermann Epenstein, quien habría de volverse íntimo amigo de la familia. Durante cinco años de incomodidades y peligros, el doctor Göring hizo una exitosa colonia con el poco prometedor material del suroeste de África, tratando hábilmente a los jefes locales y haciendo segura la zona para los comerciantes alemanes. Ése fue un logro considerable, pero, tristemente, su legado de confianza y trato justo fue malbaratado por sus sucesores, quienes se condujeron con los negros de las tribus con una arrogancia y desprecio típicamente prusianos.

Tras regresar a Alemania, el doctor Göring encontró difícil establecerse. Quizá su familia siguiera siendo hostil, y la sombra del escándalo perdurara. Tal vez él había desarrollado el gusto por la vida en exóticos sitios extranjeros, así como por el prestigio de una posición ahí. En cualquier caso, buscó otra colocación en ultramar. La única disponible era la de cónsul general en Haití, que quizá haya sonado exótica, pero que ciertamente no era prestigiosa. No obstante, aceptó el empleo, de nueva cuenta zarpando y dejando a su esposa para dar a luz a otra criatura, Paula, antes de seguirlo a las tórridas delicias de Puerto Príncipe, plagadas de enfermedades. Cuando ella volvió a embarazarse, regresó a Alemania para el parto, en una clínica en Baviera recomendada por el doctor Epenstein.

La mañana después de que el bebé nació, el buen doctor, ya de vuelta en su país con un prolongado permiso, fue su primer visitante. Fanny llamó al niño Hermann, por él, y Wilhelm, por el káiser. Epenstein, cuyo padre se había convertido al cristianismo para poder casarse con la hija de un acaudalado banquero católico romano, insistió en ser su padrino. Visitaba a Fanny prácticamente todos los días, hasta que, apenas unas semanas después, ella abandonó tanto a su nuevo hijo como al padrino de éste y volvió con su esposo y sus otros tres hijos a Haití.

Prematuramente destetado, el bebé Hermann fue entregado a una amiga de Fanny, Frau Graf, en Furth, a las afueras de Nuremberg. Él no volvería a ver a su madre en tres años. Pero lejos de sufrir abusos o maltratos de su familia adoptiva, fue muy mimado por Frau Graf y sus dos hijas, apenas un poco mayores que él. Con su cabello dorado y sus radiantes ojos azules, era un niño de apariencia angelical, y a ellas les encantaba consentirlo y complacerlo, fijando así un patrón de expectación que lo acompañaría el

resto de su vida. Como señaló Douglas M. Kelley, el psiquiatra estadunidense que estudió a Göring en Mondorf y Nuremberg: “La falta de temprano control de los padres sin duda explica el desarrollo de parte de la agresividad e incontrolado instinto de Göring. Sin la supervisión del padre o la madre, hizo en gran medida lo que quiso en esos tres primeros años, y pronto estableció rasgos de hábitos que se expresarían más tarde en su incapacidad para ajustarse a la autoridad”.[15]

Cuando su verdadera familia regresó de Haití para reclamarlo, Hermann atacó a su madre, golpeándola en la cara y el pecho con los puños cuando ella trató de abrazarlo. Ignoró por completo a su padre. Hermann y su madre se reconciliaron pronto, y él acabó por adorarla incondicionalmente. Pero esto sólo alimentó tanto su resentimiento por haber sido separado de ella en esos críticos años iniciales como sus celos por su hermano y hermanas mayores, que no habían sido abandonados. Hermann exigía constante atención, que su madre y sus hermanas le prestaban gustosamente, consintiéndolo aún más que Frau Graf y sus hijas. Retirado a los cincuenta y seis años, el doctor Göring fue más un abuelo que un padre para el joven Hermann, y en realidad nunca intimaron, aunque también él complacía al chico y lo trataba como su favorito.

Durante los cinco años siguientes, los Göring vivieron en el distrito Friedenau de Berlín, suburbio recién construido en el sur de Schöneberg, descrito por la promotora inmobiliaria como cuna de “propiedades para la clase media alta”.[16] Los sueños de Hermann de una carrera como oficial, y su obsesión de toda la vida por los uniformes, comenzaron: Berlín seguía siendo entonces, en alto grado, una ciudad militar, donde el uniforme lo era todo y la casta de oficiales prusianos estaba por encima de la ley. El círculo de conocidos del doctor Göring incluía a oficiales del ejército tanto como a funcionarios civiles, y el joven Hermann se deleitaba persuadiendo a Johann, el sirviente de la familia, de que llevara a su recámara los relucientes cascos y espadas de aquéllos, para contemplarlos y tocarlos mientras ellos cenaban. Sus excursiones favoritas con su padre consistían en presenciar los grandes desfiles en Potsdam; y cuando el doctor Göring le compró un trajecito de húsar a la edad de cinco años, se puso delirantemente feliz. A este respecto, tanto como a varios más, nunca crecería.

Un visitante regular que no era funcionario ni soldado —aunque había servido un tiempo como médico militar en un regimiento de caballería— era el doctor Epenstein, ya ennoblecido entonces por el emperador austriaco Francisco José como *Ritter* (caballero) von Epenstein, tras generosas contribuciones en la dirección correcta. Su relación con Fanny Göring se había vuelto cada vez más estrecha; en efecto, el último hijo de ella, Albert, se parecía notoriamente a él. Si el doctor Göring lo advirtió, no dijo nada. Buscaba consuelo en el alcohol, bebiendo más y más, aunque sin ponerse nunca desagradable, sino simplemente sumergiéndose cada noche en un afable sopor. La vida no había sido buena con él: parecía y se sentía más viejo de lo que era, vivía con apenas una insuficiente pensión del gobierno y su salud decaía; poco después de que Albert nació, estuvo enfermo de pulmonía y bronquitis durante varios meses.

Fue Epenstein quien ofreció la solución a los problemas de los Göring. Siempre había sido muy rico, y años antes había complacido su pasión por el romanticismo medieval comprando un castillo en ruinas encaramado en las montañas austriacas de Mauterndorf, unos ochenta kilómetros al sureste de Salzburgo, que restauró y llenó de antigüedades. Luego compró y restauró un segundo castillo, Burg Veldenstein, en Franconia, treinta kilómetros al norte de Nuremberg, e instaló a su amante y su familia en él, "por el bien de la salud de Heinrich". Su preocupación por la salud de Heinrich no se extendió a concederle la mejor recámara, que reservó para su propio uso. Mientras que Fanny ocupó un cuarto contiguo casi tan majestuoso como el de él, a su cornudo esposo se le asignaron habitaciones más modestas en la planta baja. Cuando la familia se hospedaba con Epenstein en Mauterndorf, como frecuentemente lo hacía, ya que Fanny siempre actuaba como anfitriona cuando él recibía, el sumiso doctor Göring era relegado a la casa del guarda en los jardines.

Para un chico impresionable como Hermann, la diferencia entre su débil y deprimido padre y el elegante Epenstein de finas prendas y glamurosa vida cerca de los círculos de la corte de Berlín y Viena era imponente. Fue natural, entonces, que Hermann terminara por idolatrar a Epenstein y tomarlo, más que a su padre, como modelo a seguir. Epenstein era un personaje ampuloso, que gustaba de hacerse pasar por señor feudal, vistiéndose y vistiendo a su personal con extravagantes trajes de época para armonizar con el estilo del castillo, y exigiendo que los sirvientes se

agacharan o hicieran una reverencia cada vez que se cruzaban con él. Su actitud era dominante y arrogante, pero ésa era en aquellos días la marca normal del aristócrata en Alemania, siguiendo el ejemplo del káiser. Los niños tenían que prestar atención y llamarlo “señor” cada vez que se dirigían a él —lo cual no podían hacer sin su permiso—; pero aunque les parecía intimidante, todos lo admiraban, y nadie más que Hermann, su favorito.

Veldenstein, espectacularmente encaramado en un abrupto y rocoso farallón sobre el pequeño río Pegnitz, era el patio de ensueño de cualquier muchacho, con sus torrecillas, torres, estandartes y almenas, y fue ahí donde el carácter de Hermann Göring cobró forma de modo irrevocable. Todas sus fantasías y juegos infantiles tenían que ver con leyendas, caballeros y guerreros teutónicos, ya que organizaba a sus amigos en cercos y batallas, siempre bajo su mando. Trepaba muros y farallones sin esfuerzo, y pronto se graduó en escalar picos y peñascos que habrían amedrentado a montañistas mayores y más experimentados, eligiendo siempre las rutas más difíciles a la cumbre, sin mostrar nunca la menor traza de miedo. También adquirió su amor de toda la vida por la naturaleza y la caza; cuando no estaba escalando o soñando en los tiempos de la caballería andante, su mayor placer era que Epenstein lo llevara a acechar y matar gamuzas y otros animales.

Hermann terminó por considerar pronto a Burg Veldenstein como su casa solariega, deleitándose en los ornamentados muebles y cuadros de estilo medieval, las armaduras y armas antiguas exhibidas en paredes y repisas de chimeneas. Mauterndorf, donde la familia pasaba casi todos los veranos, era aún más impresionante: antes residencia de los poderosos obispos de Salzburgo, era entonces un tesoro de valiosos muebles antiguos, gobelinos, preciosa platería y viejas obras maestras de la pintura y la escultura. Fue ahí donde se formó el opulento gusto e insaciable apetito de Hermann Göring por las obras de arte.

La escuela fue un desagradable golpe para Hermann, pues le brindó el importuno descubrimiento de que el universo no giraba a su alrededor. Primero en una pequeña escuela privada en Fürth, y desde los once años en un internado en Ansbach, constantemente se metía en problemas por su mala y rebelde conducta, por pelear con sus compañeros y pretender mangonearlos. Mostraba poca inclinación por el saber libresco y cualquier

otra actividad intelectual. Existen numerosas y contradictorias versiones de cómo acabó por salir de Ansbach luego de tres tumultuosos y desdichados años —siempre dijo que había encabezado una protesta estudiantil contra la mala alimentación y severa disciplina antes de empacar su ropa de cama, vender un violín para poder comprar su boleto de tren y dirigirse a casa—; pero sea cual sea la verdad, obviamente no hubo retorno.

La salvación de Hermann llegó cuando su padre y Epenstein le encontraron lugar en uno de los mejores colegios militares de Alemania, la Escuela de Cadetes de Karlsruhe. “El énfasis en Karlsruhe”, diría más tarde un contemporáneo de Göring al periodista Willi Frischauer, “estaba en la instrucción militar. El saber libresco ocupaba un segundo lugar.”[17] Eso era exactamente lo que Hermann necesitaba, y lo que quería. Se adaptó a esa vida de inmediato, floreciendo bajo una disciplina que podía entender y aceptar, y terminó su periodo con excelentes resultados en disciplina, equitación, historia, inglés, francés y música. “Göring ha sido un alumno ejemplar”, decía su último reporte, que continuaba proféticamente: “Y ha desarrollado una cualidad que seguramente lo llevará lejos: no teme al riesgo”.[18]

Con su exitosa temporada en Karlsruhe tras de sí, Göring logró obtener un lugar en la academia militar prusiana de Lichterfelde, en el sur de Berlín, la Sandhurst o West Point de Alemania. También esta vez realizó venturosamente sus cursos, convirtiéndose en miembro de la más exclusiva fraternidad estudiantil y disfrutando al máximo de la vida social de un cadete en Berlín antes de aprobar el examen de insignia con la más alta calificación el 13 de mayo de 1911. Más tarde aseguraría haber obtenido un total de doscientos treinta y dos puntos, cien más de los necesarios para aprobar, el que, según él, fue el total más alto en la historia de esa academia. Su familia se mostró encantada por su éxito, y su héroe, Epenstein, lo premió regalándole dos mil marcos. Usó parte de ese dinero en un viaje al norte de Italia con un grupo de compañeros graduados, donde pasó horas en galerías y *palazzi*, yendo de una pintura y escultura a otra, arrobado por la belleza de obras de maestros como Leonardo, Tiziano, Rubens, Rafael y Miguel Ángel.[19]

El recién graduado teniente Göring fue boletinado al 112 Regimiento de Baden, el “Príncipe Guillermo”, estacionado en Mülhausen (hoy Mulhouse), en Alsacia, cerca de la frontera con Francia y frente al Paso de

Belfort, de importancia estratégica. Pero su dicha fue atemperada por malas noticias de casa. Epenstein había hallado un nuevo amor, una vivaz joven llamada Lilli, quien insistió en el matrimonio y, en forma no poco natural, estaba a disgusto con la idea de que su anterior amante viviera sin pagar renta en uno de sus castillos. El doctor Göring, mientras tanto, era cada vez más cascarrabias y pendenciero, y al fin se había rebelado contra la infidelidad de su esposa. El resultado fue que los Göring tendrían que salir de Veldenstein y buscar menos suntuosas habitaciones en Munich. Göring se sintió abatido, no sólo porque adoraba Veldenstein, sino también porque había alardeado ante otros oficiales y sus amigos del esplendor de su “residencia familiar”. Para el viejo Heinrich, ya gravemente enfermo, eso fue demasiado; murió poco después. Göring, deslumbrante en su nuevo uniforme de teniente, lloró en su tumba.

Al estallar la guerra, en agosto de 1914, el regimiento de Göring fue inmediatamente retirado de Mülhausen y reubicado al otro lado del Rin, listo para repeler el supuesto ataque francés a la patria. Un desilusionado Göring se las arregló para hallar cierta aventura dirigiendo patrullas en misiones de reconocimiento en Mülhausen, primero en un tren blindado y luego en bicicleta, sosteniendo más tarde haber hecho pedazos la bandera tricolor y varios carteles franceses y casi haber secuestrado a un general francés. Logró apoderarse de cuatro corceles de la caballería francesa y tomar cuatro prisioneros. En las semanas siguientes, sin embargo, entró realmente en acción en las batallas de Mülhausen, Saarburg y Baccarat, obteniendo la Cruz de Hierro, segunda clase, antes de verse aquejado por artritis en ambas rodillas cuando empezaron a caer las primeras lluvias de la guerra. Se le evacuó del frente, primero a Metz y luego para recibir tratamiento adicional en un hospital de Friburgo, en el sur de Alemania.

El traslado a Friburgo fue fortuito en varios sentidos. Primero, Göring escapó de la carnicería de la batalla del Marne, y segundo, se encontró con un amigo de Mülhausen, el teniente Bruno Loerzer, apostado en la escuela de aviación de Friburgo como piloto aprendiz. Volar parecía emocionante, un reto que atrajo enormemente a Göring, quien solicitó de inmediato un puesto como observador aerotransportado. Al igual que gran parte de sus primeros años, la historia de cómo hizo realidad su ambición fue adornada y exagerada después, tanto por él mismo como por solícitos hagiógrafos, para favorecer su imagen como héroe gallardo. La leyenda popular afirma que se

dio de alta él mismo en el hospital, falsificó documentos de transferencia, robó un avión y empezó a volar como observador de Loerzer sin autorización, y que después eludió a la policía militar y sobrevivió a una corte marcial con la ayuda de muchos hilos movidos por su padrino y la intervención personal del príncipe heredero, Federico Guillermo. La verdad, como de costumbre, es más prosaica: puesto que sus artríticas rodillas hacían improbable que pudiera continuar como oficial de infantería, su solicitud de transferencia fue aprobada al instante, y se le apostó, en forma perfectamente normal, en el tercer destacamento de reservas de aviación en Darmstadt, para su instrucción como observador. Para entonces, desde luego, ya tenía experiencia como oficial de observación en tierra, y al parecer el curso sólo duró dos semanas, tras de lo cual se le destinó a volar con Loerzer desde Stenay, cerca de Verdún.

Göring y Loerzer hicieron una buena pareja; por magnificados que hayan sido los relatos de sus hazañas, es indudable que eran jóvenes valientes con gusto por la aventura. Loerzer era un excelente piloto natural, y Göring un intrépido observador que se hizo fama como “el Trapecista Volador”, colgando precariamente de un costado del avión para conseguir mejores fotografías de posiciones e instalaciones enemigas hallándose bajo intenso fuego desde tierra. Cuando no tomaba fotografías ni giraba instrucciones al fuego de artillería por código morse a través de un primitivo radiotransmisor, se mantenía ocupado disparando contra las tropas a sus pies, al principio con su revólver y más tarde con una ametralladora ligera sobre un soporte improvisado; dijo haber sido el primer observador en instalar ese tipo de arma en su avión.

Las fotografías de Göring de las fortificaciones, sistemas de trincheras y emplazamientos de artillería franceses eran las mejores, y pese a su bajo rango, Loerzer y él eran regularmente convocados a conferencias para proporcionar a los altos oficiales del quinto ejército, incluido su comandante, el príncipe heredero, más detalles de sus observaciones. Luego de un vuelo particularmente arriesgado, ambos fueron premiados con la Cruz de Hierro, primera clase, por el propio príncipe. “Los tenientes de la fuerza aérea Göring y Lörzer [*sic*] estuvieron entre quienes mostraron notable celo y brío”, recordaría el príncipe heredero en sus memorias, en 1923.[20] En una famosa ocasión, cuando la aviación francesa atacó Stenay, los dos jóvenes aviadores se destacaron por despegar y, aunque su aparato

estaba desarmado, derribar a uno de los atacantes. El príncipe heredero quedó especialmente impresionado y agradecido por su acción, ya que su esposa estaba de visita en ese momento, y había corrido peligro. Los dos jóvenes héroes cenaban con frecuencia en el comedor real, donde Göring, naturalmente, saboreaba cada oportunidad de codearse con la crema y nata del país, desarrollando contactos que resultarían muy valiosos en años futuros.

Cuando primero el diseñador francés de aviones Raymond Saulnier y después el holandés Anthony Fokker idearon sistemas de sincronización de ametralladoras para que pudieran disparar a través de la hélice de un avión, la naturaleza de la guerra aérea cambió para siempre. Hasta la primavera de 1915, la prioridad había sido el reconocimiento; dando principal importancia al observador, el hombre que valoraba, siendo visto a menudo el piloto como su mero chofer. Ahora que era posible instalar al frente ametralladoras que efectivamente abrieran fuego, el piloto se transformó en un caballero, que "montaba" su avión para trabar un combate solitario en el cielo. Ésa era una perspectiva a la que Göring no podía resistirse, y a fines de junio de 1915 regresó a Friburgo para empezar a adiestrarse, volviendo al quinto ejército como piloto, a mediados de septiembre.

El primer vuelo operativo en solitario de Göring fue el 3 de octubre, cuando, en lo que parece una pieza representativa de su tendencia a exagerar, reportó que había "repelido a siete aviones franceses uno tras otro", aunque tuvo que esperar hasta el 16 de noviembre para derribar oficialmente su primer avión. Durante el año siguiente, su cuenta aumentó poco a poco: su segundo derribamiento ocurrió apenas en marzo de 1916, y transcurrieron otros cuatro meses y medio antes de que se le acreditara un tercero. Entre tanto, hizo varios reclamos que fueron rechazados, mientras se movía constantemente en el frente. Para el otoño de 1916 estaba de vuelta con su amigo Bruno Loerzer en el recién formado Jasta (abreviatura de Jagdstaffel, Escuadrón de combate) 5, dedicado principalmente a labores de escolta de bombarderos.

De patrulla el 2 de noviembre, Göring avistó un gigantesco bombardero británico Handley-Page que salía pesadamente de la nube frente a él. Parecía un blanco más que seguro, y se abatió alegremente sobre su cuarto avión derribado, olvidando que ningún bombardero volaría sin escolta. Su error le fue brutalmente recordado cuando la cobertura aérea superior del

bombardero, formada por aviones de combate Sopwith, se aglomeró de súbito a su alrededor, disparando sus armas. Las balas barrieron su avión, y una de ellas le dio en la cadera. Logró escapar, y aterrizar de emergencia en el cementerio de una iglesia rural, la que, para su fortuna, servía como hospital de campaña. Sin la pronta atención que recibió, habría podido desangrarse hasta morir. Así las cosas, pasó los cuatro meses siguientes en el hospital.

De vuelta en el servicio a mediados de febrero de 1917, se le apostó en la más reciente asignación de Loerzer, el Jasta 26, con base en la Alta Alsacia, y casi al instante empezó a incrementar su cuenta de derribamientos, apuntándose otros tres antes de que se le pusiera al mando de su propio escuadrón, el Jasta 27, que salía del mismo aeródromo que el de Loerzer, el 17 de mayo. Para principios de noviembre, Loerzer y él habían alcanzado cada cual un total de quince aviones derribados, número respetable pero muy inferior al de grandes ases como Manfred von Richthofen, quien para entonces había liquidado sesenta y un aviones aliados.

Göring fue un buen comandante, aunque su actitud solía rayar en la arrogancia. Sus años de instrucción militar lo habían preparado para la administración tanto como para el combate, y dirigió un escuadrón estricto y eficiente. Aunque seguía disfrutando de la buena vida —uno de los grandes beneficios de la fuerza aérea era que sus pilotos disponían de ilimitadas provisiones de champagne y buena comida, y vivían en condiciones que habrían parecido lujosas a los soldados en las trincheras—, imponía una férrea disciplina mientras estaba en servicio. Era implacable al exigir total obediencia, tanto en tierra como en aire, donde sus pilotos tenían que renunciar al lucimiento individual y seguir los planes que él había preparado. Esto gustó poco en un principio, pero funcionó. Los días del rebelde habían terminado; las posibilidades de éxito, y de sobrevivencia, de un piloto eran mayores como parte de un equipo bien entrenado.

Además de la Cruz de Hierro, primera y segunda clases, Göring había recibido para entonces otras tres importantes condecoraciones: el León Zähring con Espadas, la Orden de Carlos Federico y la Medalla Hohenzollern con Espadas, tercera clase. Pero la recompensa suprema, la *Pour le Mérite*, equivalente en Alemania a la Cruz Victoria de Gran Bretaña o a la Medalla de Honor del Congreso de Estados Unidos, seguía

eludiéndolo; la convención era que los pilotos tenían automático derecho a recibirla cuando hubieran derribado veinticinco aviones enemigos, no antes. También rezongó por el hecho de que cuando, a principios de 1918, se formaron las cuatro nuevas alas o superescuadrones de aviones de caza, los Jagdgeschwader, Loerzer recibió el mando del JG2, mientras que Göring fue ignorado, permaneciendo como comandante del Jasta 27, que se incorporó a la unidad de Loerzer. De igual forma, cuando Richthofen cayó, en abril, el mando del JG1 se entregó a uno de sus oficiales, el capitán Wilhelm Reinhardt, otro golpe para la feroz ambición de Göring.

A las pocas semanas, sin embargo, todo cambiaría. A fines de mayo, el káiser decidió de repente otorgar a Göring su codiciada *Pour le Mérite*, “por su continuo valor en acción”, pese a que aún llevaba registrados sólo quince derribamientos. Quizá esto haya sido en reconocimiento a sus anteriores hazañas o a sus logros como comandante de escuadrón —Loerzer también recibió ese honor, con la misma cuenta—, o fue simplemente que Alemania necesitaba héroes y ellos llenaban los requisitos. Reinhardt murió poco tiempo más tarde, al tratar de superar a Göring en un vuelo de prueba de un nuevo tipo de avión; después de que Göring realizó un espectacular despliegue de acrobacia aérea en el nuevo aparato, Reinhardt intentó hacer lo mismo, pero destrozó la riostra de un ala y se vino abajo. Para sorpresa de casi todos los oficiales del JG1, el sustituto de Reinhardt no fue uno de ellos, sino un extraño, Hermann Göring.

Göring condujo satisfactoriamente la más glamurosa formación militar de Alemania, y se ganó el renuente respeto de la mayoría de los pilotos bajo su mando. Aunque siempre hubo unos cuantos que detestaban su jactancia y sospechaban que había aumentado su puntuación con reclamos fraudulentos, había otros que lo estimaban y admiraban, quienes se convirtieron en amigos suyos de toda la vida. Al terminar la guerra, había incrementado a veintidós su total personal de derribamientos, y alcanzado la categoría de héroe nacional, uno de los pocos selectos cuyas fotografías se vendían como tarjetas postales.

Una vez disuelto su escuadrón y dispersados sus pilotos, Göring se quedó brevemente en Berlín con su compañero as, Ernst Udet, antes de volver al departamento de su madre en Munich. Si el descontento y el republicanismo en la capital le habían molestado, se puso furioso por la

situación en Munich, y por el régimen de Kurt Eisner. Éste había sido encarcelado ese mismo año por organizar huelgas en fábricas de aviones y municiones, actividades que difícilmente le granjeaban la estimación de Göring, quien consideraba que su gobierno era rabiosamente bolchevique. Bandas de soldados, marinos y obreros revolucionarios seguían rondando las calles, agrediendo a quien consideraban su enemigo de clase. Se deleitaban en particular atacando a oficiales, de cuyos uniformes arrancaban condecoraciones e insignias de rango. Göring estuvo a punto de perder sus charreteras y preciadas medallas a manos de una de esas pandillas, pero logró repelerla, reforzados su enojo y resentimiento por lo que veía como ingratitud y falta de respeto al uniforme, totalmente incomprensibles apenas unos meses antes.

Hacia esa época, según su testimonio posterior, Göring voló a Viena, esperando quizá que las cosas estuvieran más tranquilas allá, o tal vez ponerse en contacto con su padrino en Mauterndorf, sólo para verse en medio de otra revolución al desplomarse el imperio de los Habsburgo.[21] Permaneció ahí dos días; luego, inquieto y resentido, regresó a Berlín, donde la situación era un poco mejor que en Munich. Pero aunque el gobierno nacional de Ebert era menos extremista que el de Eisner, aun así era socialista. Este gobierno también debía mantener a los consejos de obreros y soldados de su lado, para impedir que se sumaran a los espartaquistas, encabezados por Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Prohibir los viejos distintivos imperiales de rango era una manera sencilla de aplacar a los revolucionarios, así que se aprobó una ley que ordenaba a los oficiales remplazar sus tradicionales dragonas de oro y plata por simples galones en las mangas. Naturalmente, muchos oficiales se opusieron enérgicamente a eso, Göring entre ellos; y cuando convocaron a una reunión de protesta en la Sala de la Filarmónica, él se presentó con su uniforme de gala completo, luciendo todas sus medallas. El nuevo ministro de Guerra, el general Hans-Georg Reinhardt, se dirigió a ellos, y los invitó a apoyar al nuevo gobierno y obedecer sus órdenes, incluida la de abandonar los antiguos distintivos de rango, como él mismo había hecho. Apenas había terminado cuando Göring se puso de pie y subió a la tribuna, para ser aplaudido por el público cuando lo reconoció o vio la *Pour le Mérite* en su cuello. Tras ofrecer disculpas al general, empezó a hablar, haciendo acopio de su recién descubierto don

para la oratoria mientras sus palabras resonaban en el famoso y venerable auditorio:

> Di por supuesto, señor, que como ministro de Guerra usted estaría hoy aquí para dirigirse a nosotros. Pero esperaba ver una banda negra en su manga, que simbolizara su profundo pesar por el ultraje que quiere infligirnos. En vez de esa banda negra, usted porta galones azules en el brazo. Creo, señor, que habría sido más apropiado que se hubiera puesto galones rojos.

El público estalló en un ruidoso aplauso, pero Göring apenas empezaba. Alzando la mano para pedir silencio, continuó:

> Durante cuatro largos años, nosotros, los oficiales, cumplimos nuestro deber y arriesgamos nuestra vida por la patria. Ahora volvemos a casa, ¿y cómo nos tratan? Nos escupen y nos privan de aquello que más nos enorgullece portar. Le diré esto: el pueblo no tiene la culpa de tal conducta. El pueblo fue nuestro amigo; amigo de cada uno de nosotros, más allá de distinciones sociales, durante cuatro largos años de guerra. No, los que tienen la culpa son los que han incitado al pueblo, quienes apuñalaron a nuestro glorioso ejército por la espalda y quienes no pensaron en otra cosa que en llegar al poder y enriquecerse a expensas del pueblo. Por lo tanto, invito a todos aquí esta noche a abrigar odio, un profundo y duradero odio, por los cerdos que han ultrajado al pueblo alemán y a nuestras tradiciones. Pero llegará el día en que los echaremos de nuestra Alemania. Prepárense para ese día. Ármense para ese día. Trabajen para ese día. Seguramente llegará.[22]

El texto del discurso de Göring fue hecho público en 1935, cuando los nazis ya habían llegado al poder, por el doctor Erich Gritzbach, primer secretario de Göring en el ministerio prusiano, y su formulación merece entonces cierta desconfianza, en especial la referencia a la “puñalada por la espalda”, frase que no fue de uso general hasta noviembre de 1919, cuando Hindenburg la empleó ante una comisión investigadora de la Asamblea Nacional. Pero reportes contemporáneos confirman que Göring habló en esa reunión, y respaldan el tono y contenido general de lo que dijo. Su discurso nos da una clara y concisa versión de su credo, y de los profundos sentimientos que lo conducirían a una carrera política.

De momento, sin embargo, Göring aún no estaba listo para la política activa. Seguía a la deriva, excluido de la única carrera que había deseado siempre, la única vida que conocía como adulto; luego de haberse dirigido de ese modo al general Reinhardt, ciertamente no había sitio para él en un

reducido Reichswehr, el ejército regular. Ni siquiera se sumó a los Freikorps, compañías de exsoldados que promovían otros oficiales como reacción de derecha a los consejos de obreros y soldados. En cambio, decidió aprovechar los contactos que había establecido cuando, como destacado as de la aviación y comandante de escuadrón, había visitado regularmente a fabricantes de aviones y motores de aviación para asesorarlos y probar y evaluar sus nuevos modelos. Sorpresivamente, aunque habían disuelto la fuerza aérea alemana, los aliados no habían prohibido a compañías alemanas seguir produciendo aviones; pero, como obviamente ya no había mercado en Alemania, tenían que buscar ventas en otra parte. Göring hizo contacto con Anthony Fokker, cuyo D VII había sido el más exitoso avión de combate alemán en la guerra, y fue contratado para hacer una demostración de su nuevo modelo F-7 en un espectáculo aéreo en Dinamarca. Convenció a Fokker de que le permitiera quedarse con el avión, que seguiría promoviendo en exhibiciones aéreas en toda Escandinavia. A principios de 1919, salió por aire de Alemania, lejos del caos que tanto despreciaba. No tenía planes de regresar.

“OJALÁ HUBIERA GUERRA OTRA VEZ”

Heinrich Himmler regresó a Munich para la desmovilización al final de la guerra abatido y desilusionado. A diferencia de Göring, que había alcanzado la gloria como asesino aéreo de capa y espada, Himmler, de dieciocho años de edad, no había entrado en acción, no había recibido ningún grado como oficial y sus sueños de una carrera militar estaban deshechos. Cualquier sugerencia de que algún día sería el principal rival de Göring por el poder en Alemania habría parecido absurda, porque no había en su carácter ni en su historia absolutamente nada extraordinario.

Himmler nació en Munich el 7 de octubre de 1900, en un medio que difícilmente habría podido ser más sólidamente burgués o convencional, si se ignora el hecho de que su abuelo paterno fue hijo ilegítimo de un campesino, aunque se alistó en el Primer Regimiento Real de Baviera como soldado raso, pasó a la policía bávara y alcanzó el rango de sargento antes de obtener finalmente respetabilidad como funcionario público menor en el distrito de Lindau, en los Alpes bávaros. Ahí se casó con la hija de un relojero, quien le dio un hijo, Gebhard, chico listo que asistió al *Gymnasium* (equivalente a la *grammar school* británica, el *lycée* francés o el bachillerato hispanoamericano) y luego a la Universidad de Munich, donde cursó filosofía y más tarde filología, el estudio de las lenguas y la literatura clásicas.

Tras graduarse en 1894, Gebhard fue maestro de clásicas en un Gymnasium de Munich, y al mismo tiempo logró obtener el nombramiento de maestro particular de Enrique, hijo del príncipe Arnulfo de Baviera. Sin duda, esto le proporcionó grato dinero extra, aunque, para un monárquico incondicional y ambicioso trepador como él, la satisfacción de un contacto así con la casa real de Baviera debe haber excedido fácilmente las consideraciones económicas. En cualquier caso, menos de tres años después

mejoró en este aspecto, al casarse con Anna Heyder, quien aportó una modesta herencia de su difunto padre, comerciante.

Los Himmler pusieron casa en un departamento del segundo piso de Hildegardstrasse 2, en el centro de Munich. Su primer hijo, al que llamaron Gebhard, por su padre, nació en 1898, y el segundo dos años después. Lo llamaron Heinrich, por el exdiscípulo real del profesor Himmler, el príncipe Enrique, quien accedió a ser su padrino. Un tercer hijo, Ernst, nació cinco años más tarde, momento para el cual la familia ya vivía un poco más suntuosamente en la Amalienstrasse, justo detrás de la universidad. Su departamento estaba amueblado con antigüedades, y una habitación, de acuerdo con Gebhard, el hermano de Himmler, "se reservó para convertirla en una capilla consagrada a la memoria de los antepasados de la familia".[1] El profesor Himmler estaba obsesionado por la historia familiar, en gran parte imaginaria; ignorando convenientemente el humilde origen e ilegitimidad de su abuelo, insistía en que el linaje Himmler se remontaba hasta 1297, fecha de una "casa Himmler" en Basilea, y en que su familia también había sido de prominentes ciudadanos de Maguncia y Oberhein.

El profesor Himmler era un ávido coleccionista de obras de historia germánica, así como de monedas y estampillas postales, registrando y catalogando cada pieza con meticuloso cuidado. Casi todas las noches les leía a sus hijos algo de su biblioteca, así que cuando el joven Heinrich cumplió diez años ya sabía de memoria las fechas de todas las batallas alemanas famosas. Como maestro, el profesor era un pedante, imponía una disciplina férrea y era un bravucón, pero parece que sus hijos, Heinrich incluido, lo querían y respetaban, permitiéndole que los moldeara a su imagen sin protestas ni muestras de rebeldía. Al igual que sus padres, Heinrich era un católico devoto, que asistía diligentemente a la iglesia todos los domingos y días festivos y recitaba sus oraciones cada noche frente a un crucifijo de marfil. De hecho, en materia de religión y moral, ya era algo mojigato.

Cuando Heinrich entró al Royal Wilhelm Gymnasium, en septiembre de 1910, fue naturalmente un alumno modelo en casi todo. La excepción era gimnasia, única actividad deportiva organizada de la escuela: se esforzaba, pero era miope, más bien rechoncho y tenía una complexión congénitamente débil —o hipocondria congénita—, a causa de lo cual su madre había tendido a mimarlo. Siempre se esforzó en los estudios, siempre

estuvo entre los primeros de su clase, y nunca mostró el deseo de desobedecer. Aunque no era el chico más popular de la escuela, tampoco era un solitario, y tenía un razonable círculo de amigos. Su mayor ambición en ese tiempo era ser oficial de la armada imperial, la que, a diferencia del ejército, no exigía aristocracia como requisito para obtener grado, aunque su mala vista le habría hecho imposible esa carrera.

En 1913, el profesor Himmler fue nombrado subdirector del Gymnasium de Landshut, atractiva ciudad medieval con un impresionante castillo sobre el río Isar, unos sesenta y cinco kilómetros al noreste de Munich. Sus hijos se hicieron alumnos de su escuela, a la que, al parecer, se adaptaron sin dificultad, y su vida continuó su ordinario camino. Al llegar la guerra, pasó algo de tiempo antes de que ésta los afectara directamente, aunque avivó desde luego las fantasías militares de Heinrich, quien siguió ávidamente su curso. Como todos los muchachos de entonces, era profundamente nacionalista, alegrándose con los éxitos del ejército alemán y lamentando sus reveses. Y como la mayoría de los chicos de su edad, fue un entusiasta miembro de la Jugendwehr, la Fuerza de Defensa Juvenil, en preparación del momento en que tuviera la edad suficiente para alistarse en el ejército propiamente dicho. Ese momento llegó cuando cumplió diecisiete años. Su hermano mayor había sido llamado a filas el año anterior, su mejor amigo había dejado la escuela para su instrucción como oficial meses atrás, y Heinrich estaba impaciente por seguir su ejemplo, pese al deseo de su padre de que terminara antes sus exámenes finales. También estaba impaciente por evitar que se le reclutara como soldado común, como a su hermano. Heinrich quería pelear por su país, pero, evidentemente, no a cualquier precio.

Las antiguas restricciones de ingreso al cuerpo de oficiales se habían relajado a causa de la guerra, pero sin influencia en las esferas indicadas seguía siendo sumamente difícil para los aspirantes de clase media encontrar un lugar, en particular en un buen regimiento. Heinrich, por supuesto, tenía como padrino a un miembro de la familia real, quien le habría abierto las puertas, pero el príncipe Enrique había muerto en acción un año antes. El profesor Himmler se puso en contacto con el chambelán de la residencia del difunto príncipe, quien, como era de esperar, escribió una carta de recomendación al comandante del Primer Regimiento de Infantería de Baviera y le envió a Heinrich mil marcos para conseguir su ingreso.

Desafortunadamente, la carta del chambelán no fue suficiente; el regimiento ya tenía demasiadas solicitudes y ningún lugar, ni siquiera en su lista de espera, así que los Himmler tuvieron que buscar en otra parte.

Cada vez más preocupado de que su hijo fuera llamado a filas, el profesor Himmler empezó a escribir a todos los regimientos de Baviera, y a cada amigo o conocido que pudiese jalar los hilos vitales. Al acumularse los rechazos, Heinrich intentó evitar el reclutamiento dejando la escuela y tomando un empleo en la Oficina de Asistencia de Guerra; pero cuando se anunció que los estudiantes de último año en el Gymnasium estaban exentos, regresó a la escuela con cierto alivio. En las vacaciones de navidad, sin embargo, el Decimoprimer Regimiento bávaro le ofreció súbitamente un lugar como *Fahnenjunker*, cadete, y el primero de enero de 1918 se presentó en la base de ese regimiento en Ratisbona, para comenzar su instrucción.

Pese a su entusiasmo, Himmler fue apenas un cadete promedio. La inevitable añoranza de un joven inmaduro lejos por primera vez de su familia pasó pronto, pues a los cadetes se les permitía ir a casa casi todos los fines de semana. Para mediados de octubre, Himmler adiestraba a nuevos reclutas y esperaba que se le enviara al frente, lo cual era necesario para obtener grado. El armisticio se lo impidió.

Al tiempo que Munich hervía de revolucionarios de izquierda, ciudades y pueblos menores de Baviera seguían siendo sumamente conservadores. Ratisbona fue la cuna del Bayerische Volkspartei (BVP), Partido Popular Bávaro, organización de derecha marcadamente católica, lo que se ajustaba a las creencias de Heinrich. Mientras aguardaba ansiosamente en esa ciudad con la vana esperanza de poder obtener aún, de una u otra manera, su codiciado grado, asistía a reuniones de ese nuevo partido, y escribió a casa diciendo a su padre que él también debía afiliarse al BVP, ya que éste era la única esperanza para ambos. Ésa fue su primera experiencia de política partidista, pero no despertó ninguna ambición política en él; lo único que seguía queriendo era ser oficial: su hermano Gebhard había conseguido un cargo en el campo de batalla como *Fähnrich*, alférez, junto con la Cruz de Hierro, primera clase. Cuando Heinrich y los demás cadetes fueron dados de baja a mediados de diciembre, la desilusión del primero lo ensombreció todo. Volvió a casa a Landshut para la navidad, y en el nuevo año regresó a

la escuela para terminar sus estudios y obtener su *Abitur* (certificado), a fin de poder ingresar a la universidad.

Landshut, como Ratisbona, permanecía en relativa calma entre las tormentas políticas que azotaban a Alemania. En otras partes, sin embargo, las cosas eran mucho más turbulentas. En diciembre de 1918, los consejos de obreros y soldados celebraron su primer congreso en Berlín. Delegados de todo el país exigieron la socialización de industrias clave, la división de las grandes fincas de los *Junker* (aristócrates prusianos) y la purga del ejército, comenzando por la destitución de Hindenburg, en espera del remplazo de la soldadesca por una milicia popular cuyos oficiales serían elegidos por la tropa. Para el cuerpo de oficiales, esa amenaza a su privilegiada existencia era no sólo peligrosa, sino también verdaderamente sacrílega. El general Groener advirtió que el alto mando y él renunciarían de inmediato si se satisfacían las exigencias de los consejos. De cara a este ultimátum de los generales, Ebert cedió e ignoró simplemente las demandas del congreso. Quizá perdió así su única oportunidad de poner bajo control al ejército, de anular siglos de práctica prusiana y hacerlo rendir cuentas al gobierno, no a sí mismo en la persona del comandante en jefe. Éste resultaría ser un costoso error para Alemania en el futuro.

De hecho, Ebert había capitulado ante el ejército desde su primer día en el puesto: la noche del 9 de noviembre Groener le había llamado por la línea secreta directa entre el cuartel general y la cancillería para comprometer el apoyo del ejército en la batalla contra el bolchevismo, a cambio de la promesa de que el gobierno no interfiriera en los asuntos del ejército. Ebert hizo esa promesa. Cuando los espartaquistas llamaron a una huelga general el 5 de enero de 1919, tomaron las calles y ocuparon edificios clave en la capital, Ebert hizo valer el compromiso de Groener, y el ejército avanzó sobre Berlín. Durante cinco días hubo prácticamente guerra civil en la capital, pero la contienda fue desigual desde el principio; la mayoría de los obreros rechazaron el llamado a las armas de los revolucionarios, y se quedaron en casa. En menos de una semana la revuelta había sido aplastada en forma brutal. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo fueron arrestados y asesinados por oficiales de la división de guardia de caballería, y sus cuerpos tirados en el *Tiergarten* (Zoológico). El cadáver de Luxemburgo fue arrojado por una capa de hielo al canal Landwehr, donde

no se le descubrió hasta el deshielo muchas semanas después, junto con docenas más en otros canales y acequias. Estos asesinatos nunca se investigaron, y los culpables, aunque conocidos, jamás fueron llevados ante la justicia; aun bajo el nuevo régimen, parecía que los oficiales del ejército seguían estando por encima de la ley.

Para quienes tenían la visión de crear, de las ruinas de la derrota, una genuina democracia, los acontecimientos de enero de 1919 fueron un escalofriante recordatorio del implacable poder del antiguo orden. El *Manchester Guardian* de Gran Bretaña informó el 15 de enero: “El formidable aparato militar, que parecía aplastado para siempre, se ha levantado con increíble rapidez. Oficiales prusianos arrasan las calles de Berlín, y soldados marchan, gritan y disparan a sus órdenes. En realidad, es muy probable que Ebert y Scheidemann no esperaran algo así”.

El ejército había cumplido su papel en el sofocamiento de la segunda revolución, pero los verdaderos vencedores eran los Freikorps, nombre que propiamente significa “cuerpos de voluntarios” y que se remonta a la lucha por la liberación e identidad nacional alemana durante la ocupación napoleónica, entre 1806 y 1813. Los Freikorps de 1918 y 1919, sin embargo, no eran bandas de combatientes por la libertad, sino depredadores, ejércitos privados compuestos por resentidos exoficiales para enfrentar a los polacos en Silesia, y para combatir a las fuerzas revolucionarias de extrema izquierda. En contraste con los consejos de soldados y obreros, los que, como todas las organizaciones de izquierda, se veían divididos por constantes querellas internas, eran sumamente disciplinados y resueltos y habían sido bien equipados por el ejército regular con ametralladoras, morteros y hasta cañones de campaña, lo mismo que rifles y pistolas. Basados, inicialmente, en las llamadas tropas de asalto, escuadrones de elite que habían hecho ataques suicidas en tierra de nadie durante la guerra, eran fuertes e inclementes unidades de combate. Dado que el tamaño del ejército estaba estrictamente controlado por los aliados, los Freikorps eran una fuerza auxiliar esencial y del todo confiable en la lucha contra el bolchevismo. En retrospectiva, está claro que la amenaza bolchevique fue magnificada en exceso, pero entonces parecía aterradoramente real, y el cuerpo de oficiales, el gobierno y conservadores y liberales de toda clase estaban más que dispuestos a usar cualquier arma para derrotarla, sin importar si esa arma resultaba ser de doble filo.

Habiendo puesto bajo control la situación en Berlín, el ejército y los Freikorps dirigieron su atención a Munich, donde se gestaban problemas justo cuando Berlín se serenaba. En las elecciones nacionales y locales celebradas el 19 de enero, un día después de la primera sesión formal de la Conferencia de Paz en París, los partidos de la izquierda radical fueron rotundamente derrotados en todas partes por los moderados. En Baviera, los socialistas revolucionarios de Kurt Eisner sólo pudieron obtener 2.5% de los votos, lo que les dio derecho a únicamente tres escaños en la asamblea legislativa local, contra sesenta y seis para el BVP (Partido Popular Bávaro), de clase media. Eisner intentó aferrarse al poder recurriendo a evasivas y aplazamientos, pero al final fue obligado a convocar a la nueva asamblea. Ése sería el último acto político de su vida: de camino a la ceremonia inaugural, fue muerto a tiros por un joven oficial monárquico, el conde Anton Arco-Valley, vástago de una de las más prominentes dinastías de Baviera.

El asesinato de Eisner llevó al caos, comenzando por la sala misma de la asamblea legislativa, donde hubo disparos adicionales y al menos dos muertes más, ya que facciones rivales querían vengarse una de otra. Durante varias semanas no hubo verdadero gobierno en Baviera. El consejo de soldados y obreros estaba nominalmente a cargo, pero en realidad prevalecía un estado de cuasianarquía, con bandas armadas que rondaban las calles y ocupaban edificios públicos, bancos y hoteles. Eisner fue elevado a la condición de mártir, y el sentimiento público volvió a oscilar hacia la izquierda, en compasiva reacción por su muerte.

La asamblea legislativa fue, al fin, convocada de nuevo, el 17 de marzo, y un exmaestro de la Mayoría Socialista, Johannes Hoffmann, fue elegido primer ministro. Pero justo cuando parecía que los espartaquistas serían sometidos, y restaurada cierta apariencia de orden, de Hungría llegó una noticia que los empujó a una nueva acción: los comunistas habían derribado al gobierno y establecido una declarada República soviética bajo la conducción de Béla Kun. Ése era el primer régimen soviético de nivel nacional fuera de Rusia, y demostró que tal cosa era posible. El 6 de abril, un variado grupo en representación de la mayoría de los partidos y organizaciones de izquierda —aunque no significativamente de los comunistas— se reunió en forma insólita en los alrededores de la cámara de

la reina en el palacio real, y proclamó la *Räterepublik* (República Soviética) de Baviera, bajo la jefatura de un poeta bohemio de veintiséis años de edad llamado Ernst Toller.

El gobierno legítimo de Hoffmann huyó de Munich a la seguridad de Bamberg, justo como la asamblea nacional alemana había dejado Berlín por Weimar. Ambos traslados fueron más que razonables dadas las circunstancias: en marzo hubo un nuevo levantamiento espartaquista en Berlín, el cual fue sofocado aún con mayor violencia por Gustav Noske, ministro de Defensa de Ebert, quien envió tropas y tanques. Noske, excarnicero, era lo más parecido a un hombre fuerte en el gobierno; había aceptado gustosamente su nombramiento, declarando: “Alguien debe ser el sabueso”,[2] y no vaciló en traducir sus palabras en actos brutales. De mandíbula cuadrada, bajo y fornido, tocado a menudo con un casco de obrero para recordar a todos sus acreditaciones proletarias, había ascendido por el movimiento sindical hasta convertirse en diputado del Reichstag y experto de su partido en asuntos militares. Aunque era socialdemócrata, también era un nacionalista comprometido, y el príncipe Max lo había enviado a sofocar el motín de Kiel a principios de noviembre, tarea que había cumplido con macabro placer. Fue Noske quien dio aprobación oficial a los Freikorps, y se encargó de que fueran adecuadamente armados y alojados.

La Räterepublik de Toller, en Baviera, duró apenas siete días antes de que fuera derribada por tropas del ejército leales al gobierno de Hoffmann, las que fueron derrotadas a su vez por combatientes espartaquistas: trabajadores armados, soldados rebeldes de la guarnición y marinos rojos. El poder fue tomado entonces por comunistas a ultranza, quienes proclamaron una segunda Räterepublik bajo el mando de Eugen Leviné, agente de origen ruso enviado por el Partido Comunista en Berlín, con respaldo de Moscú, para reforzar al partido bávaro e instigar la revolución. Los seguidores de Leviné implantaron un reino de terror en Munich. Toller fue liberado de la cárcel y nombrado comandante general del “Ejército Rojo”, el cual derrotó a las tropas de Hoffmann en una batalla campal en Dachau, tranquila y pequeña villa comercial a unos quince kilómetros de aquella ciudad. Desesperado, Hoffmann pidió ayuda a Noske. La respuesta de Noske fue pronta y ominosa: “El manicomio de Munich debe ser puesto en orden”.[3] Envió al general de división prusiano Von Oven con una fuerza

de unidades del ejército regular, que serían complementadas por Freikorps, a ocuparse de eso.

Las tropas regulares fueron reunidas en la academia militar de Ohrdruf, en Turingia, estado inmediatamente al norte de Baviera, donde se les sumaron miles de hombres de los Freikorps. Acudieron tantos exoficiales a ofrecer voluntariamente sus servicios que se les dividió en compañías enteras sin ningún otro rango ni soldados rasos. Himmler, quien estaba a punto de iniciar el segundo periodo de su curso intensivo en la escuela, se alistó de inmediato en el Freikorps de Landshut, y luego en la compañía de reservistas del aún mayor Freikorps Oberland, perteneciente a la Sociedad de la Tule, donde fue asistente del comandante. Tenía grandes esperanzas de que el Oberland se incorporara al ejército regular, pues de este modo lo llevaría consigo y reactivaría su carrera militar.

La fuerza de Von Oven, de veinte mil hombres, avanzó sobre Munich hacia fines de abril, y para el 29 había cercado la ciudad. El gobierno rojo comenzó a desmoronarse entre la creciente anarquía. Toller renunció como comandante del Ejército Rojo, y fue remplazado por un joven marino, Rudolf Egelhöfer, quien pidió apoyo a las tropas regulares de la guarnición de Munich.

Adolf Hitler era uno de los soldados en el cuartel de esa ciudad. Había regresado a Munich desde el 21 de noviembre, lapso durante el cual había hecho guardia en un campo de prisioneros de guerra y en la principal estación del ferrocarril, y para entonces estaba en el batallón de desmovilización del Segundo Regimiento de Infantería, esperando de mala gana su baja. Habiéndose presentado como socialdemócrata y partidario del gobierno de Hoffmann, participaba activamente en los consejos de soldados, y había sido elegido representante suplente de su batallón un par de semanas antes. Ése fue su primer puesto político. En la reunión convocada para discutir la solicitud de Egelhöfer, se dice que éste saltó sobre una silla y pronunció un discurso en el que exhortó a sus compañeros de armas a negarse: “¡No somos la guardia revolucionaria de una punta de judíos oportunistas!”. Curiosamente, sin embargo, no los instó a combatir a la Räterepublik, sino a mantenerse neutrales en la batalla por venir, lo cual hicieron.[4]

La batalla por Munich fue breve pero sangrienta. Los espartaquistas perdieron el apoyo de todos al asesinar a diez rehenes en su poder, a los que

pusieron contra la pared del Luitpold Gymnasium para fusilarlos. Entre las víctimas estaban siete miembros de la Sociedad de la Tule, incluida su secretaria, la hermosa condesa Hella von Westarp —grave error, ya que su muerte dio a los contrarrevolucionarios excelente pretexto para la justa indignación y el castigo implacable. Al mismo tiempo, la avanzada del Ejército Blanco cayó sobre un campo en el que había unos cincuenta prisioneros de guerra rusos, todos los cuales fueron masacrados sin consideración. Éste fue sólo el principio. A medida que el ejército y los Freikorps entraban en la ciudad, mataron a cientos de personas, muchas de ellas inocentes, y las fuerzas rojas hicieron lo mismo, mientras Hitler y sus camaradas se quedaban en su cuartel sin hacer nada.

Himmler y sus compañeros del Freikorps tampoco hicieron nada. Eran una unidad de reservistas, pero no se les necesitó, así que una vez más Himmler vio negada la acción, y sus esperanzas de volver al ejército con el Freikorps Oberland se derrumbaron cuando el gobierno ordenó la disolución de éste. Himmler regresó a la escuela, terminó su curso y se puso a buscar una nueva carrera. Tras consultar a su padre, quien estaba ansioso de hallar la manera de alejar a su hijo de los muy reales peligros de la política, optó por la agricultura. Siempre le habían gustado las plantas, y de chico había adquirido una enorme colección de hierbas, interés que más tarde se convertiría en obsesión.

La elección de la agricultura no fue un cambio tan grande respecto a las ambiciones militares de Heinrich como podría parecer. En su mente romántica, Himmler se imaginaba siguiendo los pasos de los caballeros teutónicos de antaño, guerreros que se establecían en los territorios conquistados y se hacían agricultores. El concepto de *Blut und Boden*, el místico vínculo entre sangre y tierra, se había vuelto famoso en el siglo XIX, detonando un movimiento popular *völkisch* (nacionalista) de retorno a la tierra y extensión del imperio y la raza germánicos mucho más allá de los confines de la propia Alemania. Una entrada en su diario, en un momento posterior de ese mismo año, revela algo del pensamiento de Himmler: “Por lo pronto, no sé para quién trabajo. Trabajo porque es mi deber, porque encuentro paz en el trabajo, y trabajo por mi ideal de mujer alemana, con la que, algún día, viviré en el este y libraré mis batallas como alemán, lejos de la bella Alemania”.[5] Ésta fue una visión que jamás perdería.

El profesor Himmler ascendió otra vez, habiendo conseguido un nuevo nombramiento como *Rektor*, director, de un Gymnasium en Ingoldstadt, unos cincuenta kilómetros al noroeste de Landshut y setenta al norte de Munich. Encontró para Heinrich un puesto en una granja cerca de la ciudad, con la idea de que obtuviera experiencia práctica de un año antes de ingresar a la Escuela Politécnica de la Universidad de Munich para estudiar agronomía.

Heinrich empezó a trabajar el primero de agosto, en lo más álgido de la cosecha y el agotador trabajo implicado, pero tras sólo un mes se enfermó y fue admitido en el hospital, con un diagnóstico de infección de paratifoidea. Si la enfermedad era real, o los síntomas psicosomáticos, sigue siendo objeto de especulación, pero a lo largo de su vida Himmler padeció inexplicables cólicos y afecciones intestinales, problema que compartía con Hitler y casi sin duda relacionado con el estrés. Real o no, eso bastó para librarlo de la granja y alejarlo del pesado trabajo físico correspondiente, lo mismo que del capataz, con quien, anotó en su diario, tuvo "una última conversación muy desagradable".

Al parecer, Himmler pasó leyendo la mayor parte de sus tres semanas en el hospital, y empezó a asentar fechas, detalles y sus opiniones de los libros que leía en una serie de cuadernos, casi igual que como su padre catalogaba y registraba sus colecciones. Mantendría ese hábito los quince años siguientes, y las notas que sobreviven nos permiten comprender espléndidamente algunas de las influencias que contribuyeron a formar su peculiar filosofía. Al principio leía, sobre todo clásicos alemanes —en volúmenes probablemente llevados al hospital por su padre—, así como novelas de su autor favorito, Julio Verne, algo más que compartía con Hitler. Sus lecturas posteriores fueron una mezcolanza de títulos polémicos y de filosofía popular, que iban de Nietzsche y H. Stewart Chamberlain (otro favorito de Hitler) a obras sobre los judíos y francmasones y dudosas teorías raciales. Ocasionalmente, libros eróticos prohibidos aparecen en su lista; siempre los juzgó degenerados, dando la impresión de que los leía sólo por obligación moral, pero de todos modos los leía.

Una vez dado de alta en el hospital, Himmler siguió sintiéndose mal. El médico familiar diagnosticó aneurisma, causado por exceso de trabajo, y recomendó que convaleciera un tiempo, haciendo sólo ejercicio ligero y

evitando la tensión nerviosa. Con la instrucción de “interrumpir un año y estudiar”,[6] se inscribió en la Escuela Politécnica el 18 de octubre de 1919, se mudó a Munich y rentó un cuarto en la Amalienstrasse, a unos pasos del departamento donde había vivido su familia. Su hermano mayor, Gebhard, ya estudiaba en la universidad, y vivía cerca.

En la Escuela Politécnica, Himmler fue, como de costumbre, un alumno modelo, diligente, aplicado y empeñoso, listo pero no brillante. Aunque siempre fue algo torpe, tuvo entonces una vida social sorprendentemente activa, yendo a fiestas —en una ocasión se disfrazó de “Abdul Hamid, el sultán de Turquía”—, tomando clases de baile, aprendiendo a tocar guitarra e integrándose a numerosos clubes y sociedades. La impresión que nos queda es la de un joven ansioso, serio y un tanto aburrido, todavía un poco hijo de mamá, en desesperada búsqueda de la aceptación de sus pares mientras conservaba la de sus padres y maestros.

Himmler fue aceptado en una de las mejores asociaciones estudiantiles, la Apolo, aunque esto le planteó ciertos problemas. Asociaciones como la Apolo se centraban en dos actividades: beber grandes cantidades de cerveza y batirse a duelo. El delicado estómago de Himmler le dificultaba tomar cerveza, pero los líderes de la asociación se mostraron comprensivos y le concedieron una exención especial, eximiéndolo de beber. Batirse a duelo, sin embargo, fue una lucha para su conciencia: la Iglesia católica lo había prohibido estrictamente, y él seguía siendo un católico devoto, pero anhelaba adecuarse a los usos estudiantiles, y por lo tanto a las cicatrices de duelo, que eran la marca del caballero alemán. La necesidad de adaptarse ganó. En la entrada de su diario del 15 de diciembre de 1919 se lee: “Creo que me hallo en conflicto con mi religión. Pase lo que pase, siempre amaré a Dios, le rezaré, y me adheriré a la Iglesia católica y la defenderé, aun si fuera expulsado de ella”.[7] A pesar de tanta *Angst* (angustia), Himmler no parece haber tenido mucha prisa —o tal vez se le haya complicado encontrar rival—, y no fue hasta junio de 1922, hacia fines de su último periodo escolar, que alcanzó su objetivo, con cinco cortadas que necesitaron cinco puntos.

Como todo típico adolescente reprimido con dos hermanos y sin hermanas, Heinrich era torpe con las mujeres, y sufrió las penurias del amor no correspondido. Cuando una joven lo rechazaba, sus antiguas ambiciones salían de nuevo a la superficie, como anotó en su diario el 28 de noviembre

de 1919: “Si por lo menos pudiera correr peligros ahora, arriesgar mi vida, pelear, sería un alivio para mí”.[8] Es obvio que seguía ansiando la vida militar. Ese mismo mes, él, su hermano Gebhard y su primo y mejor amigo Ludwig “Lu” Zahler habían solicitado alistarse en la decimocuarta compañía de alarma de la brigada de protección en Munich, fuerza oficial de reserva del ejército como los Territorials de Gran Bretaña o la National Guard en Estados Unidos. A principios de diciembre, apuntó dichosamente: “Hoy me puse otra vez mi uniforme. Siempre ha sido mi atuendo favorito”.[9]

Al despuntar la nueva década, la situación política de Alemania, en general, y de Munich en particular, era aún más volátil que nunca. El 7 de enero de 1920, una masiva concentración de siete mil personas en Munich, de la Deutschvölkischer Schutz-und Trutz-Bund —Confederación Nacionalista Alemana de Defensa y Resistencia, amplia organización pangermana de grupos de derecha que usaba la svástica como símbolo—, había terminado en tumultos violentos, y las autoridades estaban comprensiblemente nerviosas. El 13 de enero una manifestación en Berlín contra un proyecto de ley para volver obligatorios los consejos obrero-patronales acabó en pesadilla cuando la multitud trató de tomar por asalto el Reichstag y la policía abrió fuego contra ella con rifles y ametralladoras, matando e hiriendo a docenas de marchistas. Temeroso de escenas similares en Munich, el gobierno bávaro prohibió los mítines en esa ciudad.

Adolf Hitler fue uno de quienes hablaron brevemente en el mitin de la Schutz-und Trutz-Bund en Munich: ésa fue la primera vez que apareció en un marco así, la primera vez que paladeó el adictivo torrente de adrenalina al enfrentar a un público muy numeroso. Aunque seguía sirviendo como cabo en el ejército, ya era el orador estrella del Deutsche Arbeiterpartei (DAP), Partido Obrero Alemán, al que se había afiliado en septiembre de 1919 por órdenes de su comandante. El DAP era uno entre al menos quince pequeños partidos de derecha que habían pululado en Munich desde la guerra, pero crecía más rápido que la mayoría, gracias en parte a las pronto florecientes habilidades oratorias de Hitler. El público de sus siete primeras reuniones públicas había aumentado sostenidamente de unas cuantas docenas a alrededor de cuatrocientas personas; pero una vez que Hitler experimentó el estremecimiento de un mitin realmente masivo, se sintió

impaciente de llevar al DAP por la misma senda. Persuadió al presidente de éste, Anton Drexler, de que lo apoyara, y ambos reservaron la Bürgerbraukeller (Taberna Cervecera Metropolitana), enorme cervecería en la Rosenheimer Strasse, menos de un kilómetro al sureste del centro de la ciudad al otro lado del río Isar, para relanzar al partido ese mismo mes.

A causa de la prohibición, ese encuentro tuvo que reprogramarse para el martes 24 de febrero, en un nuevo escenario, la más céntrica Hofbrauhaus (Cervecería de la Corte). El aplazamiento resultó ser útil, pues no sólo dio más tiempo a Hitler para preparar su discurso y redactar, con Drexler, el manifiesto del partido por anunciar en la reunión, sino que también volvió más oportuno y emotivo su tema. Para llenar ese grande y tenebroso salón, necesitaban un público de dos mil personas. Pero Hitler y Drexler eran dos desconocidos, así que este último convenció al doctor Johannes Dingfelder, ajeno al partido pero conocida figura en los círculos *völkisch* de Munich, de pronunciar el que, se le aseguró, sería el discurso principal de la noche, *“Was uns not tut”*, “Qué debemos hacer”. Con deslumbrantes carteles rojos y volantes pegados por toda la ciudad, aquéllos consiguieron sus dos mil personas para llenar el salón, gran parte de las cuales eran comunistas que habían reaccionado a los deliberadamente provocadores carteles rojos de Hitler, y que estaban ahí para causar problemas. Drexler parece haber perdido su temple en ese momento, y Hitler presidió la sesión, otra primicia y un nuevo paso adelante en su pujante carrera.

La alocución de Dingfelder fue decorosa y ordinaria, y se le recibió cortésmente. Siguió Hitler. Presentó los veinticinco puntos del recién formulado manifiesto del partido, y luego lanzó ataques contra los judíos y los decretos de Versalles, todo lo cual cayó muy bien. Su cruda oratoria encendió el lugar, y hubo interrupciones y abucheos; pero, contra sus ilusorias afirmaciones en *Mein Kampf*, la reunión terminó con escasa o nula violencia. No hubo disturbios, cabezas rotas ni, por lo tanto, grandes titulares que proporcionaran la muy necesitada publicidad. Heinrich Himmler y sus amigos en las brigadas de protección no fueron convocados, y en realidad parecen haber sido totalmente ajenos al debut de Hitler como orador en gran escala. Sin embargo, estaban muy al tanto del tema principal de su discurso y sus efectos en el pueblo alemán.

El Tratado de Versalles había entrado en vigor el 10 de enero, y tres semanas después los aliados habían exigido la extradición del káiser de Holanda y la entrega por el gobierno alemán de casi novecientos exoficiales, empezando por Hindenburg, para ser juzgados como criminales de guerra. El gobierno se negó, pero el cuerpo de oficiales apenas si fue aplacado, y usó el incidente para atacar al presidente Ebert y sus colegas por haber firmado el tratado en primer término. Sus sentimientos se agudizaron conforme aumentaban los rumores, acusaciones y contracusaciones. Finalmente se desbordaron, cuando el gobierno sucumbió a la presión aliada, aceptó la desmovilización de sesenta mil efectivos, entre ellos veinte mil oficiales, y ordenó la disolución de los Freikorps.

El más cruel y despiadado de los Freikorps, la segunda brigada de marina, conocida como la brigada Ehrhardt, en alusión a su comandante, el capitán de marina Hermann Ehrhardt, estaba estacionada en Döberitz, a unos veinticinco kilómetros de Berlín. Esta brigada se había distinguido en feroces batallas contra los polacos en la frontera oriental y contra los bolcheviques en los Estados bálticos, así como combatiendo a los espartaquistas en Berlín, y había sido una de las principales unidades en la fuerza que había aplastado a la Räterepublik en Munich el año anterior. La sola idea de su disolución era anatema para sus oficiales y soldados. A través del comandante del distrito militar de Berlín, el general y barón Walther von Lüttwitz, aquéllos enviaron un ultimátum al gobierno exigiendo un alto a la desmovilización tanto del ejército como de los Freikorps, así como otras medidas, que incluían nuevas elecciones, la enérgica represión de todas las huelgas y la restauración de los antiguos colores imperiales, rojo, blanco y negro, que habían sido remplazados, conforme a la nueva Constitución de Weimar, por el negro, rojo y dorado de los revolucionarios de 1848.

Cuando Ebert rechazó su ultimátum, la brigada Ehrhardt marchó sobre Berlín, encabezada por su compañía de asalto y una batería de artillería de campaña, entonando su himno:

La svástica en los cascos,
la banda rojinegra
y blanca, la brigada
de Ehrhardt es señera.

Obrero, obrero, ¿qué va a ser de ti,
lista la brigada a hacer la guerra?
Ehrhardt la brigada todo hace pedazos,
así que ¡ay de ti, hijo de perra![10]

Mientras atravesaba a paso de ganso la Puerta de Brandeburgo a las siete de la mañana del 13 de marzo, la brigada fue recibida por el general Ludendorff, quien "por casualidad" daba su tempranero paseo matutino en ese preciso momento y lugar, así como por el doctor Wolfgang Kapp, cofundador del Partido de la Patria en tiempo de guerra. Kapp y Lüttwitz se abrieron paso hasta la cancillería del Reich, en la Wilhelmstrasse, y dieron a conocer una proclama que sostenía que el gobierno del Reich había dejado de existir. "El poder íntegro del Estado ha pasado a manos del comisario doctor Kapp, de Königsberg, como canciller del Reich y primer ministro de Prusia", continuaba. "Necesitamos dos cosas: orden y trabajo. Los agitadores serán exterminados sin miramiento."

Ebert y su gobierno se habían esfumado prudentemente durante la noche, dirigiéndose primero a Dresde y luego a Stuttgart, sin haber convencido al jefe del Estado Mayor, el general en jefe Hans von Seeckt, de prestar apoyo militar. La respuesta de Seeckt había sido breve y categórica: "Los soldados no disparan contra soldados [...] Cuando el Reichswehr dispare contra el Reichswehr, la camaradería del cuerpo de oficiales habrá desaparecido por completo".

Puede ser que el ejército —rebautizado como Reichswehr durante la República de Weimar— se haya hecho a un lado, pero no ofreció apoyo activo al *Putsch*. Cuando el único miembro del gobierno que se había quedado en Berlín, el consejero real Arnold Brecht, llamó a una huelga general y la ciudad se paralizó abruptamente, las tropas permanecieron en sus cuarteles. Funcionarios y burócratas de todos los niveles también se negaron a cooperar; la primera dificultad del nuevo régimen se presentó cuando no encontró a nadie que mecanografiara su manifiesto, pues cometió el error de pretender tomar el poder en sábado, y en consecuencia se hizo demasiado tarde para alcanzar los diarios dominicales. Luego, Brecht escondió los sellos necesarios para certificar todos los documentos, y nadie aceptaría órdenes que no estuvieran selladas. El siguiente golpe

llegó cuando las tropas del Freikorps exigieron su pago, y Kapp se dio cuenta de que su régimen no tenía dinero. Trató de convencer a Ehrhardt de tomarlo del banco estatal, pero Ehrhardt se negó, indignado, diciendo que era oficial, no asaltabancos.

Esa huelga general fue el paro más vasto en la historia de Alemania. Todo se detuvo de inmediato: no había agua, electricidad, transporte, nada. En medio del creciente caos, hubo motines en el ejército y la armada en diversas partes del país, la policía y tropas de seguridad declararon su lealtad al gobierno de Ebert, y después de sólo cuatro días y medio el *Putsch* fracasó. Kapp tomó un taxi y se dirigió al aeropuerto de Tempelhof, emulando a Ludendorff al volar a Suecia, aunque no sintió la necesidad de bigotes falsos.

Las tropas del Freikorps se formaron y salieron de Berlín, observadas por una hostil multitud, pero la farsa en que había caído la intentona de *Putsch* tuvo un remate sanguinario. Un chico en la multitud se burló de los milicianos que partían, y dos de ellos rompieron filas, lo tiraron al suelo golpeándolo con las culatas de sus rifles y lo mataron a patadas. Cuando la muchedumbre trató de intervenir, otros milicianos abrieron fuego contra ella con rifles y ametralladoras antes de seguir su camino, dejando tras de sí cientos de muertos y moribundos.

Poco después de que Kapp despegó de Tempelhof, un pequeño avión llegó de Munich, con el cabo Adolf Hitler, del “Departamento de Información”, *Abteilung* (sección) 1b/P, de la comandancia del Reichswehr en Baviera, y su mentor en el DAP, Dietrich Eckart. Habían sido enviados por el capitán Mayr, comandante de la Abteilung 1b/P, para informar a Kapp y Lüttwitz de la situación política en Munich, y para indagar qué sucedía exactamente en Berlín. Cuando llegaron todo había terminado, pero su viaje no fue en vano; hicieron contactos con círculos *völkisch* y grupos de derecha, como la asociación de veteranos de Stahlhelm (Cascos de Acero), que serían valiosos para Hitler en el futuro. El muy bien relacionado Eckart pudo presentar a su *protégé* con varias personas influyentes en Berlín, en particular Frau Helene Bechstein, esposa del fabricante de pianos y una de las principales damas entre las que organizaban tertulias políticas en sus residencias en Berlín, la cual quedó largamente prendada del vehemente joven de penetrantes ojos azules.

Para Hitler, el punto culminante de su visita a Berlín llegó cuando el general Ludendorff los recibió a Eckart y a él en su suite del Adlon Hotel, probablemente la reunión más significativa de su vida hasta entonces; el respaldo del otrora dictador militar de facto daría a Hitler la credibilidad que necesitaba para hacer realidad sus ambiciones. Tras volver a Munich a fines de marzo, Hitler renunció al ejército para dedicarse de lleno al activismo político. Al mismo tiempo, anunció el cambio de nombre del DAP: para atraer un más amplio espectro de apoyo, en el futuro se le conocería como National Socialistische Deutsche Arbeiter partei (NSDAP), Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, denominación que pronto se abrevió, a la usual manera alemana, en partido nazi.

La situación en Munich, que Hitler y Eckart habían ido a reportar a Berlín, era muy diferente a la de la capital del Reich. Mientras que Kapp y Ehrhardt habían estropeado por completo el intento de derribar al gobierno nacional socialdemócrata, en Munich el ejército y los líderes de la poderosa Einwohnerwehr, Fuerza de Defensa Ciudadana o Home Guard, habían "persuadido" al gobierno socialista bávaro de Hoffmann de renunciar. En su lugar, habían instalado su propio gobierno de derecha, bajo la conducción de Gustav *Ritter* von Kahr, autócrata monárquico de viejo cuño. A diferencia de Kapp y Lüttwitz, Kahr tenía el crucial apoyo tanto del ejército como de la policía —su gobierno era en realidad, en muchos sentidos, poco más que una fachada de los militares—, así que el *Putsch* de Munich fue relativamente tranquilo y fácil. Aun así, el momento era sumamente tenso, y la decimocuarta compañía de alarma de Himmler estuvo entre las llamadas para preservar el orden. Himmler, su hermano y su primo la pasaron de maravilla vistiendo uniformes de verdad y patrullando las calles en vehículos blindados, con las ametralladoras listas.

Poco después, las brigadas de protección fueron disueltas por órdenes de la Comisión de Control de los aliados, que las veía, con toda razón, como recursos para eludir las restricciones al tamaño del Reichswehr, impuestas por el Tratado de Versalles. Desilusionado pero impertérrito, Himmler se alistó de inmediato en la Einwohnerwehr, que no estaba oficialmente relacionada con el ejército pero tenía una estructura militar y seguía dándole la oportunidad de vestir uniforme. Recibió "un rifle y cincuenta balas, un casco de acero, dos bolsas de municiones y una

mochila", significativamente de los pertrechos de la Vigesimoprimera Brigada de Fusileros del Reichswehr.[11]

En todo el Reich la situación política seguía siendo volátil, particularmente en las regiones industriales donde los comunistas tenían sus bases de poder. En Sajonia se proclamó una Räterepublik en medio de las más violentas amenazas y atrocidades de ambos bandos. En el Ruhr, la huelga general terminó en una serie de batallas campales entre los obreros y el ejército, lo que dio pretexto a los franceses de invadir e imponer una ocupación militar, elevando todavía más las tensiones. Con tanta agitación en Alemania, las fuerzas de extrema derecha veían a Baviera como puerto seguro, y empezaron a migrar allá, convirtiendo pronto a Munich en el centro de toda la actividad contra Weimar. Cualquiera en peligro de arresto por actividades subversivas derechistas podía estar seguro de hallar refugio en Baviera, a menudo con un empleo como peón o supervisor en una de las grandes fincas.

Ludendorff recibió de un admirador una villa en el suburbio Ludwigshöhe de Munich, que pronto se volvió centro de peregrinación para opositores nacionalistas a la República de Weimar. La villa era protegida todo el día por tropas de la brigada Ehrhardt, que habían dejado Döberitz y establecido una nueva base en Munich, a invitación expresa del jefe de la policía de esta ciudad, Ernst Pöhner, alto y arrogante exteniente del ejército. Interrogado sobre si sabía que escuadrones de la muerte operaban en esa ciudad, se dice que Pöhner contestó: "Sí, ¡pero no los suficientes!".[12] La mayoría de esos escuadrones se componían de exmiembros de los Freikorps, quienes habían pasado a la clandestinidad cuando sus brigadas y cuerpos fueron prohibidos, de manera que formaron supuestos clubes deportivos y sociales para mantenerse juntos y esperar el momento oportuno. Sus actividades deportivas más frecuentes eran tirar al blanco y marchar.

Himmler abandonó Munich en septiembre de 1920, para una experiencia práctica de un año en una granja en Fridolfing, cerca de la frontera austriaca. Cuando regresó, en agosto de 1921, para iniciar su último año en la universidad, reanudó sus actividades en sus muchas organizaciones y sociedades —aún lo impulsaba claramente una compulsión a pertenecer—, pero no mostró ningún interés en partidos políticos. Hasta donde sabemos,

ni siquiera sabía de Hitler y el NSDAP. Como muchos otros jóvenes que enfrentaban un futuro incierto, pensaba seriamente en emigrar. “Hoy recorté un anuncio del periódico sobre la emigración a Perú”, escribió en su diario el 23 de noviembre de 1921. “¿Dónde terminaré: España, Turquía, los países bálticos, Rusia, Perú? Seguido pienso en esto. Dentro de dos años ya no estaré en Alemania.” Tres años después aún jugueteaba con esa idea, indagando en la embajada rusa sobre la posibilidad de ir a Ucrania como administrador de una finca.

Su gran pasión, sin embargo, seguía siendo el ejército. “Ojalá hubiera guerra otra vez”, escribió en su diario; “¡guerra, tropas en marcha!”.[13] Meses más tarde continuaba en el mismo tenor: “Tal vez me aliste de una u otra forma. Porque básicamente soy un soldado.”[14] La Einwohnerwehr había seguido el camino de las brigadas de protección, pero Himmler pudo extraer cierto consuelo del hecho de que, antes de que fuera disuelta, al fin había recibido una encomienda, como *Fähnrich*. Por entonces, sin embargo, tenía que arreglárselas con la asociación de oficiales de su antiguo regimiento, y con una misteriosa organización de veteranos llamada Club de Fusileros Freiweg.

El Freiweg tenía cierta relación con la muy temida Organización Cónsul, que llevó a cabo cientos de homicidios políticos en toda Alemania de 1919 a 1922, reclamando la vida de, entre otros, Matthias Erzberger, el hombre que había firmado el armisticio en 1918, y el ministro del Exterior, Walther Rathenau. El “cónsul” al que esa organización debía su nombre no era otro que el capitán Ehrhardt, quien había huido a Hungría inmediatamente después de la debacle del *Putsch* de Kapp, pero que había retornado a Baviera con documentos falsos bajo el nombre de “cónsul H. von Eschwige”. Esos documentos habían sido provistos por el jefe de policía Pöhner, quien seguía brindando protección a Ehrhardt y sus oficiales en Munich. Pöhner también proporcionó documentos falsos para los asesinos de Erzberger, permitiéndoles así escapar a Hungría, donde el gobierno se negó a extraditarlos hasta 1946.

La entrada del diario de Himmler, tras el asesinato de Rathenau, indica que tenía al menos cierto conocimiento del caso: “Organización ‘C’. Sería terrible que todo se supiera”.[15] A la semana siguiente se ofreció para “misiones especiales” con el Freiweg. Nada parece haber resultado de eso,

pero demuestra que él ya adquiría un interés más activo en la política. De hecho, Himmler consiguió un lugar en el curso de ciencia política en la universidad para el año siguiente, e incluso se le otorgó exención de cuotas, pero su padre no pudo seguir apoyándolo. Aunque ese año el profesor Himmler había llegado a la cúspide de su profesión al nombrársele *Rektor* del Wittelsbach Gymnasium, una de las principales escuelas de Munich, la inflación ya golpeaba fuerte, y él tenía otros dos hijos que considerar. Así que Heinrich terminó su curso, se batió a duelo, obtuvo su diploma y buscó trabajo en la agricultura. Lo mejor que pudo encontrar en esos difíciles tiempos, con la inflación y el desempleo en auge, fue un puesto como asistente en una compañía de fertilizantes, Stickstoff-Land Ltd en Schleissheim, a las afueras de Munich. Empezó a trabajar ahí a principios de septiembre de 1922.

Ya no estudiante, y con un trabajo seguro, si no es que muy bien pagado, habría sido de esperar que Himmler se asentara en una carrera estable relacionada con la agricultura: una vida de agricultores, fertilizantes y rendimientos agrícolas. Pero el año anterior había conocido a un hombre que le ofreció la posibilidad de volver a vestir uniforme, aunque sólo fuera los fines de semana y apenas el rompevientos gris, el pasamontañas y las polainas de una asociación nacionalista llamada Reichsflagge (Bandera Imperial). Ese hombre era un veterano de trincheras con heridas de guerra, el capitán Ernst Röhm. Himmler, todavía joven e impresionable, y sediento de aceptación, se convirtió en su devoto seguidor.

Muy condecorado héroe de guerra, tres veces herido y con las cicatrices para probarlo —la parte superior de su nariz había desaparecido de un balazo en 1914, y otra bala había abierto un profundo canal en su mejilla izquierda—, Röhm era un altanero y belicoso oficial regular que había servido en el frente occidental como comandante de compañía en el Décimo Regimiento de Infantería de Baviera. Aunque era un homosexual practicante, si bien encubierto, no había nada de amanerado en su actitud, y nada que despertara las sospechas del joven Himmler en ese sentido; si lo hubiera habido, probablemente éste se habría escandalizado demasiado y, sin duda, jamás habría seguido al capitán. Hijo de un empleado del ferrocarril, Röhm nunca había querido más que ser soldado: el ejército había sido su vida, su *raison d’être*, pues englobaba todos sus sueños y

ambiciones. Había sufrido la humillación del armisticio con particular acritud, y ahora dedicaba su considerable energía a buscar maneras de preservar la influencia del ejército y restaurar su poder, por todos los medios posibles. Despreciaba hondamente a la república y todo lo que ella significaba, en especial la amenaza que representaba para su carrera militar, e intrigaba constantemente para provocar su caída; cuando dio en escribir sus memorias en 1928, las tituló *Die Geschichte eines Hochverräters* (*La historia de un traidor*).

Al terminar la guerra, Röhm, entonces de treinta y un años, había sido retirado del frente tras ser gravemente herido por tercera vez, para servir como oficial de abastecimiento del Estado Mayor de la Decimosegunda División de Infantería de Baviera, con sede en lo que alguna vez había sido el lugar de residencia de Himmler: Landshut.[16] Luego había sido jefe de armamentos y equipo de la vigesimoprimera brigada de fusileros en Munich, donde fue responsable de armar a las diversas unidades paramilitares, entre ellas la de Himmler.[17] Por último, se le había adscrito al Estado Mayor de la comandancia del VII distrito del Reichswehr en Munich, como ayudante del general de división *Ritter* von Epp, quien había dirigido el Freikorps Oberland en la derrota de la Räterepublik y era entonces comandante de todas las fuerzas de infantería de Baviera. Trabajando para Epp, Röhm había sido responsable de organizar, armar y coordinar las unidades paramilitares, especialmente su creación particular, la Einwohnerwehr. También había estado a cargo de extraer armas y equipo de bodegas militares y de almacenarlos en depósitos clandestinos, bien escondidos tanto de la Comisión de Control aliada como del gobierno alemán, contra los que se usarían en la confrontación prevista entre el ejército y la república. Cuando el gobierno bávaro fue finalmente obligado a disolver la Einwohnerwehr y confiscar las armas de las demás organizaciones paramilitares, muchas de ellas decidieron entregarlas a Röhm para su resguardo, lo que le ganó a éste el apodo de el Rey de las ametralladoras. El control de ese arsenal le dio considerable poder e influencia en la política nacionalista de derecha.

Aunque sus preocupaciones eran políticomilitares más que de política partidista, Röhm se interesó activamente en la mayoría de las organizaciones y partidos de derecha, participación que había aumentado cuando sustituyó en la Abteilung 1b/P al capitán Mayr en 1920. Antes de

entregar el mando, Mayr lo presentó con su prospecto estrella, llevando a Hitler a conocerlo en sesiones del Puño de Hierro, sociedad secreta fundada por Röhm para oficiales de ultraderecha. Poco después, Röhm empezó a asistir a reuniones del DAP (como se llamaba entonces), se afilió a ese partido como miembro número 623, y comenzó a aportar muy necesarios recursos del fondo para sobornos de su departamento. Luego de oir hablar a Hitler, reconoció el potencial detrás de la cruda vehemencia de éste: ahí, creyó, había un hombre al que podía usar.

De momento, Hitler era sólo un miembro del partido, y el DAP apenas uno de los muchos pequeños partidos en Munich que interesaban a Röhm. Las ambiciones de Hitler se limitaban aún a ser "el tambor", el hombre capaz de despertar a las masas y ponerlas en marcha, y esto convenía admirablemente a los propósitos de Röhm. El capitán empezó a prestar ayuda práctica a Hitler para que se convirtiera en lo que él quería. Hitler era un hombre sin contactos; Röhm conocía a todo el mundo. Durante los dos años siguientes, además de subsidiarlo económicamente, Röhm promovió la carrera de su *protégé* presentándolo con oficiales y políticos patriotas, venciendo las reservas de Hitler por la diferencia de rango entre ellos, con la insistencia de que le hablara con el familiar *Du*, "tú", en vez del formal *Sie*, "*Ud.*". (Este hábito persistió: años después, Röhm sería el único colega de Hitler al que se le permitiría —o tan osado como para reclamar— tal privilegio.) También impulsó la credibilidad del DAP persuadiendo a muchos otros oficiales del Reichswehr de afiliarse a él. Cuando el periódico de la Sociedad de la Tule, el *Völkischer Beobachter* (Observador del Pueblo), estaba a punto de quebrar, en diciembre de 1920, Röhm fue decisivo, junto con otro mentor de Hitler, Dietrich Eckart, para convencer al *Ritter* von Epp de ceder sesenta mil marcos de los fondos secretos del ejército para ayudar al NSDAP a comprarlo para hacerlo su portavoz.

El principal interés de Röhm seguían siendo las organizaciones paramilitares más que partidos como el NSDAP, pero tiempo después halló la manera de combinar ambas inquietudes. Cuando la Einwohnerwehr fue disuelta, sus miembros se dispersaron en una amplia serie de nuevas o reforzadas "asociaciones patrióticas" surgidas en toda Baviera, formadas en su mayoría en torno a lo que quedaba de los Freikorps. Los nombres de muchas de esas sociedades, y de sus líderes, tenían un sonido familiar:

incluían a la Bund Oberland (Asociación Oberland) de Epp, la Wiking-Bund (Asociación Vikinga) de Ehrhardt y la Reichsflagge, encabezada por Röhm. Cuando Hitler dio un *coup* interno en el NSDAP en julio de 1921, tomando el poder como presidente y relanzando con mayores ambiciones al partido, recurrió a Röhm para fortalecer el "escuadrón de protección de acceso", integrado por matones y rufianes a quienes se usaba para controlar o perturbar reuniones, y la transformó en el grupo paramilitar del partido. Röhm atrajo a Ehrhardt, quien llegó a un acuerdo con Hitler para que las experimentadas tropas de su exbrigada se sumaran a la "Sección Deportiva" del partido; esto sucedió justo en la época del asesinato de Erzberger, y es indudable que a Ehrhardt le pareció útil disponer de una capa extra de cobertura para sus hombres.

Para el otoño, esa sección, comandada por un veterano de la brigada Ehrhardt, el teniente Klintzsch, tenía trescientos miembros y un nuevo nombre: Sturmabteilung, Sección de Asalto, o SA. Röhm no tenía participación directa en ella; estaba demasiado ocupado con su Reichsflagge, y atento a los muchos otros grupos que le interesaban. Pero siguió dando apoyo económico y aliento.

Himmler conoció a Röhm al menos desde enero de 1922, cuando su diario hace constar que estuvo con él en la Arzberger Keller de Munich luego de una reunión de una de las muchas organizaciones a las que pertenecía: "El capitán Röhm y el mayor Angerer [excomandante de compañía de Himmler] también estaban ahí; muy cordiales. Röhm, pesimista del bolchevismo". Himmler quedó cautivado por la fuerza de la personalidad de Röhm, y éste tomó gustosamente al joven bajo su protección para guiarlo en la dirección correcta. Cuando Himmler se graduó en la universidad y empezó a trabajar para Stickstoff-Land, Röhm lo convenció de afiliarse tanto a la Reichsflagge como, un año después, al NSDAP. Himmler se incorporó de buena gana al partido, en agosto de 1923, recibiendo la membresía número 42,404. Pero no era todavía un nazi: su estandarte era la bandera imperial de la monarquía alemana, no la svástica, y su líder no era Hitler, sino Röhm.

CONTRA LOS CRIMINALES DE NOVIEMBRE

Hermann Göring regresó a Alemania en el verano de 1921, para estudiar historia y ciencia política en la Universidad de Munich, y para buscar una nueva carrera, un nuevo futuro. También huía del escándalo en Estocolmo, donde había seguido las picantes tradiciones de su familia enamorándose de la esposa de otro, a la que convenció de dejar a su esposo e hijo e irse a vivir con él.

Tras abandonar Alemania por Dinamarca a fines de 1918, Göring había llevado la vida de un arrollador hombre del espectáculo durante varios meses, volando su monoplano Fokker con capota blanca en exhibiciones y ferias aéreas, a menudo, en compañía de otros cuatro exmiembros del JG1. En su carácter de famosos ases alemanes de la aviación, eran tratados como celebridades dondequiera que iban. Jóvenes y ricos daneses los agasajaban con champagne, buena comida y chicas. Las mujeres se derretían por ellos, pero la estrella era, sin duda, el apuesto y gallardo teniente Göring, de veintiséis años de edad, quien aprovechó al máximo todo lo que se le ofrecía. Según Karl Bodenschatz, vivía "como un campeón mundial de boxeo. Tenía más dinero del que necesitaba y todas las mujeres que quería". En una de sus cartas a Bodenschatz, Göring le contó que había vuelto a casa con una atractiva danesa y pasado la noche con ella "en un baño de champagne". Bodenschatz jamás se atrevió a preguntarle si eso era literalmente cierto, pero dijo que no le habría sorprendido que la respuesta fuera sí.[1]

Göring se anunciaba como el último comandante del Circo Volador Richthofen, y si las multitudes querían creer que su avión era el mismo en el que había combatido y cobrado vidas en el frente occidental, ¿por qué habría de desengañarlas? Nunca permitía que la verdad se interpusiera en una buena historia, particularmente en las que promovían su imagen como

héroe. En cualquier caso, eso era bueno para el negocio, y su olfato para los negocios se estaba desarrollando rápidamente. Entre las fiestas y la acrobacia aérea, asesoraba al gobierno danés en aviones y equipo para su embrionaria fuerza aérea, y es casi indudable que recibía generosos honorarios, y comisiones igualmente generosas de los proveedores que recomendaba.

Para el verano de 1919, sin embargo, la buena vida en Dinamarca empezaba a decaer. Quizá la conducta de Göring, tanto sexual como social, y sus cada vez más estridentes críticas al Tratado de Versalles, habían sido un abuso de aquella hospitalidad. Quizá los honorarios de consultoría y comisiones de ventas empezaron a agotarse a medida que la fuerza aérea danesa terminaba de equiparse. Quizá Göring se aburrió; como a casi todos los excombatientes, le estaba resultando muy difícil asentarse en tiempos de paz. O quizá, sencillamente, se le ofreció un buen trabajo en Suecia. Como quiera que sea, voló a Estocolmo, donde se incorporó a la naciente línea aérea Svenska Lufttrafik pilotando taxis aéreos. No planeaba regresar a Alemania, pues no veía ningún futuro allá como piloto mientras al país se le negara una fuerza aérea. El 13 de febrero escribió a la oficina de ajustes del ejército alemán para solicitar su baja, y ofrecer la renuncia a sus derechos de pensión a cambio del rango de capitán y el derecho a seguir vistiendo uniforme. Ese más alto rango, explicó, sería "de particular utilidad en mi carrera civil".[2] Tras un periodo de cuatro meses, obtuvo su baja, y su ascenso. Ya era entonces el capitán retirado Göring.

El 20 de febrero de 1920, Göring fue contratado para llevar en avión a un joven aristócrata sueco, el conde Eric von Rosen, a su castillo junto al lago Baven, a unos setenta kilómetros al suroeste de Estocolmo. El tiempo era pésimo; de acuerdo con la versión de Göring, que parece una típica muestra de hipérbole, amenazaba una tormenta de nieve, y otros tres pilotos ya habían rechazado a Rosen, pero el intrépido Hermann aceptó el desafío. El propio Rosen era algo temerario —tenía fama como explorador tanto en África como en el Ártico—, así que tal vez haya al menos una pizca de verdad en esta historia. En cualquier caso, llegaron a su destino, y Göring hizo un aterrizaje de experto en el lago congelado, bajo las almenas de piedra roja del castillo de Rockelstad. Como quiera que hubiese estado el tiempo al principio, para entonces era ya demasiado malo para un viaje de regreso, y Rosen invitó a su "chofer aéreo" a pasar ahí la noche.

A Göring le encantó Rockelstad. Ése era su hábitat natural. Un fuego resplandeciente les dio la bienvenida en una suntuosa sala, de cuyas paredes colgaban armas y armaduras antiguas, retratos de familia, ricos tapices que describían heroicos mitos nórdicos, e incontables trofeos de caza. Un inmenso oso disecado se alzaba en la parte superior de la escalera, muerto con una lanza por el jefe del hogar. En la chimenea, dos grandes svásticas de hierro forjado colgaban a cada lado del fuego; en esa época la svástica no tenía ninguna importancia política para Rosen ni Göring, sino que era sencillamente un antiguo símbolo nórdico de buena suerte que el conde Von Rosen había descubierto en piedras rúnicas en Gotland y adoptado como emblema personal.

Mientras los dos hombres entraban en calor frente al fuego, con copas de brandy en las manos, la cuñada de Rosen, la baronesa Carin von Kantzow, apareció en lo alto de la escalera. Aquélla habría podido ser una escena de una noveleta romántica: al tiempo que descendía para reunirse con ellos, alta, elegante, sus finas facciones y oscuros ojos azules enmarcados por una cabellera castaña clara, Göring alzó la mirada como si tuviera una visión. Para él, fue un absoluto *coup de foudre*, del que jamás se recuperaría. Carin correspondió a sus sentimientos: “Él es el hombre con el que siempre he soñado”, dijo después, a su hermana Fanny.[3] De vuelta en Estocolmo, iniciaron un apasionado romance, que pronto escapó a todo control.

Carin von Kantzow tenía treinta y un años, cinco más que Göring, y procedía de una familia de militares, lo cual debe haber ahondado la atracción que sintió por él. Era la cuarta de las cinco hijas del barón Karl von Fock, coronel del ejército sueco, y su esposa, Huldine, angloirlandesa de la familia cervecera Beamish, la dinastía dublinesa Guinness de County Cork. El abuelo de Carin había servido en el Coldstream Guards de Gran Bretaña; su esposo, el barón Nils von Kantzow, también era oficial del ejército regular, y había sido agregado militar en París, de 1912 a 1914. Ella tenía un hijo de ocho años, Thomas, al que adoraba, pero estaba harta de su aburrida vida como mujer de militar, y de su aburrido esposo; cuando estaba con Göring, dijo después a su hermana, era una delicia saberse con alguien que no tardaba dos días en entender un chiste.

Pese a ser tan aburrido, Nils von Kantzow era un hombre decente y honorable. Cuando su esposa lo dejó para irse a vivir con Göring, que no

tenía un centavo, él le otorgó una asignación que les permitió vivir con, al menos, un poco del confort al que ella siempre había estado acostumbrada. A cambio, él conservó la custodia de Thomas. Al igual que el divorcio que finalmente concedió a Carin, ése fue un arreglo muy civilizado: parece que él no le guardaba el menor rencor, y no le impuso ninguna restricción al acceso a su hijo, quien quiso y admiró a su padrastro desde el principio.

Al seducir a Carin, Göring no dejó nada al azar, cortejándola y conquistando a su familia con su juvenil glamour de valiente héroe militar, combinado con gestos desembozadamente románticos y extremados halagos. Cuánto de eso era genuinamente sentido y cuánto fríamente calculado es imposible de saber: él ya había demostrado, a lo largo de su juventud y su carrera militar, que una vez que ponía su corazón en algo, era absolutamente implacable en la persecución de su meta. Al mismo tiempo, tenía la capacidad de ocultar esa resolución detrás de un irresistible encanto. Ése era quizá el más importante rasgo en un carácter que parecía simple, pero que en realidad era sumamente complejo. Esto le serviría mucho en su carrera futura, y lo empleó entonces con gran éxito.

La abuela materna de Carin había fundado una congregación femenina privada, la Sociedad Edelweiss, basada en creencias vagamente panteístas, y Göring la adoptó con entusiasmo. Tras visitar la minúscula capilla de esa sociedad en el jardín de la casa de los Fock, escribió a la madre de Carin, la suma sacerdotisa:

> Deseo agradecerle de todo corazón el hermoso momento que se me permitió pasar en la capilla de Edelweiss. No tiene usted idea cómo me sentí en esa maravillosa atmósfera. Era tan tranquila, tan bella, que olvidé todos los ruidos terrenales, todas mis preocupaciones, y me sentí en otro mundo. Cerré los ojos y aspiré la limpia y celestial atmósfera que llenaba el recinto. Yo era como un nadador de descanso en una isla solitaria para reunir nuevas fuerzas antes de lanzarse una vez más a la embravecida corriente de la vida. Di gracias a Dios, y elevé ardientes plegarias.[4]

Esta carta fue, indudablemente, escrita con al menos un ojo puesto en su efecto, pero al mismo tiempo gran parte de ella era, seguramente, genuina, representativa de la vena sentimental en la naturaleza de Göring. Cuando salieron de la capilla, Carin le dio una ramita de edelweiss: él la prendió de su sombrero, y siempre portó una desde entonces. Cuando llevó a Carin a Munich para que conociera a su madre —quien reprobó enérgicamente que

él la hubiera arrebatado a su esposo e hijo—, llenó de rosas su habitación de hotel antes de llevarla a un chalet de tarjeta postal en las montañas. Carin vivía de sus emociones, y le fue imposible resistir tan determinada arremetida contra ellas. Dejó a su esposo y vivió varios meses con Göring en un pequeño departamento antes de que las afiladas lenguas y reprobadores ojos de la sociedad de Estocolmo fueran demasiado y ellos huyeran a Alemania.

En la época de su juicio, después de la segunda guerra mundial, Göring aseguró siempre que no había tenido ningún interés en la política hasta que conoció a Hitler. Los hechos, sin embargo, no lo confirman. La hermana de Carin dejó constancia de que aun esa primera noche en el castillo de Rockelstad, Eric von Rosen había alzado su copa de vino alemán y propuesto un brindis por el día en que "Alemania encuentre al líder que libere una vez más a su pueblo", y añadió: "Quizá esta noche hayamos sabido de él".[5] Evidentemente, Göring había pontificado durante la cena con su habitual pasión. Dos años más tarde, la legación alemana en Estocolmo informó que el antiguo as de la aviación, de treinta años, decía ser en Suecia "candidato al puesto de presidente del Reich".[6]

"Yo quería participar de alguna manera en el destino de mi país", dijo Göring al tribunal de Nuremberg. "Dado que ya no podía ni quería hacerlo como oficial [...] para comenzar tuve que sentar las bases indispensables, y asistí a la Universidad de Munich para estudiar historia y ciencia política."[7] Mientras Carin se quedaba en Suecia para estar cerca de su hijo y concertar su divorcio, él rentó un pabellón de caza en Bayrischzell, en las montañas, unos cincuenta y cinco kilómetros al sur de Munich, casi en la frontera austriaca, y se consagró a sus estudios. No le fue fácil. Tenía, después de todo, veintinueve años, y era, en todo sentido, un hombre entre muchachos en comparación con los demás estudiantes, además de que siempre se había visto como un hombre de acción más que de ideas. No obstante, perseveró, aunque acabó aprendiendo más en las calles y en las cafeterías y cervecerías, donde se hallaba la mejor educación sobre la realidad política, que en el salón de clases.

La situación política en Munich seguía siendo incierta, aunque durante un breve periodo del primer semestre de 1922 una desconocida calma se asentó en la ciudad. El monárquico de línea dura el *Ritter* von Kahr había

sido obligado a renunciar como primer ministro tras la disolución de la Einwohnerwehr y las demás organizaciones paramilitares, y había sido remplazado por un conservador moderado, Graf Lerchenfeld, quien, en general, apoyaba al gobierno federal y ofreció, por lo tanto, cierto alivio de las tensiones del separatismo. Los peligros de la anarquía y la revolución parecían haberse alejado. Era, por supuesto, otra ilusión.

Esta ilusión voló en pedazos el 24 de junio, cuando el ministro del Exterior, el judío Walther Rathenau, fue asesinado por dos miembros de la Organización Cónsul de Ehrhardt, inmediatamente después de un fallido atentado contra la vida de Philipp Scheidemann, el excanciller que había proclamado la República desde el balcón del Reichstag (Parlamento). El asesinato de Rathenau tuvo lugar en Berlín, pero todos sabían que se había planeado en Munich. Sus homicidas murieron en un violento tiroteo con la policía en un castillo remoto, y el joven conductor de éstos fue atrapado y sentenciado a diez años de cárcel; pero, como era de esperar, las autoridades bávaras no hicieron ningún intento por llevar a Ehrhardt y sus colegas ante la justicia.

El gobierno federal reaccionó aprobando una nueva Ley para la Protección de la República, con enérgicas medidas contra el terrorismo y toda actividad subversiva, incluida la de los partidos políticos extremistas. Una de las primeras víctimas de esa ley fue Adolf Hitler. A principios de año se le había sentenciado a tres meses de cárcel por incitar una pelea en una cervecería, aunque sólo a condición de que reincidiera, lo cual fue fácilmente pasado por alto por el gobierno bávaro, que lo consideraba un valioso instrumento en su lucha contra el bolchevismo. Conforme a la nueva ley, sin embargo, no había ninguna excusa para ignorar los flagrantes ataques de Hitler contra la República, y el gobierno se vio obligado a encarcelarlo, así fuera durante uno solo de los tres meses condicionados. Hitler cumplió su sentencia del 24 de junio al 27 de julio, en la más cómoda celda de la cárcel Stadelheim de Munich.

Las organizaciones de derecha en Munich juzgaron, naturalmente, la Ley para la Protección de la República como una amenaza directa a su existencia, y forzaron a Lerchenfeld a aprobar un decreto de emergencia que prácticamente excluía a Baviera de las disposiciones de ese precepto. El gobierno federal identificó esto como un grave desafío a su autoridad, y forzó a su vez a Lerchenfeld a cancelar su decreto. Esto provocó una nueva

oleada de protesta y agitación en Munich, que culminó en una enorme manifestación en la Königsplatz el 16 de agosto, denominada “Por Alemania - Contra Berlín”. El recién liberado Hitler fue el principal orador, y señaló su creciente estatura con un feroz ataque al “cada vez más próximo bolchevismo judío, bajo la protección de la República”.[8] La SA (Sturmabteilung, Sección de Asalto) marchó en esa manifestación, su primera aparición pública con tambores y pancartas, aunque, con sólo ochocientos miembros, seguía siendo minúscula en comparación con los grandes y bien armados contingentes de la Bund Oberland (Asociación Oberland), la Reichsflagge (Bandera Imperial) y la Bund Bayern und Reich (Asociación de Baviera y el Imperio), la mayor de las asociaciones patrióticas bávaras, que por sí sola tuvo a treinta mil hombres en la marcha.

La temperatura política volvía a subir rápidamente, con un nuevo y poderoso factor que aumentaba el descontento popular. Además del resentimiento por lo que veían como débil aquiescencia del gobierno de Berlín a los decretos de Versalles, todos los partidos extremistas se cebaban en el alarmante ascenso de la inflación desde la guerra. El marco estaba en 4.16 frente al dólar estadunidense en 1914, y en 7.45 al momento del armisticio, pérdida molesta pero soportable. Desde entonces su caída se había acelerado sin cesar, y para mediados de junio de 1922 había llegado a 272 unidades frente al dólar. El asesinato de Rathenau añadió una nueva vuelta a esa perniciosa espiral: en menos de una semana el tipo de cambio se desplomó a 401 unidades, y diez días después era de 527 y seguía cayendo. Mientras el salario y el ahorro perdían valor, la única reacción del gobierno federal en Berlín era imprimir más y más billetes, lo que incrementó el caos financiero y apagó todos los atisbos de confianza en la economía que quedaban. Estaban dadas las condiciones para la revolución, tanto nacional como localmente.

En Munich, Röhm; Pöhner, el exjefe de la policía de Munich, y el doctor Pittinger, líder de la Bund Bayern und Reich, planearon un *Putsch* para derrocar a los gobiernos tanto bávaro como del Reich, contando con el apoyo de la comandancia del distrito del Reichswehr en Baviera para respaldar a sus unidades paramilitares. Hitler aceptó sumarse a ellos. Resultó, sin embargo, que la policía descubrió el complot y éste quedó en nada. Lerchenfeld renunció, y un nuevo gobierno de derecha tomó el

mando. Pero no produjo mayor estabilidad; el malestar siguió hirviendo a fuego lento en los doce meses posteriores, amenazando con desbordarse en cualquier momento.

Una de las principales razones de que el proyectado *Putsch* no se materializara fue que la derecha de Munich estaba sumamente dividida, sin un líder capaz de unir a las diversas facciones. Algunos querían mayor autonomía para Baviera dentro de la República; otros, absoluta separación bajo una monarquía bávara restaurada; otros más estaban a favor de la unión con Austria en un nuevo Estado católico alemán en el sur; otros querían dar marcha atrás y reinstaurar al káiser en Berlín, y aun otros más, como Hitler, querían destruir la aborrecida República y remplazarla por una Alemania unificada bajo un dictador. Aparte de su temor al socialismo y el comunismo, casi lo único que todos ellos tenían en común era el odio a la República de Weimar.

Göring, estudiando la situación desde afuera, compartía ese sentimiento. "Yo odiaba a la República", dijo a Douglas M. Kelley en Nuremberg. "Sabía que no podía durar. Vi que tan pronto como los aliados retiraran su apoyo, un nuevo gobierno tomaría el poder en Alemania. Yo quería ayudar a destruir la República y ser, quizá, el gobernante del nuevo Reich."[9] Como siempre, pensaba en grande. Pero para satisfacer su ambición necesitaba un partido político. Durante un tiempo intentó fundar el suyo propio, pero pronto se dio cuenta de que había demasiada competencia y de que era preferible afiliarse a uno que ya existiera y funcionara. La pregunta era: ¿a cuál? "En ese entonces había unas cincuenta organizaciones —llamémosles partidos— de veteranos de la guerra mundial en Alemania", explicó.

No les gustaba el gobierno. No les gustaba el Tratado de Versalles. No les gustaba la paz, una paz en la que no había empleos, alimentos ni zapatos. Yo sabía que el derrocamiento de la República lo harían esos hombres insatisfechos. Así que examiné sus partidos para ver cuáles prometían. Tras estudiar cada uno, decidí afiliarme al Partido Nacionalsocialista. Era pequeño; esto quería decir que pronto yo podía ser importante en él. Atraía a los veteranos descontentos; esto quería decir que tendría la gente necesaria para un *Putsch*. Combatía a Versalles; esto le daba carácter y un blanco para las emociones de los veteranos. Aun su antisemitismo servía de algo: interesaba a quienes necesitaban algo más elemental que un error político como foco de sus emociones.[10]

Göring tropezó por primera vez con Hitler la noche de un domingo de noviembre de 1922, en otra manifestación masiva en la Königsplatz. No habiendo logrado la extradición de Holanda del káiser para que se le sometiera a juicio como criminal de guerra, los aliados presionaban entonces para que se arrestara y juzgara a sus generales, exigencia que provocó aún mayor indignación entre los alemanes. Göring se puso furioso: los comandantes militares eran sus héroes, y fue al mitin ansioso de contribuir a la protesta. Lo que oyó lo dejó muy deprimido. Un orador tras otro se pararon a soltar huecas e interminables perogrulladas, y nadie llamó a la acción directa. Por fin, cada vez más impaciente, la gente empezó a pedir la presencia de Hitler, quien resultó hallarse cerca, rodeado de un pequeño grupo de partidarios. Göring sabía de la fama de Hitler como apasionado orador, y deseaba oirlo hablar por primera vez. Le decepcionó que Hitler se negara a hacerlo, pero le fascinó oir las razones que dio: "No se imaginaba hablando, según dijo, ante esos piratas domesticados y aburguesados. Creía que no tenía sentido lanzar protestas sin ningún peso detrás. Esto me causó honda impresión; yo era de la misma opinión".[11]

Intrigado por ese vehemente joven de pálido rostro y pequeño bigote, que llevaba puesto su habitual sombrero flexible y una gastada gabardina y que cargaba un fuete para perros, Göring preguntó por ahí y se enteró de que Hitler sesionaba todos los lunes en la noche en el viejo y pintoresco Café Neumaier, a orillas del Viktualienmarkt (mercado de víveres). Al día siguiente se presentó ahí, para oir lo que ese original político tenía que decir. Carin, quien ya se había reunido con él en Munich tras obtener su divorcio, lo acompañó. Hallaron a Hitler en su mesa de siempre, rodeado de su séquito de costumbre. Como tema para esa noche había elegido "El Tratado de Paz de Versalles y la extradición de los comandantes del ejército alemán". Habló del mitin de la noche anterior, declarando que las vacías protestas hechas ahí carecían de sentido, y que una protesta sólo podía surtir efecto si era respaldada por el poder necesario para darle peso. Hasta que Alemania fuera fuerte otra vez, algo como aquello era inútil: "¡Deben tenerse bayonetas para respaldar una amenaza!".

Ésa fue una charla combativa, exactamente lo que Göring quería oir. "Esa convicción", dijo al tribunal de Nuremberg, "fue expresada palabra por palabra como si saliera de mi propia alma."[12] Al fin había encontrado a un hombre "que tenía un propósito claro y definido". Hitler quedó

impresionado a su vez por la contribución de Göring a la velada, un apasionado discurso sobre oficiales que ponían por delante el honor en todo conflicto de interés, y tomó nota del recién llegado.[13] Esa noche, luego de una seria conversación con Carin, Göring decidió que Hitler era la persona para él. Sabía poco del programa o las políticas nazis, pero eso apenas importaba: "Me afilié al partido porque era un partido revolucionario", explicó al doctor Kelley, "no por la cuestión ideológica [...] Lo que me atrajo del partido nazi fue que era el único que tenía las agallas para decir: '¡Al diablo Versalles!', mientras los demás sonreían y se aplacaban. Eso fue lo que me atrapó".[14]

Al día siguiente visitó a Hitler en las oficinas del partido, y ofreció sus servicios. Hitler apenas podía creer en su suerte: "¡Fantástico, un as de la guerra con la *Pour le Mérite*, imagínate! ¡Excelente propaganda!", alardeó más tarde ante su bien relacionado partidario Kurt Lüdecke. "Además, tiene dinero y no me cuesta un centavo."[15] Empeñando toda la fuerza de su encanto, le dijo a Göring que su encuentro era "un extraordinario giro del destino". Göring, aunque halagado, sabía muy bien cuánto valía: "Naturalmente, a Hitler le agradó contar conmigo, porque yo tenía una magnífica reputación entre los oficiales de la primera guerra mundial. Era valioso, y con el tiempo me convertiría en líder del Reich".[16]

La increíble afirmación de que Göring y Hitler cerraron un trato así en su primer encuentro es típica de la singular mezcla de ingenuo entusiasmo y frío cálculo de Göring, para no hablar de su egotismo. Pero ese trato es absolutamente típico de la intuitiva aptitud de Hitler para ganarse a la gente haciéndola sentir especial y ofreciéndole lo que más desea. Desde ese momento, Göring quedó enganchado. Había vendido su alma a Hitler tan indudablemente como el doctor Fausto vendió la suya a Mefistófeles; su precio no fue juventud, sino la promesa de poder. Esta promesa lo obsesionaría el resto de sus días.[17]

Quizá sea cierto que Hitler vio en Göring al futuro líder que buscaba para Alemania, papel para el que Göring tenía, sin duda, carisma y personalidad, por imperfecto que pudiera ser su carácter. En esos días, Hitler seguía considerándose meramente el "tambor", un Juan Bautista que preparaba el camino a un heroico mesías que emergería de alguna manera como "un regalo del cielo". "Nuestra tarea", declaró, "es crear la espada

que esa persona necesitará cuando esté aquí. Nuestra tarea es dar al dictador, cuando llegue, un pueblo a su disposición."

Fue apenas durante el año siguiente que Hitler se convenció al fin de que él era el mesías, de que su destino era ser el líder supremo, el Führer, del pueblo alemán. Para entonces, Göring ya estaba tan prendado de él, tan subyugado por él como figura paterna sustituta en remplazo de Epenstein, que se conformó con ser su príncipe heredero, su Simón Pedro. En efecto, cuando Hitler cumplió treinta y cuatro años, en 1923, Göring lo proclamó "el amado líder del movimiento alemán por la libertad", aunque seguía refiriéndose a sí mismo como posible candidato a la presidencia.

En su primera reunión, Hitler habló, inevitablemente, de los "insoportables grilletes" del Tratado de Versalles, insistiendo en que sólo sería posible librar de ellos a Alemania levantando a las "grandes masas populares", no a través de los partidos y organizaciones nacionalistas existentes. Luego dio lo que Göring llamó "una excelente y profunda explicación del concepto de nacionalsocialismo", el cual combina el nacionalismo burgués y el socialismo marxista con objeto de "crear un nuevo vehículo para esas nuevas ideas". Todo era embriagador, aunque vacío. Göring, quien era sumamente inteligente, pero en esencia superficial, se lo tragó todo. Cuando Hitler añadió que había hecho una "selección especial" de los individuos del partido "que eran seguidores convencidos, siempre listos para entregarse por completo y sin reservas a la diseminación de nuestro ideal",[18] Göring anheló contarse entre ellos.

Recibió la oportunidad de inmediato, cuando Hitler le ofreció el mando de la SA. Los líderes de entonces eran demasiado jóvenes, le dijo Hitler, y por un tiempo había buscado a alguien con un destacado historial de guerra, de preferencia un aviador o submarinista con la *Pour le Mérite*, que tuviera más autoridad. Era una suerte muy especial, continuó, que nada menos que Hermann Göring, el último comandante del escuadrón Richthofen, se hubiera puesto a su disposición. Göring aceptó al instante, aunque con la condición de no asumir oficialmente el cargo en un lapso de dos meses, para que no pareciera que sólo se había afiliado al partido por ese puesto. Hasta entonces, se mantendría en segundo plano, aunque "haría sentir su influencia de inmediato". Hitler estuvo de acuerdo, se dieron la mano y Göring hizo un solemne juramento de lealtad: "Comprometo mi destino con

usted, para bien o para mal; me consagraré a usted en las buenas y en las malas, e incluso hasta la muerte”.

Göring tenía una segunda y más personal razón para aplazar la toma del mando de la SA. El divorcio de Carin se consumaba en diciembre, y él necesitaba tiempo para poner en orden sus asuntos domésticos y encargarse de los preparativos para su boda; de hecho, para dos bodas, una en Estocolmo el 25 de enero de 1923, la segunda en Munich el 3 de febrero. Ya había mudado a su prometida a una villa que compraron en Obermenzing, moderno suburbio de Munich justo más allá del palacio de Nymphenburg, en noviembre. Carin llevó su elegante mobiliario y efectos de Suecia, que incluían bordados chinos, cuadros románticos y un armonio blanco en el que acompañaba a su nuevo esposo mientras él entonaba canciones populares, baladas e incluso arias operísticas con una suave voz de barítono.

Göring llenó sus habitaciones con las toscas piezas góticas que siempre le habían gustado, especialmente una sala, que sería la más importante de la casa. “En la planta baja”, apuntó Fanny, la hermana de Carin, “había un enorme y atractivo salón para fumar, con una hornacina iluminada desde fuera por una ventana de ojo de buey. Desde ahí se descendía por unos escalones a una cava con una chimenea, bancos de madera y un gran sofá.” Esta sala se volvió un lugar de reunión para “todos los que se habían consagrado a Hitler y su movimiento por la libertad”. El propio Hitler era un visitante regular, que generalmente llegaba bien entrada la noche, e incluso se acostumbró a relajarse en ese privado y agradable espacio, tan diferente a su escasamente amueblado y andrajoso cuarto, en Thierschstrasse 41. De acuerdo con Fanny, su “sentido del humor se dejaba ver en divertidas historias, observaciones y agudezas, y la espontánea y alborozada reacción de Carin a ellas la convertía en un público delicioso”.[19]

Como de costumbre, Göring se entregó de lleno al partido y la SA, excluyendo todo lo demás, y en ello iban sus estudios. Afortunadamente, Carin compartía su entusiasmo. Caso único entre las mujeres nazis, ella asumía un activo papel en las interminables conversaciones del círculo íntimo de Hitler, tanto en su propia casa como en las frecuentes sesiones etílicas en la taberna Bratwurstglöckel (La Salchichera), justo detrás de la Frauenkirche (Iglesia de Nuestra Señora), en el corazón de la antigua Munich, donde una enorme mesa, su Stammtisch (mesa de tertulia), era

permanentemente reservada para el grupo. Como el dinero de Carin estaba en fuerte moneda sueca, los Göring pudieron vivir con cierto confort durante el periodo de inflación galopante, e incluso aportar dinero al partido. Pudieron permitirse un espléndido automóvil nuevo, un Mercedes-Benz 16 de veinticinco caballos de fuerza, que Hitler usó como base de saludo mientras pasaba revista a un desfile de la SA en la Pascua de 1923. Se dice que en esa misma concentración Göring fue visto dando a Hitler dinero de su bolsillo. Todo esto ayudó a consolidar la relación personal entre ellos; pero aunque estuvieron muy unidos durante muchos años, siempre se trataron con el formal *Sie* (usted), sin pasar nunca al más íntimo *Du*. A Göring jamás se le permitió olvidar —ni lo quiso— que Hitler era el Jefe.

Göring nunca tuvo el menor deseo de suplantar a Hitler, pero desde el principio estuvo resuelto a ser su sucesor elegido, su segundo, quizá incluso su igual. Una de sus razones para escoger el partido nazi fue que era una organización pequeña en la que podía llegar rápido a la cima, y le bastó ver al resto de los miembros del círculo íntimo de entonces para saber que estaba en lo cierto. Aquélla era una turba insignificante: inútiles soñadores, borrachos, matones, y en su mayoría provincianos rústicos para rematar. Anton Drexler, cofundador del DAP (Deutsche Arbeiterpartei, Partido Obrero Alemán) original, quien había sido sustituido por Hitler el año anterior, era cerrajero en los depósitos ferroviarios de Munich; alto, delgado y de gafas, era empeñoso pero lento, tanto física como mentalmente. En marcado contraste, Dietrich Eckart, el hombre que había acompañado a Hitler a Berlín en la época del *Putsch* de Kapp, era corpulento, franco y sociable, con un bullicioso sentido del humor, pero también borracho y morfinómano, un bohemio que se pasaba la mayor parte del tiempo en cafeterías y bares.

Eckart, hijo de un próspero abogado en Neumarkt, era un poeta y dramaturgo *völkisch* que debía su fama a una traducción del *Peer Gynt* de Ibsen, lo que le rendía un ingreso fijo, parte del cual entregaba al esforzado partido. Editaba y publicaba un insidioso semanario antisemita titulado *Auf gut Deutsch* (En simple alemán), y conocía a todas las personas que contaban en la sociedad de Munich, a algunas de las cuales logró convencer de prestar sustancial ayuda financiera a su revista. Veinte años mayor que

Hitler, lo consideraba su *protégé:* había formado y educado e intentado civilizar al joven activista, puliendo sus modales en la mesa, presentándolo con anfitrionas de tertulias políticas, e incluso comprándole su primera gabardina. Hitler lo llamó "el padre espiritual" del movimiento —Eckart había acuñado el eslogan del partido, *Deutschland erwache!* (¡Despierta, Alemania!)—, pero a principios de 1923 ya se había hartado de su mentor y se distanciaron. De todos modos, Eckart bebía demasiado —fallecería a fines de ese año—, y en consecuencia no representaba ninguna amenaza para nadie en la jerarquía.

Entre los demás miembros del círculo íntimo estaban Rudolf Hess, hijo de un comerciante expatriado, nacido y educado en Alejandría, Egipto, y piloto de combate durante la guerra, que aún estudiaba ciencia política en la Universidad de Munich; Alfred Rosenberg, *émigré* báltico alemán que se las daba de filósofo y escribía vagos artículos para la revista de Eckart; Max Erwin von Scheubner-Richter, otro báltico alemán, ingeniero de profesión con valiosos contactos entre ricos refugiados rusos; el exsargento de Hitler en el regimiento de List, Max Amman, un matón que era buen organizador y por lo tanto fue nombrado gerente administrativo del partido, y Hermann Esser, detestable joven activista que había sido agente de prensa del capitán Mayr, talentoso agitador cuya oratoria casi igualaba a la de Hitler, autor de artículos contra los judíos que aparecían regularmente en el *Völkischer Beobachter* e inclinado a chantajear a sus colegas.

El recluta más reciente, que llegó casi al mismo tiempo que Göring, era Ernst "Putzi" Hanfstaengl, rollizo graduado de Harvard de uno noventa de estatura cuya madre, originaria de Estados Unidos, era descendiente de dos generales de la guerra civil de ese país. La familia de Hanfstaengl era de renombrados comerciantes de arte, y él era socio de una editorial de libros de arte. Era culto, ocurrente y rico, estaba muy bien relacionado y tenía una linda esposa que, como Carin Göring, adoraba al líder nazi. Putzi se granjeó la estimación de Hitler no sólo por sus generosas contribuciones financieras —que incluyeron un préstamo de mil dólares sin intereses, suma enorme en esos tiempos inflacionarios, para comprar nuevas rotativas para el *Völkischer Beobachter*—, sino también por su aptitud como pianista, pues tocaba a Wagner mientras Hitler caminaba de un lado a otro silbando la melodía y "dirigiendo". Pero aunque era valioso como mina de oro y como una especie de secretario social, Hanfstaengl tenía una inteligencia apenas

superficial, y ninguna ambición política personal. No había fuerza en su carácter, y tampoco representó una amenaza para Göring.

No había un solo inteligente hombre de acción en todo el círculo íntimo de Hitler, con una excepción: Ernst Röhm. De inmediato fue evidente que Röhm era el único rival serio de Göring, aunque en muchos sentidos era un miembro semidistanciado del partido, el cual era apenas uno de sus muchos intereses y compromisos. Pero Röhm también fue el hombre con el que Göring tuvo que trabajar muy de cerca en la restructuración de la SA.

Röhm era aún un oficial en servicio, y acababa de ser transferido del mando de la infantería bajo las órdenes del general de división Epp al Estado Mayor del nuevo comandante general en Baviera, el general Otto von Lossow. Lossow, alto, fornido y con la cabeza rapada, había sido enviado por Berlín para meter en orden a oficiales disidentes de derecha como Röhm, y para hacer valer la lealtad del ejército al gobierno federal. Pero desde el principio su actitud fue ambivalente: siendo él mismo bávaro, simpatizaba con los separatistas; y al igual que a tantos otros oficiales de alto rango, le obsesionaba la amenaza del bolchevismo, así que consideraba aliadas a las organizaciones de derecha, incluidas las paramilitares. Su principal preocupación no era si estas organizaciones amenazaban a la República, por la que, como monárquico de derecha, no sentía ningún afecto, y mucho menos lealtad, sino si amenazaban la autoridad del ejército. En tanto conocieran su lugar a este respecto, estaba dispuesto a tolerarlas, e incluso a alentarlas, especialmente en sus batallas con los comunistas paramilitares del Frente Rojo.

El ejército alemán siempre había dependido de la existencia de un gran ejército de reserva, estrechamente integrado con el ejército activo, formado por hombres que habían terminado su periodo de conscripción pero aún sujetos a la disciplina militar, en buena condición gracias al adiestramiento anual y listos para la pronta movilización. El Tratado de Versalles había eliminado esa provisión de reserva, limitando al ejército a cien mil hombres. Lossow y otros generales veían a las organizaciones paramilitares como la base de un ejército de reserva encubierto, un medio para burlar las restricciones de Versalles en preparación del día en que Alemania volviera a encumbrarse y se vengara de sus enemigos. Hitler no aceptaba este papel para la SA: para él, ésta era un arma en la guerra interna contra la República

y los “Criminales de Noviembre”. Debía permanecer bajo su control, y no el de los generales; no debía ser nunca un mero complemento del Reichswehr. Pero mientras los generales dieran dinero, equipo y apoyo, él estaba más que dispuesto a cooperar con ellos. Göring, pese a su pasado militar, coincidía con él en ambos aspectos. En enero de 1923, poco ante de que Göring asumiera oficialmente el mando, Röhm concertó una reunión entre Hitler y Lossow, en la que convinieron que la SA recibiría instrucción militar clandestina.

La SA era, en ese tiempo, poco más que una asociación indisciplinada y desorganizada compuesta principalmente por los bandidos que quedaban de los Freikorps. Oficialmente encargados de labores de protección en mítines, pasaban la mayor parte de su tiempo provocando pleitos y partiendo cabezas dondequiera que podían y a quienquiera que pudieran ponerle las manos encima; tarros de cerveza y patas de sillas estaban entre sus armas favoritas, junto con nudilleras de metal y macanas de hule, aunque en ocasiones usaban pistolas y hasta bombas y granadas de factura casera. La primera tarea de Göring fue inculcar disciplina y estructura, y transformar la SA en una formación confiable que cumpliera sus órdenes o las de Hitler sin chistar. Esto no sería fácil. Sin embargo, feliz de volver a tener soldados bajo sus mando, Göring decidió ponerlos rápidamente en forma, y se sirvió de sus años de instrucción y experiencia militar para crear una vigorosa fuerza profesional.

Empezó por introducir a varios de sus amigos y conocidos para elevar el tono general y crear un estrato superior, y por atraer a miembros del partido “jóvenes y suficientemente idealistas para dedicar a eso su tiempo libre y todas sus energías”. Luego buscó reclutas de clase obrera para aportar fuerza extra a las filas. Tras entrenarlos e instruirlos con todo el rigor del oficial prusiano que él había seguido alguna vez, pronto comenzó a producir resultados, no sólo en Munich, sino también en toda Baviera, con compañías y regimientos que desfilaban una vez a la semana en cada pueblo y ciudad. “Le di una chusma alborotada”, recordaría Hitler más tarde. “En muy poco tiempo había organizado una división de once mil hombres.”[20]

La admiración de Hitler por esa hazaña de Göring fue duradera —“Fue el único jefe de la SA que la dirigió apropiadamente”, diría después—, y se

extendió también a otras áreas. Mientras que Göring terminó por adorar a Hitler y aceptar su subordinación sin reclamar, Hitler siempre se sintió un poco intimidado ante Göring por su historial de guerra, sus condecoraciones y la indudable valentía que éstas representaban, su educación e instrucción, su afable actitud y el hecho de que, aunque en realidad quizá no fuera un aristócrata, podía moverse con toda desenvoltura en los más altos círculos. Para Hitler, Göring fue siempre un héroe, hecho que influyó en la relación entre ambos hasta el final.

Göring asumió oficialmente el mando de la SA a principios de febrero de 1923, en medio de una crisis nacional que ofrecía grandes oportunidades a Hitler y el partido nazi. Tres semanas antes, el 11 de enero, tropas francesas y belgas habían invadido el Ruhr, el centro industrial de Alemania, lo que detonó una notable serie de acontecimientos que en diez meses harían pasar a Hitler de insignificante agitador de cervecería en los márgenes de la política provincial a posible líder nacional. Todo lo que siguió después, no sólo ese año sino hasta 1933, e incluso hasta 1945, podría remontarse a ese acto.

Muchos países, como Gran Bretaña y Estados Unidos, consideraban vengativos y arrogantes a los franceses y los belgas, y lo eran. Pero tenían razones de sobra. Estaban comprensiblemente nerviosos por la inestable situación de Alemania, la cual amenazaba su propia seguridad, y sus heridas de guerra aún estaban demasiado frescas para otorgar perdón o confianza a su antiguo enemigo, al que culpaban de todo lo sucedido. Sus regiones industriales, donde había tenido lugar la mayoría de los más violentos combates en el frente occidental, habían sido totalmente devastadas. Las de Alemania, en cambio, permanecían físicamente intactas; aparte de algunos tempranos combates en Prusia oriental, no había habido ninguna batalla en suelo alemán. Más aún, los franceses estaban sumamente endeudados con Gran Bretaña y Estados Unidos, que habían financiado, en gran medida, su esfuerzo bélico, y los estadunidenses insistían en un pronto pago. Así, aunque se les había concedido el uso de las minas del Sarre y habían recuperado Alsacia-Lorena, con su hierro y acero, seguían necesitando las severas reparaciones impuestas en Versalles para financiar su reconstrucción.

Desde el principio, los alemanes le habían dado largas al asunto e intentado no pagar. En el otoño de 1922 pidieron a los aliados otorgar una moratoria. Gran Bretaña y Estados Unidos estaban dispuestos a aceptar, pero los franceses se negaron de plano, insistiendo en que los alemanes eran perfectamente capaces de reunir fondos cobrando impuestos a los ricos. Pero esto era algo que el gobierno alemán, pese a ser socialista, no estaba dispuesto a hacer: había tres grupos (el ejército, los industriales ricos y los terratenientes) a los que ningún gobierno alemán estaba dispuesto a ofender; la guerra misma se había financiado por completo con bonos y préstamos de guerra, donativos públicos y, en un ominoso augurio, imprimiendo más papel moneda, pero no mediante impuestos. Lejos de aumentar los impuestos a los ricos, el gobierno en realidad los redujo en 1921. A fines de 1922, Alemania incumplió sus pagos —específicamente la entrega de ciento treinta y cinco mil metros de postes telegráficos de madera y carbón con un valor de veinticuatro millones de marcos oro— a Francia. Ésa no era la primera vez que había tratado deliberadamente de eludir sus obligaciones, y la poca paciencia francesa que quedaba desapareció entonces. Los franceses enviaron entonces sus tropas al Ruhr, junto con los igualmente agraviados belgas, para exigir el pago en especie.

Para Alemania ése fue un desastre económico. Desde la pérdida de las regiones industriales de Alsacia-Lorena, el Sarre y la Alta Silesia, que había sido cedida a Polonia, el Ruhr representaba más de 80 % de su producción total de carbón, hierro y acero. Sin él no podría sobrevivir, y mucho menos reconstruirse. Los franceses lo sabían muy bien —tanto, que una de las razones de fondo detrás de esa medida fue debilitar el renovado poder de Alemania—, pero eso no mermó su resolución. Si acaso, la fortaleció. Se encargaron, incluso, de enviar soldados negros de sus colonias, a sabiendas de que su presencia aumentaría la aflicción y malestar de una población local inherentemente racista.

Los obreros del Ruhr abandonaron de inmediato sus labores en una huelga general. El gobierno de Berlín llamó a una campaña de resistencia pasiva que fue aceptada por todos, salvo algunos dueños de minas, quienes, en forma poco patriótica pero rentable, siguieron entregando carbón a Francia. El ejército hizo su parte organizando el sabotaje y la guerra de guerrillas, para lo que armó y reactivó clandestinamente a antiguos grupos de Freikorps. Los franceses respondieron con encarcelamientos,

deportaciones y ejecuciones. El estado de guerra no declarada se extendió rápidamente al Sarre y Renania, bajo ocupación militar de los aliados desde 1918.

El gobierno de Berlín apoyó financieramente a la atribulada población, pero la única manera en que pudo manejar eso sin aumentar los impuestos fue, de nueva cuenta, imprimiendo más dinero, lo que exacerbó la galopante inflación. A principios de año, el marco se cotizaba a siete mil unidades frente al dólar. Días después de la ocupación del Ruhr, se había desplomado a dieciocho mil, y siguió cayendo exponencialmente el resto del año. Para el primero de julio, el tipo de cambio era de ciento sesenta mil marcos por dólar. Un mes más tarde llegó a un millón, para noviembre a cuatro mil millones y luego llegó a incontables billones, pero aun así el gobierno se negaba a poner remedio, detener las prensas y equilibrar el presupuesto.

Aparte del gobierno, que logró frustrar a los franceses y saldar toda su deuda pública, sólo tres grupos en Alemania se beneficiaron del desplome de la moneda. Ellos fueron, por supuesto, los industriales ricos, los terratenientes y el ejército, quienes presionaron al gobierno para que persistiera en una política que no causaba sino ruina a la vasta mayoría de la población. Los capitalistas ricos que sabían cómo manipular el crédito se hicieron superricos al comprar fábricas, minas y otras propiedades con moneda sin valor, mientras que la industria pesada pudo cancelar todas sus deudas de la misma manera. Al ejército, por su parte, le agradó ver que todas las deudas de guerra eran saldadas, dejando al país financieramente libre de empezar a planear otra guerra. Para el resto de la población, sólo hubo miseria, desesperación y quiebra, ya que tanto el ahorro como el salario perdieron todo su valor.

A primera vista, la crisis parecía ofrecer a Hitler la oportunidad dorada de aprovechar el amplio descontento provocado por el desplome del marco, y la cólera pública ante la ocupación del Ruhr. Sin embargo, este acto francés unió a la nación alemana tras el gobierno como no había ocurrido desde agosto de 1914, y habría sido temerario, y hasta insensato, nadar contra la corriente del sentir popular y combatirlo. No obstante, eso fue justo lo que Hitler hizo. Como a Lenin en Rusia apenas cinco años antes, le preocupaba sobre todo el enemigo interno, más que el externo. Francia podía esperar; los “Criminales de Noviembre” no.

“El renacimiento exterior de Alemania sólo será posible”, gritó en un concurrido mitin en el Circus Krone el día en que franceses y belgas invadieron el Ruhr, “cuando los criminales asuman su responsabilidad y sean entregados al destino que se merecen.” Culpó al gobierno y las fuerzas tras él —el marxismo, la democracia y el internacionalismo, todas las cuales formaban parte de la “conspiración mundial judía”— de la debilidad que permitía a los franceses tratar a Alemania como colonia.[21] Ridiculizando los llamados a la unidad nacional, anunció que todo miembro del partido que participara en la resistencia activa a la ocupación sería expulsado. Göring, pese a que aún no asumía su puesto, se puso firmemente del lado de Hitler. Cuando Röhm demandó que la SA se sumara a los demás grupos paramilitares y al Reichswehr para marchar contra los franceses y liberar el Ruhr, Göring se opuso vigorosamente a él.

En forma sorprendente, esa audaz decisión de Hitler surtió efecto. Mientras él intensificaba su campaña de propaganda, el apoyo al partido nazi aumentó, y Hitler empezó a planear la primera “concentración del partido en el Reich”, la cual tendría lugar entre el 27 y 29 de enero con doce mítines masivos y un desfile en el Marsfeld, cerca del centro de Munich, en el que los estandartes de las principales unidades de la SA, con sede en Munich, Nuremberg y Landshut, se estrenarían al frente de seis mil soldados de las tropas de asalto. Esto puso decididamente nervioso al gobierno bávaro; desde noviembre había habido persistentes rumores de que Hitler tramaba un *Putsch*. El 26 de enero, el gobierno de Baviera prohibió esa concentración y declaró el estado de emergencia. Hitler se puso furioso, y amenazó con seguir adelante de todas formas y marchar personalmente a la cabeza de sus tropas, listo para recibir las primeras balas si eran disparadas.

El archimediador Röhm tranquilizó a Hitler y, con la ayuda de Epp, convenció al general Von Lossow; al exprimer ministro Kahr, que entonces lo era de la Alta Baviera, y al nuevo jefe de la policía de Munich, Eduard Nortz, quien había remplazado al receptivo Pöhner, de intervenir a favor de Hitler. Lossow fue persuadido de conferenciar con Hitler, y tras obtener de éste la promesa, “sobre su palabra de honor”, de que no intentaría dar un *Putsch*, accedió a no oponerse a la concentración. Los demás siguieron su ejemplo. Frente al hecho de que ni el ejército ni la policía de la ciudad

actuarían contra los nazis, el gobierno capituló. La concentración tuvo lugar triunfalmente; Hitler recibió en ella la adulación de la multitud como “líder del movimiento alemán por la libertad”, significativo paso en su progreso de tambor a Führer, de profeta a mesías. Göring, habiendo regresado a toda prisa de Estocolmo, donde se casó dos días antes, llevó a su esposa al desfile, para disfrutar de la victoria ajena y echar un vistazo crítico a las tropas que estaba a punto de comandar.

Los nazis avanzaban, al menos en Baviera; su organización había sido prohibida en casi todos los demás estados alemanes desde el otoño anterior. Entre febrero y noviembre, unas treinta y cinco mil personas se afiliaron al partido, elevando el número total de miembros a alrededor de cincuenta y cinco mil y convirtiéndolo en una fuerza para tomar en cuenta. En ese mismo periodo, Göring reorganizó la SA al estilo militar, estableciendo un Estado Mayor similar al de un cuartel divisional, con un Jefe de Estado Mayor y comandantes de infantería y artillería, y amalgamando unidades locales en compañías y regimientos.[22] También creó una guardia de elite, que al principio llamó Stabswache, Guardia del Estado Mayor, y que se distinguía del resto de la SA por usar gorras negras con la insignia de una calavera y un borde negro en el brazalete con la svástica. Esta guardia pasó a ser rápidamente la Stosstrupp Hitler, la Tropa de Choque de Hitler, y en su momento fomaría la base de la SS (Schutzstaffel, Escuadrón de Protección).

Bajo la enérgica dirección de Göring, el total de efectivos de la SA aumentó a unos quince mil. Sin embargo, Hitler seguía dependiendo de la buena voluntad del gobierno, la policía y, sobre todo, el ejército bávaro, lo cual quería decir de Lossow, cuya ambivalente actitud lo persiguió a lo largo de ese año. La instrucción de la SA por el ejército, que Hitler y Lossow habían acordado poco antes del Día del Partido, siguió adelante durante la primavera y el verano en los bosques de las afueras de Munich. Pero el apoyo del Reichswehr tenía un precio: la SA tuvo que compartir su instrucción con otros grupos paramilitares radicales, a los que se unió en una amplia organización formada por Röhm en febrero, que llamó Arbeitsgemeinschaft der Vaterländischen Kampfverbände (Sociedad de Formaciones Patrióticas de Combate). La SA no era, de ninguna manera, el mayor ni el más poderoso de los miembros de esa sociedad, y el mando

militar general se concedió al teniente coronel retirado Hermann Kriebel, quien había sido antes jefe del Estado Mayor de la Einwohnerwehr bávara.

Aunque nunca estuvo en juego la identidad individual de la SA, a Göring debe haberle decepcionado esa subordinación de su poder, si bien jamás dio muestras de ello. Y en cualquier caso, hubo un premio mucho mayor para el partido: otra vez a instancias de Röhm, Hitler pasó al frente de la dirigencia política de la Sociedad de Formaciones Patrióticas de Combate. Esto elevó de inmediato su estatura, y le permitió entrar en los más altos círculos, lo cual lo llevó, junto con su comandante de la SA, a contactos regulares con importantes figuras como Ludendorff, el exintendente general y dictador militar, quien podía ofrecer un vínculo con la derecha radical en el norte de Alemania.

Cuando el general Von Seeckt, jefe del alto mando del ejército, visitó Munich en marzo, fue completamente natural que Lossow dispusiera una reunión con Hitler. Ésta duró cuatro horas, pero fue casi intrascendente: a Seeckt no le impresionó el líder nazi, y a Hitler le desilusionó que el general se negara a comprometer al ejército en la dirección de acciones en el Ruhr, o en el derrocamiento del gobierno republicano. No obstante, éste fue otro paso en el establecimiento de las acreditaciones de Hitler como político serio. Lossow sí quedó impresionado: compartía el aborrecimiento de Hitler por la República y su gobierno, aunque discrepaba marcadamente sobre lo que debía hacerse. Lossow quería que Baviera se separara del Reich y siguiera su propio camino. Hitler quería mantener un Reich unificado, aunque bajo una dictadura. En cuanto a una marcha sobre Berlín, emulando la exitosa marcha de Mussolini sobre Roma a fines de octubre anterior, Lossow vacilaba.

La intensiva instrucción de la SA por el ejército ocurría ostensiblemente en preparación de un ataque concertado contra los franceses; y, en efecto, planes de tal operación fueron elaborados por el alto mando del Wehrmacht (Fuerzas Armadas) en Berlín, bajo el nombre en clave de “Instrucción de Primavera”. Göring condujo a los soldados de sus tropas de asalto a un alto estado de preparación, tanto física como mental. Esos soldados seguían librando batallas en calles y cervecerías contra los comunistas, pero estaban listos y ansiosos de batallas mayores en otras partes. El 15 de abril, domingo de pascua, Göring los presumió ante su líder, parándose junto a él

en su Mercedes descubierto mientras presidía el desfile. Carin escribió a su hijo en Estocolmo, describiendo la escena:

> Hoy, el Amado [como llamaba siempre a Göring] hizo desfilar a su ejército de muy jóvenes alemanes frente a su Führer, y yo vi iluminarse su rostro mientras los veía pasar. El Amado ha trabajado tan duro con ellos, les ha infundido tanto de su propio valor y heroísmo, que lo que alguna vez fue una canalla —y debo confesar que ruda y más bien aterradora en ocasiones— se ha transformado en un verdadero Ejército de Luz, un grupo de entusiastas cruzados listos para marchar a las órdenes del Führer, de volver libre, una vez más, a este desdichado país [...]
>
> Al terminar, el Führer abrazó al Amado, y me dijo que si expresaba lo que realmente pensaba de su proeza, al Amado se le hincharía la cabeza.
>
> Yo repliqué que mi cabeza ya estaba henchida de orgullo, y él besó mi mano y me dijo: "Una cabeza tan hermosa como la suya jamás podría inflamarse".[23]

La "Instrucción de Primavera" resultó al final en nada: Berlín tuvo miedo y se echó para atrás. Aun cuando tropas francesas abatieron a huelguistas en la fábrica Krupp de Essen el 31 de marzo, matando a trece e hiriendo a cuarenta y uno de ellos, Seeckt se negó a desatar a sus hombres, y a los asistentes paramilitares de éstos. Seeckt era sencillamente realista, pues sabía que sus fuerzas, relativamente reducidas, no tenían ninguna posibilidad contra el poderoso ejército francés; pero las tropas de asalto buscaban pelea, y a Göring le era cada vez más difícil contenerlas. Halló cierta liberación de su energía soltándolas contra los comunistas, y se deleitaba con las turbulentas batallas en cervecerías. "¡Vaya, cómo volaban esos tarros!", se entusiasmó, veinte años después, frente al historiador estadunidense George Schuster. "¡Uno casi me noquea!".[24]

Los tarros de cerveza no eran las únicas armas que empleaban; en abril, Göring y un escuadrón fuertemente armado ocuparon las oficinas del *Völkischer Beobachter* para impedir el arresto de su director, Dietrich Eckart; y el 26 de abril, tropas de asalto y comunistas intercambiaron disparos en las calles. No hubo muertos, pero cuatro hombres resultaron gravemente heridos. Todo esto formó parte de la escalada con miras a una gran confrontación entre ambos bandos, planeada por Hitler y Göring para las tradicionales celebraciones de socialistas y comunistas del Día del Trabajo. La policía ya había dado su aprobación a una marcha socialista en la ciudad. Pero el primero de mayo también era el aniversario del

derrocamiento de la Räterepublik bávara en 1919, lo que daba derecho a una excusa para otras celebraciones.

Hitler titubeó hasta el último minuto, esperando ver si las autoridades bávaras accedían a su demanda de prohibir la manifestación de los socialistas. Cuando quedó claro que sólo estaban dispuestas a prohibir la marcha, pero no la manifestación, convocó a una reunión de los líderes de la Sociedad de Formaciones Patrióticas de Combate el 30 de abril, en la que se decidió realizar una contramanifestación al día siguiente, y atacar a los socialistas. Esto era lo que Göring y los demás jefes paramilitares esperaban. Göring envió órdenes de emergencia a sus regimientos en Nuremberg, Landshut y Munich, para que se presentaran en el Oberwiesenfeld de esta última ciudad a la mañana siguiente, armados y listos para actuar. El plazo era breve, pero obedecieron con entusiasmo.

Los líderes locales de la SA habían recolectado armas por un tiempo —el comandante del Regimiento de la Baja Baviera en Landshut, por ejemplo, el farmacéutico local Gregor Strasser, había acumulado ciento cuarenta rifles y varias ametralladoras ligeras—, y a la mañana siguiente las distribuyeron a temprana hora entre sus hombres y partieron a cumplir con su deber. Desde el principio, sin embargo, los planes de una sangrienta confrontación marcharon mal. La caravana de camiones de Strasser fue detenida por la policía, y a él se le ordenó entregar sus armas en el cuartel militar más cercano. Se libró de la policía dando su palabra de que obedecería, pero incumplió su promesa y se encaminó directamente a Munich. Era desconcertante que la policía no se hiciera de la vista gorda, como usualmente hacía. Hitler, entre tanto, descubría que también el ejército mostraba una inquietante falta de apoyo. Él se había reunido con Lossow y exigido las armas guardadas para la SA de Munich en el cuartel del ejército, declarando que las necesitaba para hacer frente al *Putsch* que, aseguró, los comunistas tramaban. Lossow, sin duda consciente del tiroteo entre la SA y comunistas de cuatro días antes, se había negado, y advirtió a Hitler que el ejército dispararía contra quienquiera, de derecha o izquierda, que intentara provocar desorden en las calles.

Röhm parecía haber salvado la situación, pues se dirigió al cuartel con una escolta de tropas de asalto y sacó las armas del arsenal, fundado en su autoridad como oficial del Estado Mayor. Hitler, con casco de acero y su

Cruz de Hierro, se dispuso a encabezar la marcha con Göring, también con casco y medallas, a su lado. La emoción era intensa; pero antes de empezar, un escarmentado Röhm, custodiado por un destacamento de soldados y policías armados, llegó con órdenes de Lossow para Hitler de devolver las armas de inmediato y retirar a sus hombres.

Los dos mil milicianos excedían en gran número a los soldados y policías, y fácilmente habrían podido aplastarlos; en efecto, Kriebel, su comandante, junto con Strasser y otros, estaban completamente a favor de enfrentarse a ellos, como *hors-d'oeuvre* de su batalla con la izquierda. No hay constancia de la actitud de Göring. Hitler, sin embargo, aún resentido de su entrevista con Lossow, creyó que el general no vacilaría en lanzar contra ellos toda la fuerza del ejército y la policía. Retrocedió. Las armas fueron devueltas. La marcha se canceló. Hitler intentó guardar las apariencias con un ardiente discurso ante las tropas reunidas, seguido por otro en un masivo mitin esa misma noche en el Circus Krone. Pero eso no ocultó el hecho de que aquélla fue una dura humillación para él, y para Göring y la SA, así como un punzante recordatorio de que seguían dependiendo de la buena voluntad, si no es que del activo apoyo, del ejército. "Lo que importaba", explicaría Lossow más tarde, "era esto: ¿quién estaba a cargo del país? [...] La primera prueba de fuerza terminó con la derrota de Hitler, y no teníamos nada más que hacer uno con otro."[25] Esto no era del todo cierto, pero sacó a Lossow del atolladero en 1924, la cual parece haber sido su principal preocupación.

Para Hitler y Göring la debacle del Día del Trabajo fue un bochorno que superarían. Fue simplemente un revés temporal, cuando habría podido ser el fin: Hitler pudo haber sido arrestado y encarcelado, o incluso deportado a Austria, pero no lo fue. Aunque se le entabló juicio por alterar el orden público, aquél fue tranquilamente abandonado cuando Hitler dio el audaz paso de invitar al proceso, anunciando que recibiría con gusto la oportunidad de hablar abiertamente en el tribunal, con lo que dio a entender que revelaría cómo el Reichswehr armaba y adiestraba a los grupos paramilitares para actuar contra los franceses.

Hitler marchó poco después a unas vacaciones con Eckart en un pequeño hotel, la Pension Moritz, en el Obersalzberg, cerca de Berchtesgaden, cuyos dueños eran partidarios del movimiento. Era su

segunda visita —Eckart lo había presentado el invierno anterior— y se enamoró de la belleza, paz y tranquilidad del área, donde pudo restaurar su orgullo herido y recuperar su energía antes de reanudar la lucha contra los “Criminales de Noviembre”. Pasó gran parte del verano en las montañas, volviendo a Munich de vez en cuando para pronunciar discursos y redoblar el tambor.

Göring se quedó en Munich, sumergiéndose en el trabajo, reparando la dañada moral de sus hombres y continuando el proceso de fortalecer a la SA para el gran día, que seguía creyendo inminente. Al reflexionar el año siguiente, exiliado en Italia, se ufanó ante un corresponsal italiano:

A menudo estaba activo hasta las cuatro de la mañana y regresaba a la oficina a las siete del día siguiente. No tenía un momento de respiro en todo el día [...] Créame, con frecuencia —con mucha frecuencia— volvía a casa mortalmente cansado a las once de la noche, pasaba quince minutos tomando té o cenando con mi esposa y luego, en vez de irme a dormir, revisaba las actividades del día durante dos o tres horas; a la mañana siguiente a las siete, el primer ayudante llegaba a reportarse.[26]

A todo lo largo del verano, la SA siguió provocando sangrientas peleas con comunistas y socialistas, y destacó en una serie de “Días de Alemania” con programas seudomilitares, celebrados en fines de semana en varias partes de Baviera. Conforme su perfil crecía, se alistaban nuevos reclutas.

Para Röhm, los acontecimientos del Día del Trabajo amenazaron, al principio, con ser mucho más serios. Fue reprendido por un furioso general Von Lossow; se le recordaron sus obligaciones y deberes como oficial en servicio y se le informó que se le apostaría de inmediato en el páramo de Bayreuth. Pero en la batalla política, Lossow no fue digno rival de Röhm. Con su usual agudeza, Röhm renunció al instante a su cargo, lo que lo dejó en libertad de hablar abiertamente. Luego escribió al comandante de la guarnición de Munich, el general Von Danner, quejándose de la actitud de Lossow. Éste fue un punzante recordatorio de que Röhm sabía demasiado para que se le hiciera enojar, y la insinuación fue entendida. Se le convenció de retirar su renuncia, mientras que Lossow tomó inmediatas medidas para anular su despido, que había sido telegrafiado desde Berlín entre tanto. Röhm conservó su puesto en el Estado Mayor de Lossow, pero tomó un permiso por enfermedad hasta que el caso se desvaneciera, o hasta que

llegara el momento indicado para el *Putsch* en plena forma que todos esperaban.

LA REVOLUCIÓN DE LA CERVECERÍA

“Las cosas se deshacen; el centro no puede resistir; la mera anarquía está suelta en el mundo...”. Estos memorables versos de W.B. Yeats, de su poema de 1920, “The Second Coming”, habrían podido escribirse sobre Alemania en el verano de 1923, cuando la escena política de este país giraba cada vez más rápido, como una centrífuga que lanzara a la gente al extremismo de izquierda o derecha, eliminando la razón y la moderación. La hiperinflación, el resentimiento de los franceses y una serie de huelgas y disturbios alimentaron constantes rumores de un inminente *Putsch*. En Baviera, la principal amenaza procedía de la derecha; pero en su vecino inmediato al norte, Turingia, así como en Sajonia y Hamburgo, los comunistas mostraban su fuerza y planeaban levantamientos revolucionarios.

Para agosto las cosas estaban tan mal que el canciller de centro-derecha, Wilhelm Cuno, responsable de la campaña de resistencia pasiva contra los franceses, fue obligado a renunciar; lejos de unir a la nación, sus políticas la habían llevado al borde de la desintegración, lo mismo que del derrumbe económico. Cuno fue remplazado por Gustav Stresemann, líder del burgués Deutsche volkspartei (Partido Popular Alemán) (DVP), el séptimo canciller en cinco años. Stresemann, republicano pragmático, formó una gran coalición que incluyó a los socialdemócratas y empezó tratando de estabilizar la situación y reunificar a la nación. Su recompensa fueron más huelgas y disturbios organizados por los comunistas, entre ellos motines de hambre, cuando trenes y camiones fueron atacados y saqueados por desesperados habitantes de ciudades cerca de la inanición. Stresemann sabía que el primer paso esencial en el camino de la recuperación era poner fin a la resistencia pasiva contra la ocupación francesa y reanudar el pago de las reparaciones, pero el ánimo del país volvía peligrosa esa medida y él dudó en tomarla. Aun la sugerencia, sin embargo, fue suficiente para causar más

problemas. Dio a Hitler la oportunidad de saltar de nuevo a la palestra, cambiando desvergonzadamente de táctica y acusando al gobierno de Berlín de traicionar la resistencia nacional al capitular ante los franceses, así como de no hacer nada para poner la inflación bajo control.

El primero y 2 de septiembre, aniversario de la victoria prusiana sobre Francia en Sedán en 1870, el más grande "Día de Alemania", aún se celebraba en Nuremberg. La policía estimó que cien mil nacionalistas se volcaron sobre esa ciudad. La solemne marcha tardó en pasar dos horas íntegras, con Hitler al lado de Ludendorff, el príncipe Luis Fernando de Baviera y el coronel Kriebel en el templete de paso de revista, mientras la multitud rugía su aprobación agitando pañuelos y arrojando flores, en una demostración de "entusiasmo como no se había visto en Nuremberg desde 1914", según el informe oficial de la policía. "Muchos hombres y mujeres lloraron, embargados por la emoción."[1]

Para los nazis, ése fue un magnífico escaparate. Göring hizo marchar orgullosamente a su SA (Sturmabteilung, Sección de Asalto) por las calles detrás de su banda militar, la unidad más elegante e impresionante del desfile, el número de cuyos efectivos había aumentado a quince mil, considerablemente superior al de una división del ejército regular. Esta transformación, desde los disparejos ochocientos miembros que habían aparecido en la primera presentación pública de la SA en Munich apenas catorce meses antes, fue un notable tributo a la energía, capacidad organizativa y liderazgo de Göring. El júbilo de este último, sin embargo, se vio atemperado por el hecho de que ninguna de las dos mujeres que más significaban para él en el mundo pudieron estar ahí para compartir su triunfo. Su madre había muerto en forma repentina días antes, lo que le afectó profundamente. El día del funeral fue glacialmente frío, y el cementerio fue azotado por el famoso viento Föhn de Munich, y Carin había contraído un resfriado que se convirtió en pulmonía. Así pues, se hallaba en cama, con fiebre. Pese a su extrema preocupación por ella, Göring había resuelto cumplir su deber, y reclamar sin duda su parte de gloria a la cabeza de "sus" tropas.

No hay constancia de si Heinrich Himmler participó o no en esa gran concentración, pero es difícil creer que se la haya perdido. Dos semanas antes, a instancias de Röhm, se había afiliado al partido nazi, aunque esto

significara reñir con su padre, quien seguía siendo ardiente partidario del BVP (Bayerische Volkspartei, Partido Popular Bávaro) y sus políticas separatistas, y quien consideraba a Hitler y sus seguidores como alborotadores de clase baja. Sin embargo, Himmler no se alistó en la SA, sino que se mantuvo fiel a la Reichsflagge (Bandera Imperial), e indudablemente habría marchado con ella en Nuremberg, apenas uno entre muchos miles. Sin duda, habría estado en libertad de hacerlo, pues había dejado su empleo en Stickstoff-Land a fines de agosto, tal vez despedido a raíz de la grave situación económica, aunque más probablemente a causa de que vio la oportunidad de seguir la carrera militar que aún era su mayor sueño. Dada la amenaza de la revolución roja en Turingia, destacamentos del ejército bávaro eran trasladados a la frontera estatal. Unidades de remplazo se formaban a partir de grupos paramilitares, y el alférez Himmler pidió integrarse a una de ellas, la Kompanie Werner del Primer Batallón, Decimonoveno Regimiento de Infantería.[2] Fue aceptado el 15 de septiembre, aunque de nueva cuenta estaba predestinado a no entrar en acción. Cualquiera que haya sido la causa de su salida de Stickstoff-Land, desde entonces dedicó todo su tiempo a actividades políticas y paramilitares.

Aunque Ludendorff era el líder reconocido del movimiento nacionalista, fue Hitler quien pronunció el principal discurso en Nuremberg, haciendo trizas al gobierno federal y prometiendo a su muy animoso público: "En unas semanas rodarán los dados [...] Hoy se prepara algo mayor que la guerra mundial. Algo que se librará en suelo alemán en favor del mundo entero". La calurosa recepción que obtuvo de la vasta multitud borró la humillación del Día del Trabajo, pues volvió a establecerlo como líder revolucionario y revitalizó a la SA con la promesa de acción.

En el segundo día de esa concentración, los tres principales grupos de la Sociedad de Formaciones Patrióticas de Combate —el NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán), la Bund Oberland (Asociación Oberland) y la Reichsflagge— aceptaron unirse en un grupo más ceñido y radical, que llamaron Deutscher Kampfbund (Asociación de Combate Alemana). Sus propósitos fueron claramente enunciados en su manifiesto: la deposición de la República y el desconocimiento del Tratado de Versalles. El coronel Kriebel volvió a recibir el mando supremo de las

fuerzas paramilitares, aunque Max Erwin von Scheubner-Richter, miembro del círculo íntimo de Hitler en el partido nazi, fue nombrado secretario general. El plan de acción que éste elaboró, sin duda tras consultar a Hitler, si no es que bajo su dictado, llamaba a tomar el poder en Baviera como primer paso, comenzando por poner a líderes de la Kampfbund a cargo del Ministerio del Interior y la policía bávaros; las lecciones del Día del Trabajo habían sido bien aprendidas.

El 25 de septiembre, mientras nuevas crisis amenazaban con envolver a Alemania y Baviera, Hitler recibió la exclusiva jefatura política de la Kampfbund, luego de una larga reunión con Röhm, Kriebel, el capitán Heiss, líder de la Reichsflagge, Friedrich Weber, líder de la Bund Oberland, y Göring, quien para entonces había asegurado su posición en la línea frontal del movimiento y participaba en todas las discusiones de alto nivel. Su estrategia de escoger al pequeño partido nazi para lograr un rápido avance le había redituado espléndidamente; ahí era, menos de doce meses después de haberse afiliado, uno de los líderes reconocidos del movimiento revolucionario, listo para el gran salto por el poder. Desde el 24 de agosto, de hecho, Göring había disfrutado de la *Vollmacht*, completa autoridad, de Hitler, para actuar en su nombre. Los demás —aparte de Göring— vieron la nueva posición de Hitler como un papel subsidiario, principalmente relacionado con la propaganda, de apoyo antes que de control de la jefatura militar, más en línea quizá con el antiguo puesto militar de Hitler como instructor político. Hitler, por supuesto, tenía otras ideas; pero, como siempre, mostró ser un experto en permitir a la gente la ilusión de que lo usaba, cuando en realidad él la manipulaba para ajustarla a sus propósitos.

Justo al día siguiente estalló la crisis. Stresemann anunció el fin de la resistencia pasiva contra los franceses, y la nación hizo erupción en protesta. Hitler ordenó a Göring poner en alerta a la SA, y anunció que tomaría la palabra en catorce mítines masivos tan sólo en Munich el 27 de septiembre. Röhm renunció al fin a su cargo en el Reichswehr, para estar preparado para conducir a sus tropas de la Reichsflagge en apoyo a Hitler. Alarmado, el primer ministro bávaro, Eugen von Knilling, del BVP, declaró el estado de emergencia, suspendió todos los derechos civiles y nombró al *Ritter* von Kahr comisario general del Estado, haciéndolo dictador de facto. Ésta fue una mala noticia para Hitler y sus seguidores, ya que aunque Kahr

era derechista y acérrimo enemigo de Berlín, era también un comprometido separatista bávaro, y monárquico para rematar. Su primer acto al ser nombrado fue prohibir los catorce mítines de Hitler, negándose a ceder cuando éste se quejó ante él y amenazó con una revolución sangrienta.

El nombramiento de Kahr también fue una mala noticia para el gobierno federal, pues acentuaba el peligro de la secesión bávara y de una posible guerra civil entre Berlín y Munich. Stresemann reunió de inmediato a su gobierno bajo el mando del presidente Ebert para decidir qué hacer. El principal problema era de qué parte estaba el ejército. Seeckt, siempre el pequeño y pulcro oficial prusiano, y tan tranquilo y desdeñoso del político civil como lo había sido cuando se hizo a un lado durante el *Putsch* de Kapp en 1920, dio a Ebert su hostil respuesta: “El ejército, señor presidente, está detrás de mí”.

Seeckt confirmó lo que todos sabían: que, sin importar cuál fuera la posición constitucional, el ejército era, de hecho, un Estado independiente dentro del Estado, y que haría lo que su jefe militar, no su supremo comandante político, decidiera; y Seeckt decidió que, en bien del ejército mismo, cuyo futuro dependía de la unidad del Estado, él apoyaría a la República y su gobierno. Por lo tanto, Ebert declaró el estado nacional de emergencia, poniendo todo el poder del ejecutivo en manos del ministro de Defensa, Otto Gessler, lo que significaba que en manos de Seeckt, y a través de él y de sus comandantes locales en cada uno de los estados alemanes. Cualquier intento por cualquier persona de marchar sobre Berlín o derribar la República sería enfrentado con la fuerza por el ejército. Menos de una semana después, Seeckt demostró que hablaba en serio cuando el ejército actuó rápidamente para aplastar un mal organizado *Putsch* de derecha por el llamado Reichswehr Negro, descendiente directo, con veinte mil miembros de los antiguos Freikorps situados en la frontera noreste en defensa contra los polacos. Al correr octubre, la amenaza de tomas comunistas de Hamburgo, Sajonia y Turingia fue conjurada por la firme acción de la policía y el ejército, lo que sólo dejó a Baviera como centro de actividad revolucionaria.

En Baviera, Kahr gobernaba como jefe de un triunvirato cuyos otros dos integrantes eran Lossow y el coronel Hans *Ritter* von Seisser, jefe de la policía estatal. Aunque este aristocrático trío de “vons” compartía el odio de la Kampfbund por Berlín y la República, tenía su propia agenda, y planeaba

activamente su propia revolución nacional, en concierto con grupos de derecha en el norte de Alemania. Esa revolución empezaría con una operación militar en la que se usaría al ejército para derrocar al gobierno e instalar un consejo en Berlín, que podría incluir a Kahr pero no, desde luego, a Hitler y Ludendorff. La Kampfbund también deseaba un consejo, pero con sede en Munich y que incluyera a Hitler y a Ludendorff, pero definitivamente no a Kahr, con una marcha de las organizaciones paramilitares para tomar Berlín por la fuerza.

Hitler sabía muy bien que su ventana de oportunidad se estaba cerrando rápidamente. Además de la amenaza de ser dejado atrás y marginado por Kahr, también existía el creciente riesgo de que Stresemann y Seeckt pusieran, por fin, bajo control la situación nacional, estabilizando al país y privando por tanto a los nazis y sus aliados del oxígeno de la crisis, que necesitaban para tener éxito. Hitler consiguió provocar una nueva fisura en las relaciones Berlín-Munich al publicar virulentos ataques personales contra Seeckt, Stresemann y Gessler en el *Völkischer Beobachter*. Seeckt ordenó a Lossow clausurar ese periódico, y arrestar también a los tres más problemáticos exlíderes de los Freikorps, Ehrhardt, Rossbach y el capitán Heiss de la Reichsflagge, contra quienes seguían vigentes órdenes de arresto en el resto de Alemania. Lossow se negó a ello, afirmando que pondría en peligro la seguridad pública y causaría al Reichswehr un conflicto con el gobierno bávaro. Seeckt destituyó entonces a Lossow, pero Kahr se negó a aceptar a su remplazo, y lo confirmó como comandante de las tropas del Reichswehr en Baviera. Cuando Seeckt recordó a Lossow su juramento de obediencia y el de sus tropas, Kahr obligó a oficiales y soldados a prestar un nuevo juramento, comprometiendo su lealtad con el gobierno bávaro, no con la República. Esto era cosa seria, pues estaba a apenas un paso de la secesión y la guerra civil, pero Seeckt guardó la calma y no hizo nada, esperando el momento oportuno y evitando poner al Reichswehr contra el Reichswehr, justo como lo había hecho en 1920.

Las seis semanas posteriores a la declaración del estado de emergencia fueron un periodo de frenética y confusa actividad para todos los conspiradores, aunque para nadie más que para Göring. Pese a que seguía muy enferma, Carin se había recuperado lo suficiente para mudarse, y él la envió a casa con su madre en Suecia. Ahí, sus infectados pulmones

mejoraron ligeramente, pero ella desarrolló problemas cardiacos y fue internada en una clínica para recibir tratamiento. Él se preocupaba constantemente por Carin, y escribió rogando a la condesa Von Fock que cuidara mucho de ella, porque “es todo para mí”. “Aquí”, escribió, “la vida es como un volcán en ebullición cuya destructiva lava podría derramarse en cualquier momento por todo el país [...] Trabajamos febrilmente y mantenemos nuestro propósito: la liberación y renacimiento de Alemania.” Incapaz de soportar estar separada de su Amado, Carin regresó al “volcán en ebullición” a mediados de octubre, antes de recuperarse por completo, y tuvo que permanecer en cama en Obermenzing mientras él se presentaba brevemente a visitarla entre un compromiso y otro. “Él está muy ocupado en estos días, y grandes acontecimientos se avecinan”, escribió ella a su madre, añadiendo: “Luce cansado y no duerme lo suficiente, y se agota viajando kilómetros sólo para verme unos momentos”.[3]

Grandes acontecimientos se avecinaban, en efecto, y Göring se hallaba en el centro de ellos, tramando, intrigando y haciendo todo lo posible por mantener tapada la olla de presión de la SA mientras el calor seguía acumulándose. “Llegará el día en que ya no pueda contener a mis hombres”, les dijo a Hitler y a él el teniente Wilhelm Brückner, comandante del regimiento de la SA en Munich. “Si no sucede algo ya, nos abandonarán.”[4] Iguales demandas de acción creaban grandes tensiones en la Kampfbund en general, la que, como reconoció el propio Hitler, estaba en peligro de desintegrarse. Más aún, el dinero se acababa rápidamente. Si no actuaban pronto, perderían todo.

Todo indicaba que algo estaba a punto de ocurrir. Liberado de las restricciones impuestas por Berlín, Lossow reactivó y puso al día su plan “Instrucción de Primavera” como “Instrucción de Otoño”, y empezó a declarar abiertamente su intención de marchar sobre Berlín, prometiendo el 24 de octubre a Göring y los demás jefes de la Kampfbund que partiría en menos de catorce días. Ordenó al ejército en Baviera reanudar la instrucción de la SA y las demás unidades paramilitares, con mayor urgencia. Seisser, por su parte, dijo a sus oficiales de la policía estatal que unidades armadas de la policía se unirían al ejército en la marcha sobre Berlín para derrocar al gobierno del Reich y remplazarlo por una dictadura nacionalista.

Göring estaba en constante contacto con Lossow y Seisser, para hablar de una cooperación más estrecha y pedir que las armas de la SA recibieran limpieza y servicio por armeros militares. Al presidir una reunión en Munich con todos los jefes de la SA el 23 de octubre, anunció el *Putsch* que se planeaba, solicitó una lista de "personalidades que tendrán que ser eliminadas y al menos una de las cuales deberá ser fusilada inmediatamente después de la proclamación, como escarmiento",[5] y dijo que marcharían lado a lado con el ejército y la policía bávaros. Hitler confirmó esto en un discurso de diez minutos de duración, que coronó haciendo un llamado a estar preparados para la revolución nacional. El comandante del regimiento de la SA en la Baja Baviera, Gregor Strasser, recordaría más tarde el enorme gusto que le dio oir esas palabras, diciendo que aquella reunión "fue para mí quizá la más hermosa desde 1918, porque a partir de entonces pensé que las cosas cambiarían".[6]

Lo primero en cambiar fue la actitud del triunvirato. Desde fines de octubre, Lossow prohibió súbitamente todas las reuniones públicas de Hitler, y un día después éste se enteró de que Kahr enviaba a Seisser a Berlín para sostener conversaciones con Seeckt y el gobierno federal. Esto parecía sospechoso, como si Kahr quisiera marginar a Hitler y hacer una suerte de trato. Temiendo estar a punto de ser descartados, los jefes de la Kampfbund decidieron pegar primero: detendrían a Kahr, Lossow y Seisser, junto con el primer ministro Knilling, en la inauguración en Munich del nuevo monumento a los caídos el Día del Recuerdo, 4 de noviembre, y los obligarían a apoyar la revolución de la Kampfbund. Su apresurado plan tuvo que ser abandonado, sin embargo, cuando la policía y el ejército desplegaron todo su poder para bloquear las calles antes de esa ceremonia.

Kahr había sufrido, entre tanto, un revés propio. En su reunión en Berlín el día anterior, Seeckt había dicho a Seisser en términos inequívocos que el ejército se opondría activamente a cualquier acto contra el gobierno federal, afirmación que subrayó públicamente en su Orden del Día del 4 de noviembre. Dos días después, el triunvirato se reunió con los jefes de las asociaciones patrióticas y, sin mencionar el reparo de Seeckt, les advirtió contra una acción precipitada. Lossow, ambivalente como siempre, les dijo que apoyaría un acto contra Berlín, pero sólo si era cuidadosamente

planeado, detalladamente preparado y tenía más de 51% de probabilidades de éxito.

De cara a aún nuevas evasivas, Hitler, Göring y los demás jefes de la Kampfbund se convencieron de que Lossow simplemente estaba jugando con ellos. Decidieron entonces seguir de inmediato con su propio *Putsch*. En una reunión secreta celebrada el 7 de noviembre, Hitler, Göring, Weber, Kriebel y Scheubner-Richter hicieron planes para arrestar a miembros del gobierno en su cama, tomando simultáneamente el control de las comunicaciones, ayuntamientos y estaciones de policía de toda Baviera. Al principio, fijaron como fecha la noche del sábado 10 de noviembre —los fines de semana siempre han sido el mejor momento para dar un *coup*—, con una marcha al centro de Munich, acompañada por bandas militares, el domingo en la mañana, casualmente el quinto aniversario del aborrecido armisticio. Pero era muy posible que el fin de semana ya fuera demasiado tarde. Kahr hablaría en un mitin, apresuradamente convocado para el día siguiente, 8 de noviembre, en la inmensa Bürgerbraukeller, en el que estarían presentes las principales figuras de Munich. Se suponía que esbozaría su programa económico y político, pero Hitler y sus camaradas temían que quisiera usar la ocasión para declarar la independencia bávara de Berlín. Sus sospechas se reforzaron cuando Kahr se negó a recibir a Hitler antes o inmediatamente después del mitin. Si no querían ser ignorados, tenían que actuar de inmediato.

Les sería muy complicado reunir sus fuerzas en cuestión de horas, pero la eficiente organización de la SA por Göring indicaba que tal cosa debía ser posible. Y al menos sabían que los miembros del triunvirato estarían en un lugar, la tribuna de la Bürgerbraukeller, a una hora específica. Si lograban atraparlos a todos, y convencerlos de que los respaldaran en público, ante una reunión de notables de Munich, no habría necesidad de elaborados planes para tomar puntos y comunicaciones clave. Todo caería en su sitio sin oposición. Kahr sería rebasado por el flanco. El *Putsch* sería un *fait accompli* antes de que quienquiera pudiese salir incluso de la cervecería.

La reunión de la jefatura de la Kampfbund terminó alrededor de la una de la mañana del 8 de noviembre. El triunvirato debía ser detenido a las ocho y media de la noche. En ese breve lapso, Göring tenía que alertar a sus tropas de la SA en toda Baviera —casi todas ellas compuestas por soldados

de asalto en su tiempo libre y con empleos de tiempo completo en otras partes—, movilizarlas y trasladarlas a Munich antes de aquella hora, y sin decir nada de lo que iba a suceder más que a unos cuantos altos oficiales selectos. De un modo u otro, lo logró. También lo hicieron Weber, con sus combatientes de la Bund Oberland, y Heiss, con la Reichsflagge, de la que Röhm había separado su propia unidad, rebautizándola como Reichskriegsflagge (Bandera Bélica Imperial). Göring reservó otras tres cervecerías —la Arztberger (Colina de los Doctores), la conocida y céntrica Hofbrau y la Torbrau (Cervecería del Gol)— como puntos de reunión, mientras que Röhm eligió la Löwenbraukeller (Cervecería del León) para sus cuatrocientos hombres, entre quienes estaban Heinrich Himmler y su hermano mayor, Gebhard.

Todo marchó sobre ruedas a lo largo del día. Göring todavía halló tiempo para ir a ver a Carin, aún en su lecho de enferma, para informarle que habría “una gran reunión” esa noche y que tal vez llegaría tarde a casa, pero que no se preocupara. Luego se colgó al cuello su medalla *Pour le Mérite*, tomó su chamarra negra de piel y su casco negro de acero con una enorme svástica blanca pintada al frente, y manejó de regreso al centro de la ciudad.

Kahr empezó a leer su seco y preparado discurso ante un apretado público de unas tres mil personas en la Bürgerbraukeller a las ocho de esa noche. Un número casi igual de personas no habían podido entrar a la sala cuando las puertas se cerraron a las 7:15, y daban vueltas en el jardín y la plaza. Göring llegó casi a la hora programada, a las 8:34, a la cabeza de la Tropa de Choque de elite de la SA, la Stosstrupp Hitler, de cien miembros, todos los cuales portaban armas y cascos de acero. A causa de su disciplinada apariencia, la policía de guardia supuso que eran tropas del Reichswehr, y no hizo nada para detenerlos mientras saltaban de sus camiones y corrían para tomar posiciones en y alrededor de la sala. Hitler esperaba nerviosamente en el vestíbulo, luciendo como capitán de meseros de un hotel de mala muerte, enfundado en un frac negro que no le quedaba, con su Cruz de Hierro prendida al pecho. Lo acompañaban su guardaespaldas, el excarnicero y exluchador Ulrich Graf, y un pequeño grupo que incluía a Rudolf Hess, Max Amman, Erwin von Scheubner-Richter y Putzi Hanfstaengl. Göring y sus hombres rompieron a golpes las puertas del

recinto principal, introdujeron una ametralladora Maxim por el agujero y marcharon de frente, hacia la tribuna, abriendo paso entre las atestadas mesas a Hitler, quien los seguía al tiempo que sostenía una pistola Browning flanqueado por Graf, Hess y los otros.[7]

Pasaron unos minutos antes de que Kahr se diera cuenta de lo que ocurría, y de que su discurso se apagara en silencio. Pero no había silencio en el resto de la sala: voces se elevaron en un barullo de consternación y confusión mientras la gente empezaba a precipitarse hacia las salidas, sólo para encontrarlas bloqueadas por tropas de asalto. Incapaz de llegar a la tribuna, Hitler se trepó a una silla y pidió silencio a gritos. No pudiendo hacerse oir, alzó su pistola y lanzó un disparo al techo. En el súbito silencio que siguió, anunció que la revolución nacional había empezado, que la sala estaba rodeada por seiscientos hombres fuertemente armados y que nadie debía salir. El gobierno bávaro quedaba depuesto, dijo, y se formaría un gobierno provisional del Reich. Los cuarteles del Reichswehr y de la policía estatal habían sido ocupados, y el ejército y la policía marchaban sobre la ciudad bajo el estandarte de la svástica. Avanzando trabajosamente sobre las mesas restantes, Hitler subió a la tribuna. Uno de los policías asistentes de Seisser, el mayor Hunglinger, se acercó a él, la mano en el bolsillo. Hitler, sospechando que empuñaba un arma, apretó de inmediato su pistola contra la sien del mayor, ordenándole sacar la mano; estaba vacía. Volviéndose hacia Kahr, Lossow y Seisser, los "invitó" a acompañarlo a una antesala contigua, asegurándoles que él garantizaba su seguridad. Luego de un momento de vacilación, aquéllos accedieron; Lossow afirmaría después que murmuró a los demás mientras partían: "¡Finjan!".

Göring fue dejado a cargo del recinto principal. Cuando la multitud volvió a inquietarse, con gritos de "¡Teatro!" y "¡Sudamérica!", siguió el ejemplo de Hitler, sacó su pistola y lanzó un disparo al techo. Después, abriendo el cuello de su chamarra de cuero para dejar ver más claramente su *Pour le Mérite*, dijo que ese acto era por entero cordial; que no iba dirigido contra Kahr, ni contra el ejército y la policía, sino contra los "malditos judíos" de Berlín. Pidió a la gente mantener la calma y ser paciente, pues en ese momento se estaba formando un nuevo gobierno en la habitación de junto, y añadió, en su muy particular estilo: "¿Qué les preocupa de todas maneras? ¡Tienen cerveza!".[8]

Mientras Göring mantenía el orden en la Bürgerbraukeller, Scheubner-Richter tomó el Mercedes de Hitler para recoger a Ludendorff, quien aguardaba el llamado en su villa. Ludendorff diría más tarde que había sido tomado absolutamente por sorpresa y no sabía nada del *Putsch*, aunque lo cierto es que se le había mantenido plenamente informado del complot, y por casualidad vestía su uniforme completo del ejército imperial.[9] Entre tanto, las palabras en clave “Entregado sin novedad” se habían telefoneado al cuartel general de la policía, donde el jefe de la policía política, el miembro del partido nazi Wilhelm Frick, y el exjefe de policía Pöhner esperaban para tomar el control; Frick ya había ordenado a la policía en la Bürgerbraukeller no interferir, sino simplemente observar y reportar.

Ese mensaje también fue telefoneado a las demás cervecerías, entre ellas la Löwenbraukeller, al otro lado del centro de la ciudad, donde Röhm y sus hombres aguardaban. Al recibir la noticia de que el *Putsch* había sido un éxito, Röhm formó a sus soldados y los hizo marchar por las calles, con Himmler a la cabeza llevando el antiguo estandarte imperial, hacia la Bürgerbraukeller. A medio camino, sin embargo, fueron interceptados por un mensajero en motocicleta con órdenes de que se desviaran a la Schönfeldstrasse, para tomar y ocupar el edificio del Ministerio de Guerra bávaro, que alojaba al cuartel general distrital del Reichswehr de Lossow. Tomaron el edificio rápidamente y sin incidentes, y lo aseguraron montando a su alrededor una barricada de alambre de púas, detrás de la cual Himmler asumió su puesto, sosteniendo aún orgullosamente la bandera. Por una misteriosa razón, sin embargo, Röhm no tomó el control del conmutador telefónico, eje de las comunicaciones de los diversos cuarteles y unidades en toda Baviera, que también ofrecía contacto directo con el cuartel general nacional de Seeckt en Berlín. Éste fue el primero de una serie de errores fatales que se cometieron esa noche.

En la antesala de la Bürgerbraukeller, por su parte, Hitler, pálido, agitado y sudando copiosamente, sacudía su pistola y declaraba que “nadie saldrá vivo de esta habitación sin mi permiso”. Dijo a los miembros del triunvirato que él encabezaría el nuevo gobierno del Reich, pero que habría puestos importantes para ellos: Lossow sería ministro del Reichswehr; Seisser, ministro de la policía del Reich, y Kahr regente de Baviera, con Pöhner como primer ministro. Ludendorff sería el jefe del nuevo ejército nacional, que incorporaría a los paramilitares de la Kampfbund, y dirigiría

la marcha sobre Berlín. Hitler se disculpó por tener que actuar de esa manera, pero dijo que no tenía alternativa. Si las cosas marchaban mal, les dijo, quedaban cuatro balas en su pistola: tres para ellos y una para él. Kahr, que había recuperado su temple, respondió fríamente que morir no significaba nada en esas circunstancias, y pidió detalles de la participación de Ludendorff en todo el asunto. Hitler no respondió.[10] El ruido del recinto principal aumentaba de nuevo, y fue a ver por él mismo qué sucedía, dejando a Graf no perder de vista a los prisioneros.

A Göring le era cada vez más difícil mantener el orden y, al reaparecer, Hitler tuvo que amenazar con plantar una ametralladora en la galería para que todos lo escucharan. Cuando lo hicieron, Hitler fue capaz de obrar su antigua magia, "volteando a esa vasta multitud", recordaría el historiador y profesor Karl Alexander von Müller, quien formaba parte de ella, "tan suavemente como se voltea un guante, con unas cuantas frases".[11] Putzi Hanfstaengl vio, admirado, que Hitler dejaba de ser una figura insignificante —parecida, con su cómico frac, a un novio de provincia— para convertirse en un superhombre. "Fue como la diferencia entre un Stradivarius tendido en su estuche, apenas unos cuantos trozos de madera y tiras de tripa, y el mismo violín tocado por un maestro."[12]

Hitler empezó por confirmar lo que Göring ya había dicho: que sus acciones estaban dirigidas "sólo contra el gobierno judío de Berlín y los criminales de noviembre de 1918", no contra el ejército ni la policía. Luego esbozó sus planes de nuevos gobiernos en Berlín y Munich, que incluían a Ludendorff como "líder y jefe, con facultades dictatoriales, del ejército nacional alemán", selección que fue recibida con gran entusiasmo. "¡En una Alemania libre", tranquilizó a los separatistas presentes, "hay lugar para una Baviera autónoma!". "Allá fuera", dijo serenamente a su público, "están Kahr, Lossow y Seisser. Están haciendo un gran esfuerzo para tomar una decisión. ¿Puedo decirles que ustedes los apoyarán?". El público rugió su aprobación. Hitler concluyó con un emotivo llamado: "Puedo asegurarles esto: ¡la revolución alemana empieza esta noche o todos estaremos muertos al amanecer!".[13] Este discurso fue, de acuerdo con Müller, "una obra maestra de la retórica"; y aunque todavía muchas personas en la sala no se convencían, la mayoría había sido ganada por completo.[14]

Ludendorff fue objeto, al llegar, de una magna recepción, entre gritos de *Heil!*, y se unió a Hitler y los miembros del triunvirato en la antesala,

donde, quizá intimidados por su apariencia y rango, estos últimos aceptaron su apretón de manos y accedieron a sumarse al *Putsch*. Hitler los llevó entonces de regreso a la tribuna, donde comprometieron su apoyo y aseveraron que se librarían de los criminales de Berlín. Hubo muchos apretones de manos y sonrisas, y mientras cada hombre pronunciaba un breve discurso, el público vitoreaba y gritaba, trepándose en sus asientos de emoción. El rostro de Hitler era la imagen misma de la satisfacción: sus más caros sueños se hacían realidad. "Tenía una franca e ingenua expresión de felicidad que nunca olvidaré", escribió Müller. El suyo fue inevitablemente el discurso estelar, que tocó hábilmente cada cuerda emotiva: "Voy a cumplir la promesa que me hice hace cinco años, cuando me encontraba ciego y lisiado en el hospital militar: no conocer paz ni reposo hasta que los criminales de noviembre hubieran sido derrocados; hasta que de las ruinas de la desdichada Alemania de entonces se hubiera levantado una vez más una Alemania de poder y grandeza, libertad y gloria". Cuando terminó, la sala entera rompió a cantar espontáneamente el himno nacional, *Deutschland über alles* (Alemania por encima de todo).[15]

Parecía que el *Putsch* había tenido éxito. Göring, sonriendo regocijadamente, abrazó y felicitó a sus comandantes de la SA. Con el ejército y la policía bávaros de su lado, podrían vencer cualquier resistencia de Berlín. El futuro era suyo. Göring envió a Hanfstaengl a toda prisa a Obermenzing a dar la buena noticia a Carin; aun en su momento de triunfo, era un esposo devoto. Hanfstaengl regresó con la hermana de Carin, Fanny, quien dijo a Göring que Carin aún tenía fiebre y estaba demasiado enferma para presentarse, pero que se había reanimado con su mensaje, el cual era un tónico en sí mismo.[16]

Antes de permitir dejar la reunión a cualquiera, Hitler conferenció con Göring y Hess, y convinieron en que debían arrestar a los miembros del gobierno bávaro en funciones que estuvieran presentes, junto con otros notables, como posibles rehenes y para impedir que causaran problemas. La tarea le fue asignada a Hess, quien subió a una silla y leyó una lista de nombres, entre los que estaban el del primer ministro Knilling, el jefe de policía Mantel y el principal asesor del príncipe heredero Ruperto, Graf von Soden. Todos ellos se sometieron dócilmente, y fueron conducidos primero

a una sala superior y luego a una casa de seguridad en los suburbios, vigilada por Hess y un contingente de estudiantes.

El júbilo en la Bürgerbrau, sin embargo, pronto demostró ser prematuro. Las cosas ya marchaban muy mal en otras partes de la ciudad. Ninguna de las unidades paramilitares había tenido éxito en la toma de ninguno de los puntos clave, aparte de Röhm en el Ministerio de Guerra, y de Frick y Pöhner en el cuartel general de la policía, del que en cualquier caso pronto fueron expulsados para ser puestos bajo arresto. Ningún edificio del gobierno, cuartel del ejército o la policía, la principal estación de ferrocarril ni la oficina de telégrafos fueron tomados. Y aunque casi la dotación entera de mil cadetes de la Escuela de Infantería había encerrado bajo llave a su comandante y marchado bajo la conducción de Rossbach, con estandartes de la svástica y una banda militar, para unirse a Hitler y Ludendorff, ningún alto oficial del ejército se había sumado a los rebeldes.

Los dos centros militares más importantes de la ciudad, los cuarteles del Decimonoveno Regimiento de Infantería y de los ingenieros militares, estaban resultando particularmente difíciles. Los comandantes de ambas unidades se negaban a admitir a los rebeldes, o a entregar sus armas o equipo. En el cuartel de los ingenieros, doscientos cincuenta hombres de la Bund Oberland fueron hechos prisioneros. Hitler se indignó al enterarse de eso, y decidió dejar la Bürgerbraukeller e ir personalmente allá a resolver las cosas. Fue un grave error, que exhibió su falta de experiencia como líder, cuyo lugar está en el centro.

En la Bürgerbrau, mientras tanto, la multitud se dispersaba y Göring se ocupaba de que se proporcionaran alimentos y bebidas a sus tropas de asalto. Kahr, Lossow y Seisser se acercaron entonces a Ludendorff, quien había sido dejado a cargo, y le dijeron que debían volver a sus oficinas a girar órdenes y tomar medidas para implementar el *Putsch*. Aceptando su palabra como oficiales, Ludendorff los dejó en libertad, y salieron disparados. Pero no regresaron a sus oficinas, sino al cuartel del decimonoveno de infantería, que no había sido ocupado por la Kampfbund. Ahí, Lossow fue recibido por el comandante de la guarnición de Munich, el teniente general Von Danner, quien había estado en la Bürgerbrau, con esta fría pregunta: “Todo eso fue un montaje, ¿verdad, excelencia?”. Danner ya se había puesto en contacto con Seeckt en Berlín, quien le había ordenado decir a Lossow que si no sofocaba el *Putsch* de inmediato, él marcharía al

sur y lo haría por sí mismo. Así incitado, Lossow incumplió al punto las promesas que había hecho en la Bürgerbrau y giró órdenes a guarniciones en toda Baviera de enviar al instante refuerzos a Munich. Kahr y Seisser lo apoyaron, naturalmente. Kahr hizo imprimir y fijar por toda la ciudad avisos que condenaban el *Putsch*, declarando que las promesas que les habían sido arrancadas a él y sus colegas a punta de pistola eran nulas, y que el partido nazi, la Reichskriegsflagge y la Bund Oberland quedaban disueltos. Luego partió a refugiarse en Ratisbona con lo que quedaba de su gobierno.

Durante toda la noche, más unidades de la SA y otras unidades paramilitares siguieron llegando a la ciudad, pero sólo encontraron ausencia de órdenes claras y una confusión complicada por letreros y carteles pegados en todas partes, algunos de los cuales proclamaban la revolución y mencionaban a Hitler como canciller del Reich, mientras que otros lo negaban y anunciaban órdenes de arresto contra él y sus cómplices en la conspiración. Hitler había contado con un *Putsch* incruento con la cooperación del ejército y la policía; pero desde el momento en que regresó a la cervecería y descubrió que Ludendorff había dejado ir al triunvirato, supo que había fracasado. Sus temores fueron confirmados por boletines de la radio estatal emitidos por Kahr, Lossow y Seisser que condenaban el *Putsch* y ratificaban que todos los cuarteles y la mayoría de los edificios clave estaban en manos del ejército y la policía. Röhm y sus hombres aún ocupaban el Ministerio de Guerra, donde Hitler, Ludendorff y Göring los habían visitado en la madrugada para sostener infructuosas discusiones sobre el siguiente paso, pero alrededor de las cinco de la mañana el edificio fue rodeado por un cordón de tropas del Reichswehr. El único éxito de la operación había sido anulado.

Mientras, una mañana glacialmente fría despuntaba el 9 de noviembre, con nieve y aguanieve volando al viento, los jefes aún trataban de decidir qué hacer. No tenían planes de contingencia, lo cual difícilmente sorprende, ya que su plan principal había sido vago, por decir lo menos. ¿Debían sencillamente desbandarse? ¿Retirarse a Rosenheim, unos cincuenta y cinco kilómetros al sureste, para reagruparse? Ambas opciones parecían cobardes y fueron rechazadas. Fue Ludendorff quien sugirió que marcharan al centro de Munich, y los demás estuvieron de acuerdo, en gran medida a falta de

cualquier otra idea, aunque los propósitos de esa marcha eran, como todo lo demás en ese momento, confusos e inciertos. Ludendorff creía que con él mismo, el legendario jefe militar a la cabeza de la columna, las tropas del Reichswehr jamás se atreverían a abrir fuego, y que los ciudadanos se unirían a los marchistas en una manifestación de arrollador apoyo, que convencería al ejército y la policía de cambiar de parecer. Tras una brevísima discusión, se decidió que la marcha partiría de la Bürgerbrau al mediodía.

Entre tanto, Hitler envió a un amigo mutuo como emisario ante el príncipe Ruperto a su castillo cerca de Berchtesgaden, para intentar convencerlo de que cambiara de opinión y retirara la condena del *Putsch* que había emitido durante la noche, o de que intercediera ante Kahr y Lossow para obtener un arreglo honorable. También mandó a un escuadrón de tropas de asalto a la imprenta de billetes para requisar fajos por cincuenta mil millones de marcos con los cuales pagar a sus hombres. El escuadrón reunió 14,605 millones de marcos, por los que entregó un recibo del partido nazi. Göring, que no compartía la confianza de Ludendorff en su invulnerabilidad, envió a otro escuadrón al ayuntamiento, para atrapar más rehenes. Este escuadrón aprehendió al alcalde y nueve concejales socialistas, a los que arrastró, sin la menor delicadeza, a la cervecería.

Poco antes del mediodía, Göring reunió a sus hombres de la SA y los cadetes de infantería y les hizo prestar juramento de lealtad a Ludendorff. Luego los formó en una columna de unos dos mil integrantes, y comenzaron la marcha, detrás de dos portaestandartes que llevaban las banderas del partido nazi y la Bund Oberland. Cualquiera que fuese el resultado, ése fue un momento que Göring no pudo menos que saborear, pues de pronto se vio marchando justo al lado de Ludendorff en el centro de la descubierta, con Weber y Kriebel a su izquierda. Hitler marchaba a la derecha de Ludendorff, con Scheubner-Richter a su lado, y luego Graf y el asistente de Ludendorff, el mayor Hans Streck. El ánimo era sombrío; un participante describiría después el desfile como un cortejo fúnebre.[17]

El primer obstáculo que enfrentaron los marchistas fue un cordón de la policía estatal uniformado de verde y armado con una metralleta, que bloqueaba el puente Ludwig sobre el río Isar. Göring se adelantó para hablar con el oficial a cargo, señalando a los rehenes al fondo de la columna

y advirtiendo que había dado órdenes a sus hombres de que les dispararan si la policía abría fuego. El oficial ordenó a sus hombres hacerse a un lado. La marcha prosiguió hacia el centro de la ciudad, con el ánimo aligerado mientras la muchedumbre en las banquetas la alentaba a gritos, sumándose en muchos casos a los marchistas. Los hombres empezaron a entonar marchas de la SA. En la Marienplatz, frente al nuevo ayuntamiento gótico con su elaborado carillón, toparon con una enorme multitud que escuchaba un encendido discurso de Julius Streicher, el jefe nazi de Nuremberg, violentamente antisemita, quien se había precipitado a Munich para participar en la diversión. Streicher interrumpió su discurso y se incorporó a la columna justo detrás de Hitler, y la mayoría de quienes lo escuchaban lo siguió.

Para entonces, el inicial abatimiento había dado paso a un embriagador triunfalismo. La marcha atravesó la Marienplatz y dobló en la angosta Residenzstrasse, en dirección al Ministerio de Guerra para liberar a Röhm y sus hombres, quienes aún se hallaban frente a frente con tropas del Reichswehr, sin que ningún bando se atreviera a disparar contra antiguos amigos y colegas. Pero al final de la calle, frente al monumento a los caídos de Feldherrnhalle (Pabellón de los Generales), una fuerza de unos cien policías estatales bloqueaban el paso, con los rifles cargados y listos. Su comandante, el barón Michael von Godin, tenía estrictas órdenes de Seisser de no permitir que la columna pasara. Esta vez fue Graf quien se adelantó, gritando: “¡No disparen! ¡Aquí vienen su excelencia el general Ludendorff y Hitler!”. Hitler intervino: “¡Ríndanse!”. La policía no hizo caso a ninguno, y alzó sus armas a una orden de Godin. Por un momento, hubo un tenso silencio. Luego un disparo. Nunca se ha estalecido quién lo hizo; informes de testigos presenciales indican que fue el propio Hitler, otros lo atribuyen a Streicher o la policía. A continuación, ambos bandos disparaban. Scheubner-Richter, quien marchaba del brazo de Hitler, recibió una bala en la cabeza que le quitó la vida al instante. Hitler, con la instintiva reacción cultivada por cuatro años en el frente, se echó al suelo al primer disparo o, como señalan otros informes, fue arrastrado por Scheubner-Richter al caer. De una u otra forma, sintió un agudo dolor en el hombro que creyó ser de una bala pero que en realidad era una simple dislocación. Göring no corrió con tanta suerte: fue alcanzado en la ingle y la cadera, y

cayó al suelo gravemente herido y sangrando copiosamente. Ludendorff no sólo permaneció de pie sino que, acompañado por su asistente, el mayor Streck, siguió marchando sin parar hacia los rifles de la policía, inmune a la lluvia de balas a su alrededor, hasta que, milagrosamente ileso, ambos fueron arrestados y puestos bajo custodia.

El tiroteo no duró más de medio minuto, pero cuando los disparos terminaron había catorce Putschisten (golpistas) y cuatro policías muertos. También dos hombres de Röhm murieron, al tratar de atravesar el cordón militar en torno al Ministerio de Guerra para incorporarse a la batalla. Hitler fue el primero en abandonar la escena, recogido por el médico militar de la SA de Munich, el doctor Walter Schultze, en su auto y alejado a toda velocidad, para buscar refugio en la casa de campo de Putzi Hanfstaengl en Uffing, cerca del lago Staffelsee, al sur de Munich. Ahí fue atendido por la esposa y la hermana de Hanfstaengl —Putzi, como otros prominentes nazis, había cruzado la frontera a Austria— hasta que se le arrestó dos días después.

Göring fue rescatado por algunos de sus hombres de la SA, quienes hallaron una casa con una placa de médico y lo llevaron allá. De acuerdo con Karl Bodenschatz, su pasado y futuro ayudante, “las personas de la planta baja lo rechazaron, pero había una anciana pareja judía en el piso de arriba, y ella lo alojó”. Frau Ilse Ballin, esposa de un vendedor de muebles, y su hermana habían sido adiestradas como enfermeras durante la guerra, y ellas se hicieron cargo de las heridas de Göring, las limpiaron y contuvieron la hemorragia. Sabían muy bien quién era él, y de la actitud de su partido ante los judíos, pero no lo entregaron a la policía. Por el contrario, lo mantuvieron oculto hasta que oscureció, cuando fue posible trasladarlo a la clínica del profesor Alwin *Ritter* von Asch, simpatizante nazi, a fin de recibir un tratamiento más profesional. Para su honra, Göring no olvidó nunca la bondad de esas mujeres, y pagó su deuda con ellas protegiéndolas y ayudándolas durante los oscuros días del Tercer Reich.

A salvo, en la clínica del profesor Asch, Göring envió a un hombre de la SA a informar a Carin dónde estaba. Esto debe haber representado para ella un gran alivio, porque aunque Fanny había visto el tiroteo, ignoraba qué le había sucedido a su esposo. Tan pronto como recibió la noticia, Carin dejó su lecho de enferma, desobedeciendo las órdenes de su médico al salir a

toda prisa en medio de una noche glacialmente fría, para llegar junto a la cama de Göring menos de media hora después. Lo encontró sumido en profundo dolor, e hizo lo que pudo para confortarlo. Fanny, entre tanto, deambulaba por la ciudad, tratando de descubrir qué ocurría. Lo que encontró no era esperanzador. La policía recorría la ciudad a la caza de miembros de la jefatura nazi. Lossow había firmado personalmente una orden de arresto contra Göring, vivo o muerto. Segura de que si lo capturaban enfrentaría la ejecución, Carin supo que tenía que sacarlo de Alemania y que no había tiempo que perder.

"Cada segundo es valioso, y Carin lo sabe", escribió Fanny, jadeantemente dramática. "Deben hacerse planes a toda prisa, alertar a amigos. Hermann Göring debe salir de la ciudad antes del amanecer, aun a riesgo de su vida, aun si la hemorragia comienza de nuevo y el dolor es insoportable. ¡Carin no piensa un solo momento en ella misma, en el hecho de que acaba de dejar su cama de enferma, afiebrada, palpitante el corazón, estrangulados los pulmones! Ahora es el corazón *de él* el que ha sentido la puñalada, y nunca volverá a ser el mismo. Ella debe salvarlo."[18] Y lo salvó. Con la ayuda del guardaespaldas de Göring en la SA, lo llevó en auto a la villa de un rico amigo holandés, el mayor Schuler van Krieken, en Garmisch Partenkirchen, centro para esquiar en las montañas, unos setenta kilómetros al sur de Munich. Incapaz de dar un paso, él guardó cama, tratando de recuperar fuerzas mientras ella se preparaba para hacerlo cruzar la cercana frontera a Austria.

A la noche siguiente, a las diez, acompañados por un médico, se dirigieron en auto al puesto fronterizo de Griesen, esperando escabullirse en la oscuridad. Pero los guardias fronterizos habían sido advertidos de estar al pendiente de ellos. Fueron detenidos y escoltados de vuelta a Garmisch, donde se internó a Göring en el sanatorio local a la espera de un policía de Munich con una orden de arresto. Cuando el policía llegó, sin embargo, Göring ya se había ido, habiendo desaparecido por la puerta trasera con un abrigo de piel sobre la camisa de dormir para ser llevado con el médico, mientras Carin se quedaba como señuelo. Enfilaron en la dirección contraria a Griesen, al puesto fronterizo de Mittenwald, y esta vez la suerte estuvo de su parte. La pluma rayada se levantó, y pudieron cruzar fácilmente. En el puesto fronterizo austriaco, Göring presentó un pasaporte

prestado por otro médico en Garmisch, y siguieron hasta Seefeld, donde Göring fue metido en cama en la posada local. Al día siguiente, el conductor volvió por Carin, y el lunes 12 de noviembre continuaron a Innsbruck, y se registraron en el Hotel Tiroler Hof, propiedad de un simpatizante nazi. Sin embargo, Göring tenía para entonces mucha fiebre y deliraba a causa del dolor de su herida, que supuraba profusamente. Se le internó de emergencia en el hospital al día siguiente, en condición crítica.

La revolución de Göring había terminado. Estaba exiliado de su país, gravemente herido, era un hombre buscado, separado de amigos y colegas, sus sueños de gloria como líder de Alemania hechos pedazos. Había perdido todo, excepto a Carin. Pasarían cuatro años de privación, dolor y sufrimiento antes de que pudiera retornar para juntar las piezas y volver a empezar.

Parte Dos

LOS AÑOS DE LUCHA

1924-1933

REAGRUPAMIENTO

Hitler aseguraría después que el fracaso del *Putsch* de noviembre fue "el mayor golpe de suerte en su vida". Y así fue, en efecto, aunque únicamente luego de que él convirtiera por sí solo una humillante debacle en un triunfo político. En aquel entonces, las cosas lucían muy negras. Las habilidades organizativas y de planeación de Hitler habían quedado expuestas como desastrosas: con las fuerzas a su disposición, debía haberle sido fácil tomar el control de Munich, y en realidad de toda Baviera, pero no había podido conservar un solo edificio más de unas cuantas horas. Su reputación personal de valentía estaba destrozada: había sido el primero en arrojarse al suelo para protegerse cuando empezó el tiroteo, mientras que Ludendorff ni siquiera había perdido el paso ni bajado la cabeza, y luego había abandonado a sus hombres, huyendo y dejándolos a merced de la policía. Su partido había sido proscrito; sus colegas, obligados a escapar, asesinados o arrestados, y, tras dos días de ignominioso ocultamiento, él mismo había sido encarcelado para esperar juicio, posiblemente con sentencia de cadena perpetua. Ése debía haber sido el fin; en cambio, Hitler lo convirtió en un nuevo comienzo.

Cuando llegó a la prisión-fortaleza de la muy pequeña ciudad de Landsberg am Lech, unos sesenta y cinco kilómetros al oeste de Munich, el líder nazi fue recibido con respeto, e incluso adulación, por el personal, así como por los demás presos. El anterior recluso estrella, el conde Anton von Arco-Valley, el hombre que había asesinado al primer ministro socialista de Baviera, Kurt Eisner, en 1919, fue echado de la espaciosa celda número siete para dejarle lugar. Pero Hitler estaba sumamente deprimido, y se puso en huelga de hambre las dos primeras semanas, amenazando regularmente con quitarse la vida. Las nubes de la desesperanza se disiparon poco a poco; y para cuando fue llevado a juicio, el 26 de febrero de 1924, ya era el

mismo de antes y estaba listo para salir a pelear luego de diez semanas de preparación.

Durante ese periodo, la situación política había cambiado al punto de resultar irreconocible. Kahr, Lossow y Seisser habían sido obligados a retirarse, y un gobierno moderado del BVP (Bayerische Volkspartei Partido Popular Bávaro) había asumido el poder en Munich y empezado a arreglar la relación con Berlín. El gobierno nacional, entre tanto, había reafirmado su autoridad, puesto la inflación bajo control y comenzado a hacer verdaderos progresos en busca de una solución al problema de las reparaciones de guerra. Aún había mucha insatisfacción en Alemania en general, y en Baviera en particular, y subsistían numerosas tensiones, pero no había habido más intentos de *Putsch*. La ebullición había sido firme y auténticamente arrojada del Feldherrnhalle el 9 de noviembre.

El juicio de los principales conspiradores duró veinticuatro días. Con justa ironía, se celebró en la Escuela de Oficiales de Infantería, cuyos mil cadetes habían marchado en apoyo al *Putsch*; desde entonces habían sido severamente disciplinados y transferidos a Turingia. Había otros nueve acusados, entre ellos Ludendorff, Röhm, Pöhner, Frick y Kriebel, pero desde el principio fue Hitler quien dominó el proceso. El ministro de Justicia bávaro, Franz Gürtner, partidario nazi, se cercioró de recibir amplio margen de maniobra en el nombramiento de los jueces, empleados judiciales e incluso el fiscal, todos los cuales simpatizaban con la causa; el juez responsable fue el mismo que había ofrecido a Hitler una sentencia condicional por alterar el orden público en 1922. Se permitió a Hitler vestir traje, en lugar del uniforme de la cárcel, así que parecía un héroe con su Cruz de Hierro prendida al pecho; y con el activo aliento del juez, usó la sala del tribunal como plataforma política, con brillante efecto.

Su discurso inicial duró cuatro horas. En vez de negar su papel en el fallido *Putsch* e implorar piedad, se atribuyó orgullosamente toda la responsabilidad, aunque se negó a aceptar que hubiera cometido alta traición, ya que “no puede haber alta traición contra los traidores de 1918”. Si había cometido alta traición, prosiguió, ¿por qué aquellos con quienes había consultado y conspirado durante meses —Kahr, Lossow y Seisser— no estaban con él en el banquillo de los acusados? Ellos lo habían sabido todo y participado en todo; más aún, insistió, las promesas que le hicieron

en la Bürgerbraukeller habían sido genuinas. Sólo después, bajo presión, habían cambiado de opinión e incumplido. En cuanto a él, continuó, “me siento el mejor de los alemanes, alguien que quería lo mejor para el pueblo alemán”.[1]

Durante el juicio, se permitió a Hitler interrogar a los testigos que quiso, e incurrir en constantes digresiones de diatribas políticas. Reservó sus más agudos ataques contra el triunvirato, al que hizo trizas, lo que le mereció un ruidoso y desenfrenado aplauso de la galería. Sólo Lossow se defendió, con todo el desprecio de un general por un presuntuoso cabo interino, al que describió sólo apto para “tambor” y acusó de desmesurada ambición. Pero Hitler se las arregló para tener la última palabra, provocando que Lossow perdiera el control y demoliéndolo con esta fulminante respuesta: “¡Qué mezquinos son los pensamientos de los hombres pequeños!”.

Día tras día, Hitler apareció en la primera plana de todos los periódicos de Alemania. Cuando empezó el juicio, apenas se le conocía fuera de Baviera. Cuando terminó, era famoso en todas partes. Diarios extranjeros dieron al juicio escasa cobertura, pero esto casi no importó. Hitler había logrado machacar su mensaje político en un público más numeroso que nunca.

Si el *Putsch* había sido un fiasco, el juicio fue una farsa, y el último acto rindió un desenlace convenientemente ridículo con los veredictos y sentencias. Ludendorff, como había sido predicho universalmente —por el propio juez responsable antes siquiera de que el juicio empezara, como sostienen algunos informes—, fue absuelto, para su gran indignación; salió zapateando del tribunal jurando que jamás volvería a vestir uniforme luego de que éste había sido ofendido de tal manera. Röhm recibió quince meses de cárcel, menos el tiempo que había pasado en la prisión de Stadelheim esperando juicio, sujetos a buena conducta. Fue liberado el primero de abril. Hitler recibió una sentencia mínima, de cinco años de cárcel, menos el tiempo que había pasado en prisión preventiva, además de una multa de doscientos marcos oro o veinte días de cárcel adicionales. Se le aseguró pronta libertad condicional; éste fue aparentemente el elemento en que el jurado insistió antes de aceptar el veredicto de culpabilidad. La exigencia del ministro del Interior de que Hitler fuera deportado a Austria se rechazó a causa de su servicio en el ejército alemán durante la guerra. Weber, Kriebel y Pöhner recibieron igual sentencia que Hitler, y los acusados

restantes, aún menores. Las sentencias fueron aclamadas por el público, que incluía a muchos oficiales en uniforme completo para celebrar la ocasión y en honor al exintendente general, y todos los acusados fueron engalanados con flores y símbolos nacionalistas. El tribunal no hizo el menor intento de sofocar esas demostraciones de apoyo.

La idea de Röhm de lo que constituía "buena conducta" era, como de costumbre, muy peculiar. Seguía considerando el lado paramilitar del movimiento como el núcleo central de éste, con el partido como poco más que su brazo político. Puesto que tanto la SA (Sturmabteilung, Sección de Asalto) como la Reichskriegsflagge (Bandera Bélica Imperial) de Röhm fueron proscritas, él trató de establecer de inmediato una nueva organización paramilitar de escala nacional, que llamó Frontbanner (Estandarte del Frente). Esta organización se incorporaría a la SA y las demás unidades proscritas de la Kampfbund (Asociación de Combate), y estaría bajo la jefatura militar de Ludendorff. Creyéndose en una posición de fuerza, Röhm escribió a Hitler exponiendo sus condiciones: "La política partidista no será tolerada ni en el Frontbanner ni en la SA [...] Me niego categóricamente a permitir que la SA intervenga en asuntos del partido; de igual forma, me niego categóricamente a permitir que los comandantes de la SA acepten instrucciones de líderes políticos del partido".[2]

Hilter no tenía intención de ceder a Röhm el control de la SA. En todo caso, el fracaso del *Putsch* había probado la inutilidad de los grupos paramilitares, y había convencido a Hitler de que no podría alcanzar el poder en Alemania por la fuerza sin el apoyo del ejército, el cual ya no podía esperar. En el futuro, la SA —*su* SA— se limitaría a apoyar al partido en sus actividades políticas. Volvería a su papel original como escuadrón de mano dura para brindar protección en mítines y combatir a enemigos políticos, en particular a los comunistas, más que al gobierno. Hitler rechazó por completo las condiciones de Röhm, diciéndole que no quería saber nada del Frontbanner. Röhm ofreció entonces su renuncia. Hitler simplemente ignoró su carta, iniciando así un distanciamiento que no dejaría de aumentar en los dos años posteriores.

Tras el juicio, Hitler regresó a la prisión de Landsberg, donde estuvo rodeado de admiradores los nueve meses siguientes en un marco semejante

a un decente comedor de oficiales, con unos cuarenta partidarios que atendían todas sus necesidades. El comedor donde presidía a diario estaba decorado con un gran estandarte de la svástica. Cuando celebró su trigésimo quinto cumpleaños, el 20 de abril, su celda se llenó de flores y regalos. Por primera vez en su vida fuera del ejército, no tenía necesidad de preocuparse por buscar dinero para pagar su alojamiento y alimentación. Tenía mucho tiempo para pensar y leer, y no le faltaban libros, ya fueran de la biblioteca de la cárcel o mandados por seguidores, que consumía vorazmente. Más tarde afirmaría que Landsberg fue “su universidad pagada por el Estado”, aunque su selección de lecturas se reducía a autores y temas que reforzaban sus opiniones, sin incluir nunca a quienes las ponían en duda. En la universidad de Hitler no había discusiones, controversias ni polémicas.

De la lectura, Hitler pasó a la escritura, colaborando con un torrente de artículos en las publicaciones creadas para llenar el vacío dejado por el proscrito *Völkischer Beobachter*. Y en el verano empezó a trabajar en un libro, al que dio el pegajoso título de *Cuatro años y medio de lucha contra la mentira, la estupidez y la cobardía*. Max Amman, quien lo publicaría, decidió sabiamente reducir el título a *Mein Kampf* (*Mi lucha*). Siempre más afortunado en la palabra hablada que en la escrita, Hitler decidió dictar el libro, primero a su chofer, Emil Maurice, y luego al más capacitado Rudolf Hess, quien había estudiado comercio, y por lo tanto taquigrafía, con la idea de sumarse y finalmente suceder a su padre en la empresa comercial de su familia en Alejandría, Egipto.

Siempre totalmente prendado, Hess había decidido retornar de Austria y entregarse para ser juzgado, a fin de estar con su ídolo en prisión, acto de lealtad que Hitler nunca olvidaría. Hess ya se había ganado el respeto de este último como excombatiente en el frente: habían servido en el mismo regimiento, aunque Hess recibió el grado de teniente en 1917, pero no se conocieron durante la guerra. Hess había sido un buen soldado, valiente, disciplinado y muy patriota. Tras sufrir una grave herida en el pecho en 1917, fue transferido a la fuerza aérea, pero acababa de graduarse como piloto cuando terminó la guerra, y él se integró a las filas de rencorosos exmilitares convencidos de que habían sido traicionados por los políticos y por los empresarios judíos. Su rencor personal aumentó a causa de la expropiación por los británicos de la empresa de su familia en Egipto.

Desmovilizado en Munich, Hess se consternó por el clima general de desintegración política y las bandas de soldados y marinos rojos que rondaban las calles. Halló refugio en la Sociedad de la Tule, donde pronto se sintió atraído por la política de extrema derecha junto a futuros colegas como Hans Frank, Rosenberg y Eckart, participando en el reclutamiento, la adquisición de armas y la organización de escuadrones de sabotaje. Inevitablemente, en la primavera de 1919 se alistó en el Freikorps de Epp para las batallas contra la Räterepublik, mostrándose como un formidable peleador callejero capaz de una extremada y temeraria brutalidad tanto entonces como después con la SA, pese a haber sido apodado *"Fräulein* [señorita] Hess" por otros soldados de las tropas de asalto a causa de su devoción a Hitler.

Hess fue un temprano y fanático miembro del partido, cayendo instantáneamente bajo el hechizo de Hitler en su primera visita a un mitin del que aún era el DAP (Deutsche Volkspartei, Partido Obrero Alemán) en mayo de 1920. Esa noche regresó a su casa de huéspedes, en el bohemio distrito Schwabing de Munich, en un estado de gran excitación, "un hombre nuevo, vivo, radiante, ya no lúgubre y taciturno", como recordaría su entonces novia y futura esposa, Ilse Pröhl. Tras irrumpir en la habitación de ella, él soltó: "Un hombre: he oído a un hombre, un desconocido, ya no recuerdo cómo se llama. Pero si alguien puede librarnos de Versalles, es él. ¡Este desconocido reparará nuestro honor!".[3] Era una convicción que nunca perdería. Cuando entró a un concurso de ensayo en la Universidad de Munich sobre "¿Cómo debe ser el hombre que lleve otra vez a Alemania a las alturas?", escribió un retrato hablado de Hitler, y ganó el primer premio.

Como muchos otros exmilitares (entre ellos, desde luego, Göring), Hess se inscribió en la universidad —donde formó con sus compañeros una tropa de cien miembros de la SA en febrero de 1921— para estudiar historia y economía. Pero le interesaron más las clases de geopolítica del profesor Karl Haushofer, general retirado que había desarrollado la idea de que la capacidad de una nación para crecer y prosperar dependía en gran medida de su espacio vital, su *Lebensraum*. Hess abrazó con entusiasmo las ideas de Haushofer, y el profesor tomó bajo su protección al meditabundo e introspectivo joven, a quien recibía no sólo en sus clases, sino también en su casa, donde "era uno más de la familia".[4] Hess aceptó con gratitud el

patrocinio de Haushofer; a lo largo de su vida siempre necesitó una figura de autoridad en la que pudiera apoyarse. Se había peleado con su dictatorial padre, por negarse a seguirlo en su empresa, y Haushofer parecía el hombre ideal para llenar el vacío.

Al plasmar los pensamientos de Hitler en *Mein Kampf*, Hess fue evidentemente mucho más que un mero amanuense. En efecto, existen suficientes razones para considerarlo prácticamente como su coautor: no sólo editó y depuró la deficiente gramática y vocabulario de Hitler, sino que además contribuyó al contenido del libro y su turbia filosofía, en especial con la "ciencia de la conquista alemana" y el concepto de *Lebensraum*. Introdujo en las teorías de Haushofer a Hitler, quien fue fuertemente influido por ellas.

Los meses que Hess pasó con Hitler en la cárcel consolidaron su estrecha relación, y Hess emergió como el más íntimo y leal confidente del Führer, aunque siempre permaneció voluntariamente servil. En lo emocional —aunque no en lo físico, por supuesto—, "Fräulein Hess" pasó a ser "Frau Hitler", mimando a este último, haciéndose cargo de todas sus necesidades y protegiendo sus intereses con un celo feroz. Se convirtió en secretario de Hitler y luego en su segundo, aunque nunca en su amigo; ¿cómo podía suponer ser alguna vez amigo de su dios, al que adoraba?

Hess permaneció en el centro del partido nazi y su política hasta 1941, desempeñando un papel mucho más importante del que la mayoría sabía, ya que siempre se contentó con vivir a la sombra de Hitler. Era el empleado anónimo perfecto, controlando la organización del partido, ocupándose gustosamente de todos los detalles que Hitler, con su austriaca *Schlamperei* (negligencia), encontraba fastidiosos o era incapaz de manejar. Al mismo tiempo, sin embargo, se deleitaba en el espectáculo, los uniformes, bandas y desfiles que capturaban la emoción de tantos alemanes. Aunque no era un orador natural, era más que capaz para pronunciar eficaces arengas que expresaban ideas que eran tan suyas como de su Führer, aunque Göring dijo en alguna ocasión que Hess "sudaba sangre" cada vez que tenía que hablar en público.[5]

A Hitler se le permitían ilimitados visitantes en Landsberg; durante los tres primeros meses de su sentencia, recibió al menos quinientos. Uno de los primeros, el 5 de abril, fue Carin Göring, quien llevaba noticias de su

esposo y una solicitud de dinero: las cuentas bancarias de ambos en Munich habían sido congeladas y sus bienes, entre ellos su famoso automóvil Mercedes 16, embargados. El hombre que tan generosamente había contribuido a financiar a Hitler estaba entonces en extrema necesidad de fondos.

Los cuatro meses precedentes habían sido un periodo de continuo trauma para Göring. En el hospital de Innsbruck, débil a causa de la pérdida de sangre y exhausto por su huida de Alemania, había yacido en una condición crítica durante semanas, mientras sus heridas supuraban en torno a fragmentos de metal, piedra y tierra procedentes de una bala astillada que había rebotado en el pavimento. Carin escribió a su hermana el 8 de diciembre de 1923, lamentando que pudiera hacer tan poco por ayudarlo mientras él sufría "en cuerpo y alma". "La herida no es sino pus sobre el muslo entero", escribió. "Es tan dolorosa que él se la pasa acostado mordiendo la almohada, y lo único que yo oigo son gemidos inarticulados [...] Hoy hace ya un mes que lo hirieron, y aunque le dan morfina todos los días, ya no sirve de nada para aminorar el dolor."[6]

Carin había dejado el hotel y se había mudado al hospital dos semanas antes, para estar con su esposo todo el tiempo. También ella había necesitado tratamiento, debido a una fractura en un dedo del pie tras haber sido agredida en la calle; aunque los nazis tenían muchos partidarios en Austria, también tenían muchos enemigos. La vida en Austria no era fácil para los exiliados nazis. Las autoridades toleraban su presencia sólo en tanto permanecieran tranquilos y no participaran en actividades políticas. Se les vigilaba constantemente, y se abría su correspondencia. Göring, cuyo retrato fue fijado en todo Munich en carteles de "Se Busca", recibía un continuo flujo de cartas de Hitler por medio de mensajeros que cruzaban las montañas en secreto, y noticias adicionales de otros exiliados, como Hanfstaengl y Bodenschatz, parte de un grupo establecido en Salzburgo. También lo visitaban con regularidad la hermana de Hitler, Paula, y el abogado de aquél, quien lo consultaba sobre el caso de defensa que preparaba. Göring referiría tiempo después que había ofrecido regresar a Alemania, para ser sometido a juicio junto con Hitler tan pronto como pudiera caminar, pero que se le dijo que podía ser más valioso en libertad.

Gradualmente, las infecciones se redujeron y las heridas sanaron, aunque el dolor permanecía. Las inyecciones de morfina aumentaron a dos

diarias, y prosiguieron mucho después de que Göring fue dado de alta en el hospital en la nochebuena, así que se volvió crecientemente dependiente de ese medicamento. Fue una triste navidad tanto para él como para Carin. Él seguía en muy mal estado, tanto físico como mental: delgado, pálido y tembloroso, renqueando sobre muletas, sumamente deprimido y casi sin hablar. A las ocho de la noche del día de navidad, Carin no pudo más. Habiendo logrado que él por fin se durmiera, se echó un abrigo sobre los hombros y salió del hotel para caminar sin rumbo fijo por las calles vacías, ajena a la intensa nieve que caía a su alrededor, hasta que los acordes de “Noche de paz” procedentes de una ventana abierta finalmente la reanimaron.

Esa excursión de Carin fue un error: se enfrió tanto que a la mañana siguiente tenía otra vez mucha fiebre. Su afección, agravada por el estrés, no mejoró hasta principios de febrero. Para entonces, las heridas de Göring habían sanado al fin, aunque seguía necesitando un bastón para caminar, todavía sufría severos dolores y continuaba dependiendo en alto grado de la morfina. Su depresión se ahondó a causa de que una de las balas en su ingle había dañado sus testículos y lo había dejado impotente. Los médicos no sabían cuánto tiempo pasaría antes de que recuperara su virilidad, o si la recuperaría alguna vez, algo que le fue muy difícil de aceptar.

También le era difícil aceptar no tener un centavo, y exprimía desvergonzadamente a amigos y otros exiliados para mantener un ostentoso estilo de vida que ofendía a muchos de ellos. La madre de Carin enviaba paquetes de alimentos de Estocolmo. El dueño del hotel les concedió 30% de descuento en todo; y cuando ni siquiera pudieron con eso, se mostró dispuesto a permitirles que se quedaran gratis. Su sirvienta y jardinero en Munich lograron sacar ropa y algunas pertenencias personales de su villa en Obermenzing, y hacerlas llevar de contrabando a Austria, pero entre ellas no había dinero. Göring empezó a ganar algo hablando en mítines del partido nazi austriaco en Innsbruck, Salzburgo y Viena, en las que se hacían colectas para él, pero eso no se acercaba en absoluto a la satisfacción de sus necesidades o sus gustos.

Era irónico que la principal tarea que Hitler le fijó a Göring, además de actuar como su representante en Austria, fuera buscar austriacos ricos, especialmente con intereses en Alemania, y persuadirlos de aportar dinero para pagar su defensa. A Hitler aún le impresionaba la categoría de héroe de

Göring y sus naturales habilidades sociales, y las consideraba el mayor bien que él podía ofrecer al partido. Cuando Carin lo visitó en Landsberg el 5 de abril, Hitler le dio únicamente un retrato autografiado, en el que miraba al futuro enfundado en una gabardina con el cinturón ceñido y el cual llevaba esta inscripción: “A la respetada esposa de mi comandante de la SA, en recuerdo de su visita a la Fortaleza de Landsberg”. Pero según Carin, él le dio también una nueva misión para su esposo: debía ir a Italia como su plenipotenciario, ponerse en contacto con Mussolini, proponerle una alianza con el partido nazi alemán y convencerlo de que prestara a éste dos millones de liras.

La historia de Carin de que Hitler mandó a Göring a Italia quizá haya sido auténtica, pero igualmente habría podido ser algo inventado por ella como un medio para guardar las apariencias. Lo cierto es que, para abril, las autoridades austriacas estaban hartas de las cada vez más agresivas actividades políticas y directos ataques de Göring contra el gobierno alemán, y dejaron en claro que había llegado el momento de que se marchara. La Italia fascista era el único país que lo recibiría, y al que él se podía permitir mudarse. Carin y él llegaron a Venecia a fines de ese mes y, como era de esperar, se registraron en el lujoso Britannia Hotel, en el Gran Canal, cuyo dueño, alemán, era otro partidario nazi dispuesto a permitirles hospedarse a crédito. Durante un tiempo, dijo Carin a su madre, vivieron “como si Hermann hubiera heredado una fortuna”.

Los Göring pasaron diez meses en Italia, divididos entre Venecia y una pequeña pensión en Roma, mientras Göring intentaba conseguir una audiencia con Mussolini. El dictador italiano, sin embargo, rechazó todas sus solicitudes; no quería tener nada que ver con Hitler, al que veía como un redomado don nadie que no iba a ninguna parte. Al parecer, Göring no pudo admitir ante su esposa que había fracasado; así, le ofreció descripciones de reuniones inexistentes, que ella incluyó fielmente en sus cartas a casa, y que incluso reportó a Hitler durante las dos visitas que ella hizo a Munich. El gobierno bávaro ya había liberado para entonces sus bienes, aunque seguía negándose a amnistiar a Göring, y Carin logró vender el auto y la casa para reunir efectivo muy necesario. No obstante, no recibió dinero del partido; le consternó descubrir que, primero, el nombre de Göring había sido incluido en la lista de los miembros no activos, y después eliminado por completo de

los registros de integrantes, en lo que sólo puede haber sido un acto de mezquindad de Alfred Rosenberg, blanco a menudo de sarcásticas pullas de Göring y quien estaba, entonces, en posición de vengarse.

Hitler había nombrado a Rosenberg líder provisional poco antes de su arresto, en una nota garabateada a lápiz: "Querido Rosenberg: En adelante, usted dirigirá el movimiento". Fue un acto que sorprendió a todos, no menos que al propio Rosenberg, ya que el autoproclamado filósofo del partido era probablemente el miembro menos decidido y carismático del círculo íntimo. Había tomado parte casi por accidente en la marcha del 9 de noviembre, simplemente porque se había presentado en la Bürgerbraukeller a ver qué sucedía. Como prominente miembro del partido, se le había incluido en la segunda fila de la columna, y había escapado por un pelo de ser herido. Pero de ninguna manera podía describírsele como hombre de acción, una de las razones de que Göring y muchos otros lo despreciaran.

Rosenberg había nacido en el seno de una acaudalada familia burguesa en Reval (hoy Tallinn), capital de Estonia, el 12 de enero de 1893, coincidentemente el mismo día que Göring. Estudió arquitectura en Moscú, pero huyó a Alemania durante la Revolución rusa. Tras una breve estancia en Berlín, gravitó hacia Munich, donde halló su hogar espiritual en las manías seudointelectuales de la Sociedad de la Tule, y empleo como investigador de varios editores antisemitas, como Dietrich Eckart, quien lo presentó en el DAP, al que se afilió antes del arribo de Hitler. Su reclamo de ascendencia alemana pura siempre fue dudoso; su madre estaba registrada como letona, y algunos de sus muchos enemigos lo acusaron de tener sangre judía —el ataque normal contra cualquier rival en el partido—, lo que, sostenían, era la secreta vergüenza en la raíz de su virulento antisemitismo.

Rosenberg era un hombre cetrino y poco atractivo cuya apariencia física era tan desaliñada como su pensamiento. El doctor Douglas M. Kelley, el psiquiatra estadunidense que lo examinó en Nuremberg en 1945, concluyó que era "un hombre relativamente soso y terriblemente confundido. Gran parte de esta confusión residía en el hecho de que ignoraba que no podía pensar con claridad, y estaba adicionalmente aturdido por el hecho de que nunca percibió sus limitaciones intelectuales".[7] Era frío, arrogante e increíblemente aburrido. Pero había estudiado arquitectura, lo que lo

recomendó ante Hitler, y podía citar a los clásicos de la literatura y soltar abstrusas y mal concebidas ideas con absoluta seguridad en sí mismo, lo que condujo a Hitler a venerarlo como intelectual y erudito. Fue Rosenberg quien llevó del Báltico la célebre falsificación “Protocolos de los Sabios de Sión”, que detallaban supuestos planes judíos para el dominio del mundo y supuestas atrocidades cometidas por judíos contra cristianos inocentes, todo lo cual Hitler aceptó sin chistar.

A Hitler también le impresionaron los informes de primera mano de Rosenberg sobre los horrores de la Revolución bolchevique, y su creencia de que ésta había sido causada por la misma conspiración mundial de la comunidad judía internacional responsable tanto del inicio de la guerra mundial como de la traición final a Alemania. Dado el total subyugamiento de Hitler al pensamiento de Rosenberg, apenas es de sorprender que lo haya nombrado director del *Völkischer Beobachter* en sustitución de Eckart, a quien estaba matando el alcohol. Pero hacerlo líder interino del partido era otra cosa. Habría sido difícil pensar en un candidato menos probable, la cual fue presumiblemente la principal razón de Hitler para elegirlo: Rosenberg no representaba ninguna amenaza para su posición.

Las dudas universales acerca del liderazgo de Rosenberg se justificaron pronto. Resultó ser incapaz de controlar la brusca personalidad de Esser, Streicher y Amman, a los que Hitler nombró para que lo apoyaran, y menos aún las diversas facciones en las que el proscrito partido se dividía entonces. Hitler no hizo nada para contribuir a resolver el desorden. Éste le convenía enormemente: mientras sus subordinados y posibles rivales peleaban entre sí, ninguno podía poner en peligro su posición; táctica que habría de emplear con gran éxito el resto de su vida. De la confusión, sin embargo, emergió una figura completamente inesperada, que pronto resultaría ser una verdadera amenaza para la supremacía de Hitler. Era Gregor Strasser, comandante de la SA en la Baja Baviera.

Strasser era tan grande como un oso, con la cabeza calva y afeitada y una potente voz. Pero era sobre todo un hombre de acción, capaz de vérselas con los más duros y despiadado en el trato a opositores e indeseables en su propio partido. Sin embargo, también era capaz de una gran cordialidad, humor y sensibilidad; culto y leído, convivía tan fácilmente con artistas y escritores como con políticos y paramilitares, y gustaba de Homero y otros

autores clásicos. Un colega cercano lo describió como un *Urbayer*, un bávaro de verdad,[8] y Kurt Ludecke escribió tras conocerlo en 1924:

> Parecía muy sincero y de una sencillez y modestia casi conmovedoras [...] Era un espectáculo extraño, un hombre muy corpulento con pantalones de factura casera, medias negras de lana y zapatos pesados, con un pequeño sombrero tirolés posado como un plato sobre su cabeza, completamente fuera de armonía con sus amplias y enormes facciones. Pero al mismo tiempo me impresionó su tranquila fortaleza, su agudo sentido del humor y su vigorosa salud, que sugería de inmediato algo tan fuerte como el roble.[9]

Strasser nació en la pequeña ciudad de Geisenfeld, en la Alta Baviera, en 1892, y fue el mayor de los cuatro hijos y una hija de un funcionario menor férreamente católico. La familia tenía conciencia política; el padre escribía artículos —necesariamente bajo seudónimo, ya que era funcionario público— en los que exigía más justicia social para los trabajadores y condenaba la monarquía hereditaria y el capitalismo. Gregor quiso ser médico, pero su padre no podría sostener una educación tan larga, así que se hizo farmacéutico, comenzando por tres años como aprendiz y continuando luego en la Universidad de Munich. Interrumpió sus estudios en 1914, cuando se ofreció a servir en el Primer Regimiento Bávaro de Artillería, entrando en acción en muchas batallas importantes en el frente occidental durante los cuatro años siguientes. Se le ascendió a teniente en las reservas en 1916, fue gravemente herido y obtuvo varias condecoraciones, como la Cruz de Hierro, primera y segunda clases.

Recibió con agrado la caída del antiguo orden en 1918, pero consideró a la nueva república no como una revolución propiamente dicha, sino como una mera revuelta “nacida de la cobardía, la depravación, la incompetencia y la traición”, que “traicionó, en forma consciente, los intereses nacionales del pueblo alemán [...] [y que] debe ser completamente erradicada por una revolución alemana. [...]”.[10] Su actitud quedó representada en un incidente ocurrido cuando conducía a sus hombres de vuelta a la sede de su regimiento, Landshut, en diciembre de 1918. Al entrar a la ciudad, fue confrontado por un representante del consejo local de soldados, quien lo sometió a una larga perorata “sobre la Internacional, el victorioso proletariado, los generales y belicistas sanguinarios, los capitalistas y agentes de bolsa explotadores”. Strasser permaneció montado en su caballo,

haciendo retroceder constantemente al hombre, sin decir nada pero juntando un salivazo, hasta que aquél terminó con el grito de “¡Rindan sus armas! ¡Dejen sus banderas e insignias! ¡Voten por el consejo de soldados!”. Entonces, recordaría Strasser, “lo escupí en plena cara. Hice alejarse empapado al granuja. Luego ordené: ‘Batería... ¡al trote!’. Y entramos a Landshut tal como habíamos salido en 1914”.[11]

Strasser reanudó sus estudios farmacéuticos en la Universidad de Erlangen, que abandonó para alistarse en el Freikorps de Epp como comandante de compañía a fin de participar en el aplastamiento de la Räterepublik en Munich, antes de retornar para aprobar sus exámenes finales con mención honorífica en la primavera de 1919 y buscar trabajo como asistente en una farmacia. Su hermano menor, Otto, quien también había servido valientemente en el frente durante la guerra, interrumpió asimismo sus estudios para combatir en el Freikorps de Epp como comandante de compañía, antes de proseguirlos en las universidades de Berlín, Munich y Würzburg, de las que egresó en 1921 con un doctorado en estudios económicos nacionales. Ambos hermanos se mantuvieron juntos, y a menudo se consideraba que operaban casi en pareja, aunque Otto fue siempre el más intelectual de los dos, con una mente más independiente e inquisitiva y más inclinada a la izquierda.

Gregor, entre tanto, había empezado aparentemente a establecerse como respetable padre de familia de clase media: su esposa dio a luz a gemelos en diciembre de 1920, y al mes siguiente él inició su propia farmacia en Landshut. Sin embargo, también participaba activamente en la política paramilitar, dirigiendo la sección en Landshut de una organización de veteranos formada por Ehrhardt, e incorporándose después a la Eiwohnerwehr (Fuerza de Defensa Ciudadana) hasta su disolución. Se afilió al partido nazi y la SA en el otoño de 1922, pronto comandaba la compañía de la SA en Landshut, y para marzo de 1923 estaba al mando de la SA en toda la Baja Baviera.

El 9 de noviembre Strasser respondió al llamado de llevar su unidad a Munich, pero no participó en la marcha, habiendo sido destinado a montar guardia en el puente Wittelsbacher sobre el río Isar. No se enteró de los sucesos fuera del Feldherrnhalle hasta bien entrada la tarde, cuando Ehrhardt llegó y le dijo que retirara a sus hombres. Impedidos por la policía

de acudir en auxilio de Hitler, marcharon en orden a la estación central del ferrocarril, entonando canciones patrióticas, y tomaron el tren nocturno a casa. De vuelta en Landshut, Strasser formó a sus hombres fuera del ayuntamiento, pidió tres clamorosos vivas por el Führer y la patria antes de hacerles romper filas y marchó a toda prisa a casa, donde llenó una bolsa y se escabulló, para hospedarse con amigos en el norte de Alemania.

A principios de año comenzaron los preparativos para las elecciones estatales al Landtag (parlamento estatal) entre febrero y abril, y al Reichstag nacional en mayo. Como el partido nazi estaba proscrito, no podría participar oficialmente, aun si Hitler lo hubiera querido, pero los diversos grupos *völkisch* celebraron una reunión en Salzburgo —para que en ella pudieran intervenir los nazis exiliados— en la que Strasser propuso dejar a un lado sus diferencias y unirse contra su enemigo común, los comunistas. En ese tiempo, Hitler seguía considerando que participar en el proceso parlamentario era colaborar con el sistema que él quería destruir y pensaba, por lo tanto, que aquello era inaceptable. Strasser, más pragmáticamente, creía que ésa era la mejor oportunidad para destruir a la detestada República desde dentro. Desafiando a Hitler, tomó la iniciativa estableciendo una alianza entre los nacionalsocialistas y el DVFP, (Deutschvölkische Freiheitspartei, Partido de la Libertad del Pueblo Alemán), en Berlín, el cual no había sido afectado por la proscripción, para contender en las elecciones como Völkischer-Sozialer-Block, V-S-B (Bloque Popular-Socialista).

Aunque había sido interrogado por la policía sobre su participación en el *Putsch*, a Strasser no se le acusó de ningún delito relacionado con éste. A mediados de febrero de 1924, sin embargo, fue arrestado por tratar de reclutar miembros para el partido nazi, uno de los cuales resultó ser un oficial de policía encubierto, y fue subsecuentemente juzgado por instigar la alta traición. Sentenciado a quince meses de cárcel, se sumó a Hitler en Landsberg, pero fue liberado casi de inmediato, cuando se le eligió por la Baja Baviera al Landtag, donde sus veintidós colegas del V-S-B lo escogieron como líder.

Habiendo recibido abundante publicidad gracias al juicio de Hitler, el V-S-B obtuvo con mucho la votación más alta en Munich, y 17% de los votos

en el resto de Baviera, lo que lo convirtió en el segundo mayor partido en el Landtag. En las elecciones nacionales un mes después, la lista combinada nacionalsocialista-*völkisch* recibió cerca de dos millones de votos, 6% del total —aunque en Franconia y Mecklemburgo, bastión este último del DVFP, la cifra fue de más de 20%—, lo que le dio derecho a treinta y dos escaños en el Reichstag. Entre los elegidos estaban Röhm, Ludendorff, Feder y Frick.

El 7 de julio de 1924, Hitler asombró a sus seguidores anunciando su renuncia como líder del partido nazi y su retiro de la política en general. Las razones que dio fueron “agotamiento general”, el hecho de que creía imposible asumir la responsabilidad de lo que ocurría afuera mientras él estaba en prisión y la necesidad de concentrarse en la redacción de su libro. La verdad era que quería distanciarse de desagradables sucesos en el movimiento *völkisch*, romper radicalmente con el pasado para empezar desde cero en la reforma del partido y, sobre todo, asegurar que nada comprometiera su libertad condicional, prevista para octubre.

Inmediatamente después de la dimisión de Hitler, Ludendorff y Albrecht von Graefe, líder del DVFP, formaron un nuevo partido con base en la alianza existente, con ellos como codirigentes, “hasta que, una vez liberado, el héroe de Munich pueda reintegrarse a su círculo como tercer líder”. Lo lógico era que Rosenberg los hubiera acompañado como suplente de Hitler, en representación de los nazis y el sur de Alemania, pero al fin había sido obligado a marcharse por Streicher y Esser. En su lugar, Ludendorff y Graefe invitaron a Strasser a sumárseles como líder del que finalmente se llamó Nationalsozialistische Freiheitsbewegung (Movimiento Nacionalsocialista por la Libertad), o NSFB. Muchos nazis tanto del norte como del sur se negaron a aceptar la autoridad de Strasser, que no había sido confirmado por Hitler pese a que éste había estado de acuerdo en principio, resintiéndolo como usurpador. Su hostilidad y desconfianza nunca desaparecieron en realidad, enconándose —abiertamente a veces, otras bajo la superficie— en los diez años siguientes. No obstante, por el momento al menos, Strasser iba prácticamente en ascenso.

Aquel periodo había sido sorprendente para Strasser: ocho meses antes era un farmacéutico de poca monta con una tienda de productos químicos en Landshut y comandaba la unidad local de la SA en su tiempo libre. Pero

desde entonces había participado en una revolución abortada, huido al norte de Alemania, concertado una alianza con el DVFP, organizado elecciones locales y nacionales, sido arrestado, encarcelado y liberado, elegido para el Landtag bávaro y finalmente se veía convertido en compañero del gran héroe Ludendorff como líder político nacional. Su carga de trabajo se estaba haciendo imposible, así que decidió que necesitaba un secretario. No tuvo que buscar muy lejos; había un candidato idóneo en Landshut, un joven de veintitrés años de edad, desempleado, disponible y fiel. Su nombre era Heinrich Himmler.

Himmler había sufrido la ignominia de ser simplemente desarmado y enviado a casa tras el fallido *Putsch* del 9 de noviembre. El supuesto asedio al Ministerio de Guerra bávaro había sido el punto más alto de su vida hasta entonces; semanas después recibió incluso "carta de fan" de una joven que conocía a su familia, Mariele Rauschmayer, con el siguiente encabezado: "Esta carta es para mi amigo Heinrich. Valga como una pequeña muestra de nuestra ferviente gratitud y fiel recuerdo del acto que nos brindó momentos en los que aprendimos a tener esperanzas de nuevo". Ella adjuntó una nota garabateada al calor de aquel día:

Tropas de la Reichskriegsflagge frente al Ministerio de Guerra, Heinrich Himmler a la cabeza, llevando la bandera; es evidente cuán segura está la bandera en sus manos, y cuán orgulloso está él de ella. Me acerco a él, incapaz de decir una palabra, pero en mis oídos retumba:

Sientan orgullo, llevo la bandera.
No tengan miedo, llevo la bandera.
Ámenme, llevo la bandera.[12]

Sin duda, Himmler halló cierto consuelo en esto. En ese momento necesitaba todo lo que pudiera obtener de cualquier parte; no podía esperar casi nada de su familia, habiendo dejado el hogar tras reñir violentamente con su padre. Acudiendo a su padre sustituto, visitó a Röhm en la prisión de Stadelheim, y le llevó pequeños presentes: un ejemplar del *Grossdeutsche Zeitung* (Diario de la Gran Alemania) —apenas disfrazado remplazo del proscrito *Völkischer Beobachter* bajo diferente titular— y unas naranjas. Le

agradó descubrir que Röhm “conserva su buen humor y sigue siendo el buen capitán Röhm de siempre”.

El mundo de Himmler se había derrumbado en torno suyo. No tenía trabajo, y había pocas posibilidades de que encontrara uno. Junto con el partido nazi, la SA y la Kampfbund, también la Kompanie Werner, de la que había prendido sus últimas esperanzas de una carrera militar, había sido disuelta. Al mismo tiempo, su fe católica se desvanecía rápidamente; para el verano, había roto con la Iglesia para siempre, remplazando los misterios de la misa por los secretos y subterfugios del movimiento clandestino revolucionario, en el que se sumergió con igualmente religioso fervor. Aún tenía la motocicleta que había comprado durante su primer año de trabajo práctico agrícola como estudiante, así que podía recorrer el campo tanto como la ciudad, llevando mensajes secretos y manteniendo a sus antiguos colegas de la Reichskriegsflagge en contacto entre sí y con sus líderes. Pronto, todos en el movimiento conocían a Heinrich Himmler. Más aún, sabían que podían confiar en él.

Himmler se entregó a las campañas electorales de la primavera de 1924 con su característico esmero obsesivo, recorriendo incansablemente los más remotos distritos rurales. Empezó a hablar en mítines, impulsando una línea cada vez más antijudía y apelando en particular a la comunidad campesina, atizando sus temores y problemas, que conocía muy bien. En el poco tiempo libre que le quedaba, leía, también obsesivamente, limitando, como Hitler, sus lecturas a una estrecha variedad de autores que reforzaban sus prejuicios. Muchas de esas lecturas coincidían con las selecciones de Hitler, especialmente las obras de Houston Stewart Chamberlain, inglés establecido en Alemania que se había convertido en el máximo profeta del racismo alemán. Antes de perder su fe católica, Himmler había encontrado la justificación de su antisemitismo en la aseveración de Chamberlain de que Jesús no era judío, sino hijo ilegítimo de un centurión romano.

El ofrecimiento de un puesto para trabajar con Strasser llegó como una bendición para Himmler, quien estaba quebrado, sin hogar y casi muerto de hambre, pues significó que podría continuar sus actividades políticas y obtener un pago por ellas. Aunque Strasser sólo podía permitirse pagarle ciento veinte marcos (unas seis libras esterlinas, o treinta dólares) al mes, suma que ni siquiera llegaba a un salario de subsistencia, también ofrecía un

cuarto modestamente amueblado arriba de su tienda en Landshut. Himmler estaba contento. Y lo mismo Strasser; de acuerdo con su hermano Otto, describió a su “nuevo ayudante” en términos muy elogiosos:

Un chico notable. Procede de una familia muy católica, pero no quiere saber nada de la Iglesia. Parece una musaraña medio muerta de hambre. Pero es astuto, te lo aseguro, increíblemente astuto. Tiene una motocicleta ligera. Se la pasa yendo y viniendo el día entero, de una granja a otra, de un pueblo al siguiente. Desde que cuento con él, nuestras armas realmente han sido puestas a punto. Ya te digo, es un perfecto suboficial de armas. Visita todos los depósitos secretos.[13]

Strasser viajaba entonces por toda Alemania, pronunciando discursos y relacionándose con otros grupos *völkisch*, particularmente en el norte. En consecuencia, Himmler se vio asumiendo una responsabilidad cada vez mayor sobre los asuntos diarios en la Baja Baviera, obteniendo así valiosa experiencia organizativa y administrativa.

Para el otoño, Himmler estaba otra vez en campaña. Las elecciones nacionales de mayo no habían producido un resultado contundente, y el inestable Reichstag fue disuelto el 24 de octubre, con nuevas elecciones convocadas para el 7 de diciembre. Himmler y su leal motocicleta volvieron a la acción, evangelizando en pueblos y aldeas, donde él predicaba la buena nueva del antisemitismo y el anticapitalismo, llamando a la gente a renunciar al “espíritu monetario” y la explotación obrera de los judíos en favor de un espíritu romántico de comunidad germánica. Seguía la misma línea que Strasser, buscando una forma idealizada de socialismo de carácter nacional, muy diferente a la versión internacional, judeo-bolchevique.

Las elecciones de diciembre de 1924 fueron un desastre para el movimiento *völkisch*. Las condiciones que habían incrementado sus votos en la primavera, entre ellas los efectos de la inmensa publicidad gratuita del juicio de Hitler, habían menguado. El brillante experto financiero Hjalmar Schacht había tenido éxito en el alto a la inflación emitiendo un nuevo marco basado en el oro, y el 16 de agosto los franceses habían aceptado el estadunidense Plan Dawes para el pago de reparaciones, y accedido a retirar sus tropas del Ruhr. Dada la perspectiva de al menos cierto grado de estabilidad política y recuperación económica, el pueblo alemán se alejó de los extremistas en la urnas. Los votos *völkisch* cayeron en 50%, a menos de

un millón, con lo que su asignación de escaños se redujo de treinta y dos a catorce.

Strasser terminó en tercer lugar en la lista del NSFB, luego de Ludendorff y Graefe, y recibió uno de los escaños, en representación del norte de Westfalia. Habría podido continuar en el Landtag bávaro, pero, prudentemente, decidió renunciar, a fin de concentrarse en su papel en el Reichstag, el cual ofrecía muchas ventajas, como inmunidad legal, un elevado salario y viajes gratis en ferrocarril de primera clase. Aprovechó al máximo la concesión de los viajes, recorriendo afanosamente el norte de Alemania para acumular contactos y apoyo. En Landshut, Himmler se quedaba solo, con creciente frecuencia, a cargo de la oficina.

La libertad condicional de Hitler se había aplazado a causa de varias objeciones de la oficina del fiscal estatal, incluida, irónicamente, su presunta participación en el Frontbanner de Röhm, para entonces con alrededor de treinta mil miembros, que se extendían de Austria a Prusia oriental. En octubre, Röhm le había escrito a Ludendorff diciéndole que el ala militar del movimiento era independiente del ala política y exigiendo que estuviera representada en el Reichstag. La respuesta de la jefatura del NSFB fue eliminar a Röhm de su lista para las elecciones de diciembre, repudiándolo públicamente y dejándolo solo. Una vez celebradas las elecciones y hallándose su partido en decadencia y desintegración, las autoridades dejaron de ver a Hitler como una amenaza. Salió libre a las doce quince de la mañana del 20 de diciembre de 1924.

Ya convencido, más allá de toda duda, de que él era el mesías alemán, Hitler se preparó para reconstruir desde cero su fragmentado partido en torno a la noción de que él y el partido nazi eran una y la misma cosa. Su primera tarea fue lograr que se levantara la prohibición que pesaba contra su partido y periódico. A principios del nuevo año, en una serie de reuniones concertadas con ayuda de su antiguo aliado Ernst Pöhner, dio seguridades al primer ministro bávaro Held de sus buenas intenciones, prometiendo respetar la autoridad del Estado y unirse a él en su lucha contra los comunistas. Se distanció de Ludendorff y su discurso anticatólico, que la mayoría de los bávaros juzgaban ofensivo. Y dio su palabra de que no participaría en otro *Putsch*, promesa fácil de cumplir, ya que los acontecimientos de noviembre de 1923 lo habían convencido de que el

único acceso seguro al poder eran las urnas, no las armas. Esto dio resultado, al menos en parte. Las prohibiciones fueron levantadas el 16 de febrero de 1925; pero tres semanas después, luego de pronunciar un provocador discurso ante cuatro mil partidarios en su primer mitin de renovación, realizado apropiadamente en la Bürgerbraukeller, se prohibió a Hitler hablar en público, restricción que duraría tres años.

El mismo día en que Hitler fue amordazado, Friedrich Ebert, presidente de la República desde su fundación, murió en forma repentina, lo que significó una elección más. Los nazis eran demasiado insignificantes para lanzar un candidato propio, pero apoyaron al candidato de los nacionalistas, Ludendorff, quien obtuvo la humillante cifra de doscientos once mil votos, de un total de cerca de veintisiete millones, en la primera ronda electoral. Excluido de la segunda ronda, fue remplazado por su antiguo jefe, Hindenburg, de setenta y ocho años de edad, quien ganó por un pelo para un periodo de siete años, debido, en gran medida, a que los comunistas dividieron el voto republicano al insistir en presentar a su propio candidato, que no tenía ninguna esperanza de ganar, en vez de apoyar al socialista. Éste fue el fin de la turbulenta relación de Hitler con Ludendorff.

El 17 de febrero Hitler sostuvo una reunión privada con Strasser, quien había renunciado a la jefatura del NSFB, disuelto cinco días antes. Strasser aceptó entonces afiliarse al nuevo NSDAP (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán), en el que se registró formalmente el 25 de febrero como miembro número nueve, comprometiendo su apoyo a la reconstrucción del partido pero enfatizando que se unía a Hitler como colega, no como seguidor. Esa implícita declaración de rivalidad por el liderazgo era anatema para Hitler, pero necesitaba a Strasser, quien se había vuelto una figura popular y respetada en todo el movimiento.

Los dos hombres hicieron un trato, dividiéndose al país entre ellos. Strasser operaría desde Berlín con mano libre para renovar y reorganizar el partido en el norte, capitalizando los contactos que ya había hecho y su posición como miembro del Reichstag. Hitler se concentraría a su vez en su base de poder en Munich y el sur. El acuerdo era conveniente para ambos: Hitler aborrecía a Berlín y los berlineses, mientras que a Strasser le agradaba la atmósfera cosmopolita de la capital. Los simpatizantes del

partido en el norte industrializado eran principalmente obreros protestantes, más a tono con el énfasis de Strasser en el aspecto socialista del nacionalsocialismo; los del sur, en cambio, tendían a ser católicos burgueses y pequeñoburgueses, con más interés en las políticas nacionalistas-racistas de Hitler. Para este último, además, el arreglo tenía una gran ventaja: mantenía a Strasser lejos de Munich y el verdadero centro del partido.

Aunque Strasser ya tenía su sede en Berlín, fue nombrado *Gauleiter* de la Baja Baviera. Hitler había dividido al país en veintitrés distritos —número que más tarde creció a treinta y dos—, aproximadamente equivalentes a los distritos electorales nacionales, a los que dio el antiguo nombre alemán de *Gau* (distrito, cantón, comarca); cada uno de ellos estaba encabezado por un Gauleiter (líder del Gau), el cual se hallaba a cargo de todos los asuntos del partido y era directamente responsable ante Hitler. La Baja Baviera había sido siempre el centro del partido, y era por lo tanto una de las zonas más importantes; Ludecke la describió como "realmente el eje del nuevo partido de Hitler, el núcleo de la segunda época del movimiento de Hitler".[14] Strasser sería inevitablemente un terrateniente absentista casi todo el tiempo, pero localmente era demasiado popular para ser remplazado. A fin de cubrirlo, Himmler fue convertido en Gauleiter suplente, su primer puesto oficial en el partido. Dado que Strasser estaba lejos casi todo el tiempo, él era el jefe de facto del partido en la Baja Baviera.

El nuevo puesto de Himmler fue su trampolín a la prominencia en el renovado partido nazi. Su Gau estaba suficientemente cerca de Munich para tener regular contacto personal con las oficinas centrales del partido, a fin de que las personas en posiciones de poder e influencia lo conocieran como un dirigente comprometido y diligente. Y a través de Strasser estableció valiosos contactos con importantes nazis en el norte y centro de Alemania. A los veinticuatro años de edad, Himmler estaba preparado para un rápido avance dentro del partido, pese a que éste hubiera quedado reducido a poco más que un grupo escindido en los márgenes de la política de derecha.

Mientras Himmler se abría paso gustosa y esforzadamente, Göring parecía haber llegado a un callejón sin salida. Luego de más de un año en Italia, aún no había logrado hacer contacto con Mussolini, y su situación financiera era desesperada, exacerbada sin duda por su constante necesidad de morfina.

En la primavera de 1925, Carin y él pidieron dinero a la madre de ella para regresar a Suecia vía Austria, Checoslovaquia, Polonia y Danzig, y tomaron un pequeño departamento en Estocolmo.

Fue un triste regreso a casa. Tanto Göring como Carin se encontraban en malas condiciones de salud. Ella había estado enferma en Italia, pero ahora sus afecciones se agravaron drásticamente: contrajo tuberculosis, su dolencia cardiaca empeoró, su presión arterial era baja y desarrolló lo que parecía ser epilepsia, sufriendo ataques de “una especie de *petit-mal*”, con súbitos desvanecimientos. Se le recomendó pasar aún más tiempo en cama. Él seguía mostrando los efectos del estrés postraumático, había subido mucho de peso y era morfinómano. Halló trabajo como piloto en una nueva línea aérea que operaba entre Estocolmo y Danzig, pero sólo pudo conservarlo unas semanas. Carin y él tuvieron que empeñar muebles para pagar el tratamiento de ella y las drogas de él.

La adicción de Göring lo volvió peligrosamente inestable y propenso a violencia repentina. Temiendo por la seguridad de su hija, la familia de Carin pagó para que él ingresara al Aspuddin Hospital a tratarse. Göring se internó voluntariamente, deseoso de librarse de su hábito y de recuperar su salud y figura. Pero el tratamiento era brutal, poco más que un síndrome de abstinencia, y diez días después Göring no resistió, abrió a golpes el botiquín cerrado con llave, atacó a sus enfermeras y amenazó con quitarse la vida. Controlado con la ayuda de policías y bomberos, se le puso una camisa de fuerza y se le remitió al manicomio de Långbro, donde sufrió semanas de tortura, junto con alucinaciones e intentos de suicidio, antes de ser declarado limpio el 7 de octubre.

Los partes médicos durante su tratamiento incluyen comentarios tan interesantes como “tendencias histéricas, egocéntrico, autoestima exagerada; enemigo de los judíos, ha dedicado su vida a luchar contra ellos, y era el brazo derecho de Hitler [...]”. También se le describía como de carácter débil, una persona sentimental, carente de valor moral fundamental, aunque, “como fue oficial alemán, le era fácil obedecer”. Preocupado de que nadie sospechara de su demencia por haber sido paciente de un manicomio, fue dado de alta con un certificado que decía que no había padecido ninguna enfermedad mental.[15] Retornó a Långbro en mayo siguiente para una cura adicional de desintoxicación por el consumo de Eukodal, analgésico narcótico sintético con base de codeína, y a

principios de junio de 1926 se le declaró “completamente curado” de ese consumo “y libre del uso de todo tipo de derivados del opio”.[16]

Göring puede haber estado o no “completamente curado”, como él y sus médicos aseguraron; durante el resto de su vida habría informes contradictorios sobre sus hábitos de consumo de sustancias químicas. Sin embargo, cuando se entregó a los estadunidenses al terminar la guerra, sólo llevaba consigo tabletas de paracodeína, que se le retiraron sin consecuencias días después. No hubo ninguna evidencia de adicción a la morfina, que habría implicado un proceso de abandono mucho más difícil. Curado o no, empero, no había manera de que Göring regresara a Alemania en 1926 sin enfrentar el arresto. Decidió quedarse en Estocolmo, ganándose la vida, por así decirlo, como vendedor de motores de aviación BMW en Escandinavia. BMW había ido a dar por entonces a manos de un judío italiano apellidado Castiglioni, pero aparentemente a Göring eso no le importó. Un empleo era un empleo, y él no tenía dónde más ir.

UNA ESTRELLA EN CIERNES

A todo lo largo de 1925, Strasser aprovechó al máximo su concesión de viajes gratuitos como miembro del Reichstag; tanto, en verdad, que fue reprendido por la oficina del presidente del Reich y multado con ochocientos marcos por pasar demasiado tiempo fuera de la cámara. Habiendo delegado los asuntos generales de su Gau a Himmler, recorrió el norte y oeste de Alemania estableciendo nuevas secciones del partido, nombrando Gauleiter y otros dirigentes y haciendo resonar noventa y un discursos públicos, aprovechando así al máximo otro beneficio de pertenencer al Reichstag: conforme a la inmunidad parlamentaria, podía decir exactamente lo que quisiera, por insidioso o incendiario que fuese, sin temor al arresto.

El 22 de marzo de 1925, Strasser convocó a una reunión en el suburbio industrial de Harburg, Hamburgo, a todos los líderes potenciales del noroeste de Alemania. La mayoría de ellos eran exmiembros del partido nazi, muchos de los cuales habían seguido a Strasser al NSFB (Nationalsozialistische Freiheitsbewegung, Movimiento Nacionalsocialista por la Libertad) durante la pausa, así que había cierta estructura vigente en la que apoyarse para volver a establecer el partido en esa amplia región. Pero también había bastantes gotas de sangre nueva, como un renano desempleado de veintisiete años de edad, el doctor Joseph Goebbels, quien se había apresurado a afiliarse al partido inmediatamente después de que éste había sido legalizado de nuevo. Por recomendación de Karl Kaufmann, brillante joven colega de Strasser que se había hecho fama organizando ataques de sabotaje en el Ruhr ocupado, Goebbels recibió el puesto de director administrativo de la oficina central del Gau de Renania del Norte. Fue un modesto principio, pero que el sumamente ambicioso joven doctor en filosofía pudo convertir muy pronto en plataforma de lanzamiento de una carrera.

Paul Joseph Goebbels nació el 29 de octubre de 1897 en la pequeña ciudad industrial de Rheydt, cerca de Mönchengladbach, unos veinticinco kilómetros al oeste de Düsseldorf y a apenas cuarenta de la frontera con Holanda. Con dos hermanos mayores y dos hermanas menores, fue el mediano de cinco hijos de un devoto padre católico, Fritz, quien había pasado de mandadero a empleado de la fábrica de mechas W.H. Lennartz y reunido suficiente dinero, trabajando mucho y ahorrando, para comprar una pequeña casa adosada, donde Joseph creció. Fritz, hijo de un jornalero pobre, fue contador de esa compañía durante la primera guerra mundial y gerente de la fábrica en la década de 1920, completando así el ascenso de su familia de la clase obrera a la pequeña burguesía. Su esposa, Katharina, hija de un herrero de pueblo, había nacido en Übach, justo en la frontera con Holanda, aunque creció en Rheindalen, donde trabajó como lechera hasta que se casó.

Los Goebbels eran una familia unida, aunque Fritz, hombre de "integridad prusiana", conducía a su esposa e hijos con "disciplina espartana".[1] Esto era más que compensado por la "inexplicable y natural ingenuidad" de Katharina, que amaba a sus hijos y prodigaba atenciones a todos, aunque en especial a Joseph, su favorito. Casi había perdido la vida al darlo a luz, y él fue siempre un niño débil y enfermizo necesitado de cuidados especiales. Estuvo a punto de morir de pulmonía cuando era muy pequeño, y a los cuatro años de edad contrajo osteomielitis, enfermedad de la médula ósea, que afectó su pierna y pie derechos. Años de doloroso tratamiento que culminaron en una compleja operación cuando él tenía diez no aliviaron la dolencia, y él y sus padres tuvieron que aceptar que quedaría lisiado de por vida, con crecimiento atrofiado, una pierna corta y un pie deforme.

Para la muy religiosa Katharina, la discapacidad del pequeño Joseph fue un castigo que Dios infligió a su familia. Ella lo llevaba regularmente a la iglesia para pedir a Dios que le diera fuerza para combatir ese mal, mientras fingía ante los vecinos que éste había sido provocado por un accidente. Como era natural en tales circunstancias, el propio Joseph se avergonzó de su deformidad. Ésta lo apartaba de otros niños, le impedía participar en deportes o juegos y lo convirtió en un solitario. "El pensamiento de que los demás no lo querían en sus juegos", escribió en su novela autobiográfica, *Michael*, "de que su soledad no era decisión suya, hizo de él un verdadero

solitario. Pero no únicamente un solitario; también un resentido. Cuando veía a los demás corriendo, saltando y retozando por todas partes, recriminaba a su Dios que [...] le hubiera hecho eso; odiaba a los demás por no ser como él; incluso ridiculizaba a su madre por ser feliz habiendo tenido a ese tullido.”[2]

No cabía duda de que Joseph era listo, aun precoz, pero también testarudo, y careció de aplicación hasta que a los diez años, cuando se le internó en el hospital para la operación del pie que era su última oportunidad, descubrió la lectura. Un compañero de clases, “el rico Herbert Beines”, le envió un libro de cuentos de hadas como regalo; evidentemente, no todos sus compañeros lo menospreciaban, aunque él detestaba su lástima tanto como su desdén. Los cuentos de hadas, o populares, reunidos por el profesor Jakob Grimm y su hermano Wilhelm fueron parte importante del movimiento romántico nacionalista alemán del siglo XIX; asimismo, solían tratar de niños pobres que vencían obstáculos aparentemente insuperables para alcanzar el éxito, algo que debe haberle sonado familiar a Joseph. “Estos libros despertaron mi gusto por la lectura”, escribiría más tarde. “En adelante devoraría todo lo impreso, incluso periódicos, aun sobre política, sin entender la menor cosa.”[3]

Cuando se dio cuenta del poder del conocimiento, el odio de Joseph por el “vulgo” se convirtió en desprecio. Compensó sus deficiencias físicas dando por sentada una superioridad mental, resuelto a saber siempre más que sus compañeros, “pues no dudaba en absoluto que los demás serían lo bastante crueles para excluirlo intelectualmente también”.[4] Dada su recién descubierta sed de aprender, se elevó hasta el primer lugar de su clase, y consiguió ingresar al Gymnasium local, donde ya estudiaban sus dos hermanos mayores. Tener a tres chicos en el Gymnasium era una batalla financiera para un humilde oficinista, así que, para poder llegar al final de cada mes, la familia tuvo que trabajar en casa, haciendo mechas de lámparas para la fábrica de Fritz. Firmemente comprometidos con una ética de ahorro y superación personal, Fritz y Katharina creían que bien valía la pena esa carga con tal de asegurar un mejor futuro para sus hijos.

Nunca hubo ningún problema para motivar a Joseph a trabajar duro en el Gymnasium; estaba resuelto “a triunfar sobre los compañeros que se habían reído y burlado de él”.[5] Pronto era el mejor en casi todas las

materias, y derivaba enorme satisfacción cuando otros chicos lo buscaban para que les ayudara en sus labores. Descubrió en sí mismo talentos para el arte, la música y sobre todo la actuación, y aprendió a tocar el piano en un instrumento de segunda mano comprado por su padre a costa de grandes sacrificios personales. Destacó en historia y alemán, empezó a escribir poesía romántica e impresionó tanto a su maestro de alemán que éste le concedía atención especial y enseñanza extra, además de conseguirle trabajo como instructor de chicos más jóvenes para que pudiera pagar su colegiatura cuando no le fue posible obtener una beca municipal para cubrir sus últimos años en la escuela. También descubrió la religión, considerando seriamente el sacerdocio como carrera, aunque la teatralidad del oficio le atraía tanto como sus aspectos espirituales. Sus padres, naturalmente, estimularon esto, con la esperanza de que la Iglesia financiara su ingreso a la universidad para estudiar teología.

Los años de Goebbels en el Gymnasium resultaron más felices de lo que él hubiera esperado. Todavía era un resentido; pero conforme avanzaba en la escuela, aprendía a relacionarse con los demás, e incluso hizo dos o tres buenos amigos. Sus logros, no sólo académicos, sino también en el escenario, le ayudaron a aceptar su discapacidad física, aunque nunca podría olvidarla del todo. Cuando empezó a tomar conciencia de su sexualidad, fijó su atención en dos mujeres inalcanzables —la madre de un amigo de la escuela y la novia de su hermano—, presumiblemente para buscar, de manera subconsciente, razones de rechazo distintas a su deformidad. Estaba lejos de ser discreto, y ambas aventuras terminaron en problemas, quizá justo lo que él quería. Esto fue ciertamente un augurio de cosas por venir.

Al estallar la guerra en 1914, Goebbels se presentó en la oficina de reclutamiento, aunque sabía que se le declararía inepto para el servicio militar. Esta vez no fue posible encubrir la razón de su rechazo, pero aun así tuvo una excusa de reserva en el hecho de que era demasiado joven, de apenas dieciséis años de edad. Con una desesperada necesidad de pertenencia, se ofreció para el servicio alterno, y pasó unas semanas en el Reichsbank (Banco Central) antes de ser devuelto a la escuela. Ahí se entregó con entusiasmo a actividades que pudieran ser vistas como favorecedoras del esfuerzo bélico, aun si sólo consistían en envolver y enviar por correo regalos de navidad a jóvenes vecinos en el frente, o

mantener abierto un ojo diligente ante espías enemigos. El resto del tiempo, cuando no luchaba por controlar sus deseos sexuales por su primera novia de verdad, la bella pero tonta Lene Krage, vertía sus sentimientos patrióticos en un torrente de emotivos poemas y composiciones.

Terminó su periodo en el Gymnasium con excelentes resultados en sus exámenes de *Abitur* (certificado), y ganó el premio al mejor ensayo, lo que le dio derecho a pronunciar el discurso de despedida de su grupo. Aunque bien construido, este primer intento de oratoria pública fue una ampulosa mezcla de religiosidad y patriotismo extremo, que dio pocos indicios de las increíbles habilidades que Joseph desarrollaría tiempo después.

En abril de 1917, Goebbels abandonó el hogar para estudiar filología clásica, literatura alemana e historia en la Universidad de Bonn. Los atractivos del sacerdocio se habían desvanecido, lo mismo que un breve flirteo con la idea de la medicina; pero cuando se le acabó el dinero, aún logró conseguir una beca de un fondo eclesiástico administrado por la Albertus Magnus Verein (asociación), en Colonia. Su párroco dio fe de que sus padres eran buenos católicos, y recomendó ampliamente a Goebbels "por su conducta religiosa y moral"; presumiblemente, Goebbels no confesó que ya practicaba sexo ilícito con Lene en el parque local. La beca era en forma de préstamo, por un total de cerca de mil marcos en tres años, los que omitió pagar hasta 1930, luego de que aquella asociación lo había demandado varias veces. Aun entonces, sólo pagó cuatrocientos marcos, y eso a plazos.

Alimentado su complejo de inferioridad no sólo por su baja estatura y pie deforme sino también por sus orígenes de clase obrera, Goebbels había temido no encajar en la universidad, a sabiendas de que la mayoría de los estudiantes serían de familias de clase alta y media. Evitando sensatamente las fraternidades estudiantiles más elitistas y estiradas, se integró a una modesta pero cordial asociación católica, Unitas Sigfridia, donde pronto hizo amigos y se convirtió al parecer en un miembro popular. Pese a esto, y a su éxito con varias jóvenes, le fue difícil asentarse. En mayo de 1918, justo cuando se estancaba la ofensiva de primavera del ejército alemán en el frente occidental, dejó Bonn para continuar sus estudios en Friburgo, a orillas de la Selva Negra, siguiendo a su mejor amigo, Pille Kölsch, quien se había mudado allá a principios del trimestre anterior.

En Friburgo, Pille le presentó a Anka Stalherm, atractiva joven de familia adinerada que estudiaba derecho y economía. Goebbels se quedó atónito ante esa muchacha de “boca extraordinariamente apasionada” y “rubia cabellera oscura en denso chongo sobre su maravilloso cuello”, y empezó a cortejarla. Desafortunadamente, Anka era novia de Pille, y Goebbels ya se había involucrado con la hermana de Pille, Agnes; pero como de costumbre, cuando el sexo estaba en el menú, esas trivialidades no lo disuadían. Dejó a Agnes, rompió con Pille y no cesó de perseguir a Anka hasta que se hicieron pareja.

Goebbels diría después que el trimestre de verano de 1918, pasado con Anka en Friburgo, fue la época más feliz de su vida. Pero seguía amargamente consciente de la brecha social entre ellos, y entre él y la mayoría de los demás estudiantes. “Yo era un paria”, escribió, “un proscrito, alguien a quien meramente se toleraba, y no porque lograra menos o fuera menos inteligente que los demás, sino sólo porque carecía del dinero que tan generosamente fluía hasta ellos desde los bolsillos de sus padres.”[6]

En las vacaciones de verano, de vuelta en casa en Rheydt, escribió su primera obra de teatro, *Judas Iscariot*, en la que retrató a Judas como un disidente que traicionaba a Jesús no por dinero, sino con la esperanza de asumir la tarea de establecer el reino de Dios en la tierra, más que en el cielo como Jesús prometía. Aunque Goebbels sostuvo que no quería romper con su religión, su obra era un claro indicio de que estaba perdiendo la fe en una Iglesia que no podía ofrecer justicia social aquí y ahora.

Para el trimestre de otoño, Goebbels y Anka se trasladaron a la Universidad de Würzburg, en el norte de Baviera, y fue ahí donde él experimentó el fin de la guerra y la revolución. Sus reacciones no fueron muy diferentes a las de la mayoría de sus contemporáneos —ira, incredulidad, incluso desesperación—, pero tendió a interiorizar sus sentimientos, relacionando el destino de Alemania con el suyo propio y permitiéndose un alto grado de introspección adolescente. Por fin dio la espalda a la Iglesia católica en diciembre, negándose a asistir al templo o a confesarse y ausentándose en nochebuena de la misa de gallo por primera vez en su vida. Ya no creía que la Iglesia pudiera ofrecer la salvación, pero aún no había encontrado una alternativa política; en las elecciones para el Reichstag en Würzburg votó por el BVP (Bayerische Volkspartei, Partido

Popular Bávaro) sencillamente porque su familia apoyaba por tradición al ZP (Zentrumsartei, Partido del Centro), el partido político organizado del catolicismo alemán, al cual estaba afiliado. No fue hasta que volvió a casa en enero de 1919, para encontrar a Rheydt ocupada por tropas belgas que impusieron un severo régimen de toque de queda y censura, que Goebbels empezó a pensar seriamente en los problemas políticos del futuro de Alemania.

Su primera idea, como de costumbre, fue escribir una obra de teatro, *Heinrich Kämpfert*, parcialmente inspirada en los problemas y privaciones de los trabajadores con los que conversaba en Rheydt, y muy influida por *Crimen y castigo*. Había, como siempre, un marcado elemento autobiográfico en ella: el protagonista era un joven de clase obrera enamorado de una muchacha aristócrata, y gran parte del supuesto drama consistía en el conflicto entre el contrastante pasado de ambos. Era ésta una obra ingenua de un estudiante inmaduro, pero fue un paso importante en el desarrollo de las habilidades de Goebbels como escritor.

Su educación política, mientras tanto, fue asumida por un antiguo amigo de la escuela, Richard Flisges, quien había obtenido una Cruz de Hierro y sufrido heridas en el brazo durante la guerra. Flisges, hijo de un campesino, deseaba estudiar literatura alemana, y Goebbels lo convenció de que lo acompañara a Friburgo, adonde Anka y él querían regresar para el trimestre de verano. Antes de eso, los dos chicos caminaban, conversaban y arreglaban el mundo como suelen hacerlo los jóvenes, e incluso consideraron la posibilidad de trasladarse a la India para buscar la verdad a través del misticismo oriental, cuarenta años antes del movimiento hippie de los años sesenta. Flisges introdujo a Goebbels en las obras de Marx y Engels. Él las leyó ávidamente, pero era aún Dostoievski quien ejercía la mayor influencia en su pensamiento. Su siguiente creación literaria, aparte de varios poemas románticos, fue una autobiografía novelada, *Michael Voormanns Jugendjahre* (La juventud de Michael Voormanns), obra oscura y muy introspectiva a la que retornó varias veces en los años posteriores. Obsesionado consigo mismo, la visión de su futuro le preocupaba más que la de Alemania.

Para los trimestres de otoño e invierno, Goebbels y Anka cambiaron de nuevo de universidad, trasladándose esta vez a Munich, pese a que el

ayuntamiento local había vedado a los estudiantes no bávaros. La Räterepublik había concluido largo tiempo atrás, pero la ciudad seguía en estado de agitación. Era la época en que Hitler acababa de afiliarse al DAP (Deutsche Arbeiterpartei, Partido Obrero Alemán) y Himmler iniciaba sus estudios en la Escuela Politécnica, aunque Goebbels no entró entonces en contacto con ninguno de ellos. No tenía interés en los partidos políticos de derecha; aún le obsesionaba tratar de poner en orden su propia confusión, que describía como “caos dentro de mí”.[7] Sus simpatías, sin embargo, estaban en gran medida con la izquierda: su siguiente obra dramática, escrita durante las vacaciones de navidad, mientras Anka se encontraba en las montañas con un grupo de amigos ricos sin que él hubiera podido acompañarla por estar quebrado, se titula *La lucha de la clase trabajadora*. Situada en una fábrica, era en esencia un himno al poder del odio, y mostraba la influencia combinada de Richard Flisges y Karl Marx, quizá la razón de que esta vez él peleara con Anka. El pleito se resolvió pronto, pero ellos se habían distanciado notoriamente al retornar a sus respectivos hogares para las vacaciones de primavera.

Debilitado por no comer bien, Goebbels cayó enfermo de nuevo, tanto física como psicológicamente. El amoroso cuidado de su madre ayudó a curarlo, como también lo hizo el hecho de que, por una vez, uno de sus hermanos —Hans, que acababa de regresar de Francia, donde había permanecido tres años como prisionero de guerra— estuviera en peores condiciones que él y necesitara su apoyo. Hans había recibido pésimo trato, y estaba tan resentido que sus familiares temían que agrediera a las tropas de ocupación belgas y los metiera en problemas, algo que deseaban evitar a toda costa en su decidido afán de respetabilidad.

Goebbels halló una distracción adicional de su *Angst* en la noticia del *Putsch* de Kapp en Berlín, seguido por la huelga general y las batallas entre el Reichswehr y un “Ejército Rojo” de cincuenta mil obreros en el Ruhr, las cuales dejaron un saldo de mil trabajadores muertos. Entre tanto, de Munich llegó la noticia del exitoso *Putsch* que llevó a Kahr al poder por primera vez. Goebbels escribió a Anka preguntando “si un gobierno de derecha es algo bueno”.[8] A él le entusiasmaban, “a la distancia”, los revolucionarios rojos en el Ruhr, y depositó sus esperanzas en otro ingenuo drama que glorificaba la lucha trabajadora, al que tituló *La semilla*.

Los sueños de Goebbels eran las pesadillas de Anka, pues amenazaban a la familia, clase y confortable existencia de ésta. A Anka no le gustó nada *La semilla*, y lo dijo. Terminadas las vacaciones, decidió no ir a Heidelberg con él, como habían planeado, sino que regresó a Friburgo. Solo en Heidelberg, Goebbels pronto se enteró de que ella era perseguida por un estudiante y un próspero abogado. Le propuso matrimonio, y cuando ella lo ignoró amenazó con suicidarse, escribió su testamento y simuló un "colapso nervioso". Sus melodramáticos gestos no tuvieron ningún efecto; Anka permaneció fiel a su clase y se casó con su abogado, aunque jamás fue feliz, y más tarde afirmaría que Goebbels fue el único hombre que amó, o que la amó como ella deseaba. Goebbels estuvo perdidamente enamorado de ella durante años, aunque esto nunca le impidió ser un inveterado mujeriego, detrás de toda falda atractiva en la que pudiera poner las manos, y algo más.

Él trató de aliviar el dolor de la separación primero bebiendo y luego trabajando; pero como no podía salir de la depresión, se deleitó autocomplacientemente en su desesperanza. En una típica entrada lúgubre de su diario de entonces se lee: "Pesimismo. Desesperación. Ya no creo en nada".[9] Aunque claro que creía en algo: en él mismo. Y una vez que empezó a aceptar la pérdida de Anka, dio en probarse ante el mundo. En lugar de un título ordinario, se lanzó en pos de un doctorado, garantía de que se le respetaría en todas partes. Curiosamente, el primer maestro que eligió como director de tesis fue un judío, el profesor Friedrich Gundolf, al que describió como "sumamente encantador y agradable". Gundolf no estaba disponible, sin embargo, y lo remitió con el profesor Max von Waldberg, otro judío, quien lo aceptó, asignándole como tema la obra de un oscuro dramaturgo romántico de principios del siglo XIX, Wilhelm Schütz.

Encerrado en su antigua habitación en casa de sus padres, Goebbels trabajó sin cesar todo el verano, terminando su tesis, de doscientos catorce páginas de extensión, en cuatro meses exactos. Su tesis fue bien recibida, y el 18 de noviembre de 1921 él aprobó sin ningún problema el examen oral, del que emergió como doctor en filosofía. En lo sucesivo, insistiría en que se le llamara *Herr Doktor* en todo momento; desarrollaría una ostentosa firma al lado de sus acreditaciones, y usaría incluso las iniciales "Dr G" para marcar documentos. Nadie tendría permitido jamás olvidar su logro.

Éste, sin embargo, no hizo nada para procurarle un medio para ganarse la vida, algo en lo que hasta entonces no había pensado gran cosa.

La única ambición de Goebbels era, previsiblemente, ser escritor, pero no había considerado cómo convertir esa esperanza en una realidad que librara a sus orgullosos, pero muy sufridos, padres de la carga de alimentarlo y alojarlo. Durante semanas se la pasó sentado en su habitación, en el ático, produciendo poesía, ensayos y artículos que nadie quería leer, hasta que por fin un conocido lo ayudó a colocar una serie de seis artículos en el periódico de Colonia *Westdeutsche Landeszeitung* (Diario Regional del Oeste de Alemania). En su temporada de depresión tras el rompimiento con Anka le había impresionado enormemente el fatalista libro de Oswald Spengler *La decadencia de Occidente*, el cual hacía el pronóstico de que la República alemana se hallaba en un estado de deterioro terminal que conduciría inevitablemente a una dictadura, con una figura semejante a César. Desde entonces, sin embargo, Goebbels había evolucionado, y aquellos artículos fueron un intento por refutar el pesimismo de Spengler y ofrecer esperanzas para el futuro.

Fiel a sus opiniones idealistas, Goebbels identificó al materialismo como la causa de "la confusión política, intelectual y moral de nuestro tiempo", y declaró que aquél debía rechazarse y remplazarse por valores más espirituales: "El amor a la patria", afirmó, "es adoración a Dios". Invocó el redespertar de la mística "alma alemana" como la clave para la recuperación, y exhortó a los alemanes a rechazar "todo lo ajeno a nuestro ser" y buscar la salvación en ellos mismos y su nación. Por primera vez pensaba y escribía en términos *völkisch*, lo que marcó el inicio de una nueva fase en sus creencias, un alejamiento del marxismo hacia nuevas direcciones. Aún no estaba del todo seguro de cuál sería ese rumbo, pero dio una señal en uno de sus artículos: "A veces", escribió, mirando esperanzadamente hacia Munich, "parece que un nuevo sol estuviera a punto de elevarse en el sur".

Estos artículos condujeron a un empleo de medio tiempo como aprendiz en la sección cultural del *Westdeutsche Landeszeitung* que, sin embargo, sólo duró unas semanas. Goebbels subsistió entonces dando clases, y obtuvo algunos marcos pronunciando una conferencia sobre Spengler y la literatura alemana en la Escuela de Artes y Oficios, aunque su ganancia fue

escasa. Conforme el año llegaba a su fin, él se desesperaba cada vez más. Su nueva novia regular, Else Janke, maestra de primaria, salió en su rescate al convencer a un pariente lejano de que le buscara trabajo. Goebbels estuvo lejos de mostrarse entusiasta: su empleo sería en el Dresdner Bank en Colonia, un "templo del materialismo" incompatible con sus elevados ideales. Pero Else y sus padres se unieron para presionarlo a fin que lo aceptara, y, el 2 de enero de 1923, Goebbels tomó el tren de las cinco y media de la mañana de Rheydt a Colonia para empezar a trabajar.

Su periodo en el banco no fue satisfactorio. Todos lo consideraban afortunado —la banca era el empleo de oficina más estable en Alemania—, pero su salario apenas le alcanzaba para cubrir la renta del pequeño cuarto en que se alojaba durante la semana. Le quedaba poco para comida u otros gastos —aunque de alguna manera lograba permitirse boletos para la ópera, que se había convertido en su pasión—, así que seguía dependiendo de los donativos de su padre, y de Else, a la que veía todos los fines de semana, y tan a menudo entre semana como ella podía conseguir tiempo para pasar la noche con él en Colonia. Conservó este empleo varios meses, pero su desprecio por el sistema capitalista y lo que éste representaba aumentaba cada día en que él encaraba las realidades del mundo financiero, particularmente en el piso de remates de la bolsa de valores, donde pasaba gran parte de su tiempo.

Llevaba sólo una semana en el trabajo cuando hizo erupción la crisis de las reparaciones de guerra, y tropas francesas y belgas invadieron el Ruhr. Al ser testigo de la hiperinflación que siguió, le escandalizó la forma en que ésta arrasó con los ahorros de toda la vida de personas modestas mientras borraba las deudas de ricos terratenientes e industriales y permitía a especuladores hacer fortunas con la desgracia ajena. También le escandalizó la forma en que compañeros del banco usaban desvergonzadamente su posición y acceso a información confidencial para enriquecerse. "Esta tarde le dije a uno de esos jóvenes patanes que consideraba que sus actos eran una estafa repugnante", contó a Else en una carta. "Por toda respuesta, se alzó desdeñosamente de hombros. Y nadie entre los que nos oían salió en mi defensa."[10]

Goebbels enfureció al enterarse de que "cada mes cien niños" morían de hambre en Colonia mientras el gobierno debatía los detalles de la resistencia pasiva y si el Ruhr debía ser evacuado en etapas. Y todo vestigio

de respeto por la Iglesia católica se extinguió al fin con el cálculo de que los bienes de la catedral de Colonia, valuados en doce millones de marcos oro, habrían sido suficientes para "enviar a quinientos sesenta mil niños hambrientos al campo o a un sanatorio por dos meses, rescatándolos así para una vida productiva".[11] La indignación de Goebbels por "la frenética danza en torno al Becerro de oro" era absoluta. "Hablan de inversión de capital", escribió en su diario, "pero detrás de esas hermosas palabras no acecha sino una codicia animal de más cosas. Digo animal, pero eso es un insulto a los animales, porque un animal sólo come hasta saciarse."[12]

En julio no pudo más y se reportó enfermo, aunque le fue difícil hallar un médico que le diera un certificado. Poco antes había amenazado con suicidarse; pero una vez lejos del banco, gracias a un permiso de seis semanas por enfermedad, se recuperó tan rápido que pudo ir con Else a la isla Baltrum, en el Báltico, donde habían iniciado su romance el año anterior. Escribió en su diario acerca de "dorados días de paz" y "dulces tardes en la habitación de ella o en las dunas".[13] Sus vacaciones, sin embargo, fueron interrumpidas por malas noticias: Richard Flisges, el amigo de Goebbels, quien había dejado la universidad para buscar la verdad en el trabajo manual, había muerto en un accidente minero. Consternado, Goebbels confió a su diario que ya nada tenía sentido y que estaba "solo en el mundo", lo cual dice mucho sobre su relación con la siempre comprensiva Else.

En recuerdo de quien había sido no sólo su amigo sino también su guía, Goebbels retomó su novela autobiográfica, que retrabajó para que su protagonista fuera una combinación de él mismo y Flisges, y cuyo título cambió por el de *Michael: Ein deutsches Schicksal in Tagebuchblättern* (Michael: Un destino alemán en las páginas de un diario). El resultado fue un deshonroso batidillo de ideas de todo lo que había leído, expresado en prosa grandilocuente y elevada retórica, aunque de esto emergió una nueva fase en su desarrollo. Aún despotricaba y rabiaba contra la injusticia de un mundo cruel, pero ya buscaba a un salvador humano que remplazara al Dios cristiano que él había rechazado. Significativamente, hacía concluir a su protagonista que la creencia lo es todo: "Lo que importa no es tanto en qué creamos; sólo que creamos".[14] La creencia en sí misma se convirtió en su religión.

Cuando regresó de Baltrum, recibió otro golpe: una carta de despido del banco, que lo sumió aún más en el abatimiento, alimentando su necesidad de algo a lo que aferrarse y reforzando su amargo odio por el capitalismo y todo lo que éste representaba. Aquello no debía haberle sorprendido —el supuestamente estable mundo de la banca alemana eliminó ciento cincuenta mil puestos de trabajo en 1923,[15] y la actitud de Goebbels difícilmente habría podido recomendarlo con sus jefes—, pero su despido parece haber sido una sacudida para él. Lo ocultó a sus padres, permaneciendo en Colonia durante la semana, como si aún estuviera trabajando. Pero sólo trabajaba en su libro, y en un drama introspectivo más, *El vagabundo*. Ni siquiera se molestó en buscar seriamente un nuevo trabajo, aunque, dado que no tenía derecho a prestaciones de desempleo, pronto estuvo cerca de la inanición. Else, "buena y servicial como una niña", le dio diez marcos oro, pero esta suma no duró mucho, pese al cálculo de Goebbels de que podía vivir una semana con un marco oro. Aun así, se negó a admitir la verdad ante sus padres. Por fin, a principios de octubre les dijo que padecía un trastorno nervioso, "probablemente de origen hereditario", y su padre, aunque refutando con indignación la idea de un defecto heredado, le mandó dinero para su boleto de tren a casa.

Goebbels observó el creciente caos político del otoño de 1923 desde la seguridad de la casa de sus padres, convencido de que presenciaba "la caída del ideal germánico". Escribió que había tolerado "delirantes días bebiendo, a causa de una honda desesperación",[16] presumiblemente a expensas de su padre o de Else; en su diario consignó que con un marco oro podían comprarse cincuenta vasos de cerveza. Los acontecimientos en Munich del 8-9 de noviembre, sin embargo, tuvieron poco impacto inmediato en él. Le preocupaba más encontrar trabajo y una nueva carrera en el periodismo o en la edición de libros, pese a que se le rechazara cada artículo que escribía. Solicitó puestos editoriales en los periódicos berlineses *Vossische Zeitung* y el liberal *Berliner Tageblatt* (Diario de Berlín), y respondió a un anuncio de la casa editorial Mosse en busca de un editor. Fue rechazado en todos los casos.

Resentido, enojado y alienado, Goebbels desahogaba en su diario su cólera contra el "mundo degenerado" y los ignorantes que lo rodeaban en Rheydt, incapaces de cualquier conversación intelectual. Veía a todos con

desdén, diciéndose que él era infinitamente superior y negándose a renunciar a su independencia de criterio y a descender al nivel de los demás. Al buscar una excusa para el rechazo de los editores de Berlín, lo atribuyó al hecho de que eran judíos, como también lo eran los banqueros que lo habían despedido. Las entradas de su diario habían mostrado durante cierto tiempo una creciente obsesión por los judíos —las escuetas palabras *das Judentum* (la judería) aparecen con deprimente regularidad cada vez que se refiere a debates políticos—; y entre más pensaba en ello, más se convencía de que ésa era la respuesta. Por fin había encontrado un centro para el odio que lo quemaba por dentro como ácido.

Nunca había sido particularmente antisemita. En efecto, una vez le dijo a Anka Stalherm: “¿Sabes? Este extremo antisemitismo no me gusta nada [...] Yo no diría que los judíos son mis mejores amigos, pero no creo que podamos librarnos de ellos con insultos o polémicos ataques, y ni siquiera con pogromos; y aun si pudiéramos, eso sería innoble e indigno de seres humanos decentes”.[17] Su familia carecía de rígidos prejuicios: se enorgullecía de tener como amigo a un abogado local judío, el doctor Josef Joseph, con quien Goebbels había pasado muchas agradables horas como escolar y estudiante hablando de la literatura y la vida. Goebbels había trabajado de buena gana con profesores judíos y, para rematar, la madre de Else Janke era judía. Fue la *Decadencia de Occidente* de Spengler la que sembró las semillas del racismo en su mente; sus experiencias en el banco en Colonia y con los editores de Berlín fueron las que las alimentaron y regaron, y otro libro, los *Fundamentos del siglo XIX*, de Houston Stewart Chamberlain, el que hizo brotar de ellas retorcidas flores.

Goebbels había hallado una nueva Biblia y un nuevo profeta que lo guiara en su búsqueda de una nueva creencia. Cuando Chamberlain presentó la llamada raza superior aria como “el alma de la cultura” y a los judíos como la personificación de todos los males del materialismo, fue como si le hablara directo a Goebbels, en su propio lenguaje. Éste empezó a advertir en todas partes evidencias de que los judíos eran responsables de todos los males del mundo, procedentes de los dos grandes pilares del materialismo, el comunismo y el capitalismo, a los que veía por igual como parte de la conspiración judía internacional por la dominación del orbe.

Habiendo encontrado su nueva creencia, Goebbels debía hallar a su nuevo Cristo —o a su Judas Iscariote, tal como lo retrató en su primera obra de teatro— para hacer justicia en la tierra. Lo encontró entre febrero y fines de marzo de 1924, en las noticias provenientes del improvisado tribunal de la antigua Escuela de Oficiales de Infantería de Munich. Día tras día seguía ávidamente los avances del juicio de Hitler, devorando los argumentos de su defensa, tragándose sus afirmaciones políticas e identificándose con su credo. Hitler, diría Goebbels al gran hombre dos años después, había hablado "por mi propio corazón", pues había expresado

> algo más que su propio dolor y su lucha. Usted dio un nombre al sufrimiento de toda una generación ansiosa de hombres de verdad, de tareas significativas [...] Las palabras que pronunció ahí son el catecismo de una nueva fe política en medio de la desesperación de un mundo en ruinas, impío. Usted no guardó silencio. Dios le dio voz para expresar nuestro sufrimiento. Usted puso nuestro tormento en palabras de redención, formuló declaraciones de confianza en el milagro por venir.[18]

Deseoso de saber más sobre su nueva fe, Goebbels recurrió a otro de sus antiguos compañeros de escuela en Rheydt, Fritz Prang, hijo de un empresario local, quien se había afiliado al partido nazi antes de la proscripción de éste. Prang empezó a llevarlo a mítines del DVFP (Deutschvölkische Freiheitspartei, Partido de la Libertad del Pueblo Alemán) en Elberfeld, distrito de Wuppertal al sur del Ruhr. A Goebbels no le impresionó lo que vio. "Así que éstos son los líderes del movimiento *völkisch* en el territorio ocupado", escribió en su diario. "Ustedes, judíos y franceses y belgas, no tienen nada que temer de esos sujetos. Rara vez he asistido a un mitin en el que se dijeran tantas tonterías."[19] Pese a todo, consiguió morderse la lengua y abstenerse de criticar el mitin con su habitual mordacidad.

Una de las razones de su desacostumbrada reticencia fue que vio la oportunidad de brillar en el futuro en medio de esa dirigencia de tan bajo calibre. Otra, el líder local del partido, Friedrich Wiederhaus, al que describió como "guillermino, barrigón, de bigotes retorcidos, simpático; una buena persona, aunque no para impresionar a la juventud".[20] Wiederhaus publicaba un semanario, el *Völkische Freiheit* (Libertad del Pueblo), "órgano del Movimiento Nacionalsocialista por la Libertad para una Gran Alemania Étnicamente Pura y Socialmente Justa". Este semanario

sólo tenía cuatro páginas, pero a Wiederhaus se le dificultaba encontrar material suficiente para llenarlas cada semana. Goebbels no dejó pasar la oportunidad, y salió del mitin con el encargo de cinco artículos. Poco después escribía casi todo el semanario, bajo una amplia variedad de seudónimos, y para principios de octubre era su director editorial, supervisando su composición, diseño, producción y distribución, invaluable experiencia que le serviría mucho en el futuro.

En agosto de 1924, Prang lo llevó al gran mitin de los grupos y partidos *völkisch* en el que éstos consolidaron su alianza formando el NSFB y nombraron una dirigencia nacional, tras el anuncio de Hitler de que se retiraba de la política. Este mitin se celebró en el Teatro Nacional de Weimar, irónicamente cuna de la República y la Constitución que todos esos grupos aborrecían. Pero aquél era también el hogar de Goethe, lo que para Goebbels compensaba con creces toda aberración subsecuente. Le emocionó estar junto a nada menos que el gran Ludendorff, aunque claro que esto ocurrió poco antes de que la credibilidad de Ludendorff se viniera abajo a causa de su desastrosa derrota en las elecciones presidenciales. Presentado al general, Goebbels se puso en rígido estado de alerta: “Hablo. Describo la situación imperante. Él escucha y asiente meneando la cabeza. Reconoce que tengo razón. Me examina atentamente. Una mirada inquisitiva. No parece disgustado”. Entre los demás líderes nacionalistas a los que conoció estaban Graefe; Streicher; Feder, cofundador original del partido nazi; Koch; Reventlow, y, en absoluto el menor, Strasser, “el cordial farmacéutico de Baviera, enorme, algo desgarbado, con una voz de bajo profundo de la Hofbrauhaus”.[21]

Conmovido por las ceremonias y discursos de clausura y el paso de una marcha con banderas de svásticas al vuelo, y lleno, por obra de Ludendorff, de una “fe firme e inquebrantable”, Goebbels había encontrado su hogar espiritual. “Para mí”, escribió, “la cuestión *völkisch* está relacionada con todas las cuestiones del espíritu y la religión. Estoy empezando a pensar en términos *völkisch*. Esto no tiene nada que ver con la política; es una filosofía de la vida.” Al día siguiente, Prang y él fundaron la sección del NSFB en Mönchengladbach.

Sin nada más en qué ocupar su tiempo, Goebbels puso toda su energía en la predicación de su nueva fe, pronunciando discursos no sólo en su

partido, sino también en cualquier grupo de debate o mitin en que pudiera correr la voz. El talento actoral y presencia escénica que había mostrado cuando escolar, florecieron al mismo tiempo que descubría un don para la oratoria y una habilidad para atraer y mantener la atención del público. De acuerdo con Prang, su primer proeza tuvo lugar en un mitin comunista, en el que exhibió la serenidad, control y agilidad mental que terminarían por caracterizar sus apariciones públicas. Tras llegar renqueando al estrado, una figura poco atractiva con un traje que no le quedaba, se dirigió provocadoramente a su público como "Queridos amigos de la comunidad *Volk*". En medio del alboroto subsecuente, un hombre gritó: "¡Capitalista explotador!". Impertérrito, Goebbels llamó al hombre a la tribuna y lo invitó a mostrar el contenido de su cartera. "¡Pronto veremos quién tiene más dinero!", exclamó, vaciando las lastimosamente escasas monedas de la suya en el podio. El público era suyo. Continuó su discurso sin más interrupción.[22]

Goebbels nunca había oído hablar a Hitler, ni leído nada de lo que éste había escrito, pero en sus discursos se vio siguiendo instintivamente el camino que su ídolo había abierto. Como Hitler, se dio cuenta de que, acostumbrado a las secas y preelaboradas alocuciones de la mayoría de los oradores alemanes, el público podía ser electrizado por un estilo oratorio más teatral. Como Hitler, practicaba regularmente ante un espejo: cada discurso era una representación dramática; cada gesto, cada apasionado clímax debía calcularse y ensayarse conscientemente para obtener su máximo efecto. Y como Hitler, se percató de que, para encender al público, ese estilo importaba más que el contenido, y la verdad nada en absoluto: que lo que él quería no era estimulación intelectual sino emocional; sentimientos, no datos.

Como Hitler, Goebbels mantenía bajo estricto control sus propias emociones mientras hablaba, permaneciendo frío y distante al tiempo que manipulaba cínicamente a sus escuchas. Pronto descubrió lo fácil que le resultaba llevar al público al frenesí, y era recompensado cuando prácticamente toda reunión en la que hablaba terminaba en caos y violencia. Desde Rheydt, su fama como orador se extendió rápidamente. Semanas después podía escribir que ya se le conocía "en las filas de los seguidores del ideal nacionalsocialista de toda Renania".[23] Su celebridad era puramente local y aún tenía mucho que aprender sobre un movimiento al

que apenas acababa de sumarse; pero para los enterados, él era indiscutiblemente una estrella en ciernes.

Goebbels estuvo entre los primeros en afiliarse al nuevo partido nazi cuando su proscripción fue levantada en febrero de 1925. Su empleo en el *Völkische Freiheit* había peligrado desde tiempo atrás, porque constantemente llenaba sus páginas con elogios para Hitler; y cuando éste fue liberado y separó a sus seguidores del movimiento *völkisch*, Wiederhaus despidió a Goebbels y cerró el semanario. Al igual que Himmler en la Baja Baviera, Goebbels estuvo entonces en libertad de dedicar al partido todo su tiempo y energía —aparte de los que dedicaba a perseguir mujeres—, aunque tuvo que esperar casi dos meses para que Karl Kaufmann convenciera a Strasser de que lo nombrara director administrativo de la oficina central del Gau de Renania del Norte. Goebbels se mudó gustosamente a Elberfeld, a la que después de su primera visita describió como "una hermosa ciudad, con un extraordinario número de mujeres atractivas. ¡Debe ser un buen lugar para vivir!".[24]

Esto parece un ascenso sorprendentemente rápido a un puesto importante, pero de hecho el partido necesitaba con desesperación todos los miembros que pudiera encontrar, y los que no tenían trabajo de tiempo completo eran particularmente bienvenidos, con garantías de rápido ascenso. Aparte del minúsculo puñado que rodeaba a Hitler en Munich, y de algunos Gauleiter en el sur de Alemania, ningún dirigente recibía salario, pues se ocupaba de los asuntos del partido en su tiempo libre. La oficina central del Gau de Renania del Norte constaba de sólo tres personas: Goebbels, Kaufmann y el Gauleiter, Axel Ripke, otro escritor báltico alemán de elevadas ideas. No había dinero para más personal.

Sin salario, Goebbels se vio obligado a vivir lo mejor que pudiera con los pocos marcos que recibía para gastos, arreglándoselas en un diminuto departamento rentado en Elberfeld y teniendo siempre que pedir prestado dinero, sin conseguir nunca lo suficiente para comer. Su hambre, sin embargo, era igualada por su apetito de hacer campaña con la palabra, tanto hablada como escrita. En los doce meses transcurridos desde octubre de 1924, cuando descubrió su don para la oratoria, pronunció no menos de ciento ochenta y nueve discursos, además de producir un torrente de

volantes, carteles y un boletín regular del Gau y de planear una importante campaña de propaganda.[25]

Esta campaña de Goebbels tenía por objeto movilizar a las masas obreras en el industrial Valle del Ruhr y el norte de Alemania, cuyas vidas y necesidades eran muy distintas a las de los ciudadanos burgueses y pequeñoburgueses que formaban el principal sostén del partido en Baviera y el sur. Goebbels identificó al capitalismo internacional como el mayor enemigo, y a quienes ostentaban el poder en Alemania como sus lacayos, que traicionaban a su nación para su beneficio personal. Tales eran, desde luego, los blancos tradicionales de los comunistas, así que los nazis y el KPD, (Deutsche Kommunitsche Partei, Partido Comunista Alemán), estaban en competencia directa por las mismas bases, dos perros rabiosos peleándose un solo hueso. Era completamente natural, por lo tanto, que dedicaran más tiempo a atacarse que el que dedicaban a atacar a su enemigo común. Y Goebbels, que poco antes se había descrito alegremente como "comunista alemán",[26] conducía la lucha con toda la pasión de un converso religioso.

Goebbels veía las semejanzas entre los nazis y los comunistas tan claramente como las diferencias, las que en su opinión se reducían a nacionalismo contra internacionalismo, esa "conspiración judía". "En última instancia", escribió en su diario en un momento posterior de ese mismo año, "para nosotros sería preferible caer en manos del bolchevismo que vivir en eterna esclavitud bajo el capitalismo."[27] Tomaba muy en serio el "socialismo" del nacionalsocialismo, y sentía enorme simpatía por el pueblo ruso y sus luchas, afirmando que Lenin lo conocía mejor que los zares. En una carta abierta dirigida a "Mi amigo de izquierda" enlistó las numerosas áreas de acuerdo con los comunistas en su compartida "lucha por la libertad" contra la odiada burguesía. "Tú y yo", concluyó, "peleamos entre nosotros, pero en realidad no somos enemigos. Al hacerlo dividimos nuestra fuerza, y nunca alcanzaremos nuestra meta. Tal vez nuestro radical extremismo acabe por juntarnos. Tal vez."[28]

Esto lo puso en conflicto con Ripke, quien sostenía opiniones muy diferentes. Goebbels lo describió desdeñosamente como "un burgués disfrazado, en realidad. Con esta gente no se puede hacer una revolución". Ripke, sin embargo, podía citar como autoridad al propio Hitler en relación

con su actitud reaccionaria, algo que a Goebbels, arrobado aún ante el héroe que todavía no conocía, le era imposible soportar, así que intentaba persuadirse, conforme a una frase reveladoramente elegida, de que Hitler iba “en camino a la lucha de clases”.[29]

Frente a la amenaza de ser echado del partido por Ripke, Goebbels descubrió otro talento que desarrollaría y usaría el resto de su carrera: un talento para la intriga. Desde su puesto como director administrativo, deshacerse de Ripke resultó ser notoriamente fácil. Con el apoyo de Kaufmann, también nacionalsocialista, debilitó primero a Ripke acusándolo de deslealtad a Hitler, a propósito de un asunto menor de emisión local, no desde Munich, de documentos de membresía, y prosiguió atribuyéndole un delito más serio, el de malversar fondos del partido. Este cargo no se probó nunca, pero fue suficiente lanzarlo, dado especialmente el hecho de que Strasser siempre había sospechado de Ripke, así que aprovechó con gusto la oportunidad. “Ripke está acabado”, se jactó Goebbels en su diario. “Ahora ya podemos ponernos a trabajar.”[30]

Un día después de que escribió estas palabras, Strasser los visitó a Kaufmann y a él en Elberfeld. Strasser estaba satisfecho de haberse librado de Ripke, no sólo a causa de su presunta deshonestidad, sino también porque representaba a la derechista “camarilla de Munich”, encabezada por el detestable jefe de propaganda Hermann Esser y el archienemigo de los judíos Julius Streicher, quienes habían lanzado vitriólicos insultos en su contra por su alianza con Ludendorff y Graefe el año anterior. Strasser tenía entonces un plan para contrarrestar la “perjudicial dirección de Munich”, el cual quería discutir con sus dos brillantes jóvenes aliados, en ese momento líderes provisionales del Gau de Renania del Norte. Deseaba reunir todos los Gaue del noroeste en un bloque, y lanzar al mismo tiempo un nuevo “órgano de liderazgo intelectual” destinado a los dirigentes del partido, que se llamaría *NS-Briefe* (Cartas del Nacionalsocialismo). Las oficinas generales del nuevo bloque se ubicarían en Elberfeld, lo que pondría a Goebbels y Kaufmann en el centro mismo de la organización. Además, Strasser ofreció a Goebbels la dirección de la nueva publicación, con un salario de ciento cincuenta marcos al mes. Éste aprovechó la oportunidad con sumo placer —y presumiblemente con cierto alivio—, escribiendo en

su diario que el NS-*Briefe* le daría “un arma contra los anquilosados jefes de Munich” y acceso personal a Hitler.[31]

Bien puede ser que Strasser concibiera el bloque del noroeste, que proponía como una base de poder, desde la cual hacerse de la dirección del partido, ascendiendo a Hitler a una especie de presidente no ejecutivo o figura decorativa. Pero siempre mantuvo su lealtad a Hitler; tras una reunión de alto nivel en Weimar en julio, en la que es probable que Goebbels haya visto y oído a su Führer por primera vez, declaró que Hitler era “el motor que impulsa al partido”. Como a muchos otros, sin embargo, le exasperaba el descuido organizativo y falta de firme dirección de Hitler, así como que dependiera de personajes de tan baja estofa como Esser, Streicher y Amman. Pero cualquier ambición de remplazar a Hitler que él haya podido albergar se desvaneció en la reunión de Gauleiter convocada para discutir sus propuestas el 10 de septiembre en Hagen, Westfalia.

Desafortunadamente, Strasser no pudo asistir a esa reunión; su madre enfermó de gravedad, y él marchó a toda prisa al sur para estar a su lado. Sin su unificadora presencia, los líderes de los once Gaue riñeron entre sí y rehuyeron de todo lo que pudiera parecer una revolución palaciega. Sólo acordaron formar una poco rígida asociación, la Arbeitsgemeinschaft der Nord und Westdeutschen Gauleiter der NSDAP (grupo de Trabajo de Gauleiter del NSDAP del Norte y Oeste de Alemania), conocida simplemente como AG, bajo la dirección de Strasser y con una oficina central en Elberfeld. Sin embargo, también acordaron la publicación bimestral del NS-*Briefe*, con Goebbels como director, de manera que aunque la llamada ala socialista del partido había demostrado no existir como cuerpo, tenía al menos un portavoz.

Quince días después de establecida la AG, otra reunión confirmó a Kaufmann como Gauleiter de Renania del Norte, y a Goebbels como director administrativo. Casi de inmediato ambos se vieron bajo continuos ataques de la “camarilla de Munich”, que los juzgó parte de un complot de Strasser para desplazar a Hitler y sustituir el programa original de veinticinco puntos del partido, elaborado por Hitler en colaboración con Drexler y Gottfried Feder en 1920, por metas socialistas más radicales. Esto era al menos parcialmente cierto: Goebbels ya ayudaba entonces a Strasser a redactar un nuevo documento político. Pero no tenía el menor deseo de

ver derribado a Hitler. Había estudiado el primer volumen de *Mein Kampf*, publicado semanas antes, y logrado convencerse de que Hitler compartía sus esperanzas y creencias, cegándose ante las partes del libro que las contradecían por completo. Una pequeña pero significativa duda persistía en su mente: "¿Qué es este hombre?", se preguntó en su diario. "¡Mitad plebeyo, mitad dios! El verdadero Cristo, ¿o sólo Juan?"[32]

Las cosas empezaron a marchar entonces rápidamente para Goebbels. El 6 de noviembre Kaufmann y él fueron invitados a conocer personalmente a Hitler, cuando éste visitó Braunschweig. Goebbels suponía que sería acribillado a preguntas sobre sus creencias y, por alguna razón, esperaba ingenuamente abrir los ojos de Hitler a la maligna influencia de la gente de Munich sobre la verdadera doctrina del partido, y ponerlo "totalmente de nuestro lado". Pero Hitler tenía una agenda distinta. Había recibido informes sobre el joven agitador con un talento que rivalizaba con el suyo para encender al público, y quería examinarlo y evaluar su potencial. Ese don era raro, y debía serle útil a él, no a Strasser, el rival que representaba una amenaza a la autoridad absoluta que él estaba resuelto a ejercer sobre el partido.

Hitler estaba cenando cuando los dos renanos llegaron. "Se para de un salto", escribió Goebbels. "Helo ahí. Estrecha mi mano. Como un viejo amigo. Y esos grandes ojos azules. Como estrellas. Le alegra recibirme. Yo estoy en el cielo." Hitler aplicaba todo el poder de su encanto. No mencionó la política ni la ideología en toda la reunión, concentrándose enteramente en seducir al joven. Habló "con ingenio, ironía, sarcasmo, seriedad, fervor, pasión", y Goebbels se derritió ante él. "Este hombre tiene todo para ser un rey", apuntó extasiadamente en su diario esa misma noche. "Un tribuno de cepa. El próximo dictador."[33]

Dos semanas más tarde, volvieron a encontrarse en una concentración en Plauen, ciudad industrial en el extremo sur de Sajonia. Goebbels tuvo que hacer un largo recorrido desde casa, lo que simplemente indica lo lejos que había llegado su fama como orador. Y ahí, Hitler completó su conquista: "¡Dicha inmensa! ¡Me saluda como un viejo amigo! Y me sigue con la mirada. ¡Cuánto lo quiero!". Hitler le regaló un retrato autografiado, y le pidió transmitir sus "saludos a Renania". Recordando meses después ese catártico día, Goebbels escribió: "Hasta entonces usted había sido mi

Führer. Ahí se convirtió en mi amigo. Un amigo y maestro con quien me siento unido hasta el fin en una idea común”.[34]

De Plauen, Goebbels pasó a Hannover, a la segunda reunión de la AG, llevando la “expresa autorización” de Hitler para su formación; nadie le había pedido permiso, pero al darlo él subrayaba su suprema autoridad sobre todos los asuntos del partido. Los Gauleiter lo reconocieron así en el reglamento de su grupo, elaborado por Strasser y Goebbels, y aprobado unánimemente por sus colegas, en el que se comprometieron a “trabajar en un espíritu de camaradería por la idea del nacionalsocialismo bajo la conducción de nuestro líder, Adolf Hitler”.[35]

A causa de que Hitler había evitado cuidadosamente hablar de cuestiones políticas con él, Goebbels seguía imaginando que compartían la idea de una utopía nacionalista anticapitalista. Así, continuó trabajando con entusiasmo en la redacción del documento político, el cual demandaba medidas tan extremas como la nacionalización a gran escala de la industria, la participación obrera en tiendas departamentales y empresas parecidas, y la expropiación de los bienes de la aristocracia. Goebbels identificaba al “capitalismo bursátil” y su criatura, la democracia parlamentaria, como los principales enemigos de la libertad nacionalsocialista. Llamaba a la creación de una unión aduanera europea, que serviría de base a los Estados Unidos de Europa, con Alemania en el centro. En política exterior, miraba al este, viendo a una Rusia que “un día despertará en el espíritu de su máximo pensador, en el espíritu de Dostoievsky [...] liberada del internacionalismo judío”, como “nuestro aliado natural contra la diabólica tentación y corrupción de Occidente”.[36]

Éste era un tema polémico, y los Gauleiter lo discutieron ferozmente en su siguiente reunión, celebrada en Hannover en enero. El Gauleiter de Westfalia, Franz Pfeffer von Salomon, hijo de un funcionario prusiano de alto rango, exoficial y antiguo miembro de un Freikorps que había marchado en el *Putsch* de Kapp y participado activamente en el combate a los franceses en el Ruhr, menospreció la naturaleza “liberal-igualitarista” del borrador del documento político, y exigió un enfoque *völkisch* más elitista. Otros criticaron su carácter marxista. La mayoría se opuso enérgicamente a su orientación en política exterior.

El crítico más virulento de Goebbels fue Gottfried Feder, llegado a toda prisa de Munich tras obtener una versión del borrador, y quien se coló en la reunión. Algunos informes señalan que Goebbels intentó hacerlo expulsar gritando: “¡No queremos soplones aquí!”. Pero al democrático estilo de la AG, el asunto se sometió a votación y se permitió a Feder quedarse y participar en el debate, el cual se hizo cada vez más acalorado. Finalmente, Goebbels se levantó para hablar. “Entonces me suelto en verdad”, apuntó en su diario. “Rusia, Alemania, capitalismo occidental, bolchevismo... Hablo media hora, una hora. Todos escuchan en expectante suspenso. Y luego una tormenta de aprobación. Hemos triunfado [...] Al final, Strasser estrecha mi mano. Feder, miserable y aborrecible.”[37]

El borrador de Goebbels fue aceptado —con la única disensión de Feder y Robert Ley, químico etílico que era Gauleiter de Colonia—, tanto como una resolución para poner en marcha un periódico del partido destinado al norte de Alemania, *Der Nationale Sozialist (El Nacionalsocialista)*, desde una nueva casa editorial, la Kampfverlag, con Strasser como director. Lo mismo el periódico que la editorial serían totalmente independientes de la organización partidista en Munich, y estarían claramente en competencia con, e incluso en oposición a, el *Völkischer Beobachter*.

Hubo nuevas controversias cuando la asamblea debatió la cuestión de la expropiación sin compensación de los bienes de los antiguos príncipes y de la nobleza, tema sobre el que los comunistas y socialistas en el Reichstag exigían entonces un referéndum. Strasser, Goebbels y muchos otros miembros de la AG —aunque de ninguna manera todos— estaban completamente a favor. Hitler y los peces gordos de Munich estaban enérgicamente en contra; varios nobles y príncipes se contaban entre los más importantes soportes financieros del partido, y Hitler obtenía tres cuartas partes de sus ingresos personales, mil quinientos marcos al mes, de la divorciada duquesa de Sachsen-Anhalt.[38] Más aún, Hitler no tenía el menor deseo de perder el apoyo de los ricos industriales que tendían crecientemente una mano a las arcas del partido, al que veían como un bastión contra el comunismo.

Las discusiones se enconaban cada vez más, ya que Feder, Ley y otros insistían en que la asamblea no tenía autoridad para decidir nada sin la aprobación de Hitler. Más tarde se aseguraría que Goebbels se había puesto

de pie de un salto y gritado: “¡Exijo que el pequeñoburgués Adolf Hitler sea expulsado del partido nazi!”, pero esto fue escrito muchos años después por Otto Strasser, con sobrados intereses personales para hacerlo y quien nunca se distinguió precisamente por ser un testigo confiable. De hecho, en la resolución, finalmente aprobada, se tuvo la prudencia de no exacerbar el conflicto con Munich, estableciendo que la AG no tenía intención de prevalecer sobre las decisiones de la jefatura del partido y que en todo caso la cuestión de compensar a los príncipes “no es un asunto que toque los intereses fundamentales del partido”.[39]

Pese a todo el cuidado puesto por Strasser y Goebbels, a Hitler le alarmaron los informes de Feder, los que, a su parecer, revelaban una clara amenaza a su posición. Durante meses no había hecho nada. Esta vez, actuó rápidamente. A principios de febrero se reunió con Strasser y le arrebató la promesa de que las propuestas del borrador del documento político serían retiradas. Luego convocó a una reunión de líderes del partido para el domingo 14 de febrero. La junta se convocaba con muy poca anticipación —en especial para los no asalariados Gauleiter del norte, muchos de los cuales no podrían asistir—, y se llevaría a cabo en Bamberg, Alta Franconia, donde regía Streicher. No había orden del día. Hitler declaró simplemente que había “importantes cuestiones sin resolver” que deseaba que los líderes discutieran.

Goebbels fue a Bamberg con Strasser “de excelente humor”, convencido de que ésa sería la ocasión en que al fin persuadiría a Hitler de que él tenía razón. “En Bamberg jugaremos a la bella recatada y atraeremos a Hitler a nuestro terreno”, observó en su diario “[...] Ya nadie cree en Munich. Elberfeld se convertirá en la Meca del socialismo alemán.” En Bamberg, sin embargo, le esperaba una muy desagradable sorpresa.

Hitler hizo todo lo posible por montar una demostración de fuerza, llegando en una impresionante caravana y cerciorándose de que los líderes locales, más los diputados del Landtag y el Reichstag, excedieran ampliamente en número a los pocos delegados del norte. Goebbels y Strasser estaban prácticamente solos como partidarios de las resoluciones aprobadas en Hannover. Dado que ésa era una reunión privada, Hitler podría hablar, y eso fue justamente lo que hizo, durante al menos dos horas; algunos informes indican que fueron cuatro o cinco. Demolió punto por

punto todo aquello en lo que Goebbels, Strasser y la AG creían, haciendo añicos el programa de su borrador. “El programa de 1920”, proclamó dogmáticamente, “es el fundamento de nuestra religión, nuestra ideología. Alterarlo sería un acto de traición a quienes murieron creyendo en nuestra idea.” Rechazó por completo las ideas de Goebbels sobre política exterior. Sobre todo, reafirmó su posición dictatorial en el partido. Su mensaje fue claro e inequívoco: el partido nazi debía unirse bajo un Führer, o no sería nada.

Goebbels quedó devastado:

> Me siento deshecho. ¿Qué clase de Hitler es éste? ¿Un reaccionario? Extremadamente torpe e incierto. La cuestión de Rusia, completamente errónea. Italia e Inglaterra, nuestros aliados naturales. ¡Terrible! Nuestra tarea es la aniquilación del bolchevismo. ¡El bolchevismo es una creación judía! ¡Debemos ser herederos de Rusia! ¡Ciento ochenta millones! ¡Compensación para los príncipes! La derecha no debe dejar de ser justa. También con los príncipes. ¡No le muevan a la cuestión de la propiedad privada! (¡*sic*!). ¡Espantoso! ¡El programa es suficiente! Contentos con él. Feder asiente. Ley asiente. Streicher asiente. Esser asiente. ¡¡¡Me duele en el alma verlo en esa compañía!!! Breve discusión. Strasser habla. Vacilante, tembloroso, inepto, el bueno y honrado de Strasser. ¡Dios, qué indigno rival somos para esos canallas![40]

Tras el lamentable fracaso de Strasser en el estrado, los delegados del norte aguardaban expectantes que Goebbels, su orador estrella, desafiara a Hitler, pero él los dejó pasmados al guardar silencio: “No puedo decir una sola palabra. Siento como si me hubieran pegado en la cabeza [...] Sin duda, una de las mayores decepciones de mi vida. Mi fe en Hitler ya no es completa. Esto es lo terrible: me quitaron la base bajo mis pies.”[41]

Strasser había capitulado, pero Hitler era demasiado listo para humillarlo. Tal triunfalismo habría alejado al considerable número de seguidores de Strasser, y Hitler necesitaba a los miembros del norte, incluido el menudo doctor cuyo promisorio futuro él había advertido. Tan pronto como Strasser terminó de hablar, Hitler se acercó a él y le rodeó los hombros con un brazo, en una muestra pública de camaradería. Goebbels exhibió su lealtad acompañando a Strasser a la estación del tren al final de la reunión.

La desilusión de Goebbels respecto a Hitler difícilmente duró más que el viaje de regreso a Elberfeld, de una noche en tren. Tras unas cuantas

horas de duda, concluyó que era obvio que Hitler aún se hallaba bajo la influencia de la “camarilla de Munich”, y decidió seguir su batalla contra ella. “Fortalécete. Deja que la gente de Munich disfrute su victoria pírrica”, escribió en su diario días más tarde. “Trabaja, fortalécete, y lucha luego por el socialismo.”[42] Como primer paso, Strasser y él le dieron una “bofetada” a Feder diciéndole que su “previa relación de confianza” había terminado y retirándole la invitación a hablar en una próxima concentración en Essen. También empezaron a atacar a Rosenberg, al que juzgaban una influencia particularmente maligna como director del *Völkischer Beobachter*.

Hitler siguió cortejando a Goebbels, e intentando mantener a Strasser en el partido. Dio su aprobación a la nueva editorial, y no protestó cuando Strasser fusionó los Gaue de Renania del Norte y Westfalia en un solo y poderoso Gau del Ruhr, con Kaufmann, Goebbels y Pfeffer como Gauleiter asociados. En abril, además, luego de hablar con Strasser, sacó a Esser de la dirigencia nacional del partido.

Aunque idolatraba a Hitler, Goebbels seguía siendo hombre de Strasser, y casado con los mismos ideales socialistas de éste. La tarea de Hitler de separarlos se facilitó cuando Strasser cayó en cama varias semanas a causa de graves lesiones en las piernas luego de que su auto fue impactado por un tren de carga en un crucero en Altenessen el 10 de marzo. Hitler lo visitó en su casa en Landshut, llevando compasión y un enorme ramo de flores, tras de lo cual pasó a ocuparse de Goebbels, a quien invitó a hablar, en su presencia, en el sanctasanctórum del movimiento, la Bürgerbraukeller, la taberna donde solían reunirse.

Goebbels llegó a Munich el 7 de abril, junto con Kaufmann y Pfeffer, para toparse con lo que describió como “una grandiosa recepción”. El sol brillaba, y el propio automóvil de Hitler, un Mercedes reluciente y sobrealimentado, esperaba en la estación para llevarlos a su hotel, por calles repletas de “inmensos carteles” que anunciaban la presentación de Goebbels al día siguiente. Tras un paseo por la ciudad, con una escala para comer salchichas y tomar cerveza en la Bratwurstglöckel (La Salchichera), regresaron a su hotel, donde se enteraron de que Hitler había telefoneado para decir que quería verlos personalmente. Goebbels le llamó desde la cafetería, y un cuarto de hora más tarde él estaba ahí, “grande, saludable, lleno de vida. Su amabilidad a pesar de Bamberg nos apabulla”. Deseó suerte a Goebbels en su discurso, y les dejó nuevamente su auto para una

vigorizante excursión al lago Starnberger. Después llegó la hora del gran acontecimiento:

A las ocho en punto de la noche arribamos a la Bürgerbrau. Hitler ya está ahí. Mi corazón late tan fuerte que está a punto de estallar. Entro a la sala. Clamorosa bienvenida. Lleno total. Streicher abre. Y luego yo hablo durante dos horas y media. Lo doy todo. El público grita y aúlla. Al final, Hitler me abraza. Tiene lágrimas en los ojos. Estoy inmensamente feliz. Entre la apretada masa hasta el auto. Gritos de *Heil*! Hitler me espera solo en el hotel. Después cenamos juntos. Es el anfitrión perfecto. Y qué grande es por esto.[43]

Terminada la cena, Hess, Streicher y otros prominentes miembros de la dirigencia los acompañaron a un concierto en la sala Reichsadler (Águila Imperial). Hitler mantuvo a Goebbels a su lado todo el tiempo, mostrando así su alta consideración por su nueva y joven estrella fugaz. Esa noche, Goebbels no pudo dormir.

Kaufmann y Pfeffer quedaron menos impresionados que Hitler por el discurso de Goebbels. En su opinión, éste fue blando con la reaccionaria "camarilla de Munich", y al día siguiente le dijeron que su discurso había sido "basura". Pero a Goebbels no le importó; lo único que importaba era que el Führer lo había elogiado. Invitados a comer solos con Hitler, los tres fueron amonestados por su participación en la AG y el programa del borrador antes de que Hitler les diera su absolución. "En definitiva", escribió Goebbels, "la unidad prevalece. Hitler es grandioso. Nos da a todos un cordial apretón de manos". Mientras Hitler los sometía a uno de sus monólogos de tres horas, abundando en su discurso de Bamberg, Goebbels escuchaba extasiado, al parecer, sin darse cuenta de que Hitler ajustaba específicamente todo lo que decía al propósito de conquistarlo. Los juicios que antes tanto le habían deprimido ahora resultaban "brillantes" y "convincentes":

Lo amo. La cuestión social. Una idea absolutamente novedosa. Lo ha estudiado todo detenidamente. Su ideal: un colectivismo e individualismo justos. En cuanto al suelo —todo pertenece al pueblo. La producción debe ser creativa e individualista. Monopolios, transporte, etc., deben socializarse [...] En suma, es todo un hombre. Una mente tan radiante bien puede ser mi guía. Me inclino ante el gran hombre, ante el genio político.[44]

Mientras los otros regresaban al Ruhr, Goebbels permaneció en Baviera con Hitler, gracias a lo cual conoció a los peces gordos de Munich. Fue displicente con casi todos ellos; Hess, “el decente, sereno, agradable y reservado secretario privado”,[45] fue el único que le simpatizó de verdad. Pasó el fin de semana en Landshut, con Gregor Strasser y Himmler, al que llamó “una buena persona, muy inteligente. Me simpatiza mucho”. Entre sus discursos en Landshut y Dingolfing, se enamoró de la “maravillosa” familia extensa de Strasser, cuya calidez y permanente buen humor le impresionaron tanto que se sintió movido a escribir en su diario: “¡Oh, Gregor Strasser, cuán dura debe ser la revolución para usted!”.

De vuelta en Munich, la seducción de Goebbels por Hitler siguió a toda vela. Hitler pasó horas hablando con él sobre política oriental y occidental y el problema de Rusia. Lo invitó a cenar en su departamento —“una hermosa joven estaba ahí”, observó Goebbels— y lo llevó a paseos panorámicos de un día de duración a hermosos lugares bávaros. Goebbels lo acompañó a compromisos oratorios en Stuttgart, se sentaba con él en la tribuna y al terminar lo elogiaba y abrazaba.

“Creo”, escribió el prendado Goebbels el 19 de abril, “que él me ha tomado cariño como a nadie más [...] Adolf Hitler, yo lo amo, porque es usted grande y simple al mismo tiempo. Lo que se dice un genio.”[46] Esa noche escribió una empalagosa carta de felicitación a Hitler por su trigésimo séptimo cumpleaños, que empezaba: “¡Querido y venerado Adolf Hitler! ¡He aprendido tanto de usted! [...]”. La conquista se había consumado.

Los colegas de Goebbels en el Ruhr interpretaron naturalmente su cambio de dirección como una traición a sus principios socialistas, y las relaciones de Goebbels con Kaufmann en particular se volvieron tensas. Tanto éste como Strasser lo acusaron de doblegarse ante Hitler, denominando acertadamente su conversión como “el Damasco de Joseph Goebbels”. Pero él permaneció inamovible. En la primera concentración nacional del nuevo partido el 3-4 de julio, celebrada en Weimar —pues Turingia era uno de los pocos estados en los que Hitler tenía permitido hablar en público—, se alineó sin reservas tras los principios del Führer, evitando en su discurso todos los temas controvertidos y abandonando los procedimientos

democráticos que habían sido uno de los rasgos distintivos del partido en el norte.

Hacia fines de ese mes, se le invitó a acompañar a Hitler durante unas vacaciones en Berchtesgaden. El Führer no había comprado todavía la casa en el Obersalzberg que habría de convertirse en la Berghof (Quinta de la montaña), y se hospedó en el Hotel Deutsches Haus (Casa alemana), para trabajar en el segundo volumen de *Mein Kampf* y relajarse, protegido por su secretario, Hess; su chofer, Emil Maurice, y su fotógrafo, Heinrich Hoffmann. Curiosamente, también Strasser estaba ahí. Goebbels, emocionado de que se le admitiera en ese íntimo círculo mágico, hizo con ellos paseos panorámicos en auto a las montañas y recorridos en bote en el Königsee.

Dondequiera que iban, eran sometidos a nuevos y difusos monólogos de Hitler, quien desembuchaba sus pensamientos sobre prácticamente cualquier cosa. Cegado por su encaprichamiento, Goebbels lo veía como “el natural instrumento creativo de un destino divino [...] ¡En medio de la más honda aflicción brilla una estrella! Me siento completamente ligado a él. La última duda en mí ha desaparecido”. Y días después:

> Es un genio. El natural instrumento creativo de un destino determinado por Dios. Tiemblo en su presencia. Así es él: como un niño, adorable, bueno, compasivo. Como un gato, astuto, inteligente y ágil. Como un león, magníficamente rugiente y enorme. Un tipo espléndido, un hombre de verdad. Habla del Estado. En la tarde, de conquistar el Estado, y del significado de la revolución política. Pensamientos que quizá yo mismo he tenido, pero no expresado. Después de la cena nos sentamos largo rato en el jardín de la residencia de los marineros, y él diserta sobre el nuevo Estado y cómo lo alcanzaremos. Suena a profecía. Encima de nosotros, en el cielo, una nube blanca forma una svástica. Una luz brillante en el cielo que no puede ser una estrella. ¿Una señal del destino? ¡Nos vamos tarde a casa! A la distancia, reluce Salzburgo. Estoy muy feliz. Esta vida vale la pena vivirla. “Mi cabeza no rodará en el polvo hasta que mi misión sea cumplida.” Éstas fueron sus últimas palabras. ¡Ése es él! Sí, ¡ése es él![47]

Al mes siguiente Goebbels rompió públicamente con Strasser y sus colegas, en un artículo en el *Völkischer Beobachter*. “Sólo ahora”, escribió, “los reconozco como lo que son: revolucionarios de palabras, pero no de hechos.” Esperaba un puesto partidista en Munich, donde podría estar cerca de su ídolo; apuntando alto como de costumbre, habló incluso de que se le

nombraría secretario general del movimiento. Pero la vieja guardia de Munich, envidiosa de las atenciones que Hitler había prodigado al recién llegado y recelosa de la sinceridad de éste, tenía otras ideas.

Desde junio se había hablado de enviarlo a Berlín, tan lejos de Munich y Hitler como fuese posible, para remplazar al *Gauführer* ahí, el doctor Ernst Schlange, *protégé* de Strasser, quien había renunciado de cara a las interminables disputas internas, en particular entre el partido y la SA (Sturmabteilung, Sección de Asalto). Goebbels había pronunciado recientemente un discurso en esa ciudad, y le horrorizó lo que vio. "Todos quieren que vaya a Berlín como salvador", escribió. "¡Gracias por el desierto de piedra!".[48]

Había, sin embargo, convincentes argumentos a favor de que Goebbels fuera al "rojo Berlín". Si el partido había de ser verdaderamente nacional, debía tener una fuerte presencia en la capital. "Quien tiene a Berlín", dijo Hitler, "tiene a Prusia, y quien tiene a Prusia tiene a Alemania." No obstante, Berlín, la ciudad industrial más grande de Alemania, era el tradicional centro de apoyo de comunistas y socialistas. Los socialdemócratas eran el partido más fuerte en la ciudad, con setenta y cuatro asientos en el ayuntamiento, seguidos por los comunistas, con cuarenta y tres. Pero con doscientos cincuenta mil miembros, veinticinco periódicos, ochenta y siete grupos afiliados y cuatro mil células políticas en activo, el de Berlín era el segundo Partido Comunista más grande del mundo, sólo superado por el de Moscú. Combatirlo en su propio terreno era una tarea casi imposible. Goebbels era uno de los muy pocos en el partido —quizá el único, incluso— preparado para enfrentarlo.

Berlín también era la base de poder de los Strasser: los dos hermanos habían establecido ahí la Kampfverlag en marzo, con dinero que Gregor había obtenido vendiendo su farmacia en Landshut, y en ella editaban *Der Nationale Sozialist* como semanario, con siete versiones regionales bajo títulos locales. El título en Berlín era *Berliner Arbeiterzeitung* (Diario obrero berlinés). Aunque su circulación total era de menos de ocho mil ejemplares, esas publicaciones constituían una constante fuente de irritación para Hitler, pues inevitablemente promovían las opiniones de los Strasser más que las suyas. Otto, como siempre, se inclinaba mucho más a la izquierda que Gregor —Goebbels lo describió como semimarxista y

fanático—[49] y, a diferencia de su hermano, no se había reconciliado con Hitler. Si alguien sabía cómo manejar a los Strasser, ése tenía que ser Goebbels, con su íntimo conocimiento del pensamiento y métodos de los hermanos.

Durante varias semanas, Goebbels siguió resistiéndose. Pero a fines de agosto la jefatura del partido le pidió asumir la dirección provisional del Gau de Berlín por cuatro meses, y él fue a echar un vistazo tres semanas después. El estado de la organización del partido no era alentador, y la ciudad le pareció detestable: "Berlín de noche. ¡Un antro de iniquidad! ¿Y se supone que tengo que sumergirme en esto?". Pero una peregrinación a Potsdam y a la tumba de Federico el Grande —en la incitante compañía de Josefine von Behr, "una criatura encantadora"— fue "uno de los grandes momentos de mi vida", y empezó a ceder.

Los dirigentes en la oficina de Berlín hicieron todo lo posible por convencerlo; y cuando Emil Maurice le dijo, sin duda por instrucciones del propio Hitler, cuánto deseaba éste que aceptara esa misión de vital importancia, Goebbels comenzó a mostrar cierto entusiasmo por el reto. En cualquier caso, ansiaba salir de Elberfeld, dado que la atmósfera en la oficina del Gau era crecientemente desagradable, y su relación personal con Kaufmann cada vez más tensa.

El 30 de octubre, un día después de cumplir veintinueve años, Goebbels regresó de una nueva gira de discursos para encontrar una carta de Hitler que confirmaba su nombramiento. "Berlín es perfecto. ¡Hurra!", escribió. "Sólo falta una semana para que yo esté en la capital del Reich." Habiéndose convencido de que su vida de entonces —con su constante ronda de compromisos oratorios y de "atroces" experiencias en lugares como Chemnitz, Plauen, Bochum y Zwickau— era "demasiado gris", anhelaba "decir adiós desde Berlín".[50] Puso rápidamente en orden sus asuntos en Elberfeld, dejó a la "mestiza" Else Janke y compró un boleto de tren de tercera clase a Berlín.

“EL PRINCIPAL BANDIDO DE BERLÍN”

Goebbels llegó a la estación Anhalter de Berlín el domingo 7 de noviembre de 1926. Fue recibido por Otto Strasser, quien le había conseguido alojamiento “a un precio excelente” con Hans Steiger, director del *Berliner Lokalzeitung* (Diario local berlinés), y su esposa, en su espacioso departamento cerca del puente Potsdamer sobre el canal Landwehr. Los Steiger eran partidarios nazis y buenos amigos de los Strasser, así que podía contarse con que los mantendrían informados sobre las actividades de su nuevo inquilino. Lo mismo podía decirse del “círculo de inteligentes y confiables amigos del partido” que visitaban regularmente el lugar, quienes ayudaron a Goebbels a conocer la ciudad. Frau Steiger tenía a otros huéspedes de paga, todos ellos cuidadosamente seleccionados, pero trataba a Goebbels como amigo de la familia, poniendo el departamento a su entera disposición, e incluso proporcionándole un espejo de cuerpo entero en su cuarto para que pudiera ensayar sus discursos frente a él.

Pese a su defección al bando de Hitler, los Strasser se tomaron la molestia de hacer sentir bienvenido a Goebbels, al menos al principio. Es indudable que estaban al tanto de las especiales facultades preceptivas que el Führer le había concedido para hacer todo lo que creyera conveniente con objeto de limpiar a conciencia al partido en Berlín, y no querían contrariarlo. Pero también deben haber pensado que, en el fondo, seguía creyendo en la misma filosofía que ellos y podía ser un valioso aliado. De cualquier modo confiaban en que los apoyaría en sus, a menudo, violentas peleas con otros en el partido local, en especial con Kurt Daluege, quien comandaba a la SA (Sturmabteilung, Sección de Asalto) en Berlín. Quizá hayan pensado, incluso, que podrían controlarlo; Gregor, después de todo, había sido su mentor antes de su meteórico ascenso. De ser así, les esperaba una pronta desilusión.

Para su primera aparición oficial, en la ceremonia del 9 de noviembre en memoria de los caídos en el *Putsch* de Munich tres años antes, Goebbels siguió el ejemplo de Hitler, llegando tarde y en “un taxi particularmente grande y elegante”. A Otto Strasser, quien lo presentaría, le molestaron ambas cosas. Le dijo a Goebbels que todos los miembros del partido eran unos “pobres diablos” y que esas pretensiones les disgustarían. “Te equivocas en toda la línea, Strasser”, replicó Goebbels con una sonrisa desdeñosa. “Dices que no debí tomar un taxi. Al contrario. Habría llegado en dos, de haber podido. La gente debe ver que esta organización puede hacer un buen papel.”[1] Procedió a demostrar que tenía razón con un electrizante discurso que enloqueció a su público y que convirtió su debut como Gauleiter (líder de distrito) de éste en un triunfo personal.

El partido, cuya dirección asumió Goebbels, difícilmente era siquiera un grupo escindido en los márgenes de la política nacionalista. Con apenas unos trescientos miembros —según Goebbels—, era una irrelevancia en una ciudad de cuatro millones de habitantes, e incluso esos trescientos estaban más interesados en pelear entre sí que en combatir a los comunistas y socialistas. Sin embargo, peleaban sobre todo con la SA, que los eclipsaba con unos quinientos integrantes en la ciudad, y que Daluege insistía en mantener aparte. La oficina del partido se encontraba en un lúgubre sótano en el patio trasero de Potsdamer Strasse 109, que Goebbels describiría como “una especie de bodega sucia, que llamábamos el fumadero de opio [...] Sólo tenía luz artificial. Al entrar, uno tropezaba con una densa atmósfera de humo de puro, cigarro y pipa. Hacer un concienzudo y sistemático trabajo ahí era inimaginable. Reinaba una confusión del demonio. Cualquier organización real era prácticamente inexistente. La situación financiera era desesperada.”[2]

La mafia de Munich debe haberse felicitado por haber destinado al problemático doctorcito al equivalente de la Conchinchina, llena de hostiles nativos que seguramente se desharían de él. Pero Goebbels era un misionero, henchido de celo y fortalecido por la bendición de Hitler, y sólo vio el reto y las oportunidades. Durante su primera semana, pasó por el partido local como un torbellino. Su primera directiva, en su primer día en el cargo, fue prohibir toda nueva discusión entre los bandos de Strasser y Daluege, amenazando con la expulsión del partido a quien desobedeciera.

Luego nombró a Daluege, alto y fornido exingeniero sanitario que se regocijaba en el delator apodo de “Dummi-Dummi”, como su suplente, atando así firmemente al partido, tanto al propio Daluege como a la SA, y enviando un inequívoco mensaje a los Strasser de que se mandaba solo. Empezó a buscar un nuevo local. Y comenzó a tratar de remediar la pobreza del partido, estableciendo la Asociación Nacionalsocialista por la Libertad, “círculo de convencidos donadores” comprometidos a hacer regulares contribuciones mensuales a los fondos del partido, la cual tenía pronto más de doscientos miembros que producían un total de mil quinientos marcos al mes.

El joven Goebbels tenía prisa. El domingo 14 de noviembre, exactamente una semana después de su arribo a Berlín, encabezó una marcha propagandística de la SA por el fuertemente comunista distrito de Neukölln. Buscaba problemas, y los halló: superada ampliamente en número por la comunista Rotfrontkämpferbund (Liga de Combatientes del Frente Rojo), la lastimosamente reducida pandilla de nazis se vio en dificultades cuando fue atacada con “resorteras, mazos, palos y hasta pistolas”[3] luego de que él pronunciara un discurso deliberadamente provocador. Los nazis fueron golpeados tan severamente que tuvieron que huir para salvar la vida. Goebbels había hecho sentir su presencia en la ciudad, y dado aviso de sus futuras intenciones. Pero por el momento, incluso él tuvo que admitir que debía dedicar más tiempo a preparar y acrecentar sus fuerzas antes de lanzar nuevas acciones.

El traslado de Goebbels a Berlín no fue de ninguna manera el único importante cambio organizativo en el partido nazi en el otoño de 1926. La posición de Rudolf Hess se consolidó cuando se le nombró secretario de un nuevo consejo nacional del partido, encargado de sentar las bases burocráticas de un Estado dentro del Estado, con departamentos de asuntos extranjeros, agricultura, asuntos económicos, trabajo, interior, etcétera, como ministerios alternos de las principales áreas de gobierno. Surgieron, asimismo, nuevas formaciones auxiliares para impulsar las ambiciones del partido de convertirse en un genuino movimiento de masas: la Juventud Hitleriana, la Liga Nacionalsocialista de Estudiantes Alemanes, la Liga Nacionalsocialista de Escolares y la Liga Nacionalsocialista de Mujeres, además de ligas que cubrían las principales profesiones: maestros,

abogados, médicos. El NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán) podía ser un partido pequeño, pero tenía grandes ideas.

Mientras se tendían los cimientos de una compleja estructura de apoyo, Hess vio con agrado que Hitler reforzaba su control sobre la dirigencia. Le recordó a Walter Hewel, quien había estado con ellos en la cárcel de Landsberg, la opinión que Hitler había expresado entonces sobre el "principio de autoridad": "Incondicional autoridad hacia abajo y responsabilidad hacia arriba", que Hess veía como la "democracia germánica", una definición que seguramente habría complacido al mismo káiser. Hess comparó reveladoramente a "el gran líder popular" con "el gran fundador de una religión", que "debe comunicar a sus escuchas una fe claramente establecida. Sólo entonces la masa de seguidores podrá ser conducida adonde debe ir".[4]

Como la mayoría de las organizaciones políticas extremistas, el partido nazi había sido un nido de víboras de celos y animosidad personal desde el principio, en malévola competencia sus caciques por posiciones y poder. Deliberadamente, Hitler hacía poco o nada por desalentar esas mezquinas rivalidades y, en realidad, con frecuencia las alentaba decididamente mientras mantenía la impresión de olímpica indiferencia. Cada vez le era más difícil distanciarse, sin embargo, cuando prominentes miembros del partido buscaban su intervención en los pleitos. Para evitarlo, instituyó el tribunal del partido, el Untersuchungsund Schlichtungsausschuss (USCHLA), (Comité de Investigación y Arbitraje), para preservar la disciplina interna y resolver controversias sin involucrarse. El primer jefe del USCHLA, el general retirado Bruno Heinemann, no entendió que su papel no era juzgar delitos y dictar condenas, sino acallarlos y cerciorarse de que nadie desafiara la autoridad de Hitler. Heinemann, a quien Goebbels describió como "correcto, formulador de preguntas tontas, en absoluto capaz de pensar seriamente, un código de honor en forma humana",[5] fue remplazado pronto por el dócil mayor Walter Buch y dos asistentes: el exguardaespaldas de Hitler, Ulrich Graf, y su abogado, Hans Frank.

En septiembre de 1926, casi al mismo tiempo en que se pedía a Goebbels hacerse provisionalmente cargo del Gau de Berlín, Hitler acabó con lo que quedaba del triunvirato del Gran Ruhr de Strasser retirando de él a Pfeffer von Salomon y nombrándolo comandante nacional de la

reconstituida SA. Había iniciado el proceso de renovación de la SA en la concentración de Weimar, creando oficialmente ocho nuevas unidades para complementar a las cuatro originales formadas en 1923. Al mismo tiempo, una nueva formación de la SA, la Schutzstaffel (Escuadrón de Protección) —conocida simplemente como SS, una evolución de la escolta original de Hitler, la Stosstrupp Adolf Hitler—, había desfilado entonces por primera vez. En señal de su categoría de elite, Hitler le obsequió el "Estandarte de Sangre" que había ido a la cabeza de la marcha al Feldherrnhalle. A diferencia de la SA, en general, no cabía la menor duda de que la exclusiva lealtad de la SS era para Adolf Hitler.

También en septiembre, habiendo consumado la demolición de la potencial base de poder de Gregor Strasser, Hitler incluyó al propio Strasser en la dirigencia nacional, donde podía vigilarlo muy de cerca, nombrándolo jefe de propaganda, posición que Goebbels había codiciado. Tal vez esta decisión contribuyó a que Goebbels optara por aceptar el puesto de Berlín. Strasser había presionado para conseguir ese puesto, y lo ejerció en forma satisfactoria, poniendo en él una energía y profesionalismo notablemente ausentes en el pasado. Trabajó de manera incansable, recorriendo el país para coordinar actividades regionales y locales, haciendo listas de oradores, entusiasmando y organizando a los empleados del partido. Fue Strasser, no Goebbels, quien creó la maquinaria de propaganda del partido nazi. Pero no lo hizo solo: llevó consigo de Landshut a Munich a su hábil ayudante, Heinrich Himmler, nombrado oficialmente subjefe nacional de propaganda.

Era Himmler, como siempre, quien se ocupaba de los detalles y mantenía en funcionamiento la maquinaria, mientras Strasser, como siempre, pasaba la mayor parte de su tiempo ya sea en Berlín atendiendo sus deberes en el Reichstag y dirigiendo la Kampfverlag o recorriendo el país para pronunciar discursos y reagrupar a las tropas. Himmler conseguía oradores, elaboraba su programa y organizaba su protección contra ataques de los comunistas. Recolectaba inteligencia de muchas fuentes para su uso en la propaganda; su habitación estaba repleta de periódicos, revistas y recortes, y recibía informes sobre organizaciones políticas rivales, e incluso iba a sus mítines para saber qué tramaban. Ideó una nueva forma de hacer campaña que pronto fue adoptada como procedimiento normal del partido

nazi, de acuerdo con la cual áreas selectas se saturaban con todo tipo de propaganda durante un periodo breve para lograr el máximo impacto.

La búsqueda de oradores puso a Himmler en contacto con todos los miembros prominentes del partido, quienes terminaron por saber que podían confiar en él para que las cosas se hicieran como debían, silenciosa y eficientemente: *Der Heini macht es schon* (Heini se encarga) se convirtió en una consigna que resumía la actitud de todos ante él, tal como había ocurrido también en sus años de estudiante. Entre aquellos con quienes trabajaba estaba Goebbels. Pese a sus diferentes antecedentes políticos y personales, ambos Jóvenes Turcos —los dos eran aún menores de treinta años— descubrieron que compartían muchas opiniones y que se llevaban bien, así que se reunían muy a menudo para chismear. En esa etapa se consideraban aliados contra los toscos ignorantes que componían la mayor parte de la dirección del partido, antes que como rivales. Y con toda la energía de la juventud, compartían una asombrosa capacidad de trabajo, atiborrando sus días de actividades que habrían agotado a casi cualquiera. Esto fue lo que, por sobre todo lo demás, llevó a los dos a la cima.

Increíblemente, aun con todos sus otros deberes, Himmler todavía encontraba tiempo para hacer giras de discursos, así como para encargarse de la impresión y distribución de carteles, volantes y folletos y para desempeñarse como director adjunto del diario *völkisch* local, el *Kurier für Niederbayern* (*Correo de la Baja Baviera*). Colaboraba, además, con artículos regulares en el *NS-Briefe* (*Cartas del* Nacionalsocialismo) de Goebbels. Como sus discursos, éstos trataban casi siempre de la amenaza para los campesinos alemanes de una supuesta conspiración judía para reducir el valor de los terrenos agrícolas, comprarlos a “precios de regalo” y retirarlos después de la producción: “Cuando llegue la catástrofe y una proporción sustancial del campo alemán esté en manos judías”, escribió, “ni un solo tallo de grano crecerá en él. Luego, sin la protección de la agricultura alemana, estaremos totalmente a merced de los comestibles comerciales. Éstos no se ofrecerán al bajo precio actual, sino que los precios de los alimentos serán incrementados a niveles exorbitantes”.[6]

Aunque ya trabajaba en una oficina en el local del partido en Munich, Himmler mantenía aún su puesto como Gauleiter suplente, para entonces no sólo de la Baja Baviera, sino también de Suabia. Una de sus

responsabilidades ex officio era organizar y dirigir a la SS en el Gau; él era el miembro número 168 de la SS. Asimismo, era Gauführer de Baviera y el enlace oficial del partido con la Sociedad Artaman, organización consagrada al ideal *völkisch* de renovar la raza aria alemana pura invirtiendo el flujo humano del campo a la ciudad, ese "antro de iniquidad", y dirigiéndolo al poblamiento de los vastos espacios en el este. En un nivel práctico e inmediato, esa sociedad enviaba a jóvenes alemanes a trabajar en las grandes propiedades de Sajonia y Prusia oriental para que el campo no se contaminara con trabajadores polacos. Los eslavos eran la segunda *bête noire* de Himmler. "Aumentar nuestra población campesina", escribió, "es la única defensa efectiva contra la afluencia de las masas de trabajadores eslavos del este. Como hace seiscientos años, el destino de los campesinos alemanes debe ser preservar e incrementar el patrimonio del pueblo alemán en su sagrada madre tierra en guerra contra la raza eslava."[7]

A lo largo de 1927, Himmler trabajó sin descanso en Munich, aparentemente satisfecho de ser el perenne chico anónimo, acumulando méritos por diligencia más que por brillantez. Su compromiso no flaqueó nunca, pese a que el partido estaba de capa caída, con decreciente asistencia a los mítines, aún cuando el propio Hitler fuera el orador; la prohibición a éste de hablar en público fue levantada en Baviera y casi todos los demás estados en marzo, aunque en Prusia y Anhalt siguió en vigor hasta el otoño de 1928. Sólo había un lugar en Alemania en el que el interés en el partido no iba en declive, y ése era Berlín, donde Goebbels trabajaba frenéticamente para insuflar vida a un cuerpo moribundo.

A principios del nuevo año de 1927, halló nuevas instalaciones para su oficina central: cuatro habitaciones con dos líneas telefónicas en el primer piso del frente de Lützowstrasse 44, encima de un taller de reparación de motocicletas, una pequeña cafetería y la funeraria de la Sociedad Crematoria de Berlín. Adquirió un landaulet Opel azul de siete plazas, que podía servir como estrado y para el rápido desplazamiento de milicianos a peleas callejeras lo mismo que como su transporte personal. Puso una escuela de oradores. Formó una banda militar de cuarenta integrantes para que encabezara las marchas nazis. Y reorganizó la estructura de la SA, separándola en tres "niveles" que cubrían el centro de la ciudad, los

suburbios y Brandeburgo, cada cual con hasta veinte “divisiones” de catorce hombres, para permitirle reaccionar más rápido a oportunidades de problemas.

La mayoría de los hombres de la SA eran matones desempleados siempre en busca de camorra, así que la disciplina era un problema permanente, en especial cuando eran los “políticos” del partido los que trataban de imponerla. Durante las primeras semanas de su temporada en Berlín, Goebbels habló todos los días en mítines de partidarios o milicianos de la SA, predicando la buena nueva nazi como a un círculo bíblico evangélico en el que los fieles gritaban *Heil!* en vez de “¡Aleluya!”. En un lapso notoriamente corto, su mensaje empezó a dar fruto. Al mismo tiempo, se ganó el respeto de la SA permaneciendo sin temor en la tribuna durante confrontaciones con los comunistas, jamás agachándose ni tirándose al suelo para protegerse cuando los tarros de cerveza y las patas de sillas empezaban a volar. “Las dotes oratorias y talento organizativo mostrados por ese hombre eran únicos”, escribió Horst Wessel, desertor universitario de diecinueve años de edad e hijo de un pastor protestante que acababa de alistarse en la SA. “No había nada que no pudiera manejar. Los camaradas del partido se aferraban a él con enorme devoción. La SA se habría dejado cortar en pedazos por él. Goebbels era como Hitler mismo. Era *nuestro* Goebbels.”[8]

Goebbels sabía que hacía falta algo más que discursos a los incondicionales para elevar el perfil de su partido y atraer nuevos reclutas. La respuesta estaba en la publicidad. “Berlín necesita escándalo como un pez necesita agua”, escribiría después. “Esta ciudad vive de eso, y toda propaganda política que no lo reconozca está condenada al fracaso.”[9] Pese a todos sus esfuerzos, sin embargo, Berlín seguía en gran medida ajena al partido nazi. Los periódicos no se interesaban en los choques que él montaba entre la SA y los comunistas. Ni siquiera cubrían, en alto grado, los enfrentamientos con la policía. Goebbels estaba desesperado. “Que nos maldigan, nos difamen, nos combatan y nos peguen”, gritaba, “¡pero que hablen de nosotros!”.

Para hacer que la gente hablara de ellos, Goebbels reservó el Salón Pharus, en el distrito de Wedding, justo al norte del centro de la ciudad, para una concentración, en la que hablaría del “colapso del Estado burgués”. Fue

un paso valiente y provocador: Wedding era un baluarte comunista en mayor medida aún que Neukölln, y el Salón Pharus el lugar habitual de reunión del KPD (Partido Comunista Alemán). Para cerciorarse de que el desafío fuera advertido, Goebbels llenó las calles de grandes carteles rojo sangre, notorio cambio en comparación con los pequeños y económicos letreros que el partido empleaba anteriormente.

Cuando Goebbels subió a la tribuna el 11 de febrero, la sala estaba a reventar, con una explosiva mezcla de partidarios y adversarios, aunque él se había asegurado de que nazis y milicianos de la SA fueran mayoría. Ambos bandos habían llegado armados con nudilleras de metal, palos, cadenas y barras de hierro, y arremetieron ferozmente uno contra otro, rompiendo narices y mandíbulas y dejándose inconscientes hasta que al final los comunistas fueron aplastados y obligados a retirarse bajo protección policiaca. La SA registró ochenta y cinco comunistas heridos, contra tres de los suyos heridos de gravedad y “entre diez y doce levemente”. Goebbels hizo subir a los heridos a la tribuna, donde exhibieron orgullosamente sus lesiones como trofeos. Fue una victoria notable. Pero el verdadero éxito llegó a la mañana siguiente, cuando todos los periódicos de Berlín publicaron elocuentes informes de la “Batalla del Salón Pharus” y el partido nazi fue, así haya sido sólo durante un día o dos, el centro del escándalo que Goebbels había buscado para saciar a la hambrienta ciudad. Cuando un diario llamó “bandidos” a los nazis, Goebbels se apresuró encantado a sacar provecho de eso y empezó a anunciarse como “el principal bandido de Berlín”.

La batalla del Salón Pharus fue, en palabras del propio Goebbels, “un buen comienzo”. Produjo una oleada de nuevos reclutas tanto para el partido como para la SA, pero él sabía que ése era sólo el principio. Debía añadir algo, y procedió a hacer justamente eso, inventando, mintiendo y exagerando con una genialidad cínica totalmente carente de conciencia. Todo era útil para su máquina propagandística: durante un periodo sorprendentemente largo insinuó, sin que nadie lo desmintiese, que se había lesionado el pie en las trincheras, soltando astutamente en sus discursos la expresión “los que fuimos heridos en la guerra” para establecer un vínculo falso con los veteranos en el público.

Revistió a la SA de presunta dignidad por el Salón Pharus creando un héroe mítico, "El Soldado Desconocido de la SA", supuesta víctima de "tácticas comunistas de terror". Exhibía a milicianos sanos de la SA, como si hubieran sido atacados. Designó el 19 de marzo, aniversario de la fundación de la SA de Berlín, como el "Día de Mark Brandenburg", y subió a cuatrocientos de sus miembros a un tren con destino a la pequeña localidad comercial de Trebbin, a unos treinta kilómetros de la ciudad. Ahí, los condujo en una procesión con antorchas a las colinas, donde montó una casi religiosa ceremonia al aire libre en memoria de las "víctimas del movimiento" en torno a una inmensa hoguera.

Al día siguiente, luego de más discursos en la plaza de la localidad, los hombres de la SA abordaron el tren de regreso a Berlín, en el que casualmente iba un grupo de Combatientes del Frente Rojo, incluida una reducida banda de alientos. Empezaron a pelear durante el viaje, y los dos bandos estaban muy parejos. Pero cuando llegaron a Lichterfelde este, suburbio del sur de Berlín, a los nazis se unieron varios centenares de partidarios reunidos por Goebbels, quien se les había adelantado en el Opel a toda velocidad. El "comité de recepción" trepó al tren y atacó a los comunistas, dejando dieciséis heridos, seis de ellos de gravedad, antes de que Goebbels lo retirara. La diversión del día, sin embargo, de ninguna manera había terminado. Goebbels formó a sus hombres en una columna para marchar al centro de la ciudad detrás del Opel, desde el cual los dirigía para que destruyeran tiendas judías y golpearan a cualquiera que pareciera judío. Ésa fue la primera vez en que alguien convirtió las agresiones verbales de los nazis contra los judíos en acción física, terrible anticipo de los horrores por venir.

Goebbels remató las celebraciones del Día de Mark Brandenburg esa noche con una ceremonia de clausura en la Wittenbergplatz, en el centro del elegante Sector Oeste, declamando con pasmoso descaro: "Entramos abiertamente a Berlín, al principio con intenciones pacíficas. La Liga de Combatientes del Frente Rojo nos obligó a derramar nuestra sangre. ¡Jamás volveremos a permitir que se nos trate como ciudadanos de segunda!".[10]

Asombrosamente, aunque fue detenido por la policía para ser interrogado, no se acusó a Goebbels de ningún delito por los hechos de ese día; en su declaración aseguró que se había puesto a la cabeza de la marcha

sólo para estudiar las reacciones de la gente en las calles. Quizá la policía se haya dado cuenta del gusto con que habría recibido la publicidad de una aparición en los tribunales. De todas maneras, se le premió con una amplia cobertura de prensa, y con otro repentino aumento en la membresía: la policía calculó que cuatrocientas personas se afiliaron en marzo al partido en Berlín, lo que elevó su total de miembros a unos tres mil, un incremento de diez veces en sólo cinco meses bajo la conducción de Goebbels. Cualquiera que sea el cálculo correcto, y aun concediendo que él haya exagerado al sostener que había únicamente trescientos miembros cuando llegó, ése era un gran logro.

El resultado no podía ser cuestionado, pero los métodos de Goebbels sí, y lo fueron, por muchos miembros del partido, y más que nadie por los hermanos Strasser, crecientemente hostiles a él desde su llegada a Berlín. Gregor, aunque totalmente antisemita, siempre juzgó intolerable la violencia física, afirmando después en un discurso en el Reichstag: “No queremos la persecución de los judíos, pero demandamos la exclusión de los judíos de la vida alemana”.[11] Los Strasser pensaban que Goebbels se había vendido, y que traicionaba sus ideales socialistas. Pero, principalmente, sentían la amargura y rencor de los compañeros de armas rechazados. Trataron de minar la posición de Goebbels con insidiosos propagadores de rumores en su contra y maliciosas referencias y continuas críticas en el *Berliner Arbeiterzeitung*.

Pese a las censuras de los Strasser, Goebbels se sintió suficientemente fuerte a fines de abril para invitar a Hitler a hacer una visita “real” y pronunciar el discurso del Día del Trabajo en el salón de baile Clou, en la Mauerstrasse, entre la Friedrichstrasse y la Wilhelmstrasse. Tenía que ser una reunión formalmente privada, ya que la prohibición a Hitler de hablar en público seguía en vigor en Prusia, pero Goebbels se las arregló para atraer a una audiencia de varios cientos. Para su desgracia, sin embargo, esta vez los comunistas se negaron a cooperar: se mantuvieron distantes y callados, y lo mismo hizo la prensa. Sin disturbios ni violencia que reportar, pocos periódicos se molestaron en mencionar siquiera la visita de Hitler. Goebbels, el príncipe de la publicidad, se sintió muy avergonzado.

Las repercusiones del mitin del Día del Trabajo, sin embargo, le brindaron un resultado de más interés periodístico del que hubiera esperado. Tres días después, en un evento aún más grande en el Edificio de Veteranos

de Guerra, intentó provocar a los periodistas que habían ignorado la visita de Hitler llamándolos “cerdos judíos”, entre otros exquisitos epítetos. Los periodistas no mordieron el anzuelo, pero un hombre en el público sí. Friedrich Stucke, quien pasaba por ahí y había entrado por pura curiosidad, se indignó por la diatriba racista de Goebbels y le gritó: “*Ja, ja* [Sí, sí], usted es el joven germánico perfecto, ¿no?”. Por una vez, Goebbels quedó demasiado aturdido para devolver una agudeza. Mientras aullaba furioso, sus hombres de la SA se lanzaron sobre Herr Stucke y lo golpearon sin piedad.

Este incidente fue visto y reportado por agentes de la siempre presente unidad de vigilancia de la policía política, pero es probable que hubiera permanecido como uno más en los archivos de no haber sido porque Herr Stucke resultó ser un pastor protestante. Golpear a judíos en la calle era una cosa, pero golpear a un clérigo cristiano era ir demasiado lejos. La prensa se desbordó entonces, y en el furor que siguió el gobierno prusiano por fin se vio obligado a actuar. Proscribió al partido y todas sus formaciones auxiliares en Berlín y prohibió a Goebbels hablar en público.

Para sus enemigos, dentro y fuera del partido, parecía que Goebbels había llegado finalmente a su límite, que su meteórica carrera había terminado. Un Goebbels amordazado era un ave de presa sin alas, que no representaba ninguna amenaza para nadie. Más todavía, las finanzas del partido se verían severamente afectadas, ya que el dinero procedente de la venta de boletos para entrar a reuniones públicas constituía una parte significativa de sus ingresos. Los buitres se juntaron, expectantes.

Los Strasser ya dirigían una feroz campaña contra Goebbels en el *Berliner Arbeiterzeitung*, la cual había alcanzado su clímax una semana antes de la proscripción, con un artículo titulado “Los resultados del mestizaje”. Publicado bajo la firma de Erich Koch, prominente miembro del partido en Renania —quien después negó vehementemente su autoría—, el artículo insinuaba claramente que el pie deforme y “repulsiva fealdad” de Goebbels sólo podían proceder de una mezcla de razas. Escrito en realidad por Otto Strasser, aquél era simplemente el antiguo hábito nazi de lanzar el peor insulto imaginable contra rivales en el partido, acusándolos de tener sangre judía. Pero en Goebbels, sensible desde siempre a su discapacidad, caló hondo; sin duda, la herida aún estaba abierta cuando el pastor Stucke

se burló de él. Tanto Goebbels como sus partidarios habrían supuesto que Stucke había sido sembrado en el mitin por los Strasser, lo que explicaría la violencia de su reacción.

Goebbels podía tener muchos defectos, pero no se acobardaba. La emprendió contra los Strasser con cargos de que su madre y la esposa de Gregor eran judías, y señalando que la apariencia de Otto era distintivamente judía, con su nariz aguileña y rojizo cabello rizado. Tras apelar inútilmente a Hitler, quien, como de costumbre, veía los toros desde la barrera, mostrándose comprensivo pero sin hacer nada, inició su contrataque golpeando a los Strasser donde sabía que más les dolería. Aunque no tenía permitido hablar, podía escribir: podía publicar sus discursos. Pondría en marcha su propio diario berlinés, en competencia con el *Berliner Arbeiterzeitung*, que ya pugnaba por sobrevivir en un mercado sobrepoblado; en Berlín se editaban en esa época unas ciento treinta publicaciones de contenido político.

Llegó entonces el turno de los Strasser de correr hasta Hitler gritando "¡Falta!". Acusaron a Goebbels de ser un mentiroso —lo que, por supuesto, no era noticia para nadie— y de afirmar engañosamente que había estado con Hitler desde el principio y sido un líder nazi del movimiento de resistencia en el Ruhr. También, de ser enteramente culpable de la proscripción del partido, precipitada por su desenfrenada conducta. Cuando Hitler no les hizo caso, iniciaron rumores de prensa de que Goebbels y él se habían peleado.

Goebbels reaccionó con gran audacia, dando a Hitler un ultimátum: si el Führer insistía en guardar silencio y no devolver el golpe, él pediría ser relevado de su puesto como Gauleiter. Luego, convocó a una reunión secreta especial del partido en Berlín y pidió un voto de confianza unánime, en ausencia del cual abandonaría la ciudad de inmediato. La asamblea le dio su voto, y estuvo de acuerdo en que Otto Strasser debía tener "sangre judía en sus venas". También aprobó su plan de un nuevo semanario, aunque a algunos militantes les preocupó que esto perjudicara al *Berliner Arbeiterzeitung*.

Puesto que todo lo que debilitara a los Strasser convenía sobradamente a Hitler, éste dio a Goebbels su bendición. Al mismo tiempo, emitió una declaración, que Goebbels había solicitado a Hess, en la que rechazaba los cargos en su contra calificándolos de inventos de "la chusma periodística

judía", confirmaba que nada había cambiado en su relación con Goebbels y concluía: "Al igual que antes, él goza de mi absoluta confianza".[12] Como de costumbre, lo que no hizo fue condenar a los Strasser de todas maneras.

Goebbels tituló su nueva revista como *Der Angriff* (*El Ataque*). El primer número salió a la calle el 4 de julio de 1927, tras una breve pero, como siempre, brillante campaña publicitaria. Ésta empezó con carteles rojo sangre que simplemente decían *Der Angriff* junto a un enorme signo de interrogación, y siguió con un segundo cartel que decía: "*Der Angriff* empieza el 4 de julio". Nada indicaba de qué ataque se trataba, hasta que los primeros ejemplares salieron a la venta. Al principio, *Der Angriff* fue un desastre. Aun el propio Goebbels lo reconoció: "Vergüenza, desolación y desesperación me invadieron al comparar esa pálida sombra de revista con lo que realmente había querido producir. ¡Un espantoso periodicucho de provincia, porquería impresa! [...] Muchas buenas intenciones, pero muy poca habilidad".[13]

Gran parte de la calidad amateur de la composición y producción de la revista podía atribuirse al hecho de que el experimentado director editorial que Goebbels había elegido, Julius Lippert, cumplía una sentencia de seis semanas de cárcel al momento del lanzamiento. Pero la verdadera culpa no estribaba en el aspecto de la revista, sino en su contenido editorial, bajo control del propio Goebbels. Era demasiado literario, demasiado intelectual en su enfoque, de sensación demasiado similar al *NS-Briefe*, para atraer a un amplio público lector. Sin embargo, como tan a menudo lo había demostrado antes, Goebbels aprendía rápido. Cambió pronto su estilo literario por el tosco lenguaje callejero para que ni siquiera a la más modesta inteligencia la revista pudiera parecerle demasiado difícil, depuró el diseño y la producción y la convirtió en un tabloide brutalmente agudo.

Adoptando el *dictum* de Hitler de que a las masas sólo debe presentárseles un enemigo a la vez, se concentró enteramente en atacar a los judíos, desatando torrentes de odio en cada número. Razonando que era más efectivo concentrarse en individuos que en generalidades, eligió al subjefe de policía de Berlín, Bernhard Weiss, en gran medida responsable de la proscripción del partido, como su principal blanco. Denominándolo "Isidor", nombre que, equivocadamente, creyó típicamente judío, convirtió *Der Angriff* en un "órgano anti-Isidor", satirizando inmisericordemente al

desdichado Weiss en insidiosos reportajes y despiadadas caricaturas. Cuando un amigo le reclamó las mentiras que propalaba, recordándole que Weiss era un héroe de guerra que había obtenido la Cruz de Hierro, primera clase, ni se inmutó. “La propaganda”, declaró cínicamente, “no tiene absolutamente nada que ver con la verdad.”

Alimentadas por ese sensacionalismo, las ventas aumentaron, y al cabo de tres meses Goebbels podía aseverar que la revista era rentable. Esa afirmación era otra mentira, pero no habría podido lanzarla si la revista no hubiera tenido una presencia muy notoria, agotando regularmente su tiraje de dos mil ejemplares. Para incrementar la circulación a expensas de la competencia directa, el *Berliner Arbeiterzeitung* de los Strasser, usó implacablemente tácticas simples. Negaba a sus rivales acceso a información del partido, para que quien quisiera saber fechas, horas y detalles de mítines y eventos sólo pudiera encontrarlos en *Der Angriff*. Y empleaba a hombres de la SA disfrazados de comunistas para atacar a los expendedores de periódicos que vendían el diario de Strasser y echarlos de las calles.

Mientras sus ventas aumentaban, las de los Strasser bajaban; y como esta vez había dinero, así como ideología, de por medio, la antipatía de éstos hacia él crecía. El conflicto se prolongó el resto de ese año, para deleite de los enemigos políticos del partido, y ambos bandos intercambiaron insultos hasta que Hitler intervino por fin y obligó a Goebbels y Gregor Strasser a escenificar una reconciliación pública en la tribuna informal de la Hofbrauhaus, en Munich, en una demostración de compartida lealtad a la idea común y el líder común en la persona de Adolf Hitler.[14]

Entre tanto, Goebbels estuvo muy ocupado manteniendo vivo su proscrito partido. En el nivel más simple, sencillamente transformó las diversas secciones y formaciones en clubes deportivos y sociales, que siempre habían abundado en Berlín. Los miembros del partido siguieron reuniéndose en recién formados clubes de tiro, boliche y excursionismo. En lugar del proscrito uniforme pardo, la SA usaba camisas blancas, con aros pardos de goma procedentes de tapas de frascos de porcelana envolviendo un botón. Los fines de semana sus milicianos hacían paseos en tren al campo de Brandeburgo, con sus uniformes en sus mochilas. Una vez fuera

de los límites de la ciudad, se los ponían, y marchaban y desfilaban y jugaban a los soldados para su enorme satisfacción.

Al mismo tiempo, para cerciorarse de que todos supieran que el partido no estaba acabado, Goebbels organizaba cada día un constante flujo de hombres de la SA ante los magistrados, algunos por usar la prohibida camisa parda o la también prohibida insignia con la svástica, otros por sopapear a “impertinentes y arrogantes judíos”, etcétera. En general, la proscripción resultó ser un favor, pues alejó la mente de los militantes de sus riñas internas y los unió en la común agitación de la clandestinidad.

En agosto de 1927, Goebbels organizó un contingente de cuatrocientos cincuenta militantes de Berlín para asistir al congreso del partido, que ese año se llevaría a cabo en Nuremberg, escenario de la gran concentración del Día de Alemania de 1923. Para quienes podían permitírselo, brindó cuatro trenes privados a un precio especial de veinticinco marcos por persona. Pero como ardid de propaganda, unos cincuenta hombres de la SA accedieron a hacer el viaje, de trescientos setenta kilómetros, a pie, aunque llegado el momento tomaron aventones dondequiera que les fue posible, descendiendo y volviendo a formarse después para marchar por ciudades y pueblos. La larga marcha duró dos semanas, y la prensa reportó sus avances cada día. A las afueras de Nuremberg, quienes tenían los pies demasiado adoloridos para marchar a paso veloz rompieron filas, en tanto que los demás atravesaron la ciudad en medio de grandes aclamaciones, antes de reunirse con sus cuatrocientos camaradas.

El contingente de Berlín era reducido entre la multitud de miembros congregados en Nuremberg para la más ambiciosa concentración del partido hasta entonces. Pero su muy publicitada marcha, junto con las conocidas tribulaciones que el partido había sufrido en Berlín, le dieron una categoría heroica, lo que elevó aún más la imagen de Goebbels dentro del partido. Y eso que aún faltaba un beneficio adicional: cuando los berlineses regresaron en triunfo a su ciudad, el subjefe de policía Weiss hizo arrestar a los cuatrocientos cincuenta en la estación y llevarlos en camiones descubiertos al cuartel de la policía en la Alexanderplatz, donde se les acusó de pertenecer a una organización ilegal. Goebbels estaba encantado: Berlín volvía a hablar de ellos.

El congreso de Nuremberg había sido, en realidad, una decepción para el partido en su conjunto, subrayando cuánto le faltaba para alcanzar importancia nacional. El *Völkischer Beobachter* reportó una asistencia de cien mil miembros, incluidos no menos de treinta mil milicianos de la SA, pero cálculos más realistas fijaron el total entre quince mil y veinte mil. No obstante, las elaboradas escenografías y ceremonias ofrecieron un anticipo de cosas por venir, y aumentaron la confianza y cohesión del partido. Un área que ya tenía toda la confianza que necesitaba, sin embargo, era la SA, que hizo desfilar doce nuevas unidades ante Pfeffer y Hitler en la ceremonia inaugural en Nuremberg.

Para Hitler, la creciente fuerza de la SA era fuente no sólo de orgullo, sino también de cierta intranquilidad. La mayoría de los comandantes de la SA, incluido el propio Pfeffer, eran antiguos oficiales del ejército y líderes de Freikorps, elementos peligrosos que seguían soñando con ver a la SA incorporada al Reichswehr, o incluso remplazándolo. Aún había cierto grado de ambigüedad respecto a dónde exactamente estaba su lealtad. Para una parte de la SA, sin embargo, no había ninguna ambigüedad en absoluto: la Schutzstaffel (SS) estaba enteramente consagrada a Hitler. Era su guardia pretoriana, dedicada a servirlo y protegerlo.

Desde su formación en 1925, la SS había tenido una serie de comandantes; el más reciente era Erhard Heiden, descrito por William L. Shirer como "antiguo soplón de la policía, de mala reputación".[15] Heiden era exigente e indudablemente leal, pero no era un organizador. Si la SS había de desarrollarse como contrapeso de, o incluso protección contra la SA, necesitaba a alguien con un cerebro sistemático y la capacidad de darle una forma coherente. Alguien como Heinrich Himmler, quien silenciosamente había estado dejando huella en las oficinas del partido en Munich en los doce meses anteriores.

Himmler parecía destinado a seguir siendo el perfecto número dos: ya era Gauleiter suplente de la Baja Baviera y Suabia y subjefe nacional de propaganda, y a principios de septiembre añadió el puesto de *Reichsführer* (jefe nacional) suplente de la SS a su creciente portafolio. La SS seguía siendo una pequeña sección de la SA, con apenas más de doscientos integrantes; en realidad, su tamaño era cuidadosamente limitado por las reglas del partido a un oficial y diez milicianos por área local. Pero esto no

arredró a Himmler. Asumió su nuevo puesto con su usual energía y meticulosa atención a los detalles, haciendo sentir su presencia de inmediato. Una vez más, era cuestión de *Der Heini macht es schon*.

La Orden número 1 de la SS, que Himmler promulgó el 13 de septiembre de 1927, fijó estrictas reglas de atuendo y conducta. Los milicianos de la SS debían vestir uniforme en todo momento que estuviesen de servicio, o en mítines: con gorra, pantalón, corbata y cinturón de cuero negros, para distinguirse del resto de la SA. Si veían a un miliciano regular de la SA portando cualquier parte del uniforme de la SS, debían reportarlo de inmediato. Debían desfilar para someterse a una inspección completa antes de cada mitin, y tenían prohibido fumar, interrumpir discursos o abandonar la sala durante uno de ellos. No debían inmiscuirse en nada que no les incumbiera: "La SS es ajena a todo conflicto." Debían ser "los más ardientes propagandistas del movimiento", y realizar regulares marchas propagandísticas en sus áreas.

La obsesión de Himmler por la recolección de inteligencia y el fisgoneo aumentó rápidamente conforme se volvía cada vez más fanático del control. De acuerdo con Otto Strasser, le encantaban los métodos de policía secreta de la Cheka, de Stalin, y escribió un memorándum a Hitler en el que proponía que la SS adoptara ese papel en el movimiento, enfatizando que "estará ciegamente consagrada a usted y seguirá la tradición de la Stosstrupp Hitler del 9 de noviembre de 1923".[16] Así, en la Orden número 1 de la SS, confirmó que ésta debía cumplir deberes de inteligencia, informando no sólo sobre las actividades de adversarios políticos como socialdemócratas, comunistas, francmasones y judíos prominentes, sino también sobre su propia jefatura política y el resto de la SA.

Aunque importante como era la recolección de inteligencia —y él sabía que el conocimiento que ésta brindaba era el pasaporte al poder—, tal no era la principal ambición de Himmler para la SS. Había leído sobre la Cheka, es cierto, pero llevaba mucho más tiempo leyendo sobre otras cosas, primordialmente relacionadas con teorías raciales, la mística relación entre sangre y suelo y la antigua cruzada de los Caballeros teutónicos que llevaron la civilización germánica al páramo eslavo. En busca de los supuestos orígenes arios de la raza alemana, había estudiado los mitos y leyendas de la antigua India, y le había gustado mucho la división india de

la sociedad en cuatro clases básicas o castas. La segunda de esas castas, la de los kshatriyas, cautivó en particular su imaginación, ya que ésos eran los nobles guerreros que habían conquistado la India para los arios cerca de dos mil años antes de Cristo. Esa casta también era, curiosamente, la de los príncipes y gobernantes, bajo los clericales brahmanes. "La casta kshatriya: eso es lo que debemos ser. Ésa es la salvación", escribió.[17] En opinión de Himmler, aun en esa temprana etapa, la SS debía convertirse en una elite guerrera, una mezcla de kshatriyas y Caballeros teutónicos que haría realidad sus fantasías. Esa visión fue suya y sólo suya, ciertamente no de Heiden, y ni siquiera de Hitler, que sólo quería una escolta digna de confianza.

Sorprendentemente, pese a todos sus deberes, que aún incluían recorrer a toda prisa el país visitando secciones, pronunciando discursos, organizando campañas de propaganda e inspeccionando unidades locales de la SS, Himmler, de alguna forma, encontraba tiempo para mantener un cortejo por correo. El invierno anterior, mientras tomaba un breve descanso en el centro vacacional bávaro de Bad Reichenhall, había tropezado literalmente con una atractiva mujer en el lobby de un hotel mientras sacudía la nieve de su sombrero sobre ella. Al volverse para ofrecer disculpas, se halló frente a la valquiria de sus sueños, de ojos azul claro, cabello rubio y amplia sonrisa. Su nombre era Margarete Boden, Marga para abreviar. Era hija de un terrateniente alemán en Gonzerzewo, Prusia oriental, había sido enfermera en la guerra y luego se había establecido en Berlín, donde tras un fugaz matrimonio había usado el dinero de su padre para abrir una clínica privada de medicina alternativa —homeopatía, hipnosis, plantas medicinales y cosas así—, algo que había fascinado a Himmler desde su infancia.

Marga era ocho años mayor que él, y mucho más versada en las cosas del mundo. Es casi indudable que él seguía siendo virgen cuando la conoció, y en general se acepta que ella lo sedujo a él. "¡Ya era hora!", bromeó Otto Strasser cuando se lo dijo. Marga parece haberse encargado de dirigirlo casi todo, y aunque él se enamoró profundamente de ella, vaciló un tiempo antes de presentarla a sus padres: "Preferiría tener que vaciar yo solo una sala con un millar de comunistas", confesó a su hermano Gebhard. Ella era, después de todo, prusiana, protestante y divorciada, nada de lo cual

habría complacido al profesor Himmler. Pero finalmente la llevó a casa, los padres dieron su aprobación, y el cortejo continuó a lo largo de 1927 y hasta el año siguiente.

El 2 de octubre de 1927, el presidente Hindenburg cumplió ochenta años. Los nacionalistas celebraron con lo que el periodista liberal ganador del premio Nobel, Carl von Ossietzky, describió como "un gigantesco jubileo negro, blanco y rojo". Se inauguró un monumento conmemorativo de la gran victoria del mariscal de campo en Tannenberg. Y en el Reichstag los partidos de derecha se combinaron con los comunistas para aprobar una amnistía para todos los que habían sido encarcelados u obligados a exiliarse por delitos políticos. Entre quienes, poco después, regresaron a Alemania estaba Hermann Göring.

Habiendo dejado a su enferma esposa en Suecia, Göring se precipitó a Munich, para ver a Hitler y ofrecer sus servcios. Pero la bienvenida que recibió fue decididamente fría. El partido y Hitler habían cambiado en los cuatro años en que Göring había estado lejos. No había ninguna posibilidad de que recuperara su antiguo puesto como comandante de la SA, y todas las demás posiciones importantes estaban ocupadas por hombres que habían surgido en ese periodo, como Strasser, Himmler y Goebbels , o que se habían quedado para continuar la lucha y no habían huido. Hitler se había vuelto una celebridad nacional por derecho propio, y ya no necesitaba el glamour de un as de la aviación; y, de cualquier forma, la reputación de Göring había sido empañada por la Asociación de Veteranos del Richthofen, que lo había condenado a propósito de alegatos de falsas afirmaciones de derribamiento de aviones. Indudablemente, Hitler también había recibido informes sobre sus problemas de drogas, así como venenosos chismes y rumores sobre él, en especial de su archienemigo Rosenberg.

Hitler no pudo ofrecer nada a Göring. Simplemente le dijo que se "mantuviera en contacto", y sugirió que la mejor manera de servir al partido —y por lo tanto de rehabilitarse— era ir a Berlín, conseguir trabajo y rehacer sus contactos con la alta sociedad. Y eso fue exactamente lo que hizo. Rentó un cuarto en un pequeño hotel a poca distancia de la avenida Kurfürstendamm y se puso a trabajar como agente de los motores de aviación BMW y del paracaídas automático sueco Tornblad, tomando como socio al oficial de artillería Paul "Pilli" Körner, un poco menor que él y a

quien había conocido en la guerra. Körner tenía poco dinero, idolatraba a Göring y fungía gustosamente como su chofer y secretario no asalariado, transportándolo elegantemente por Berlín en su suntuoso Mercedes.

Asombrosamente, Göring parece no haber hecho ningún esfuerzo por ponerse en contacto con Goebbels, Strasser ni el clandestino partido nazi en Berlín, o para volver a participar en política. En cambio, hizo contacto con todos los camaradas de guerra que pudo, empezando por su antiguo compañero de vuelo, Bruno Loerzer. La magia de la *Pour le Mérite* había rendido frutos a Loerzer. Mantenía relaciones entonces con la compañía de aviones Heinkel y la naciente línea aérea Lufthansa, y se había casado con una mujer rica, que organizaba espléndidas comidas y cenas en las que Göring pudo ampliar su círculo de útiles contactos.

Göring no había perdido su tacto social, y su círculo de conocidos creció rápidamente. Tanto como su *Pour le Mérite*, como por su gran carisma, que usaba desvergonzadamente para hacer nuevos conocidos y abrir nuevas puertas. La renovación de su amistad de guerra con el príncipe Felipe de Hesse, quien para entonces ya estaba casado con la hija del rey de Italia, le dio acceso a los más altos niveles de la sociedad de Berlín, incluido el propio príncipe heredero. Volaba alto otra vez, su problema de drogas estaba bajo control, y aunque ya no era el joven y esbelto as de la aviación de antes, recuperó gran parte de su antigua efervescencia.

Codearse con los muy ricos implicaba gastar más dinero del que tenía, por supuesto, pero vivir bien de fiado era algo en lo que Göring tenía mucha práctica, y en todo caso lo veía como una buena inversión. Durante todo ese tiempo, sin embargo, extrañó enormemente a Carin, y se preocupaba por su salud. Volvió a toda prisa a Estocolmo para pasar la navidad a su lado, pero ella mostró no estar aún del todo bien para acompañarlo de regreso a Alemania en año nuevo.

El comienzo de 1928 presenció más cambios en la estructura del partido, pues resultó obvio que la estrategia de cortejar el voto de la clase obrera urbana no había tenido éxito. Hitler destituyó a Gregor Strasser como jefe de propaganda para nombrarlo jefe nacional de organización, puesto para el que era más que apto y que le agradó asumir, considerándolo la posición más importante en el partido después de Hitler. De hecho, Strasser ya había realizado gran parte de la labor organizativa, pues el individuo al que

remplazó, el general Heinemann, había resultado un completo inútil. Strasser había presidido usualmente importantes reuniones del partido, organizado en gran medida las concentraciones de Weimar y Nuremberg y resuelto disputas entre miembros de secciones y Gaue locales. El propio Hitler asumió el puesto de propaganda, aunque conservó al asistente de Strasser, lo que significó que Himmler se viera trabajando directamente entonces para y con el Führer en el área que Hitler consideraba la más importante de todas.

A fines de marzo, los departamentos de organización y propaganda tuvieron que ponerse a trabajar a toda su capacidad al anunciarse nuevas elecciones al Reichstag para el 20 de mayo. Los nazis decidieron contender en los treinta y cinco distritos electorales, con una lista total de treinta y seis candidatos, algunos de los cuales competían en varios distritos para mejorar sus posibilidades en el complejo sistema de votación de representación proporcional. Hitler estaba impedido de participar aun si hubiera querido hacerlo, porque todavía no era ciudadano alemán: había renunciado a su ciudadanía austriaca en 1925 para evitar el riesgo de extradición, pero no había obtenido la ciudadanía alemana, y oficialmente no tenía país. La lista nazi fue encabezada por el general Franz *Ritter* von Epp, recién incorporado al partido desde el BVP (Partido Popular Bávaro). Goebbels estaba en la lista; el partido en Berlín había intentado destinarlo al Landtag de Prusia, pero, como escribió él en su diario, "quiero ser una lata para los caballeros del Reichstag".[18] Entre los demás se contaban Gregor Strasser, Feder, el exjefe de la policía política de Munich, Wilhelm Frick y, para sorpresa de muchos, Göring.

Aunque no vendía muchos paracaídas, la suerte de Göring mejoraba, lo mismo que la salud de Carin. Con los ingresos procedentes de otras fuentes, incluida la agencia de adicionales productos de aviación y una consuitoría a la compañía de aviones Heinkel, pudo rentar un modesto departamento en Berchtesgadener Strasser 16, y llevar a Carin a casa, aún delicada pero al fin en condiciones de viajar. Su ánimo mejoraba, y estaba listo para volver a la acción. Tan pronto como se enteró de la elección, decidió que deseaba todos los beneficios de pertenecer al Reichstag: viajes gratis, ingreso asegurado, sobresueldos diarios, contactos políticos y sociales, inmunidad

legal, prestigio personal y, sobre todo, la oportunidad de lucrativas consultorías y sobornos.

Existen contradictorias versiones de cómo terminó Göring por ser incluido en la lista electoral de los nazis. Carin le contó a su hijo que un día en que Hitler estaba en Berlín, hospedado en el discreto Hotel Sans Souci, "el Führer pidió ver a su antiguo camarada y lo recibió con los brazos abiertos, feliz de ver lo bien y próspero (¡!) que lucía. Le pidió volver a enarbolar la bandera del partido, y luchar por la redención de Alemania en las elecciones de mayo".[19] Carin, desde luego, sólo podía saber lo que su esposo le decía, y él era perfectamente capaz de engañarla con mentiras piadosas, como había hecho en Italia con historias de inexistentes reuniones con Mussolini. Quienes apoyan la versión de los hechos de Carin señalan que Hitler necesitaba de las habilidades sociales y contactos de alto nivel de Göring para tranquilizar a los ricos y poderosos, quienes podían asustarse del radicalismo de Goebbels y Strasser y la tosquedad de las tropas de asalto.

De acuerdo con Putzi Hanfstaengl, sin embargo, quien dice haberlo acompañado y dejado en la puerta, Göring fue a ver a Hitler a su pequeño departamento en la Thierschstrasse en Munich, no en el Hotel Sans Souci en Berlín, por iniciativa propia, para demandar un lugar en la lista. Según esta versión, chantajeó a Hitler, amenazándolo con delatar a los patrocinadores secretos que financiaban entonces al partido y demandar a éste en los tribunales por el dinero que Carin y él le habían dado a manos llenas en 1922 y 1923.

Teniendo en mente el reverente temor de Göring por Hitler, parece improbable que haya podido siquiera tratar de intimidarlo, aun por un premio tan grande, o que Hitler capitulara a esa amenaza. Seguramente Göring tuvo que rogarle, y quizá hasta discutir con él para convencerlo de que estaba totaimente rehabilitado, sería otra vez valioso para el partido y merecía un lugar. Tal vez haya insinuado claramente que estaba al tanto de los patrocinadores secretos y que quería su propio dinero; eso habría sido por completo típico de él. Pero es más probable que haya ejercido presión recordándole a Hitler que había marchado a su lado en el *Putsch* de noviembre, y que casi había perdido la vida por la causa. Había ido y regresado del infierno en los cuatro últimos años, y el partido le debía algo a cambio.

Hitler habrá reaccionado a esa apelación. Siempre tuvo debilidad por los héroes, y Göring, con su *Pour le Mérite* y sus heridas, era un héroe por partida doble. Más aún, evidentemente Göring no era un alfeñique loco por las drogas como Rosenberg había hecho creer, sino un individuo vivaz, enérgico y ambicioso que había puesto otra vez su vida en orden y la estaba volviendo un éxito. Cualesquiera que hayan sido sus razones, Hitler fue convencido, aunque al parecer sólo después de tres entrevistas; quizá la última haya sido en el Hotel Sans Souci. él incluyó a Göring en el octavo sitio de la lista. Si los nazis obtenían el derecho a contar con más de siete miembros en el Reichstag, Göring tenía asegurado un escaño.

La elección fue aburrida en la mayoría de los distritos, pues la creciente prosperidad restó intensidad a las campañas. Berlín fue la excepción. La proscripción del partido había sido levantada el 31 de marzo para que pudiera participar en las elecciones —la que pesaba contra Goebbels para hablar en la ciudad lo había sido a fines de octubre anterior, coincidentemente en su trigésimo cumpleaños—, y fue formalmente reconstituido el 13 de abril, para entrar en batalla contra los rojos. “Ya empezaron a matarse a balazos”, escribió Carin a su madre el 18 de mayo. “Todos los días, los comunistas, con banderas rojas con hoces y martillos, deambulan por la ciudad, y siempre chocan con los hombres de Hitler, con estandartes rojos con svásticas, y entonces hay peleas, con saldo de muertos y heridos.”[20]

Goebbels, mientras tanto, se vio implicado en una serie de casos judiciales, primero por cargos relativos a la golpiza contra el pastor Stucke, y luego por insultar al subjefe de policía, Weiss. Cuando se le declaró culpable y se le dictaron sentencias de cárcel, apeló y logró prolongar los procesos hasta obtener la inmunidad del Reichstag. Todo ese tiempo se la pasó, además, escribiendo furiosamente —de lo que resultó un alud de panfletos, carteles y artículos y editoriales periodísticos— y recorriendo Alemania para pronunciar discursos; el 14 de mayo, por ejemplo, habló doce veces, tan sólo en Munich.

También Göring resultó ser uno de los más populares oradores del partido, capaz tanto de hablar persuasiva y serenamente en clubes y comidas de empresarios como de intercambiar procaces bromas con obreros en mítines masivos. Y mientras Goebbels, Göring, Strasser y el propio

Hitler hacían campaña, entre bastidores Himmler disfrutaba el reto de organizar y coordinar los frenéticos programas de todos los oradores del partido, imponiendo disciplina y orden mientras mantenía la maquinaria de propaganda funcionando a toda velocidad.

Pese a tantos esfuerzos, los resultados fueron muy decepcionantes. Aún no había llegado la hora de los nazis, y sólo lograron obtener 809,771 votos en todo el país, cien mil menos que en la elección de diciembre de 1924, apenas 2.6% del total nacional. En penoso contraste, los comunistas elevaron sus votos de quinientos mil a 3.25 millones, mientras que los socialdemócratas emergieron como el partido más importante, con más de nueve millones de sufragios. Los nazis sólo tuvieron derecho a doce de los quinientos escaños del Reichstag. Dos de ellos correspondieron a Goebbels y Göring.

“VENIMOS COMO ENEMIGOS”

El 13 de junio de 1928, Göring y Goebbels ocuparon sus escaños en el nuevo Reichstag. Sus intenciones, sin embargo, eran muy diferentes. Göring quería usar al Reichstag, tanto en su beneficio como en el del partido; Goebbels quería destruirlo. Durante meses, Goebbels se había burlado del Reichstag en *Der Angriff*, cambiando sólo levemente de parecer cuando el partido decidió contender en las elecciones. Entonces escribió con igual desdén para justificar su pertenencia. “No soy miembro del Reichstag”, declaró. “Soy simplemente un poseedor de inmunidad, dueño de un bono gratuito para viajar. ¿Qué nos importa a nosotros el Reichstag? Fuimos elegidos para oponernos a él, y cumpliremos ese mandato conforme al propósito de nuestros votantes.”[1] Dos días después subrayó su mensaje más brutalmente: “No venimos como amigos ni como neutrales. Venimos como enemigos. Como el lobo en medio del rebaño”.[2]

Goebbels, siempre el puritano radical, temía ser corrompido por el “ocio pagado” del Reichstag. “Todo esto”, escribió, “es tan podrido y artero, pero también tan dulce y seductor, que muy pocos caracteres pueden resistirlo. Yo estoy solemnemente resuelto a mantenerme fuerte, y espero y creo que lo lograré.”[3] Göring no tenía esos problemas. Se deleitó en las ceremonias inaugurales, gozó del hecho de que se le asignara un escritorio con Epp, justo en la primera fila de la sala, y se alegró con los muchos mensajes de felicitación que recibió, particularmente uno del príncipe heredero, Federico Guillermo: “Su extraordinario talento, su habilidad con las palabras y su gran fuerza física son justo lo que se necesita para su nueva profesión de representante del pueblo”.

El príncipe heredero no tenía mucho respeto por el Reichstag, al creer que Göring necesitaría su fuerza física para las grescas y peleas a puñetazos, que eran una característica regular de las sesiones. Carin había dicho a su madre con cierta consternación que en la sesión inaugural “fue

realmente deprimente tener que ver a tantos Guardias Rojos. Han hecho inauditos progresos y ocupan un colosal número de escaños en el Reichstag. Vestían de uniforme, y portaban estrellas judías de David, estrellas rojas, lo mismo da, y brazaletes rojos, etcétera. Jóvenes en su mayoría, están ansiosos de pelear. Y algunos son tipos absolutamente criminales. ¡Cuántos en todos esos partidos, excepto el de Hitler, son judíos!”.

Göring no tenía interés en las peleas con los comunistas en el Reichstag. De hecho, mostró muy poco interés en los asuntos diarios de la cámara, pronunciando sólo un discurso durante sus dos primeros años en ella. Ese discurso fue para demandar más subsidios para la línea aérea Lufthansa, la cual “tiene una gran tarea patriótica que cumplir”, y para preguntar por qué no había secretario de Estado de la Fuerza Aérea, posición que, naturalmente, creía que debía ser suya. Aparte de su interés personal en esa aerolínea como medio encubierto para desarrollar una fuerza aérea militar, estaba en deuda con Erhard Milch, director comercial de Lufthansa, quien le pagaba una iguala de mil marcos al mes para que presionara a favor de esa compañía.

Además del dinero de Lufthansa, Göring complementaba su salario mensual de setecientos cincuenta marcos al mes como miembro del Reichstag con lucrativos textos para los periódicos, que clamaban por artículos. Y recibía ochocientos marcos mensuales del partido como *Reichsredner*, orador nacional; el partido tenía dos listas de oradores reconocidos, los limitados a sus Gaue y los selectos, como Göring y Goebbels, estrellas autorizadas a hablar en cualquier parte de Alemania. Göring se ganaba su dinero, corriendo de un extremo del país a otro para pronunciar discursos en mítines, algunos con un público de entre veinte y treinta mil personas. Pero tras años de economizar y mendigar, estaba ávido de probar el dinero de verdad. Como un niño suelto en una dulcería, aprovechó al máximo las oportunidades a su alrededor.

De pronto llegaba dinero de todas direcciones. Los negocios de Göring se beneficiaron de su nueva posición, y BMW y Heinkel incrementaron sustancialmente lo que ganaba como agente suyo con regulares “honorarios de consultoría”. Otras compañías de la industria aeronáutica, como Messerschmitt, le pagaban grandes sumas ocasionales. Lufthansa aceptó cubrir los costos de su oficina, como los salarios de Pili Körner y una

secretaria, y le dio disimuladamente tres mil quinientos marcos extra para el enganche de un nuevo departamento de lujo en Badensche Strasse número 7, en el elegante distrito Schöneberg de Berlín; el magnate del carbón y el acero Fritz Thyssen pagó su suntuoso mobiliario y decoración. Y así. Uno de los atractivos del nuevo departamento era que tenía una cochera subterránea con un elevador que conducía directamente al lobby de Göring, para que los invitados pudieran ir y venir discretamente, incluso en secreto.

Cuando el Deutsche Bank (Banco de Alemania) cuestionó los montos que Lufthansa le pagaba, Milch advirtió a Göring que evidencias de sobornos podían causarle problemas en el futuro, y propuso un pago único de cien mil marcos como adelanto por sus servicios en el periodo de sesiones del Reichstag en curso. Göring aceptó encantado. Eso, dijo, le convendría mucho más, añadiendo, aparentemente con sinceridad, que Thyssen había "abierto una cuenta de cincuenta mil *Reichsmark* para mí. Puedo sacar todo lo que quiera [...] Siempre será reabastecida".[4] Este patrón prevalecería el resto de su vida. Los días de penuria y privación de Göring habían terminado.

Los Göring se mudaron a su nuevo departamento en noviembre de 1928, y empezaron a recibir a gran escala. Carin, pese a su frágil salud, era una excelente anfitriona "que irradiaba encanto", según Milch, quien era un invitado regular. Otros asiduos incluían a miembros de la familia real (como el príncipe Augusto Guillermo, segundo hijo del káiser, a quien todos llamaban "Auwi", y su hermano menor, el príncipe Eitel Federico, así como el príncipe y la princesa Zu Wied) importantes políticos y empresarios. Para su desconcierto —y a veces quizá también para su diversión—, esos distinguidos y poderosos invitados solían descubrirse sentados junto a humildes trabajadores agrícolas de Baviera, miembros del partido a los que Göring brindaba alimento y techo cuando visitaban Berlín. Todo esto formaba parte de la imagen de bondadosa cordialidad de Göring, que él cultivaba para ocultar su implacable ambición y que volvió completamente inofensiva su reputación entre las bases del partido o los ricos y famosos.

Mientras Göring hacía su agosto y Goebbels se acostumbraba a tener lo suficiente para vivir en razonable confort, Himmler seguía batallando para arreglárselas con su salario del partido, de doscientos marcos al mes. Afortunadamente, Marga tenía algo de dinero propio, así que pudieron

casarse el 3 de julio de 1928. Ella vendió su clínica en Berlín y compró una parcela con una casa de madera con tres recámaras en Waldtrudering, en las afueras del este de Munich, donde planeaban poner una granja avícola.

Himmler construyó un gallinero, compraron cincuenta gallinas ponedoras y plantaron hierbas como cultivo comercial, pero el proyecto estaba condenado al fracaso desde el principio. Lo mismo el matrimonio, aunque se esforzaron juntos por él varios años: el primer amor de Himmler era el partido nazi, y éste era un amante muy exigente, que reclamaba tanto sus pensamientos como su tiempo. Demasiado ocupado para hacer algo en la granja, dejó su operación enteramente en manos de Marga, que no tenía experiencia ni conocimientos. El dinero era un problema constante. Aun después de la mejor parte de un año, ella le escribió: "Las gallinas están poniendo muy poco, apenas dos huevos diarios. Me preocupa de qué vamos a vivir y cómo vamos a ahorrar para Pentecostés. Siempre algo marcha mal. Ahorro mucho, pero el dinero es como todo lo demás".[5] Las cosas estaban tan difíciles que cuando él dejó de enviar su usual contribución a casa, Marga le reclamó que no podría recogerle sus zapatos en la reparadora de calzado.

El 20 de enero de 1929, tras exactamente un año como subjefe, Himmler fue nombrado *Reichsführer* (jefe nacional) de la SS (Schutzstaffel, Escuadrón de Protección). Esto no le produjo dinero extra, y al parecer no era un nombramiento particularmente importante; la SS seguía siendo sólo una división de la SA (Sturmabteilung, Sección de Asalto) con apenas doscientos ochenta hombres, esparcidos en toda Alemania en setenta y cinco formaciones, o *Staffeln*. El partido en general la consideraba poco más que una inofensiva organización para atraer votos, útil para sus actividades de prensa. Pero ahora que le correspondía comandarla, Himmler empezó a convertirla en el instrumento que haría realidad sus sueños infantiles de caballeros cruzados y órdenes de caballería. Se puso a hacer planes para ampliar su tamaño y afinar su propósito, a fin de transformarla en la fuerza de elite que siempre había deseado. Para abril, había terminado las reglas preliminares que definirían a la "Orden de la SS". Se las presentó a Pfeffer, su jefe nominal, y a Hitler, quien las aprobó, probablemente sin pensarlo mucho y sólo para complacer a su joven asistente.

Una vez que tuvo el visto bueno, Himmler acometió su tarea con tranquila determinación y su usual meticulosidad por los detalles. “Emprendimos el deber como un encargado de vivero que trata de reproducir una buena variedad que ha sido adulterada y degradada”, contaría más tarde. “Comenzamos con los principios de selección de plantas, y luego procedimos, muy desvergonzadamente, a eliminar a los hombres que no creíamos útiles para el fortalecimiento de la SS.”[6]

El proceso de selección de nuevos miembros se basó en estrictos criterios raciales y físicos, aunque difícilmente era un proceso científico: “Empecé con un requisito de estatura mínima de 1.72 metros”, diría Himmler después a sus oficiales. “Sabía que hombres de cierta altura debían poseer en alguna parte la sangre que yo deseaba.”[7] Examinaba personalmente con una lupa las fotografías de cada solicitante, para identificar características raciales sospechosas:

> Solía pensar: ¿hay indicios definidos de sangre extranjera en este hombre? ¿Pómulos salientes, por ejemplo, que pudieran causar que la gente dijera: “Tiene apariencia mongola o eslava”? ¿Por qué hacía yo eso? Permítanme dirigir su atención a las lecciones de la experiencia. Piensen en los sujetos que eran miembros de los consejos de soldados en 1918 y 1919. Quienes, entre ustedes, hayan sido oficiales en ese tiempo, conocieron personalmente a muchos de esos individuos. Por lo tanto, podrán confirmar que, en general, eran personas que por alguna razón parecían extrañas a los alemanes, con algún rasgo peculiar que indicaba que había sangre extranjera en alguna parte.[8]

La obsesión de Himmler por la apariencia física de sus milicianos de la SS arroja dudas sobre la afirmación de Otto Strasser de que Himmler intentó reclutarlo como jefe del distrito norte de la SS, con sede en Berlín; como había señalado Goebbels, el aspecto de Otto era marcadamente judío, con su nariz aguileña y cabello rizado. También cabe dudar de la afirmación de Otto de que Himmler le dijo: “Ese Goebbels se va a morir de coraje. Naturalmente, tú sólo estarías subordinado a mí, nadie podría interferir contigo de ninguna manera. Por fin podrías vengarte de Goebbels”. La ruptura de Otto Strasser con el Gauleiter de Berlín aún no era definitiva en 1929, y Himmler seguía viendo a Goebbels como amigo y aliado.

Hay, sin embargo, cierta verosimilitud en el recuerdo de Otto de que Himmler le dijo: “La SS será una orden que prestará juramento al Führer. Yo haría cualquier cosa por él. Créeme: si Hitler me ordenara matar a mi

madre, lo haría, y me sentiría honrado por su confianza". Éste, bien puede ser el mismo hombre al que se le veía hablar en voz baja frente a un retrato de Hitler en la pared de su oficina, como un sacerdote ortodoxo en íntima comunión con un icono sagrado. "Me das miedo, Heinrich", dijo haber replicado Otto. Añadió que esa frase se convertiría en su saludo regular a Himmler: "Siempre lo tomaba a risa, en realidad le halagaba."[9]

La exclusividad de la nueva orden de Himmler la volvió atractiva, en particular para exoficiales de los Freikorps que querían algo más que el simple bandolerismo de la SA. Mes tras mes él volvía progresivamente rígidos los requisitos de entrada; y entre más difíciles los hacía, más deseable era la SS. No faltaban hombres que quisieran alistarse, pero Himmler tuvo que proceder con cuidado para no alarmar a Pfeffer, quien insistía en controlar todo el reclutamiento de la SS, temeroso de que ésta se llevara a sus mejores comandantes; entre los que ya se habían pasado al otro bando estaba Kurt Daluege, fundador de la SA en Berlín, que ya comandaba a la SS en esta ciudad. La SS aún tenía prohibido actuar con independencia de la SA, pero Himmler esperaba de buena gana el momento oportuno para cambiar eso, aumentando silenciosamente sus fuerzas. Para fines de 1929 la SS ya tenía mil miembros. La futura base de poder de Himmler cobraba forma.

En el nivel personal, la vida de Himmler era menos exitosa. La granja avícola no daba señales de mejora y él seguía teniendo que sobarse el lomo por cada centavo. Le alegró que Marga le diera una hija, Gudrun, en el verano de 1929, pero después se separaron. Él se había ausentado tanto a causa de los deberes del partido que ella apenas si notó la diferencia.

Aunque vivían en la misma ciudad, Goebbels y Göring giraban en órbitas totalmente distintas alrededor del partido y el Führer. El primer día del Reichstag, aquél incluyó en su diario a Göring en una lista de diputados nazis simplemente como "Goering [*sic*]. Capitán de aviación. Más bien hinchado". Luego no hay otra mención de él hasta el 12 de abril de 1929, cuando Goebbels refirió brevemente una reunión en el Hotel Sans Souci con Göring, Hess y Hitler, diciendo que tuvieron una larga discusión sobre una posible alianza con la organización paramilitar de veteranos de derecha, Stahlhelm.

Goebbels y Göring compartieron la tribuna en una concentración en Friedrichshain el 4 de mayo, y después sostuvieron su primera conversación personal, en la que Göring se puso lírico en torno a Mussolini y su temporada en Roma. Goebbels lo describió como "un oficial ejemplar". Pero, a juzgar por su diario, parece que no visitó la casa de Göring hasta el 14 de mayo de 1929, cuando apuntó: "Los diputados somos invitados a una pequeña fiesta. Nos divertimos mucho. Menos mal que toda la fricción personal entre nosotros ya ha desaparecido. Goering [*sic*] tiene una casa preciosa, y en general es un gran tipo". Todo indica que la fricción personal era dentro del grupo en su conjunto, no entre ellos dos, aunque semanas después Goebbels describió una acalorada disputa en el Reichstag con Göring, "cada vez más insoportable como parlamentario. En esto es más tonto que un palo y más repugnante que un sapo. Hasta ahora ha tratado a los demás como gentuza, y ayer lo intentó conmigo. Pero luego puso las cosas en orden".[10]

A principios de 1929 se avecinaba una nueva tormenta sobre la economía alemana. Alemania estaba a punto de rebasar a Gran Bretaña como segundo mayor exportador del mundo, habiéndose concentrado en las exportaciones a expensas del mercado interno como único medio para cumplir con los cuantiosos pagos de reparaciones que aún exigían los aliados. Pero la recuperación fue falsa, apuntalada por préstamos estadunidenses a corto plazo: entre 1924 y 1929, Alemania acumuló deudas por cerca de treinta mil millones de marcos oro. La caída de los precios mundiales de los alimentos había dejado a la agricultura alemana en una condición crítica, pues agricultores de todas partes quebraban. La industria pesada del Ruhr también se hallaba en estado de crisis; las grandes compañías cesaron varias semanas a doscientos treinta mil obreros del hierro y el acero tras una disputa salarial. El invierno fue duro y el desempleo aumentó, llegando a 3.2 millones de personas en febrero de 1929, un millón más en menos de un año. El descontento crecía, y con él el apoyo a los partidos extremistas tanto de derecha como de izquierda.

A los nazis les beneficiaban los males del país, ya que la gente buscaba soluciones extremas a problemas extremos, pero aún les faltaba un largo camino por recorrer para ser algo más que una pequeña parte del sector más radical de la política alemana. Hitler se embarcó en una agresiva campaña

de propaganda, organizada y coordinada por Himmler, en la que desparramó artículos en la prensa y habló ante un público creciente en todo el país. Goebbels se sumó a ella, culpando a la “conspiración judía internacional” de la crisis en Alemania y atacando al sistema democrático. El partido creció a 108 717 miembros para el Año Nuevo, pero éstos seguían siendo muy pocos, ni siquiera la mitad de los del Partido Comunista Alemán (KPD) tan sólo en Berlín.

Goebbels puso más que su grano de arena en Berlín, con un ininterrumpido programa de discursos, marchas y batallas callejeras, así como de propaganda impresa. Pero fue entre los resentidos campesinos y pequeños agricultores de la Alemania rural que los nazis empezaron a conseguir un notable avance. En las elecciones estatales de mayo en Sajonia, luego de una campaña de propaganda de cobertura de saturación de Himmler que incluyó cuatro importantes discursos de Hitler, los nazis obtuvieron 5% de los votos. Un mes después, en Mecklemburgo, recibieron 4%, cifra insuficiente pero del doble de su resultado local en las elecciones al Reichstag un año antes. Otro mes más tarde adquirieron el control del ayuntamiento de Coburg, en el norte de Baviera; en octubre se apuntaron 7% de los votos en las elecciones estatales de Baden; dos semanas después, 8.1% en Lübeck, y a principios de diciembre 11.3% en Turingia, lo que les dio derecho a seis de los cincuenta y tres escaños del Landtag. Incluso aceptaron participar en el gobierno estatal de Turingia, designando a Wilhelm Frick como ministro del Interior.

En Berlín, mientras tanto, habían recibido 5.8% de los votos, cifra aparentemente decepcionante, en especial en comparación con el total combinado de comunistas y socialistas, de más de 50%. Pero Goebbels pudo extraer cierta satisfacción del hecho de que esa cifra era casi cuatro veces el total que los nazis habían alcanzado en 1928, y les dio derecho a trece asientos en el ayuntamiento, uno de los cuales reservó para sí. Todo esto era un estable, aunque poco sobresaliente, crecimiento. Varios sucesos, sin embargo, estaban a punto de combinarse para producir un súbito y drástico cambio.

El ministro del Exterior y excanciller Gustav Stresemann ya se había enemistado con la derecha alemana al poner fin a la resistencia pasiva a la ocupación del Ruhr, aceptando las fronteras occidentales de Alemania

fijadas en Versalles e integrando al país a la Sociedad de Naciones en 1926. Le había enfurecido aceptar el premio Nobel de la Paz ese año, en compañía de sus iguales francés y británico, Aristide Briand y Austen Chamberlain, y firmando en 1928 el Pacto Kellogg-Briand, que declaró ilegal la guerra como instrumento político. En julio de 1929, luego de un nuevo plan propuesto por el banquero estadunidense y director de la General Electric Company, Owen D. Young, Stresemann había renegociado los agobiantes pagos de reparaciones de Alemania, reduciéndolos en 17% y reprogramándolos para continuar a una tasa menor hasta 1988. Este plan también postulaba el retiro de las tropas aliadas en Renania cinco años antes de la fecha prevista. Para los estándares normales, ése era un triunfo diplomático, pero para los partidos de ultraderecha fue una traición, que significaba la aceptación de Versalles y del statu quo. Así que estallaron, furiosos.

Hitler declaró que el Plan Young, que tenía que ser ratificado por el Reichstag, sometería al pueblo alemán a la esclavitud. Goebbels lo llamó “una pena de muerte contra las generaciones venideras”. Pero la principal oposición al plan procedió del DNVP, el Partido Nacionalista Popular Alemán, dirigido por Alfred Hugenberg, testarudo exgerente general de Krupp que había hecho una fortuna con la inflación y era entonces, a los sesenta y cinco años de edad, el acaudalado dueño de una cadena de periódicos, una importante agencia de noticias y la compañía cinematográfica Ufa. Para montar una eficaz campaña contra el plan, Hugenberg formó un comité que incluía a hombres como el magnate del acero Fritz Thyssen; el jefe de los Stahlhelm, Theodor Duesterberg; Heinrich Class, líder de la Liga Pangermana, y Hjalmar Schacht, el hombre que había estabilizado la moneda y derrotado la hiperinflación. Aunque todos ellos eran influyentes en sus respectivas esferas, ninguno tenía gran atractivo para las masas. El comité necesitaba una inyección de carisma, y Hugenberg, quizá a instancias de Thyssen, sabía exactamente dónde encontrarla. Invitaron a Hitler a sumarse a la campaña.

Los nazis habían sido aún más estridentes que el DNVP en su oposición al Plan Young. Pero eso no alteró el antiguo odio de Goebbels por Hugenberg y sus aliados capitalistas. Hitler había jugueteado con la idea de una alianza desde la primavera; y cada vez que el asunto salía a colación, la

lealtad de Goebbels era puesta a prueba. Viéndose aún como un revolucionario, le horrorizaba la idea de unir fuerzas con los reaccionarios que querían volver a arrastrar a Alemania a los pésimos tiempos de los Hohenzollern. Sus dudas sobre Hitler salieron de nuevo a la superficie, aunque, como de costumbre, culpó a la gente de Munich de descarriar a su ídolo. “Aún tenemos demasiados ignorantes en el partido”, observó en abril. “A veces el curso de Munich es intolerable. Yo no estoy dispuesto a apoyar un arreglo corrupto. Me aferraré al camino recto, aun si esto me cuesta mi posición personal.”[11]

La posición personal de Goebbels, sin embargo, era exactamente el anzuelo que Hitler usaba para meterlo en cintura cada vez que intentaba rebelarse. A fines de mayo, Hitler tomó más apretadamente entre sus garras el alma del pequeño Gauleiter ofreciéndole el premio que más deseaba, con excepción del amor de Hitler. En una conversación hasta las dos de la mañana en su habitación en el Sans Souci, prometió a Goebbels que pronto se haría cargo de la propaganda nacional. Esto significaría pasar un par de días de cada quincena en Munich, donde se le proporcionaría una oficina, personal y un cómodo departamento. De repente, Munich recuperaba su atractivo. Hitler obtuvo esta vez el apoyo de Goebbels a una alianza con el DNVP insistiendo en que él debía encargarse de toda la propaganda de la campaña. Hugenberg estuvo de acuerdo, poniendo su imperio de prensa y cine a disposición de Goebbels. Las objeciones de éste se evaporaron súbitamente.

Ésa era la gran oportunidad que Goebbels había estado esperando: una plataforma nacional que comprendiera periódicos y noticieros cinematográficos verdaderamente populares y una agencia de distribución de noticias, todo a su entera disposición y sin ninguna restricción de costos. La aprovechó ansiosamente, convirtiendo la campaña contra el Plan Young en una enorme operación de promoción del partido nazi y un ataque contra todo el sistema democrático, tachando al gobierno de traidor por querer esclavizar al pueblo alemán para los cincuenta y ocho años siguientes. “Stresemann”, gritó, “no es en realidad un individuo, sino la encarnación de todo lo podrido en Alemania.” Y cuando Stresemann le hizo el favor de morir el 3 de octubre, se jactó de que su muerte era una “ejecución por falla

cardiaca” y de que “se ha quitado una piedra en el camino de Alemania a la libertad”.[12]

Tres semanas después de la muerte de Stresemann, en el “Jueves negro”, 24 de octubre de 1929, el mercado de valores de Estados Unidos se colapsó. El flujo de dólares que había financiado a la industria y los pagos de reparaciones alemanes se interrumpió abruptamente, y se exigió el pago inmediato de los préstamos a corto plazo, lo que hizo estallar la burbuja de la recuperación económica alemana. Como un personaje de caricatura que volara por los aires antes de desplomarse en un abismo, el país siguió funcionando por un tiempo, pero la caída era inevitable. Cuando ésta llegó, creó las condiciones perfectas para que el partido nazi despegara en forma espectacular.

La campaña contra el Plan Young fracasó; los beneficios para Alemania, incluido el retiro anticipado de las tropas extranjeras en Renania, pesaron mucho más que las desventajas de un programa ampliado de pagos, y en un plebiscito en diciembre de 1929 sólo 13.8% del electorado votó contra él. Pero esa campaña había servido magníficamente al propósito de Hitler. Le había dado una publicidad que valía una fortuna, a expensas enteramente de Hugenberg, lo había convertido en un político nacional y lo había puesto en contacto con ricos y poderosos industriales. Cuando la campaña fracasó, Hitler culpó a Hugenberg y al DNVP, y aprovechó la oportunidad para romper con ellos. Pero no rompió con los empresarios. Había cortejado a los más promisorios con invitaciones a la concentración de ese año del partido en Nuremberg, a principios de agosto, donde, como era de esperar, quedaron muy impresionados por las banderas y estandartes y bandas y el despliegue de solidaridad de unos cuarenta mil de los ciento treinta mil miembros del partido. Alrededor de veinticinco mil milicianos de la SA marcharon a paso veloz por la ciudad, junto con una delegación más reducida de la SS con Himmler a la cabeza, y Hitler tomó juramento a veinticuatro nuevas unidades de la SA. Todo fue muy emocionante.

Para los influyentes invitados, el partido y su ejército de la SA eran la respuesta obvia a una amenaza comunista crecientemente real; el Día del Trabajo de ese año, violentas batallas callejeras en Berlín entre los Combatientes del Frente Rojo y la policía habían resultado en treinta y tres

muertos, ciento noventa y ocho civiles y cuarenta y siete policías lesionados y mil doscientos veintiocho arrestos, lo que revivió los terribles recuerdos de la guerra civil de 1919. Goebbels había ordenado sensatamente a sus hombres no participar.

Uno de los más importantes visitantes de Nuremberg fue Emil Kirdorf, el principal magnate del carbón y el hierro del Ruhr. Kirdorf había hecho contribuciones secretas a los fondos del partido durante varios años, pero esta vez llegó aún más abajo en sus bolsillos para proveer la mayor parte del dinero para la compra del impresionante Palacio Barlow, en la Brienner Strasse y la Königsplatz en Munich. Hitler lo rebautizó como la Casa Parda, y se dispuso a convertirlo en las nuevas oficinas generales del partido. Tan insípidamente presuntuoso como cualquier edificio de ministerio, ésta fue una clara afirmación de la intención de Hitler de crear un gobierno alterno, listo para sustituir a la aborrecida República.

En el nivel personal, el 10 de septiembre Hitler se había mudado a un lujoso departamento de nueve habitaciones en la Prinzregentenplatz, una de las plazas más modernas de Munich, el cual llenó de pesados muebles oscuros especialmente diseñados para él por su arquitecto favorito, Paul Ludwig Troost. También había tomado en renta, por cien marcos al mes, un modesto chalet alpino, Haus Wachenfeld, en las laderas del Obersalzberg, arriba de Berchtesgaden, su querido refugio vacacional. Esto era muy distinto a las dos sórdidas habitaciones que había ocupado en la Thierschstrasse, y a la época, apenas cinco o seis años atrás, en que había dependido de dádivas de Göring para tener dinero. Las dádivas que ahora recibía eran más sustanciales, pero seguía debiendo muchas de ellas a los esfuerzos de Göring por atraer y tranquilizar a ricos patrocinadores. También debía mucho al trabajo de Goebbels en la promoción de su imagen y la del partido.

La cuadruplicada votación de los nazis en Berlín se debió casi por completo a la brillante campaña de Goebbels. Apenas si habían arrebatado un gajo a la votación comunista, que había sido cuatro veces mayor, pero Goebbels había logrado convencer a los comunistas de que los nazis eran un enemigo para tomar en serio. Ya no tenía que molestarse en provocarlos ni en suministrar heridos falsos; en realidad, tuvo suerte de escapar con vida cuando un montón de Guardias Rojos lo vieron en su auto cerca de la

estación Görlitz en Neukölln. “¡Vengan acá, proletas!”, oyó gritar a uno de ellos. “¡Aquí está Goebbels, el asesino de obreros! ¡Esta vez le llegó su hora!”. Goebbels registró el encuentro con prosa entrecortada:

> Ante mis ojos aparecen mazos, dagas, nudilleras de metal. Recibo un golpe en el hombro. Mientras me arrastro a un lado, un comunista apunta hacia mí. Suena un disparo. Vuelan piedras. Tonak [su chofer] ya sangra profusamente. Una desenfrenada salva de disparos. Tiros crepitan al rebotar en el auto. La turba se repliega. Aplico presión en la herida de Tonak. Él enciende el auto y arranca, en pleno uso de sus facultades. Blanco como el papel, sujeta el volante. Sobre letreros y guijarros del borde de la banqueta. Detrás de nosotros vuelan piedras, truenan disparos. Hemos escapado.[13]

Como siempre, Goebbels sacaba el mayor partido posible de cada hombre de la SA lesionado, con escabrosos y chabacanos informes de su sufrimiento en *Der Angriff*, pero para entonces había tantos que ya no tenían mucho impacto. Necesitaba algo más intenso, con más potencial dramático. Necesitaba un mártir. Había intentado crear uno a fines de 1928 con Hans-Georg Kütemeyer, miembro de la SA cuyo cuerpo fue hallado en el canal Landwehr la mañana después de que Hitler habló por primera vez en el Sportpalast (Palacio de los Deportes). Goebbels aseguró que había sido asesinado por comunistas, pero su viejo enemigo “Isidor” Weiss negó autorización para un cortejo fúnebre, aprovechó el pretexto para registrar las oficinas generales del partido, donde descubrió dos pistolas, y detuvo a Goebbels para interrogarlo, pese a su inmunidad del Reichstag. La policía destruyó entonces la argumentación de martirio de Goebbels, aportando irrefutables evidencias de que Kütemeyer se había suicidado.

Impertérrito, Goebbels continuó su búsqueda. Cuando Walter Fischer, de diecinueve años de edad, del distrito de Friedenau, murió en una pelea con los comunistas a fines de diciembre de 1929, encabezó una marcha de la SA a la Fehrbelliner Platz, y tres días después montó una ceremonia en su memoria junto a su tumba. La SA acudió en masa, asistió el príncipe Augusto Guillermo, y Göring, Goebbels y el *Sturmführer* (jefe de una unidad de asalto) de la SA Horst Wessel pronunciaron emotivos discursos. Goebbels declaró que el muchacho había sido “víctima de la violencia” y exigió venganza contra los “escuadrones de asesinos rojos”. Pero Fischer no tenía madera de mártir, y en cualquier caso había sido obligado a renunciar

a la SA por su padre, un boticario socialdemócrata. Goebbels recibió de Herr Fischer diez mil marcos para el partido y cien más para heridos de la SA.[14] Pero no pudo sacar mucha publicidad de esa muerte.

Al volver a Berlín luego de pasar la navidad en Rheydt con su familia, de luto por su padre, que había muerto el 7 de diciembre, enfrentó de inmediato otro funeral ceremonial de la SA, esta vez del hermano de Horst Wessel, Werner, quien había muerto congelado tras perderse en las montañas mientras esquiaba. Tampoco esta vez hubo tela de dónde cortar, aunque quinientos milicianos de la SA con antorchas encendidas encabezaron el cortejo fúnebre, el cual pasó frente a la oficina central de los comunistas, la Casa Karl Liebknecht, bajo una fuerte lluvia.[15]

Tan próximo a la muerte de su padre, que lo había afectado profundamente, el funeral de Werner Wessel fue emocionalmente demoledor para Goebbels, quien dijo que apenas si pudo hablar. Dos semanas después, a altas horas de la noche, recibió la noticia de que Horst Wessel había sido baleado y se encontraba, gravemente herido, en el Hospital de San José, en Friedrichshain. En su descargo, el primer comentario de Goebbels en su diario fue: "¡La pobre madre! ¡Tan poco después de su hijo Werner!". Pasaron cuatro días, sin embargo, antes de que visitara a Frau Wessel, y luego al propio Horst, acostado con "el rostro herido, desfigurado. Me mira, completamente rígido, y luego sus ojos se llenan de lágrimas y murmura: '¡Hay que esperar!... ¡Estoy feliz!'".[16] Goebbels dijo haber estado a punto de llorar. A Wessel le habían disparado por la boca; y aunque los cirujanos ya habían podido detener la hemorragia, no pudieron sacar la bala, que se había alojado en la parte delantera del cerebelo. Era casi indudable que Wessel moriría. Goebbels tenía su mártir.

Horst Wessel cumplía todos los requisitos. Tenía veintidós años y era brillante, bien parecido e idealista. Lejos de ser el típico matón salvaje de camisa parda de la SA, era hijo del pastor luterano de la antigua iglesia de San Nicolás, en la esquina de la Alexanderplatz, y había sido un prometedor estudiante de derecho en la Universidad Federico Guillermo de Berlín antes de desertar para consagrarse al activismo político, primero en los grupos juveniles Bismarck y Vikingo y luego en la SA. Su madre describió su vida a Goebbels "como una novela de Dostoievsky: el idiota, el trabajador, la puta, la familia burguesa, el eterno tormento de la conciencia, la eterna agonía".[17]

Los nazis lo habían atraído justo por lo mismo que a Goebbels: una creencia en la justicia social "con énfasis en el socialismo" y la personalidad de Hitler. Se había afiliado alrededor de la época en que Goebbels llegó a Berlín, y se había convertido en su devoto seguidor.

Goebbels, reconociendo las cualidades de liderazgo de Wessel, había destinado al muchacho a un trato especial. Durante los seis primeros meses de 1928 lo había enviado a Viena, para estudiar los métodos y organización del muy exitoso grupo juvenil del partido vienés. A su vuelta a Berlín, Wessel había sido nombrado jefe de la Unidad de Asalto 5, la sección de la Alexanderplatz, y había colaborado en la instrucción de líderes de células del partido nazi, pese a la regla de no permitir a miembros de la SA involucrarse en asuntos del partido. Cuando Goebbels empezó a enviar unidades de la SA a marchar y manifestarse en distritos comunistas tras las batallas del Día del Trabajo de 1929, con la intención de convencer a Combatientes del Frente Rojo de cambiar de bando y volverse soldados de las tropas de asalto, Wessel fue asignado a la barriada de mala fama de Fischerkiez, entre la iglesia de su padre y el palacio real. Luego de varias escaramuzas menores, la unidad de Wessel participó en un ataque más serio contra el pub Hoppe, que alojaba a la oficina del KPD local, en el que cuatro comunistas fueron gravemente lesionados. Wessel era un hombre marcado.

Los comunistas aguardaron, a la espera de la oportunidad de atacar. Ésta llegó en enero de 1930, cuando una viuda apellidada Salm pidió a los miembros de la célula comunista, a la que había pertenecido su difunto esposo, que le ayudaran con un inquilino nazi que no pagaba la renta. Los comunistas estuvieron a punto de rechazarla, pues sabían que había traicionado la causa dando a su esposo cristiana sepultura, pero entonces ella mencionó el nombre del sujeto. Era Wessel. Supieron entonces dónde estaba, y que no había ningún otro hombre de la SA con él. Un grupo fue a la casa de la viuda, y mientras algunos hacían guardia en la calle, otros dos subieron. Uno de ellos, Albert Höhler, tenía una pistola. Tocó a la puerta, y cuando Wessel abrió, le disparó en la cabeza. Mientras Wessel caía a los pies de su novia, una exprostituta a la que había rescatado de las calles, los comunistas huyeron.

La oficina distrital del KPD hizo desaparecer de la ciudad a los asesinos e instruyó a Frau Salm para que no implicara al partido de ningún modo.

Debía decir a la policía que Wessel era un proxeneta y que el tiroteo había formado parte de una pelea con otro proxeneta por la chica de cuyos ingresos él vivía. Los comunistas publicaron esa versión en su periódico, *Die Rote Fahne* (La Bandera Roja), negando que Höhler fuera miembro del partido. Goebbels, desde luego, usó *Der Angriff* para acusar del crimen a los comunistas y exigir que se "diera una paliza" a los asesinos.[18] Cuando, gracias a un soplón, Höhler y sus cómplices fueron detenidos por la policía el 3 de febrero, su confesión confirmó que el ataque había sido de carácter político. El KPD y *Die Rote Fahne* fueron obligados a retractarse, y Goebbels pregonó a los cuatro vientos una famosa victoria, aunque el mito de los dos proxenetas peleando por una cortesana sobrevive hasta la fecha.

Wessel tardó seis angustiosas semanas en morir, durante las cuales Goebbels registró cada aspecto de su condición en *Der Angriff*, exprimiéndole lo más posible y convirtiéndolo en "un Cristo socialista que decidió vivir entre quienes lo desdeñaban y escupían". Cuando finalmente murió, la mañana del 23 de febrero, Goebbels se precipitó al hospital, donde "depositó flores en su cama" y consoló a la afligida madre antes de salir corriendo a reunirse con Göring y Dagobert Dürr, editor responsable de *Der Angriff*, para planear la mejor manera de explotar la situación. Decidieron que el Gau guardaría estricto luto catorce días, durante los cuales los miembros del partido se abstendrían de toda recreación pública y honrarían la memoria de Wessel en cada reunión. Los padres pedirían a sus hijos rezar para que todos los jóvenes alemanes fueran imbuidos del "espíritu de sacrificio" de Horst Wessel.

El funeral fue un triunfo para Goebbels, pese a que la policía restringió el cortejo a no más de diez vehículos. Él aseguró en su diario que entre veinte y treinta mil mudos espectadores habían flanqueado la ruta desde la casa de los padres de Wessel hasta el cementerio de San Nicolás. Para su gran decepción, sin embargo, Hitler decidió no asistir. Goebbels culpó a Hess de retener al Führer en Berchtesgaden; Hanfstaengl sostuvo que fue Göring quien lo convenció de no asistir, por temor a que se viera envuelto en la violencia que, con seguridad, haría erupción durante y después de la ceremonia.

La primera señal de problemas se presentó en la Bülowplatz, donde "La Internacional" se dejó oir desde la oficina del KPD al pasar la procesión.

Poco después, en la Koblanstrasse, los comunistas rompieron el cordón policiaco, fueron arrojadas piedras, se lanzaron disparos y la carroza fúnebre fue mecida. En el cementerio, lleno hasta el tope, los dolientes fueron recibidos por un mensaje llamativamente pintarrajeado con color blanco en la pared: “Para Wessel, el padrote, un último *Heil* Hitler!”. Más piedras volaron sobre el muro hasta la multitud mientras el féretro, cubierto por una bandera con la svástica, descendía al compás de la vieja canción “Tuve una vez un camarada”. Dos pastores y dos estudiantes de fraternidades de Wessel hablaron brevemente, y luego Goebbels dio un paso al frente para “pasar lista por última vez”: cuando pronunció el nombre de Wessel, los milicianos de la SA ahí reunidos respondieron “¡Presente!”. La voz temblándole de emoción, real o simulada, acometió entonces un panegírico, en el que describió de nueva cuenta al muerto como “un socialista comparable a Cristo” que se había sacrificado por el movimiento.

El clímax llegó al entonarse, por primera vez en público, una canción que el propio Wessel había escrito y presentado a *Der Angriff* en marzo de 1929. Se titulaba “¡En alto la bandera!”, y debía interpretarse con una melodía tomada de un cancionero comunista, adaptada a su vez de un himno del Ejército de Salvación. La estrofa principal decía:

Die Fahne hoch! Die Reihen dicht geschlossen!
SA marschiert mit mutig, festem Schritt.
Kameraden, die Rotfront und Reaktion erschossen,
Marschiern im Geist in unsern Reihen mit.

¡En alto la bandera! ¡Cerremos filas!
La SA acomete con fuerte y firme paso.
Del Frente Rojo y la reacción, las víctimas
en espíritu marchan a nuestro lado.

Difícilmente era poesía, y difícilmente gran música. Pero cautivó la imaginación de la SA y el partido, se convirtió en la marcha más popular de la SA, y en los doce años posteriores a 1933 fue el himno nacional alterno de Alemania, bajo el título de “La canción de Horst Wessel”. Goebbels había creado no sólo un mártir, sino también un icono nacional. Ésta fue una de

sus estafas más exitosas, que demostró, más allá de toda duda, su completo dominio de la magia negra de la propaganda.

Desde su primera visita a su casa, diez meses antes, la relación de Goebbels con Göring se había convertido en estrecha amistad. El diario de aquél está salpicado de elogiosas referencias al carácter de Göring, especialmente en comparación con enemigos mutuos de Munich, por ejemplo, tras haber compartido la tribuna con Feder en Berlín:

Con Göring al Viktoriagarten. A reventar. Feder habla. El viejo bobo. Luego me toca a mí. Dedico una hora al autómata Hindenburg y llamo a cuentas a la prensa mentirosa. Todos muy entusiasmados [...] Luego, con Göring y Feder. Göring es un buen tipo, y muy afectuoso. Feder, un engreído, vano y celoso dandy. No lo soporto.[19]

Goebbels saboreaba su posición como miembro del Reichstag y de la alcaldía: aunque rara vez hablaba en uno u otra, aparecía casi todos los días tanto en el parlamento como en el "ayuntamiento rojo" de Berlín, así llamado por el color de sus ladrillos, no por su política, aunque de hecho siempre había estado bajo el dominio de los socialistas. Consciente de su nueva condición social, adquiría rápidamente el gusto por la buena vida y la alta sociedad que Göring tanto gozaba, aunque siempre tuvo el cuidado de preservar su imagen pública como asceta. Además de compartir tribunas y discutir asuntos del partido, Göring y él a menudo cenaban e iban al cine y al teatro juntos, a veces con Hans Schweitzer, caricaturista ferozmente antisemita cuyos trabajos ilustraban y complementaban artículos de Goebbels en *Der Angriff* y que también aparecían con regularidad en el *Völkischer Beobachter*. La entrada del diario de Goebbels del 20 de enero ejemplifica la nueva relación:

A casa de Göring a comer. Luego, con él y Schweitzer al Deutsche Theater [Teatro Alemán]. *El káiser de América*, con Werner Krauss. Fabulosa velada. [...] De ahí al Schöneberger Ratskeller ["restaurante del ayuntamiento en el distrito Schöneberg"]. Göring realmente duro contra Munich. También contra Hitler, en parte con cierta justificación. Éste trabaja demasiado poco, por periodos demasiado breves, es [ilegible]. Y las mujeres, ¡las mujeres! Pero contra eso está un exceso de

capacidad y virtud, su encanto, su bondad, su instinto, su grandeza humana. Nos da mucho gusto tenerlo, así que aguantamos sus debilidades.[20]

El hecho de que pudieran criticar a Hitler muestra la confianza que habían desarrollado entre ellos. Se habían asociado contra la gente de Munich, y contra los Strasser. Göring se quejaba con Hitler de que los discursos y artículos de izquierda radical de Otto Strasser en el *Berliner Arbeiterzeitung* y otras publicaciones de su grupo saboteaban constantemente sus esfuerzos por atraer al partido a un mayor número de ricos industriales y aristócratas. Goebbels libraba una batalla personal contra los Strasser, particularmente con Otto, y agradecía el apoyo de Göring.

El antagonismo a fuego lento entre Goebbels y los hermanos empezó a intensificarse en enero de 1930, cuando éstos anunciaron que lanzarían un nuevo diario el primero de marzo. Era una descarada tentativa de estrangular al ahora bisemanal *Der Angriff*, la cual formaba parte de una estrategia general para minar la posición de Goebbels como Gauleiter, "una evidente puñalada por la espalda", la llamó él.[21] Al mismo tiempo, Rosenberg y la mafia de Munich montaron su propio asalto anunciando una edición diaria en Berlín del *Völkischer Beobachter*. Goebbels pidió fondos a Hitler para convertir su publicación en un diario, pero Hitler se anduvo con rodeos y como siempre lo engatusó con una promesa más de que pronto sería jefe nacional de propaganda.

Los dos nuevos periódicos aparecieron el día del funeral de Horst Wessel. Las peticiones de Goebbels habían sido desoídas. Göring había ido, incluso, a Munich en su nombre para tratar de convencer a Hitler de que detuviera la publicación de esos diarios, aunque sin conseguir nada. Goebbels estaba furioso y abatido al mismo tiempo, creyendo que Hitler había "capitulado" ante los Strasser. Clamó amargamente contra Hitler en sus diarios, y hasta consideró la posibilidad de renunciar, pero lo pensó mejor y se vengó lanzando frenéticos ataques contra Otto Strasser en las columnas de *Der Angriff*.

Por fin, luego de casi un mes de tormento, Goebbels halló cierto consuelo cuando Hitler llegó a Berlín y, tras escucharlo pacientemente desahogar todos sus rencores, les dijo a él y a Göring que "estaba sumamente molesto con los Strasser" y que "todo ha terminado entre Strasser y yo". No dijo nada de la prometida función de jefe de propaganda,

pero para suavizar las cosas preguntó a Goebbels si querría ser ministro en Sajonia, donde el partido esperaba buenos resultados en las elecciones locales de ese año. Goebbels, aunque halagado, rechazó el ofrecimiento “por lo pronto”; tenía en mente cosas más urgentes en Berlín, como ayudar a Hitler a hacer una lista de candidatos al Reichstag que no incluyera al círculo de Strasser.[22]

Al día siguiente, Amman aseguró a Goebbels que los Strasser serían destruidos. Por el momento, sin embargo, era vital que el partido presentara un frente unido mientras se preparaba para las nuevas elecciones nacionales, que todos creían que ocurrirían pronto. Ése era el motivo de que Hitler estuviera en Berlín. Hindenburg había aprobado formalmente el Plan Young el 13 de marzo, y Hitler quería librarse entonces de su alianza con Hugenberg y el DNVP, culpándolos del fracaso de la campaña contra el plan, antes de iniciar su campaña electoral.

El desmoronado gobierno de coalición finalmente se vino abajo el 27 de marzo, cuando sus diversos socios no pudieron llegar a un acuerdo sobre las aportaciones al seguro de desempleo. Hindenburg se negó a permitir que el canciller socialdemócrata Hermann Müller gobernara por decreto de emergencia, como lo preveía la Constitución. Pero en vez de disolver el Reichstag y convocar a nuevas elecciones, nombró un nuevo canciller, Heinrich Brüning, líder del católico Partido del Centro, político cauto y seco de quien podía confiarse que haría lo que se le dijera y que gobernaría por decreto presidencial sin involucrar al Reichstag. Fue un momento significativo, que marcó el fin del gobierno democrático en Alemania y el principio de quince años de régimen autoritario.

La destitución de Müller y la selección de Brüning en su remplazo habían sido planeadas, desde tiempo, atrás por una enigmática figura que operaba en una oficina del Ministerio de Defensa: el general de división Kurt von Schleicher. El terco Schleicher, cuyo apellido significa “trepador” o “intrigante”, era un soldado de escritorio cuyo puesto implicaba la responsabilidad sobre las relaciones del ejército con otros ministerios y políticos. Hombre de considerable encanto y gran energía, era muy amigo del hijo del presidente, Oskar von Hindenburg, a través del cual se había vuelto íntimo del propio Hindenburg, al que manipulaba sin ambages. Había utilizado esta amistad para lograr que su antiguo mentor, el general

Groener, fuera nombrado ministro de Defensa, el primer militar en ocupar ese puesto en la República. A cambio, Groener lo había convertido en su brazo derecho, idealmente colocado para cumplir sus arteros designios.

Como Hindenburg, Schleicher no era un amante de la democracia: creía que el pueblo alemán necesitaba, y en realidad quería, el gobierno de un hombre fuerte, respaldado por el ejército. Arquetípica *éminence grise*, prefería trabajar entre bastidores, jalando los hilos del poder para alcanzar sus fines. Durante años había logrado hacer o destruir carreras de oficiales, aun del más alto nivel; recientemente había hecho que el segundo al mando en el ejército, el general Von Blomberg, fuera remplazado por un amigo suyo, el general Von Hammerstein. Esta vez había decidido dirigir su atención a los políticos. Los resultados habrían de ser desastrosos para Alemania, y en definitiva para el mundo.

Mientras Brüning pugnaba por poner orden en el ámbito político alemán, Hitler empezó, al fin, a poner su casa en orden. Otto Strasser había llegado ya demasiado lejos en abril de 1930, desafiando primero las estrictas órdenes del Führer al publicar detalles de su decisión de romper con Hugenberg y usando después sus publicaciones para apoyar una huelga de obreros metalúrgicos en Sajonia que Hitler, bajo presión de los contadores de las grandes compañías, había condenado.

Hitler convocó a los principales dirigentes del partido a una reunión en Munich el 26 de abril, para tratar acerca de los Strasser y sus seguidores. Goebbels y Göring pudieron asistir apenas; a invitación de éste, aquél había pasado la Pascua con Carin y él en Suecia durante una semana de vacaciones, sellando así su estrecha amistad. Pese al mal tiempo, Goebbels disfrutó cada segundo, conociendo al hijo y toda la familia de Carin, visitando sus casas y castillos y siendo espléndidamente agasajado, con excursiones en auto y bote y visitas a la ópera —vio *Die Meistersinger* (*Los maestros cantores de Nuremberg*), que le pareció “bien y concienzudamente interpretada”— y al cine, así como a los mejores restaurantes. Se comió con los ojos a las hermosas mujeres rubias suecas y sintió deseos por la sobrina de Carin, de diecisiete años de edad, que lo excitaba al montar a lomo de caballo. Pero tuvieron que regresar de pronto a Berlín, adonde llegaron el 25 de abril, justo a tiempo para tomar el tren a Munich.[23]

La reunión de Munich brindó una dulce satisfacción a Goebbels. Luego de propinar “un terrible regaño” al desdeñado Feder, Hitler la emprendió contra Strasser, a quien presentó un ultimátum: o terminaba con sus periódicos o sería destituido como jefe de organización. Pasó después dos horas arremetiendo contra las políticas del grupo de Strasser e imponiendo su propia línea, que todos debían seguir. “¡Bravo! Hitler empieza a dirigir de nuevo. Bravissimo!”, graznó Goebbels en su diario. “Una absoluta descalificación de Strasser y la Kampfverlag, el bolchevismo de salón, todo.”

Para coronar el día de gloria de Goebbels, Hitler terminó anunciando el inmediato nombramiento de éste como jefe nacional de propaganda. “Strasser está blanco como el papel”, escribió Goebbels. “Balbucea un par de frases para cerrar, y eso es todo. Hemos triunfado en toda la línea. La oposición yace hecha pedazos en el suelo. Strasser está destruido. Ahora nos haremos cargo de la cuestión de las publicaciones. Y entonces todos estos cobardes se me echarán encima. Así son los hombres.”[24]

Con su nuevo nombramiento, Goebbels quedó establecido como una de las tres principales figuras de la dirigencia nacional del partido. Para celebrar, fue en el auto de Hitler a comer con Göring y Epp bajo un sol radiante junto al lago Starnberger. Luego, antes de tomar el tren nocturno a Berlín, tuvo una breve conferencia con “mi nuevo secretario, Himmler. Muy pronto estamos de acuerdo. No es excesivamente brillante, pero sí diligente y estimable. Aún parece inclinarse hacia Strasser. Pronto se lo quitaremos”.[25]

El Día del Trabajo, de vuelta en Berlín, Goebbels continuó con su notable avance, tanto como el del partido, de la pobreza a la riqueza mudándose a nuevas y suntuosas oficinas en Hedemannstrasse 10, a unos pasos de la Wilhelmstrasse y a sólo un centenar de metros de la cancillería federal. Con treinta iluminadas y ventiladas habitaciones, las nuevas oficinas eran muy distintas al fétido “fumadero de opio” que había heredado justo tres años y medio antes, y eran un adecuado símbolo de la transformación que había obrado en la posición del partido en Berlín, casi enteramente gracias a su talento y energía. Ya volaba alto, pero su victoria fue empañada por el desagradable hecho de que Otto Strasser seguía publicando sus periódicos. Una vez más, Hitler no había culminado sus promesas con acciones.

No fue hasta el 21 de mayo que Hitler habló con Otto Strasser durante una visita a Berlín, y aun entonces trató de evitar una confrontación, ofreciendo que Max Amman comprara la Kampfverlag en términos muy generosos. Cuando Otto se negó, Hitler probó las apelaciones emocionales, el ofrecimiento del puesto de jefe nacional de prensa y, finalmente, la amenaza de expulsar del partido a él y sus amigos y prohibir a los demás miembros todo contacto con él. Otto se mostró indiferente, dirigiendo la conversación a una discusión ideológica sobre la naturaleza del socialismo, enfureciendo a Hitler con su rechazo del principio del Führer y afirmando que el líder no era más que un servidor de la Idea. En una segunda reunión al día siguiente, en la que también estuvieron presentes Gregor Strasser, Hess y Max Amman, Otto se aferró a sus radicales argumentos anticapitalistas y exigió que la nacionalización de la industria se añadiera al programa del partido. Gregor se rehusó a seguir apoyando a su hermano, poniéndose esta vez del lado de Hitler, a quien había renovado su público juramento de lealtad.

Enfadado, Hitler calificó a Otto Strasser de "intelectual blanco judío, absolutamente incapaz de toda organización, un marxista en toda la línea".[26] Prometió a Goebbels actuar contra él, aunque no hasta realizadas las elecciones estatales del 23 de junio en Sajonia, donde Strasser tenía muchos partidarios. Pero aunque los resultados de esas elecciones fueron positivos —obteniendo los nazis lo que Goebbels llamó "una victoria fenomenal", pues su proporción de votos se disparó de 5 a 14.4%, lo que les dio derecho a catorce escaños en el Landtag—, Hitler no hizo nada.

Goebbels desahogó su frustración en su diario, quejándose amargamente de que Hitler siempre inclumplía las promesas que le hacía. Intentó obligarlo a definirse pidiéndole que hablara contra Otto Strasser en un mitin de miembros del Gau de Berlín en el Sportpalast. Pero Goebbels sabía que aun entonces se escabulliría: "Elude la decisión. Así que todo está otra vez de cabeza. Estoy seguro de que no vendrá el lunes. Para no tener que decidir. ¡Así es el bueno de Hitler! ¡El moroso! ¡Siempre aplazando las cosas! Esto es con lo que el movimiento tiene que lidiar".[27]

Como era de esperar, y había predicho Goebbels, Hitler, efectivamente, se echó para atrás. En vez de aparecer en persona en el planeado enfrentamiento en el Sportpalast, envió una carta a Goebbels, dándole el visto bueno para una "implacable purga" del partido en Berlín; como había

hecho siempre, y seguiría haciendo el resto de su vida, se encargaba de que alguien le hiciera el trabajo sucio. Goebbels, sin esas inhibiciones, hizo encantado lo que se le pedía. Inició, gustosamente, la purga a principios de julio. Otto la completó por él renunciando, junto con veinticinco de sus seguidores, para fundar una nueva fracción del partido, la Unión de Nacionalsocialistas Revolucionarios, más tarde conocida como “Frente Negro”, que terminó en nada. Nadie más desertó, y no hubo más problemas. Gregor renunció a la Kampfverlag y renegó de su hermano, para gran pesar de Goebbels, pues habría querido ver excluidos a ambos. Los hermanos no se hablaron en tres años.

El 17 de julio de 1930, Goebbels tomaba un breve descanso con su novia más reciente en Grumsin, a unas tres horas en auto desde Berlín. Sus placeres fueron interrumpidos esa noche por una llamada telefónica de Göring: el Reichstag había impugnado el derecho de Brüning a imponer un presupuesto por decreto presidencial; habría un debate de emergencia al día siguiente. Goebbels llegó corriendo a Berlín en la mañana, apenas cinco minutos antes de la votación. El resultado fue contrario a Brüning. Pero en vez de someterse a la voluntad del Reichstag, el canciller anunció que éste sería disuelto. Habría nuevas elecciones el 14 de septiembre. La cámara estalló en un terrible caos. Los comunistas entonaron “La Internacional”. Todos se desbocaron. A Goebbels le sorprendió enormemente que Göring y él lograran salir ilesos del edificio. Decidieron que debían ir con Hitler de inmediato, y tomaron a toda prisa el tren nocturno a Munich.

Como a todos los nazis importantes, a Goebbels le entusiasmó la inesperada oportunidad que ofrecían las elecciones. El gran incremento de los votos del partido en Sajonia era una buena señal, y los nazis tenían razones suficientes para creer que podían repetirlo, o incluso mejorarlo, a escala nacional; como las cifras del desempleo, el número de miembros del partido seguía aumentando, habiendo llegado ya a doscientos mil, y continuaba creciendo rápidamente. Goebbels apenas si podía creer en su suerte: a sólo diez semanas de habérsele nombrado jefe de propaganda, estaría a cargo de una campaña electoral nacional con todas las posibilidades de gran éxito. Resolvió que ésa sería una campaña como nunca antes se había visto.

Extrañamente, en vista del entusiasmo y la magnitud de la tarea por emprender, Hitler no pareció mostrar ninguna sensación de urgencia. Mientras los principales miembros del partido estaban reunidos para discutir la estrategia y la lista de candidatos, Hitler llevó al mediodía a Goebbels a su favorito Café Heck, cuya burguesa atmósfera le pareció a éste "espantosamente acartonada". Luego fueron a inspeccionar los progresos de la nueva Casa Parda: "Pomposa y de gran escala. Hitler está en su elemento".[28]

Evitando todavía ponerse a trabajar, Hitler pasó el día siguiente lejos de Munich, yendo en auto a Oberammergau para ver la famosa representación de la Pasión, acompañado únicamente por su sobrina, Geli; la madre de ésta, su hermanastra Angela, y Goebbels. Difícilmente habría podido mostrar con más claridad su favor por su nuevo jefe de propaganda. Goebbels quedó "agradablemente sorprendido" por la representación. Opinó que partes de ella eran "más bien *kitsch*", pero que en general era de "decente gusto popular". La escena que más le impresionó fue la de Pilatos, "muy cerca de un modelo de interpretación de los judíos. Siempre fue así, y lo sigue siendo".[29]

La semana siguiente trabajó frenéticamente en los planes electorales, haciendo borradores de folletos, volantes, carteles e información y ayudando a concluir la lista de candidatos por ser aprobada en una conferencia de Gauleiter, de un día de duración. Con eso resuelto, decidió que podía dejar que Himmler prosiguiera, comentando, con cierta condescendencia, que la obra negra ya estaba terminada, y que todo lo que faltaba por hacer era técnico. Después de la elección, señaló, tendría que buscar otro asistente; Himmler, como Reichsführer-SS, sería integrante del nuevo Reichstag.

La campaña de las seis semanas posteriores fue todo lo que Goebbels había esperado. Bajo el lema "Pan y Libertad", la maquinaria del partido inundó Alemania con millones de folletos y carteles, y aportó un centenar de oradores autorizados para que recorrieran sin tregua el país, pronunciando discursos en unos seis mil mítines masivos celebrados en carpas y estadios descubiertos, a menudo de noche a la luz de antorchas encendidas, así como en salas convencionales. La operación entera fue planeada y organizada por Goebbels, con la asistencia de Himmler en los

detalles. El propio Hitler pronunció más de veinte discursos importantes. Otras estrellas, como Göring, Goebbels y Strasser, hablaban varias veces al día. El número de mítines menores en ciudades y pueblos de toda Alemania llegó al increíble total de treinta y cuatro mil en las cuatro últimas semanas de la campaña, achicando por completo los esfuerzos de los demás partidos. Para respaldar todo eso, Goebbels supervisó y coordinó en su totalidad la prensa del partido, cerciorándose de que los artículos informativos fueran iguales en todas las publicaciones de la organización. Para asegurar una cobertura noticiosa más general, la SA incurrió en una incesante serie de disturbios y violentas batallas callejeras con comunistas y socialistas.

A todo lo largo de la campaña, tanto Göring como Goebbels trabajaron en medio de dificultades personales. Göring estaba sumamente preocupado por Carin, que había vuelto a enfermarse y se hallaba grave, aunque no dejó que eso interfiriera en su campaña. Tampoco ella lo habría permitido: "Sólo cuando pienso cómo puedo ayudarlo a él, o al movimiento de Hitler, de una manera u otra", escribió a su madre, "parece llegarme fuerza de arriba".[30] Göring la llevó a un sanatorio en Bad Kreuth, junto al lago Tegern, en Baviera, y envió por Thomas (ya de dieciocho años de edad) a Suecia, para que estuviera con ella mientras él recorría el país.

La tensión afectó a Göring —según Carin, caía como animal herido luego de cada discurso—, pero él lo mantuvo en total secreto, y sus discursos eran tan bulliciosos como siempre. Un informe de la policía de Munich del 8 de agosto refiere que en el Circus Krone llamó "nalgadero" al ministro del Interior y se burló de que la única experiencia en combate de Groener, el ministro de Defensa, había sido "avanzar de un escritorio a otro". Para deleite de su público, dijo que Groener debía presidir el desfile del Día de la Constitución dos días después "¡con un sombrero gacho en la cabeza y una pluma de pavorreal saliendo de cierta parte de su anatomía!".[31] Esta agudeza le valió una sonora aprobación, y una multa de trescientos marcos, que no hizo nada para moderar su irreverente estilo.

Goebbels, entre tanto, temporalmente desprovisto de su inmunidad a causa de la disolución del Reichstag, tuvo que defenderse contra no menos de cinco demandas de difamación, una de ellas interpuesta por Hindenburg. Saboreó el reto que representaban y, por supuesto, la publicidad que rendían. Pero en agosto, cuando la campaña se acercaba a su clímax,

enfrentó un desafío más serio dentro de su organización. Desde tiempo atrás, inquietud y descontento se habían acumulado en la SA, con crecientes exigencias de más dinero y autonomía respecto de los "civiles" en las oficinas del partido. La SA crecía rápido, pues trabajadores desempleados acudían a recibir comida y techo gratis en esos difíciles días. Ya tenía más de cien mil miembros, lo que la volvía mayor que el Reichswehr, y sus líderes estaban hartos de tener que subordinarse a los políticos.

También había considerable resentimiento por la creciente riqueza de los jefes del partido. "¡Nosotros, la sección proletaria del movimiento, estamos naturalmente encantados!", proclamaba uno de los muchos panfletos anónimos. "Estamos muy contentos de morirnos de hambre para que nuestros queridos 'líderes' puedan disfrutar de sus salarios de entre dos y cinco mil marcos al mes. También estamos sumamente felices de saber que en el Salón del Automóvil de Berlín, nuestro Adolf Hitler gastó cuarenta mil marcos en un enorme Mercedes nuevo."[32] Goebbels era uno de los blancos de su enojo, en tanto que Göring, con su estilo de vida descaradamente opulento, no. Pese a la diferencia de sus antecedentes, siempre fue Göring quien tuvo el don de saber tratar a la gente sencilla, que toleraba sus excesos con una sonrisa de incredulidad. Durante casi todos sus años de poder, los chistes contra Göring, aun de los sardónicos berlineses, fueron esencialmente afables, mientras que los destinados a Goebbels siempre tuvieron un filo agudo.

El 7 de agosto de 1930, Goebbels sostuvo una larga reunión a mediodía con un grupo de oficiales de la SA, encabezados por su comandante regional, el exoficial de la policía y el ejército Walter Stennes, quien había sido líder de un Freikorps y traficante de armas antes de alistarse en la SA, había remplazado a Daluege en Berlín y era en ese momento *Oberführer* (general de brigada de la SA), uno de los siete delegados titulares de Pfeffer. Exigió que la SA recibiera escaños en el Reichstag, y dijo que si no se le daban, él instigaría una "revolución palaciega". En este sentido, amenazó con renunciar y llevarse a la mayoría de sus hombres, advirtiendo que los efectivos de la SA en Berlín se reducirían de los quince mil de entonces a unos tres mil. Un mensajero ya había marchado a Munich a presentar allá sus demandas.

Tras la reunión, Goebbels telefoneó a Pfeffer, para saber qué ocurría. Lo halló "muy apagado". Hitler le había dicho que "estaba perdido", y lo había llamado amotinado y conspirador. Esa noche, luego de que Goebbels hablara en un mitin en Friedenau, se acercaron a él dos de los principales lugartenientes de Stenner, quienes lucían muy alicaídos. Las acusaciones de amotinamiento habían calado hondo en ellos, y le rogaron que interviniera ante Hitler en su favor. Él prometió hacerlo.[33] La situación se había distendido, al menos por el momento, y Goebbels logró concentrarse, una vez más, en la campaña electoral y sus casos judiciales.

Los problemas con la SA estaban lejos de haber terminado, sin embargo. Siguieron retumbando ominosamente el resto del mes, hasta que el 27 de agosto, justo al salir de Berlín a una gira de discursos en Dresde y Hamburgo, Goebbels fue informado de que la SA planeaba una revuelta. Al llegar a Dresde, telefoneó a su oficina y se enteró de que la situación era peor de lo que había imaginado: todos los líderes de la SA se habían unido y estaban en abierta rebelión contra el Gau de Goebbels y Munich. El médico militar de la SA, el doctor Conti, confirmó los detalles y fue a Munich a reportarlos, al tiempo que Goebbels terminaba su discurso antes de volver de noche a toda prisa a Berlín. Stennes lo confrontó ahí con un ultimátum: tres escaños en el Reichstag y más dinero y poder político, o la SA se iría en *masse*. "¡Qué frescura!", escribió en su diario. "Sostiene una pistola contra mi pecho. ¡Si no fuera porque tenemos el mitin del Sportpalast mañana! Pero el 15 de septiembre nos vengaremos."[34]

Antes de salir a Hamburgo, llamó a Munich, pero —¡sorpresa, sorpresa!— Hitler no estaba disponible: se hallaba en Bayreuth, en el Festival Wagner. Cuando logró hablar con él, Hitler se negó a tomar en serio la amenaza de la SA, insistiendo en que no daría nada a ésta. Enviaría a Otto Wagener, jefe del Estado Mayor de Pfeffer, a Berlín con plenos poderes para resolverlo todo; Pfeffer, habiendo perdido tanto el control de sus hombres como la confianza de Hitler, había renunciado.[35] De vuelta en Berlín al día siguiente, Goebbels tembló al descubrir que Stennes no bromeaba, pues retiró a los milicianos de la SA que se suponía que estarían de guardia en su mitin en el Sportpalast, dejándolo sin protección. Desfilaron en cambio en la Wittenbergplatz, donde se manifestaron contra él. Según una nota en el *Münchner Post* (Correo de Munich), "hubo

ruidosos gritos de ‘¡Que el doctor Goebbels dé la cara y rinda cuentas!’”. Algunos amenazaron con marchar contra el Sportpalast y hacer pedazos a la “plebe de Goebbels”.[36]

Éste había buscado protección, tanto contra los comunistas como contra la SA, en la SS, bajo el delegado que él mismo había nombrado, Daluege. La SS manejó bien el mitin del Sportpalast, y después apostó guardias en la oficina del Gau, mientras Goebbels se marchaba a Breslau el sábado. Todo parecía bajo control, pero a las dos de la mañana siguiente Goebbels fue despertado por un telegrama de Berlín. La SA había tomado por asalto y destrozado la oficina del Gau, hiriendo entre tanto a dos guardias de la SS. Goebbels confesó que, por un momento perdió su temple. Pero luego lo invadió la cólera. Por ningún motivo permitiría que cuatro años de arduo trabajo fueran destruidos de ese modo. Llamó a la aborrecida policía, la cual arrestó a veinticinco hombres de la SA, y posteriormente telefoneó a Hitler en Bayreuth. Esta vez, Hitler tuvo que tomar en serio la situación. Se levantó, y al amanecer contrató un avión y voló a Berlín.

Goebbels lo recibió ahí, con Göring, y le dijo que la rebelión se extendía ya por toda Alemania. Si no llegaba de inmediato a un arreglo con la SA, habría una catástrofe. Hitler pasó el día recorriendo la ciudad para hablar con grupos de hombres de la SA, y más tarde se reunió con Stennes. Hablaron hasta las seis de la mañana siguiente, sin acordar nada. Pero Hitler tenía un as bajo la manga, y lo jugó en una reunión apresuradamente convocada de unos dos mil milicianos de las tropas de asalto; tras recordar a su público que Pfeffer había renunciado, elogió los logros de todos ellos en el pasado, y anunció que asumiría personalmente el mando supremo de la SA y la SS. Los milicianos se volvieron locos de gusto, mientras él concluía con un emotivo llamado a la lealtad y remataba presentando al general Litzmann, de ochenta años de edad, para que prestara juramento a nombre de todos los efectivos de la SA. Goebbels pronunció luego un breve discurso, y Stennes selló la reunión leyendo una orden de Hitler que autorizaba un sustancial incremento al financiamiento de la SA.

La rebelión había terminado. Tras descansar para recuperarse de cuatro noches prácticamente sin dormir, Goebbels volvió a la palestra, elevando la campaña a un tono febril en las dos últimas semanas. El 14 de septiembre de 1930, su intenso trabajo fue recompensado cuando el pueblo alemán

acudió a las urnas. Al principio de la campaña, Goebbels había predicho, en forma optimista, un aumento de tres veces en el número de escaños para su partido, a alrededor de cuarenta. Pero una vez contados todos los votos en las primeras horas del 15 de septiembre, los resultados fueron mejores de lo que él habría podido soñar. La SA, nada menos, lo cargó en hombros entre el jubiloso gentío que abarrotó el Sportpalast, totalmente olvidada, al calor del momento, de sus recientes riñas con él. Con casi 6.5 millones de votos, el porcentaje del partido nazi se había disparado de 2.6 a un asombroso 18.3, superando a los comunistas, que únicamente obtuvieron 13.1%. Esto le dio derecho a ciento siete escaños, lo que lo convirtió en el segundo partido más importante del Reichstag, sólo rebasado por los socialdemócratas. Repentinamente, la posibilidad de alcanzar el poder por medios legítimos había dejado de ser un sueño imposible y se hacía realidad. Frente al desastre de la Depresión, tan próxima a todas sus demás desgracias y privaciones, el pueblo alemán necesitaba desesperadamente un rayo de esperanza; y los nazis, con su promesa de hacer cambiar y revivir a Alemania con un gobierno fuerte, parecían ofrecer la mejor perspectiva de un futuro más brillante.

“SOLDADO DE LA SS, TU LEALTAD ES TU HONOR”

Apenas una semana después de las elecciones de septiembre de 1930, Hitler asestó un brusco revés a los radicales de la SA (Sturmabteilung, Sección de Asalto) cuando declaró categóricamente que no habría ninguna revuelta armada. Aparecía entonces como testigo de la defensa en el juicio de tres jóvenes oficiales del ejército acusados de tramar alta traición intentando inducir a sus compañeros a no disparar contra rebeldes nazis en caso de un levantamiento armado. Como lo había hecho en Munich en 1924, sacó el mayor provecho posible de la tribuna pública ofrecida por ese juicio. Ante la perspectiva real del poder a la vista, debía cortejar a los generales; convencerlos de que, lejos de representar una amenaza para el ejército, los nazis serían en realidad su salvación, pues lo librarían de la opresión de Versalles.

“Siempre he mantenido la opinión”, declaró en el estrado, “de que todo intento de remplazar al ejército es una locura. Ninguno de nosotros tiene el menor interés en remplazar al ejército. Cuando lleguemos al poder, nos aseguraremos de que del Reichswehr actual surja un gran ejército del pueblo alemán.” Aseveró ante el tribunal que él y su partido estaban comprometidos con la conquista del poder por medios estrictamente constitucionales. Cuando el juez responsable le preguntó qué quería decir entonces al hablar de la “revolución nacional alemana”, Hitler respondió: “Eso significa, sencillamente, el rescate de la esclavizada nación alemana que hoy tenemos. Alemania está atada de pies y manos por los tratados de paz. Los nacionalsocialistas no consideramos esos tratados como leyes, sino como algo impuesto a Alemania por la fuerza [...] Si protestamos contra ellos con todos los medios a nuestra disposición, estamos en la senda de la revolución”.[1]

El ejército se dejó engañar casi por completo por las seguridades de Hitler. En efecto, su antiguo adversario, el general Von Seeckt, destituido

como comandante del Reichswehr en 1926 y para entonces uno de los recién electos miembros del Reichstag, se alió abiertamente con los nazis, al menos por lo pronto. Era la SA la que amenazaba con echar todo a perder. Hitler afirmó en el tribunal que esperaba alcanzar la mayoría en el Reichstag luego de dos o tres elecciones más, y “después ocurrirá un levantamiento nacionalsocialista y formaremos el Estado tal como lo deseamos”. Los exaltados en la SA, sin embargo, no querían esperar tanto. No entendían la desordenada idea de Hitler de hacer la revolución después de alcanzar el poder, antes que alcanzar el poder mediante la revolución; seguían resueltos a hacer uso de la violencia para tomar el poder por la fuerza y poner fin a lo que veían como colaboración con el sistema que detestaban.

Ya que estaba tan cerca del éxito, Hitler debía controlar a los indisciplinados elementos de la SA e impedir que arruinaran su plan. No sería tarea fácil. Quería seguir siendo comandante supremo de la SA, pero para hacer el trabajo difícil —lo cual no fue nunca su fuerte— necesitaba a un jefe de Estado Mayor capaz no sólo de imponer una indispensable disciplina, sino también de inspirar respeto a los milicianos encallecidos. Necesitaba a alguien que no estuviera manchado por el faccionalismo que tantos problemas había causado tanto en la SA como en el partido, y que eliminara a la mayoría de los delegados de Pfeffer y ciertamente a su principal competidor, Stennes, estrechamente asociado con Otto Strasser y sus políticas. En forma un tanto desesperada, recurrió a un hombre sin la menor inclinación socialista, con suficiente experiencia y muchas de las cualidades indicadas y ausente de Alemania en los dos últimos años, establecido en América del Sur como asesor militar del ejército boliviano. Llamó a Ernst Röhm.

Hitler y Röhm se habían distanciado desde su desacuerdo por el Frontbanner a fines de 1924, aunque se dice que Röhm le aseguró al marcharse: “Basta que me ordenes: ‘Preséntate en el Siegestor tal día a las seis de la mañana con tus hombres’, y ahí estaré”.[2] Ignoramos si Hitler permaneció o no en contacto con Röhm durante la estancia de éste en Bolivia. Pero Himmler ciertamente lo hizo, manteniendo informado a su antiguo mentor de sus progresos. El 29 de enero de 1930, por ejemplo, le escribió diciéndole: “La SS [Schutzstaffel, Escuadrón de Protección] está

creciendo, y a fines de este trimestre deberá haber llegado a los dos mil miembros”, añadiendo orgullosamente que “cada mes que pasa, las reglas de servicio y condiciones de entrada se vuelven más estrictas”.[3] Con la ayuda de Himmler, la brecha se cerró, y Röhm aceptó regresar.

Probablemente, a Röhm le ayudó a decidirse la garantía que Hitler había dado a la SA, inmediatamente después de asumir la función de comandante supremo, de que no sólo tendría “tareas especiales” en la “lucha por el poder”, sino que además, una vez obtenido éste, formaría la “reserva [...] de un futuro ejército nacional alemán”.[4] Esto era más o menos lo que Röhm siempre había querido, pues le ofrecía una vía rápida a los más altos niveles del Reichswehr. Dejó todo en Bolivia y tomó el primer barco disponible por el canal de Panamá. El 12 de noviembre estaba en la nueva Casa Parda, donde conoció a Goebbels. “Se muestra muy amable conmigo”, observó este último, “y me simpatiza mucho. Un soldado franco y directo. Todo un personaje.”[5] Se convino que Röhm asumiría oficialmente su nuevo puesto el 5 de enero de 1931.

Himmler debe haberse sentido aliviado por el retorno de Röhm. Tras el incidente de septiembre en las oficinas de Berlín, Hitler había redefinido el papel de la SS como “cumplir principalmente deberes de vigilancia dentro del partido”. Para subrayar esto, le había concedido mayor autonomía de la SA, y había decretado que “ningún comandante de la SA tiene derecho a dar órdenes a la SS”.[6] Al mismo tiempo, había eliminado las restricciones a su tamaño, autorizando a Himmler incrementar el número de efectivos de la SS a 10% del total de la SA. También había aceptado un nuevo uniforme, totalmente negro para enfatizar la separación respecto a los milicianos de las tropas de asalto, de camisa parda, y con una siniestra insignia de calavera en la gorra. La SS, sin embargo, seguía formando parte nominalmente de la SA, lo cual quería decir que el jefe del Estado Mayor de esta última era el superior inmediato de Himmler. Himmler tenía todas las razones para creer que Röhm sería más receptivo a sus propósitos y ambiciones que Pfeffer, quien se había opuesto, por celos, a sus esfuerzos por ampliar la SS. Podría entonces iniciar y realmente construir su nueva orden.

A Göring le habría encantado ser el nuevo jefe de la SA: mandar a más hombres que los generales del Reichswehr le habría dado enorme satisfacción, ya no se diga considerable poder. También le habría dado un puesto oficial en el partido, algo que nunca había tenido, y que de hecho nunca tendría. Hitler, sin embargo, lo necesitaba donde estaba; asociarlo estrechamente con los matones anticapitalistas de la SA perjudicaría sus valiosas relaciones con las grandes compañías y la aristocracia. Para atenuar su evidente desilusión, Hitler lo hizo vicepresidente del Reichstag, posición que los nazis, como segundo partido de mayor tamaño, tenían derecho a ocupar con uno de los suyos, lo que lo colocó por encima no sólo de Epp, Goebbels y el líder de la bancada nazi, Frick, sino también de Gregor Strasser, todavía el indiscutible número dos en el partido.

El 13 de octubre de 1930, Göring encabezó la entrada a la cámara de los otros ciento seis parlamentarios nazis, todos ellos ataviados con camisa y pantalón pardos, en desacato a la prohibición de uniformes, en tanto que milicianos de la SA hacían una demostración de fuerza afuera del edificio, por órdenes de Goebbels. Horas más tarde, también por instrucciones del Gauleiter, milicianos de la SA vestidos de civil arrasaron la ciudad destrozando los aparadores de tiendas judías y agrediendo a quienquiera que pareciese judío. Tanto dentro como fuera del Reichstag, los nazis daban aviso así de sus futuras intenciones. Esa noche, Göring ofreció con orgullo una celebración en su departamento a Hitler y los principales miembros del partido, entre ellos Goebbels, Hess, Frick y Epp, junto con algunos de sus principales patrocinadores, como el príncipe Augusto Guillermo, los príncipes Victor zu Wied y su esposa, y Erhard Milch.

La salud de Carin se deterioraba de nuevo; pero pese a su romántico amor por ella, la ambición de Göring fue mayor que su preocupación por el bienestar de su esposa, quien, por su parte, se negó a ceder a su enfermedad, sabedora de que él la necesitaba para recibir a sus colegas y a importantes contactos. Ninguno de los dos consideró siquiera la posibilidad de aligerar su apretada agenda social. En nochebuena, Carin tenía una temperatura de 38ºC, pero aun así siguieron adelante con la fiesta que habían planeado.

“A las ocho en punto llegó Goebbels, para pasar la Nochebuena con nosotros”, escribió ella a su madre.

Llegó cargado de regalos para todos. Sólo cenamos fiambres y fruta. Luego Goebbels tocó el armonio, que yo había traído a la sala para la fiesta, mientras todos cantábamos los viejos villancicos, *Stille Nacht, heilige Nacht*, *O du fröhliche, o du selige*, etcétera. Thomas y yo cantamos en sueco, Goebbels y Cilly [la sirvienta de los Göring] en alemán, y armonizamos. Se encendió el arbolito y se repartieron los regalos. Entonces me dio un acceso de escalofríos, tan violento que tuve que hacer uso del sofá y debieron llevarme a la cama, con fiebre y un fuerte dolor de cabeza.[7]

Aun después de su colapso, Carin recibió a dieciséis invitados a comer en navidad, incluidos nuevamente Goebbels y los príncipes Augusto Guillermo y Victor zu Weid y sus familias, aunque pasó acostada la mayor parte del día y recibió dos visitas de su médico. Pero aun así, no hubo pausa: apenas días más tarde, el 5 de enero de 1931, Göring y ella ofrecieron una cena muy importante, para que Hitler conociera a un selecto grupo de poderosos invitados, entre quienes se contaban Thyssen y, más significativamente, el expresidente del Reichsbank (Banco Central), Hjalmar Schacht. Los demás invitados incluían al omnipresente Goebbels y, quizá para mayor asombro aún, a Röhm, quien ese día había asumido oficialmente su nuevo puesto. Schacht estaba en buenos términos con Göring, pero no conocía a Hitler, pese a que ambos habían participado en la campaña contra el Plan Young. Le impresionaron las ideas de Hitler, las cuales le parecieron "no poco razonables", así como su "moderación" y obvia ansiedad "por evitar todo lo que pueda asustarnos, en nuestro carácter de representantes de una sociedad más tradicional".[8]

La presentación con Schacht marcó otro notable punto para Göring, lo que elevó aún más su prestigio ante Hitler. Tal encuentro dio fruto casi de inmediato, cuando Schacht y Thyssen convencieron a Brüning de que recibiera a Hitler y Göring para hablar de la incorporación de los nazis a un gobierno de coalición. Aunque en esta reunión no se llegó a ningún acuerdo, quedó claro que el partido nazi no podía ser excluido mucho tiempo más.

La posición social de Göring quedó finalmente ratificada diez días después de la cena con Schacht, cuando Carin y él viajaron a Doorn, Holanda, para visitar al exiliado káiser, quien los había invitado personalmente. "Esperamos beneficiarnos ganando al káiser para el partido, el tipo de cosas en las que Hermann es experto", escribió Thomas von Kantzow en su diario tras despedirlos en la estación del Zoológico. Dado

que tres de sus hijos eran miembros o seguidores del partido nazi, el káiser debe haber sido, al menos simpatizante, pero eso no le impidió perder los estribos con el as de la aviación convertido en político, quien evidentemente no se sentía intimidado por él. “Se lanzaron uno contra otro de inmediato”, escribió Carin a su madre. “Ambos son excitables, y en muchos sentidos son muy parecidos entre sí. Es probable que el káiser nunca haya oído a nadie expresar una opinión diferente a la suya, y a veces eso fue demasiado para él.”[9] Sin embargo, es obvio que al káiser no le ofendió la franqueza de Göring: al final de la cena del segundo día brindó por “el próximo Reich”; con todo tacto, Göring respondió: “Por el próximo rey”, sin añadir un nombre. Esta visita fue sin duda un éxito, porque el káiser volvió a invitar a Göring al año siguiente.

Mientras sus esposos discutían de política, la emperatriz se mostraba más interesada en la delicada salud de Carin. Le impactó tanto su frágil apariencia que le dio dinero para pagar un tratamiento en su sanatorio favorito, en Bad Altheide, Silesia. Carin necesitaba tratamiento desesperadamente; una semana después estaba tan enferma que los médicos no le encontraron el pulso, y dijeron a Göring que todo había terminado. Ella fue reanimada gracias a que se le inyectaron estimulantes, pero el pronóstico para el futuro no era optimista.

Inevitablemente, la tensión empezó a mostrarse en el comportamiento de Göring, que se volvió más errático que nunca. Al mismo tiempo, debido en parte a eso y en parte también a los celos, su relación con Goebbels comenzó a decaer, con un creciente número de rencillas y desacuerdos. Los diarios de Goebbels incluyen cada vez más críticas a Göring en lugar de los exagerados tributos de apenas semanas atrás. Para ese momento Goebbels ya se movía solo y con más confianza en la alta sociedad, y tenía menos necesidad del respaldo de Göring; había adquirido una rica y bien relacionada patrocinadora en la persona de la baronesa Viktoria von Dirksen, madrastra del entonces embajador en la Unión Soviética, quien le proporcionaba dinero, contactos y chismes. Ella le dijo que Göring había vuelto a la morfina,[10] y Goebbels lo informó pronto a Hitler, aparentemente para hablar de lo que podían hacer para ayudar a su amigo, aunque más sutilmente para minar la posición de Göring ante el Führer.

La división se ensanchó el 10 de febrero de 1931, cuando Goebbels convenció a los parlamentarios nazis de abandonar el Reichstag en protesta

por los planes del gobierno de limitar abusos en la inmunidad parlamentaria. La de Göring fue la única voz discrepante; Goebbels dijo que éste había evolucionado en la dirección equivocada a causa de sus "eternas negociaciones".[11] Goebbels tenía un interés personal en conservar la inmunidad: enfrentaba no menos de ocho juicios, por varios delitos. Pero también quería subrayar su visión del partido como un movimiento revolucionario fundamentalmente opuesto al sistema parlamentario, y disociarlo del Reichstag, el cual seguía comprometido en destruir.

Los casos contra Goebbels se habían acumulado desde el verano anterior. Antes de que su inmunidad fuera renovada por la apertura de sesiones del nuevo Reichsta*g*, había escapado al procesamiento absteniéndose consistentemente de presentarse en el tribunal. Cuando un juez emitió un citatorio el día de la inauguración del nuevo periodo de sesiones, con la esperanza de que la policía lograra atrapar a Goebbels antes de que entrara al edificio, él eludió el arresto ocultándose en el suelo de una limusina con ventanas encortinadas y escurriéndose sin ser visto entre la multitud. Los parlamentarios nazis lo recibieron con ruidosos gritos de "¡Viva el salvador de Berlín!", y él se burló de sus adversarios diciéndoles: "Ya ven, ¡estoy saboteando su sistema burgués!".[12]

Los juicios pendientes no hicieron nada para reducir la maniaca determinación de Goebbels de aprovechar todas las oportunidades para llamar la atención sobre el partido y él mismo en Berlín. Cuando la película antibélica estadunidense basada en la novela en alemán de Erich Maria Remarque *Sin novedad en el frente*, se estrenó en Berlín, Goebbels organizó una manifestación afuera del cine Mozartsaal, mientras que, dentro, él y ciento cincuenta hombres de la SA causaron estragos gritando, chiflando, soltando hámsters y arrojando bombas fétidas. Los días siguientes, miles de milicianos de las tropas de asalto desfilaron por las calles entonando la "Canción de Horst Wessel" y provocando enfrentamientos con la policía, bajo la presidencia de Hitler, Goebbels y otros prominentes nazis. "Más de una hora", rio Goebbels, satisfecho. "De seis en fondo. ¡Fantástico! El oeste de Berlín nunca ha visto nada como esto."[13] La policía de Berlín contratacó finalmente, prohibiendo todas las manifestaciones, concentraciones y procesiones públicas, pero Goebbels se anotó una victoria más cuando la junta cinematográfica del Ministerio del Interior retiró la autorización a esa

película con el argumento de que era “una amenaza para el honor de Alemania”.

Mientras Goebbels incitaba a la SA a cada vez mayores excesos, las batallas campales con los comunistas, tanto en las calles como en salas de eventos, pasaban a formar parte de la vida cotidiana de Berlín. Apuñalamientos, tiroteos y otros serios agravios eran frecuentes. El día de año nuevo hubo dos muertos en la ciudad; tres semanas después, más de cien personas resultaron heridas, muchas de ellas de gravedad, en una salvaje gresca durante un debate entre Goebbels y Walter Ulbricht, presidente del KPD (Partido Comunista Alemán) de Berlín, en el ayuntamiento de Friedrichshain. Hubo más muertos y heridos en los días y semanas siguientes. Goebbels se deleitaba en lo que veía como el preludio de la revolución.

La SA estaba encantada con el renovado radicalismo de Goebbels, y él se reconcilió con Stennes, formando una amistad que suplantó su menguante relación con Göring. Poco antes, Goebbels se había mudado a un elegante departamento nuevo en el confortable distrito de Steglitz, en el sur de Berlín, que Stennes dio en visitar con regularidad. Bajo la influencia de este último, Goebbels volvió a sus alocados días socialistas, pues ambos fustigaban a los reaccionarios “magnates de Munich” y tramaban la revolución. La única diferencia entre ellos era que Goebbels seguía aferrado a la vana ilusión de que Hitler era un socialista de corazón, engañado por los maléficos parásitos que lo rodeaban, mientras que Stennes, cuya visión no estaba cegada por el amor al Führer, advertía claramente que éste era de hecho el principal “magnate”.

Con la bendición de Goebbels, Stennes publicó una serie de artículos en *Der Angriff* abogando por un levantamiento armado, en directa contradicción con las repetidas declaraciones de Hitler de que él y el partido estaban totalmente comprometidos con la obtención del poder por medios legítimos. El 21 de febrero, Goebbels y Stennes decidieron que estaban totalmente de acuerdo sobre la situación política, y convinieron en formar una alianza para defender sus opiniones. “SA + yo. Eso es poder”, se regodeó aquél en su diario.[14]

Göring había disgustado a Goebbels al atacar abiertamente a *Der Angriff* por apoyar la línea de Stennes. Goebbels lo había confrontado al

respecto, insistiendo en que el movimiento sólo avanzaría con fuerza y perseverancia y acusándolo de ser demasiado optimista y confiar demasiado en la negociación. Pero fue en vano; era obvio que ahí había un choque de egos monstruosos. Göring, fulminó Goebbels, sufría delirios de grandeza, ya se creía canciller y era "un oportunista desmedido"; todo se derivaba de su adicción a la morfina. Debía ser internado en un hospital psiquiátrico, por su bien.[15]

Un día antes de sellar su pacto con Stennes, Goebbels había repetido sus acusaciones ante Hitler, afirmando que Göring hacía el ridículo, era "una figura cómica, un Falstaff" y debía someterse a una drástica curación. Ya no podía representar al partido. Además de intentar destruir el prestigio de Göring ante Hitler, Goebbels difundió en el partido el rumor sobre la adicción de aquél, añadiendo chismes picantes, como el de que Brüning, al que él decía que Göring idolatraba, lo había descrito como "sumamente vulgar".[16] Lo único que Göring pudo hacer cuando se reunió con Goebbels a mediados de marzo para tratar de resolver las cosas, fue negar que persistiera en la morfina, reprocharle que se hubiera pasado al bando de Stennes y lo elogiara tanto en *Der Angriff* y decirle que estaba rodeado de personas que eran "pura basura". Goebbels respondió acusándolo de ser "puro negocio", y atacó el nuevo programa económico preliminar del partido, quejándose de que no se había dejado nada al socialismo. Se despidieron, señaló Goebbels, "medianamente amigos. Pero aún quedan muchas cosas entre nosotros".[17]

Para ese momento debía haber estado claro para Goebbels que había hecho una mala elección. Hitler no hacía nada contra Göring, pero, en cambio, perdía rápidamente la paciencia con Stennes, cada vez más crítico de sus políticas. Apenas cinco días después de formalizado el pacto entre Goebbels y Stennes, Röhm prohibió a la SA participar en batallas callejeras, y a sus líderes hablar en público. Esto no cayó nada bien a la SA en Berlín, ni a Goebbels. Un chivatazo anónimo a la oficina del fiscal estatal en Berlín llevó a la policía a descubrir varias cartas de Röhm en el consultorio de un médico especialista en trastornos sexuales, en las que aquél se quejaba de que le era difícil hallar "compañeros de juegos". Nunca se supo quién fue el responsable, pero es un hecho que Goebbels aprovechó el escándalo en el partido, divulgando material incriminatorio y haciendo chistes a expensas

de Röhm, con la vana intención de que se le destituyera. Su simpatía por el “soldado franco y directo” había durado sólo unas semanas antes de sucumbir a su normal misantropía. Röhm devolvió el cumplido difundiendo vengativos chismes sobre Goebbels.

Dividido entre sus inclinaciones radicales y su devoción a Hitler, Goebbels intentó mediar entre Munich y Berlín. Para promover lealtad al partido y buena voluntad hacia la SA, organizó, incluso, una maniobra típicamente suya: un supuesto intento de asesinato en su contra con un paquete-bomba, “heroicamente desactivado” por un miliciano de la SA adscrito a *Der Angriff*. Con la ayuda de Hitler, Goebbels logró convencer a Röhm de que no destituyera a Stennes, pero sus tentativas de cuadrar el círculo estuvieron condenadas al fracaso desde el principio.

Las cosas llegaron a su límite el 28 de marzo de 1931, cuando Hindenburg emitió un decreto de emergencia que imponía el registro de todos los mítines políticos y la censura de carteles y panfletos, y que concedía a Brüning amplias facultades para combatir los excesos políticos. Goebbels previó la proscripción del partido y la SA, y quiso oponerse. Pero para su desgracia, Hitler ordenó el estricto cumplimiento de la ley. “¡Viva la legalidad!”, gruñó en su diario. “¡Qué asco! Ahora tendremos que idear nuevos métodos. Será muy difícil. Y a eso hay que añadir la crisis con la SA y el socialismo. Tenemos razones para estar descontentos. Hemos cometido muchos errores; sobre todo, demasiado trato con el enemigo. Ahora nos han timado. Y todo por culpa de Göring.”[18]

Cuando Stennes se negó a ceder, Hitler ordenó a Goebbels presentarse ante él en Weimar, donde sostenía una conferencia con dirigentes del partido. Goebbels marchó vía Dresde, donde estaba previsto que pronunciara dos discursos, así que llegó exhausto a Weimar a las cinco de la mañana del primero de abril. Horas después, algo temeroso, pues sabía que sus enemigos en Munich lo asociaban con Stennes, se reunió con Hitler y Röhm, quien le dijo que Stennes había sido destituido la noche anterior. Antes de que pudiese siquiera asimilar esta noticia, una llamada telefónica de Berlín le informó que la SA se había amotinado y ocupado sus oficinas y las de *Der Angriff*. Había llegado el momento de decidir: Hitler o Stennes. Goebbels sabía el resultado. Aunque sus simpatías estaban por completo con los rebeldes, había vendido su alma a Hitler, y no podía negarlo.

Sumándose a él en la tribuna para hablar ante los dirigentes reunidos, se declaró “abierta e incondicionalmente” suyo. En lugar de volver a toda prisa a Berlín, mostró una vez más su lealtad a Hitler acompañándolo a Munich, donde planearon juntos el contrataque.

Hitler empezó publicando un enérgico editorial en el *Völkischer Beobachter* en el que denunciaba a Stennes y sus compañeros rebeldes, declaraba su determinación de “arrancar de raíz esta conspiración contra el nacionalsocialismo” y exigía a los hombres de la SA optar entre “el sargento de policía Stennes y el fundador del movimiento nacionalsocialista y líder supremo de su SA, Adolf Hitler”. Asimismo, condenó los calumniosos rumores que vinculaban a Goebbels con los rebeldes, y confirmó su absoluta confianza en su Gauleiter.[19] Luego concedió a Goebbels plena autoridad para purgar al partido en Berlín de todos los “elementos subversivos”, asegurándole por escrito: “Sea lo que fuere que usted deba hacer para cumplir esta tarea, yo lo respaldaré”.

Goebbels había sobrevivido, pero por un pelo. Su alivio, y su placer de hallarse aún en el favor de Hitler, fueron atemperados, sin embargo, por la noticia de que, en su ausencia de Berlín, Göring había pedido autorización a Hitler para hacer una purga en la ciudad. Naturalmente, Goebbels vio en eso una amenaza, ya que Göring pretendía meterse en sus dominios. Reaccionó con furia. “Nunca olvidaré esto de Göring”, escribió. “Éstas son las cosas que hacen desconfiar de la humanidad. Es un mentiroso de mierda.”[20] Hitler negó permiso a Göring de actuar en Berlín, pero lo autorizó a hacerse cargo de una purga en el resto de la región de Stennes, que incluía a Brandeburgo, Silesia, Pomerania y Mecklemburgo, y meterlo en cintura. Ésta fue una treta típica de Hitler: los dos antiguos amigos eran ya feroces rivales.

Stennes aseguró que controlaba al partido en el norte y el este, y anunció que había destituido a Goebbels como Gauleiter de Berlín. Éste reaccionó de inmediato, dispensando a los efectivos de la SA de su juramento de lealtad a Stennes y siguiendo adelante desde Munich con su purga de Berlín, mientras Göring hacía lo propio en aquella más amplia área. Entre ambos expulsaron de la SA a unos quinientos hombres. Cancelado en su totalidad el financiamiento de la SA, que era manejado por las oficinas de los diversos Gaue, la rebelión se derrumbó en menos de una

semana, al agotarse el dinero. Goebbels, que había seguido el ejemplo de Hitler permaneciendo lejos y dejando que las cosas siguieran su curso, regresó a Berlín el 7 de abril, fortalecido por el llamado de Hitler a los miembros del partido a que cerraran filas en incondicional lealtad detrás de su "amigo" el Gauleiter.

La crisis provocada por Stennes pudo ser casi un desastre para Goebbels, pero para Himmler fue un regalo del cielo, pues le proporcionó una plataforma vital para la construcción de su propia base de poder. Su SS se había distinguido otra vez al defender las oficinas del Gau, manteniéndose firme bajo el mando de Daluege hasta que fue aplastada por la superioridad numérica de la SA. Aunque en definitiva no había detenido a la horda parda, la posición de la SS, y de su Reichsführer, se vio enormemente favorecida.

En la depuración posterior, tanto Goebbels como Göring buscaron protección en la SS. Para meter en cintura a la SA en el norte y este, un hombre de la SS, el Untersturmführer (subjefe de unidad de asalto) Friedrich-Wilhelm Kruger, recibió el puesto de Stennes como Gruppenführer (jefe de grupo) del este. Himmler se sintió muy satisfecho cuando Hitler reconoció la contribución de sus guardias negros, al escribir a Daluege —casi seguramente a sugerencia del propio Himmler— usando la frase *SS-Mann, deine Ehre heisst Treue* (Soldado de la SS, tu lealtad es tu honor). Esta frase se convirtió en el lema de la SS, grabado en cada hebilla desde entonces.

Himmler enfatizó la importancia de ese concepto dos meses después, en una conferencia en Berlín de jefes de la SS en el norte, cuando habló del "propósito y meta de la SS", que era ser la guardia de elite de la nación y la raza, así como del Führer. "No en todas partes nos quieren", los sermoneó con su afectada voz de maestro. "Cuando hayamos cumplido nuestro deber, quizá nos envíen al rincón. No esperemos gratitud. Pero nuestro Führer conoce el valor de la SS. Somos su organización favorita y más valiosa, porque nunca le hemos fallado."[21]

Aplastado el motín y dispersos los amotinados, Goebbels pudo empezar a volver a poner en orden su Gau. Fue una labor bastante difícil, dificultada, además, por varios problemas personales. La votación sobre la inmunidad

del Reichstag, que había dado a los parlamentarios nazis una razón para retirarse en febrero, lo había vuelto vulnerable al procesamiento, y para entonces enfrentaba un creciente número de cargos. “Me tambaleo de ansiedad, falta de sueño, irritación, furia e indignación”, escribió el 18 de abril. “Estoy casi al límite de mis nervios. Estos juicios me están matando [...] Mi escritorio está lleno de citatorios. ¡Qué asco! Pero no perderé mi temple. Eso es lo que el enemigo quiere.”[22]

Tras los primeros veredictos, todos en su contra, dejó de defenderse en cada caso y se concentró en regatear y causar problemas con el pago. Esto se debió sólo en parte a empecinamiento; aunque, por separado, las multas eran asombrosamente moderadas, totalizaban “grandes cantidades de dinero”, que pronto le resultaron muy difíciles de pagar.

Pero lo que más *Angst* (angustia) le causaba en abril de 1931 no era el dinero, ni su pleito con Göring, y ni siquiera su salud; había padecido durante varios días una alta fiebre que no se podía quitar de encima. Lo que verdaderamente le preocupaba era una mujer. Siempre había estado loco por el sexo, y perseguido a todas las mujeres a su disposición, con un porcentaje de éxito sorprendentemente alto. Pese a su discapacidad física, era atractivo para las mujeres. Tenía ojos de “ven a la cama”, manos sensibles, y una voz que era un afinado instrumento tocado con la habilidad de un virtuoso, y que pasaba sin esfuerzo de los tonos estridentes de la tribuna pública al meloso murmullo de la recámara. Su técnica de seducción era, obviamente, brillante, favorecida quizá por la insinuación de riesgo y el halo de poder que muchas mujeres consideran irresistible. Otras querían mimarlo. Desde el rompimiento con Else, había gozado de una interminable serie de mujeres, algunas de sólo una noche, otras que duraban semanas o meses. Incluso veía de vez en cuando a Anka, su antiguo amor, pese a que estaba casada. Usualmente lo seguían varias mujeres al mismo tiempo, pero en las últimas semanas sólo hubo una, y temía estarla perdiendo. Se llamaba Magda Quandt. Tenía veintinueve años, y era rubia, hermosa, elegante y sofisticada. Era divorciada, pero tenía un amante celoso, que amenazó con matarla antes que perderla a manos de Goebbels.

Magda Quandt, cuyo verdadero nombre era Johanna Maria Magdalena Ritschel, había nacido en la Bülowstrasse, en Berlín, y era hija de un acaudalado ingeniero, hombre de buen gusto y amplios conocimientos con

particular interés en el budismo, que su hija heredaría más tarde. Sus padres se divorciaron cuando ella tenía tres años, pero fue una separación civilizada, y Madga seguía viendo regularmente a su padre. Dos años después, su madre se casó con un adinerado empresario judío, apellidado Friedländer, quien se convirtió en un amoroso y muy amado padrastro. Cuando ella tenía cinco años, su padre se mudó a Bruselas, y poco después su madre y su padrastro lo siguieron a la capital belga, donde disfrutaban de una activa vida social en una encantadora casa antigua.

Aunque su madre era protestante y su padrastro judío, el padre de Magda era católico, y ella fue enviada como interna al convento ursulino de Sacré Coeur en Vilvorde, donde, pese a un estricto e incluso austero régimen, parece haber sido una alumna modelo, popular tanto entre el personal docente como entre el alumnado. En las vacaciones escolares, su padre y su padrastro, ambos inteligentes y cultos, competían por ampliar su educación con viajes por Europa, hasta que la catástrofe de 1914 los devolvió de golpe a todos a Alemania, dejando atrás sus negocios y la mayor parte de sus bienes personales. El doctor Ritschel conservaba su empresa familiar, con sede en Godesberg, y no se vio muy seriamente afectado en lo financiero, pero Friedländer había perdido casi todo, y tuvo que volver a empezar. Su matrimonio con la madre de Magda fracasó bajo la tensión, y se divorciaron. Magda asistió como externa a una escuela local de educación media hasta 1919, cuando se le envió a una academia para señoritas en Holzhausen, cerca de Goslar, al pie de las montañas Harz.

Mientras asistía aún a la academia para señoritas —aunque, de hecho, en el pasillo de un tren que la llevaba de regreso a la escuela desde Berlín luego de un día feriado—, conoció a Günther Quandt, de treinta y siete años, rico empresario cuyo imperio en expansión ya abarcaba textiles, químicos y máquinaria pesada, y que terminaría por incluir una considerable porción de Daimler-Benz y una participación mayoritaria en BMW. Quandt, viudo con dos hijos chicos, persiguió a la hermosa joven de dieciocho años y la convenció de casarse con él. Así lo hicieron el 4 de enero de 1921, y ella se mudó a la espaciosa villa de él en Nueva Babelsberg, a orillas del río Havel, entre Berlín y Potsdam. El primero de noviembre de ese año, dio a luz a un bebé, Harald. Poco después, Quandt recogió a los tres hijos huérfanos de un amigo cercano, así que a los veinte

años Magda se vio de pronto a cargo de seis niños y una casa inmensa. En los años siguientes, Quandt compró dos casas más, una cerca del centro de Berlín; la otra, una casa de campo en Severin, Mecklemburgo, a tres horas en auto desde aquella ciudad. Pese a su juventud, Magda se las arregló admirablemente con la familia y las casas.

Quandt y Magda hicieron muchos viajes juntos, de negocios y placer, a Gran Bretaña, la Costa Azul, Estados Unidos, México, Cuba y América del Sur. Por fuera, su vida parecía maravillosa, pero gradualmente se distanciaron, separados por su diferencia de edad y contrastante naturaleza. Magda había sido educada por su padre y su padrastro para ser independiente, decidida y culta, con gusto por las cosas exquisitas de la vida. Quandt era producto de la Marca de Brandeburgo y la ética protestante, con la antipatía prusiana por toda forma de ostentación o dulzura, ya fuera en los negocios o en la vida privada. Estaba acostumbrado a hacer su voluntad, y tendía a ser dominante. Su falta de afecto condujo finalmente a Magda a conseguir un joven amante. Quandt se enteró, la echó de la casa y se divorciaron.

Superada la inicial reacción de Quandt, la separación se vio notablemente libre de rencor. Él dio a Magda una muy generosa liquidación de cincuenta mil marcos para que comprara una casa, más veinte mil marcos en depósito en caso de enfermedad, y una mesada de cuatro mil marcos mientras siguiera soltera. Harald viviría con su madre hasta cumplir los catorce, a menos que ella volviera a casarse. Se dice que Magda obtuvo tan buenas condiciones a causa únicamente de que chantajeó a Quandt, amenazándolo con publicar ciertos documentos, ya fuese cartas de tempranas aventuras amorosas o evidencias de evasión fiscal. Pero dado que se mantuvieron en términos amistosos —él le envió incluso un enorme ramo de flores y la llevó a comer al exclusivo restaurante Horcher’s el día en que se firmaron los documentos de divorcio—, eso parece poco probable.

Magda compró un departamento de lujo de siete habitaciones en la Reichskanzlerplatz, en la exclusiva periferia occidental de Berlín, cerca del estadio olímpico construido para los cancelados juegos de 1916, y justo a la vuelta de la casa de Quandt en la Frankenallee. En busca de algo con que matar el aburrimiento de estar soltera, fue a dar a un mitin nazi en el Sportpalast durante la campaña electoral de 1930. Goebbels era el orador

principal, y cuando ella lo escuchó se contagió de las oleadas de emoción que él desató en la atestada sala. Al terminar su discurso, ella estaba atrapada en el nacionalsocialismo. Uno o dos día después, incapaz de echar de su mente el mensaje de él, llamó a su oficina en Hedemannstrasse y se afilió al partido.

Ignorando las advertencias y objeciones de su familia, amigos, exmarido y amante, se entregó sin reservas al partido nazi, empezando por la sección local del Sector Oeste de Berlín. Compró y en verdad leyó ejemplares de *Mein Kampf* de Hitler e incluso de *El mito del* siglo XX de Rosenberg, y estudió documentos y boletines nazis, tragándoselo todo y acabando por creer con absoluta convicción que los nazis eran la única salvación posible de Alemania contra la destrucción por los comunistas. Pronto fue jefa de la organización local de mujeres nacionalsocialistas; su educación e inteligencia eran muy superiores a las de la mayoría de la afiliadas, por lo general pequeñoburguesas dependientas de tiendas, porteras y demás. Pero eso no fue suficiente para satisfacerla, y se ofreció a ayudar en la oficina central del Gau, donde Goebbels la eligió pronto para su especial atención.

"Una hermosa mujer de apellido Quandt me está haciendo un nuevo archivo privado", anotó él casualmente en su diario. No hubo ningún *coup de foudre* como cuando Göring puso por primera vez los ojos en Carin, y Magda negaría con desdén que él le hubiera parecido personalmente atractivo. Goebbels no se distrajo siquiera de sus actividades usuales; inmediatamente después de esa primera referencia a Magda, hizo constar que Ilse Stahl se quedó con él hasta las seis de la mañana, describiéndola como "una extraña, buena, bella, cariñosa mujer. Y muy inocente todavía. Me gusta mucho, y pienso en ella toda la mañana".[23]

El archivo privado que Magda organizaba era la colección de recortes y notas de prensa de Goebbels, su base de inteligencia para artículos, discursos y campañas. Era una parte vital de su operación, así que el trabajo de Magda la puso en aún más estrecho contacto personal con él. Durante varias semanas, su relación siguió siendo profesional y correcta. En navidad, ella fue a cuidar a su exmarido, que había enfermado en Florencia, llevándolo a recuperarse a St. Moritz. Quandt hizo todo lo que pudo para convencerla de la verdadera naturaleza del nacionalsocialismo y los nazis, a

los que despreciaba, pero fue en vano. Ella regresó a trabajar con Goebbels con más entusiasmo que antes. Sesiones hasta tarde en la oficina se convirtieron pronto en sesiones hasta mucho más tarde en el departamento de él. No pasó mucho tiempo antes de que ella cayera bajo su hechizo, comprometida con él tanto como con el partido.

Goebbels apenas podía creer en su suerte. Esa hermosa, encantadora, distinguida, viajada y sofisticada —aunque políticamente ingenua— mujer podía ser su réplica a Carin Göring, hasta entonces la anfitriona favorita del partido. Era vergonzoso que Hitler cenara siempre con los Göring cuando se encontraba en Berlín, mientras que él no estaba en posición de ofrecer una hospitalidad similar en su casa, más modesta. Magda Quandt, en cambio, no sólo tenía experiencia como anfitriona de los ricos y famosos, sino que, además, poseía un departamento tan lujoso como el de los Göring, y de mejor gusto. No cabía la menor duda: Magda tenía clase. Para el muchacho pobre de Rheydt, ella era un partido que merecía el sacrificio de las dichas de su harén.

El 15 de febrero de 1931, Goebbels pudo informar: “En la noche vino Magda Quandt. Y se quedó mucho tiempo. Y se convirtió en un cautivador encanto rubio. ¿Cómo estás, mi reina? (1) ¡Qué hermosa mujer! A la que yo bien podría amar. Hoy estoy como en un sueño. Lleno de una satisfecha felicidad. Es verdaderamente maravilloso amar a una mujer hermosa y ser amado por ella”.[24] El (1) parece indicar que ésa fue la primera vez que tuvieron relaciones sexuales; un mes más tarde Goebbels consignó (8, 9) tras describir cómo ella “dio amor, una riña, y amor otra vez”.[25]

Semanas después, Magda viajaba con Goebbels a mítines, además de verlo en la oficina y en su departamento. Incluso lo acompañó a Munich cuando la revuelta de Stennes hizo erupción en Berlín, quedándose con él en su hotel y dándole consuelo y apoyo en ese difícil momento, aunque, significativamente, él no se la presentó a Hitler. Prácticamente ya eran pareja, pero el pasado de ella seguía interponiéndose en su camino. De vuelta en Berlín, Magda trató de quitarse de encima a su amante, quien tomó una pistola y le disparó en el departamento de ella cuando lo dejó por Goebbels. Magda trató con frialdad al trastornado muchacho, llamó a la policía e hizo que se lo llevaran, pero luego se sintió muy afectada y se aisló varios días mientras hacía un balance de su situación.

Goebbels, que no sabía nada acerca del drama de Magda, cayó en una honda desesperación, convencido de que la había perdido, pues ella no le hablaba ni respondía sus llamadas. Su angustia se complicó al enfermar, con, según él, 40ºC de fiebre, mientras trataba de vérselas con la confusión emocional de resolver los efectos secundarios de la revuelta de Stennes y enfrentar todavía otros costosos casos judiciales. Por si fuera poco, otra vez se le había prohibido hablar en público, y tuvo que permanecer sentado mientras Göring disfrutaba de los reflectores del discurso estelar en el Sportpalast el 20 de abril, en ocasión del cuadragésimo segundo cumpleaños de Hitler. "¡Qué bonito!", anotó con extrema ironía. "Göring me trata con melosa amabilidad. Yo mantengo mi reserva. Va a ir a Munich, y luego a Roma. Hans Dampf! [Juanito Vapor, personaje que siempre está de prisa.] Su partida dará reposo al público."[26]

Finalmente, Magda se decidió: rompiendo con la mayor parte de sus reprobadores familiares y amigos, optó por comprometerse con Goebbels. En Pentecostés, pasaron juntos en la finca de Quandt, en Severin, una apasionada semana de vacaciones, al final de la cual se hicieron "una solemne promesa": que cuando el partido hubiera conquistado el Reich, se casarían.[27] En julio, sin haber fijado aún fecha para la boda, anunciaron públicamente su compromiso. Tal vez Hitler había dicho a Goebbels que debía formalizar su relación; Röhm se vengaba de la antigua campaña de Goebbels en su contra difundiendo insidiosos rumores al respecto, como la insinuación de que quien realmente le interesaba era el hijo de Magda. Pero también podría ser que Goebbels se hubiera dado cuenta de que Carin Göring declinaba rápidamente, y que quisiera estar listo para aprovechar la oportunidad cuando llegara.

Una vez oficializado su compromiso, Goebbels pudo, al fin, presentar a Magda con el Führer, en el elegante Kaiserhof Hotel de la Wilhelmstrasse, frente a la cancillería federal y el palacio presidencial, desde donde Hitler operaba ya cuando estaba en Berlín, habiendo abandonado el más pequeño y menos ostentoso Sans Souci. Hitler quedó encantado con ella, complacido por su vivo interés en el partido tanto como por su elegancia y buena apariencia. No cabía la menor duda de que ella sería muy valiosa para la carrera de Goebbels, y digna sucesora de Carin Göring.

El viaje de Göring a Roma en mayo de 1931 fue un espectáculo organizado para convencer al Vaticano, y a los católicos del sur de Alemania, de que el partido nazi no era impío ni contrario a la Iglesia. Carin no se hallaba en buen estado para acompañarlo; se internó en cambio en el sanatorio de Bad Altheide que la emperatriz le había recomendado. Él volvió a mentirle acerca de su temporada en Roma, como lo había hecho en 1924. Esta vez vio realmente a Mussolini, y a otros importantes miembros del gobierno fascista, pero no fue, como le dijo a ella, huésped del rey durante tres semanas —aunque éste le fue presentado por su amigo el príncipe Felipe de Hesse, quien estaba casado con la hija del rey— ni se reunió con el papa. El hombre al que Hitler lo había mandado a ver era el cardenal Eugenio Pacelli, el futuro papa Pío XII, entonces secretario de Estado del Vaticano. Esa misión diplomática rendiría abundantes dividendos dos años más tarde, cuando Pacelli viajó a Alemania como nuncio papal y firmó un concordato con los nazis.

A su regreso a Alemania, a Göring le disgustó descubrir que Hitler le había pedido a Röhm que hablara con Schleicher, quien parecía aceptar la idea de incluir a los nazis en un gobierno de coalición de derecha respaldado por el ejército. Hitler quería que Schleicher concertara para él una reunión con Hindenburg. Éste era territorio de Göring, y a él le molestó que lo pasaran por alto, sospechando incluso que se le había mandado a Italia para quitarlo de en medio. Como de costumbre, Hitler se le adelantó en toda la línea, previniendo hábilmente su indignación con el obsequio de un auto nuevo, “un espléndido espécimen exhibido en el último Salón del Automóvil en Berlín”, escribió Carin a su madre. “¡Un Mercedes, gris por fuera, de cuero rojo por dentro, largo, elegante y con mucha clase! Único en su tipo.”[28]

El pretexto de Hitler para ese descarado soborno fue que siempre se había sentido mal de que el auto favorito de Göring hubiera sido confiscado por el gobierno bávaro en 1923, y por fin estaba en posición de comprarle uno nuevo con las regalías que estaba ganando de las crecientes ventas de *Mein Kampf*. Lo más probable es que el auto haya sido un regalo para el partido, o que se haya pagado con fondos del partido, pero Göring lo vio gustosamente como una señal del aprecio de Hitler. Lo aceptó con infantil regocijo, y salió a toda velocidad a enseñárselo a Carin en el sanatorio. Tan pronto como ella se recuperó lo suficiente, la llevó de vacaciones en el auto,

junto con su hermana Fanny y Pilli Körner. Hitler, tomando unos días de descanso, subrayó su personal consideración encontrándose con el pequeño grupo en su primera escala, el Palast Hotel de Dresde.

Göring estaba tan complacido con su juguete nuevo que ni siquiera se detuvo a pensar que el permiso de dos semanas que había recibido del partido lo mantendría convenientemente alejado mientras Röhm seguía trabajando a Schleicher. Consciente de que su tiempo con Carin era limitado, la paseó por los villorrios y pueblitos de Baviera, y luego por Austria, donde visitaron al *Ritter* Von Epenstein en la casa donde Göring había pasado su infancia, el castillo de Mauterndorf, antes de regresar a Munich para el bautizo de la nueva bebé de su hermana Paula.

Aparte del propio Göring, el invitado estrella al bautizo fue una de sus grandes amigas, la duquesa de Coburg. Se esperaba a Hitler, pero éste se hallaba en estado de choque a causa de una tragedia personal, el aparente suicidio en su departamento de su sobrina, Geli. También a Göring le afectó enormemente su muerte, y dejó varias veces la recepción del bautizo para telefonear a Hitler a la casa del editor de éste junto al lago Tegern, donde sufría inconsolablemente.

Geli, la hija, de veintitrés años de edad, de la hermanastra de Hitler, Angela, que se ocupaba de la casa en el Obersalzberg, había sido su constante compañía durante seis años. Esta extraña relación nunca se ha explicado debidamente, aunque ha sido objeto de gran cantidad de lascivas especulaciones a lo largo de los años. Lo cierto es que Hitler estaba enamorado de ella hasta la obsesión, pese a, o quizá a causa de, su diferencia de veinte años de edad, y que era celoso y posesivo y se negó a permitirle toda vida propia, lo que en definitiva la hizo sumamente infeliz. Él le había dado un cuarto en su nuevo departamento de Munich cuando se mudó a la Prinzregentenplatz, y fue ahí donde ella se dio un tiro el 18 de septiembre de 1931, luego de que Hitler marchara en auto a un compromiso oratorio en Hamburgo.

Hitler pasó la noche en el Deutscher Hof Hotel en Nuremberg, y al partir de ahí, al día siguiente, recibió una llamada telefónica de Hess con la terrible noticia. Volvió a toda prisa a Munich, siendo detenido por la policía por exceso de velocidad tras obligar a su chofer a salir disparado. En su departamento lo esperaban Hess, Amman, el tesorero del partido Franz Xaver Schwarz, el líder juvenil Baldur von Schirach y Gregor Strasser.

Curiosamente, fue Strasser quien se hizo cargo de la situación y lo consoló y quien, según él mismo, permaneció a su lado los dos días y noches siguientes, por temor a que Hitler pudiera quitarse la vida.[29]

La madre de Geli volvió a Viena con el cadáver de su hija para sepultarla, aunque Hitler no pudo asistir al funeral. No está claro si esto se debió a que tuviera prohibido entrar a Austria o a que temió que, no teniendo nación, no se le readmitiera en Alemania si salía del país. Göring ofreció ir en su nombre, pero Hitler se negó, ordenándole regresar a Berlín y encargarse de los asuntos de allá. Curiosamente, Hitler eligió a Himmler y Röhm para que lo representaran en el funeral. Una semana después, cuando la atención ya apuntaba en otro sentido, se escabulló en secreto por la frontera para visitar la tumba y despedirse. Una vez repuesto, retornó a la lucha por el poder. Lloró a Geli el resto de su vida, convirtiendo en santuarios sus habitaciones en Munich y en la casa del Obsersalzberg. Un extraño efecto de esta tragedia fue que él jamás pudo volver a tolerar la carne: “Es como comer un cadáver”, le dijo a Göring.[30]

Apenas un mes después del trauma de Hitler, Göring padeció su propio dolor. La madre de Carin murió repentinamente el 25 de septiembre, e, ignorando las advertencias de sus médicos, ella insistió en ir a Estocolmo al funeral. Aunque con renuencia, Göring aceptó llevarla, pero llegaron demasiado tarde. Esa noche, Carin sufrió un infarto. El médico dudó que pasara la noche, pero, una vez más, Carin se aferró a la vida, y los cuatro días y noches siguientes Göring no se apartó jamás de su cabecera, salvo para afeitarse o comer algo rápidamente mientras ella estaba inconsciente.

El 4 de octubre Göring recibió un telegrama de Hitler, quien lo llamaba urgentemente a Berlín, donde los acontecimientos marchaban a toda prisa. La crisis económica se ahondaba cada día. Dos grandes bancos habían quebrado; las cifras oficiales de desempleo habían pasado de los cinco millones de personas, aunque el total real era de al menos dos millones más, y la gente miraba de nuevo hacia los partidos extremistas en busca de soluciones extremas. Hitler había renovado su alianza con el DNVP (Partido Nacionalsocialista Popular Alemán) y los Stahlhelm, para formar un grupo de “Oposición Nacional” listo para asumir el poder, aunque tuvo el cuidado de preservar su independencia. En septiembre había hecho volver a los parlamentarios nazis al Reichstag, donde atacaban sin piedad al

desventurado gobierno de Brüning. Con la ayuda de Schleicher había sostenido nuevas conversaciones con Brüning, pero aún se rehusaba a cooperar con él. Schleicher había persuadido entonces a Hindenburg de que debía considerar la posibilidad de pedir a los nazis formar un nuevo gobierno, y Hindenburg había accedido al fin a recibir a Hitler.

Desafortunadamente, el presidente se negó a recibir sólo al hombre al que llamaba el "cabo bohemio"; debía ser acompañado por alguien respetable, de preferencia un oficial. La elección obvia habría sido Röhm; pero aunque era exoficial del Estado Mayor, difícilmente era respetable. Hindenburg había sido enterado de su homosexualidad y se rehusó a recibir a un hombre al que consideraba pederasta y pervertido. Quería al capitán Göring, con su distinguido historial de guerra y su *Pour le Mérite*. Así, el telegrama fue enviado a Estocolmo. Por una vez, Göring puso a su esposa por encima de Hitler y el partido: se negó a ir, hasta que Thomas le contó a Carin del telegrama y ella insistió en que partiera de inmediato.

La reunión con Hindenburg tuvo lugar el 10 de octubre de 1931, pero fue un absoluto fracaso para los nazis. Hitler estaba nervioso, y Hindenburg no hizo nada para tranquilizarlo, recibiéndolo con mal disimulado desdén y obligándolo a permanecer de pie. Hitler respondió, emprendiendo uno de sus clásicos monólogos, para arengar al presidente sobre la situación de Alemania. Eso no impresionó a Hindenburg, quien puso abrupto fin a la audiencia. Se afirma que más tarde éste dijo a Schleicher que Hitler podía ser apto como ministro de Correos, pero nunca como canciller.

Un día después de la fallida reunión con Hindenburg, Göring asistió con Hitler a una masiva concentración de la Oposición Nacional en Bad Harzburg, pero estaban muy desanimados y se retiraron luego, tan pronto como marchó la SA y, en forma harto significativa, antes de que desfilara el Stahlhelm, mucho más numerosos. Göring regresó al Reichstag, donde forzó un voto de censura a Brüning, que fracasó por apenas quince votos. Una moción de la Oposición Nacional para disolver el Reichstag y convocar a nuevas elecciones también fracasó por el mínimo margen. La hora de los nazis se aproximaba velozmente; el súbito aumento en el número de miembros del partido, en asociación con los grandes triunfos en elecciones locales en Hamburgo, era una buena señal para sus perspectivas nacionales. Pero todo júbilo que Göring haya podido sentir al encabezar a

sus parlamentarios en un abandono más del Reichstag desapareció cuando llamó a Estocolmo la mañana siguiente para enterarse de que Carin había muerto a las 4:10. Completamente trastornado, partió de inmediato a Suecia, acompañado por su hermano mayor, Karl, y por Pilli Körner.

El cuerpo de Carin yacía en un ataúd blanco descubierto en la capilla Edelweiss en casa de sus padres, y Göring se arrodilló junto a él durante horas, llorando y rezando mientras se preparaba para decir su último adiós. Ella fue sepultada junto a su madre en la cripta familiar, en la pequeña iglesia rural de Lövoe, cerca de Drottningholm. Inmediatamente después del funeral, Göring retornó a Berlín, pero no pudo soportar quedarse en el departamento de la Badensche Strasse, con todos sus recuerdos. Lo quitó y se mudó al Kaiserhof Hotel, donde estaría a instantánea disposición de Hitler en todo momento.

La única manera en que Göring podía esperar aliviar la pena de su pérdida era sumergiéndose en el trabajo. Hitler valoró esto y, en confirmación de que Röhm no ocuparía su sitio como principal carretillero del partido en lugares importantes, alimentó su vanidad otorgándole un nuevo título, el de "representante político del Führer en la capital del Reich". El propio Göring relataría después:

El Führer me dijo que le gustaría mucho tener un representante directo que fuera independiente de una oficina del partido y que pudiera realizar negociaciones políticas. Esta persona no debía estar atada a ninguna oficina del partido en particular. Me preguntó si yo estaba dispuesto a asumir esa función, dado, sobre todo que, de cualquier forma, vivía en la capital del Reich.

Asumí la encomienda; no era un cargo, sino más bien una encomienda de naturaleza general. En unas cuantas frases me dio libertad para negociar con todos los partidos, desde los comunistas hasta los ultraderechistas, para, digamos, emprender acciones conjuntas específicas en el Reichstag, u otras acciones políticas convenientes. Naturalmente, también recibí a este respecto la tarea de llevar a cabo la difusión y penetración de nuestros ideales en todos los círculos. A esos círculos pertenecían, como ya se ha mencionado, los grupos industriales e intelectuales. Puesto que yo tenía contactos en y acceso a todos esos círculos, fue del todo natural que el Führer me considerara especialmente apto para esta tarea, ya que podía confiar por completo en mí en este sentido y sabía que yo usaría todas mis facultades para promover nuestras ideas.[31]

Esto fue poco más que la confirmación formal del papel que Göring ya desempeñaba, pero resultó más vital que nunca en ese momento, pues el

carrusel político giraba cada vez más vertiginosamente, impulsado por un febril toma y daca y frenéticas maquinaciones. Hitler había dicho a una concurrencia de cien mil hombres de la SA en Brunswick en octubre de 1931 que el partido estaba “a menos de un metro de su meta”, y esta vez no exageraba. A fines de ese año, los miembros del partido habían llegado a la increíble cifra de 806,300,[32] y seguían aumentando. En su mensaje de año nuevo, Hitler dijo que 1932 sería “el año de lucha más difícil que nuestro movimiento haya experimentado hasta ahora”, y exhortó: “¡Tengamos hoy el valor de cabalgar como los caballeros, sin reproche ni temor, por el infierno, la muerte y el mal, hasta la victoria y la libertad!”.[33] Göring, Goebbels, Himmler y sus colegas estaban impacientes de responder a su llamado.

“AHORA EMPIEZA LA PARTIDA DE AJEDREZ POR EL PODER”

Joseph Goebbels se casó con Magda Quandt el 19 de diciembre de 1931 en una ceremonia civil en Goldenbow, Mecklemburgo, seguida por una boda en la pequeña iglesia protestante de Severin. Para su gran orgullo, el propio Hitler fue su padrino, y el general Von Epp su otro testigo. Aparte de Harald, que ya tenía diez años y vistió el uniforme de la organización juvenil del partido nazi, los únicos miembros de la familia de Magda en estar presentes fueron su madre y su excuñada, Ello Quandt. La recepción posterior tuvo lugar en la casa solariega de Quandt; en su convenio de divorcio, éste había dado permiso a Magda de usar esa casa cuando quisiera. Nadie le informó de la recepción de la boda, sin embargo; el administrador de la finca, Walter Granzow, era partidario nazi, y más tarde se le designaría primer ministro del estado de Mecklemburgo-Schwerin, en parte como premio por su cooperación.

Se ha dicho que Goebbels y Magda incumplieron su promesa de esperar hasta que el partido hubiera obtenido el poder porque ella estaba embarazada. Si lo estaba, sólo habría podido tener unos días, pues el primer hijo de ambos nació casi treinta y siete semanas después, lo que vuelve prácticamente imposible que ellos lo hayan sabido al momento de la boda. Es mucho más probable que Goebbels haya querido poner fin al malicioso chismorreo sobre su relación con Magda y Harald, iniciado por Röhm. Y más probable aún que haya sentido que había llegado la hora de llenar el vacío dejado por la muerte de Carin Göring y de desplazar el centro social de la elite del partido en Berlín al elegante y espacioso departamento de Magda en la Reichskanzlerplatz. Él se fue a vivir con ella inmediatamente después de la boda.

Hitler encontró pronto en el hogar de Goebbels un lugar agradable en el que podía relajarse en Berlín, lejos de la formalidad del Kaiserhof. Tanto

Goebbels como Magda se esmeraban en complacerlo: Magda horneando los pasteles y pastas que le gustaban y Goebbels poniendo su música favorita en el gramófono, junto con discos de sus discursos más exitosos. Ambos estaban dispuestos a escuchar sus interminables monólogos con todo el aspecto de estar completamente extasiados. Su desvergonzada adulación rindió fruto: Hitler se convirtió en un visitante regular cada vez que estaba en Berlín, y su relación con Goebbels en lo más próximo, para él, a una genuina amistad personal. Pero, por íntimos que fueran, Goebbels siguió manteniendo una respetuosa deferencia hacia su líder, hablándole siempre de *Sie* y nunca avanzando al íntimo *Du* en sus conversaciones. Haberlo hecho habría parecido lesa majestad, pues habría ido contra el llamado "principio del Führer" (algo semejante al derecho divino de los reyes), conforme al cual todo poder emanaba del líder, quien no podía equivocarse y era la encarnación del Estado mismo.

A causa de su cercanía, Goebbels confiaba en poder influir sobre Hitler para que adoptara su propia modalidad de nacionalsocialismo revolucionario y rechazara a los "reaccionarios" de Munich. Esa esperanza resultó ser una vana ilusión aunque, como siempre, Hitler parecía feliz de alentarla. Sin embargo, Goebbels logró influir en él para que tomara una decisión trascendental: en febrero de 1932 lo convenció, contra el consejo y deseos del conciliábulo de Munich, de presentar su candidatura a la presidencia de Alemania.

El periodo de Hindenburg terminaría el 5 de mayo, pero en ese momento la idea de una elección presidencial era poco atractiva para Brüning o Schleicher. Este último, taimado como siempre, dio con un plan para extender el periodo de Hindenburg, con el pretexto de ahorrarle al presidente, de ochenta y cuatro años de edad, el estrés de una elección, aunque en realidad para que Brüning pudiera seguir gobernando mediante decretos que simplemente se le ponían frente a las narices para que los firmara. El único problema era que esto representaba un cambio constitucional que tenía que ser aprobado por una mayoría de dos tercios en el Reichstag. Los ciento siete votos de los nazis serían cruciales.

El 5 de enero, el general Groener, quien era no sólo ministro de Defensa, sino también ministro suplente del Interior, telegrafió a Hitler pidiéndole ir a Berlín para una reunión urgente. Hitler estaba en la sala de redacción del *Völkischer Beobachter* en Munich con Hess, Rosenberg y uno

de los editores del periódico, Wilhelm Weiss, cuando llegó el telegrama. Se dice que azotó jubilosamente el puño sobre el mensaje y exclamó: “¡Los tengo en la bolsa! ¡Han reconocido que deben negociar conmigo!”.[1] Viajó a Berlín y se reunió con Groener y el secretario de Hindenburg, Otto Meissner, el 6 de enero, y con Schleicher y Brüning al día siguiente. “Ahora empieza la partida de ajedrez por el poder”, consignó Goebbels con ansiosa expectación. “Quizá dure todo el año. Una partida que se jugará con rapidez, inteligencia y, en parte, astucia.”[2]

Contra las esperanzas de su jefe de propaganda, sin embargo, Hitler hizo sus primeras jugadas con angustiosa indecisión, pese a que era alentado por Goebbels, Röhm y Göring: los tres rivales habían dejado de lado sus diferencias personales para hacer causa común contra la derechista “camarilla de Munich”; tanto, que Goebbels hizo en su diario una elogiosa referencia a Göring, diciendo que era “una valiosa ayuda para el sobrecargado Führer”.[3] Los diarios de Goebbels de este periodo deben tomarse a menudo con toda reserva, ya que la única versión de ellos que tenemos fue sumamente alterada por el propio Goebbels para su publicación, bajo el título *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei* (*Del Kaiserhof a la cancillería nacional*) en 1934, y en traducción al inglés como *My Part in Germany’s Fight* un año después. De todas maneras, parece haberle dado gusto trabajar con Göring de nuevo, capitalizando la popularidad de éste en beneficio del partido.

Para Goebbels fue un periodo de cierta frustración. “La prensa”, señaló, “se deleita en el escándalo. Le gustaría reducir a nuestro gran anciano [Hindenburg] a objeto de toma y daca.” Pero para su inmensa decepción, él no pudo sumarse a ese deleite, porque el 7 de enero el subjefe de policía Weiss endilgó otra proscripción de siete días a *Der Angriff* por difamar a la religión judía. Y mientras Goebbels hablaba esa misma noche en un mitin de quince mil partidarios en el Sportpalast, la policía clausuró el recinto, tanto porque él repetía esa difamación como porque el numeroso público se salía peligrosamente de control.[4] Para colmo de males, después se le prohibió hablar en público durante tres semanas en Berlín y Prusia, mordaza que le resultó particularmente irritante en esa temporada de gran entusiasmo.

El 12 de enero de 1932, Hitler rechazó el plan de Brüning de extender el mandato del presidente, pero luego lo pensó mejor y escribió directamente a

Hindenburg, ofreciéndole apoyar su candidatura si destituía a Brüning y convocaba a elecciones al Reichstag y al Landtag prusiano. Dado que la corriente fluía en su favor con más fuerza que nunca, los nazis estaban seguros de que nuevas elecciones les concederían una mayoría dominante en ambas asambleas, aunque en sociedad con el DNVP (Partido Nacionalsocialista Popular Alemán). Cuando Hindenburg, para sorpresa de nadie, rechazó su ofrecimiento, Hitler se vio en necesidad de tomar la gran decisión: ¿debía postularse a la presidencia contra el mariscal de campo?

La pregunta dividió al partido en dos bandos. La facción Goebbels-Röhm-Göring creía que Hitler no tenía otra opción que postularse si quería conservar su credibilidad política. Sus seguidores, argumentaba esta facción, así lo esperaban, y se sentirían defraudados y decepcionados si él rehuía la pelea. El grupo contrario, encabezado por Gregor Strasser, pensaba que sería igualmente nocivo para Hitler entrar a una contienda perdida de antemano; Hindenburg, el héroe casi legendario, no podría ser vencido, y la inevitable derrota de Hitler haría añicos la reputación de invencibilidad que él y el partido habían creado con tanto éxito.

Goebbels, más interesado en la pelea que en el resultado, arremetió con su usual malevolencia. "Hay un hombre en la organización en quien nadie confía", le dijo a Hitler. "Existe el peligro de que se desligue de ella en una hora crítica, y nos cause incalculable e irreparable daño. No muestra la menor solidaridad ni puede ser verdadero amigo de nadie. Se llama Gregor Strasser."[5] Hitler escuchó, consideró sus opciones y, como de costumbre, no hizo nada, dejando a todos a la espera de su decisión.

Antes de tomarla, quería evaluar la oposición fuera del partido y conseguir el apoyo de los poderosos —y ricos— capitalistas e industriales, sin perder el de los elementos radicales de la SA (Sturmabteilung, Sección de Asalto). Era un malabarismo delicado, que demandaba mucha atención y el apoyo de Göring y Goebbels, representantes de esos dos sectores. Hitler ganó a los capitalistas para su causa en el Club de Industriales de Düsseldorf el 27 de enero, con uno de los discursos más hábilmente calculados de su vida, tranquilizándolos con sobrios y razonados argumentos y una total ausencia de histrionismo y prometiendo proteger sus intereses contra el comunismo y los sindicatos. Al terminar, el público entero, que al principio se había mostrado reservado y un poco hostil, se

puso de pie y aplaudió estruendosamente. Días después Goebbels pudo anotar: “Los asuntos de dinero mejoran día a día. El financiamiento de la campaña electoral está prácticamente asegurado”.[6]

Mientras Hitler seguía titubeando, Goebbels estaba absolutamente seguro del éxito. Ya hacía diligentes preparativos para la campaña, disponiendo su oficina para que produjera “obras maestras de propaganda de inaudita escala” y haciendo ensayos del día de las elecciones con miembros de la SA y del partido en Berlín. El 24 de junio consignó: “Las elecciones se preparan hasta el menor detalle. Será una refriega como el mundo no ha visto nunca antes”. Y una semana después: “Las líneas de la campaña electoral están tendidas en su totalidad. Lo único que falta es apretar el botón para echar a andar la máquina”.[7] Mirando todavía más al futuro, hablaba incluso con Hitler sobre su puesto en un gobierno nazi, explicando el papel del departamento que proponía:

> La idea es organizar un Ministerio para la Educación del Pueblo, que comprenda el control del cine, la radio, los nuevos establecimientos educativos, las artes, la cultura y la propaganda en general. Sería una oficina completamente revolucionaria, por dirigirse en general desde el centro. Su objeto sería exponer claramente la Idea del Reich. Es un vasto plan como el mundo no ha visto aún. Ya estoy empezando a trazar las bases de este ministerio. Está diseñado para apoyar inteligentemente al Estado, y para conquistar no sólo el aparato del gobierno, sino también al pueblo en su conjunto.[8]

El 15 de febrero, Hindenburg dio por fin el disparo de salida declarando que se postularía, y la comisión presidencial fijó el 13 de marzo como fecha de la elección. Sin embargo, Hitler hizo todavía esperar a todos. De hecho, no habría podido hacer otra cosa: no reunía los requisitos necesarios para la elección, porque no era ciudadano alemán. La prensa se había dado cuenta de ese incómodo impedimento a principios de febrero, publicando un artículo según el cual Frick, cuando era ministro del Interior de Turingia, había intentado resolver ese problema en 1930 nombrando a Hitler jefe de policía de un oscuro pueblito de ese estado, habilitándolo así para la ciudadanía automática conforme a la Constitución de Weimar. Hitler había rechazado el puesto por considerarlo indigno de él, pero el asunto se había vuelto urgente de pronto. Frick ya había sido separado de su puesto en Turingia, así que se dispuso que un ministro nazi en Brunswick ofreciera a Hitler un puesto como concejal, con la responsabilidad nominal de

representar a ese pequeño estado en Berlín. Esto lo convertiría en funcionario y le daría la ciudadanía que necesitaba, pero no podría hacerse de la noche a la mañana; Hitler, en efecto, no juró lealtad hasta el 26 de febrero. Para el 22 de ese mes, sin embargo, pudo estar seguro de que todo estaba bajo control y autorizó a Goebbels para anunciar esa noche su candidatura en un concurrido mitin de miembros generales del partido en el Sportpalast de Berlín. “Cuando, luego de un discurso preparatorio de alrededor de una hora, proclamo públicamente la candidatura del Führer, se desata durante diez minutos una ensordecedora salva de aplausos”, contó Goebbels. “Desaforadas ovaciones para el Führer. Casi al grado de causar un alboroto [...] La gente ríe y llora al mismo tiempo.”

“Más noche”, se regodeó en su diario, “el Führer me llama por teléfono. Le doy mi reporte y viene a nuestra casa. Le alegra que la noticia de su candidatura haya tenido tanto éxito.”[9] Los hombres de la “camarilla de Munich” en la Casa Parda estaban menos complacidos, sin embargo; ni Hitler ni Goebbels se habían molestado en avisarles. Supusieron que Goebbels se había aventurado a forzar una decisión, y la desmintieron de inmediato ante la prensa, aunque luego tuvieron que retractarse, para su disgusto y enorme satisfacción de Goebbels. Los periódicos, naturalmente, sacaron el mayor provecho del cisma. Goebbels fingió justificada indignación mientras se deleitaba en la impresión que daban los artículos acerca de su influencia sobre Hitler. “La prensa me ha insultado”, escribió. “Declara que fui yo quien postuló al Führer, o incluso que lo obligué a presentarse como candidato. Qué mal informada está; o, mejor aún, ¡actúa como su estuviera mal informada!”[10]

Derrotados sus enemigos en el partido y establecida su posición más allá de toda duda, Goebbels se entregó a una frenética e incesante campaña electoral con una energía verdaderamente fenomenal. Además de dirigir y coordinar la campaña nacional, siguió siendo uno de los actores estelares del partido, junto con el propio Hitler, Göring y Strasser, quien apoyó lealmente a Hitler una vez tomada la decisión. Goebbels habló en no menos de diecinueve mítines masivos tan sólo en Berlín entre el 27 de febrero y el 13 de marzo, además de otros nueve en ciudades tan distantes entre sí como Breslau, Dresde, Magdeburgo, Essen, Colonia, Hamburgo y Nuremberg, y todavía halló tiempo para escribir artículos y panfletos al por mayor y provocar constantes grescas y trastornos en el Reichstag.

Para el periodo electoral había trasladado el Departamento de Propaganda de Munich a Berlín, y regularmente volvía allá cada noche, comiendo, escribiendo y durmiendo unas cuantas horas en trenes. Mensajeros se encontraban con él en estaciones intermedias para entregarle paquetes de periódicos a fin de que pudiera trabajar mientras viajaba. Hizo imprimir y pegar en toda Alemania medio millón de carteles, muchos de ellos diseñados por su amigo Schweitzer, el feroz caricaturista de *Der Angriff*. En las calles de Berlín, la SA era desplegada para proteger los carteles de Hitler cuando nazis y comunistas peleaban para pintarrajear, sobrepegar o arrancar los del bando contrario.

A las tradicionales armas de carteles y mítines masivos Goebbels añadió los más recientes adelantos tecnológicos, de conformidad con la imagen que intentaba crear de un partido joven y moderno que miraba al futuro. “Se han hecho cincuenta mil discos gramofónicos, tan pequeños que caben en un sobre ordinario”, escribió el 29 de febrero. “Los partidarios del gobierno se sorprenderán cuando pongan en el gramófono estos discos en miniatura. Se está haciendo una película (de mí) en la que digo unas palabras durante aproximadamente diez minutos. Es para que se exhiba de noche en todos los jardines y plazas públicas de las grandes ciudades.”[11] El mensaje que emitía constantemente era el de Hitler como el salvador de Alemania, el profeta, el luchador, pero sobre todo el líder, el Führer, no sólo del partido, sino también del pueblo alemán en general.

Los otros tres candidatos, aun el líder comunista Ernst Thälmann, no podían esperar igualar el esfuerzo nazi. El representante del DNVP, el poco estimulante vicepresidente de los Stahlhelm, Theodor Duesterberg, fue completamente aniquilado. Hindenburg no se dignó a hacer campaña personalmente, pronunciando sólo un discurso pregrabado en la radio la víspera de las elecciones, aunque Brüning trabajó mucho a su favor negando a todos los demás candidatos tiempo aire en las redes controladas por el Estado. Se concedió a Göring el honor de cerrar la campaña de Hitler con un grandilocuente discurso en el Sportpalast el 12 de marzo. “El capitán Göring habla espléndidamente”, observó Goebbels. “Llama a cuentas al Sistema [la República de Weimar] como nunca antes. Un magnífico final para la batalla electoral en Berlín.”

Hitler decidió permanecer en Munich para conocer los resultados, en tanto que Goebbels recibía a su corte en Berlín, con una fiesta en su departamento. “Todos aquellos con piernas para venir, jóvenes y viejos, parecen haberse presentado”, escribió. El ánimo general era confiado en un principio, pero pronto se convirtió en depresión mientras se escuchaban los reportes en la radio, y resultó claro que Hitler había fracasado. Las cifras definitivas fueron decepcionantes y alentadoras al mismo tiempo. Hindenburg encabezó fácilmente la lista, con 18,651,497 votos, contra los 11,339,446 de Hitler. Pero el comunista Thälmann sólo obtuvo 4,983,341, y Duesterberg la irrisoria cantidad de 2,557,729. Hitler había atraído un encomiable 30.1% del total. Con 49.6%, Hindenburg estaba a sólo 0.4 puntos porcentuales de la mayoría absoluta que necesitaba para regresar al palacio presidencial, pero consideró una humillación que el “cabo bohemio” lo obligara a una segunda vuelta.

Goebbels fingió profunda desilusión, pero lo cierto es que el resultado era en gran medida el que Hitler y él habían esperado, y ya habían empezado a hacer planes para la segunda campaña presidencial. El nuevo día de las elecciones sería el 10 de abril, pero Brüning prohibió las actividades electorales hasta el 4 de ese mes, después de la Pascua, para que la nueva campaña tuviera que condensarse en menos de una semana. Goebbels aceptó el reto con gusto. Pero hubo una alarmante complicación el 17 de marzo, cuando la policía prusiana allanó las oficinas de la SA en Berlín y descubrió órdenes de Röhm, confirmadas por detallados planes y mapas, de que todos los hombres de la SA y la SS (Schutzstaffel, Escuadrón de Protección) debían permanecer en estado de alerta en sus cuarteles el día de la primera vuelta, listos para llevar a cabo un inmediato *coup d’état* si Hitler ganaba.

Ésa era una grave amenaza para las perspectivas de Hitler; podía acusársele de alta traición si se probaba que había estado al tanto del complot. Röhm se apresuró a tranquilizar a Schleicher, con quien mantenía para entonces estrechas relaciones, pues también el general deseaba incorporar a la SA en el ejército como reserva o milicia. Göring fue el encargado de refutar en público aquella acusación. Convocó a una conferencia de prensa en el Kaiserhof, donde subrayó el sometimiento del partido a la legalidad con radiante, aunque burlona, afabilidad:

Habla muy bien de nosotros el hecho de que hayamos concentrado a nuestros trescientos cincuenta mil efectivos de las tropas de asalto en sus cuarteles el día de la elección. Impedimos así un derramamiento de sangre. En cuanto a la acusación de la policía de que los nazis nos disponíamos a rodear Berlín, la sola idea de ello es absurda. Es indudable que tenemos derecho a tomar medidas para evacuar de la ciudad a nuestras mujeres y niños para protegerlos de agravios por parte de las turbas del gobierno, y en realidad eso fue lo que hicimos. ¡Vaya!, Dios bien sabe que tenemos tantos exoficiales en nuestras filas que si en verdad quisiéramos hacer un levantamiento, podríamos acometerlo en forma muy diferente, lo aseguro, caballeros.[12]

La amenaza fue conjurada por el momento, y Goebbels pudo proseguir la nueva campaña con aún mayor ingenio. Además de las películas y los discos gramofónicos, introdujo otra maravilla de la tecnología moderna, el avión. Usando un pequeño avión de pasajeros Junker del Cuerpo Nacionalsocialista de Aviación, envió a Hitler a su primer “Vuelo por Alemania” de una ciudad a otra, bajo el lema “El Führer sobre Alemania”, añadiendo una dimensión totalmente nueva al antiguo concepto de la gira relámpago. Esto causó sensación, entre otras cosas, no la menor, porque Hitler insistió en seguir volando pese al mal tiempo y las tormentas que mantenían en tierra a las demás aeronaves, lo que aumentó su fama de valor físico al descender en dramática picada desde las nubes. En siete días logró hablar en mítines masivos en veinte diferentes poblados y ciudades, del Báltico en el norte a Baviera en el sur, de Prusia oriental en el este a Westfalia en el oeste.

La táctica de Goebbels surtió magnífico efecto: Hitler sumó en la segunda vuelta más de dos millones de votos a los de la primera, elevando su monto a 13,418,547, casi 37% del total. Hindenburg también incrementó su total, aunque en menos de un millón, a 19,359,983, o 37% por ciento de los votos. Thälmann perdió más de un millón de sufragios, terminando con una porción de apenas poco más de 10%. Hindenburg volvió al cargo, pero estaba viejo y cada vez más enfermo, y sólo había ya un sucesor listo para sustituirlo.

Aun antes de que se dieran a conocer los resultados de la elección presidencial, Goebbels movilizaba otra vez a sus fuerzas. Las elecciones al Landtag prusiano estaban programadas para dos semanas después, junto

con las de Anhalt, Baviera, Hamburgo y Württemberg. En total implicaban a no menos de cuatro quintas partes de la población de Alemania. “No perdemos tiempo”, escribió Goebbels el día mismo de la elección presidencial, “sino que de inmediato procedemos a planear nuestra campaña para Prusia. Al amanecer todavía estoy escribiendo un artículo de fondo y una proclamación dirigida al partido en Berlín. Éste ha luchado firmemente. Ahora Prusia debe ser conquistada. Ésta será la próxima fortaleza en ser atacada. La segunda vuelta ha elevado enormemente nuestras posibilidades.”[13]

Goebbels organizó las usuales giras de discursos, mítines masivos y desfiles, llenó el país de todavía más carteles y repitió el éxito de “El Führer sobre Alemania” con nuevos vuelos. Él mismo hablaba tres o cuatro veces cada noche, como también lo hacían Göring y otros importantes oradores del partido. Pero enfrentaron una grave desventaja justo desde el principio, cuando Groener convenció a un renuente Hindenburg de proscribir tanto a la SA como a la SS en todo el país, tras descubrir nuevas evidencias de conspiraciones para tomar el poder por la fuerza. La policía ocupó las oficinas de Goebbels en Berlín y cerró las de la SA. Schleicher había filtrado al partido un aviso de la proscripción dos días antes de que ésta se emitiera, a fin de que hubiera tiempo suficiente para cambiar de nombre a las unidades de la SA y para reclasificar a los milicianos de las tropas de asalto, casi cuatrocientos mil en número entonces, como miembros regulares del partido. Pero la SA era un instrumento esencial en toda campaña nazi, y la tarea de Goebbels se dificultó todavía más cuando los miembros de esa organización se vieron obligados a pasar a la clandestinidad.

Llegado el momento, sin embargo, la proscripción de la SA apenas si importó. Las elecciones estatales dieron nuevos triunfos al partido y nueva gloria a Goebbels como arquitecto de lo que él mismo describió como “una fantástica victoria”. En Prusia, que cubría dos tercios de Alemania, los nazis recibieron 36.3% de los votos, aumentando su número de escaños de seis a ciento sesenta y dos, para convertirse con mucho en el partido más importante, aunque todavía sin una mayoría absoluta e incapaces de formar gobierno. En Baviera, Württemberg y Hamburgo les fue casi igualmente bien. Y en Anhalt obtuvieron 40.9%, lo que les permitió designar a su primer ministro inicial. No obstante, la euforia de Goebbels por los

resultados provinciales sólo aumentó su frustración de que no estuvieran nada cerca las elecciones nacionales que para entonces estaba seguro de que los nazis podían ganar. “Debemos llegar al poder en el futuro inmediato”, escribió con impaciencia. “De lo contrario, lo único que vamos a ganar en las elecciones será la muerte.”[14]

Irónicamente, la proscripción de la SA fue lo que al final les abrió a Hitler y a los nazis la puerta trasera al poder. Schleicher estaba contra esa proscripción, pues interfería con su plan de fundir la SA con el ejército, el que entonces respaldaría a un gobierno autoritario que, para efectos reales, sería una dictadura militar, con el apoyo de los nazis. Furioso de que Groener y Brüning, a los que había considerado sus títeres, se hubieran vuelto contra sus deseos, convenció a Hindenburg de que les escribiera una airada carta exigiendo saber por qué no habían proscrito al Reichsbanner (Estandarte Nacional), la organización paramilitar de los socialdemócratas, además de a la SA. Pero ése fue sólo el primer disparo. Schleicher ya sostenía pláticas con Röhm y el conde Wolf von Helldorf, disoluto hijo de un aristócrata dueño de caballos de carreras y exjefe de un Freikorps que había recibido el mando de la SA en Berlín tras el caso Stennes. Usando esta vez a Helldorf como intermediario, Schleicher invitó a Hitler a conversaciones secretas, durante las cuales le dijo que el ejército ya no apoyaba a Brüning ni a Groener. Tendrían que irse.

Ésa era la oportunidad que Hitler había estado esperando. Schleicher y él se asediaron cautelosamente, cada cual creyendo que podía usar al otro para alcanzar sus fines. Hitler aceptó considerar la posibilidad de participar en, o al menos apoyar a, un gobierno nacionalista a cambio del levantamiento de la proscripción de la SA y la *SS* y de la promesa de disolver el Reichstag y convocar a nuevas elecciones.

La partida de ajedrez realmente empezó en ese momento. Hitler y Goebbels se marcharon de Berlín para tomar unas cortas vacaciones en Baviera, a fin de quitarse del camino y no dar a Brüning y sus ministros ningún motivo de sospecha mientras Schleicher preparaba su caída. Concentrando Groener primeramente su fuego en el eslabón más débil, Schleicher inició el proceso de su destrucción difundiendo maliciosos rumores de que se había vuelto marxista y pacifista, su salud era demasiado

mala para que permaneciera en el cargo y había manchado el honor del ejército al casarse con una mujer impropia, que dio a luz a un bebé apenas cinco meses después de la boda.

Las vacaciones de Hitler y Goebbels en el soleado Munich fueron interrumpidas por una llamada telefónica una semana después. “La bomba ha explotado”, escribió Goebbels dramáticamente. “El ministro de Economía ha presentado su renuncia, y Groener y Brüning están cerca de caer. El Führer debe regresar a Berlín de inmediato.” Partieron en el tren nocturno. “De camino, tramamos nuestras audacias [...] Sostenemos tremendas charlas privadas en las literas; el cobrador no imagina siquiera de qué tratan.”[15]

Al día siguiente, en Berlín, Hitler tuvo una “decisiva” reunión con Schleicher y “algunos caballeros del círculo íntimo del presidente”. Göring lo acompañó. Goebbels, a quien le disgustaban y desconfiaba de ellos, fue dejado de lado, aunque informado inmediatamente después por Hitler. “Todo marcha bien”, consignó aquél. “Brüning caerá en unos días. El presidente le retirará su confianza. El plan es, entonces, dar posesión a un gabinete presidencial; el Reichstag será disuelto, todas las leyes coercitivas se cancelarán y estaremos en libertad de agitar a nuestro antojo y de crear una obra maestra de la propaganda.”[16]

Se eligió a Göring para que diera el golpe crucial en el Reichstag el 10 de mayo. Arremetió contra Groener con un eficaz discurso, en el que empezó burlándose de él por la prohibición de la SA:

> No crean que despojándolo de su camisa parda podrán ustedes despojar de su espíritu al soldado de la SA. Mientras otros partidos cambian de política como de camisa, nosotros mantenemos en pie nuestro espíritu y política, pese a la proscripción y el terror. La lealtad y camaradería que para muchos de ustedes se han convertido en una fantasía, lo mismo que su juramento, para nosotros son fundamentales para la unión de los alemanes, unidos por su país y por su pueblo [...] Un gobierno que, internamente, externamente y en política económica ha perdido todas sus batallas, ya no puede pedir confianza. Así ha sido siempre en la historia. Cuando un general ha perdido una batalla, tiene que irse. Las tropas no están ahí para morir desangradas por un general, y un pueblo no existe para ser arruinado por un gobierno que no puede controlar la situación. Así pues, hoy declaramos que el gabinete ya no goza de la confianza del pueblo. ¡El pueblo clama por hombres nuevos! [...] El gabinete de Brüning debe irse. Debe irse para que Alemania pueda vivir.[17]

Groener, enfermo de diabetes, trató de defenderse, pero fue callado a gritos y hostigado con una desdeñosa carcajada. Sacado en auto de la cámara, fue recibido por Schleicher, el antiguo *protégé* al que había considerado como un hijo, quien le manifestó fríamente que ya no tenía el apoyo del ejército. Groener se aferró a su puesto dos días más, durante los cuales Goebbels, Göring y los demás parlamentarios nazis causaron continuos problemas en el Reichstag en un intento concertado por lograr que se levantara la proscripción de la SA. Pero el gobierno los derrotó por treinta votos.

El 12 de mayo, en el pasillo fuera de la cámara, cuatro corpulentos nazis golpearon a un periodista que había publicado cartas de Röhm que describían sus gustos homosexuales. Luego se negaron a aceptar una orden de expulsión, rígidamente sentados en sus asientos mientras sus demás compañeros nazis, dirigidos por Goebbels y Göring, iniciaban una gresca, tan desbordada que se llamó a la policía para que restaurara el orden. Ésta fue encabezada nada menos que por la *bête noire* personal de Goebbels, el subjefe Bernhard Weiss, lo que dio oportunidad a Goebbels para una magnífica demostración de furia fingida mientras chillaba: “¡Isidor! ¡Isidor! ¡Fuera! ¡Fuera!”. Weiss ignoró tranquilamente los gritos y arrestó a los cuatro sujetos.

Goebbels opinó que Weiss le había hecho un gran favor al partido. “Se tiene la vaga sensación de que ésta podría ser la última gran escena antes del colapso del sistema”, escribió. “No podemos menos que estar agradecidos. Entre más se exhibe el sistema parlamentario, ¡menos necesidad tenemos de hacerlo nosotros por él!”. Al término de ese “día de locura”, Groener anunció finalmente su renuncia. “Éste es el primer resultado”, se jactó Goebbels. “Se considera que la caída de Groener es el principio del fin. Más noche doy al Führer una descripción de todo. Está sumamente satisfecho.”[18]

También Schleicher estaba complacido. Al día siguiente envío un mensaje a la jefatura nazi diciendo que las cosas “avanzan según lo planeado”. Y así era. El gobierno se hacía pedazos entre las manos de Brüning; los ministros empezaban a huir. Cuando Brüning pidió a Schleicher que aceptara el puesto de ministro de Defensa, la mordaz réplica fue: “Lo haré, pero no en su gobierno”.[19] Schleicher sabía que la hora de la verdad estaba cerca; con la ayuda de los *Junker* que le habían regalado al

presidente su finca de Neudeck, había ido destruyendo lo poco que quedaba de la confianza de Hindenburg en Brüning, convenciendo al anciano de que el canciller era un marxista de clóset, resuelto a confiscar las grandes fincas rurales en un "plan bolchevique de colonización".[20] Salvo la de llamarlo pacifista, no pudo haber ideado acusación más perjudicial.

Goebbels conservó sus desestabilizadoras tácticas en el Landtag prusiano, uno de cuyos escaños había ocupado a fin de conseguir inmunidad extra y escapar a la acusación de alta traición de la Suprema Corte. En la segunda sesión de esa asamblea, el 25 de mayo, encabezó a los ciento sesenta y dos parlamentarios nazis en una batalla campal contra los ochenta comunistas, usando tinteros como proyectiles y sillas como armas. "Breve pero concluyente", escribió. "En tres minutos nos quedamos solos en la cámara. Los comunistas han sido expulsados; los partidos moderados han huido. Entonamos la 'Canción de Horst Wessel'. Ocho heridos graves de diversos partidos. Esto debería servir de advertencia. Es la única forma en que podemos obtener respeto. La sala consistorial es una zona de desastre. Nos erguimos entre las ruinas como vencedores."[21]

El 29 de mayo, cuando los nazis obtuvieron su primera mayoría absoluta en las elecciones al Landtag de Oldenburg con veinticuatro de cuarenta y seis escaños, Hindenburg mandó llamar a Brüning y le ordenó marcharse. Al día siguiente recibió a Hitler y Göring y les preguntó si honrarían el acuerdo al que aquél había llegado con Schleicher de apoyar al nuevo gobierno que él estaba a punto de formar a cambio del levantamiento de la proscripción de la SA y la SS y la disolución del Reichstag. Hitler confirmó que así lo haría. "¡La bomba ha explotado!", escribió jubilosamente Goebbels. "Quieren que Von Papen sea el canciller. Pero eso no interesa ahora. ¡Votar! ¡Votar! Acudir al pueblo. Todos estamos muy contentos."[22]

Franz von Papen, el nuevo canciller, era una cortés insignificancia de alrededor de cuarenta y cinco años de edad, no superdotado de inteligencia ni de experiencia política y con cara de babuino altanero. Miembro de la nobleza de Westfalia, exoficial de caballería y connotado jinete, se había casado con la hija de un rico industrial del Sarre. Su única distinción era que se le había expulsado de Estados Unidos, donde había sido agregado militar antes de que ese país entrara a la guerra, a causa de burdos intentos

de espionaje y organización de sabotaje. “La decisión del presidente fue recibida con incredulidad”, escribiría André François-Poncet, embajador francés en Berlín. “Nadie hizo sino sonreir, reir disimuladamente o estallar en carcajadas, porque Papen gozaba de la peculiaridad de no ser tomado en serio ni por sus amigos ni por sus enemigos [...] Tenía fama de superficial, atolondrado, falso, ambicioso, vano, astuto e intrigante.”[23] Cuando se recordó a Schleicher, quien desde luego lo había elegido para el puesto, que Papen carecía de experiencia política y no tenía cabeza para el gobierno, repuso cínicamente: “No necesita cabeza. Su trabajo es servir de sombrero.”

Papen pertenecía al católico Partido del Centro de Brüning, pero no era miembro del Reichstag; nunca había pasado del Landtag prusiano. Cuando aceptó la cancillería, su partido lo expulsó al instante por traicionar a Brüning. Pero esto no le importó gran cosa, ya que el presidente le había instruido formar un gobierno no partidista, y de todos modos Schleicher ya tenía preparada una lista completa de ministros. “Es absolutamente cierto”, escribió incrédulo en su diario un general anónimo del Ministerio de Defensa —al que llamaremos general x para simplificar— tras una conversación con Schleicher. “El nuevo gabinete ha estado ensillado en la caballeriza desde hace meses. Todo se previó hasta el menor detalle. Mucho antes incluso de la elección presidencial. ¡Pobre Brüning!”[24]

El nuevo gobierno salió por entero de la membresía del Herrenklub, el exclusivo club de caballeros en la Vossstrasse, justo a la vuelta del Reichstag y la Wilhelmstrasse. Sus ministros eran una mezcla de aristócratas y directores de grandes corporaciones, y el grupo pronto fue llamado el “gabinete de los barones” por un pueblo que lo consideraba una pésima broma. El único político serio entre ellos era el propio Schleicher, quien, a instancias de Hindenburg, había dejado las sombras para ser ministro de Defensa. No había representantes del partido nazi, pese a que para ese momento Göring, Goebbles y Röhm ya eran miembros del Herrenklub; sin embargo, el ministro de Justicia era Franz Gürtner, quien había sido protector de Hitler en el gobierno bávaro en 1923.

Hitler, quien se hospedó en la finca de Severin durante la campaña de las elecciones al Landtag de Mecklemburgo, se negó a comprometerse por escrito a trabajar armoniosamente con Papen una vez efectuadas las siguientes elecciones generales hasta que sus condiciones hubieran sido

satisfechas. “Del lado de la oposición, hay hombres que deben ser tratados con cautela”, escribió Goebbels luego de largas conversaciones con él. “Hay intrigas por todas partes. Jugamos un juego peligroso. Con mayor razón la disolución del Reichstag debe ser una condición *sine qua* non.”[25]

Schleicher se apuró a reunirse en secreto con Hitler en una finca vecina, y le confirmó que todo seguía marchando según lo planeado. Al día siguiente, mientras Hitler y Goebbels volvían en auto a Berlín después de haber cerrado la campaña electoral en Mecklemburgo con discursos ante treinta mil personas, Papen anunció que el Reichstag quedaba disuelto. Las nuevas elecciones nacionales se programaron para el 31 de julio, la fecha más tardía posible, una mala noticia para Goebbels, quien esperaba que fueran el 3 de julio.

En apariencia, la situación era prometedora para los nazis. Acababan de obtener la mayoría absoluta en Mecklemburgo, y un resultado nacional similar no parecía imposible. Pero la táctica inventada por Himmler y perfeccionada por Goebbels estaba diseñada para campañas cortas y concentradas, a fin de arrastrar a los votantes en un torbellino de emoción. Extendida a lo largo de casi dos meses, la campaña frenética podía aburrir. Podía presentarse la fatiga electoral, tanto en el electorado como en los trabajadores del partido. Peor aún, los votantes podían tener tiempo para pensar. “Entre más larga sea la contienda, mejor para nuestros adversarios”, rezongó Goebbels. “Tendremos que depurar nuestro trabajo para compensar esto.”[26]

Todas las ilusiones que Papen y Schleicher hubieran podido abrigar sobre la cooperación de los nazis se hicieron añicos desde el principio. “Debemos disociarnos lo antes posible del burgués gabinete temporal”, escribió Goebbels el 5 de junio, y al día siguiente lanzó un ataque contra él en *Der Angriff*. Comprensiblemente, Papen dio largas al asunto del levantamiento de la proscripción de la SA y de las manifestaciones. Göring fue a ver en vano al ministro del Interior, y cuando Hitler se reunió por primera vez con el nuevo canciller el 13 de junio, exigió acciones inmediatas en cumplimiento de la parte que correspondía a Papen en el acuerdo al que había llegado con Schleicher. Al mismo tiempo, no ocultó sus intenciones, diciendo sin rodeos: “Considero a su gabinete apenas una

solución temporal, y yo continuaré con mis esfuerzos por hacer que mi partido sea el más fuerte del país. Entonces la cancillería será para mí”.[27]

Mientras Papen titubeaba aún, Goebbels tomó el asunto en sus manos en forma típicamente agresiva. La noche siguiente entró a la cabeza de cuarenta o cincuenta jefes de la SA totalmente uniformados a un enorme restaurante en la Potsdamer Platz, la plaza más concurrida de Berlín, con intención de provocar que la policía los arrestara. Pero la policía no los complació, ni siquiera después de que atravesaron la plaza con deliberada lentitud y siguieron por la Potsdamer Strasse a medianoche.[28]

La proscripción fue levantada por fin el 16 de junio, lo que abrió las puertas a un verano caótico sin igual desde 1919. Los nazis, a través de la siempre útil SA, se propusieron provocar violentas batallas con los comunistas, destinadas a atemorizar a la mayoría de los alemanes frente a la amenaza bolchevique y a atraerlos a los acogedores brazos del partido nazi. La operación fue orquestada por Goebbels, con cínica indiferencia por la vida o la integridad física, la suya incluida: a menudo estaba en el centro de la acción, y fue apedreado en Rheydt, su ciudad natal, y en su antiguo territorio en el Ruhr.

El verano de 1932 resultó particularmente cálido, y el calor exacerbó una situación tan inestable y explosiva como un camión cargado de nitroglicerina en una calle llena de baches. Para el 20 de julio había habido no menos de cuatrocientas sesenta y un batallas campales tan sólo en las calles de Prusia, en las que ochenta y dos hombres murieron y cuatrocientos resultaron gravemente heridos, con otros ochenta y dos muertos en el resto de Alemania, treinta y ocho de ellos nazis y treinta comunistas. El peor incidente tuvo lugar en Altona, distrito obrero de Hamburgo, donde los nazis realizaron una marcha, escoltada por la policía, el domingo 17 de julio. Los comunistas aceptaron el desafío, recibiéndolos con una lluvia de balas desde techos y ventanas. Los nazis respondieron con sus armas. Entre unos y otros mataron a diecinueve personas e hirieron a doscientas ochenta y cinco.

La reacción de Papen al “Domingo sangriento” de Altona fue prohibir todas las marchas y manifestaciones en las dos semanas que aún faltaban para las elecciones. Pero todavía más importante fue el hecho de que usó esto como pretexto para deponer al gobierno estatal de Prusia, a causa de

evidencias provistas por Schleicher de que los ministros socialistas de esa entidad estaban confabulados con los comunistas y eran incapaces, por lo tanto, de mantener el orden. En su lugar impuso el control directo del gobierno nacional, con él mismo como comisario federal. Cuando los ministros prusianos se resistieron, Papen proclamó la ley marcial en Berlín e hizo que el comandante del Reichswehr en esa ciudad, el general Gerd von Rundstedt, enviara a una docena de hombres al mando de un teniente para arrestarlos. Para deleite de Goebbels, también arrestaron al jefe de policía Grzesinski y a su segundo, Bernhard "Isidor" Weiss, quienes fueron destituidos. Weiss había interpuesto recientemente su decimoséptima acusación de difamación contra Goebbels; ninguno de los casos pendientes llegó jamás a los tribunales.

Tal acto de Papen, por decreto presidencial de emergencia, llevó a la Constitución hasta el límite. Su legalidad era dudosa en extremo, pero nadie movió un dedo, ni alzó la voz siquiera, para salvar a ese gobierno estatal, democráticamente elegido. No se convocó a una huelga general, como en el *Putsch* de Kapp. Había bastado un reducido escuadrón militar, sin un solo tanque ni un auto blindado siquiera, para imponer una dictadura sobre dos tercios del país. Fue un precedente del que Hitler tomaría debida nota.

Mientras tanto, la campaña electoral —la número cuatro en igual cifra de meses— estaba en pleno curso. Para el primero de julio, revigorizado por el reto y el premio potencial, Goebbels ya tenía todo preparado y estaba listo para volver a sumergirse en lo que se había convertido en una rutina demasiado familiar. Había conseguido librarse de su fatiga, pero la tensión aparecía claramente en la entrada de su diario del primer día:

Empiezan otra vez los viajes. Se tiene que trabajar de pie, caminando, manejando, volando. Las conferencias más urgentes se celebran en las escaleras, el pasillo, en la puerta o de camino a la estación. Casi no se tiene tiempo para pensar. Se recorren en tren, auto y avión esta y aquella ruta de Alemania. Se llega a una ciudad media hora antes de que comience el mitin, o a veces después, para subir a la tribuna y hablar.

El público generalmente no tiene idea de aquello por lo que el orador ha pasado a lo largo del día antes de pronunciar su discurso en la noche. ¡Seguro muchos creen que no tiene otra cosa que hacer más que pronunciar discursos! Lo juzgan mal si está cansado y para nada en forma. Lamentan que su alocución deje algo que desear, que no esté particularmente ocurrente ni elija las palabras más afortunadas. Entre tanto, él tiene que vérselas con el calor, el hallazgo de la palabra indicada, la

secuencia de una idea, una voz cada vez más ronca, el fastidio de la mala acústica y el aire viciado de diez mil apretadas personas [...] Al terminar el discurso, se siente como si acabara de ser sacado a rastras, completamente vestido, de un baño caliente. Entonces regresa en auto, manejando otras dos horas por malos caminos.[29]

Goebbels volvió a desplegar todas las armas de su arsenal, más una nueva: el 18 de julio habló por primera vez en la radio. No fue una experiencia agradable —se le sometió a severa censura y sintió que terminaba con "simples palabras" y que no había llegado a su público—, pero advirtió el potencial de ese medio para el futuro. Rodó más películas, y convenció a Hitler de grabar su primer disco gramofónico; titulado "Llamamiento a la Nación", duraba ocho minutos y medio, y se vendieron cincuenta mil copias, a cinco marcos cada una.

La alta opinión de Goebbels acerca de sus propios discursos no era compartida por todos. El diarista anónimo del Ministerio de Defensa lo oyó por primera vez a fines de aquella campaña y señaló con incredulidad:

Supongo que no hay nada que este tipo no pueda torcer para que signifique lo contrario. Físicamente un enano, intelectualmente un gigante. Pero un gigante sólo en el arte de la demolición, de la destrucción. ¡Un Mefistófeles! A estos lisiados no se les debería dar poder, porque sumen en la ruina a todo mundo simplemente para mitigar sus detestables y reprimidos complejos. Odian, y deben odiar, todo lo sano y natural, sencillamente porque les ha sido negado por el destino. Herr Goebbels es un ejemplo a escala de esta clase de individuos.[30]

En las dos últimas semanas Goebbels despachó a Hitler en otro "Vuelo sobre Alemania", cubriendo esta vez la asombrosa cantidad de cincuenta y tres poblados y ciudades. Hitler se puso, por primera vez, la camisa parda de la SA, con sus medallas prendidas al pecho. Sus discursos se concentraron en cortejar a las clases medias, prometiendo que los nazis les brindarían un mejor futuro —sin especificar en absoluto cómo— y atacando al gobierno en funciones y al anterior. La campaña llegó a su clímax el 27 de julio en y alrededor de Berlín, cuando Hitler habló de día ante sesenta mil personas en Brandeburgo y Potsdam, y luego ante ciento veinte mil en el Grunewald Stadium de Berlín, mientras otras cien mil lo escuchaban afuera por altavoces.

Al conocerse los resultados la noche del 31 de julio, los votos nazis se habían más que duplicado en nueve meses, desde la última elección general, llegando a 13,745,000, o 37.3% del total. Sin embargo, esta cantidad sólo era superior en trescientos mil a los votos que Hitler había recibido en la segunda vuelta de la elección presidencial; parecía ominosamente que el periodo de rápido crecimiento se había estabilizado. No obstante, con doscientos treinta escaños los nazis eran fácilmente el partido más grande en el Reichstag; y aunque todavía no disponían de la mayoría absoluta en una cámara de seiscientos ocho integrantes, ningún partido podría gobernar sin su cooperación.

"Debemos llegar ya al poder y exterminar el marxismo. ¡A como dé lugar! Algo debe hacerse", escribió Goebbels en su diario al día siguiente (entrada que corrigió mucho en la versión publicada).

El tiempo de la oposición ha terminado. Ahora entramos en acción nosotros. Hitler piensa lo mismo. Las cosas tendrán que acomodarse solas, y entonces tomaremos la decisión. No obtendremos una mayoría absoluta por esta vía. Así que tendremos que seguir otro camino. Estamos frente a una conclusión difícil [...] Tendremos un breve respiro, para consolidar nuestra posición, ¡pero después será el poder y lo que podamos hacer con él! No debemos ser modestos en nuestras demandas. O la más férrea oposición, o el poder. La vía intermedia es la muerte. Ésta es la opinión de Hitler también.[31]

De hecho, la opinión de Hitler no era tan clara. Como de costumbre, dejó las cosas para después, incapaz de decidir. Luego de tomar un par de días de descanso para recuperarse de los rigores de las elecciones, relajándose con Goebbels en dos visitas a la ópera en Munich —*Die Meistersinger* (*Los maestros cantores de Nuremberg*) y *Tristan und Isolde*—, consultó a sus principales lugartenientes a orillas del lago Tegern bajo lluvias torrenciales. Juntos discutieron las opciones: ¿debían buscar una alianza con el Partido del Centro, y aceptar un poder parcial en una coalición? ¿O debían simplemente exigir todo el poder, en su calidad de partido más grande? ¿Debían incluso abandonar la política de la legalidad, en ese momento en que parecía fallarles, y seguir el camino revolucionario?

Como era natural, Röhm estaba completamente a favor de la opción militar, pues creía poder llegar a un acuerdo con Schleicher y el Reichswehr. Pese a la prohibición de marchas y manifestaciones por Papen,

la SA había persistido en su violencia hasta el fin mismo de la campaña electoral, matando a diez personas e hiriendo a ochenta y tres justo el día de las elecciones. Entonces estaba en alerta, ansiando un *Putsch* y únicamente a la espera de la orden para atacar. Strasser y Frick, por el contrario, estaban a favor de una coalición; Strasser había insistido desde tiempo atrás en cooperar con los demás partidos, y en especial con el Partido del Centro y Brüning, quien se había convertido en buen amigo suyo. Para Goebbels y Göring, sin embargo, la idea de una coalición era "inconcebible". Para ellos era todo o nada.

Hitler escuchó las encontradas opiniones, y decidió que lo más importante era que él fuera canciller. Estaba dispuesto a aceptar una coalición, como recurso temporal, pero sólo bajo su control. El 4 de agosto salió a toda prisa al norte desde Munich, para reunirse en secreto con Schleicher en la base militar de Fürstenberg, ochenta kilómetros al norte de Berlín, con objeto de plantear sus demandas al hacedor de reyes: él, como canciller federal y primer ministro de Prusia, Frick como ministro del Interior, Göring como ministro de Aviación, el Ministerio del Trabajo para Strasser, y para Goebbels su proyectado Ministerio para la Educación del Pueblo. Schleicher permanecería como ministro de Defensa. Hitler quería todo el poder, respaldado por una ley de autorización que lo facultara a gobernar por decreto presidencial, o no había trato.[32]

Las negociaciones con Schleicher se prolongaron varias horas. Según el general X, Hitler se quejó "casi desesperadamente" de la codicia de sus colaboradores, el peor de los cuales era Goebbels: "Ya lo había obligado a postularse a la presidencia en las elecciones, pese a que él se había resistido explícitamente a ello. Y esta vez Goebbels también estaba contra todo entendimiento con Schleicher y toda simple participación en el gobierno."[33]

Creyendo haberse ganado a Schleicher, Hitler volvió con sus muy impacientes colegas al Obersalzberg, donde, milagrosamente, el clima había pasado de lluvias torrenciales a un sol radiante. En una excursión a Salzburgo, les dijo que todo había salido bien y que podían confiar en que todo "estallaría" en una semana más. Hubo algunos cambios en la alineación que había propuesto: Strasser recibiría los ministerios del Interior tanto federal como de Prusia, en vez de la menos importante cartera del Trabajo, desplazando a Frick, que sería secretario de la cancillería federal;

los nazis designarían a los ministros de Justicia, Economía y Finanzas, y Hjalmar Schacht se haría cargo nuevamente del Reichsbank (Banco Central).[34] Göring se mantendría en Aviación; estaba tan complacido y tan seguro que telefoneó a su amigo Erhard Milch, de Lufthansa, y lo invitó a ser su secretario. Goebbels recibiría el ministerio prusiano de Cultura además de su Ministerio para la Educación del Pueblo. "Un gabinete de hombres de verdad", se regocijó este último. "Si el Reichstag se niega a aprobar la ley de autorización, se le mandará a freír espárragos [...] Nunca cederemos el poder; tendrán que sacarnos a rastras, como cadáveres [...] Todavía no lo puedo creer. En la antesala del poder. Ha llegado el gran momento."[35]

Resultó, sin embargo, que todavía faltaba un poco de tiempo para el "gran momento". El país entero, y Berlín en particular, era un hervidero de rumores, pero nadie tomaba decisiones. El general X consignó encantado que Brüning intentaba formar un gobierno de coalición, con Hitler como canciller y él como vicecanciller y ministro del Exterior, pero que Hugenberg y el DNVP estaban "tratando de arruinar sus planes". "El reino del terror en el país avanza día a día", continuó. "Una docena de muertos se ha vuelto cosa normal. ¡Triste panorama para la humanidad si alguna vez estos villanos pardos son soltados sobre ella!"[36]

Tres días después, el general escribía que Hitler había enviado a Göring con Schleicher con un nuevo plan, para el que pidió su "absoluta discreción". En él proponía que los nazis intentaran hacer canciller a Schleicher y lo mantuvieran en ese puesto al menos dos años, con tres nazis selectos en su gabinete. A cambio, Schleicher haría todo lo posible por convencer a Hindenburg, "quien se había vuelto imposible", de retirarse y dejar a Hitler como presidente. El general X creía que este plan habría sido digno de consideración si los hombres de Schleicher no hubieran sabido que Hitler los defraudaría. "Esta certeza", escribió, "[...] nos hizo fácil asumir una actitud de indignación moral y rechazar la propuesta. Herr Göring se marchó de nuevo."[37]

Conforme pasaban los días luego de la elección, los "villanos pardos" de la SA estaban cada vez más intranquilos. Mientras Goebbels confirmaba afanosamente que conservaría sus posiciones vigentes en el partido como Gauleiter de Berlín y jefe nacional de propaganda junto con sus nuevos

puestos ministeriales, le preocupaba recibir una llamada telefónica de Berlín en la que se le informaría que hombres de la SA abandonaban sus lugares de trabajo para prepararse a entrar en acción. Helldorf había hecho sus propios planes para tomar el poder. Dirigentes del partido estaban listos para el “gran momento”. La ciudad entera se hallaba en estado de suma tensión. “Si todo sale bien”, escribió Goebbels, “la situación será perfecta. Si sale mal, habrá una muy violenta reacción.”[38]

La confusión estaba tan extendida en el partido como en todas partes. Strasser, Frick y Walther Funk, exjefe de redacción del influyente *Berliner Börsen-Zeitung* (Diario financiero berlinés) quien el año anterior había sido atraído al partido por Strasser y era entonces su principal asesor económico, llegaron de Berlín con alarmantes noticias: las travesuras de las tropas de asalto estaban poniendo nerviosos a los amigos de Funk en los negocios y la industria frente a la perspectiva de un gobierno nazi, y su apoyo se tambaleaba; al gobierno le inquietaba que Hitler estuviera a punto de dar un *Putsch* y consideraba actuar contra la SA, y para rematar, Schleicher incumplía su trato con Hitler.

Schleicher diría después que visitó a Hindenburg en su finca de Neudeck y le planteó las demandas de Hitler, sólo para recibir una rotunda negativa. Parecía que su influencia sobre Hindenburg decaía, suplantada nada menos que por la de Papen, quien se había ganado astutamente la confianza del “anciano caballero” y convertido en su favorito. La impresión de Schleicher de que podía usar como instrumento al “estúpido” Papen había resultado contraproducente: éste había descubierto que aquél quería ser canciller, y no veía razón alguna para dimitir, pues Hitler sólo podía contar con una mayoría en el Reichstag uniendo fuerzas con los centristas, lo que era improbable, o con los comunistas, lo que era inconcebible. Papen habló con Hindenburg de lo que podría pasar en caso de una alianza naziscentristas, pero la reacción del presidente fue en extremo desdeñosa: le haría mucha gracia, declaró, tener que nombrar canciller federal al “cabo bohemio”.

Tras una larga conversación con Hitler, Goebbels habló con Röhm sobre la situación en Berlín, y se ordenó a la SA hacer una demostración de fuerza desplegando unidades armadas alrededor del sector gubernamental. “Poner muy nerviosos a los caballeros”, escribió Goebbels. “Ése es el propósito de

este ejercicio.”[39] Pero no fueron sólo los caballeros de la Wilhelmstrasse los que se pusieron nerviosos. También los nervios de los nazis habían llegado al límite, y al día siguiente Hitler fue de nuevo a Berlín, adonde viajó en auto, no en tren, para no ser visto. Pasó la noche con los Goebbels, no en su departamento en la ciudad, sino en una casita que habían adquirido en mayo en el poblado ribereño de Caputh, al suroeste de Potsdam, quizá como refugio para Magda, ya muy avanzada en el embarazo de su primer hijo. Ahí se enteró de que, ese día, Röhm había visto tanto a Schleicher como a Papen a nombre suyo, pero que no había conseguido nada con ninguno. La situación parecía desalentadora.

Hitler vio a Schleicher y a Papen a la mañana siguiente. Ambos confirmaron que no había ninguna posibilidad de que Hindenburg lo nombrara canciller, aunque Papen le ofreció la vicecancillería, además del puesto de ministro del Interior de Prusia para Strasser. Hitler replicó que no era suficiente, y les recordó que tenía doscientos treinta diputados en el Reichstag, a lo que Schleicher repuso secamente: “Y nosotros podemos disolver el Reichstag y hacerlo de nuevo una y otra vez”.[40] Hitler perdió los estribos y empezó a gritar, amenazando con soltar sus tropas de asalto en las calles y aniquilar a los marxistas en una nueva masacre como la de la Noche de san Bartolomé. Asustado por esa incontrolada ira, Papen puso fin a la reunión, diciendo que la decisión última correspondía al presidente. Hitler salió zapateando en dirección al departamento de Goebbels en la Reichskanzlerplatz, para esperar una llamada de la oficina de Hindenburg, que llegó a las tres de la tarde. Goebbels contestó el teléfono, y preguntó si tenía caso pasar el auricular a Hitler si la decisión ya se había tomado. Le dijeron que el presidente quería hablar con él antes de decidir algo en forma definitiva.

La consecuente reunión de Hitler con Hindenburg fue célebremente descrita por el secretario del presidente, el doctor Otto Meissner, con el lenguaje formal de una declaración jurada en el juicio de Nuremberg. Pero el general X da otra versión en su diario, la cual podría ser apócrifa y parece sospechosamente chaplinesca, pero que es infinitamente más entretenida. “En la noche”, escribe, “fui como de costumbre al Herrenklub. Meissner describió el debut de Hitler en el palacio. Casi estalla en una carcajada: ‘¡Fue tan divertido!’”. Y continúa:

Hindenburg espera. Hitler entra, hace un fallido intento de profunda reverencia y trata torpemente, con la mano en la espalda, de cerrar la puerta, que, por supuesto, ya ha sido cerrada detrás de él. Tras advertir su falta, se sonroja y avanza con pasos inseguros hacia el anciano caballero, de pie en medio del recinto. Pero justo en ese momento tropieza con el tapete y, a juzgar por la furiosa mirada que le lanza, está en inminente peligro de arrojarse sobre él y castigarlo físicamente. Luego sigue laboriosamente su camino y se encuentra al fin, ¡al fin!, ante Hindenburg. Papen hace los honores.

Entonces, dijo Meissner, sucedió algo sumamente cómico. Hitler empezaba apenas a enderezarse tras haber hecho una devota reverencia cuando ya se preparaba a lanzar uno de sus fabulosos discursos públicos. Pero Hindenburg hizo un amplio movimiento con el brazo y Hitler se hundió en un aterrorizado silencio. En medio de ese silencio, Hindenburg tronó con áspera voz:

–Lo he hecho llamar, Herr Hitler, para oir de usted mismo si está dispuesto a participar en el gabinete de Herr Von Papen como vicecanciller. Naturalmente, en ese caso su partido estaría obligado a apoyar y asistir al gobierno en todo lo que pueda.

Hitler se desconcertó y no pudo hallar respuesta. Papen dijo entonces, para facilitarle las cosas:

–Por supuesto que la composición del gabinete se modificaría un tanto, y se pediría a su partido colaborar estando plenamente representado en él.

Hindenburg continuó, muy bruscamente:

–Sí, pero el nombramiento del ministro del Exterior y del ministro de Defensa seguirá siendo de mi exclusiva incumbencia. ¡Eso no cambiará por nada!

Otro silencio. Luego, Hitler habló por fin:

–Pero, su Excelencia, ¡antes debemos llegar a algún acuerdo sobre el programa de este gobierno!

Hindenburg repuso:

–¿El programa del gobierno? Ahí está. Es el programa del Herr canciller Von Papen.

Hitler se sumió otra vez en un embarazoso silencio. Después aventuró otra pregunta:

–¿Y qué se hará con Prusia, su Excelencia?

Hindenburg, ya visiblemente impaciente, replicó:

–¡No sé qué quiere decir usted con esa pregunta tan tonta! Mi comisario para Prusia es, y seguirá siendo, Herr Von Papen. Pero por favor responda a mi primera pregunta, que fue por lo que le pedí venir. Este asunto no puede esperar.

Hitler pidió entonces "plenos poderes", *à la* Mussolini, y el anciano caballero elegantemente lo despidió.[41]

El relato oficial de Meissner en Nuremberg entra en muchos detalles acerca de las críticas de Hindenburg a la conducta de los nazis, sus intentos por convencer a Hitler de los beneficios de cooperar con otros partidos y sus

razones para negarle poder. Pero la esencia es la misma. Antes de que Hitler se marchara, Hindenburg le recordó que incumplía la promesa que había hecho antes de las elecciones de apoyar a un gobierno nacional, y le propinó una severa advertencia sobre el futuro. En palabras del brusco comunicado que Schleicher insistió en que se emitiera, inmediatamente después de la reunión, "el presidente exhortó seriamente a Hitler a conducir la oposición de parte del Partido Nacionalsocialista en forma caballerosa, y a tener presente su responsabilidad con la patria y el pueblo alemán".

Tal como Schleicher quería, a Goebbels lo tomó desprevenido la celeridad con que se emitió el comunicado, lo que le impidió hacer pública primeramente la versión de Hitler; todo fue tan rápido, en efecto, que cabe sospechar que antes de la reunión ya se había hecho un borrador del comunicado. Por una vez, alguien se le había adelantado a Goebbels, y a éste le dolió. Reaccionó rápidamente con una negativa de que Hitler hubiera pedido "completo y absoluto poder en el Estado", como sostenía el comunicado, sino sólo la cancillería y algunos ministerios. Pero la gente en general prefirió aceptar la versión de Hindenburg, la cual decía que éste se había rehusado a entregar el poder a "un movimiento que pretende ejercerlo en forma tendenciosa" y revelaba que le había llamado la atención a Hitler por incumplir su promesa. Esto fue muy humillante, e hizo mucho daño a Hitler y los nazis. Pero no fue suficiente para hundirlos.

Hitler estaba de vuelta en el departamento de Goebbels en menos de media hora, todavía echando chispas y jurando vengarse, pero aún resuelto a alcanzar el poder legalmente. Convocó a Röhm y los jefes de la SA a una reunión en las oficinas del partido, y dedicó tiempo a convencerlos de que debían contener a sus hombres y sofocar toda idea de un *Putsch*. "Esto es muy difícil para ellos", escribió Goebbels. "Quién sabe si sus unidades sobrevivan. Nada es más duro que decirles a tropas exaltadas por la victoria que ésta les ha sido arrebatada de las manos."[42]

Como medida de precaución, se dio licencia a la SA y la SS para lo que en el *Völkischer Beobachter* se describió como "una breve tregua en la lucha". Felizmente, obedecieron, y la efectiva posibilidad de guerra civil fue conjurada. También Goebbels y Hitler hicieron un receso, Hitler retirándose a lamerse unos días las heridas en el Obsersalzberg, Goebbels dirigiéndose al norte, a Heiligendamm, donde el Mar Báltico destellaba

bajo un sol radiante, dejando a Magda en Berlín. “¡Espléndido ocio!”, escribió en su diario. Le fue difícil zafarse por completo, ya que desanimados miembros locales del partido lo asediaban a preguntas, pero él resolvió disfrutar de una semana de descanso “sin política, sólo con sol, luz, aire fresco y paz”.

Hitler volvió a la acción apenas un par de días después. Helldorf y Röhm lo convencieron de que recibiera a un amigo de Helldorf recién afiliado al partido y que podía ser un útil y discreto intermediario con Papen. Tal amigo era Joachim von Ribbentrop, exitoso vinatero y decidido trepador social que había servido en el ejército con Papen hacia el final de la guerra en Constantinopla, donde se le había destinado a un trabajo de oficina tras ser dado de baja del servicio activo como oficial de caballería. Helldorf y Röhm razonaron que, dado que casi nadie sabía que Ribbentrop pertenecía al partido nazi, podría visitar a Papen, con el que aún estaba en buenos términos, sin provocar indeseables especulaciones.

Hitler ya conocía un poco a Ribbentrop, habiendo cenado en su casa esa primavera, y lo consideraba —equivocadamente, como quedó claro después— un sofisticado hombre de mundo. Sin embargo, rechazó su opinión de que Papen fuera un hombre de honor, y mucho más digno de confianza que Schleicher, con quien Ribbentrop dijo que sería imposible trabajar lealmente. Hitler estaba aún muy resentido y receloso de Papen, al que culpaba por entero de su fracaso con Hindenburg. Pontificó durante dos horas, pero Ribbentrop se negó a ceder un ápice, diciéndole que estaba dispuesto a actuar como intermediario únicamente con Papen, no con Schleicher. Ésa fue quizá la única vez, en la que habría de ser una larga relación, que Ribbentrop discrepó abiertamente de Hitler, y casi la única en que le dio un buen consejo. De vuelta en Berlín, informó a Papen que Hitler se mantenía firme en su decisión de exigir la cancillería o nada. Y con eso, su misión terminó.[43]

Días después, Hitler pagó a la SA su obediencia cuando cinco miembros de las tropas de asalto fueron sentenciados a muerte por haber irrumpido violentamente en la casa de un minero comunista en la ciudad de Potempa, Silesia, el 9 de agosto, y haberlo pateado y matado a tiros frente a su madre. Obligado a elegir entre ofender a la opinión pública y perder al apoyo de la SA, Hitler optó cínicamente por la SA, y sus lugartenientes siguieron su

ejemplo. Göring elogió públicamente a los condenados y envió dinero a sus familias. Röhm los visitó en la cárcel. Goebbels, siempre preparado para promover la línea radical, los saludó como mártires en *Der Angriff*, culpando de todo a los judíos y atacando ferozmente a Papen; como consecuencia de ello, el diario recibió otra prohibición de una semana. El 22 de agosto Hitler envió a los milicianos un telegrama de apoyo "ante esa monstruosa y sanguinaria sentencia" y les prometió que "su liberación es desde este momento una cuestión de honor para nosotros. Es nuestro deber luchar contra un gobierno bajo el cual esto es posible".[44] Dos días más tarde, las sentencias de muerte fueron conmutadas. Para muchos alemanes que se habían dejado convencer de votar por él en febrero y julio, el "honor" de Hitler en la condonación de tan brutal asesinato pareció el honor de un gángster. Asqueados ya de la violencia, empezaron a desertar en decenas de miles.

EL MOMENTO DECISIVO

La sesión de apertura del nuevo Reichstag fue fijada para el 30 de agosto de 1932, y conforme se acercaba esa fecha se intensificaban las maniobras políticas. “Es absolutamente imposible ver claro a través de toda esta intriga”, escribió Goebbels. “Tantas personas jalan en tan diferentes direcciones que no puede saberse quién es el traidor o quién el traicionado.”[1] Aún había una remota posibilidad de que Hitler reuniera una mayoría absoluta en el Reichstag uniendo fuerzas con el Partido del Centro, lo que eliminaría el pretexto de Hindenburg para continuar con un gabinete presidencial no electo. Un coalición con el centro era lo último que Hitler quería, pero la amenaza de eso podía ser una útil arma de negociación. “Nos hemos puesto en contacto con el centro, así sea sólo como medio para presionar a nuestros adversarios”,[2] asentó Goebbels tras ser llamado a Berchtesgaden por Hitler para hablar de la táctica a seguir.

De vuelta en Berlín, Goebbels fue a ver a Schleicher, para cerciorarse de que supiera del acercamiento al centro, y salió convencido de que, “aunque no lo muestra, en realidad teme enormemente una posible unión del Führer con el centro [...] Aceptará una coalición, pero no se sumará a ella. Su idea es un gabinete presidencial; si eso no prospera, renunciará”. Ésta parecía una buena noticia, pero Goebbels opinaba lo mismo que Ribbentrop sobre el evasivo general. “No sé si lo que dice es cierto o falso”, concluyó. “De cualquier forma, tengo la impresión de que quieren hacernos caer en una trampa otra vez. En forma tortuosa, tratan de obtener el resultado que no alcanzaron el 13 de agosto. Creen que pueden asustarnos con la disolución del Reichstag, pequeño plan nacionalista que pronto frustraremos. Se lo informo por teléfono al Führer; está de acuerdo en todo.”[3]

Göring también desempeñó una parte en ese tejemaneje. Cuando Papen confirmó que sólo estaba dispuesto a ofrecer a Hitler la vicecancillería, Göring le dijo sin rodeos que

Hitler podría ser muchas cosas, pero nunca vicecanciller. Si se iba a hacer algo con él, naturalmente tendría que ser en la más alta posición, y sería absolutamente intolerable e impensable que nuestro Führer fuera colocado en una segunda posición de cualquier tipo [...] Le dije [...] que no sólo no lo apoyaríamos, sino que además nos opondríamos por completo a su gabinete en el Reichstag, justo como también lo haríamos en forma sistemática con todos los gabinetes sucesivos que no nos concedieran una influencia dominante en la cancillería.[4]

Tras asegurar que el partido ya no quería tener nada que ver con Papen, se reunió con Schleicher para discutir el programa del nuevo Reichstag, y regresó al día siguiente para preguntarle si estaría dispuesto a unirse a un gabinete "negro y pardo", es decir a una coalición del centro y los nazis. Según el general X, quien estaba presente, "Schleicher declinó, agradecido".[5]

Usar al Partido del Centro como pretexto quizá no haya funcionado con Schleicher, pero produjo un resultado positivo: cuando el Reichstag volvió a reunirse, los diputados del centro se combinaron con los nazis y el DNVP (Partido Nacionalista Popular Alemán) para elegir como nuevo presidente del Reichstag al capitán Hermann Göring. Éste, desde luego, se puso feliz, rebosante de orgullo, y con toda razón. Apenas siete años atrás era un pobre exiliado, un indefenso drogadicto sometido a una camisa de fuerza en un hospital psiquiátrico sueco. Ahora, a los treinta y nueve años de edad, ocupaba el tercer puesto en el Reich. Tendría incluso su propio palacio oficial —que Albert Speer describió como "un edificio de principios del siglo XX con marcados elementos de *nouveau riche* rococó"—,[6] a un costado del Reichstag y unido a él por un túnel subterráneo, el cual se sumaría al nuevo departamento al que acababa de mudarse en la Kaiserdamm, justo a la vuelta del de Goebbels. Y algo políticamente más importante, tendría acceso directo y automático a Hindenburg.

Göring, según Goebbels, tomó posesión de su puesto "con dignidad y aplomo", y pronunció un discurso moderado en el que prometió cumplir imparcialmente sus deberes y defender el honor y dignidad tanto del parlamento como del pueblo alemán. Sin embargo, más adelante enfatizó que su elección demostraba que el *Reichstag* tenía ya una mayoría operante, y que por lo tanto ya no había ninguna excusa para un gobierno de emergencia. Ésta fue una impugnación directa a Papen y Schleicher,

ninguno de los cuales se encontraba en la sala. Estaban con Hindenburg, convenciéndolo de que firmara un decreto sin fechar para disolver el Reichstag cuando Papen lo decidiera y —en forma estrictamente anticonstitucional— para posponer de manera indefinida las nuevas elecciones a causa de la emergencia nacional. Querían abolir el "gobierno partidista" para siempre y remplazarlo por un régimen autoritario respaldado por el ejército. Desafortunadamente para ellos, y en definitiva para Alemania y el mundo, Papen cometió un pequeño error: en vez de dirigirse a toda prisa al Reichstag y disolverlo de inmediato, decidió esperar hasta su siguiente sesión, que Göring fijó para el 12 de septiembre.

En el periodo previo a la nueva reunión del Reichstag, las intrigas y el toma y daca continuaron a paso acelerado, dentro del partido nazi tanto como con Schleicher, Brüning y los demás partidos. Göring organizó una fastuosa fiesta en su departamento de la Kaiserdamm la noche de su elección, que finalizó con su intervención junto con Hitler, Röhm y Goebbels en una conferencia secreta que duró hasta bien entrada la noche, para tramar cómo derribar a Papen. Luego aprovechó su acceso a Hindenburg para defender la causa nazi, y sus vínculos con los demás partidos para convencerlos de unirse contra el gobierno.

Goebbels se convirtió en padre el primero de septiembre, cuando Magda dio a luz a una hija, Helga, pero esto no interrumpió ni retardó su incesante ronda de discursos, artículos y reuniones hasta altas horas de la noche, intercalados con funerales de miembros de la SA (Sturmabteilung, Sección de Asalto) asesinados. Dentro del partido, Göring y él trabajaban juntos de nuevo como formidable mancuerna, socavando a Strasser y sus intentos de convencer a Hitler de que cediera. Cuando Strasser sugirió, en una reunión de líderes nazis el 8 de septiembre, que se integraran a un gabinete dirigido por Schleicher, se le recordó muy firmemente que sólo se aceptaría que Hitler encabezara un gabinete presidencial. Y Strasser sufrió nuevas y significativas derrotas cuando Hitler accedió a que Goebbels asumiera la responsabilidad de Strasser en todo lo relativo a la radiodifusión y a que incorporara elementos del Departamento de Organización de Strasser en su Departamento de Propaganda, que reorganizaría como modelo de su planeado ministerio.

La primera sesión de trabajo del Reichstag el 12 de septiembre se convirtió de inmediato en una farsa, con Göring en el papel estelar. El orden del día constaba de un solo elemento: el programa de recuperación económica del gobierno. Los comunistas avisaron a Göring, de antemano, que exigirían poner fin al estado de emergencia y emitir un voto de censura a Papen y su gobierno, modificación del orden del día, que sólo podía prosperar si era aceptada por unanimidad. Los nazis aceptaron guardar silencio. Todos suponían que el DNVP bloquearía esa acción objetándola; pero cuando Göring la propuso en la sala, ni ese partido ni ninguno otro lo hizo. Tomado por sorpresa, Göring anunció, en medio de una total confusión, que la moción de censura procedía. Papen, furioso de que se le obstaculizara, habría podido aplicar en ese momento la orden de disolución de Hindenburg, pero no se le había ocurrido llevarla. Frick pidió un receso de media hora. Göring lo aprobó, y luego encabezó a Goebbels, Frick y Strasser en el túnel a su palacio para una apresurada consulta a Hitler. Decidieron que no podían desaprovechar la oportunidad, tanto de fastidiar a Papen como de enviar un enérgico mensaje al presidente apoyando la moción.

Cuando se reanudó la sesión, Göring vio entrar a Papen con la valija roja en la que tradicionalmente se llevaban las órdenes de disolución. Ignorándolo en forma deliberada y mirando en la dirección opuesta cuando trataba de llamar su atención, Göring anunció que pasarían directamente a la votación sobre la moción comunista. El canciller se había vuelto invisible. Cuando intentó hablar, Göring lo calló, diciendo que la votación estaba en marcha. Furioso, Papen se acercó a zancadas hasta la silla del presidente del Reichstag, arrojó la orden sobre su mesa y se marchó, seguido por los miembros de su gabinete. Göring dio sencillamente vuelta a la hoja y leyó en voz alta el resultado de la votación. La moción había sido aprobada por quinientos doce votos contra cuarenta y dos, con cinco abstenciones y una anulación. Todos los partidos importantes, incluido el del Centro, se habían opuesto al gobierno. Al apagarse los aplausos, Göring se "dio cuenta" de la orden de disolución de Papen, la volteó y la leyó en voz alta. En medio de la carcajada general, la declaró inválida, porque el gobierno ya había sido depuesto por votación. "El Reichstag", anunció, "no se disuelve. Yo les avisaré de la fecha de la próxima sesión."[7]

Hitler, que esperaba en el palacio de Göring, “no cabía en sí de gusto”. Lo mismo les ocurrió a los demás líderes nazis, quienes fueron al Kaiserhof a continuar sus celebraciones hasta bien entrada la noche. Pero, por supuesto, la treta de Göring no tenía posibilidades de surtir efecto. La disolución se confirmó al día siguiente, y él tuvo que escribir una carta de disculpa a Hindenburg, en la que aseguró que Papen, “en medio de su agitación”, había dejado la orden en su mesa “con el lado en blanco hacia arriba”, así que él había creído que era “una hoja sin texto”. “¡Descarada maniobra, digna de Göring!”, comentó el general X.[8] Pero esa descarada maniobra había hecho su trabajo: Papen había sido humillado y desacreditado; era obvio que ya no podría gobernar indefinidamente sin el Reichstag, como lo había planeado, y se vio obligado a llamar a nuevas elecciones, por realizarse el 6 de noviembre.

Goebbels enfrentó la perspectiva de su quinta gran campaña electoral de ese año con sentimientos encontrados, agravados en las primeras etapas por una severa bronquitis. Sentía que la gente, más que los empleados del partido, ya estaba harta de campañas, y que la apatía de los votantes era el mayor peligro a vencer. La desesperación que había atraído a la gente a las soluciones radicales ofrecidas por los nazis, estaba pasando: la situación económica al fin mostraba signos de mejora, el desempleo era tan grave como siempre pero ya no aumentaba astronómicamente y había habido buenas noticias semanas antes, cuando los pagos de las reparaciones fueron finalmente canceladas y levantadas las limitaciones sobre el ejército; Brüning había negociado esto, pero Papen había firmado el acuerdo, lo que Hitler condenó porque legitimaba a Versalles. Todo esto significaba que la oleada de apoyo a los nazis había llegado a su culminación y ya iba en retirada. Ellos no podían tener la esperanza de acrecentar, y ni siquiera de mantener, su fenomenal éxito de julio.

Aunque se negaba a pronosticar el resultado, Goebbels creía que ésa sería la “última confrontación” que el partido tendría que encarar antes de llegar al poder, y eso le dio la motivación que necesitaba para echar a andar una vez más la aceitada maquinaria. Para comenzar, reinstaló en Berlín el Departamento de Propaganda. Organizó *Der Angriff* para que apareciera dos veces al día, con objeto de contrarrestar a los periódicos burgueses, en particular a los de Hugenberg, para entonces totalmente hostiles a los nazis,

excepto cuando informaban sobre los discursos de Strasser a favor de la cooperación con cualquier otro partido —incluido el de Hugenberg— dispuesto a trabajar con los nazis para salvar a Alemania. Así pues, el circo volvió a la calle.

El principal dolor de cabeza de Goebbels era la falta de dinero. Las constantes campañas habían agotado los fondos del partido, y Papen había usado todos sus contactos para convencer a los grandes industriales del Ruhr, quienes perdían su entusiasmo tras los embustes en el Reichstag y la violencia en las calles, de negarle su apoyo. El partido se las arregló, de alguna manera, para reunir una suma suficiente con la cual pagar otra vigorosa campaña, incluidos los aviones necesarios para el cuarto y más grande "Vuelo sobre Alemania" de Hitler, que lo llevaría a no menos de cuarenta y nueve pueblos y ciudades, aunque los nazis estaban en una situación tan apretada que a veces tenían que mandar a sus tropas de asalto a hacer colectas a las calles.

Los problemas de liquidez, sin embargo, no moderaron las pretensiones de Goebbels. En plena campaña inauguró las nuevas y suntuosas oficinas del partido en Berlín, en el corazón del barrio gubernamental. La remodelación del edificio se había encomendado a un joven y esforzado arquitecto que se había afiliado al partido en 1931, Albert Speer, por recomendación del jefe de organización de Goebbels, Karl Hanke, para quien ya había realizado un trabajo menor en una villa del partido en Grunewald. Los resultados fueron obviamente satisfactorios, si no es que sorprendentes. "¡Qué largo camino hemos recorrido en seis años!", se congratuló Goebbels. "¡Del sótano de la Potsdamer Strasse a la nueva casa del distrito en la Vosstrasse! Quizá ahora también logremos cruzar los últimos trescientos cincuenta metros a la Wilhelmstrasse. La casa está en perfecto orden. Salas dignas para el trabajo de un gran movimiento."[9] Días después celebró su cumpleaños número treinta y cinco con cuatro discursos, antes de permitirse "descansar toda la noche como regalo de cumpleaños".

Al final de la campaña sumergió al partido en una nueva controversia al unir fuerzas con el líder comunista Walter Ulbricht en apoyo a una huelga de trabajadores del transporte en Berlín condenada por los sindicatos y los socialistas. Inevitablemente, hubo considerable violencia —tan sólo el 4 de noviembre tres personas murieron y cerca de cincuenta sufrieron graves heridas en enfrentamientos con la policía—, e inevitablemente los

adversarios políticos de los nazis sacaron el máximo provecho posible de su impía alianza con los comunistas. Alarmados votantes de clase media se asustaron, y muchos miembros del partido tenían serias dudas acerca de adónde podría llevar eso. Pero Goebbles se deleitó en la oportunidad de reafirmar sus credenciales revolucionarias. “Hay batallas campales en las calles de Wedding y Neukölln”, alardeó. “El tráfico está paralizado. Berlín es el retrato mismo de una ciudad muerta.” Afirmó que la huelga había elevado “enormemente” la reputación del partido entre los trabajadores, que era lo que importaba para el futuro. Por lo que a él respectaba, no importaba si el partido perdía veinte mil votos a corto plazo, porque tales votos no tenían valor para la lucha revolucionaria.[10]

En realidad, el partido perdió mucho más de veinte mil votos el 6 de noviembre de 1932. Habiendo recibido 11 ,37,000, perdió más de dos millones en comparación con su total del verano, caída casi igual a la de la votación nacional, lo que redujo sus escaños en el Reichstag a ciento noventa y seis. Los socialdemócratas, en segundo lugar, sólo obtuvieron 7,248,000 votos, una baja de tres cuartos de millón, casi lo mismo que los comunistas conquistaron, para llegar a seis millones de votos y cien escaños. El DNVP, que apoyaba al gobierno, fue el otro ganador, con un millón de votos extra, arrancados principalmente a los nazis, con lo que sus escaños aumentaron de treinta y siete a cincuenta y dos. Sin embargo, sólo recibió 8.9% del total de los votos. Con 33.1%, los nazis eran con mucho el partido más grande, pero aun así no consiguieron la mayoría absoluta.

Goebbels pudo consolarse con el hecho de que las pérdidas del partido en Berlín habían sido proporcionalmente menores que en el resto del Reich, con una caída de sólo 2.4%, habiendo obtenido 26.2% del total, y con casi 3% más que los socialistas. Pero sus esfuerzos por conquistar el voto obrero habían fracasado miserablemente: los comunistas eran, por primera vez, el partido más fuerte en la ciudad, con 31.3%. El ánimo del partido en Berlín pasó del desafío a una “embotada depresión”, exacerbada por sus problemas financieros, que Goebbels describió como irremediables: “Sólo deudas y obligaciones, junto con la absoluta imposibilidad de obtener cualquier suma razonable de dinero después de esta derrota”.[11]

La huelga del transporte, que tanto apoyo había costado a los nazis, se vino abajo un día después de las elecciones, cuando los comunistas

retiraron su respaldo. Aún tratando de justificarlo, Goebbels salió de Berlín esa noche a Munich, donde Hitler les dijo a él y los demás líderes que nada había cambiado, que estaba totalmente comprometido con la continuación de la lucha, que no habría reconciliación ni componendas: Papen debía irse, cualesquiera que fuesen las consecuencias. Cuando llegó de Berlín la noticia de que Papen quería tantear el terreno de los nazis, Göring declaró públicamente que el canciller no tenía suficiente respaldo para iniciar negociaciones sobre un nuevo gobierno.

El desaire de Göring tuvo escaso efecto. "Herr Papen es, desde luego, demasiado obstinado por naturaleza para que eso le impida tratar de hallar una salvación a pesar de todo", escribió el general x.[12] Y vaya que siguió tratando de hacerlo, realizando frenéticos tejemanejes en un intento por producir algún tipo de coalición. Pensando que Hitler estaba, entonces, en una posición de negociación más débil que en agosto, le ofreció lo que tenía. De hecho, Papen necesitaba a Hitler mucho más que Hitler a él, porque sin Hitler no tenía ninguna esperanza de formar un gobierno respaldado por una mayoría en el Reichstag. Consciente de esto, Hitler se mantuvo firme y a la expectativa, contestando sólo para imponer condiciones imposibles para cualquier cooperación.

Hitler sabía, por supuesto, que Papen tenía la opción de disolver de nueva cuenta el Reichstag y llamar a más elecciones, con la esperanza de que el apoyo a los nazis se derrumbara tan rápido como se había elevado. Para impedir tales medidas, pidió a Goebbels que empezara a planear una nueva campaña de propaganda. Las campañas, sin embargo, cuestan dinero, y la posición financiera del partido en general era tan precaria como la del Gau de Berlín. Dado que los patrocinadores procedentes de las grandes empresas mantenían guardada su cartera, Göring partió a toda prisa a Roma, acompañado por Hjalmar Schacht, para ver si podía persuadir a Mussolini de que les hiciera un préstamo. Justamente, estaba sentado junto a él en un banquete la noche del 17 de noviembre cuando recibió el mensaje de que debía regresar de urgencia a Berlín. El gabinete de Papen había dimitido. Hitler había sido llamado por Hindenburg. Necesitaba a Göring a su lado.

Papen, a quien Schleicher había erigido como su títere, había cortado los hilos y se había convertido en una obstinada y peligrosa carga. La paciencia de Schleicher se agotó por fin cuando Papen empezó a proponer la idea de

meter en cintura a los nazis convocando a nuevas elecciones en enero, con un muy restringido número de sufragios, o gobernando en forma dictatorial. Ambos cursos habrían sido anticonstitucionales, y probablemente habrían provocado una guerra civil, en la que los nazis y los comunistas unirían fuerzas, como habían demostrado poder hacerlo en la huelga de los trabajadores del transporte en Berlín.

Como ministro de Defensa, a Schleicher le pareció que la perspectiva de que sus cien mil efectivos del Reichswehr enfrentaran a mucho más de medio millón de nazis y comunistas armados en las calles de Alemania era demasiado alarmante. No tuvo la menor dificultad para convencer a sus compañeros de gabinete de que renunciaran junto con él. Papen, aislado, tuvo que hacer lo mismo, aunque estaba seguro de que volvería al poder cuando las negociaciones del presidente con Hitler fracasaran, como era indudable que sucedería, y de que entonces estaría en una posición más fuerte para hacer lo que quisiera y proceder a establecer una dictadura.

Vitoreados a su paso por una entusiasta multitud afuera del Kaiserhof, Hitler y Göring vieron a Hindenburg el 19 de noviembre. Esta vez, el anciano presidente no los mantuvo de pie mientras se apoyaba en su bastón, sino que los recibió cortésmente, los invitó a sentarse y habló más de una hora sobre el programa de Hitler. Y esta vez Hitler no lo sermoneó, sino que describió serenamente sus políticas, ajustadas con todo cuidado a los prejuicios de Hindenburg, sobre el fortalecimiento del ejército, el apoyo a las grandes empresas y, sobre todo, la no interferencia en las grandes propiedades agrícolas. Parcialmente tranquilizado, Hindenburg dijo que le gustaría ver a Hitler participar en el gobierno, y le pidió que consultara a los demás partidos, para sondear su disposición a seguirlo.

A los líderes nazis les resultó claro que Hindenburg simplemente cubría las formas, pues sabía muy bien que ellos no podrían conseguir una mayoría, lo que le daría pretexto para volver a nombrar a Papen, su favorito. Pasaron horas hablando de esto en el Kaiserhof antes de convenir en que Hitler debía jugar lo que Goebbels llamó “la partida de ajedrez por el poder”. Göring recibió la tarea de hacer contacto con los demás partidos. Pronto subió a bordo al del Centro, pero el DNVP se negó a conversar siquiera.

El juego continuó los días siguientes, en reuniones frente a frente y una serie de cartas, en las que Hitler exigía un gabinete presidencial bajo su dirección con las mismas facultades que Papen había disfrutado, a lo que Hindenburg se negó con el argumento de que “un gabinete así está destinado a convertirse en una dictadura de partido y a acentuar el estado de tensión que prevalece en el pueblo alemán [...] No puedo aceptar la responsabilidad de esto ante mi juramento y mi conciencia”. El gobierno anterior había caído por no poder contar con el apoyo de la mayoría en el Reichstag. Si Hindenburg debía nombrar otro gabinete presidencial, prefería que su amigo Papen, que no era líder de ningún partido, se hiciera cargo de él. Una alud de conversaciones con los demás partidos no llevó a ninguna parte. Para el 24 de noviembre todo había terminado. Hitler se vio obligado a admitir su derrota, y a interrumpir las negociaciones. “La revolución está otra vez ante puertas cerradas”, anotó Goebbels amargamente.

Hitler y Goebbels se marcharon de Berlín para concentrarse en las nuevas elecciones estatales en Turingia, pero la partida aún estaba lejos de haber concluido. Naturalmente, Papen supuso que simplemente volvería a su cargo, pero de pronto se vio librando lo que Goebbels describió como una acción de retaguardia, no contra Hitler, sino contra Schleicher, quien había decidido que su único curso razonable era pelear la cancillería para él mismo. Ya había hablado con los partidos moderados, y se acercó entonces a Strasser, para saber si los nazis estarían dispuestos a participar en un gobierno bajo su mando.

Hitler hizo esperar a Schleicher mientras se reunía con sus cuatro principales lugartenientes —Strasser, Göring, Goebbles y Frick— en Weimar, donde discutieron acaloradamente qué hacer. Strasser creía, como lo había hecho desde el verano, que Hitler debía aceptar la vicecancillería, y usarla como base para llegar al supremo poder. Frick lo apoyó. Goebbels y Göring, en cambio, se opusieron violentamente a un paso así, e instaron a Hitler a no ceder, sino a seguir exigiendo todo o nada, y Hitler estuvo de acuerdo con ellos. Göring llamó a Schleicher y le dijo que Hitler no iría a Berlín, pero lo invitó a enviar a un oficial a Weimar para que fungiera como intermediario. Schleicher mandó a su brazo derecho, el teniente coronel Eugen Ott, quien se vio sometido a una conferencia de tres horas de Hitler sobre por qué Schleicher no debía ser canciller. Cuando terminó y Ott pudo

telefonear a Schleicher, ya era demasiado tarde: éste y Papen habían ido a ver a Hindenburg esa noche.

Papen, totalmente ajeno a la maquinaciones de Schleicher, había supuesto que su nuevo nombramiento como canciller era una mera formalidad. Empezó describiendo sus planes de gobernar por un decreto de emergencia sin el beneficio del Reichstag hasta que pudiera enmendar la Constitución para cambiar las leyes electorales y volver a establecer una segunda asamblea, la Herrenhaus (Cámara de los lores), para devolver el poder a las clases altas. Entre tanto, usaría la fuerza para sofocar todo intento de *coup*. Admitió que sus propuestas implicarían que Hindenburg incumpliera su juramento de defender la Constitución, pero aseguró que eso se justificaría por poner el bienestar de la nación por encima de su juramento, como Bismarck lo había hecho alguna vez.[13]

Schleicher interrumpió para decir que no era necesario que el presidente incumpliera su juramento, ya que él creía poder formar un nuevo gobierno respaldado por una mayoría en el Reichstag. Lo lograría dividiendo al partido nazi, separando a Strasser y al menos sesenta diputados nazis de Hitler y combinándolos con el Partido del Centro, los socialistas e incluso la gran mayoría de los sindicatos. Schleicher había asestado su golpe maestro; pero en vez de impresionarse, Hindenburg pareció realmente horrorizado. Volviéndose hacia Papen, le pidió proceder de inmediato a la formación de un nuevo gobierno.

El nuevo periodo de Papen como canciller duró menos de veinticuatro horas. Más tarde recordaría que, al salir de la oficina de Hindenburg, Schleicher le hizo una advertencia, utilizando las mismas palabras que se le habían dicho a Lutero una noche antes de su partida a la fatal Dieta de Worms: “Has elegido un camino difícil, monjecito”. Cumplió su amenaza en una reunión de gabinete a la mañana siguiente afirmando de modo categórico que era imposible que Papen ejecutara la directiva del presidente, que todo intento de hacerlo resultaría en caos y guerra civil y que el ejército no podría garantizar la preservación del orden público. Para estar doblemente seguro de que todos entendieran el mensaje, presentó entonces al teniente coronel Ott, quien leyó en voz alta un informe ya preparado por la Truppenamt (Oficina de Guerra) que concluía que el ejército y la policía no tenían efectivos suficientes para defender las

fronteras y mantener el orden tanto contra los nazis como contra los comunistas.[14] Con el ejército en su contra, Papen estaba acabado.

Con extrema renuencia, Hindenburg se resignó ante lo inevitable; según las memorias de Papen, “dos grandes lágrimas rodaron por sus mejillas” al despedirlo. Luego le envió un retrato autografiado con la emotiva inscripción “Tuve un camarada...”, y siguió esto con una carta en la que repitió que su confianza en él era “inalterable”. Entonces nombró canciller a Schleicher.

El primer acto de Schleicher como canciller fue tratar de hacer efectiva su jactancia ante Hindenburg poniéndose en contacto con Strasser y ofreciéndole los puestos de vicecanciller de Alemania y primer ministro de Prusia. Era una oferta atractiva, aderezada además por el programa de Schleicher para mitigar el desempleo y mejorar las prestaciones sociales, lo cual sabía que sería de interés para Strasser. Éste se sintió tentado, a causa tanto de su ambición como del partido, que creía en peligro de desintegración, temor acentuado por los resultados ese mismo día de las elecciones en Turingia, donde el voto nazi cayó un demoledor 40% en comparación con el 31 de julio.

Strasser no aceptó la oferta de Schleicher, pero tampoco le habló a Hitler de ella hasta el día siguiente, durante una acalorada reunión de los cinco grandes del partido en el Kaiserhof. Advirtiendo que la moral de los militantes estaba en su peor momento, que el partido se hallaba al borde de la quiebra y que nuevas elecciones podían ser desastrosas si Schleicher disolvía nuevamente el Reichstag, presionó a Hitler para que aceptara una porción del poder participando en un gobierno de amplia base. En la discusión que siguió, amenazó con retirarse y formar su propio partido para una nueva elección, medida que Goebbels denunció como “la peor traición que el Führer y el partido hayan experimentado jamás”. Con el respaldo de Goebbels y Göring, que, oliendo sangre, arremetieron despiadadamente contra Strasser, Hitler se negó a considerar cualquier pacto con Schleicher, salvo en sus propios términos. Marginando a Strasser, envió a Göring y a Frick a presentarse ante él.

Strasser se tambaleó entonces. Tras otra tormentosa sesión con Hitler dos días después, cayó, aceptando que su posición en el partido era insostenible y renunciando a todos sus cargos. Antes de marcharse a

recuperarse en Italia, reunió a todos los Gauleiter titulares, con excepción de Goebbels, para explicarles sus razones, describiendo su desacuerdo con las políticas y tácticas de Hitler y acusándolo de no desear otra cosa que ser canciller. Finalizó con una nota emocional, condenando el "juego de intrigas" entre quienes rodeaban al Führer, los que lo había excluido cada vez más de las conversaciones de alto nivel.[15] Tiempo después diría a su hermano: "No tenía ganas de ser el segundo de Göring, Goebbels y Röhm [...] Lo considero un desaire, una humillación personal". Lo que, por supuesto, era justo lo que Goebbels y Göring querían: se habían librado de un peligroso rival.

Pese a la satisfacción personal que brindó a Göring y Goebbels, la salida de Strasser causó una grave crisis en el partido, que se vio forzado a dedicar las siguientes semanas a un magno ejercicio de limitación de daños. Para comenzar, a Hitler le molestó el rompimiento con Strasser, y le preocupaba que éste pudiera encabezar una escisión o una revuelta en el partido. Tras recibir la carta de renuncia de Strasser, convocó a su oficina a aquel grupo de Gauleiter titulares y les propinó un discurso de dos horas, en el que demolió los argumentos de Strasser sin atacarlo personalmente, hablándoles como camarada lo mismo que como líder, encandilándolos de nuevo y terminando con un apretón de manos a cada uno para reafirmar el lazo entre ellos. Sin embargo, este éxito no fue suficiente para disipar la sombra de la incertidumbre. Más tarde, Hitler pasó la velada con los Goebbels. "Es difícil ser optimistas", anotó Goebbels. "Todos estamos más bien deprimidos, especialmente en vista del peligro de que el partido se haga pedazos y todo nuestro trabajo haya sido en vano."

El ánimo de Hitler no mejoró con una llamada telefónica de Robert Ley desde el Kaiserhof para informar que la situación en el partido empeoraba cada hora y pedir al Führer que regresara al hotel de inmediato. Así lo hizo, y a las dos de la mañana envió por Goebbels, quien lo halló encerrado con Röhm y Himmler, con quienes, sin duda, había preparado órdenes para la SA y la SS (Schutzstaffel, Escuadra de Protección) en caso de problemas. El *Tägliche Rundschau* (El Diario), periódico que siempre había simpatizado con Strasser, iba a publicar un detallado reportaje sobre su renuncia, en el que lo describía como el gran hombre del partido y decía que él debía ser su líder en lugar de Hitler. "¡Traición, traición, traición!", estalló Goebbels.

Hitler, quien recorría de arriba abajo la habitación, adoptó una pose dramática y declaró: “Si el partido se viene abajo alguna vez, lo terminaré todo en tres minutos con un disparo.”

La buena noticia era que Strasser había anunciado públicamente que estaba de licencia, así que no estaría presente como centro de una insurrección. No obstante, no había tiempo que perder en la destrucción de su base de poder en el partido. Los cuatro hombres analizaron, en ese momento, la situación y tomaron decisiones. La Organización Política de Strasser se dividió en varias piezas, correspondiendo a Goebbels la de “Educación Popular”. Hitler se asignó las demás funciones centrales, con Ley como su jefe de Estado Mayor. Hess fue ascendido de la oficina privada de Hitler a la jefatura de una nueva Comisión Política Central. Conocidos partidarios de Strasser serían expulsados. Goebbels escribió en su contra un editorial para la edición de *Der Angriff* de esa tarde.

Todos los líderes y diputados del partido fueron convocados a una reunión en el palacio presidencial de Göring, en la que Hitler consiguió, una vez más, el milagro, reduciendo a muchos a las lágrimas con un emotivo llamado a su lealtad. Ellos lo recompensaron con una ovación de pie y promesas de absoluta fidelidad. “Strasser”, escribió Goebbels, “está ahora completamente aislado. Es hombre muerto.” Hitler, concluyó con una nota de triunfo personal, había acabado personalmente con él.[16]

Para completar el proceso, Hitler y Goebbels partieron, cada cual por su lado, para pronunciar discursos ante dirigentes del partido en los distritos donde Strasser había ejercido mayor influencia. Su tema fue siempre el mismo: lealtad al líder y a la “Idea”, mensaje que fue subrayado por Hitler el 15 de diciembre en un memorándum en el que expuso las pautas para la reorganización del partido y las razones para desmantelar el aparato burocrático que Strasser tan cuidadosamente había erigido. “Para su diseminación”, escribió, “una ideología no necesita funcionarios, sino apóstoles fanáticos.” La “suprema y más sublime misión” del partido era esparcir la Idea, y su “más grande y primera tarea”, la propaganda, como medio para obtener el poder.[17] Goebbels difícilmente habría podido desear mayor elogio, mayor respaldo a su valor. Su victoria fue absoluta. Ni Strasser ni sus antiguos partidarios hicieron el menor intento de devolver el golpe, y para la navidad, el partido se había estabilizado de nuevo.

Göring pasó la navidad con Emmy Sonnemann, una rubia actriz que ese mismo año había atraído su atención en Weimar, donde pertenecía a la compañía de Teatro Nacional en la que interpretaba protagonistas románticas. Nacida y crecida en Hamburgo, Emmy era una actriz típica, sin ningún interés en la política ni en muchas otras cosas más allá del teatro; cuando se conocieron, ni siquiera sabía si él era Goebbels o Göring. A sus treinta y nueve años, la misma edad de Göring, seguía siendo una mujer sexy y atractiva, de naturaleza abierta, generosa y feliz. Había estado casada con un actor, del que se divorció amigablemente. Su relación con Göring se había convertido pronto en una impetuosa y alegre aventura; una de las primeras cosas que él hizo cuando tomó posesión del palacio de presidente del Reichstag fue arrancar una hoja de su libreta de papel membretado y garabatearle un mensaje, *"Ich liebe Dich, H"*, que despachó con un mensajero a Weimar junto con un enorme ramo de flores.

Pero, por más que amara a Emmy, ella no pudo borrar el recuerdo de Carin, ni se lo propuso, pues le conmovía la sinceridad de la devoción de él por su difunta esposa. Durante toda su vida juntos, ella jamás dio muestras de rencor o celos. Luego de pasar la navidad con Emmy, Göring tomó el tren a Suecia, para ver en año nuevo a la familia de Carin en el castillo de Rockelstad y tomar un muy necesario descanso. "Durante varias horas al día", le escribió a Emmy en la víspera de año nuevo, "doy largos paseos en el más bello bosque que haya visto jamás. Duermo ocho o diez horas diarias; sólo espero poder quedarme un poco más de tiempo."

Mientras Göring recargaba sus baterías en Suecia, Goebbels la pasaba muy mal en Berlín. La tensión de las semanas anteriores, tras el nacimiento de su primer descendiente, hizo que volviera la afección cardiaca que Magda había sufrido años atrás, durante su matrimonio con Günther Quandt. Al volver a casa después de la fiesta de navidad del Gau, el 23 de diciembre, había sufrido un colapso y fue trasladada de urgencia a una habitación privada en el Hospital Universitario para Mujeres, donde permaneció grave varios días. Goebbels pasó casi todo el día de Navidad trabajando, planeando la campaña para las elecciones locales en el pequeño estado rural de Lippe-Detmold, a medio camino entre el Ruhr y Hannover, previstas para el 15 de enero, antes de visitar a Magda en el hospital. En la noche fue

al cine con Harald y su hermana menor, Maria, que había ido a Berlín para atenderlos a él y a la bebé.

Aunque Magda seguía grave, Goebbels no podía estar lejos de Hitler. Tan pronto como ella estuvo fuera de peligro, la dejó en el hospital y partió al Obersalzberg, llevando consigo a Harald. Hitler había pasado solo la navidad, en su refugio en las montañas, llorando la ausencia de Geli, y ponderando, sin duda, el hecho de que el primero de noviembre su suplente, Eva Braun, también se había dado un tiro, aparentemente tratando de suicidarse por amor a él. Habiendo apuntado el arma al corazón, de algún modo se las había arreglado para fallar, y se había lesionado el cuello. La herida no fue seria —pudo telefonear a un médico—, pero bastó para provocar sentimientos de culpa en Hitler, así como recuerdos del destino de Geli, y para atarlo a ella.

Uniéndose a Hitler el 28 de diciembre, Goebbels trabajó con él en el mensaje de año nuevo del Führer y la planeación de 1933. Las perspectivas eran casi desastrosas, con aparentemente pocas posibilidades de alcanzar el poder, y la situación de dinero tan mala que los salarios de los dirigentes del partido tuvieron que reducirse. Sólo hubo un rayo de luz: Ley llevó la noticia de que Papen quería sostener una reunión secreta con Hitler. Goebbels lo creyó esperanzador: “Esto nos ofrecería una nueva oportunidad”, escribió. Al final, haría mucho más que eso.

Papen podía estar resentido con Hitler por haberlo rechazado, pero estaba furioso con Schleicher, y resuelto a vengarse de su traición. Su oportunidad no tardaría en llegar. Schleicher había hablado por radio a la nación el 15 de diciembre, y había logrado enemistarse con casi todos: con las grandes empresas al prometer restituir los recortes salariales y sociales impuestos por Papen e introducir un estricto control de precios a los productos básicos, comenzando por la carne y el carbón; con los agricultores, al declarar que quería eliminar los subsidios agrícolas de los que ellos dependían; con los terratenientes, al anunciar un programa para nacionalizar grandes extensiones de fincas en quiebra propiedad de *Junker* en el este y entregarlas a veinticinco mil familias campesinas. Sin embargo, lo peor de todo fue que ofendió a Hindenburg, quien vio sus propuestas agrarias ni más ni menos que como bolchevismo.

Por coincidencia, el Herrenklub honró a Papen con una cena al día siguiente, y él aprovechó la oportunidad para atacar a Schleicher en su

discurso ante los trescientos miembros presentes. También señaló que el partido nazi debía ser incluido en el gobierno. Más tarde se le acercó uno de los invitados, el barón Kurt von Schröder, banquero de Colonia, al que conocía de tiempo atrás, quien se ofreció a mediar para hacer posible una reunión con Hitler. Schröder era un importante miembro de un grupo de hombres de negocios llamado *Freundeskreis*, círculo de amigos, del Führer, formado bajo los auspicios de Himmler por el pequeño empresario Wilhelm Keppler, quien proporcionaba asesoría económica y cierto apoyo financiero al partido. Schröder sabía que las relaciones entre Hitler y Papen eran tensas, pero creía poder convencer a Hitler de que se tragara su orgullo si existía la posibilidad de destruir a Schleicher. Papen accedió. A fines de ese mes, Schröder le llamó para preguntarle si estaría disponible para una reunión en su casa en Colonia a principios de enero.

Hitler se deslizó silenciosamente por la puerta trasera de la casa de Schröder poco antes del mediodía del 4 de enero de 1933, acompañado por Himmler, Hess y Keppler, en el mejor estilo conspiratorio. Pero la creencia de todos ellos de que la reunión sería secreta se hizo añicos cuando Papen llegó al frente de la casa, donde fue retratado por un fotógrafo de prensa que lo esperaba cuando bajó del taxi. Los espías de Schleicher habían hecho bien su trabajo, y al día siguiente el *Tägliche Rundschau*, el periódico del círculo Tat (Acción), grupo conservador cuyos miembros habían presentado a Strasser con Schleicher el verano anterior, difundió la noticia de que Papen planeaba utilizar sus buenas relaciones con el presidente para dar lugar a un gobierno de Hitler. Papen y Hitler se vieron obligados a emitir una negativa conjunta, asegurando que sólo habían hablado de "la posibilidad de un gran frente nacional de unidad política". Por una vez, decían la verdad.

Schröder, quien estuvo presente en la conversación privada, mientras Himmler, Hess y Keppler esperaban en otra habitación, informó que Papen sugirió, originalmente, un gobierno Hitler-Papen en el que ambos serían líderes. Hitler rechazó esto, pero dijo que si él era canciller incluiría a partidarios de Papen como ministros, siempre y cuando estuvieran de acuerdo con sus políticas básicas de eliminar a socialdemócratas, comunistas y judíos de posiciones relevantes en Alemania y de restaurar el orden en la vida pública.[18] Dos horas después hicieron una pausa para

comer, alentados por los progresos que creían haber hecho y conviniendo en volver reunirse en Berlín para discutir otros asuntos.

El artículo del *Tägliche Rundschau* fue lo primero que supo Goebbels sobre la reunión de Hitler con Papen, porque había estado sumamente absorto la primera semana del año. Tras recibir el año Nuevo en el Obersalzberg con Hitler, a quien le estrechó la mano a medianoche y le deseó el ascenso al poder para 1933, marchó en auto a Berchtesgaden para llamar a su hermana, Maria, pues la línea telefónica de la Haus Wachenfeld de Hitler estaba descompuesta. Ella le dijo que Magda se encontraba en un estado crítico, con fiebre de 40.5°C, y que debía regresar de inmediato. Harald y él salieron de Berchtesgaden en el primer tren a Munich. Hitler, muy preocupado por Magda, los siguió en auto. Siendo el día de año nuevo, no había trenes a Berlín. Hitler trató de conseguir un avión para Goebbels, pero sin éxito, así que tuvieron que esperar seis angustiosas horas, telefoneando al hospital cada diez minutos hasta la salida del tren con vagones dormitorio, a las nueve de la noche.

Al llegar a Berlín, al amanecer, Goebbels corrió al hospital. Para su gran alivio, la temperatura de Magda había bajado y la crisis había pasado. En los días siguientes, entre visitas al hospital, se sumergió en el trabajo. En la versión publicada de su diario, afirmó dramáticamente que Magda seguía "oscilando entre la vida y la muerte"; pero el diario original indica que, aunque él aún estaba preocupado por ella, Magda mejoraba cada vez más. No estuvo en condiciones de volver a casa, sin embargo, hasta el primero de febrero. Entre tanto, él halló muchas cosas con las cuales ocupar su mente: la prensa se llenó de frenéticas especulaciones cuando Strasser regresó de Italia, se reunió con Schleicher y luego con Hindenburg y aparentemente expresó su disposición a integrarse al gobierno de Schleicher; un muchacho de las Juventudes Hitlerianas y un miembro más de la SA fueron asesinados por los comunistas, lo que dio a Goebbels la oportunidad de nuevos funerales espectaculares; la situación económica estaba tan mal como siempre, y él hacía todo lo posible por juntar dinero y moral y por mantener unido al partido en Berlín; había infinidad de discursos por pronunciar y artículos por escribir, y la campaña electoral de Lippe-Detmold estaba aún por organizarse.

Goebbels se encontró finalmente con Hitler el 9 de enero en Bielefeld, durante un breve receso de la campaña de Lippe-Detmold, y se enteró entonces de los detalles de la reunión con Papen: “Papen, ferozmente contra Schleicher. Resuelto a librarse de él. Goza de la confianza de Hindenburg, en cuya casa aún vive. Preparados los planes con nosotros. La cancillería o los ministerios poderosos. Defensa y el Interior. Aún está por verse. Schleicher no tiene la orden para la disolución. Va cuesta abajo. Muy desconfiado. Ahora mucho depende de Lippe”.[19]

Para entonces Göring había regresado de Suecia, rejuvenecido y listo para entrar de nuevo en batalla. Hitler y Goebbels se presentaron en su departamento a una breve reunión al día siguiente, sólo los tres, para hablar de estrategia. Coincidieron en que su principal enemigo era Strasser, de quien se decía que consideraba no sólo la posibilidad de incorporarse al gabinete de Schleicher como vicecanciller, sino también de lanzar su propio “Partido Social Nacionalista” para contender en las siguientes elecciones al Reichstag bajo el lema “¡Contra Göring y Goebbels!”.

Mientras Goebbels se concentraba en la elección de Lippe-Detmold y Göring intensificaba sus esfuerzos para convencer a los demás partidos, en particular al DNVP, de que Strasser estaba acabado y debían respaldar a Hitler, Himmler desempeñaba su papel en la partida de ajedrez trabajando calladamente para facilitar un arreglo con Papen. En busca de un lugar discreto en Berlín en el que no se repitiera la penosa filtración de la casa de Schröder en Colonia, Keppler y él abordaron a Joachim von Ribbentrop, aceptable conocido tanto de Hitler como de Papen, y le preguntaron si estaría en posibilidad de servir como anfitrión de una segunda reunión entre ellos en su lujosa villa del suburbio residencial de Dahlem. Ribbentrop se mostró encantado. Envió a su chofer a recoger a Papen, mientras que Hitler optó una vez más por introducirse por el jardín.

La reunión, durante la noche del 10 de enero, resultó inconcluyente. Papen informó que esa tarde había hablado con Hindenburg y le había dicho que Hitler ya no exigía el poder absoluto, sino que estaba dispuesto a participar en un gobierno de coalición de partidos de derecha. Hindenburg le dijo que se mantuviera en contacto con Hitler, pero que aún no estaba preparado para nombrarlo canciller. Al enterarse de esto, Hitler suspendió las conversaciones hasta después de las elecciones de Lippe-Detmold.

Tras otra visita al hospital, Goebbels regresó a toda prisa a Lippe-Detmold, donde estableció sus oficinas en un romántico castillo con foso, el Schloss Vinsebeck, "en el que ni el teléfono ni los telegramas pueden distraernos", para seguir adelante con una campaña de saturación. El dinero seguía siendo tan escaso que él dependía casi por entero del costo de las entradas a los mítines para pagar todo; y pese a que cobraba esas cuotas, varias veces estuvo a punto de no poder pagar el alquiler de las salas. No obstante, usó todos los recursos disponibles y presentó a la totalidad de los peces gordos del partido: él mismo, por supuesto, Göring, Ley, Frick, el príncipe Auwi y Hitler, quien habló diecisiete veces en once días.

Lippe-Detmold era un diminuto distrito rural con una población total de apenas ciento setenta y tres mil habitantes, pero un buen resultado ahí era vital para la posición de negociación de Hitler; todavía había muchas difíciles negociaciones por hacer antes de que pudiera esperar conseguir la cancillería. El 15 de enero obtuvo ese buen resultado, pues el partido recibió casi 40% de los votos, un aumento de 17% sobre la anterior elección en ese estado. Tanto el DNVP como los comunistas resintieron grandes pérdidas; y aunque los socialistas lograron ganancias sustanciales, quedaron muy por debajo de los nazis. Ése era el incentivo psicológico que el partido necesitaba, y llegó en el momento justo: "El partido está en marcha otra vez", proclamó Goebbels regocijadamente.

Mientras los votantes acudían a las urnas en Lippe-Detmold, Schleicher recibía al ministro de Justicia austriaco, Kurt von Schuschnigg, a quien le dijo que "Herr Hitler ya no era un problema, su movimiento había dejado de ser un peligro político y todo el problema se había resuelto, era cosa del pasado".[20] Esto le había hecho creer Papen, quien le aseguró que Hitler ya no pedía la cancillería, sino que se contentaría con Defensa, algo que, desde luego, Hindenburg le negaría. Schleicher fue inducido a creer que, entonces, todo lo que debía hacer era dar el *coup de grâce* nombrando vicecanciller a Strasser, con lo que Hitler quedaría destruido. No tardó mucho en descubrir que se le había engañado.

Con el éxito de la elección en su haber, Hitler estuvo en libertad de volcar todo su veneno sobre Strasser, y lo hizo con una venganza al día siguiente, 16 de enero, en una conferencia de Gauleiter en Weimar. Luego de que un Gauleiter tras otro denunciaron a Strasser como traidor —"Judas

era mejor”, declaró uno de ellos—, Hitler lo hizo pedazos en un discurso de tres horas, al final del cual, señaló Goebbels, todos estaban furiosos contra él. El plan de Schleicher de dividir a los nazis e incorporar a la facción de Strasser a su gobierno había fracasado: si alguna vez había habido tal facción, ya no existía, y Strasser había sido excluido y estaba totalmente aislado. Cuando Strasser trató de reunirse con Hitler, para ver si podían salvar alguna parte de su relación, su acercamiento fue glacialmente rechazado.

Dado que ninguno de los tres principales contendientes, Schleicher, Papen y Hitler, estaba en condiciones de formar un gobierno aceptable, parecía haber un *impasse* total en la competencia por la cancillería. Éste fue destrabado por el más inverosímil de los agentes. Ribbentrop, cuya familia, coincidentemente, era de Lippe-Detmold, había adoptado con entusiasmo el papel de intermediario, yendo y viniendo entre Hitler y Papen durante la última semana de las elecciones para tratar de convencerlos de continuar sus conversaciones. Hitler lo habría hecho de todas maneras, según le conviniera, pero Ribbentrop era un instrumento cómodo, y lo aprovechó con su usual oportunismo. Para entonces sabía exactamente cuán fuerte era su posición, y trabajaba a Papen con consumada destreza, arrinconándolo cuidadosamente en una situación en la que sólo había una salida. Juzgando adecuado el momento, aceptó otra reunión para el 18 de enero.

Esta vez llevó a Himmler y a Röhm a la casa de Ribbentrop, presumiblemente para resaltar la fuerza física de los nazis. Su línea se había endurecido desde la reunión anterior, y en esta ocasión exigió ni más ni menos que la cancillería. Cuando Papen, aún reacio a perder sus esperanzas, respondió que su influencia sobre el presidente no era tan profunda para conseguir eso, Hitler dijo que en ese caso no veía el sentido de nuevas conversaciones y se marchó. Jugando a la novia renuente, permitió que Ribbentrop fuera y viniera tres días más antes de su siguiente jugada.

Ribbentrop dijo siempre que fue a él a quien se le ocurrió sugerir que si Papen no creía tener suficiente influencia sobre Hindenburg, debían recurrir a los únicos que la tenían: el hijo de Hindenburg, Oskar, y su secretario de Estado,* Otto Meissner. Quizá, en efecto, él lo sugirió; pero considerando lo que Hitler hizo al respecto, es difícil creer que éste no haya sembrado la idea en la mente de Ribbentrop. En cualquier caso, este paso resultaría decisivo.

La reunión tuvo lugar ya avanzada la noche del domingo 22 de enero, luego de un agitado día durante el cual Goebbels había organizado una manifestación en las calles de Berlín para marcar el tercer aniversario de la muerte de Horst Wessel. Hitler marchó en la descubierta del desfile, inauguró un monumento en el cementerio de St. Nikolaus en memoria del miliciano caído y remató el día con un vehemente discurso ante un repleto Sportpalast antes de dirigirse a Dahlem a las diez de la noche. Para demostrar que hablaba en serio, esta vez estuvo apoyado por sus dos más "respetables" lugartenientes, Göring y Frick, aunque Göring llegó tarde a la reunión; percibiendo la importancia de la ocasión, Hitler lo había hecho volver a Berlín de un compromiso oratorio en Dresde. Oskar von Hindenburg y Meissner habían salido inadvertidamente de la ópera y tomado un taxi para no llamar la atención. Papen fue recogido como de costumbre por el chofer de Ribbentrop.

La primera hora de la reunión de esa noche se destinó a una conversación entre Hitler y Oskar, solos en una habitación aparte. Hitler sabía muy bien que el joven Hindenburg se había opuesto sistemáticamente a su nombramiento y que era el hombre por conquistar. No existe constancia de lo que sucedió entre ellos en privado, pero generalmente se da por supuesto que Hitler se sirvió de una mezcla de amenazas y promesas para lograr su propósito: amenazas de revelar la participación de los Hindenburg en la evasión fiscal y el mal uso de subsidios agrícolas; promesas de más terrenos para la familia y del ascenso de Oskar al rango de general en el ejército, cosas ambas que recibió el año siguiente. Cualesquiera que hayan sido los asuntos de los que hablaron, cuando salieron un apagado Oskar no puso más objeciones al nombramiento de Hitler, y la reunión prosiguió.

Göring aseguraría después que "en una conversación más bien larga" con Oskar von Hindenburg

le expresé [...] que debía decir a su padre que, de una u otra forma, Von Schleicher se dirigía al naufragio. Le expliqué las nuevas condiciones básicas para formar un nuevo gobierno, y que me había enterado de la disposición del mariscal de campo de confiar a Hitler la cancillería, considerando así al partido como una importante base para una futura mayoría en el gobierno si Adolf Hitler lograba, asimismo en esta ocasión, atraer a los nacionalistas alemanes [el DNVP] y los Stahlhelm [Cascos de Acero], ya que él deseaba ver una definida base nacional. [...] Le dije al hijo de

Von Hindenburg que podía decir a su padre que indudablemente yo promovería eso, y el Führer me dio órdenes para emprender negociaciones la semana siguiente con esos partidos, por un lado, y con el presidente federal por el otro.[21]

Papen informó que Hindenburg ya estaba dispuesto a aceptar la participación nazi en el gobierno, pero que seguía negándose a nombrar canciller a Hitler. Éste insistió en que su partido sólo cooperaría si él era canciller, aunque moderó su línea anterior diciendo que estaría satisfecho con únicamente otros dos nazis en el gabinete, Frick como ministro del Interior y Göring como ministro sin cartera. Papen aceptó finalmente recomendar esto a Hindenburg, a condición de que él fuera vicecanciller.

Los días siguientes transcurrieron en medio de un remolino de frenética actividad de los principales participantes. Schleicher se enteró, de alguna manera, de la más reciente reunión en Dahlem, y a la mañana siguiente fue con Hindenburg para pedirle que disolviera el Reichstag y pospusiera indefinidamente las nuevas elecciones, con lo que él quedaría como virtual dictador. Hindenburg se negó, y con razón; cuando Papen había intentado hacer exactamente lo mismo a principios de diciembre, Schleicher se había valido de ello para que se le destituyera, alertando que conduciría a una guerra civil. Sin duda, lo mismo era aplicable esta vez. Si Schleicher quería seguir como canciller, tendría que buscar el respaldo de la mayoría en el Reichstag. Ambos sabían que tal cosa era imposible; pero, aun así, Schleicher hizo la lucha, pugnando desesperadamente por sobrevivir.

Para el viernes de esa semana, los nervios de Hitler habían llegado al límite. Göring había regateado sin parar con los demás partidos, notablemente con el DNVP, sobre la posible composición de un nuevo gabinete, pero aún no había decisiones firmes. Papen seguía dándole vueltas al asunto, y cuando Hugenberg se negó a aceptar un ministro del Interior nazi o nuevas elecciones, Hitler estalló en coléra y amenazó con abandonar Berlín al instante por Munich. Según Ribbentrop, él y Göring tuvieron que calmarlo y convencerlo de que se quedara. Ribbentrop recordó la escena en sus memorias:

Nunca había visto a Hitler en semejante estado. Les propuse a Göring y a él que yo viera solo a Papen esa noche y le explicara la situación. En la noche vi a Papen y finalmente lo convencí de que lo único sensato era la cancillería de Hitler, y de que él debía hacer todo lo posible para conseguir

> eso. Papen declaró que el asunto de Hugenberg era de importancia secundaria, y que él ya era absolutamente favorable a que Hitler fuera canciller; éste fue el cambio decisivo en la actitud de Papen [...] Este reconocimiento de Papen fue, creo yo, el momento decisivo.[22]

Al día siguiente, 28 de enero, Schleicher admitió su derrota; y cuando Hindenburg rechazó una vez más su solicitud de disolución del Reichstag, él ofreció su renuncia y la de su gabinete. Hindenburg recurrió con manifiesto alivio a Papen y le pidió sondear la posibilidad de un gabinete de Hitler. Sólo insistió en que Papen debía ser vicecanciller y en que él, como presidente, debía designar a los ministros del Exterior y de Defensa. Como ministro del Exterior quería al titular de entonces, el barón Konstantin von Neurath, tranquilo e inofensivo diplomático de carrera. Como ministro de Defensa eligió al general Werner von Blomberg, comandante en Prusia oriental, quien en esos días asesoraba a la delegación alemana en la conferencia sobre desarme en Ginebra. Hindenburg consideraba a Blomberg absolutamente confiable y "totalmente apolítico"; no sabía que, bajo la maligna influencia de su jefe de Estado Mayor, el coronel Walter von Reichenau, ya era un convencido partidario nazi.

Parecía, al fin, que Hitler tenía asegurada la victoria. Pero aún habría varios momentos difíciles antes de que pudiera estar seguro de ello. La cooperación del DNVP quedó en duda cuando Hitler rechazó las demandas de Hugenberg de una participación en el poder completamente fuera de línea con los treinta y seis escaños de su partido en el Reichstag. Hubo un breve *impasse* cuando Papen insistió en seguir siendo comisario federal en Prusia, en vez de ceder este cargo a Hitler como nuevo canciller. Tras cierta discusión, Göring y Ribbentrop lograron convencer a Hitler de conformarse —"de mal talante", según Papen— con dos ministros del Interior: Frick asumiría el ministerio federal y Göring el de Prusia, donde en realidad sería delegado de Papen.

Esa demostración de "mal talante" estaba dirigida, desde luego, a Papen y los demás incautos que no parecieron darse cuenta de que les habían dado a los nazis exactamente lo que éstos querían, algo que Göring describió después como "el instrumento que en todo momento y nación es siempre el instrumento político interno del poder; concretamente, la policía".[23] Como ministro del Interior de Prusia, Göring controlaría a la policía en tres quintas partes de Alemania: el estado federal de Prusia seguía siendo el

antiguo reino guillermino, que incluía no sólo a Berlín y Brandeburgo, sino también a Renania, Hesse-Nassau, Westfalia, Hannover, Schleswig-Holstein, Baja Sajonia, Pomerania, Silesia y Prusia oriental. Como *bonne bouche*, Göring sería asimismo comisario federal de aviación, entonces un puesto relativamente menor del Ministerio de Transporte, únicamente concerniente a la aviación civil.

Aun en esta tardía etapa, Schleicher no había abandonado por completo la partida y seguía amenazando con malograr los planes. El 29 de enero, habiéndose desatado rumores de que Hindenburg estaba a punto de nombrar a Papen como canciller presidencial, invitó a Hitler a unírsele en el intento de jubilar a Hindenburg y de aliar al ejército y el partido nazi en una dictadura militar. Hitler lo ignoró: había vencido su nerviosismo y ya estaba absolutamente seguro de que lograría su meta legalmente. El único obstáculo que quedaba era su propia insistencia en nuevas elecciones, a las que se oponían no sólo Hugenberg, que temía que su partido fuera aniquilado, sino también Hindenburg. Tras discutir el problema durante una comida en el Kaiserhof, Hitler envió a Ribbentrop con Papen, con un mensaje para el presidente de que aquéllas serían las últimas elecciones, promesa que resultaría trágicamente profética.

En tanto que Göring daba los toques finales a los acuerdos con los demás partidos, Hitler no podía hacer más que esperar, sentado en el Kaiserhof comiendo pasteles y tomando café con un pequeño grupo que incluía a Goebbels, quien no desempeñó papel alguno en las negociaciones y se vio obligado a observar desde afuera. A media tarde llegó Göring, radiante, para anunciar que "todo estaba perfecto". El Führer sería nombrado canciller a la mañana siguiente.

En la versión publicada de su diario —aunque curiosamente no en la original—, Goebbels rindió un empalagoso tributo al hombre al que consideraba entonces compañero de armas:

> Éste es seguramente el mejor momento de Göring. Y con toda razón. Ha preparado diplomática y hábilmente el terreno para el Führer en exasperantes negociaciones durante meses, e incluso años. Su prudencia, su temple y, sobre todo, su firmeza de carácter y lealtad al Führer han sido genuinos, fuertes y admirables. Su rostro se volvió de piedra cuando, en lo más álgido de la batalla, su amada esposa fue arrancada de su lado por la muerte cruel. Pero él no se acobardó ni un segundo. Reanudó, seria y firmemente, su camino, inquebrantable y devoto escudero del Führer [...]

Este recto soldado con corazón de niño siempre ha sido fiel a sí mismo; y ahora está ante su líder y le trae la mejor noticia de su vida. Por un largo rato no decimos nada, pero luego nos levantamos y nos damos solemnemente la mano.[24]

Ni siquiera entonces el drama había terminado. A las 10:45 de la noche, mientras los líderes nazis celebraban en el departamento de Goebbels, un emisario de Schleicher llegó con la noticia de que, después de todo, Hindenburg estaba a punto de designar un gabinete de Papen. El ejército no lo toleraría, dijo. Schleicher y el jefe de Estado Mayor del ejército, el general Kurt von Hammerstein, habían puesto la guarnición de Potsdam sobre alerta, y se disponían a trasladar a Hindenburg a su finca en Neudeck y a declarar una dictadura militar. En realidad, ésta fue una falsa alarma, aunque es casi indudable que Schleicher consideró seriamente esa medida, pero los nazis no estaban dispuestos a correr ningún riesgo en esta avanzada etapa. Göring marchó de prisa a alertar a Papen y Meissner. Hitler entró en acción, como él mismo lo describió:

Mi reacción inmediata a este planeado *Putsch* fue enviar por el comandante de la SA de Berlín, el conde Von Helldorf, y por medio de él alertar a toda la SA de Berlín. Al mismo tiempo, di instrucciones al mayor Wecke de la policía, en quien sabía que podía confiar, de prepararse para una repentina toma de la Wilhelmstrasse por seis batallones de policía [...] Finalmente, di instrucciones al general Von Blomberg de presentarse de inmediato, a su llegada a Berlín, a las ocho de la mañana del 30 de enero [procedente de la conferencia sobre desarme en Ginebra], directamente con el anciano caballero para prestar juramento, y estar así en condiciones, como comandante en jefe del Reichswehr [*sic*], de sofocar todo posible intento de *coup d'état*.[25]

No hubo más alarmas, aunque los líderes nazis velaron ansiosamente hasta las cinco de la mañana. Blomberg fue recibido en la estación por Oskar von Hindenburg, quien se lo llevó rápidamente frente a las narices del ayudante de Hammerstein, quien lo esperaba para trasladarlo con Schleicher. Pronto juraba como ministro de Defensa ante el presidente, quien le informó que era su deber detener a Schleicher y mantener al ejército fuera de la política.

A las diez y media de la mañana, Hitler y su gabinete se reunieron en el departamento de Papen y atravesaron los nevados jardines traseros hasta el complejo de la cancillería, donde Hindenburg se alojaba mientras se remodelaba su palacio presidencial. Pero ni siquiera entonces hallaron

armonía, y durante una terrible hora pareció que el gobierno se desintegraba antes de prestar juramento. Hitler empezó a quejarse de nuevo con Papen de que se le hubiera negado el puesto de comisario en Prusia, y a las once de la mañana, hora de su cita con el presidente, aún reñía furiosamente en la oficina de Meissner con Hugenberg a causa de su determinación de convocar a nuevas elecciones. Era casi mediodía cuando Meissner puso fin a la discusión informándoles que el presidente no estaba dispuesto a esperar más, y logró conducirlos hasta su presencia.

Al otro lado de la Wilhelmplatz, en el Kaiserhof, Goebbels, Röhm y los demás líderes nazis aguardaban en las ventanas del primer piso, mirando ansiosamente la puerta de la cancillería a la espera de que apareciera Hitler. “Podremos saber por su rostro si ha tenido éxito”, escribió Goebbels. “¡Tortuosas horas de espera!”. Por fin, acompañado de Göring y Frick, Hitler salió sonriendo de la cancillería, para ser llevado en auto alrededor de la plaza, en medio de una desenfrenada y clamorosa multitud, hasta la puerta del hotel. Göring bajó primero del auto, de un salto, y subió a zancadas las escaleras, proclamando la buena noticia a voz en cuello, preparando el camino para su señor. Adolf Hitler había sido nombrado canciller. “Al fin se ha tomado la decisión”, escribió Goebbels. “Alemania está en un momento decisivo de su historia.”[26]

---

*En los sistemas parlamentearios, segundo en jerarquía del ministerio de que se trate. (*N. del E.*).

Parte Tres

PODER Y REVOLUCIÓN

1933-1936

PODER

Las celebraciones en Berlín el 30 de enero duraron todo el día y hasta bien entrada la noche, jubilosamente coordinadas por Goebbels. Por órdenes suyas, todos los hombres de la SA (Sturmabteilung, Sección de Asalto) y la SS (Schutzstaffel, Escuadrón de Protección) en la ciudad se pusieron su uniforme y salieron a la calle, para preparar la gran marcha de la victoria que él había organizado para esa noche. Mientras los adversarios de los nazis se encerraban en sus casas por seguridad, miembros y simpatizantes del partido de toda Prusia, y en realidad de todas partes de Alemania cerca de la capital, irrumpieron en la ciudad en grandes cantidades. Se congregaron en el Tiergarten, donde se les dieron antorchas, conseguidas milagrosamente por Goebbels, que encendieron al iniciarse la marcha, a las siete de la noche. Entonando a voz en cuello la "Canción de Horst Wessel" y otros himnos de batalla, apoyados por el estruendo de tambores y el fragor de bandas militares, recorrieron en concentradas columnas, de dieciséis en fondo, la Puerta de Brandeburgo y la Pariser Platz, donde el embajador francés observaba tras las cortinas de su legación. "Estas antorchas", escribió después, "forman un río de fuego, y las olas de este creciente río se acumulan para avanzar con gran poder hacia el corazón de la capital."[1]

Tras doblar a la derecha después de haber pasado por el Adlon Hotel, que había tenido que cerrar sus puertas porque todas sus habitaciones estaban ocupadas, los marchistas continuaron por la Wilhelmstrasse y pasaron la embajada británica y el palacio presidencial hasta llegar a la cancillería, donde se detuvieron para saludar al anciano presidente, que llevaba el paso con su bastón mientras miraba desde una ventana, aparentemente muy emocionado. Según ciertos informes, comentó: "Si hubiera sabido que podía adiestrar así a la tropa, habría mandado traer a este amigo desde hace mucho". Unos metros más adelante, dejaron de lado

la compostura y prorrumpieron en desaforados gritos de aclamación y grandes alaridos de *Sieg Heil!* (¡Viva la victoria!) para Hitler en otra ventana, flanqueado por Hess y Göring, quienes vestían el uniforme de la SA.

Los desfiles continuaron hasta mucho después de la medianoche, en el centro de la ciudad y más allá. En una típica hipérbole, Goebbels aseguró que en ellos participó un millón de personas, pero aun la prensa nazi redujo esa cifra a quinientos mil, mientras que el embajador británico calculó 10% de esa cantidad, y su agregado militar redujo el número a "alrededor de quince mil".[2] Todos coincidieron, sin embargo, en que fue un espectáculo impresionante.

Era el momento supremo de Goebbels, y estaba resuelto a aprovechar al máximo cada segundo. Asumiendo el control de la red radiofónica del país, transmitió un comentario en vivo al resto de la nación, donde, según el embajador británico, Horace Rumbold, la noticia del triunfo de Hitler se recibió más flemáticamente que en Berlín.[3] Cuando las estaciones de Stuttgart y Munich se negaron a difundir el programa, Frick, como nuevo ministro del Interior, emitió una directiva para obligarlas a obedecer. Luego de un entusiasta discurso introductorio de Göring, Goebbels entrelazó hábilmente su comentario con entrevistas "callejeras" con "ciudadanos comunes" de toda laya. Estas entrevistas, por supuesto, eran falsas: todos los participantes eran miembros y dirigentes del partido con nombres inventados. En su primer acto como vocero del nuevo régimen, Goebbels empezó como se proponía seguir: con una mentira.

Pese a recibir aplausos de Hitler por sus esfuerzos, a Goebbels se le negó un papel en el gobierno. Se había vuelto una pesadilla tal durante su turblento reinado de seis años en Berlín que su inclusión habría aterrado a Papen y los conservadores, riesgo que Hitler aún no podía darse el lujo de correr. Aunque sin duda entendía esto, lo resintió amargamente de todas maneras, culpando a los "reaccionarios" del partido de tratar de "reducirlo a un segundo plano". Magda, tan ambiciosa en lo relativo a su esposo como él mismo, ahondó su resentimiento "llorando con impaciencia" mientras él era ignorado para puestos que ambos creían que debían ser suyos. "¡Eso es todo lo que necesito!", rezongó Goebbels en su diario cuando Bernhard Rust fue nombrado ministro de Educación y Cultura de Prusia, y Walther Funk,

exjefe de redacción del *Berliner Börsen-Zeitung*, jefe de prensa del gobierno. En los días siguientes, agravado su mal humor por otro ataque de gripa con fiebres de 39 y 40 grados, se quejó de estar sumamente deprimido, desanimado y cansado de vivir.[4]

Göring, mientras tanto, se deleitaba en estar en el centro mismo del gobierno, y se sumergió de inmediato en la acción. En la primera reunión del gabinete, cinco horas después de que Hitler había prestado juramento como canciller, dio claros indicios de sus intenciones advirtiendo que las leyes y fuerzas policiales existentes podían no ser suficientemente vigorosas para mantener el orden en el futuro próximo. En cuanto al presente, anunció que ya había usado su autoridad como ministro del Interior de Prusia para prohibir manifestaciones de protesta en Berlín planeadas para esa tarde por los comunistas. No hizo nada, sin embargo, para impedir que los nazis irrumpieran en bastiones comunistas después de la gran marcha de esa noche, con el deliberado propósito de causar problemas. Y sí que los causaron: en una sangrienta batalla con Combatientes del Frente Rojo en la Wallstrasse de Charlottenburg, el jefe de la infame Unidad de Asalto Criminal 33, el Sturmführer de la SA Hanne Maikowski, fue muerto a tiros junto con un sargento de policía. Para Goebbels, ésta fue la cereza del pastel: "Maikowski será sepultado como un rey", prometió.[5] Para Göring, esas muertes justificaron su actitud de mano dura y confirmaron sus terribles advertencias, las cuales se tomó tan en serio que le dio a Emmy Sonnemann, a la que había hecho traer de Weimar para que compartiera su triunfo y viera el gran desfile desde una habitación del Kaiserhof Hotel, una pistola cargada para que se protegiera.

En esa primera reunión del gabinete, Göring demostró que podía mentir tan satisfactoriamente como Goebbels. Al informar que había hablado a nombre de Hitler con los líderes del Partido del Centro, cuyo apoyo necesitaban Hitler y Papen para conformar en el Reichstag la mayoría que habían prometido a Hindenburg, dijo que aquéllos hacían demandas "imposibles" como precio por su cooperación. Propuso entonces la disolución del Reichstag y la convocatoria a nuevas elecciones. Que había hablado con los líderes del centro era totalmente cierto; el resto era una invención: en realidad ellos no habían hecho otra cosa que iniciar negociaciones. Göring, sin embargo, sabía que la desconfianza del DNVP

(Partido Nacionalista Popular Alemán) por el Partido del Centro eran tan profunda que creería su versión sin chistar; esto vencería, incluso, su renuencia a aceptar elecciones que bien podrían dar a los nazis una mayoría absoluta sin necesidad de seguir contando con el apoyo de ese partido.

Hugenberg protestó levemente, sugiriendo que sería más sencillo proscribir al Partido Comunista: la supresión de sus cien escaños concedería a los nazis y al DNVP juntos una clara mayoría sin el inconveniente y riesgo implicado por las elecciones. Pero Hitler no estaba dispuesto a llegar tan lejos en ese momento; en ésa y otras de las primeras reuniones del gabinete, él fue la responsabilidad misma, conduciendo los asuntos tranquila, sobria y razonablemente, insistiendo siempre en la más estricta legalidad. Eran sus socios conservadores y del DNVP quienes hacían las exigencias extremosas, mientras que él, apoyado por Göring, presentaba una fachada de ejemplar moderación. No fue Hitler sino Papen quien insistió en que "las próximas elecciones deberían ser las últimas, y evitarse para siempre el retorno al sistema parlamentario".[6] Hitler, naturalmente, estaba más que encantado de coincidir con Papen. Incluso estaba dispuesto a prometer que los miembros del gabinete conservarían su puesto en el nuevo gobierno, para reforzar su peligrosa ilusión de que lo tenían en la bolsa.

El plan de Papen era que los nazis y sus aliados, con todos los recursos del Estado a su disposición, debían cerciorarse de obtener a todo trance una mayoría de dos tercios en el nuevo Reichstag; aprobarían entonces una ley facultativa que otorgaría plenos poderes al gabinete para gobernar de manera indefinida sin depender del Reichstag ni de las facultades de emergencia del presidente. Y fue sobre esa base, después de que Hitler hizo la farsa de hablar personalmente con los líderes del Partido del Centro al día siguiente para confirmar sin género de duda que no lo apoyarían, que él, Papen y Göring visitaron a Hindenburg y lo convencieron de disolver el Reichstag, por última vez.

En las elecciones por venir, para las que Hitler acuñó el lema "Ataque al marxismo", las circunstancias favorecían en alto grado al gobierno. A fin de reducir aún más los riesgos, sin embargo, Göring pidió de inmediato al gabinete que promulgara un decreto, preparado por Papen en ocasión de la huelga del transporte en Berlín pero que él nunca había usado, que concedía al gobierno facultades de emergencia para combatir "actos terroristas" de

los comunistas. Los ministros se aferraron ansiosamente a ese documento como una valiosa herramienta para reprimir la oposición durante la elección. Las disposiciones de tal decreto, que precisaron de apenas ligeras modificaciones, incluían la censura de la prensa, la facultad de prohibir reuniones políticas y la prolongación de la “custodia preventiva” —en otras palabras, del arresto y cárcel sin cargos ni juicio— por hasta tres meses sobre la mera sospecha de planeación de actividades delictivas. El presidente firmó el Decreto para la Protección del Pueblo Alemán el 4 de febrero, en un acto casi casual que marcó el principio del fin de las libertades civiles en Alemania durante más de doce años, y por mucho más tiempo en Alemania oriental.

La elección se fijó para el 5 de marzo, pero Göring no estaba dispuesto a esperar un mes más para poner en marcha la revolución nazi. Junto a su natural impaciencia se hallaba un auténtico temor a que los comunistas lanzaran un contragolpe en cualquier momento, temor compartido por casi todos los demás líderes, Hitler incluido. Mientras Goebbels pugnaba desde su lecho de enfermo por emprender una campaña electoral más, Göring arremetía contra su nuevo ministerio y las fuerzas policiales prusianas, iniciando el proceso de eliminación de toda disidencia que se intensificaría y extendería al conjunto de la sociedad alemana con increíble rapidez.

Alarmado, Papen entregó a la prensa el 2 de febrero un recordatorio de que, como comisario federal, él estaba al mando en Prusia, y de que Göring, como ministro de Policía, era su subordinado. Pero Göring sencillamente lo ignoró, recibiendo sus protestas y amenazas con esta jovial fanfarronada: “¡De aquí sólo me sacarán pasando sobre mi cadáver!”. Ese mismo día, tras un registro de las oficinas del Partido Comunista que, según un artículo en el *Vossische Zeitung*, produjo gran cantidad de “propaganda ilegal”, Göring prohibió en Prusia todas las manifestaciones de ese partido y sus organizaciones asociadas y clausuró sus periódicos. Dos días después disolvió el parlamento prusiano y, tras un lapso igual, un nuevo decreto le concedió facultades de emergencia prácticamente ilimitadas en ese estado.

Quienes años después se quejaron de la desidia de Göring apenas lo habrían reconocido entonces, mientras se sumergía de lleno en semanas de incesante actividad. Luego de la primera noche, en la que se desplomó en la cama junto a Emmy y le pidió comprarle flores al Führer al día siguiente

—“Eso le gustará”—, trabajó literalmente día y noche los dos meses siguientes, comiendo, durmiendo y viviendo en su nuevo ministerio, en Wilhelmstrasse 63. Emmy regresó a Weimar, para interpretar a Margarita en *Fausto*, aparentemente inconsciente del irónico paralelo con el papel que iba a desempeñar en la vida real. Si se hubiera quedado, habría visto poco a su propio doctor Fausto, con quien, sin embargo, conseguía tener fugaces encuentros, principalmente a media noche.

El 31 de enero de 1933, su primer día en el cargo, Göring reunió a todos los empleados de su ministerio para una arenga introductoria. Tras recordarles que su padre había sido funcionario público de alto rango, habló del “nuevo espíritu patriótico” que ellos debían representar, y les dijo que su primer deber era erradicar todo indicio de comunismo entre ellos. Invitó a quien creyera que no podría trabajar con él a renunciar en ese momento. Nadie lo hizo; si alguna vez había habido comunistas en dicho ministerio, habían sido echados por Papen en los meses anteriores. Sin embargo, eso no era suficiente para Göring: quería ir más allá, y arrancar de raíz a quien imaginablemente pudiera tener tendencias izquierdistas o antinazis. Ésta era, a su ojos, una magna y urgente tarea, pues durante años el servicio civil y la policía prusianos habían sido dominados por el gobernante SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania), que había colocado a gente suya en todos los puestos de autoridad. Para ayudar a ubicar a los escépticos, Göring mandó llamar a un funcionario de treinta y dos años del departamento de la policía política del ministerio, Rudolf Diels, quien había cooperado con él como presidente del Reichstag en la identificación y combate de la “amenaza roja”.

Diels no era miembro del partido nazi —que se negó a admitirlo hasta 1937—, sino lo que se conocía como “colaborador” de la SA, una especie de afiliación para personas como los empleados públicos, para quienes la membresía plena era ilegal o profesionalmente desaconsejable.[7] Lo importante es que era un anticomunista radical. Medianamente apuesto, ostentaba enormes cicatrices de duelos de sus días de estudiante como miembro de una fraternidad particularmente bulliciosa en Marburgo, donde se había distinguido por imponer récords como consumidor de cerveza, mordedor de vasos y mujeriego. Luego de su servicio activo en el frente occidental durante la guerra, había combatido en los Freikorps antes de

integrarse al servicio público, para disgusto de sus antiguos cofrades escolares, quienes lo consideraron un oportunista sin principios por trabajar para los socialdemócratas.[8] Tenían razón: Diels demostró más tarde su talento para el oportunismo, proporcionando los informes falsificados que permitieron a Papen destituir al gobierno prusiano del SPD en 1932.

Diels sabía cómo funcionaba el Ministerio del Interior. Sabía dónde estaban sepultados los cadáveres, quién era quién y en quién se podía confiar. Y puso sus conocimientos y experiencia a disposición de Göring, dándole consejos de experto sobre cómo mantener en marcha la maquinaria aun mientras se le desmantelaba y rearmaba. Brindó a Göring detalles de expedientes policiales y del personal para permitirle expulsar a todos los funcionarios y oficiales que pudiesen considerarse de alguna manera dudosos. Los expedientes policiales que le presentó también incluían dossiers sobre todos los líderes nazis, entre ellos el propio Göring, que el nuevo ministro leyó con mucho gusto, aunque le enfureció la sugerencia de que él era un homosexual reprimido a causa de su extravagante modo de vestir y aparente uso de cosméticos.[9] La ropa lujosa es innegable, pero el maquillaje tal vez se explicaba por su hábito de polvearse abundantemente la cara después de afeitarse. Habiendo destruido su propio dossier, Göring guardó cuidadosamente los de sus rivales, para su uso futuro.

En premio por sus servicios, Göring ascendió a Diels a jefe del Abteilung I, el departamento político de la división de policía del ministerio, con instrucciones de iniciar la formación de una fuerza aparte de la policía política. Hasta entonces la policía política de Prusia se había limitado a acopiar inteligencia, bajo el control de funcionarios regionales y jefes de policía locales. La nueva fuerza de Göring sería independiente de la policía judicial, respondería únicamente a sus órdenes y tendría la facultad de ejercer “funciones ejecutivas” como registros y arrestos. La llamó Geheime Staatspolizei, (Policía Secreta Federal), nombre que, a la usual manera alemana, se contrajo en Gestapo.

Para fines de su primera semana en el cargo, Göring tenía suficiente información para comenzar en serio su purga. Fuera de Berlín, despidió a los gobernadores de las doce provincias prusianas, a treinta y uno de los treinta y cuatro gobernadores distritales, a todos los jefes de policía y a la mayoría de los alcaldes y prefectos provinciales, a los que remplazó por

nazis: Gauleiter o importantes "viejos combatientes" locales en los puestos más altos, comandantes locales de la SA o la SS en la policía y puestos menores.[10] Para tranquilizar al DNVP y a los conservadores en el gobierno, nombró a una inofensiva figura del *establishment*, el doctor Ludwig Grauert, jefe de la división de policía del ministerio. Grauert, a quien después ascendería a subsecretario, había sido director administrativo de la asociación de patrones de la industria pesada en Renania-Westfalia, donde había demostrado ser un despiadado rompehuelgas. Se creía que se había confabulado con Fritz Thyssen para sacar de apuros a Hitler y al partido nazi en 1932, desviando parte de los abundantes fondos aportados por los grandes patrones para combatir a los sindicatos e impedir huelgas.[11]

El nombramiento de Grauert fue una jugada maestra de Göring en las pugnas de poder dentro del partido, pues consolidó su relación personal con los peces gordos de la industria pesada. Igualmente magistral fue su elección del SS-Gruppenführer, Kurt Daluege, como su lugarteniente personal en la división de policía, con el cargo de Comisario de Misiones Especiales. Daluege fue el hombre a quien Hitler le escribió "Soldado de la SS, tu lealtad es tu honor", y gozaba de la gratitud personal del Führer por combatir las rebeliones en la SA. Para entonces ya era comandante del Grupo Este de la SS, pero operaba prácticamente con independencia de Himmler, quien lo veía como su principal rival en la dirección de la SS. También era Gauleiter suplente de Goebbels en Berlín, y en este carácter tenía abundantes y valiosos contactos políticos. De un solo golpe, Göring había conseguido a un hombre con íntimo conocimiento de la hermética SS de Himmler, del funcionamiento interno del Gau berlinés de Goebbels y de la problemática SA; Daluege había sido, por supuesto, el primer comandante de la SA en Berlín antes de pasarse a la SS. Aunque se le apodara "Dummi-Dummi", no puede dudarse de que era un agudo operador con un desarrollado instinto político, quien podía ser extremadamente útil para su nuevo amo.

La purga de Göring fue sólo el primer paso en su plan para transformar la policía en un instrumento del Estado nazi. Tras dotarla de revólveres en sustitución de sus cachiporras y macanas de hule, que consideraba "indignas", emitió una directiva el 17 de febrero, en la que expuso lo que él mismo llamó su Manifiesto. En ella comenzaba ordenando a la policía que

evitara “aun la apariencia de actitud hostil” frente a los partidos “nacionales” y su alas paramilitares, la SA, la SS, los Stahlhelm y el Kampfring (Círculo de Combate) Nacionalista Alemán, este último de menores dimensiones, y, por el contrario, “apoyara plenamente sus actividades y propaganda”. El Manifiesto continuaba en los más glaciales términos:

Por otra parte, las actividades de organizaciones hostiles al Estado deben ser frenadas con las medidas más enérgicas. Con el terrorismo y los atentados comunistas no debe haber miramientos, y, cuando sea necesario, habrán de usarse los revólveres sin consideración de las consecuencias. Los agentes de policía que disparen sus revólveres en el cumplimiento de su deber serán protegidos por mí sin considerar las consecuencias del empleo de sus armas. En cambio, los agentes que se abstengan de hacerlo, por la equivocación de considerar las consecuencias, han de saber que se actuará disciplinariamente contra ellos [...] Ningún agente debe perder de vista el hecho de que no adoptar una medida es más vergonzoso que cometer errores en su aplicación. [...][12]

Göring apenas habría podido ser más claro en su mensaje si simplemente hubiera dicho: “Primero dispara y después pregunta”. Sin embargo, para cerciorarse por entero de que su argumento fuera comprendido, días después lo subrayó en un muy difundido discurso ante policías de Dortmund que sin duda provocó escalofríos a Papen:

En el futuro, sólo un hombre ejercerá el poder y asumirá la responsabilidad en Prusia: yo. Quien cumpla su deber al servicio del Estado, obedezca mis órdenes y haga un uso implacable de su revólver al ser atacado, tiene asegurada mi protección. Quien, por el contrario, actúe con cobardía, tendrá que tomar en cuenta el riesgo de que yo lo eche a la primera oportunidad. Una bala disparada desde el cañón de la pistola de un policía es una bala mía. Si dicen que es homicidio, yo soy el homicida [...] Conozco dos tipos de ley, porque conozco dos tipos de hombres: los que están con nosotros y los que están contra nosotros.[13]

El resultado inmediato del Manifiesto de Göring fue que los miembros de la SA, en toda Prusia, pudieron hacer exactamente lo que quisieron sin temor a arrestos ni intromisiones. Él les concedió aún mayores licencias el 22 de febrero, cuando ordenó que cincuenta mil de ellos y otros paramilitares fueran reclutados como policías auxiliares, temiendo que, aun con sus directivas brutalmente claras, la policía no fuera lo bastante implacable o

enérgica en el sofocamiento de la violenta reacción que él esperaba de los comunistas. Los auxiliares tendrían su propio uniforme, con un simple brazalete blanco, y recibirían como pago la miserable suma de tres marcos al día. Pero había muchos beneficios extra por obtener: para comenzar, podrían viajar gratis en el transporte público; y si decidían abastecerse en tiendas y mercados, ningún comerciante o locatario sería tan tonto para pedirles que pagaran. Sin embargo, lo mejor de todo era que podrían ajustar viejas cuentas, tanto personales como políticas, con absoluta impunidad.

El temor de Göring de un alzamiento comunista era válido, pero tenía otras razones para alistar a los miembros de la SA en su policía auxiliar. En virtud de su incontenible violencia, la SA amenazaba con descarrilar la revolución legal de Hitler, justo cuando ésta estaba a punto de triunfar. Göring esperaba ser capaz, al menos parcialmente, de refrenar a los más activos soldados de las tropas de asalto poniéndolos a trabajar al lado y bajo la dirección de la policía regular. Quería restringir su empleo únicamente a las emergencias, y limitar su número. Y esperaba, desde luego, ponerlos bajo su control, lejos de Röhm, a quien seguía viendo como un peligroso rival. Por una vez, sin embargo, equivocó gravemente sus cálculos. Los auxiliares de la SA se negaron a someterse a cualquier autoridad, la de Göring incluida. Se deleitaron en su nueva condición, y se entregaron a una orgía de golpes, intimidación y asesinatos mientras la policía, a la que pronto excedieron en número, miraba impotente. En el mes previo a las elecciones, cincuenta y un antinazis fueron asesinados por matones de la SA; los nazis adujeron que dieciocho de los suyos también perdieron la vida. Göring no hizo nada para contener a los asesinos.

Hitler aprobó que Göring tomara el control de la policía, pero esto provocó cierto resentimiento entre sus rivales en el partido. En público, Goebbels era todo elogios: “Göring está poniendo en orden las cosas en Prusia con espléndida energía”, escribió. “Es de la clase de hombres que hacen algo radicalmente, y sus nervios están hechos para soportar duras batallas.”[14] Pero en privado era otra cosa, pues se quejaba de que Göring y Frick manejaban “a todos a su antojo”. Cuando volvieron a decirle que había poco dinero para la campaña electoral, mostró sus verdaderos sentimientos en su diario entonces inédito: “El gordo Göring debería quedarse por una

vez sin su caviar. ¡Me da asco!”.[15] Se apaciguó sólo parcialmente cuando Göring convocó a los principales industriales, entre ellos al presidente de la Asociación Nacional de la Industria Alemana, Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, a una reunión con Hitler en su palacio y, gracias a la ayuda de Schacht, los convenció de que soltaran tres millones de marcos para financiar la campaña, luego de prometerles que ésa sería la última en diez o hasta cien años.

Las reacciones de Goebbels eran producto cabal de celos personales. Frick y Himmler, por otra parte, se sentían agraviados porque se consideraban los especialistas del partido en asuntos policiacos. Frick, jefe de la división jurídica del partido, había sido un oficial de policía de alto rango en Munich en 1923, y Hitler lo designaría jefe de la policía de la ciudad si el *Putsch* de noviembre tenía éxito. Después de los triunfos electorales de los nazis en 1930, cuando se le nombró ministro del Interior de Turingia, había comenzado a nazificar a la policía de ese estado, y en realidad a todo el servicio civil, con cierto vigor, antes de ser cesado por un voto de censura. Tanto él como Hitler habían visto el “experimento” en Turingia como una corrida de práctica para la hora de la verdad una vez que obtuvieran el poder del Reich. Su nombramiento como ministro nacional del Interior debía haberle concedido el control de todas las fuerzas policiales de Alemania. Pero la estructura federal del país implicaba que su control sería puramente nominal hasta que esa estructura cambiara radicalmente. Entre tanto, Göring lo había aventajado haciéndose del poder real en dos tercios del Reich, y sin tomarse la molestia de consultarlo. Relajar el control de Göring sobre la policía prusiana no sería fácil, pero Frick estaba resuelto a lograrlo.

Himmler aún estaba, al menos, un nivel por debajo de Göring y Frick en la jerarquía del partido, pero ganaba constante terreno con su tranquila manera habitual, y él también tenía puesto el ojo en la policía como su pasaporte al poder personal. Había renovado a la SS hasta convertirla en la policía interna de seguridad del partido, así que podía reclamar cierta experiencia en esta área, respaldado por asistentes como el jefe de la división de policía de la SS, Paul Scharfe, experimentado exteniente coronel, de cincuenta y nueve años de edad, de la Schupo, la policía prusiana de seguridad. Himmler se había concentrado algún tiempo en reclutar a

expolicías, con cierto éxito. Ya desde julio de 1931, dando por sentado que la SS se haría cargo de la policía una vez que los nazis llegaran al poder, el líder en el Ruhr de la Asociación de Expolicías Prusianos le había preguntado si los miembros de ésta podían integrarse *en bloc* a la SS, estimando que unos cuarenta mil de ellos estarían dispuestos a servir en la policía del Tercer Reich.[16] Himmler concebía al Tercer Reich como un Estado policiaco, en el que la policía estaría bajo el control de su SS. No abandonaría fácilmente esta visión.

Negado el poder ejecutivo, Goebbels volcó sus energías en su última campaña electoral. De nuevo hizo volar a Hitler por todo el país, aunque esta vez hubo una diferencia importante: el Führer habló únicamente en pueblos y ciudades grandes con estación de radio. Dada su pasión por la innovación, Goebbels había adoptado el nuevo medio de la radio con gran entusiasmo, afianzado en la certeza de que no podría ser usado por ningún competidor de los nazis. En cuanto que era un servicio controlado por el Estado, la radio sólo estaba a disposición del gobierno; en las elecciones presidenciales de un año antes, solamente Hindenburg había podido hablar por radio; a Hitler se le había negado el acceso a las ondas aéreas. Esta vez el privilegio era de Hitler como canciller, y él y Goebbels sacaron el mayor partido posible de eso. Todos los discursos se difundían a escala nacional, junto con una dramática introducción de Goebbels, reservando una noche completa de transmisión prácticamente todos los días de la campaña. Los únicos políticos no nazis a quienes se permitió hablar, como concesión especial el 11 de febrero, fueron sus aliados, Hugenberg, Papen y Franz Seldte, jefe de los Stahlhelm.

La primera emisión de Hitler se llevó a cabo desde el Sportpalast de Berlín el 10 de febrero, y comenzó con una introducción de veinte minutos de Goebbels para preparar su arribo. Goebbels reclamó un público de veinte millones de personas. “Toda Alemania se paró de cabeza”, cacaraqueó. “Las masas cayeron en inconsciente éxtasis.”[17] Pero cuando Hitler escuchó una grabación, le desconcertó la monotonía y opacidad de su expresión, y se lamentó con Goebbels: “Me parece que no soy precisamente una personalidad de la radio”.[18] Impávido, Goebbels recurrió a los mejores ingenieros de audio, y se puso a trabajar con ellos para mejorar la calidad

del sonido a fin de añadir profundidad y flexibilidad a la voz del Führer y captar en mayor grado la atmósfera de los mítines masivos. Usando la más reciente tecnología, consiguió recrear en parte la emoción de las presentaciones en vivo, y convirtió a Hitler en una estrella radial cuya voz era conocida en todos los hogares.

El tema recurrente de los discursos de Hitler, y en realidad de toda la campaña electoral, fue el peligro del marxismo, denominación general bajo la cual reunía a comunistas y socialdemócratas, quienes de hecho se odiaban entre sí más todavía que a los nazis. Para hacer entender la amenaza de una revolución y garantizar una aplastante mayoría, los nazis necesitaban una insurrección comunista, o al menos algún atropello mayor; pero por más que Goebbels y Göring hacían para provocarlo, los comunistas se rehusaban a complacerlos. Aun el elaborado funeral del SA-Sturmführer Hanne Maikowski transcurrió sin incidentes. Lo más que Goebbels pudo hacer fue acusarlos de cortar el cable principal entre la estación de radio y el estadio en Stuttgart el 15 de febrero, de modo que parte del discurso de Hitler no pudo transmitirse. Pero esto no fue mayor problema: es probable que la mayoría de los radioescuchas hayan agradecido, sobremanera, al menos una noche de respiro.

El 24 de febrero Göring ordenó a su policía política realizar otro registro en las oficinas del KPD (Partido Comunista Alemán), la Casa Karl Liebknecht, que los comunistas habían abandonado tres semanas antes, cuando el presidente firmó el Decreto para la Protección del Pueblo Alemán. Atizando el fuego de la paranoia, en una declaración a la prensa Göring afirmó que la policía había encontrado “toneladas de propaganda sediciosa” en los sótanos, que llamaba a una revolución armada. Esto demostraba, dijo, que Alemania estaba a punto de ser “arrojada al caos del bolchevismo”, con el asesinato brutal de líderes políticos, la aniquilación de sus familias y ataques contra edificios públicos. Pero no ofreció ninguna evidencia concluyente, así que no impresionó a la gente común. Goebbels restó importancia al asunto concediéndole sólo una escueta mención de nueve líneas en *Der Angriff* esa noche, y apenas una frase al día siguiente; después de todo, había publicado exactamente la misma noticia tres semanas atrás. Las esperanzas de una insurrección comunista antes de las elecciones parecían desvanecerse rápidamente. Tres días después, sin

embargo, cuando faltaba menos de una semana para los comicios, a los nazis se les presentó de repente la mejor de las oportunidades, en una forma por completo inesperada.

El lunes 27 de febrero Goebbels pasó la tarde puliendo los detalles de El Día del Despertar Nacional, que planeaba para el 4 de marzo, un día antes de las elecciones, como culminación de su campaña electoral. Su humor había mejorado cuando, por medio de Hitler, se enteró de que Papen había aceptado su nuevo ministerio, y por el arribo de un millón de marcos de los amigos industriales de Göring. Esa noche, de ánimo celebratorio, Magda y él recibieron a Hitler y otros líderes del partido a cenar en su departamento. Se relajaban después de la cena, oyendo música y contando anécdotas, cuando sonó el teléfono. Era Putzi Hanfstaengl, que no había podido acompañarlos porque se hallaba en cama con catarro en el palacio del presidente del Reichstag, donde se alojaba como huésped de Göring. Sin aliento, pidió hablar con Hitler al momento, y cuando Goebbels le dijo que podía transmitir su mensaje, respondió lacónicamente: "Dile que el Reichstag está en llamas". "¿Es una broma?", preguntó Goebbels. "Si crees que es una broma, ¡ven a verlo tú mismo!", replicó Hanfstaengl, y colgó. Aunque seguía creyendo que era "una fantasía delirante", Goebbels inició una ronda de llamadas para ver si era verdad, antes de volver a hablar con Hanfstaengl para decirle que el Führer quería saber qué ocurría, "sin más bromas". Minutos después, Goebbels y Hitler iban camino allá, "corriendo por la Charlottenburger Chaussee a cien kilómetros por hora".[19]

Göring trabajaba a avanzada hora en su ministerio cuando recibió la noticia. De inmediato se echó encima su enorme abrigo de pelo de camello, saltó a su auto y recorrió el centenar de metros hasta su palacio. Los primeros bomberos y policías ya estaban en la escena, pero era poco lo que podían hacer. El Reichstag ardía en su totalidad, y una columna de estruendosas llamas se elevaba al cielo desde la inmensa cúpula de cristal, que se había rajado y fungía como chimenea. Gritando "¡Salvemos los tapices!", Göring se abalanzó hacia el edificio, con la esperanza de rescatar los preciosos lienzos. Pero fue inútil. La principal cámara de debates, con sus paneles de roble y sus asientos tapizados, era un horno, y succionaba aire con tal ferocidad que a Göring le fue difícil mantenerse en pie. "Estuve a punto de ser devorado por las llamas a causa de las bocanadas de aire caliente", diría a su interrogador estadunidense, el doctor George Schuster,

en 1945. “Por fortuna, mi cinturón se atoró en la puerta [de una cabina de teléfono], y esto evitó que yo perdiera el equilibrio. Justo en ese momento, la inmensa cúpula se estrelló en el suelo.”[20]

Cuando Goebbels y Hitler, quien vestía una ondeante gabardina y un sombrero de ala ancha de fieltro negro, entraron al vestíbulo, Göring avanzó como pato entre los escombros para recibirlos con la noticia de que un pirómano ya había sido arrestado, y de que varios diputados comunistas habían estado en el edificio minutos antes de que empezara el incendio. “¡Éste es el principio de la revuelta comunista!”, chilló. “No hay tiempo que perder.” Hitler coincidió con él al instante. “Esto es algo en verdad muy malicioso”, replicó, “preparado desde hace mucho tiempo.”[21] Mientras seguía contemplando la escena, llegó Papen, inmaculadamente enfundado en un traje de etiqueta procedente de una cena en el Herrenklub en honor a Hindenburg. Hitler le dio la mano y le dijo: “¡Ésta es una señal divina, Herr vicecanciller! Si este incendio, como creo, es obra de los comunistas, debemos extinguir esa peste asesina con mano de hierro”.[22]

Rudolf Diels, que se había precipitado a la escena para supervisar la operación policial, se dio prisa a informar a Göring y Hitler que ya había interrogado al sospechoso que fue arrestado, un “loco” que era el único responsable del incendio. Pero eso no era lo que Hitler quería oir. Tras interrumpir a Diels, insistió en que el incendio era un complot cuidadosamente preparado por los comunistas. Asombrado, Diels lo vio enfurecerse poco a poco antes de inclinarse en un balcón para “gritar incontrolablemente, como no lo había visto hacerlo nunca antes”:

> ¡No habrá más piedad! Quienquiera que se interponga en nuestro camino será abatido. El pueblo alemán no tolerará la clemencia. Cada funcionario comunista será aniquilado, dondequiera que se encuentre. Los diputados comunistas deben ser colgados esta misma noche. Todos los que tengan ligas con ellos deben ser arrestados. No habrá más indulgencia para los socialdemócratas, tampoco.[23]

Luego de una apresurada conferencia en el Ministerio del Interior de Prusia con Hitler, Goebbels, Frick y Grauert, Göring se sumergió en frenética acción en una atmósfera que Diels juzgó “parecida a un manicomio”. Por casualidad, Göring había hecho elaborar una lista de comunistas tras el allanamiento de la Casa Karl Liebknecht, para arrestarlos

cuando llegara el momento. Y ya había llegado. Ordenó a Diels efectuar arrestos masivos de quienes estaban en la lista, la cual incluía a todos los funcionarios y diputados comunistas —en total violación de su inmunidad parlamentaria—, así como a prominentes socialdemócratas, sindicalistas e intelectuales de izquierda. Complementó los arrestos con la clausura de todas las oficinas del Partido Comunista, la prohibición de todas las publicaciones comunistas y socialdemócratas y el cierre de todos los castillos y museos de Prusia, para destacar el peligro de que fueran blanco de nuevos ataques de incendiarios.

La redada, ejecutada con una brutalidad sin precedente principalmente por los auxiliares de policía de la SA, rindió unos cuatro mil detenidos esa noche, con carretadas de tropas de asalto recorriendo estridentemente calles oscuras para capturar a opositores en sus casas y arrastrarlos al cuartel de la SA, donde eran golpeados y maltratados. Sin duda hubo cierta resistencia: según Goebbels, dos hombres de la SA murieron en la operación; pero, por una vez, más allá de la promesa ritual de que "su muerte sería vengada", él sacó poco provecho de su defunción, pues sencillamente estaban sucediendo demasiadas cosas. La acción proseguiría durante más de un mes, momento para el cual, tan sólo en Prusia, unos veinticinco mil adversarios de los nazis habían sido puestos en "custodia preventiva" por órdenes de Göring.

Ésta fue la primera experiencia del pueblo alemán del terror del gobierno nazi. Göring lo justificó con una sensacionalista declaración a la prensa, en la que aseguró —sin presentar una sola evidencia— tener pruebas de que "el incendio del Reichstag sería la señal de una sangrienta insurrección". "Hoy", dijo, "se verían por toda Alemania actos terroristas contra individuos, contra la propiedad privada y contra la vida e integridad física de la pacífica población, así como el inicio de una guerra civil generalizada."

Esta vez, Goebbels apoyó por completo las afirmaciones de Göring. Tras visitar la oficina del Gau para cerciorarse de que todos estuvieran alertas, pasó la mayor parte de la noche con Hitler en las oficinas editoriales del *Völkischer Beobachter* elaborando estrategias y redactando encendidos artículos y proclamas para la edición matutina, y después volvió a su oficina para dictar el artículo principal de *Der Angriff*. El comunismo, declaró,

debía ser destruido de forma tan completa que ni siquiera su nombre perdurara: “¡Levántate, nación alemana! ¡Levántate y emite tu juicio! ¡Que el 5 de marzo, el castigo de Dios golpee a la plaga roja mundial! ¡Hitler quiere actuar! ¡Hitler actuará! ¡Dale el poder para hacerlo!”.[24]

De hecho, Hitler recibió el poder para actuar el 28 de febrero, y no del voto popular, sino de un decreto de emergencia velozmente redactado por Frick, aprobado unánimemente por el gabinete y firmado sin objeción por Hindenburg. El Decreto para la Protección del Pueblo y el Estado en Defensa contra Actos de Violencia Comunista que ponen en Peligro al Estado fue la sentencia de muerte de la democracia, y el acta constitutiva del venidero Tercer Reich y todas sus iniquidades. Era corto y simple. Su primer artículo eliminaba de golpe todos los derechos humanos fundamentales consagrados en la Constitución de Weimar, específicamente la libertad personal, la libertad de expresión (incluida la libertad de prensa), los derechos de organización y reunión, la privacidad de la comunicación postal, telegráfica y telefónica y la necesidad de órdenes para el registro domiciliario y la confiscación de propiedades. El segundo permitía al gobierno federal asumir las facultades de los gobiernos estatales para restaurar el orden, mientras que otro artículo autorizaba la pena de muerte por infringir ese decreto, así como por intentos de asesinato contra los miembros del gobierno y por incendio premeditado. Éste fue el pasaporte de los nazis al poder sin límites.

El incendio del Reichstag fue tan oportuno que es difícil creer que los nazis, y en particular Goebbels y Göring, no lo hayan provocado. Uno y otro tuvieron lo mismo motivo que oportunidad, y no cabe duda de que ambos eran suficientemente crueles y arteros. Pero pese a la obvia sospecha —hábilmente explotada por la maquinaria propagandística comunista, que pronto reunió gran cantidad de evidencias circunstanciales, en su mayoría falsas, que fueron publicadas ese mismo año en *El libro pardo del terror de Hitler y el incendio del Reichstag*—, hoy se acepta que la verdad es mucho más prosaica. El sujeto arrestado en la escena, el semidemente albañil holandés Marinus van der Lubbe, de veinticuatro años, fue el responsable del incendio, tal como él mismo lo dijo a sus interrogadores. Su propósito era protestar a nombre de los trabajadores oprimidos. Había sido comunista, pero actuó solo. De lo único que los caudillos nazis fueron culpables fue de aprovechar una fabulosa oportunidad con efectos devastadores.

Lejos de hacer sonar las señales de alarma en el pueblo alemán, el decreto de emergencia y la salvaje represión que siguió fueron en general bienvenidos, y la popularidad de Hitler aumentó. Ante tan maravilloso obsequio, Goebbels convirtió la recta final hacia la elección en una marcha triunfal. Göring puso su granito de arena como orador de fama apenas inferior a la de Hitler, hallando tiempo de alguna manera para recorrer el país y pronunciar encendidos discursos como el de Francfort del Meno del 3 de marzo, donde vociferó, incitando desenfrenados aplausos:

> Mis medidas no serán invalidadas por consideraciones legales. No tengo por qué preocuparme por la justicia; mi misión es sólo destruir y exterminar. ¡Nada más! [...] Pueden estar seguros de que usaré al máximo el poder del Estado y la policía, mis queridos comunistas, así que no saquen falsas conclusiones; pero la lucha a muerte, en la que mi puño los prenderá por el cuello, la daré con esos que ven ahí: ¡los camisas pardas![25]

Tras masivos mítines en Breslau, Hamburgo y Berlín, Goebbels voló con el Führer a Königsberg, en Prusia oriental, para el gran final de la campaña. Königsberg puede haber parecido remota, pero fue una brillante decisión. Aparte de haber sido separada del resto de Alemania por el odiado "corredor polaco" impuesto por Versalles, era la ciudad de la coronación de los monarcas prusianos; la ciudad donde, en enero de 1701, el elector Federico III puso una corona sobre su cabeza y se proclamó rey, con el nombre de Federico I. La obvia alusión no pasó inadvertida para los votantes.

Goebbels hizo transmitir el último discurso de Hitler por la red radial nacional, con altavoces colocados en las principales calles, plazas y cervecerías de pueblos y ciudades de toda Alemania. Luego de exhortar a su pueblo a "alzar de nuevo la cabeza con orgullo", Hitler terminó describiendo cómo él, "un simple soldado", se había dado la mano con el presidente de la nación, "que liberó a Prusia del enemigo como mariscal de campo".[26] Hubo, según Goebbels, "un momento de solemne silencio", y después miles de voces prorrumpieron en el magnífico Himno de Acción de Gracias neerlandés, "Hoy todos demos gracias a Dios", asociado siempre con la victoria de Federico el Grande sobre los austriacos en la batalla de Leuthen en 1757. Al llegar al último verso, el himno fue ahogado por las

campanas de la catedral de Königsberg, que resonaron en todo el país, dando la señal para que se encendieran fogatas, “las hogueras de la libertad”, en montañas, cumbres y a todo lo largo de las fronteras nacionales. Al mismo tiempo, bandas de la SA empezaron a tocar para dar inicio a marchas de antorchas en todas las ciudades; en Berlín desfilaron por la Puerta de Brandeburgo, como eco de las celebraciones del 30 de enero.

El Día del Despertar Nacional de Goebbels fue una obra maestra de teatralidad, como lo había sido toda la campaña electoral. Cuando los votos fueron contados, veinticuatro horas después, los nazis habían obtenido más de diecisiste millones de sufragios, un aumento de cinco millones y medio en comparación con noviembre anterior, lo que les dio 43.9% de la votación total y derecho a doscientos ochenta y ocho de los seiscientos cuarenta y siete escaños del Reichstag. No habían conseguido la mayoría absoluta, algo prácticamente imposible para cualquier partido en el sistema electoral de Weimar. Pero con la adición de los tres millones de votos y cincuenta y dos escaños del DNVP, Hitler pudo formar un gobierno de coalición con un estrecho margen global de dieciséis escaños.

La mayoría, sin embargo, era estrecha sólo en el papel; la realidad era muy distinta. Hitler y Göring habían evitado proscribir al Partido Comunista cuando clausuraron sus oficinas y publicaciones, permitiéndole contender en la elección y registrar de esa manera cerca de cinco millones de votos que habrían ido a dar a otros partidos. Los ochenta y un diputados que esto dio a los comunistas, junto con los seis socialdemócratas, estaban encerrados o escondidos, y por lo tanto no podrían votar en el Reichstag. Una situación similar se aplicaba al Landtag prusiano. En ambos parlamentos, así, los nazis tenían una clara mayoría. Hitler era ya el indiscutible y legítimo gobernante de Alemania, y estaba listo para ejercer el poder absoluto. Y los dos hombres que habían hecho más que nadie para impulsarlo a tal posición eran sus dos principales lugartenientes, Joseph Goebbels y Hermann Göring. Tenían pleno derecho a sentirse satisfechos, y a esperar el futuro con ansiosa expectación.

COORDINACIÓN

Una vez que Hitler ocupó firmemente su lugar como canciller, la disputa por la posición como su número dos, y por lo tanto como su heredero, cobró una nueva dimensión, porque para entonces ya había verdadero poder en juego. Por el momento había cinco posibles candidatos —Göring, Goebbels, Frick, Röhm y Hess—, pero dos de ellos podían descartarse de antemano. Röhm era demasiado rebelde, un elemento peligroso que nunca sería aceptado por el ejército ni por las "respetables" clases medias. Hess tenía considerable autoridad dentro del partido, y, en efecto, sería nombrado Führer suplente (para asuntos del partido) el 21 de abril, pero era esencialmente un funcionario con poca experiencia práctica como operador político y era visto estrictamente como suplente de Hitler, nunca como su sucesor. De los otros tres, Frick era un hábil político que ocupaba un alto puesto como ministro federal del Interior, nominalmente de rango más alto en el gobierno que Göring, y era obvio que gozaba de la confianza de Hitler. Pero era apático y anodino, burócrata de corazón, y carecía tanto del carisma como del firme empuje de sus dos colegas. Además, a los cincuenta y seis años de edad era un anciano para los estándares del partido; la edad promedio de la elite nazi era de sólo cuarenta años: Hitler tenía cuarenta y tres, Göring acababa de celebrar su cuadragésimo cumpleaños y Goebbels, orgulloso de ser el ministro más joven del gabinete cuando prestó oficialmente juramento ante Hindenburg el 14 de marzo, tenía apenas treinta y cinco. Himmler, aún una figura de segundo nivel, era todavía más joven, de sólo treinta y dos años. Así, hasta que surgieran nuevos contendientes, la competencia estaba entre Göring y Goebbels, el aventurero contra el jesuita, el sable contra el estilete. Ése prometía ser un fascinante —y tal vez sangriento— combate.

Göring iba a la cabeza en el gobierno —al momento de las elecciones era ministro del gabinete, presidente del Reichstag, comisario federal de

Aviación y ministro del Interior de Prusia—, pero no tenía ningún nombramiento en el partido. Goebbels tenía dos puestos vitales en el partido, como jefe nacional de propaganda y Gauleiter de Berlín; pero aunque era diputado del Reichstag, no era aún miembro del gobierno. Eso, sin embargo, se corregiría pronto, y él enfrentaría a su rival en términos más equitativos, pues se le premiaría rápidamente por su participación en la victoria nazi.

Un día después de las elecciones, Goebbels pasó la mayor parte de la tarde discutiendo con Hitler la creación de su nuevo Ministerio de Ilustración Popular y Propaganda, que tanto había esperado. Ambos sabían que ésa era la medida más controvertida en el nuevo gobierno de Hitler: dejando de lado el principio de crear un ministerio dedicado al adoctrinamiento de la gente, nadie fuera del partido, y de ninguna manera todos los de dentro, confiaba en el hombre que iba a dirigirlo, un hombre que había pasado años haciéndose fama como agitador irresponsable e inescrupuloso. Apenas en ese momento, Hitler era suficientemente fuerte para invalidar todas las objeciones, pero aun así se cubrió cediendo a Goebbels su propio primer secretario de prensa, Walther Funk, como secretario de Estado.

Funk, de cuarenta y tres años y con experiencia en el periodismo financiero, era uno de los más influyentes asesores económicos de Hitler, y el Führer le encargó manejar las finanzas, administración y organización del nuevo ministerio, “para que Goebbels no tuviera que molestarse” por esos asuntos.[1] Es evidente que Hitler quería que Funk fuera una influencia limitante, atenta a su impetuoso joven genio, y a Goebbels esto no le importó: tal cosa puso a un posible rival bajo su control, donde podría vigilarlo. Además, pese a su poco atractiva apariencia —era de corta estatura, feo y grueso— y su conocida inclinación por la bebida y el libertinaje homosexual, Funk era una divertida compañía y tenía un ingenio vivo y agudo. En los cuatro años siguientes resultó ser el más valioso asesor y partidario de Goebbels, en particular en disputas territoriales con otros departamentos del gobierno, notablemente con el Ministerio del Interior de Frick.

Como todos los peces gordos nazis, que coleccionaban títulos y cargos como condecoraciones, Funk no renunció al puesto que tenía entonces, sino que sencillamente añadió uno nuevo a su cartera; siguió siendo primer

secretario de prensa hasta fines de 1937. De igual forma, Goebbels aún era jefe nacional de propaganda del partido y Gauleiter de Berlín, aunque el 7 de marzo nombró a Sie Görlitzer su suplente en el Gau, mientras él se concentraba en sus nuevas responsabilidades.

Goebbels había decidido que su ministerio constaría —al menos al principio— de cinco departamentos principales, que cubrirían prensa, cine, radio, propaganda y teatro, cada uno de los cuales, escribió, "me interesa mucho en lo personal, así que por esa sola razón me consagraré a ellos con celo y jubilosa devoción". El ministerio se alojaría en el Palacio Leopoldino, adecuadamente situado justo al otro lado de la Wilhelmplatz desde la cancillería federal. Originalmente construido en 1737 y remodelado cien años después por el gran arquitecto berlinés Karl Friedrich Schinkel, era —y sigue siendo— uno de los más elegantes y hermosos edificios del área de la Wilhelmstrasse. Goebbels admiraba su belleza exterior, pero consideró que el interior era demasiado oscuro y anticuado, declarando que tendría que renovarse por completo antes de que él pudiera instalarse ahí:

> Primero tendrán que enviarse albañiles y limpiadores a los aposentos, para que quiten todo el estuco de las paredes y bajen las pesadas, rancias, lujosas y apolilladas cortinas, para que el sol vuelva a entrar por las ventanas. No puedo trabajar en esta penumbra. Debo tener claridad, pulcritud, y líneas puras, despejadas, a mi alrededor. Detesto la oscuridad. Y así como los aposentos deben remozarse, también la gente. Los hombres de ayer no pueden ser los pioneros de mañana.[2]

La mera idea de "modernizar" un edificio de Schinkel equivalía a sacrilegio, y los antiguos funcionarios hicieron todo lo posible por frustrar los planes de Goebbels. Pero tras una experiencia de seis años de sus métodos de acción directa en las calles de Berlín, debían haber sabido que no podrían hacerlo. En una escalofriante demostración de su desdén por la tradición, él reunió sencillamente una cuadrilla de operarios miembros de la SA (Sturmabteilung, Sección de Asalto) de Berlín, y fue con ellos a destrozar el enlucido y arrancar los paneles durante la noche. Al mismo tiempo, retiraron antiguos expedientes, documentos y periódicos de los estantes donde habían permanecido, "acumulando moho y polvo", durante años, y los lanzaron bruscamente por las escaleras hasta una gigantesca pila

de papel inservible. “¡Sólo nubes de polvo testimonian el pasado esplendor de la burocracia!”, alardeó Goebbels en su diario.

Cuando los “respetables caballeros” a los que estaba a punto de echar aparecieron a la mañana siguiente, se horrorizaron frente al caótico desorden. Uno de ellos se llevó las manos a la cabeza y balbuceó: “Herr ministro, ¿sabe que podría ir a la cárcel por esto?”. Feliz de haber escandalizado a los remilgados funcionarios, Goebbels contestó con sorna: “¡Fuera de aquí, anciano! Por si no lo sabes, permíteme informarte solemnemente que Alemania está en medio de una revolución, y que ningún antiguo archivo va a detenerla”.[3]

Para mantener las cosas dentro de la familia nacionalsocialista, Goebbels pidió a Albert Speer, quien había sido responsable de la remodelación de las oficinas de su Gau, diseñar y supervisar la reconstrucción interna del ministerio. Ésta fue terminada en tiempo récord, lista para que él se instalara el 22 de marzo. Quizá Speer no haya sido el mejor arquitecto del mundo, pero ya mostraba una impresionante capacidad para hacer las cosas rápido y sin contratiempos. Sin embargo, cometió un grave error. “Traté de cumplir mi tarea con la debida deferencia al interior de Schinkel”, rememoraría después. “Pero Goebbels consideró lo que hice insuficientemente impresionante. Meses más tarde encargó a Vereinigte Werkstätten (Talleres Unidos) redecorar las salas ‘estilo trasatlántico’.”[4]

El edificio, por supuesto, no era el ministerio. El ministerio era su gente, y las ideas de Goebbels sobre la gente que quería eran tan radicales como sus opiniones sobre la arquitectura. Ése fue el primer ministerio creado por los nazis, y él estaba resuelto a que fuera “nacionalsocialista de nacimiento”, así que reclutó a su personal casi exclusivamente entre miembros del partido; cerca de cien de sus trescientos cincuenta funcionarios y empleados portaban la insignia dorada del partido, honor concedido por largos y meritorios servicios a este último. Gran número de ellos procedían del departamento de propaganda del partido, de manera que ya conocían los fines y métodos de Goebbels. Sobre todo, él los quería inteligentes —más de la mitad tenía título universitario, muchos de ellos doctorado— y jóvenes. Pocos de los que eligió eran mayores de treinta años; su asistente especial, Karl Hanke, tenía veintinueve: ingeniero titulado, había sido su ayudante personal desde 1932, y antes había trabajado con él como jefe de organización del Gau de Berlín y de la

dirección de propaganda del partido. Como responsable del importante Departamento de Propaganda, Goebbels nombró a Wilhelm Haegert, de sólo veintiséis años. Había caras jóvenes por todas partes. Goebbels creía que sus brillantes jóvenes compensarían con “fervor, entusiasmo e intachable idealismo” la experiencia o conocimiento de los procedimientos oficiales de que carecían.[5]

Goebbels no ocultó el propósito de su ministerio. El decreto oficial que lo estableció, que él mismo había redactado con aprobación de Hitler, decía que aquél era “promover la ilustración y propaganda entre el pueblo en cuanto a las políticas del gobierno federal y la reconstrucción nacional de la patria alemana”.[6] En su primera conferencia de prensa en el gobierno el 16 de marzo, lo dijo más claramente: el propósito era hacer que la gente “piense de modo uniforme, reaccione de modo uniforme y esté a disposición del gobierno, en cuerpo y alma”. En suma, que el suyo fuera nada menos que el Ministerio del Control del Pensamiento.

Respaldado por su joven equipo, Goebbels se entregó a la tarea de convencer al pueblo alemán de que Hitler era realmente su salvador, el “Führer” que lo conduciría de nuevo a su antigua grandeza si tan sólo se sometía por completo a él. La elección por Goebbels de Königsberg para la culminación del Día del Despertar Nacional había resultado inspirada, pero la siguió con un recordatorio aún más emotivo de la gloria prusiana, convenciendo a Hitler de efectuar la ceremonia inaugural del nuevo Reichstag no en Berlín, sino en la vecina Potsdam.

Potsdam recordaba siempre la monarquía Hohenzollern. Tanto el rey soldado, Federico Guillermo I, como su hijo, Federico el Grande —héroe personal de Hitler—, estaban sepultados en la cripta de la iglesia de la Guarnición, donde se celebraría la ceremonia principal. Esa iglesia tenía enorme resonancia para el ejército —generaciones de guardias habían jurado ahí servir a Dios y al rey—, y elegirla sirvió para confirmar al alto mando de aquellos días el respeto de Hitler. Hindenburg se mostró particularmente satisfecho, ya que siempre había tenido un cariño muy especial por ese templo: como joven oficial de vuelta de la guerra austro-prusiana de Bismarck en 1866, había peregrinado hasta ella para dar gracias por su sobrevivencia, y por la victoria que allanó el camino a una Alemania unificada bajo la hegemonía prusiana. Hindenburg sugirió que la ceremonia

tuviera lugar la primera semana de abril. Goebbels, sin embargo, estaba resuelto a extraer de la ocasión hasta la última gota de simbolismo. Insistió en que debía realizarse el 21 de marzo, que era no sólo el primer día de la primavera, sino también el aniversario del inicio del primerísimo Reichsta*g* por Bismarck en 1871, luego de que su victoria en la guerra franco-prusiana había hecho finalmente posible la unificación en el Segundo Reich.

El Día del Levantamiento Nacional, como lo llamó Goebbels, en forma más bien extravagante, fue una demostración más de su facilidad para el dramatismo en combinación con la meticulosa planeación de cada ínfimo detalle. Ese día empezó con dos ceremonias en otras iglesias, una católica y la otra protestante; Hitler no asistió a ninguna de ellas. Evitando la observancia religiosa, Goebbels lo llevó en cambio a "honrar a los caídos" en el cementerio Luisenstadt de Berlín, donde estaban enterrados varios mártires de la SA. Hitler cambió después su uniforme del partido por sombrero de copa y frac y fue conducido entre una entusiasta multitud a Potsdam, donde se reunió con el presidente, fulgurante en su uniforme imperial de mariscal de campo y su casco con punta, en las escaleras de la iglesia de la Guarnición, inclinándose obsequiosamente al estrechar su mano. Juntos, aquellos dos hombres, uno de los cuales simbolizaba el pasado de Alemania, y el otro su futuro, desfilaron por el pasillo, el canciller detrás del anciano presidente en una calculada muestra de deferencia. La apretada comunidad de generales, príncipes, jueces, diplomáticos, altos funcionarios y diputados del Reichstag, dominada por la masa de camisas pardas de miembros del partido nazi, vio a Hindenburg hacer una pausa ante la silla vacía reservada al exiliado káiser y alzar su bastón de mando en señal de saludo.

En su discurso, Hindenburg llamó a la unidad nacional y a apoyar al nuevo gobierno. La respuesta de Hitler fue un modelo de moderación, elogiando la "generosa decisión" de Hindenburg "del 30 de enero [...] de confiar la jefatura de la nación a esta joven Alemania".[7] Goebbels aseguró en su diario que todos estaban sumamente emocionados, y que en realidad vio lágrimas en los ojos de Hindenburg mientras escuchaba, antes de pararse a estrechar la mano de su canciller.

Tras depositar coronas de laurel en las tumbas de los reyes bajo el estruendo, afuera, de una salva de veintiún cañonazos, los dos gobernantes

de la hora presente salieron de la iglesia para presidir un magno desfile del ejército, más, significativamente, la SA, la SS (Schutzstaffel, Escuadrón de Protección) y Stahlhelm. En forma igualmente significativa, las banderas que ondeaban por todas partes no eran las negro, rojo y oro de la República, sino las rojo, blanco y negro de los nazis, eco de los antiguos colores imperiales; Hitler también había convencido al presidente diez días antes, de declarar la svástica como emblema oficial de la nación. Mientras las tropas pasaban marchando, Hitler mantuvo la ficción de ciego sometimiento permaneciendo detrás de Hindenburg y permitiendo que el viejo mariscal de campo presidiera solo el desfile. Pero no había duda en la mente de nadie de en dónde residía entonces el verdadero poder.

Cualquier duda que haya podido persistir se disipó pronto, cuando el nuevo Reichstag se reunió esa tarde en el adecuadamente dramático escenario del Teatro de la Ópera Kroll, justo al otro lado de la Königsplatz desde la achicharrada estructura del edificio del Reichstag, cubierto de banderas con la svástica tanto dentro como fuera y acordonado por guardias uniformados de la SS y la SA. Tras reelegir a Göring como su presidente, el parlamento hizo un receso de dos días, y volvió a reunirse el 23 de marzo para aprobar la irónicamente titulada Ley para Eliminar la Penuria del Pueblo y la Nación, la ley facultativa que concedió a Hitler poder absoluto para gobernar los cuatro años siguientes sin consultar al parlamento ni al presidente Hindenburg.

Goebbels se había cerciorado de que su mensaje del Día del Levantamiento Nacional llegara a toda Alemania y más allá manteniendo plenamente informada a la prensa nacional e internacional y haciendo uso cabal de su favorito medio ultramoderno, la radio y los noticieros cinematográficos, para lograr una cobertura de saturación. En los días siguientes también hizo imprimir millones de tarjetas y carteles, en los que aparecían Hitler y Hindenburg dándose la mano, personificando la reconciliación de la antigua Alemania y la nueva y promoviendo la imagen de Hitler como el Führer no sólo del partido, sino también de la nación. Goebbels necesitaba enfatizar la continuidad de las glorias del pasado imperial de Alemania, no sólo para confortar a las clases medias y el ejército, sino también para desviar su atención de los revolucionarios cambios que los nazis efectuaban a un ritmo impresionante.

Después del 5 de marzo, el partido se embarcó de inmediato en una agresiva política llamada *Gleichschaltung*, generalmente traducida como "coordinación", eufemismo de meter todo y a todos en cintura, o nazificación. Éste fue el primer paso en el proceso de fundir al partido y al Estado en un todo indivisible, comenzando por la *Gleichschaltung* de la totalidad de las instituciones, organizaciones y asociaciones nacionales, la cual se extendió con increíble rapidez por prácticamente todos los rincones de la vida alemana. En unos cuantos meses, aun el más humilde club social o de boliche rural se había puesto bajo el control nazi, casi siempre en forma voluntaria y por lo general entusiasta. El lavado de cerebro de Goebbels, evidentemente funcionaba bien.

Un cambio mayor y más revolucionario fue la *Gleichschaltung* de los estados federales bajo un gobierno nacional centralizado, algo que ni siquiera Bismarck y Guillermo II se habían atrevido a contemplar. Asombrosamente, esta abrogación de la historia constitucional alemana se consumó en cuatro días y con protestas notoriamente menores. Los estados que aún no estaban bajo control nazi fueron metidos en cintura con marchas y disturbios de la SA y la SS, seguidos por la imposición de un comisario federal con el pretexto de restaurar el orden, el recurso del que Papen había sido tan exitoso pionero en Prusia un año antes. En las semanas siguientes, la centenaria independencia de los estados se erosionó aún más cuando Hitler convirtió a los comisarios en gobernadores federales encargados de aplicar sus medidas, y fue finalmente destruida en enero de 1934, cuando se abolió en forma oficial la autonomía de los estados en un sistema federal.

La mayoría de los nuevos gobernadores eran Gauleiter titulares. En Prusia, sin embargo, el propio Hitler asumió ese puesto, restableciendo la tradición de Bismarck de unir los papeles de canciller federal y jefe de gobierno del estado más grande para subrayar la idea de que Prusia y la nación eran sinónimos. Al hacerlo separó automáticamente a Papen, quien seguía siendo vicecanciller, de su papel como comisario federal en Prusia. Lo que no hizo, en cambio, fue abolir el puesto de primer ministro prusiano, que había quedado vacante desde el *coup* de Papen de julio anterior. Dado su insaciable apetito de títulos y puestos, Göring quería éste para fortalecer su creciente base personal de poder, y le desconcertó que Hitler no se lo diera inmediatamente después de las elecciones. Con extrema audacia,

procedió a rebasar al Führer poniendo el asunto en el orden del día de la primera reunión del nuevo Landtag prusiano, haciéndose elegir primer ministro, como era de esperar; naturalmente, conservó sus responsabilidades como ministro del Interior. Hitler se vio obligado a aceptar este *fait accompli* y a confirmar a Göring como primer ministro de Prusia; poco después, el 25 de abril, también cedió la gubernatura.

A Göring le fascinaba firmar como "primer ministro" —pronto eliminó las palabras "de Prusia"—, dando a entender tácitamente que era primer ministro de toda Alemania. Tampoco esta vez Hitler puso objeciones. Parecía que en verdad preparaba a Göring como su sucesor, cumpliendo la promesa que había hecho en 1923 de que el otrora as de la aviación sería un día líder de Alemania. La interpretación era que cuando Hindenburg finalmente muriese, Hitler sería presidente y Göring asumiría el cargo de canciller. Entre tanto, una temporada como virtual dictador de tres quintas partes de Alemania sería una valiosa preparación. Esto le ofrecería, asimismo, una nueva oportunidad de autoexaltación: en su calidad de primer ministro, Göring se veía como sucesor legal del rey de Prusia, y jefe de la Iglesia evangélica protestante. Reclamó este derecho en una carta abierta a Bernhard Rust, su ministro de Educación y Cultura, que publicó en el *Deutsche Allgemeine Zeitung* (Diario universal alemán) el 27 de junio. Tras expresar asombro de que se hubiera designado a un "obispo nacional" sin su aprobación, escribió: "Hasta la revolución [de 1918], el rey de Prusia fue el *summus episcopus* de la Iglesia prusiana. En mi opinión, estas prerrogativas recaen ahora en el Ministerio de Estado prusiano, es decir en el primer ministro de Prusia".

Los puestos prusianos eran indudablemente codiciables. Pero hubo otro nombramiento que para Göring fue la cereza del pastel: el de Goebbels podía haber sido el primer ministerio creado por Hitler luego del 5 de marzo, pero el segundo siguió muy poco después, y cubrió un área tan querida y adecuada para Göring como para Goebbels lo era la suya. Su anterior, algo nebuloso cargo como comisario de Aviación en el Ministerio de Transporte se transmutó en un Ministerio de Aviación en toda forma, con la secreta tarea de crear y desarrollar la más grande y moderna fuerza aérea del mundo, desde cero. A diferencia de la mayoría de las fuerzas aéreas de

la época, ésta sería un cuerpo independiente, no subordinado al ejército ni a la marina, y con su propio presupuesto.

En febrero, al inicio mismo de su cancillería, Hitler había dejado en claro tanto a los generales como al gabinete que "reconstruir la capacidad defensiva de Alemania" tendría precedencia sobre todas las demás consideraciones en los cinco años siguientes.[8] Aun el gran programa de generación de empleos para erradicar la miseria de seis millones de personas registradas como desempleadas se orientaría por completo al rearme.[9] Y —dulce música para los oídos de Göring— el dinero no sería ningún problema. El panorama financiero se volvió aún más optimista en marzo, cuando el presidente del Reichsbank (Banco Central), Hans Luther, fue remplazado por el amigo de Göring, Hjalmar Schacht, quien rápidamente ideó un ingenioso plan de bonos del Estado descontados para producir vastas sumas de dinero fuera del presupuesto nacional. En adelante, el gasto de defensa sólo dependería de dos factores: cuánto pudiera ocultarse a las potencias aliadas y cuánto pudiera erogar el ejército. Hitler, de hecho, reprendió al Ministerio de Defensa por no pedir suficiente. Nunca tendría ese problema con Göring.

Como su secretario de Estado, para dirigir el ministerio y planear y ejecutar la creación de la nueva Fuerza Aérea, la Luftwaffe, Göring escogió a Erhard Milch, director de Lufthansa, cuya experiencia en la conducción de esta línea aérea resultaría invaluable. Milch era un operador exigente, tan inflexible como su jefe, y casi tan ambicioso. No había sido piloto, habiendo servido como oficial de primera línea durante la guerra, y no le deslumbraba el glamuroso historial de Göring, o su *Pour le Mérite*. De cualquier forma, le había pagado sobornos durante años, y no se sentía inclinado a someterse a él en ese momento, especialmente porque sabía que era indispensable. Se dice que al principio rechazó el nombramiento, y que sólo se dejó convencer por el propio Hitler, quien le dijo que no era el partido sino Alemania la que lo necesitaba.

Hubo sólo un problema menor por resolver para que el nuevo secretario de Estado pudiera ser confirmado en su puesto: aunque su madre era aria pura, su padre, farmacéutico en Breslau, era judío. Göring lo sabía, pero, como de costumbre, no le dio importancia. Tuvo una solución simple: la madre de Milch fue convencida de firmar un documento en el que "confesó" haber tenido una aventura extramarital con cierto Freiherr

(barón) Hermann von Bier, y que Erhard era el resultado. “Si vamos a quitarle a su verdadero padre”, se asegura que dijo Göring, “al menos démosle un aristócrata como sustituto.” Se expidió una nueva acta de nacimiento y Milch quedó libre de toda sospecha. Cuando alguien se atrevía a cuestionar esto, Göring tenía lista una respuesta: “¡Soy yo”, tronaba, “quien decide si alguien es judío!”. En cuanto a cinismo, era obvio que ambos estaban muy parejos. Por algún motivo, su turbulenta relación sobrevivió doce años, tal vez a causa de que en otros aspectos se equilibraban entre sí. Göring era el visionario incontenible, el soñador que siempre hacía imposibles demandas; Milch, el ingeniero práctico que hacía realidad esos sueños. Fue Göring quien, quizá injustamente, se llevó el crédito de la Luftwaffe en sus años de gloria; pero, por la misma razón, también cargó con la culpa de sus posteriores desastres.

Para contrarrestar la severidad de Milch, Göring instaló a varios de sus viejos amigos de guerra en puestos oficiales en el Ministerio de Aviación. Entre ellos estaban Karl Bodenschatz, el exayudante del escuadrón Richthofen y entonces coronel en el Reichswehr regular, a quien nombró su ayudante personal; Ernst Udet, uno de los pilotos estrella de ese escuadrón y quien había sido colega en el circuito itinerante de vuelo, al que designó como asesor especial, y su viejo camarada y primer compañero de vuelo, Bruno Loerzer, a quien hizo jefe de reclutamiento e instrucción de pilotos tras la fachada de dos órganos “coordinados”, la Unión Nacional de Deportes Aéreos y el Club Nacional de Aviación, en los que se amalgamaron los diversos clubes de vuelo y planeo de Alemania.

Rodearse de amigos de esta manera fue otra faceta de la desenfadada corrupción de Göring: en su carácter de primer ministro de Prusia, hizo de su antiguo socio y chofer no remunerado, Paul “Pilli” Körner, su secretario de Estado, con un departamento en su residencia oficial en la Leipziger Platz como complemento. Después de tantos años de depender de dádivas de los ricos y poderosos, Göring disfrutaba mucho estar en condiciones de mostrar cierta largueza, lo que, por lo demás, ataba a la gente con él mientras encajaba en la imagen de *bonhomie* que tanto le gustaba proyectar.

La *bonhomie* estaba notoriamente ausente en muchas de las demás actividades de Göring. La redada de opositores al nuevo régimen, que él había iniciado tras el incendio del Reichstag, produjo pronto tantos presos que no podía esperarse que las cárceles y celdas policiacas regulares

bastaran. Como solución, Göring ordenó a Diels y a Daluege que abrieran cárceles especiales para alojar a los presos, así como "campos de concentración" (*Konzentrationslager*), basados en los creados por los británicos en Sudáfrica para contener a presos civiles durante la guerra anglo-bóer de principios de siglo; años más tarde, Göring haría siempre todo lo posible por precisar que, aunque él había creado esos campos, no fue él quien inventó su nombre.[10]

Luego aseguró haber comprendido que si se permitía a la SA administrar esos campos, "era de suponer que la situación no sería muy placentera para los reclusos. Por esta razón, di instrucciones de que la guardia, de ser posible en amplia medida, constara de policías; sólo donde éstos no fueran suficientes se llamaría a fuerzas auxiliares". Esta precaución, admitió, no siempre dio resultado. Como él mismo dijo, encogiéndose de hombros: "No se puede hacer un omelette sin quebrar algunos huevos". Ante el Tribunal de Nuremberg, después de la guerra, confesó:

> Claro que al principio hubo excesos; claro que inocentes también fueron afectados aquí y allá; claro que hubo golpizas aquí y allá y se cometieron actos de brutalidad; pero en comparación con todo lo ocurrido en el pasado y con la magnitud de los acontecimientos, esta revolución libertaria alemana es la menos sangrienta y más disciplinada de todas las revoluciones conocidas por la historia [...] Naturalmente, di instrucciones de que tales cosas no debían suceder. [...] Siempre señalé que esas cosas no debían ocurrir, porque era importante para mí ganar a algunas de esas personas para nuestro bando y reeducarlas.[11]

Ésta era, entonces, la justificación de Göring para sus campos: no se suponía que debieran ser lugares de tormento y tortura, sino centros de reeducación y rehabilitación.

La SA, y en menor medida la SS, no tenían tiempo para tal hipocresía. Estaban demasiado ocupadas ajustando viejas cuentas, arrastrando cautivos a sus cuarteles o a "búnkers" en edificios vacíos, donde podían permitirse sádicas orgías de golpes, tortura y asesinato sin temor a interferencias. "Era obligación de cada digna unidad de la SA tener al menos uno de esos [búnkers]", escribió Hans Bernd Gisevius, quien ese mismo año sería oficial de la Gestapo. "La eficiencia de un líder se juzgaba por el número de sus prisioneros, y la reputación de un matón de la SA dependía de la severidad con que conducía la 'educación' de un prisionero."[12] Cuando el

número de presos se disparó, esas agrupaciones empezaron a seguir el ejemplo de Göring y a instalar, por su cuenta, campos más grandes, aunque no autorizados, donde hacían lo que querían a puertas cerradas.

Göring se horrorizó. La SA estaba fuera de control otra vez, lo que amenazaba con causar enorme daño a su autoridad y su gobierno. El 2 de agosto disolvió la policía auxiliar, anulando así el derecho oficial de la SA a realizar arrestos, y luego dirigió su atención a los campos y "búnkers". Consiguió cerrar el campo cerca de Stettin, dirigido por el Gauleiter de Pomerania, y uno en Breslau, establecido por Edmund Heines, uno de los más cercanos colaboradores de Röhm. Tuvo más dificultades para vérselas con un campo cerca de Berlín, dirigido por Karl Ernst, jefe de la SA de Berlín, y se vio obligado a tragarse su orgullo y pedir a Röhm que ordenara su clausura. Pero el más problemático fue el campo de la SS en Papenberg, en el extremo oeste de sus dominios, no lejos de la frontera con Holanda, donde los guardias abrieron fuego contra su policía cuando ésta trató de entrar al campo, alcanzando a un oficial en el abdomen. Esta vez, Göring tuvo que acudir directamente a Hitler para obtener el control del campo. Según Diels —cuyas memorias suelen ser poco confiables, y a veces francamente maliciosas—, el Führer le dio en realidad artillería militar para quebrar la resistencia de la SS.[13]

Fue necesario esperar hasta principios de otoño para que todos los campos "descontrolados" fueran cerrados o sometidos, momento para el cual, según el cálculo de Diels, al menos setecientos presos habían sido brutalmente asesinados, principalmente por la SA. Los internos sobrevivientes fueron transferidos a cuatro campos oficiales controlados por el Estado, todos ellos dotados de policías prusianos regulares, bajo la dirección de Göring: Papenberg, cerca de Osnabrück; Sonnenburg, cerca de Francfort del Oder; Lichtenburg, cerca de Merseburg, y Oranienburg, justo al norte de Berlín. Göring permaneció a cargo de ellos hasta principios de 1934.

En febrero o marzo de 1933, Göring adquirió una nueva y magnífica arma contra los opositores al régimen cuando Diels llamó su atención sobre un recién inventado sistema suizo para intervenir líneas telefónicas y grabar conversaciones, telegramas y cables a gran escala. Diels lo vio

presumiblemente como un instrumento útil para la Gestapo en la identificación de forraje para los campos de concentración. Göring, en cambio, advirtió pronto la ventaja que le daría sobre sus rivales tener informes de todas sus llamadas telefónicas, tanto privadas como oficiales. También percibió el potencial de ese recurso para la inteligencia extranjera tanto como nacional, todo lo cual serviría para reforzar su poder personal.

Sabía que Hitler, como él mismo, no confiaba en agentes humanos y acogería con gusto una fuente de inteligencia que no dependía de espías e informes subjetivos que podían distorsionarse o falsearse. Cuando propuso crear un organismo secreto para interceptar llamadas y cables, Hitler aceptó de inmediato, y le concedió el monopolio absoluto, que él pidió, sobre la intervención de las comunicaciones alámbricas en todo el país, monopolio que protegió celosamente hasta el fin. Cada nueva intervención debía ser aprobada por él, con una orden inicialada al calce con su distintiva G mayúscula. Su aprobación no se daba a la ligera, y cada solicitud tenía que justificarse, en especial cuando, en años posteriores, procedía de la Gestapo.

Göring dio a su nuevo organismo el inocuo nombre de Forschungsamt —literalmente, Oficina de Investigación—, por lo general, abreviado como FA. Éste empezó a operar en marzo, en el desván de un desaparecido banco de la Behrenstrasse, con cuatro empleados. Para julio ya eran veinte, habiendo absorbido a la Oficina de Codificación y Monitoreo del Ministerio de Defensa, este organismo terminaría empleando a alrededor de tres mil quinientas personas, alojadas en un acondicionado complejo residencial de la Schillerstrasse, en el elegante distrito de Charlottenburg, y produciendo al por mayor informes y transcripciones en sus distintivas hojas pardas que, para fines de la segunda guerra mundial, ascenderían a cerca de medio millón. Ésta fue una de las más eficientes y efectivas fuentes de inteligencia de la época, pues intervenía no sólo líneas telefónicas alemanas, sino también cada uno de los muchos cables internacionales que entrecruzaban el país o pasaban bajo sus aguas costeras, y mantenía una obsesiva reserva que nunca fue quebrantada. El único funcionario que trató de vender información sobre ella fue descubierto y ejecutado.

A Göring le gustaba iniciar cada día leyendo una selección de las hojas pardas de la FA, colocadas sobre la charola de su desayuno en un fólder rojo especial por su valet, Robert Kropp. Solían divertirle mucho, en especial

cuando revelaban indiscreciones de rivales políticos, o chistes contra él, que le gustaba coleccionar. Pero, por lo general, los resultados eran de naturaleza mucho más seria. La primera referencia indirecta a la labor de la FA puede hallarse en las minutas de la reunión de gabinete del 29 de marzo de 1933, cuando Göring enteró a Hitler de "exagerados" informes transmitidos por corresponsales de periódicos extranjeros sobre atrocidades contra los judíos en Alemania. "Tales informes sobre atrocidades fueron principalmente cablegrafiados a Estados Unidos por el representante de Hearst Press aquí, Deuss. Esto ha quedado establecido más allá de toda duda por la intervención de sus conversaciones telefónicas." En consecuencia, Hitler aceptó que Deuss fuera deportado.

La FA comenzó bajo la égida de la oficina del primer ministro de Prusia, y Göring puso a Pilli Körner a cargo de su supervisión. Pero, cuando creció, la trasladó al Ministerio de Aviación, lejos de entrometidos burócratas y policías y fuera del alcance de Frick, quien estaba decidido a centralizar toda la labor policial bajo su Ministerio federal del Interior. Al enfatizar el papel de la FA en la recolección de inteligencia militar y extranjera mediante la intercepción y desciframiento de mensajes de embajadas, Göring pudo disfrazar las actividades nacionales de esa oficina, financiarla con el prácticamente ilimitado presupuesto de defensa y cerciorarse de que permaneciera dentro de su creciente imperio personal.

Mientras Göring se ocupaba de defender los elementos policiales de su imperio ante Frick y el Ministerio federal del Interior, una nueva amenaza para ambas partes empezaba a cobrar forma de modo casi inadvertido en Munich. Pese a su papel como cuna y hogar del movimiento nazi, Baviera había sido el último de los estados alemanes en sucumbir a la *Gleichschaltung*, y fácilmente el más problemático, debido, en gran medida, a su histórico antagonismo con el control central de Berlín. Los nazis no habían ganado las elecciones estatales, y el católico Partido Popular Bávaro, bajo la conducción de Heinrich Held, había formado un gobierno inclinado no sólo al separatismo, sino incluso al antiguo sueño de restaurar la monarquía bávara. Para el 9 de marzo, sin embargo, los nazis locales no aguantaron más. Brigadas de la SA y la SS marcharon por las calles de Munich, tomaron edificios gubernamentales e izaron la bandera con la

svástica en el ayuntamiento. Mientras tanto, Röhm, Himmler y el Gauleiter Adolf Wagner llegaron a la oficina de Held y exigieron su renuncia y la entrega del poder al general y caballero Von Epp, el hombre que, como comisario federal, había aplastado a la Räterepublik de Munich en 1919. Held intentó resistir, pero sus protestas a Hindenburg y Papen fueron desoídas, el ejército recibió la orden de "mantenerse en formación de descanso" y no interferir ayudándolo y Epp fue nombrado en su lugar.

El primer acto de Epp fue designar a Wagner como su ministro del Interior, y conceder a Röhm un papel indefinido como comisario estatal de misiones especiales, una especie de ministerio sin cartera. En apariencia, esto fue un poco degradante para Röhm, quien durante semanas había buscado ser comisario general de seguridad pública en todo el país —o al menos en todos los estados no prusianos—, lo que le habría otorgado el control de las fuerzas policiales en su totalidad. Himmler también recibió de Wagner un nombramiento menor aparentemente desconcertante: jefe interino de la Policía de la Ciudad de Munich.

Pronto quedó claro, sin embargo, que, lejos de ser marginados, Himmler y Röhm habían cooperado en la elaboración de una estrategia conjunta que daría a cada cual lo que quería, aunque la forma en que se consiguió esto —silenciosamente, vía la puerta trasera— llevaba todas las marcas distintivas de la tortuosa mente de Himmler, no del impulsivo enfoque de Röhm. Puesto que Röhm seguía siendo el superior de Himmler, recibiría la parte del león, pero aun esto resultaría ilusorio. Como un ajedrecista que sacrifica una pieza para obtener ventajas futuras, el siempre paciente Himmler aceptó gustosamente la porción menor en Baviera, a sabiendas de que jugaba una partida mucho mayor por un premio mucho más grande.

El "nombramiento menor" de Himmler era en realidad un puesto clave, y sería la plataforma de lanzamiento esencial de su carrera futura. La totalidad de las diversas fuerzas policiales distritales y municipales de Baviera estaban bajo control local, pero la Policía de la Ciudad de Munich actuaba como coordinadora central del estado, especialmente en materia de policía política. Ésta era manejada por el Departamento VI, respaldado en la mitad norte del estado por el departamento equivalente de la Policía de la Ciudad de Nuremberg. El Departamento VI trabajaba directamente con el Ministerio del Interior, donde Wagner hizo a Himmler jefe de la sección política, directamente bajo sus órdenes. Como muchos otros, Wagner se

dejó engañar por el inofensivo aire de Himmler como subordinado perpetuo del que podía confiarse que haría lo que se le dijera. El 26 de marzo también lo nombró jefe interino de la Policía de Nuremberg-Fürth.

Tras permitir que Röhm y la SA asumieran el control de la policía regular en el resto de Baviera, Himmler concentró su atención en la creación de una independiente Policía Política Bávara centralizada, estrechamente vinculada con su SS y el brazo de inteligencia de ésta, el Sicherheitsdienst (SD) (Servicio de Seguridad). Y para estar completamente seguro de mantener tanto ese vínculo como su propia autoridad, nombró al jefe del SD, Reinhard Heydrich, director del Departamento VI. Heydrich, quien acababa de cumplir veintinueve años, llevaba menos de dos como miembro del partido, y apenas dieciocho meses como oficial de la SS. Pero en ese lapso se había establecido como uno de los más leales y significativos lugartenientes de Himmler, y estaba por convertirse en el alter ego del Reichsführer. Uno de sus posteriores colegas, Walter Schellenberg, lo describió con palabras difíciles de superar:

De elevada e impresionante figura, tenía una frente amplia e inusualmente alta, pequeños e inquietos ojos tan vivaces como los de un animal y de extraño poder, nariz larga y rapaz, y ancha boca de labios carnosos. Sus manos eran finas y un tanto demasiado largas; hacían pensar en las patas de una araña. Su espléndida figura se estropeaba a causa de sus anchas caderas, efecto perturbadoramente femenino que lo hacía parecer aún más siniestro. Su voz era demasiado aguda para un hombre tan corpulento, y hablaba nerviosa y entrecortadamente; y aunque sólo de vez en cuando terminaba una frase, siempre lograba expresar con toda claridad lo que quería decir [...] Era sumamente ambicioso. Parecía como si, en una manada de lobos feroces, siempre debiera demostrar que era el más fuerte y asumir el liderazgo. Tenía que ser el primero, el mejor en todo, sin importar los medios, ya fuera por engaño, traición o violencia. Ajeno al remordimiento y asistido por una fría inteligencia, podía llevar la injusticia hasta el punto de la extrema crueldad.[14]

Éste era el hombre del que Himmler terminaría por depender como su más cercano colaborador e indispensable asesor en los años por venir, y quien finalmente sería un peligroso rival.

Nacido en Halle, cerca de Leipzig, el 7 de marzo de 1904, Reinhard Eugen Tristan Heydrich creció en un ambiente culto de clase media: su padre, Bruno, cantante de óperas wagnerianas, fue fundador y director del

Conservatorio de Halle; su madre, hija de un tutor de la corte, era una consumada pianista. El joven Reinhard se educó seriamente como violinista; cuando adulto, organizaba regulares veladas de música de cámara en su casa, impresionando a todos con la calidez y sensibilidad de su interpretación, en especial de sus compositores favoritos, Mozart y Haydn.

Bruno Heydrich era un hombre dulce y de trato fácil, dominado por su malhumorada y arrogante esposa. El joven Reinhard salió claramente a su madre, y parece haber pasado la mayor parte de su infancia tratando de obtener el amor que ella era incapaz de expresar, salvo con feroz disciplina y frecuentes palizas. Objeto de burlas y hostigamiento en la escuela a causa de su voz inusualmente aguda, devoto catolicismo —Halle era una ciudad principalmente protestante— y supuesta ascendencia judía, intentaba demostrar su valía destacando en todo, tanto académica como deportivamente. Sin duda era listo, aunque de ninguna manera brillante, y buen atleta por naturaleza, habiendo sido más tarde campeón de esgrima y excelente esquiador, jinete, piloto y pentatleta moderno. Las pullas por su condición judía calaron hondo, aunque se basaban en un malentendido: el segundo esposo de su abuela paterna se apellidaba Süss, apelativo usualmente judío, aunque en realidad él no lo era. Pese a sus desmentidos, y al hecho incluso de haber sido absuelto más tarde por investigadores de Himmler, las dudas persistieron, y el estigma de la condición judía acosó a Heydrich durante toda su carrera.

Los Heydrich, como muchas otras familias de clase media, sufrieron ciertas privaciones tras la derrota de Alemania y la revolución de 1918. Y, también, como muchas otras familias de clase media, culparon a los financieros y revolucionarios judíos de ambas cosas, y desarrollaron un temor patológico a la "amenaza roja". En 1920, a los dieciséis años de edad, ardiendo de fervor patriótico, Reinhard se alistó en el Freikorps local y en varias organizaciones *völkisch*, aunque no participó directamente en acciones violentas. Dado que su familia no podía permitirse el gasto de la universidad, él buscó otros medios para seguir estudiando, preferentemente gratuitos y con cierto prestigio implicado. Se decidió por la marina, y a los dieciocho años logró obtener uno de los pocos y preciados lugares como cadete en Kiel.

Luego de su inicial instrucción en tierra, se le destinó al crucero *Berlin*, paso que después alimentaría varios mitos sobre su carrera, pues el primer

oficial de ese navío era el capitán Wilhelm Canaris, quien sería director de la Abwehr, la inteligencia militar alemana. Canaris había servido como oficial de inteligencia durante la guerra, primero en el escuadrón del crucero del almirante Von Spree y luego dirigiendo agentes en España que informaban sobre movimientos navales de los aliados. Según la leyenda, había continuado su carrera de inteligencia como oficial del Estado Mayor inmediatamente después de la guerra, y participado en varias operaciones turbias, desde el asesinato de los líderes espartaquistas hasta el *Putsch* de Kapp y el financiamiento de la criminal Organización Cónsul del capitán Ehrhardt. En 1923, sin embargo, estaba de nuevo en el mar en un papel convencional, responsable, entre otras cosas, de la instrucción de jóvenes oficiales, entre ellos Heydrich. Se dice que llamó su atención el larguirucho muchacho, a quien hizo su *protégé*. Tal vez percibió que ambos eran extraños: aunque era ferozmente nacionalista, Canaris no se ajustaba a la imagen convencional del oficial prusiano, y se le apodaba el Levantino, a causa tanto de su ascendencia italiana como de su laberíntica mente.

Heydrich nunca fue popular entre sus colegas, quienes le decían la Cabra por su aguda voz, o Moses Handel: el estigma de su supuesta sangre judía lo había seguido a la marina, y sus refinados gustos musicales lo volvían más diferente aún. El hecho de que tocara el violín, sin embargo, sirvió para acercarlo más a Canaris, a cuya culta esposa, Erika, le encantó hallar tan talentoso ejecutante para dar realce a sus veladas musicales. Ambos hombres establecieron una perdurable relación antes de que Canaris fuera destinado otra vez a un puesto en el Estado Mayor en 1924.

Quizá haya sido por sugerencia de Canaris, que Heydrich decidió especializarse en señales y radio, con sus obvias conexiones con las labores de inteligencia. Tras adiestrarse en la Escuela de Señales Navales, fue oficial de señales del buque insignia de la flota, el *Schleswig-Holstein*, y de ahí pasó a varios puestos en la estación naval del Báltico, aprendiendo ruso y alcanzando el grado de teniente. Pese al trato brusco y autoritario que lo volvió aún más impopular con los otros rangos que con sus compañeros oficiales, parecía destinado a una exitosa carrera en la marina. Pero en 1931, debido por entero a los defectos inherentes a su carácter, echó todo por la borda.

Sólo había un elemento en la naturaleza de Heydrich que igualaba a su ambición, y ése era su apetito sexual. Durante sus años de poder nazi,

habitualmente recorría los bares y burdeles de Berlín, por lo general remolcando a un renuente ayudante, importunando a las mujeres que le gustaban. Como joven oficial de marina, había seducido a una amplia serie de chicas, entre ellas una joven estudiante de la Kolonialschule de Rendsburg, en el canal de Kiel, donde su padre era director de un astillero. Presumiblemente, Heydrich la llevó a la cama con la promesa de matrimonio; porque cuando él anunció su compromiso con otra muchacha, Lina von Osten, de diecinueve años e hija de un maestro, a la que había rescatado del agua luego de un accidente de lancha, ella le exigió airadamente cumplir su palabra. Él se rehusó. Ella se lo dijo a su padre, quien a su vez se lo dijo a su amigo el almirante Erich Raeder, comandante en jefe de la marina.

Nunca quedó claro si la joven estaba embarazada de Heydrich, pero se suponía que era así. No obstante, sin duda bajo presión de Lina, que tenía la misma personalidad de hierro de su madre y estaba resuelta a no perderlo, él declinó de todas formas casarse con ella, y fue llevado ante una corte de honor integrada por cuatro oficiales de marina de alto rango. Aun entonces, habría podido salirse con la suya, si hubiera dado la menor señal de humildad o pesar. En cambio, no sólo trató a la corte con tal presunción que ésta lo reprendió por su insubordinación, sino que además acusó a la joven de mentir e intentó echarle toda la culpa. Ésa no era la honorable conducta que se esperaba de un oficial y un caballero, y en su informe la corte cuestionó que él pudiera permanecer en la marina. Raeder dio su respuesta a fines de abril de 1931: “Dado de baja por falta de decoro”.[15]

Defensores y teóricos de la conspiración han argumentado a lo largo de los años que la baja de Heydrich fue un montaje, una cortina de humo ideada para encubrir las “verdaderas” razones, que van del excesivo entusiasmo de Heydrich por el partido nazi a la disposición de Raeder y Canaris de infiltrarlo en el servicio de inteligencia de la SS como informante. Ninguna de estas descabelladas versiones resiste el análisis, sin embargo, y, como suele ser el caso, la explicación más prosaica es la verdadera: Heydrich fue expulsado de la marina en la ignominia. Sin pensión ni perspectivas, se vio obligado a buscar empleo en lo más agudo de la Gran Depresión, cuando el desempleo aumentaba. No era partidario nazi; “era sólo un oficial de marina profesional, entusiasmado por su carrera

naval”, escribiría Lina más tarde. “Su único interés adicional era el deporte. No sabía nada de política, y nunca había mostrado el menor interés en ella.”[16] Lina, en cambio, era una nazi convencida, y lo persuadió de que el partido, en rápida expansión, podía ofrecerle la oportunidad que necesitaba.[17]

Heydrich se afilió al partido nazi en Hamburgo el primero de junio de 1931, y de inmediato escribió a un viejo amigo de la familia, el barón Karl von Eberstein, entonces SA-*Oberführer*, coronel de alto rango, en Munich, dándole detalles de sus nueve años de carrera naval y pidiendo su ayuda para obtener “un importante puesto directivo”.[18] Dando por sentado que la experiencia de Heydrich como especialista en señales quería decir que había participado en labores de inteligencia, Eberstein le pasó su carta a Himmler, que, como él sabía, buscaba entonces a alguien que se encargara de la sección de inteligencia de seguridad de su SS, la Ic. A Himmler, que alguna vez había soñado con ser oficial de marina, le impresionó el currículum de Heydrich, y su apariencia aria en su fotografía, pero, como siempre, dejó las cosas para después, hasta que Heydrich, incitado por Lina, tramó una reunión en la granja avícola de Waldtrudering. Tras conseguir con engaños una breve entrevista, Heydrich recibió veinte minutos para redactar una descripción de funciones y órdenes para la conducción de una sección de contraespionaje. Himmler quedó adecuadamente impresionado con el resultado, y lo contrató pronto.[19] Éste resultaría ser el nombramiento más importante que haría nunca.

Heydrich se mudó a Munich para empezar a trabajar como director de la sección de Ic del Estado Mayor de Himmler en la Casa Parda, el 10 de agosto de 1931, con el grado de Sturmführer, teniente de la SS.[20] Fue un comienzo modesto; en realidad él era el único miembro de la sección, todo su banco de datos cabía en dos expedientes que le fueron entregados por Himmler y tenía que compartir oficina y máquina de escribir con otro oficial de la SS. Tenía veintisiete años de edad y era un recién llegado tanto al partido como a las operaciones de los servicios de seguridad, pero al instante empezó a hacer sentir su presencia, y a mostrar su talento para la manipulación.

El 26 de agosto, difícilmente más de dos semanas después de haber asumido su puesto, habló en una reunión de altos comandantes de la SS y les

comunicó el terrible juicio, basado, dijo, en una sólida investigación, de que el movimiento nazi había sido ampliamente infiltrado por espías y agentes de la policía y partidos rivales. Tras advertirles que debían estar en guardia contra tales enemigos entre ellos, quienes tenían que ser erradicados a toda costa, no dejó ninguna duda en su público de que él era el hombre indicado para la tarea, y de que esperaba su plena cooperación. Tal vez Heydrich haya hecho esa advertencia para favorecer su posición, pero no era del todo infundada; su alocución confidencial fue detalladamente reportada en los archivos de la policía de Munich al día siguiente.[21]

Nueve días después de que Heydrich habló ante los comandantes, la *SS-Order* número 43 informó a todas las unidades de la SS que, "con efecto inmediato, cada *Abschnitt* (división) instalará una oficina de Ic a cargo de todas sus actividades de inteligencia. Subsecuentemente, se prevé una oficina de Ic para cada *SS-Standarte* (regimiento)".[22] Antes, las labores de inteligencia habían constituido una pequeña parte de los deberes regulares de cada ayudante; en el futuro serían manejadas por oficiales especializados en Ic, que rendirían cuentas a Heydrich. Éste fue el primer paso en la creación del imperio de Heydrich dentro del de Himmler, el primer paso en la escalera que lo llevaría a un poder personal sólo por debajo del de Himmler mismo.

La autoritaria arrogancia e implacable ambición que habían arruinado su carrera naval eran vistas como cualidades deseables en la SS y Heydrich subió rápidamente en la jerarquía, alcanzando pronto grados en los que a su edad sólo habría podido soñar si se hubiera quedado en la marina. Fue ascendido a Hauptsturmführer (capitán) el primero de diciembre, mes en que finalmente se casó con Lina von Osten; un mes después se convirtió en Sturmbannführer (mayor), y para fines de julio de 1932 ya era Standartenführer (coronel). Sin embargo, su progreso carecía en gran medida de sentido: él seguía siendo básicamente un oficial del Estado Mayor, sin presupuesto departamental, y su sección de Ic era insignificante en comparación con los otros dos servicios de inteligencia dentro del partido, el Nachrichtendienst (ND), operado en cada Gau por el departamento nacional de propaganda de Goebbels, y la sustancial sección de Ic de la SA. Aunque Heydrich ya había pasado de la Casa Parda a un departamento con dos cuartos en año nuevo, su personal seguía constando

únicamente de él mismo y dos o tres asistentes, quienes operaban bajo la fachada de una oficina de prensa e información, a lo que Himmler tenía oficialmente derecho como diputado del Reichstag.

A causa de que la sección de Heydrich era tan pequeña, y de que la policía, posiblemente influida por un informante al que él había convertido en doble agente, parecía haber aceptado su fachada como oficina de prensa de Himmler, esa sección sobrevivió intacta cuando una serie de allanamientos policiales exhibieron y desacreditaron a la sección de Ic de la SA. Y cuando la SA y la SS fueron proscritas en abril de 1932, Heydrich pudo continuar sus operaciones sin interrupción. Por coincidencia, el ND de Goebbels se desintegró en esa época, aquejado por la incompetencia y las pugnas internas, así que cuando Papen levantó la prohibición de las organizaciones paramilitares en junio de 1932, la sección de Ic de la SS de Heydrich era el único servicio de inteligencia viable del partido.

También por coincidencia, la jefatura del partido se dio cuenta de que si quería controlar a los cada vez más poderosos barones locales del partido y la SA, necesitaba un servicio de inteligencia centralizado que los vigilara e informara de sus actividades a la Casa Parda, para que cualquier deslealtad o disensión pudiera ser sofocada. Himmler advirtió tanto la necesidad como la oportunidad de ello, y se propuso satisfacerlas convirtiendo su sección de Ic en un nuevo organismo, el SS-Sicherheitsdienst (Servicio de Seguridad de la SS), conocido simplemente como SD, bajo la dirección de Heydrich y encargado de descubrir cualquier amenaza al partido, interna o externa. Ésta fue una evolución natural del papel de la SS como policía interna del partido, y Rudolf Hess, como jefe de la dirección central de éste, le dio su bendición: sólo en la SS podía confiarse por completo para que informara sobre la SA y los jefes del partido. Pero lo que probablemente terminó por convencer a Hess fue que, a diferencia de Goebbels y Röhm, los otros contendientes por el servicio de seguridad, Himmler no parecía representar ninguna amenaza personal a su posición en la jerarquía del partido.

Durante el resto de 1932 y primera parte de 1933, Heydrich se dedicó a reclutar personal y a establecer una red de oficiales y agentes del SD en toda Alemania. Aunque sus oficinas seguían en Munich, Berlín era el punto de apoyo esencial para toda operación nacional, y él se trasladó allá a fin de año con Lina, quien esperaba a su primer hijo. Inicialmente Daluege, como

comandante del Grupo Este de la SS, recibió con gusto al recién llegado y cooperó estrechamente con él. Pero todo cambió luego de que Daluege se volvió comisario especial de Göring y empezó a formar su propio servicio de inteligencia en el Ministerio del Interior de Prusia. Viendo a Heydrich como hombre de Himmler y resintiendo su intrusión en su feudo, bajó la cortina y se negó a hablar con él. Heydrich descubrió de súbito que era *persona non grata* en Berlín, incapaz de atravesar la muralla de asistentes y recepcionistas de Daluege. Esto fue una bofetada, pero para entonces apenas si importó. Los acontecimientos marchaban a toda prisa en Baviera, y el 9 de marzo de 1933, Himmler lo llamó de vuelta a Munich, donde tenía un nuevo e interesante trabajo esperándolo.

Al principio, Heydrich no percibió la significación de su nuevo puesto como director del Departamento Político VI de la Policía de Munich. Estaba muy concentrado en la extensión de su red del SD, e incluso trató de ejercer su nueva función viajando todos los días desde Berlín. Pero para fines de ese mes Himmler ya había renunciado a su puesto como jefe de la policía de Munich, cediendo el control de todas las labores policiales regulares a la SA a cambio de una Policía Política Bávara (PPB) independiente de la policía regular y bajo su control personal como Reichsfuhrer-SS. La nueva PPB era el equivalente de la Gestapo de Göring, y Heydrich sería su jefe.

El plan de Himmler —la siguiente etapa en su gran proyecto general— era repetir el proceso de Baviera en todos los estados alemanes fuera de Prusia, y que hombres del SD de Heydrich se encargaran de cada nueva fuerza de policía política. Como miembros de la SS, todos ellos, desde luego, rendirían cuentas a Himmler, quien obtendría de este modo el control general del aparato entero de la policía política no prusiana. Sólo sería cuestión, entonces, de quitarle la Gestapo a Göring —tarea nada fácil, pero de ninguna manera imposible—, y Himmler tendría bajo su mando una policía política nacional unificada que sería sinónimo de la SS. El poder efectivo que esto le concedería en un Estado policiaco sería enorme, y Heydrich gozaría de gran parte de él.

El imperio de la SS de Himmler se extendía ya exponencialmente. Habiendo delegado en Heydrich la responsabilidad de las labores de la policía

política, Himmler dirigió su atención a la SS en su conjunto, que escapaba aun a su legendaria capacidad de detallada administración. Necesitaba un suplente, un ayudante que lo relevara de parte de la carga, y el hombre que eligió para este vital puesto fue Karl Wolff, joven, brillante y afable oficial que ejemplificaba los reclamos de Himmler de que la SS era una organización de elite. De 1.80 metros de estatura, ojos azules y cabello rubio, Wolff era el perfecto espécimen ario, sin cadáveres semíticos en el armario y un impecable pasado de clase media alta: su padre era juez de distrito en Darmstadt, y él había estudiado en el mejor Gymnasium de la ciudad. Aunque era sólo seis meses mayor que Himmler, había servido durante la guerra en el prestigioso regimiento 115 de la guardia de caballería de Hesse, dirigido por el gran duque de Hesse-Darmstadt en persona, dedicando un año a la acción en el frente, donde obtuvo el ascenso a teniente y la Cruz de Hierro, primera y segunda clases. Después de la guerra se había ligado matrimonialmente con una buena familia, y tras varios empleos en la banca y el comercio había puesto una agencia de publicidad en Hamburgo, hasta que quebró a causa del colapso económico de 1931. Buscando una salida al abismo de la desesperación, recurrió a la SS, junto con muchos otros resentidos y desilusionados jóvenes empresarios y profesionales, entre ellos Heydrich, quien también se afilió por esos días. La elección de Wolff como su ayudante fue una sabia decisión de Himmler, porque era inteligente y trabajador y se desenvolvía con soltura tanto en el ejército como en los principales círculos empresariales. Entre ambos se desarrolló pronto una estrecha relación, y Himmler dio en llamarlo con el afectuoso diminutivo *Wolffchen* como marca de su consideración personal.

Una vez que los nazis tomaron el poder en Baviera, los acontecimientos ahí fueron eco de los que ya habían tenido lugar en Prusia, aunque con una o dos diferencias significativas. Wagner estableció una policía auxiliar, tal como había hecho Göring, pero la dividió en dos ramas: la policía auxiliar de seguridad, bajo el mando general de Röhm, extraída de la SA y los Stahlhelm, y la policía política auxiliar, en realidad la SS, comandada por Himmler como Reichsführer-SS. Cuando la gran oleada de arrestos de comunistas, socialistas y otros opositores al nuevo régimen inundó las

prisiones bávaras, la SA y la SS fueron autorizadas a encarcelar a sus adversarios en campos oficialmente aprobados, financiados por el Estado.

Inicialmente, hubo campos dirigidos por la SA y la SS en todos los pueblos y ciudades grandes de Baviera, pero Himmler, con su obsesiva preocupación por el orden, actuó rápidamente para ponerlos bajo su centralizado control. En marcado contraste con los problemas que Göring enfrentó, su trato con Röhm le supuso pocos problemas para sacar a la SA de la jugada, en tanto que los hombres de la SS eran subordinados suyos. El 21 de marzo anunció a la prensa que abriría un nuevo gran campo de concentración en una antigua y abandonada fábrica de explosivos cerca del poblado de Dachau, a las afueras de Munich. Tendría cabida hasta para cinco mil presos políticos comunistas y socialdemócratas.[23]

Para enfatizar la legitimidad de ese campo, Himmler lo dotó primero de policías, bajo el mando de un oficial de la policía estatal regular. Pero cuando este oficial se quejó de las condiciones del campo y cuestionó la legalidad de algunos arrestos, Himmler lo remplazó por el SS-Obersturmführer Hilmar Wäckerle, y a los guardias por miembros de la policía política auxiliar; en otras palabras, por hombres de la SS. Por órdenes de Himmler, Wäckerle emitió un reglamento según el cual los presos que "causaran problemas" serían ejecutados, y en las seis semanas siguientes al menos once hombres —todos los cuales, menos uno, eran comunistas o judíos— fueron muertos a tiros "mientras huían o atacaban a guardias" o "se suicidaron". En las protestas consecuentes, los adversarios de Himmler en la dirigencia bávara, entre ellos Epp y el ministro provisional de Justicia, Hans Frank, empezaron a formular cargos de homicidio. Himmler aseveró, sin embargo, que dado que todos los reclusos de Dachau eran presos políticos detenidos conforme a las reglas de emergencia, estaban fuera de los sistemas judicial y penal normales, y los cargos se retiraron. Él estableció rápidamente el principio, que más tarde se extendería a todo el Reich, de que la "custodia preventiva" era prerrogativa exclusiva de la policía política, y de que todo lo relacionado con ella era ajeno a los demás.

Como una concesión a sus críticos, Himmler despidió a Wäckerle. Lo remplazó entonces por el aún más sanguinario Theodor Eicke, de cuarenta y un años, expolicía y exoficial de seguridad del gigantesco consorcio

químico IG Farben, quien había estado en problemas más o menos constantes desde que dejó el departamento del pagador del ejército al final de la guerra. Para que pudiese ocupar su puesto, Himmler tuvo que rescatarlo de un hospital psiquiátrico, en el que había sido internado por un furioso Gauleiter tras encabezar una revuelta local de la SA y la SS. Ésa fue una deuda que Eicke nunca olvidaría. Asumió su nuevo puesto con entusiasmo tanto como con gratitud: él sería el arquitecto y jefe del sistema de campos de concentración nazis, fundando las infames formaciones de guardias de la Calavera y remplazando la casual brutalidad de los campos de la SA por la violencia y el terror disciplinados e institucionalizados.

La creciente base de poder de Himmler descansaba sólidamente en esos tres elementos —la SS, la policía política y los campos de concentración—, los cuales estaban entrelazados y eran interdependientes, pero se mantenían estrictamente separados. Lo que ocurría en los campos era dominio exclusivo de Eicke, quien rendía cuentas única y directamente a Himmler. Heydrich era responsable de enviar gente a los campos de concentración, y de decidir si y cuándo debía ser liberada, pero no tenía voz alguna en lo que sucedía dentro de ellos. De igual forma, Wolff no tenía jurisdicción sobre los campos y la policía política. Al separar la autoridad de sus tres principales asistentes y restringir a cada uno a su área, Himmler se cercioraba de que ninguno de ellos fuera tan fuerte para amenazar su puesto.

Durante el mes de marzo, Himmler había fortalecido su posición personal y la de la SS, explotando la paranoia de Hitler. Entre los presos políticos que había arrestado en Munich estaba el conde Anton von Arco-Valley, el hombre que había asesinado al primer ministro bávaro Eisner en 1919 y que había sido sacado de su celda en Landsberg para dejar sitio a Hitler en 1923. Himmler aseguró que Arco-Valley había admitido haber tramado un *coup* contra Hitler.[24] Además, reclamó debidamente sus méritos por esto, y por frustrar un intento de asesinato por parte de tres agentes soviéticos, quienes habían "puesto tres granadas de mano cerca del monumento a Richard Wagner donde estaba previsto que pasara el automóvil de Adolf Hitler".[25] Días después, advertía al Führer: "Por información recibida de Suiza, desde hace varios días sabemos de planes comunistas de ataques

contra el canciller federal, Adolf Hitler, e importantes personalidades del nuevo Estado”.

Hitler necesitaba poco para convencerse de que tales amenazas eran genuinas. En prácticamente cada reunión del gabinete hacía alguna referencia a ellas: “El efecto de un exitoso ataque en mi contra sería terrible”, dijo a los ministros el 7 de marzo. Ni siquiera en la cancillería se sentía seguro; los guardias fueron provistos por el ejército, y la experiencia había minado la confianza de Hitler en los generales. Pero había un hombre y una organización en los que sabía que podía confiar sin reservas: el fiel Heinrich Himmler, siempre tan preocupado por su seguridad, y su SS. Por órdenes suyas, Himmler aportó ciento veinte hombres, cuidadosamente seleccionados, para su protección personal, bajo el mando de un fornido bávaro, el SS-Gruppenführer Josef (Sepp) Dietrich. Ese mismo año dio a esta unidad especial el nombre de SS-Leibstandarte Adolf Hitler, la Guardia Personal de Adolf Hitler.

Habiéndose ganado la confianza de Hitler, y con la estructura tripartita de su base personal de poder firmemente establecida, Himmler estaba listo entonces para empezar a ampliar sus operaciones desde Baviera al resto del país. Esto le llevaría casi un año, y se haría, desde luego, callada y discretamente; pero una vez comenzado, su ascenso sería inexorable.

EL FIN DE LA REVOLUCIÓN PARDA

Con el poder asegurado y los comunistas bajo control, Hitler y los nazis pudieron dirigir su atención a sus demás enemigos sin temor a la oposición, al menos dentro de Alemania. Esos enemigos incluían a los socialdemócratas, los sindicatos e incluso la Iglesia católica, pero al principio de la lista estaban los judíos. La SA (Sturmabteilung, Sección de Asalto), desde luego, había atacado a los judíos durante años, aceptando insolentemente el arresto ocasional como parte del juego, pero tras las elecciones de marzo se eliminó incluso la menor posibilidad de interferencia legal. El 9 de marzo de 1933, Goebbels dio el consentimiento a los miembros de las tropas de asalto de Berlín para iniciar una agresión organizada contra los ciento sesenta mil judíos de esa ciudad. Operando en grupos de entre cinco y treinta hombres, arrasaron las calles lanzándose sobre todos los judíos que encontraban a su paso. El *Manchester Guardian* informó que muchos de ellos fueron golpeados "hasta hacer correr sangre por su cabeza y su cara, y magullados en la espalda y los hombros. Muchos se desmayaron, y se les dejó tirados en las calles".[1]

En los días y semanas siguientes, los ataques se intensificaron y extendieron a otros pueblos y ciudades. Quienes habían tenido el valor de hablar claro en el pasado recibieron un tratamiento especialmente salvaje. En otro artículo, el *Manchester Guardian* refirió que un hombre de negocios y prestamista judío en Straubing, Baja Baviera, que había ganado un juicio por difamación contra un diputado nazi del Landtag bávaro, fue sacado a rastras de su cama por cuatro hombres armados que habían entrado a golpes a su casa, se lo llevaron en un auto y lo mataron a tiros.[2] Un joven judío aprendiz de panadería en Berlín, había acusado previamente de agresiones a matones de la SA, quienes fueron arrestados y condenados. Cobraron venganza entonces, arrastrándolo a su cuartel, donde lo mataron a golpes. Antes de arrojar su cuerpo desnudo a la calle desde una ventana de

arriba, tomaron sus puñales y grabaron una enorme svástica en su pecho. Esta vez no hubo arrestos ni condenas.[3]

Se hizo escasa mención de esos ataques en los medios informativos alemanes, que Goebbels ya censuraba, pero no pudo hacer nada con la prensa extranjera. En todo el mundo brotaron indignación y enojo, en especial en países con significativa población judía como Estados Unidos, donde el American Jewish Congress inició una campaña por un boicot mundial contra bienes alemanes. La reacción en el partido fue rápida: encabezados por el archiantisemita Julius Streicher, Gauleiter de Franconia, los radicales nazis clamaron por un contraboicot sobre comercios, tiendas departamentales y negocios judíos en Alemania. Goebbels había llenado de artículos antisemitas la prensa alemana desde la elección, pero esta vez hizo todo lo posible por colocar también artículos en periódicos extranjeros, para contrarrestar lo que llamó "la propaganda sobre los horrores contra los judíos" en el exterior. El 26 de marzo señaló con petulancia: "Mi artículo contra la propaganda sobre los horrores se publica en el *Sunday Express*, y causa buena impresión. Nos facilita un poco las cosas en Inglaterra".[4]

Cuando ese artículo se publicó en el *Sunday Express*, Goebbels estaba en Berchtesgaden, convocado por Hitler, quien había "analizado a fondo la situación en la soledad de las montañas"[5] y decidido qué debía hacerse. Alemania llevaría a cabo su propio boicot contra negocios judíos a partir del primero de abril, el cual sería organizado y dirigido por un comité central de trece fanáticos del partido bajo la jefatura de Streicher. Göring, siempre ambivalente ante el antisemitismo, fue notoriamente omitido, lo mismo que Frick. Pero Himmler fue uno de los trece, al igual que el *protégé* de Goebbels, Reinhold Muchow, de veintiocho años de edad, quien había sido su jefe de organización en el gran Gau de Berlín y promovido la introducción de células del partido en fábricas. Goebbels, aunque quizá decepcionado por no haber sido puesto al mando general, habría de redactar y publicar las necesarias proclamas, y de convencer de la operación no sólo al partido, sino también a la sociedad alemana, lo cual hizo tan exitosamente con artículos, discursos y programas de radio que su nombre quedó asociado para siempre con este boicot. La línea que propaló, tanto nacional como internacionalmente, fue que las acciones contra los judíos eran medidas defensivas que una renuente Alemania se veía obligada a tomar para protegerse contra el antagonismo de la comunidad judía

internacional. “¡Los judíos del mundo entero tratan de destruir a Alemania!”, chillaban los carteles de Goebbels en toda la nación. “¡Defiéndete, pueblo alemán! ¡No compres nada a los judíos!”.[6]

De hecho, el boicot no fue un gran éxito, salvo como ominosa advertencia para los judíos alemanes. La reacción de la opinión pública general en Alemania fue ambivalente, pero la protesta internacional fue tan enérgica que Schacht y el ministro del Exterior, Neurath, suplicaron a Hitler suspender ese acto, temiendo que tuviera desastrosos resultados en la economía alemana y en el prestigio del país en el extranjero. Algunos llegaron incluso más lejos, como indicó Goebbels el 31 de marzo: “Muchos se muestran desanimados y aprensivos. Creen que el boicot podría conducir a una guerra”.[7] Hitler sacó provecho de la situación, diciendo a los gobiernos estadunidense, británico y francés que sólo pospondría o suspendería el boicot alemán contra negocios judíos si ellos declaraban su oposición oficial a todo boicot contra bienes alemanes en sus países. Para su sorpresa, todos cedieron y se apresuraron a apaciguarlo: su primer intento de chantaje internacional había dado resultado.

Llegado el momento, la medida siguió adelante —habría sido imposible contener a la SA en esa etapa—, aunque por un solo día, el primero de abril. Como era sábado, muchos negocios judíos estaban cerrados de todas maneras, pero los miembros de las tropas de asalto tomaron las calles en gran número, apostando a hombres fuera de comercios y tiendas departamentales propiedad de judíos, sosteniendo letreros que exhortaban a la gente a no entrar y pintarrajeando en los escaparates grandes estrellas de David amarillas y la palabra *Jude* (judío), junto con lemas antijudíos. “En muchos casos”, escribió a una amiga lady Rumbold, esposa del embajador británico, “se colocaron rótulos especiales que decían que en ese comercio en particular se explotaba a los trabajadores, y seguido se veían caricaturas de narices judías. Todo fue extremadamente cruel y bárbaro, con el único fin de maltratar a gran número de personas indefensas.”[8]

En general, hubo poca violencia ese día. La gente se aglomeró en comercios y tiendas por curiosidad, y muchos se propusieron comprar algo, no importaba qué. El novelista inglés Christopher Isherwood, por ejemplo, adquirió un totalmente innecesario rallador de nuez moscada, lo primero que vio en la tienda a la que entró, y al salir lo sacudió en la cara del joven

de la SA en la puerta, quien reaccionó con un parpadeo.[9] No todos tuvieron tanta suerte, sin embargo; un abogado en Kiel que se atrevió a discutir con milicianos de las tropas de asalto fue llevado al cuartel de la SA y fusilado. Este "linchamiento" fue noticia de primera plana en la mayoría de los periódicos extranjeros, pero Hitler simplemente lo ignoró, afirmando en su siguiente discurso que "a los judíos de Alemania no se les ha tocado un solo pelo".[10] Goebbels estaba demasiado contento para compartir la ceguera selectiva del Fürher, y describió ese día como "un impresionante espectáculo", elogiando la "perfecta disciplina" de las tropas de asalto.

Goebbels había tenido un día muy ocupado, pues se la pasó yendo y viniendo por Berlín para cerciorarse de que todos lo vieran como el rostro del régimen. Pasó la mañana recorriendo las principales calles comerciales del Sector Oeste; en la tarde habló ante los que dijo ser ciento cincuenta mil obreros en el Lustgarten (Jardín de recreo), "quienes marcharon para unir su protesta a la nuestra contra la propaganda sobre los horrores en el extranjero"; en la noche regresó al mismo sitio para hablar frente a cien mil muchachos de las Juventudes Hitlerianas, antes de atravesar a toda prisa la ciudad hasta la Torre de Bismarck, sobre el Müggelberge en el distrito de Köpenick, donde una multitud de estudiantes juró lealtad al Reich.[11] Sus discursos en el Lustgarten se transmitieron por radio a toda la nación: tal vez ese día no haya sido particularmente exitoso como boicot; pero como pieza de autopromoción de Joseph Goebbels, fue un triunfo.

Una semana después, el 7 de abril, Goebbels desempeñó un papel protagónico en una reunión de gabinete de seis horas de duración que no sólo confirmó el fin del sistema federal de Alemania mediante una retroactiva Ley para la Coordinación (*Gleichschaltung*) de los Estados en el Reich, sino que también inició el proceso de exclusión legal de la vida pública de los judíos y adversarios políticos de los nazis. Esto se consiguió con dos medidas: la eufemísticamente llamada Ley para la Restauración del Servicio Civil Profesional y la Ley sobre la Admisión a la Práctica del Derecho. Ninguna de estas nuevas leyes mencionaba específicamente a los judíos, socialistas o comunistas, haciendo referencia únicamente a las personas de "ascendencia no aria" —definidas como aquellas que tuvieran incluso un abuelo "no ario"— y a las que, "con base en sus previas actividades políticas, no ofrecen garantías de apoyar sin reservas al Estado

nacional”. Ambas categorías fueron proscritas del servicio civil —que incluía no sólo a funcionarios ministeriales y locales, sino también a maestros, académicos y médicos de hospitales del Estado— y de la práctica del derecho. Las únicas excepciones, a instancias de Hindenburg, fueron los judíos que habían servido en el frente en la primera guerra mundial. Habría muchas leyes y decretos más en el futuro próximo, pero los cimientos ya se hallaban firmemente en su sitio. “Bien podría decirse que hoy la historia se rehace en Alemania”, se regocijó Goebbels.[12]

En esa misma maratónica reunión de gabinete del 7 de abril se aprobó también el plan de Goebbels de convertir el Día del Trabajo en una fiesta nacional, una astuta maniobra de despojo contra comunistas y socialistas y de atracción de nuevos seguidores entre los obreros. Como antiguo marxista, Goebbels sabía muy bien lo tenue que era para aquéllos la línea divisoria entre las dos filosofías; en efecto, gran número de Combatientes del Frente Rojo amantes de los puñetazos ya se habían pasado a la SA, donde cínicos berlineses los apodaron “nazis bistec, pardos por fuera y rojos por dentro”. También sabía cuánto les gustaba la tradicional atmósfera de fiesta del Día del Trabajo y cuánto la extrañarían. Bueno, él les daría nuevas fiestas, con el así rebautizado Día Nacional del Trabajo. La idea fue bien recibida en general: Goebbels se sintió tanto satisfecho como divertido cuando los líderes de los Sindicatos Cristianos le pidieron prometer que los miembros de estos últimos marcharían con los nazis en el desfile, a cambio de lo que llamaron “un trato justo”. “¡Inocentes e ingenuas almas!”, se burló él en su diario. “¡Como si nosotros dependiéramos de alguna forma de los Sindicatos Cristianos en nuestro llamado al pueblo alemán! No parecen haberse dado cuenta todavía de lo que realmente ocurre. En menos de seis meses habrán sido completamente aniquilados, y no tendrán ninguna influencia.”[13]

Goebbels ordenó que se iniciaran de inmediato los preparativos de las celebraciones del Día del Trabajo, que culminarían en la noche con desfiles y espectáculos y discursos en el campo Tempelhof de Berlín. Sus planes fueron meticulosos, en especial los de las “espontáneas” manifestaciones de alegría que exigió. Pero los bocetos iniciales del escenario fueron menos que inspiradores. Como después recordaría Albert Speer, quien los vio por casualidad en el escritorio de su amigo Hanke mientras visitaba el

Ministerio de Propaganda, “ofendieron mi sensibilidad tanto revolucionaria como arquitectónica”. “Parecen los decorados para una reunión de un club de rifleros”, exclamó. Hanke respondió con un reto: “Si puedes hacerlo mejor, adelante”.[14] Speer podía, y lo hizo. Esa misma noche bosquejó sus ideas de un inmenso estrado contra un fondo de estandartes rojos, blancos y negros de quince metros de alto colgados de bastidores de madera, separados por estandartes con la svástica e iluminados desde abajo por potentes reflectores dirigidos al cielo para crear una “catedral de luz”. Era melodrama puro.

El jefe de Speer en su empleo ordinario en la Universidad Técnica de Berlín, el profesor Heinrich Tessenow, rechazó los bocetos por ostentosos —“Son exagerados, eso es todo”—, pero Hanke los consideró excelentes, y se los pasó a Goebbels, quien los presentó a su vez a Hitler, a quien le encantaron. Goebbels los reclamó pronto como idea suya. El Día Nacional del Trabajo siguió adelante, con los bocetos de Speer, y fue un gran éxito. Se había fijado el estilo de las futuras concentraciones nazis, y Goebbels se atribuyó gustosamente el crédito.

Al día siguiente se cumplió la profecía de Goebbels cuando la SA y la SS (Schutzstaffel, Escuadrón de Protección) ocuparon oficinas sindicales en toda Alemania y la totalidad de los sindicatos fueron absorbidos, obligatoriamente, por una gigantesca organización, el Frente Obrero Alemán, con excepción de los Sindicatos Cristianos, a los que se les permitió sobrevivir hasta junio. Otros líderes sindicales fueron arrestados y encarcelados. El Frente Obrero era, desde luego, un brazo subsidiario del partido nazi, y fue puesto bajo el mando de Robert Ley, el Gauleiter de Colonia. Aunque Ley acostumbraba beber, era un astuto operador político y su nueva base de poder, respaldada por los considerables recursos financieros que arrebató a los sindicatos, lo convirtió en un rival potencial, en quien Goebbels tendría que fijar nerviosa atención.

Antes de las festividades del Día del Trabajo, Goebbels gozó de dos triunfos más, uno al establecer el cumpleaños de Hitler, el 20 de abril, como evento nacional con desfiles y bandas y torrentes de regalos, el otro, un asunto mucho más personal. El 25 de abril regresó a su tierra natal de Rheydt, para recibir las llaves de la ciudad. Apenas nueve meses atrás había sido echado por una turba que le arrojó piedras; esta vez, la plaza de la

ciudad estaba repleta de una entusiasta multitud, y él fue agasajado en su antigua escuela y honrado con representaciones teatrales y alabanzas públicas. Terminó el día parado en un auto descubierto fuera de la casa de su madre con el brazo en alto a la manera hitleriana, presidiendo una procesión de antorchas de lugareños. Y para rematar, la Dahlener Strasse, donde estaba esa casa, fue rebautizada como Joseph-Goebbels-Strasse.

Difícilmente Goebbels habría podido pedir un triunfo más dulce, o prueba más convincente de la bajeza de la humanidad que tanto despreciaba. La bajeza de su propio carácter queda revelada una vez más en la correspondiente entrada de su diario. Tras afirmar que sólo "había soportado" la magna recepción por el bien de su madre, quien había sufrido "calumnia y persecución" durante años por su culpa, señaló santurronamente: "Ya se sabe cómo es esto. Ser marginado de la sociedad es estar condenado a muerte [...] Cuando se es indefenso tanto como sensible, uno puede derrumbarse por completo bajo tal crueldad". Con inconsciente ironía, la entrada de ese día terminaba: "El gabinete aprueba la nueva ley contra los judíos. Un avance decisivo".[15]

Goebbels no fue el único en enterrar el recuerdo de su pasado ese abril. En la Pascua, Göring había regresado a Italia, con sus recuerdos de congoja y frustración y, por supuesto, de Carin. El contraste con aquellos oscuros días de nueve años atrás apenas habría podido ser más marcado. Entonces había sido un bandolero herido y perseguido; ahora era un hombre de poder y fortuna en misión oficial: Hitler lo había enviado como su emisario especial para establecer relaciones amistosas con Mussolini, y para convencer al Duce de que Alemania no tenía designios sobre Austria, que compartía una frontera con Italia. También debía desarmar al Vaticano, persuadiendo a los clérigos de que los nazis no eran tan anticatólicos como los pintaban, sino aliados de la Iglesia en su determinación de destruir al mortal enemigo de ésta, el comunismo.

A Göring le agradó la idea de fungir como ministro alterno del Exterior en lugar del veterano diplomático Konstantin von Neurath, quien era implacablemente hostil al gobierno fascista. Para impresionar a los italianos con su categoría de entonces, había dispuesto que Hitler le telegrafiara un mensaje abierto el día de su llegada, 10 de abril, confirmando su nombramiento como primer ministro de Prusia, pese al bochorno que esto

causaría a Papen, quien lo acompañaba. Es obvio que la maniobra funcionó, pues él vio a Mussolini al menos tres veces, y volvió a casa con una reluciente condecoración italiana por añadir a sus medallas de guerra, la primera de lo que habría de convertirse en una gran colección.

También se reunió con el Papa, aunque, como protestante nominal, cedió tranquilamente la mayor parte de la plática a Papen, que era católico. Las conversaciones de Papen con el Vaticano marcaron un acercamiento con las autoridades de la Iglesia, que se selló en julio con un concordato, firmado por Papen a nombre del Reich y por el secretario de Estado papal, monseñor Eugenio Pacelli, exnuncio papal en Alemania y futuro papa Pío XII, a nombre del Vaticano. Al garantizar el derecho de la Iglesia a “regular sus propios asuntos” a cambio de la promesa de no interferir en cuestiones políticas, esto silenció efectivamente a la oposición católica en Alemania. El jefe de la Iglesia en Baviera, el cardenal Faulhaber, que había sido un franco crítico de los nazis, se aprestó entonces a hacerse de la vista gorda ante sus excesos y escribir una empalagosa carta de felicitación a Hitler que concluía: “Dios guarde al canciller federal para nuestro pueblo”.[16]

Para Göring, las reuniones más importantes durante su estancia en Roma fueron con el general Italo Balbo, ministro de Aviación y héroe de guerra como él. Balbo, quien lucía entonces una barba de chivo, era un personaje aún más ampuloso que Göring, igualmente adicto a uniformes deslumbrantes y solemnes gestos; seguía organizando espectáculos aéreos, y le gustaba enviar escuadrillas de grandes aviones a cruzar los mares para demostrar el esplendor de la aviación fascista. En 1931 había despachado un escuadrón de nueve aeronaves en un vuelo pionero a través del Atlántico sur, que había elevado considerablemente el prestigio de Italia. Para entonces planeaba un triunfo aún más espectacular: en julio de 1933 dirigiría una escuadrilla de no menos de veinticuatro hidroaviones Savoia Marchetti a través del Atlántico norte que aterrizarían en el lago Michigan, en medio de una calurosa recepción de los ciudadanos de Chicago, cuya población incluía a unos trescientos mil ítaloestadunidenses. Balbo fue agasajado como vencedor, poniendo incluso su nombre a una calle. Y como esa ciudad era sede entonces de la exposición de la Feria Mundial, su fama se volvió internacional, amenazando con eclipsar la del propio Mussolini. Éste, por supuesto, fue un grave error. Al regresar a casa, el Duce lo honró ascendiéndolo al rango de mariscal del aire, y luego lo quitó de su camino,

destituyéndolo de su cargo y enviándolo a gobernar Libia. La fuerza aérea italiana, que había sido una de las más avanzadas del mundo, terminó por volverse obsoleta. Uno de sus primeros actos, cuando Italia entró a la segunda guerra mundial fue derribar y matar, por accidente, al propio Balbo.[17]

En abril de 1933, sin embargo, Balbo seguía, literalmente, volando alto y aún tenía mucho que ofrecer a los polluelos alemanes. Göring había llevado consigo a Milch, y entre ellos idearon los detalles de cómo Italia podía ayudar al arranque de la nueva Luftwaffe a espaldas de las potencias aliadas. Inicialmente, lo más útil era el adiestramiento de pilotos, que Balbo estuvo de acuerdo en aportar. El primer contingente, cuidadosamente seleccionado, de pilotos alemanes incluía al joven Adolf Galland, quien habría de convertirse en el principal as de caza de Alemania en la segunda guerra mundial, y quien más tarde recordaría haber regresado de Italia en el otoño de 1933 como "un piloto de caza casi perfectamente adiestrado". Nicolaus von Below, en cambio, quien después sería ayudante de Hitler en la Luftwaffe, consideró "improductivas" sus escasas semanas en Italia. "Los instructores italianos", escribió, "no tenían la menor intención de sernos útiles." Creía haber aprendido más en Lipezk, en la Unión Soviética, donde había sido uno de diez reclutas de la "Luftwaffe Negra" durante cinco meses en 1929.[18] Al año siguiente, recién graduado, pero aún bajo apariencia civil, Galland empezó a adiestrar en secreto a pilotos de caza en la Escuela Alemana de Aviación Comercial de Schleissheim.[19] Las futuras cuadrillas de bombarderos de Göring, mientras tanto, practicaban vuelos nocturnos de larga distancia con un servicio de paquetería aérea entre Berlín y Prusia oriental para los ferrocarriles federales.

Göring tenía prisa para sentar las bases de su Luftwaffe. A principios de 1933 había prometido a sus antiguos colegas de la aviación y a los fabricantes de aeronaves que la fuerza aérea alemana renacería; y ahora que Hitler le había dado luz verde, no tenía intención de permitir que algo se interpusiera en su camino. Dejó gustosamente a Milch a cargo de los detalles —que de todas maneras nunca fueron su fuerte—; pero cuando su secretario de Estado le presentó su programa de creación de la compleja infraestructura necesaria para la nueva fuerza aérea, sencillamente se rio de él. "¿Planeas hacer todo esto en cinco años?", le preguntó con sorna. "¡Tienes seis meses!".

Su actitud ante el reclutamiento de altos oficiales fue igualmente displicente. Con el respaldo de Hitler, seleccionó cuidadosamente a los mejores oficiales del ejército, pese a las protestas del ministro de Defensa, Blomberg. Entre ellos estaban los coroneles Walther Wever, quien había sido señalado como posible comandante en jefe y a quien nombró jefe del Estado Mayor de la aviación; Albert Kesselring, al que designó jefe administrativo, y Hans-Jürgen Stumpff, jefe de personal. Stumpff se encargó entonces del reclutamiento, eligiendo a ciento ochenta y dos oficiales del ejército y a cuarenta y dos del servicio aéreo de la marina durante el primer año.

Una fuerza aérea, desde luego, no es nada sin aviones. Cumpliendo su promesa de enero a los fabricantes, Göring autorizó a Milch expedir contratos para la fabricación de mil aviones, respaldados por sustanciales créditos gubernamentales. Éstos serían los bombarderos, aviones de caza y aviones militares de transporte prototípicos, disfrazados de aparatos civiles, como los Junkers 52, Heinkel 111, Focke-Wulf FW-200 y el hidroavión Dornier. Fue un pedido cuantioso para una industria que en ese momento empleaba a sólo tres mil quinientas personas en toda la nación, pero Göring estaba resuelto a que creciera, y a que creciera rápido. La calidad podría resentirse al principio, al reclutarse a hombres inexpertos, pero éstos podían y debían ser capacitados: con seis millones de desempleados, había para escoger entre gran cantidad de ingenieros y operarios ya dueños de habilidades rápidamente adaptables.

Para comenzar, Göring nacionalizó la compañía más grande, Junkers, con capacidad entonces para fabricar sólo dieciocho aviones de transporte Ju-52 al año, e invirtió mucho dinero en ella. Meses después ésta empleaba a nueve mil hombres en sus plantas de montaje, mientras que otros cuatro mil quinientos producían motores de avión. Al mismo tiempo, cientos de miles se destinaron a la construcción de campos de aterrizaje y cuarteles, supuestamente para organizaciones como el Centro de Transporte Aéreo y Terrestre del Reich. Aunque todavía era estrictamente mantenida en secreto, la Luftwaffe cobraba forma al acostumbrado paso enloquecedor de Göring.

Mientras el desarrollo de la Luftwaffe permaneciera en secreto, se podía seguir haciendo creer a la gente que el puesto de Göring como ministro de Aviación era meramente una agradable prebenda en reconocimiento de su

pasado y su especial interés en el pilotaje. Pero no hubo engaño comparable en otro puesto que Hitler le otorgó en ese tiempo, como Señor de la Caza Alemana, pronto seguido por el de Señor de los Bosques Alemanes. Esto era puro placer, aunque un placer que él se tomaba extremadamente en serio.

La caza había sido una pasión desde su infancia, cuando recibió su primer arma y lecciones de su padrino, Epenstein, y se sintió orgulloso de su habilidad como tirador. Pasaba todos los fines de semana posibles acechando y disparando en los bosques y montes del norte de Berlín, particularmente en el Schorfheide, vasta extensión de selvas, llanuras y lagos que llegaba hasta la frontera con Polonia en el este y casi hasta las playas del Báltico en el norte. Ésa era un área que adoraba, y ahora que era virtual dictador de Prusia se dio como regalo una gran porción de ella, convenciendo a su gobierno de reservar unas cuarenta mil quinientas hectáreas como su propiedad personal. En medio de ellas, dominando el lago Wackersee, planeó construir un pabellón de caza según sus propias especificaciones, basado en un pabellón sueco en la finca Von Rosen. Se llamaría Carinhall, en memoria de su difunta esposa. Cuando la tumba de ella en Estocolmo fue pintarrajeada por manifestantes antinazis, mientras él asistía a una boda familiar ese verano, decidió erigir un mausoleo de granito, dando a la casa al otro lado del lago, y trasladar su cadáver para que yaciera allá, a la espera de su compañía.

La casa era modesta para comenzar, aunque al paso de los años sería ampliada hasta ser convertida en un grandioso palacio nórdico digno de un emperador. Fue terminada en sólo diez meses, bajo la supervisión de dos jóvenes arquitectos del gobierno prusiano, aunque fue enteramente creación de Göring —él escogió cada accesorio y detalle, incluido el diseño del que consideró adecuadamente rústico traje del personal, en verde y oro— y reflejaba con toda exactitud su personalidad: expansiva, opulenta y repleta de delicias curiosamente infantiles en pertenencias vistosas y a menudo de mal gusto. Esto también le dio otra oportunidad de disfrazarse, esta vez con trajes seudomedievales de largos jubones de piel, botas altas y suaves y amplísimas camisas de seda, y de andar por la casa y la finca portando una lanza.

Pese a las grandiosas áreas de recepción, las anchas escaleras, la piscina y el gimnasio en el sótano y las obras de arte que embutió en todos lados, el

más revelador salón de la casa era probablemente el espacio de veinticinco metros de largo en el desván, donde instaló un enorme circuito de tren eléctrico, con tramos rectos de vías que se tendían veinte metros y las mejores locomotoras y equipo rodante que era posible adquirir. Todo era operado desde un tablero de control instalado junto a un gran sillón de cuero rojo, para que Göring, el eterno colegial, pudiera jugar cómodamente con sus trenes. En una etapa posterior, introdujo aviones en miniatura sobre alambres, que podían descender en picada contra los trenes y arrojarles bombas de juguete, para aumentar la diversión. Otra fuente de inocente placer eran los jóvenes leones que había dado en tener como mascotas, y que corrían por la casa y el jardín, para consternación de muchos visitantes. Sin duda, los tenía principalmente para llamar la atención, pero al mismo tiempo los trataba con afecto genuino, que ellos parecían corresponder.

Mientras el Carinhall estaba en construcción, Göring siguió adelante con la conversión del resto de su dominio en un coto de caza donde pudiera recibir partidas de estadistas, reyes, príncipes, industriales y cualquier otro al que quisiera impresionar. Repobló los bosques con especies de aves y animales que habían sido cazados hasta su casi extinción; importó alces y bisontes de Canadá, Suecia y Prusia oriental; reintrodujo los potros salvajes y raras variedades de venados, e instituyó programas de crianza cuidadosamente controlados. Impuso nuevos controles, primero en Prusia y después en todo el Reich, para reglamentar la caza, prohibiendo el uso de venenos, lámparas, cepos y trampas de acero y fomentando medidas de conservación adelantadas varias décadas a su época, algunas de las cuales han sobrevivido hasta la fecha. Los cazadores eran sometidos a prueba para confimar que supieran manejar un arma antes de que se les concediera una licencia obligatoria, eran limitados a estrictas cuotas de presas y debían llevar consigo perros perdigueros entrenados, para que los animales heridos pudiesen ser hallados y sacrificados sin dolor. Y para reforzar su prestigio como amante de los animales, introdujo una nueva y rigurosa ley que prohibía la vivisección.

Como Señor de los Bosques Alemanes, la conducta de Göring fue igualmente admirable, instituyendo varias reformas ideadas para combinar la eficiente explotación de uno de los recursos naturales más importantes de Alemania con medidas de gran alcance para la conservación y la renovación. También inauguró esquemas para la creación de “pulmones

verdes” alrededor de ciudades alemanas, que sirvieron asimismo como santuarios naturales y áreas recreativas para la población urbana, otro ejemplo sobreviviente de sus pocos legados positivos.

Las aficiones de Goebbels eran tanto más urbanas como más finas que las de Göring. Sus placeres, aparte del sexo, eran principalmente intelectuales, y culturales sus intereses: había sido un ávido asistente a la ópera desde sus días de estudiante, gozaba la buena música, le gustaba ir al teatro y tenía un razonable cúmulo de lecturas; los diarios y el periodismo eran parte importante de su vida, y le entusiasmaba el potencial de la radio; pero su gran pasión era el cine. Era un cinéfilo notable, y sus diarios están llenos de visitas al cine, en ocasiones varias veces a la semana, a menudo acompañado por Hitler, antes de su ascenso al poder. Si la idea que Göring tenía del paraíso era un monte silvestre dotado de una perdurable provisión de dichosos y saludables animales de caza, la de Goebbels era seguramente una sala a oscuras atravesada por un parpadeante haz de luz proyectado sobre una enorme pantalla, preferiblemente con una bella actriz de cine a su lado. En su nuevo puesto, se dio cuenta de que todo eso —cine, radio, teatro, música, libros, prensa— podía estar a sus órdenes. Si jugaba sus cartas con suficiente inteligencia, podría convertirse en el zar absoluto de la vida cultural de Alemania. Ningún escritor rechazado habría podido esperar nunca tan dulce premio.

A todo lo largo de 1933, Goebbels trabajó diligentemente para establecer y extender sus áreas de control. No siempre fue fácil. La mayoría de ellas estaban en el territorio existente de otros ministros, naturalmente reacios a soltar cualquier cosa que contribuyera a su propio poder, mientras que otras eran codiciadas por sus competidores en la febril contienda nazi. Su primera tarea fue relevar a Frick de la supervisión general de todo lo cultural, prensa, radio, música, pintura, cine y teatro incluidos, tradicionalmente dominio exclusivo del Ministerio del Interior. Esto habría podido ser un problema, pero Funk se puso a trabajar de inmediato y pronto convenció a Frick de que era deseo de Hitler que ese papel se cediera a Goebbels. Para el 19 de abril, tras haber pasado la Pascua en el Obsersalzberg con Hitler, Goebbels pudo escribir: “Ya he fijado las áreas de autoridad de mi ministerio en relación con los demás ministerios involucrados. Las responsabilidades de mi departamento están definidas en

todas direcciones. Todo el departamento cultural del Ministerio del Interior es ahora de mi competencia”.[20]

El Ministerio del Interior no fue el único benefactor de Goebbels. El de Economía tuvo que ceder la responsabilidad sobre la totalidad de la promoción comercial, exposiciones, ferias comerciales y publicidad; el de Transporte le entregó el control de la publicidad sobre transporte y, finalmente, luego de una enconada batalla, el del Exterior se vio obligado a renunciar a toda la propaganda en el extranjero, así como a exposiciones de arte, películas y deportes, y a la Oficina de Prensa del Gobierno Federal.

Para Goebbels, las áreas más importantes eran la radio y la prensa, los dos instrumentos más potentes y directos para controlar el flujo de la información y dar forma a la opinión pública. Aun antes de integrarse al gabinete, había iniciado el proceso de meterlos en cintura, mediante decretos del Ministerio del Interior que les indicaban qué debían transmitir o qué no debían imprimir. Tan pronto como su ministerio estuvo instalado y en operación, procedió a afianzar su dominio, comenzando por la radio que, en su opinión, “se presta automáticamente al total control por el Estado”,[21] y a la que consideraba el medio del futuro, ideal para influir en las masas a través del poder de la palabra hablada. Él ya había demostrado su potencial con la cobertura del triunfo de Hitler el 30 de enero, y durante la última elección. Esta vez mostraría lo que podía hacer con ella cuando tuviera todo su control. Como correspondía, el primer evento nacional que se difundió por radio, bajo la dirección de Goebbels, fue el Día de Potsdam, su propia creación.

La radio fue fácil de absorber, debido, en parte, a que era un medio muy novedoso, aunque sobre todo a que su organización era relativamente simple. De hecho, ya había sido puesta bajo control del Estado por Papen en 1932, otro ejemplo de que éste había allanado el camino a los nazis. La red constaba de diez compañías regionales, bajo propiedad y control de la Compañía Nacional de Radiodifusión, que operaba las transmisoras y estaba a su vez bajo propiedad y control de la Oficina Postal. El jefe de correos no era rival digno de Goebbels y la soltó sin chistar, cediendo incluso las tarifas de licencia de dos marcos al mes por cada aparato receptor, lo que representó una útil adición a las finanzas del ministerio.

Menos de una semana después de haber asumido su puesto, Goebbels anunció que el Ministerio de Propaganda había adquirido todas las acciones

de la Compañía Nacional de Radiodifusión, y convocó a sus gerentes generales y directores y a todas las compañías regionales a la Casa de la Radio en Berlín, donde los arengó sin piedad. “No le demos más vueltas”, les dijo, dando un puñetazo en el atril; “¡la radio es nuestra y de nadie más! La pondremos al servicio de nuestra idea, y ninguna otra se expresará a través de ella.”[22] Muchos de los pioneros del medio, casi todos los cuales seguían en activo ya que éste tenía apenas diez años de existencia, eran inevitablemente lo que Goebbels describió con tono mordaz como “literatos, liberales, tecnócratas, avaros y gorrones”. Todos tendrían que irse. Para eliminar “los últimos remanentes de marxismo” de la radio, concluyó ominosamente, habría una purga. La mayor parte de su público, desde luego, estaría entre las víctimas, por ser remplazadas por miembros del partido. La mayoría fue simplemente despedida, pero algunos, incluido el principal pionero del reportaje en vivo y la participación del público en el país, Hans Flesch, fueron enviados a campos de concentración.

La única oposición notable a los planes de Goebbels procedió no de los individuos que fueron cesados, sino de Göring, quien protegía celosamente cada centímetro de su feudo, el cual incluía a la compañía radial regional prusiana. Reabriendo las grietas de su relación, escribió a varios ministerios y gobiernos provinciales solicitando apoyo para sus objeciones contra la centralización del sistema por Goebbels. No era justo, dijo, que toda la radiodifusión corriera a cargo de un solo organismo; diferentes regiones tenían diferentes intereses y tradiciones, que debían ser satisfechos por los estados individuales, en estrecha cooperación con el Reich, para hacer el más efectivo uso del medio.[23] Goebbels se puso “furioso” por la “indecible insolencia” de Göring, calificando su acto como “el más estúpido particularismo”, derivado de su “ansia de poder personal”. Quiso salir volando al instante a ver a Hitler, pero decidió “dejar madurar el asunto”, convencido de que el Führer estaba de su lado.[24]

Para Goebbels, había algo más en juego en esa riña que el control de la radio: la principal fuente de poder de Göring radicaba en su papel como gobernante de Prusia, y todo lo que Goebbels pudiera hacer para minar la autonomía, el “particularismo”, de Prusia debilitaría la posición de Göring, y mejoraría, por lo tanto, sus propias perspectivas. Durante el mes siguiente, planteó el asunto a Hitler varias veces, hasta que el 19 de julio pudo clamar victoria, asentando alegremente que Hitler había escrito a los gobernadores

de los estados para confirmar su autoridad sobre todas las estaciones radiales. “¡Muy bien por mí!”, graznó. “Antes que nada, contra Prusia. ¡El particularismo debe desaparecer!”.[25]

La misión de Goebbels era “crear el primer sistema moderno de radiodifusión del mundo”, y la acometió con gran ímpetu, nombrando a uno de sus más brillantes *protégés*, el joven periodista y propagandista Eugen Hadamovsky, para que cumpliera sus deseos a través del departamento de radio del ministerio. Fue una buena elección; Hadamovsky cumplió sus instrucciones con asqueante eficiencia. Para agosto, podía declarar: “El camarada del partido doctor Goebbels me ordenó purgar la radio alemana de influencias opuestas a nuestra causa. Ahora puedo informar que esa labor se ha realizado a cabalidad”.[26]

Al mismo tiempo, Goebbels ordenó la inmediata expansión del equipo del sistema, disponiendo más transmisoras y un aumento en su potencia como prioridad. Y empezó a presionar a los fabricantes para que comenzaran a producir en serie aparatos de bajo costo, el modelo VE (*Volksempfänger*, Receptor del Pueblo) 301, así llamado en honor al 30 de enero de 1933, “el día más importante en la historia de Alemania”. Ellos respondieron empeñosamente, entregando más de un millón de aparatos domésticos en los doce meses siguientes, para llevar el total en uso a más de seis millones. Durante los cinco años subsecuentes, esa cifra continuó aumentando hasta llegar a 9.5 millones, y poco después receptores aún más baratos, el modelo DKE (*Deutscher Kleinempfänger*, minirreceptor alemán), significaron que prácticamente cada hogar de Alemania tuviera uno. Para ocasiones especiales, Goebbels hacía instalar seis mil columnas de altavoces en lugares públicos. Comparaba la escucha comunitaria en escuelas, centros de trabajo, salas públicas y plazas con la participación en una ceremonia religiosa, y emitía edictos que convertían en delito abandonar una sala pública o retirarse del centro de trabajo durante la transmisión de un programa del partido. Y para cerciorarse de que la gente escuchara, designó a “guardias radiofónicos” locales, para que informaran sobre el público en su área. Menos de dos años después, podía reclamar un público de al menos cincuenta y seis millones de personas de cualquier discurso de Hitler.

Los programas eran despiadadamente censurados, pues los radioescuchas eran sometidos a un incesante torrente de descarada propaganda. En los primeros días, el tiempo se llenaba transmitiendo cada palabra de cada discurso pronunciado por un líder del partido, interrumpidos por muy tendenciosos boletines informativos. El alivio sólo llegaba con la inofensiva opción de horas de música, de buenos compositores alemanes, naturalmente. Conforme los productores nazis obtenían experiencia, habilidad y seguridad, sin embargo, pudieron ofrecer al menos la apariencia de una dieta más variada, y pronto los radioescuchas se acostumbraron tanto a los mensajes inherentes que William Shirer, uno de los más distinguidos periodistas estadunidenses de la radio de la época, pudo escribir: “[...] Al paso de los años, el doctor Goebbels demostró tener razón en que la radio se convertiría, con mucho, en el más efectivo medio de propaganda del régimen, haciendo más que ningún otro instrumento de comunicación por adecuar al pueblo alemán a los fines de Hitler”.[27]

Absorber a la prensa fue más complejo. Cuando Hitler llegó al poder, había no menos de 4,703 publicaciones diarias y semanales en Alemania. Prácticamente cada pueblo, por insignificante que fuera, sostenía un periódico local, aunque en muchos casos la circulación podía contarse en cientos, no en miles. La mayoría de los grandes poblados provinciales tenían al menos dos o tres, y cada ciudad grande tenía varios: Hamburgo, por ejemplo, tenía diez, Colonia ocho, Berlín veinte, etcétera. Y pese a la absurda afirmación de Goebbels de que la prensa era dominada por intereses judíos, al menos 80% de la totalidad de los diarios era propiedad de familias alemanas locales, algunas de ellas partidarias nazis.[28] Nacionalizarlos todos sería prácticamente imposible, y en todo caso no había necesidad de hacerlo. Lo único que Goebbels tenía que hacer era controlar su contenido, y eso fue algo que él y su ministerio lograron fácilmente: cualquier periódico que se pasara de la raya sería clausurado, ya fuese por un periodo fijo o en forma permanente. Los alrededor de doscientos diarios socialdemócratas y los treinta y cinco comunistas ya habían sido obligados a cerrar, y su planta y equipo destruidos o confiscados por el partido nazi. Ésta era una lección que otros directores y propietarios no podían ignorar.

Dejar los periódicos en manos individuales convenía al propósito de Goebbels. Él era lo bastante listo para comprender que una prensa totalmente uniforme sería contraproducente: sería monótona y aburrida y pronto perdería la credibilidad esencial para embaucar a los lectores a fin de que aceptaran los mensajes de Goebbels. Más bien, declaró éste, en una representativa muestra de pretenciosa jerigonza, la prensa tenía que ser "un piano, por así decirlo, en manos del gobierno [...] uniforme en sus principios pero polimorfa en sus matices".[29]

La prensa podía ser un piano, pero Goebbels ponía la música. Convirtió la conferencia de prensa del gobierno, en la que periodistas acreditados habían sido admitidos cada mediodía para recibir noticias y hacer preguntas a un vocero oficial, en una sesión diaria en la que periodistas selectos recibían instrucciones y directivas de funcionarios del ministerio o, en ocasiones especiales, del propio Goebbels. Como recurso adicional para controlar el flujo de la información, él se apoderó de las tres agencias de noticias y servicios cablegráficos existentes —la Oficina Telegráfica Wolff, la Unión Telegráfica de Hugenberg y la Oficina Telegráfica Continental— y las fusionó en un monopolio estatal, el Servicio Informativo Alemán, DNB, para contar con un solo canal de noticias bajo su supervisión.

Goebbels, sin embargo, no podía hacer lo que quisiera con la prensa. Siguiendo su habitual política de divide y vencerás, Hitler había hecho nombrar al jefe de prensa del partido, Otto Dietrich, presidente de la asociación nacional de directores y periodistas. Dietrich anunció que, en adelante, la pertenencia a esa asociación sería obligatoria, que "judios y marxistas" ya no podrían pertenecer a ella y que todos los periodistas en funciones serían examinados en lo tocante a su "confiabilidad racial y política". Quien quisiera seguir trabajando en esa profesión tendría que adecuarse.[30] No pasó mucho tiempo antes de que Dietrich emitiera sus propias órdenes a los directores, lo que inevitablemente se convirtió en fuente de fricción con Goebbels.

Por si la intrusión de Dietrich no hubiera sido suficiente, Goebbels también tuvo que vérselas con la intervención de Max Amman, editor de Hitler, administrador de empresas y director de la Eher Verlag, propiedad del partido, en sus tratos con dueños y editores de periódicos. Amman fue erigido presidente de la Asociación de Editores Alemanes, que se volvió

una organización controlada por el Estado a la que tenían que pertenecer todos los editores. Y una vez más, el mensaje machacado por Amman era “acatar la línea del partido o clausurar”.

Tanto Dietrich como Amman tenían acceso directo a Hitler, y podían eludir a Goebbels cuando quisieran. Pero, en general, sus intenciones eran iguales a las de él, quien los consideró entonces fastidios apenas menores. Ninguno de ellos representaba una verdadera amenaza para sus ambiciones generales y, en efecto, él integró pronto a Dietrich y su departamento en su ministerio. La espina que realmente le escocía, y que continuaría irritándolo hasta el final, era Alfred Rosenberg, el autodesignado guardián de la llama del nacionalsocialismo, quien siempre lo había odiado por juzgarlo marxista de clóset. Rosenberg, como director del *Völkischer Beobachter*, se consideraba el experto del partido en la prensa, y en realidad en todo lo cultural, y jamás cesó de criticar y repudiar a su rival, quien siempre le negaba un lugar bajo el sol.

La autoridad de Goebbels sobre la prensa, y su supremacía sobre Dietrich, Amman y Rosenberg, fueron finalmente confirmadas en octubre de 1933, con la aprobación de su Ley de Directores. Ésta quitó la responsabilidad del “contenido total y actitud de la parte textual del periódico” al editor o propietario y se la dio al director, quien se convirtó en un funcionario del Estado directa y únicamente bajo las órdenes del Ministerio de Propaganda. Se penalizó con multa, cárcel o cancelación de licencia el solo intento del editor de influir en el director en cualquier forma, y aquél no podría despedir a éste sin el consentimiento de la asociación profesional de periodistas. El amordazamiento de la prensa se completó de esta manera. Amman y sus amigos podían hacer lo que quisieran en el aparador del negocio, pero Goebbels controlaba cada palabra que se publicaba en cada uno de los periódicos de Alemania.

Pese a los llamados de Goebbels en favor de los “polimorfos matices”, el contenido editorial de los periódicos se volvió inevitablemente monótono y aburrido. La circulación disminuyó, los ingresos por publicidad se agotaron y los diarios empezaron a quebrar: mil seiscientos cerraron en 1933. Los periódicos nazis no estaban exentos de dificultades generales: Göring tuvo que convencer a un grupo de hombres de negocios de que se le unieran en el rescate del achacoso *National-Zeitung*, ambicioso proyecto semiprivado fundado por su amigo, el Gauleiter Josef Terboven de Essen,

que se convirtió entonces en su portavoz personal, lo que le reportó tanto utilidades como publicidad.[31] Al mismo tiempo, diarios y casas editoriales propiedad de judíos fueron clausurados o expropiados conforme al proceso de “arianización”, siendo comprados en su mayoría a precios de ganga por Amman. La confiscación que dio más placer a Goebbels fue la del *Berliner Tageblatt*, propiedad de la familia Mosse, que había rechazado su solicitud de empleo diez años antes. El gran imperio editorial Ullstein, entre tanto, fue a dar a manos, por la décima parte de su valor de capitalización de sesenta millones de marcos, de Amman y la Eher Verlag del partido, que en realidad nunca pagó ese dinero. Más tarde, la Eher Verlag compró también la mayoría de los periódicos católicos regionales. Al final, poseía no menos del 82.5% de la prensa alemana.[32]

El 10 de mayo de 1933, mismo día en que dejó asentada su victoria sobre el Ministerio del Exterior, Goebbels participó en un acto que haría indecible daño a la reputación internacional del nuevo régimen. Pese a la oposición de importantes miembros del partido, se le convenció de pronunciar un discurso en una simbólica quema de libros en la Opernplatz de Berlín, que daba directamente a la universidad y se hallaba junto al Teatro de la Ópera estatal y la Biblioteca Nacional. La idea de quemar públicamente “textos subversivos” de autores judíos, marxistas y otros autores “no alemanes” en universidades de toda Alemania no procedió de Goebbels ni su ministerio, sino de la Asociación de Estudiantes Alemanes. Goebbels se mostró algo ambivalente al respecto. Después de todo, había estudiado con profesores judíos a los que había admirado, y estaba, además, el permanente peligro de que eso pudiera sacarse a la luz y usarse en su contra. Llegado el momento, sin embargo, no pudo resistir la oportunidad de pronunciar un discurso sobre cuestiones intelectuales, llegando a una lluviosa Opernplatz alrededor de medianoche en un automóvil descubierto.

Unos veinte mil volúmenes habían sido recolectados por estudiantes y soldados de las tropas de asalto en bibliotecas y librerías durante el día, y fueron quemados por tandas en una hoguera; no fue un espectáculo especialmente impresionante, y el discurso de Goebbels tampoco fue “particularmente entusiasta”, de acuerdo con Golo Mann, quien estaba presente. Hablando en un tono “más bien civilizado”, recordaría Mann, Goebbels parecía querer “actuar como freno más que incitar”,[33]

observación sustanciada por la instrucción de éste a la prensa de informar del evento con mesura. No obstante, aun así proclamó que ese hecho marcaba el fin de “una época de hiperintelectualismo judío”, tildando a las obras en la pira de “basura intelectual”. Entre los autores que condenó a las llamas estaban blancos obvios como Thomas y Heinrich Mann, Arnold y Stefan Zweig, Erich Maria Remarque, Sigmund Freud y Albert Einstein. Pero otros eran menos comprensibles: ¿por qué debían quemar *Emilio y los detectives*, por ejemplo, o *Bambi*? ¿Simplemente porque sus autores, Erich Kästner y Felix Salten, respectivamente, eran considerados inaceptables? ¿Y Goebbels o alguien más sabía o se interesó en saber que uno de los libros consignados a las llamas, escrito por Heinrich Heine en 1823, contenía esta frase: “Donde queman libros, tarde o temprano quemarán seres humanos también”? Apoyar la quema de libros fue un grave error, del que Goebbels nunca sería perdonado.

Goebbels y Göring siguieron compitiendo por puestos durante todo 1933, alentados, como de costumbre, por Hitler. Göring se había anotado un éxito personal con su visita oficial a Italia en la Pascua; a fines de mayo, Goebbels superó eso con una “visita de Estado” de una semana, acompañado por Magda, que cautivó por completo a Mussolini y al resto del gobierno fascista. Al volver, vía Munich, se pusieron tan eufóricos por el elogio de Hitler a su conquista romana que decidieron procrear otra vez, “esta vez un chico”.[34] Göring, sin embargo, no se dio por vencido. Consideraba a Italia área de especial interés para él, e hizo otras dos visitas ese año. Al final, sin embargo, no pudo convencer a Mussolini de que Alemania no tenía designios sobre Austria, y para su pesar y el de Hitler, el Duce firmó un tratado con los austriacos que sólo podía verse como una advertencia de no intervención para Alemania.

Un área menos seria de competencia entre los dos paladines fue el esplendor y número de sus residencias oficiales. Göring ya tenía su pequeño palacio como presidente del Reichstag, y probablemente tenía derecho a otro como ministro de Aviación, aunque nunca lo reclamó, prefiriendo pugnar por la más significativa condición a la que era merecedor como primer ministro de Prusia. La residencia existente del primer ministro en la Wilhelmstrasse, sin embargo, era un edificio lúgubre y mediocre, y Göring no se interesó en él en absoluto, aunque trasladó a Pili Körner a un

departamento en el desván. Había visto algo mucho mejor, una lujosa villa construida poco antes de 1914 para el ministro prusiano de Comercio, situada en un enorme jardín justo a unos pasos de la Leipziger Platz, en el ángulo de la Stresemannstrasse y la Prinz-Albrecht-Strasse, y protegida de la calle por un alto muro y una hilera de árboles. Estaba casi al lado del Palacio Prinz Albrecht, la antigua escuela y museo de arte donde Rudolf Diels establecía las oficinas centrales de la Gestapo.

Tras mandar llamar al principal arquitecto del servicio civil, el profesor Heinz Tietze, Göring le ordenó reconstruir y restaurar la villa sin escatimar gastos, para convertirla en un palacio a expensas del gobierno prusiano. Entre los detalles que especificó estaban un estudio basado en el de Mussolini en Roma, y una blanca escalera de alabastro que corriera suntuosamente del vestíbulo al salón del primer piso, acabado en rojo y oro y repleto de cuadros, tapices y antigüedades "prestadas" por varios museos. El orgullo del lugar correspondería al cuadro de Rubens, *Diana en la caza del ciervo*, una de las más preciadas posesiones del Kaiser Friedrich Museum hasta que Göring ordenó a "su" director cederlo para su residencia. El inmenso lienzo fue colgado en el vestíbulo, donde podía elevarse para dejar ver una sala de cine detrás. La casa también dispondría de una espaciosa guarida para el cachorro de león que tenía como mascota.

Speer describió el nuevo palacio de Göring como un "laberinto románticamente enmarañado de pequeñas habitaciones, oscurecido con vitrales y pesadas cortinas de terciopelo".[35] La sensación general era característicamente señorial, con pesados y ornamentados muebles lo bastante grandes para dar cabida al creciente volumen de Göring, ocasionado por una combinación de buena vida y desequilibrio glandular. Su peso siguió siendo un problema hasta el fin de sus días, pero aceptó de buena gana el apodo con el que se le conocía en general, *Der Dicke*, el gordo. En un gesto de generosidad, cedió el palacio de la Wilhelmstrasse a Rudolf Hess, que no tenía casa en Berlín. Hess le había dicho que quería ser miembro del gobierno, y él le había prometido tratar de ayudarlo.[36]

Goebbels empezó en desventaja esta contienda con Göring, sin tener una residencia lista a la cual mudarse dado que el suyo era un flamante ministerio, pero pronto sacó provecho de esto. Localizó la casa perfecta: el expalacio de los mariscales de la corte de Prusia, otro elegante edificio de Schinkel, situado en una prestigiosa posición en el extremo norte de los

jardines del ministerio, cerca de la Puerta de Brandeburgo y muy a la mano tanto de su oficina como de la cancillería de Hitler. La única dificultad era que estaba ocupado por Hugenberg, como ministro de Agricultura y Economía. Este problema se resolvió el 26 de junio, cuando Hugenberg renunció al gabinete. Walther Darré, quien lo remplazó como ministro de Agricultura, intentó instalarse ahí, pero Goebbels lo disuadió rápidamente, diciéndole que el Führer lo quería "cerca". Hitler apoyó a Goebbels: "El Jefe es muy bueno conmigo", anotó éste el 29 de junio. "Recibiré la residencia oficial de Hugenberg. ¡Fabuloso!".[37]

De prisa, como siempre, Goebbels llamó a Albert Speer para que restaurara el interior y añadiera una gran sala para recepciones, exigiendo que el trabajo se terminara en ocho semanas. Speer, "algo temerariamente", aceptó. Fue una decisión que tendría un hondo efecto en su carrera. Muchos años después recordaría:

> Hitler no creía que fuera posible cumplir ese plazo, y Goebbels, sin duda para espolearme, me habló de sus dudas. Día y noche, mantuve tres turnos en la obra. Me ocupé de que varios aspectos de la construcción fueran sincronizados hasta el menor detalle, y en los últimos días puse a trabajar un enorme aparato de secado. El edificio fue finalmente entregado, amueblado, puntualmente en la fecha prometida.[38]

Hitler, con su pasión por toda suerte de construcciones, había visitado el edificio cada tantos días para ver cómo iba la obra, pero Goebbels se había tomado el cuidado de mantener alejado a Speer, con el deseo de atribuirse el crédito de batir el plazo imposible. Tomó posesión del lugar el sábado 15 de julio, encantado con el resultado. Magda había supervisado los acabados, encargando gran parte de ellos a los Talleres Unidos de Munich, y él puso por las nubes su "fabuloso gusto". Esa noche lo presumió orgullosamente a Hitler, quien se mostró "completa y sinceramente entusiasta", coincidiendo en que era "como un palacio de ensueño".[39] Pero criticó agudamente varias acuarelas que Speer había tomado prestadas de la Galería Nacional de Berlín. El artista, Emil Nolde, era de hecho un nazi comprometido, pero su estilo pictórico era expresionista, demasiado moderno para Hitler. Aunque a Goebbels y Magda les gustaban, se rindieron de inmediato a su gusto, enviando por Speer y diciéndole: "Estos cuadros deben retirarse al instante; son simplemente intolerables". Speer los remplazó sin discutir, asombrado

por “esa conjunción de poder y servilismo de parte de Goebbels, que me pareció rara. Había algo fantástico en la absoluta autoridad que Hitler podía ejercer sobre sus más cercanos colegas de muchos años, aun en cuestiones de gusto. Goebbels sencillamente se había prosternado ante Hitler”. Para su descargo, Speer añadió: “Todos estábamos en el mismo bote. Yo también, aunque totalmente a gusto en el arte moderno, acepté tácitamente el dictamen de Hitler.”[40]

La dicha de Goebbels por su nuevo palacio, y por el elogio de Hitler, se agrió un par de semanas después, cuando la Stresemannstrasse, la calle en la que aquél se encontraba, fue rebautizada como Hermann-Göring-Strasse. Y para exacerbar la herida a su orgullo, Hindenburg ascendió luego a Göring al rango de general de tres estrellas de infantería, con efecto retroactivo al primero de octubre de 1931 para conferirle antigüedad; presumiblemente, con el argumento de que era inconcebible que el comandante en jefe de la fuerza aérea fuera un mero capitán. Como *quid pro quo*, Göring “convenció” al gobierno de Prusia de obsequiar al presidente una finca en Prusia oriental, cerca de la que ya tenía en Neudeck, más la franja de bosque que las separaba; a su modo de ver, los favores siempre tenían un precio. Goebbels apenas pudo contener su rabia cuando se enteró. “¡Bastardo!”, fulminó. “Va a ser general. ¿Por qué no de una vez mariscal de campo? Así, un nuevo uniforme más. Me saca de quicio. Vaya fanfarrón.”[41] Estaba en lo cierto en cuanto al uniforme: Göring desesperaba por cambiar la sosa camisa parda de la SA por un elegante traje nuevo de color azul claro, con una versión completamente blanca para la temporada de calor. También hubo fricción en otra área: Goebbels ejercía entonces el control sobre la mayoría de los teatros de Alemania, pero, para su indignación, Göring se negó a soltar los teatros estatales prusianos, que incluían joyas como el Teatro de la Ópera en la Unter den Linden. Pese a su éxito en el combate contra el particularismo prusiano en la radio, Goebbels se vio obligado a aceptar la derrota en este caso, clamando inútilmente contra las “insolentes pretensiones” de su rival y acusándolo de debilidad ante la “nobleza reaccionaria”.[42]

En un momento posterior de ese mismo año, Göring demostró que también él podía prosternarse. Hitler había hecho comentarios desfavorables sobre su nueva residencia: “¡Oscura! ¿Cómo puede alguien

vivir en tal oscuridad? ¡Compare esto con la obra de mi profesor! Todo brillante, claro y simple.” Göring se había sentido extremadamente satisfecho con su vestíbulo señorial, pero llamó a Speer, quien trabajaba entonces en la restauración de la cancillería, y lo arrastró a su casa. “No veas nada”, le dijo. “Ni siquiera yo puedo soportarlo. Haz lo que quieras. Te doy carta blanca; sólo debe parecerse al lugar del Führer.” Asegurado de que el dinero no era ningún problema, Speer se puso a tirar paredes para hacer salas más grandes y añadió un bello anexo de vidrio y bronce, metal escaso en Alemania en ese tiempo, el uso del cual estaba estrictamente prohibido para propósitos no esenciales. La obra fue terminada a principios de 1934. Göring, rememoraría Speer, “se extasiaba cada vez que hacía una inspección; estaba radiante como niño en su cumpleaños, se frotaba las manos y reía”.[43]

La renuncia de Hugenberg al gobierno el 26 de junio de 1933 fue inmediatamente seguida por el desplome final de su DNVP (Partido Nacionalista Popular Alemán); su paramilitar Stahlhelm ya había sido absorbido por la SA, y la mayoría de los miembros de alto rango de esa agrupación habían defeccionado a favor de los nazis. En los siguientes días, también todos los demás partidos, aún sobrevivientes, se habían rendido y disuelto en forma voluntaria. Los comunistas, por supuesto, habían sido proscritos desde tiempo atrás; los socialdemócratas, el 22 de junio, y confiscados todos sus bienes. Alemania ya era un Estado de partido único, situación que se formalizó el 14 de julio cuando el gabinete aprobó la Ley contra la Formación de Nuevos Partidos, que decía sin rodeos:

El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán constituye el único partido político en Alemania.

Quien intente mantener la estructura organizativa de cualquier otro partido político o formar uno nuevo, será sancionado con hasta tres años de trabajos forzados o con seis meses a tres años de cárcel, si el acto no está sujeto a una pena mayor de acuerdo con otros reglamentos.

En esa misma reunión maratónica del gabinete se promulgó una serie de nuevas leyes adicionales, que determinaron el programa básico del régimen. Cubrían, entre otras cosas, “la confiscación de propiedades de los enemigos del pueblo y el Estado”; la constitución de la Iglesia protestante; la ratificación del concordato con el Vaticano; una “ley sobre la reforma del

campesinado alemán”, que aprobaba el reasentamiento rural; una ley de esterilización forzosa “Para la Prevención de Descendientes con Enfermedades Hereditarias”, y leyes que permitían la revocación de la nacionalidad alemana por motivos raciales. En menos de cuatro meses desde que el Reichstag había abdicado de sus responsabilidades con la ley facultativa, el Estado totalitario estaba listo. La revolución parda, dijo Hitler a sus gobernadores estatales, había terminado.

Era trabajo de Goebbels informar y convencer de eso a la sociedad y los miembros del partido en general, particularmente a la SA, y al mismo tiempo encontrar la manera de mantener el entusiasmo popular por el régimen. Tener contenta a la SA era un verdadero problema, ya que, dijera Hitler lo que dijera, Röhm y la mayoría de sus hombres estaban decididos a una segunda revolución, para crear un Estado de la SA con Röhm como líder paralelo a Hitler, con facultades reales sobre la policía, el ejército e incluso el gobierno civil, y la SA como milicia popular armada junto al Reichswehr. Refrenar las ambiciones de la SA era una tarea imposible mientras Röhm siguiera al mando, pero Goebbels hizo todo lo que pudo por lograrlo, pese al hecho de que, en un principio, él había clamado más ruidosamente que nadie por la segunda revolución, que, decía, “debía venir”: “La primera revolución no ha llegado a su fin”, había escrito el 18 de abril de 1933. “Ahora saldaremos cuentas con los reaccionarios. La revolución no debe detenerse de ninguna manera.”[44]

Se le negaba así a la SA su mayor placer —pelear, armar camorra y golpear a sus adversarios—, pero al menos podía disfrutar de marchar en las grandes, mejores y más frecuentes festividades y celebraciones públicas que Goebbels organizaba. La mayor de todas fue la quinta concentración del partido en Nuremberg ese año, que sería la más grandiosa hasta entonces, una monumental celebración de la victoria. Albert Speer, cuyos bonos seguían subiendo tras la concentración del Día del Trabajo en Berlín y sus diversos trabajos para Goebbels, fue despachado a Nuremberg para diseñar algo espectacular para la ocasión, que él rindió debidamente bajo la forma de un águila con las alas extendidas de 30 metros de ancho, montada sobre un vasto armazón, más sus distintivos estandartes y columnas de luz que habían dado tan buenos resultados en el campo de Tempelhof. Hitler dio su

aprobación personal y Speer avanzó un par de peldaños en la escalera, lo que convenía a Goebbels, que podía reclamar haberlo descubierto.

Poco después, Hitler dio otro espaldarazo a la carrera de Speer cuando le encargó supervisar las obras de remodelación de la ruinosa cancillería federal. Aunque los bocetos eran del jefe de arquitectos de Hitler, Paul Ludwig Troost, quien había reconstruido la Casa Parda, Troost y su equipo residían en Munich y no conocían las compañías y prácticas de Berlín. Hitler recordó la supereficiencia de Speer en la obra que había hecho para Goebbels, así como en las concentraciones del Día del Trabajo y de Nuremberg, y le asignó ayudarles, lo que hizo con notorio éxito. Speer era un joven agradable, y Hitler le cobró afecto, atrayéndolo a su círculo íntimo de invitados regulares a comer. Cuando Troost murió, en enero de 1934, Speer ocupó su lugar, a la corta edad de veintiocho años.

La concentración de Nuremberg fue otro triunfo para el ministro de Propaganda. En los discursos inaugurales, Wagner leyó una proclama de Hitler en la que éste expuso "muy nítidamente" su política fundamental sobre los estados y el particularismo, "sobre todo en Prusia". Éste no debía "preservarse, sino liquidarse". "Göring", anotó Goebbels en su diario, "se puso muy pálido."[45] Pese a esta victoria, sin embargo, Goebbels aún tenía que repeler a rivales que amenazaban su posición. Había "caído casi presa del pánico" en julio, cuando Ley ideó un plan para incorporar todas las asociaciones profesionales de artistas en el Frente Obrero, lo que amenazaba la ambición de Goebbels de convertirse en el zar absoluto de la vida cultural de Alemania. Corrió a ver a Hess para "hablar seriamente" de las intenciones de Ley, advirtiéndole de las "tendencias marxistas" en la organización de células en fábricas,[46] irónicamente la misma acusación que Rosenberg dirigía contra él. Luego procedió a crear una estructura formalizada que establecería su control más allá de toda duda.

Goebbels presentó a Hitler un documento que planteaba sus detalladas propuestas para la creación de una Cámara Federal de la Cultura en julio. Después de una "larga conversación sobre los principios básicos" en Berchtesgaden, Hitler dio su aprobación el 24 de agosto, tras de lo cual Ley capituló, guardando las apariencias con el retiro de sus planes sindicales a cambio del apoyo de Goebbels a sus fuerzas a través de la organización Joy. Esa cámara quedó oficialmente instituida por una ley aprobada el 22 de

septiembre, que decía: “A fin de seguir una política de cultura alemana, es necesario congregar a los artista creativos de todas las esferas en una organización unificada bajo la conducción del Reich. El Reich debe no sólo determinar las líneas de evolución, mental y espiritual, sino también dirigir y organizar las profesiones.” Esta cámara trabajaría en conjunto con el Ministerio de Propaganda de Goebbels, y él sería su presidente.

La Cámara Federal de la Cultura era una organización amplia que cubría siete cámaras individuales de bellas artes: música, teatro, literatura, prensa, radio y cine. Todos los que trabajaban en alguno de estos campos, no sólo artistas sino también editores, productores, fabricantes de radios, etcétera, estaban obligados a pertenecer a la cámara correspondiente, cada una de las cuales tenía el derecho de expulsar o negar la admisión a miembros por “falta de confiabilidad política”. Esta frase deliberadamente vaga significaba que aun quienes simplemente eran poco entusiastas respecto al nacionalsocialismo, o que ofendían a los burócratas que dirigían las cámaras, así fuera sólo con una broma poco meditada, podían ser privados del derecho a trabajar en la profesión de su elección.

La emigración de escritores, pintores, músicos y pensadores, que había comenzado a principios de ese año, se convirtió en torrente, encabezado por el ganador del premio Nobel, Thomas Mann. Algunas de las más distinguidas personalidades de Alemania marcharon a París, Londres, Nueva York o Hollywood, cada una de ellas una señal de alarma contra el régimen nazi. Goebbels hizo todo lo posible por detener ese flujo, asegurando que no era su intención “husmear ideologías”, y que el gobierno sólo quería “ser un buen mecenas del arte y la cultura alemanes”, poniendo fin al “pusilánime e insensible diletantismo de un ejército de incompetentes” y erradicando la “ignorancia” y el “atraso reaccionario”. “Sólo manos consagradas”, declaró, “tienen derecho a servir en el altar del arte.”[47] Algunas prestigiosas personalidades se dejaron convencer por esas rimbombantes palabras y se quedaron: el director de orquesta Wilhelm Furtwängler, los compositores Richard Strauss y Paul Hindemith, el pianista Walter Gieseking, el poeta Gottfried Benn y el dramaturgo Gerhart Hauptmann, otro laureado con el premio Nobel, entre ellos. Pero la mayoría se dio cuenta de que el Ministerio de Control del Pensamiento de Goebbels se había hecho realidad, y de que sus tentáculos se extendían a cada rincón

de la vida alemana. William Shirer observó, y registró después, lo efectivo que ese ministerio se había vuelto:

Quien no haya vivido durante años en un país totalitario no puede concebir lo difícil que es escapar a las pavorosas consecuencias de la calculada e incesante propaganda de un régimen. A menudo en un hogar u oficina alemán, o a veces en una conversación casual con un desconocido en un restaurante, una cervecería, un café, yo me topaba con las más descabelladas aseveraciones de personas aparentemente estudiadas e inteligentes. Era obvio que repetían como pericos alguna tontería oída en la radio o leída en los periódicos. A veces uno se sentía tentado a decir otro tanto, pero en esas ocasiones uno se topaba con tal mirada de incredulidad, tal impacto de silencio, como si hubiera blasfemado contra el Todopoderoso, que comprendía lo inútil que era tratar siquiera de ponerse en contacto con una mente que se había retorcido y para la cual las realidades de la vida eran las que Hitler y Goebbels, con su cínica desconsideración por la verdad, decían que eran.[48]

El 24 de septiembre de 1933, dos días después de establecida la Cámara de la Cultura, Goebbels voló a Ginebra, donde se unió al ministro del Exterior, Neurath, para representar a Alemania en una conferencia de la Sociedad de Naciones. El Ministerio del Exterior estaba aterrado por lo que él podía hacer o, como lo dijo Goebbels más gráficamente, “se cagaba de miedo en los calzones”.[49] Pero los diplomáticos no tenían de qué preocuparse: de acuerdo con su jefe de intérpretes, Paul Schmidt, Goebbels se condujo “con perfecta serenidad [...] como si hubiera sido delegado en la Sociedad de Naciones durante años”.[50] Despreciaba por completo a la Sociedad y a todos los delegados y funcionarios que asistían a ella; pero como uno de los mayores embusteros del mundo, no tuvo la menor dificultad para ocultar sus sentimientos y jugar el juego de ellos a la perfección.

La trampa que se le pidió tender en Ginebra fue hacer creer al resto del mundo que Hitler y Alemania deseaban genuinamente la paz, y que su demanda de paridad en armamentos era una petición razonable con fines puramente defensivos. Se trataba de una tarea imposible, en particular con los franceses, que resistieron todos sus halagos y se negaron a ceder un ápice. Sin embargo, consiguió sorprender a los delegados internacionales —que sólo lo conocían como un revolucionario exaltado— con su simpatía, inteligencia y correcto comportamiento, logrando convencer a muchos de ellos de que el régimen que representaba no podía ser tan negro como se le pintaba, y podía ser un valioso aliado de línea frontal en la batalla contra el

bolchevismo. Ésta fue una proeza notable. También lo fue su éxito para alejar al ministro polaco del Exterior, Józef Beck, y al presidente del senado de Danzig, Hermann Rauschning, de la dependencia de Francia, y para preparar el camino a un pacto de no agresión y amistad con Alemania, que los polacos firmarían el 26 de enero de 1934.

Aunque los viajes a Italia y Suiza fueron las únicas ocasiones en que estuvo fuera de Alemania, habían despertado el apetito de Goebbels, quien empezó a abrigar ambiciones de añadir el Ministerio del Exterior a su portafolio. Con este ministerio y el de Propaganda, al que desde luego no tenía intención de renunciar, realmente podría retar a Göring por el indiscutible segundo lugar en el Reich. Hitler, sin embargo, era demasiado astuto para satisfacer este capricho particular, y el sueño de Goebbels quedaría sin cumplirse, aunque se aferró a él hasta el fin, usando su control de los servicios de propaganda e información como un alterno Ministerio del Exterior.

Por el momento, sin embargo, tenía una tarea más familiar por hacer. Convencido por sus despiadadamente desdeñosos informes sobre sus experiencias en Ginebra, Hitler decidió retirar a Alemania de la Sociedad de Naciones y la Conferencia sobre Desarme. El propio Hitler hizo el anuncio por radio el 14 de octubre de 1933, pero se dejó a Goebbels tratar con la prensa y el público, a los que aseguró que Alemania seguía comprometida con “una política inspirada por el más sincero deseo de paz y comprensión internacional” al tiempo que acusaba a los demás países de usar a Alemania como chivo expiatorio. “Nos retiramos”, dijo en un concurrido mitin en el Sportpalast el 20 de octubre, “para despejar el ambiente, para mostrar al mundo que las cosas no pueden seguir así.”

A fin de demostrar que el pueblo alemán apoyaba sus actos, Hitler decidió realizar un referéndum, combinado con nuevas elecciones para poner en orden el Reichstag. Sólo habría, por supuesto, un partido por el cual votar, pero Goebbels organizaría una campaña en toda forma, con concentraciones masivas, discursos, carteles y todo el resto de la maquinaria electoral, basado todo ello en un emotivo llamado a la justicia y la libertad de la patria. Definitivamente por última vez, se lanzó de nuevo a hacer campaña electoral.

Hubo una breve distracción a principios de noviembre, cuando el juicio de Marinus van der Lubbe por el incendio del Reichstag se celebró en

Leipzig. En un esfuerzo por probar una conspiración comunista, ya había otros cuatro acusados, el líder comunista alemán Ernst Torgler y tres miembros búlgaros del Comintern (Internacional Comunista). Este juicio atrajo sumo interés internacional, y causó considerable daño a la reputación de los nazis, en especial cuando Göring hizo un ridículo espantoso como testigo, despotricando y rabiando y discutiendo con los acusados, quienes lo aventajaron en el tribunal con acusaciones de involucramiento nazi. Goebbels apareció cuatro días después de Göring, y logró recuperar cierta credibilidad manteniéndose sereno y completamente bajo control. Esto no fue suficiente para convencer a los jueces, quienes determinaron que el holandés era el único responsable y absolvieron a los demás, lo que, sin embargo, concedió a Goebbels el placer de anotarse un punto sobre su rugiente rival.

No fue casualidad que el referéndum y la elección se efectuaran el 12 de noviembre, un día después del aniversario del armisticio. Y aun concediendo cierto grado de manipulación y presión, no fue de sorprender que los resultados de ambos hayan sido eminentemente satisfactorios para el partido: 96% de la población con derecho a hacerlo votó, y 95.1% de ella aprobó el retiro de la Sociedad de Naciones, mientras que en la elección 92.1% votó por la lista única nazi. En el nuevo Reichstag habría seiscientos treinta y nueve diputados nazis, más veintidós diputados “invitados” ajenos al partido, entre ellos Hugenberg. Ya no habría debates parlamentarios, sólo aceptación y aclamación de las políticas de Hitler por el que pronto fue llamado el “Coro del Reich”, que cantaría al unísono bajo la batuta del general Hermann Göring.

LA NOCHE DE LOS CUCHILLOS LARGOS

En el curso de 1933, junto con todas sus demás actividades, Göring había contendido hábilmente con Frick por el control supremo de la policía de Alemania. Como parte de sus planes para centralizar la administración del Reich, Frick quería poner a las dieciséis fuerzas estatales de policía bajo el control de su Ministerio del Interior federal, comenzando por la mayor de ellas, la fuerza prusiana de Göring. Éste estaba de acuerdo con la necesidad de una vigorosa fuerza policial unificada, y cooperó con Frick, permitiendo incluso que sus jefes de policía, Daluege y Diels, participaran en la planeación, lo que significaba, por supuesto, que él fuera plenamente informado de todo lo que sucedía. Como siempre, Göring buscaba una ventaja personal, lo que en este caso era muy simple: si debía haber una fuerza nacional centralizada, alguien tenía que estar a cargo de ella, ¿y quién mejor que quien ya dirigía la fuerza más grande del país? Jefe de policía del Reich era un título que combinaría bien con los demás nombramientos de Göring. Incluso contenía la promesa de todavía un uniforme más.

Lo que importaba, más que títulos y uniformes, sin embargo, era el poder, y Göring sabía que éste no residía en el control de la policía regular, sino de la policía política, personificada por su Gestapo. Ésta era, sobre todo, lo que estaba resuelto a proteger de Frick. Ya había separado a la Gestapo del resto de la fuerza de policía, poniéndola directamente bajo el Ministerio del Interior de Prusia. En noviembre, cuando se enteró de que Frick planeaba nuevas medidas de centralización que pondrían a la policía política, tanto como a la regular, bajo control del Ministerio del Interior federal, actuó diestramente para frustrarlo, transfiriendo la Gestapo desde el Ministerio del Interior de Prusia y convirtiéndola en un organismo aparte bajo las órdenes directas del primer ministro prusiano. Por el momento, la Gestapo estaba a salvo de Frick. Pero sin que él ni nadie más lo notara del

todo, un nuevo reto al control de Göring sobre la Gestapo se estaba materializando en la inverosímil figura de Heinrich Himmler.

Mientras que los dos hombres más espectaculares del partido, Goebbels y Göring, se complacían en los reflectores, rivalizando entre sí por la atención y el reconocimiento públicos, Himmler estaba más que contento haciendo progresos en forma discreta. Su vida privada era deliberadamente modesta; y aunque vivía bien, como correspondía al Reichsführer-SS (jefe nacional del Escuadrón de Protección), era escrupulosamente honesto con sus gastos personales, que mantenía cuidadosamente separados de los efectuados en asuntos del partido. Había vendido la granja avícola y comprado un departamento en Munich, no lejos del de Hitler y cerca de sus padres, con quienes ya estaba felizmente reconciliado. También había comprado la villa Lyndenfycht en Gmund, junto al lago Tegern, donde muchos de los peces gordos del partido tenían casas, aunque la suya no era de ninguna manera un palacio. Marga vivía ahí con la pequeña Gudrun, quien ya tenía cuatro años de edad, y un niño que los Himmler habían adoptado, puesto que Marga ya no podía tener hijos. Todo indicaba que eran una familia feliz, y Himmler un padre cariñoso y dedicado... cuando estaba ahí. Desafortunadamente para Marga y los niños, esto no ocurría a menudo, ya que él era más dedicado al partido y su SS, y a su callada búsqueda de poder personal, que a ellos.

Desde que se hizo cargo de la policía política de Baviera, Himmler había actuado silenciosamente para ampliar su influencia al resto del país, con base en el entendido de que la SS era la fuerza de seguridad predilecta del partido. Esto había sido reforzado por la decisión de Göring de extraer sus auxiliares de la policía política exclusivamente de la SS, acto que fue imitado en todas las demás fuerzas de policía estatales, lo que dio a Himmler un punto de apoyo en cada una de ellas. En Prusia, Göring le abrió inadvertidamente la puerta en junio de 1933, al nombrarlo comisario ministerial del personal de la policía auxiliar en la oficina de la Gestapo, al mismo tiempo que concedía a Röhm un puesto similar respecto a los auxiliares de la SA (Sturmabteilung, Sección de Asalto) en la policía regular, con la esperanza de que ambos líderes asumieran la responsabilidad de disciplinar a sus hombres. Himmler reaccionó positivamente; pero por lo que toca a Röhm y la SA, ésa resultó una esperanza vana. Cuando Göring y

Frick disolvieron oficialmente la policía auxiliar el 2 de agosto de 1933, la SA no hizo otra cosa que persistir en su rebeldía, arrestando, golpeando y asesinando a adversarios sin coto alguno. La SS, en cambio, mostró de nuevo su disciplina y acató la orden, salvo por el hecho de mantener su infame centro de interrogatorios en la Kolumbien Haus.

Durante todo el verano, Himmler recorrió incansablemente el país, acompañado por Karl Wolff, visitando unidades de la SS, atrayendo y desarmando a líderes políticos locales, concediendo rangos honoríficos en la SS, ayudando a otros estados a establecer el triángulo de poder SS-policía-campos de concentración que había resultado tan exitoso en Baviera y ofreciendo, en general, consejos y asesoría especializados. Todos los líderes políticos, por supuesto, eran nazis, y en muchos casos Himmler ya tenía a miembros de la SS y el SD (Servicio de Seguridad) en puestos de autoridad, lo que facilitó su tarea. Cuando no era posible atraer, recurría al chantaje: Heydrich tenía un expediente del SD para cada nazi destacado, que detallaba sus pecadillos, faltas e inmoralidades y podía usarse contra ellos.

Para el otoño sus esfuerzos empezaron a rendir fruto, pues un estado tras otro le ofreció el mando de su policía política. Fue un proceso lento y paciente, de pequeños bocados y mordisqueos antes que de devoradores arrebatos, pero para marzo de 1934, Himmler ya había logrado la extraordinaria hazaña de haberse hecho del mando de todas y cada una de las fuerzas de policía política del Reich, con excepción de Prusia y los diminutos enclaves de Lippe y Schaumburg-Lippe. Cierto que algunas de ellas constaban de apenas un puñado de hombres, pero otras eran más sustanciales; y aunque estaban separadas, su unión bajo un solo comandante hacía que formaran una significativa base de poder. A Himmler ya sólo le faltaba una carta para completar su gran jugada, y Göring estaba a punto de entregársela.

A fines de marzo de 1934, Göring abrió repentinas negociaciones con Frick para ceder los ministerios prusianos al gobierno federal. Para mediados de abril ya habían llegado a un acuerdo. La media vuelta de Göring quizá haya parecido sorpresiva en su momento, pero tenía buenas razones para darla. Para comenzar, se había visto obligado a reconocer que una vez que Hitler respaldó públicamente la “liquidación del particularismo prusiano”, la centralización de Frick era imparable. Pese a sus hábiles

maniobras por la Gestapo, lo más que podía hacer por el resto de su imperio en Prusia era salvar lo que pudiera mediante una negociación astuta. Al final, obtuvo un resultado satisfactorio, pues conservó las dos principales palancas del poder —la policía secreta y las finanzas— y mantuvo su preciado puesto como primer ministro, con todo y su residencia oficial. Su Ministerio del Interior sería absorbido por Frick, mientras que Daluege seguiría al mando de la policía regular de Prusia y sería, al mismo tiempo, jefe del departamento de policía del Ministerio del Interior federal. A cambio, Göring conservó la Gestapo.

La Gestapo, sin embargo, era un desastre. En menos de un año Diels la había convertido en el más siniestro y temido organismo del Estado, pero también había permitido que se volviera un hervidero de intrigas intestinas; en cierto momento, él mismo había tenido que huir a Checoslovaquia para salvar la vida. Si Göring no quería que la Gestapo se derrumbara por completo, debía remplazar a su inestable y poco confiable jefe por alguien capaz de imponer orden, disciplina y autoridad a sus belicosas facciones. No tuvo que ir muy lejos para descubrir que había un candidato sobresaliente: el Reichsführer-SS Heinrich Himmler. Él ya había presionado a Hitler por un tiempo para que lo pusiera a cargo de la Gestapo prusiana, tanto como de las demás fuerzas de policía política. "En ese entonces no me opuse expresamente a eso", diría Göring al tribunal de Nuremberg. "No era algo grato para mí; yo quería manejar a mi policía. Pero cuando el Führer me pidió hacerlo y me dijo que era lo más correcto y conveniente, y que era algo necesario para que los enemigos del Estado fueran combatidos en todo el Reich de manera uniforme, cedí la policía [política] a Himmler, quien puso a Heydrich a cargo."[1]

Pese a haberse sometido a los deseos de Hitler, era difícil esperar que Göring soltara tan fácil un arma tan poderosa como la Gestapo, y no lo hizo. De hecho, permaneció al mando general, nombrando a Himmler subjefe, con el título de inspector de la Gestapo, y a Heydrich, para entonces ya SS-Gruppenführer, jefe de la Gestapa, la oficina de la Gestapo. Ellos tomaron posesión de sus cargos el 19 de abril, llenando de bávaros la Prinz-Albrecht-Strasse y comenzando de inmediato a poner en orden su nuevo hogar. Como director de la sección II 1A, responsable del comunismo, marxismo y todas las organizaciones afiliadas, sindicatos y

subversión, Heydrich colocó a uno de sus hombres de más confianza de Munich, Heinrich Müller, policía profesional sin ningún compromiso político o ideológico real, sólo con una devoción fanática por el deber y la eficiencia. Hombre que vivía para su trabajo, Müller demostraría muchas veces su valía en los once años siguientes, al grado de llegar a conocérsele y recordársele simplemente como “Müller, el de la Gestapo”.

Al principio, Himmler celebró su éxito regocijándose en su título: “Reichsführer-SS y comandante de la policía política de los estados de Anhalt, Baden, Baviera, Brunswick, Bremen, Hamburgo, Hesse, Lübeck, Mecklemburgo, Oldemburgo, Sajonia, Turingia y Württemberg, e inspector de la Gestapo en Prusia”. Pero ni siquiera él pudo conservar mucho tiempo tan pretencioso trabalenguas; y luego de que Frick lo ridiculizó por ese motivo, Himmler lo redujo a “comandante de la policía política de los estados e inspector de la Gestapo en Prusia”.[2]

La designación de Himmler significó no sólo que la Gestapo sería puesta en forma y manejada apropiadamente, sino también que Göring podría utilizar su red nacional de la policía secreta y la SS en la peligrosa tarea que estaba por emprender: un mortífero ataque contra Ernst Röhm y la SA. Nunca le había simpatizado Himmler, cuya mojigata puntillosidad detestaba, pero su SS era la única arma capaz de decapitar a la SA sin el riesgo de una guerra civil; cederle la Gestapo había sido entonces un necesario *quid pro quo* para asegurar su apoyo. Haciéndolo su subordinado, sin duda Göring también esperaba controlarlo y usarlo; éste fue el mismo error que Papen, Hugenberg y el DNVP (Partido Nacionalista Popular Alemán) cometieron con Hitler.

Perseguir a Röhm y su cohorte era una medida desesperada para enfrentar una situación desesperada, tanto para Göring como para Hitler. La SA había sido siempre una fuerza antigubernamental desestabilizadora; ésa era su *raison d’être*, y le resultaba imposible cambiarla aunque el partido ya estuviese en el gobierno. Röhm y muchos miembros de su SA, incluido un núcleo duro de líderes, se tomaban muy en serio el “socialismo” del nombre del partido, y en su “segunda revolución” querían destruir al capitalismo, las grandes empresas, las fincas agrícolas, la aristocracia y el antiguo cuerpo de oficiales. Y si Hitler pretendía interponerse en su camino,

también lo destruirían. “La SA y la SS no permitirán que la Revolución alemana languidezca o sea traicionada a medio camino por quienes no combatieron en ella”, proclamó Röhm desde junio de 1933 en la *Nationalsozialistische Monatschrift* (Revista Mensual Nacionalsocialista). “Les guste o no, continuaremos con nuestra lucha. Si finalmente entienden qué persigue, ¡con ellos! Si no lo quieren, ¡sin ellos! Y si es necesario, ¡contra ellos!”.[3]

Hitler respondió vigorosamente. El primero de julio dijo a los líderes de la SA y la SS: “Reprimiré todo intento de perturbar el orden establecido tan implacablemente como trataré a la llamada segunda revolución, que sólo llevaría al caos”.[4] Cinco días después, el 6 de julio, convocó a todos los gobernadores del Reich a una reunión en la cancillería, y declaró ante ellos: “La revolución no es un estado permanente, ni debe permitirse que se convierta en eso. El torrente de revolución que ha sido liberado debe encauzarse por el seguro canal de la evolución.”[5] El mensaje no habría podido ser más claro, pero Röhm y sus hombres se negaron a aceptarlo y continuaron simplemente con sus preparativos. En agosto, Röhm advirtió: “Aún hay individuos en puestos oficiales que no tienen la menor idea del espíritu de la revolución. Nos desharemos de ellos sin piedad si se atreven a poner en práctica sus reaccionarias ideas”.[6]

Göring no tenía duda de que él encabezaba la lista de Röhm, junto con los grandes industriales, financieros y aristócratas que eran sus amigos y patrocinadores. La “segunda revolución” quería librarse de esas personas, y derribarlo con ellas. Toda su nueva riqueza, lujos e influencia desaparecerían. Göring también sabía que la ambición de Röhm de apoderarse del Reichswehr, sujetándolo a la milicia popular con él como comandante en jefe, seguía sumamente viva. Para él, esto era un sacrilegio, y además, él mismo tenía la mirada puesta en el cargo de comandante en jefe. Röhm era ya su único rival serio, en términos de poder, como segundo hombre del Reich, y por esta única razón había decidido eliminarlo. Si él obtenía el control del ejército, sería prácticamente invulnerable.

Cualquier sombra de aprecio que Göring haya podido conservar por la SA, a la que alguna vez había comandado, desapareció en septiembre de 1933 al planear un magno desfile en Berlín, en ocasión de la reinstalación de su consejo de Estado prusiano, que culminaría en la marcha de la SA y la

SS frente al Teatro de la Ópera, desde donde él presidiría deferentemente la ceremonia. Röhm y el comandante de la SA en Berlín, Karl Ernst, se indignaron por esa obvia muestra de autoexaltación, y dieron órdenes de que, en caso de realizarse dicho desfile, sus tropas pasaran con tal desgano ante la presidencia que el insulto público fuera claro. Göring se enteró, desde luego, y salvó la situación invitando a Röhm y a Himmler a acompañarlo en el estrado y compartir los honores. El desfile transcurrió sin incidentes, e incluso se marchó elegantemente a paso de ganso ante el podio; pero Göring no olvidó ni perdonó la buscada afrenta, y resolvió vengarse.[7]

El mayor peligro de un levantamiento de la SA era que Hitler fuera derrocado y el país se desgarrara nuevamente en una sangrienta guerra civil, ya que era imposible que el ejército, también bajo amenaza, se mantuviera al margen y no hiciera nada. El ejército contaba únicamente con cien mil hombres, pero todos ellos eran soldados profesionales, bien armados, entrenados y dirigidos. La SA incluía a muchos exsoldados, pero era, en gran medida, una turba rebelde e indisciplinada de matones y rufianes. Sin embargo, para principios de 1934, incrementada su fuerza por la incorporación de los Stahlhelm y otras organizaciones paramilitares, tenía 4.5 millones de integrantes —aunque sólo un tercio de ellos eran miembros del partido nazi. Asimismo, cada vez estaba mejor armada, dado que Röhm y sus lugartenientes hacían pleno uso de su experiencia en el contrabando de armas, incluido un gran número de ametralladoras pesadas. Una confrontación directa estaba claramente descartada. Pero era igualmente claro que algo tenía que hacerse, y Göring y Himmler, auxiliados por Heydrich, tendrían que ser quienes lo hicieran. No era posible confiar en la activa ayuda de Frick —él era demasiado burócrata, siempre preocupado por los detalles del debido proceso—, pero podía pedírsele que mantuviese a la policía uniformada fuera de todo conflicto, y que no estorbara ni obstruyera a la SS, el SD y la Gestapo cuando llegara la hora de la verdad. También el ejército aceptaría hacerse a un lado y dejar mano libre a los conspiradores. Y en las oficinas del partido ellos tenían un valioso aliado en Hess, a quien le daría gusto ver a la conflictiva dirigencia de la SA puesta en su sitio y subordinada a su comité político central.

Göring había estado reuniendo pertrechos contra Röhm y su camarilla antes de reclutar a Himmler para su causa; desde principios del otoño de 1933 había suministrado a Hitler selectos informes de la Gestapo y grabaciones telefónicas de la FA (Oficina de Investigación) para advertirle del peligro que aquéllos representaban. Hitler, sin embargo, según su costumbre, dejó las cosas para después, e incluso concedió un ascenso a Röhm el primero de diciembre, nombrándolo ministro sin cartera del gabinete, junto con Hess. Es imposible saber si la intención era darle un aliciente o una falsa sensación de seguridad. Diels afirmaría más tarde que Göring y él abastecieron a Hitler de gruesos *dossiers* sobre fechorías de la SA incluidas orgías homosexuales que implicaban al jefe de Estado Mayor de esa organización y a sus lugartenientes, y sobre la corrupción por ellos de miembros de las Juventudes Hitlerianas. Tras recibir uno de esos *dossiers* a mediados de diciembre, continuó Diels, Hitler se volvió hacia Göring y le dijo: "Toda la camarilla alrededor del jefe de Estado Mayor Röhm está corrompida hasta la médula. La SA es la promotora de toda esa inmundicia. Usted debería investigar esto más a fondo; ¡me interesa mucho!".[8]

Pese a su repugnancia, Hitler envió a Röhm una carta cordial el día de año nuevo de 1934, agradeciéndole los "imperecederos servicios que has prestado al movimiento nacionalsocialista y al pueblo alemán". Concluía diciendo lo agradecido que estaba de "poder llamar a hombres como tú mis amigos y compañeros combatientes". Publicada en el *Völkischer Beobachter*, ésta fue una de doce felicitaciones a ministros y líderes, aunque la única en que el Führer usó el íntimo *du* ("tú") reservado a sus amigos personales.[9]

Dos semanas después, nuevamente de acuerdo con Diels, Hitler ya hablaba con Göring de "los grandes traidores" que dirigían a hombres de menor importancia del partido y la SA a la revuelta: el general Von Schleicher y Gregor Strasser, dijo, conspiraban con Röhm y la dirigencia de la SA para derribar al régimen. Él quería quitar de en medio a esos enemigos del Estado antes de que pudieran hacer el intento de tomar el poder, y añadió: "Es incomprensible que Strasser y Schleicher, esos architraidores, hayan sobrevivido hasta ahora". Diels aseveró que, al salir de la casa del Obersalzberg, Göring volteó a verlo y le preguntó: "¿Comprende usted qué

quiere el Führer? Esos tres tienen que desaparecer, y muy pronto. Son traidores consumados, se lo puedo asegurar". Diels dijo que cuando inquirió si no podían ser juzgados por un tribunal especial, Göring lo descalificó al instante. "La orden del Führer significa más que un tribunal", respondió, hablando "con apremio y convicción, como un perro encadenado que acabaran de soltar."[10]

A pesar del supuesto apremio de Göring, al parecer Diels se limitó a seguir reuniendo información. Röhm, sin embargo, continuó cavando su tumba, al alentar en la SA un culto a la pesonalidad que lo elevaba por encima de Hitler, y al enfurecer al mismo tiempo a los generales del ejército con fuertes indicios de que su nombramiento en el gabinete podía ser el preludio de la toma por él del Ministerio de Defensa. El primero de febrero de 1934, envalentonado por la inquebrantable creencia de que su amigo Hitler lo apoyaba de veras, hizo circular un largo memorándum oficial dirigido al ministro de Defensa, Blomberg, en el que señalaba que la defensa del país debía ser "dominio exclusivo de la SA" y que el Reichswehr tenía que restringirse a proporcionarle hombres adiestrados. Este memorándum, del que no sobrevivió copia alguna, aparentemente proseguía proponiendo que la SA sirviera de base a un nuevo "Ejército Popular", y que las fuerzas armadas —ejército, marina y fuerza aérea—, junto con la SA, la SS y todas las organizaciones de veteranos, estuvieran bajo control de un único Ministerio de Defensa, con la clara implicación de que él debía estar a cargo.[11] Esto era dinamita pura, y Hitler tendría que actuar pronto para desactivarla si no quería que le explotara en la cara.

Un día después de que Röhm divulgó su memorándum, Hitler dijo en una reunión de Gauleiter (líderes distritales) que quienes pensaban que la revolución aún no había terminado estaban equivocados. Haciéndose eco de su discurso de siete meses atrás, indicó que había personas en el movimiento que creían que revolución significaba un permanente estado de caos. Llamó a la estabilidad, la lealtad y la obediencia ciega, sin luchas intestintas. Subrayó que sólo podía haber un líder; que él, el primer líder, había sido "elegido por el destino", pero que el siguiente debería tener el apoyo del movimiento entero, y que "será imposible seleccionar a alguien con una base privada de poder".[12] No obstante, esto fue lo más lejos que

pudo llegar en su condena contra Röhm, o quizá lo más lejos que se atrevió a llegar en esa etapa.

Mientras Hitler se mostraba excesivamente comedido ante sus Gauleiter, Blomberg era franco con sus compañeros generales. Relató el contenido del documento de Röhm, tal vez exagerándolo un poco, ante una asamblea urgentemente reunida de comandantes distritales del ejército, a quienes comprensiblemente les horrorizó lo que oyeron. Las propuestas de Röhm no dejaban lugar a arreglos: le gustara o no, Hitler tendría que elegir entre el ejército y la SA. Pero en realidad no había alternativa: Hitler no podría darse el lujo de perder el apoyo del ejército, en especial cuando Blomberg y el nuevo comandante en jefe, el general y barón Werner von Fritsch, buscaron apoyo en Hindenburg, cuya condición para dar a Hitler la cancillería había sido que él nombraría al ministro de Defensa. Era inconcebible que el comandante supremo, cuya antipatía por Röhm era bien conocida, aceptara alguna vez que "ese pervertido" estuviese a cargo de su amado ejército.

El factor decisivo para Hitler fue que Hindenburg estaba cada vez más delicado y no sobreviviría mucho tiempo. Tarde o temprano tendría que elegirse un nuevo presidente, y Hitler estaba resuelto a serlo: sólo el presidente se interponía entre él y la dictadura absoluta, incluido el mando supremo de las fuerzas armadas. Aún aferrado a la ilusión de legalidad, quería que Hindenburg lo designara su sucesor, pero sabía que eso era improbable mientras se le siguiera vinculando con Röhm.

Hindenburg estaba a favor del regreso a la monarquía, bajo un regente, lo mismo que muchos altos oficiales. También lo estaban el conservador DNVP y Papen, el vicecanciller, quien aún mantenía una estrecha relación personal con Hindenburg. Había argumentos imperiosos contra la restauración de la monarquía, pero esto no era de ninguna manera imposible. El káiser no podría volver jamás, desde luego, pero podía ser representado por uno de sus hijos, siendo "Auwi", el príncipe Augusto Guillermo, el favorito, pese a que esto planteara una complicación adicional, ya que Auwi era un alto oficial de la SA. Si Hitler quería evitar esta y las demás posibilidades —tanto Schleicher como Strasser aguardaban amenazadoramente tras bastidores, por ejemplo—, tenía que actuar con

suma habilidad. Röhm y la SA eran útiles chivos expiatorios (a los que se podría culpar de todos los excesos del régimen mientras Hitler se presentaba como la razón y moderación personificadas, consagrado a la restauración de la fortaleza, prosperidad y orgullo de Alemania), que al final tendrían que ser sacrificados. La única pregunta era cuándo y cómo.

El alto mando del ejército no quería derrocar a Hitler a menos que se viera obligado a hacerlo. Sabía que él estaba totalmente comprometido con el rearme y el afianzamiento de las fuerzas armadas en todas las formas posibles, con objeto de expandir el “espacio vital” de Alemania en el este; medidas que pocos políticos, aparte del Führer, tendrían el valor de tomar. Él había sacado a Alemania de la aborrecida Sociedad de Naciones y de la Conferencia sobre Desarme, y el 29 de enero, dos días antes del memorándum de Röhm, había anunciado planes para la reimplantación del servicio militar obligatorio y la creación de un nuevo organismo, las Wehrmacht, que incorporaría a las tres armas. El ejército aceptaba, asimismo, la idea de que aunque Hitler no había sido nunca un oficial con grado de teniente o superior, había obtenido dos Cruces de Hierro durante su largo servicio en el frente y era soldado de corazón, y por tanto uno de ellos. ¿No lo había demostrado el mes de julio anterior al promulgar una nueva ley del ejército, que negaba a los tribunales civiles jurisdicción sobre el personal militar y abolía la práctica republicana de elegir a representantes de la tropa, atavismo de los vilipendiados consejos de soldados de la Revolución de 1918?

Durante febrero, Blomberg y Fritsch presionaron a Hitler sin cesar, haciendo en forma voluntaria significativas concesiones, como las de añadir la svástica nazi al emblema oficial del ejército y aplicar al cuerpo de oficiales la “cláusula aria” del servicio civil, que impedía servir en el gobierno a quien tuviese siquiera un abuelo judío, lo que llevó a la inmediata destitución de unos setenta oficiales. Fritsch justificó estos actos aduciendo que darían “al canciller el necesario ímpetu contra la SA”.[13]

Las presiones de los generales dieron fruto el 28 de febrero, cuando Hitler convocó a los comandantes del ejército, la SA y la SS a una conferencia en el Ministerio de Defensa, en la Bendlerstrasse, para que recibieran sus pautas sobre su cooperación. Éstas habían sido elaboradas, de hecho, por los líderes del ejército, así que no fue de sorprender que

rechazaran por completo los planes de Röhm de una milicia de la SA, la cual, según Hitler, no era adecuada siquiera para una mínima defensa nacional. Él se proponía, dijo, formar un bien adiestrado "ejército popular" en las nuevas Wehrmacht, que serían equipadas con las armas más modernas y estarían preparadas para todas las operaciones defensivas en menos de cinco años, y para operaciones ofensivas en menos de ocho —su primera admisión abierta de que estaba dispuesto a ir a la guerra para cumplir sus ambiciones territoriales. La SA quedaría confinada a funciones militares menores, como el control de las fronteras y la instrucción preliminar bajo control del ejército, aunque su principal papel sería la educación política de la nación. "Las Wehrmacht", declaró Hitler, "deben ser las únicas portadoras de armas en la nación."

Ésta fue una completa derrota para Röhm, subrayada por la amenaza de Hitler de aplastar a quien se le opusiera. Si la hubiese aceptado, todo habría estado bien. Pero Röhm no fue nunca un hombre que aceptara la derrota. Se vio obligado a firmar el acuerdo y a estrechar la mano de Blomberg, y después a ofrecer una "comida de reconciliación" en su cuartel general, en la Standartenstrasse; pero una vez que Hitler y los oficiales se marcharon y que el champagne había sido bebida, explotó rabiosamente. "¡Lo que diga ese cabo idiota no significa nada para nosotros!", gruñó. "No tengo la menor intención de cumplir este acuerdo." En una muy poco velada amenaza, añadió: "Hitler es un traidor, y necesita unas largas vacaciones [...] Si no podemos triunfar con él, lo haremos sin él."[14]

Desafortunadamente para Röhm, entre quienes lo escuchaban estaba el SA-Obergruppenführer (teniente general) Viktor Lutze, comandante regional en Hannover. Lutze, exteniente del ejército, juzgó desleal la perorata de Röhm. Poco después viajó a Munich y puso al tanto a Hess, quien lo mandó a ver al propio Führer en su casa en el Obsersalzberg. Para sorpresa de Lutze, Hitler recibió serenamente la noticia. Tras hablar varias horas, le dijo a Lutze: "Debemos dejar que las cosas maduren."[15] Era una respuesta típica de Hitler: "No haga nada y vea qué pasa" o, con un tono más optimista, "Déles cuerda suficiente y se ahorcarán solos". Pero a Lutze le preocupaba que los renegados líderes de la SA pudieran colgar a Hitler antes. Aprovechó la primera oportunidad para confiarse al jefe de la oficina ministerial de

Blomberg, el general de división Walter von Reichenau, abierto partidario nazi.

El ejército no podía actuar directamente contra Röhm, pero Reichenau era un político astuto y sabía quién lo haría. Acudió a la SS, y en particular al frío y calculador jefe del SD, Reinhard Heydrich, quien ya había decidido que la única solución al problema de Röhm era liquidar a este último, junto con toda su camarilla. Reichenau, que había llegado a la misma conclusión, le hizo saber que el ejército no se interpondría en su camino.

Cuando Göring cedió a Himmler y Heydrich la Gestapo, esperaba que fueran más efectivos contra Röhm que Diels, y no lo decepcionaron. Himmler, impulsado por su ambición de poner fin a su sumisión a Röhm y de convertir su SS en un órgano independiente, ansiaba tanto como Göring librarse del jefe de Estado Mayor. Aunque alguna vez había idolatrado a Röhm, para entonces su alma puritana ya estaba asqueada de la depravación de aquél. No quería que su noble orden de la SS fuera mancillada por una asociación con el grosero bandidaje de la SA.

Heydrich, siendo completamente amoral, actuaba por su parte movido por la ambición pura y simple, y volcó sus considerables talentos en la preparación del choque que abriría las puertas a un poder prácticamente ilimitado para Himmler y él mismo.

La antipatía de Göring por el jefe de Estado Mayor se había convertido en implacable odio, alimentado por nuevos desaires a su *amour propre* y por reveladoras grabaciones de la FA. Röhm y Ernst, por ejemplo, solían llamarlo “el cerdo Göring”, y a Emmy “su marrana”. Otras veces le decían “Herr Reaktion”, y esperaban con ilusión “El Día” en que sería destruido, junto con sus amigos de las grandes empresas. En enero, Ernst había empezado a apostar a guardias armados de la SA fuera de la casa de Göring, como tácita pero calculada amenaza. Göring los había hecho retirar, remplazándolos por agentes de la unidad especial de la policía uniformada, el Landespolizeigruppe General Göring, que había conservado como su escolta personal, con base en la exescuela de cadetes de Prusia en Lichterfelde, su antigua alma máter, que este grupo compartía con el SS-Leibstandarte de Hitler. En una grabación telefónica de la FA, Ernst dijo a Röhm que eso era una lástima, porque los soldados de las tropas de asalto

“habrían hecho más fácil levantarle la tapa de los sesos al cerdo llegado el momento”. Göring ansiaba la hora de invertir los papeles y levantarles a ellos la tapa de los sesos, pero antes tendría que convencer a Hitler de que se dejara de rodeos y emprendiera, de una vez, una acción decisiva. No sería nada fácil hacerlo, porque Hitler seguía considerando a Röhm uno de sus pocos amigos personales, así que esto podría tardar un poco, pero Göring lo conseguiría en definitiva.

Pese al “acuerdo” que Hitler les impuso, las relaciones entre la SA y el ejército se deterioraron rápidamente el resto de la primavera y principios del verano. Como de costumbre, Hitler evitó definirse, dejando que ambas partes resolvieran solas sus diferencias. Pero en los primeros días de abril recibió noticias que llamaron poderosamente su atención: el estado de salud de Hindenburg se había deteriorado, y era improbable que sobreviviera más allá de unas semanas. Sin más tiempo que perder, se decidió por el ejército, prometiendo a Blomberg y Fritsch poner alto a los planes de Röhm, bajarle los humos a la SA y garantizar la posición del ejército a cambio de que éste lo aceptara como presidente. El ejército aceptó. Lo que Hitler no adelantó fue cómo enfrentaría a Röhm, porque simplemente no lo sabía. Esperaba poder manejar el asunto de manera pacífica, pero en el fondo debe haberse dado cuenta de que en realidad ésa era una posibilidad muy remota.

Entre fines de la primavera y principios del verano Heydrich y Himmler, auxiliados en todo momento por Reichenau, siguieron reuniendo e inventando evidencias contra Röhm y su gente. Göring, a cargo de la operación general, era consultado e informado, pero se contentaba con dejar los detalles a Heydrich, al menos por el momento. Pronto, ellos empezaron a elaborar lo que describieron como “listas de personas indeseables en el Reich”, aunque evitaron cuidadosamente especificar qué se haría con tales indeseables. Mientras esto acontecía, Göring hacía sus propias listas, y se mantenía ocupado en sus demás intereses, como la planeación secreta de la Luftwaffe con Milch y sus incesantes ambiciones como ministro alterno del Exterior. Dirigió, primeramente, su atención a Polonia, donde podía combinar las visitas diplomáticas con la caza en los bosques estatales de Bialowiéza; Józef Lipski, quien ese mismo año sería embajador de Polonia en Berlín, también era un apasionado de la cacería y se encargó gustosamente de esas diligencias, a cambio de invitaciones a sumarse a

Göring en el Schorfheide. Estas partidas de caza eran un excelente modo de formar y consolidar relaciones personales con líderes polacos.

En mayo, Göring extendió sus actividades diplomáticas con diez días de "vacaciones" por el sureste de Europa, acompañado por Milch, Körner, el príncipe Felipe de Hesse y Emmy Sonnemann, cuya presencia provocó un escándalo menor, pues Goebbels se apresuró a enterar a Hitler. La elección de destino por Göring no fue casual. Ofendido por el rechazo de Mussolini a sus seguridades sobre Austria, ésta fue una manera de vengarse de él: los italianos consideraban los Estados balcánicos, ricos en minerales, como su dominio exclusivo, y es probable que esta intrusión de alto perfil les disgustara. Consciente de la posible amenaza para Italia de una Alemania renaciente, Mussolini soñaba con crear una zona de seguridad mediante una confederación del centro-sur de Europa, con Austria, Hungría, Yugoslavia y Albania bajo liderazgo italiano.

Para que su viaje fuese doblemente ofensivo, Göring anunció primero que iniciaría su gira en Roma, pero justo antes de que su avión despegara cambió de opinión y marchó a Budapest, así que dejó esperando al comité de recepción de Mussolini en el aeropuerto, desaire calculado que le dio enorme, si bien infantil, satisfacción. Mussolini le pagó con la misma moneda tres semanas más tarde, cuando Hitler hizo su primera visita a Italia, haciendo saber a través de los ministerios del Exterior que Göring no sería bienvenido.

De vuelta en casa, Göring dio los últimos toques a su nuevo palacio en Berlín y al Carinhall, retacando ambos con tesoros artísticos donados por galerías, museos y personas que reconocían su creciente avidez por los regalos caros. Muchos de ellos le eran ofrecidos por funcionarios y hombres de negocios locales cuando él llegaba a sus ciudades y fábricas como estrella de cine en gira, resplandeciente en su uniforme blanco y centellantes medallas, para promover al régimen y su propia imagen. El Carinhall era su orgullo particular, y concluida la primera etapa del edificio, desesperaba en presumirlo. El 10 de junio de 1934 dio una fiesta de estreno a cuarenta diplomáticos extranjeros, encabezados por el embajador de Estados Unidos, Thomas Dodd; el de Italia, Enrico Cerutti y señora, y el recién llegado embajador de Gran Bretaña, sir Eric Phipps, quien escribió un largo y mordaz informe del evento como su primer despacho a Londres.

Los invitados fueron reunidos en el claro de un bosque para esperar a su anfitrión, quien llegó tarde en un auto deportivo de dos plazas, ataviado, de acuerdo con sir Eric, con un "traje de aviador de hule, botas altas, y una inmensa navaja al cinto". Luego les dictó una conferencia, hablando por un megáfono, sobre la historia natural del bosque y sus planes de crianza de los animales que había importado de Prusia oriental y otras partes. Como muestra de ello, intentó hacer que un bisonte de Canadá se apareara con una de las vacas locales, pero el resultado fue decepcionante. "El desafortunado animal emergió de su guarida con la mayor de las reluctancias", asentó sir Eric, "y, tras mirar a las vacas algo tristemente, intentó regresar a ella." Impertérrito, Göring volvió a toda prisa a la casa, donde sus huéspedes lo hallaron aguardándolos en la escalinata, vistiendo esta vez pantalones blancos de dril, tenis, camisa blanca de franela y un jubón verde de cuero, la navaja aún al cinto.

Göring les dio un paseo por la casa, "ostentando su vanidad a cada paso", según Dodd, y "causando a menudo que sus invitados se lanzaran divertidas miradas", al tiempo que portaba "un curioso instrumento parecido a un arpón", en realidad una lanza de caza escandinava que había sido obsequio del conde Von Rosen y que Göring buscaba dónde exhibir, pues Rosen llegaría al día siguiente. Emmy fue la anfitriona de la cena en el gran salón; Göring la presentó como "mi secretaria privada", pero se delató rodeando repetidamente su cintura con el brazo y estrechándola afectuosamente. La última parte del recorrido, después de la cena, fue una visita al mausoleo al otro lado del lago, listo y a la espera del sarcófago de Carin, que sería enterrado diez días más tarde. Para ese momento, Phipps y Dodd ya estaban "fastidiados de tan curiosa exhibición", y se escurrieron de vuelta a Berlín.[16]

El nuevo sepelio de Carin, el 20 de junio, se efectuó con toda la solemne pompa de que Göring era capaz. Hileras de efectivos del Reichswehr, con el casco puesto, flanquearon la ruta, y una docena de ellos condujeron el féretro hasta su última morada, al compás de la marcha fúnebre de *Götterdämmerung* (*El crepúsculo de los dioses*). Líderes del partido, industriales, diplomáticos y funcionarios se combinaron con miembros de la familia de Carin, entre ellos su hijo, Thomas, y Hitler marchó junto a Göring a la cabeza del cortejo para honrar a la mujer que

tanto había admirado. Una vez en su lugar el sarcófago, ambos entraron al mausoleo, para aislarse en silenciosa remembranza.

Fue una ceremonia conmovedora y majestuosa, pero señales de la creciente tensión en otras partes lograron colarse en ella. Himmler llegó tarde, justo cuando la ceremonia estaba a punto de comenzar, pálido y tembloroso, asegurando que había escapado por poco a un intento de asesinato. Llevando aparte a Hitler y a Göring, les dijo que alguien había disparado contra su automóvil. Las balas, apuntó, habían atravesado el parabrisas y "sólo la Providencia" lo había salvado. Al principio culpó a los comunistas, y exigió que cuarenta de ellos fueran fusilados de inmediato, pero pronto cambió de opinión y decidió que la culpable era la SA: el jefe de ésta en Berlín, Karl Ernst, recordó, había jurado regularmente "vérselas con el jesuita negro". Apenas días antes Ernst lo había acusado por su parte de intentar asesinarlo cuando un obrero lanzó una granada en la Unter den Linden, cinco minutos después de que Ernst había pasado en auto por ahí.[17] Daluege, quien se hizo cargo del vehículo de Himmler, llegó pronto a la conclusión de que el agujero en el parabrisas había sido causado por una piedra, arrojada desde un auto que había pasado a un lado a cien kilómetros por hora, pero la teoría del intento de asesinato era demasiado conveniente para ser descartada.

Terminada la ceremonia, antes de retirarse de Carinhall, Hitler habló en privado con Göring y Himmler, quienes trataron una vez más de convencerlo de que había llegado el momento de actuar. Hitler estaba más que consciente de la urgencia: Hindenburg se debilitaba rápidamente, y al mismo tiempo aumentaba la tensión en todas partes, entre crecientes rumores y contrarrumores de una inminente "segunda revolución". Además, la euforia del pueblo alemán por el nuevo régimen se enfriaba a toda prisa, pues éste no había cumplido sus promesas de prosperidad instantánea y, sobre todo, de restauración del orden, que, tras la exclusión de los comunistas, ya sólo dependía de controlar a la SA.

A principios de junio, Hitler había ordenado a la SA cancelar sus planes de ejercicios militares, en parte para aplacar al ejército, pero también para poder persuadir aún más a las potencias occidentales de reiniciar pláticas sobre el rearme. Había dedicado entonces cinco horas a tratar de convencer a Röhm de que abandonara la idea de una "segunda revolución". Pero, al

parecer, no le hizo ninguna advertencia seria, y Röhm se fue seguro de que, cuando llegara la hora de la verdad, Hitler lo apoyaría contra los generales y los reaccionarios. Tan seguro estaba de ello que se permitió anunciar que, por consejo de su médico, tomaría un descanso de varias semanas, para someterse a un tratamiento de yodo contra el reumatismo en el balneario bávaro de Bad Wiessee. En este comunicado, publicado en el *Völkischer Beobachter* el 8 de junio, recomendó a los líderes de la SA empezar a organizar su propio descanso de verano. Aunque un reducido número de ellos se retiraría en junio, decía, “para la mayoría julio será un periodo de completa relajación, en el que podrán recuperar sus fuerzas”. Por si alguien pensaba que éste era un completo retroceso, Röhm terminó con un tono desafiante:

Si los enemigos de la SA se engañan esperando que ésta no se presente a su deber tras su ausencia, o que sólo se presente en parte, dejémoslos con sus optimistas expectativas. Recibirán una respuesta adecuada en el momento y forma que las circunstancias impongan. La SA es y seguirá siendo el destino de Alemania.[18]

Si la SS iba a actuar contra la SA, tendría que hacerlo antes de julio; sería difícil acusarla de tramar un *Putsch* mientras estuviera de vacaciones. Cuando Röhm marchó a su cura, Himmler y Heydrich ordenaron a la SS y el SD estar alertas e intensificar la vigilancia de la SA. Heydrich identificó cuatro grandes áreas —Baviera, Berlín, Sajonia y Silesia— que, en su opinión, serían los principales centros del supuesto levantamiento de la SA. Tras las alambradas de Dachau, el comandante Eicke sostenía simulacros secretos de combate con su Estado Mayor, en preparación de golpes alrededor de Munich, Lechfeld y Bad Wiessee. Mientras tanto, Göring y Heydrich empezaron a esparcir rumores y a inventar evidencias de desleales intrigas entre políticos “peligrosos”, en especial el general Von Schleicher y Gregor Strasser —dos nombres que garantizaban atizar la paranoia de Hitler—, así como Röhm y sus líderes de la SA.

Curiosamente, no fue la SA la que detonó la crisis final, sino los conservadores. El domingo 17 de junio, tres días antes del nuevo sepelio de Carin, Papen pronunció un discurso ante estudiantes de la Universidad de

Marburgo en el que, de acuerdo con Hans Bernd Gisevius, “dijo abiertamente lo que todos los alemanes decentes sentían... todos los que no habían caído presa de la histeria colectiva”. Ese discurso había sido escrito por un pensador conservador, Edgar Jung, y se dice que Papen no lo vio hasta poco antes de pronunciarlo, lo que podría explicar su desacostumbrado valor para denunciar los excesos de la revolución nacionalsocialista y los peligros de una “segunda revolución”. Ya era hora, dijo, de “silenciar a los fanáticos doctrinarios y poner fin a la interferencia del trabajo serio de hombres serios”. Atacó el “egoísmo, mendacidad, horror y arrogancia que se propagan so capa de la Revolución alemana” y propinó fuertes golpes a Goebbels y la instauración de un “falso culto a la personalidad”. “Los grandes hombres no se hacen con propaganda, sino que se deben a sus actos”, sentenció, y añadió: “Ninguna organización ni propaganda, por buenas que sean, bastarán a la larga para preservar la confianza”. Y continuaba lo medular del discurso:

> El predominio de un solo partido en lugar del sistema pluripartidista que acaba de desaparecer, me parece, desde el punto de vista histórico, una fase transitoria que sólo se justifica mientras sea necesario salvaguardar la Revolución y organizar la selección del personal del gobierno [...] Pero ninguna nación puede permitirse una revuelta eterna desde abajo si desea seguir existiendo como entidad histórica. En algún momento el movimiento debe llegar a su fin; en algún momento debe surgir una firme estructura social mantenida por una judicatura incorruptible y una indiscutible autoridad del Estado. El dinamismo permanente no puede dar forma a nada duradero. Alemania no debe ser un relampagueante meteoro del que nadie pueda decir dónde se detendrá.[19]

Esto era dinamita pura, y fue recibido con un caluroso aplauso en la sala. Goebbels reaccionó al instante y acalló el discurso prohibiendo su difusión en la prensa y la radio, aunque no antes de que el influyente *Frankfurter Zeitung* (Diario de Francfort) —cuya sobrevivencia él había permitido como simbólica, sólo medianamente sofocada, voz liberal en beneficio de los lectores extranjeros— publicara algunos extractos. Pronto corrió la voz por toda Alemania sobre el discurso y su tono, si no es que acerca de su exacto contenido, lo que elevó aún más la temperatura e hizo más inminente el estallido de la crisis.

Todavía radical de corazón, Goebbels era ardiente defensor de una “segunda revolución”, y no dirigió su veneno contra la SA, sino contra

quienes consideraba el verdadero enemigo, los reaccionarios. Sabiendo esto, Göring y Himmler, y en realidad también Hitler, tuvieron el cuidado de no revelarle sus planes; en esta etapa crítica, no se atrevieron a confiar en que guardaría silencio. En cambio, alentaron sus rabietas contra los reaccionarios como valiosa cortina de humo, para que sus víctimas se confiaran. Desde principios de mayo, Goebbels había recorrido el país pronunciando incendiarios discursos contra los "alarmistas y *Kritikaster* [palabra inventada por él en alusión a los cascarrabias que sólo podían quejarse y criticar], rumorólogos y haraganes, saboteadores y agitadores". El 20 de mayo, mientras disfrutaba de un crucero de Domingo de Pentecostés con él, por los lagos de Berlín en el elegante yate *Baldur*, que había comprado en la Pascua, Blomberg le dio más cuerda aún transmitiéndole la idea de que Papen tenía ambiciosos planes para sustituir a Hindenburg cuando el presidente muriera. Goebbels mordió el anzuelo. "Absolutamente imposible", tronó en su diario. "Por el contrario, antes debe resolverse este lío."[20] El resto de mayo y a principios de junio redobló sus ataques, que interrumpió brevemente cuando Hitler —quizá para quitarlo de en medio, quizá para igualar el marcador en su competencia personal con Göring— lo envió en misión oficial a Polonia, para reafirmar las pacíficas intenciones del régimen.

El discurso de Papen ocasionó en Goebbels paroxismos de rabia, y en un discurso en el Sportpalast el 21 de junio arremetió contra él y sus conservadores burgueses, calificándolos de "papanatas ridículos". "Estas personas no detendrán el progreso del siglo", vociferó. "Las pisotearemos al seguir nuestra marcha." En combinación con su estricta censura, esto bastó para que Papen amenazara con recurrir a Hindenburg y renunciar como vicecanciller. Hitler se aterró; le era difícil creer que Papen hubiera hablado tan audazmente sin el sólido respaldo de todo el *establishment* conservador y militar, y temió estar a punto de perder el apoyo del ejército y el presidente. Logró apaciguar a Papen reprobando a Goebbels y sus críticas, prometió hacer levantar la prohibición que pesaba sobre su discurso y lo convenció de aplazar su renuncia hasta que ambos pudieran visitar al presidente para hablar con él de la situación general; Hindenburg ya no estaba en Berlín, sino que se había retirado a su finca en Neudeck, en Prusia oriental.

Tan pronto como Papen accedió, Hitler concertó, sin consultarlo, una entrevista personal con el presidente, en apariencia para informarle de su reciente reunión con Mussolini en Venecia, pero en realidad para tantear el terreno y verificar el estado de salud del anciano. Había sido instado a ello por un informe de Walther Funk, quien permanecía en Neudeck, de que el mariscal de campo había espetado: "Si Papen no puede guardar la disciplina, tendrá que asumir las consecuencias". En la puerta del *Schloss* (castillo) Neudeck se encontró con Blomberg, quien había sido llamado por Hindenburg para hablar de la crisis. Blomberg le dijo que a menos que pudiera restaurar la calma en Alemania, el presidente declararía la ley marcial y entregaría el poder al ejército. El propio presidente, según un informe posterior de su secretario de Estado, Meissner, le dijo a Hitler que "hiciera entrar en razón de una vez por todas a los alborotadores revolucionarios".[21] Ya no era hora de vacilaciones: esta vez Hitler tendría que emprender realmente una acción decisiva, y rápida.

Comenzaba la fatal partida final, y Göring, Himmler, Heydrich y Reichenau dieron un ritmo frenético a sus actos. El 21 de junio, mientras Hitler seguía en Neudeck, Göring hizo sonar la señal de alarma en el consejo de Estado de Prusia declarando: "La primera revolución fue iniciada por el Führer. Si el Führer desea una segunda revolución, nos hallará preparados y alertas. Si no la desea, estaremos igualmente preparados, y dispuestos a actuar contra quien se atreva a levantar la mano contra la voluntad del Führer". Al día siguiente Hitler dio sus primeros pasos concretos, ordenando el arresto de Edgar Jung, el autor del discurso de Papen, y llamando de Hannover al hombre que había elegido para remplazar a Röhm, Viktor Lutze, para que estuviera alerta en Berlín y sólo recibiera órdenes de él. Desde entonces hasta el fin de la operación, Lutze estuvo constantemente a su lado.

Hitler le dijo a Lutze que Röhm debía ser destituido, ya que pretendía "armar a la SA y soltarla contra el Reichswehr, a fin de librarlo a él, el Führer, del ejército, que supuestamente lo tenía preso".[22] Por primera vez se involucró directamente en el examen de las listas de los individuos por ser liquidados, discutiéndolas con Lutze, quien afirmó que aquéllas empezaron con apenas siete nombres de los más altos líderes de la SA, pero que este número fue aumentado por la "perversa SS" primero a diecisiete y después a

más de ochenta, ya que esa organización quería ajustar cuentas personales.[23]

Durante la semana siguiente, tanto Hitler como Göring mantuvieron un intenso programa de actividades, yendo y viniendo de un extremo a otro del Reich para dar la impresión de que la vida seguía su curso normal. Röhm cayó redondo en la trampa, pues se asentó cómodamente en el Hotel Hanselbauer de Bad Wiessee, desestimando todos los rumores de que Hitler y el ejército planeaban actuar en su contra. Continuaba de buen humor; la FA grabó una conversación telefónica con Ernst, en Berlín, en la que fantasearon qué harían con “el cerdo de Göring” cuando llegara el “debido momento”. “Yo personalmente rebanaré tajadas de carne de su gordo cuerpo hasta reducirlo a la mitad”, dijo Ernst. “Y sólo entonces le clavaré el cuchillo en la garganta.” “Hazlo”, señaló Röhm, riendo entre dientes. “Pero no comas ningún trozo. ¡Prohibida la carne!”.[24] Es indudable que estas grabaciones enfurecieron a Göring y acendraron aún más su resolución, pero al menos confirmaron que los líderes de la SA seguían sin sospechar nada. Es enteramente posible, desde luego, que Röhm haya sabido de la intervención telefónica, y que deliberadamente hiciera afirmaciones injuriosas como una broma para burlarse de Göring. De ser así, la broma fue contra Röhm, y Göring sería el último en reir.

Heydrich estaba entonces en su elemento, fraguando conspiraciones, inventando evidencias e iniciando rumores, todo ello diseñado para convencer tanto al ejército como a Hitler de que la SA realmente estaba a punto de dar un *Putsch*. Un sujeto que dijo ser SA-Obergruppenführer apareció en las oficinas distritales del ejército en Münster pidiendo información sobre este organismo, ya que, explicó, pronto la SA se haría cargo del Reichswehr. Sepp Dietrich, comandante del SS-Leibstandarte, mostró al Ministerio de Defensa una supuesta lista de blancos de pelotones de fusilamiento de la SA, que incluía a prácticamente todos los generales del ejército. En otros distritos, miembros de la SS presentaron planes de la SA para la destitución de altos oficiales. Una orden firmada por Röhm, que instaba a todas las unidades de la SA a armarse en preparación de un ataque al Reichswehr, se abrió paso misteriosamente hasta el escritorio del capitán Patzig, jefe de la Abwehr, la inteligencia militar. Patzig se la enseñó a

Blomberg y Reichenau, quienes la llevaron a Hitler, a quien, como era de esperar, le impresionó. Y así sucesivamente.

Aunque la mayoría de los oficiales de alto rango del ejército se negaban a tomar en serio los rumores, las falsas evidencias justificaron que Blomberg y Fritsch pusieran a todas las unidades en alerta desde el 25 de junio de 1934. Oficiales en los cuarteles y el ministerio debían mantener cargados los revólveres que guardaban en su escritorio. Armas y transporte debían ponerse a disposición de la SS, a la que había de considerarse aliada; siendo una fuerza relativamente reducida, concentrada en labores policiales, no era percibida como amenaza. Ese mismo día, Reichenau hizo expulsar a Röhm de la Liga de Oficiales Alemanes, lo que le quitó la protección que tenía como miembro del cuerpo de oficiales y lo convirtió en blanco legítimo.

También el 25 de junio, Hess, quien formaba parte de la conspiración como líder de organización del partido y mentor de Himmler, hizo importantes revelaciones en un discurso transmitido por radio y diseñado para subir aún más la temperatura. “¡Ay de aquel que abrace la deslealtad, en la creencia de que puede servir a la revolución mediante la revuelta!”, advirtió. “Adolf Hitler es el gran estratega de la revolución. ¡Ay de aquel que pretenda entorpecer los sutiles designios de los planes estratégicos del Führer, pensando en forzar el paso! Ése es enemigo de la revolución.”[25] Göring prosiguió con un melodramático discurso en el que reforzó ruidosamente el mensaje: “Quienquiera que erosione esta confianza [en Hitler] será culpable de alta traición. Quienquiera que desee destruir esta confianza, destruye a Alemania. Quienquiera que ofenda esta confianza, lo pagará con su cabeza.”[26]

Ya estaba puesto el escenario. Lo único que faltaba era una palabra de Hitler. Pero éste seguía sin poder dar la orden de eliminar a su más viejo amigo, el hombre que lo había iniciado en la política en los oscuros días de 1919. Los conspiradores debían hallar aún algo que le diera el empujón definitivo. El 28 de junio, Göring convenció a Hitler de que lo acompañara a Essen, para visitar primero las fábricas Krupp y asistir después a la boda del amigo de Göring y copropietario del *National-Zeitung* (El Nacional) Josef Terboven, Gauleiter de Westfalia. Hitler aseveraría más tarde que fue a Essen “para ofrecer una impresión de absoluta calma y no dar ningún

indicio a los traidores”. Pero Lutze, que fue con él, vio las cosas de otro modo. “Tuve la sensación”, escribió, “de que convenía a ciertos círculos agravar y acelerar ‘el caso’ justo en el momento en que el Führer estaba ausente de Berlín, sin poder ver ni oir cosas por sí mismo, sino dependiendo del teléfono.”[27]

Estaba en lo cierto: Göring y Himmler se coordinaron a la perfección. La recepción de la boda empezaba apenas cuando Himmler llegó de Berlín con revelaciones frescas sobre la SA y los conservadores, que Göring corroboró. Cuando Himmler informó que Papen había concertado una entrevista personal con Hindenburg el 30 de junio, tras enterarse de que Jung había sido arrestado por la Gestapo, comenzaron a sonar señales de alarma para Hitler. Un Papen herido era un animal peligroso, e indudablemente trataría de convencer al presidente de tomar medidas para limitar el poder no sólo de la SA, sino también del propio Hitler. La *Reaktion* estaba en marcha de nuevo; la perspectiva de la ley marcial asomaba en el horizonte. Un golpe preventivo era la única solución. Luego de enviar a Himmler de vuelta a Berlín, Hitler dejó la recepción y partió a toda prisa con Göring al Kaiserhof Hotel, donde los alcanzó Pilli Körner con noticias frescas y un paquete de hojas pardas de la FA que “demostraban” que la SA se estaba armando para una revuelta en toda Alemania. Ésta era la vital gota que derramaría el vaso. “Basta”, declaró Hitler. “Les daré un castigo ejemplar.”

Sin tiempo que perder, la operación procedió a toda velocidad. Hitler telefoneó al ayudante de Röhm y le ordenó que convocara a todos los Obergruppenführer, Gruppenführer e inspectores de la SA a una reunión con él en Bad Wiessee avanzada la mañana del 30 de junio. Era una idea brillante; en vez de arriesgarse a rondarlos en sus propios territorios a todo lo largo y ancho del país, todos se congregarían, en forma voluntaria, en un lugar tranquilo y remoto, lejos de sus partidarios, donde la SS podría aprehenderlos con facilidad. Hitler supervisaría esto. Göring estaría a cargo de las operaciones en el resto del país, y pasaría a la acción tan pronto como recibiera la palabra en clave Kolibri, que indicaría que Röhm y sus hombres habían sido exitosamente detenidos.

Göring voló de inmediato con Körner de regreso a Berlín y estableció su control operativo en su palacio de la Leipziger Platz. El gran peligro era

que la SA no tomara con calma el arresto de sus líderes. Göring hizo intervenir a unidades armadas de su grupo policial personal para que fortificaran el edificio y sus accesos con sacos de arena y ametralladoras. Al mismo tiempo, ordenó a Milch desplegar 600 soldados a los que se adiestraba en secreto para la Luftwaffe para que defendieran el edificio del Ministerio de Aviación y los tres aeropuertos de Berlín. Himmler se le unió en el palacio, junto con todo el personal esencial, al que se ordenó reportarse al instante con sus artículos de aseo personal y camisas limpias para una estancia de tres días. Wolff pasó prácticamente las setenta y dos horas que estuvo ahí hablando por teléfono, habiendo realizado, según él, más de siete mil llamadas, en su mayoría relativas a los nombres en las diversas listas. “Para casi cada nombre”, diría después “[...] era cuestión de vida o muerte.”[28] Heydrich iba y venía entre el palacio de Göring y sus propias oficinas, en la Prinz-Albrecht-Strasse. Entre ellos emitieron torrentes de órdenes a unidades de la SS en todo el país, llamándolas a los cuarteles en alerta total y enviando órdenes secretas a los comandantes, que no debían abrirse hasta que Himmler, Heydrich o Göring lo indicaran.

Los generales ordenaron a todas las unidades del ejército, asimismo, mantenerse en estado de alerta en sus cuarteles, y empezar a entregar armas a la SS, que serían devueltas tan pronto como la acción terminara. Los preparativos continuaron todo el día; Reichenau, Blomberg y otros generales hicieron regulares apariciones en el palacio para consultar a Göring. El *Völkischer Beobachter* publicó esa mañana una declaración de Blomberg que dejaba absolutamente en claro la posición del ejército:

El Reichswehr se considera en estrecha armonía con el Reich de Adolf Hitler. Ha pasado el tiempo en que personas de diversos bandos podían hacerse pasar por voceros del Reichswehr. El papel del ejército está claramente determinado: debe servir al Estado nacionalsocialista, al cual reconoce. Los corazones del Reich y del ejército laten al unísono [...] El Reichswehr porta con orgullo los símbolos de Alemania. Se mantiene, disciplinado y leal, detrás de los líderes del Estado; detrás del mariscal de la Gran Guerra, el presidente Von Hindenburg, su líder supremo, y detrás del Führer del Reich, Adolf Hitler, quien, procedente de las filas del ejército, es y será siempre uno de nosotros.[29]

Hitler, entre tanto, había volado a Bad Godesberg, en el Rin, manteniendo la apariencia de normalidad al cumplir el compromiso de visitar un campamento cercano del Servicio de Trabajo Voluntario y de asistir a una

exposición en los jardines de uno de sus hoteles favoritos, el Rheinhotel Dreesen. No obstante, lo primero que hizo al llegar fue llamar a Dietrich y Goebbels para que volaran allá desde Berlín, lo que no dejó en ellos la menor duda de que algo muy importante estaba a punto de suceder. Cuando Dietrich llegó, fue detalladamente instruido y después enviado a Munich, para hacerse cargo de dos compañías del SS-Leibstandarte que iban de camino en tren desde Berlín a una pequeña estación cerca de Landsberg, obtener armas y transporte del ejército y esperar nuevas órdenes.

Goebbels partió a Godesberg de buen ánimo, invadido de ansiosa expectación, cierto de que el Führer se las vería al fin con la aborrecida *Reaktion*. "¡Así que esto es!", escribió en su diario antes de salir. "Sea por Dios. Cualquier cosa es mejor que esta terrible espera. Yo estoy listo."[30] La revolución socialista con la que tanto tiempo había soñado estaba a punto de consumarse. Fue un duro impacto que Hitler le dijera lo que en realidad se tramaba. Una vez más, su ídolo demostraba ser un reaccionario de corazón, y una vez más Goebbels puso a sus órdenes un giro ideológico. Hitler, siempre psicólogo, le dijo que tenía pruebas de que Röhm había conspirado con Schleicher, Strasser y el embajador de Francia, André François-Poncet, y de que la situación era tan grave que tenía que actuar contra Röhm y los rebeldes de la SA al día siguiente. Tragándose al instante sus convicciones, Goebbels pidió que se le permitiera participar, evidentemente preocupado de tener que disipar cualquier duda sobre su lealtad. Para su deleite, Hitler le dijo que lo quería a su lado. Goebbels vio en esto una señal de favor; pero es difícil no sospechar que Hitler lo quería donde pudiera verlo, en caso de que se sintiera tentado a rebelarse y a poner sobre aviso a sus amigos de la SA, y también lo quería plenamente implicado para que después no pudiera condenar esa acción.

En la quietud de Godesberg, Hitler estaba otra vez convenientemente divorciado de los centros de actividad, y otra vez dependía del teléfono, aunque Göring, más consciente que nadie de los riesgos del teléfono, optó por comunicarse enviando a Pilli Körner por avión desde Berlín con mensajes secretos. La mayoría de esos mensajes daban a Hitler alarmantes noticias sobre amenazas de revueltas y disturbios de la SA, algunas de ellas auténticas, otras ficticias, todas excesivamente exageradas. En Hamburgo, una banda de "Antiguos Combatientes" había atacado y golpeado al cónsul

general de Portugal; al menos esto era verídico. También lo era que, en varios lugares, bandas dispersas de soldados de las tropas de asalto habían tomado las calles tras enterarse de rumores de que el ejército estaba a punto de actuar en su contra. No era cierto, sin embargo, que hubiese amenazas de un levantamiento organizado. Tampoco que, como informó Himmler cerca de la medianoche, la SA en Berlín estuviera lista para dar un *Putsch* a partir de las cinco de la tarde del día siguiente, 30 de junio, ocupando edificios gubernamentales. Karl Ernst, dijo, no se sumaría a los demás líderes de la SA en Bad Wiessee, pues se había quedado en Berlín para dirigir esa acción en persona. La verdad era que la mayoría de los miembros de la SA de Berlín ya estaban de descanso, y que Ernst, quien se había casado días antes —Göring había sido su padrino— iba camino a Bremen, para abordar un barco con destino a Tenerife en una retrasada luna de miel.

Hitler apenas había tenido tiempo para asimilar las noticias de Himmler antes de que llegara un informe igualmente inquietante de parte de Adolf Wagner, Gauleiter y ministro del Interior de Baviera, según el cual la SA ya marchaba por las calles de Munich. Esto era al menos parcialmente cierto: unos tres mil miembros de las tropas de asalto, alertados por anónimos volantes manuscritos hechos circular misteriosamente durante el día, habían rondado en efecto la ciudad, coreando: “El Führer está en nuestra contra. El Reichswehr está en nuestra contra. ¡La SA está en las calles!”. Nadie sabía de dónde habían salido esos volantes —aunque tal vez Heydrich habría podido decirles—, y los comandantes regionales de la SA, el Obergruppenführer August Schneidhuber, excoronel del ejército y en ese entonces también jefe de la policía de Munich, y el Gruppenführer Wilhelm Schmid, se apresuraron a ordenar a sus hombres que volvieran a casa. Pero ya era demasiado tarde; la treta había funcionado. Hitler se puso furioso ante lo que vio como la más reciente traición de Röhm. No podía esperar más; decidió ir a Munich de inmediato.

El trimotor Ju52 de Hitler aterrizó en el aeródromo Oberwiesenfeld de Munich al romper el alba. Con los ojos vidriosos por la fatiga y moviéndose como en trance, saltó del avión y marchó ante los dirigentes del partido que lo esperaban para recibirlo, seguido de sus ayudantes y Goebbels, Lutze y su jefe de prensa, Otto Dietrich. Antes de salir al Ministerio del Interior bávaro de Wagner, hizo una pausa frente a dos oficiales del ejército a los

que había llamado por radio y les dijo: “Éste es el día más negro de mi vida. Pero iré a Bad Wiessee y juzgaré con severidad. Díganselo al general Adam.”[31]

En el Ministerio del Interior, Hitler hizo llevar a Schneidhuber y Schmid desde sus casas, los acusó a gritos de traición, arrancó de sus uniformes las insignias de su rango y les informó que estaban bajo arresto y serían fusilados. Mientras se les conducía a la prisión de Stadelheim, ordenó a Wagner enviar escuadrones de la SS y la Policía Política Bávara a arrestar a los enlistados líderes de la SA y opositores al régimen. Luego, sin esperar a Sepp Dietrich y sus hombres del Leibstandarte, se dirigió a Bad Wiessee, con Goebbels y Lutze a su lado, escoltados por dos carretadas de efectivos de la SS y detectives de la Policía Política Bávara.

Röhm estaba profundamente dormido cuando Hitler, pistola en mano, abrió a empujones la puerta de su habitación a las seis y media de la mañana. Apenas tuvo tiempo de pronunciar un desconcertado “*¡Heil*, mi Führer!” antes de que su Führer le gritara que era un traidor y estaba bajo arresto. Tras dejar a dos detectives vigilándolo, Hitler procedió a aporrear las puertas de los demás líderes de la SA que ya habían llegado al hotel y repitió el procedimiento. Sólo uno de ellos hizo escándalo: Edmund Heines, jefe de la SA de Silesia en Breslau, a quien se halló en la cama con un joven rubio, para extrema repugnancia de Hitler y Goebbels, quien más tarde describió la escena como “repulsiva, casi nauseabunda”.[32]

Todo terminó en unos minutos, rápida, tranquila y eficientemente. El “nido de conspiradores” fue encerrado en el sótano del hotel antes de ser llevado a la prisión de Stadelheim en un autobús local apresuradamente alquilado. No hubo derramamiento de sangre; eso vendría después. Hubo un momento incómodo, cuando fuertemente armados guardias del cuartel general de la SA de Röhm llegaron con retraso en un camión; pero en lugar de ponerse difíciles, obedecieron sin reparos la orden de Hitler de regresar a Munich. Aun los líderes en arribo de la SA a quienes Hitler y su séquito encontraron en la carretera mientras regresaban a Munich accedieron a voltearse y ser arrestados sin incidentes. Otros fueron arrestados con igual tranquilidad en la principal estación ferroviaria de Munich cuando bajaban de sus trenes, procedentes de diversas partes del país. Para media mañana, unos doscientos de ellos aguardaban su destino en Stadelheim.

A las diez de la mañana, de vuelta en la Casa Parda, Hitler concedió a Goebbels el honor de llamar a Göring a Berlín para decirle que "la mayoría de los criminales están bajo custodia" y darle la palabra en clave "Kolibri" para iniciar la acción en el resto del Reich. Cualesquiera que hayan sido los recelos que pudiera tener, para entonces no cabía duda de que Goebbels estaba metido en el caso hasta el cuello. Göring, quien esperaba impaciente en su recargado estudio, dio luz verde a Himmler y Heydrich para que soltaran a sus verdugos de la SS y el SD. En todo el país se abrieron órdenes secretas que revelaron listas de víctimas, y empezó la matanza.

En Berlín, escuadrones de la policía especial de Göring salieron estrepitosamente de su cuartel de Lichterfelde en camiones y motocicletas para rodear y tomar posesión de los cuarteles de la SA en esa ciudad. Una vez en posición, Göring se les unió para encabezar su entrada al edificio y supervisar personalmente los arrestos. Cuando registraron el edificio, le agradó descubrir un escondite de armas en el sótano que contenía, en sus propias palabras, "más subametralladoras que las que toda la policía de Prusia tenía en su poder".[33] Entre tanto, había enviado a Bodenschatz por Papen, quien llegó a su palacio protestando ruidosamente que, como vicecanciller, él estaba a cargo en ausencia de Hitler y debía ser responsable de cualquier estado de emergencia. Mientras discutía con Göring, Himmler salió serenamente a la antesala, tomó un teléfono y ordenó: "Procedan". Habiendo quitado de en medio a Papen, un escuadrón de la SS entró a su oficina y empezó a registrarla. Su principal secretario, Herbert von Bose, intentó detenerlos, pero al instante fue muerto a tiros. Poco después, el otro confidente de Papen, Edgar Jung, fue arrastrado fuera del campo de concentración de Oranienburgo; su cuerpo fue descubierto en una zanja días más tarde. Göring hizo que se llevaran a Papen y lo pusieran bajo arresto domiciliario, vigilado por hombres de la SS; Papen objetó vigorosamente esta indignidad, pero luego se dio cuenta de que Göring le había salvado la vida. Éste no fue, sin embargo, un gesto humano; Papen era simplemente demasiado influyente, y demasiado cercano al presidente, para que se le asesinara.

Conforme avanzaba el día, el ánimo en el palacio de Göring era cada vez más febril. Hans Bernd Gisevius, joven asesor legal de la policía que acompañó a Daluege ahí durante esa mañana, haría una vívida descripción

de “una atmósfera de odio, nerviosismo y tensión, y sobre todo de sangre y más sangre”. El gran salón estaba lleno de grupos de funcionarios y oficiales que hablaban con apremio entre sí mientras sirvientes de librea circulaban calladamente entre ellos con charolas de sándwiches. Mensajeros entraban y salían a toda prisa del estudio de Göring, donde el “comité de ejecución”, formado por el propio Göring, Himmler, Heydrich y Körner, conferenciaba sobre las listas de la muerte, añadiendo un nombre aquí, quitando otro allá, riendo y gritando eufóricamente todo el tiempo:

> No parecen estar de mal humor. Göring exuda un aire de animada complacencia. Va y viene pavoneándose, una imagen inolvidable: mechones largos y sueltos, guerrera blanca, pantalones militares azul gris, botas blancas por encima de las carnosas rodillas [...]
>
> De repente empieza a haber mucho ruido allá dentro. El comandante de la policía Jakobi sale precipitadamente de la sala, el casco puesto y la correa bajo la cara roja. La ronca voz de Göring retumba tras él: “Mátelos. Tome una compañía entera... mátelos... mate... sólo mátelos... ¡mátelos!”.[34]

Y los mataron. Se calcula que, durante ese día, ciento cincuenta líderes de la SA fueron arrastrados al cuartel de Lichterfelde, puestos contra la pared y fusilados por tiradores de primera de la SS y el grupo policial General Göring. El desafortunado Karl Ernst fue interceptado de camino a Bremen. Su chofer y su esposa fueron heridos; él fue sacado a rastras del automóvil y enviado a Lichterfelde en avión para su ejecución. En otras partes del país, y en particular en el bastión de la sa de Silesia, la SS ocupó cuarteles regionales de esa organización y dio órdenes de que todos los oficiales de la SA con rango de Standartenführer o superior se reportaran en sus puestos de mando. Cuando obedecieron, aquellos cuyo nombre estaba en la lista fueron despojados de sus insignias, apiñados en camiones y llevados a bosques cercanos, donde se les sacrificó a tiros, usualmente en la parte trasera de la cabeza. Sus cuerpos se abandonaron donde cayeron. Los no señalados para su ejecución se aprestaron a afirmar su lealtad y “absoluta obediencia” a Hitler, y a repudiar el “inaudito estado de cosas” que había existido hasta entonces.

Miembros de la SA estuvieron lejos de ser las únicas víctimas ese día. Göring y Himmler aprovecharon la oportunidad para ajustar antiguas

cuentas. Schleicher fue muerto a tiros por hombres de la SS vestidos de civil, en su casa, en el moderno suburbio berlinés de Dahlem; su esposa, con la que tenía dieciocho meses de casado y quien trató de intervenir, también fue asesinada. El general de división Von Bredow, predecesor de Reichenau en el Ministerio de Defensa y socio cercano de Schleicher, murió baleado en su casa poco después. Erich Klausener, jefe de la Acción Católica y exjefe de la sección de policía del Ministerio del Interior de Prusia, encontró su destino en su oficina en el Ministerio de Transporte mientras se lavaba las manos antes de comer.

Por órdenes personales de Göring, Gregor Strasser fue aprehendido y llevado a la Prinz-Albrecht-Strasse alrededor de mediodía. Desde su renuncia al gobierno se había alejado de la política, pero recientemente había habido señales de que Hitler y él podrían reconciliarse. El 23 de junio aquél le había otorgado la insignia dorada del partido, que ostentaba el número de miembro 9, y se rumoraba que pensaba nombrarlo ministro del Interior. El solo indicio de esto bastó para sellar su destino con Göring, quien sabía que Strasser podía ser un rival formidable. Himmler, antiguo *protégé* tanto de Röhm como de Strasser, estuvo de acuerdo. Un testigo presencial contó a Gisevius lo que sucedió cuando Strasser llegó a la cárcel de la Gestapo:

Para ese momento, un centenar de líderes arrestados de la SA abarrotaban una enorme sala. Estos hombres no tenían idea de por qué se les había arrestado, ni sabían de los fusilamientos que estaban ocurriendo en Munich y en Lichterfelde, en Berlín. Tendían, por tanto, a ver la situación bajo su más humorística luz, ánimo común cuando se arresta a personas *en masse*. Vitorearon a Strasser cuando se le presentó como nuevo camarada en desgracia.

Pasaron unas horas de intenso ir y venir. Luego, un soldado de la SS llegó a la puerta y llamó a Strasser. El hombre que alguna vez había seguido en importancia a Adolf Hitler en el partido nazi sería trasladado a una celda individual. Nadie pensó nada de esto mientras Strasser salía lentamente de la sala. Pero sólo un minuto después se oyó el estrépito de una pistola.

El soldado de la SS le había disparado al desprevenido Strasser por detrás y alcanzado su arteria principal. Un gran chorro de sangre manchó la pared de la minúscula celda. Parece que Strasser no murió al instante. Un prisionero en la celda de junto lo oyó retorcerse en el catre cerca de una hora. Nadie le prestó atención. Al fin el prisionero oyó fuertes pisadas en el corredor y gritos de órdenes. Los guardias taconearon. Y el preso reconoció la voz de Heydrich cuando dijo: “¿No ha muerto aún? Que el cerdo se desangre hasta morir”.

> La mancha de sangre en la pared de la celda duró semanas. Era el orgullo del escuadrón de la SS, una especie de pieza de museo. Esos asesinos la enseñaron a todos los aterrados presos, y se jactaban de que era la sangre de un hombre famoso, Gregor Strasser. Sólo después de recibir numerosas quejas, Heydrich ordenó limpiar las manchas.[35]

Acontecimientos similares se repitieron a menor escala en todo el Reich, pues miembros de SS locales aprovecharon la oportunidad para ajustar rencillas personales. En Breslau, un grupo de oficiales se salió de control y asesinó a varios judíos. En Baviera, el excomisario general del Estado que había frustrado el *Putsch* de Hitler en 1923, el caballero Gustav von Kahr, ya entonces un anciano de setenta y tres años, fue sacado de su casa y asesinado con un hacha; brutalmente destrozado, su cuerpo se halló días después en un pantano en el monte de Dachau, cerca del campo de concentración. Víctimas menores incluyeron a rivales de negocios, así como, inevitablemente, varios casos de identificación equivocada, en los que alguien tenía un nombre similar a alguno en la lista.

En la Casa Parda, Hitler convocó a jefes del partido y a los restantes líderes de la SA en el senado, donde les asestó una furiosa diatriba contra Röhm y sus cómplices. Echando saliva por la boca, acusó a éstos de "la peor traición de la historia", y aseguró que Röhm había recibido sobornos por 12 millones de marcos de Francia, a través del embajador François-Poncet, para vender el país a sus enemigos y liquidar a Hitler. La perorata culminó con el anuncio de que Röhm y sus principales cómplices serían fusilados ese mismo día, ante lo cual Hess se paró de un salto y pidió que se le permitiera disparar a Röhm, solicitud que repitió después, casi peleando con Max Amman, quien exigía tal honor para sí. De regreso a sus recintos, Hitler pidió la lista de los miembros de la SA presos en Stadelheim y cruzó seis nombres con lápiz verde, tras de lo cual despachó a Sepp Dietrich y a un escuadrón de tiradores selectos a ejecutar las sentencias. Curiosamente, el nombre de Röhm no fue marcado; Hitler trató de encubrir su indecisión diciendo que lo había omitido a causa de sus muchos servicios previos al movimiento, pero nadie se dejó engañar.

Hitler voló a Berlín esa noche, llegando a Tempelhof alrededor de las diez. Gisevius ofreció también una gráfica descripción de esta escena:

Se anunció el avión procedente de Munich. Un momento después lo vimos, cada vez más grande contra el fondo de un cielo teñido de rojo, elemento de teatralidad que nadie había preparado. El avión dejó de rugir al aterrizar y rodó hacia nosotros. Resonaron órdenes. Una guardia de honor presentó armas. Göring, Körner, Frick, Daluege y unos veinte oficiales de policía se acercaron al avión. Entonces se abrió la puerta y Adolf Hitler fue el primero en salir.

Su aparición fue "única", para usar la palabra favorita de los comentaristas nazis. Camisa parda, corbata negra de moño, chamarra de cuero café oscuro, altas botas militares negras: todo en tonos oscuros. No llevaba sombrero; su rostro lucía pálido, sin afeitar, insomne, demacrado y abotagado al mismo tiempo. Bajo la palma de saludo contra la frente, sus ojos miraban apagados. No obstante, no me pareció infeliz, ni despertaba compasión, como bien habría podido hacerlo su apariencia. Sentí absoluta indiferencia por él. Era claro que el asesinato de sus amigos no le había costado el menor esfuerzo. No sintió nada; simplemente había actuado por rabia.[36]

Aún en la pista de aterrizaje, Göring dio el parte a Hitler, quien por primera vez descubrió que aquél había ampliado la operación por iniciativa propia. Himmler presentó lo que para ese momento ya era más bien una lista en jirones y Hitler pasó el dedo por ella, haciendo una pausa en un nombre, presumiblemente el de Strasser, antes de asentir con la cabeza y dirigirse a la cancillería.

Según su propio testimonio, Göring se enteró del vasto alcance de la matanza apenas esa noche, un poco más tarde. Dijo que fue a ver a Hitler al mediodía siguiente, domingo primero de julio,

y le pedí que emitiera de inmediato la orden de que toda nueva ejecución, en cualquier circunstancia, quedaba prohibida por él, el Führer [...] pues me preocupó que el asunto se nos fuera de las manos —como, de hecho, ya había sucedido hasta cierto punto—, y le dije al Führer que por ningún motivo debía haber más derramamiento de sangre. Esta orden fue dada entonces por el Führer en mi presencia, y comunicada al instante a todas las oficinas.[37]

En su versión de Nuremberg, sin embargo, Göring no mencionó que aún había un caso de derramamiento de sangre que él deseaba con ansia. A Himmler y a él les consternó saber que Hitler había perdonado la vida a Röhm, "en nombre de los viejos tiempos". Mientras Hitler agradecía los vítores de la multitud organizada por Goebbels al pie de la cancillería a la hora de la comida de ese domingo, y mientras ofrecía luego una recepción al aire libre a líderes del partido, ministros del gabinete y sus familias, ellos

lo trabajaban, argumentando que, si se permitía vivir a Röhm, toda la operación habría sido tiempo perdido. Por fin lo cansaron y accedió, aunque insistió en que Röhm merecía la oportunidad de optar por la salida honorable. Por órdenes de Himmler, Theodor Eicke, comandante de Dachau, fue a la prisión de Stadelheim con otros dos oficiales de la SS, entraron a la celda de Röhm y le dejaron un ejemplar de la edición especial del *Völkischer Beobachter* que daba detalles de sus supuestos planes de *Putsch*, así como una pistola cargada con una bala. Al no oirse ningún disparo, diez minutos después hicieron retirar la pistola, sacaron sus propias armas y regresaron, para encontrar a Röhm esperándolos osadamente, el pecho descubierto. Al caer, sus últimas palabras fueron: “Mi Führer, mi Führer...”. El anuncio oficial de Hitler fue breve: “El exjefe de Estado Mayor Röhm recibió la oportunidad de asumir las consecuencias de su deslealtad. No la aprovechó, y acto seguido fue fusilado.”[38]

La acción había llegado a su fin. Göring ordenó a la policía quemar todos sus registros al respecto. Por consiguiente, es imposible saber con exactitud cuántas o qué personas fueron asesinadas. Göring admitió setenta y dos muertes; Hitler dio un total de cincuenta y ocho ejecutados y diecinueve baleados al tratar de escapar. Pero estas cifras sólo incluyen a víctimas de las listas “oficiales”. Gisevius, como testigo en Nuremberg en 1946, calculó entre ciento cincuenta y doscientos eliminados, considerando las listas adicionales de Himmler y Heydrich de enemigos por liquidar so pretexto de la purga. Otras estimaciones, que incluyen a los ultimados en asesinatos locales en varias partes del Reich, llegan a casi mil. Y no existe cifra alguna sobre los cientos, quizá incluso miles de hombres de la SA que no fueron asesinados pero que desaparecieron en campos de concentración bajo “custodia preventiva”. En lo que concernía a Göring y Hitler, los números eran irrelevantes. Lo que en realidad importaba era que las únicas amenazas a su posición habían sido eliminadas, de una vez por todas.

“SIEMPRE APROBAMOS TODO LO QUE HACE NUESTRO FÜHRER”

Para cuando puso fin a la matanza el primero de julio de 1934, Hitler estaba tanto física como emocionalmente exhausto. Se dejó a Goebbels hacer declaraciones de prensa y transmitir por radio un mensaje a la nación para explicar al pueblo alemán lo sucedido, o al menos la versión del partido al respecto. Él ya había ordenado a la prensa no publicar obituarios de las víctimas. Entonces, haciendo especial énfasis en su degeneración, y en su “vergonzosa y repulsiva anormalidad sexual”, se cercioró de que no fueran lloradas por los alemanes decentes. Ensalzó a Hitler como “salvador de la patria”, quien, con sus “fieles seguidores”, se había negado a permitir que “los constructivos esfuerzos” de aquéllos, “emprendidos con gran sacrificio por la nación entera”, fueran puestos en riesgo por “una reducida banda de criminales”, confabulados con “fuerzas reaccionarias” y una potencia extranjera. En un esfuerzo por guardar las apariencias después de toda su retórica radical, Goebbels describió ese acto como la “segunda revolución”, aunque de “forma diferente”. Éste fue un escalofriante ejemplo de la doble moral de la que siempre fue capaz, o quizá, simplemente, trataba de convencerse a sí mismo.

La mayoría del público de Goebbels necesitaba poca labor de convencimiento. La abrumadora reacción de la sociedad alemana a los acontecimientos del 30 de junio y primero de julio no fue de horror sino de alivio. Ya estaba hasta la coronilla de los excesos de la SA; y si una escasa docena de líderes habían sido eliminados, eso no era nada en comparación con los miles que habían sido asesinados por los soldados de las tropas de asalto. Cuando se supo que Göring había participado en la operación, su popularidad aumentó, pues los alemanes juzgaron que había limpiado las calles de la brutal amenaza de la SA y salvado a la nación de una sangrienta guerra civil. Incluso, muchos observadores extranjeros, lo trataron con una

especie de renuente admiración. Poco después de la purga, Göring llegó tarde a una cena con sir Eric Phipps. Disculpándose profusamente, explicó que acababa de volver de cazar. “Animales, espero”, repuso Phipps con sequedad.[1]

Asombrosamente, los soldados de las tropas de asalto y sus oficiales sobrevivientes aceptaron sin protestas la emasculación de la SA; y si pareció un poco raro que cuatro millones de agresivos matones supuestamente al borde de un levantamiento armado capitularan tan tranquilamente, nadie pensó en decirlo. Lutze se puso a limpiar la SA de inmediato, purgando de revolucionarios, alborotadores y “degenerados” la dirigencia subordinada y rangos inferiores, con lo que redujo en 40% el número de miembros durante el año siguiente y convirtió a la SA en poco más que en un club deportivo y social de estilo militar. Esta organización jamás volvería a representar una amenaza para Hitler y el partido, ni para las clases media y alta.

El ejército y los conservadores ansiaban mostrar su apoyo a aquella acción. El primero de julio, mientras la matanza seguía su curso, Blomberg emitió una declaración dirigida a las fuerzas armadas en la que elogió la “marcial determinación y ejemplar valor” del Führer para aplastar a “los traidores y amotinados”, prometiendo que la gratitud del ejército se expresaría en “lealtad y devoción”.[2] Reveladoramente, no mencionó el asesinato de dos generales. Esa tarde, la Compañía de Guardias de Berlín desfiló frente a la cancillería en homenaje a Hitler, cuya marcha favorita, la “Badenweiler”, ejecutó a paso de ganso.

El mayor elogio llegó al día siguiente, en telegramas tanto a Hitler como a Göring, firmados por el presidente del Reich, aunque es casi seguro que hayan sido escritos por su hijo, Oskar, y su secretario de Estado, Meissner. A Hitler, Hindenburg le expresó su “más profunda gratitud”. “Ha salvado al pueblo alemán de un grave peligro”, decía el mensaje, añadiendo esta absolución: “Quien desea hacer historia, también debe ser capaz de derramar sangre”.[3] En el mensaje a Göring se leía: “Acepte mi aprobación y gratitud por su exitoso acto de sofocamiento de la alta traición. Con amistosos saludos, Hindenburg”.

Dos días después, Hitler presentó al gabinete un decreto extremadamente sucinto, incluido como por casualidad entre una veintena de edictos menores. Decía: “Las medidas tomadas el 30 de junio y primero

y 2 de julio para sofocar agresiones desleales son legales como actos del Estado en defensa propia”. Fue aprobado por unanimidad. Y por si alguien no había entendido el mensaje, Hitler lo dejó absolutamente claro en su primer discurso tras ese acontecimiento, pronunciado ante el Reichstag el 13 de julio y transmitido en vivo a toda la nación: “En el Estado, sólo hay un portador de armas, y ése es el ejército; sólo hay un portador de la voluntad política, y ése es el Partido Nacionalsocialista [...] Sépase que, en lo por venir, si alguien alza la mano para atacar al Estado, la muerte segura será su suerte”.[4] Los diputados nazis que abarrotaban el Teatro de la Ópera Kroll se levantaron para aclamar al Führer, ignorando cuidadosamente el hecho de que no menos de trece de sus compañeros habían estado entre las víctimas de lo que dio en llamarse “la Noche de los cuchillos largos”. Göring, como presidente del Reichstag, terminó la sesión con un emotivo refrendo. El pueblo alemán entero, declaró, “hombre por hombre y mujer por mujer”, estaba unido en un solo clamor: “Siempre aprobamos todo lo que hace nuestro Führer”.[5]

Los telegramas de felicitación de Hindenburg a Hitler y Göring fueron prácticamente su último acto como presidente; murió un mes después, a las nueve de la mañana del 2 de agosto. Hitler lo había visitado horas antes, para presentarle sus respetos y tratar de obtener su aprobación como su sucesor, pero el anciano ya se encontraba en muy mal estado, perdiendo y recobrando el conocimiento y dirigiéndose obsequiosamente a Hitler como “su majestad”. Ignorando el hecho de que la ley facultativa, de la que derivaba su autoridad, prohibía específicamente todo cambio en la institución de la presidencia, Hitler había tomado la precaución el día anterior de presentar al gabinete otra dudosa pieza legislativa, que combinaba los cargos de presidente y canciller, por entrar en vigor a la muerte de Hindenburg. Así, él asumió automáticamente el doble puesto, anunciando que deseaba ser llamado “Führer y canciller del Reich”, pues el título de “presidente del Reich” estaba demasiado asociado con la “grandeza” de Hindenburg como para que él lo utilizara.

Hitler era ya invulnerable: jefe de Estado, jefe de gobierno, líder del partido y comandante supremo de las fuerzas armadas. Por si todo esto hubiera sido poco, Blomberg y Reichenau habían elaborado —por su propia iniciativa— un nuevo juramento que tendría que ser hecho por cada oficial,

soldado, marino y aviador, prometiendo lealtad no a la Constitución o el Reich, sino a la persona de Adolf Hitler en su calidad de Führer. Esto no era nada nuevo, sino un retroceso a épocas pasadas, cuando los reclutas se comprometían con el rey o el káiser, y en consecuencia se aceptó con casi nulo cuestionamiento.

El nuevo juramento fue tomado con indecente premura el 2 de agosto, en ceremonias en todo el Reich. En el Ministerio de Aviación, Göring, vistiendo su nuevo uniforme, reunió a un centenar de sus oficiales y les dio la triste noticia de la muerte del mariscal de campo. Luego, sacó su espada. Milch pasó al frente y colocó la mano sobre la hoja, mientras Bodenschatz leía el texto del nuevo juramento y los oficiales lo repetían tras él. Al final, Göring alzó teatralmente la espada sobre su cabeza y exclamó: “Heil, Hitler!”. Los oficiales levantaron el brazo en señal de saludo y repitieron al unísono la exclamación. Hitler parecía haber olvidado su promesa de que, cuando fuera presidente, Göring sería canciller; pero si esto desconcertó a Göring, nunca lo dejó ver, ni entonces ni después. En cualquier caso, estaba ocupado en otras cosas, principalmente en el desarrollo de la Luftwaffe. Hitler coincidía con él y con Milch en que el grueso del presupuesto de defensa debía destinarse a la formación y equipamiento de la nueva fuerza aérea. Hitler necesitaba poca persuasión: era un entusiasta de la aviación, y había un plus para él en la necesidad de un enorme edificio para el nuevo ministerio, que se convertiría en una marca distintiva de Berlín y que él podría ayudar a diseñar. Un terreno de treinta y cinco mil metros cuadrados fue hallado junto a la Leipziger Strasse, convenientemente cerca del palacio de Göring, y se hicieron planos, sometiendo a la aprobación de Hitler modelos de yeso que exhibían, finamente cincelado, cada detalle. Lo bastante grandioso para satisfacer la megalomanía de ambos hombres, el nuevo ministerio tendría cabida para cuatro mil funcionarios y oficiales en dos mil ochocientas oficinas, indicación de la escala de los planes de Göring para su servicio.

En octubre, Göring aprovechó otra oportunidad para fastidiar a Mussolini cuando el rey Alejandro de Yugoslavia, junto con el ministro francés del Exterior, Louis Barthou, fue asesinado por un nacionalista croata durante una visita a Marsella. Los yugoslavos sospecharon que Italia estaba involucrada, y hubo disturbios antitalianos en Belgrado. Göring percibió al instante la posibilidad de desquitarse del líder italiano por haber

condenado la participación de Alemania en otro asesinato, el 25 de julio, esta vez del canciller austriaco, Engelbert Dollfuss, por nazis austriacos, seguido de un fallido *coup*. Aunque Hitler había reprobado a los nazis austriacos e intentado distanciarse y distanciar a Alemania del malogrado intento de remplazar una dictadura fascista por otra, Mussolini despachó a cuarenta mil soldados a la frontera con Austria. Y aunque los hizo llamar tres semanas después, reafirmó con Gran Bretaña y Francia su apoyo a la independencia austriaca. Sin consultar a Hitler, Göring decidió que iría al funeral del rey Alejandro como representante de las fuerzas armadas alemanas. Habiendo volado en el novísimo avión de Lufthansa, el *Hindenburg;* presentado una corona con la inscripción “A nuestro exenemigo heroico”, y proclamado enfáticamente que ninguna mano alemana tenía la culpa de la muerte del monarca, es indudable que Göring robó cámara en Belgrado. Según el embajador británico, sir Nevile Henderson, conquistó el apoyo de los yugoslavos para Alemania al ser el único visitante extranjero con agallas para viajar en un automóvil descubierto en el cortejo fúnebre.[6]

Como de costumbre, los tradicionalistas del Ministerio del Exterior, en la Wilhelmstrasse, se horrorizaron por la poco convencional diplomacia de Göring, pero a Hitler le complacía, y eso era lo único que importaba. Semanas después, el 7 de diciembre, lo premió con ese motivo, y sobre todo por su manejo del caso Röhm, firmando dos decretos: uno en que lo nombraba su sustituto, “en caso de que me vea impedido de ejercer los cargos de presidente y canciller del Reich combinados en mi persona”, y otro en que lo nombraba su sucesor. Muerto Röhm y retirado un sacudido Papen como vicecanciller, trasladado a Viena como embajador, él era, por fin, el indiscutible segundo hombre del Reich.

Para el primer ministro y general Göring, 1934 había sido un año excelente. Lo celebró el 11 de enero de 1935 con su primer baile anual de invierno en el Teatro de la Ópera del Estado, rutilante ocasión a imagen del antiguo baile de la corte de los Hohenzollern. Los camaradas radicales del partido se burlaron de sus pretensiones, pero dicho baile se estableció pronto como el evento social de la temporada en Berlín, con Göring en el corazón de la alta sociedad, lugar que disfrutaba con desembozado deleite.

1934 fue también un año notable para el Reichsführer-SS Himmler. Completó en él su control sobre toda la policía política de Alemania, estableció una alianza con Göring y se deshizo de los únicos individuos que bloqueaban su camino a más poder. Varios de los eliminados líderes de la SA habían sido jefes de policía, como Heines en Silesia, quien había interferido en la labor de la policía política; la supresión de esos líderes dio a Himmler mucha mayor libertad de acción. Pero lo que realmente contaba era que, una vez más, él había demostrado ser el "fiel Heinrich" de Hitler, y que una vez más su SS (Schutzstaffel, Escuadra de Protección) había mostrado su absoluta confiabilidad, obediencia y disciplina. Por órdenes directas del Führer, Himmler ascendió a todos los miembros de alto rango de la SS que habían participado en la purga, y los honró con dagas ceremoniales en una solemne celebración. En contraste, Göring premió a la Gestapo con una borrachera para Heydrich y su Estado Mayor en los jardines de Carinhall, donde hizo erigir para ellos una cervecería al aire libre de estilo bávaro.

A diferencia de Göring, que pudo sobreponerse al asesinato de Röhm con un jovial "¡Pero si se cruzó en mi camino!", Himmler tuvo que justificarse con racionalizaciones y excusas. Al hablar ante todos los oficiales de la Gestapo en octubre, describió el 30 de junio como "el día más difícil que pueda haber en la vida de un soldado. Tener que disparar contra los propios camaradas, con los que se ha estado lado a lado durante ocho o diez años en la lucha por un ideal, y quienes después fallaron, es lo peor que puede ocurrirle a un hombre". Siguió estas absolutas patrañas con la afirmación de que todo había sido culpa de los judíos, los francmasones y los católicos, quienes infiltraron el séquito de Röhm y "lo condujeron a la catástrofe". El plan de éstos, dijo, con aparente seriedad, era "nada más y nada menos que la detonación del Estado nacionalsocialista desde dentro, para hacerlo volar en pedazos con su propio pueblo. Habría habido caos, y esto habría dado a un enemigo extranjero la posibilidad de invadir Alemania so pretexto de restablecer el orden".[7] Esto era un invento cínico o una asombrosa muestra de autoengaño, a menos, desde luego, que tal cosa le hubieran hecho creer a Himmler los dos responsables de acumular "evidencias" por medio de la Gestapo, el SD (Servicio de Seguridad) y la FA (Oficina de Investigación), Heydrich y Göring. Comoquiera que sea, él

utilizó ese argumento como excusa para ordenar a sus detectives que se concentraran en la búsqueda del enemigo judío que estaba detrás de toda subversión, y de la conspiración racial que se hallaba en el fondo de todo crimen.

El mayor premio para Himmler por haber contribuido a salvar a Alemania de ese ruin complot judeo-católico-masónico llegó el 20 de julio, cuando Hitler liberó a la SS de su condición subsidiaria dentro de la SA y la declaró brazo independiente del partido, cuyo Reichsführer respondería única y directamente a sus órdenes. Himmler podría empezar entonces a edificar realmente su imperio, y a satisfacer sus fantasías. Siempre romántico, pensó que al fin podría hacer realidad su visión de la SS como una orden de caballería mediante la que él recrearía los que juzgaba los antiguos ideales de los caballeros teutónicos, con él como gran maestre. En el otoño de 1933, buscando una sede adecuada para su orden, había descubierto el arruinado castillo de Wewelsburg, en otro tiempo baluarte de los obispos soldados de Paderborn, en una colina sobre las llanuras de Westfalia y el río Alme. El 27 de julio de 1934, una semana después de que la SS obtuvo su independencia, entró en posesión de ese castillo, que tomó en arriendo del consejo local por la simbólica renta de un marco al año.

Himmler planeaba convertir el castillo en su propia versión del Camelot del rey Arturo, con todo y una mesa redonda para doce "caballeros" —distinguidos Obergruppenführer cuidadosamente seleccionados—, donde podría llevar a cabo los rituales místicos de la orden. Pero ese castillo sería al mismo tiempo una academia de la SS, y éste fue el propósito que comunicó al ministro de Economía federal cuando pidió fondos: "Me propongo desarrollar Wewelsburg [...] como una escuela de líderes de la SS en el Reich, del que solicito la mayor subvención posible para solventar los costos del edificio".[8] Otras contribuciones procederían de los contactos de negocios (sobre todo en la industria eléctrica y el sector electroquímico, encabezado por el consorcio IG Farben) que Himmler había hecho en 1932 para financiar la campaña de Hitler por la cancillería. Ahora que este último ya tenía acceso a todos los recursos del Estado, los "Amigos del Führer" se habían metamorfoseado en el Freundeskreis RFSS (Círculo de Amigos del Reichsführer-SS), que destinaba mucho dinero a la SS. Himmler puso al arquitecto de ésta, Herman Bartels, a cargo de la restauración y

reconstrucción del castillo, aunque el Servicio de Trabajo Voluntario hizo la labor propiamente dicha. Éste fue un proyecto que lo ocuparía varios años.

En un nivel más práctico, Himmler dio otro paso significativo en su subida al poder cuando Hitler le permitió formar lo que equivalía a un ejército privado dentro de la SS. La llamada Verfügungstruppe (VT), o "tropa de disposiciones", constaría de tres regimientos de la SS y un departamento de inteligencia, e incorporaría al Leibstandarte y los pequeños escuadrones armados que ya mantenía cada división de la SS. Blomberg y el ejército fueron persuadidos de que este grupo no remplazaría de ningún modo a la SA, sino que sería simplemente una extensión de la función policial de la SS, y por tanto no representaría una amenaza para ellos. Aunque le proporcionarían instrucción militar, no tendría "ninguna relación organizacional con las fuerzas armadas en tiempos de paz", pero las beneficiaría relevando al ejército de su responsabilidad del orden interno, dejándolo en libertad de concentrarse en su preparación para enfrentar a enemigos externos.

Blomberg reconoció a la nueva fuerza en un memorándum secreto a los jefes de su cuerpo, además de Frick y Himmler, del 24 de septiembre, en el que subrayó que aquélla se usaría "para las tareas especiales de política interior que puedan ser asignadas a la SS por el Führer", y que en caso de guerra estaría "a disposición de las fuerzas armadas".[9] Al parecer, esa fuerza era totalmente inocua. Pero lo cierto es que sería la piedra fundamental para la creación de una nueva guardia imperial, una formación militar de elite que se convertiría finalmente en un ejército paralelo, la Waffen-SS (SS Armada), con Himmler como comandante en jefe.

En comparación con Göring y el rápidamente ascendente Himmler, para Goebbels 1934 fue un año difícil en muchos sentidos. En su competencia personal con Göring, éste se llevó todos los premios, mientras que a él lo tomaron completamente por sorpresa en la purga contra Röhm, en la que apenas pudo salvar el puesto —y quizá, incluso, el pellejo— gracias a un súbito y radical cambio de bando. Su *bête noire* en el partido, Rosenberg, se ensañó con él por el discurso con que justificó la purga, el que, en su opinión, causó "una impresión catastrófica" en el mundo entero, y lo acusó de "confundir el cargo de ministro del Reich con el de agitador de aldea".[10]

La muerte de Hindenburg dio a Goebbels la oportunidad de volver a establecerse como voz del régimen, y de redimirse, al menos parcialmente, por su *faux pas* en la "segunda revolución", aunque aún pisaba tierra movediza. Hizo el primer anuncio de la muerte del presidente por la radio, con voz convenientemente afligida, y luego se hizo cargo de los preparativos del duelo oficial y los funerales. Hindenburg quería ser sepultado en su finca de Neudeck, pero Goebbels y Hitler decidieron que tenía mucho mayor valor propagandístico enterrarlo en el monumento de Tannenberg, el sitio de su gran victoria sobre los rusos en 1914. Goebbels convirtió esto en un evento nacional, montando una grandiosa ceremonia el 6 de agosto que enfatizó la sensación de continuidad política, justo como lo había hecho el Día de Potsdam el año anterior. La ruta entera, de cien kilómetros, del cortejo fúnebre fue flanqueada por antorchas encendidas.

No terminaban de apagarse aún los compases de "Tuve una vez un camarada" cuando Göring ya estaba de vuelta en su rutina de costumbre de organizar una magna campaña de propaganda para el referéndum nacional del 19 de agosto, que confirmaría la nueva posición de Hitler. Tanto a él como a Hitler les decepcionó amargamente, sin embargo, que aunque más de 95% del electorado registrado acudió a las urnas, apenas 89.9% de él votó a favor del Führer. Casi cinco millones de personas votaron contra Hitler.[11] ¿Goebbels estaba perdiendo su habilidad? Alguien que lo creía así era Rosenberg, quien nunca dejaba pasar la oportunidad de darle una patada. A principios de agosto, Rosenberg intentó obtener el control de la función de propaganda extranjera de Goebbels demandando la autoridad de supervisar toda la política exterior del movimiento. Y cuando esto fracasó, intensificó su pugna por los asuntos culturales, informando a Goebbels que Hitler le había autorizado comprobar la propiedad política de todas las organizaciones "coordinadas".

La Cámara Nacional de Cultura encabezaba la lista negra de Rosenberg, quien de inmediato empezó a atacar a las principales figuras de la Cámara de la Música de Goebbels. Escogió primero al compositor Richard Strauss, por haber hecho que el libreto de su nueva ópera, *Die schweigsame Frau* (*La mujer discreta*), fuera escrito por un judío, y luego se lanzó contra el compositor moderno Paul Hindemith, por asociarse con judíos y componer música que Rosenberg consideraba *kitsch;* Goebbels había exaltado semanas antes a Hindemith como "uno de los principales talentos de la

joven generación de compositores alemanes". Goebbels podía admirar los talentos de Hindemith, pero no ignorar el cargo de asociación con judíos, así que se vio obligado a condenarlo y proscribir su música.

El más importante director de orquesta alemán y vicepresidente de la Cámara de la Música, Wilhelm Furtwängler, salió en defensa de Hindemith con un notable artículo en el *Deutsche Allgemeine Zeitung*, en el que atacó la interferencia política en el arte. "¿Dónde iríamos a dar", preguntó, "si la denuncia política arremetiera sin freno contra el arte?".[12] Goebbels se puso furioso, y la controversia se convirtió pronto en una *cause célèbre*. Esa noche, Furtwängler dirigiría en la Ópera del Estado, frente a Goebbels y Göring. Cuando apareció, la audiencia mostró su apoyo al director y su hostilidad contra Goebbels con un aplauso apoteósico para aquél, muestra pública de reprobación que Göring tuvo gran placer de reportar a Hitler.

Severamente mellado su orgullo, Goebbels cometió el error de amenazar a Furtwängler, quien renunció al instante como vicepresidente de la Cámara y director de la Ópera del Estado y anunció que se sumaría al éxodo a Estados Unidos. Ésta pareció una victoria rotunda para Rosenberg hasta que el plan de Furtwängler fue frustrado por su gran rival, Arturo Toscanini, quien con su franca crítica malogró las perspectivas de Furtwängler de emigrar a ese país. Este caso se prolongó hasta la primavera de 1935 antes de que, con la aprobación de Hitler, Goebbels pudiera persuadir al director de disculparse públicamente. Jamás había sido su intención, dijo Furtwängler, interferir en la política cultural del Reich, a cargo "únicamente del Führer, y del experimentado ministro nombrado por él". "Un gran éxito moral para nosotros", afirmó Goebbels en su diario. "Estos artistas son las personas más extrañas del mundo. Políticamente incompetentes."[13] Avinagrado y quisquilloso como siempre, Rosenberg exigió que Furtwängler también se disculpara con él y su Comunidad Cultural nacionalsocialista, pero a Goebbels esto no le importó. Era obvio que había ganado un importante punto en la *vendetta* entre ambos. Furtwängler reasumió sus antiguos puestos, y al año siguiente fue nombrado director musical del anual Festival Wagner en Bayreuth, señal segura de la aceptación de Hitler. Hindemith aguantó dos años más hasta que su música fue finalmente prohibida. Se marchó de Alemania en 1938, y en 1940 se estableció en Estados Unidos, donde impartió clases en la Universidad de Yale.

La gran concentración del partido en Nuremberg de septiembre de 1934 confirmó la reputación de Goebbels para el espectáculo con un escenario más grande e impresionante que nunca antes. Su *protégé* Speer desarrolló los temas que había usado en 1933, con ciento treinta reflectores antiaéreos, renuentemente prestados por Göring, que apuntaban verticalmente al cielo luego del anochecer para crear una "catedral de luz" en el Campo Zeppelin. Ahora que Hitler era el indiscutible amo de Alemania, Goebbels pudo concentrarse más que nunca en el uso de esa concentración para rendirle tributo y promover el culto al Führer. Pese a su adoración, sin embargo, se ofendió cuando Hitler encargó personalmente a la directora de cine Leni Riefenstahl un documental de ese acto y ordenó a las autoridades de Nuremberg que le dieran facilidades prácticamente ilimitadas, sin consultarlos a él ni a su ministerio. Riefenstahl era amiga personal de Goebbels y Magda, pero aun así él se enceló de que se le ignorara y, según diría Riefenstahl después, intentó sabotear su trabajo haciendo que soldados de las tropas de asalto hostigaran a sus camarógrafos. Si esto es cierto, Goebbels fracasó miserablemente, porque el resultado fue *Triunfo de la voluntad* —el título fue sugerencia de Hitler—, universalmente aclamado como una obra maestra técnica.

Hitler habló varias veces en la concentración, pero sus palabras más memorables fueron las de una proclama leída por el Gauleiter Wagner: "El modo de vida alemán está definitivamente determinado para los próximos mil años. Con nosotros ha terminado por fin el turbulento siglo XIX. ¡No habrá ninguna otra revolución en Alemania en los próximos mil años!".[14] Había nacido así el mito del Reich milenario. Éste no tendría defensor más comprometido que Goebbels.

Pese a su puritanismo ideológico y sus huecos elogios de la vida simple —en la Navidad de 1933, por ejemplo, reprendió severamente a su hermano Hans por conducir una enorme limusina—,[15] las inseguridades políticas de Goebbels durante 1934 fueron ampliamente compensadas por su ascendente riqueza y el creciente lujo de su estilo de vida. Bajo la experta mirada de Magda, sus casas fueron amuebladas con elegante gusto, y él vestía finos trajes hechos a la medida y recibía a lo grande, con frecuencia a bordo de su yate *Baldur* en el lago Havel, a cuya orilla rentaba una casa para los fines de semana. Sin embargo, su mayor gratificación fue involucrarse en la

industria cinematográfica. Como presidente de la Cámara Nacional de Cultura, era el indiscutible zar del cine, a quien todos, desde los productores hasta los más modestos extras, tenían que rendir pleitesía a riesgo de no volver a trabajar nunca más. Le gustaba controlar el teatro, la prensa, la edición de libros, la radio y la música, pero nada podía igualar la magia absoluta del cine: los demás eran instrumentos, el cine era pasión.

A Goebbels le agradaba hacerse pasar por magnate del cine. Había hecho instalar un cine privado en su casa, y cada noche proyectaba películas ahí, ya fuera clásicas o los estrenos más recientes no sólo de los estudios alemanes, sino también de Hollywood: en público podía menospreciar los productos estadunidenses —muchísimos directores de estudios eran judíos, después de todo—, pero en privado reconocía su superioridad. En las demás áreas culturales bajo su control, casi siempre delegaba gustosamente la detallada supervisión a sus jefes de departamento, pero en el cine de alguna manera hallaba tiempo para intervenir personalmente en cada nivel y a cada oportunidad.

Estableció el Banco de Crédito Cinematográfico para ofrecer financiamiento, y a ningún proyecto se le podía dar luz verde hasta que él hubiera dado su aprobación personal. Revisaba presupuestos y calendarios de producción, autorizaba la elección de directores y guionistas, y leía cada libreto, haciendo, por lo regular, alteraciones con su ministerial lápiz verde. Veía *rushes* e interfería en el rodaje, cayendo, sin anunciarse, en estudios y locaciones. Ejercía la censura final y decidía el nivel de calidad de una película, lo que era particularmente importante, pues cada punto positivo en ese nivel equivalía a una devolución de impuestos de 4%. No obstante, el derecho que le daba mayor satisfacción era la aprobación del reparto, con todo lo que esto implicaba.

A Goebbels le deleitaba codearse con las estrellas que había admirado desde hacía mucho tiempo, como apasionado cinéfilo. Pero en esto había otros beneficios extra más allá del refuerzo para su ego de mezclarse con glamurosas celebridades. Podía darse el lujo de tratar a éstas con prepotencia intelectual, sin temor a que sus opiniones fueran cuestionadas o desmentidas, y podía elegir a su gusto entre hermosas actrices y aspirantes a estrellas, muchas de ellas dispuestas a promover su carrera satisfaciendo en el *casting couch* el voraz apetito sexual de él. Göring pasó felices y

abundantes horas riéndose de las transcripciones telefónicas de la FA de las conversaciones amorosas de su rival, y era muy capaz de llamar la atención de Hitler sobre sus actividades.

Göring había sido siempre un romántico en el amor, hombre estrictamente de una sola mujer, fiel hasta la muerte, y reprobaba con energía la promiscuidad. Goebbels, por el contrario, había sido movido desde su adolescencia por una libido descomunal que no podía controlar; como bohemio y revolucionario, justificaba sus aventuras desdeñando los conceptos burgueses de moral sexual. Cuando, muy pronto en su matrimonio, Magda descubrió que él tenía una aventura con una aristócrata, Goebbels desestimó su enojo recordándole que nunca le había prometido ser fiel.

Para 1934, sin embargo, el matrimonio Goebbels mostraba crecientes señales de tensión, agravadas no sólo por las constantes infidelidades de él, sino también por su irracional machismo. Cuando Magda dio a luz a su segundo descendiente el 15 de abril de 1934 y éste resultó ser otra niña, Hilde, y no el chico que él había esperado, Goebbels la culpó de “esta desgracia” y se negó a visitarla en la clínica, e incluso a enviarle flores, hasta que Hitler intervino y lo hizo entrar en razón. No era ésta la primera vez que Hitler llegaba al rescate, ni sería la última.

Magda siempre había sido de gran ayuda para la carrera de Goebbels, al que apoyaba lo mismo con sus habilidades sociales que con un entusiasmo por el nacionalsocialismo que rivalizaba con el suyo propio. Pero, sobre todo, ella se entendía a la perfección con Hitler, al que adoraba y quien a su vez la admiraba mucho. Sin embargo, Magda tenía una obstinada veta de independencia que no iba bien con la opinión de su esposo de que el papel de la mujer en el Estado nacionalsocialista era “ser bella y traer hijos al mundo”.[16]

Las primeras grietas en el matrimonio habían aparecido un año antes, poco después de que Goebbels se había vuelto ministro. A él le agradó que Magda pronunciara el primer discurso del Día de las Madres transmitido por radio en Alemania, el 14 de mayo de 1933, pero se puso furioso dos meses más tarde cuando ella quiso presidir un nuevo Centro de Moda Alemán. Hubo “ruidosas escenas”, tornadas en “grave conflicto” cuando ella se negó a acompañarlo al Festival Wagner anual de Bayreuth. Hitler se

“horrorizó” de que ella no estuviera ahí, y la hizo volar al instante desde Berlín. Ella llegó al final del primer acto de *Die Meistersinger* (*Los maestros cantores de Nuremberg*), “irradiando belleza, más hermosa que nadie”, pero “muy alicaída”. Tras desvelarse con él platicando con los intérpretes de la ópera, Hitler los obligó a hacer las paces; “Es un verdadero amigo”, escribió Goebbels efusivamente en su diario. Cuando Hitler coincidió con él en que las mujeres no tenían cabida en la política, sin embargo, el conflicto estalló de nuevo. Resolvieron su disgusto en la cama; pero aunque al día siguiente él dejó asentado que Magda era “dulce y buena” y podía ser muy cariñosa, “en principio, no se arrepintió”.[17] Las grietas se habían disimulado, pero seguían ahí, y continuarían ampliándose en los años venideros.

La creciente seguridad internacional de Hitler recibió fuerte impulso en enero de 1935 con la primera gran supresión de las disposiciones de Versalles desde la crisis por el pago de reparaciones en 1923-1924. En 1919, además de ceder las disputadas provincias de Alsacia y Lorena, la colindante área del Sarre, rica en carbón, había sido puesta bajo control de la Sociedad de Naciones, y los recursos de sus minas y fábricas entregados a Francia por un periodo de quince años. Terminado este lapso, la población tendría derecho a decidir si retornaba a Alemania, se unía a Francia o permanecía bajo administración de la Sociedad de Naciones. Los quince años concluyeron entonces, y había que efectuar un plebiscito. Se pidió a Goebbels que volviera a hacer lo suyo —casi no es de sorprender que su resolución de año nuevo para 1935 haya sido “No cansarme nunca”—,[18] y él lanzó su usual gran campaña de propaganda. El resultado era previsible, pero aun así las cifras fueron un triunfo para Goebbels y Hitler. Pese a que la vasta mayoría de la población del Sarre era católica y obrera, cuatrocientas cuarenta y cinco mil personas votaron por la reunificación con Alemania, cuarenta y seis mil por mantener el statu *quo* y apenas dos mil por la unión con Francia. Goebbels pregonó a los cuatro vientos que esto significaba que los sarreños, incluidos antiguos comunistas y socialistas, habían abrazado activamente el nacionalsocialismo. Cuando el Sarre fue devuelto a Alemania el primero de marzo, su “regreso a casa” se señaló haciendo sonar sirenas y silbatos de fábricas en todo el país, y el prestigio de Hitler entre la gente se elevó aún más.

La aprobación implícita de su gobierno por el plebiscito del Sarre dio confianza a Hitler para dar a conocer su programa de rearme pese a la oposición de Francia y Gran Bretaña, que ya estaban muy al tanto de él. Los británicos, en efecto, divulgaron sus propios planes de armamento el 4 de marzo, fundados en “el hecho de que Alemania se rearmaba abiertamente a gran escala, a pesar de las disposiciones de la parte V del Tratado de Versalles”.[19] Incitado por esto, Göring reveló públicamente la existencia de su Luftwaffe el 10 de marzo. El 15, los franceses anunciaron que prolongarían el servicio militar obligatorio de dieciocho meses a dos años, incrementando así, de modo significativo, el tamaño de sus fuerzas armadas. Hitler respondió al día siguiente —aunque había tomado la decisión días antes, sin consultar a sus generales— con el anuncio de que Alemania abandonaría las restricciones militares de Versalles reimplantando la conscripción y aumentando el tamaño de su ejército cinco y media veces, a quinientos cincuenta mil hombres, o treinta y seis divisiones.

La vasta mayoría de los alemanes estaban encantados por lo que veían como la restauración de su honor. El 17 de marzo, designado “Día en memoria de los héroes”, entusiastas multitudes se congregaron fuera de la cancillería del Reich y en la Unter den Linden para ver un gran desfile militar. Junto al ejército, la marina, la SS y la SA, marcharon los aviadores de la nueva Luftwaffe, vistiendo los distintivos uniformes que Göring había diseñado para ellos, los cuales incluían la innovación de cuellos y corbatas. Los tradicionalistas de la milicia los desestimaron desdeñosamente como “soldados vestidos de civil”, pero Göring ansiaba enfatizar la modernidad de su cuerpo, y de todas maneras los uniformes de la SS y el partido comprendían corbatas. Al día siguiente hizo volar, en perfecta formación sobre el centro de Berlín, un escuadrón de bombarderos, su primera aparición pública.[20]

Toda inquietud por el rearme se evaporó en los días siguientes, al quedar claro que las potencias occidentales no harían más que presentar protestas formales. Hitler, el apostador, había puesto en evidencia a sus adversarios, y de nuevo se salía con la suya. Mussolini fue el que más escándalo hizo, pero al final se vio reducido a poses impotentes cuando se dio cuenta de que no obtendría el apoyo de Gran Bretaña y Francia. Göring había hecho una vital contribución explotando el temor británico y francés

al resurgimiento de la potencia aérea germana. Para cerciorarse de que el mundo la tomara en serio, había dicho al agregado de aviación británico que ya tenía mil quinientos aviones; el verdadero número era de alrededor de ochocientos, muchos de ellos obsoletos biplanos, pero convenía que nadie dudara de su afirmación. Cuando, apropiadamente alarmado, el agregado advirtió que habría llamados a un incremento en la Royal Air Force (RAF), Göring replicó que eso le agradaría, pues "en la siguiente guerra pelearemos lado a lado para salvar a Europa del comunismo".[21]

La lucha contra el comunismo abarcaba convenientemente tanto la cuestión judía —sobre la que Göring siempre fue ambivalente— como los planes de expansión territorial al este a expensas de la Unión Soviética, que él apoyaba sin reservas. Desafortunadamente, el impulso al este dependía de hallar un camino a través o alrededor de Polonia, ya fuera por conquista o cooperación. Todo intento de conquista empujaría, casi sin duda, a Francia, aliada y protectora de Polonia, a la guerra en Occidente. La cooperación, por el contrario, no sólo ahorraría dinero y sangre, sino que también abriría una brecha entre Francia y Polonia y eliminaría la amenaza de cerco que había alimentado siempre la paranoia alemana, recién agudizada por un nuevo tratado entre Francia e Italia. Hitler asignó la tarea de cortejar a los polacos a Göring, quien la aceptó con su usual bullicio.

Los alemanes habían visto con resentimiento a los polacos desde que éstos, al reconstituirse su país en 1919, adquirieron grandes extensiones de Alemania, incluido el detestado "corredor polaco", que separó a Prusia oriental de la patria. La desconfianza era mutua: los Freikorps habían librado feroces batallas por la frontera con Polonia, pasando la antorcha a la SA cuando fueron disueltos; no por casualidad, la dividida provincia de Silesia era el más extremo bastión de la SA. Ganarse a los polacos tras década y media de odio sería una tarea complicada, pero la fraternidad de la caza concedió a Göring una gran ventaja. Habiendo recibido a Lipski y otros polacos notables en sus partidas de caza alrededor de Carinhall o en Rominten, otra finca que para entonces había comprado en Prusia oriental, Göring aceptó la invitación en reciprocidad a cazar lobos en Bialowiéza en enero, en compañía del dictador polaco, el mariscal Józef Pilsudski.

Durante cuatro agotadores pero agradables días, Göring estableció una relación con Pilsudski, a quien se esmeró en convencer de que el corredor

polaco no tenía por qué ser motivo de discordia, y de que sus dos países podían expandirse al este, con un poco de colusión. A cambio de dejar mano libre a Alemania en el noreste de la Unión Soviética, Polonia podría tener Ucrania. Tras asegurarle que “una frontera común germano-rusa sería sumamente peligrosa para Alemania”, Göring prometió que Hitler jamás haría tratos con Stalin a expensas de Polonia. Sus esfuerzos por concertar una reunión cumbre entre Hitler y Pilsudski se fueron a pique por la precondición del dictador polaco de una garantía de que Alemania no interferiría en Danzig, el antiguo puerto alemán en el Báltico, convertido en ciudad libre por el Tratado de Versalles. No obstante, se habían sentado las bases para una futura cooperación.

La estelaridad de Göring entre los alemanes comunes llegó a nuevas alturas cuando, a insistentes instancias de Hitler, por fin le cumplió a Emmy y se casó con ella. Su compromiso en marzo de 1935 coincidió con el anuncio del rearme, y fue recibido como parte de la euforia general. Göring aprovechó el pretexto para una serie de espléndidas fiestas y banquetes, que culminaron en una gran recepción de gala en el Teatro de la Ópera del Estado la noche anterior a la boda, mientras escuadrones de aviones de combate volaban en señal de tributo sobre adornadas calles. El espectáculo no fue bien recibido por todos. “Gente del partido me dice que Goebbels está furioso por los fastuosos despliegues de su archienemigo, de los cuales, el de esta noche fue sólo un ejemplo, y que dijo a la prensa que podía comentarlos sarcásticamente”, anotó en su diario William L. Shirer, concluyendo: “No muchos editores se atreverán a hacerlo, supongo”.[22]

Otros jefes nazis podían escoger bodas seculares moderadas —aunque aun a Goebbels le había sido difícil resistirse por completo a la tradición, y había optado por una tranquila iglesia rural tras la ceremonia civil—, pero Göring era incapaz de hacer cualquier cosa en forma modesta. Eligió la Dom de Berlín, la ornamentada catedral protestante de los Hohenzollern en el Lustgarten (Jardín de Recreo), frente al antiguo palacio real. ¿Dónde más, si no, habría podido casarse el sucesor de los reyes de Prusia?

La boda, el 10 de abril, fue principesca: “Un visitante en Berlín bien habría podido pensar que la monarquía había sido restaurada y que él había tropezado con los preparativos de una boda real”, informó a Londres el embajador Phipps. “Se adornaron las calles; se suspendió el tráfico en el

interior de la ciudad; más de treinta mil miembros de las formaciones paramilitares flanquearon las calles mientras doscientos aviones militares daban vueltas en el cielo, y en un momento dado escoltaron a la feliz pareja de la Brandenburger Tor [Puerta de Brandeburgo] a la catedral." El corresponsal estadunidense Louis P. Lochner coincidió: "Parecía que fuera a casarse un emperador", escribió. Pero fue Phipps quien dio el veredicto final como observador: "El general Göring semejaba haber llegado al apogeo de su jactanciosa carrera. No veo meta mayor para él y su megalomanía aparte del trono, a menos que en realidad se trate del cadalso".[23]

En la recepción en el Kaiserhof Hotel para trescientos veinte invitados –Goebbels, pese a sus continuas quejas, fue uno de ellos, mientras que los demás iban de princesas reales y ministros a jóvenes oficiales de la fuerza aérea y el valet de Göring, Robert Kropp, quien se sentó en la misma mesa que el Führer–, Hitler le dijo a Emmy que ya era la primera dama del Reich alemán, y que tendría que asumir las responsabilidades de esa posición. Luego, los recién casados fueron primero, con un reducido grupo de amigos especiales, a Carinhall, donde Göring pasó una hora solo en el mausoleo de Carin. A Emmy no le preocupó; lo cierto es que parecía juzgar fascinante la devoción de su esposo por su predecesora, y nunca dio muestras de celos. Tampoco el hijo de Carin, Thomas, mostró jamás rencor hacia Emmy, asistiendo a la boda y recibiéndola generosamente como alguien que haría feliz a su padrastro.

Los Göring salieron al día siguiente a una tranquila luna de miel, primero en la ciudad balnearia de Wiesbaden y después en Dubrovnik, en una villa sobre el Adriático. Yugoslavia, por supuesto, era una de las áreas de especial interés de Göring, y elegirla contribuyó a consolidar su relación con el pueblo y gobierno de esa nación. Tras la luna de miel, la nueva pareja visitó Belgrado, Sofía y Budapest, ciudades en cada una de las cuales él fue recibido como a un jefe de Estado. Carin se habría sentido orgullosa de él y de lo que había logrado desde los terribles días del manicomio de Långbro, apenas diez años atrás; Emmy, ciertamente, se sentía así.

Junto con sus misiones en vigor en Italia, los Balcanes y Hungría, el creciente éxito de Göring en la promoción de las relaciones de Alemania con Polonia reforzó su posición como "ministro del Exterior alterno" de

Hitler. Cuando Pilsudski murió, en mayo de 1935, él fue la opción automática para representar a Alemania en las ceremonias funerarias en Varsovia y Cracovia, donde aprovechó la oportunidad para reunirse con el ministro francés del Exterior, Pierre Laval, y reprocharle que hubiese firmado un pacto con la Unión Soviética. “Los alemanes conocemos a los bolcheviques mejor que ustedes”, le advirtió. “Ya verán qué dificultades les causan sus comunistas de París.” Luego habló del rearme y la necesidad de mejorar las relaciones entre sus dos países, y se fue convencido de que Francia realmente deseaba un entendimiento. En sus pláticas con los líderes polacos, y en especial con el ministro del Exterior, el coronel Józef Beck –otro entusiasta de la caza–, descubrió con gusto que sus relaciones personales con ellos seguían siendo estrechas. Pero aun con su considerable encanto, no pudo persuadirlos de adoptar una actitud más moderada en torno a Danzig.

Al informar de su visita en una conferencia secreta del gabinete a su regreso a Berlín, Göring concluyó que Alemania no podría hacer nada por Danzig hasta que volviera a ser una gran potencia, y que el prerrequisito de esto era “la culminación de nuestro rearme”. Lamentablemente para él, había un gran obstáculo contra sus planes para la Luftwaffe: dinero. A Schacht y su ministro de Economía se les había dicho seis meses antes que empezaran a hacer secretos preparativos económicos de guerra, y Schacht se había servido hasta entonces de considerables prestidigitaciones para hallar los fondos necesarios. Además de varias maniobras financieras decididamente arriesgadas, se había visto obligado a crear una economía de sitio, prohibiendo prácticamente todas las importaciones de consumo y restringiendo severamente las transacciones de divisas. Sin embargo, creía que había límites más allá de los cuales no se atrevía a presionar al sufrido pueblo alemán. Éste “no tiene aceite para cocinar, mantequilla para su pan ni carne siquiera para la cena dominical”, le dijo a Göring. “Pronto habrá mercado negro, y entonces tendremos que empezar a matar gente. Simplemente no puedo darle más dinero a usted.”[24]

Schacht puede haber sido uno de los economistas más brillantes del mundo, pero no era político, y conocía poco a la gente del común. Göring, en cambio, no sabía nada de economía, pero todo acerca de lo que el pueblo alemán realmente quería. Trabajó tres semanas con Pilli Körner en un importante discurso, que luego pronunció con garbo en una concentración

masiva en Hamburgo, la ciudad donde se habían hecho las más ruidosas quejas por el racionamiento de austeridad. Vistiendo su uniforme de la Luftwaffe y luciendo muy demacrado tras su más reciente racha de adelgazamiento, Göring comenzó esbozando el enorme progreso alcanzado en la restauración del orgullo alemán mediante el rearme. Luego recordó a su público las vergonzosas restricciones que Versalles aún imponía a su país. Sólo por medio de la fuerza, dijo, Alemania podría recuperar el destacado sitio que por derecho le correspondía.

Habiendo ablandado a la concurrencia, dio el golpe maestro. "Debo ser claro", bramó. "Algunas personas en el terreno internacional son muy duras para oir. Sólo se les puede obligar a escuchar si oyen disparos. Nosotros estamos consiguiendo armas. No tenemos mantequilla, camaradas, pero yo les pregunto: ¿prefieren tener mantequilla o armas? ¿Debemos producir manteca o hierro? Yo les digo: prepararnos nos vuelve poderosos. ¡La mantequilla sólo nos engorda!" Se palmeó la panza de otros días para enfatizar su argumento, y la concurrencia estalló en rugidos de aprobación.[25] Lo mismo hicieron los radioescuchas en todo el país. Hitler le mandó un telegrama de felicitación. Schacht consiguió el dinero para la Luftwaffe. El discurso se difundió en todo el mundo. La frase definitiva, "armas o mantequilla", entró al vocabulario internacional. Claro que Göring nunca tuvo que optar entre una cosa u otra; siempre pudo tener las dos. Pero nadie mencionó eso en ningún momento.

Mientras Göring se hallaba en Europa oriental, un nuevo contendiente por el Ministerio del Exterior había entrado al campo de juego, reclamando un lugar en el círculo íntimo de Hitler. Al menos, por el momento, no era candidato a la sucesión; pero para los rivales que peleaban y competían por el puesto, su llegada a la escena fue una complicación inoportuna. Joachim von Ribbentrop, el hombre que había servido como intermediario en la alianza Hitler-Papen fungiendo como anfitrión de sus reuniones secretas en 1932, ya había sido usado por Hitler como emisario personal en Gran Bretaña y Francia, países ambos que visitaba con regularidad en el curso de sus negocios. Esta vez, en mayo de 1935, fue enviado a Londres a negociar un tratado vital. Ribbentrop no tenía la menor experiencia en tales materias, pero Hitler parecía considerar eso una ventaja más que un inconveniente, pues le desagradaban y desconfiaba de los diplomáticos profesionales del

Ministerio del Exterior, sospechando, no sin razón, que no simpatizaban con sus revolucionarias ideas. Quería evitarlos y tratar directamente con los líderes extranjeros, cara a cara, en la creencia de que podía obtener concesiones por la fortaleza de su personalidad y la fuerza de sus argumentos. Para fijar tales encuentros sin la intervención del Ministerio del Exterior, necesitaba un agente personal exclusivamente bajo sus órdenes. En una desastrosa decisión, eligió a Ribbentrop.

Ulrich Friedrich Willy Joachim von Ribbentrop tenía apenas cuarenta y dos años de edad en mayo de 1935. De uno ochenta de alto y rolliza apostura, tenía, sin embargo, ojos fríos y metálicos. Era sumamente ambicioso y trabajador, pero se hallaba bajo el absoluto dominio de dos personas: su esposa y Hitler. Papen lo describió en sus memorias como

> un hombre de apariencia marcadamente elegante, siempre impecablemente vestido, que hablaba perfecto inglés y francés. Por desgracia, estas cualidades no bastaron para hacer de él un estadista. En condiciones normales, habría sido de esperar que un hombre de su educación y antecedentes fuera un éxito en altos puestos. Pero en el caso de Ribbentrop había obstáculos insuperables. Era extremadamente empeñoso, pero falto de inteligencia; teniendo un incurable complejo de inferioridad, sus cualidades sociales nunca maduraron como debían.[26]

Papen erró en la educación de Ribbentrop, que en el mejor de los casos era elemental, y quizá estaba mal informado sobre sus antecedentes, respetables pero difícilmente sobresalientes. Había adquirido el aristocrático “von” aprovechando una ley de Weimar que le permitió hacerse adoptar, ya adulto, en 1925, por una muy lejana parienta con derecho a él. Esto no lo ennobleció, pero le hizo posible tomar ese apellido con todo y partícula, la que no significaba nada pero sonaba bien, típica muestra de las farsas de Ribbentrop. A cambio, él aceptó pagar a su “tía” cuatrocientos cincuenta *Reichsmark* al mes durante quince años, aunque poco después incumplió y ella tuvo que demandarlo por el resto de los pagos.

El padre de Ribbentrop, como varias generaciones de la familia antes que él, había sido un oficial de artillería al servicio de los duques de Brunswick, y estaba estacionado en Wesel, plaza fuerte prusiana en el bajo Rin cerca de la frontera con Holanda, cuando Joachim, su segundo hijo, nació, en 1893. Poco después se le ascendió a capitán y se le destinó a comandar la batería del palacio de Wilhelmshöhe, en las afueras de Kassel,

residencia de verano de la familia imperial, donde Joachim, su hermano mayor, Lothar, y finalmente su hermana menor pasaron sus primeros años, en un atmósfera de rutinas militares y protocolo cortesano. El capitán Ribbentrop imponía una férrea disciplina, y sus hijos lo consideraban una figura remota y adusta. Su madre era buena y cariñosa, pero contrajo tuberculosis y murió en 1902, poco después de que su padre fuera ascendido al rango de mayor y destinado a la importante ciudad militar de Metz.

Tres años más tarde, el mayor Ribbentrop se volvió a casar, con la hija de un aristócrata prusiano menor —un "von" genuino—, y la familia se mudó a una elegante villa en el centro de aquella ciudad, donde disfrutó de una activa vida social.[27] El joven Ribbentrop asistió al Kaiserliches Lyzeum, la mejor escuela de Metz, donde destacó en el deporte y la música; ganó un torneo de tenis antes de los quince años, y se volvió un músico consumado, al grado de considerar, por un tiempo, la posibilidad de seguir una carrera como violinista de concierto. Sin embargo, le fue menos bien académicamente, ocupando el sitio treinta y dos en un grupo de cincuenta.

Metz era la capital de Lorena, anexada por Alemania apenas treinta años antes, así que Ribbentrop entró en contacto con la cultura y lengua francesas, que pronto aprendió a hablar fluidamente. Cuando, en forma inexplicable, su padre renunció a su cargo en 1908 y trasladó a la familia a Arosa, en los Alpes suizos, los chicos estudiaron con tutores ingleses y franceses, mejorando aún más sus habilidades lingüísticas y deleitándose en los deportes alpinos y cosmopolita vida de ese lugar de recreo, antes de marcharse un año a Londres, donde perfeccionarían su inglés.

Al cabo de su año en Londres, los dos muchachos se embarcaron a Canadá para pasar unas vacaciones con unos amigos que habían conocido en Suiza. Esas cortas vacaciones se transformaron en una estancia de cuatro años, que habría sido permanente de no ser por los males conexos de la guerra y la tuberculosis. Joachim tenía diecisiete años cuando llegaron allá, Lothar un año más. Habrían de heredar un modesto monto de capital de la sucesión de su madre cuando cumplieran veinte, y pasaron el tiempo hasta entonces en una serie de empleos. Joachim trabajó en un banco en Montreal, y luego como obrero de la construcción en el puente de Quebec y el National Transcontinental Railway. Parece haber sido un joven popular, educado y alegre, siempre dispuesto a entretener a sus compañeros de

trabajo con la música de su violín, y con pocas trazas de la pomposidad y arrogancia de sus años posteriores.[28]

En el otoño de 1912, ambos hermanos contrajeron tuberculosis. Lothar no se libró nunca de esa enfermedad, muriendo finalmente en un sanatorio suizo en 1918, tras ser repatriado por motivos familiares al estallar la guerra. Joachim corrió con más suerte. La extracción de un riñón le salvó la vida; y aunque esto tendría un marcado efecto en su salud y conducta subsecuentes, se recuperó tan bien entonces que pudo reanudar sus actividades deportivas, e incluso fue miembro del equipo canadiense de patinaje sobre hielo en la competencia anual Ellis Memorial Trophy contra Estados Unidos, en febrero de 1914. Entre tanto, había hecho una breve visita a Alemania para reclamar su herencia, y luego pasó unos meses en Nueva York, donde trabajó un tiempo como reportero antes de establecerse en Ottawa y usar su legado para poner un negocio de importación de vinos alemanes.

Ribbentrop se habría establecido en Canadá de no haber sido por la guerra, pues el patriotismo le exigió regresar de inmediato a luchar por la patria. El 4 de agosto tomó un tren a Nueva York, y se embarcó para Rotterdam el 15, lleno de fervor, aunque no sin pesares: “Dejaba atrás mi propiedad, a mi hermano gravemente enfermo, las perspectivas del negocio que acababa de abrir, muchos amigos y una joven con la que quería casarme”.[29]

Pasó aceptablemente la guerra, aunque en forma poco espectacular, con los Húsares de Torgau, famosa unidad de caballería en la que había servido su abuelo materno, combatiendo primero en el frente oriental y luego en el occidental y obteniendo un grado y la Cruz de Hierro, primera clase, antes de ser herido en 1917 y remitido por invalidez a un trabajo de oficina en Berlín. Entre los amigos que hizo durante sus tres años de servicio activo estaba el vivaz joven aristócrata y conde Wolf Heinrich von Helldorf, quien desempeñaría un decisivo papel en su vida quince años después. Y cuando se le destinó en adscripción temporal a la oficina del Ministerio de Guerra en Constantinopla en abril de 1918, conoció a otro gallardo oficial de caballería que era entonces jefe del Estado Mayor del cuarto ejército turco, Franz von Papen.

Desmovilizado en el verano de 1919, Ribbentrop tuvo que volver a empezar su carrera, esta vez sin calificaciones ni capital: había perdido todo

en Canadá, y entre tanto su padre había dilapidado la fortuna de la familia y acumulado grandes deudas. A decir verdad, el Ribbentrop de veintiséis años atacó el problema con energía. Aceptó el puesto de agente comisionista en Berlín de un importador de algodón en Bremen, y usó adicionalmente su experiencia y contactos en el comercio de licores para empezar a proveer a ricos berlineses de selectos vinos y brandy contrabandeados de Francia, imposibles de obtener por canales legítimos. Para fines de ese año, había liquidado las deudas de su padre y ganado lo suficiente para establecerse como comerciante registrado de vinos en Berlín.[30]

Aunque ya le iba muy bien, en julio de 1920 se estableció de por vida al casarse con Ann Elizabeth Henkell, heredera de la famosa compañía de vinos espumosos, a la que había conocido mientras participaba en un torneo de tenis en Bad Homburg. Como más tarde señalaría Goebbels, en un desaire típicamente cáustico, “compró su título y se casó con su dinero”. Anneliese, como se le conocía, era una atractiva e inteligente joven de veinticuatro años de edad, pero también una persona difícil y testaruda; y aunque su padre reprobaba a Ribbentrop, es indudable que le dio gusto deshacerse de ella. Reconociendo en él a un cazafortunas, se negó a integrarlo a la compañía familiar, aunque usó su influencia para conseguirle una sociedad con el mayorista de Berlín que manejaba los vinos Henkell.

Por estúpido que haya podido ser en otras áreas, Ribbentrop no era tonto para los negocios. Sacando el mayor provecho posible de sus ventajas, y con intenso trabajo y considerable agudeza, pronto hizo de Schöneberg und Ribbentrop una de las principales casas importadoras de Alemania. Para fines de 1924 —momento para el cual Anneliese y él ya habían procreado dos hijos, Rudolf, nacido en 1921, y Bettina, en 1922—, pudo darse el lujo de burlarse de su suegro dejando la agencia Henkell para concentrarse por entero en el lucrativo comercio de importaciones y exportaciones.

Aunque apenas rebasaba los treinta, Ribbentrop ya era un hombre comparativamente rico por derecho propio, y se cercioró de que el mundo lo supiera. Construyó una elegante y moderna casa de diseño artesanal en el exclusivo suburbio berlinés de Dahlem, con todo y cancha de tenis y piscina. Recibía pródigamente ahí, con platillos tan buenos como los selectos vinos que siempre servía. Ofrecía conciertos de música de cámara, en los que a veces participaba con su violín, y se volvió una figura

prominente en el mundo musical berlinés. Coleccionista de arte moderno, se hizo mecenas del postimpresionista francés André Derain.

Todo en el inmaculado jardín estilo inglés de Ribbentrop era rosado. Pero la manzana ya estaba agusanada: su éxito se le había subido a la cabeza, y el joven entusiasta y agradable se convirtió pronto en un pelmazo pomposo y engreído. Paul Schwarz, diplomático que lo había conocido en 1919 como compañero en un círculo liberal que se reunía a comer cada semana, se impresionó por la diferencia que halló al volver de un periodo como cónsul general en Ceilán, en 1928:

> No quedaba nada de la apropiada timidez de otros días; nada de su cultivada, casi susurrante voz, y ni un vestigio de sus excelentes modales. Ahora encabezaba su propia sociedad de especuladores *nouveaux riches* y aristócratas venidos a menos. Ribbentrop era prácticamente el dictador de este grupo. Sermoneaba a sus amigos con innecesario vigor sobre los peligros del bolchevismo [...] Éste no era ciertamente el Ribbentrop culto que yo había conocido, sino un ostentoso y bullicioso aventurero.[31]

En gran medida, el cambio en la personalidad de Ribbentrop fue ocasionado por Anneliese. Su matrimonio con ella puede verse como oportunismo, pero no cabe duda de que él se consagró siempre a ella, al grado de convertirse, para efectos reales, en su esclavo, completamente dominado por ella en todos los aspectos de la vida. El psiquiatra estadunidense que lo entrevistó en Nuremberg, después de la guerra, el doctor Douglas M. Kelley, estimó que ella había sustituido a la madre de Ribbentrop, que él perdió cuando tenía ocho años, brindándole la seguridad emocional y material que desesperadamente necesitaba. Esto bien podría ser así, pero lo cierto es que ella canalizó sus propias ambiciones a través de él, presionándolo sin cesar e interfiriendo constantemente, insistiendo incluso en estar presente en reuniones importantes. Las comparaciones que muchas personas hacían en años posteriores con lady Macbeth no eran en absoluto exageradas, más allá del asesinato del rey.

Fue Anneliese quien arrojó a su esposo en brazos del partido nazi, aunque no hasta que resultó claro que éste estaba destinado al poder. Hasta entonces, aparte de oponerse violentamente al bolchevismo, él no había mostrado mayor interés en la política, y ninguno en el nacionalsocialismo; era, por inclinación, un “monárquico sentimental” y un conservador

moderado. Muchos de sus mejores clientes y más cercanos conocidos eran judíos, y nunca había mostrado antipatía por ellos o su raza. Su única relación con el partido era su antiguo amigo del ejército, Helldorf.

Helldorf se había vuelto jefe de la SA en Berlín, pero los contactos de Ribbentrop con él eran puramente sociales: Helldorf, por ejemplo, lo había propuesto como miembro del exclusivo Union Club, que controlaba las carreras de caballos en Berlín. Lo secundó, incidentalmente, Papen, uno de los miembros más distinguidos de ese club, pero aun así fue rechazado, debido sobre todo, se cree, a que su empleo del falso "von" lo señalaba como sinvergüenza. Aunque Helldorf era noble, Anneliese se negó, durante mucho tiempo, a recibirlo en su casa, a causa de su mala fama como alborotador. Finalmente, sin embargo, fue Helldorf quien la convenció de que el carro nazi empezaba a rodar de verdad, y de que más valía que Ribbentrop se subiera a él si quería compartir las mieles del éxito.

A principios de 1932, Hitler fue invitado a una de las numerosas cenas en la villa de Dahlem, y luego sostuvo una larga conversación privada con Ribbentrop, quien lo impresionó con su conocimiento de Inglaterra y Francia. "Hitler no podía oir suficiente sobre Inglaterra", recordaría Ribbentrop en sus memorias. "Todo le interesaba: su modo de vida, instituciones parlamentarias, la ciudad con su comercio y la política imperial." Por una vez, parecía, Hitler se contentaba con escuchar, y Ribbentrop lo complació gustosamente. "Lo que Hitler quería por sobre todas las cosas", escribió aquél, "era un permanente y claro arreglo con Gran Bretaña." Ribbentrop estaba de acuerdo con él: "Fue la armonía de nuestras opiniones sobre Inglaterra lo que, en esa primera noche pasada en común, creó la semilla de confianza entre Hitler y yo. En ese tiempo, sin embargo, no imaginé que esto conduciría a nuestra subsecuente estrecha colaboración en política exterior."[32]

Aunque Ribbentrop sostendría más tarde que en esa primera reunión se convenció de que "este hombre, si es que había alguno, podía salvar a Alemania de las grandes dificultades y angustias que entonces la afligían",[33] no fue tocado por el *coup de foudre* que tantos otros discípulos experimentaron. Fue Anneliese quien quedó pasmada por Hitler y su visión, y quien vio la oportunidad de que su esposo capitalizara su cosmopolita lustre y experiencia: desconocía lo superficial de esa experiencia, y lo

profundo de la ignorancia política de Ribbentrop. Sin duda, por insistencia de ella, él se afilió al partido nazi el primero de mayo de 1932, como miembro número 1,199,927. Tuvo el cuidado, sin embargo, de inscribirse en la sección local del partido en Rosenheim, Baviera, y no en Dahlem, para no llamar la atención sobre algo que podía perjudicar a su empresa, de la que ya era entonces propietario único. Anneliese se afilió al partido ese mismo año.

Mantener en secreto su membresía era difícilmente el acto de un converso totalmente comprometido; pero, tal como salió todo, esto abrió la puerta a grandes cosas para Ribbentrop. Fue gracias a que nadie sabía que era miembro del partido que él pudo actuar como intermediario entre Hitler y Papen, y ser anfitrión de las críticas reuniones secretas de enero de 1933 en las que se cerró el trato para que Hitler fuera canciller. Y a causa de esto, Hitler confió en él y lo eligió como asesor personal extraoficial sobre Gran Bretaña y Francia, creyendo insensatamente en sus afirmaciones de que era un experto.

Al principio, Ribbentrop sencillamente hizo todo lo posible por promover el régimen nazi en Gran Bretaña y Francia, e informaba a Hitler sobre la situación general y actitudes en cada país cuando los visitaba. Luego empezó a tener ideas. Explotando su relación con Hitler, pudo conseguir entrevistas con líderes políticos, como el premier y el ministro del Exterior franceses, Édouard Daladier y Joseph Paul-Boncour, respectivamente, y en Gran Bretaña con los primeros ministros Ramsay Macdonald y su sucesor Stanley Baldwin y los secretarios del Exterior sir John Simon y Anthony Eden, para tratar de concertar reuniones privadas, frente a frente, de Hilter con ellos. Nadie lo tomaba en serio, pero tanto él como Hitler seguían dichosamente ignorantes de eso, aferrados a la ilusión de que él era un sofisticado hombre de mundo capaz de tratar hábilmente con importantes políticos franceses y británicos. Nada habría podido estar más lejos de la verdad; pero cuando Neurath se quejó de las torpezas de Ribbentrop y del daño que infligían a la reputación de Alemania, a Hitler le agradó saber que éste molestaba a los estirados y rígidos profesionales de la Wilhelmstrasse, y su opinión sobre él mejoró aún más.

Para 1934, las dudas que Ribbentrop haya podido tener sobre Hitler habían desaparecido, y estaba totalmente subyugado por él. “Estaba casi hipnotizado por Hitler, como un conejo por una serpiente”, escribió Werner

Best, el experto legal del SD que más tarde sería agente de Ribbentrop en la Dinamarca ocupada. "De todos los hombres que admiraban y temían a Hitler, y que lo obedecían sin chistar, yo diría, con base en lo que observé, que Ribbentrop era el que más completamente estaba bajo su hechizo."[34]

Pese a tal adoración, a Ribbentrop le irritaba que Hitler no reconociera oficialmente sus esfuerzos, y lo fastidiaba con regularidad para que le diese un nombramiento adecuado. Era un hombre que esperaba recompensas visibles; en febrero de 1933 había tenido la desfachatez de buscar a Papen para pedirle el puesto de secretario de Estado del Ministerio del Exterior por su intermediación en el acuerdo con Hitler, y hasta entonces no tenía nada que hiciera notar lo que sólo él consideraba sus importantes contribuciones a la causa. Todo lo que tenía era un grado de la SS como Standartenführer, que Himmler le otorgó en mayo de 1933, y un escaño en el Reichstag por Potsdam tras las elecciones del 12 de noviembre, probablemente arreglado para él por Helldorf, quien se había vuelto jefe de policía en Potsdam durante la nazificación por Göring de la policía prusiana.

No fue hasta abril de 1934 que Hitler cedió por fin a sus importunaciones y convenció a Neurath de crear un puesto y título para él: comisario especial del gobierno del Reich para asuntos de desarme. Este puesto implicó el rango de embajador, bajo las órdenes del ministro del Exterior, y Ribbentrop obtuvo una oficina en ese ministerio, con un brillante diplomático de treinta y un años, Erich Kordt, como su asistente. Kordt, quien había sido secretario de la delegación alemana en la Conferencia sobre Desarme, recibió la instrucción de vigilar a su nuevo jefe e infomar qué hacía, aunque no de salvarlo de hacer el ridículo, algo que Neurath estaba convencido que haría.

Como Alemania se había salido de la Conferencia sobre Desarme seis meses antes, el nuevo puesto de Ribbentrop carecía, casi por completo, de sentido, salvo como inadecuada cortina de humo para las verdaderas intenciones de Hitler. Pero le dio categoría de embajador, y por lo tanto un alto lugar en el orden de precedencia en cenas y recepciones, lo que significaba mucho para él, y todavía más para Anneliese. Esto también le hizo posible abordar abiertamente a gobiernos extranjeros, aunque Neurath emitió una orden a todas las embajadas de que no se le permitiera hablar

con ministros sin que el embajador alemán o su adjunto estuviera presente. De conformidad con su nuevo puesto, compró un elegante Schloss (palacio) del siglo XVIII situado en una inmensa finca rural unos ochenta kilómetros al este de Berlín, para pasar los fines de semana.

Su súbita elevación no hizo nada para volverlo más popular. Sir Eric Phipps, astuto y mordaz como siempre, informó a Londres: "El ascenso de Herr Von Ribbentrop se resiente no sólo en el Ministerio del Exterior. Los nazis leales objetan la asignación de altos puestos a extraños, mientras que los nacionalistas lo consideran un renegado. Los periódicos, por supuesto, no se atreven a criticarlo, pero citan a órganos de la prensa británica para mostrar que su nombramiento fue recibido con asombro en Inglaterra".[35] Ésta era la única manera en que Goebbels podía minar a Ribbentrop sin ofender a Hitler. En general, Goebbels ignoró a Ribbentrop como una irrelevancia en esa época: no lo mencionó una sola vez en sus diarios enTRE 1933 y 1934.

Los únicos amigos de Ribbentrop en las altas esferas del partido nazi eran Himmler y Röhm, quien le fue presentado por Helldorf y era un regular invitado a cenar en Dahlem; el jefe de Estado Mayor de la SA era un renombrado gourmet y apreciaba la excelente comida y vinos que siempre se servían ahí. Ribbentrop aseguró que compartían un amor común por Francia y un deseo de mejorar las relaciones franco-germanas. Pero como señal de lo ajeno que era a los círculos del partido, al parecer desconocía las crecientes tensiones entre Hitler y Röhm. Le impactó mucho que Himmler comentara casualmente, mientras disfrutaba de una cena con él y Anneliese, el 29 de junio de 1934, que Röhm era "hombre muerto", antes de marcharse a causa de un asunto urgente con Göring. Al llegar a su oficina en la Wilhelmstrasse al día siguiente, Ribbentrop fue recibido por un miembro del equipo de Neurath con el sardónico comentario de que le agradaba ver que aún no lo habían arrestado. Para deleite de diplomáticos y funcionarios, se puso pálido y se fue. A partir de entonces, empezó a aparecer con su uniforme de la SS en cada oportunidad.[36]

Poco después de la muerte de Hindenburg, que siempre consideró al Ministerio del Exterior como dominio suyo y no de Hitler, se permitió a Ribbentrop montar una oficina privada, la Büro Ribbentrop. Ésta se localizaba justo frente al largo edificio beige de tres pisos del ministerio, en

el número 63 de la Wilhelmstrasse, el antiguo palacio del primer ministro de Prusia que Göring había rechazado. La Büro empezó a modesta escala —aún tenía sólo catorce empleados a fines de ese año—; y aunque se le pensó como un ministerio del exterior alterno, financiado por el partido antes que por el gobierno, ni Göring ni Goebbels creyeron que representara una amenaza seria para sus ambiciones en esa dirección. El único que se disgustó fue Rosenberg, quien tenía a su cargo el departamento de política exterior del partido y siempre había puesto el ojo en ese ministerio. Pero Rosenberg era tan impopular, especialmente para Goebbels por su interferencia en asuntos culturales, que cualquier cosa que le incomodara se consideraba buena. Hess, en particular, se tomó la molestia de alentar y apoyar a Ribbentrop, así fuera sólo para fastidiar a Rosenberg.

Con la Büro como su base, Ribbentrop redobló sus esfuerzos por mejorar las relaciones anglogermanas, yendo y viniendo entre Berlín y Londres y haciendo muchos contactos en las más altas esferas de la sociedad británica, aunque irritando a los ministros con su tosca prepotencia, para furia de Neurath y el *establishment* diplomático alemán. Éstos se enfurecieron todavía más cuando Hitler anunció que Ribbentrop encabezaría las negociaciones con Gran Bretaña para un acuerdo bilateral sobre rearme naval, y cuando lo nombró embajador extraordinario y plenipotenciario en misión especial. Cierto de que Ribbentrop haría muy mal las cosas, Neurath no se quejó. Pero cuando Ribbentrop, envanecido con este éxito, renovó su exigencia de que se le hiciera secretario de Estado en lugar del achacoso Bernhard von Bülow, Neurath le dijo a Hitler que renunciaría si nombraba a “este completo amateur, que no tiene la menor idea de cómo se conduce la oficina”.[37] Por una vez, Hitler se puso de parte de Neurath, sabiendo que aún no podía permitirse perderlo.

Cuando la conferencia naval se puso en marcha en el Ministerio del Exterior en Londres, el 4 de junio de 1935, pareció que las esperanzas y temores de Neurath se harían realidad de inmediato. Tan pronto como terminaron los discursos inaugurales, Ribbentrop lanzó un simple ultimátum: o los británicos aceptaban una marina alemana de 35% el tamaño de la Royal Navy (Armada Real), o la conferencia se daba por concluida. Los detalles podrían discutirse y negociarse, pero la cuestión del tamaño era “fija e inalterable”. Los negociadores a ambos lados de la mesa se horrorizaron por su crudeza. Según Paul Otto Schmidt, el experimentado

intérpete alemán, sir John Simon, quien representaba a Gran Bretaña, "se puso rojo de ira. Replicó, un tanto acalorado: 'No es usual imponer condiciones como ésa al iniciar negociaciones.' Luego abandonó la sesión, con una inclinación glacial". Schmidt se preguntó cuál sería el clima cuando regresaran a Berlín.[38]

Increíblemente, los británicos cedieron al día siguiente y aceptaron la demanda de Ribbentrop. "Yo apenas podía creer a mis oídos cuando escuché esa totalmente inesperada declaración", recordó Schmidt en sus memorias. Tal porcentaje, de hecho, no fue ninguna sorpresa para los británicos, pues Hitler lo había promovido muy abiertamente durante cierto tiempo, y ellos sabían que aceptarlo era probablemente su única posibilidad de limitar la construcción naval germana, si podían confiar en las seguridades de Ribbentrop de que Hitler lo respetaría. La conferencia se reanudó el 6 de junio, y continuó dos semanas más, con una pausa para Pentecostés, antes de que el acuerdo se formalizara con un intercambio de notas el 18 de junio.

El acuerdo naval anglo-alemán fue un hito importante en el trayecto de Hitler hacia la renovación del poder alemán, aún más significativo por el hecho de que los británicos lo concertaron sin consultar a Francia e Italia, países ambos con los que apenas dos meses antes habían acordado no permitir nuevas violaciones a Versalles. El gobierno británico había cambiado en el curso de la conferencia, y Ramsay Macdonald y Simon fueron remplazados por Stanley Baldwin y sir Samuel Hoare, respectivamente, así que Hitler bien pudo imaginar que ese acuerdo señalaba una nueva fase en las relaciones anglo-germanas, y que, incluso, quizá abría la puerta a la alianza que él tan fervientemente deseaba. Ribbentrop volvió a casa en triunfo. Hitler le regaló una fotografía autografiada de ambos, Himmler lo ascendió a SS-Brigadeführer (general brigadier) y fue finalmente admitido en la dirigencia del partido, con el rango de Amtsleiter (líder de departamento), inferior al de Reichsleiter que había solicitado, pero de todas maneras un puesto oficial. En la concentración de Nuremberg en septiembre, donde previamente había sido un don nadie, se le trató como héroe. Hitler no consideraba oportuno todavía hacerlo ministro del Exterior, e incluso rechazó su renovada demanda de ser secretario de Estado, pero insinuó claramente que sucedería

a Neurath cuando llegara el momento. Por más que Goebbels y Göring menospreciaran a Ribbentrop juzgándolo un advenedizo poco brillante, un oportunista que no había hecho ningún sacrificio ni sufrido ninguna privación por el partido, tuvieron que admitir que era un nuevo actor en la escena que gozaba de la confianza del Führer, y que por lo tanto debía ser tomado en serio.

Él, ciertamente, se tomaba en serio. En virtud de su éxito en Londres, y de su nombramiento como embajador extraordinario, decidió ampliar su Büro, cambiando su nombre por el más imponente de Dienststelle Ribbentrop y proponiéndose deliberadamente convertirlo en un ministerio del exterior rival. Hitler apoyó esa locura, concediéndole una subvención de diez millones de marcos para ampliarlo. Al momento de las negociaciones en Londres, el personal de este despacho ascendía a alrededor de treinta personas; para principios de 1936 había aumentado a unas cien, y para el otoño de ese mismo año ya era de más de ciento cincuenta. La calidad de los nuevos reclutas era otra cosa, sin embargo —en su mayoría se trataba de personajes dudosos, muchos de los cuales habían sido rechazados por el Ministerio del Exterior—, y la organización era en extremo caótica. Pero esto casi no importaba, ya que, pese a sus esfuerzos por entrometerse en las actividades diplomáticas oficiales, Ribbentrop era poco más que una aduladora caja de resonancia de las ideas de Hitler, que absorbía y luego repetía como loro para demostrar cuánta sintonía había entre él y el Führer. La mayoría de los miembros del círculo íntimo practicaban este juego; pero, para desmayo de Goebbels y Göring, Ribbentrop pronto demostró que era aún más hábil que ellos en él.

EL PLAN DE CUATRO AÑOS

Para mediados de 1935, la permanente batalla de Goebbels con Rosenberg por los asuntos culturales se había convertido en una competencia para demostrar cuál de ellos era el antisemita más radical, y por lo tanto el más puro políticamente. Ésa era una competencia en la que Goebbels tenía una ventaja inherente, no sólo como ministro de Propaganda con control sobre los medios, sino también como Gauleiter de Berlín, donde podía emprender acciones directas que a Rosenberg le estaban negadas. Aun así, sufrió una ignominiosa derrota cuando se vio obligado a despedir a Richard Strauss como presidente de la Cámara de la Música del Reich luego de que Rosenberg descubrió una carta en la que aquél decía que se limitaba a cumplir el formulismo de apoyar al régimen. Goebbels habría podido pasar por alto el contenido de la carta, pero no el hecho de que su destinatario fuera un judío, Stefan Zweig.

Aunque la discriminación contra los judíos seguía en aumento, la violencia física contra ellos había sido relativamente escasa desde fines de 1933, por temor al daño a la economía y al prestigio internacional del país. Pero una vez consumados la crisis de Röhm, el anuncio del rearme, el retorno del Sarre y el tratado naval con Gran Bretaña, era momento de volver a lo básico y cumplir una de las principales promesas de la revolución: excluir a los judíos de la vida alemana. También había razones más cínicas de que se creyera llegado ese momento. La gente empezaba a cansarse de la austeridad y la escasez de alimentos que se le pedía soportar en nombre del rearme, y necesitaba una distracción. Además, los desafectos miembros de la SA precisaban de algo que alejara su mente de la abortada "segunda revolución" y de la emoción que se les había escamoteado. Una renovada campaña antijudía cumpliría a la perfección esos propósitos.

Goebbels fue el primero en actuar, fomentando el odio y exigiendo pasar a la acción tanto en discursos como en las páginas de *Der Angriff*. El

ponzoñoso periódico de Julius Streicher, *Der Stürmer* (El Ariete), se volvió aún más virulento, mientras que otros Gauleiter soltaban sus invectivas antisemitas con osado vigor. Una nueva ola de violencia se extendía por todo el país, así que a la entrada de pueblos y ciudades empezaron a proliferar letreros y carteles de "Los judíos no son bienvenidos aquí". En Munich, Wagner organizó en secreto disturbios antijudíos, para después condenar en la radio a los "grupos terroristas" a los que hizo responsables de ellos.

Para irritación de Goebbels, su ciudad, Berlín, se rezagaba en la persecución de los judíos, debido a la renuencia del jefe de la policía a hacerse de la vista gorda ante los atracos. El almirante retirado Magnus von Levetzow no era miembro del partido, sino amigo personal de Göring, quien lo había nombrado y protegido antes, cuando se quejaba de los excesos de la SA. Goebbels decidió que Levetzow tenía que irse. Su oportunidad llegó a mediados de julio, mientras pasaba unos días de vacaciones con Hitler en Heiligendamm, su lugar de recreo favorito en la costa del Báltico. La noche del sábado 13 de julio recibió un telegrama de Berlín en el que se le informaba que varios judíos se habían atrevido a realizar una manifestación en un cine que proyectaba una de sus películas antisemitas. Para entonces ya se había quejado con Hitler de la insatisfactoria actitud de Levetzow, pero esta vez insistió en que era el colmo. Era "verdaderamente vergonzoso", estalló en su diario, que Levetzow hubiese permitido tal cosa. Hitler prometió destituirlo, y amonestó severamente a Frick, en ese tiempo responsable de la policía.[1]

Para el miércoles siguiente, Hitler no había hecho nada todavía contra Levetzow, y Goebbels tuvo que empujarlo a actuar con un disturbio montado en la Kurfürstendamm, en el que se destrozaron tiendas judías y varios judíos fueron apaleados. "La prensa extranjera chilla: '¡Pogromos!'", anotó aquél en su diario. "Levetzow está acabado." Y en efecto así era. El desafortunado almirante fue destituido al día siguiente y remplazado por el candidato de Goebbels, el jefe de la policía de Potsdam, el conde Wolf Heinrich von Helldorf, quien disfrutaría tratando apropiadamente a los judíos. "¡Bravo!", escribió Goebbels. "Hoy, conferencia en Heiligendamm. Con Daluege, Lippert y Görlitzer. Ahora las cosas se arreglarán pronto. Me

alegra mucho. Helldorf, sumamente feliz. En la noche celebramos un poco. Con muchas risas [...] Limpiaremos Berlín otra vez. Con fuerzas unidas.”[2]

El primer acto de Helldorf al regresar a Berlín fue cerrar todas las tiendas judías en la Kurfürstendamm, la más elegante zona comercial de Berlín; días después prohibió toda “acción individual” contra los judíos en la ciudad, culpando de los incidentes anteriores a “provocadores”.[3] A juzgar por los informes de la Gestapo, la gente había reaccionado mal a la nueva ola de violencia: no objetaba mayormente la discriminación, porque no le importaba lo que se les hiciera a los judíos, pero esperaba procedimientos ordenados y legalizados. El propio partido se dividía en radicales, a favor de excluir a los judíos por la fuerza, y conservadores, más cautos, quienes querían usar métodos económicos y legales.

El asunto llegó a un punto crítico en septiembre, en la concentración de 1935, en Nuremberg. Hitler había decidido que la concentración de ese año debía dedicarse a la lucha contra el bolchevismo, pero para Goebbels judíos y bolchevismo eran sinónimos, idea que recalcó en su discurso inaugural. Otros oradores se sumaron a él, exigiendo acciones inmediatas, lo que precipitó un grave conflicto en el partido, sólo evitado por dos nuevas y draconianas leyes, elaboradas a toda prisa. La primera y más importante de ellas privaba a los alemanes de sangre judía de su ciudadanía; la segunda, la Ley para la Protección de la Sangre Alemana y el Honor Alemán, declaraba ilegales los matrimonios o relaciones sexuales entre alemanes y judíos y prohibía a los judíos emplear a alemanes como sirvientes.

Casualmente, los miembros del Reichstag habían sido convocados a una sesión simbólica en Nuremberg para aprobar una ley que volvía al estandarte con la svástica la única bandera oficial del Reich. Esas tres leyes fueron convenientemente presentadas en común, y debidamente aprobadas. Como presidente del Reichstag, correspondió a Göring (cuyo idolatrado padrino había sido un judío con el que su madre se había acostado durante años) introducir y leer en voz alta las nuevas leyes (que habrían condenado a ambos como criminales), lo cual hizo con voz seca completamente desprovista de emoción.

Goebbels estaba entre los diputados que votaron a favor de las nuevas leyes, pero por esos días tenía otras cosas en mente, además de la sensación que, aseguró, su discurso había causado en la prensa mundial: Magda, embarazada de su tercer hijo, había sido internada en una clínica ese mismo

día. Él rogó que todo marchara bien, y que fuera niño. Pero resultó falsa alarma. Transcurrieron otras tres semanas antes de que la policía interceptara su auto de camino a Hohenlychen, para un enfrentamiento con Rosenberg, y le dijera que debía telefonear a la clínica. La noticia era buena. Tras una inquieta espera de diez minutos, el médico le dijo que tenía un hijo. "¡Indescriptible!", alardeó en su diario. "Bailo de dicha. Le pondremos Helmut. Regocijo sin fin. Regreso a 100 kph. [...] Con Magda. Ella estalla en súbito y ansioso sollozo. ¡Qué encanto! ¡Qué lindura! [...] ¡Un varón! ¡Un varón!".[4]

Como toda legislación apresurada, las Leyes de Nuremberg, como terminó por conocérseles, habían sido deficientemente elaboradas y estaban plagadas de fallas, que tuvieron que remediarse después. La más obvia era la absoluta indefinición de quién o qué era judío. Goebbels participó intensamente en las controversias, que duraron varias semanas, arguyendo que toda persona de sangre judía, o casada con ella, debía ser expulsada de Alemania. Al final se vio obligado a aceptar que las nuevas leyes sólo debían aplicarse a los "judíos completos", con cuatro abuelos judíos, y apenas en algunas circunstancias a los "judíos a medias", con dos o más. Para su indignación, los "judíos a un cuarto" no serían afectados. Éste fue un compromiso, "el mejor posible", para evitar una división permanente en el partido: "¡Que traiga paz, por amor de Dios!". Goebbels sería el responsable de promover las corregidas leyes entre la ciudadanía, aunque tendría que "difundirlas en la prensa hábil y discretamente, para no hacer demasiado escándalo".[5]

Göring, siempre pragmático, veía las cosas de muy distinta manera. Durante el verano se había ocupado en otros asuntos —en especial del desarrollo de la Luftwaffe—, y sus misiones en el extranjero, disfrazadas de prolongada luna de miel, lo habían mantenido fuera del país casi todo el tiempo. No se había prestado a las intrigas que derivaron en las Leyes de Nuremberg, y Goebbels, todavía resentido de que se le hubiera ocultado la purga de Röhm, había tenido el cuidado de no ponerlo al tanto. Así que las disposiciones de la nueva ley sorprendieron a Göring, y sólo después trató de mitigar los que, en su opinión, eran sus peores aspectos. En 1946, en Nuremberg, en su juicio como criminal de guerra, dijo al Tribunal Militar Internacional:

Las Leyes de Nuremberg tuvieron el propósito de provocar una clara separación de razas, y en particular de acabar con la noción del mestizaje en el futuro, pues el término “judío a medias” o “judío a cuartas” causaría continuas distinciones y confusión en cuanto a la posición de tales personas [...] Yo tuve, personalmente, frecuentes discusiones con el Führer sobre los mestizos, y le señalé que, una vez claramente separados judíos y alemanes, era imposible tener entre ellos una categoría más, que constituía una sección poco clara del pueblo alemán en diferente nivel que los demás alemanes. Le sugerí que, como gesto de generosidad, debía suprimir el concepto de mestizo y colocar a esas personas en base de igualdad con sus connacionales. El Fürhrer aceptó esta idea con sumo interés, y estaba totalmente a favor de adoptar mi punto de vista; de hecho, dio ciertas órdenes preliminares. Pero luego vinieron tiempos difíciles en política exterior [...] y la cuestión del mestizaje pasó a segundo plano [...].[6]

Los tiempos difíciles mencionados por Göring tuvieron que ver con problemas internos tanto como con la política exterior. Las cosechas de 1934 de las granjas alemanas habían sido desastrosas, lo que ocasionó un déficit de cereales para pan de, al menos, dos millones de toneladas; la reducción del ganado a causa de las graves mermas de forraje; el casi completo agotamiento de las reservas de alimentos, en especial granos, carne y grasas, y grandes aumentos de precios mientras los salarios bajaban. En vista de la creciente limitación de divisas y el haber destinado por completo las reservas monetarias a la compra de materias primas para la fabricación de armas, no había con qué importar comestibles. Al mismo tiempo, el desempleo, enormemente reducido pero de ninguna manera eliminado, comenzaba a aumentar de nuevo. Así pues, empezaba a formarse una ola de descontento.

Darré, ministro de Alimentos y Agricultura, demandó una mayor porción de divisas para poder comprar comestibles vitales, entre ellos cientos de miles de toneladas de grasas. La negativa de Schacht provocó un enconado conflicto. Por una vez, Hitler intervino, ordenando a Schacht la entrega de 12.4 millones de *Reichsmark* a Darré para la compra de oleaginosas con las que producir margarina. Luego asignó a Göring la tarea de investigar la situación y arbitrar entre esos dos ministros en el futuro inmediato. El problema era más complejo del que parecía a primera vista: sin alimentos, los obreros bien podían rebelarse o declararse en huelga, dañando así el programa de armas; pero el dinero destinado a los alimentos

no podría gastarse en materias primas, lo que reduciría la producción de armamento e incrementaría el desempleo. Para sorpresa de todos, Göring optó por la mantequilla (o al menos la margarina) sobre las armas, y se inclinó a favor de Darré.

Esta decisión de Göring fue una astuta medida política que alivió la crisis alimentaria, pero resultó insuficiente en sí misma para restaurar la decreciente popularidad del régimen. Se necesitaba algo de mayor magnitud, y fue Hitler, quien, con su asombroso instinto, identificó la oportunidad indicada. Aunque el Führer ya había desmantelado casi todas las medidas impuestas por Versalles, prevalecía una particularmente emotiva. Desde 1919, todo el territorio de la orilla izquierda del Rin, más una franja de cincuenta kilómetros de la orilla derecha, era una zona desmilitarizada, lo cual había sido confirmado en 1925 por el Tratado de Locarno, que avaló las fronteras entre Alemania, Francia y Bélgica. Alemania se vio impedida de construir fortificaciones, estacionar tropas o realizar preparativos militares en el área, humillación que la totalidad de los alemanes resintieron profundamente. La reclamación de Renania gozaría, sin duda, de aún mayor popularidad que la recuperación del Sarre.

Esto implicaba riesgos, en especial de parte de los franceses, militarmente mucho más fuertes aún. Pero probablemente no actuarían solos, sin el respaldo de sus aliados, británicos e italianos. El acuerdo naval anglo-alemán ya había abierto una brecha entre Gran Bretaña y Francia, y la invasión de Abisinia por Mussolini, en octubre de 1935, había completado la ruptura entre aquellas tres potencias. Una impaciente negociación bastaría para restaurar la absoluta soberanía alemana en Renania. En el mundo diplomático, en general, se daba por supuesto que eso era inevitable, e incluso que quizá se conseguiría para fines de 1936. Pero tal fecha era demasiado comedida para Hitler, y demasiado tardía. Necesitaba un triunfo espectacular, una demostración de fuerza, y la necesitaba pronto. En enero de 1936 los franceses le brindaron una excusa conveniente al firmar un pacto de asistencia mutua con la Unión Soviética, en violación del acuerdo de Locarno. Al mismo tiempo, Mussolini, necesitado de nuevos amigos, cambió repentinamente de parecer, e indicó que las ambiciones alemanas en Austria debían dejar de ser un impedimento para la amistad ítalo-germana, y que él no apoyaría a Francia y Gran Bretaña en ninguna acción contra Alemania concerniente a Austria o Renania.

Los Juegos Olímpicos de 1936 se celebraron en Alemania, y cuando Hitler inauguró las Olimpiadas de Invierno en Garmisch-Partenkirchen, el 6 de febrero, sin duda le alentó ver que, pese a los denuestos internacionales contra su régimen, ninguna nación se había ausentado. Ésa era una buena señal, pero seguía siendo muy riesgoso suponer que los franceses aceptarían una decisión unilateral, y tanto el Ministerio del Exterior como los generales estaban notoriamente nerviosos, entre ellos Göring, quien, no obstante las fanfarronadas con que intentaba asustar a los franceses, sabía que su naciente Luftwaffe aún era muy débil. Hitler pasó casi todo febrero tratando de decidirse. Blomberg y Neurath urgían cautela; Ribbentrop, adivinando lo que el Führer quería oir, lo instaba a seguir adelante, asegurándole que los británicos no se opondrían y refrenarían a los franceses.[7] Goebbels, él mismo renano, estaba completamente a favor de actuar, aunque aconsejó esperar a que los franceses ratificaran su pacto con los soviéticos para tener una excusa.

La Asamblea Nacional de París ratificó el pacto franco-soviético el 27 de febrero. El lunes 2 de marzo, luego de un angustioso fin de semana con Goebbels en Munich, Hitler convocó a Göring, Goebbels, Blomberg, Fritsch, el almirante Raeder (comandante en jefe de la marina) y Ribbentrop a una reunión en la cancillería, y les informó solemnemente que había decidido proceder. Debían iniciar sus preparativos de inmediato. En un discurso en el Reichstag el sábado siguiente, proclamó la remilitarización de la Renania, dorando la píldora con el simultáneo ofrecimiento de retornar a la Sociedad de Naciones, establecer un acuerdo sobre poderío aéreo y firmar un pacto de no agresión con Francia. El Reichstag se disolvería entonces, para que el pueblo alemán pudiera mostrar su aprobación en nuevas elecciones “con tema de política exterior”.[8]

Habiendo tomado por fin una decisión, Hitler estaba impaciente por comenzar. Sin embargo, ocultó su plan al resto de su gabinete hasta la noche del viernes 6 de marzo, cuando, naturalmente, el plan fue aprobado por unanimidad. Justo en ese momento tropas de las Wehrmacht ya eran transportadas al Rin, disfrazadas de destacamentos de la SA y el Frente Obrero en maniobras paramilitares. Goebbels volvió corriendo a su ministerio para continuar sus preparativos, confinando en el edificio a su personal durante la noche para evitar filtraciones. Al mismo tiempo, invitó a

los corresponsales extranjeros a un hotel, donde los encerró con la promesa de una gran noticia al día siguiente. A las dos de la mañana todo estaba listo, y Goebbels se tumbó en su cama, “muerto de cansancio” pero demasiado inquieto para poder dormir. A las ocho de la mañana ya estaba de pie, “sumamente tranquilo”, para dar inicio al gran día.[9]

Los periodistas alemanes habían sido convocados en el ministerio al amanecer, y ellos y sus colegas extranjeros fueron llevados “bajo estrictas medidas de seguridad” a Tempelhof, donde los esperaban dos aviones. De acuerdo con Goebbels, nadie tenía idea de qué sucedía; un reportero, dijo, incluso había llevado consigo un almanaque naval. Sólo en pleno vuelo se les informó que iban camino a Colonia, Coblenza y Francfort, para ser testigos de la invasión de Renania por las Wehrmacht. Goebbels permaneció en su oficina, “trabajando con entusiasmo” hasta el mediodía, cuando se encaminó al Reichstag. La noche anterior, Göring había invitado cervezas a los diputados, como distracción, y según Goebbels ninguno sabía qué iba a ocurrir. El discurso de Hitler mereció una calurosa recepción, que resonó en todo el país, mientras la nación lo escuchaba en la radio. Momentos después se obsequió a todos el comentario de que las tropas atravesaban el puente Hohenzollern en Colonia, hacia la orilla izquierda del Rin.[10]

Un total de treinta mil soldados, complementados por unidades armadas de la policía, participaron en la operación, aunque en realidad sólo tres mil de ellos cruzaron el río, y sus comandantes tenían órdenes estrictas, de parte de un nervioso Blomberg, de retirarse a la primera señal de oposición de los franceses. Göring, quien después admitió haber tenido “momentos de intensa ansiedad”, se las arregló para reunir a duras penas tres escuadrones de aviones de combate con los cuales montar un espectáculo de apoyo aéreo. La mayoría de esos aparatos eran viejos biplanos, sólo un escuadrón estaba en condiciones de operar y ni siquiera a ése se le habían calibrado las armas, pero cumplieron su función. Göring los hizo volar por todos los campos de aviación renanos, y dispuso que entre un vuelo y otro se les pintaran nuevas insignias, para crear la ilusión de mayor número.

Como “hijo de Renania”, y a nombre de Hitler, Goebbels tuvo el honor de emitir un mensaje radial desde la plaza de la catedral de Colonia. Toda Renania, informó, estaba “henchida de júbilo”. Su madre le telefoneó, completamente “fuera de sí”. Para la noche era claro que el mundo no haría

nada: “Inglaterra se muestra pasiva, Francia no hará nada sola, Italia está desconcertada, Estados Unidos no tiene interés”. Al cabo de un largo día que había destrozado los nervios de todos, Goebbels pudo asentar: “Hemos recuperado la soberanía de nuestro territorio”.[11] Casi al unísono, el pueblo alemán concordó con él, exaltando a Hitler como el salvador que había incitado a todos los germanos a restaurar su honor y orgullo nacional. En la posterior farsa electoral, el 29 de marzo, Goebbels no tuvo ninguna dificultad para inducir un increíble 98.9% de votos a favor. Aun concediendo fraude e intimidación, éste fue un logro notable.

El hombre que más puntos obtuvo de Hitler a propósito de Renania no fue Goebbels o Göring, sino el advenedizo Ribbentrop. Éste había respaldado a Hitler en cada paso, siempre diciéndole justo lo que quería oir y no expresando jamás la menor duda. Cuando el consejo de la Sociedad de Naciones se reunió en Londres el 14 de marzo de 1936, e invitó a Alemania a enviar un representante para exponer su caso, Hitler eligió a Ribbentrop, para horror del Ministerio del Exterior, y en particular del embajador en Londres, Leopold von Hoesch, quien lo despreciaba profundamente.

Era inevitable que la Sociedad condenara la remilitarización, pero a Ribbentrop le sorprendió que, además, exigiera a Alemania retirar de inmediato sus tropas, admitir una fuerza internacional y remitir el caso al Tribunal de La Haya. Más le sorprendió aún que Gran Bretaña, Francia, Bélgica e Italia anunciaran pláticas de sus estados mayores militares, con la implícita amenaza de acción bélica. De alguna manera, sin embargo, aunque gracias sobre todo a su férrea obstinación, Ribbentrop logró prolongar las discusiones hasta que los ánimos se calmaron y las potencias aliadas se distrajeron con otros acontecimientos internacionales.

Ribbentrop regresó a Alemania el 9 de abril, seguro de que la crisis había pasado y de que no había más de qué preocuparse. Hitler lo recibió cordialmente, más convencido que nunca de su genio en asuntos extranjeros, y los invitó a su esposa y a él a celebrar en el Rheinhotel Dreesen, y después a un memorable viaje en buque de vapor por el Rin. “Era un perfecto día de primavera”, recordaría Ribbentrop en sus memorias, “y la gente nos saludaba a todo lo largo de la orilla. La noticia del viaje de Hitler había precedido a nuestro vapor, y multitudes cada vez más entusiastas convergían en la ribera”. El triunfo de Ribbentrop cobró más

realce aun cuando recibió la noticia de que el embajador Hoesch, quien constantemente lo había ridiculizado y denigrado, había muerto de un ataque cardiaco en Londres.

Hitler se tomó su tiempo para decidir quién sucedería a Hoesch. Mientras tanto, Ribbentrop iba y venía entre Berlín y Londres, actuando como representante personal de Hitler, proponiendo un nuevo “plan de paz” al gobierno británico y tratando de arreglar de nueva cuenta una reunión personal entre Hitler y Baldwin, en la que imaginaba que todas sus diferencias se desvanecerían. Pero el astuto Baldwin no se dejó envolver, y Eden, ya secretario del Exterior, desconfiaba de Ribbentrop y sus descarados intentos de dividir a Gran Bretaña y Francia. Para mediados de junio era evidente que había fracasado, y sus bonos con Hitler cayeron en consecuencia. En busca de una forma de hacerlos volver a subir, recurrió a la idea de un pacto anti-Komintern con Japón, para la furia de Neurath, quien había pasado años cultivando cuidadosamente al enemigo de Japón, Chiang Kai-shek, y su gobierno nacionalista chino. Neurath se quejó con Hitler, quien por supuesto no hizo nada. Desesperado de librarse de Ribbentrop por algún medio, Neurath sugirió entonces que, “dado su especial conocimiento de los británicos”, sería un perfecto embajador en Londres. Como dijo Papen: “Luego de tres meses en Londres, Ribbentrop estará acabado. Allá no lo soportan, y nosotros nos desharemos de él de una vez por todas”.[12]

La perspectiva de la embajada en Londres aterró a Ribbentrop. El rechazo de Baldwin y Eden había deslustrado su romance con los británicos, y en cualquier caso no tenía el menor deseo de separarse de Hitler y alejarse del centro del juego de poder nazi. No quería renunciar a su Dienststelle ni verse obligado a concentrarse por entero en las relaciones con Gran Bretaña, en vez de asesorar personalmente al Führer en todos los aspectos de la política exterior. Pero lo peor de todo era que, como embajador, trabajaría bajo las órdenes de Neurath. Y para rematar, el puesto que en realidad deseaba —después del de ministro del Exterior— quedó vacante de pronto, al morir el secretario de Estado, Bernhard von Bülow, el 21 de junio. Una vez más, Neurath amenazó con renunciar si se concedía a Ribbentrop ese cargo. Éste respondió amenazando —aunque no ante Hitler

— con renunciar como asesor del Führer si no se le otorgaba. Prefería, declaró, trabajar con Himmler en la SS.

Hitler, como de costumbre, hizo esperar a todos. Por fin, el 21 de julio, en Bayreuth, anunció su decisión. Según Ribbentrop, el Führer le ofreció el puesto de secretario de Estado, diciéndole que Neurath había accedido. Pero Ribbentrop declinó el ofrecimiento y rogó que se le enviara a Londres, donde aún creía poder lograr el acercamiento que Hitler siempre había deseado. Sin embargo, Erich Kordt desmintió esta versión en sus memorias, al recordar que más tarde encontró a Ribbentrop encerrado en su cuarto, "en estado de pasmosa depresión".[13]

Para suavizar el golpe, Hitler estableció específicamente en su carta de nombramiento que Ribbentrop podría conservar su Dienststelle y su interés en la política exterior en general, y que lo mismo en esto que como embajador estaría directamente bajo sus órdenes, no las de Neurath. También le pidió que siguiera trabajando en el pacto anti-Komintern con Japón. Ribbentrop ardía en deseos de enseñar la carta a Neurath, quien presentó de inmediato su renuncia y sugirió a Hitler asumir él mismo el papel de ministro del Exterior. Hitler cedió una vez más, y aceptó que Ribbentrop era un embajador regular después de todo, bajo las órdenes de Neurath en forma normal, y éste retiró su renuncia. Como secretario de Estado nombró a Hans-Heinrich Dieckhoff, diplomático de carrera que conocía a Ribbentrop de sus días en Constantinopla y era entonces cuñado de su hermana.

El nombramiento de Ribbentrop fue impopular en el Ministerio del Exterior, pero eso no fue nada en comparación con las reacciones de los principales nazis. Rosenberg, naturalmente, se puso loco de celos y no perdió la oportunidad de criticarlo. Goebbels dijo poco, aunque creía que Ribbentrop era demasiado anglófilo. Göring advirtió a Hitler que, en realidad, Ribbentrop no sabía nada del extranjero, y que su conocimiento de Gran Bretaña se limitaba al whisky y el de Francia a el champagne. Cuando Hitler replicó que Ribbentrop conocía al lord zutano y al ministro mengano, Göring repuso: "Sí, pero el problema es que ellos también lo conocen a él".[14]

Goebbels celebró el éxito de la acción en Renania comprando otra residencia, una encantadora "casa de verano" cubierta de parras y hecha de

ladrillos de color rojo claro en la cercana isla de Schwanenwerder, frente al lago Havel, en las afueras de Berlín. Schwanenwerder era uno de los lugares más exclusivos en torno a la ciudad, donde tenían casas algunos de los berlineses más ricos y elegantes, como las estrellas de cine Gustav Fröhlich y su amante checa, Lida Baarova. Goebbels y Magda se enamoraron de la casa, pero no podían pagar su alto precio, de trescientos cincuenta mil marcos. Hitler salió en su rescate, ordenando a Max Amman, director de la editorial del partido, Eher Verlag, "ser generoso". Era importante para Goebbels, dijo, poder recibir en grande en Berlín. Si él tuviera dinero, se lo daría; pero Goebbels era uno de los mejores autores de Eher, y por eso Hitler recurría a Amman. Finalmente se acordó que Amman compraría los derechos de los diarios de Goebbels, con un adelanto a la firma de doscientos cincuenta mil marcos, seguidos por pagos anuales de cien mil. Magda persuadió entonces a Hitler de que incrementara el sueldo ministerial de su esposo.[15] En agradecimiento, equipó en los jardines una casita de huéspedes para Hitler, quien se volvió visitante regular, feliz de hacerse pasar con los niños como el cariñoso "tío Adolf".

Casualmente, Goebbels no fue el único en estrenar casa esa primavera: Göring se había hecho construir un refugio alpino en el Obersalzberg, muy cerca del de Hitler, el cual acababa de ser completamente reconstruido a su gusto y convertido en una residencia imponente. Ya no era la Haus Wachenfeld (Casa del cuerpo de guardia), sino el Berghof, literalmente su "palacio de montaña". En comparación, y para los estándares de Göring, su nueva casa era muy modesta —sin duda tuvo el cuidado de no opacar a la del Führer—, pero era cómoda, de buen gusto y totalmente bávara, y tenía una piscina enorme. Era un sitio en el que él podía relajarse en *Lederhosen* (pantalones de cuero), chupetear su pipa *Meerschaum* (de espuma de mar) y disfrutar de las montañas, siempre tan queridas para él.

A todo lo largo de 1936, Göring siguió ampliando su base de poder. El día del cumpleaños de Hitler, 20 de abril, fue ascendido a general en jefe, al nivel de los comandantes supremos del ejército y la marina; y aunque eso lo decepcionó un tanto, pues había insistido en el nuevo rango de mariscal del aire, que Hitler rechazó por considerarlo poco alemán, de todas maneras lo recibió gustosamente. Bajo su dirección, la Luftwaffe avanzaba en forma arrolladora, con nuevos tipos de aviones como prioridad. Uno de los más

impresionantes fue el Ju-87, bombardero en picada basado en el diseño del Hell Diver estadunidense, que Hugo Junkers fabricaba en su planta en Suecia. Su potencial había sido descubierto por el viejo camarada de vuelo de Göring del escuadrón Richthofen y de los días itinerantes de la posguerra, Ernst Udet, contratado como consultor del Ministerio de Aviación en 1934. Udet hizo personalmente una demostración de los prototipos ante Milch y Göring —en la que estuvo a punto de perder la vida, pues estrelló el primero de ellos—, y pronto los convenció de que se trataba de una nueva arma bélica fascinante. Göring quedó muy impresionado, aunque sugirió que el efecto psicológico del avión sería aún mayor si hacía un ruido más aterrador que el aullido de su motor al caer sobre su presa. Udet estuvo de acuerdo en añadir una sirena, para que "ruja como un demonio salido del infierno al lanzarse en picada".[16] Göring ordenó la inmediata producción del nuevo aparato, el Stuka, abreviación de Sturzkampfflugzeug (avión de ataque en picada), y nombró a Udet inspector de aviones de combate y bombarderos en picada.

El Stuka no era, en absoluto, el único aparato nuevo de la Luftwaffe. Para la primavera de 1936, pilotos de prueba volaban prototipos de los aviones de combate Messerschmitt 109 y 110, el bombardero en picada Heinkel 123 y los bombarderos de mediano alcance Dornier 17, Junkers 86 y Heinkel 111. Algunos comentaristas alemanes consideraron que esos aparatos tenían una ventaja de unos dos años sobre su competencia internacional, pero cabe señalar que en Gran Bretaña ya volaban tanto el Hawker Hurricane como el Spitfire Mark 1 —éste había hecho su vuelo de presentación dos días antes de que las tropas alemanas invadieran Renania —, mientras que en Estados Unidos ya salían de la fábrica de Seattle los primeros bombarderos Boeing Y1B-17, a los que se llamó "Fortalezas voladoras".

Göring favorecía el avión de combate. En un principio había previsto, en efecto, una fuerza aérea puramente defensiva, compuesta por completo por ese tipo de aviones, pero pronto se dio cuenta de que tal cosa era impráctica y optó por desarrollar bombarderos de mediano alcance basados en aparatos comerciales. Su jefe de Estado Mayor, el general Wever, estaba decidido a crear una flota de bombarderos estratégicos equipada con cuatrimotores de largo alcance; pero cuando Wever murió en un accidente aéreo en Dresde el 3 de junio, su política murió con él. Pasando por encima

de Milch, Göring nombró a Albert Kesselring, a cargo hasta entonces de la administración, nuevo jefe de Estado Mayor, y al mismo tiempo convirtió a Udet, antiguo as de aviones de combate, en director del departamento técnico del Ministerio de Aviación, responsable de la totalidad de la planeación. Uno y otro apoyaban la preferencia de Göring. Éste fue el fin del pesado bombardero cuatrimotor, cambio que tendría significativas consecuencias en las operaciones de la Luftwaffe en la segunda guerra mundial.

Había varias razones en la preferencia de Göring por los bombarderos pequeños. Para comenzar, él seguía aferrado a la idea de la Luftwaffe como arma defensiva más que ofensiva; e incluso en el caso de una guerra de agresión, ubicaba a los posibles enemigos de Alemania en Europa central y oriental, y quizá en Francia. No preveía un conflicto con Gran Bretaña, por ejemplo, donde bombarderos pesados de mayor alcance podían representar una ventaja. Milch dio más tarde otra explicación de que se hayan cancelado los bombarderos pesados, sosteniendo que Göring le había dicho: “El Führer sólo me preguntará cuántos bombarderos tengo. Jamás me preguntará qué tan grandes son. Con el trabajo invertido en un cuatrimotor, puedo fabricar dos y medio bombarderos medianos”.[17] En el tribunal de Nuremberg, Göring confirmó la cuestión de los números, pero declaró que su razonamiento fue que estaba corto de aluminio, “y cualquier experto, o semiexperto, sabe cuánto aluminio consume un bombardero cuatrimotor, y cuántos aviones de combate, es decir bombarderos bimotores, pueden fabricarse con el mismo monto”.[18]

El aluminio era sólo uno de los recursos que escaseaban entonces. Petróleo, hule y mineral de hierro eran otros, todos ellos de importancia en la producción de aviones y otras armas. Todo tenía que importarse, lo que, como siempre, exponía a Alemania a la estrangulación por bloqueo. Un posible remedio era hallar sustitutos sintéticos que pudieran ser manufacturados por la avanzada industria química nacional, y Göring cobró particular interés en esto. Ya desde diciembre de 1933 había firmado un contrato con IG Farben para la manufactura de gasolina sintética a partir de carbón. En la primavera de 1935 se había hecho responsable de la producción de hule sintético, y un año después añadió a su colección de títulos el de comisario de combustible del Reich.

En ese tiempo, Schacht, en compañía de Blomberg y Hans Kerrl, ministro para las Iglesias, acudió a Göring en busca de ayuda. Schacht, que no era miembro del partido, tenía dificultades con líderes de éste que se negaban a aceptar sus rigurosas medidas económicas. La única persona que el partido siempre escuchaba era Göring, el carismático Hombre de hierro. ¿Accedería él a pedirle a Hitler que lo nombrara comisario de materias primas y divisas, una prolongación permanente del papel que tan exitosamente había desempeñado para resolver meses antes la crisis alimentaria? De hecho, Hitler ya le había solicitado idear la forma de evitar futuras crisis económicas, y formalizó de buena gana sus nuevas responsabilidades. El propio Göring describió el resultado:

Se acordó que yo no debía operar como experto en economía, lo cual no era; pero se precisaba de alguien que se hiciera cargo de las dificultades debidas a la escasez de divisas, que no dejaba de aumentar a causa de nuestra enorme demanda, y que, al mismo tiempo, brindara y acumulara materias primas; alguien capaz de tomar medidas que quizá no serían comprendidas por muchas personas, pero que tendrían el peso de su autoridad. En segundo término, se decidió que, pese a no ser experto, yo debía ser el impulsor de esa esfera y usar mi energía [...] Fue así como entré al campo de la conducción económica.[19]

Si Schacht esperaba que Göring fungiera simplemente como su portavoz, se desilusionó pronto, pues el nuevo comisario, desconocedor de las leyes aceptadas de la economía, pisoteó desconsideradamente sus teorías y persiguió sus propios fines e ideas. Las relaciones entre ambos eran cada vez más frías, pero Schacht no podía hacer casi nada para refrenar a Göring. Había sacado al genio de la botella, y Göring aprovechó la oportunidad con su usual energía. Cuando Schacht intentó convencer a Hitler de que limitara la autoridad de Göring, no se le hizo caso, y se le recomendó plantear el asunto al propio Göring. “Los días de Schacht están contados”, comentó Goebbels una vez que Hitler le refirió el caso durante una excursión en el yate del ministro de Propaganda. “En el fondo, no es de los nuestros. Sobre todo en sus discursos y textos. Pero a Göring no le será fácil resolver los problemas de divisas y materias primas. No sabe mucho de eso, y dependerá de asesoría.”[20]

Göring sabía muy bien qué necesitaba. Formó un nuevo organismo, la Unidad de Materias Primas y Divisas del Primer Ministro General Göring,

y seleccionó a expertos de la industria y el servicio civil para que encabezaran los diversos departamentos y lo asesoraran. Luego pasó clamorosamente a la acción, como sólo él podía hacerlo. Concedió exenciones fiscales para estimular la producción nacional de carbón y minerales. Dio a los agricultores fertilizantes químicos baratos para fomentar la producción de alimentos. Llamó a conferencias, arengó a altos industriales y negoció trueques con Rumania y Yugoslavia para el intercambio de armas por comestibles, y con España, Turquía y Finlandia por metales vitales. Durante todo el verano, mientras otros ministros y su personal tomaban vacaciones, él se quedó a trabajar en Berlín, usando su consejo de Estado prusiano como opción al gabinete del Reich, ya prácticamente extinto entonces, para que autorizara sus decisiones.

Puesto que sus nuevas responsabilidades y oportunidades consumían gran parte de su tiempo, Göring permitió que una de ellas, ya antigua, se le fuera de las manos sin protestar, satisfecho con retener un interés apenas simbólico. El 17 de junio de 1936, Hitler decretó que, "a fin de asegurar el control unificado de la labor policial en el Reich [...] el subjefe de la Gestapo, el Reichsführer-SS Heinrich Himmler, es nombrado por este medio jefe de la policía alemana en el Ministerio del Interior federal". La calificación "en el Ministerio del Interior federal" era una concesión a Frick (quien había peleado con ahínco por el control de una fuerza nacional de policía, con Daluege como jefe), aunque tan carente de sentido como también lo era ya la subordinación de Himmler a Göring en la Gestapo. Heydrich había llevado a cabo la detallada negociación con el Ministerio del Interior a nombre de Himmler, y sabía que ambos podían ignorar sin problemas a Frick y proceder a integrar la policía a la SS, para crear un instrumento único con el cual convertir a Alemania en un Estado policiaco, bajo su control. Goebbels estaba entre los radicales que comprendieron y recibieron con agrado este suceso —y su beneficio adicional de quitar un elemento de la base personal de poder de Göring—, elogiando a Himmler por "enérgico e intransigente".[21]

Con su pasión por la organización, Himmler ya había resuelto con toda exactitud qué quería hacer con la policía, y de inmediato puso en práctica sus ideas. Comenzó dividiendo su nuevo imperio en dos grandes departamentos: la Sicherheitspolizei, Policía de Seguridad, que reunió a la

Gestapo y la Policía Criminal bajo el mando de Heydrich, y la Ordnungspolizei, Policía de Orden, comandada por Daluege y que incluyó a toda la policía uniformada menos la de tránsito, que quedó bajo el Ministerio de Transporte. Esos dos departamentos serían totalmente independientes entre sí, y cada cual respondería a las órdenes no de una oficina general, sino directamente de Himmler y su oficina personal, controlada por Wolff. Himmler, a su vez, y pese a que Frick y Göring habían aprobado sus títulos, sólo rendiría cuentas a Hitler. Era indudable entonces que, a sus treinta y cinco años de edad, y con la policía, la SS y los campos de concentración en sus manos, Himmler era una fuerza por reconocer.

Durante las dos primeras semanas de agosto de 1936, los líderes nazis se ocuparon de cosas menos serias, en ocasión de la celebración de los Juegos Olímpicos en Berlín. La ciudad había sido seleccionada en 1932, antes de que Hitler llegara al poder, y habían surgido serias dudas de si los juegos seguirían adelante, en vista de las políticas raciales de los nazis, totalmente opuestas a los ideales olímpicos. Sin embargo, la comunidad internacional evadió la confrontación una vez más. Por su parte, el desagrado de Hitler por el movimiento olímpico había sido mitigado por la convicción de que los juegos representaban una magnífica oportunidad de propaganda, y en cualquier caso le brindaban la posibilidad de satisfacer su interés preferente construyendo el estadio más grande del mundo.

Hitler también dio entonces el primer paso en sus planes sobre el futuro de la ciudad, ampliando las calles entre el antiguo palacio real, en lo alto de la Unter den Linden, y el estadio, al oeste, a fin de crear una *via triumphalis* de trece kilómetros de longitud, no sólo para los héroes deportivos, sino también para los ejércitos alemanes que regresarían victoriosos de la guerra. Los costos fueron enormes —tan sólo el estadio consumió 77 millones de marcos—, pero se dio trabajo a miles de hombres desempleados, y los visitantes extranjeros, que acudieron en masa a los juegos, aportaron quinientos millones de marcos en divisas, desesperadamente necesarias.

El deporte atañía al Ministerio de Propaganda, así que Goebbels fue responsable de organizar los juegos, y de presentar al mundo un rostro aceptable de Alemania. Durante un breve periodo de ese verano se tragó su odio a los judíos, hizo retirar todos los letreros de “Los judíos no son

bienvenidos aquí”, quitó de las esquinas de las calles los gabinetes pardos cubiertos con svásticas en los que se vendía *Der Stürmer* e instruyó a la prensa que bajara el tono de su antisemitismo. Algunos libros de autores pohibidos, como Proust y Heinrich Heine, reaparecieron en las librerías. Incluso permitió que dos atletas judíos representaran a Alemania. Bosques de banderas y estandartes brotaron por doquier, aun en tiendas departamentales propiedad de judíos, a las que no se les permitía hacer ondear la svástica pero que entonces recibieron la orden de exhibir la bandera olímpica en sus astas, normalmente vacías. Speer fue llamado al servicio para diseñar adornos para calles y edificios, cubriendo el Ministerio de Propaganda y otros palacios de la Wilhelmplatz de terciopelo rojo, verdes guirnaldas y enormes listones dorados. Ocultas todas las trazas del terror institucionalizado, ése fue un triunfo del arte del propagandista en su más cínica expresión.

La organización por Goebbels de la cobertura mediática de los juegos, propiamente dichos, también fue un triunfo, que superó fácilmente todo lo visto en Olimpiadas previas. Aparte de los servicios normales de prensa, Goebbels coordinó más de tres mil emisiones radiales destinadas al extranjero en más de cincuenta idiomas —transmitidas por más de cien estaciones tan sólo en Estados Unidos—, y consiguió incluso televisar los juegos en el área de Berlín. Noticieros cinematográficos difundieron imágenes en todos los cines nacionales y extranjeros, y fueron seguidos por *Olimpiada*, otra obra maestra de Leni Riefenstahl, contratada por el Ministerio de Propaganda pero bajo las órdenes de Goebbels sólo en los aspectos financieros, no en el contenido artístico. También esta vez se rumoró que él intentaba sabotear el trabajo de Riefenstahl, aunque su principal objeción contra ella era, simplemente, que fuese mujer. Cuando Riefenstahl se quejaba de dificultades o pedía más dinero, él la desdeñaba, calificándola de “mujer histérica. ¡Qué distinta a los hombres!”. Y cuando su hiriente desprecio la hacía llorar, él se burlaba: “Es imposible trabajar con estas mujeres salvajes [...] Yo mantengo una serenidad absoluta. Ella llora. El arma suprema de las mujeres. Pero conmigo ya no funciona”.[22]

Durante las dos semanas de los juegos, Berlín gozó de una fiesta inmensa. La ocasión más selecta fue la cena formal que Hitler ofreció a ciento cincuenta invitados en el renovado comedor de la cancillería, pero los eventos más esperados fueron las fiestas de Göring y Goebbels, de

quienes se podía estar seguro que competirían en el lujo de sus recepciones. Hubo un tercer participante en la contienda por el lucimiento social en los juegos: Ribbentrop decidió anunciar su nuevo nombramiento en una cena de gala para seiscientos invitados en los jardines de su villa de Dahlem el 11 de agosto. Pero aunque los platillos y el vino resultaron excelentes, y delicioso el escenario —Ribbentrop se congratuló de que “todo parecía de cuento de hadas”—, el acto fue absolutamente convencional. Jamás habría podido acusarse de lo mismo a cualquiera de los otros dos, y ambos cumplieron las expectativas.

Göring disfrutó de una injusta ventaja al tener derecho a dar tres fiestas, en su carácter de ministro de Aviación, primer ministro de Prusia y presidente del Reichstag. Comenzó con una exótica comida para el Comité Olímpico Internacional en el palacio del presidente del Reichstag. Pero ésa fue apenas una preparación de la cena que ofreció en el Teatro de la Ópera del Estado el 8 de agosto, la cual rivalizó con la celebración de Federico el Grande después de su victoria sobre Austria en la primera guerra de Silesa, en 1742, con la que inauguró su nuevo edificio. Göring transformó el antiguo y majestuoso teatro introduciendo mesas y asientos para dos mil invitados, que fueron agasajados por cantantes y bailarines de la Ópera. Más de cien lacayos con peluca, librea rosa y pantalón a la rodilla flanqueaban las escaleras, portando faroles de cristal en largos mástiles. La combinación de colores para la velada fue rojo y blanco, lo que se reflejó en grandes estandartes colgados en el auditorio y el escenario. En consonancia con ello, se pidió a las damas invitadas vestir de blanco, cosa que también hizo el propio Göring, con un uniforme de gala destellante de condecoraciones y galones dorados. Berlín no había visto nada igual desde los días previos a la guerra.

Göring organizó su tercera y última fiesta en los jardines de su nueva villa, que convirtió en una colorida feria bávara, con todo y carruseles, puestos, tabernas y orquestas para bailar. El recuerdo perdurable de muchos visitantes fue el de su anfitrión dando vueltas a lomo de un caballo de carrusel con su uniforme de gala blanco, “todo sonrisas y órdenes y condecoraciones”, con briosa y festiva música de fondo y saludando alegremente a cientos de ovacionantes invitados.[23] Era una imagen jovial e inofensiva, que presentó a cientos de extranjeros una benigna faz del Tercer Reich.

En respuesta, Goebbels se apoderó de la Pfaueninsel, la Isla del Pavorreal, justo bajo su nueva casa en el Havel, para la última parranda de la quincena. Ingenieros militares suministraron un pontón para unir la boscosa isla con la orilla. Goebbels usó todos los recursos de la industria cinematográfica para decorar de un extremo a otro la isla y transformarla en un enorme foro de cine, repleto de hermosas mujeres vestidas de pajes del Renacimiento, con cotas y mallas. El número principal corrió a cargo de la Filarmónica de Berlín y bailarines de la Ópera de Berlín en Charlottenburg, bajo control de Goebbels. A esto le siguió un baile con no menos de tres orquestas, así como un grandioso espectáculo pirotécnico sobre el lago. Luego, todo degeneró en algo semejante a una orgía, con invitados que perseguían a semidesnudos "pajes" entre la maleza. Podría decirse que, en general, este evento condensó los diversos aspectos del carácter de Goebbels, como los de Göring habían hecho con el suyo.

Entre los invitados a la fiesta de Goebbels estaban sus nuevos vecinos en Schwanenwerder, las estrellas de cine Lida Baarova y Gustav Fröhlich. Goebbels pasó buena parte de la velada volcado en el encanto de la bella checa de veintidós años, por la que había desarrollado una pasión. Ella, deslumbrada por su puesto de ministro y halagada por sus atenciones, no hacía nada para desalentarlo. La relación de Goebbels con Magda (incidentalmente entonces con tres meses de embarazo de su cuarto descendiente) se había vuelto muy tensa. Poco antes de los juegos, él había descubierto que ella sostenía un romance con el escritor Kurt Lüdecke; y aunque se quejaba con regularidad de que ella se negara a aceptar o compartir su idea de un matrimonio abierto —lo que significaba darle a él *carte blanche* para que se acostara con quien fuera—, le hirió y consternó que Magda hubiera seguido su ejemplo. Lo peor fue que quien lo puso al tanto fue Rosenberg, sin duda con malicioso deleite. Ignorando sus infidelidades en serie, Goebbels acosó a Magda hasta hacerla confesar, y después la torturó con sus celos, declarando que necesitaría mucho tiempo para superar "esta inmensa pérdida de confianza". Sin embargo, tras varios días de enfurruñamiento, hizo forzadas paces con ella luego de que Hitler elogió a Magda ante él como la mejor mujer que habría podido encontrar.[24]

La frágil salud de Magda sufrió los efectos de la tensión, y sus antiguos problemas cardiacos reaparecieron, así que se refugió en estancias cada vez más frecuentes en la elegante clínica Ciervo Blanco de Dresde. Pero ni sus

enfermedades hicieron que a Goebbels le remordiera la conciencia: mientras la fustigaba, cortejaba a Baarova, decidiendo efectuar la premier de su más reciente película, *Der Verräter* (*El traidor*), en Nuremberg, en coincidencia con la concentración del partido, e invitándola allá como su huésped. La treta dio resultado: Baarova cedió, y sucumbió a sus avances. “Ha ocurrido un milagro”, ronroneó él esa noche en su diario. Era el comienzo de un tórrido romance, que a la postre se saldría de control y estaría a punto de poner fin a la carrera de Goebbels.

Las recepciones de Göring durante las Olimpiadas no se redujeron a la celebración de fiestas. En menor escala y con otro propósito en mente, se hizo cargo del aviador estadunidense Charles Lindbergh, quien llegó a Berlín a fines de julio, a invitación del agregado de aviación de Estados Unidos, el mayor Truman Smith, quien esperaba que la fama de Lindbergh como piloto le permitiera obtener de Göring información más detallada sobre el estado de la Luftwaffe, y Göring lo complació gustosamente. Brindó a Lindbergh una calurosa bienvenida, y organizó para él varias reuniones y visitas, como llevarlo a tomar el té con el príncipe heredero en el palacio Cecilienhof de Potsdam, a comer con el Escuadrón Richthofen y a recorrer varias fábricas de aviones e instalaciones de la Luftwaffe. En la ceremonia inaugural de los juegos, el estadunidense fue invitado de Göring en el palco de la Luftwaffe. Nada era una gran molestia en honor de tan influyente VIP.

A Lindbergh le impresionó todo lo que vio, justo lo que se perseguía. “En Estados Unidos no tenemos nada comparable a la fábrica de Junkers”, informó él el 6 de agosto, tras una visita cuidadosamente orquestada. Smith esperaba que Lindbergh descubriera los secretos de la Luftwaffe, sin percatarse de que éstos no escondían su fortaleza, sino su debilidad. El prestigio internacional del Tercer Reich se había erigido sobre un timo, que el políticamente ingenuo Lindbergh se tragó entero. “Admira a la Alemania nazi por su energía, virilidad, espíritu, organización, arquitectura, planeación y fortaleza”, señaló el diplomático británico Harold Nicolson, luego de entrevistarse con él en Londres, a su regreso de Berlín. “Asegura que tiene la fuerza aérea más grande del mundo, con la que puede destruir a cualquier país.” Göring había hecho bien su trabajo. Lindbergh llevaría su mensaje a todo el mundo, y en especial a Estados Unidos, donde sus

opiniones ayudarían a mantener a ese país al margen de cualquier guerra con Alemania.

Días después de la clausura de los juegos, Göring se reunió con Hitler en el Obersalzberg. Sus fiestas olímpicas habían sido apenas breves interludios en su labor con su equipo de expertos económicos, quienes para fines de los juegos habían producido un detallado programa que Hitler y él discutieron en largos paseos en las montañas. Göring había informado de sus progresos en varias ocasiones durante el verano, notablemente en el Festival Wagner de Bayreuth, y Hitler había acordado que debía anunciar sus planes en un importante discurso en Nuremberg. Pero una vez que comprobó el gran alcance de las propuestas de Göring, y que comprendió que dominarían en alto grado la concentración del partido, decidió que él mismo pronunciaría el discurso. De esa manera, mantendría el papel protagónico, y al mismo tiempo silenciaría a los críticos de una vez por todas. De vuelta en el Berghof, con ayuda de Göring dictó un detallado memorándum, en esencia un borrador de su discurso, en el que esbozó el nuevo plan económico. Göring llevó dos copias consigo de regreso a Berlín, una para él y otra para Blomberg, su aliado contra Schacht y el Ministerio de Economía, enérgicos adversarios del plan de Göring de concentrar todo en el rearme y defensores del retorno de Alemania a la economía internacional de mercado.

Schacht y sus partidarios se enteraron del memorándum o intenciones de Hitler en una reunión del consejo de Estado prusiano, el “pequeño gabinete” de Göring, convocada por éste el 4 de septiembre, en la que él mismo leyó el documento íntegro. Los devastó. Los partidarios de Göring, en contraste, estaban radiantes de alegría; Körner dijo que ése era “el día más bello de nuestra historia económica”. En el memorándum, Hitler preparaba el camino para una guerra frontal con el bolchevismo —en otras palabras, con la Unión Soviética—, que, dijo, era inevitable. “Una victoria del bolchevismo sobre Alemania”, declaró, “no conduciría a un Tratado de Versalles, sino a la destrucción final, la efectiva aniquilación del pueblo alemán.” Él no podía predecir con exactitud cuándo llegaría la crisis, pero todo tenía que subordinarse a la defensa de la nación contra ese peligro. Por el momento, Alemania podía remediar sus problemas económicos a través de la autosuficiencia parcial, continuó, pero a largo plazo, la única solución era que ampliara su “espacio vital”. Entre tanto, en los cuatro años

siguientes el ejército tenía que alistarse para la acción, y la economía prepararse para la guerra.[25]

El discurso de Hitler del 9 de septiembre fue la sensación de la concentración del partido. Su único cambio respecto al memorándum fue que dio un nombre a la operación, el Plan de Cuatro Años, y puso a Göring exclusivamente a cargo de él. Este nombramiento, confirmado el 18 de octubre por un decreto del Führer, otorgó a Göring inmenso y prácticamente irrestricto poder sobre la economía en general, poniéndolo encima de todos los demás ministros, Schacht entre ellos. Unos cuantos cuestionaron la capacidad de Göring; Goebbels anotó: “Tiene la energía necesaria. Pero quién sabe si también tenga pericia y experiencia económica. De todos modos, hará mucho ruido”.[26] Hitler parece haber imaginado que Göring trabajaría con un equipo relativamente reducido, coordinando el trabajo de los ministerios existentes, pero éste nunca había sido su estilo. Siempre quiso intervenir, y pronto creó una vasta organización con comisionados especiales para cada área, cada una de las cuales formó su propia suborganización y personal, duplicando e interfiriendo con la labor de los ministerios. En el centro de todo estaba la Oficina del Plan de Cuatro Años, situada en el ministerio prusiano de Göring, con la adición de unos mil funcionarios y de su fiel compañero Pilli Körner como jefe.

La Oficina del Trabajo del Reich fue absorbida por el plan, y su director nombrado plenipotenciario general para la asignación de obreros. Su tarea, explicó Körner después, era “regular la asignación de trabajadores, y poner fin así al terrible caos del mercado de trabajo”,[27] lo cual parece bastante inocente pero tenía también un lado siniestro, dado que una fuente de mano de obra barata crecientemente explotada eran los campos de concentración. Algunos de ellos, por ejemplo, se levantaron cerca de canteras, a fin de aportar rocas destinadas a construcciones y conglomerados en el tendido de autopistas y campos de aviación. Cuando no había trabajadores suficientes, el déficit podía compensarse fácilmente con más arrestos, práctica cada vez más común en los años venideros.

Las responsabilidades de Göring incluían el absoluto control de divisas, lo que ofrecía inimaginables oportunidades personales que él no tardó en capitalizar. Se complació en su nueva autoridad, y en las recompensas que ésta le reportaba en sobornos e incentivos de industriales, financieros y fabricantes, y en realidad de toda persona interesada en sacar raja. Dinero,

joyas, muebles finos e inapreciables obras de arte le llovían por todos lados, y él los aceptaba con desvergonzado deleite. Sir Robert Vansittart, subsecretario permanente del Ministerio británico del Exterior, observó secamente que Göring se había arrojado sobre su nuevo puesto "con el entusiasmo del chiquillo al que de repente le dicen que todo en la tienda de la escuela es fiado".[28] Uno de sus más valiosos regalos procedió de la Sociedad Alemana de Fabricantes de Automóviles: un yate de lujo, *Carin II*, que, para su satisfacción, eclipsó holgadamente al de Goebbels.

Uno de los factores que contribuyeron a concentrar la mente de Hitler en la amenaza del bolchevismo fue la situación en España, donde el izquierdista Frente Popular había ganado las elecciones nacionales en febrero de 1936. La victoria había sido estrecha, la derecha se negó a aceptarla y la amenaza de guerra civil apareció en el horizonte. Durante la primavera y principios del verano, la actividad terrorista se incrementó y los asesinatos políticos se multiplicaron, contra un telón de fondo de horrorosas historias de violencia comunista contra la Iglesia católica. Parecía que el país estaba a punto de caer en manos de los revolucionarios marxistas. En julio, el comandante en jefe del ejército en el Marruecos español, el general Francisco Franco, encabezó un levantamiento de las guarniciones ahí contra el gobierno electo, y se preparó para marchar sobre Madrid. El único problema era que todas sus tropas estaban en el norte de África, y él no tenía medios para llevarlas de vuelta a la España continental. Los marinos de la armada española se amotinaron cuando sus oficiales intentaron enrolarlos en el traslado de hombres de Franco por el Mediterráneo, y él no tenía aviones adecuados para un puente aéreo. Franco buscó ayuda entonces en la Italia fascista y la Alemania nazi.

Mussolini se negó en un principio, y, como era de esperar, el Ministerio del Exterior alemán reaccionó fríamente. Pero Franco consiguió hacer llegar cartas personales a Hitler y Göring por medio de dos miembros de la organización de asuntos extranjeros de Rosenberg en el partido nazi, con ayuda de Hess. Los emisarios arribaron durante el Festival Wagner de Bayreuth, y expusieron las razones de Franco: su lucha contra el bolchevismo estaba perdida sin la asistencia alemana. Hitler estaba perfectamente al tanto de los peligros políticos para Alemania de una España bolchevique, aliada con la Unión Soviética y, sin duda, Francia —

que también acababa de elegir un gobierno del Frente Popular, bajo un primer ministro judío, Leon Blum—, pero aun así se resistía a involucrarse. Göring se mostró asimismo cauto, pero señaló que, aunque indudablemente había riesgos, los superaban los beneficios económicos de las abundantes fuentes de materias primas que estarían a su disposición si Franco tenía éxito. Hitler cambió de opinión por este argumento, y accedió.

Franco había pedido diez aviones de transporte Ju-52. Göring ordenó a Milch enviar veinte, junto con seis Heinkel He-51S para brindar cobertura de cazas, y ochenta y seis voluntarios de la Luftwaffe para que los pilotaran y les dieran mantenimiento. Para octubre, cuando las fuerzas de Franco ya se habían establecido firmemente en España y la guerra civil se había desatado, Göring aumentó la asistencia alemana, mandando aviones de combate, bombarderos y seis mil quinientos hombres más, fuerza a la que se conoció pronto como Legión Cóndor. A juicio de Göring, ésa era una magnífica oportunidad para poner a prueba su Luftwaffe en situación de combate, así que ordenó rotar regularmente a los hombres destinados a España, para que el mayor número posible de ellos obtuvieran valiosa experiencia.

Ésa fue también una oportunidad para Göring de avanzar en su perdurable ambición de mejorar las relaciones con Italia, esperanza que se cumplió en poco tiempo. Para ese momento, Mussolini ya había decidido apoyar plenamente a los rebeldes, e invertía muchos más hombres y dinero en España: las tropas italianas ascenderían finalmente a entre sesenta y setenta mil efectivos. La participación alemana a su lado contribuyó en forma importante al acercamiento. Hitler invitó a Mussolini a visitar Alemania al año siguiente, y Mussolini envió a su yerno y ministro del Exterior, el conde Galeazzo Ciano, a Berlín, donde el 23 de octubre firmó un acuerdo secreto que delineaba una política exterior común. Por una vez, Göring mantuvo un bajo perfil; en el futuro habría tiempo de sobra para compensar su ofensiva conducta con Italia del año anterior.

Ciano volvió a casa vía Berchtesgaden, para visitar a Hitler, quien lo recibió efusivamente y declaró que “no hay ningún conflicto de interés entre Italia y Alemania”. Una semana más tarde, el primero de noviembre, Mussolini confirmó públicamente la nueva amistad en un florido discurso en la plaza de la catedral de Milán, en el que describió la línea entre Berlín y Roma como “un eje en torno al cual pueden girar los Estados europeos

animados por un deseo de paz y colaboración”.[29] El término gustó; a partir de entonces, la alianza entre los dos países se conocería como el Eje. Sin embargo, su deseo de paz era dudoso, por decir lo menos: pronto pilotos alemanes e italianos combatían lado a lado en España, y en abril de 1937 bombardearon juntos la indefensa ciudad vasca de Guernica, dejando más de dos mil quinientos civiles muertos o heridos.

Göring volaba alto en octubre de 1936, pero Hitler no se había olvidado de Goebbels. Cuando éste cumplió treinta y nueve años a fines de ese mes, Hitler le envió una insignia personal y lo visitó en el Ministerio de Propaganda en prueba de su amistad. “Pasamos solos a mi oficina”, consignaría Goebbels.

Me habla entonces afectuosa e íntimamente. Sobre los viejos tiempos, y cómo estamos hechos el uno para el otro, cuánto me estima en lo personal. Se muestra muy gentil conmigo. Me regala un retrato suyo, con una dedicatoria gloriosa. Y un cuadro de la escuela holandesa. Fue una hora espléndida, en su exclusiva compañía. Me abre de par en par las puertas de su corazón. Los problemas que tiene, cómo confía en mí, qué grandes tareas me tiene aún reservadas. Göring estaba ahí, también. Los tres saludamos a los treinta miembros más antiguos [del partido nazi]. Una auténtica delicia.[30]

Al día siguiente, 31 de octubre, Goebbels estuvo más eufórico todavía al celebrar el décimo aniversario de su llegada a Berlín como Gauleiter. El partido local montó una exposición en el Ayuntamiento, con el título “Diez años de lucha por Berlín”. *Der Angriff*, cuya edición ya corría a cargo del Frente Obrero Alemán de Ley, publicó un número conmemorativo especial. Goebbels puso la primera piedra del Hogar Dr. Goebbels, para “pobres y meritorios miembros del partido y combatientes de la SA”, y estableció un fondo de beneficencia a su nombre para actores necesitados, a condición de que no fueran total o parcialmente judíos, no estuvieran casados con judíos ni fueran políticamente indeseables. El gobierno de Berlín le dio un regalo de cumpleaños especial, bajo la forma de una casa de campo, “una sencilla cabaña de troncos”, en Lanke, junto al pacífico lago Bogen, al norte de la ciudad, donde, “luego de las tensiones de su jornada diaria sirviendo al pueblo y al Reich, pueda hallar paz, relajamiento y un sitio para la reflexión”. El gobierno puso la casa “a la vitalicia disposición de su ciudadano honorario, en muestra de profunda gratitud por su fructífera

actividad”.[31] Goebbels haría buen uso de la cabaña al año siguiente, aunque difícilmente sus actividades ahí podrían calificarse como “fructíferas”.

La cereza del pastel para Goebbels llegó esa noche, con una concurrida concentración en su honor en el Sportpalast que culminó con un discurso en el que Hitler lo puso por los cielos, para después invitar a la multitud a gritar *Heil* con él por el homenajeado. “No me lo esperaba”, anotó Goebbels con orgullo. “¡Qué agradecido le estoy!”. El mitin, dijo, “terminó con un aplauso frenético y vítores sin precedente”.[32]

Pero por popular que Goebbels creyera ser en el partido, era Göring quien seguía a la cabeza. Dos días antes de que el ministro de Propaganda fuera festejado en el Sportspalast, Göring había sido ovacionado en otro concurrido mitin ahí, en el que reiteró su llamado a “las armas sobre la mantequilla”, y también en el Teatro del Estado al día siguiente, cuando lanzó el anual Fondo de Ayuda de Invierno. Después se echó a la calle, agitó una alcancía frente a los peatones y agradeció con una sonrisa de satisfacción sus afables exclamaciones de “¡Hermann necesita unas monedas!”. Ningún otro líder nazi, y en absoluto Goebbels, tenía una relación tan cordial con la gente. Hitler otorgó a Göring su inequívoco respaldo en una conferencia secreta de altos industriales el 17 de diciembre. “Confíen en el hombre que elegí”, les dijo. “Es el mejor que tengo para la tarea.”[33] En su discurso, Göring consternó a Schacht al decir a su público que usara todos los métodos posibles, legales o ilegales, para obtener divisas, y que se concentrara en la producción a toda costa, sin consideración de la rentabilidad. No dejó la menor duda del significado y propósito del Plan de Cuatro Años:

La batalla que se aproxima demanda un colosal grado de capacidad de producción. No se avizora límite alguno al rearme. Las únicas opciones son la victoria o la destrucción [...] Vivimos una época en que la batalla final está a la vista. Nos hallamos en el umbral de la movilización, y ya estamos en guerra. Lo único que falta son los disparos.[34]



Göring se hizo piloto de combate en 1915, y logró su primer derribamiento ese año. Poco después, en 1916, él mismo fue derribado y gravemente herido.



Para 1918, Göring se había vuelto un héroe de guerra, que exhibía la codiciada condecoración *Pour le Mérite* en esta tarjeta patriótica y comandaba el prestigioso Escuadrón Richthofen.



Cinco años después, en 1923, era comandante de la paramilitar SA de los nazis, y seguía exhibiendo su *Pour le Mérite* al posar para otra tarjeta.



Ernst Röhm terminó la primera guerra mundial como capitán del ejército regular, llevando en el rostro las cicatrices de honrosas heridas. Pero pronto se hizo famoso como el Rey de las ametralladoras, por proporcionar armas a paramilitares revolucionarios.


Vom Hitlerputsch am 9.11.23.
Der Odeonsplatz nach dem



El 9 de noviembre de 1923, en distintas plazas de Munich (Odeonsplatz y Marienplatz), se reunieron multitudes durante la intentona de *Putsch* de Hitler. En el golpe participaron Rudolf Hess (*izquierda*) y Heinrich Himmler (*derecha*).



Goebbels, nombrado *Gauleiter* de Berlín en 1927, pronuncia uno de sus incendiarios discursos en 1932.



Preparación para el poder: Hitler durante un discurso en Berlín, abril de 1932, flanqueado por Wilhelm Brückner, Wolf Heinrich von Helldorf y Joseph Goebbels.



En diciembre de 1931, Goebbels se casó con Magda Quandt, cuyo hijo, Harald, los acompañó entre los brazos levantados de una guardia de honor de la SA. Hitler, detrás de ellos, fue su testigo principal.



Hitler y sus principales lugartenientes reunidos después de su nombramiento como canciller. *De izquierda a derecha*: Walther Funk, Hans Heinrich Lammers, Walther Darré, Franz Seldte, Franz Guertner, Joseph Goebbels, personaje sin identificar, Adolf Hitler, Hermann Göring, personaje sin identificar, Werner von Blomberg, Wilhelm Frick, Constantin Freiherr von Neurath, Hjalmar Schacht, Lutz Graf Schwerin von Krosigk, Johannes Popitz, Franz von Papen y Otto Meissner (ushmm, cortesía de National Archives and Records Administration, College Park).



Los dos hombres fuertes de Alemania (sin olvidar a *Göring*): Hitler (*derecha*) y Hindenburg (*izquierda*) en Potsdam en marzo de 1933.



Arriba. Goebbels da muestra de su estrecha relación con Hitler. Aquí en una recepción en los jardines de la Cancillería. *De izquierda a derecha*: Adolf Hitler, Magda y Joseph Goebbels, Victoria von Dirksen, Walther Funk.



Izquierda. Los rivales: en 1933 Hitler aún podía estar codo a codo con el jefe de la SA, Röhm. Menos de un año después, Röhm fue eliminado.



Abajo. Hess y Goebbels junto a Hitler en un evento en la Odeonplatz de Munich, en julio de 1937.



Goebbels fue declarado ciudadano honorario de Rheydt, su ciudad natal, en 1934. Aquí aparece (*izquierda*) departiendo con Göring (*centro*) y Blomberg (*derecha*).



Radiante de orgullo y felicidad, Göring celebra su segundo matrimonio, con la actriz Emmy Sonnemann, el 10 de abril de 1935, con la aprobación de Hitler.



Hess y su asistente, Martin Bormann, acompañan a Hitler en una reunión del partido en Nuremberg, en septiembre de 1938. Hess controló la organización del partido hasta 1941, pero Bormann siempre estuvo a su lado, esperando la oportunidad de hacerse cargo.



Göring cumple 45 años, el 12 de enero de 1938, y lo festejan con grandes obsequios. Aquí, al lado de Hitler.



Durante los preparativos de los Juegos Olímpicos, Goebbels charla con Hans Schweitzer, julio de 1936.



A Goebbels le gustaba jugar al magnate del cine. Aquí se encuentra al lado de Hitler y de productor Günther Stapenhorst durante la presentación del filme *Barcarole*, en los estudios de Universum Film AG, más conocido como UFA

Parte Cuatro

EXPANSIÓN
EL GRAN REICH ALEMÁN

1937-1939

EL CASO BLOMBERG-FRITSCH

“La época de las llamadas *sorpresas* ha terminado”, dijo Hitler ante el Reichstag en el discurso de aniversario de su arribo al poder, el 30 de enero de 1937. Y así sería, en efecto, al menos por el resto de ese año: el marco del Estado nazi estaba en su lugar y era momento de consolidar los triunfos ya obtenidos. Alemania había recuperado su dignidad y podía volver ocupar su sitio entre las grandes potencias. En ese mismo discurso, Hitler “retiró solemnemente la firma de Alemania del Tratado de Versalles”; así, por fin muerto y enterrado. Para subrayar el hecho de que él había llegado para quedarse, renovó la ley facultativa, con objeto de extender indefinidamente su estancia legal en el poder, y asignó a Speer el nuevo puesto de inspector general de edificios de la capital del Reich, con instrucciones de empezar a planear la reconstrucción de Berlín como Germania, una ciudad milenaria para un Reich milenario.

Con el Sarre y Renania nuevamente a salvo bajo control alemán, el siguiente paso en el sueño de los nazis de una Gran Alemania era reintegrar Austria al Reich, del que había sido excluida por Bismarck. Pero esto tendría que manejarse con mucho cuidado, para no destruir la recién fortalecida amistad con Italia. A pesar, o quizá a causa, de sus propios orígenes, a Hitler le preocupaba menos anexar Austria que a Göring, quien explicó en el Tribunal de Nuremberg cómo se le había ocurrido en un principio la idea:

En 1918, durante una estancia de dos días en Austria, adonde había llegado en avión, vi ocurrir la revolución y el derrumbe del imperio de los Habsburgo. Aquellos países, de población predominantemente alemana y que incluían a la Alemania de los Sudetes, se reunieron entonces en Viena, en el parlamento. Declararon estar en libertad de disolver el Estado de los Habsburgo, y manifestaron —cosa que también hicieron los representantes de la Alemania de los Sudetes— que Austria formaba parte del Reich alemán [...] Esta declaración de los representantes del pueblo austro-

alemán, de que en el futuro querían formar parte de Alemania, fue alterada por el tratado de paz de St. Germain y proscrita por el dictado de las naciones vencedoras. Ni para mí ni para ningún otro alemán esto tuvo la menor importancia. Por supuesto que tenían que crearse el momento y las condiciones básicas para que se llevara a cabo la unión de las dos naciones hermanas, de sangre y origen puramente alemanes. Cuando nosotros llegamos al poder [...] esto fue, naturalmente, parte integral de la política alemana.

Las seguridades que Hitler dio en ese momento sobre la soberanía de Austria no fueron engañosas; iban en serio. Al principio, él, probablemente, no vio ninguna posibilidad. Yo era mucho más radical en esa dirección, y repetidamente le pedí no asumir ningún compromiso definido sobre la cuestión austriaca. Él creía, sin embargo, que antes que nada tenía que tomar a Italia en consideración.[1]

Göring jamás pudo librarse de los nostálgicos recuerdos de su infancia en Austria, en el castillo de Mauterndorf. Aún tenía relaciones familiares en ese país: sus dos hermanas, Olga y Paula, se habían casado con abogados austriacos, y residían en Salzburgo y Saalfelden, respectivamente; su hermano Albert, menor que él y antinazi, había adoptado la ciudadanía austriaca y trabajaba en Viena, administrando los estudios de la compañía cinematográfica Tobis Sacha, donde se empeñaba en emplear a exiliados alemanes. Incidentalmente, entre ellos estaba la actriz Henny Porten, expulsada de la industria cinematográfica alemana por estar casada con un judío. Emmy Göring era una de sus mejores amigas, y convenció a Göring de que le llamara a Albert, quien consiguió un contrato para Henny. Ésta fue la primera vez, y en absoluto la última, que Emmy le pidió a su esposo intervenir en favor de una de sus muchas amigas judías. Tampoco fue la única ocasión en que Göring le llamaría a su hermano para pedirle un favor. En noviembre de 1936, a cambio de permitir que un mayor número de películas austriacas se importaran en Alemania, le pidió una presentación informal y extraoficial con el secretario de Estado del Ministerio austriaco del Exterior, Guido Schmidt, brillante y bullicioso diplomático de treinta y seis años de edad. Schmidt era otro apasionado de la cacería, y Göring esperaba usar la “francmasonería verde” para influir en él y obtener vital información confidencial mientras cazaban juntos.

El interés de Göring en Austria, sin embargo, no era simple cuestión sentimental. Vislumbraba fríamente las reservas de oro y divisas de ese país, así como sus vastos recursos minerales, bienes invaluables para el Plan

de Cuatro Años. También veía a Austria como la entrada a Checoslovaquia, con su muy avanzada industria armamentista y sus adicionales recursos minerales. Una vez absorbida Austria, Alemania rodearía la mitad occidental de Checoslovaquia por tres lados; en el mapa, este país parecía curiosamente un delicioso bocado en las fauces abiertas de un león. El siguiente paso sería incorporar en el Reich a los Sudetes, la región montañosa en torno a la frontera noroccidental de Checoslovaquia, lugar de residencia de unos 3.5 millones de alemanes. Esto despojaría a los checos de sus formidables fortificaciones fronterizas, y las fauces podrían cerrarse de golpe. La mitad oriental del país, la atrasada y principalmente rural Eslovaquia, podría ser regurgitada, y abandonada a sus propios recursos.

Durante todo 1937, la mayor preocupación de Göring, después del Plan de Cuatro Años, fue preparar el terreno para la *Anschluss*, literalmente la “conexión” o “unión”, de Austria y Alemania. En esto, el impulsor era él, no Hitler. Cuando visitó a Mussolini en Roma en enero de 1937, lo hizo supuestamente para hablar de la situación en España; y, en efecto, empezó criticando las tácticas españolas y dando detalles de cómo las tropas marroquíes de Franco eran aerotransportadas por el Estrecho de Gibraltar en Ju-52S alemanes. “Franco tiene mucho que agradecernos”, le dijo al Duce. “Espero que lo recuerde después.” Pero de inmediato pasó al tema de Austria, el que para su intérprete, el doctor Paul Schmidt, era, en realidad, el principal propósito de la visita. “Göring fue muy directo en esta materia”, recordaría Schmidt, “y le dijo francamente a Mussolini que la *Anschluss* era inevitable y no podría posponerse.” La reacción de Mussolini fue sacudir la cabeza con vehemencia, “la única señal de oposición que dio ese día [...]”.[2]

Tras su reunión con Mussolini, Göring se escabulló para pasar en la isla de Capri varios días de vacaciones, algunos de los cuales compartió con su amigo Axel Munthe, exitoso autor sueco que le ofreció venderle su casa ahí, el Castello di Barbarossa. Aunque tentado, Göring no habría podido comprarlo; estaba en proceso de añadir más extensiones al Carinhall, y en cualquier caso ni siquiera habría podido conseguir las divisas necesarias. Regresó a Roma para una segunda reunión con Mussolini, siguiendo el consejo del embajador alemán Ulrich von Hassell de enfriar las cosas relativas a Austria haciendo que todo pareciera sumamente remoto. Intentó tranquilizar al Duce prometiendo que, pasara lo que pasara, Alemania no haría nada sin consultarlo. La única circunstancia en que Alemania podría

emprender alguna acción, le dijo, era la de que los austriacos trataran de restaurar la monarquía de los Habsburgo.

Esto serenó, sólo parcialmente, a los italianos, pero Göring ni se inmutó, y siguió trabajando en la relación durante la primavera y el verano, con visitas adicionales en febrero, abril y mayo. Su persistencia rindió fruto; gradualmente conquistado, Mussolini aceptó por fin una invitación a realizar una visita de Estado a Alemania en septiembre, cuando se le trató a cuerpo de rey, con toda la pompa y circunstancia de que Hitler era capaz. La intención fue impresionarlo, y se cumplió, pese a que el Duce se ensopara bajo una violenta tormenta que estuvo a punto de impedirle pronunciar su principal discurso ante cientos de miles de empapados espectadores en el aeoródromo de Tempelhof el 28 de septiembre.

Ese mismo día Göring lo había recibido en una comida de despedida en Carinhall, en una de cuyas paredes había hecho pintar un enorme mapa del Reich, ilustrado con imágenes de estilo medieval. Austria aparecía como parte del Reich, sin marcas de fronteras. Göring hizo pasar varias veces casualmente al Duce por ahí, sin obtener ninguna reacción, hasta que al fin él mismo tuvo que hacérselo notar. “Eso me dio una excusa”, recordaría bajo interrogatorio, “para hablar sin rodeos de la unión de los dos países.”[3] Para su gran frustración, sin embargo, Mussolini persistió en eludir el tema, así que Göring optó por suponer que, como no había puesto ninguna objeción, el dictador italiano aceptaría en definitiva una absorción alemana.

Había un motivo para celebrar ese día: Emmy aprovechó la oportunidad para anunciar que estaba embarazada. La sorpresa fue enorme para todos, aun para el propio Göring, quien creía que sus heridas de 1923 lo habían dejado estéril. Chismes y agudezas en Alemania empezaron a especular pronto de quién era el bebé —Mussolini y el conde Ciano eran los candidatos favoritos—, pero Göring no dudó jamás de la fidelidad de Emmy, y se sintió feliz y extasiado ante la perspectiva de ser padre a los cuarenta y cinco años de edad.

A lo largo de 1937, Göring mantuvo en pie sus intereses extranjeros, con más visitas a los Balcanes y viajes de caza a Polonia, para establecer una relación con el mariscal Edward Smigly-Rydz, otro cazador que había sucedido a Pilsudski como dictador. Göring se esmeró en asegurar a éste que Alemania no tenía designio alguno sobre el corredor ni ningún otro

territorio polaco; tener contentos a los polacos era parte importante de la estrategia de los alemanes: necesitarían el consentimiento polaco cuando atacaran Checoslovaquia. En su país, Göring recibía un constante flujo de estadistas, diplomáticos y príncipes extranjeros en Berlín, Carinhall y Rominten, entre ellos al primer ministro canadiense, Mackenzie King; el embajador polaco Lipski; el austriaco Guido Schmidt, al que mostró deliberadamente su famoso mapa; el duque y la duquesa de Windsor; los exministros de Aviación británicos lord Londonderry y lord Lothian, y en noviembre a lord Halifax, antiguo virrey de la India y entonces guardasellos y presidente del comité asesor del rey, así como futuro secretario del Exterior, quien fue huésped de Göring en una exhibición internacional de caza que éste organizó en noviembre.

Uno de los más útiles huéspedes de caza de Göring fue sir Nevile Henderson, el nuevo embajador británico, enviado por el nuevo primer ministro, Neville Chamberlain, en remplazo del sardónico Phipps en mayo. Henderson era una mediocridad, casi una caricatura del inglés de clase alta con cara de caballo, nariz corva y bigote. Anteriormente se había desempeñado en Belgrado y Buenos Aires, pero se le consideró una opción adecuada para Berlín por su favorable disposición al régimen nazi. Sin duda, estaba favorablemente dispuesto hacia Göring, al que describió como “con mucho el más simpático” de los líderes nazis.

Un miembro más de la fraternidad de caza, Henderson se hizo merecedor de la aprobación de Göring por su habilidad y persistencia para acechar venados, pues olvidaba de buen grado su dignidad y se arrastraba pecho tierra por el monte con tal de atrapar a su presa, de modo que establecieron una relación que sería invaluable durante los dos años siguientes. Aunque admitió que “en una crisis, como una guerra [Göring] sería implacable”, Henderson continuó:

> Una vez me dijo que los británicos a los que realmente admiraba eran aquellos a los que describía como piratas, como Francis Drake, y nos reprochaba habernos vuelto demasiado “desbrutalizados”. Él era, de hecho, un típico y brutal bucanero, aunque tenía ciertas cualidades atractivas, y debo decir, francamente, que yo llegué a sentir auténtica simpatía personal por él [...] Frau Göring me agradaba tanto como su esposo, y quizá por mejores razones morales. Absolutamente espontánea, era toda bondad y sencillez.[4]

Al elogiar las cualidades organizativas y administrativas de Göring, Henderson dijo:

> Quienes trabajaban con él comentaban acerca de su gran capacidad para estudiar pilas de documentos e hileras de cifras y extraer de ellas todo lo esencial [...] Era un hombre al que se le podía hablar con absoluta franqueza. Ni se ofendía fácilmente ni ofendía a la ligera, y era rápido para captar adónde se dirigía uno [...] Sumamente astuto y sagaz, como acostumbran ser los gordos, su mente era simple, y sólo se ocupaba de lo esencial.[5]

Henderson señaló asimismo, para nuestra relativa sorpresa, que "por vanidoso que haya podido ser en pequeñeces y por mucho que amara la pompa, uniformes, condecoraciones, joyas, cuadros y el aplauso de sus colegas, Göring carecía de toda jactancia respecto a las grandes cosas que había logrado". Era, prosiguió,

> el absoluto siervo de su amo, y nunca he visto mayor lealtad y devoción que las que él sentía por Hitler [...] En todas las francas conversaciones que tuve con Göring, ni una sola vez habló de sí mismo ni del muy importante papel que había desempeñado en la revolución nazi. Todo había sido hecho por Hitler, todo el crédito era de Hitler, toda decisión era de Hitler, y él mismo no era nada. Aunque la enumeración de los puestos que ocupaba en el régimen nazi consumía cinco minutos de lectura, su modestia ante su líder era de lo más notable, dado en particular que, sin él, Hitler jamás habría llegado adonde estaba. El cerebro de Hitler podía concebir lo imposible, pero Göring lo ponía en práctica.[6]

Aparte de su frecuente trato con Henderson, Göring también mantenía un canal de comunicación bidireccional con la industria aeronáutica británica y la Royal Air Force (RAF), y recibía regularmente a visitantes de Gran Bretaña de los que pudiera sacar información mientras trataba de impresionarlos con la creciente fuerza de la Luftwaffe. Sin embargo, sabía mejor que nadie que el desarrollo de esta latente fuerza dependía de una cada vez mayor producción industrial, la que dependía a su vez de una mayor provisión de materias primas. La más crucial de ellas era el mineral de hierro. Alemania, había descubierto Göring, tenía suficiente mineral de hierro para producir unos 14 millones de toneladas en lingotes de hierro al año, cantidad suficiente para satisfacer cualquier necesidad en tiempo de guerra. Pero esta fuente no había sido explotada, porque el mineral alemán

era ácido y difícil de fundir; asimismo, contenía sólo alrededor de 25% de hierro, en comparación con el 60% de los minerales de alta calidad de Suecia o Lorena.

Los barones del acero del Ruhr menospreciaban los minerales alemanes, a los que calificaban como “basura”, y comprensiblemente se resistían a participar en una operación tan infructuosa. Göring los había instado en 1936 a explotar recursos locales. Los vio, impaciente, arrastrar los pies durante un año, y luego actuó. El 15 de julio de 1937 firmó un contrato con la H.G. Brassert Company de Chicago —cuyo director, Hermann Alexander Brassert, resultó ser su primo lejano— para el diseño y fabricación de hornos capaces de manejar el mineral de baja calidad. Una semana después, sacudió a los industriales del Ruhr al anunciar que construiría la mayor planta siderúrgica integrada que el mundo hubiera visto jamás, en Salzgitter, cerca de Brunswick, en la Baja Sajonia, sobre los yacimientos minerales más grandes del Reich. Esta compañía se conocería como Reichswerke AG für Erzbergbau und Eisenhütten Hermann Göring (Fábrica Nacional Hermann Göring de Extracción de Minerales y Fundición de Hierro), extenso nombre que pronto se convertiría simplemente en Hermann Göring-Werke, o HGW.

Los acereros, encabezados por Krupp von Bohlen, reclamaron ante Hitler, quien sencillamente los remitió con Göring. Schacht se quejó amargamente con éste de los costos implicados. Göring ignoró todas las protestas, y amenazó con procesarlos por sabotear los intereses del Reich. Krupp y sus socios cedieron. Schacht peleó un tiempo, trató en vano de involucrar a Hitler y el 27 de noviembre renunció como ministro de Economía, diciendo que no era posible que su ministerio y Göring trabajaran lado a lado. Göring estuvo de acuerdo, y pronto añadió ese ministerio a su portafolio, al menos por el momento. Al entrar al despacho de Schacht, gruñó: “¿Cómo puede alguien tener grandes ideas en una oficina tan pequeña?”. Luego tomó el teléfono y llamó al Reichsbank; Schacht seguía siendo presidente de esta institución, y, para guardar las apariencias, permaneció en el gobierno como ministro sin cartera. “¡Herr Schacht”, vociferó Göring triunfalmente, “estoy sentado en su silla!”

La HGW fue el principio de otro gigantesco imperio de Göring, que durante los ocho años siguientes se extendería por Alemania, Austria,

Checoslovaquia y el sureste de Europa, tragándose enteras otras compañías hasta convertirse con mucho en la compañía industrial más grande de Europa. No era una empresa estatal en el sentido convencional, ya que no rendía cuentas a ningún ministerio, sino a Göring en lo personal, hecho que éste subrayó nombrando al ubicuo y fiel Pilli Körner como su presidente.

Los métodos de negocios de Göring habrían sido la envidia de cualquiera de los magnates de entonces —los Vanderbilt, Rockefeller, Astor, Guggenheim y demás— que obtuvieron poder y riqueza en Estados Unidos en el siglo XIX antes de ser frenados por la legislación antitrust. Ninguna legislación de este tipo frenaba a Göring. Él se permitía confiscar o adquirir acciones de todos los yacimientos de mineral de hierro propiedad de sus competidores, lo mismo que de las minas de carbón y explotaciones de caliza necesarias para la fabricación de acero, sin pagar en efectivo, sino en acciones de la HGW. También podía asumir una participación mayoritaria en empresas de sus competidores, y cubría los grandes déficit que, en sus primeras etapas, la nueva HGW estaba condenada a generar obligando a aquéllos a comprar acciones, que después se veían forzados a revender con pérdida al propio Göring. Durante años, Göring había cultivado a los grandes industriales y capitalistas como peticionario. Ahora no era sólo ya uno de ellos, sino que además iba en camino de convertirse en el más grande, poderoso y despiadado de todos.

La capacidad para delegar responsabilidades era parte vital del éxito de Göring. Él era un hombre que pensaba en grande, y como tal sólo se interesaba en el panorama general, dejando los detalles a los demás. El inconveniente de esto era que la efectividad y eficiencia de las organizaciones que controlaba, como la Luftwaffe y el Plan de Cuatro Años, eran sofocadas por un manto de burocracia, pues sus subordinados buscaban justificar sus acciones y cubrirse contra errores con un fárrago de procedimientos y comités.

Aun con múltiples legiones de asistentes para cumplir sus antojos, el incesante ritmo y presión de la vida de Göring cobraba su cuota. Distracciones como la caza, el coleccionismo de obras de arte y joyas, los juegos con su tren o con los leones que tenía como mascotas y el recorrido en su yate de los canales navegables del norte de Alemania contribuían a

aliviar la tensión, pero ésta seguía manifestándose en cosas como la constante batalla de Göring con su peso. Cuando estaba bajo estrés, comía, asaltando a menudo la despensa a mitad de la noche para atiborrarse de pastelillos de relleno cremoso y cosas por el estilo, lo cual se combinó con su problema glandular para hacerlo subir enormemente de peso. Göring se fijó un límite de 125 kilogramos, y hacía dietas espantosas y se sometía a extenuantes curaciones y regímenes de ejercicios cada vez que lo alcanzaba. Nadaba con regularidad en sus piscinas privadas, y gustaba de jugar tenis bajo sus propias reglas, que implicaban que el adversario pusiera siempre la pelota a su alcance, para que no tuviera que correr tras ella. "¿Qué no ves dónde estoy?", gritaba a quien transgrediera ese principio.

Pero, aunque su peso le preocupaba, un problema mucho más serio era su terror a sucumbir una vez más a su adicción a la morfina, que él sabía que lo destruiría, junto con todo lo que había logrado. Para cerciorarse de que eso no ocurriera, todo indica que se sometía a un tratamiento preventivo alrededor de una vez al año, en la más estricta reserva. Aun así, cada vez que, por cualquier razón, parecía cansado o indispuesto, se rumoraba que había reincidido en esa droga. Tales rumores nunca se sustanciaron: la popular imagen de Göring como un adicto loco por las drogas es puro mito.

Lo que sí es cierto es que en ese entonces desarrolló una adicción leve: a píldoras de paracodeína, originalmente prescritas por su dentista como analgésico. Pronto tomaba unas diez al día, y seguía consumiéndolas cuando llegó preso a Mondorf después de la guerra, momento para el cual ingería hasta cien al día sin efectos nocivos. La paracodeína, que acababa de ser desarrollada por una compañía farmacéutica alemana, era un derivado de la morfina, pero contenía tan poco de esta droga que prácticamente no creaba dependencia. El psiquiatra estadunidense en Mondorf, el doctor Douglas M. Kelley, señaló que la dosis diaria normal de Göring, de alrededor de veinte píldoras cada mañana y cada noche, equivalía a dosis insignificantes de morfina. "Ésta no es una dosis inusualmente alta", escribió. "No era suficiente para haber afectado sus procesos mentales en ningún momento." Kelley decidió que Göring tomaba esas píldoras como un hábito parecido al cigarro, en parte para hacer algo con las manos y la boca, y que no obtenía de ellas ninguna estimulación particular. Como prueba de esto, logró que las dejara sin dolor en el curso de unos cuantos días, simplemente reduciendo poco a poco la dosis a cero,[7]

algo que habría sido imposible en el caso de una adicción genuina, como lo demostraban las anteriores experiencias del propio Göring.

Goebbels pasó la mayor parte de 1937 reforzando su control de la vida cultural de Alemania. La prensa, radio, actividad editorial, música, teatro, todo fue debidamente nazificado. Ya tenía efectivo control sobre la industria cinematográfica, pero eso no era suficiente: quería la suya, también. Luego de postrar a la compañía cinematográfica Ufa mediante ataques en la prensa contra sus productos, obligó a su dueño, Hugenberg, a vender sus estudios Babelberg y más de ciento veinte cines al gobierno; en otras palabras, a él. Después sofocó rápidamente a las compañías cinematográficas menores, y para mayo podía ufanarse: "Ya somos los amos del cine alemán". Habiendo excluido a los judíos de la industria nacional, pudo echarlos entonces de todas sus operaciones en el extranjero, "arianizando" las compañías de exportación y distribución de películas, junto con la industria disquera. Poco después prohibió la proyección de todas las películas antiguas con judíos en el reparto.

En el mundo de las artes visuales, ya había prohibido la crítica, condenando a los críticos como los "descendientes disfrazados de la aristocracia crítica judía", y como parte del "asedio judío contra la cultura alemana". En adelante, la crítica sería remplazada por "informes de arte" que simplemente catalogaban cuadros y esculturas y los evaluaban en términos de la "pureza de corazón" e "intenciones nacionalsocialistas" de los artistas. Cualquier periodista que se atreviera a expresar una opinión se exponía al despido inmediato, pero aun así algunos se las arreglaban para colar críticas implícitas entre líneas. Las moderadas publicaciones de arte fueron cerradas, y remplazadas por la embrutecedoramente ortodoxa revista de Rosenberg, *Die Kunst im Dritten Reich* (El arte en el Tercer Reich).

Rosenberg llevaba años atacando al arte moderno, por considerarlo "bolchevismo cultural". Goebbels se le unió entonces, lanzando un feroz asalto contra las obras modernas, especialmente expresionistas y abstractas, que como joven intelectual siempre había admirado. Todavía en marzo de 1934 había sido, junto con Göring, patrocinador de una exposición en Berlín de futurismo italiano. Pero una vez que Hitler expresó claramente su odio por tal arte, Goebbels trató de superar a Rosenberg en condenarlo. Nombró a su antiguo caricatursta de *Der Angriff*, Hans Schweitzer, como

árbitro del gusto, con el pesado título de Plenipotenciario del Reich para la Formulación Artística. El disparo inicial de Schweitzer fue cerrar la sección moderna de la Galería Nacional de Berlín y confiscar sus cuadros. Luego encabezó una comisión de cuatro hombres para recorrer galerías y museos del Reich ordenando el retiro de obras impropias.

En total, esa comisión confiscó más de dieciséis mil cuadros, dibujos, grabados y esculturas, principalmente de artistas alemanes como Nolde, Kokoschka, Barlach, Dix, Grosz, Kollwitz y Ernst, pero también muchos de maestros extranjeros como Cézanne, Picasso, Matisse, Gauguin, Van Gogh, Braque, Pissarro, Dufy, Munch y Chirico. Los gustos de la comisión fueron caracterizados por uno de sus miembros, el conde Baudissin, director del Volkswang Museum de Essen, quien declaró: “La más perfecta forma, la más sublime imagen recientemente creada en Alemania no ha salido del estudio de ningún artista. Es el casco de acero”.[8]

Para mostrar al pueblo lo que debía admirar, en el verano de 1937 Goebbels y sus subalternos montaron una gran exposición en la recién terminada Casa del Arte Alemán, en Munich, un edificio monumentalmente aburrido diseñado por el profesor Ludwig Troost, quien había sido el arquitecto favorito de Hitler hasta su muerte en enero de 1934. Hitler intervino personalmente en la selección final de novecientas de las quince mil obras presentadas, no sólo retirando físicamente las que le disgustaban, sino también agujerando a patadas varias de ellas. “Con la apertura de esta exposición”, anunció en un rimbombante discurso en su inauguración el 18 de julio, “ha llegado el fin de la locura artística, y con ella de la contaminación artística de nuestro pueblo”. El resultado, de acuerdo con William Shirer, fue “la peor basura que yo haya visto en cualquier país”.[9]

Afuera, Munich fue engalanada con banderas, mientras figuras de carnaval desfilaban por las calles para atraer a las multitudes a la nueva galería. Unas cuatrocientos ochenta mil personas la visitaron durante 1937, pero más de dos millones fueron a ver otra exposición que Goebbels montó simultáneamente en una destartalada galería escondida en un callejón. Era la Exposición de Arte Degenerado, destinada a ridiculizar las obras exhibidas: cuadros confiscados de otras colecciones se atestaron en paredes en un absurdo revoltijo carente de toda noción de orden, sin marcos y rotulados con títulos groseros e irrisorios. “Contenía”, dijo Shirer, “una espléndida selección de cuadros modernos: Kokoschka, Chagall y obras

expresionistas e impresionistas. El día que la visité, luego de resollar por la espaciosa Casa del Arte Alemán, estaba a reventar, con una larga fila que bajaba por las chirriantes escaleras y salía a la calle. De hecho, las multitudes que la inundaban crecieron tanto que el doctor Goebbels, furioso y abochornado, la cerró pronto.”[10] Pese a su anticipada clausura, la de los Degenerados resultó ser la exposición más popular nunca antes montada en el Tercer Reich. A su cierre, la mayoría de los cuadros se vendieron en el extranjero, para obtener divisas para Göring y el Plan de Cuatro Años.

No sólo la exhibición, sino también la ejecución de cuadros era estrictamente controlada. Hitler trazó pautas que no podían ignorarse, como prohibir el uso de cualquier color que no pudiera ser visto en la naturaleza por el ojo “normal” y proscribir toda descripción de angustia o fealdad humana en cualquiera de sus formas. Los artistas que insistían en romper las reglas —y varios miles lo hicieron— se exponían a diversas sanciones, comenzando por la prohibición de exhibir, luego la de dar clases y finalmente la de pintar siquiera, aun en la privacidad de su hogar. Increíblemente, Goebbels alistó a la Gestapo para realizar batidas relámpago contra supuestos transgresores, revisando sus pinceles para ver si áun estaban húmedos e impidiéndoles comprar pinturas y materiales mediante el recurso de emitir listas negras de pintores proscritos destinadas a proveedores de artículos para artistas.

Junto a la cultura, Goebbels dirigía crecientemente su atención a la religión y las iglesias. En estricto sentido, ésta era función de Hans Kerrl, amigo personal de los Göring nombrado ministro de Asuntos Religiosos en julio de 1935. Pero Kerrl era un nazi moderado y no tendía a ser franco, así que el papel de principal perseguidor del cristianismo y las iglesias había sido asumido por Rosenberg, algo que Goebbels no podía dejar de impugnar. Pese a su piadosa formación y el hecho de que la Iglesia católica había financiado su educación superior, desde que se afilió al partido nazi Goebbels había despotricado consistentemente contra las iglesias y su influencia en la gente. Su sueño era remplazar el cristianismo, con sus fundamentos judaicos, por el nacionalsocialismo como religión de culto al Führer como su dios y salvador. En fecha reciente, y por pura conveniencia, Hitler le había ordenado, lo mismo que al resto del partido, bajar el tono de su retórica. Pero eso estaba a punto de cambiar.

A altas horas de la noche del 20 de marzo de 1937, Heydrich llegó a la casa de Goebbels en la Hermann-Göring Strasse llevando consigo la copia de una carta pastoral del papa que debía leerse en el púlpito de todas las iglesias católicas alemanas al día siguiente, Domingo de Ramos. Titulada "Con suma preocupación", la carta condenaba a quienes adoraban a los ídolos de la raza, el pueblo, el Estado o los detentadores del poder estatal y era un obvio ataque al régimen nazi. Goebbels se puso furioso, describiéndola como "arrogancia descarada" y "una provocación en el mejor sentido de la palabra". Pero decidió que no debían decir nada a Hitler hasta la mañana, "para que no pase la noche enojado", y aconsejó a Heydrich, quien quería tomar medidas enérgicas, "hacerse el desentendido e ignorarla". Podrían enfrentar eso, le dijo, aplicando presión económica, y confiscando y prohibiendo entre tanto todas las revistas religiosas que publicaran el mensaje papal. Más allá de eso, resolvió "conservar la calma y esperar a que llegara la hora de librarse de estos provocadores".[11]

Al principio, Hitler estuvo de acuerdo con el método de Goebbels, pero su paciencia se agotó pronto y llamó a la acción contra el Vaticano, diciendo que, dado que los clérigos no conocían "la paciencia y la mansedumbre", tendrían que "descubrir lo severos, implacables e inmisericordes que podemos ser nosotros". Goebbels fue el primero en demostrarlo, aprovechando "el truculento asesinato sexual de un chico en un monasterio belga" para lanzar una violenta campaña de prensa, en la que acusó a los diez mil Hermanos de la Caridad de homosexuales y pederastas. Doscientos sesenta y siete de los quinientos frailes franciscanos de Alemania fueron arrestados y acusados de delitos contra menores a su cuidado, muchos de ellos con deficiencias mentales.[12] Es probable que numerosas acusaciones hayan sido ciertas, y que cada cual representara una tragedia humana individual, pero lo único que le interesaba a Goebbels era explotarlas al máximo. Ordenó a la totalidad de los periódicos alemanes publicar la versión íntegra de articulos provistos por su agencia de noticias DNV, con todos sus obscenos detalles, para consternar y asquear a los lectores.

Poco después le deleitó que Hitler lo eligiera a él, y no a Rosenberg, para pronunciar el importante discurso que marcó el clímax de la campaña contra el clero; incluso Hitler le ayudó a elaborarlo tras disfrutar de un viaje

en yate con él y su familia, "haciéndole algunas sugerencias". En ese discurso, pronunciado el 28 de mayo en el Deutschlandhalle de Berlín y transmitido en vivo a toda la nación, Goebbels habló como padre, "cuyo más precioso tesoro en la Tierra" eran sus cuatro hijos; Magda le había regalado otra hija, Holde, el 19 de febrero. Se lanzó entonces contra "los predicadores de la moral" que "abusan brutal e inescrupulosamente de los jóvenes [...] una plaga sexual que debe ser exterminada de raíz".[13] Estuvo en espléndida forma, y fue recompensado más tarde con elogios de Hitler, quien "apretó su mano" y le dijo que "había escuchado el discurso entero en la radio sin poder sentarse un solo momento".[14]

La defensa por Goebbels de la moral debe haber parecido hipócrita a muchos de sus escuchas, que no podían haber olvidado los escándalos de la purga de Röhm y el número de homosexuales en activo en las altas esferas del partido, entre ellos el propio secretario de Estado de Goebbels, Walther Funk. Su personal, aunque más ortodoxo, apetito sexual, incluido su tórrido romance con Lida Baarova, también era de conocimiento público. Ese romance no era ya ningún secreto para Magda, en particular luego de que Gustav Fröhlich había tenido una confrontación con su esposo, al sorprenderlo en compañía de Baarova, tras de lo cual se había separado de ella y vendido su casa en Schwanenwerder. Impertérrito, Goebbels siguió cortejando a su amante, haciendo pleno uso de su remota casa a orillas del lago Bogen y promoviendo vigorosamente la carrera cinematográfica de Baarova, para lo que constantemente interfería en cada etapa de la producción a fin de cerciorarse de que recibiera todas las ventajas.

Aunque el matrimonio de Goebbels estaba a punto de llegar al límite, se las arregló de alguna manera para sobrevivir, al menos por el momento. Esto se debió, en parte, a que él era incapaz de ver por qué no podía tenerlo todo: no podía resistirse a los encantos de Baarova, pero tampoco soportaba la idea de perder a Magda y sus hijos. Sus diarios están llenos de referencias a sus felices juegos con ellos, y en el cumpleaños de su hijastro en noviembre se dio el gusto de regalarle una llamativa motocicleta.[15] Pero, por otra parte, Goebbels también se aferraba a su matrimonio porque le aterraba ofender a Hitler, enfadado por la racha de divorcios y separaciones entre importantes parejas nazis ese año. Goebbels describió esto como "un problema muy serio" dentro del partido. En su opinión, las mujeres siempre eran las culpables, por ser "demasiado tontas y torpes para conservar a sus

maridos”.[16] No es de sorprender entonces que cuando los puritanos del partido quisieron hacer del adulterio un delito castigable con hasta diez años de cárcel, él se haya opuesto rotundamente a la propuesta.

El 5 de noviembre de 1937, Göring se escurrió de su Exhibición Internacional de Caza y se puso su uniforme de general de la Luftwaffe para asistir a una importante reunión con Hitler en la cancillería. La concurrencia a esa sesión fue reducida, pero del más alto nivel: aparte de él, también estuvieron presentes Raeder y Fritsch, comandantes en jefe de la marina y el ejército; Blomberg, entonces ministro de Guerra y comandante en jefe de las Wehrmacht, las fuerzas armadas combinadas, y Neurath. El otro único asistente fue el ayudante de Hitler en las Wehrmacht, el coronel Friedrich Hossbach, quien, por iniciativa propia, decidió tomar notas. Raeder había solicitado la reunión para discutir la asignación de acero y otras materias primas entre las tres armas; típicamente, Göring favorecía a la Luftwaffe sobre el ejército y la marina. Pero antes de la confrontación con Göring, que se resolvió amigablemente, la asamblea fue obsequiada con un monólogo de cuatro horas de Hitler sobre la necesidad, y en realidad el derecho, de Alemania a un espacio vital mayor que otros pueblos, y cómo iba a lograrse esto. “La pregunta para Alemania”, dijo, “es: ¿dónde obtener el mayor beneficio al menor costo?”.

“El problema de Alemania”, declaró Hitler, “sólo puede resolverse por medio de la fuerza, y esto no ocurre nunca sin un riesgo concomitante.” El espacio vital extra tenía que estar en Europa, pero había dos “antagonistas movidos por el odio, Gran Bretaña y Francia, para los que un coloso alemán en el centro de Europa sería una espina en carne viva”. El tiempo, dijo, no estaba de parte de Alemania: el poderío alemán llegaría a su culminación hacia 1943-1945, tras de lo cual las demás potencias empezarían a alcanzarlo. Alemania tenía que pegar antes, mientras sus enemigos se preparaban aún.

El primer paso, dijo Hitler a sus jefes, debía ser la anexión de Austria y Checoslovaquia. Esto aseguraría los flancos oriental y sur de Alemania, liberaría a fuerzas militares “para otros propósitos”, produciría suficiente personal extra para doce nuevas divisiones del ejército y, suponiendo la expulsión de tres millones de no alemanes de aquellos dos países, ofrecería alimentos para cinco a seis millones de alemanes en el Reich. Gran Bretaña

y Francia, pensaba Hitler, tácitamente ya habían dado por perdida a Checoslovaquia, y no interferirían. En cualquier caso, creía que muy pronto estarían en guerra con Italia, por la participación de ésta en la guerra civil española —que Alemania debía hacer todo lo posible por prolongar— y la probable ocupación italiana de las islas Baleares. Si británicos y franceses declaraban la guerra a Italia, él estaba "resuelto a aprovecharlo, cuando sucediera, aun tan pronto como 1938". El asalto contra los checos, concluyó, debía efectuarse con "absoluta rapidez".[17]

Los jefes de las diversas armas y el ministro del Exterior fueron "sacudidos hasta la médula" por esa súbita revelación de las verdaderas intenciones de Hitler. Es indudable que no había nada nuevo en lo que éste dijo —el plan general ya se había trazado por completo en *Mein Kampf*—, pero esta vez iba en serio. En términos reales, se proponía iniciar una guerra de agresión al año siguiente. Ellos no tenían ninguna objeción contra la idea de la expansión, que era un propósito que compartían, y ni siquiera contra la anexión de Austria y Checoslovaquia, que todos suponían que ocurriría tarde o temprano. Pero les aterró la disposición de Hitler a arriesgarse a una guerra con Gran Bretaña y Francia, y empezaron a plantear objeciones en cuanto tuvieron oportunidad de hablar. Sólo Raeder, siempre el más fríamente beligerante de ellos, no dijo nada.

Hitler escuchó a Blomberg y Fritsch con desdén por su pusilanimidad; "los generales", creía, "debían ser como el perro rabioso que tiene que ser sujetado del collar, porque de lo contrario amenaza con atacar a quien vea".[18] Antes de iniciar la reunión, le había dicho a Göring que quería "encender una hoguera" bajo los pies de esos comandantes, pues estaba "sumamente insatisfecho con el rearme del ejército". Para él, estaban acabados por no responder. Ellos, y el demasiado cauteloso Neurath, tendrían que irse.

Göring, desde luego, no fue tomado por sorpresa: él y Hitler habían hablado de todo el asunto hora tras hora, con extremo detalle. Gran parte de lo que Hitler tenía que decir sobre los recursos austriacos y checos procedía indudablemente de Göring, pues coincidía con toda exactitud con sus propias evaluaciones, y la única condición de éste fue que Alemania debía salir de España antes de empezar cualquier otra cosa. Hitler estuvo de acuerdo, pero dijo que debían esperar el "momento adecuado". Göring haría, encantado, justamente eso, en más de un sentido.

Un día después de la reunión de los generales con Hitler, el 6 de noviembre, la posición de Alemania se fortaleció aún más cuando Italia se sumó al pacto anti-Komintern, que Ribbentrop había firmado con Japón un año antes. Incidentalmente, Ribbentrop había dejado atónitos entonces a los corresponsales extranjeros al declarar con absoluta seriedad: “Caballeros, este pacto significa que Alemania y Japón se han unido para defender la civilización occidental”.[19] Aunque Göring, Goebbels y los demás paladines recibieron la entrada de Italia a ese pacto como señal de lazos más firmes con Mussolini, les complació menos ver que Ribbentrop cosechaba otro triunfo personal. Al igual que Neurath y el Ministerio del Exterior, habían esperado que su misión en Londres expusiera sus defectos y lo sacara del escenario, y lo habían visto cometer, con mal disimulada *Schadenfreude* (alegría del mal ajeno), una pifia tras otra, mereciéndole el apodo en el *establishment* británico de “Herr Von Brickendrop”. “Ribbentrop está haciendo allá el más absoluto ridículo”, se burló Goebbels. “Sobre todo, es mal portado e indiscreto. Sí, cometimos un grave error de selección ahí. Debo informárselo al Führer.”[20]

La diplomacia de Ribbentrop había sido realmente tan desastrosa que el ridículo y la denigración del *establishment* británico penetraron incluso su monstruosa insensibilidad. Su reacción fue la de un amante desdeñado, y su anglofilia se convirtió en un amargo odio que teñía todos sus consejos a Hitler, con catastróficos resultados. Pero en vez de que se le desterrara, o al menos se le dejara marchitarse en la insignificancia, él había logrado de algún modo que Hitler aceptara su credibilidad, mediante una mezcla de mentiras y desvergonzada adulación. Aterrado de que se le echara del ámbito inmediato del Führer, nunca se había ausentado mucho de Berlín, pasando ahí tanto tiempo, si no es que más, que en Londres, para enorme disgusto tanto del Ministerio alemán del Exterior como del gobierno británico, lo mismo que de sus rivales. Había mantenido su Dienststelle, del que incluso había llevado consigo a Londres unos sesenta miembros. Esta vez, su persistencia y diplomacia alterna habían rendido frutos con Italia, justo en el momento indicado para el régimen nazi y él mismo. O al menos así lo creía él.

Cuando informó de su triunfo a Hitler el 8 de noviembre, Ribbentrop estaba seguro de que en cualquier momento se le recompensaría con el

puesto de Neurath. Le pasmó hallar enfurecido a Hitler de que no obedeciera órdenes ni hubiera mantenido plenamente informado a Neurath de sus conversaciones en Roma. Más aún, él había alardeado ante todos de su inminente nombramiento como ministro del Exterior, algo para lo que Hitler aún no estaba preparado. Éste arremetió contra él a voz en cuello, en presencia de sus asistentes. “¿Qué cree que está haciendo?”, le gritó. “¡No toleraré esa conducta!”. Totalmente descompuesto, Ribbentrop ofreció renunciar, diciendo que partiría como voluntario a combatir en España. Hitler apartó de un manotazo ese melodramático gesto, y le ordenó volver a su puesto en Londres y permanecer ahí.[21] “Ribbentrop está furioso de no haber sido un éxito en Londres”, se regodeó Goebbels. “Eso se debe en gran parte a sus serios errores tácticos. Al menos yo puedo darle ahora al Führer otra opinión.”[22] Lamentablemente, Hitler no se inclinaba a escuchar.

Ribbentrop se escabulló a Londres el 9 de noviembre, muy escarmentado. Pero sus tribulaciones de ningún modo habían terminado. Una semana después lord Halifax emprendió un viaje a Alemania, aparentemente para visitar la exhibición de caza de Göring en su papel de Señor de los Perros Zorreros de Middleton, aunque en realidad en una misión de Chamberlain para sondear a Hitler y Göring sobre el mejoramiento de las relaciones anglo-alemanas. La visita había sido concertada por Henderson y Neurath, sin consultar a Ribbentrop: el Ministerio británico del Exterior había pedido específicamente que aquél no tuviera nada que ver en esto, y Hitler había accedido. Ribbentrop no recibió siquiera un informe posterior de ninguna de las partes, y tuvo que rogar a Neurath que le contara qué se había dicho.

Halifax se reunió con Hitler en Berchtesgaden el 19 de noviembre, pero su conversación no marchó bien; encolerizado, Hitler protestó que las potencias occidentales obstruyeran repetidamente sus ambiciones en el sureste europeo.[23] Correspondió a Göring reparar el daño al día siguiente, luego de una comida en Carinhall, que incluyó, anotó Halifax en su diario, “parte de la carne de res más cruda que yo haya visto jamás”. Halifax fue objeto del obligatorio paseo por la casa y sus lugares de crianza, y confesó en su diario haberse “divertido mucho”, a causa tanto de la residencia como de su anfitrión, al que describió como un “muchachote lleno de vida y orgullo en lo que hace, presumiendo su bosque y animales y hablando luego de alta política cubierto con un jubón verde de cruz roja”.[24]

Como dos interrogadores que jugaran al duro y al suave, Göring contrarrestó la excitable aspereza de Hitler con lo que Paul Schmidt, intérprete en ambas ocasiones, describió como “infinitamente más diplomacia”. Cubrió justo el mismo terreno que Hitler, en particular Austria, Checoslovaquia, Polonia y Danzig, pero habló serena, razonable y encantadoramente, asegurando a Halifax que “en ninguna circunstancia haremos uso de la fuerza”, a lo que añadió con una sonrisa que “esto sería totalmente innecesario”; todo podría arreglarse muy bien por medio de la negociación. Schmidt, quien desde luego no sabía nada de las revelaciones de Hitler a sus generales de dos semanas antes, se mostró persuadido de que “ésa era, en efecto, la más profunda convicción de Göring”, no una farsa. Quizá así fue. Comoquiera que sea, funcionó: “Sabemos por el diario de Chamberlain”, recordaría Schmidt con admiración en sus memorias, “que Halifax regresó con un informe favorable, y estoy cierto de que esto se debió sobre todo a su conversación con Göring en Carinhall.”[25]

Göring celebró su cuarenta y cinco cumpleaños el 12 de enero de 1938 con una comida en su mansión de Berlín. Costosos regalos llegaron de todas partes; el de Hitler fue un cuadro de un halconero del artista alemán del siglo XIX, Hans Markart, reconociendo ingeniosamente la pasión de Göring por la caza sin mostrar animales al momento de ser sacrificados, lo cual era anatema para el Führer. A mitad de la fiesta, Hitler y Göring sorprendieron a todos abandonando la mesa y escabulléndose silenciosamente. “Voy a una boda”, le dijo Göring a Milch, con una sonrisa pícara.

La boda en la que los dos líderes serían testigos fue una muy discreta ceremonia civil en el edificio del Ministerio de Guerra, entre Blomberg y una joven treinta y cinco años menor que él, Erna Gruhn. Se trataba de una pareja singular: Blomberg era un viudo de casi sesenta años de edad, con cinco hijos, mariscal de campo y aristócrata; Erna, taquimecanógrafa en la Junta del Huevo del Reich e hija de una mujer que planchaba ajeno para sobrevivir. Pero también era brillante, rubia y atractiva, y Blomberg se había prendado de ella, y al parecer también ella de él. Existen versiones contradictorias de cómo se conocieron. Una es que se encontraron caminando en el Tiergarten, lo cual tiene todas las trazas de ligue; la otra, que fueron presentados por el gerente de un hotel en Turingia donde Blomberg convalecía de una enfermedad, lo que a su vez tiene todas las

trazas de proxenetismo. Como sea, pronto se hicieron amantes, y de repente Blomberg estaba perdidamente enamorado.

A mediados de diciembre, Blomberg decidió casarse con su Erna, quizá porque ella le había dicho que estaba embarazada, lo cual era falso.[26] Sin mencionar esto, Blomberg se acercó a Göring en su calidad de oficial de alto rango como él y le pidió consejo, diciendo que planeaba volver a casarse, pero que su futura esposa no sólo era más joven, sino también de mucho menor clase social que él.

¿Cuáles, creía Göring, que serían las reacciones de la casta de oficiales, y, sobre todo, de Hitler, cuya aprobación él necesitaba como comandante supremo? Göring le aseguró que no tenía por qué temer a Hitler, quien vería su matrimonio con una mujer del pueblo como un golpe contra el esnobismo del antiguo orden que él tanto detestaba. Cuando Blomberg confesó que Erna era asimismo "una dama con pasado", Göring desestimó de inmediato el asunto: "¿Y eso qué importa?", repuso. "¡Todos nosotros somos hombres de mundo!".[27]

Göring tenía razón acerca de Hitler. Al Führer le agradó que Blomberg se aproximara a él tras el sepelio oficial de Ludendorff en Munich, el 22 de diciembre de 1937, y ofreció que tanto él como Göring serían testigos. El único obstáculo restante era que Blomberg tenía un rival más joven por la mano de Erna; Göring también se hizo cargo de esto, sobornando al sujeto con un bien remunerado empleo en América del Sur. Así, el matrimonio tuvo lugar, y los recién casados marcharon a su luna de miel a la isla favorita de Göring, Capri, haciendo una escala para visitar el zoológico de Leipzig, donde fueron fotografiados por la prensa frente a una jaula repleta de monos, lo que al jefe de Estado Mayor de Blomberg, el general Wilhelm Keitel, le pareció "de pésimo gusto",[28] confirmando sus dudas sobre la pareja. Nueve días después, un individuo que se rehusó a identificarse llamó al alto mando del ejército en Berlín, diciendo ser general y exigiendo hablar con Fritsch. Cuando se lo negaron, gritó: "¡Dígale al general que el mariscal de campo Von Blomberg se casó con una puta!". El secreto había sido revelado.

Cuánto conocía ya Göring del pasado de Erna, y en qué grado usó ese conocimiento para promover sus fines, sólo puede ser objeto de especulación. No cabe la menor duda de su ambición de escalar el último pináculo de su carrera militar convirtiéndose en comandante en jefe de las

fuerzas armadas, como tampoco de su inclemencia y astucia. Es cierto que, tras la desilusión de Hitler con los generales en la conferencia del 5 de noviembre, estaban dadas las condiciones para la destitución de Blomberg. De igual forma, que Hitler habría buscado una excusa para deshacerse de él sin provocar un choque con el ejército: Blomberg era mariscal de campo, había sido nombrado por Hindenburg y aunque quizá los generales lo subestimaran por considerarlo títere de Hitler, se unirían para defenderlo como uno de los suyos. Es enteramente posible que Göring le hubiera tendido, en forma deliberada, una trampa alentándolo a casarse, sabiendo por sus propias fuentes, incluidas las grabaciones telefónicas de la FA (Oficina de Investigación), que Erna era, o al menos había sido, prostituta, y que Blomberg estaba encaprichado con ella. Llegado el momento apropiado, podría entonces desacreditarlo, forzar su renuncia y tomar su lugar.

Minutos después de la llamada anónima, la transcripción de la FA ya cruzaba Berlín en dirección a Göring. Si esto fue planeado o no —y quién podría asegurar que él no arregló la llamada—, Göring aprovechó la situación en seguida, pidiendo al jefe de la policía de Berlín, Helldorff, investigar el pasado de Frau Von Blomberg. A las cuatro y cuarto de la tarde, un “muy agitado Helldorff” estaba en la oficina de Keitel con una ficha de policía que mostraba condenas por prostitución en siete ciudades, así como por distribución de fotografías indecentes de sí misma y robo a un cliente. Helldorff pidió a Keitel identificarla en la ficha, considerando su cambio de domicilio al departamento de Blomberg en el edificio del Ministerio de Guerra, así que le sorprendió descubrir que Keitel no la había visto nunca, pese a que su hijo estuviera comprometido en matrimonio con la hija de Blomberg y, por lo tanto, ambos hombres fueran no sólo colegas, sino casi familia.

Blomberg había tenido que interrumpir su luna de miel a causa de la muerte de su madre, pero se hallaba en Eberswald poniendo en orden los asuntos de ella, y fue imposible hacer contacto con él. Así, Keitel remitió a Helldorff con Göring, quien había sido testigo en la boda y debía conocer a Erna. Göring, por supuesto, la identificó de inmediato, y se ocupó personalmente del asunto, jurando reserva a la policía y diciendo que hablaría con Blomberg al día siguiente e informaría también a Hitler, quien

estaba en Berchtesgaden.[29] Luego ordenó a Helldorff compilar un *dossier* completo sobre Erna. Cuando Hitler regresó a Berlín, Göring lo esperaba con un terrible expediente policial beige en las manos.

A Hitler le impactó la revelación, y se enfureció por lo que juzgó la humillación de haber sido embaucado como testigo en una boda, y ser, por tanto, parte del escándalo. Le indignó enterarse de las fotografías pornográficas, tomadas por un judío checo con el que Erna vivía entonces. Estuvo de acuerdo en que Göring debía hablar con Blomberg, y le dijo que sería mejor para todos los involucrados que anulara su matrimonio de inmediato, para que el caso pudiera acallarse. Pero Blomberg se negó.

Hitler pasó la noche sin dormir, pensando en cómo evitar el desprestigio. Al día siguiente, su ayudante, Fritz Wiedemann, lo vio ir y venir por su habitación, sacudiendo la cabeza y mascullando: "Si un mariscal de campo alemán se casa con una puta, todo en el mundo es posible". En la comida la atmósfera fue tensa, pero Göring y Goebbels hicieron todo lo posible por reanimarlo. Para el día siguiente, Goebbels conocía la historia completa por intermedio de Helldorff, y anotó con cierto deleite que Blomberg "tendrá que despedirse", añadiendo: "A un hombre de honor sólo le queda la pistola [...] El Führer como testigo de la boda. ¡Es inconcebible! La peor crisis del régimen desde el caso Röhm. Estoy consternado. El Führer parece un cadáver."[30] El 27 de enero, Hitler tuvo su última entrevista con Blomberg, y aceptó su renuncia. Se separaron en buenos términos; Blomberg recibió una liquidación de cincuenta mil marcos y conservó su sueldo íntegro como mariscal de campo, a condición de que emprendiera al instante un viaje por todo el mundo y se mantuviera lejos de Alemania durante un año.

Al volver a su oficina para desocupar su escritorio, Blomberg confió a Keitel que culpaba a Göring de su partida: "Si Göring no hubiera abrigado esperanzas de ser su sucesor, el asunto habría podido encubrirse muy fácilmente bajo el manto del verdadero amor. Él había sabido desde siempre que su esposa había vivido relajadamente en el pasado, pero eso no era razón para condenar a una mujer para siempre".[31] Blomberg añadió que Hitler y él habían hablado de la cuestión de quién debía sucederlo, pero le dijo a Keitel que Fritsch, el candidato obvio, no sólo estaba fuera de la contienda, sino que además iba de salida, "pues le esperaban serios procesos legales, imposibles de eludir". No dijo más, pero le indicó a Keitel

que debía presentarse en la cancillería vestido de civil a la una de la tarde, para que Hitler le comunicara los detalles.

Keitel había tenido apenas tiempo suficiente de cambiarse para su cita con Hitler cuando Göring le llamó a su departamento, queriendo saber qué le había dicho Blomberg y preguntándole si le había comentado algo sobre su sucesor. “Usted es el único en la contienda”, le dijo Keitel, “porque probablemente no querrá recibir órdenes de otro general del ejército.” Eso era exactamente lo que Göring quería oir, y lo confirmó tan pronto que Keitel empezó a preguntarse de súbito si Göring podía estar detrás del misterioso asunto de Fritsch.[32]

Las sospechas de Keitel eran fundadas. La eliminación de Blomberg pudo haber sido oportunismo puro, pero la agresión contra Fritsch era mucho más turbia, con inquietantes ecos de la celada contra Röhm. Cuando Göring le entregó a Hitler el *dossier* de Helldorff sobre Erna von Blomberg, le dio también otro expediente, sobre Fritsch, preparado por Heydrich y Himmler. Dos años antes, Fritsch había sido acusado por un chantajista profesional, Otto Schmidt, de incurrir en un acto homosexual con un prostituto llamado Sepp Weingärtner. Informados del asunto, Hitler y Göring habían decidido dejarlo pasar, porque la invasión de Renania era inminente. Schmidt había sido turnado a la Gestapo para más interrogatorios, y luego internado en el campo de concentración de Papenburg. Hitler había ordenado la destrucción del expediente del caso, y luego se había olvidado de él.

Lejos de destruir el expediente original, sin embargo, Heydrich lo había guardado en su caja fuerte, listo para su uso en el momento justo. Ese momento había llegado. La asociación entre Himmler, Heydrich y Göring, tan exitosa en la eliminación de Röhm y las demás víctimas de la Noche de los cuchillos largos, se restableció en una acción que tenía todas las huellas de una trampa de Heydrich. Tanto Himmler como Göring tenían buenas razones para desear la destitución de Fritsch: Himmler sabía que este último era un implacable adversario de la integración de la SS con el ejército, y que haría todo lo posible para bloquearla; Göring veía a Fritsch como su único rival factible por el puesto de Blomberg. Así que el juego recomenzó, aunque esta vez no hubo necesidad de asesinatos. Lo único que había que

destruir era la reputación de Fritsch, y eso, para Heydrich, era un juego de niños.

Hacia fines de 1937, al mismo tiempo que Blomberg confiaba sus planes a Göring, la Gestapo empezó a interrogar de nuevo a Schmidt y Weingärtner. Schmidt fue llevado ante Göring en su villa, donde identificó a Fritsch en una fotografía. El 25 de enero de 1938, Göring entregó el expediente a Hitler. Fritsch se enteró de las acusaciones ese mismo día, a través del ayudante de Hitler en las Wehrmacht, Hossbach. Tras rumiar coléricamente el asunto toda la noche, pidió hablar con Hitler de inmediato. Hitler lo hizo esperar hasta la noche, mientras conferenciaba con Göring, Himmler y el ministro de Justicia del Reich, Franz Gürtner, antes de recibirlo, en compañía de Göring.

"El Führer declaró sin más", escribiría Fritsch después, "que se me acusaba de actividad homosexual [...] Si confesaba, dijo, se me exigiría partir a un largo viaje, y así acabaría todo. Göring también habló en esta vena." Göring añadió que no cabía la menor duda. "Este chantajista", apuntó, "ha dicho consistentemente la verdad en más de un centenar de casos adicionales." Sabiendo qué terreno pisaba, Fritsch lo negó todo tranquilamente. Se le dio el expediente para que lo leyera. Mientras lo examinaba incrédulo, Schmidt fue introducido en la sala, lo miró y dijo: "Sí, es él".[33] Göring salió a la sala contigua, donde Hossbach esperaba, y se dejó caer en un sofá gritando sin aliento: "¡Es él! ¡Es él!".

Pero no lo era. Todo este asunto fue un caso de identificación equivocada que implicaba al capitán de caballería retirado Achim von Frisch; pero para el momento en que esto fue probado por el tribunal militar que Göring presidió en marzo de 1938, en el que se distinguió por acosar a los testigos de cargo hasta hacerlos confesar su perjurio, ya era demasiado tarde. Fritsch había sido obligado a renunciar, y Hitler, aunque le había ofrecido una expresiva disculpa, no tenía intención de rehabilitarlo. Si el error había sido deliberado o accidental ya no importaba entonces; había cumplido su función, para Himmler, para Göring y para Hitler, quien había obtenido una excusa para librarse del difícil Fritsch.

El resultado fue para Göring una mezcla de gratificación y decepción: gratificación de que Fritsch ya no "se cruzara en su camino"; decepción de que, pese a su intenso cabildeo, no hubiera recibido el mando general de las Wehrmacht como ministro de Guerra. Keitel había intentado dos veces

convencer a Hitler de que lo nombrara, pero éste rechazó por completo tal posibilidad, la primera vez "diciendo que era innegable que había otorgado el Plan de Cuatro Años a Göring, quien también tenía que permanecer en la fuerza aérea, pues no había nadie mejor que él para eso; además, tenía que adquirir experiencia en los asuntos de Estado, dado que era su predestinado sucesor como Führer".[34] La segunda vez, tras revelar por qué no había podido nombrar a Fritsch, Hitler le dijo que había decidido asumir él mismo el mando supremo, con Keitel, le gustara o no, como su jefe de Estado Mayor.

Hitler abolió el Ministerio de Guerra y en su lugar creó un unificado Alto Mando de la Fuerzas Armadas, el Oberkommando der Wehrmacht (OKW), con él como comandante supremo y las tres armas reducidas a brazos subsidiarios. Eligió a Keitel como jefe de Estado Mayor porque lo sabía maleable e incondicional, que haría lo que se le ordenara y le diría lo que él quería oir. Blomberg había desestimado a Keitel, refiriéndose a él como "simplemente el sujeto que conduce mi oficina" cuando Hitler, que no lo conocía, le preguntó sobre un posible remplazo. "Ése es exactamente el hombre que busco", había replicado el Führer.[35]

Para remplazar a Fritsch como comandante en jefe del ejército, Hitler eligió al general Walther von Brauchitsch, quien auguraba un mayor acercamiento del ejército al nacionalsocialismo. Brauchitsch era respetado como soldado por los demás generales, pero era otro personaje anodino en lo relativo a hacerle frente a Hitler. Hubo una complicación inesperada cuando se descubrió que estaba en proceso de divorciarse, suscitando el temor de un nuevo escándalo sexual. Pero resultó que su hijo Bernd era uno de los ayudantes de Göring, quien lo despachó para que hablara con su madre y la convenciera de retirarse silenciosamente, con la ayuda de un generoso arreglo financiero que Göring negoció y Hitler aportó, obligando así a Brauchitsch con él todavía más. Hitler reprobaba normalmente los divorcios, pero al parecer aceptó éste de buena gana, pues tanto él como Göring sabían que la nueva esposa, Frau Charlotte Schmidt, era, como lo dijo el embajador Ulrich von Hassell, "una nazi doscientos por ciento rabiosa", quien se aseguraría de que su esposo acatara la disciplina del partido.

En otros momentos y circunstancias, la destitución de Blomberg y Fritsch habría sido un escándalo menor, pronto olvidado. En cambio, brindó a Hitler la oportunidad de dar el tercer y último paso en la consolidación de su dictadura absoluta: el incendio del Reichstag había ofrecido la excusa para la ley facultativa; la purga de Röhm había eliminado la amenaza de oposición interna en el partido; esta vez, Hitler usó la "crisis" Blomberg-Fritsch para emascular al ejército, el único factor adicional de poder que podía amenazar su posición. El 20 de febrero, cuando pronunció su discurso anual ante el Reichstag, pospuesto desde el 30 de enero, podría declarar: "No existe ahora una sola institución de este Estado que no sea nacionalsocialista [...] La mayor garantía de la revolución nacionalsocialista es el control que ejercemos ahora sobre todas las instituciones del Reich, en el país y el extranjero. A futuro, en lo que concierne al resto del mundo, la nación estará protegida por nuestras fuerzas armadas nacionalsocialistas".[36]

Goebbels, quien aseguró que la toma del mando de las Wehrmacht por Hitler fue idea suya, afirmó asimismo haber ideado la salida del conflicto que se gestaba rápidamente mientras rumores de una crisis política del más alto nivel corrían por Alemania y el resto de Europa. El 31 de enero pasó dos horas encerrado en sesión privada con Hitler, ya tranquilo tras la agitación de los días anteriores, aunque todavía "muy pálido, gris y conturbado". Luego de examinar la situación, ambos dieron con una brillante muestra de tergiversación política, que convirtió todo en ventaja para ellos: encubrirían el despido de Blomberg y Fritsch como parte de una gran reorganización. "De ninguna manera la cuestión debe presentarse como un triunfo para el partido", escribió Goebbels. "Y el verdadero fondo debe oscurecerse detrás de una cortina de humo. Confío en que los verdaderos motivos se desvanezcan en medio del gran remozamiento."[37]

Hitler dio detalles de ese gran remozamiento en la que habría de resultar la última reunión del gabinete de su gobierno el 4 de febrero. Junto con la partida, "por motivos de salud", de Blomberg y Fritsch, esa acción implicó el retiro obligatorio de dieciséis generales de alto rango, y la transferencia de otros cuarenta y cuatro que habían mostrado poco entusiasmo por el nacionalsocialismo. La reorganización también se extendió al otro bastión restante de los valores conservadores, el Ministerio del Exterior: Neurath fue relevado de su puesto como ministro del Exterior y "ascendido" a jefe

de un nuevo consejo de ministros —que no se reunió nunca—, y los embajadores en Roma, Tokio, Londres y Viena fueron remplazados. Ribbentrop sería el nuevo ministro del Exterior, para disgusto y decepción de Goebbels, quien señaló haberlo descrito ante Hitler, “en todo momento y con absoluta franqueza”, como “un don nadie”. Goebbels también perdió a su secretario de Estado, ya que Hitler nombró a Funk ministro de Economía; él mismo se lo comunicó a Funk, casi con indiferencia, al encontrarlo por casualidad en la ópera, diciendo que Göring le referiría todo después. Goebbels colocó a su más cercano colaborador en el Ministerio de Propaganda, Karl Hanke, en el puesto de secretario de Estado.

Hitler hizo un anuncio más en la última reunión del gabinete. Atento como siempre a los sentimientos de sus paladines, concedió gentilmente a Göring un jugoso premio de consolación: lo ascendió a mariscal de campo, convirtiéndolo así en el oficial en servicio de más alto rango en Alemania.

ANSCHLUSS

A las once de la mañana del jueves 10 de marzo de 1938, el general y mariscal de campo Göring ocupó su asiento en el edificio del ministerio prusiano como presidente del tribunal de honor militar para oir el caso contra Fritsch. Apenas había dado por iniciado el acto, sin embargo, cuando llegó un mensajero con un citatorio urgente de la cancillería del Reich: Hitler lo necesitaba ahí de inmediato. Suspendida *sine die* la sesión del tribunal, Göring salió a toda prisa, dejando a los generales en suspenso. Fritsch tendría que esperar un poco más a que se hiciera justicia, mientras Göring y el Führer se ocupaban de asuntos más urgentes.

El asunto más urgente, como Göring sabía muy bien, era Austria. La noche anterior, el canciller austriaco, Kurt von Schuschnigg, había elevado drásticamente la temperatura al anunciar en un mitin en Innsbruck que habría un referéndum nacional el domingo siguiente, para votar sobre una cuestión de enorme carga emocional: "¿Está usted a favor de una Austria libre y alemana, independiente y social, cristiana y unida; de la libertad y el trabajo, y de la igualdad de todos los que se declaran por la raza y por la patria?". Este referéndum contravenía los acuerdos germano-austriacos, y, según Göring, estaba totalmente amañado: "Sólo se podía votar por el 'sí'", dijo en el Tribunal de Nuremberg. "Cada persona podía votar tantas veces como quisiera, cinco, seis, siete veces. Si rompía la boleta, contaba como 'sí', y así sucesivamente [...] Todo era una farsa." Las suposiciones de Göring podían ser ciertas o no, pero el padrón electoral de Austria tenía, en efecto, varios años de retraso, y privaba del derecho de voto a todos los menores de veinticuatro años. Era casi indudable que el referéndum resultaría en un voto masivo por el "sí", lo que minaría por completo los reclamos nazis de que la mayoría de los austriacos querían la unión con Alemania.

La situación en la dictadura de derecha de partido único de Austria había sido volátil por un tiempo. El partido nazi austriaco y todas sus filiales habían sido proscritos tras el asesinato por hombres de la SS del predecesor de Schuschnigg, Engelbert Dollfuss, durante el fallido intento de *Putsch* de aquéllos en 1934. Varios miles de hombres de la SS y la SA habían huido al exilio en Baviera, donde formaron una Legión Austriaca, esperando con impaciencia el llamado a regresar y combatir. Muchos más pasaron a la clandestinidad y mantuvieron una campaña de manifestaciones violentas y actividades terroristas, financiada y alentada por Alemania, que se incrementaron sostenidamente hasta que, en 1937, casi no había día sin que tuviera lugar un atentado en alguna parte del país.

A fines de ese año la policía austriaca descubrió detalles de un complot para asesinar a Schuschnigg, y en enero de 1938 allanó las oficinas de una organización de pantalla nazi denominada el “Comité de los Siete”, donde encontró documentos firmados por Hess que esbozaban planes de una revuelta abierta para la primavera. Esto incluía el asesinato del embajador Papen por hombres de la SS austriaca disfrazados de miembros del Frente Patriótico de Schuschnigg, una “provocación” que tenía por todos lados las huellas de Heydrich y que daría la excusa para la intervención del ejército alemán, a fin de impedir que “sangre alemana fuera derramada por alemanes”.

En una reunión personal en el Berghof el 12 de febrero, Hitler acosó e intimidó a Schuschnigg hasta hacerlo firmar un acuerdo de dos páginas de extensión elaborado por Ribbentrop, los principales puntos del cual eran la eliminación de todas las restricciones al partido nazi en Austria, una amnistía para los nazis austriacos condenados, el otorgamiento a dos partidarios nazis de papeles clave en el gabinete austriaco —el inteligente y afable abogado vienés doctor Arthur Seyss-Inquart como ministro del Interior, con control sobre la policía y las fuerzas de seguridad, y el general Edmund Glaise-Horstenau como ministro de Guerra— y el inicio de los preparativos para la unión económica y monetaria. Para cerciorarse de que el gobierno austriaco ratificara el acuerdo, Hitler ordenó a Keitel movilizar tropas a la frontera y empezar obvios, pero falsos preparativos de una invasión. Ésta fue otra simulación que dio resultado. El gobierno austriaco capituló, los ministros nazis se integraron al gabinete y todo parecía

marchar según lo planeado hasta que Schuschnigg lanzó la bomba de su precipitado referéndum el 9 de marzo.

Hitler se desconcertó muchísimo al enterarse de ese “extremadamente sucio y canallesco ardid para dejar en ridículo a Alemania con un estúpido e idiota plebiscito”.[1] De inmediato llamó a Göring y Goebbels a la cancillería, para hablar de lo que debían hacer en respuesta a esa amenaza a sus planes de una incruenta *Anschluss* por consentimiento que anularía toda razón de intervención de Francia, Gran Bretaña o Italia. Como de costumbre, Hitler titubeó y vaciló mientras Göring lo instaba a mostrarse decidido. Pasada la noche, Hitler se encontraba —de acuerdo con Goebbels, quien se quedó solo con él hasta las cinco de la mañana— “en plena forma” y “en espléndido espíritu de lucha”, aunque seguía queriendo consultarlo con la almohada antes de tomar una decisión.

Göring ya comenzaba a asumir el control de la situación. Sabía que Glaise-Horstenau estaba de visita entonces en el sur de Alemania, y tan pronto como se enteró del referéndum lo hizo llevar a Berlín para que hablara con Hitler y con él. Después lo había hecho trasladar en avión a Viena, con órdenes de que Seyss-Inquart y él recalcaran ante Schuschnigg que Alemania “no toleraría jamás esa provocación”.[2] Los dos nazis debían demandar la inmediata cancelación del referéndum, y que Schuschnigg renunciara en favor de Seyss-Inquart.

Tomada Alemania por sorpresa, algunos de los actores clave en cualquier acción militar contra Austria estaban ausentes: Milch se hallaba de vacaciones en Suiza; Brauchitsch estaba fuera de Berlín, de permiso; el general Walter von Reichenau, comandante del distrito de Munich, se encontraba en El Cairo en una reunión del Comité Olímpico Internacional, y Ribbentrop se hallaba en Londres, presentando sus oficios de retirada y despidiéndose. Göring llamó a los dos generales, pero dejó a Ribbentrop donde estaba, diciendo a Hitler que sería más útil allá. Para consternación de Ribbentrop, Hitler volvió a poner a Neurath provisionalmente a cargo del Ministerio del Exterior, trabajando con el nuevo secretario de Estado, Ernst von Weizsäcker.

Cuando llegó a la cancillería, luego de suspender el tribunal de honor el 10 de marzo, Göring halló a Hitler examinando mapas con toda ansiedad. Goebbels se les unió poco después, seguido por Keitel, quien tuvo que admitir que el ejército no tenía un solo plan para invadir Austria. Lo más

parecido a eso era el “Caso Otto”, boceto preliminar de un plan para responder a los intentos por elevar al príncipe Otto von Habsburg al trono austriaco. Hitler decidió que tendría que ponerse en práctica el Caso Otto, y envió a Keitel con órdenes de prepararlo y de decidir qué unidades del ejército podían estar listas para invadir Austria la mañana del 12 de marzo, un plazo de dos días. Esta vez los movimientos de tropas serían reales, no ficticios.

El resto de ese día la cancillería fue un hervidero de actividad. Goebbels sugirió que Seyss-Inquart y Glaise-Horstenau debían exigir el aplazamiento del referéndum y su posterior celebración en condiciones iguales a las del plebiscito del Sarre. Cuando Schuschnigg se negara a ello —como era indudable que lo haría—, los dos ministros nazis renunciarían, y entre seiscientos y ochocientos aviones alemanes bombardearían Austria con volantes, llamando al pueblo a sublevarse el domingo, día del referéndum, momento para el cual las Wehrmacht y la Legión Austriaca invadirían el país para restaurar el orden. Göring opinó que ese plan era absurdo. Quería enviar tropas el sábado e impedir el referéndum por la fuerza, y Hitler estaba de acuerdo con él. Hizo llamar al general Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor del ejército bajo Brauchitsch y, pasando perentoriamente por alto sus objeciones, le ordenó tener listos dos cuerpos del ejército para entrar a territorio austriaco en la mañana. Weizsäcker sugirió que los dos ministros austriacos nazis brindaran un pretexto cuasilegal apelando a la intervención de las tropas alemanas, pero Göring también mostró desdén por esta idea. “No lo necesitamos”, le dijo a Hitler. “De todos modos invadiremos, ¡a como dé lugar!”.

La resolución de Hitler se fortaleció cuando esa tarde llegó un mensajero de Londres con noticias de Ribbentrop de que había visto a Halifax, y de que estaba “convencido de que, por iniciativa propia, Inglaterra no hará nada ante esto [la cuestión austriaca] en el presente, y ejercerá una influencia moderadora en las demás potencias”. El “principal propósito” de Gran Bretaña, dijo, era ganar tiempo mientras completaba su propio rearme.[3] Lo cierto es que Halifax le había transmitido una severa advertencia contra el peligro de guerra en Europa central si Alemania persistía en su agresiva actitud, añadiendo que “concedía la mayor importancia a hacer todo lo necesario para asegurar que el plebiscito se efectúe sin interferencias ni intimidaciones”.[4] Ribbentrop, cuya anglofobia

era ya tan intensa que veía con agrado la idea de una guerra con Gran Bretaña, optó por no informar esto. Halifax, sospechando que lo haría, envió una nota de lo que en verdad había dicho a Henderson, para que éste se la entregara a Neurath, pero para entonces ya era demasiado tarde.

Dado que todas las líneas telefónicas de la cancillería se estaban usando para mantener contacto con Viena y Roma, Ribbentrop se hallaba fuera de contacto y marginado en Londres, teniendo que depender de los boletines noticiosos de la BBC para tener información.[5] Sus funcionarios en Berlín no podían ayudarle, porque Göring estaba a cargo de los acontecimientos e ignoraba al Ministerio del Exterior. Esto no hizo nada para mejorar los sentimientos de Ribbentrop por Gran Bretaña, con la que naturalmente asoció esa humillación. Prosiguió esa noche con su grandiosa fiesta de despedida en la embajada, donde el incrédulo diplomático británico Victor Cavendish-Bentinck lo vio conversar desvergonzadamente, “del modo más afable”, con el ministro austriaco, quien “ignoraba tranquilamente” que el ejército alemán se disponía a invadir su país.[6]

La mayor preocupación de Hitler y Göring era cómo reaccionaría Mussolini. Göring sabía que cinco divisiones del ejército italiano se hallaban estacionadas en la frontera del Brennero, justo al sur de Innsbruck, y temía que el Duce decidiera aprovechar la oportunidad para apoderarse del Tirol oriental, que desde hacía mucho codiciaba. Era preciso convencerlo de abandonar esas ideas, lo mismo que a los checos, húngaros y yugoslavos, todos los cuales tenían puestos los ojos en las provincias fronterizas de Austria. Hitler y Göring redactaron juntos una cínica carta dirigida a Mussolini en la que explicaron sus esperanzas y temores y le pidieron que se mantuviera al margen. Su trama de mentiras y distorsiones empezaba con el inventado cargo de que austriacos y checos conspiraban para restaurar la monarquía de los Habsburgo y atacar a Alemania “con al menos veinte millones de hombres”, pese a que la población total de Austria fuera de apenas siete millones de personas. La carta terminaba dando seguridades de que la frontera con Italia permanecería en el Paso del Brennero; en otras palabras, de que Alemania no perseguiría la devolución del Tirol meridional, conocido por los italianos como Alto Adigio, concedido a Italia por el Tratado de St. Germain en 1919. Göring despachó

a su amigo el príncipe Felipe de Hesse, yerno del rey de Italia, a entregar personalmente la carta.

A las seis y media de la tarde, el OKW (Alto Mando de las Fuerzas Armadas) dio órdenes de movilización a tres cuerpos del ejército y la Luftwaffe. Pero no fue hasta las dos de la mañana siguiente, tras haber cambiado de opinión más de una vez durante el día, que Hitler emitió su Directiva Número Uno para la Operación Otto, ordenando a esas secciones estar preparadas para invadir a más tardar el 12 de marzo a las doce horas, “si todas las demás medidas resultan infructuosas”. “El comportamiento de las tropas”, declaró, “debe dar la impresión de que no deseamos librar una guerra contra nuestros hermanos austriacos [...] Sin embargo, si se ofrece resistencia, ésta habrá de ser implacablemente sometida por la fuerza de las armas.” Una orden complementaria expedida horas después decía que las tropas checoslovacas debían considerarse enemigas, pero que a los italianos “se les tratará en todas partes como amigos”.

Goebbels pasó casi toda la noche en su ministerio, trabajando en las medidas de propaganda con su personal, a ninguno de cuyos miembros se le permitió salir del edificio antes de que comenzaran las acciones en Austria. A las ocho de la mañana estaba de vuelta con Hitler, dando el visto bueno al texto de los volantes. Una hora después llegó Papen de Viena, para encontrar la cancillería en estado de frenesí, con generales y funcionarios yendo y viniendo como locos. Entre ellos estaba Himmler, “rodeado por una docena de gigantescos oficiales de la SS”, todos ellos ataviados con su nuevo uniforme, al igual que las tropas de la SS en la frontera, remplazado su habitual negro y plata por el tradicional gris de campaña del ejército, que en adelante sería el atuendo estándar para operaciones en el extranjero. Sin Fritsch ni Blomberg para objetar, la SS Verfügunstruppe (Tropa de Disposiciones, VT) y el regimiento armado del Leibstandarte ya estaban vinculados con el ejército, y atacarían con él. Para Himmler, ésta era la consumación de los sueños de su juventud, aunque entonces apenas habría podido suponer que a los treinta y siete años vestiría uniforme de general.

Himmler y su SS habían realizado preparativos de la *Anschluss* desde tiempo atrás. El Estado Mayor del SD (Servicio de Seguridad) de Heydrich había trabajado día y noche para compilar un inmenso fichero del personal en Austria, mientras que Keppler, fundador del Círculo de Amigos de

Himmler y asesor económico personal de Hitler, había ido y venido incansablemente entre Berlín y Viena como principal enlace con los nazis austriacos. Himmler controlaba la clandestina SS austriaca, bajo el mando de Ernst Kaltenbrunner, la cual sería responsable de depurar y "coordinar" a la población, en tanto que él se haría cargo, desde luego, de la policía austriaca.

Puesto que Hitler, "en un estado que rayaba en la histeria", según Papen, montaba súbitamente en cólera, daba y se retractaba de órdenes sin cesar, provocaba malos entendidos y sufría, en general, una "extenuante tensión",[7] fue Göring quien salió otra vez al rescate, dirigiendo a larga distancia los acontecimientos en Austria mediante veintisiete alucinantes llamadas telefónicas durante la tarde y la noche, todas ellas grabadas, transcritas y preservadas por la FA (Oficina de Investigación), por órdenes suyas.[8] La primera llamada, a las 2:45 de la tarde, fue la de Seyss-Inquart en Viena, para informar que Schuschnigg había cancelado el plebiscito, pero se negaba a dimitir e insistía en estrictas precauciones de seguridad, como el toque de queda desde las ocho de la noche. "Estas medidas del canciller Schuschnigg no son en absoluto satisfactorias", replicó Göring, y colgó el teléfono. Su cólera fue puramente teatral, sin embargo. Schuschnigg se había debilitado. Göring el cazador había olido sangre, y se preparaba para entrar a matar.

En ese momento, recordó Göring en el Tribunal de Nuremberg, tuve la instintiva sensación de que la situación se había vuelto movediza ya y de que al fin estaba ahí la posibilidad que tanto y tan ardientemente habíamos esperado: la de dar completa solución al asunto. Además, a partir de ese momento debí asumir el cien por ciento de la responsabilidad sobre todos los nuevos sucesos, porque, antes que el Führer, fui yo quien dio la pauta y, desconsiderando incluso las dudas del Führer, condujo todo hasta su desarrollo final.

Minutos después Göring le llamó a Seyss-Inquart, dando la impresión de que había consultado a Hitler, aunque de hecho actuaba enteramente por su cuenta. "Berlín no puede aceptar de ninguna manera la decisión tomada por el canciller Schuschnigg", le dijo. Exigió que Schuschnigg y todo su gabinete renunciaran para las cinco y media de la tarde, y añadió que si Seyss-Inquart no era nombrado canciller para esa hora, el ejército alemán invadiría Austria. Aquella mañana, por deferencia a Hitler, Göring había

despachado a Keppler a Viena con el texto de un telegrama que Seyss-Inquart debía mandar al Führer, pidiendo la asistencia alemana para sofocar el desorden. En esa conversación le dijo a Seyss-Inquart que enviara el telegrama.

Por el momento, Schuschnigg seguía resistiendo, buscando desesperadamente ayuda de las tres potencias. Los italianos se le adelantaron, y le remitieron un mensaje que decía que no podían hacer nada antes siquiera de que él lo hubiera pedido. Los franceses se hallaban otra vez en plena transición de gobierno: el primer ministro y su gabiente habían renunciado el día anterior, y en París no había nadie con autoridad para actuar, aun si hubieran querido hacerlo. La posición británica era difícilmente más promisoria: Chamberlain había distanciado del problema al gobierno británico desde el últimatum de Hitler en el Berghof, negándose ciegamente a admitir que la independencia de Austria estuviera bajo amenaza. Pero los ingleses eran la última y única esperanza de Schuschnigg, y tenía que ponerlos a prueba. Su petición de ayuda llegó al número 10 de Downing Street el viernes 11 de marzo mientras Chamberlain y Halifax ofrecían a Ribbentrop un banquete de despedida con un selecto grupo de importantes políticos británicos. La comida no había marchado bien. La atmósfera había sido glacial. Frau Ribbentrop le había vuelto la cara a Churchill cuando éste expresó esperanzas en la amistad anglo-germana, y la respuesta de Ribbentrop al deseo de Chamberlain de un entendimiento fue tan desalentadora que el primer ministro británico lo condenaría después como “tan tonto, tan superficial, tan egocéntrico y satisfecho de sí, tan carente de capacidad intelectual, que jamás parece captar lo que se le dice”.[9]

Cuando Chamberlain y Halifax trataron de recalcar ante Ribbentrop lo mucho que les preocupaban los sucesos en Austria, este último alegó ignorancia, e invitó a Halifax “a tomar el té” en la embajada a las cinco y cuarto de la tarde. Cuando Halifax llegó, Ribbentrop le dijo que su ministerio en Berlín no sabía nada de ninguna demanda presentada por Schuschnigg, y que por lo tanto suponía que tales informes eran falsos. Su violenta indignación por la sagaz sugerencia de Halifax de que quizá “Herr Hitler había actuado por iniciativa propia, sin consultar al Ministerio del Exterior alemán”, se vio frustrada por el arribo de su consejero, Ernst

Woermann, para decir que la BBC acababa de dar la noticia de que Schuschnigg había renunciado, bajo presión.

Schuschnigg había intentado renunciar toda la tarde, pero el presidente austriaco, Wilhelm Miklas, se negó a aceptar su dimisión hasta las cinco de la tarde. Göring fue puesto al tanto de que Miklas había nombrado canciller a Seyss-Inquart y levantado la proscripción del partido nazi, y de que la SA y la SS habían asumido funciones policiales. Pero esto resultó ser falso: el presidente austriaco se mantenía firme y había propuesto nombrar a uno de los suyos. Tal muestra de obstinación enfureció a Göring. Su plazo de las siete y media de la noche para ordenar al ejército comenzar a poner en posición tanques y tropas para invadir a primera hora se acercaba rápidamente. Rugió en el teléfono con Seyss-Inquart:

Ahora recuerde lo siguiente: vaya de inmediato con el general Muff [el agregado militar alemán en Viena] y dígale al presidente federal que si las condiciones que usted ya conoce no se aceptan al instante, las tropas ya estacionadas en la frontera o que avanzan hacia ella cruzarán esta noche la línea entera, y Austria dejará de existir. [...] Por favor infórmenos al instante sobre la posición de Miklas. Dígale que ya no hay tiempo para bromas; que como consecuencia del informe falso que recibimos antes, la acción se pospuso, pero que ahora la situación es que la invasión comenzará esta noche desde todos los rincones de Austria. La invasión se detendrá y las tropas serán contenidas en la frontera sólo si para las siete y media se nos informa que Miklas le ha confiado a usted la cancillería federal [...] Llame entonces a todos los nacionalsocialistas del país. Para ese momento deberían estar en las calles. Así que recuerde: debe darse un informe para las siete y media [...] Si Miklas no pudiera entender esto en cuatro horas, haremos que lo entienda en cuatro minutos.

Mientras esperaba informes de Seyss-Inquart, Göring se ocupó en la composición del nuevo gobierno austriaco. Ya le había dado a Keppler su lista de ministros, pero llamó a la embajada para confirmar los nombres. Fue sintomático de la confusión general que el hombre con quien habló no fuese un funcionario, sino el nazi austriaco Odilo Globocnik, enviado allá por Seyss-Inquart para informar de los progresos, o más bien de la falta de ellos. Göring creyó hablar con alguien llamado Dombrowski, pero daba lo mismo. “Sólo Dios sabe dónde diablos andaba la gente de la embajada”, comentaría después. Tras ordenar a Globocnik deshacerse de los editores de periódicos del país y remplazarlos por “nuestra gente”, la conversación continuó:

GÖRING: ¡Quiero un reporte sobre la formación del nuevo gabinete en una hora!

GLOBOCNIK: Muy bien. Keppler trajo una lista de candidatos.

GÖRING: Quiero a Fishbeck en el Ministerio de Economía y Comercio.

GLOBOCNIK: Obviamente.

GÖRING: Kaltenbrunner será ministro de Seguridad. Y luego, ministro de Justicia... ¿está claro?

GLOBOCNIK: Sí, sí.

GÖRING: ¡Diga el nombre!

GLOBOCNIK: El cuñado de usted, el doctor Hüber, ¿no es así?

GÖRING: Por supuesto.

A las 6:34 de la tarde, Keppler llamó para decir que Miklas seguía negándose a nombrar a Seyss-Inquart. "Bueno, ¡entonces", explotó Göring, "Seyss-Inquart tendrá que destituirlo! Suba otra vez y dígale claramente que Seyss llamará a los guardias nacionalsocialistas, y que en cinco minutos las tropas entrarán por órdenes mías." Pero antes de que pudiera decir más, la conexión telefónica se interrumpió, como sucedería con frecuencia ese día.

Keppler y Seyss-Inquart desfilaron otra vez ante Miklas con el nuevo ultimátum, pero el presidente continuaba rehusándose a ceder, insistiendo en que Austria determinaría por sí sola quién sería su jefe de gobierno

Seyss-Inquart transmitió la mala noticia a Göring, quien aceptó esperar un poco mientras ellos seguían tratando de convencer a Miklas. Schuschnigg, reconociendo lo desesperado de la situación, se unió a ellos, pensando que ya no quedaba otra opción que Seyss-Inquart, quien al menos "tenía buena fama personal como católico practicante y hombre honesto", pero Miklas lo acusó de abandonarlo junto con todos los demás y se negó categóricamente a nombrar a un nazi como canciller austriaco. Afuera, una turba nazi pedía la cabeza de Schuschnigg. Éste decidió despedirse por la radio, como último acto de desafío.

El mensaje de Schuschnigg fue breve, y emotivo. Dijo al pueblo austriaco que el gobierno alemán había puesto un ultimátum al presidente Miklas, en el sentido de que si no nombraba a su candidato como canciller, tropas alemanas invadirían el país. Declaró que las afirmaciones alemanas de desorden y violencia eran "absolutas mentiras", pero que el gobierno austriaco había "cedido a la fuerza, porque ni siquiera en esta terrible hora estamos dispuestos a un derramamiento de sangre", y había ordenado a sus

tropas no ofrecer resistencia. “Así que me despido del pueblo austriaco”, concluyó, “con una expresión alemana de adiós, salida de lo más profundo de mi corazón: ‘¡Dios proteja a Austria!’”.

Cuando Schuschnigg terminó de hablar, Seyss-Inquart se arrojó a un teléfono para informar a Göring:

SEYSS-INQUART: El doctor Schuschnigg dio por radio la noticia de que el gobierno del Reich ha presentado un ultimátum.

GÖRING: Lo oí.

SEYSS-INQUART: Y el gobierno ha abdicado [...] está a la espera de que las tropas invadan.

GÖRING: ¿Usted lo destituyó?

SEYSS-INQUART: No. Nadie fue destituido, pero el gobierno se ha retirado, para permitir que las cosas sigan su curso.

GÖRING: ¿Y no lo nombraron a usted? ¿Se negaron?

SEYSS-INQUART: Sí, como antes. Prefieren arriesgarse a la invasión, y esperan que, si efectivamente ésta tiene lugar, el poder ejecutivo sea transferido a otras personas.

GÖRING: Está bien. Daré la orden de invadir, y usted asegúrese de tomar el poder. Notifique a los líderes [...] que todo aquel que ofrezca resistencia o la organice será inmediatamente sometido a nuestro consejo de guerra, el consejo de guerra de las tropas invasoras. ¿Está claro?

SEYSS-INQUART: Sí.

GÖRING: Y eso incluye a personalidades distinguidas. Da igual.

SEYSS-INQUART: Sí. Ya dieron órdenes de no ofrecer resistencia.

GÖRING: Sí, pero eso no importa. El presidente federal no lo ha reconocido a usted, y eso puede considerarse resistencia.

SEYSS-INQUART: Sí.

GÖRING: Bueno, ahora *está* oficialmente reconocido.

SEYSS-INQUART: Sí.

GÖRING: Buena suerte. ¡*Heil* Hitler!

Minutos después Göring estaba al teléfono con el general Muff, para decirle que la invasión estaba a punto de empezar y que Seyss-Inquart debía permanecer al mando y ejercer las funciones de gobierno. Debían tratar de evitar el caos, le dijo, añadiendo que lo mejor era que Miklas renunciara.

–Sí, pero no lo hará —replicó Muff. Todo fue muy drástico: hablé con él durante casi quince minutos, y declaró que no cederá a la fuerza en ninguna circunstancia.

–¡Vaya! ¿No cederá a la fuerza? —preguntó Göring, incrédulo.

–No cederá a la fuerza.

–¿Y eso qué quiere decir? ¿Que desea que lo saquemos a patadas?

–Sí —contestó Muff. Él se queda.

Göring rio.

–Bueno, me dicen que Miklas tiene catorce hijos. No me sorprende que quiera quedarse. Como sea, dígale a Seyss que se haga cargo.

Seyss-Inquart lo hizo, pero para ese momento también él daba señales de terquedad. A las ocho de la noche pronunció por radio su propio mensaje a la nación, llamando a la calma y diciendo al pueblo austriaco que no ofreciera resistencia a las tropas alemanas. Pero seguía resistiéndose a enviar el telegrama de petición de ayuda, con el argumento de que no era necesario, ya que no había descontento social. Persistió, hasta primera hora de la mañana, con el apoyo de Muff y Keppler, intentando convencer a Hitler de que cancelara la invasión y contuviese las tropas en la frontera. Pero Göring no estaba dispuesto a hacer eso. A las 8:45 de la noche, tras insistir ante Hitler en que perdería credibilidad si no cumplía su ultimátum, logró que éste firmara la orden ejecutiva para que el ejército entrara a territorio austriaco al amanecer.

Tres minutos después, Göring estaba de nuevo al teléfono con Viena, esta vez hablando con Keppler, quien trató en vano de convencerlo de que la invasión era innecesaria:

KEPPLER: El gobierno ha ordenado al ejército no oponer resistencia.

GÖRING: Me importa un bledo.

KEPPLER: ¿Podría preguntar si una prominente personalidad de Berlín desea añadir algunas palabras para el pueblo austriaco?

GÖRING: Bueno, aún no lo sé. Mire, lo principal es que Seyss asuma todas las facultades de gobierno, que ocupe las estaciones de radio y todo lo demás [...]

KEPPLER: Bueno, ahora nosotros representamos al gobierno.

GÖRING: Sí, así es. Ustedes son el gobierno. Ahora, escuche atentamente: Seyss-Inquart debe enviarnos el siguiente telegrama. Escriba: “El gobierno provisional austriaco, que tras la renuncia del gobierno de Schuschnigg considera su deber establecer la paz y el orden en Austria, envía al gobierno alemán la urgente solicitud de apoyarlo en su tarea y ayudarlo a impedir un derramamiento de sangre. Por esta razón, pide al gobierno alemán despachar tropas alemanas lo más pronto posible”.

KEPPLER: Bueno, la SA y la SS marchan por las calles, pero todo está tranquilo.

GÖRING: Seyss-Inquart tiene que hacerse cargo [...] y nombrar a unas personas [...] las personas que le recomendamos. Debe formar ahora mismo un gobierno provisional. No tiene la menor importancia lo que el presidente federal pueda decir [...] Nuestras tropas cruzarán la frontera hoy.

KEPPLER: Sí.

GÖRING: Mire, él debe enviar el telegrama lo más pronto posible [...] Bueno, ni siquiera tiene que enviarlo; basta con que diga: "¡De acuerdo!".

Una hora más tarde, Keppler devolvió la llamada, con un mensaje: "Dígale al mariscal de campo que Seyss-Inquart está de acuerdo". Göring transmitió el texto del inexistente telegrama a Goebbels, quien lo hizo pregonar a voz en cuello en las primeras planas de todos los periódicos al día siguiente y distribuir alrededor del mundo por medio de su agencia de noticias DNB. Cuando los británicos mandaron dos enérgicas, aunque insustanciales, protestas vía Henderson, Neurath replicó que la relaciones con Austria eran asunto de Alemania y no tenían nada que ver con Gran Bretaña; negó que hubiera habido un ultimátum, y los remitió al telegrama.

Restaba sólo una preocupación grave, que se disipó a las 10:25 de la noche cuando el príncipe Felipe llamó por fin de Roma. Hitler, los nervios aún al límite, tomó el teléfono cuando se enteró de quién era. Los esmerados técnicos de la FA de Göring registraron debidamente para la posteridad su jubiloso parloteo, y las algo apenadas reacciones del príncipe:

PRÍNCIPE: Acabo de regresar del Palazzo Venezia. El Duce aceptó todo de manera muy cordial. Le envía saludos [...] Schuschnigg le dio la noticia [...] Mussolini dijo que Austria no tenía importancia para él.

HITLER: ¡Por favor dígale entonces a Mussolini que nunca olvidaré esto!

PRÍNCIPE: Sí, señor.

HITLER: ¡Nunca, nunca, nunca, no importa lo que pase! Estoy dispuesto a llegar con él a un acuerdo muy diferente.

PRÍNCIPE: Sí, señor. También le dije eso.

HITLER: Tan pronto como el asunto austriaco se resuelva, estaré dispuesto a mantenerme a su lado en las buenas y en las malas, ¡en todo momento!.

PRÍNCIPE: Sí, mi Führer.

HITLER: ¡Mire usted! Llegaré a cualquier acuerdo que sea necesario. Ya no temo la terrible posición que habría existido militarmente si hubiéramos entrado en conflicto. Usted puede decirle que se lo agradezco desde lo más profundo de mi corazón. Nunca, nunca, nunca lo olvidaré.

PRÍNCIPE: Sí, mi Führer.

HITLER: Nunca olvidaré esto, pase lo que pase. Si alguna vez él necesitara ayuda o estuviera en peligro, puede estar seguro de que no lo abandonaré, no importa lo que pase, aun si el mundo entero confabulara en su contra.

PRÍNCIPE: Sí, mi Führer.

La aquiescencia de Mussolini quitó el último obstáculo posible y selló el destino de Austria. Aún había uno o dos cabos sueltos, pero Göring se ocuparía pronto de los más importantes. Casualmente, uno de los momentos culminantes de su agenda social de aquel año tuvo lugar esa misma noche, en la que estaba prevista una recepción de gala para mil invitados en la Haus der Flieger, el club de aviadores que él había establecido en el antiguo edificio del parlamento prusiano. Los principales miembros del cuerpo diplomático estarían ahí —con la notable excepción del emisario austriaco y su agregado militar—, y él aprovecharía la oportunidad para hablar con ellos.

Como todos los eventos que Göring organizaba, esa recepción fue a gran escala, con música provista por la banda de la Luftwaffe seguida por la orquesta, cantantes y bailarines de la Ópera del Estado. La reunión dio comienzo a las diez de la noche, en medio de una atmósfera electrizante que zumbaba con un tema de conversación, la cual se acalló de súbito cuando Ivone Kirkpatrick, consejera de la embajada británica, arribó como intrusa para hablar urgentemente con Henderson en privado. Necesitaba su aprobación para la nota formal de protesta que Halifax quería que remitiera de inmediato a Neurath. Henderson había decidido a regañadientes asistir a la recepción, sólo porque “me ofrecía la única oportunidad de ver al mariscal de campo”.

Göring llegó un poco tarde, por supuesto, y la función de opera empezó casi tan pronto como tomó asiento en la mesa principal. Henderson lo recibió con un “muy frío y cortante” apretón de manos, que desconcertó a Göring. “En cuanto nos sentamos”, recordaría Henderson en sus memorias, “desprendió la mitad en blanco de su programa, escribió a lápiz: ‘Inmediatamente después de que termine la música me gustaría hablar con usted, y le explicaré todo’, y me la hizo llegar a través de la esposa del embajador estadunidense. Las cuatro últimas palabras estaban subrayadas

tres veces y, en efecto, cuando la función llegó a su fin él se paró a toda prisa y fue a esperarme afuera.”

Durante tres cuartos de hora, en su oficina privada, Göring propinó a Henderson una diatriba contra Schuschnigg, y una justificación de la acción alemana. Henderson intentó discutir, pero pronto se dio cuenta de que era inútil. Se limitó a asestar una reprimenda peculiarmente inglesa: “Tras denostar a Schuschnigg cuanto quiso”, escribió, “finalmente le dije a Göring que ‘aun suponiendo que el canciller austriaco haya cometido una imprudencia, eso no es excusa para que Alemania abuse’”. A esto le siguió un llamado igualmente inglés, instando a Göring a “hacer su mejor esfuerzo por confirmar que los austriacos antinazis fueran tratados con la decencia que su lealtad a su país ameritaba”. Aún incapaz de pensar lo peor de su anfitrión, Henderson añadió en sus memorias: “Si Göring hubiera sido dejado a sus propios recursos en Austria, creo que habría hecho todo lo posible por aplicar esa medida”.[10]

Henderson no era el único diplomático al que Göring todavía podía engañar. El ministro checo en Berlín, el doctor Vojtech Mastný, “muy agitado y tembloroso”, se acercó a Göring en cuanto éste regresó a la sala principal, desesperado por saber qué sucedía y si su país estaba bajo amenaza. Göring le aseguró que no, que aquél era estrictamente un “asunto de familia” con Austria y que no tenía nada que ver con Checoslovaquia, “en especial si ustedes se mantienen totalmente al margen”. Sin embargo, se dijo preocupado por los rumores de una movilización checa. ¿Eran ciertos? Mastný corrió al teléfono, para investigarlo. Volvió poco después, “aún más agitado”, de acuerdo con Göring, quien tuvo “la impresión de que, en medio de su agitación, apenas si podía comprenderme”. Según su propia versión, Göring le dijo entonces: “Escuche atentamente, su excelencia: le doy mi palabra de honor de que esto se reduce sólo a la *Anschluss* de Austria, y de que ni un solo soldado alemán se acercará siquiera a la frontera checoslovaca. Usted encárguese de que no haya ninguna movilización de parte de Checoslovaquia que pueda provocar dificultades”.[11] Mastný accedió, y partió a informar a su gobierno en Praga que Göring le había dicho que “Alemania no tenía intenciones hostiles de ningún tipo contra [Checoslovaquia], sino que, antes bien, deseaba seguir avanzando a un acercamiento”.

Alrededor de medianoche llegó al fin la noticia que Göring esperaba: Miklas había reconocido formalmente a Seyss-Inquart y su gabinete nazi como el nuevo gobierno de Austria. Göring se reunió con Goebbels, quien, elegantemente enfundado en un frac, estaba rodeado de admiradores en su propia mesa en la cena, y ambos se dirigieron en auto a la cancillería, para sumarse a Hitler en su estudio y escuchar con él la transmisión por primera vez de la "Canción de Horst Wessel" desde Viena. En apenas nueve horas a partir de su primera llamada, el *coup* por teléfono de Göring se había consumado. La independencia de Austria había sido aniquilada por control remoto. Göring tuvo que hacer otra llamada antes de tumbarse a dormir: al saber que Himmler y Heydrich salían en ese momento a Austria, envió un mensaje urgente a Seyss-Inquart, instruyéndole hacerse cargo, en su nombre, del servicio austriaco de intervención telefónica. Había resuelto incorporar este servicio a su FA, y necesitaba estar absolutamente seguro de que Himmler no le pondría las manos encima antes que él.

Hitler voló a Munich la mañana del sábado 12 de marzo, para marchar de ahí en automóvil a la frontera con Austria, a su lugar de nacimiento, Braunau am Inn, dejando a Göring en Berlín como jefe de Estado interino. También Goebbels se quedó para manejar la presentación mediática del *coup*, lo mismo que para leer por la radio la proclama que Hitler había preparado antes de partir, justificando sus actos y prometiendo al pueblo austriaco "un verdadero plebiscito" en el futuro. Himmler y Heydrich ya se encontraban en Viena, junto con Wolff, Daluege, un pequeño grupo de colaboradores y un comando armado de la VT, habiendo aterrizado en el aeropuerto civil de la ciudad a las cinco de la mañana en dos Ju-52S. Habían sido recibidos por el exministro de Policía de Schuschnigg y una guardia de honor policial antes de ser conducidos a toda prisa en convoy al centro de la ciudad, donde Himmler tomó posesión del Hoter Regina para él y su Estado Mayor, en tanto que Heydrich se apropiaba del Hotel Metropole como oficina de la Gestapo. Mientras se establecían, reportes llegados de las fronteras informaban que las tropas alemanas eran recibidas con flores por entusiastas multitudes, que en muchos casos habían desmantelado las barreras a causa de tanta animación.

Kaltenbrunner, el gigantesco jefe de la SS austriaca cubierto de cicatrices que había sido nombrado ministro de Policía por órdenes de Göring, ya tenía completamente bajo control la situación de la seguridad, así que Himmler pudo dejarlo tranquilamente a cargo mientras partía con Wolff a esperar a Hitler en Linz, capital de Alta Austria, en compañía de Seyss-Inquart y Glaise-Horstenau. Hitler llegó más tarde de lo esperado, demorado en los caminos desde la frontera por efusivas multitudes, pero también por tanques y vehículos varados; Jodl calculó que 70% de los vehículos blindados alemanes se habían descompuesto. El comandante de la fuerza de tanques, el general Heinz Guderian, aseguró que esa cifra había sido de sólo 30%, pero aun así se trató de un muy insatisfactorio expediente de confiabilidad, síntoma de la precipitada e insuficiente preparación del ejército alemán. Sin embargo, Hitler ignoraba esas deficiencias mientras pronunciaba un emotivo discurso ante vastas y vehementes multitudes en la ciudad de su juventud; y cuando llamó a Göring a altas horas de la noche, sólo pudo hablar de lo hermoso que era su país, de lo mucho que le había afectado volver a casa y de lo agradecido que estaba con Mussolini por no haberse interpuesto en su camino.

Göring comunicó esto al príncipe Felipe en Roma a la mañana siguiente, en una llamada desde Carinhall, pidiéndole que le dijera al Duce que Hitler le escribiría para confirmar que las tropas alemanas tenían órdenes estrictas de no pasar de Innsbruck. El príncipe estaba tan entusiasmado como Göring y Hitler por el notable éxito de la operación. “Una svástica ondea ya en el consulado austriaco aquí”, informó. “E, incidentalmente, el rey me dijo que el coronel Beck [ministro polaco del Exterior, de visita en Roma] le comentó que veinticinco mil judíos habían pedido pasaportes en Viena. La opinión aquí es que sería mejor abrir un tiempo la frontera, para que toda la escoria pueda irse [...]”. A Göring, no obstante, le preocupaban las necesidades del Plan de Cuatro Años. “Está bien”, dijo entre carcajadas, “pero sin una sola divisa. Los judíos pueden irse, pero dejando amablemente su dinero, ¡que de todas maneras se robaron!”.[12]

Göring seguía de buen humor cuando llamó a Ribbentrop a Londres, aparentemente para ponerlo al tanto de lo que sucedía, aunque de hecho en beneficio del gobierno británico; no podía creer que los británicos no

escucharan todo el tráfico telefónico de la embajada alemana, de la misma manera en que él usaba a la FA. Las respuestas de Ribbentrop, y los comentarios que hizo sobre Halifax y Chamberlain, de quienes abominaba y desconfiaba, indican claramente que él también estaba en el secreto:

GÖRING: Usted sabe que el Führer me confió la conducción del gobierno mientras él está en Austria. Yo quería informarle que hay un júbilo indescriptible en ese país. Puede oirlo en la radio.

RIBBENTROP: Sí, fantástico, ¿verdad?

GÖRING: Sí, la entrada a Renania no fue nada en comparación. El Führer estaba muy conmovido cuando me habló anoche [...] Más allá de los judíos en Viena y de una parte de los cuervos negros, los católicos, no hay nadie que esté contra nosotros. El Führer cree que usted debería explicar las cosas a la gente de allá. La historia de que pusimos un ultimátum es completamente falsa [...]

RIBBENTROP: Ya se lo expliqué a Halifax y Chamberlain.

GÖRING: Los ministros nos pidieron respaldarlos, para que no fueran totalmente abatidos de nuevo, y sometidos al terror y la guerra civil [...] Schuschnigg pronunciaba discursos en los que decía que el Frente Patriótico pelearía hasta el último hombre; no podía saberse que capitularían así, y por tanto Seyss-Inquart, quien ya se había hecho cargo del gobierno, nos pidió presentarnos de inmediato [...] Éstos son los hechos, que pueden probarse con documentos [...] Lo siguiente es interesante: el absoluto entusiasmo por el nacionalsocialismo, que incluso a nosotros nos sorprendió.

RIBBENTROP: ¿Así que toda Austria es nuestra?

GÖRING: Bueno, déjeme decirle que si mañana hubiera una elección –y ya le he dicho a Seyss-Inquart que debería invitar a representantes de las potencias democráticas, para que se convenzan de que será realmente una elección hecha sobre una base democrática–, 90% de los votos serían a nuestro favor. ¡Seguro! [...] Debería pedírseles a personas responsables de Inglaterra y Francia que vengan a ver lo que de verdad sucede [...]

RIBBENTROP: Göring, dígame, ¿cuál es la situación en Viena? ¿Ya se arregló todo?

GÖRING: Sí. Ayer hice aterrizar cientos de aviones con varias compañías, para asegurar el campo de aviación, y fueron recibidos con júbilo. Las tropas austriacas no se retiraron, sino que fraternizaron de inmediato con las alemanas, dondequiera que fueron estacionadas.

RIBBENTROP: Era de esperar.

GÖRING: Todo está resultando como lo supusimos [...] No amenazamos de ningún modo a la República Checoslovaca, pero ahora ella tiene la oportunidad de llegar a un acuerdo amistoso y razonable con nosotros [...] A condición de que Francia mantenga la prudencia [...] Naturalmente, no sería divertido que Francia organizara ahora una gran movilización cerca de la frontera.

RIBBENTROP: Creo que se portará bien.

GÖRING: Nuestra conciencia está tranquila, y ése es un factor decisivo. Ante la historia, tenemos la conciencia tranquila [...]

RIBBENTROP: Tuve una larga y profunda conversación con Halifax, y también le comuniqué nuestro concepto básico sobre el entendimiento germano-inglés...

GÖRING: De eso era de lo que quería hablarle. Usted sabe, Ribbentrop, que siempre he estado a favor de un entendimiento germano-inglés. Cualquiera lo estaría si reconociera asimismo que también nosotros somos una nación orgullosa y libre. Después de todo, representamos dos naciones hermanas.

RIBBENTROP: Yo puedo decirle algo, Göring. El otro día hablé con Chamberlain [...] y tuve muy buena impresión de él [...] No quiero extenderme por teléfono, pero tengo la impresión de que también Chamberlain toma muy en serio la cuestión de un entendimiento [...] Le dije asimismo a Halifax [...] que deseamos honestamente llegar a un entendimiento, y me contestó que su única preocupacióm era la República Checoslovaca.

GÖRING: No, no, eso está fuera de duda [...]

RIBBENTROP: Le dije que no estábamos interesados ni pretendemos hacer nada allá [...] Tuve la mejor impresión de Halifax, tanto como de Chamberlain. Él pensaba que las cosas serían un poco difíciles con la opinión pública, porque aquí [la cuestión austriaca] parece un acto de fuerza. Pero yo tengo la sensación de que el inglés normal, el hombre de la calle, se preguntará por qué tendría Inglaterra que molestarse por Austria [...]

GÖRING: Usted puede decirles que Schuschnigg quería manipular la elección. Seyss-Inquart ha cuestionado a funcionarios que le dijeron que incluso el número de síes y noes estaba determinado con antelación [...] una maniobra totalmente desvergonzada [...] ¡Las condiciones eran grotescas! Imagínese, hace apenas unos días registraron la casa de mi hermana, esposa del nuevo ministro de Justicia austriaco. Y se llevaron fotografías del Führer, y mías, de su propio hermano. La prensa británica no ha dicho nada sobre eso, ¿verdad?

La conversación continuó cuarenta minutos más, durante los cuales Göring insistió en la intención de Schuschnigg de amañar la elección, enfatizó lo diferente que sería el nuevo referéndum, se refirió a sus planes para mejorar las condiciones económicas de Austria y elogió los artículos pronazis escritos para el *Daily Mail* por Ward Price, periodista que Hitler y Goebbels utilizaban con regularidad para transmitir sus opiniones a los lectores británicos. Para despedirse de sus escuchas ingleses, Göring remarcó los profundos sentimientos de Hitler por Austria:

GÖRING: Déjeme decirle esto, confidencialmente. El Führer, quien por lo general se controla mucho, tiene muy involucrado el corazón en esto, pues concierne a su país natal. Creo que si recibiera una amenaza por la cuestión austriaca, jamás cedería, como no lo haría tampoco –y tengo que ser muy claro en esto– ninguna de las dos naciones. Sería una cuestión que despertaría fanatismo en Alemania tanto como en Austria.

RIBBENTROP: Eso es obvio.

GÖRING: No cabe duda. Quienquiera que nos amenace ahora, agredirá a los dos pueblos, y ambos opondrán fanática resistencia [...]

Habiendo cumplido su papel en Londres, Ribbentrop desesperaba por volver a Alemania. “Mis conferencias aquí han llegado a su fin”, le dijo a Göring, quejumbrosamente. “Y si me quedo sin una buena razón, podría parecer extraño [...]”. Göring, saboreando su poder sobre él, le dio permiso para regresar, y concluyó: “Hay un clima maravilloso aquí. Cielos azules. Estoy sentado en mi balcón, envuelto en cobijas a causa del aire fresco, tomando café. Más tarde tendré que meterme, debo pronunciar un discurso. Los pájaros cantan, y puedo oir por la radio el entusiasmo, que debe ser fabuloso allá”.[13]

El plan había sido únicamente asociar a Austria con Alemania, y que aquélla conservara cierto grado de autonomía, con Hitler como presidente de ambos países, hasta que se celebrara el prometido referéndum el 10 de abril de 1938. Pero la recepción de que Hitler fue objeto al cruzar la frontera y dirigirse a Linz el 13 de marzo, con multitudes desbordadas que coreaban *Ein Volk, ein Reich, ein Führer!* (¡Un pueblo, un Reich, un líder!), hizo que él decidiera proceder de inmediato a una *Anschluss* total. Mandó llamar al funcionario del Ministerio del Interior de Frick, que aún elaboraba a toda prisa la legislación que lo convertiría en presidente de Austria, y le ordenó preparar una nueva ley que hiciera de Austria una provincia de Alemania. La Ley para la Reunificación de Austria con el Reich Alemán, que firmarían por Alemania Hitler, Göring, Ribbentrop, Frick y Hess, se redactó velozmente en un hotel de Linz, y el borrador se mandó en avión a Viena para ser firmado por el nuevo gobierno austriaco. Miklas se negó a hacerlo y renunció en el acto, entregando la presidencia a Schuschnigg. Pero en esa etapa éste era ya un gesto vacío: Austria había dejado de existir como país aparte. Su antiguo nombre se cambió por el de Ostmark (Marca o

Provincia Oriental), e incluso éste desapareció pronto, cuando el país se dividió en siete Gaue, aproximadamente correspondientes a los antiguos estados austriacos.

La entrada triunfal de Hitler a Viena se retrasó un día, mientras Himmler y Heydrich, con los expedientes de la policía austriaca a su disposición, terminaban de depurar la ciudad para hacerla inofensiva. A fin de ocuparse de esto, grupos de la VT, el Leibstandarte y guardias de los campos de concentración (núcleo conocido como la Calavera), además de unos cuarenta mil policías armados, habían seguido al ejército al otro lado de la frontera en la segunda oleada. Ellos arrestaron a entre diez mil y veinte mil "indeseables" e "inestables" durante el primer par de días, cifra que ascendería a setenta y nueve mil tan sólo en Viena en las semanas siguientes.

Göring, preocupado como siempre por proteger a sus amigos, envió su avión privado a recoger a Guido Schmidt, ascendido a ministro del Exterior poco antes, para ser llevado a Berlín, con objeto de librarlo de las garras de la Gestapo. Al año siguiente lo nombraría miembro del consejo de la HGW, como experto en los Balcanes. Otros ministros y notables austriacos no corrieron con tanta suerte. Schuschnigg fue puesto bajo arresto domiciliario y sometido a constante acoso y privación de sueño durante varias semanas. Luego se le trasladó a un desván en las oficinas de la Gestapo, el Hotel Metropole, donde se le mantuvo en condiciones atroces diecisiete meses más, antes de transferírsele a una serie de campos de concentración en Alemania a lo largo de la segunda guerra mundial.

Inicialmente, presos políticos menores fueron enviados a Dachau y otros campos en Alemania, pero Himmler actuó pronto en busca de un punto conveniente para un enorme campo puramente austriaco, conformándose con un sitio en declive sobre el Danubio en el pueblo de Mauthausen, cerca de Linz. El atractivo de ese lugar eran varias canteras, que él podría expropiar para la nueva empresa comercial que establecía entonces, la Compañía Alemana de Preparación de Terrenos y Cantería. Con un ilimitado suministro de mano de obra gratuita, y de materias primas gratis, dicha empresa estaba llamada al éxito. Himmler ordenó el instantáneo traslado de reclusos desde Dachau, para que empezaran a trabajar en la nivelación y construcción.

En lo inmediato, Himmler soltó a la SS y la SA por toda Austria, para que arremetieran contra la población judía en lo que William Shirer llamó "una orgía de sadismo", mucho peor que cualquier cosa que él hubiera visto hasta entonces en Alemania. Ese hecho fue particularmente severo en Viena, con un número estimado de ciento ochenta mil judíos, muchos de los cuales fueron obligados a limpiar lemas a favor de Schuschnigg en paredes y banquetas. En algunos casos descubrieron que el "agua" en las cubetas que se les daban resultaba ser ácido, que les quemaba las manos. Otros fueron forzados a sujetarse sus bandas de oraciones sagradas en los brazos y a limpiar excusados públicos y las letrinas de los cuarteles de la SS y la SA. Entre tanto, sus hogares fueron allanados, y sus bienes robados o confiscados. En las provincias, más de setecientas ciudades y pueblos donde había vivido un reducido número de judíos izaron banderas blancas para indicar que ya estaban "libres de judíos".[14]

El repertorio entero de leyes y medidas alemanas contra los judíos se introdujo en Austria de la noche a la mañana: unos ocho mil negocios judíos se "arianizaron", más de treinta mil judíos fueron despedidos de su empleo, se prohibió ejercer a médicos y abogados judíos, y doce mil familias judías fueron echadas de su hogar.[15] En todas partes, los judíos sufrían abusos físicos y humillaciones, destinados a forzarlos a salir de Austria. Para contribuir a ello, Himmler instituyó la Oficina Central para la Emigración Judía en Viena, encabezada por un prometedor oficial de la SS de treinta y dos años, Adolf Eichmann. Esto resultaría un gran éxito: en cuestión de semanas, unos noventa y ocho mil judíos, cerca de la mitad del total en el país, se habían marchado, dejando atrás sus bienes y dinero. Muchos otros, incapaces de encarar el futuro, se suicidaron.

Aunque Hitler mereció una delirante recepción en Viena el 14 de marzo, durante la que todas las iglesias católicas hicieron sonar sus campanas y ondear la bandera con la svástica por órdenes del primado de Austria, el cardenal Innitzer, el Führer se empeñó en marcharse lo más pronto posible; dicha ciudad guardaba muy malos recuerdos para él. Esa noche durmió en la mejor suite del Imperial Hotel, donde, aseguraba, había paleado nieve cuando indigente, mientras el emperador bebía y comía dentro, y luego presidió un desfile combinado de tropas alemanas y austriacas, que esa

misma mañana le habían jurado lealtad. Tras dirigirse a una vasta multitud de alrededor de doscientas cincuenta mil personas, tuvo una breve reunión con el cardenal, quien le aseguró el apoyo de los católicos de Austria, y más tarde voló a Munich, para pasar la noche en su departamento. Regresó a Berlín al día siguiente, para ser recibido como héroe por un comité de bienvenida en el aeropuerto, encabezado por Göring, quien cargaba gustosamente su bastón de mando como mariscal de campo.

Göring tenía un pequeño pero significativo asunto que atender antes de poder partir a Austria. Un día después del retorno de Hitler, convocó de nuevo al tribunal de honor para oir las acusaciones contra Fritsch, que él demolió debidamente con gran vigor, aunque Fritsch comentaría más tarde que durante la audiencia se había "empeñado en justificar la conducta de la Gestapo". Fritsch, sin embargo, culpó de todo a Himmler; incluso contempló la posibilidad de retarlo a duelo, pero no pudo hallar ningún general del ejército dispuesto a fungir como su padrino, así que tuvo que olvidarse del asunto y retirarse a su finca con una carta de disculpa de Hitler, pero ninguna sugerencia de rehabilitación. Como pequeño consuelo, se le nombró coronel en jefe de su antiguo regimiento de artillería. Ésta fue una designación puramente honoraria; pero cuando empezó la segunda guerra mundial, Fritsch acompañó a su regimiento a Varsovia, donde un artillero polaco le dio honrosa muerte en acción, mientras él se exponía deliberadamente al fuego.

Un día después de absolver a Fritsch, Göring presidió una sesión del Reichstag apresuradamente convocada, en la que Hitler dio a los diputados su versión de los hechos en Austria, culpando a Schuschnigg de haberlo obligado a actuar al incumplir su palabra con su "farsa electoral". Luego anunció nuevas "elecciones" en toda Alemania, por celebrarse al mismo tiempo que el plebiscito austriaco del 10 de abril. Goebbels procedió a su muy practicada rutina electoral, planeando la campaña con gran cuidado para evitar la fatiga de los votantes. Para ocuparse específicamente de Austria, estableció una oficina satélite de propaganda del Reich en Viena, ubicada en la antigua casa de un judío que había huido, la que ostentosamente ordenó fumigar antes de instalar ahí a su personal.[16]

Göring marchó a su amada Austria el 24 de marzo, su primera visita en varios años. Su popularidad era tan grande ahí como en Alemania, y

saboreó cada momento, atravesando pueblos y ciudades en un automóvil descubierto, vistiendo sus uniformes más deslumbrantes, sonriendo y saludando mientras agradecía las aclamaciones. En sus discursos prometió a los austriacos nuevas industrias, incluida una gran planta siderúrgica en Linz como parte de la HGW, autopistas, estaciones eléctricas, fábricas de armamento, nuevos puertos fluviales, un gran canal Meno-Danubio para unir a Austria con las regiones industriales del norte y noroeste de Alemania, y nuevas medidas sociales. "¡El desempleo será completamente proscrito!", anunció, y continuó, con una sonrisa: "Pero también ha llegado la hora de terminar con toda esa *Gemütlichkeit* [comodidad]. ¡Ahora deberán trabajar duro!". En Viena adoptó un tono más sombrío. "La ciudad de Viena", proclamó, "no puede seguir reclamando legítimamente que es una ciudad alemana. ¿Cómo puede hablarse de una ciudad alemana donde hay trescientos mil judíos [*sic*]? Viena debe volver a ser una ciudad alemana, porque tiene importantes tareas que cumplir para la Ostmark de Alemania, tanto cultural como económicamente. Para ninguna de ellas podemos hacer uso de los judíos."

Al presentársele un artículo de *The Times* de Londres según el cual "desde que Hitler y sus fuerzas entraron a Viena, tan sólo en esa ciudad se han suicidado unos siete mil judíos", Göring replicó en un programa de radio: "Los judíos no nos agradan, ni nosotros a ellos. Les daremos el gusto de marcharse. Pero yo no puedo evitar que se quiten la vida. ¡No puedo poner un policía detrás de cada judío para prevenir suicidios!".[17] Uno o dos días después, hizo un sentimental retorno a Mauterndorf, el castillo donde había jugado tan felizmente de niño. Ahí presentó a Emmy, cuyo embarazo ya estaba muy avanzado, con la viuda del caballero Von Epenstein, Lilli, quien los recibió alborozadamente y le dijo a Emily que algún día el castillo sería suyo, un legado para Hermann de su bondadoso padrino judío.

El 10 de abril de 1938 los votantes de la nueva Gran Alemania acudieron a las urnas. Aun concediendo presiones y fraude electoral, los resultados fueron pasmosos: 99.73% de los austriacos votaron por el "sí" a la *Anschluss;* en Alemania en general, la pregunta única, "¿Aprueba usted la reunificación de Austria con el Reich alemán del 13 de marzo de 1938, y vota a favor de la lista de candidados propuesta por nuestro Führer Adolf Hitler?", produjo una votación de "sí" de 99.08%. Goebbels se felicitó y

felicitó a su ministerio en su circular diaria: “Tal resultado electoral de casi 100% es una simultánea página de gloria para todos los propagandistas electorales”, escribió.[18] Göring y él habían hecho bien su trabajo, al igual que Himmler y Heydrich en el sofocamiento de toda oposición en la nueva Ostmark. Estaba libre el camino para el gran paso siguiente.

Uno de los efectos secundarios de la *Anschluss* con Austria fue que en un solo día la población judía de la Gran Alemania aumentó en más de ciento noventa mil personas, remplazando casi exactamente a las que habían sido obligadas a emigrar desde que Hitler llegó al poder. La cuestión judía, a la que se había permitido hervir a fuego lento desde que se le puso en el quemador trasero durante las Olimpiadas, de repente estaba en ebullición otra vez, y los líderes nazis pronto competían entre sí para demostrar la firmeza de sus acreditaciones antisemitas.

Göring, como siempre, estaba más preocupado por la economía que por la ideología. No tenía nada personal contra los judíos, como lo indicaba claramente su famoso dicho “Yo decido quién es judío”, y estaba más que satisfecho comprando joyas u obras de arte a comerciantes judíos en Alemania o el extranjero. No tenía empacho en ayudar a individuos judíos a escapar de los peores efectos de leyes de las que él era, al menos, parcialmente responsable. Pero tampoco lo tenía en apropiarse de sus bienes, para enriquecer tanto al Estado como a sí mismo. El 26 de abril decretó que todas las propiedades judías valuadas en más de cinco mil *Reichsmark* debían ser registradas, para disponer de un archivo completo de la fortuna de los judíos. Seis semanas después ordenó que todos los negocios judíos fueran visiblemente marcados y registrados, para su más efectivo boicot y, llegado el momento, más fácil confiscación.

Goebbels se sintió estimulado por las listas de Göring, que demostraban, dijo, que había muchos judíos ricos, “algunos de ellos millonarios incluso”, lo que a su vez probaba que “toda compasión por ellos estaría completamente fuera de lugar”.[19] Con la aprobación de Hitler, inició una renovada campaña para expulsar a los judíos de Alemania, y en especial de su dominio de Berlín, donde el número, en realidad, aumentaba conforme judíos echados de pequeñas ciudades y pueblos buscaban refugio entre los suyos en la gran ciudad. “¿Acaso no es indignante y hace enrojecer de furia”, gritó en su discurso del solsticio de verano en un

abarrotado Estadio Olímpico, “que en los últimos meses no menos de tres mil judíos hayan emigrado a Berlín? ¿Qué quieren aquí? ¡Que vuelvan a su lugar de origen! ¡Que dejen de provocarnos!”.[20] Instruyó a Helldorf empezar a arrestarlos por “holgazanes y antisociales”, diciendo en una reunión de trescientos oficiales que la policía y el partido debían trabajar de la mano para forzar a todos los judíos a salir de Berlín en el curso del siguiente semestre, exagerada orden desde cualquier punto de vista.

Los nazis alemanes y sus partidarios habían visto con admiración que las turbas vienesas cargaban contra los judíos durante los primeros días del nuevo régimen. Y aplaudieron a Eichmann cuando éste y su equipo expulsaron de Austria a más de la mitad de los judíos en cuestión de semanas, en muchos casos trasladándolos físicamente a las fronteras con países vecinos, en especial Polonia, de donde procedía gran número de ellos. Aun así, seguía habiendo más de cuatrocientos mil en el Reich en su conjunto, y era claro que se necesitaba una acción mucho más drástica para deshacerse de ellos. Las tropas de la SA vieron renacer con gusto sus días de gloria mientras se entregaban a orgías de abusos e intimidaciones en varias ciudades. En Munich y Nuremberg, las autoridades locales se sumaron a ellas demoliendo las principales sinagogas, “para dar lugar a nuevos planes de tránsito”.

Con un enfoque más mesurado, Himmler hizo arrestar a unos dos mil judíos en todo el país por cargos de “contaminación racial”, y los envió a campos de concentración. Recientemente había abierto uno nuevo en Buchenwald, cerca de Weimar, donde los presos eran esclavizados durante catorce a dieciséis horas diarias picando y cargando piedras en las “canteras de la muerte”, para abastecer a los programas de construcción de Göring. En preparación de un significativo incremento, los presos de Buchenwald y Sachsenhausen fueron obligados a agrandar sus campos, mientras que en Dachau los talleres se dedicaban a coser Estrellas de David en miles de uniformes rayados. Las implicaciones eran obvias para todos.

La presión sobre los judíos no disminuyó durante el verano y el otoño. El 17 de agosto un nuevo decreto ordenó a todos los judíos adoptar los nombres de Israel o Sara antes de su nombre propio. El 27 de septiembre se prohibió a los abogados judíos ejercer en Alemania. El 7 de octubre todos los pasaportes alemanes pertenecientes a judíos —que ya habían tenido que

estampar en ellos una J roja— fueron retirados, para ser remplazados por tarjetas de identidad especiales. Esto coincidió con medidas tomadas en Polonia para impedir el retorno de los judíos polacos que vivían en Alemania.

Himmler envió de inmediato un memorándum a Hitler, advirtiendo que, "en la práctica, esto significaría que unos setenta mil judíos polacos en territorio del Reich tendrían que ser permanentemente tolerados en Alemania".

Cuando el gobierno polaco se negó a cambiar su decreto, Himmler mandó a la policía a hacer una redada de quince mil judíos con pasaporte polaco, subirlos a trenes especiales y transportarlos a la frontera. Ahí, hombres de la SS se hicieron cargo de ellos, obligándolos a cruzar la frontera a fuerza de golpes y azotes, no sin antes haberlos cateado para cerciorarse de que ninguno sacara del país más de los diez marcos permitidos. Tropas y guardias fronterizos polacos intentaron hacerlos retroceder a punta de bayoneta, pero la SS los detuvo, así que por un tiempo quedaron varados en tierra de nadie en la frontera rural, dando a la prensa internacional mucho que decir antes de que finalmente se les permitiera entrar a Polonia, donde se les hacinó en condiciones precarias en graneros y establos. Para Himmler, esa redada y expulsión fue un valioso ensayo para futuras operaciones de mayor escala.

LA CRISIS DE LOS SUDETES

Con la anexión de Austria, las fauces abiertas de la Gran Alemania estaban listas para cerrarse en torno a Checoslovaquia, exactamente como Göring y Hitler habían planeado. Los checos, hostiles, bien armados y protegidos por tratados con Francia y la Unión Soviética, presagiaban ser un bocado mucho más duro que los austriacos, pero había una manera simple de devorarlos: en dos mordidas. La primera retiraría la capa protectora de la cordillera de los Sudetes, "recuperándola", junto con su población germanohablante, para el Reich. El hecho de que esa población nunca hubiera formado parte de él era irrelevante; conforme a los principios expuestos por el presidente estadunidense Wilson en 1918, que habían servido de base para la Conferencia de Paz de París, tenía derecho a la autodeterminación, y étnicamente era alemana. Despojada de sus formidables defensas, la pulpa de Checoslovaquia sería entonces fácil de comer.

Sólo había algo en contra del método de las dos mordidas: el deseo de Hitler de emular a su héroe, Federico el Grande, adquiriendo territorios mediante la conquista militar. No había gloria alguna en una victoria incruenta, y de todas maneras él ansiaba poner a prueba sus nuevas Wehrmacht en el campo de batalla, bajo su inspirada dirección. El día que cumplió cuarenta y nueve años, el 20 de abril de 1938, y después de la habitual comida, los desfiles militares y un efusivo discurso de Göring, llamó a Keitel a su estudio y le ordenó empezar a preparar una versión corregida de la Operación Verde, plan elaborado el año anterior como golpe preventivo contra Checoslovaquia para impedir que sus aliados soviéticos la usaran como trampolín para atacar a Alemania. Ese peligro había pasado. Ahora, dijo a Keitel, él veía a Checoslovaquia como un obstáculo por quitar antes de que llegara "la hora de la verdad con el este, por lo que entendía no sólo a los polacos, sino en particular a los bolcheviques". Añadió que no

tenía ninguna intención “de desencadenar una guerra contra los checos por iniciativa propia”, al menos en el futuro inmediato, pero que quería estar listo, por si surgía la necesidad política de ello, “para golpear como un relámpago”.[1] Los franceses tardarían cuatro días en movilizarse, así que un ataque tendría que surtir efecto en menos tiempo, para enfrentar a las potencias occidentales a un *fait accompli* en el que sería inútil que intervinieran.

Por una vez, Göring no fue directamente involucrado en los preparativos políticos. Aunque necesitaba desesperadamente los recursos minerales e industriales checos para el Plan de Cuatro Años, tenía poco que ver con los Sudetes, o con Checoslovaquia en general. El Ministerio del Exterior había manejado siempre las relaciones con Praga, y pese a su tradicional cautela había subsidiado en secreto al criptonazi Partido de los Sudetes Alemanes en los últimos tres años. La llegada de Ribbentrop a ese ministerio aumentó al punto el ritmo y la presión. Neurath había sido una influencia moderadora sobre Hitler, pero Ribbentrop ansiaba impresionarlo con su beligerancia, y lo espoleaba sin considerar los riesgos implicados.

Los sudetes [germanohablantes de la región] tenían genuinos motivos de queja como minoría oprimida, y durante algunos meses el líder de ese partido, el afable maestro de gimnasia Konrad Henlein, los había usado como base de una campaña de agitación, cuidadosamente orquestada bajo la guía personal de Hitler. La *Anschluss* había dado tremendo impulso a Henlein y su partido, y el 28 de marzo de 1938 él fue a Berlín a reunirse con Hitler y Ribbentrop, para recibir órdenes del primero sobre sus siguientes acciones. Sin comprometer una fecha, Hitler le dijo que, llegado el momento indicado, se crearía un pretexto para la invasión del ejército alemán a fin de proteger a los sudetes. Entre tanto, Henlein debía seguir exigiendo crecientes concesiones que el gobierno checo no pudiera aceptar, para convertirlas después en llamados a una autonomía plena, y finalmente a regimientos aparte de germanohablantes en el ejército checo.[2]

Al día siguiente, en el Ministerio del Exterior, Ribbentrop recordó a Henlein que debía aparentar que actuaba en forma totalmente independiente, y que el gobierno del Reich no estaba asociado con sus demandas. Sin embargo, debía mantener “el contacto más estrecho posible con el Ministerio del Exterior del Reich”: Ribbentrop había resuelto compensar la ignominia de que se le hubiera excluido de la *Anschluss*

cerciorándose esta vez de que sólo él estaría en el centro, moviendo los hilos junto con Hitler.

Durante los cinco meses siguientes, Henlein jugó hábilmente sus cartas, intensificando sin cesar las tensiones con la ayuda secreta del Abwehr (el servicio de inteligencia militar) y el Ministerio del Exterior. Para sostener la ficción de que Alemania no estaba involucrada, Goebbels impuso una mordaza a los medios informativos, prohibiendo artículos críticos sobre Checoslovaquia. Cuando Henlein viajó a Londres, a principios de mayo, para hablar con el gobierno británico, se le indicó que debía negar que recibiera instrucciones de Berlín, y que debía decir a los británicos que Checoslovaquia se desintegraba bajo la presión de las diversas minorías de su mosaico étnico, todas las cuales resentían el predominio checo.[3] El engaño funcionó: británicos y franceses ejercieron creciente presión sobre los checos para que "hicieran todo lo posible" por cumplir las demandas en los Sudetes.

Sin la SS en Checoslovaquia, Himmler no tenía ningún papel que desempeñar en los preparativos en ese país, salvo el de hacer planes para apoderarse de la policía checa tras la invasión. De cualquier forma, estaba muy ocupado consolidando su posición en la antigua Austria, formando nuevas unidades de la Totenkopf (Calavera) y la VT (Tropa de Disposiciones) e integrando la SS general austriaca en la organización del Reich. También se hacía cargo de ampliar la SS en el Reich en su conjunto, creando específicamente un nuevo departamento, el SS Ergänzungsamt (Servicio de Reserva), para reclutar efectivos de "sangre aceptable" no sólo en el Reich, sino también en los nuevos territorios que éste adquiriría pronto. Como también las fuerzas armadas deseaban efectivos de ese tipo, la competencia era muy fuerte, considerando que Himmler, en especial, hacía todo lo posible por establecer a la SS, y particularmente a la VT, como cuarto brazo militar, junto al ejército, la marina y la Luftwaffe. En ese momento, a los hombres que se alistaban en la armada VT —aunque no todavía a los guardias de los campos de concentración de la Totenkopf— se les exentaba del servicio militar. Para atraer a los reclutas que quería, Himmler trabajó como nunca en la imagen de elite de la SS y la mística de sus rituales secretos.

Heydrich, al tiempo que supervisaba el establecimiento de la Gestapo en la Ostmark, se propuso desarrollar una función de inteligencia extranjera en el SD (Servicio de Seguridad). Por el momento, ésa era prerrogativa exclusiva del Abwehr, entonces comandado por su antiguo mentor, el recién ascendido vicealmirante Canaris, con quien había renovado su amistad. Ambos eran vecinos en Berlín, e iban al Tiergarten casi todas las mañanas, y hablaban del trabajo. Uno de los temas que deben haber tratado era la situación en Checoslovaquia, donde Canaris dirigía equipos encubiertos de sabotaje y subversión para respaldar a la gente de Henlein y para formar depósitos secretos de armas y municiones. Serían justamente los agentes de Canaris quienes montarían los incidentes necesarios para provocar un levantamiento y justificar la intervención alemana; haciéndose eco del plan previo de asesinar a Papen en Viena, Hitler sugirió que el asesinato del ministro alemán en Praga, en el curso de una manifestación antialemana, daría buenos resultados.[4] Esto abrió el apetito de Heydrich, quien ansiaba el momento de estar a cargo de las operaciones clandestinas contra los enemigos de Alemania en el extranjero, lo mismo que en el Reich.

A principios de mayo de 1938, Goebbels y Ribbentrop estuvieron entre las quinientas personas que acompañaron a Hitler, en tres trenes especiales, a realizar una visita de Estado de reciprocidad a Roma. Göring se quedó una vez más en Berlín como jefe de Estado interino, habiendo sido confirmado diez días antes como sucesor designado de Hitler en el testamento político de éste. En tal carácter, Göring tuvo sumo placer en poder recibir, en condiciones de igualdad, al rey de Suecia, cuando éste pasó por Berlín el 3 de mayo.

La visita a Italia fue un éxito para Hitler, pese a su irritación al descubrir que oficialmente era huésped del rey, no de Mussolini, y al tener que soportar el insufrible esnobismo de la corte real. Le extasió la belleza de la Toscana y Umbría, y los exquisitos edificios y obras de arte de Florencia y Roma. Y sorprendió al ministro del Exterior, Ciano, convirtiendo la inicial "hostilidad universal" en su contra en cordialidad y simpatía, gracias a sus conversaciones y discursos, entre ellos la renuncia pública a todos los derechos sobre el Tirol meridional, la cual fue muy bien recibida en Roma. Más importante para Hitler fue la cada vez más profunda amistad de Mussolini, y las seguridades del Duce de que, pasara lo que pasara,

Checoslovaquia no era de interés para él. Este solo gesto hizo que todo el viaje valiera la pena.

Ribbentrop fue el único en quedar seriamente decepcionado con la visita a Italia. En un torpe e imprudente esfuerzo por obtener prestigio personal, intentó conseguir que los italianos firmaran un tratado de amistad eterna, apoyo mutuo y respeto por las fronteras vigentes. Una cláusula secreta del documento llegaba mucho más lejos aún, estableciendo con poco diplomática llaneza: "Si una de las partes contratantes [...] fuera atacada por Francia y/o Inglaterra, la otra le brindará ayuda y asistencia con todas sus fuerzas".[5] Sin previo aviso, Ribbentrop soltó a Ciano el borrador de su tratado mientras se hallaban a bordo del acorazado italiano *Cavour*, presenciando una impresionante exhibición naval en el Golfo de Nápoles, la atracción principal de la cual fueron ochenta y cinco submarinos que se sumergían y salían a la superficie en perfecta sincronización, y que luego dispararon ensordecedoramente sus armas al unísono. Aunque Ciano era un conocido playboy y libertino, había pasado once años en el servicio diplomático antes de que se le nombrara ministro del Exterior y se sabía algunos trucos. Evadió con ingenio a Ribbentrop devolviéndole un "borrador corregido", que el intérprete Paul Schmidt describió como "un documento totalmente absurdo, cuya vacuidad ascendía a franco rechazo". Cuando Ribbentrop intentó protestar, Ciano lo aplastó con una sarcástica sonrisa, asegurándole que la solidaridad entre sus dos países era tan fuerte que no tenían necesidad de un tratado formal.[6] Ribbentrop nunca perdonó a Ciano esta humillación, y pasó los cinco años siguientes buscando vengarse a toda costa.

Ciano no tenía sino desprecio por el ignorante amateurismo de su rival, como lo dejó ver claramente a su suegro al informarle del burdo intento de Ribbentrop de comprometer sin más a Italia en un tratado. Mussolini, aunque no reacio a la idea de un convenio a largo plazo, estuvo de acuerdo con él, diciendo que Ribbentrop "pertenece a esa categoría de alemanes que infaman a su país. Habla a diestra y siniestra de guerra, sin tener a la vista un enemigo particular ni objetivo claro". No había que tomarlo en serio.[7]

Cuando Goebbels desembarcó del *Cavour*, encontró a un mensajero esperándolo con un telegrama personal: Magda había dado a luz a su quinto descendiente, otra hija, a la que llamaron Hedda. La noticia le fascinó.

Ahora que ya tenía un hijo, las hijas no parecían importarle; cuando Emmy Göring también dio a luz una niña un mes después, él comentó en su diario que Göring tenía derecho a sentirse feliz, pues “las niñas quieren a su padre más que los niños, quienes a cierta edad se separarán de la familia”.[8]

Pese a su dicha por el alumbramiento, todo estaba lejos de marchar bien en el matrimonio de Goebbels, ya que, comprensiblemente, Magda objetaba su relación con Lida Baarova y el alarde que hacía públicamente de ello. Las que él describía como “escenas de celos” eran crecientemente habituales. Goebbels se había mudado de la casa principal en Schwanenwerder a la casita de huéspedes, pero pasaba cada vez más tiempo en su cabaña en Lanke, con Baarova. No parecía incomodarle que su amante fuera checa; quizá esto daba, incluso, un interés extra a su aventura.

Göring, por su parte, aguardaba con cierta impaciencia el nacimiento de su vástago, pero tenía mucho en qué mantenerse ocupado entre tanto. Estaba muy atareado integrando la industria austriaca al Plan de Cuatro Años y la HGW, así como estableciendo la nueva planta siderúrgica que había prometido cerca de Linz, para explotar el mineral de hierro de alta calidad. Como ventaja adicional, le fue posible adquirir la planta de laminación de acero propiedad del barón Louis de Rothschild, jefe de la rama en Viena de la familia banquera y financiera judía, a quien se mantenía como prisionero de la Gestapo, junto con Schuschnigg, en los desvanes del Hotel Metropole. A cambio de su libertad para salir de Austria, se convenció al barón de que cediera su planta a la HGW. Al igual que a otros judíos ricos, también se le obligó a dejar su extensa colección de arte y antigüedades. Esas obras confiscadas se exportaban a cambio de divisas o se vendían, a precios irrisorios, a privilegiados alemanes, como Göring, siempre el primero en la fila. Su principal rival era Rosenberg, quien compraba pinturas y esculturas a nombre de Hitler, para exhibirlas en la Casa del Arte Alemán en Munich, o en la grandiosa galería que planeaba para Linz.

Aunque ambivalente ante la acción militar contra los checos, Göring participó de todos modos en la preparación de la corregida Operación Verde, dado que el éxito de cualquier invasión dependía, en gran medida, de la Luftwaffe. Una consideración esencial era la reacción de las potencias occidentales, en especial Francia, cuyo ejército, con sus cien divisiones,

seguía superando enormemente en número al alemán. Pese a —o tal vez a causa de— la constante afirmación de Ribbentrop de que los franceses no harían nada, Göring no estaba tan seguro. Habiendo convencido a Hitler de que debían protegerse las espaldas, sólo por si acaso Francia decidía atacar, fue a inspeccionar la Muralla Occidental, la línea de fortificaciones a lo largo de la frontera oeste de Alemania, conocida en el extranjero como Línea Sigfrido.

Ingenieros militares habían empezado a trabajar en los búnkers y fuertes de la Muralla Occidental en 1936, tras la reocupación de Renania, pero el plan aprobado por Blomberg había previsto un periodo ampliado de construcción de hasta veinte años. No es de sorprender, entonces, que Göring se haya encontrado con que "no se había hecho prácticamente nada; lo que se había hecho era insuficiente, y apenas existía el sistema de defensa más primitivo".[9] Su informe a Hitler fue muy crítico. Éste se enfureció con los generales, los acusó de sabotear sus planes y los excluyó de las obras, que otorgó a Fritz Todt, ingeniero civil que había ideado el programa de autopistas. La operación entera quedó sujeta al Plan de Cuatro Años, lo que dio a Göring todavía un área más de responsabilidad.

Hitler pasó ese año más tiempo que de costumbre en el Obersalzberg, pues había encargado a Speer que demoliera la antigua cancillería del Reich y construyera una enorme para año nuevo, así que la Wilhelmstrasse y la Vosstrasse resultaban demasiado ruidosas. El 20 de mayo, Keitel hizo llegar la primera versión de la directiva de la Operación Verde a Hitler en el Berghof. Con los generales casi unánimemente contra el plan entero, el OKW (Alto Mando de las Fuerzas Armadas) le había dado largas al asunto durante cuatro semanas, creyendo que no había gran urgencia. En confirmación de esto, la primera frase del documento se hacía eco de algo que Hitler le había dicho a Keitel: "No es mi intención aplastar a Checoslovaquia sin provocación con una acción militar en el futuro inmediato, a menos que un acontecimiento inevitable *en* Checoslovaquia misma nos empuje a ello, o que sucesos políticos en Europa creen una oportunidad particularmente favorable que podría no repetirse nunca".[10]

El contenido de esa versión se filtró, de algún modo, ese mismo día, y se asoció con informes de movimientos de tropas alemanas y rumores de que Hitler había pedido detalles de divisiones alemanas en la frontera checa

que pudieran movilizarse en menos de doce horas. En la general atmósfera de tensión y desconfianza, acentuada por el hecho de que ese fin de semana se celebraban elecciones locales, los checos prefirieron no arriesgarse y ordenaron la inmediata movilización parcial de su ejército. Por coincidencia, dos motociclistas sudetes alemanes fueron asesinados esa mañana en un incidente que involucraba a la policía checa, lo que no contribuyó en absoluto a bajar la temperatura. Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética confirmaron, al momento, sus obligaciones con Checoslovaquia, y exigieron saber qué ocurría. Cuando los alemanes negaron los informes de movimientos de tropas, Henderson habló con Weizsäcker en el Ministerio del Exterior y le pidió obtener la confirmación de Keitel, lo que Weizsäcker hizo al instante por teléfono.

En un esfuerzo por calmar los ánimos, Henderson reveló sus hallazgos a la prensa británica; y al día siguiente, para estar completamente seguro, envió a sus dos agregados militares a recorrer los distritos fronterizos de Sajonia y Silesia, en busca de señales de actividad militar inusual. No hallaron ninguna. Para entonces, sin embargo, el caso se había convertido en una grave crisis internacional, exacerbada por la histérica rabieta de Ribbentrop de que Henderson hubiera hecho contacto con Keitel, “a sus espaldas”. Tras gritar al embajador que se aseguraría de que nunca más recibiera información sobre asuntos militares, Ribbentrop se negó a confirmar que tropas alemanas no estuvieran a punto de invadir Checoslovaquia, acusó a los checos de planear una masacre de sudetes alemanes bajo la pantalla de un supuesto horror a la guerra y amenazó, con “lenguaje reprensiblemente sanguinario”, que si persistían “mujeres y niños y todos los demás serían exterminados”.[11]

Sumamente alarmado por la belicosa actitud de Ribbentrop, Henderson volvió a toda prisa a la embajada, informó de sus sospechas a Londres y ordenó a su personal prepararse para enviar a sus familias de regreso a Inglaterra. El gabinete británico se alarmó por igual, entre otras cosas por temor a ser arrastrado a una guerra que no deseaba; pero en vez de lanzar un disparo de advertencia contra la proa de Hitler, Halifax envió una desganada amonestación de que si Alemania atacaba a los checos, era inevitable que los franceses intervinieran, y los alemanes no debían contar con que Gran Bretaña se mantuviera al margen.[12]

Por desganado que haya sido ese acto de Halifax, bastó para causarle a Ribbentrop otro paroxismo de furia, aunque esta vez sombrío. “Si se desatara una guerra general”, le dijo bruscamente a Henderson, “sería una guerra de agresión provocada por Francia, y Alemania combatiría como lo hizo en 1914”.[13] Luego de declarar que las amenazas de intervención dejaban a Alemania “totalmente indiferente”, aseguró que “los checos jugaban con fuego si dependían de asistencia extranjera, porque antes de que esa asistencia llegara no quedaría una sola alma viviente en ese Estado [...] Si realmente Francia fuera tan insensata para atacarnos, esto llevaría, quizá, a la mayor derrota en la historia francesa; y si Gran Bretaña se le uniera, tendríamos que pelear a muerte una vez más”.[14] La respuesta personal de Halifax, que Henderson entregó esa noche a Wiezsäcker —pues, para su alivio, Ribbentrop había salido corriendo a informar a Hitler en el Berghof—, llamó la atención del Ministerio nazi del Exterior sobre el “peligro de precipitar acciones conducentes a una conflagración general [...] que pueda resultar en la destrucción de la civilización europea”.[15]

La crisis se evaporó tan pronto como había estallado, cuando quedó claro para todos que había sido una falsa alarma: también la embajada francesa y otras habían remitido a sus agregados militares a las regiones fronterizas, y no habían hallado acción alguna. Por desgracia, los checos no resistieron la tentación de burlarse de Hitler, afirmando ruidosamente que éste pensaba invadir, pero que había tenido que ceder cuando ellos le hicieron frente, y la prensa mundial adoptó este mismo tema socarrón. Nada habría sido más eficaz para afianzar a Hitler en su determinación. “Después del 21 de mayo”, recordaría más tarde, “quedó muy claro que este problema tenía que resolverse de uno u otro modo. Cada nuevo aplazamiento sólo volvería más difícil el asunto, y más sangrienta la solución.”

El resto de esa semana, Hitler se encerró en el Berghof, rumiando con enfado, yendo de un lado a otro de su habitación cada noche y pensando qué hacer. Luego, una vez tomada la decisión, regresó a Berlín y llamó a sus principales generales, funcionarios del Ministerio del Exterior y ministros a una conferencia el sábado 28 de mayo de 1938, que inició con estas palabras: “He resuelto que Checoslovaquia debe desaparecer del mapa”. Antes de la reunión, un preocupado Göring había llevado aparte a Fritz Wiedemann, comandante de la compañía de Hitler en la guerra y entonces su ayudante personal, y le preguntó: “¿Realmente el Führer cree

que los franceses no harán nada si arremetemos contra los checos? ¿No lee las intercepciones de la FA [Oficina de Investigación] que le mando?". Advertido de que el ejército no estaba preparado para combatir, prometió hablar con Hitler del asunto. Pero a éste ya no lo paraba nadie. Sin duda, para alivio de Göring y los generales, no preveía una pronta acción. Pero aunque no dio fecha para un ataque, quería que todo estuviera listo para principios de octubre. Aceptó la directiva preliminar de la Operación Verde, con apenas correcciones menores, la primera de las cuales fue la frase inicial, que, vuelta de cabeza, ahora decía: "Es mi inalterable decisión aplastar a Checoslovaquia con la acción militar en el futuro inmediato."[16]

Aparte de la preparación del ejército para un ataque en el este, el otro factor que llevó a Hitler a contenerse fue la ausencia de avances en la Muralla Occidental, que no estaba en condiciones de demorar a los franceses, y mucho menos de impedir su entrada. Göring se encargó de que Todt reclutara a miles de conscriptos del Servicio de Trabajo Voluntario –al final se empleó a más de ciento cuarenta y ocho mil, junto con cincuenta mil zapadores del ejército– para que construyeran a todo vapor diez mil estructuras sólidas de concreto en menos de dieciocho meses. Sin embargo, cinco mil pequeños búnkers y fortines para los designios de Hitler debían estar listos para el primero de octubre.[17] Al mismo tiempo, los jornaleros del Servicio de Trabajo Voluntario serían adiestrados en el uso de rifles, ametralladoras y granadas, para que pudieran guarnecer las defensas en una emergencia.

Göring no tardó en mostrar, una vez más, la diferencia entre los generales del ejército, extremadamente reacios a aceptar las órdenes de Hitler, y su dinámica Luftwaffe. Inmediatamente después de aquella reunión, volvió a toda prisa a su oficina y convocó a sus generales primordiales a una conferencia para el día siguiente. Ellos emprendieron, al instante, la planeación funcional de la Operación Verde, y en tres días habían emitido órdenes completas para la construcción de una Zona de Defensa Aérea (LVZ), una segunda línea defensiva detrás de la Muralla Occidental a lo largo de la frontera occidental. Se trataba de una iniciativa de Göring, tomada, según Nicolaus von Below, ayudante de Hitler en la Luftwaffe, "a causa de que el ejército no deseaba la Muralla Occidental o Línea Sigfrido, y Göring vio la oportunidad de quedar bien con Hitler".

Esta zona constaba principalmente de armas antiaéreas de ochenta y ocho milímetros dispuestas en emplazamientos de concreto con una doble función antiaérea/antitanques, para disgusto de los jefes del ejército, quienes la consideraron una injustificada interferencia en sus asuntos. Göring hizo caso omiso de sus objeciones, y para mediados de mayo de 1939 la LVZ ya estaba terminada en dos terceras partes, y era "digno rival de cualquier unidad de tanques y artillería francesa de la época".[18]

Habiendo decidido actuar, Hitler soltó de nuevo a Goebbels. La prohibición de críticas fue remplazada por una sucia campaña de propaganda, cuidadosamente planeada para intensificarse sin cesar durante el verano y llegar a su clímax en otoño. Goebbels emitía a diario boletines de prensa que explicaban cómo debía tratar ésta los "incidentes" del momento en la opresión de la minoría alemana, lo que incluía falsas historias de atrocidades corroboradas con mapas del Estado Mayor, directorios telefónicos y padrones electorales. Le preocupó, sin embargo, que aun tres meses después de iniciada su campaña, el ánimo en Alemania seguía siendo "sombrío", sin entusiasmo por la guerra, en marcado contraste con el regocijo de agosto de 1914.[19]

El 2 de junio, Emmy Göring dio a luz a una niña, a la que llamaron Edda, en honor de la hija de Mussolini. La desbordada alegría de Göring era digna de verse, y su popularidad aumentó más todavía, aunque eso no detuvo los rumores sobre la paternidad de la niña o la especulación de que había sido concebida por inseminación artificial, pues se decía que las heridas de Göring lo habían dejado impotente. Pero cuando Emmy llevó a su hija a la paz de su cabaña entre las dunas, en la turística isla de Sylt, él se quedó trabajando en Berlín. Bien puede ser que haya pensado que estarían más seguras en esa remota isla del Mar del Norte que en la capital del Reich en un momento de tanta tensión internacional, pero de cualquier forma tenía demasiado que hacer para tomarse un descanso.

Un día antes del nacimiento de Edda, el flamante bombardero Ju-88, que resultaría el más venturoso y versátil avión alemán en la segunda guerra mundial, completó exitosamente sus primeros vuelos de prueba; y aunque aún necesitaba un alto grado de desarrollo, Göring ordenó su producción inmediata. Para elevar la producción de aviones en general, decretó que las fábricas debían instaurar turnos de diez horas e instituyó nuevas iniciativas

para capacitar a trabajadores y aprendices, e incluso para emplear a mujeres en las plantas, una propuesta revolucionaria para Alemania en general y el partido nazi en particular. Mientras se concluían los planes funcionales de la Luftwaffe para la Operación Verde, que incluían el lanzamiento de paracaidistas desde doscientos cincuenta Ju-52S, en y detrás de las fortificaciones de la frontera checa, Göring llamó a Carinhall a los principales fabricantes de aviones, para levantarles la moral y avisarles del inminente conflicto con Checoslovaquia y la posterior guerra generalizada. Demandando mayor producción y esfuerzo, les prometió que, una vez ganada la guerra, Alemania sería la mayor potencia sobre la Tierra y dominaría los mercados mundiales. “Pero tenemos que correr riesgos para alcanzar esa meta”, les dijo. “Tenemos que poner algo en juego.”

Göring aseguró a los fabricantes de aviones que ni Gran Bretaña ni Francia querían la guerra, y que no pelearían por Checoslovaquia. Pero en privado no estaba tan seguro, y empezó a cuidar de las defensas de Alemania. Expuso planes para usar las nuevas carreteras como pistas aéreas si los campos de aviación eran atacados y dañados, y para construir refugios antiaéreos y fábricas subterráneas. Hizo propuestas para obtener alimentos de España a cambio de embarques de armas a Franco, a fin de contrarrestar los efectos de un posible bloqueo. Y, por supuesto, siguió presionando a Todt para que se hicieran aún mayores esfuerzos en la Muralla Occidental, autorizándolo a suspender obras en la construcción de autopistas y otros proyectos de edificación y a desplazar la mano de obra a las fortificaciones.

En un esfuerzo por impedir la guerra, Göring empezó a tantear el terreno con Halifax, secretario del Exterior desde febrero, explotando la relación personal que habían establecido el año anterior. Eludiendo cuidadosamente a Ribbentrop, envió mensajes a través de diversos intermediarios, entre ellos la novia de Wiedemann, la princesa Stephanie von Hohenlohe, en los que decía estar interesado en ir a Londres para discutir las relaciones anglo-germanas. Instruido por Göring, aunque con aprobación de Hitler, Wiedemann voló a Londres para hablar con Halifax, subrayando que Alemania deseaba una solución pacífica a la cuestión checa. Halifax prometió que Göring sería bienvenido si llegaba en esos términos; pero cuando Wiedemann regresó a Berlín, Hitler vetó toda visita de Göring, o toda nueva iniciativa de paz. Ribbentrop volvió a ponerse furioso cuando descubrió que había sido marginado de nuevo, e hizo tal

alboroto que Hitler despidió a Wiedemann como su ayudante y lo envió a Estados Unidos como cónsul general en San Francisco. Así, con la maligna influencia de Ribbentrop en ascenso, la crisis siguió profundizándose a lo largo del verano.

Los británicos presionaban aún a los checos para que hicieran concesiones a los sudetes alemanes, advirtiéndoles que sólo podían esperar apoyo británico si estaban dispuestos a atender razones. Henderson propuso a Halifax que invitara a Italia a sumarse a Gran Bretaña, Francia y Alemania –aunque no a Checoslovaquia– en una conferencia para imponer un arreglo, pero Chamberlain rechazó la idea porque, como asentó Henderson, "sería difícil excluir a otras potencias".[20] Las "otras potencias" eran, desde luego, la Unión Soviética, que tenía doble incumbencia en el problema, primero como garante con Francia de la independencia checoslovaca y después como objetivo último de Hitler. Para las potencias occidentales, Stalin era un demonio aún mayor que Hitler, y no querían tener nada que ver con él. En vez de organizar una conferencia, por lo tanto, Chamberlain envió a un expresidente del Departamento de Industria y Comercio, lord Runciman, a investigar el problema y mediar entre los checos y los sudetes alemanes; en otras palabras, a hacer entrar en razón a los checos.

Mientras la crisis internacional de Checoslovaquia crecía, Goebbels se vio enfrentando una crisis personal que amenazaba con destruir su carrera, dado que su encaprichamiento con Baarova se había salido de control. Luego de pasar con ella en Lanke lo que describió como "unas maravillosas vacaciones, las mejores de mi vida",[21] a principios de agosto le confesó finalmente a Magda lo serio que se había vuelto el romance. Pero en vez de ofrecer dejarla, intentó convencerla de que aceptara un *ménage à trois*, enviando típicamente a Baarova a preparar el terreno antes de atreverse a tocar el tema él mismo. Tras "largas discusiones" esa noche y al día siguiente, consignó que "no todo está resuelto aún, pero es mucho más claro. Espero que pronto nos hayamos fijado una nueva meta. Lo necesito. Este último mes realmente me dejó molido".[22]

Asombrosamente, Magda parece haber accedido a la sugerencia de su esposo; pero cuando Baarova pasó con ellos los dos fines de semana siguientes, Goebbels se comportó tan escandalosamente con su amante

frente a ella y sus demás invitados que no pudo más. Goebbels escribió en su diario de una “violenta tormenta” durante un trayecto en yate en el lago Tegeler el sábado 13 de agosto, pero no está claro si escribía del clima o de Magda. Bien habría podido ser de Magda, porque esa noche ella se presentó en casa de los Göring y se desahogó con Emmy, preguntándole qué debía hacer con “ese diablo en forma humana”.[23] Göring, por supuesto, sabía todo sobre el amorío, que había seguido mediante las intercepciones de la FA, esperando el momento en que Goebbels se excediera y causara su ruina. Ese momento había llegado. Göring le llamó a Hitler al Berghof, y le dijo que Magda quería verlo tan pronto como regresara a Berlín.

Hitler siempre había sentido debilidad por Magda, quien le había brindado lo más parecido que él conocía a un cariñoso hogar familiar, y le horrorizó su petición de que se le permitiera divorciarse. Esa idea también le pareció políticamente inconcebible, tan poco tiempo después del escándalo del matrimonio de Blomberg. Y puesto que la guerra de nervios con los checos se acercaba a su clímax, él no podía darse el lujo de un grave trastorno en la jefatura nacional que amenazara con hacerle perder a su propagandista estrella. Así, se negó a conceder a Magda el permiso que buscaba. En cambio, mandó llamar a Goebbels y le habló severamente, como un padre enérgico, ordenándole dejar a Baarova de inmediato y advirtiéndole que su carrera dependía de que salvara su matrimonio.

Goebbels quedó “destrozado hasta la médula y completamente abatido”, pero capituló al instante. Algunos informes indican que ofreció renunciar en el acto, y que pidió a Hitler que lo mandara como embajador a Tokio, lo más lejos posible de Berlín, pero esto parece improbable: por más que creyera amar a Baarova, amaba más a Hitler y a su carrera. Deleitándose en la autocompasión, Goebbels manejó sin rumbo fijo, “como en un sueño”, a lo largo de una hora, antes de sostener “una larga y muy triste conversación telefónica” con Baarova. “¡La vida es tan dura y tan cruel!”, se lamentó en su diario, palabras que repetiría una y otra vez en los días y semanas siguientes. “Pero el deber está primero. Y en las horas más difíciles uno debe obedecer a su llamado. Todo lo demás es temporal y transitorio. Así que me someteré. Por completo y sin protestas. Pero me mantendré fuerte, aunque mi corazón esté destrozado.” Concluyó esa entrada de su diario con

más sensiblería melodramática: “Ahora empieza una nueva vida. Mi juventud ha llegado a su fin.”[24]

Hitler le había ordenado remediar su matrimonio, pero al final la decisión radicaba en Magda; y ella, profundamente herida, se tomó su tiempo, dejándolo sufrir mientras hurgaba en la herida. Hablaron con franqueza durante varios días, al tiempo que Hitler mediaba entre ellos, aunque favoreciendo claramente a Magda como la parte ofendida. Goebbels, con su increíble capacidad para la autojustificación, parece no haber sentido culpa alguna por su conducta, y encontraba difícil comprender por qué Magda era tan “dura y cruel” con él. Le dijo a Göring, “con lágrimas en los ojos”, que se veía forzado a hallar placeres en otra parte a causa de la excesiva frialdad de Magda.[25]

Buscó apoyo en su madre y su hermana Maria, quienes respondieron lealmente, escuchando sus interminables e infantiles quejas de que aquél era el momento más difícil de su vida y de que su “corazón está herido de muerte”. No había comido en tres días, protestó, y sólo podía dormir con la ayuda de potentes píldoras. Su madre estaba enferma, pero él se sentaba a la orilla de su cama a escuchar sus sabios consejos de llamar a un cese el fuego con Magda hasta fines de septiembre. “En ese tiempo, muchas cosas podrían cambiar”, señaló, “para bien o para mal. Sólo espero que sea para bien. Es necesario dejar descansar este asunto. Y que pase tiempo, que, como bien se sabe, todo lo cura”.[26]

Pese a sus angustias y noches sin dormir, Goebbels continuó trabajando a todo vapor, capaz de compartimentar su vida privada y pública. Intensificó la campaña de prensa contra los checos, puso su ministerio en estado de guerra e integró sus nuevas compañías de propaganda a las Wehrmacht. Conferenciaba con Hitler prácticamente todos los días, aunque sólo hablaban de asuntos de trabajo: “En este momento Hitler no piensa en otra cosa que en cuestiones militares”, escribió. La cordial relación se había vuelto estrictamente profesional, y aun eso estaba bajo amenaza. Goebbels siempre sabía que estaba a prueba, y que su futuro político se hallaba por entero en manos de Magda. Si ella insistía en el divorcio, él estaba acabado.

Göring no pasó bien el mes de agosto, sufriendo a causa de su recurrente trastorno glandular, pero eso no le impidió disfrutar de uno de sus pasatiempos favoritos: hacer creer a los posibles adversarios de Alemania,

en especial a Gran Bretaña y Francia, que su Luftwaffe era invencible. En el último año había cultivado al agregado adjunto de aviación de la embajada de Francia, el capitán Paul Stehlin. Su hermana mayor, Olga, se había prendado del francés, un atractivo treintañero, y con el estímulo de Göring había desarrollado una relación con él. Stehlin, quien como escolar en Lorena durante la Gran Guerra había idolatrado al famoso as de la aviación, apenas si pudo creer en su suerte cuando se vio introducido en el círculo familiar de aquél, donde tenía acceso a las "indiscreciones" sobre asuntos de aviación que Göring soltaba. "Cuando llegué a Berlín jamás imaginé", recordaría Stehlin más tarde, con patente ingenuidad, "que, como consecuencia de simples y directas conversaciones, en completa intimidad, yo me enteraría de cosas que diplomáticos de alto rango intentaban desesperadamente descubrir [...]".

Stehlin se puso todavía más contento cuando Göring lo invitó a enterarse de más cosas aún: "Vaya al campo", le dijo. "Vaya y vea nuestros ejercicios, examine nuestras fábricas. No le ocultaré nada, y se hará una idea más precisa del estado de la Luftwaffe."[27] Al incauto capitán le halagó ser paseado por campos de aviación y fábricas, e incluso secciones ya terminadas de la Muralla Occidental, por guías tan distinguidos como Udet y Bodenschatz, y a veces el propio Göring. Sumamente impresionado por la fortaleza alemana, reportó con entusiasmo sus hallazgos al Ministerio de Aviación francés, convencido de que servía no sólo a los intereses de su país, sino también a los suyos propios; después de todo, ¿cómo podía tal *coup* dejar de promover su carrera?

Cuando el comandante en jefe de la fuerza aérea francesa, el general Joseph Vuillemin, aceptó la invitación de Göring a hacer una visita oficial a Alemania a fines de agosto de 1938, ya había sido debidamente preparado por los informes de Stehlin. Göring se cercioró de no decepcionarlo, y solicitó a Milch y Udet ofrecer una imponente exhibición de capacidad aérea y de producción. Gran parte de eso era puro humo, con prototipos apenas desarrollados hechos pasar por modelos de producción en serie y aparatos apresuradamente pilotados de un campo a otro para simular mayor número, pero otra parte importante era genuina. Como remate, Göring montó lo que Milch describió como "un grandioso espectáculo", para demostrar las providencias de defensa aérea y capacidad de bombardeo de Alemania, lo que dejó temblando al general francés.

Vuillemin tenía razones para preocuparse por lo que había visto, aunque no tantas como las que expuso en su informe final a París, en el que advirtió del “poder verdaderamente devastador” de la Luftwaffe. Göring había dado un golpe decisivo en la guerra psicológica, reforzado poco después, cuando Lindbergh regresó al país para participar en un congreso de aviación en Munich y recibió infladas y “secretas” cifras de producción de aviones, lo que sirvió para alarmar aún más a Washington y Londres.

Para el momento de la concentración en Nuremberg, a principios de septiembre, la tensión por Checoslovaquia estaba cerca de llegar al límite. Las provocaciones organizadas por Henlein, por instrucciones de Hitler, aumentaban cada día, y Goebbels hacía pleno uso de ellas en su propaganda. El presidente checo, Edvard Beneš, casi echó a perder la fiesta de Hitler el 7 de septiembre, al convencer a su gabinete de aceptar casi todas las demandas de Henlein, eliminando así la excusa de un ataque. Pero los sudetes alemanes consiguieron inventar una razón para interrumpir las negociaciones, aduciendo que la policía checa había hostigado a los diputados sudetes en Moravia. La Operación Verde seguía en pie. Pese a las reservas y objeciones de sus generales —el jefe del Estado Mayor del ejército, Beck, incluso había renunciado en protesta, para ser remplazado por el general Franz Halder, más dócil—, Hitler ya había fijado como fecha de lanzamiento el primero de octubre. Le gustaba jugar al caudillo, interfiriendo constantemente en los planes de cada nivel y ansiando llevarlos a la práctica.

En Nuremberg, ambos embajadores, británico y francés, hicieron todo lo posible por distender la situación, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Henderson, quien se vio obligado a vivir cinco días en un tren diplomático especial en los apartaderos, apenas si dejó de hablar en algún momento. “Tuve dos largas conversaciones con Göring, tres con Goebbels, una o dos con Ribbentrop, dos o tres con Neurath, media docena con Weizsäcker”, escribiría después. “Transmití, además, una interminable sucesión de advertencias a gran cantidad de otras personalidades nazis de apenas menor monta, el efecto acumulado de las cuales, ya que hablar ahí era casi el equivalente de hacerlo por radio, yo esperaba que fuera útil.”[28] No lo fue. Si acaso habló, no fue escuchado por nadie, más allá de Göring.

A diferencia de Hitler, Göring sabía muy bien que ni la economía ni las fuerzas armadas alemanas estaban en condiciones de sostener una guerra. Deseaba los recursos checos tanto como cualquiera, pero aun así, esperaba conseguir todo lo que necesitaba sin tener que pelear, y trabajó afanosamente a Henderson con ese fin. Para reforzar la ilusión de una amistad personal y, sin duda, al mismo tiempo para presumir, llevó a Henderson al hogar de su infancia en Veldenstein, lejos de la estridente atmósfera de la concentración. Ahí, en la paz y tranquilidad del castillo de cuento de hadas, habló con su usual y desarmante franqueza. Le dijo a Henderson que Hitler le había pedido informar al gobierno inglés que si le permitía resolver la cuestión de los sudetes, le sorprendería y satisfaría la moderación de sus demás demandas. Alertó al embajador del peligro de una guerra desencadenada por un "incidente" checo, como el asesinato de Henlein. Añadió que planeaba ir a cazar a Rominten a fines de ese mes, y que "esperaba en Dios que los checos no trastornaran sus planes de cacería causando dificultades". Luego repitió su anterior sugerencia de que sería útil que Chamberlain y Hitler se reunieran.[29] Henderson, sin tener a la mano en Nuremberg los recursos de la embajada, alquiló un avión privado para que llevara a Londres su exhaustivo informe manuscrito.[30]

Al día siguiente, Göring mostró un rostro distinto al mundo en su magno discurso en la concentración. Aún adolorido por la inflamación de sus ganglios linfáticos, pero fortalecido por píldoras provistas por el médico de Hitler, el doctor Morell, lanzó a las potencias occidentales una atronadora amonestación contra la interferencia en los planes de Hitler en el este. "¡Nuestras defensas fronterizas en Renania son inexpugnables!", mintió, y censuró a Gran Bretaña por quejarse de los "métodos de terror alemanes", cuando "todo su imperio colonial subsiste sólo gracias al látigo". Refiriéndose directamente a Checoslovaquia, prosiguió: "Un insignificante segmento de Europa está haciendo insoportable la vida para la humanidad. Los checos, esa miserable raza de pigmeos sin cultura —nadie sabe siquiera de dónde proceden—, oprimen a una raza civilizada, ¡y detrás de ellos puede verse a Moscú y la eterna faz de los malditos judíos!".[31]

El discurso de clausura de Hitler, el 12 de septiembre, fue sobrio en comparación. Sólo después de hablar un rato sobre las luchas del partido, finalmente llegó a Checoslovaquia: "No estoy dispuesto, en absoluto, a que

en el corazón mismo de Alemania se permita el surgimiento de una segunda Palestina. Los pobres árabes están indefensos y abandonados. Los alemanes en Checoslovaquia no están indefensos ni abandonados, y la gente debe tomar nota de ese hecho”. Para sorpresa de todos, no procedió a exigir la cesión de los Sudetes, y ni siquiera un plebiscito, sino que insistió simplemente en la “autodeterminación” de los sudetes alemanes. Terminó en forma más bien deslucida, diciendo que “lamentaríamos que esto perturbara o dañara nuestras relaciones con otros Estados europeos, pero la culpa no es de nosotros”.[32]

Göring no estuvo en Nuremberg para oir el discurso de Hitler: su enfermedad había empeorado, y él se había retirado a Carinhall para descansar tras haber lanzado su invectiva. Pero Ribbentrop sí se quedó, adulando al Führer e instándolo a la guerra, repitiendo interminablemente que Gran Bretaña y Francia no combatirían nunca. Cuando sus cuatro principales embajadores —Dirksen, en Londres; Welczeck, en París; Mackensen, en Roma, y Dieckhoff en Washington— se unieron para pedirle que persuadiera a Hitler de no seguir una política que, estaban seguros, desembocaría en otra guerra mundial, él los echó de Nuremberg, les prohibió hablar con Hitler y los mandó a vacaciones obligatorias por el resto del mes.

El discurso de Hitler en Nuremberg puede haber sido relativamente anodino, pero señaló un súbito cambio de velocidad en todos lados. Los sudetes alemanes iniciaron un planeado programa de disturbios e incidentes violentos en el que personas de ambos bandos perdieron la vida, el gobierno checo impuso un estado de ley marcial y los británicos y los franceses se aterraron. Chamberlain llevaba un tiempo considerando si reunirse con Hitler o no; ahora creía que no tenía otra opción. El obstáculo era Ribbentrop, quien sin duda bloquearía la visita. Pero ¿cómo podía concertarse ésta sin él? Henderson llamó a Göring el 14 de septiembre y le pidió ayuda. Göring no se lo hizo repetir, y de inmediato telefoneó a Hitler al Berghof, a fin de despejar el camino para un acercamiento directo de Chamberlain. Hitler estuvo de acuerdo. Comenzaron así dos semanas de la más frenética y agitada diplomacia, que fijarían el destino no sólo de los sudetes alemanes, sino también de Checoslovaquia, y en definitiva del resto de Europa.

Chamberlain telegrafió esa noche proponiendo volar al día siguiente, lo cual hizo, acompañado de su principal asesor político, sir Horace Wilson, funcionario con aún menos experiencia en asuntos extranjeros que él mismo, y sir William Strang, jefe del departamento de Europa central del Ministerio del Exterior. Fueron recibidos a mediodía en el aeropuerto de Munich por Ribbentrop —habría sido imposible marginarlo por completo —, quien los escoltó a Berchtesgaden en el tren privado de Hitler. Pero una vez hechas las presentaciones en el Berghof, Ribbentrop fue excluido cuando Hitler y Chamberlain se retiraron solos al estudio del primero de ellos, únicamente acompañados por el intérprete, Paul Schmidt, quien escribió:

Con conocimiento de Hitler, eso se había acordado con antelación entre ingleses y alemanes, a espaldas de Ribbentrop. Ambas partes creían que nuestro ministro del Exterior sería un elemento inquietante en todo empeño por alcanzar un arreglo amistoso entre Inglaterra y Alemania. También Hitler había notado la vanidad herida que los ingleses suscitaban en su antiguo embajador en Londres. Por lo tanto, había aceptado el plan de excluirlo, el cual contaba con la aprobación de Henderson y Weizsäcker y el caluroso apoyo de Göring. Ribbentrop, así, permaneció airadamente en segundo plano [...].[33]

Mientras Ribbentrop rabiaba, Hitler ofreció a Chamberlain una conferencia sobre la situación y enlistó sus demandas en un tono de creciente indignación y sobresalto, hasta que el primer ministro británico lo paró en seco. “Si entiendo bien”, le dijo, “usted está resuelto a proceder contra Checoslovaquia a como dé lugar. De ser así, ¿por qué me permitió venir a Berchtesgaden? En tales circunstancias, es mejor que me marche de una vez. Todo lo demás parece inútil.” Para sorpresa de Schmidt, Hitler retrocedió de cara a la firmeza de Chamberlain, y la conversación pasó al tema de la autodeterminación de los sudetes alemanes. Luego de un intercambio de tres horas, Chamberlain anunció que tenía que consultar a sus colegas del gabiente antes de proseguir. Hitler accedió, e incluso prometió que no atacaría a los checos antes de que volvieran a reunirse, a menos que “ocurra un incidente particularmente atroz”, lo que, por supuesto, no era ninguna concesión especial, pues el inicio de la Operación Verde no estaba previsto hasta el primero de octubre.

En ese tenor, Chamberlain se retiró a pasar la noche en su hotel en Berchtesgaden, donde Ribbentrop exhibió su resentimiento prohibiendo a Schmidt entregar a aquél una copia de sus notas sobre la conversación con Hitler. Ésta era una inconcebible violación de la cortesía diplomática, que no hizo nada para mejorar la posición de Ribbentrop ante los británicos ni ante su propio equipo. Días después, Henderson pidió a Göring que le ayudara a obtener esas notas. Göring tuvo una seria entrevista con Hitler sobre la conducta de Ribbentrop, y pudo decirle a Henderson que Chamberlain recibiría una copia de las notas cuando regresara el 22 de septiembre.

De vuelta en Londres, Chamberlain rindió cuentas a su gabinete, así como al primer ministro Daladier y el ministro del Exterior, Bonnet, ambos de Francia, quienes llegaron a toda prisa desde París. Los dos gobiernos decidieron aceptar las demandas de Hitler sobre la cesión de todo el territorio con mayoría germanohablante. Los checos parecían no tener otra opción que aceptarlo, ya que era obvio que ni Gran Bretaña ni Francia estaban dispuestas a salir en su rescate. Su única esperanza adicional, la Unión Soviética, estaba lista y dispuesta a cumplir sus obligaciones. Había empezado ya a concentrar tropas del Ejército Rojo en Ucrania: treinta divisiones de infantería y diez de caballería, un cuerpo de tanques, tres brigadas de tanques y doce brigadas aéreas se encontraban en la frontera con Polonia, y otras treinta divisiones de infantería y diez de caballería se hallaban en estado de alerta. Pero los soviéticos no tenían fronteras comunes con Alemania ni Checoslovaquia, y no podían marchar contra los alemanes sin el permiso de Polonia o Rumania de cruzar su territorio. Al parecer, había pocas esperanzas de que tal permiso fuera concedido, ya que ambos países se habían apropiado de territorio ruso en 1919 y 1920 y estaban comprensiblemente renuentes a permitir que el Ejército Rojo traspasara sus fronteras.

Los rumanos aceptaron que aviones soviéticos con destino a Checoslovaquia sobrevolaran su territorio, y a principios de septiembre unos veinte bombarderos soviéticos lo hicieron para unirse a la fuerza aérea checa, los primeros de un total de sesenta que los soviéticos habían prometido. Para el 15 de septiembre los rumanos también habían retirado sus objeciones al transporte de tropas por la línea ferroviaria que cruzaba los Cárpatos. Los polacos, sin embargo, eran un caso muy distinto. Göring

les había prometido una parte del botín si colaboraban con Alemania, y ya movilizaban sus tropas hasta la frontera con la región norteña checa de Teschen, o Cieszyn, como la llamaban los polacos, rica en hierro y carbón y con una población polaca minoritaria que daría pretexto para tomar el lugar.

El ministro soviético del Exterior, Maxim Litvinov, declaró que su país mantendría sus obligaciones con los checos, y propuso conversaciones de alto nivel con los franceses y una inmediata conferencia entre Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética para decidir una acción conjunta, pero su sugerencia fue ignorada tanto en París como en Londres. “Es sorprendente”, escribiría más tarde Winston Churchill en su versión de esos agitados días,

> que esta declaración pública e incondicional, emanada de una de las mayores potencias interesadas en la cuestión, no influyese en las negociaciones de Chamberlain ni en la actitud francesa [...] Los rusos no fueron puestos en la balanza contra Hitler y se les trató con una indiferencia, por no decir desdén, que hizo mella en el ánimo de Stalin. Las cosas ocurrieron como si Rusia no existiese. Esto, después, nos costó caro.[34]

Por sorprendente que eso haya sido, cuando Litvinov sugirió una conferencia el 22 de septiembre, Chamberlain ya estaba de regreso en Alemania, esta vez en Bad Godesberg, para informar a Hitler que todas sus demandas habían sido aceptadas.

Para asombro de Chamberlain, Hitler le dijo que eso ya no era suficiente. Faltando a sus previas promesas de que su único interés eran los Sudetes, planteó nuevas y más amplias demandas, que incluían la cesión de territorio a Hungría y Polonia, junto con un ultimátum: atacaría si Checoslovaquia no cumplía para el primero de octubre. Todo plebiscito se celebraría sólo una vez consumados los hechos, bajo la ocupación alemana. En estado de choque, Chamberlain se retiró a su hotel, al otro lado del Rin, para considerar la nueva situación, pero al día siguiente regresó al Hotel Dreesen para reunirse de nuevo con Hitler. Mientras hablaban, los checos trastornaron todo al anunciar que empezaban a movilizarse, lo que dio a Hitler la oportunidad de escenificar un magno espectáculo de furia, al punto de que Ribbentrop, nada menos, pareciera tranquilizarlo e impedir que declarara la guerra en ese mismo momento. Alentado por las seguridades del dictador de que, en efecto, los Sudetes eran su última ambición territorial en Europa y de que no deseaba incluir en el Reich a personas de

otra raza que no fuera la alemana, Chamberlain cedió de nueva cuenta y prometió tratar de convencer a los checos.

Durante los siete días siguientes, el mundo estuvo en un torbellino de tensiones e incertidumbre, llevado a extremos aún mayores por la casi histérica propaganda de Goebbels. La guerra parecía inevitable. Los británicos movilizaron la Royal Navy, los franceses llamaron a varias categorías de reservistas e iniciaron una movilización parcial y la Unión Soviética también movilizó su flota, al tiempo que seguía acumulando fuerzas en las fronteras, hecho que escapó a la atención de la mayoría de los comentaristas europeos. En Londres se repartieron máscaras antigás entre la población civil, se colocaron costales de arena en torno a edificios gubernamentales y se cavaron trincheras en los parques. En Berlín, Göring mantuvo alta la temperatura haciendo montar armas antiaéreas en posiciones prominentes, como el techo del edificio de IG Farben en la Pariser Platz, frente al Adlon Hotel, donde podían ser vistas claramente desde las embajadas británica y francesa. Al otro lado del Atlántico, el presidente Roosevelt enviaba una sarta de telegramas, instando a todos a la paz.

Göring, quien se había aferrado a su intención de ir a cazar mientras los venados seguían en celo, llevando consigo a Körner, Udet, Loerzer y el rey Boris de Bulgaria, se arrastró con renuencia de regreso a Berlín. Ahí le consternó recibir un informe de su Estado Mayor aéreo de que, pese al pánico en Londres, la Luftwaffe aún carecía de un avión capaz de operar eficazmente en Gran Bretaña, y de que una guerra de aniquilación contra ese país estaba descartada. Sabiendo que tenía que ganar tiempo, Göring giró una retahíla de órdenes para una producción aún mayor, más adiestramiento para operaciones de largo alcance en ultramar y planes estratégicos para futuros ataques, y luego redobló sus esfuerzos para evitar la guerra.

Entre tanto, las conversaciones —y los gritos— continuaban. Sir Horace Wilson iba y venía de Berlín llevando mensajes y un ultimátum de Chamberlain. Hitler fijó el nuevo plazo de las dos de la tarde del 28 de septiembre para que los checos se sometieran a sus demandas. El 26 de septiembre pronunció un sanguinario discurso ante fieles seguidores del partido en el Sportpalast, en el que fue aclamado de pie y que Goebbels

remató con el clamoroso grito de "¡El Führer ordena, nosotros obedecemos!". Pero al día siguiente, cuando Hitler hizo que una división motorizada del ejército atravesara el centro de Berlín para impresionar a las misiones y periodistas extranjeros con el poderío militar alemán, los berlineses lo ignoraron, o deliberadamente lo rechazaron. William Shirer, uno de los periodistas a quienes supuestamente se debía impresionar, anotó en su diario que ésa fue "la más elocuente manifestación contra la guerra que yo haya visto jamás".[35] Al contemplar esa marcada falta de entusiasmo desde su ventana en la cancillería, un lóbrego Hitler llegó a las conclusiones de rigor, subrayadas en la comida del día siguiente por Goebbels, quien reunió el valor necesario para decir en voz alta al Führer que la ciudadanía alemana en general "se opone en alto grado a la guerra".

Habiéndose unido Goebbels a quienes recomendaban cautela, Ribbentrop era el único de los altos líderes que aún pregonaba la guerra. Un día antes había solicitado entusiastamente un tren especial, con todo y provisión de cascos de acero, pistolas y máscaras antigás, para que su equipo y él lo usaran como oficina móvil cuando acompañaran a Hitler al campo de batalla.[36] Pero para entonces el propio Hitler tenía serias dudas; había enviado, incluso, una carta presuntamente conciliatoria a Chamberlain la noche del 27 de septiembre. Sin embargo, mientras el vencimiento de su plazo se acercaba, parecía no haber salida sin un inaceptable desprestigio, y bajo la siniestra influencia de Ribbentrop él se apegó desafiante a su línea dura.

La salvación llegó cuando ya sólo quedaban tres horas, al presentarse un agitado Göring ante Hitler y Ribbentrop blandiendo la parda transcripción de la FA de una conversación telefónica entre Mussolini y su embajador en Berlín, Bernardo Attolico, quien debía decir a Hitler que Chamberlain había hecho contacto con Mussolini para pedirle participar en una conferencia con Gran Bretaña, Francia y Alemania para hallar una solución al problema de los Sudetes. Mussolini quería que Hitler pospusiera veinticuatro horas la movilización alemana, mientras él consideraba la propuesta. Chamberlain había escrito a Hitler la noche anterior, con propuestas acordadas con los franceses y enviadas a Praga para presionar a los checos a entregar los territorios sudetes para el primero de octubre. El embajador francés, François-Poncet, iba de camino a ver a Hitler en ese momento, visita que

Göring había fijado luego de que François-Poncet se había quejado con Henderson de que su solicitud de audiencia había sido bloqueada. Henderson había llamado a Göring, quien lo había parado en seco: “No tiene que decir más. Voy a ver al Führer de inmediato”.

Los tanteos de Göring por fin daban fruto. Aun así, Ribbentrop trató de convencer a Hitler de no consentir una reunión. Göring arremetió violentamente contra él, acusándolo de belicoso y “loco criminal”. Gritó que sabía cómo era la guerra, y que no quería volver a pasar por ella. Pero si el Führer ordenaba “¡Marchen!”, él iría en el primer avión. Sólo insistía en que Ribbentrop debía estar en el asiento junto a él.

La conferencia se inauguró en el recién terminado Edificio del Führer en Munich poco antes de las dos de la tarde del 29 de septiembre, con Hitler, Chamberlain, Daladier y Mussolini reunidos para desmembrar a Checoslovaquia. No había presidente ni agenda. Ribbentrop, Wilson, Ciano y el ministro francés del Exterior, Alexis Léger, tomaron asiento detrás de ellos, y durante la sesión, Göring, François-Poncet, Henderson, Attolico, Weizsäcker y varios asesores jurídicos, secretarios y ayudantes entraron a la sala para servir de público. Los soviéticos no fueron invitados, ni los checos. Llegaron dos representantes checos, pero se les mantuvo en una sala aparte, para que esperaran el resultado sin ser consultados ni involucrados. En un arrebato de maldad, Ribbentrop trató de frustrar todo redactando una propuesta que sabía que sería inaceptable para los británicos y los franceses, pero Göring se las ingenió para preparar, junto con Neurath y Weizsäcker, un documento más conveniente, que entregó a Attolico para que Mussolini lo presentara como suyo. Esta versión fue la que sirvió de base al acuerdo final.

La conferencia se prolongó hasta después de las dos de la mañana siguiente, con una pausa para cenar. La atmósfera era relajada y amigable, y no hubo problemas serios para alcanzar un acuerdo unánime. “En realidad, todo estaba preparado de antemano”, le dijo Göring al doctor Gilbert en Nuremberg en 1946:

> Ni Chamberlain ni Daladier tenían el más mínimo interés de sacrificarse ni arriesgar nada para salvar a Checoslovaquia. Eso fue para mí tan claro como el día. El destino de Checoslovaquia se selló, en esencia, en tres horas. Luego discutieron horas enteras sobre la “garantía” para el mundo.

Chamberlain no cesaba de dar rodeos. Daladier casi no prestaba atención. Se la pasó así. [Göring se hundió en su silla y adoptó una expresión de aburrimiento.] Lo único que hacía era sacudir aprobatoriamente la cabeza de vez en cuando. Ninguna objeción a nada. Me sorprendió de verdad lo fácil que Hitler resolvió el asunto. Después de todo, ellos sabían que Škoda y demás tenían plantas de municiones en los Sudetes, y que Checoslovaquia estaría a nuestra merced [...] Cuando Hitler sugirió que ciertas armas al otro lado de la frontera sudeta debían trasladarse a territorio sudete tan pronto como nosotros lo tomáramos, pensé que habría una explosión. Pero no... nadie dijo ni pío. Conseguimos así [tronó los dedos] todo lo que queríamos.[37]

Los representantes checos fueron finalmente informados de los términos del acuerdo alrededor de las dos de la mañana del 30 de septiembre. Debían evacuar toda la región sudeta, incluida la totalidad de sus fortificaciones fronterizas, a partir del primero de octubre. Debían haberla desalojado por complemento para el 10 de octubre, "sin destruir ninguna instalación existente". Todo se dejaría como estaba; no sólo armas y equipo militar, sino también pertenencias personales: a los civiles sólo se les permitiría sacar la ropa que llevaran puesta. Debían dejar casas, muebles, artículos domésticos, caballos y vacas de propiedad familiar, todo. Alemania no pagaría compensaciones ni al gobierno checo ni a ningún individuo. Cuando el acuerdo final fue concluido el 20 de noviembre por una "Comisión Internacional" controlada por los alemanes, los checos habían sido obligados a entregar más de veintiocho mil kilómetros cuadrados de su territorio, con 66% de su carbón, 80% de su lignito, 70% de su hierro y acero, 70% de su energía eléctrica y 45% de su madera.[38] Éste fue un magnífico bono para el Plan de Cuatro Años de Göring, ávido de recursos. No es de sorprender que este último haya podido decir a Ciano, cuando se reunió con él y con Mussolini en su tren en Munich: "Ahora habrá un rearme como el mundo no ha visto jamás".

El acuerdo de Munich pasó a la historia como sinónimo de miopía, traición y cobardía, un triunfo del apaciguamiento y las políticas de paz a toda costa. Es indudable que abrió la puerta a la segunda guerra mundial, otorgando a Hitler una incruenta victoria donde, con toda probabilidad, si los checos y sus partidarios hubieran decidido combatir, habría sufrido una sanguinaria derrota. Hitler quizá no se dio plena cuenta de esto. Ribbentrop no, sin duda. Göring, en cambio, seguramente sí, y la consecuencia fue un triunfo para sus tácticas de asustar a las potencias occidentales, a fin de que

no se atrevieran a enfrentar a su supuestamente invencible Luftwaffe, ni a lanzar la fuerza de cien divisiones del ejército francés contra las cinco divisiones regulares y siete de reservas que guarnecían las incompletas defensas occidentales de Alemania. Cuando Chamberlain voló a Bad Godesberg para su segunda reunión con Hitler, el 22 de septiembre, acababa de recibir una carta de Lindbergh, escrita a solicitud del embajador estadunidense en Londres, Joseph Kennedy, que decía:

Calculo que las fábricas alemanas de aviones pueden producir veinte mil aparatos al año. En este momento es difícil determinar cifras exactas. Los informes más convincentes que he recibido se basan en quinientos a ochocientos aviones al mes. Alemania puede destruir ahora a Londres, París y Praga si lo desea. Inglaterra y Francia no tienen aviones suficientes para contratacar o defenderse. Una gran guerra europea, creo yo, permitiría al comunismo apoderarse de Europa.

Estoy convencido de que es más prudente permitir que Alemania se expanda al este que involucrar a Inglaterra y Francia en una guerra para la que no están preparadas. Por primera vez en la historia, una nación tiene el poder para devastar las más famosas ciudades de Europa, o para ahorrarles esta humillación.[39]

La campaña de engaños de Göring había sido plenamente exitosa. Por desgracia para él, sin embargo, no sólo había desorientado a las potencias occidentales en cuanto a la fuerza y capacidades de la Luftwaffe, sino también a Hitler. La inicial euforia del Führer por su aplastante victoria diplomática comenzó a amainar apenas días después, para ser remplazada por el resentimiento, alimentado por Ribbentrop y Himmler, de que se le hubiera negado la satisfacción de una victoria militar. “¡Ese Chamberlain echó a perder mi entrada a Praga!”, se quejó iracundamente Hitler al regresar a Berlín. “La próxima vez”, advirtió, “actuaré tan rápido que ninguna anciana tendrá tiempo para reaccionar.” Reflexionando en ese resultado en febrero de 1945, el Führer lamentó:

Debí tomar la iniciativa en 1938, en vez de permitir que se me obligara a la guerra en 1939 [...] Ésa fue la última oportunidad que tuvimos de localizar la guerra. Pero ellos cedieron por completo a nuestras demandas. En Munich perdimos una oportunidad única de ganar fácil y rápidamente una guerra de cualquier forma inevitable. [...] Debimos haber resuelto al momento nuestras diferencias por la fuerza de las armas, sin tomar en cuenta la inclinación de nuestros adversarios a satisfacer todas nuestras demandas.[40]

En medio de su ignorancia de las realidades de 1938, Hitler sospechó que su Hombre de hierro se ablandaba, conjetura que Ribbentrop, todavía resentido por los desaires recibidos de manos de Göring, fomentó con diligencia, vengándose mediante el recurso de derramar veneno en los oídos de Hitler. La influencia de Göring sobre el Führer en materia de política exterior nunca volvería a ser la misma. En los meses venideros, Ribbentrop lo suplantaría por completo, con resultados catastróficos.

KRISTALLNACHT

Aunque su posición a ojos de Hitler se había visto seriamente dañada por su respaldo al acuerdo de Munich, Göring persistió en sus esfuerzos por adquirir el resto de Checoslovaquia sin una guerra. Pronto fue premiado con signos promisorios. El 3 de octubre, el embajador francés François-Poncet volvió a toda prisa de París, luego de consultar a Daladier y Bonnet, para decirle que la alianza francocheca había terminado y que Francia ansiaba llegar a un acuerdo con Alemania.[1] El nuevo presidente checo, Emil Hácha, quien sustituyó a Beneš después de Munich, no tardó en humillarse y humillar a su país enviando a su ministro en Berlín, Vojtech Mastný, a postrarse ante Göring, quien escribió en su diario el 11 de octubre que aquél ofreció

> las más enfáticas seguridades de que la nueva Checa realineará su política exterior: una amistad más estrecha con Alemania. Seguridades de que, internamente, el nuevo régimen se inclinará a la extrema derecha. Liquidación del comunismo. Vida y destino de Checa están en manos de Alemania. Implora que el país no sea sumido en la miseria...

Todo esto se acomodaba perfectamente a los propósitos de Göring. Habiendo debilitado fatalmente a Checoslovaquia al arrebatarle los Sudetes, se propuso completar el proceso alentando a Eslovaquia y las demás partes de la federación a separarse de ella, momento para el cual Alemania simplemente recogería las piezas. El centro checo de Bohemia y Moravia, con sus ricos yacimientos minerales y recursos industriales, podría ser anexado o convertido en un satélite alemán totalmente dependiente. “Un Estado checo sin Eslovaquia estaría por completo a nuestra merced”, señaló al ministro del Exterior, revelando sus objetivos de largo plazo al añadir: “La base aérea en Eslovaquia es muy importante para operar contra el este”. Siguiendo esta línea, sostuvo conversaciones secretas con líderes eslovacos,

quienes habían alcanzado la autonomía inmediatamente después de Munich —el nombre del país había cambiado oficialmente a Checo-Eslovaquia; con guión—, pero esta vez le dijeron que querían “independencia absoluta, con muy estrechos lazos políticos, económicos y militares con Alemania”. Göring interpretó esto como la disposición a ser un Estado cliente, y los alentó diciéndoles que ésa era su única esperanza para repeler a los rapaces húngaros, quienes deseaban anexarse grandes porciones de su territorio.

Mientras el otoño se tornaba en invierno, Göring siguió sosteniendo entrevistas privadas con eslovacos, checos, rumanos, húngaros y, sobre todo, polacos. Invitó al embajador Lipski a Carinhall para sondearlo sobre su “gran solución” de crear un imperio alemán en el este, lo que esperaba lograr con la ayuda de una Polonia dócil, que actuara como socia de Alemania y recibiera a cambio una parte del botín. Como la mayoría de los alemanes, quería recuperar el antiguo territorio alemán alrededor de Poznan, o Posen, cedido en 1919, y compensar a los polacos con nuevos territorios tomados a la Unión Soviética en su frontera oriental, principalmente en Ucrania. La guerra con Polonia no figuraba en sus planes; estaba convencido de que podía obtener todo lo que quería mediante la persuasión amistosa, con base en la relación personal que había forjado durante mucho tiempo con los líderes polacos.

La guerra con las potencias occidentales tampoco figuraba en los planes de Göring; creía poder llegar a un entendimiento con Gran Bretaña que le permitiera perseguir sus propósitos de expansión en el sureste de Europa sin obstáculos. Pero Ribbentrop se oponía en forma directa a ello, pues estaba denodadamente resuelto a vengarse del país que había rechazado sus avances. Hitler estaba de acuerdo con su ministro del Exterior. Cuando Ribbentrop viajó a Roma a fines de octubre para tratar de persuadir a Mussolini de unirse a un pacto militar tripartita con Alemania y Japón, le dijo al Duce: “El Führer está convencido de que debemos dar por descontada una guerra con las democracias occidentales en el curso de unos cuantos años, tal vez tres o cuatro”. Llevado por su belicosidad, alardeó: “¡La crisis checa ha mostrado nuestro poder! Tenemos la ventaja de la iniciativa, y somos dueños de la situación. No podemos ser atacados. La situación militar es excelente: a partir de septiembre [de 1939] podríamos librar una guerra con las grandes democracias”.[2]

Esto no impresionó a los italianos. “¿Qué le pasa a este tipo?”, se había preguntado Ciano cuando Ribbentrop le llamó para concertar esa visita informal en un plazo muy corto. “Siempre desconfío de las iniciativas de Ribbentrop. Es vanidoso, frívolo y locuaz. El Duce dice que basta ver su cabeza para saber que tiene un cerebro muy pequeño. Y es muy imprudente.”[3] El imprudente y desatinado intento de Ribbentrop de envolver a los italianos en los planes de guerra alemanes sólo sirvió para alarmarlos, pues los empujó a limar asperezas con Gran Bretaña, causadas por las aventuras italianas en Abisinia y España. Ribbentrop se vio obligado a regresar otra vez, furioso, a casa y con las manos vacías, rezongando entre otras cosas por haber descubierto en Roma que Göring, sin su conocimiento pero aparentemente con la aprobación de Hitler, había propuesto un pacto de consulta entre las cuatro potencias después de Munich. Ribbentrop tomó medidas para anular esa idea al instante.

La persistente ambición de Hitler de encontrar un *Lebensraum* (espacio vital) en el este y destruir, mientras tanto, al bolchevismo permanecía inalterable, y también él esperaba alistar a los polacos como sus aliados. A corto plazo, necesitaba la alianza con ellos para salvaguardar su retaguardia durante el enfrentamiento con Gran Bretaña y Francia, que ya creía necesario para poder operar sin problemas contra los soviéticos. Entre tanto, aún había algunos arreglos por hacer, y preparativos por efectuar. Tras recorrer los Sudetes, inspeccionó las tomadas fortificaciones fronterizas checas, especialmente interesantes por haber sido construidas por ingenieros franceses teniendo como modelo la Línea Maginot. Una vez terminada la inspección, tales fortificaciones se usaron como blancos de armas alemanas, para probar las mejores formas de destruir las defensas de Francia llegado el momento. Hitler procedió entonces a una muy publicitada gira de cinco días por la Muralla Occidental, antes de regresar a Munich el 14 de octubre para recibir al nuevo ministro checo del Exterior, František Chvalkovský, con la amenaza de que destruiría Checo-Eslovaquia en veinticuatro o aun ocho horas si alguna vez se pasaba de la raya.

Mientras Hitler amedrentaba a Chvalkovský en Munich, en el Ministerio de Aviación de Berlín Göring informaba a los principales fabricantes de armas de Alemania que el Führer le había ordenado “ejecutar un gigantesco programa de armas frente al cual todos nuestros logros alcanzados hasta ahora parezcan insignificantes”. La parte más importante

de ese programa era quintuplicar la producción de aviones. De hecho, como Göring bien sabía pero se negaba a reconocer, su objetivo de diecinueve mil aparatos —poco más de la mitad de los cuales eran aviones de combate— sería imposible de cumplir con los recursos humanos y materiales disponibles. Además, para hacerlos volar se necesitaría 85% de la producción mundial de combustible de aviación. Pero esto era apenas el principio: según Milch, el programa final demandaba treinta y un mil trescientos aviones para abril de 1942, siete mil setecientos de los cuales serían bombarderos Ju-88 y He-177, y ninguno de ellos estaba aún en producción.[4]

Días después, el 21 de octubre, Hitler ordenó al OKW (Alto Mando de las Fuerzas Armadas) asegurar las fronteras de Alemania, lo que incluía protección contra sorpresivos ataques aéreos, a fin de que el país estuviera preparado para liquidar al resto de Checo-Eslovaquia "si su política se vuelve hostil hacia Alemania", y para anexarse el distrito de Memel, puerto del Báltico con unos cuarenta mil habitantes, principalmente germanohablantes, separado de Prusia oriental en Versalles y cedido a Lituania, donde se le conocía como Klaipeda.

Esa misma noche, Magda Goebbels llegó al Berghof a suplicar a Hitler que le permitiera divorciarse. Él se negó, y envió por Goebbels. Dos días después tuvo una larga plática con ambos, dijo desear que preservaran su matrimonio "por razones políticas" y convenció a Magda de aceptar un periodo de prueba de tres meses, a condición de que Goebbels se comportara impecablemente. Si no podían resolver sus diferencias en ese lapso, Magda podría divorciarse, y Goebbels tendría que renunciar. En un intento de camuflar el distanciamiento, Hitler hizo que su fotógrafo de la corte, Heinrich Hoffmann, le tomara fotografías oficiales con Goebbels y Magda, para demostrar su unión. Desafortunadamente, su lenguaje corporal en las fotografías cuenta una historia completamente diferente: en el retrato de los tres que apareció en la primera plana del *Berliner Illustrierte Zeitung* (Diario ilustrado de Berlín), Hitler fue el único en sonreir.

La noticia del más reciente episodio del escándalo de Goebbels se esparció rápidamente en los círculos del partido, transmitida con malicioso regocijo por Rosenberg y otros. Himmler había provisto a Rosenberg de picantes detalles de "docenas" de casos en los expedientes de la Gestapo de

mujeres que se quejaban del hostigamiento y abuso de autoridad de Goebbels para exigir favores sexuales. También le entregó a Hitler algunos de esos expedientes, como hacía Göring con las transcripciones de suculentas conversaciones telefónicas. Baarova se vio convertida en el centro de la atención, pero, aislada por la industria cinematográfica, su carrera en Alemania llegó a un abrupto fin. Goebbels jamás volvió a ponerse en contacto ni a hablar con ella. Consciente de que su propia carrera también estaba en grave peligro de terminar, buscaba frenéticamente algo que distrajera la atención de sus dificultades. Por un increíble golpe de suerte, halló justo lo que necesitaba dos semanas después.

Alrededor de las diez de la mañana del lunes 7 de noviembre, el menudo refugiado judío de diecisiete años Herschel Grynszpan entró a la embajada alemana en París, sacó una pistola y disparó cinco tiros contra el tercer secretario, Ernst vom Rath. Tres disparos fallaron, pero dos dieron en el blanco, y Rath se desplomó gravemente herido. Esta balacera fue un acto personal, en protesta por el sufrimiento infligido a la familia de Grynszpan, la cual estaba entre quienes habían sido expulsados a Polonia, pero dio a los nazis la excusa que esperaban para desencadenar una feroz agresión física contra la población judía de Alemania. Goebbels aprovechó la oportunidad para restaurar su reputación como el miembro más radical de la jefatura del partido, y para recuperar el favor de Hitler.

Rath tardó dos días en morir, lo que sucedió casualmente en la fecha más sagrada del calendario nazi. El 9 de noviembre de 1938 fue el vigésimo aniversario de la infame "puñalada por la espalda" de los "Criminales de Noviembre" que forzaron al káiser a abdicar, declararon una república en Alemania y consintieron firmar un armisticio. Fue también el decimoquinto aniversario del fallido *Putsch* de Hitler, y los "antiguos combatientes" se congregaron en Munich para su anual conmemoración de dos días, los ánimos sumamente exaltados.

La noche anterior, Himmler había confirmado su intención de convertirse en líder de la partida antijudía, sermoneando a una asamblea de sus principales líderes de la SS en su discurso más violento hasta entonces:

Debemos tener claro que en los próximos diez años enfrentaremos, sin duda, críticos conflictos sin precedente. Ésta es no sólo una batalla contra las naciones que, en este caso, son simplemente puestas

como fachada por nuestros adversarios, sino también una batalla ideológica contra la judería, la francmasonería, el marxismo y todas las iglesias del mundo. Esas fuerzas –de las que presumo que los judíos son el espíritu impulsor, el origen de todo lo negativo– tienen claro que si Alemania e Italia no son destruidas, *ellas* serán destruidas. Es una conclusión simple. En Alemania, los judíos no pueden perdurar. Ésta es una cuestión de años. Los expulsaremos en número cada vez mayor, con una firmeza sin precedente. Italia sigue ya el mismo camino, y Polonia no quiere a los judíos [...]

Los demás Estados, Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, no son hoy tan naturalmente antisemitas, pero lo serán con el tiempo. Estamos enviando ahí a nuestros mejores propagandistas [...] Además, Checoslovaquia se ha vuelto antisemita, todos los Balcanes son atisemitas, Palestina entera está comprometida en una desesperada lucha contra los judíos, así que algún día ahí no habrá un solo lugar en el mundo para los judíos. Por eso ellos se dicen: "Este peligro sólo desaparecerá si la fuente, si el país originador del antisemitismo, si Alemania es extinguida y destruida".

Tengan claro esto: en la batalla que decidirá si somos derrotados, los alemanes no tendremos una reservación. El hambre nos hará salir a todos, y seremos masacrados. Eso es lo que enfrentará cada uno de nosotros, sea ahora o no entusiasta partidario del Tercer Reich; bastará con que hable alemán y sea hijo de alemana.[5]

Rath murió a las 4:35 de la tarde, pero la noticia no se hizo pública hasta la noche, cuando los "antiguos combatientes" se hallaban reunidos en el viejo ayuntamiento para la recepción final. Los ánimos estaban de suyo muy caldeados. Goebbels conferenció ahí con Hitler, hablando ambos urgente pero discretamente de los disturbios antijudíos que habían tenido lugar la noche anterior en Hesse y Magdeburgo-Anhalt. Goebbels diría más tarde que Hitler le comentó que, aunque el partido no debía organizar tales manifestaciones, tampoco debía detenerlas si ocurrían "espontáneamente". "Hay que contener a la policía", le dijo. "Los judíos deberían sentir por una vez la ira de la gente."[6] Otros presentes oyeron decir a Hitler: "Hay que permitir que la SA se divierta". Luego abandonó la recepción sin pronunciar su tradicional discurso de clausura. Pasara lo que pasara después, el jefe de Estado del Gran Reich Alemán podría reclamar no saber nada, ni haber dado órdenes específicas. Eso, junto con el discurso, correspondió a Goebbels, y éste sacó todo el provecho que pudo de tal oportunidad.

"Tengo una noticia para ustedes esta noche", anunció Goebbels,

que demuestra lo que le ocurre a un buen alemán cuando baja la guardia un momento. Ernst vom Rath era un buen alemán, un leal servidor del Reich que trabajaba por el bien de nuestro pueblo en

nuestra embajada de París. ¿Les digo lo que le pasó? ¡Lo mataron a balazos! En cumplimiento de su deber, desarmado y confiado, se dirigía a hablar con un visitante en la embajada cuando recibió dos impactos de bala. Ahora está muerto.

Para dejar que esta noticia surtiera efecto, golpeó la mesa con el puño y elevó aún más la voz. "¿Tengo que indicarles la raza del vil canalla que perpetró este asqueroso acto? ¡Judío! Esta noche está en la cárcel en París, asegurando que actuó por iniciativa propia, que no hubo instigadores de este horrible acto detrás de él. Pero nosotros no somos tan tontos como para creerle, ¿verdad?". El pandemonio estalló en la sala, mientras los "antiguos combatientes" clamaban venganza. Goebbels los tranquilizó y continuó: "Camaradas: no podemos permitir que esta agresión de la judería internacional quede sin respuesta. Debe ser rechazada. Hay que informar a nuestro pueblo, ¡y su respuesta debe ser despiadada, franca, útil! Escúchenme: ¡debemos planear juntos nuestra respuesta a este asesinato por un judío, y a la amenaza de la judería internacional contra nuestro glorioso Reich alemán!". La respuesta que Goebbels propuso era simple. Ya había habido disturbios antijudíos en varias partes de Alemania, dijo a su público. Similares manifestaciones "espóntaneas" debían organizarse de inmediato, aunque el partido, como tal, no debía parecer responsable de ellas.[7] Este discurso fue recibido con una "clamorosa ovación", según Goebbels, tras de la cual "todo mundo se lanza al teléfono. Ahora actuará el pueblo".[8]

Goebbels había tenido dos días para preparar una acción, de común acuerdo con Heydrich, y bastaron unas cuantas llamadas telefónicas para poner en operación sus planes, aunque resultó que tenían ideas ligeramente distintas de lo que debía ocurrir. A iniciativa de Goebbels, los Gauleiter y líderes de la SA fueron convocados a una reunión en el Hotel Schottenhammel (Carnero Escocés), donde un miembro de la dirección general del partido los instruyó acerca de lo que debían hacer. Menos de media hora más tarde, ya llamaban a sus Gaue para entrar en acción. El propio Goebbels se puso a dar un alud de instrucciones detalladas, en apoyo a Wagner, Gauleiter y ministro del Interior de Baviera, quien perdió el valor cuando miembros de la SA comenzaron a demoler la segunda sinagoga de Munich, y para dar órdenes directas para la destrucción de la sinagoga de la Fasanenstrasse, en el sector oeste de Berlín.

Desde la Prinz-Albrecht-Strasse de Berlín, el jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, envió por teletipo un mensaje urgente a todas las oficinas estatales de policía en el Reich, alertándolas de que “manifestaciones contra los judíos, y en particular contra sus sinagogas, tendrán lugar en breve”. La Gestapo no debía interferir, sino cooperar con la Policía Regular para prevenir saqueos “y excesos similares”. También debía asegurar todo material de archivo importante que se encontrara en cualquier sinagoga —a la Gestapo de Colonia se le recordó que en la principal sinagoga de esa ciudad había “material de especial importancia” que debía decomisar de inmediato— y prepararse para arrestar a entre veinte mil y treinta mil judíos. Primordialmente, decía la orden, “debe seleccionarse a *judíos adinerados*”. Instrucciones más precisas se emitirían en el curso de la noche.

“Si, durante las acciones que están a punto de tener lugar, los judíos son hallados en posesión de *armas*”, decía el último párrafo, “deberán aplicarse las medidas más severas. Las unidades de tareas especiales de la SS, así como la SS general, podrían emplearse en todas las fases de la operación. Deberán tomarse medidas adecuadas para garantizar que *la Gestapo mantenga el control de las acciones* en toda circunstancia [...]”.[9]

De hecho, la policía ya había tomado precauciones para cerciorarse de que los judíos no pudieran defenderse eficazmente. Había empezado a desarmarlos el 8 de noviembre, retirando de cada casa judía todo lo que pudiera usarse como protección. Afirmó que, tan sólo en Berlín, su botín ya ascendía a dos mil quinientos sesenta y nueve cuchillos y espadas, mil setecientas dos armas de fuego y veinte mil cartuchos.

Mientras Himmler conducía a medianoche la ceremonia anual de toma de protesta de los nuevos miembros de la SS en el Feldherrnhalle (Salón de los Generales), en presencia de Hitler, Goebbels y otros líderes del partido, el pogromo cobraba forma en todo el Reich. Las instrucciones adicionales prometidas por Müller fueron transmitidas por teletipo a las oficinas de la Gestapo y el SD (Servicio de Seguridad) a la 1:20 de la mañana, por Heydrich. La demora se debió a que tuvieron que ir a despertar a éste al Hotel Vier Jahreszeiten (Cuatro Estaciones), y a que, a su vez, él tuvo que consultar más tarde a Himmler, quien estaba encerrado con Hitler y al que sólo se tenía acceso a través de Wolff. Hitler dio su aprobación verbal a la

acción, pero subrayó que la SS no debía ser vista participando en ella, pues ése no era su estilo, y que todas sus tropas implicadas deberían vestir de civil.

Las órdenes de Heydrich confirmaron el primer mensaje del jefe de la Gestapo y entraron en detalles:

TELEGRAMA MUNICH 47767 10.11.38 0120 SECRETO

A: TODAS LAS OFICINAS REGIONALES Y SUBREGIONALES DE LA GESTAPO

A: TODAS LAS OFICINAS DISTRITALES Y SUBDISTRITALES DEL SERVICIO DE SEGURIDAD

¡TELEGRAMA URGENTE DE INMEDIATA CONSIDERACIÓN!

ASUNTO: MEDIDAS CONTRA LOS JUDÍOS PARA ESTA MISMA NOCHE

A causa del ataque perpetrado sobre el secretario de la legación V. RATH en París, manifestaciones contra los judíos son de esperar en todo el Reich en el curso de esta noche (9-10.11.38). Las siguientes directivas se emiten para el manejo de tales sucesos:

1. Inmediatamente después de recibir este teletipo, los directores de las oficinas de la Gestapo o sus suplentes deberán comunicarse por teléfono con la dirección regional del partido que les corresponda —Gauleitung [de distrito] o Kreisleitung [de departamento]— y concertar con ella una entrevista para discutir y acordar la implementación de las manifestaciones. Deberá invitarse al inspector o comandante apropiado de la policía local. En el curso de esa reunión, los líderes políticos serán notificados de que la policía alemana ha recibido del Reichsführer-SS y del Jefe de la Policía las siguientes instrucciones, y que las medidas que los órganos políticos adopten deberán tomarse de acuerdo con ellas:

a) Se tomarán exclusivamente medidas que no pongan en peligro vidas o propiedades alemanas (por ejemplo, el incendio de sinagogas se realizará sólo si no hay peligro de que el fuego se extienda al distrito circunvecino).

b) Los negocios y residencias de judíos podrán ser destruidos, pero no saqueados. La policía ha recibido el mandato de supervisar la ejecución de esta orden y arrestar a los saqueadores.

c) En las calles comerciales se prestará particular atención, en toda circunstancia, a la protección contra daños de los negocios no judíos.

d) Individuos extranjeros no deberán ser molestados, aun si son judíos.

2. Suponiendo el cumplimiento de las directivas dadas en el núm. 1, las manifestaciones no serán impedidas por la policía, sino sólo vigiladas para confirmar que se acaten esas directivas.

3. Inmediatamente después de recibir este teletipo, la policía decomisará todos los archivos de todas las sinagogas y organizaciones comunitarias judías, para evitar su destrucción en el curso de las

manifestaciones. Esto se refiere a material de importancia histórica, no a listas de impuestos recientes, etcétera. Tales archivos deberán entregarse a las oficinas de la SD competentes.

4. La dirección de todas las medidas de la Policía de Seguridad respecto a las manifestaciones contra los judíos estará en manos de la Gestapo, en tanto los inspectores de la Policía de Seguridad no emitan órdenes. Oficiales de la Policía Criminal, así como miembros del SD, las Unidades de Tareas Especiales y la SS General, podrían participar en la ejecución de las medidas de la Policía de Seguridad.

5. Tan pronto como los sucesos de la noche lo permitan, los oficiales implicados arrestarán en todos los distritos a tantos judíos —en especial ricos— *como quepan en las celdas existentes*. Por lo pronto, sólo se arrestará a judíos ricos de edad no muy avanzada. Realizado el arresto, se hará inmediato contacto con los campos de concentración en la región, para disponer la transferencia a ellos de los judíos lo más pronto posible. Se deberá tener particular cuidado en que los judíos arrestados sobre la base de esta directiva no sean maltratados.

6. El contenido de esta orden se transmitirá a los inspectores y comandantes competentes de la Policía Regular, así como a las oficinas distritales y subdistritales del SD, con la indicación de que el Reichsführer-SS y el Jefe de la Policía Alemana han ordenado estas medidas. El Jefe de la Policía Regular ha dado las correspondientes instrucciones a la Policía Regular, incluido el Cuerpo de Bomberos. En la ejecución de las medidas ordenadas deberá mantenerse la más estrecha cooperación entre la Policía de Seguridad y la Policía Regular.

La recepción de este teletipo será confirmada por teletipo por los directores de la Gestapo o sus suplentes a la Oficina Central de la Gestapo, a la atención del Standartenführer Müller.

Firmado: Heydrich, SS-Gruppenführer[10]

Toda la noche, mensajes urgentes fueron y vinieron de la SA, SS, SD, Gestapo, Policía Criminal, Policía de Seguridad, Policía Regular y oficinas del partido, todos los complejos componentes necesarios para mantener en funcionamiento a la maquinaria totalitaria. El propósito era claro: el Estado nazi no quería a los judíos, pero deseaba la riqueza que aún poseían. Aunque se debía obligar a los judíos a irse, sus negocios y propiedades debían preservarse tan intactos como fuera posible, listos para su confiscación. A las 2:16 de la mañana, el jefe de la Policía de Seguridad en Munich envió un mensaje urgente a las oficinas de la Gestapo en Augsburgo, Nuremberg y Wurzburgo:

Agentes de la Gestapo y la Policía Criminal vestidos de civil circularán en torno a las manifestaciones e impedirán que la permisible destrucción de tiendas y departamentos judíos derive en saqueo. Permanecerán con los grupos de manifestantes, y al final de las manifestaciones la Policía Regular uniformada sellará y asegurará las tiendas y departamentos destruidos. Además, en todos los distritos policiales sólo se ocuparán con prisioneros los lugares de detención ya existentes.[11]

Cuarenta minutos después, Rudolf Hess se sumó con una orden dirigida a todos los Gauleiter que decía: "Por órdenes explícitas del más alto nivel, no deberá haber incendios intencionales en negocios judíos o establecimientos similares, los que sean, bajo ninguna circunstancia". Al parecer, sinagogas y centros comunitarios judíos debían reducirse a cenizas dondequiera que se pudiese, pero los locales de negocios y hogares debían permanecer en pie. Sin embargo, mientras que la policía y el SD se hallaban bajo órdenes específicas sobre lo que podían hacer o no, la SA no recibió órdenes de esa especie. Así, bajo la impresión de que tenía mano libre, actuó en consecuencia.

El terror comenzó a primera hora del 10 de noviembre, y se extendió rápidamente a todo lo largo y ancho de Alemania, conforme truhanes del partido, respaldados por alemanes comunes, arrasaban con todo a su paso. Otto Tolischus, del *New York Times*, lo describió como una ola de destrucción sin paralelo en Alemania desde la Guerra de Treinta Años. El corresponsal en Berlín del *Daily Telegraph* de Londres, Hugh Carleton Greene, informó ese mismo día:

La ley de la selva se impuso en Berlín [...] y hordas de vándalos se permitieron una orgía de destrucción. He visto varios estallidos antijudíos en Alemania en los últimos cinco años, pero nada tan repugnante como esto. El odio y la histeria raciales parecían haberse apoderado por completo de personas de otro modo decentes. Vi a mujeres elegantemente vestidas batir palmas y gritar de júbilo, mientras respetables madres de clase media sostenían en alto a su bebés para que disfrutaran del "espectáculo".

El "espectáculo" implicó algo más que la devastación de unas cuantas tiendas. Durante las veinticuatro horas del primer pogromo organizado en Alemania desde la Edad Media, al menos siete mil quinientas tiendas, veintinueve almacenes y ciento setenta y un casas fueron destruidos; ciento

noventa y un sinagogas fueron arrasadas por el fuego, y setenta y seis más demolidas; once centros comunitarios, capillas de cementerios y similares edificios judíos fueron quemados con antorchas, y otros tres destrozados; al menos treinta mil judíos fueron detenidos y arrastrados a campos de concentración, donde se les hizo objeto de torturas indescriptiblemente sádicas. También se arrestó a siete arios y tres extranjeros, "para su propia protección".[12]

Heydrich informó a Göring el 11 de noviembre que el número de víctimas había sido de treinta y seis muertos e igual cantidad de lesionados, todos ellos judíos. No es de sorprender que esas cifras hayan tenido que corregirse: para enero de 1939 se admitía que el número de personas asesinadas durante aquellas veinticuatro horas era oficialmente de noventa y uno.[13] La cifra verdadera fue de al menos doscientas treinta y seis, entre ellas cuarenta y tres mujeres y trece niños, así como de más de seiscientas permanentemente lisiadas. Cientos de personas más, quizá hasta dos mil quinientas, sufrieron una muerte atroz en campos de concentración en los meses siguientes.

Cuando la violencia se agotó, Goebbels le puso fin con un decreto oficial, y emitió una declaración al mundo. Aquellos ultrajes, dijo, fueron "la justificada y comprensible indignación del pueblo alemán por el cobarde asesinato de un diplomático alemán". Negó que hubiera habido pillaje o saqueo: "En unos cuantos casos aislados, tal vez, ancianas cargaron con pequeñas baratijas o prendas de vestir, para usarlas como regalos de navidad. No hubo robo, ni intención de robar."[14]

Göring aportó su propio toque de fantasía: "A ningún judío se le tocó un pelo", afirmó. "Gracias a la notable disciplina del pueblo alemán, sólo unos cuantos escaparates fueron rotos en los disturbios." Haciéndose eco del cinismo de sus caciques, las bases nazis hallaron pronto un nombre para su noche de venganza. Mofándose y restando importancia a los terribles acontecimientos, la llamaron *Kristallnacht*, la Noche de los cristales, la noche de los vidrios rotos.

Göring no estuvo implicado en los planes del pogromo. Había estado en Munich para la marcha y la cena conmemorativas, pero evitó la recepción, pues prefirió pasar su tiempo tratando otros asuntos. Para el momento en que Goebbels habló con Hitler, él iba en su tren privado de regreso a Berlín

de noche, ajeno a lo que se planeaba. Cuando su tren llegó a la estación Anhalter a la mañana siguiente, el conductor le dijo que había visto llamas en Halle, unos ciento treinta kilómetros al sureste de la capital, cuando pasaron por ahí. Media hora después, cuando ya estaba vestido, Göring llamó a su ayudante, quien le informó que, al parecer, durante la noche había habido disturbios y tiendas judías habían sido forzadas y saqueadas, y sinagogas incendiadas. Camino a casa en auto por las calles, el alcance del daño pronto le quedó claro a Göring, y comenzó a encolerizarse. En cuanto llegó, pidió que lo comunicaran con las oficinas de la Gestapo y exigió un informe completo.

Cuando, más tarde, habló con Hitler, Göring estaba furioso. Habiendo establecido la participación de Goebbels en el caso, se quejó amargamente de que el ministro de Propaganda saboteaba sus esfuerzos por preparar la economía para la guerra. Era inadmisible, dijo al Führer, que tales hechos hubieran tenido lugar en ese momento. Él no cesaba de pronunciar discursos en los que pedía "recoger y utilizar todos los tubos usados de pasta de dientes, todo clavo oxidado, todo pedazo de material de desecho". Era intolerable, dijo, que "un hombre que no era responsable de esas cosas entorpeciera mis tareas económicas destruyendo tantas cosas con valor económico, por un lado, y causando tantos trastornos en la vida económica por el otro".

Hitler, testificó Göring en Nuremberg, "buscó algunas excusas para Goebbels, pero en general estuvo de acuerdo en que tales sucesos no debían haber ocurrido ni debía permitirse que ocurriesen. Le señalé asimismo que, tan poco tiempo después del acuerdo de Munich, esas cuestiones también tendrían un efecto en la política exterior". Habiéndose desahogado con Hitler, Göring telefoneó a Goebbels para decirle unas cuantas frescas. Según él, le expresó, "en términos inequívocos y palabras muy ásperas, mi opinión sobre el asunto. Le dije enfáticamente que no estaba dispuesto a padecer las consecuencias de sus incontrolados dislates, en lo tocante a los asuntos económicos".[15]

Goebbels hizo caso omiso del ataque de Göring, lo mismo que de las críticas que le llovieron de otros ministros, notablemente Funk y Ribbentrop, quien se quejó con Fritz Hesse, agregado de prensa de la embajada en Londres: "A propósito del bestia de Goebbels, ¿ya sabes lo que hicieron sus pandillas en todas partes? Esos imbéciles destrozaron

tiendas judías, propiedad de arios desde hace mucho tiempo, de todas maneras. Me aguaron la fiesta. Sí, Goebbels destruye aparadores, y yo tengo que reparar la situación en el extranjero”.[16]

En la comida con Hitler en el Ostaria Bavaria en Munich el 10 de noviembre, Goebbels defendió sus acciones, insistiendo en que el pogromo había demostrado a la judería internacional que con el Reich no se jugaba, y Hitler se dejó convencer por sus argumentos; después de todo, le había dado permiso en Munich de soltar a la SA. Así, cuando Göring le habló por teléfono al Führer esa tarde, descubrió que ya había cambiado de actitud, y que había resuelto introducir severas medidas económicas contra los judíos; rechazando las protestas de Göring, le dijo a éste, quizá sólo a medias en broma: “Sería mejor que se cuidara. La gente podría llegar a enterarse de su simpatía por los judíos”. Goebbels se sumó después a la conversación, y empezó en seguida con lo que Göring describió como “su cháchara habitual: que tales cosas [el asesinato de Rath] no podían tolerarse; que ése era el segundo o tercer asesinato de un nacionalsocialista cometido en el extranjero por un judío”.

Según Göring, fue Goebbels quien sugirió imponer una multa, no a los alborotadores ni a la SA, sino a sus víctimas, los judíos. Quería que cada Gau la cobrara, y “mencionó una suma casi increíblemente elevada”. Los dos ministros discutieron no sobre si era correcto imponer esa multa, sino sobre quién debía cobrarla. Goebbels, como Gauleiter de Berlín, ciudad con muchos más judíos que cualquier otra, podía obtener obviamente grandes sumas en multas locales. Siendo responsable de la economía nacional, Göring insistió en que sólo el Estado soberano tenía derecho a tomar esas medidas.

Hitler resolvió finalmente la pelea a favor de Göring, aceptando que la multa era asunto del gobierno nacional. En cuanto al monto, convinieron en una sencilla cifra redonda: mil millones de marcos, equivalentes entonces a cuatrocientos millones de dólares u ochenta y cinco millones de libras esterlinas, y a principios del siglo XXI a unos cuatro mil millones de dólares o dos mil seiscientos millones de libras. Pago tan descomunal, que dio en llamarse Multa de Compensación contra los Judíos, representaba una quinta parte de los bienes judíos, según lo consignado en el decreto de Göring del 27 de abril. Este dinero llegó en el momento justo, pues el erario del Reich

estaba en condiciones críticas: la vasta campaña armamentista de Göring había llevado al país al borde mismo de la bancarrota.

Pero Hitler no terminaba aún con los judíos. Era hora, le dijo a Göring, de ejecutar lo que describió como “la solución económica”; en otras palabras, de que los judíos fueran excluidos por fin de la vida económica alemana. “Para no dar nueva ocasión a sucesos de ese tipo”, continuó, “los negocios obviamente judíos y conocidos como judíos debían ser, antes que nada, arianizados.” Esto se aplicaba en particular, dijo, a las tiendas departamentales, frecuente fuente de fricciones, ya que funcionarios y personal de los ministerios, que sólo podían hacer compras de seis a siete de la tarde, solían usar esas tiendas, “y tenían dificultades”. Tras esbozar lo que quería que se hiciera, Hitler ordenó que se formara al instante una comisión que se ocupara del asunto. Para digusto de Göring, insistió en que Goebbels debía pertenecer a ella, aunque, como sostuvo Göring, “no tuviera nada que ver con las cuestiones económicas”.[17] Presumiblemente, Hitler temía que Göring fuera demasiado blando con los judíos si se le abandonaba a sus propios recursos.

Göring convocó a una conferencia a todos los ministerios implicados en la nueva comisión, por realizarse en el Ministerio de Aviación al día siguiente, sábado 12 de noviembre, a las diez de la mañana. Aquélla fue una reunión de alto nivel: Goebbels llevó consigo a varios subordinados del Ministerio de Propaganda; Heydrich representó a la SS, el SD, la Policía de Seguridad y la Gestapo, y Daluege a la Policía Regular; el Ministerio del Exterior estuvo representado por Ernst Woermann, jefe del departamento político. Entre otros, también estuvieron presentes Frick; Funk; el ministro de Finanzas, conde Lutz Schwerin von Krosigk; el ministro de Finanzas austriaco, doctor Hans Fishböck, y otras importantes figuras. En total, junto con asistentes y funcionarios, había alrededor de cien personas en la sala. Como en todas las reuniones de Göring, un estenógrafo registró cada palabra, gran parte de las cuales sobrevivieron a la guerra para usarse como evidencia en Nuremberg. Componen una lectura macabra.

Göring empezó estableciendo que actuaba con la autorización de Hitler. “He recibido una carta”, dijo a los delegados, “escrita bajo instrucciones del Führer por Bormann, jefe del Estado Mayor de la oficina de seguridad del Führer, en la que se me solicita coordinar y resolver la cuestión judía de una

vez por todas, en una forma u otra. Ayer, en una llamada telefónica, el Führer reiteró que yo coordinaré los pasos decisivos.” Arremetiendo contra los responsables del pogromo de la *Kristallnacht*, dijo estar harto de manifestaciones que no llevaban a ninguna parte:

> No les perjudican a los judíos; me perjudican a mí, la autoridad última de la buena marcha de la economía. Si hoy se destruye una tienda judía y sus bienes se arrojan a la calle, el seguro reparará los daños en beneficio del judío; él no sufre en absoluto. Además, los bienes destruidos son bienes de consumo, ¡bienes para el pueblo!
>
> En el futuro, si consideramos necesario que tengan lugar manifestaciones, les pido conducirlas de tal manera que no nos afecten. Porque es absurdo vaciar e incendiar un almacén judío y luego hacer que una compañía de seguros alemana cubra los daños; y que bienes que yo necesito desesperadamente, paquetes enteros de ropa y no sé qué más, sean quemados, mientras que yo los necesito en todas partes. Yo bien podría quemar también las materias primas antes de que lleguen [...] No voy a tolerar una situación en la que compañías de seguros alemanas sean las que padezcan. Para impedirlo, haré uso de mi autoridad y emitiré un decreto [...] Pero surge de inmediato otro problema: podría ser que esas compañías de seguros hayan reasegurado en países extranjeros. En estos casos, no me gustaría perder las divisas que ellas traen. Este asunto merece estudiarse. Por esa razón pedí a Herr Hilgard, de las compañías de seguros, que asistiera a esta junta, para que nos dé la mejor asesoría posible sobre en qué medida las compañías están cubiertas por reaseguro contra tales daños. No me gustaría renunciar a éste por ningún motivo.[18]

Subrayando una vez más que el propósito de la reunión no era sólo hablar, sino también tomar decisiones, Göring pasó al tema de la mecánica para la apropiación de negocios judíos. A los dueños de grandes empresas se les indemnizaría, sobre una valuación fijada por el Estado, con bonos gubernamentales al 3%. En cuanto a los negocios menores, sólo aquellos que Göring creyera necesitar se transferirían en esos mismos términos, mientras que el resto sencillamente se cerraría. Los locales imposibles de destinar a otro uso serían demolidos. El Ministerio del Exterior reclamó el derecho a representar a judíos extranjeros con propiedades en Alemania; era evidente que Ribbentrop, que había sido empresario de éxito, no pensaba dejar pasar una oportunidad de enriquecerse, o de enriquecer a su ministerio.

Como de costumbre, también Göring tenía puesta la mira en obras de arte, joyas, bienes raíces y acciones propiedad de judíos. La cuestión de

cómo exactamente los dueños de esas deseables delicias serían despojados de ellas debía ser examinada, decidió él, por una subcomisión presidida por Funk. Otra materia, aún más siniestra, también remitida a una subcomisión, fue la idea de utilizar a los judíos desposeídos como fuente de trabajos forzados.

A Goebbels le preocupaba saber qué iba a hacerse con los terrenos de las sinagogas incendiadas. Algunas ciudades querrían convertirlos en estacionamientos, dijo, y otras querrían erigir nuevos edificios en ellos. En cualquier caso, era hora de que todas las sinagogas fueran disueltas. Los propios judíos, propuso, debían ser obligados a pagar la nivelación y desbrozamiento de esos terrenos. Entusiasmado con su tema, amenazó con secuestrar la conferencia a través de una retahíla de pro puestas.

–Considero necesario —anunció Goebbels— que se emita un decreto que prohíba a los judíos asistir a teatros, cines y circos alemanes. Yo ya lo tengo preparado, por autorización de la Cámara de Cultura del Reich [...] Soy de la opinión de que no es que posible que los judíos se sienten junto a alemanes en salas de conciertos, teatros y cines.

"Además, prosiguió, abogo por que se prohíba a los judíos entrar a todos los lugares públicos en los que puedan ser una provocación. Hoy aún es posible a un judío compartir un coche cama con un alemán. Por lo tanto, el Ministerio de Transporte del Reich debería expedir un decreto que ordene compartimientos separados para judíos. Si este compartimiento está lleno, los judíos no podrán reclamar un asiento. Además, sólo podrán recibir compartimientos separados una vez que todos los alemanes tengan asientos. No deben mezclarse con los alemanes; si ya no hay espacio, tendrán que quedarse en el pasillo."

–Creo que sería más sensato darles compartimientos separados –intervino Göring, irritado de que Goebbels distrajera la atención del tema de la economía, y con la esperanza de cortarlo. Pero Goebbels se resistía a soltar el micrófono.

–No si el tren está a reventar —replicó.

–¡Un momento! —se exasperó Göring. Sólo habrá un vagón para judíos. Si éste se llena, los judíos tendrán que quedarse en casa.

–Pero supongamos que no muchos judíos toman, digamos, el expreso de largo recorrido a Munich. Que hay dos judíos en el tren, y que los demás compartimientos están repletos. Estos dos judíos tendrían un

compartimiento para ellos solos. Por lo tanto, el decreto debería decir que los judíos sólo pueden reclamar un asiento una vez que todos los alemanes hayan obtenido el suyo.

–Yo les daría un vagón o compartimiento —repitió Göring—; y si surgiera un caso como el que usted menciona y el tren está repleto, ¡créame que no necesitaremos una ley! El judío será sacado a patadas, y tendrá que ir solo en el baño durante todo el trayecto.

Frente a los ministros reunidos, los dos líderes nazis siguieron riñendo como un par de escolares.

–¡Los judíos deben quedarse en el pasillo! —gritó Goebbels.

–¡Deben sentarse en el baño!

Goebbels insistió, insatisfecho.

Haciendo valer su autoridad como presidente, Göring tronó:

–¡No necesito una ley! ¡El judío puede sentarse en el baño o bajarse del tren!

–No estoy de acuerdo —refunfuñó Goebbels. No creo que lo haga. ¡Debe haber una ley! También debe haber una ley que prohíba a los judíos entrar a playas y lugares de recreo. El verano pasado...

–Antes que nada, aquí en el Admiralspalast [teatro de variedades de Berlín] hubo cosas realmente horribles —intervino Göring, con poco sutil ironía.

–Y en Wannseebad [el balneario en el Havel] —continuó Goebbels, impertérrito. Una ley... que prohíba terminantemente a los judíos entrar a todos los lugares de recreo alemanes.

–Podríamos darles los suyos propios —sugirió Göring.

–Tendremos que considerar si deberíamos darles sus propios centros de recreo, o poner a su disposición algunos balnearios alemanes; aunque no los mejores, o la gente podría decir: “Ustedes permiten que los judíos estén en forma usando nuestros balnearios.”

Para ese momento, ya nada detenía a Goebbels; y mientras despotricaba, todos los asuntos económicos eran dejados de lado.

–También debe considerarse la cuestión de si es necesario prohibir a los judíos entrar a los bosques alemanes. Hoy, manadas de judíos se pasean por el Grunewald [área arbolada del oeste de Berlín]. Eso es una constante provocación; tendremos incidentes continuos. Lo que los judíos hacen es tan provocador que constantemente se llega a las manos.

–Bueno, entonces —respondió Göring, sarcásticamente— tendremos que darles cierta parte del bosque, y que guardabosques se aseguren de que animales tan condenables como los judíos (el alce también tiene nariz aguileña) entren al coto judío y se acomoden entre ellos.

Picado por el tono de Göring, Goebbels le reclamó diciendo que juzgaba provocadora su actitud.

–Más todavía —prosiguió—, los judíos no deben sentarse en parques públicos alemanes. He iniciado ya una campaña de rumores contra las judías en los jardines de la Fehrbelliner Platz. Hay judíos que no lo parecen. Se sientan junto a madres alemanas y empiezan a gemir y mascullar.

Así, había que prohibir la entrada de los judíos a la mayoría de los parques, insistió, aunque podía haber ciertos parques y jardines —"no los más bonitos, desde luego"— reservados para ellos. En otros habría bancas especiales en las que se les permitiría sentarse.

Goebbels pasó finalmente al tema de las escuelas. Era intolerable, por supuesto, que se permitiera a niños judíos asistir a escuelas alemanas y sentarse junto a niños alemanes. Propuso poner fin a esa situación expulsando de los planteles a todos los niños judíos, y decretando que debían asistir sólo a escuelas especiales. La segregación nunca sería suficiente para él.

Göring interrumpió al fin la diatriba de Goebbels pidiendo a Eduard Hilgard, director de la Asociación de Compañías de Seguros, explicar la cuestión de los seguros. Resultó que uno de los principales problemas era que la mayoría de las propiedades dañadas habían sido rentadas por judíos a dueños arios, quienes eran responsables del seguro de los inmuebles. El remplazo de todos los vidrios rotos a los que el pogromo debía su nombre costaría a las compañías de seguros seis millones de marcos. Pero ésa no era la peor noticia para Göring: el vidrio cilindrado se fabricaba únicamente en Bélgica, pasarían al menos seis meses para producir la cantidad necesaria y ésta tendría que pagarse en moneda extranjera.

El pillaje era otro gran dolor de cabeza para los aseguradores. Hilgard estimó el costo total de las indemnizaciones en alrededor de veinticinco millones de marcos; tan sólo las existencias de la joyería Margraf, en la Unter den Linden, la cual había sido completamente saqueada, estaban

aseguradas en un millón setecientos mil marcos, dijo. Esto irritó a Göring, quien se volvió furiosamente hacia los jefes de policía:

–¡Daluege y Heydrich! —gritó. ¡Deben devolverme esas joyas! ¡Hagan allanamientos a gran escala!

–Ya se dio la orden —aseguró Daluege. Se catea a personas y allanan lugares a toda hora. Según mis informes, ciento cincuenta personas fueron arrestadas ayer en la tarde.

Heydrich añadió que había unos ochocientos casos reportados de saqueo en todo el Reich, pero que ya se había arrestado a más de cien culpables.

–Estamos tratando de recuperar el botín —dijo.

–¿Y las joyas? —preguntó Göring, vorazmente.

–Es difícil saberlo —repuso Heydrich. Algunos artículos fueron tirados a la calle y recogidos por la gente. Lo mismo pasó con las peleterías. En la Friedrichstrasse, por ejemplo, en el Distrito de Policía C, el gentío corrió naturalmente a recoger pieles de mink y zorro, y así sucesivamente. Será muy difícil recuperarlas. Hasta los niños se llenaban las bolsas sólo por gusto.

–El partido debería emitir una orden —sugirió Daluege— para que se notifique de inmediato a la policía en caso de que la esposa de un vecino (todos conocen muy bien a sus vecinos) tenga un abrigo de piel arreglado, o de que alguien sea visto con un nuevo anillo o pulsera. Quisiéramos que el partido nos ayudara en esta materia.

Algo que animaba a Göring era la esperanza de obtener divisas de reaseguros en el extranjero. Cuando Hilgard quiso insistir en que las compañías aseguradoras debían cumplir sus obligaciones y pagar, en bien de su prestigio internacional, Göring dijo que él se encargaría de eso emitiendo un decreto gubernamental para prohibírselo.

Heydrich dio con una solución:

–Que se paguen las reclamaciones —terció. Pero tan pronto como se haga el pago, que se le confisque. Así guardaríamos las apariencias.

Era una idea ingeniosa, pero Göring tenía una mejor. Las compañías de seguros pagarían todo, pero no a los judíos, sino directamente al Ministerio de Finanzas.

Göring no se dejó ablandar por las quejas de Hilgard de que eso acabaría con las utilidades de todo el año de las compañías aseguradoras, y de que muchas de las de menor tamaño quebrarían. Pero cuando Heydrich

le dijo que el Estado podía perder más de cien millones de marcos en impuestos sobre los materiales y bienes dañados o perdidos en el pogromo, Göring se empezó a incomodar otra vez. Y cuando Daluege señaló que la mayoría de esos bienes no eran propiedad de los comerciantes judíos, sino de proveedores arios, en consignación, y Hilgard añadió que los aseguradores también tendrían que pagar esas mercancías, estalló:

–¡Ojalá ustedes hubieran matado a doscientos judíos en vez de destruir objetos de valor! —protestó.

–Bueno, hubo treinta y cinco muertos —replicó Heydrich, como si fuera una atenuante.

La perspectiva de retener los pagos, sin embargo, fue obviamente suficiente para pacificar a Göring. El proceso culminó para él, tras una breve discusión sobre el asunto de las divisas, gracias a otra brillante idea: la de que todas las joyas robadas de Margraf y otras tiendas que fueran recuperadas por la policía no se devolverían, sino que serían entregadas al Estado. Ni siquiera el insistente argumento de Hilgard sobre las utilidades que se perderían pudo contrariar esta vez el buen humor de Göring.

–Los judíos reportarán los daños —le dijo Göring. Recibirán el dinero del seguro, pero éste se confiscará. El resultado final será que las compañías aseguradoras ganarán algo, porque no tendrán que reparar todos los daños. Hilgard, tiene usted sobrados motivos para sonreir.

–No —repuso el hombre de los seguros, comprensiblemente cortante— si usted describe como ganar dinero que no tendremos que pagar todos los daños.

–¡Un momento! —dijo Göring, ya en franco son de burla. Si usted está legalmente obligado a pagar cinco millones y de repente, bajo mi algo corpulenta forma, un ángel se le aparece para decirle que puede quedarse con uno, ¿eso no es ganar dinero? A mí no me molestaría irme a la mitad con usted, o a la porción que sea. ¡Pero si nada más me basta verlo, Hilgard! Le sonríe todo el cuerpo. ¡Se está llevando una buena tajada!

Luego de dejar marchar a Hilgard, Göring dirigió su atención a los demás asuntos de la junta. El Ministerio del Exterior estaba preocupado por los judíos extranjeros en Alemania, en particular los de nacionalidad estadunidense y británica, a quienes se debía manejar con cuidado, y los de nacionalidad polaca, a quienes no. A Hitler, dijo Göring, no le hacía

ninguna gracia que "cada asqueroso judío polaco" tuviera una condición legal reconocida en Alemania, "y nosotros debamos soportarlo". Eso, dijo, tenía que parar. Hitler quería decirles a los polacos: "Ustedes hacen cosas contra sus judíos en Polonia; pero en cuanto un judas deja Polonia y llega aquí, tenemos que tratarlo como polaco. Me gustaría cambiar un poco eso".

A Funk le inquietaba saber si se permitiría que las tiendas judías reabrieran. Fishböck, el ministro austriaco de Finanzas, informó orgullosamente que en Austria ya tenían un plan muy completo para eso. En Viena, dijo, había doce mil talleres y cinco mil tiendas judías. Aun antes de la *Anschluss*, los nazis austriacos habían hecho planes para cerrar diez mil de esos talleres y cuatro mil tiendas, y para arianizar los tres mil negocios restantes. Lo único que esperaban era una ley que los autorizara a retirar licencias a quienes ellos eligieran, más allá de la cuestión judía.

–Haré que hoy mismo se emita ese decreto —prometió Göring. Le agradó saber que en Viena, "una de las capitales judías, por así decirlo", todo quedaría resuelto para navidad o fin de año, lo cual era maravilloso.

Para no quedarse atrás en autoelogios, Funk dijo que ellos podían hacer lo mismo en el antiguo Reich:

–Ya preparé una ley con los pormenores. A partir del primero de enero de 1939 se prohibirá a los judíos tener tiendas y almacenes, así como talleres independientes. También se les prohibirá tener empleados, u ofrecer productos manufacturados en el mercado, y anunciar o recibir pedidos. Ahí donde haya una tienda judía, la policía la cerrará.

Desde año nuevo, siguió diciendo, ningún judío podría ser director de empresa u ocupar un puesto importante, o ser miembro de una corporación.

–Los ministros competentes del Reich —anunció— serán autorizados para dictar las medidas necesarias para la ejecución de esta norma.

–Creo que podemos aprobar esta ley —declaró Göring.

Hubo un sonoro grito de "¡Sí, claro!".

Heydrich prosiguió recordando con orgullo a los presentes que, gracias a que había establecido la Oficina Central para la Emigración Judía de Eichmann en Viena, había podido deshacerse de al menos cincuenta mil judíos en Austria, mientras que, en el mismo periodo, en el antiguo Reich sólo se había expulsado a diecinueve mil. Göring no quería que se repitiera la reciente situación en la que miles de judíos polacos habían quedado

atrapados entre fronteras, pero Heydrich lo tranquilizó diciendo que al menos cuarenta y cinco mil judíos habían dejado el país por medios legales.

–A través de las sociedades judías —explicó—, extrajimos cierta cantidad de dinero a los judíos ricos que querían emigrar. Pagando esa cantidad, más una suma adicional en divisas, pudo irse un buen número de judíos pobres. El problema no fue sacar a los judíos ricos, sino deshacerse de la plebe.

Advirtió que no sería posible mantener ese nivel de emigración, y que se necesitarían entre ocho y diez años para echar a los judíos restantes, quienes, entre tanto, no tendrían trabajo. Si se les aislaba, con una insignia o haciéndolos vivir en guetos, podrían trabajar unos para otros, en ciertas profesiones específicas, como las de médico, abogado, peluquero, etcétera. Estas ideas se recibieron y discutieron con entusiasmo, aunque se archivaron por el momento, si bien poco después se obligaría a los judíos a abandonar unidades habitacionales arias y congregarse en áreas específicas de las ciudades.

Para culminar la conferencia, Göring abordó el asunto de la Multa de Compensación contra los Judíos.

–¿Qué les parecería, caballeros, si hoy anunciara que se impondrá como contribución a los judíos una multa de mil millones de marcos?

Inevitablemente, esta idea fue recibida con gran entusiasmo. Complacido, Göring declaró:

–Yo decidiré los términos: que la judería alemana en general, en castigo por los abominables crímenes, etcétera, etcétera, hará una contribución de mil millones de marcos. ¡Esto va a dar resultado! Al canalla no le quedarán ganas de cometer un segundo homicidio. Y en cuanto al resto, debo decir que a mí no me gustaría ser judío en Alemania en estos tiempos.

La reunión concluyó, en un clima de gran satisfacción, a las dos y media de la tarde. Göring emitió ese mismo día sus tres primeros decretos: imposición de la multa de mil millones de marcos, eliminación de los judíos de la economía alemana para el primero de enero de 1939 y estipulación de que los propietarios y arrendatarios judíos tendrían que reparar, al punto, los daños de sus negocios y casas y pagar ellos mismos los costos. Para evitar toda posible complicación, Göring tenía otro decreto bajo la manga, que instruyó expedir al Ministerio de Justicia: todos los judíos de nacionalidad alemana tendrían prohibido iniciar trámites legales en los tribunales

alemanes por cualquier asunto derivado de los acontecimientos del pogromo.

Goebbels continuó eso con su decreto para prohibir a los judíos la entrada a teatros, salas de conciertos, cines y galerías en toda Alemania. Y para consumar las labores de ese día, la asamblea de ministros emitió una declaración en la que prometió "nuevas y decididas medidas para excluir a la judería de la vida económica alemana y prevenir actividades provocadoras" en el futuro próximo.

Goebbels había esperado que el pogromo de la *Kristallnacht* restaurara su posición ante Hitler, pero lo cierto fue que estuvo a punto de acabar con su carrera, pues los demás ministros, oliendo la sangre de un rival del que todos se resentían, se abalanzaron contra él en un ataque concertado. El embajador polaco Lipski le dijo al comisionado de la Sociedad de Naciones en Danzig, Carl Burckhardt, que por "un testigo presencial" sabía que "había habido una reacción espontánea contra Goebbels en el gabinete del Reich" y que "se había exigido el inmediato despido del ministro de Propaganda".[19] Las demandas fueron presentadas por Himmler, quien estaba furioso de que se hubiera permitido que las cosas llegaran a ese grado, mancillando a su sagrada SS al involucrarla en una absurda agresión totalmente contraria a su frío y lógico enfoque del problema judío. Como había dejado asentado Heydrich desde 1934: "Los métodos del 'antisemitismo estridente' deben rechazarse. A las ratas no se les combate con un revólver, sino con veneno y gas".[20] La aprobación de Himmler de una acción contra los judíos se había basado en el entendido de que las condiciones que él había fijado a través de Heydrich serían estrictamente respetadas, y de que todo se haría en forma ordenada. Por el contrario, había habido un desorden absoluto, que para él era anatema total.

Himmler pidió a Burckhardt que lo visitara en la Prinz-Albrecht-Strasse el 14 de noviembre, presumiblemente para explicarle, y a través suyo a la Sociedad de Naciones, que la violencia callejera contra los judíos no era política oficial alemana, y que no se repetiría ni en Alemania ni en Danzig. Pero cuando Burckhardt llegó, le dijeron que el Reichsführer-SS estaba enfermo a causa de la tensión de las últimas semanas. Lo recibió Wolff, quien le dijo que Himmler condenaba el pogromo y luego se puso a gritar, enfadado: "¡La situación interna de este país se ha vuelto intolerable! Tiene

que hacerse algo. Goebbels es responsable de todo; su influencia en el Führer es catastrófica. Esperábamos hacerlo caer con el pretexto de su propaganda durante la crisis checa; y esta vez, definitivamente creímos tener asegurado el éxito. Pero el Führer lo ha salvado de nuevo. Esto no puede seguir así; tendremos que actuar”.[21]

Cierto: el Führer había salvado a Goebbels. Esa mañana había ido a visitarlo, y a asegurarle que seguía gozando de su entera confianza. Y en la noche hizo pública muestra de su continuada amistad yendo con él al teatro. Siendo tan obvio que Goebbels disfrutaba de la protección de Hitler, Himmler y Göring nada podían hacer. Pero, para evitar nuevas guerras intestinas, Hitler prohibió a Goebbels involucrarse en la cuestión judía. Siguiendo su hábito de poner a pelear a sus lugartenientes entre sí, decretó que Göring debía “concentrar los pasos decisivos bajo una autoridad central”. En el futuro, Göring sería el único responsable de la supervisión y coordinación de toda las políticas y acciones antijudías, importante adición a su ya, de suyo, abultada cartera.

Göring dio el primer paso decisivo en su nueva función el 24 de enero de 1939, cuando ordenó a Heydrich establecer en Berlín la Oficina Central del Reich para la Emigración Judía, basada en la que él mismo había creado en Viena al mando de Adolf Eichmann el año anterior. Heinrich Müller (el de la Gestapo), fue puesto a cargo de ella, y no tardó en echarla a andar. Se obligó a representantes de la comunidad judía a proporcionar cada día una lista de setenta familias listas para emigrar. Para fines de ese año, ya se había expulsado a setenta y ocho mil judíos alemanes y austriacos, además de treinta y ocho mil checos. Pero para entonces, el problema había cobrado absolutamente nuevas proporciones.

“LES PREPARARÉ UN GUISO QUE SE LES VA A ATORAR”

A principios de 1939, Göring, Goebbels y Himmler mostraban señales de severo estrés. Para Goebbels, en lo personal, las últimas semanas de 1938 habían sido horrendas. Proliferaron rumores de su inminente caída en desgracia, pese al esfuerzo de Hitler de camuflar la verdadera situación permaneciendo en Schwanenwerder un par de días a mediados de noviembre, mientras los constructores de Speer volvían temporalmente inhabitables sus aposentos en la cancillería del Reich. Para asegurarse de que todos entendieran el mensaje, llamó a reuniones a Göring, Keitel y Brauchitsch a la villa junto al lago, aunque no había ningún pendiente. Sin embargo, el futuro de Goebbels aún era incierto mientras Magda siguiera negándose, tercamente, a una reconciliación.

Para mediados de diciembre, la tensión emocional se dejaba ver en síntomas físicos, y Goebbels fue internado en el Charité Hospital a causa de insoportables dolores de estómago. El eminente profesor Sauerbruch fue llamado de Dresde, y quiso operar de inmediato —suponiendo presumiblemente que Goebbels tenía una úlcera estomacal—, pero Goebbels se negó “por el momento” y el forzoso descanso en cama pareció dar resultado. Mientras él estaba en el hospital, Magda tuvo otra reunión con Hitler. No le contó a Goebbels de qué hablaron, pero a juzgar por la “avalancha de reproches” que le llovieron en su cama en el hospital, ella debe haberse enterado de las muchas quejas de acoso sexual recogidas por Himmler. Cuando, cinco días después, Goebbels se había recuperado lo suficiente para volver a casa en Schwanenwerder, Magda no lo aceptó en la villa, y él tuvo que pasar solo una triste navidad y año nuevo en la casita de huéspedes, aún lejos de estar bien y pasando en cama la mayor parte del tiempo. Los niños lo visitaron brevemente, como también lo hicieron su madre y su hermana, pero no Magda. Sus únicos visitantes ajenos a la

familia fueron Helldorf, que se presentó dos veces, y Hanke, quien acudió a informarle de “un infame ataque que Speer planea en la prensa contra Lippert [el alcalde de Berlín]. No oculto mi opinión. Es ésta: demasiado cobarde para atacarlo abiertamente, lo apuñala por la espalda. ¡Muy bonito! De mí nadie se burla de esa manera”.[1]

La reunión con Hanke fue, dijo Goebbles, “glacial”. Aparte de ser su secretario de Estado, Hanke había sido su más cercano confidente desde su llegada a Berlín; y cuando la pelea con Magda hizo erupción por primera vez, Goebbels le pidió actuar como intermediario. La simpatía de Hanke por Magda se convirtió rápidamente en amor, y él había aceptado reunir evidencias que ella pudiera usar para obtener el divorcio. Apenas es de sorprender que su relación con Goebbels haya padecido las consecuencias, y que sus informes se hayan vuelto cada vez más fríos. Pero Goebbels no parecía sospechar la verdad, creyendo que Hanke simplemente reprobaba sus infidelidades.

En lo más hondo de su depresión, Goebbels recibió, al menos, como regalo de navidad dos libros de parte de Hitler, “con muy afectuosas dedicatorias”, y “una larga y conmovedora carta” de año nuevo. Contestó al instante, planteando “muy honestamente” su situación, y despachó nada menos que a Hanke a entregar personalmente la carta en el Obersalzberg. Hitler lo invitó solícitamente a acompañarlo en el Berghof, donde pasó los siguientes doce días leyendo, conversando, visitando los teatros de Salzburgo y discutiendo qué podía hacer para salvar su matrimonio. Hitler le dijo que debía resolver pronto la situación, y le prometió hacer todo lo posible por ayudar. Pero Magda seguía hallando nuevas “sospechas”, y Goebbels tuvo que confesar que sólo el tiempo diría si existía una salida.[2]

Goebbels regresó a Berlín en el tren nocturno el 17/18 de enero, “lleno de ardiente ansiedad”. El sol brillaba cuando llegó, y todo parecía radiante y optimista, pero, dijo, para él “sólo había dolor y amargura”. Más tarde, sin embargo, tras otra charla con Hitler, envió a su hermana, Maria, a hablar con Magda, quien aceptó una reunión en Schwanenwerder al día siguiente, donde por fin lograron ponerse “más o menos de acuerdo”.[3] A partir de ese momento, las cosas caminaron rápidamente, con el aliento de Hitler. Magda pidió a un abogado preparar un contrato marital, Goebbels aceptó sus condiciones sin discutir, Hitler sugirió mejoras y el 22 de enero, “de pésimo

humor”, firmaron. “Hoy comienza una nueva etapa de mi vida”, anotó Goebbels en su diario. “Todavía estoy sorprendido por todo esto.”[4]

Himmler era otra víctima de cólicos, tan severos que casi lo aturdían. Ese malestar no era nada nuevo —lo había tenido durante años, junto con atroces dolores de cabeza—, pero había empeorado como nunca, y a veces duraba días sin parar. A él contribuía, además, el temor de Himmler de que pudiera ser síntoma del cáncer estomacal que había costado la vida a su padre. Karl Wolff estaba muy preocupado por su jefe, y le sugirió consultar a Felix Kersten, quiropráctico sueco avecindado en Holanda con gran éxito entonces en la alta sociedad de Berlín.

Para entonces, Himmler ya tenía una espléndida villa cerca de la de Ribbentrop, en el elegante distrito berlinés de Dahlem. Kersten lo visitó ahí, habiendo prometido antes guardar secreto para que no se filtraran incómodas insinuaciones de que el Reichsführer-SS estaba lejos de ser un espécimen físico perfecto, y el alivio fue casi instantáneo. Himmler quedó tan complacido que intentó convencer a Kersten de sumarse a su equipo, para que estuviera de guardia permanente como su médico personal. El doctor declinó, pero siguió visitándolo con regularidad hasta que Holanda fue ocupada durante la guerra, cuando por fin aceptó dedicarse exclusivamente al Reichsführer. Se ha descrito a Kersten como masajista de Himmler, y el masaje era, en efecto, parte de su técnica, pero practicaba una modalidad de medicina alternativa que se ajustaba a la perfección a las estrafalarias creencias de Himmler. Sus sesiones juntos se convirtieron en el equivalente para él del psicoanálisis, pues en ellas podía relajarse y decir libremente lo que pensaba, seguro de que sus confidencias serían respetadas en una relación médico-paciente.

El tratamiento de Kersten lo ayudó, pero era obvio que Himmler necesitaba un descanso. No mucho después de la *Kristallnacht*, tomó unas largas vacaciones en Italia, dejando a Heydrich a cargo de las repercusiones del pogromo y el establecimiento de la Gestapo y el SD (Servicio de Seguridad) en los Sudetes. Sin embargo, no asignó a Heydrich ni a nadie más el control general de la SS en su ausencia. Eso habría sido demasiado riesgoso.

Göring también estaba enfermo a principios de 1939, a causa de la reaparición de sus problemas glandulares, agotamiento general y depresión. Pasaba cada vez más tiempo fuera de la oficina, en Carinhall o Romintern, pero, inusualmente, sus viajes de caza no lograban subirle el ánimo. Aunque había conseguido notables éxitos al asegurar los Sudetes y convertir el desastre de la *Kristallnacht* en ventaja económica, Hitler seguía disgustado con él, y eso le pesaba mucho.

Por instrucciones de Hitler, el 18 de noviembre había convocado a una reunión del Consejo de Defensa del Reich, o más propiamente el Consejo Ministerial para la Defensa del Reich, un supercomité presidido por él y del que formaban parte todos los ministros y secretarios de Estado, así como Martin Bormann, el adjunto de Hess, a nombre de la organización del partido; Himmler; Heydrich, y los comandantes en jefe y jefes de Estado Mayor de las fuerzas armadas. Göring les había brindado un discurso de tres horas de duración en el que expuso la necesidad de triplicar los armamentos en general, y advirtió de los problemas de conseguirlo en condiciones de escasez de mano de obra, materias primas, capacidad productiva y divisas. No obstante, el mayor problema era simplemente dinero. “Caballeros”, les dijo Göring con gravedad, “la situación financiera es sumamente crítica.”[5]

Göring no era el único a quien preocupaban las finanzas del país, así como las consecuencias inflacionarias de llenar los sobres de pago de los obreros con el vasto programa de rearme al mismo tiempo que se acortaba la oferta de bienes de consumo. En año nuevo, Schacht envió a Hitler un memorándum firmado por él y los ocho directores del Reichsbank en el que le advertía del “amenazante peligro de la inflación” y le pedía reducir el gasto. Hitler respondió declarando: “Esto es motín”. Echó a Schacht en el acto, y lo remplazó como presidente del Reichsbank por Walther Funk. Ante tal reacción, Göring no iba a exponerse a comunicar a Hitler sus preocupaciones y recomendar cautela. Simplemente tendría que seguir viviendo con sus inquietudes.

Ribbentrop aprovechó la frustración de Hitler de que se le hubiera negado Checo-Eslovaquia entera, cuyas abundantes reservas de oro y divisas habrían aliviado la crisis financiera de Alemania, y lo convenció de que el culpable era Göring. Así, cuando Hitler invitó al ministro polaco del Exterior, el coronel Beck, a visitarlo en el Berghof camino a casa tras haber

pasado la navidad y el año nuevo en Montecarlo, le pidió a Ribbentrop que lo acompañara, e ignoró a Göring. Al parecer, el ministro del Exterior sería la persona apropiada y normal para tratar con su homólogo polaco. Pero Göring se había esforzado tanto y durante tanto tiempo por establecer una relación especial con la jefatura polaca que excluirlo por completo sólo podía entenderse como calculado desaire, que él resintió profundamente. También fue un grave error que Alemania, y el mundo, pagarían caro.

Hitler había invitado a Beck para tratar el tema de Danzig y el Corredor Polaco. Éste era un asunto extremadamente delicado: el antiguo puerto de Danzig, Gdansk para los polacos, en la desembocadura del Vístula, había sido polaco desde 1466 hasta el segundo reparto de Polonia en 1793; pero desde entonces hasta 1919, cuando Polonia fue restaurada como nación independiente, se había incorporado a Prusia oriental. Conforme al Tratado de Versalles, se volvió ciudad libre bajo la soberanía de la Sociedad de Naciones, aunque en realidad bajo control polaco. Junto con el resto de Prusia oriental, estaba propiamente separada de Alemania por el llamado Corredor Polaco, franja de territorio que se extendía al norte desde Posen y Prusia occidental para brindar a Polonia su único acceso al Mar Báltico. La devolución de Danzig, junto con el otro puerto alemán de Memel, en el lado contrario de Prusia oriental, era el paso siguiente en el progresivo desmantelamiento de Versalles por Hitler. Por esa razón, quería que un enlace carretero o ferroviario atravesara el Corredor, para que Alemania tuviera acceso por tierra a Danzig y Prusia oriental.

Los habitantes de Danzig eran mayoritariamente alemanes, y su separación del Reich constituía una herida abierta para todos los nacionalistas alemanes. Pero Danzig también era un asunto muy emotivo para los polacos, inextricablemente ligado a su orgullo como nación recién resucitada, y Beck insistió en que la opinión pública de su país sencillamente no le permitiría devolver la ciudad a Alemania. Cuando Hitler intentó inducirlo a acceder, Beck prometió pensar la cuestión, pero no llegó más lejos. Ribbentrop lo acompañó a su hotel, y lo fastidió varias horas con su inimitable estilo, pero por una vez había encontrado a un digno rival, pues Beck le contestó todo el tiempo con evasivas y se negó a ceder un ápice. Sin embargo, aceptó que Ribbentrop realizara una visita oficial a Varsovia el 25 de enero, para conmemorar el quinto aniversario del pacto de

no agresión de 1934 entre los dos países, y Ribbentrop pudo presentar eso como señal de progreso y de éxito personal.

Ribbentrop estaba entonces en la cresta de la ola. Habiendo convencido a Hitler de que había tenido razón al advertirle que el acuerdo de Munich sería un desastre, se había anotado otro éxito el 6 de diciembre al firmar una Declaración de Paz y Amistad con Francia, durante una visita oficial a París propuesta a última hora a los franceses, a quienes exigió una recepción que superara a la concedida a los reyes de Gran Bretaña en su visita de Estado de julio anterior. Más tarde, afirmó que Bonnet le había dicho que Francia ya aceptaba que Europa oriental era una esfera de interés alemán. Bonnet lo negó en forma categórica, pero Hitler estaba convencido de que era verdad, y los bonos de Ribbentrop subieron en consecuencia.

La declaración francoalemana era pura palabrería, justo como la declaración anglogermana, la infame "hoja de papel" que garantizó la "paz de nuestro tiempo" y que Chamberlain había convencido a Hitler de firmar, sin la participación de Ribbentrop, antes de regresar de Munich. Pero hizo sonar la alarma de la siempre suspicaz mente de Mussolini. Las relaciones de éste con Francia nunca habían sido buenas, pero habían llegado a un nuevo valle en 1938, cuando diputados del parlamento italiano reclamaron estruendosamente sus derechos sobre Córcega y Niza. La sugerencia de que Alemania se aproximaba a un genuino acuerdo con Francia fue suficiente para persuadir al Duce de hacer un cambio radical en el pacto tripartita. El primero de enero dijo a Ciano que, después de todo, había decidido "aceptar la propuesta de Von Ribbentrop de transformar el pacto anti-Komintern en una alianza. Desea que el pacto se firme en los diez últimos días de enero. Considera, cada vez más inevitable, un conflicto con las democracias occidentales, y por lo tanto quiere efectuar un alineamiento militar con anticipación".[6]

Ribbentrop se puso comprensiblemente feliz cuando Ciano le dio la noticia a través de una ruidosa línea telefónica al día siguiente, adelantándose a una carta oficial. En seguida se sumergió en una frenética actividad diplomática para que el pacto se firmara antes del discurso anual de Hitler ante el Reichstag el 30 de enero. Para su consternación, sin embargo, los japoneses, que apenas semanas antes se habían mostrado muy entusiastas, dieron marcha atrás entonces, luego de otro de sus frecuentes

cambios de gobierno. Aun así, Ribbentrop siguió confiando en que lograría lo que estaba seguro que todos considerarían un gran triunfo diplomático.

En su discurso ante el Reichstag el 30 de enero de 1939, Hitler elogió a Göring por todo lo que había hecho. Pero el placer de éste se empañó cuando el Führer también elogió a Ribbentrop, a propósito de Mussolini, antes de continuar con su tema principal, los judíos. En una invectiva de dos horas, culpó a éstos de todos los males de Alemania, incluido su deslustrado prestigio internacional, y emitió una funesta amenaza:

> Toda mi vida he sido profeta, y a menudo se ha hecho mofa de mí por ello. En la época de mi lucha por el poder, fue principalmente el pueblo judío quien se rio de la profecía de que un día yo llegaría a la jefatura de Estado de Alemania, y por lo tanto de la nación entera, y de que entre otros problemas resolvería el judío. Esa carcajada se ha atorado desde entonces en la garganta de la judería alemana. Hoy quiero ser profeta de nuevo: si la judería financiera internacional de dentro y fuera de Europa consigue precipitar otra vez a las naciones a una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la Tierra, y con ella la victoria de la judería, sino la aniquilación de la raza judía en Europa.[7]

Göring presidió la sesión del discurso de Hitler, y encabezó los aplausos e hizo el obligado elogio al final. Pero estaba consciente de las implicaciones del discurso, y de la amenaza profética de la guerra mundial; ese mismo mes, Hitler había señalado claramente que tenía a Gran Bretaña en la mira al dar prioridad a la expansión de la marina alemana a expensas del ejército, e incluso de la Luftwaffe, en el suministro de acero y mano de obra, ambos escasos. Göring había consentido eso —quizá porque el programa de construcción de seis superacorazados se extendía por un periodo de seis años—, pero la idea de una gran guerra lo sobrecogía de temor. No obstante, estaba obligado a preparar a la Luftwaffe para la guerra, y puso en marcha una gran reorganización para asegurar que así fuera.

El cambio más importante fue la creación de tres flotas aéreas, equivalentes a ejércitos, bajo comandantes en los que él confiaba. La Flota Aérea 1 (este) se confió al general Albert Kesselring, la Flota Aérea 2 (norte) al general Helmuth Felmy, y la Flota Aérea 3 (oeste) al general Hugo Sperrle, todos ellos oficiales sumamente competentes. En el centro, Milch permaneció como adjunto de Göring y secretario de Estado, mientras

que el joven coronel Hans Jeschonnek fue nombrado jefe del Estado Mayor, pese al hecho de que Milch y él no siempre se llevaran bien.

El vital puesto de *Generalluftzeugmeister*, literalmente “general a cargo del equipo de vuelo”, responsable del desarrollo y abasto de casi todo lo necesario, aunque sobre todo de aviones, recayó en el viejo amigo de Göring, Ernst Udet. Borracho, mujeriego y vividor, Udet había sido un as como piloto de combate en el escuadrón Richthofen de Göring, en la primera guerra mundial, y un temerario piloto acróbata con él después. Nadie podía dudar de su valentía, ni de su popularidad, pero no era un administrador, y estaba completamente perdido como el general con mayor carga de trabajo, con no menos de veinticuatro departamentos bajo sus órdenes.

Udet era un excelente ejemplo de la debilidad de Göring por cuidar de sus amigos, más allá de sus verdaderas habilidades; Pilli Körner era otro al que había ascendido de la nada en el Plan de Cuatro Años. Ambos nombramientos fueron desastrosos. Milch habría sido el candidato ideal para el puesto en la Luftwaffe, pero era demasiado ambicioso, se distinguía en su trabajo y se negaba a supeditarse a Göring, quien había terminado por desconfiar de él como posible rival. Göring sabía que no podía operar sin Milch, pero de todas maneras recelaba de su creciente base de poder.

Ribbentrop había desplazado a Göring en el trato con dos países, Italia y Polonia, que éste había terminado por considerar como esferas de interés personal, y eso le dolió mucho, deprimiéndolo aún más. Sir Nevile Henderson, al regresar a Alemania a mediados de febrero, luego de una ausencia de cuatro meses para una operación de cáncer, le comentó que Ribbentrop parecía haber “reunido ya en sus manos todos los hilos de la política exterior”. Göring gruñó en respuesta que había “ciertos países, como Polonia y Yugoslavia, que seguían siendo de su exclusivo dominio”, y añadió que Ribbentrop “tenía instrucciones del Führer de mantenerlo informado en todo momento”.[8] Pero sabía muy bien que, aunque esto fuera verdad, Ribbentrop no habría cumplido esas instrucciones, y que él tenía que depender en gran medida de las intercepciones de la FA (Oficina de Investigación) para mantenerse informado.

Como siempre cuando se deprimía, buscó consuelo en la comida, con el resultado de que su peso se disparó hasta rebasar los críticos ciento treinta

kilogramos, y su presión arterial se elevó peligrosamente. Por prescripción médica se había embarcado en otro estricto régimen dietético, con el deseo de bajar treinta kilos. Para mediados de febrero iba muy avanzado en su meta, pero Henderson se asustó al ver los efectos. “Aun si se pesa ciento diez o ciento quince kilos, no se puede perder veinte impunemente”, escribió. “Su corazón se ha visto afectado por el tratamiento, y me dijo que va a ir a San Remo a principios de marzo para una larga cura.” Revelando el alcance de su fatiga, Göring dijo que, mientras estuviera lejos, la gente podría cometer los errores que quisiera; a él no le importaba.

Göring trató de convencer al embajador de que la única razón de Alemania para rearmarse era el temor al rearme británico, y a lo que sucedería si el gobierno de Chamberlain caía y era remplazado por uno bajo la conducción de Churchill. Alemania no podía permitirse eso, se quejó, afirmando que, de no ser así, tanto Hitler como él gastarían gran parte del dinero en nuevos y hermosos edificios y mejorando las condiciones sociales del pueblo. Salvo por unos cuantos necios, dijo, nadie en Berlín quería una guerra de ningún tipo. “Supongo”, informó el crédulo Henderson a Halifax, “que en el fondo de su corazón ahora querría regresar al redil de la relativa respetabilidad. Como el mariscal de campo me dijo esta mañana, los tiranos que van contra la voluntad de su pueblo terminan mal.”[9]

Luego de presidir el desfile del Día de la Fuerza Aérea el primero de marzo, Göring partió en su tren especial a unas muy necesarias vacaciones, acompañado de Emmy y Edda; Fanny, la hermana de Carin Göring; una de las sobrinas de Emmy; Pilli Körner, y su ayudante personal y “biógrafo oficial” Erich Gritzbach. Tomaron una villa en San Remo, en la Riviera italiana, donde Göring pudiera “olvidarse de todos los asuntos de trabajo”, relajarse y saciar su pasión por la compra de obras de arte y antigüedades a comerciantes italianos. Pero no pudo olvidarse por completo de la política; se ocupó de reunirse y conversar con “muchos ingleses” en San Remo, para sondear su actitud ante Munich, que aceptaban “e incluso encontraban satisfactorio”, y los acontecimientos en Checo-Eslovaquia. “Todo nuevo incidente, o demanda, sobre Checo-Eslovaquia”, descubrió, “causaría considerable consternación.”[10]

La paz de San Remo se interrumpió ya entrada la noche del 10 de marzo cuando el jefe de inteligencia de Göring, el coronel Beppo Schmid, llegó con un mensaje sellado de Hitler que le informaba que el Estado checo-

eslovaco se estaba desintegrando, y que "él no podía permitir que las cosas siguieran impunemente su curso". Esa situación, dijo, era "una creciente amenaza para Alemania, y estaba decidido a eliminar a Checo-Eslovaquia como fuente de peligro en el centro mismo de Alemania, y pensaba, por lo tanto, en una ocupación". Un mensaje similar se había enviado a Milch, quien estaba de vacaciones en Suiza.

Göring tendría que empacar y regresar a Berlín a toda prisa, pero Schmid le dijo que el Führer había prohibido específicamente eso, para no despertar sospechas internacionales de que algo sucedía. Göring sospechó que la verdadera razón de Hitler era mantenerlo lejos para que no pudiera argumentar contra una invasión, lo cual hizo, al momento, por carta, advirtiendo que invadir podría representar la ruina de Chamberlain, lo que quizá abriría la puerta a Churchill, "y el Führer conocía la actitud de Churchill hacia Alemania". Razonó, como ya lo había hecho antes, que no era necesario invadir, con todos los riesgos que esto conllevaba. Lo único que tenían que hacer era ser pacientes, y obtendrían todo lo que querían para comprometer a los checos con Alemania, lo que incluía una plena unión de comunicaciones, aduanera y monetaria.[11] Göring envió de regreso a Schmid con su carta, pero Hitler no estaba de ánimo para oir razones.

Las cosas habían llegado a un punto crítico en Checo-Eslovaquia esa mañana, cuando el presidente federal Hácha depuso al gobierno eslovaco del padre Jozef Tiso en Bratislava y declaró la ley marcial. Durante algunas semanas, los alemanes habían tratado de suscitar problemas entre checos y eslovacos, y Heydrich había obtenido, al fin, la oportunidad de emular a Canaris y el Abwehr (servicio de inteligencia militar) usando a agentes del SD para realizar actividades subversivas y de sabotaje. Goebbels había hecho su parte transmitiendo una provocadora cobertura radial de Viena a Checo-Eslovaquia, mientras restaba importancia al asunto en la prensa en Alemania. Los resultados habían sido decepcionantes, por decir lo menos, pues los eslovacos se mostraban muy reacios a declarar su independencia absoluta y buscar la protección de Alemania.

La sorpresiva medida de Hácha fue un golpe de suerte para Hitler, quien lo aprovechó gustosamente. En ausencia de Göring, conferenció con Goebbels, Ribbentrop y Keitel, ninguno de los cuales tenía probabilidades de contradecirlo, y les dijo que había decidido invadir, para aplastar lo que

quedaba del Estado checo en un plazo de cinco días. Los dos ministros se pusieron felices. “Nuestras fronteras se extenderán hasta los Cárpatos”, se ufanó Goebbels. “El Führer grita de alegría. Esta partida es un triufo seguro.”[12] La invasión tendría lugar en los Idus de marzo (15 de marzo), fecha por la que en privado había “apostado” Keitel, habiendo deducido que desde 1933 había sido invariablemente el día en que Hitler decidía actuar. “¿Siempre fue pura coincidencia”, se preguntaría, “o era superstición? Me inclino a creer esto último, porque el propio Hitler solía hacer referencia a eso.”[13]

Desafortunadamente, ni siquiera el derrocamiento de su gobierno logró incitar a los eslovacos a la revuelta que Hitler necesitaba. Prácticamente tuvo que hacer secuestrar a Tiso por los hombres de Heydrich el 13 de marzo, e “invitarlo” a Berlín, donde le dijo que había llegado la hora histórica de los eslovacos, y que si no la aprovechaban terminarían devorados por Hungría, que estaba a punto de apoderarse de Rutenia, también conocida como Ucrania carpática, el tercer y menor segmento de la federación, al este de Eslovaquia. Escarmentado, Tiso regresó a Bratislava a la mañana siguiente y convenció a los legisladores eslovacos de declarar la independencia. Sin embargo, no envió el telegrama que Hitler y Ribbentrop habían preparado concienzudamente para él, pidiendo la protección de Hitler, “quien siempre había apoyado la libertad y autodeterminación de los pueblos”.[14] Fue necesario que al día siguiente llegaran por el Danubio navíos armados alemanes, apuntando sus cañones contra el parlamento, para convencer a Tiso de enviarlo. Los rutenios fueron menos renuentes, y mandaron un telegrama similar no solicitado, lo cual resultó inconveniente para Hitler, porque ya había prometido Rutenia a los húngaros. Ribbentrop tuvo que decirle a los rutenios que no opusieran resistencia a la invasión húngara.[15]

Hitler mandó, por fin, llamar a Göring a Berlín la mañana del 14 de marzo, momento para el cual todas las decisiones importantes se habían tomado sin él. Llegó durante la mañana, y presentó de inmediato los argumentos contra la invasión que había enlistado en su carta. Hitler dijo que la situación se había vuelto mucho más grave de lo que Göring pensaba, no sólo por la desintegración de Checo-Eslovaquia con la separación de Eslovaquia. El factor decisivo, dijo, era que había recibido inteligencia que indicaba la presencia de aviones y personal soviéticos en

varios campos de aviación checos, en violación del acuerdo de Munich. Temía que Checa, en especial sin Eslovaquia, “se usara como base aérea rusa contra Alemania”, y estaba resuelto a eliminar ese peligro.[16] Así que eso era: Hitler ya tenía su excusa. No habría vuelta atrás.

La semana anterior, Goebbels había hecho publicar titulares alarmistas en todos los periódicos alemanes, clamando que Moscú armaba a la “resistencia roja” en Checo-Eslovaquia, la cual atacaba centros deportivos alemanes y cometía indecibles atrocidades contra individuos de origen étnico alemán. Entre tanto, las Wehrmacht y unidades de la SS-VT (Tropa de Disposiciones de la SS) habían tomado puestos preliminares a unos cuantos kilómetros de la frontera checa, listos para llevar a cabo la Operación Verde tan pronto como se diera la orden.

Hitler dijo a Göring que Hácha le había solicitado una reunión, e iba en camino desde Praga por tren; padecía del corazón, y no podía volar. Hitler quería que Göring estuviera presente en la entrevista, para añadir su peso a la presión psicológica sobre el presidente checo. Cuando esa noche Hácha llegó a Berlín –acompañado únicamente por su ministro del Exterior, Chvalkovský; su secretario, y su hija–, fue recibido en la estación por una guardia de honor y una banda, así como por su ministro en Berlín, Mastný, quien le dio la bienvenida con la noticia de que tropas alemanas ya cruzaban la frontera en Moravia-Ostrava, para impedir que los polacos tomaran la planta siderúrgica de Witkowitz. Hitler lo hizo esperar nerviosamente en el Adlon Hotel horas enteras, “los viejos y probados métodos de la táctica política”, como los llamó Goebbels, antes de enviar, al fin, por él a medianoche. Para pasar el tiempo mientras Hácha se afligía, Hitler y su séquito vieron una película, apropiadamente titulada *Ein hoffnungsloser Fall* (*Un caso perdido*).

A Hácha siempre se le describe como débil y viejo. De hecho, aunque quizá haya sido débil, a sus sesenta y siete era sólo dos años mayor que Winston Churchill, cuyos mejores días aún estaban por llegar. Pero a diferencia de Churchill, era frágil y nervioso, de personalidad retraída, y no habría sido rival digno de Hitler en ninguna circunstancia. En la situación que entonces enfrentaba, estaba perdido de antemano. Cuando finalmente llegó a la nueva y grandiosa cancillería de Speer, Hitler continuó con sus estratagemas. Hácha fue sometido a la ritual recepción de un jefe de Estado,

que incluía pasar revista a la guardia de honor, de uniforme negro, de la SS, la cual se alzó intimidatoria sobre su diminuta figura, antes de ser llevado hasta el vasto recibidor de Hitler —su estudio de trabajo era una habitación comparativamente modesta y mucho menor—, donde el Führer había reunido a un grupo considerable de notables nazis, entre quienes estaban Ribbentrop, Göring y Keitel, para amedrentarlo.

Hácha había ido a Berlín a conversar, pero sólo se le permitió escuchar, mientras Hitler se embarcaba tranquilamente en un torrente de acusaciones contra los checos. El espíritu de Beneš sobrevivía, dijo. Nada había cambiado. Estaba convencido de la lealtad de Hácha, pero, “por la seguridad del Reich”, era necesario que Alemania asumiera un protectorado sobre el resto de Checo-Eslovaquia. Hácha y Chvalkovský mantuvieron una expresión imperturbable. “Sólo sus ojos indicaban que seguían vivos”, escribió Paul Schmidt, el intérprete. “Debe haber sido un golpe extraordinario enterarse por boca de Hitler de que el fin de su país había llegado.”[17] Hitler prosiguió, advirtiendo que las tropas alemanas ya estaban en marcha y era imposible detenerlas. Keitel, dijo, confimaría que habían cruzado la frontera a las seis de la mañana. “Si usted quiere evitar un derramamiento de sangre”, concluyó, “sería mejor que telefoneara a Praga de una vez, e instruyera a su ministro de Guerra que ordene a las fuerzas checas no ofrecer resistencia.”

Hácha pidió un respiro. Tendría que hablar con su gobierno antes de aceptar nada. Göring y Ribbentrop lo escoltaron fuera de la sala, y mientras Schmidt trataba en vano de conseguir conexión telefónica con Praga y Ribbentrop bufaba y rabiaba, Göring se dedicó a trabajarlo. Hitler había tomado una decisión, le dijo, y no había nada que pudiera hacerse para cambiar las cosas. Realmente, él debía ordenar de inmediato la contención de sus tropas, o habría un innecesario derramamiento de sangre, el cual sería inútil, pues no podían esperar resistir mucho tiempo. Para reforzar su mensaje, le dijo a Hácha que sus aviones aparecerían sobre Praga al amanecer, y que él lamentaría tener que bombardear tan hermosa ciudad. La verdad era que no tenía intención de bombardear la capital checa, lo que consideraba totalmente innecesario, y de cualquier forma sus bombarderos estaban varados a causa de la nieve y el mal tiempo. Pero como lo dijo en Nuremberg, “pensé que una observación así podía servir de argumento y

acelerar el asunto". En aquel momento, hizo más que eso. Para horror de todos, Hácha se puso pálido y se desvaneció sin más ni más.

Göring pidió a gritos la inmediata presencia de Morell, el médico de Hitler. "Espero que nada le haya pasado", dijo, aterrado de que si Hácha moría en la cancillería, lo acusaran de haberlo asesinado. "Ha sido un día muy extenuante para un hombre de su edad." Morell llegó pronto, examinó al presidente —quien para entonces había recuperado el conocimiento pero respiraba con dificultad, sentado en un sillón con la cabeza gacha— y sacó una jeringa hipodérmica. La inyección intravenosa de Morell obró una milagrosa transformación. En cuestión de minutos, Hácha se puso "fresco, alerta" y estaba listo para continuar; Hitler bromeó después que se había "animado en exceso" y que "temió que no pudiera firmar".[18]

Morell diría más tarde que sólo inyectó vitaminas, pero es casi indudable que la jeringa contenía una poderosa anfetamina, que el médico llevaba en la bolsa dado que inyectaba regularmente a Hitler esa sustancia como estimulante y analgésico. Expertos en medicina creen que ese medicamento fue responsable de la conducta crecientemente irracional de Hitler en aquella época, ya que los reconocidos efectos secundarios del abuso de anfetaminas incluyen agresividad e inclinación a correr riesgos.[19] Éste, bien pudo haber sido un factor en la negativa de Hitler a seguir escuchando los razonados argumentos de Göring de que podían obtener casi todo lo que querían sin lanzarse a la guerra.

Hácha firmó la preelaborada declaración a las cuatro de la mañana, "poniendo confiadamente el destino del pueblo y la nación checos en manos del Führer del Reich alemán". Dos horas más tarde, las primeras tropas alemanas —aparte de las que ya habían ocupado el área en torno a la planta de Witkowitz— atravesaron la frontera bajo una tormenta de nieve, tres horas después de lo cual las unidades de avanzada entraron a Praga. No hubo resistencia.

Hitler salió a Praga al mediodía del 15 de marzo en su tren especial, llevando consigo a Ribbentrop para que compartiera la gloria como premio a su apoyo. Tras completar el viaje en carretera, para dejarse ver por los checos y las columnas de su propio ejército, Hitler pasó la noche en el palacio presidencial, el histórico castillo Hradčany de Praga. Cuando Hácha llegó, varias horas después —habiéndose retrasado su tren en Alemania para dar tiempo a que Hitler se instalase—, le consternó no verse conducir a

la puerta principal, sino a la entrada trasera de la servidumbre, acto que simbolizó la posición que los checos ocuparían en adelante en el que había sido su propio país.

Al día siguiente, al hablar desde el balcón del castillo, Hitler proclamó ante un asombrado y huraño populacho que su país ya no existía. Había sido remplazado por el Protectorado de Bohemia y Moravia, el cual sería gobernado por un regente del Reich que él mismo nombraría, junto con el secretario de Estado y el jefe de la administración civil. Hitler eligió como regente a Neurath, al líder sudete Henlein como jefe administrativo y al antiguo ayudante y enconado rival de éste, Karl Hermann Frank, como secretario de Estado, garantizando así la perpetua fricción interna que al Fürher le gustaba generar entre sus subordinados.

Himmler y Heydrich habían llegado a Praga con Hitler, y al instante empezaron a montar el aparato del Estado policiaco, como parte de lo que ya era para ellos una muy ensayada rutina. Heydrich requisó un gran banco como oficina de la Gestapo y el SD, desde donde grupos de tarea compuestos por oficiales de la policía de seguridad, la Gestapo y el SD comenzaron a hacer redadas de presuntos adversarios del régimen, usando listas preparadas a partir del gran fichero del SD en la Prinz-Albrecht-Strasse. Como jefe de policía del protectorado, Himmler nombró a Frank, *protégé* de Heydrich y el SD, famoso gángster de poca monta y jefe del partido nazi de los sudetes.

Goebbels se quedó en Berlín para manejar los anuncios en la prensa, y Göring asumió, una vez más el papel de jefe de Estado. En el Tribunal de Nuremberg dijo que no había acompañado a Hitler porque estaba “algo molesto” de que “todo se hubiera hecho prácticamente sin tomarme en cuenta”.[20] Su rencor, sin embargo, no impidió que encabezara el comité de recepción que dio la bienvenida a Hitler en la Görlitzer Station, con una angelical sonrisa en su redonda cara, esgrimiendo como mazo su bastón de mariscal de campo y haciendo un elogio realmente nauseabundo del gran conquistador, con “lágrimas en los ojos” según Goebbels.[21]

Goebbels organizó un espectacular programa en la ciudad, con miles de animosos partidarios que desafiaron a la nieve y el hielo para flanquear la ruta mientras Hitler recorría la Unter den Linden bajo un gran túnel de luz formado por reflectores, a lo que siguió una fastuosa exhibición de juegos

pirotécnicos. Pero en el país, en general, las celebraciones fueron decididamente apagadas; en marcado contraste con Austria y los Sudetes, Hitler no había recobrado alemanes para el Reich, sino subyugado a un pueblo extranjero.

Aún más que los horrores de la *Kristallnacht*, la manifiesta agresión y abuso de confianza de Hitler contra Checo-Eslovaquia marcó el inicio de la desilusión de muchos alemanes del común. Las dudas empezaron a aumentar, junto con el temor de que el Führer los conducía deliberadamente a una guerra. Para los gobiernos extranjeros, en especial para los de Gran Bretaña, Francia, la Unión Soviética y Polonia, ése fue un momento decisivo. El 17 de marzo, mientras Hitler aún estaba en el protectorado, visitando Brno, el embajador polaco Lipski se precipitó a ver a Göring, quejándose de que durante cinco días había tratado de entrevistarse con Ribbentrop o Weizsäcker pero lo habían evadido una y otra vez. Estaba sumamente preocupado por lo sucedido en Checo-Eslovaquia, y en particular por la ocupación militar de Eslovaquia, que significaba la presencia de tropas alemanas en tres costados de la frontera polaca. Göring lo tranquilizó, le aseguró que Hitler deseaba mantener relaciones amistosas con Polonia y prometió que ningún soldado alemán se estacionaría en la frontera polaco-eslovaca.

Cuatro días después, Lipski logró al fin ver a Ribbentrop, quien pronto anuló los esfuerzos de Göring advirtiéndole que si los polacos no aceptaban su previa oferta de garantizar sus fronteras existentes y recibir carta blanca en Eslovaquia y una parte de Ucrania a cambio de Danzig y un enlace carretero y ferrovario por el Corredor, habría dificultades, comenzando por una guerra de propaganda “en la que nuestras relaciones quedarían reducidas a cero”.[22] Luego invitó a Beck a Berlín, lo que en vista de lo que le había ocurrido a Hácha sólo una semana antes sonaba sospechosamente ominoso. La inmediata reacción del gobierno polaco fue poner en alerta sus fuerzas en el Corredor y llamar a filas a sus reservas.

En los días siguientes, la temperatura política aumentó con amenazas y contraamenazas mientras Ribbentrop acosaba a los polacos para someterlos y ellos se rehusaban a dejarse intimidar. El cuidadoso trabajo de Göring de los años previos quedó destruido y Polonia fue arrojada en brazos de los británicos, que al fin habían visto la luz. El 15 de marzo de 1939,

Chamberlain había sorprendido a la Cámara de los Comunes al negarse a aceptar que la invasión de Checoslovaquia fuera una violación del acuerdo de Munich y al declarar que no modificaría su rumbo: “Seguiremos impulsando nuestra política de pacificación”. Dos días después, sin embargo, en un discurso en el ayuntamiento de Birmingham, cambió abruptamente de parecer; si no lo hubiera hecho, la profecía de Göring se habría cumplido y Chamberlain habría sido depuesto. “¿Es éste el último ataque contra un Estado pequeño”, preguntó, “o lo seguirá otro? ¿Se trata en realidad de un paso hacia un intento por dominar el mundo por la fuerza?.”

La respuesta a la primera pregunta de Chamberlain llegó con desconcertante rapidez. El 20 de marzo, Ribbentrop presentó a Lituania un ultimátum exigiendo la inmediata cesión de Memel y su interior, añadiendo, con su usual delicadeza, que si ese país no accedía, su capital, Kaunas (Kovno), sería bombardeada. Sin esperar respuesta, Hitler se embarcó en el acorazado *Deutschland* hacia el puerto de Memel, a la cabeza de una escuadra naval alemana, y tomó posesión de esa ciudad a nombre del Reich; en razón del Corredor Polaco, no había otra vía que la marítima para llegar allá sin la inconcebible humillación de tener que pedir permiso a los polacos de cruzar su territorio.

Hitler era un mal marinero, y hacía un tiempo tempestuoso; sufrió agudos mareos durante todo el trayecto. Su humor no mejoró frente a la temeridad de los lituanos de resistirse a sus demandas, mientras pedían ayuda a los agregados militares británico, francés y polaco en Berlín. Pero nadie se interesó. Solos y sin amigos, los lituanos capitularon finalmente a la una y media de la mañana del miércoles 23 de marzo, luego de que Ribbentrop les advirtió que buques de guerra alemanes dispararían contra ellos.

Pálido y demacrado tras su aventura en el mar, Hitler entró a Memel al mando de sus tropas a las dos y media de esa tarde. Pronunció el vehemente discurso de costumbre para acoger de nueva cuenta a la población “en una Alemania aún más poderosa” e hizo un recorrido por la ciudad antes de volar de regreso a Berlín con otro incruento triunfo en su haber, el segundo en una semana, cada uno de los cuales lo acercaba más a su meta última, la Unión Soviética. En esta ocasión, decidió omitir su bienvenida como héroe en Berlín.

La toma de Memel aguzó en forma extraordinaria la mente de los polacos. Siendo polacos, se rehusaban a dejarse amilanar por la presión alemana. Cuando Ribbentrop perdió los estribos y le gritó a Lipski que todo acto contra Danzig se consideraría una agresión contra el Reich, el embajador repuso simplemente que todo nuevo acto alemán para recuperar Danzig resultaría en guerra. Beck lo confirmó al embajador alemán en Varsovia, quien protestó: "¡Usted quiere negociar a punta de bayoneta!". Sin inmutarse, Beck replicó: "¡Ése es precisamente el método de ustedes!".[23]

Mientras Ribbentrop intentaba intimidar a los polacos, Beck había sondeado a los británicos sobre un pacto bilateral. Chamberlain y su gabinete respondieron positivamente, y el 31 de marzo el primer ministro, cansado y enfermo, anunció entre vivas en la Cámara de los Lores que Gran Bretaña ofrecería apoyo incondicional a Polonia "en caso de cualquier acción que amenace expresamente la independencia polaca". Los franceses, añadió, le habían autorizado declarar que se unirían a Gran Bretaña en tales compromisos. Beck llegó a Londres el 4 de abril para discutir los detalles de un pacto de asistencia mutua que cubriera todo intento de minar la independencia polaca, por medios económicos o cualesquiera otros.[24]

Esto era justamente lo que Hitler había tratado de evitar, y "montó en cólera" cuando se enteró. Canaris, quien le dio la noticia, transmitió a sus colegas una gráfica descripción de la escena: "Descompuestas las facciones por la furia y yendo y viniendo furiosamente por su oficina, el Führer golpeó la mesa de mármol con los puños y lanzó violentas imprecaciones. Luego, con ojos que destellaban una extraña luz, soltó una ponzoñosa amenaza: '¡Les prepararé un guiso que se les va a atorar!'".[25] Al día siguiente, en la presentación del segundo nuevo acorazado de Alemania, el *Tirpitz*, en Wilhelmshaven, pronunció un cáustico discurso contra Gran Bretaña y su "política de asedio" y le lanzó amenazas, lo mismo que a Polonia. Antes de partir a las que describió como las primeras vacaciones de su vida, a bordo del trasatlántico *Robert Ley*, uno de los dos propiedad de la organización recreativa del Frente Obrero Nazi "A la Fuerza por la Alegría", ordenó a Keitel hacer planes para la invasión de Polonia, la Operación Blanca, listos para ejecutarse a partir del primero de septiembre.

Göring no fue consultado para la Operación Blanca, ni involucrado en la decisión de tomar Memel. Aún profundamente herido por la forma en que había sido eclipsado por el odioso Ribbentrop, abandonó Berlín el 21 de marzo para reanudar sus interrumpidas vacaciones en San Remo, dejando a Milch a cargo de la Luftwaffe y a Körner del Plan de Cuatro Años. Había acordado con Milch que debían apoderarse de la fuerza aérea checa y todos sus aviones y equipo, y formar la nueva Flota Aérea 4, para que cubriera el sureste, al mando del general Löhr, de la fuerza aérea austriaca, pero no tomó parte en la realización de este proyecto. También dejó en manos de Körner y Funk la organización preliminar de la expoliación de la economía checa, tomando sus reservas de oro y divisas y "adquiriendo" para la HGW el control de las grandes compañías industriales y de fabricación de armas, como Škoda, Armamentos Brno, Fundidora Poldi y la planta siderúrgica de Witkowitz.

Aunque le complacía haber resuelto los inmediatos problemas financieros de la campaña de rearme y añadido a su cartera las compañías checas, Göring no tenía el menor deseo de ir a verlas directamente, y de hecho nunca puso un pie en la antigua Checo-Eslovaquia hasta el 21 de abril de 1945, cuando atravesó Pilsen en su último viaje al Obersalzberg. Sin embargo, nombró a su hermano menor, Albert, quien había dirigido los estudios cinematográficos Tobis Sacha en Viena, director de exportación de Škoda. Por una vez, el nombramiento fue conveniente: Albert era un ingeniero calificado que había trabajado como representante de ventas para la división de calefacción de Junkers. Asimismo, era incidentalmente muy parecido al caballero Von Epenstein, el amante judío de la madre de Göring, y dedicó mucho tiempo, tanto entonces como en el periodo comprendido hasta 1945, haciendo lo posible por ayudar a individuos judíos a sobrevivir, a menudo en colusión con su hermano.

Durante el resto de marzo y la primera semana de abril, Göring descansó tranquilamente en San Remo con su familia y amigos, antes de aceptar el ofrecimiento de visitar Libia, hecho por su amigo el mariscal Balbo en Carinhall el otoño anterior, cuando éste se ganó su eterna devoción al regalarle una magnífica condecoración de diamantes negros y blancos en forma de estrella. Göring y su grupo navegaron de Nápoles a Trípoli a bordo del *Monserrat*, barco de la línea Hamburg-America, el 7 de

abril. Balbo se desvivió por atenderlos espléndidamente. Dos destructores de la marina italiana los escoltaron hasta Trípoli, completamente adornada con banderas y estandartes de bienvenida. Se alojaron en la villa veraniega de Balbo junto al mar —donde se helaron—, y se les ofreció una serie de fiestas, viajes en camello por el desierto, un paseo por las ruinas romanas de Leptis Magna e impresionantes desfiles militares y simulacros de batallas en el desierto con fuego real.[26]

La gran recepción de Balbo en Libia restauró mucho el ánimo de Göring, al menos por el momento. Los italianos invadieron Albania el 7 de abril, y él aprovechó la oportunidad de aventajar a Ribbentrop llamando a Mussolini para felicitarlo por su éxito. Teniendo el cuidado de no informar al Ministerio alemán del Exterior hasta que todo estuvo arreglado, llegó a Roma el 14 de abril, para ser recibido por Ciano y alojado en la casa de huéspedes oficial del gobierno, la Villa Madama. Habiendo recobrado casi por completo su antigua vivacidad, en el viaje desde la estación obsequió al ministro italiano del Exterior sus opiniones sobre el "formidable" poder del Eje, y lo sorprendió con un áspero ataque contra Polonia.

Como en los buenos tiempos, se reunió con el Duce al día siguiente, reafirmando la amistad de Alemania y diciéndole que Hitler le había pedido por teléfono expresarle su "extraordinario placer" por su triunfo en Albania. Ésta era una mentira descarada; no había hablado con Hitler, pero ansiaba restablecer su posición y restaurar la confianza entre Alemania e Italia, lastimada luego de que Hitler había invadido Checo-Eslovaquia sin poner sobre aviso a su aliado. "Cada vez que Hitler ocupa un país, me envía un mensaje", se había quejado tristemente Mussolini cuando el príncipe Felipe de Hesse le informó verbalmente del suceso.[27] Su aventura en Albania era un intento por emular los éxitos de Hitler, y deliberadamente no lo había consultado con antelación.

Sacando el mayor provecho posible de su retorno a la gloria, Göring habló con Mussolini sobre el fortalecimiento del Eje mediante el propuesto pacto militar bilateral. Subrayó lo preparada que estaba Alemania para la guerra, diciendo que aunque su propia flota de bombarderos no estaba aún totalmente equipada, los británicos no podrían alcanzar su nivel antes de 1942, y que en cualquier caso aún esperaba convencerlos de modificar sus políticas antialemanas. Propuso, además, la idea de aproximarse a la Unión Soviética "a través de ciertos intermediarios", con vistas a un acercamiento,

para asustar a los polacos y hacerlos entrar en razón. “El Duce”, informó Göring, “recibió esta idea con mucho entusiasmo”, pero dijo que tendrían que consultar a Japón antes de buscar un acercamiento entre las potencias del Eje y los soviéticos. “Si Japón no tuviera objeciones”, concluyó Mussolini, “ese acercamiento podría efectuarse con relativa facilidad.”[28]

Göring tuvo otras dos largas conversaciones con Ciano, una de ellas en el Ministerio de las Fuerzas Armadas, para promover una cooperación más estrecha, antes de partir, sumamente satisfecho. “Está muy complacido con su estancia en Roma”, refirió Ciano tras verlo marcharse en la estación, “porque le brindó contactos conmigo y con el Duce. En términos generales, la impresión es que aun Alemania quiere mantener la paz. Sólo un peligro: Polonia. Me impresionó no tanto lo que dijo, sino el tono despectivo que usó al hablar de Varsovia.”[29]

De Roma, Göring regresó directo a Berlín, para participar en la celebración del cumpleaños número cincuenta de Hitler, el 20 de abril. Llegó a las seis de la tarde del día 18, bronceado, sano y feliz, pero al cenar esa misma noche con Hitler se deprimió de inmediato al enterarse de la Operación Blanca y los planes de Hitler para recuperar Danzig por la fuerza. Haber sido marginado de algo tan importante fue un duro golpe para él, peor todavía cuando Hitler se puso en su contra y lo acusó de parecer mujer al intentar recomendar moderación.[30] Evidentemente, la combinación de la sed de sangre de Ribbentrop y las anfetaminas del doctor Morell, junto con el vivo deseo de los generales del ejército de una guerra con los polacos, a quienes odiaban y despreciaban, habían aniquilado los llamados de Göring a la razón.

Goebbels también había partido, el 28 de marzo, a una magna gira por Hungría, Yugoslavia, Grecia, Egipto y Turquía, parcialmente vacacional y otro tanto semioficial para probarse en asuntos extranjeros y fomentar su creencia en su propia importancia. Su primera escala fue Budapest, donde pasó dos días bajo lluvias torrenciales, recorrió la urbe, visitó todos los lugares de interés, escuchó extasiado música gitana —“que me llegó directo al herido corazón, ¡ay, Dios!, ¡ay, Dios!”— y vio un ballet en el Teatro de la Ópera. Pero también visitó los estudios de cine, sostuvo pláticas con el ministro de Cultura, “quien dijo tonterías sobre la cuestión judía”, y tuvo reuniones tanto con el primer ministro, el conde Teleki, como con el

regente, el almirante Horthy, quien le agradeció la ayuda alemana en Checo-Eslovaquia, “todo lo que Hungría habría podido desear”. Estando en Budapest se enteró de que la guerra civil española había llegado a su fin, con la caída de Madrid y Valencia, lo que consideró una victoria para Alemania también. “Tenemos todos los motivos para celebrar”, escribió en su diario.

De la lluviosa Budapest voló a Grecia, con una breve escala en Belgrado, donde los yugoslavos se mostraron amables pero preocupados. En Salónica el clima había mejorado, y Atenas era bañada por un cálido sol de primavera cuando él contempló la Acrópolis —“¡Oh, qué conmovedor espectáculo! ¡La cuna de la civilización aria!”— y otros templos y sitios. Visitó al anciano dictador, el general Ioannis Metaxás, e intentó convencerlo de que a Grecia le convenía más alinearse con Alemania que con Gran Bretaña o Italia. Pero Metaxás no se dejó persuadir, declarando que Grecia se mantendría neutral pasara lo que pasara. Más tarde tuvo una reunión con el anglófilo rey Jorge II, con quien intercambió perogrulladas e infundadas esperanzas y a quien aseguró que Alemania encabezaba la lucha contra el bolchevismo, pero no se lanzaría a la guerra, salvo para defender sus derechos.

Perturbado por la noticia de la situación polaca, Goebbels decidió que Hitler lo llamaría si lo necesitaba y continuó, entre tanto, sus vacaciones. Tras visitar el resto de los monumentos antiguos en y alrededor de Atenas, voló a Rodas, ocupada por Italia desde 1912, y luego a Egipto, donde le maravilló la “indescriptible” vista de las pirámides, antes de regresar a Rodas para pasar una perezosa Pascua en la playa. Por una desafortunada coincidencia, el día que llegó a El Cairo los italianos invadieron Albania, y el día que partió de Rodas, Gran Bretaña y Francia dieron a Grecia y Rumania garantías similares a las ofrecidas a los polacos.

Estambul fue el último punto en su itinerario, con más paseos, compra de regalos en el bazar y una sombría visita al cementerio militar alemán, donde ponderó lo grandioso que había sido el Reich al momento de la última guerra. No tuvo conversaciones políticas con líderes turcos, lo que quizá fue lo mejor: estando ahí, los agentes de inteligencia de Canaris descubrieron que Turquía y Gran Bretaña negociaban una alianza defensiva, la cual esperaban extender al conjunto de los Balcanes. Hitler envió rápidamente un nuevo embajador a Turquía: Franz von Papen, agente

secreto ahí durante la primera guerra mundial y de quien podía confiarse que intrigaría con las personas indicadas, lo cual hizo durante los cinco años siguientes.

Goebbels voló a casa el 14 de abril, con una breve parada *en route* en Belgrado, para charlar con el ministro yugoslavo del Exterior, quien le dio un paseo guiado por la ciudad mientras su avión se reabastecía de combustible y le dijo que el prestigio alemán en los Balcanes había aumentado enormemente, mientras que el de Italia había decaído en igual proporción. Llegó a Tempelhof a las cinco de la tarde. Aquel había sido, escribió, "un viaje maravilloso, rico en magníficas y profundas impresiones". Pero le agradaba estar de nuevo en Berlín, donde "todos son muy amables y cordiales conmigo; quizá yo también sea amable, porque estoy relajado". De inmediato se sumergió en el trabajo con Hanke, quien lo puso al tanto de los mil pormenores organizacionales y personales ocurridos en su ausencia.[31]

Lo que Hanke no le dijo fue que había bombardeado a Magda con cartas de amor, mientras ella también vacacionaba, por su parte, durante tres semanas, viajando con nombre falso en compañía de los Speer y otras tres parejas por Sicilia y el sur de Italia. Speer sabía todo sobre el enamoramiento de Hanke, y había invitado a Magda a unirse al grupo para que escapara de sus atenciones. Según Speer, ella era "firme en su rechazo",[32] pero lo cierto es que había empezado a responder al cortejo de Hanke, y pronto haría erupción una nueva crisis en el matrimonio Goebbels.

Las celebraciones del cumpleaños número cincuenta de Hitler el 20 de abril fueron un triunfo más de la habilidad de Goebbels para el montaje de espectáculos. Pero fue superado por Speer, quien impresionó a Hitler con su eficiencia y estilo al completar la primera etapa del magno Eje Este-Oeste, el nuevo y grandioso bulevar triunfal que corría de la Unter den Linden al Estadio Olímpico, exactamente a tiempo, justo como lo había hecho con la nueva cancillería el 9 de enero. Y aunque Goebbels le regaló al Führer un flamante y veloz automóvil, Speer sobrepasó eso con un modelo de cuatro y medio metros de alto del propuesto arco de triunfo para la nueva ciudad en planeación, que resultó fácilmente el regalo favorito de Hitler. Para enorme disgusto de Goebbels, Speer se convertía rápidamente en el benjamín del Führer. El antiguo orden estaba cambiando, pero aun así fue Goebbels quien

difundió por radio el obligado discurso a la nación en la víspera del cumpleaños, y Göring quien pronunció el obligado discurso ante Hitler el día mismo de su aniversario.

El centro de todo el espectáculo fue un inmenso desfile, de cinco horas de duración, de tropas y equipo militar, incluidos tanques y las más recientes armas pesadas, en exhibición por primera vez, diseñado para impresionar e intimidar a posibles enemigos y víctimas por igual. El invitado de honor de Hitler, sentado junto a él en la tribuna, fue Hácha. Hitler había ordenado a Ribbentrop invitar "a tantos civiles y demócratas cobardes como fuera posible", pero los polacos se mantuvieron a distancia, y también los embajadores de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos se ausentaron, habiendo sido llamados por sus gobiernos tras la ocupación de Checo-Eslovaquia. Goebbels capturó la ocasión para la posteridad encargando un documental especial a la Ufa, para el que doce camarógrafos rodaron unos veintiocho mil pies de película y el que, tras la edición, se redujo en una proporción de 20:1, para crear otro magistral retrato del poder. Mezclado con solemne música clásica bajo un sentencioso comentario, el filme estaba principalmente destinado al consumo doméstico, para generar confianza en el pueblo alemán ante las batallas venideras.

A Göring ya le resultaba claro para entonces que aunque Hitler hablaba constantemente de la guerra en un plazo de dos o tres años, era probable que las batallas ocurrieran mucho antes. Frente a la determinación de Hitler de combatir, la actitud británica se endurecía rápidamente. En febrero, el gobierno había comenzado a proporcionar en forma gratuita refugios antiaéreos de lámina, conocidos como refugios Anderson, a hogares en las áreas con más probabilidades de ser bombardeadas, y el 27 de abril rebasó las medidas puramente defensivas cuando Chamberlain introdujo la conscripción militar, por primera vez en tiempo de paz en Gran Bretaña. Totalmente informado por Jeschonnek sobre la Operación Blanca, Göring ordenó que los preparativos de la Luftwaffe avanzaran a toda velocidad. Asimismo, ordenó a Jeschonnek y Milch iniciar pláticas de alto nivel con Italia, para coordinar acciones conjuntas.

En un nivel más personal, Göring envió a Bodenschatz a Munich para que buscara a las hermanas judías Ballin, quienes le habían salvado la vida después del intento de *Putsch* de 1923. Instruyó a Bodenschatz que les

dijera que había hecho arreglos para que salieran de Alemania a toda prisa, por su propia seguridad. Debían ir al consulado general de Argentina, donde se les darían visas. Como señal especial de su preocupación, se les permitiría llevar consigo todo su dinero. Más íntimamente aún, otra persona que entonces decidió irse de Alemania fue la viuda de Epenstein, Lilly, aterrada de tener que enfrentar otra guerra. Göring le consiguió también un permiso de salida y una visa para Estados Unidos, donde tenía parientes en Chicago. Antes de marcharse, Lilly cedió Veldenstein a él y su hija Edda, con la promesa de que Mauterndorf también sería para él, cuando ella muriera. Al final, Göring no tuvo que esperar mucho. A Lilly no le gustó Chicago, añoraba Mauterndorf y regresó en el verano. Murió de un infarto el primero de septiembre.

Göring debió quedarse en Berlín tras las celebraciones del cumpleaños de Hitler para desempeñar varias funciones oficiales, la más importante de las cuales fue presidir el Reichstag el 28 de abril, cuando Hitler pronunció un importante discurso que duró dos horas, veinte minutos. El principal propósito del Führer fue responder una carta que el presidente Roosevelt le había enviado dos semanas antes, pidiéndole dar seguridades a los treinta y un Estados de Europa y Medio Oriente de que no los atacaría en los veinticinco años siguientes. Esto fue un regalo para el Führer, quien lo aprovechó con gusto. Ribbentrop se había puesto en contacto con todos los Estados mencionados, para preguntar directamente a cada uno de ellos si se sentía amenazado en alguna forma por Alemania. Como habría sido inconcebible que cualquiera contestara que sí, Hitler pudo leer una larga lista de países que habían dicho que no. Con hiriente sarcasmo, desdeñó a Roosevelt e hizo trizas su solicitud, entre vítores y carcajadas de los diputados nazis.

Lo más significativo de ese discurso, sin embargo, fue que Hitler renunció al pacto de no agresión de 1934 con Polonia y al tratado naval de 1935 con Gran Bretaña, lo que dejaba a Alemania en libertad de construir los buques de guerra que quisiera. Culpó a Gran Bretaña de forzarlo a hacer eso, aunque se tomó la molestia de expresar su admiración por el imperio británico, y su deseo de llegar a un entendimiento. Atacó con malevolencia a los polacos, pero evitó cuidadosamente toda crítica a la Unión Soviética, rasgo de casi todos los principales discursos de su carrera. Göring instruyó a Bodenschatz que señalara esto a los franceses cuando lo envió a hablar con

Stehlin días después, sabiendo que tal cosa significaba que Hitler buscaba un acercamiento con los soviéticos, para que le dieran carta blanca para atacar Polonia. “Esta vez no habrá guerra en dos frentes”, advirtió.[33]

Todavía dolido por su caída en desgracia, Göring regresó de nuevo a San Remo el 3 de mayo, para reparar tanto su orgullo herido como su deficiente salud. Bodenschatz le dijo al agregado militar polaco que “no había esperanza de que Göring recuperara la salud, y que su eclipse político a manos de Ribbentrop era total”. El agregado transmitió ese chisme a la embajada británica, que a su vez lo remitió a Londres. Henderson, preocupado por las implicaciones, hizo una pequeña investigación propia y llegó a la conclusión de que los rumores eran exagerados. Göring, informó, tiene “una especie de diabetes”, pero mejora bajo atención médica en San Remo. “No hay, por otro lado”, concluyó, “ninguna duda de que por el momento no es del agrado de Hitler.”[34]

Si efectivamente Göring y Goebbels cayeron en desgracia, Himmler —por coincidencia el único amigo de Ribbentrop en el círculo íntimo, e igualmente belicoso— no hacía sino ascender en la estimación de Hitler. Del 14 al 20 de mayo, Wolff y él acompañaron a Hitler a una gira por las fortificaciones de la Muralla Occidental, que el Führer había decidido inspeccionar sin consultar a Göring. De regreso a Berlín hicieron una escala en el campo de instrucción del ejército cerca de Münster, donde Himmler había montado una demostración del regimiento Deutschland de la SS-VT, diseñada para hacer constar que los efectivos de esta organización ya no eran amateurs mal entrenados que jugaban a soldados. Además de Hitler, Himmler había invitado también a varios generales del ejército a ver el ejercicio, que consistió en un ataque de infantería contra posiciones alambradas y atrincheradas usando fuego y granadas reales, precedido por una descarga de artillería con proyectiles asimismo reales.

Mientras se presentaba el ejercicio, las unidades de la VT adoptaban rápidamente eficientes formaciones militares, bajo la dirección de un antiguo capitán del ejército de Prusia oriental, Felix Steiner, quien había desarrollado sus propias y revolucionarias ideas sobre el uso de tropas de elite, con base en sus experiencias en el campo de batalla con las unidades originales de la Sturmabteilung a fines de la primera guerra mundial. El

tradicionalista cuerpo de oficiales rechazó sus teorías, pero la VT le brindó la oportunidad perfecta para ponerlas en práctica, y había instruido a sus hombres para un nuevo y completamente móvil estilo de guerra.

La demostración fue un gran éxito; sólo dos hombres resultaron heridos. Los generales quedaron impresionados, lo mismo que Hitler, quien dio a Himmler el permiso que éste había buscado desde hacía tanto tiempo, pero que el ejército y el OKW (Alto Mando de las Fuerzas Armadas) siempre habían rechazado, de formar una división exclusivamente integrada por la SS-VT que pudiera combatir junto a las del ejército. Esto requeriría un regimiento de artillería propio, y Hitler ordenó a Keitel brindar las armas y el equipo necesarios. Para Himmler esto significó que ya estaban sentadas las bases para la creación de su verdadero ejército, la Waffen-SS.

Mientras Himmler ascendía por el escalafón, Göring se hundía cada vez más en el fango. Antes de salir de Berlín había hallado una oportunidad de mostrar al mundo que todavía contaba, y al mismo tiempo anotarse un punto sobre Ribbentrop. Con el fin de la guerra de España, capitalizaría la deuda que Franco tenía con él haciéndole una visita, en la que sería recibido con todo el esplendor que creía merecer. Había ordenado a su representante del Plan de Cuatro Años en España, Johannes Bernhard, hacer arreglos con el nuevo gobierno español sin involucrar ni informar al embajador alemán, asegurando que la visita y las conversaciones que esperaba sostener con Franco tenían que ver con cuestiones militares, y no eran de interés para el Ministerio del Exterior. Franco aceptó, en principio, reunirse con él, pero luego cambió de opinión. Tras varios días de regateo, la reunión se concertó de nuevo, pero había desacuerdo sobre el lugar. Franco insistía en la ciudad de Zaragoza, en el interior, y Göring quería el puerto de Valencia, hacia donde se embarcó desde Italia en el navío *Huascaran* de la línea Hamburg-America, escoltado por no menos de cuatro destructores alemanes.

Desafortunadamente, cuando Göring llegó a la costa española, Ribbentrop ya se había enterado de la excursión, y cancelado la entrevista. Cuando Hitler envió una señal para prohibirle desembarcar, Göring no tuvo otra opción que dar vuelta y regresar a Italia, profundamente humillado. Ribbentrop compuso una carta de censura de dieciséis páginas de extensión, en la que se quejó no sólo del viaje a España, sino también de la no

autorizada visita de Estado a Mussolini el mes anterior. Por alguna razón, esa carta no se envió nunca, pero se conservó en los archivos del Ministerio del Interior. Sin embargo, es casi indudable que Ribbentrop se cercioró de que Göring se enterara de su contenido.

La humillación de Göring a manos de Ribbentrop no había terminado aún. Al arrastrarse de vuelta a Berlín, Göring descubrió que Mussolini había decidido proceder con el pacto bilateral, que Hitler ya deseaba como respuesta al acuerdo firmado por Gran Bretaña y Polonia. Por lo pronto, Ribbentrop se había visto obligado a abandonar su sueño de incluir a Japón en la alianza militar formal, y sólo había logrado ganarse a los italianos mintiéndoles sobre la escala de tiempo de las hostilidades, prometiendo a Mussolini que Hitler no tenía intención de declarar la guerra a nadie durante al menos tres o quizá cinco años. Göring asistió el 22 de mayo a la ceremonia en la cancillería en la que Ciano y Ribbentrop firmaron el llamado Pacto de Acero, pero se molestó cuando Ribbentrop lo invitó a pararse detrás de él para la fotografía oficial. Él era el segundo hombre del Reich, protestó; y si posaba para los fotógrafos y camarógrafos de cine, lo haría sentado, y Ribbentrop se pararía detrás de él.

Su disgusto se volvió casi insoportable en el banquete que se celebró esa noche en la embajada italiana. Al futuro embajador italiano en Berlín, Dino Alfieri, le divirtió verlo escurrirse en el comedor y cambiar subrepticiamente su tarjeta y la de Ribbentrop, para que él estuviera a la derecha de Ciano y Ribbentrop a su izquierda. Pero después ocurrió, en palabras de Alfieri, una “tragedia en miniatura”. Al volver a la recepción, Göring llegó justo en el momento en que Ciano concedía a Ribbentrop el honor más exclusivo de Italia, el enjoyado Collar de la Orden de la Anunciación, que lo convertía oficialmente en pariente del rey.[35] Eso molestó tanto a Göring, según Alfieri, que “tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse y no abandonar al instante la embajada”.[36] Ciano observó que “tenía lágrimas en los ojos cuando vio el collar de la Annunziata en el cuello de Ribbentrop. Von Mackensen [el embajador alemán en Roma] me dijo que Göring había hecho una escena, quejándose de que el collar en realidad le pertenecía a él, porque él era el verdadero y único promotor de la alianza”.[37] Ciano sintió lástima por Göring, y prometió tratar de obtener otro collar para él. Cumplió su palabra, pero hubo que esperar hasta mayo de 1940 para que pudiera arrancárselo a un muy renuente rey Víctor

Manuel III, y el asunto atormentó a Göring todo ese tiempo. Nunca perdonó a Ribbentrop.

Hitler convocó a una reunión a los comandantes en jefe de las fuerzas armadas y sus jefes de Estado Mayor un día después de la firma del Pacto de Acero. Significativamente, Himmler y Wolff estuvieron entre los presentes, pero Göring no pudo soportarlo. De último minuto, se marchó a lamer sus heridas en la paz de Carinhall, enviando a Milch a representarlo. Pero cuando Milch preguntó si debía informar a Göring sobre la reunión, el Führer le dijo que no, que él mismo lo haría. Hitler expuso sus planes para atacar a Polonia a la primera oportunidad. Danzig podría ser la excusa, pero ése no era el problema, les dijo. “Lo importante para nosotros es expandir nuestro espacio vital en el este y asegurar nuestras provisiones de alimentos.” Polonia debía ser separada de Occidente, dijo. Aún creía que Gran Bretaña y Francia se mantendrían ajenas por el momento, pero que un enfrentamiento con Gran Bretaña era inevitable a la larga; y si llegaba pronto, habría que encararlo. “Inglaterra es nuestro enemigo”, declaró, contradiciendo todas sus previas expresiones de consideración, “y el enfrentamiento con ella es cuestión de vida o muerte.” Advirtió a sus comandantes estar preparados para una guerra prolongada, que podría durar diez o quince años.[38]

“TENGO AL MUNDO EN LA BOLSA”

Durante todo el verano de 1939, la maquinaria bélica alemana era preparada para la acción mientras la tensión internacional no cesaba de aumentar. Sorprendentemente, Hitler pasó la mayor parte del tiempo fuera de Berlín, encerrado en el Berghof o viajando por el país, habiendo dejado en sus ministros y generales el deber de cumplir sus deseos. El 15 de junio, Brauchitsch le entregó los planes terminados para la invasión de Polonia. Una semana después, Keitel presentó el calendario de la operación, que se limitaba a dos factores: aquélla tenía que empezar lo bastante tarde para que pudiera recogerse la cosecha, y lo bastante temprano para conseguir la victoria antes de que las lluvias de otoño convirtieran las llanuras polacas en un lodazal. La fecha más tardía para la decisión de iniciar el despliegue era el 12 de agosto.

El ataque contra Polonia sería una Blitzkrieg, una guerra relámpago. Para lograrlo, sería preciso movilizar todos los recursos de la nación, lo cual era responsabilidad de Göring. Para planear y coordinar esa tarea, Göring convocó a una segunda reunión del Consejo del Defensa del Reich el 23 de junio, en la que el tema principal fueron los efectivos militares. Unos siete millones de hombres serían llamados a filas para la movilización, dijo a los ahí reunidos, y tendrían que ser remplazados de alguna manera en la industria y la agricultura.

La solución de Göring a la escasez de recursos humanos equivalió a la introducción de la explotación laboral: parte del déficit, dijo, en particular en la agricultura, se compensaría empleando a “cientos de miles de obreros del protectorado checo”, para que trabajaran en Alemania “bajo supervisión y alojados en barracas”. Funk determinaría, además, qué trabajo se les podría asignar a los prisioneros de guerra y reclusos en cárceles y campos de concentración, que Himmler dijo que “serían mucho mejor utilizados durante la guerra”. Otro problema de importancia, aparte de la crónica

escasez de carbón y materias primas, era el transporte. El sistema de transporte alemán, concluyó Göring luego de conocer un crítico informe del Estado Mayor del ejército, no estaba preparado para la contienda. Ordenó que se le mejorara en seguida, en caso de un "inesperado llamado a corto plazo" a la acción militar.[1]

Habiendo recuperado su apetito de poder e influencia, pese a que su salud distara todavía de ser perfecta, Göring se propuso impresionar a Hitler con sus logros en el desarrollo de la Luftwaffe, que para septiembre contaría con veintiún escuadrones y doscientos sesenta mil hombres. Considerando los problemas de obtención de materias primas, ésa era una hazaña encomiable, aunque aún muy inferior al objetivo que él mismo se había fijado, y muchos de los escuadrones no operarían entonces a toda su capacidad. Para mostrar a Hitler lo que eran capaces de hacer, Göring y Udet organizaron una exhibición de nuevos aviones y equipo en desarrollo en el centro de investigación y prueba de Udet, en Rechlin, el 3 de julio. Hitler quedó maravillado, especialmente por el despegue con cohetes de un sobrecargado bombardero He-111 y por el vuelo inaugural del He-176, el primer avión de propulsión a chorro del mundo, que alcanzaba la fenomenal velocidad de 850 kilómetros por hora en un corto tramo.

La demostración fue un gran éxito; tanto, que Göring no pudo explicarle apropiadamente a Hitler que la mayor parte de lo que había visto no estaría en condiciones de uso por los escuadrones hasta 1942 o 1943, el plazo que Hitler siempre había dado para el enfrentamiento con Occidente. Impaciente de complacer a su Führer, y temeroso de parecer negativo o demasiado cauto, Göring prometió que todo lo que Hitler admiraba se concretaría pronto. Fue un grave error. Aunque su ayudante en la Luftwaffe, Nicolaus von Below, intentó advertirle que lo que había visto era "música para el distante futuro", Hitler se sintió seguro de que, en caso necesario, podría librar una guerra de grandes proporciones con esa fuerza aérea a sus órdenes.[2]

Naturalmente, lo ideal para Hitler era poder aplazar el enfrentamiento con Gran Bretaña hasta el momento que él eligiera, luego de que hubiese acabado con Polonia. Dado que Ribbentrop seguía insistiendo en que Gran Bretaña no entraría en guerra por los polacos, y en que él podía seguir adelante impunemente, Hitler tuvo el cuidado de no provocar de otro modo

a esa nación, elogiando sin cesar al imperio británico y subrayando que no deseaba combatir la posición de Gran Bretaña en el mundo fuera de Europa. A Goebbels se le dificultaba seguir esa línea; pese a su dominio de la imaginación popular alemana, su gran defecto como propagandista era que nunca entendió la psique británica, como tampoco la de otros países fuera del Reich. Jamás apreció que su ampulosidad y amenazas eran contraproducentes, pues fortalecían la determinación de los británicos en lugar de espantarlos.

Tras la demostración de fuerza en el desfile del cumpleaños de Hitler y la firma del Pacto de Acero, Goebbels concentró su propaganda en la amenaza de la presunta política de “asedio” de Gran Bretaña, atacando los malévolos designios capitalistas de sus “plutócratas”, ocultos detrás de las “farisaicas frases” de la “ya vetusta tía moralista de Europa”.[3] Hitler tuvo que refrenarlo, instruyéndole que promoviera la moderación y el autocontrol. Por el momento, también debía restar importancia a los incidentes en Danzig, para no encender demasiado pronto las pasiones populares. Aun así, se le permitió pronunciar un provocador discurso el 17 de junio en esa urbe, en el que condenó el supuesto maltrato por los polacos de personas de origen étnico alemán y exigió el retorno de la ciudad libre al Reich, aunque la intención, en este caso, fue sólo probar las reacciones en Gran Bretaña, predeciblemente indignadas. Más allá de esto, todo debía mantenerse “a fuego lento”.

En ese periodo, Goebbels tuvo la grata distracción de volver a mudarse a su residencia oficial en la Hermann-Göring-Strasse, derribada y reconstruida a una escala convenientemente mayor el año precedente, no por Speer esta vez, sino por el arquitecto de la nueva Ópera de Berlín, el profesor Paul Baumgarten. Los costos habían aumentado enormemente durante el desarrollo del proyecto, sobrepasando en gran medida el presupuesto, porque Goebbels —acicateado por su necesidad de competir con Göring— había insistido en que necesitaba algo “de generosa escala” para cumplir sus crecientes obligaciones de recepción de visitantes. Sólo se usarían los más finos materiales, y él recurrió de nuevo a los Talleres Consolidados de Munich para diseñar y amueblar el interior. Su estudio era completamente rojo, lo que, según su asistente Wilfred von Oven, producía el efecto de “cierto macabro esplendor”. La pared detrás de su escritorio quedó ocupada casi en su totalidad por un retrato de cuerpo entero de Hitler,

flanqueado por uno del gran héroe de éste, Federico el Grande. Oven contó seis imágenes del rey en diferentes partes del edificio. Concluido el proyecto, el costo había llegado a 3.2 millones de marcos, 1.2 millones más que la estimación original. Esto estaba muy lejos, en verdad, del ascetismo de los primeros días de Goebbels.

Sólo faltaba algo en la nueva y grandiosa residencia: su ama. Aunque formalmente reconciliados, las relaciones entre Magda y Goebbels seguían siendo frías, y él sospechaba que ella seguía viendo a Hanke. Goebbels no recuperaba todavía su lugar como el más íntimo confidente de Hitler —ese año se le había excluido de todas las reuniones secretas de alto nivel, y por lo tanto no había desempeñado papel alguno en las decisiones políticas—, y sospechaba que la razón era su distanciamiento de Magda. Temía que si la perdía a manos de Hanke, Hitler lo aislaría por completo. Dada la cercanía de la peregrinación anual a Bayreuth, Goebbels desesperaba por resolver el problema, para que Magda y él pudieran acompañar a Hitler como pareja. Dejándolo todo, siguió a Magda a Bad Gastein, donde se recuperaba de otra enfermedad, y pasó tres días discutiendo incesantemente con ella en su hotel. Ella capituló, al fin, cuando Goebbels la amenazó con quitarle a sus hijos a menos que regresara con él y jurara no volver a ver jamás a Hanke en privado.

En Bayreuth, Goebbels y Magda se sumaron a Hitler en la espaciosa ala que Winifred Wagner había construido especialmente en su Haus Wahnfried para él y sus invitados, y esa noche se sentaron con el Führer, Winifred Wagner y los Speer en el gran palco central en la ópera. Desafortunadamente, la obra que vieron era la trágica historia de amor *Tristan und Isolde*. Eso fue demasiado para Magda, quien lloró en silencio durante toda la función y sollozó incontrolablemente en una esquina de la sala en el intermedio, para consternación de su esposo y desconcierto de Hitler. A la mañana siguiente, Speer explicó todo al Führer, quien envió por Goebbels y, según Speer, "le informó con pocas y ásperas palabras que era mejor que se marchara con su esposa de Bayreuth al instante. Sin permitirle replicar ni darle la mano, despachó al ministro de Propaganda y se volvió hacia mí: 'Goebbels es un cínico con las mujeres'".[4]

Goebbels y Magda regresaron a Berlín a tratar de arreglar su matrimonio, pero no fue hasta fines de octubre, luego de nuevos y graves problemas cardiacos de ella, que empezaron a reconciliarse otra vez. Hanke

dejó el Ministerio de Propaganda a fines de julio y se alistó en el ejército, para servir en el *Panzerlehrregiment* (Regimiento de Instrucción de Tanques), en el que combatió en Polonia.

Mientras Goebbels intentaba resolver sus problemas matrimoniales y era marginado, en gran medida, de la marcha de la guerra, Göring trataba de hallar la forma de mantener a Gran Bretaña y Francia fuera del conflicto, abriendo líneas secretas de comunicación con Chamberlain por medio de sus invaluables conexiones suecas. En mayo y junio, el director de la corporación Electrolux, Axel Wenner-Gren, quien le había sido presentado en 1936 por el conde Von Rosen, sostuvo conversaciones en su nombre con Chamberlain y sus asesores, tratando de encontrar un terreno común. Wenner-Gren elaboró, incluso, la versión preliminar de un tratado de paz de veinte años entre las dos naciones, pero las condiciones que creyó que Gran Bretaña necesitaría para confirmar la buena fe de Alemania, como el fin de la persecución racial y el cierre de los campos de concentración, fueron demasiado drásticas para que Göring las reivindicara.[5]

Desde su oficina del Plan de Cuatro Años, Göring despachó a uno de sus principales economistas, Helmut Wohlthat, quien ya había estado en contacto con el asesor de Chamberlain, sir Horace Wilson, en previas visitas a Londres. Para evitar que Ribbentrop se enterara e interfiriera, ninguna de las partes quiso involucrar a su Ministerio del Exterior. Wohlthat fue una buena elección: había circulado desde siempre en los sectores de la banca y el comercio, y podía viajar sin despertar sospechas; su visita en junio fue como delegado del Comité Internacional de la Emigración Judía, y el 17 de julio asistió, en apariencia, a la Conferencia Internacional de la Caza de Ballenas. Descubrió que Chamberlain estaba tan desesperado como Göring por encontrar una salida, y que siendo esencialmente un empresario con raíces en el comercio en Birmingham, el primer ministro británico creía poder sobornar a Hitler, si el trato era lo suficientemente bueno.

A Wohlthat le asombró recibir un largo memorándum, que Wilson y Chamberlain habían escrito juntos, en el que se esbozaban propuestas para la alianza más estrecha posible entre Gran Bretaña y Alemania, y que cubría las áreas política, militar y económica. La garantía de Gran Bretaña a Polonia sería desechada por “superflua”; Danzig se relegaría como problema menor; la cooperación económica entre las dos naciones

industriales más importantes de Europa produciría “un auge económico sin precedente” en el mundo entero. La cuestión de las colonias era cubierta por un plan para lo que se describió como “condominio colonial”, “inmenso territorio integrado que abarcaría la mayor parte del África tropical y subtropical”. Aunque se involucraría a las demás potencias coloniales europeas, Gran Bretaña y Alemania ejercerían el control. Habiendo informado personalmente a Göring, Wohlthat sostuvo una segunda reunión secreta en Londres tres días después, esta vez con Robert Hudson, ministro de Comercio Exterior, quien ideó otro intento de sobornar a Hitler con un paquete financiero por valor de nada menos que mil millones de libras esterlinas.[6] Göring habría podido plantearle eso a Hitler con cierta confianza, pero, por desgracia, antes de que pudiera hacerlo, los detalles de la parte financiera de la oferta fueron filtrados a la inteligencia francesa, algunos dicen que por el propio Hudson. Un furioso Daladier se cercioró de que la prensa británica se enterara de la noticia, la cual se desplegó en las primeras planas con el encabezado “El mayor soborno de la historia”, y el inmediato furor en el Parlamento echó abajo el trato.

Pese a que Wenner-Gren y Wohlthat quedaron fuera de la jugada, Göring siguió activo, a través de otro empresario sueco que conocía de años y quien se acercó a él con una proposición interesante. Birger Dahlerus era un fabricante de maquinaria pesada que en su juventud había vivido y trabajado en la región industrial central de Inglaterra y que recientemente había finalizado otro viaje de negocios por la zona. Amigo del hijastro de Göring, Thomas von Kantzow, amaba a Gran Bretaña y Alemania, y le horrorizaba pensar que pronto pudieran estar en guerra. Le preocupaba mucho que Hitler no se percatara de que el gobierno británico cumpliría su palabra de ir a la guerra por Polonia. Creía poder convencerlo de eso llevando a Alemania a un grupo de socios británicos, hombres que no eran políticos ni participaban en el gobierno pero que podían hablar por la gente. Con la aprobación de Hitler, Göring aceptó recibir a los amigos de Dahlerus en nombre del Reich, y sobre esa base Dahlerus se comunicó con Halifax, quien se dijo interesado en recibir un informe completo de los ingleses después de la reunión. Si el informe era positivo, podría allanar el camino para una conferencia con delegados autorizados, en territorio neutral como Holanda o Suecia.[7]

La reunión tuvo lugar, finalmente, el 7 de agosto, en una granja remota perteneciente a la esposa de Dahlerus en la costa oeste de Schleswig-Holstein, bajo muy secretas medidas. Thomas von Kantzow acompañó a Dahlerus y siete empresarios británicos, encabezados por Charles Spencer, director del grupo de ingeniería y construcción naval John Brown. Instruidos por Halifax, ellos subrayaron que aunque Gran Bretaña mantendría su garantía a Polonia, el gobierno británico estaba todavía más que dispuesto a conversar y escuchar. Göring advirtió, por su parte, que si Alemania no llegaba a un entendimiento con Gran Bretaña, tenía otra opción. “Aún está abierta para nosotros la posibilidad de negociar con Rusia”, les dijo.

Göring parecía considerar que un acuerdo con los soviéticos era una presión para mantener a Gran Bretaña fuera de la guerra. Polonia sería aniquilada en un par de semanas, antes de que los británicos pudieran empezar siquiera a movilizar tropas hacia Francia; y si se neutralizaba al Ejército Rojo, las Wehrmacht estarían en libertad de concentrarse por completo en la defensa de las frontera occidental de Alemania. Seguramente, esto bastaría para disuadir a Gran Bretaña de una intervención inútil. Un día antes de reunirse con los ingleses, Göring llamó a Milch, Udet y Jeschonnek a su yate para que recibieran nuevas órdenes sobre la Luftwaffe. Poniendo de cabeza su anterior política, les ordenó empezar a convertir aquélla en una fuerza ofensiva, con treinta y dos nuevas escuadras de bombarderos integradas por cuatro mil trescientos treinta aviones, incluidos dos mil cuatrocientos sesenta bombarderos en picada Ju-88, para abril de 1943. Dijo confiado que hasta entonces no habría guerra con Gran Bretaña.[8]

La Unión Soviética era la clave de la situación entera en el verano de 1939. En la etapa en vigor del desarrollo militar alemán, las Wehrmacht eran capaces de aplastar fácilmente al ejército polaco por sí solas; pero si el Ejército Rojo se ponía del lado de Polonia, la historia podía ser muy distinta, en particular si británicos y franceses atacaban simultáneamente en el oeste. Aunque el Ejército Rojo no se hallaba en condiciones de combatir luego de que las violentas purgas de Stalin de los dos años anteriores habían exterminado prácticamente a su jefatura, seguía siendo una formidable fuerza de más de cinco millones de hombres. Y aunque tanto Gran Bretaña

como Alemania tendían a subestimar su poder, ninguna de ellas podía pensar en la guerra con Polonia sin tomarla en cuenta.

A lo largo de gran parte de 1939, ambos bandos habían flirteado con la idea de pactar con Stalin; el oeste para cerciorarse de que éste se uniría a cualquier guerra contra Alemania, y los alemanes para asegurarse de que se mantuviera al margen. De hecho, los únicos que no consideraron siquiera entablar negociaciones con la Unión Soviética fueron los polacos, quizá quienes tenían más que ganar, pero también más que perder. Ambos bandos veían con enorme disgusto una alianza con Stalin. Pero, siendo totalmente amoral, Hitler tenía la ventaja de no tener escrúpulos en absoluto. Mientras británicos y franceses se rompían la cabeza y daban largas al asunto, él seguía preparando tranquilamente el terreno, enviando un continuo torrente de señales tácitas a Stalin y esperando el momento oportuno.

Hitler contaba con el entusiasta apoyo de Ribbentrop, quien gustaba de reclamar para sí la idea del acercamiento a Rusia, y de Göring, quien tenía puesta la mira en las vastas materias primas de los soviéticos, que podía aprovechar mediante el trueque de bienes terminados y maquinaria, sin necesidad de divisas. Ni siquiera a Keitel y los generales les disgustaba la idea, pues recordaban con cierta nostalgia que en la década de 1920 los soviéticos los habían ayudado a eludir las restricciones de Versalles con centros secretos de instrucción para el Reichswehr Negro. Existía asimismo una tradición militar de cooperación con Rusia, que se remontaba a Federico el Grande.

Stalin necesitaba desesperadamente un acuerdo que lo protegiera. No podía hacerse ilusiones sobre el fin último de Hitler: el líder nazi nunca había ocultado su intención de destruir al bolchevismo, y por lo tanto a la Unión Soviética. El temor de Stalin era que una vez que las Wehrmacht aplastaran a Polonia, lo que seguramente harían con facilidad, cargaran contra Bielorrusia y Ucrania, y luego contra la Madre Rusia misma. Engañado como los generales alemanes, Göring y los italianos, Stalin había pensado que tendría dos o tres años para reconstruir tanto el Ejército Rojo como la dirigencia política antes de que Hitler lanzara su gran guerra. De pronto, sin embargo, se dio cuenta de que los sables alemanes no se limitaban a vibrar en sus vainas, sino que se les sacaba en serio.

Entonces, el 15 de mayo, dos días después de que los disturbios antipolacos en Danzig intensificaran la alarma de Stalin por Occidente,

Japón, socio de Alemania en el pacto anti-Komintern, atacó las fronteras de Stalin en el Lejano Oriente, entre Mongolia y Manchuria, o Manchukuo, como la habían rebautizado los ocupantes japoneses. Éste era sólo el choque más reciente en un conflicto que se había prolongado a lo largo de los años, pero que auguraba explotar en algo mucho más grave. Stalin se vio obligado a comprometer en el área al menos veinticuatro divisiones de sus mejores tropas, y ahora enfrentaba la posible pesadilla de tener que pelear en dos frentes, y dividir sus impreparadas fuerzas entre los dos extremos de su gigantesco imperio. En Mongolia no podía esperar la ayuda de nadie, pero en Occidente tenía dos opciones: formar una alianza con las potencias occidentales contra Hitler, o firmar un pacto con el diablo y sobornar a Hitler, al menos por el momento.

Stalin favoreció inicialmente la alianza occidental, pero a fines de la primavera y durante el verano le dejó cuidadosamente entreabierta la puerta a Hitler, mediante prolongadas negociaciones de un acuerdo comercial, en el entendido de que, una vez fijado el precio, un acuerdo militar y político podría seguir rápidamente. La delegación alemana en estas negociaciones fue encabezada por el experto del Ministerio del Exterior, Karl Schnurre; Ribbentrop mantuvo lejos de ellas a Göring, aunque era el ministro más afectado. Exasperando hábilmente a los dos bandos, Stalin permitió que esas negociaciones comerciales llegaran a sus últimas etapas al mismo tiempo que recibía en Moscú a la misión anglofrancesa para negociar un pacto de asistencia mutua. Como escorpiones a punto de aparearse, los dos dictadores daban vueltas con toda cautela, rehusando comprometerse hasta el último momento posible. Para agosto, cada vez más cerca de vencerse el plazo de Hitler para la Operación Blanca, ya no era posible seguir aplazando el momento.

El 10 de agosto, la chispa se encendió en Danzig, pues los gobiernos alemán y polaco se enfrentaron por primera vez a causa de la administración de la ciudad libre, y el Gauleiter nazi, Albert Forster, emuló a Henlein en los Sudetes con un incendiario discurso público frente a una multitud desenfrenadamente entusiasta. El mitin siguiente, les dijo, tendría lugar tras la anexión de Danzig por parte del Reich. Hitler soltó de nuevo a Goebbels y, bajo su dirección, los periódicos alemanes estallaron en una orgía de propaganda antipolaca, clamando que era Polonia la que

trastornaba la paz de Europa, Polonia la que amenazaba con invadir a Alemania.

Ese mismo día el almirante Canaris voló a Salzburgo para sostener una conferencia con Keitel y el ayudante de Hitler en el OKW, el teniente coronel Rudolf Schmundt, en la que se discutirían las operaciones de sabotaje y subversión detrás de las líneas polacas durante la Operación Blanca. Al terminar de hablar con Keitel, Canaris fue conducido a una reunión con Ribbentrop en el cercano Schloss Fuschl, la más reciente adquisición del ministro del Exterior, adonde se había mudado el 9 de julio. El Schloss Fuschl era un elegante expabellón de caza de cuatro pisos que databa del siglo XV, bellamente emplazado a orillas del lago del mismo nombre, con todo y una enorme finca y una ciudad vecina. Para Ribbentrop, sin embargo, el principal atractivo era que estaba a sólo cuarenta minutos en auto del Berghof. Aquella había sido la casa solariega de un noble austriaco, Gustav von Remnitz, enérgico defensor de la independencia austriaca arrestado por Hitler a instancias de Ribbentrop y remitido al campo de concentración de Dachau después de la *Anschluss*. Ribbentrop requisó entonces la casa y todo su contenido, haciendo que Frau Von Remnitz y su joven hijo fueran echados a media noche por hombres de la SS. En realidad, Ribbentrop había tenido en la mira al castillo y su dueño por un tiempo, desde que Remnitz, buen amigo del hermano de Annaliese von Ribbentrop, Stefan-Karl Henkell, lo había desairado al no invitarlo a las cenas que cada año celebraba ahí para distinguidos visitantes al Festival de Salzburgo.

Ribbentrop dio órdenes a Canaris de participar en una operación especial, cuyo nombre en clave era “Bienes Enlatados”, organizada por Himmler y Heydrich y que ofrecería la “provocación” definitiva para la guera con Polonia. Consistía en dos incidentes distintos pero coordinados, que implicaban por igual el uso de reclusos de campos de concentración —los “bienes enlatados”— junto con escuadrones especiales de la SS disfrazados de tropas polacas. Canaris debía prestar respaldo, el que incluía ciento cincuenta uniformes del ejército polaco y diversas armas polacas de bajo calibre del arsenal del Abwehr.

El primer incidente sería conducido por uno de los más implacables gángsters intelectuales de Heydrich, Alfred Naujocks, de treinta y nueve años, quien había estudiado ingeniería en la Universidad de Kiel, se había

afiliado a la SS en 1931 y había sido miembro del SD desde su formación en 1934. Naujocks se especializaba en asignaciones encubiertas, como la eliminación de enemigos de los nazis tanto en Alemania como en otras partes, y había sido responsable de la introducción de armas y explosivos a Checoslovaquia durante la crisis de los sudetes. “En, o alrededor del 10 de agosto de 1939”, dijo Naujocks al Tribunal de Nuremberg,

> el jefe del SD, Heydrich, me ordenó personalmente simular un ataque a una estación de radio próxima a Gleiwitz, cerca de la frontera con Polonia, y dar la impresión de que la fuerza atacante constaba de polacos. Heydrich dijo: “La prueba práctica de estos ataques por los polacos es necesaria para la prensa extranjera tanto como para la propaganda alemana”.
>
> Mis instrucciones eran tomar la estación de radio y retenerla el tiempo suficiente para que un alemán hablante de polaco que sería puesto a mi disposición transmitiera un discurso en polaco. Heydrich me señaló que ese discurso debía decir que había llegado la hora de que alemanes y polacos pelearan.

El segundo incidente sería más complejo y aún más provocador. Un grupo de soldados hablantes de polaco, que también vestirían los uniformes de Canaris y usarían las armas que él iba a proporcionar, atacarían y tomarían un puesto aduanal alemán en Hochlinden, comprometiendo a tropas de la SS en un simulacro de batalla. Genuinas tropas polacas acuarteladas al otro lado de la frontera, en Rybnik, recibirían la orden de combatir de parte de un oficial polaco que ya se había pasado al bando alemán.

En ambos casos habría cuerpos “polacos”, que era donde intervenían los presos de los campos de concentración. Éstos serían provistos por Müller (el de la Gestapo). Como dijo Naujocks en su declaración jurada: “Müller afirmó que tenía de doce a trece criminales condenados que serían vestidos con uniformes polacos y a los que se dejaría muertos en la escena del incidente, para indicar que habían perdido la vida durante el ataque. Con ese propósito, un médico empleado por Heydrich les administraría inyecciones letales. Luego se les aplicarían también heridas de bala. Tras el incidente, miembros de la prensa y otras personas serían llevados al lugar”. Naturalmente, los cadáveres tendrían libretas de ahorro del ejército polaco en los bolsillos, para confirmar su identidad aparte de sus uniformes y armas. Heydrich estaba orgulloso de su ardid. “Hasta ahora”, le dijo a

Naujocks en su sesión de instrucciones, “la idea era mía, y la preparé sin conocimiento del Führer. Pero el Führer ya dio su respaldo al plan.”[9]

Al día siguiente, 11 de agosto, Ribbentrop recibió otro visitante en Fuschl: Ciano. Los italianos, por fin, se habían dado cuenta de que los había engañado, para hacerlos firmar el Pacto de Acero, con falsas promesas de que no habría guerra en lo inmediato, y Mussolini estaba al borde del pánico con la idea de que se le arrastraría a un conflicto que no apetecía, y para el que sus fuerzas armadas no estaban preparadas en absoluto. Sin haber podido convencer a Hitler de que se encontraran en el Paso del Brennero para sostener una conversación frente a frente, despachó a Ciano para que hablara con él sobre la idea de una conferencia mundial de paz. “El Duce está ansioso”, escribió Ciano en su diario, “de que les demuestre a los alemanes, con evidencias documentales, que el estallido de una guerra en este momento sería una locura.”[10]

Ribbentrop, desde luego, no estuvo de acuerdo con la evaluación de Mussolini. Mientras Ciano y él paseaban por el jardín de Fuschl antes de comer, el italiano le preguntó: “Bueno, Ribbentrop, ¿qué quieren ustedes? ¿El Corredor o Danzig?”. Para su horror, Ribbentrop, “mirándo[lo] con sus fríos y metálicos ojos”, contestó: “Ya nada de eso. ¡Queremos la guerra!”. Anunció entonces lo que Ciano describió como “la decisión alemana de encender un cerillo en el polvorín europeo [...] casi con el mismo tono que habría usado para un detalle administrativo sin importancia”.[11]

La atmósfera durante sus diez horas de conversaciones ese día fue glacial. Ciano no pudo sacar nada en claro de Ribbentrop acerca de los planes alemanes. “Le remuerde la conciencia”, dijo. “Ha mentido demasiadas veces sobre las intenciones alemanas hacia Polonia para no sentirse inquieto ahora por lo que debe decirme y lo que están dispuestos a hacer.”[12] Desconfiaba tanto de Ribbentrop que ordenó a la tripulación de su avión permanecer en él toda la noche en el hangar del campo de aviación de Salzburgo, temiendo un sabotaje. Y cuando habló de las conversaciones de ese día con el embajador Attolico y el consejero Magistrati, de la embajada italiana en Berlín, insistió en hacerlo en el baño con todas las llaves abiertas, para burlar los micrófonos ocultos que estaba seguro que habían sido sembrados en su oficina.

Ninguno de los argumentos de Ciano, tanto a Ribbentrop como a Hitler en los dos días siguientes en el Berghof, causó la menor impresión en la cerrada mente de ambos. “Estoy absolutamente convencido”, le dijo Hitler, “de que ni Inglaterra ni Francia se embarcarán en una guerra general.”[13] Ribbentrop estaba tan seguro de que “Francia e Inglaterra mostrarán pasividad durante la masacre de Polonia” que en la cena insistió en hacer una apuesta con Ciano: “Si Inglaterra y Francia se mantenían neutrales, yo le daría un cuadro italiano. Si esas potencias intervenían, él me daría una colección de armaduras antiguas”.[14] Sobra decir que Ribbentrop jamás cumplió la apuesta. Ciano salió a Roma el 13 de agosto, “completamente indignado con los alemanes, con su líder, con su manera de hacer las cosas. Nos habían traicionado y mentido. Ahora nos arrastraban a una aventura que no deseábamos y que podía comprometer al régimen y al país en su conjunto”.[15]

La reunion de Ciano en el Berghof el 12 de agosto había sido interrumpida ya avanzada la tarde por el arribo de dos mensajes que le subieron drásticamente el ánimo a Hitler. De súbito, sonriente y de buen humor, el Führer sugirió dejar el resto de sus conversaciones para la mañana siguiente, e invitó a Ciano a acompañarlo al té en el pabellón encaramado en un cercano pico rocoso que Martin Bormann había hecho construir para él como regalo sorpresa en su quincuagésimo cumpleaños. El pobre Ciano tuvo que aceptar, pese a odiar las alturas y aborrecer el té, pues era obvio que Hitler quería celebrar la noticia que acababa de recibir: esos mensajes, explicó Ribbentrop, procedían de Moscú y Tokio. “El gobierno ruso”, anunció Hitler, “ha aceptado iniciar negociaciones políticas, y ha solicitado el envío de un ministro.”

Ciano guardó silencio, sospechando que aquellos “mensajes” no eran sino un típico recurso teatral ideado para impresionarlo como parte de los esfuerzos de Hitler por inducir a Italia a una desastrosa asociación militar. Y tenía razón, en parte. De hecho, el mensaje de Tokio se había recibido el día anterior, y contenía poco más que una lista de los problemas que estaba teniendo el ministro de Guerra japonés para convencer a sus colegas en el gobierno de apoyar a Alemania. Hitler y Ribbentrop no dijeron nada sobre su contenido. El mensaje de Moscú era en realidad de Schnurre, en Berlín, para informar que su homólogo de la embajada soviética le había llamado

esa mañana por instrucciones de su primer ministro y ministro del Exterior, Viacheslav Molotov, para decirle que los soviéticos estaban interesados en conversaciones no sólo sobre asuntos económicos, sino también políticos, incluida la cuestión de Polonia.

A primera vista, la noticia de Schnurre no parecía particularmente estrujante, pero era la señal que Hitler y Ribbentrop habían estado esperando, y el momento de su llegada resultaba significativo: la misión militar anglofrancesa había arribado a Moscú la mañana anterior, para emprender negociaciones sobre un pacto de asistencia mutua. La composicion del grupo no inspiró confianza a Stalin de que británicos y franceses actuaran con verdadera seriedad. Lo encabezaba un almirante británico cuyo único derecho a la fama era un nombre tan pretencioso que hacía palidecer al "von" falso de Ribbentrop: el Honorable sir Reginald Aylmer Ranfurly Plunkett-Ernle-Erle-Drax, quien era, por nacimiento, simplemente Reginald Plunkett, segundo hijo de John William Plunkett, heredero del título irlandés barón de Dunsany. Había agregado a su nombre los demás apellidos por decreto real a la muerte de su madre, cuyo primer apellido era Ernle. Erle y Drax eran los apellidos de antiguos dueños de la hermosa mansión en Dorset que él había heredado de ella. La parte francesa estaba más creíblemente encabezada por el general Joseph Edward Doumenc, artillero y experto en guerra de tanques que, a los sesenta años, era el general más joven del ejército galo. No había ningún ministro, ni siquiera de bajo nivel del gabinete, de ninguno de los dos países, y la misión decidió no viajar por aire, pues a Doumenc no le gustaba volar, sino por el lento vapor a Leningrado, y de ahí en tren hacia Moscú. El viaje completo tardó seis días; y cuando, a las diez y media de la mañana del sábado 12 de agosto, se iniciaron las conversaciones, se descubrió que Drax no llevaba acreditaciones por escrito y que, por lo tanto, en lo que concernía a los soviéticos, no tenía autoridad para negociar.

No fue de sorprender entonces que Stalin optara por cubrirse invitando a los alemanes a hablar al mismo tiempo. Consciente de la urgencia para Hitler, fingió despreocupación, sugiriendo que sólo podrían hacerse progresos "en forma gradual". Cada vez más ansioso, Hitler cortejó a Stalin en los días siguientes, mientras el líder soviético continuaba tomando las cosas con calma, insistiendo en que no podían proceder a conversaciones militares y políticas hasta que quedara resuelto el acuerdo comercial. El 14

de agosto, por instrucciones de Hitler, Ribbentrop ofreció viajar a Moscú, enfatizando la marcada diferencia entre los enfoques alemán y anglo-francés. Como factor decisivo, ofreció la repartición de Polonia y Europa oriental entre Alemania y la Unión Soviética, algo que los británicos y franceses jamás habrían podido hacer.

Ese mismo día, Hitler convocó a sus tres comandantes en jefe, Göring, Brauchitsch y Raeder, al Berghof, junto con sus jefes de Estado Mayor y el doctor Todt. No les dijo nada sobre las negociaciones con la Unión Soviética; pero tras comentar que estaba seguro de que Gran Bretaña y Francia no combatirían, describió sus planes para la campaña venidera, y les ordenó iniciar la cuenta regresiva para la invasión de Polonia. Ninguno de ellos puso objeción alguna. Se retiraron para empezar a dar las órdenes necesarias: Brauchitsch y Göring para comenzar a movilizar tropas y equipo hacia la frontera polaca, Raeder para desplegar los acorazados de bolsillo *Graf Spee* y *Deutschland* en las rutas de navegación en el Atlántico, así como veintiún submarinos en estaciones en el norte y noroeste de las Islas Británicas, listos para atacar a las embarcaciones inglesas.

En los días siguientes, Stalin y Molotov jugaron con Ribbentrop como pez que ha mordido el anzuelo y está fijo en la carnada. El texto del tratado comercial se acordó el 18 de agosto: Alemania proporcionaría a la Unión Soviética bienes manufacturados con valor de doscientos millones de marcos al año, a cambio de alimentos, petróleo y materias primas por igual monto. Pero cuando Ribbentrop, por medio de Schnurre, preguntó si el acuerdo podía firmarse el mismo día, los soviéticos le dijeron que la aprobación formal de su gobierno podía tardar un poco. Y cuando preguntó si podían proceder entonces al pacto de no agresión, Molotov señaló que el tratado comercial no se había firmado aún. Horas después cambió de opinión, dijo que el tratado podía firmarse al día siguiente y entregó su versión de ese pacto. Le dijo a Ribbentrop que podía ir a Moscú el 26 o 27 de agosto, aunque sabía que el 26 era la fecha que Hitler había fijado para invadir Polonia.

Göring seguía, entre tanto, muy inquieto por Gran Bretaña. No había recibido respuesta alguna a la reunión con los siete empresarios, ni a la sugerencia que les había hecho de una conferencia entre las cuatro potencias involucradas. Envió, entonces, un mensaje personal a Halifax, vía el servicio secreto británico, en el que decía que deseaba visitar Inglaterra

para ver a Chamberlain el 23 de agosto. Sorpresivamente, Chamberlain accedió, y se iniciaron los arreglos. “La idea”, recordaría Halifax en sus memorias, “era que aterrizara en algún aeródromo en desuso, y fuera recogido y llevado directamente en auto a Chequers [residencia campestre oficial del primer ministro, en Buckinghamshire], cuyo personal estaría de *congé*.”[16]

Los británicos no habían renunciado a hacer sus propios avances secretos: sir Horace Wilson seguía tratando de hallar la manera de ceder Danzig al Reich, a cambio únicamente de las seguridades de Hitler de que eso satisfaría finalmente sus demandas territoriales. Mientras Göring preparaba su viaje a Gran Bretaña, Wilson sugería al agregado de prensa de Ribbentrop en Londres, Fritz Hesse, que se le permitiera volar a Alemania para hablar directamente con Hitler. Ribbentrop, naturalmente, sofocó la idea al instante.

Conforme pasaban los días y se acercaba el vencimiento del plazo para la guerra, Ribbentrop se ponía crecientemente histérico a causa del suspenso soviético. También Hitler parecía al borde de un ataque de nervios, pero tras nuevas negociaciones frenéticas decidió romper las convenciones diplomáticas y escribir una carta personal a Stalin, en la que aceptó la versión soviética del pacto y aseguró que “la sustancia del protocolo complementario deseado por la Unión Soviética puede resolverse en el lapso más corto posible si un estadista alemán responsable puede ir a negociar a Moscú”. Subrayando la urgencia de la situación, le rogó que recibiera a Ribbentrop el martes 22 de agosto, o el miércoles 23 cuando muy tarde.[17] Stalin lo hizo esperar otras veinticuatro horas, que Hitler describió después como las más angustiantes de su vida. Sus médicos esperaban con ansia, en alerta por si se les necesitaba. A media noche, el Führer telefoneó a Göring, quien estaba profundamente dormido en su chalet del Obsersalzberg, para quejarse del retraso, desahogarse en general y hablar del plan de contingencia de la prevista visita de Göring a Londres y de ideas para asegurar Danzig.

Al día siguiente, Göring fue a ver a Hitler, con Brauchitsch y Himmler, para hablar de los problemas para impedir que los polacos volaran dos puentes vitales en el Vístula hacia Danzig, cada cual de kilómetro y medio de largo. Fotografías aéreas tomadas por aviones de reconocimiento de la Luftwaffe mostraban claramente cargas de demolición ya en su sitio.

Göring tenía la respuesta: sus Stukas atacarían puestos de guardia polacos en los extremos de los puentes y la estación eléctrica local, dejándolos fuera de combate con el bombardeo de precisión que sólo los Ju-87 podían garantizar, mientras paracaidistas de la Luftwaffe destruían los cables de los detonadores eléctricos. Un tren de carga de inocente apariencia llegaría a última hora de Prusia oriental, llevando ocultos tropas de asalto y zapadores para respaldar el asalto aéreo. Simultáneamente, la Luftwaffe atacaría la base naval polaca en la cercana Gdynia. Göring, líder de la facción antibélica del gobierno, sería el responsable de dar los primeros golpes explícitos de la guerra. Restaurados su salud y vigor, era otra vez del agrado de Hitler, su Hombre de hierro de nueva cuenta.

No fue hasta las ocho y media de la noche del lunes que Ribbentrop recibió por teléfono la noticia en Fuschl de que Molotov había aceptado verlo en Moscú el 23. "¡Maravilloso! Lo felicito", exclamó Hitler cuando le llamó, sin considerar el hecho de que había sido su intervención la que había resuelto las cosas. Ninguno de los cortesanos de Hitler lo había visto nunca tan eufórico. El fotógrafo Heinrich Hoffmann, apresurándose a registrar en película el histórico momento, lo vio palmearse las rodillas con deleite. Walther Hewel, su viceministro del Exterior, consignó que golpeó de júbilo la pared con los puños "murmurando incoherencias", para luego estallar triunfalmente: "¡Tengo al mundo en la bolsa!".[18]

Todos los vuelos previstos a y desde Gran Bretaña se cancelaron. Ribbentrop se apresuró a acordar el texto del anuncio de su inminente visita y su propósito, que Stalin y Molotov querían divulgar a medianoche, y a informar a los italianos y los japoneses. A nadie le dio gusto. Ciano había tratado de empujar a Ribbentrop a una reunión en el Paso del Brennero, para decirle que Mussolini daría por terminado el Pacto de Acero, a menos que los alemanes cumplieran las condiciones convenidas y consultaran a su socio antes de emprender cualquier acción militar. Sabía que una vez que firmaran un pacto con los soviéticos, ya no necesitarían el apoyo de los italianos, y éstos podrían hacer poco para contenerlos. Señaló con renuente admiración: "No cabe duda que los alemanes han dado un golpe maestro".[19]

Los japoneses, que en fecha reciente habían librado y perdido una gran batalla con el Ejército Rojo en Manchuria, la cual les costó veinte mil hombres, se mostraron aún más molestos de que no se les hubiera

consultado. El embajador japonés en Berlín, el general Hiroshi Oshima, quien había sido hasta entonces el mejor amigo de Ribbentrop en la comunidad diplomática, reaccionó con enfado cuando el ministro del Exterior le telefoneó con la noticia ya entrada la noche del 21 de agosto. Al día siguiente fue al aeropuerto de Berlín para confrontarlo de camino a Moscú, reprobando airadamente el pacto nazisoviético como traición a su país y violación del pacto anti-Komintern de 1936. Rehusándose a que una escena desagradable le aguara la fiesta, Ribbentrop le dijo que no tenía tiempo de explicárselo todo entonces y lo remitió con Weizsäcker, quien trató en vano de aplacarlo.[20] Oshima renunció, y fue llamado a Tokio el mes siguiente. Sin embargo, se le asignó el mismo puesto un año después, y se desempeñó en Berlín hasta el fin de la guerra.

La noticia del pacto nazisoviético fue un tremendo golpe para Goebbels, a quien hasta ese momento no se le había informado del trato con la Unión Soviética. Convencido durante mucho tiempo de que la destrucción del bolchevismo era la gran misión del nacionalsocialismo, se sintió turbado e inquieto por ese radical cambio. Pero pronto se persuadió de que tan "brillante *coup* de propaganda" era un ejemplo más del genio del Führer, y dio instrucciones para que la prensa alemana se concentrara en ese "sensacional punto de inflexión" en la política europea. Prohibió específicamente, sin embargo, toda discusión de "las diferencias ideológicas entre las dos naciones, ya sea en vena positiva o negativa", o cualquier mención del incómodo tema del pacto anti-Komintern.[21]

Los editores respondieron de buena gana; William Shirer describió a la prensa alemana de la mañana siguiente como "un maravilloso espectáculo", pues los diarios competían entre sí por dar la bienvenida a la noticia. El premio, quizá en forma inevitable, fue para *Der Angriff*, con su pesado e inexacto titular de primera plana: "El mundo presencia un hecho portentoso: dos pueblos han establecido una política común tras una larga y tradicional amistad que ha sentado las bases para el entendimiento mutuo".[22] Compartiendo primeras planas y titulares, como para subrayar la importancia del pacto, había noticias de "increíbles atrocidades" cometidas por los polacos contra su minoría alemana. En ningún lado se mencionó que la guerra fuera inminente, pero para Goebbels ya había empezado la cuenta regresiva de la propaganda.

Antes de salir para Berlín y Moscú el 22 de agosto, Ribbentrop asistió al inicio de una conferencia en el Berghof, a la que Hitler había convocado a sus cincuenta principales comandantes tres días antes, luego de enviar su carta personal a Stalin. Debían acudir, listos para hacer una detallada presentación de sus planes operativos, al nivel del ejército, para la campaña en Polonia. En un intento por disfrazar el propósito militar de la conferencia, Hitler instruyó a los generales, almirantes y Obergruppenführer que no vistieran uniforme, sino que se ataviaran de manera informal, de civiles, para no llamar la atención. El Führer "desea en particular que la conferencia se mantenga en absoluto secreto", decía el citatorio, "y ni una palabra de ella debe filtrarse a la prensa extranjera". Nadie debía tomar nota de lo que él dijera.

Göring aplicó literalmente la instrucción sobre el atuendo informal, y saludó en la terraza a sus compañeros comandantes vistiendo, según la descripción del almirante Boehm, "una camisa blanca sin cuello bajo un jubón verde de piel de alce adornado con grandes botones de brillante cuero amarillo, pantalones cortos de color gris y medias de seda grises que dejaban ver sus impresionantes pantorrillas, muy de llamar la atención. La refinada calcetería era compensada por un par de botas enormes con agujetas. Para rematar, ceñía su barriga un talabarte escarlata con abundantes incrustaciones de oro, del que pendía una ornamental daga oculta en una amplia funda del mismo material".[23] Se dice que el general Erich von Manstein exclamó al verlo: "¡Mariscal de campo!, ¿es usted el sacaborrachos?".[24]

Poco antes de mediodía, los oficiales tomaron asiento en filas de sillas dispuestas en semicírculo en el gran salón, con Göring al centro flanqueado por Brauchitsch y Raeder. Hitler entró, con Ribbentrop y Keitel a su lado, puso sus notas sobre el piano de cola y empezó a hablar. No hubo minutas oficiales, pero al menos tres miembros del público, Canaris, Halder y el almirante Boehm, tomaron notas en forma subrepticia. "Los he llamado aquí", les dijo Hitler, "para ofrecerles un panorama de la situación política, a fin de que puedan tener una idea de los factores particulares en los que he basado mi decisión de actuar y de que fortalezcan su confianza. Después hablaremos de detalles militares."

El principal propósito del discurso de Hitler fue preparar a sus generales para la guerra con Polonia, convencerlos de que era tanto justa como necesaria, disipar sus temores de que pudiera convertirse en algo que les fuera imposible controlar y motivarlos a acometerla con entusiasmo y determinación. Naturalmente, echó toda la culpa de la situación imperante a los polacos, quienes, si hubieran querido, habrían podido ser socios de Alemania en sus planes expansionistas. “Al principio”, dijo, “quise establecer una relación aceptable con Polonia, para luchar primero con Occidente. Pero este plan, que me atraía, no pudo llevarse a cabo a causa de que los puntos esenciales cambiaron. Se volvió obvio que, en caso de un conflicto con Occidente, Polonia nos atacaría.”

Luego se ocupó de las diferencias entre su nueva Alemania y las “podridas democracias”, afirmando que en Gran Bretaña y Francia no había una sola personalidad sobresaliente que pudiera compararse con él o Mussolini: “Nuestros enemigos son hombres inferiores, no hombres de acción, ni jefes. ¡Son pequeños gusanos!”. Entusiasmado por su tema, siguió desdeñando a los posibles enemigos de Alemania en toda Europa, y luego alzó la voz por primera vez: “Todas estas afortunadas circunstancias no prevalecerán dentro de dos o tres años. Nadie sabe cuánto viviré. Tengo cincuenta años y estoy en la cúspide de mis facultades. Es mejor que la guerra ocurra ahora, no dentro de cinco años, cuando tanto yo como Mussolini seremos cinco años más viejos. Por lo tanto, ¡es preferible que el enfrentamiento suceda ya!”.

Mientras los generales jadeaban, Hitler prosiguió, atacando a Francia, Gran Bretaña y Polonia y explicando por qué creía que las potencias occidentales no intervendrían, en particular una vez que él había llegado a un entendimiento con la Unión Soviética. “He arrebatado esta arma de manos de tales caballeros”, declaró con dramatismo. “¡Ahora tengo a Polonia donde la quiero! No debemos temer un bloqueo: el este nos abastecerá de granos, ganado, carbón, plomo y cinc.”

Permitiendo que las implicaciones de esta declaración se asentaran un momento, Hitler miró alrededor a su público, y después se embarcó en un gran final típicamente apasionado: “Éste es un propósito imponente, que demanda imponentes esfuerzos. Mi único temor es que, de último momento, algunos *Schweinehunde* [‘canallas’] salgan con otra propuesta de mediación. Hemos iniciado la destrucción de la hegemonía de Inglaterra.

Ahora que ya he hecho los preparativos políticos, ¡está abierto el camino para los soldados!”.[25]

La sala estalló en aplausos, encabezados por Göring, quien se puso de pie de un salto, subió dando tumbos los tres pequeños escalones hasta el nivel más elevado frente a la entrada y pronunció un breve discurso de agradecimiento al Führer, en el que aseguró que las fuerzas armadas cumplirían su deber. La conferencia se interrumpió para la comida, y Ribbentrop partió al aeropuerto de Munich, donde lo esperaba el nuevo avión personal de Hitler, un Focke-Wulf Condor cuatrimotor, para llevarlo primero a Berlín y luego a Moscú, vía Prusia oriental.

La sesión se reanudó en la tarde con la presentación, por parte de los generales, de sus planes operativos, antes de que Hitler concluyera los trabajos con otro discurso de una hora, ideado para despacharlos inflamados con la convicción de que él estaba en lo cierto. Después de mucha retórica, terminó con un emotivo clímax:

En cuanto a nuestra conducta en la guerra, ¡cierren sus corazones a la piedad! ¡Actúen brutalmente! ¡Aplasten toda chispa de vida! Ochenta millones de personas deben conseguir lo que en justicia les pertenece. ¡Su existencia debe ser segura! Poder es razón, así que debemos actuar con la mayor severidad. Actúen rápidamente, y siempre tengan fe en el soldado alemán. ¡Cualquier fracaso se deberá únicamente a que los líderes han perdido el valor!

La total destrucción de Polonia es el objetivo militar. La rapidez, lo más importante. Persigan a los polacos hasta aniquilarlos por completo. Estoy convencido de que las Wehrmacht alemanas son capaces de responder a cualquier exigencia. En unos días les daré la orden de iniciar las hostilidades. Podría ser el sábado en la mañana.[26]

Las negociaciones de Ribbentrop en Moscú el 23 de agosto fueron simples y veloces. Hitler ya había aceptado los principios de la versión soviética del pacto central, así que lo que restaba discutir eran detalles menores y el protocolo secreto por adoptar, definiendo “esferas de interés” en el este y sureste de Europa y el Báltico. Éste era el precio de Stalin, y él estaba decidido a cobrarlo íntegro, negociándolo personalmente. Los puntos principales se resolvieron por completo en menos de tres horas, antes de la pausa para comer. Polonia se repartiría entre las dos potencias y Stalin recuperaría las áreas de Bielorrusia y Ucrania, que los polacos habían

tomado de la naciente URSS en la guerra entre ambos países en 1920, más un considerable trozo de Polonia.

Puesto que la sección alemana terminaría en Varsovia, el astuto Stalin había creado una gran zona amortiguadora que mantendría la coraza alemana a considerable distancia de Moscú. También exigió Besarabia, cedida a Rumania en 1918. Los Estados bálticos fueron un poco más complicados. Hitler quería Lituania y parte de Letonia, hasta Riga, aunque estaba dispuesto a otorgar a Stalin el resto de Letonia, más la totalidad de Estonia y Finlandia.

Ribbentrop descubrió en ese momento, como él mismo lo dijo, "cuán dura puede ser la diplomacia soviética". Stalin se mostró insatisfecho con la pérdida de Lituania, pues lo privaría de puertos libres de hielo; el Golfo de Riga se congelaba en invierno, mientras que la costa del Báltico permanecía despejada. Quería los pequeños puertos de Libau y Windau (hoy Liepaja y Ventspils) en el Báltico, lo que significaba trazar de nuevo la línea al sur de Riga para incluir el resto de Letonia, y no estaba dispuesto a contentarse con menos.

Ribbentrop tenía, en teoría, carta blanca para negociar y acordar todo lo necesario, pero no estaba dispuesto a ceder nada sin autorización de su Führer. Durante la pausa para la cena envió un breve mensaje a Hitler para informarle de los progresos y pedirle permiso para conceder a Stalin aquellos dos puertos. Hitler, quien esperaba impaciente en el Berghof, envió a un ordenanza por un atlas; y cuando el sujeto volvió con un texto escolar ordinario, el Führer se puso los anteojos y miró someramente la costa del Báltico. El mensaje que envió de regreso a Moscú debe considerarse uno de los más cortos en la historia de la diplomacia. Decía simplemente: "Sí, aceptado."

Ribbentrop y Molotov firmaron el Pacto de No Agresión nazisoviético a las dos de la mañana del 24 de agosto. Tras una hora de brindis y celebraciones, Ribbentrop regresó a la embajada alemana y telefoneó a Hitler al Berghof, para confirmar personalmente la noticia. Hitler se puso feliz. "¡Les caerá como bomba!", exclamó. Ribbentrop le dijo que ya no había ningún riesgo de que Gran Bretaña y Francia declararan la guerra a causa de Polonia, y que esperaba que el gobierno de Chamberlain cayera en

menos de un día. Con el ánimo restaurado, Hitler ordenó que la Operación Blanca comenzara a las cuatro y media de la mañana del 26 de agosto.

“SI PERDEMOS ESTA GUERRA, QUE DIOS TENGA PIEDAD DE NOSOTROS”

Göring volvió en avión a Berlín el 23 de agosto, mientras Ribbentrop iba camino a Moscú, y convocó a una reunión de ministros en Carinhall. En la más estricta reserva, les dijo que Hitler había decidido atacar Polonia en un plazo de tres días, les aseguró que ese conflicto no se convertiría en una guerra mundial y les preguntó todo acerca de los preparativos bélicos de sus departamentos. Le agradó saber, por boca del ministro de Alimentos y Agricultura, Darré, que aunque sería necesario imponer de inmediato el racionamiento general de alimentos, el de pan y papas podría posponerse cuatro semanas, gracias al prudente almacenamiento. Pese a su optimismo, sin embargo, mientras él hablaba, trabajadores rodeaban la casa con una alambrada camuflada.

Aún aferrado a la esperanza de mantener fuera del conflicto a Gran Bretaña y Francia abriendo una brecha entre ellas y Polonia, Göring había llamado a su amigo Dahlerus a Estocolmo esa mañana, y le había pedido que fuera a verlo en seguida. Aunque Hitler había vetado su visita a Londres, accedió a que enviara a Dahlerus en su lugar. Göring instruyó al sueco para decir que estaba seguro de que podía convencer a Hitler de darse por satisfecho con Danzig y el acceso al Corredor Polaco, y preguntar si Gran Bretaña presionaría a los polacos para que iniciaran negociaciones directas con Alemania. Repitió su ofrecimiento, y de Hitler, de asistencia militar alemana para defender al imperio británico, y sugirió que los británicos enviaran a un general de alto rango, como sir Edmund Ironside, a hablar con él de hombre a hombre. Cuando Göring llevó a Dahlerus de regreso a Berlín en su auto deportivo de dos plazas, le encantó que la gente lo reconociera y vitoreara en la calle cuando se detenían en los semáforos, lo que confirmaba que su popularidad era tan alta como siempre. Una hora después se reunió con el embajador polaco Lipski, para tratar de

convencerlo de que no había grandes diferencias entre sus dos países y de que el principal problema era la alianza de los polacos con Gran Bretaña.

Casi al mismo tiempo que Göring hablaba con Lipski, Hitler recibía a Henderson en el Berghof. El embajador llevaba consigo una carta de Chamberlain, en la que éste advertía que Gran Bretaña estaba resuelta a cumplir sus obligaciones con Polonia, pero seguía dispuesta a dialogar, y deseaba ver que surgieran conversaciones directas entre Alemania y Polonia sobre el recíproco trato a las minorías étnicas. Hitler ya conocía el contenido de esa carta, gracias a las intercepciones de la FA de Göring, y había preparado una dramatización ideada para acosar a los británicos a fin de que abandonaran a Polonia. "En mi primera entrevista con él ese día", escribiría Henderson con su habitual modestia, "Hitler estaba sumamente irritable. Su lenguaje en torno a los polacos y la responsabilidad británica sobre la actitud polaca fue violento, recriminatorio y exagerado." Cuando Henderson reiteró que Gran Bretaña estaba obligada a cumplir sus obligaciones, Hitler respondió con brusquedad: "¡Entonces cúmplanlas! Si extienden cheques en blanco, es natural que tengan que pagarlos".[1]

Hitler despachó a Henderson, completamente abatido, con la promesa de tener lista una respuesta por escrito para Chamberlain en dos horas. De hecho, esa respuesta ya había sido elaborada, pero Hitler quería hacer sufrir un poco más al embajador. Tan pronto como Henderson se retiró, el Führer se palmeó las piernas, rio y le dijo a Weizsäcker: "¡Chamberlain no sobrevivirá a esa conversación! Su gabinete caerá esta noche".[2] Weizsäcker trató de convencer a Hitler de que sus acciones tendrían precisamente el efecto contrario, pues fortalecerían, antes que debilitar, la posición de Chamberlain en tanto éste se mantuviera firme, pero fue en vano; la insidiosa influencia de Ribbentrop había hecho demasiado bien su trabajo. Cuando se le llamó a recibir la respuesta por escrito, Henderson descubrió que tanto ésta como su autor habían adoptado una actitud sumamente intransigente, y que aunque Hitler se había tranquilizado, culpaba de todo a Gran Bretaña. El embajador se marchó con lágrimas en los ojos, lamentando amargamente que su misión hubiera fracasado de modo tan rotundo.[3]

Hitler voló a Berlín para dar a Ribbentrop una bienvenida digna de un héroe. Lo saludó frente a sus cortesanos reunidos como “un segundo Bismarck”, y luego lo condujo a su estudio con Göring y Weizsäcker, para conocer los detalles de su viaje y analizar la situación. Ribbentrop había llegado a la cima de su carrera, y estaba en la cresta de la ola de su éxito. Pero éste no duraría. Al día siguiente, 25 de agosto, mientras de todas partes seguían llegando llamados a la paz —del presidente Roosevelt, el papa y los gobernantes de Bélgica, los Países Bajos, Luxemburgo, los países escandinavos y Canadá—, a Hitler le asombró la noticia de que Chamberlain no sólo había sobrevivido, sino que además había repetido en el parlamento el compromiso británico con Polonia, y añadido que era “una peligrosa ilusión” que Alemania creyera que el pacto nazisoviético modificaría de algún modo las circunstancias.

Hitler pidió una explicación a Ribbentrop, quien siguió insistiendo en que los británicos buscaban una salida, y retrocederían en cuanto ésta se presentara. Con eso en mente, Hitler pospuso una hora el plazo de emisión de la palabra en clave para invadir, y llamó a Henderson a la cancillería. Frente a un silencioso Ribbentrop, prometió “una jugosa y muy completa oferta” a Gran Bretaña una vez que se resolviera el problema polaco. Garantizaría la defensa del imperio británico aun contra sus propios aliados, los japoneses. Persuadido por Ribbentrop de que esa nueva oferta daría a Chamberlain la excusa de no hacer nada con el argumento de que necesitaba tiempo para considerarla, Hitler puso a disposición de Henderson su avión personal Condor, en el que Ribbentrop había viajado a Moscú, para que volara a Londres.

Cuando Henderson se marchó, Hitler pasó quince minutos solo con Ribbentrop, fortaleciendo su determinación. No existe registro alguno de lo que se dijo en ese momento, pero es factible suponer que Ribbentrop mantuvo su opinión de dos días antes, cuando Weizsäcker le había dicho que los británicos saldrían en auxilio de Polonia, pero que Italia dejaría a Alemania en la estacada. “¡Discrepo cien por ciento de usted!”, había vociferado el ministro. “¡Mussolini es demasiado grande para hacer tal cosa!.”

Tras hablar con Ribbentrop, Hitler llamó a Keitel y le dio la orden referente a la Operación Blanca. El ataque contra Polonia debería comenzar

a las cuatro y media de la mañana siguiente. El OKM transmitió la palabra en clave a todas las armas. Por cable, teléfono y teletipo, la clave recorrió toda la línea hasta llegar a los comandantes de unidad de más de medio millón de soldados, cinco ejércitos listos para cargar contra Polonia desde el norte, el oeste y el sur. En Silesia, Pomerania, Prusia oriental y Eslovaquia, aparecieron las municiones, se probaron los motores y se revisó el combustible. El gran avance hacia la frontera se iniciaría a las ocho y media de esa noche. En Berlín, el recién terminado tren especial de Hitler, el *Amerika*, fue sacado de su nave en el depósito de Tempelhof y preparado para llevar al Führer al frente. Se envió un telegrama a cada diputado del Reichstag, que le ordenaba asistir a una sesión de emergencia a las cinco de la mañana siguiente. Todas las líneas teléfonicas a Francia, Gran Bretaña y Polonia fueron cortadas.

Dos horas después, sin embargo, Hitler exclamó: “¡Detengan todo!”. Había recibido dos inquietantes mensajes en rápida sucesión. El primero era que Gran Bretaña había firmado un tratado de asistencia mutua con Polonia, y estaba ya firmemente comprometida a salir en su ayuda; además, el embajador francés, Robert, había confirmado que también Francia daría auxilio a Polonia. El segundo era que, aunque dispuesto a apoyar a Alemania en un conflicto localizado con Polonia, Mussolini no podría unirse a una guerra con las potencias occidentales, a causa del “presente estado de los preparativos bélicos italianos, de los que repetidamente y con suficiente anticipación informamos a usted y a Herr Von Ribbentrop. En nuestras reuniones, la guerra se previó para después de 1942, momento para el cual yo habría estado listo”. El mensaje de Mussolini concluía diciendo que él no podía hacer nada por ayudar en ese momento, a menos que se le suministraran grandes cantidades de materias primas y armamentos.[4]

Ribbentrop se había equivocado cien por ciento, y tuvo que enfrentar, entonces, las consecuencias. Había engañado a los italianos y malinterpretado a británicos y franceses, con el resultado de que Alemania se veía frente a la guerra que él siempre había deseado, pero sin un solo aliado importante. Y para completar los desastres de ese día, Japón rompió las negociaciones con vistas a una alianza tripartita, en protesta por el pacto nazisoviético. Habiendo sido el niño mimado del Führer, Ribbentrop cayó de pronto en desgracia, donde permanecería las setenta y dos horas

siguientes, angustiado e histérico, apartado de la presencia de Hitler. En busca de un consejo, éste telefonéo a Göring, su Hombre de hierro, quien desde el principio había recomendado un arreglo negociado y aún trataba activamente de impedir la guerra con Occidente.

Göring, quien con toda intención se había alejado en esa fecha del tumulto de la cancillería, respondió con cautela a la noticia de Hitler de que se suspendía la invasión.

–¿En forma temporal o definitiva? —preguntó esperanzado.

–Sólo por cuatro o cinco días. Tengo que ver si puedo eliminar la intervención británica —contestó Hitler.

–¿Cuatro o cinco días serán suficientes? —replicó Göring.[5]

Göring se precipitó a la cancillería, donde halló a Hitler en un estado que Halder describió como "de devastación". Göring abogó por un compromiso, sugiriendo intentar otro Munich, y recordó a Hitler que tenía un emisario en Londres. Tras grandes dificultades, su emisario, Dahlerus, logró comunicarse por teléfono con él mientras aún estaba con Hitler, para decirle que había visto a Halifax, quien le agradeció sus esfuerzos pero le dijo que Henderson llegaría de Berlín a la mañana siguiente con un mensaje de Hitler. Como los canales diplomáticos normales habían vuelto a abrirse, ya no había necesidad de los servicios amateurs de Dahlerus. Göring disintió, pues sabía que los "canales diplomáticos normales" implicaban al Ministerio del Exterior, y por lo tanto a Ribbentrop, quien haría todo lo que estuviera en su poder por sabotear sus esfuerzos de paz, como en efecto habría de hacerlo en los días siguientes, negándose a responder incluso a ofrecimientos de mediación de Italia, Bélgica y los Países Bajos. Göring dijo a Dahlerus que las cosas se habían deteriorado por la firma del tratado anglopolaco, y que la guerra podía estallar en cualquier momento. Sólo una reunión personal de alto nivel podía salvaguardar la paz.

A la mañana siguiente, sábado 26 de agosto, Halifax invitó a Dahlerus a otra entrevista, habiendo consultado entre tanto a Chamberlain. Dahlerus le dijo que creía que Göring era "el único hombre en Alemania capaz de prevenir la guerra", y lo convenció de escribirle una carta personal, con la aprobación de Chamberlain, confirmando el deseo de Gran Bretaña de llegar a un arreglo pacífico.[6]

En Berlín, Goebbels había desempeñado su habitual papel de preparar a la opinión pública alemana para un acto de agresión culpando a la víctima, y su bien orquestada campaña de prensa llegaba a su clímax. Ese sábado, los titulares del normalmente serio *Berliner Börsen-Zeitung* proclamaban: “Caos total en Polonia. Huyen familias alemanas. ¡Tropas polacas se dirigen a la frontera alemana!”. En el *12-Uhr Blatt* (Diario del Mediodía) se leía: “Se juega con fuego irresponsablemente. Tres aviones alemanes de pasajeros, baleados por polacos. ¡Numerosas granjas alemanas en llamas en el Corredor!”. El *Völkischer Beobachter* (Observador Nacional) del domingo publicó el siguiente titular: “¡Polonia entera en fiebre bélica! ¡Un millón quinientos mil hombres movilizados! ¡Ininterrumpido transporte de tropas a la frontera! ¡Caos en la Alta Silesia!”.

Todo esto era una hábil mezcla de verdades a medias y descaradas mentiras: ningún avión había sido baleado ni granja alguna deliberadamente quemada en ese periodo, aunque era cierto que los alemanes huían por su seguridad y que había tropas en marcha. Pero el “ininterrumpido transporte de tropas” del *Völkischer Beobachter* se refería sólo a tropas polacas, en apresurada defensa de sus fronteras, no a movimientos o movilización de tropas alemanas. Había habido, además, un significativo incremento en el territorio que se exigía públicamente: no sólo Danzig y un pasillo por el Corredor, sino todo lo que Alemania había perdido en el este en 1918, lo que significaba la totalidad de Silesia y Posen.

Goebbels también hizo pleno uso de los noticiarios cinematográficos, valiosa fuente de información para el público, en general, en los días previos al arribo a los hogares de imágenes instantáneas por medio de la televisión. El exembajador Ulrich von Hassell registró en su diario los resultados de ello días después: “Anoche vi en el cine un repugnante ejemplo de cómo se explota la desgracia humana con propósitos de propaganda. Se exhibe a mujeres y niños llorando, y describiendo, con voz entrecortada por las lágrimas, sus sufrimientos en Polonia”. Pero Hassell señaló asimismo que el público alemán ya empezaba a acostumbrarse a las técnicas de Goebbels: “La audiencia permaneció totalmente indiferente; sólo hubo un muy apagado aplauso cuando aparecieron imágenes militares, que no fueron bien recibidas por el grueso del público”.[7]

Göring llegó a la cancillería al mediodía del sábado 26 de agosto, vestido, como para disipar todo indicio de pesimismo, con su uniforme blanco y calcetines y zapatos también blancos, y llevando al cuello un gasné negro de seda ceñido por una sortija de oro con incrustaciones de diamantes, rubíes y zafiros. La noche anterior, Hitler y él habían decidido poner en evidencia a Mussolini preguntándole qué necesitaba para reforzar su ejército. Las demandas italianas ya habían llegado, y ellos se sentaron con Keitel, Brauchitsch y Milch a discutirlas, lo mismo que la situación general.

La lista era impresionante, "suficiente para matar a un toro, si supiera leer", anotó con regocijo Ciano en su diario, habiéndola compilado específicamente para que Alemania no pudiera satisfacerla.[8] Incluía siete millones de toneladas de petróleo, seis millones de toneladas de carbón, dos millones de toneladas de acero, un millón de toneladas de madera, inmensas cantidades de otros metales, minerales y hule, y no menos de ciento cincuenta baterías antiaéreas totalmente equipadas, para proteger los centros industriales de Italia. El embajador Attolico había querido empeorar las cosas añadiendo, por iniciativa propia, la exigencia de que todo se entregara antes de que comenzaran las operaciones.

Se trataba, evidentemente, de una triquiñuela, pero Hitler no se inmutó. Empezó a dictar de inmediato la respuesta, en la que aceptaba todas las demandas italianas y, para mayor horror de Göring, no sólo las baterías antiaéreas solicitadas por Mussolini, sino además ciento cincuenta batallones completos, más tres veces ese número en armas. Cuando Göring protestó diciendo que tal cosa era imposible, Hitler contestó resueltamente: "No voy a cumplirlo; sólo quiero privar a Italia de excusas para librarse de sus obligaciones".

Se serenó pronto, sin embargo, cuando Milch sugirió que Alemania estaría mejor sin los italianos, en tanto hicieran suficiente ruido bélico para mantener ocupados a británicos y franceses. Su "benévola neutralidad" impediría al enemigo acceder al Reich por Italia, y permitiría a Alemania mantener para sí sus preciosos materiales y provisiones, e incluso disponer de los de Italia en caso necesario. A Hitler le agradó esta idea —se dice que se palmeó las piernas de nuevo—, canceló su enojada respuesta y escribió una "comprensiva" carta a Mussolini, quien aceptó, agradecido, esa salida con extravagantes promesas del número de divisiones que estacionaría en sus fronteras.

Al día siguiente, Hitler pidió otro favor al Duce. “En esta dífícil contienda”, escribió, “la mejor forma en que usted y su pueblo pueden ayudarme es enviándome trabajadores italianos, con fines tanto industriales como agrícolas [...] Encomendando, en especial, esta solicitud a su generosidad, agradezco todos los esfuerzos que ha realizado por nuestra causa común.”[9] Es casi indudable que Göring haya inspirado esta petición, pues se refería a uno de sus más apremiantes problemas: el de hallar remplazos para los trabajadores de fábricas y granjas que habían sido llamados a filas. En general, difícilmente las cosas habrían podido resultar mejor.

Dahlerus regresó de Londres esa noche, y se le condujo hasta Göring, quien se hallaba en su tren especial en camino de Carinhall a su cuartel operativo secreto, con nombre en clave “kurfürst” (elector), en Wildpark, a las afueras de Potsdam, cerca del parque y palacio Sans-Souci de Federico el Grande. Mientras el tren reanudaba su marcha, Dahlerus le tendió la carta de Halifax. Tras arrebatársela, Göring la abrió con dedos violentos y temblorosos, e intentó leerla. Pero su inglés no era lo bastante bueno para eso, así que se la devolvió a Dahlerus, a quien le pidió traducirla con todo detenimiento, para destacar cada matiz de significado. La carta era absolutamente anodina, llena, para Halifax, de lugares comunes; pero cuando Dahlerus terminó de leerla, Göring tocó la campana para hacer llamar a su asistente, el teniente coronel Konrad, a quien le ordenó: “Pare el tren en la siguiente estación. Disponga que un auto me espere ahí”. Volviéndose a Dahlerus, añadió: “Vamos a regresar a Berlín. El Führer debe conocer esta carta”.

Era medianoche cuando llegaron, y Hitler, por una vez, se había acostado temprano, exhausto de sus negociaciones con Mussolini, para no hablar de los demás sucesos de ese turbulento día. Göring mandó a Dahlerus a su hotel, el Esplanade, a la espera de que se le llamara, mientras él penetraba en la oscura cancillería y hacía despertar a Hitler. Cuando Dahlerus fue recogido unos quince minutos después y conducido hasta el estudio de Hitler, halló a Göring, radiante de satisfacción, junto al Führer, quien había adoptado una de sus poses favoritas en el centro de la sala, separadas las piernas, los brazos a la espalda, el ceño fruncido.

La entrevista que siguió a continuación es una de las más extrañas jamás registradas con un jefe de Estado. Pese a la supuesta importancia de la carta de Halifax, Hitler no hizo ninguna referencia a ella. Comenzó con su acostumbrada conferencia sobre la historia del partido y sus medidas, para pasar después, cada vez más exaltado, a una diatriba contra Gran Bretaña. Cuando Dahlerus consiguió decir algo —que había vivido y trabajado en Gran Bretaña y no podía estar de acuerdo con la mala opinión de Hitler sobre los británicos—, el Führer lo interrogó ansiosamente durante media hora acerca de sus experiencias, pidiendo cada vez más información y rehusándose a escuchar cualquier otra cosa.

Finalmente, aunque con obvia renuencia, Hitler se refirió a la situación imperante, y de inmediato montó en cólera. Zapateando por la sala con extraños y agitados movimientos, vidriosos los ojos, soltó invectivas contra sus enemigos, y alardes de la fuerza alemana. Dahlerus comentó entonces, hablando con lentitud y serenidad, "para no irritarlo innecesariamente, ya que su equilibrio mental era patentemente inestable", que los enemigos de Alemania también habían reforzado sus ejércitos. Esto produjo en Hitler otro arranque de exaltación, en el curso del cual declaró que Alemania era irresistible y podía vencer a sus adversarios con una guerra rápida. De pronto se detuvo, fijó la mirada en el espacio y empezó a hablar como en trance: "Si hubiera guerra, construiré submarinos, construiré submarinos, construiré submarinos, construiré submarinos, submarinos, submarinos...". Era como un disco rayado, su voz cada vez menos clara conforme se extinguía. Luego, un súbito espasmo sacudió su cuerpo. Hitler alzó los brazos y comenzó a gritar, como si hablara ante una multitud, aunque en forma entrecortada e incoherente: "¡Construiré aviones, construiré aviones, aviones...! ¡Y destruiré a mis enemigos! ¡La guerra no me asusta! ¡Ahora es imposible cercar a Alemania! Mi pueblo me admira, y me sigue fielmente. Si al pueblo alemán le aguardan privaciones, es mejor que ocurran de una vez; yo seré el primero en padecer hambre y dar buen ejemplo a mi pueblo. ¡Mis sufrimientos lo incitarán a hacer esfuerzos sobrehumanos!".

Aquel espectáculo horrorizó a Dahlerus. Al voltear a ver las reacciones de Göring, le horrorizó igualmente darse cuenta de que éste no parecía perturbado en absoluto. Y entonces, tan repentinamente como había empezado, el trance se evaporó. Hitler reanudó su marcha de un lado a otro de la sala, como si hubiera recobrado el conocimiento. Volviéndose hacia

Dahlerus, le dijo tranquila y gravemente: “Herr Dahlerus, usted que conoce tan bien a Inglaterra, ¿podría darme una razón de mi eterno fracaso para llegar a un acuerdo con ella?”.

Dahlerus titubeó, para después responder honestamente que, en su opinión, el problema era la poca confianza en él y su gobierno. Al oir esto, Hitler se golpeó el pecho con la mano. “¡Idiotas!”, exclamó. “¿Alguna vez en mi vida he dicho una mentira?”. Tras recomponerse, dijo a Dahlerus: “Ya conoce usted mi versión. Parta de inmediato a Inglaterra a exponerla al gobierno británico. Dudo que Henderson me haya comprendido, y realmente quisiera llegar a un entendimiento”.[10]

Hitler detalló entonces una lista de seis puntos, que no permitió a Dahlerus escribir, sino que éste tuvo que memorizar, para que los llevara a Londres. Confirmaban que el Führer deseaba un pacto o alianza con Gran Bretaña; y que, a cambio de la ayuda británica para obtener Danzig y el Corredor, además de las antiguas colonias alemanas, él garantizaría las nuevas fronteras polacas y comprometería a Alemania en la defensa del imperio británico. Cuando el sueco pidió detalles específicos sobre el territorio del Corredor que Alemania quería para sí, Göring solicitó un atlas, marcó con rojo el mapa correspondiente, arrancó la página y se la dio a aquél para que la guardara en su bolsillo. Eran casi las cinco y media de la mañana cuando Dahlerus salió de la cancillería con destino a Londres. Mientras iba en camino, Hitler instruyó al Abwehr y el SD prepararse para ejecutar sus ataques de “provocación” el 31 de agosto. Había reprogramado provisionalmente la invasión para el primero de septiembre.

Dahlerus estaba de vuelta en Berlín, reportándose con Göring en su villa de la Leipziger Strasse, a las once de la noche del lunes 28 de agosto, con la noticia de que, aunque mantendrían su compromiso con Polonia, los británicos estaban dispuestos a dialogar sobre un posible pacto, como lo sugería Hitler. También estaban dispuestos a instruir a los polacos para que iniciaran negociaciones directas con Alemania, justo lo que Hitler perseguía. Su plan era crear una situación en la que Alemania pareciera razonable y los polacos obstruccionistas, a fin de que pudiera culparlos del rompimiento definitivo y, así lo esperaba, convencer a Gran Bretaña de abandonarlos. Los siguientes cuatro días en el frente diplomático se dedicarían por completo a eso, mientras la movilización de las Wehrmacht

avanzaba a todo galope. Una ventaja del aplazamiento de la Operación Blanca fue que permitió que la concentración de fuerzas continuara casi una semana más, momento para el cual las veintisiete divisiones en posición cerca de las fronteras habían aumentado a sesenta, y el número total de efectivos desplazados a dos millones.

Henderson voló a Berlín el 28 de agosto, y a las diez y media de la noche entregó a Hitler la respuesta oficial británica a su “oferta”. Como se trataba de una ocasión formal, Ribbentrop volvió al lado de Hitler, mientras Paul Schmidt se mantenía a la expectativa como intérprete. Hitler recibió a Henderson serena y cortésmente, en una “atmósfera amigable”, y no se enojó por lo que leyó, lo cual no es de sorprender, ya que Dahlerus, por instrucciones de Göring, había pasado la mitad de la noche anterior en la embajada británica ayudando a redactar ese texto a nombre del Ministerio británico del Exterior. El documento añadía poco a lo que Dahlerus había dicho, pero confirmaba que el coronel Beck había aceptado iniciar negociaciones con Alemania. Prometiendo dar su respuesta oficial por escrito al día siguiente, Hitler tendió la nota a Ribbentrop, diciéndole —sin duda con maliciosa diversión— que la discutiera con Göring.

Cuando Henderson se fue, Hitler y Ribbentrop se sumaron a Göring, Himmler, Hess, Bodenschatz y Weizsäcker en el invernadero. El Führer estaba de buen humor, pues bromeaba y exhibía su dotes de imitador remedando el alemán con acento inglés de Henderson, mientras contaba lo dicho en la reunión. Incluso recibió de buena gana la idea británica de una garantía internacional de las fronteras de Polonia: “Me agrada. En adelante, todo lo haré internacionalmente. Intervendrán tropas internacionales, ¡rusas entre ellas! Los polacos no lo aceptarán nunca”.

El registro por Himmler de la conversación de esa noche puede encontrarse en un raro fragmento sobreviviente de sus diarios:

Tenemos que dirigir a los británicos (o a los polacos) un documento que sea poco menos que una obra maestra de la diplomacia. Hitler quiere dedicar esta noche a pensar en eso, porque siempre saca el mayor provecho de sus mejores ideas en la madrugada, entre las cinco y seis de la mañana.

Al oir esto, Göring inquirió: “Dios mío, ¿no duerme usted nada, ni siquiera ahora? ¿O tiene insomnio otra vez?”. El Führer contestó que suele dormitar de tres a cuatro de la mañana, y que de repente despierta para hallar los problemas expuestos con prístina claridad ante sus ojos. Entonces se

levanta de un salto y garabatea a lápiz algunas palabras clave. Ni siquiera él mismo sabe cómo sucede esto; sólo sabe que, en la madrugada, todo lo que podría confundir o distraer desaparece.[11]

"Esta noche", prometió Hitler, "voy a tramar algo diabólico para los polacos, algo que se les va a atorar." Göring le advirtió ser cauto: "Deberíamos dejar de jugar *va banque*".* Pero Hitler no andaba para bromas. "He jugado *va banque* toda mi vida", replicó.[12]

Cuando Henderson retornó a la cancillería, a las siete y cuarto de la noche del 29 de agosto, para recibir la respuesta por escrito, Hitler se hizo otra vez el "duro". En un simulado arranque de rabia, acusó a los polacos de "bárbaro maltrato de la minoría alemana": la prensa del mediodía había informado del presunto asesinato de seis alemanes en Polonia, junto con una movilización general polaca. Conforme Hitler proseguía, pronto quedó claro que había tenido su momento de inspiración en la madrugada. Aunque, dijo a Henderson, aceptaba las propuestas británicas, y estaba de acuerdo en iniciar negociaciones directas, tenía dos nuevas condiciones: la Unión Soviética debía participar en cualquier garantía territorial, y un emisario polaco, dotado "de plenos poderes", tenía que presentarse en Berlín en un plazo de veinticuatro horas. Henderson dijo que esto parecía un ultimátum, y perdió los estribos cuando Hitler lo acusó de indiferencia por el número de alemanes que pudieran seguir siendo masacrados en Polonia. La entrevista derivó en duelo de gritos, y finalizó con lo que Henderson describió como "una arenga" de Hitler sobre su genuino deseo de amistad con Gran Bretaña. Pero, añadió el Führer, no pensaba sacrificar a eso "intereses alemanes vitales". Cuando Henderson le preguntó qué entendía por "intereses alemanes vitales", aquél dijo que su gobierno haría una lista de aceptables propuestas de solución al problema, que mostraría al gobierno británico antes del arribo del negociador polaco.

Henderson salió de la cancillería "lleno de lúgubres presentimientos". Al protestar de nuevo por el límite de veinticuatro horas para la llegada del plenipotenciario polaco, Hitler le había dicho que su Estado Mayor le estaba exigiendo tomar una decisión:

Su ejército y fuerza aérea estaban listos para atacar, y lo habían estado desde el 25 de agosto. Decían que ya se había perdido una semana, y que no podían permitirse perder otra, para no añadir a sus

enemigos la temporada de lluvias en Polonia. Cuando, de regreso a mi auto, pasé por la antesala, la encontré llena de oficiales, Keitel y Brauchitsch entre ellos. Verlos ahí no contribuyó a disipar mis aprensiones.[13]

Nervioso por la súbita muestra de temple de Henderson, Hitler temió que no presentara con suficiente simpatía los argumentos alemanes al gobierno británico, y pidió a Göring que despachara de nuevo a Londres al pobre de Dahlerus. Göring marcó una copia de las propuestas más recientes de Hitler, subrayando con gruesos trazos los puntos importantes, e hizo hincapié en la urgencia de la misión de Dahlerus: "Dado que sesenta divisiones —alrededor de un millón de hombres—, sin contar las divisiones soviéticas, hacen frente a Polonia, cualquier cosa puede suceder. Los polacos están furiosos [...]". Una vez más, arrancó una página de un atlas para señalar los territorios que Alemania deseaba y despachó a Dahlerus, no sin antes agradecerle todo lo que había hecho, en caso de que no volvieran a verse, y advertirle que "ciertas personas", es decir Ribbentrop, estaban resueltas a impedirle "salir vivo de esto".

Hitler pasó la mayor parte del 30 de agosto trabajando en las propuestas alemanas de solución aceptable prometidas a Henderson. Por instrucciones suyas, el Ministerio del Exterior hizo una lista con dieciséis encabezados, aparentemente para mostrarla al negociador polaco, si se presentaba. Pero lo cierto era que, pese a la presión británica, los polacos no tenían la menor intención de que se les atrapara como a Hácha y los checos, y los alemanes lo sabían, gracias a las intercepciones, por la FA de Göring, de conversaciones y cables entre Varsovia y la embajada en Berlín. Así, Hitler pudo hacer con toda confianza una lista de muy razonables, por no decir generosas, propuestas, seguro de que el mundo condenaría a los polacos por negarse a considerarlas. Al mismo tiempo, dio instrucciones a Albert Forster el Gauleiter de Danzig, unilateralmente declarado jefe de Estado de la ciudad libre, una semana antes de lo que debía hacer cuando comenzara la invasión.

Ese día, Hitler fortaleció la posición de Göring con un nombramiento más, como presidente del Consejo de Ministros para la Defensa del Reich, con amplios poderes para promulgar decretos. En realidad lo ponía así, a cargo de la conducción del país, para que él mismo pudiera concentrarse en la de la guerra. A diferencia del antiguo Consejo de Defensa del Reich, éste

era un órgano compacto. Sus demás miembros eran Hess, como subjefe del partido; Frick, como plenipotenciario de la administración del Reich; Funk, plenipotenciario de economía; Lammers, jefe de la cancillería del Reich, y Keitel, jefe del OKM. Parecía un gabinete de guerra, pero en los hechos nunca pudo operar como tal sin Hitler, y pocos meses después se desintegró.

Henderson llegó al Ministerio del Exterior a medianoche, el plazo para el arribo de un negociador polaco, con objeto de recoger los prometidos dieciséis puntos de Hitler y entregar otra nota británica que llamaba a ambas partes a detener todo movimiento de tropas a fin de allanar el camino para negociaciones reales. Hitler no podía ser molestado para recibirlo, de modo que correspondería a Ribbentrop tratar con él, lo que éste hizo sin la menor vacilación. Paul Schmidt, la única persona presente además de ellos, describió esa reunión como la más tormentosa que experimentó jamás en sus veintitrés años como intérprete. “Ribbentrop”, dijo, “llegó directo de la cancillería, y era obvio que se encontraba en un estado de casi temblorosa agitación [...] con un rostro pálido, tensos labios y ojos brillantes.” Su primera pregunta, tras saludar a Henderson “con expresión glacial y rígida formalidad”, fue: “¿Dónde está el polaco que se supone que su gobierno iba a traer?”.

Cuando Henderson inquirió por qué las propuestas alemanas no podían entregarse al embajador polaco en forma normal, Ribbentrop perdió el control y empezó a gritar. Henderson intentó mantener su calma habitual, pero pronto se había puesto de pie también, respondiendo a gritos y defendiéndose lo mejor que podía. Reprendió a Ribbentrop como a un travieso escolar por emplear un lenguaje grosero, pero esto sólo empeoró las cosas. Schmidt permaneció agachado mientras trazaba furiosos garabatos en su cuaderno, temiendo que ambos personajes llegaran a los golpes. “Lo peor que podría pasar en este momento”, pensó, “es que el ministro del Exterior del Reich echara a patadas al embajador de su majestad británica.”

Por fortuna, la tormenta pasó y, como dijo Schmidt, “no llegó a las manos”. Pero cuando Henderson pidió las propuestas de Hitler, Ribbentrop se las leyó en alemán, farfullando a toda prisa para que el embajador no pudiera entenderlas, y luego se negó a seguir la práctica usual de

proporcionarle una copia; de hecho, Hitler se lo había prohibido explícitamente, para asegurarse de que sus propuestas no llegaran a manos de los polacos, quienes podían echar todo a perder aceptándolas. Henderson, creyendo haber oído mal, solicitó de nuevo el documento, y Ribbentrop volvió a negárselo, arrojándolo bajo la mesa y diciendo que ya era obsoleto de todas maneras, pues el enviado polaco no había aparecido. En silencio, Schmidt deseó que Henderson le pidiera traducir, lo que habría hecho con lentitud suficiente para que él pudiera tomar notas, pero parecía demasiado conmocionado para decir algo.

"No había nada que yo pudiera hacer", escribiría Schmidt, "más allá de trazar una gruesa cruz roja en mi cuaderno, justo donde había anotado la negativa de Ribbentrop, como señal de que en ese momento se había echado la suerte de la guerra."[14]

Sorprendentemente, Henderson seguía dispuesto a tratar de evitar la catástrofe, lo mismo que Göring, al parecer. Dahlerus había regresado de Londres y estaba con él en su tren. Desesperado por saber cómo habían reaccionado los británicos a los dieciséis puntos de Hitler, Göring le pidió que llamara a la embajada. Cuando el primer secretario, sir George Ogilvy-Forbes, le refirió la desastrosa reunión, ambos hombres se aterraron. Göring tenía una copia de los dieciséis puntos, e hizo que Dahlerus los dictara por teléfono a la embajada. Henderson llamó a Lipski, le dio los detalles y le rogó concertar una inmediata reunión entre los dos mariscales de campo, Göring y Smigly-Rydz, añadiendo que no cabía esperar que las negociaciones fructificaran si Ribbentrop intervenía. Lipski afirmó que transmitiría la sugerencia a Varsovia, pero "no esta noche". Era demasiado tarde, dijo. Y se fue a acostar.

Era, en efecto, demasiado tarde. La desesperada actividad diplomática del 31 de agosto; todas las apresuradas reuniones y llamadas telefónicas y cables en una y otra dirección, no hicieron la menor diferencia. A las seis y media de la mañana, Hitler dio la orden de atacar a partir del día siguiente, primero de septiembre, a las 4:45 de la mañana; Göring lo había convencido de retrasar un poco la hora originalmente planeada, las cuatro y media, para que sus aviones dispusieran de más luz para despegar y atacar. A las 12:40 de la tarde, el Führer firmó su directiva número 1 de conducción de la guerra, que empezaba así: "Habiéndose agotado toda *posibilidad política* de

poner fin por medios pacíficos a la intolerable situación de la frontera oriental de Alemania, me he decidido por una *solución de fuerza* [...] En el oeste, es importante que la responsabilidad del inicio de las hostilidades recaiga por completo en Gran Bretaña y Francia".[15]

Aun así, Göring seguía trabajando con los británicos. Para estar completamente seguro de que tuvieran en su poder los dieciséis puntos, había enviado a Dahlerus a la embajada a las diez de la mañana con una copia mecanografiada. Poco después, invitó a Henderson y a Ogilvy-Forbes a tomar el té esa tarde, en lo que resultaron ser dos horas de totalmente absurda charla sobre "las iniquidades de los polacos y el deseo de Göring de amistad con Inglaterra". El embajador auguró "lo peor, a partir del hecho de que en ese momento él pudiera dedicarme tanto tiempo". Dedujo, correctamente, que tal cosa significaba que "todo, hasta el último detalle, estaba listo para la acción", y que Göring no podía hacer nada, salvo "un desesperado esfuerzo por apartar a Gran Bretaña de los polacos".

Para demostrar la mala fe de los polacos en esa hora crítica, Göring enseñó a Henderson la copia de un mensaje interceptado de Varsovia a Lipski, en el que Beck instruía al embajador ganar tiempo y "no iniciar, bajo ninguna circunstancia, conversaciones concretas". ¿Gran Bretaña seguía dispuesta a ir a la guerra por ese pueblo? Göring le dijo que lamentaría mucho bombardear Gran Bretaña. En esto, al menos, Henderson pudo estar de acuerdo con él. "¿Y si una bomba me alcanzara por accidente?", preguntó el embajador. "Entonces mandaré un avión especial que arroje una corona en su funeral", contestó Göring, con toda sinceridad.

Henderson le pidió hacer todo lo posible por impedir que se hiciera público el texto de los dieciséis puntos, puesto que, en su opinión, eso "probablemente arruinaría la última perspectiva de paz". Pero Göring repuso que no podía hacer nada; el gobierno alemán —es decir, presumiblemente, Hitler— "se sentía obligado a propagar sus propuestas en el mundo entero para demostrar su 'buena fe'".[16]

Eso fue exactamente lo que hizo Goebbels a las nueve de la noche. En toda Alemania se interrumpieron los programas de radio para que un locutor leyera el texto de las propuestas de Hitler, a fin de demostrar al pueblo alemán y al resto del mundo lo razonables que eran, y lo poco comprensivos que eran los polacos al rechazarlas. Naturalmente, en tal declaración no se mencionó que esas propuestas jamás fueron transmitidas

a Polonia, ni que se había fijado un límite de tiempo imposible de cumplir para el envío de un representante de esa nación.

Una hora antes, Alfred Naujocks y sus disfrazados agentes de la SS habían efectuado su ataque contra la estación de radio en Gleiwitz, hecho unos cuantos disparos, transmitido una incendiaria proclama en polaco y dejado muertas a las víctimas de campos de concentración como muda evidencia. Estas últimas habían sido trasladadas en camiones, vivas pero inconscientes a causa de poderosas inyecciones de sustancias químicas, y baleadas en el lugar para derramar la cantidad de sangre indicada. Poco después se llevaron a cabo, cerca de Kreuzburg y Hochlinden, los demás incidentes fronterizos planeados por Heydrich.

Al amanecer del primero de septiembre, sesenta divisiones alemanas empezaron a atravesar la frontera polaca; los enormes cañones del viejo acorazado *Schleswig-Holstein* abrieron fuego contra la guarnición polaca en el puerto de Danzig, y los Stukas de Göring se precipitaron aullando sobre sus objetivos, con fantasmales lamentos como anuncio de la explosión de sus bombas mientras, destruían bases aéreas y aviones polacos en tierra. Había comenzado la guerra.

Poco antes de las diez de una mañana nublada y opresiva, Hitler recorrió calles casi desiertas hasta el Teatro de la Ópera Kroll, para hablar ante el Reichstag. Nadie le aplaudió al pasar. Las pocas personas en las calles se vieron sin más frente al ominoso espectáculo de cinco pesadas armas antiaéreas instaladas durante la noche a lo largo del Eje Este-Oeste en el corazón de la ciudad, como refuerzo de las armas ligeras de ochenta y ocho milímetros que habían sido colocadas en el techo de edificios como el Adlon Hotel. Göring se había jactado muchas veces de que ningún bombardero británico llegaría jamás a Berlín; y de que si alguno lo hacía, “¡podrán llamarme Meier!”.* Pero prefirió no arriesgarse.

En vez de su usual casaca parda y su brazalete con la svástica, Hitler vestía un guerrera gris nueva, con una pequeña águila de la SS en lo alto de la manga izquierda, que sus asistentes de esa organización habían mandado confeccionar para él, sin su conocimiento. Unos cien diputados habían sido llamados a filas, pero Göring, quien, como de costumbre, presidió la sesión, se había asegurado de que no hubiera asientos vacíos haciendo reclutar a dirigentes del partido. Ribbentrop, favorecido de nuevo, luego de triunfar

sobre Göring bloqueando todos sus esfuerzos por impedir la guerra, se sentó en el preciado sitio a la derecha de Hitler, y Hess a su izquierda. El discurso del Führer no fue uno de sus mejores intervenciones; a Shirer, quien lo escuchó en un estudio de radio mientras lo retransmitía en vivo a Estados Unidos para la CBS, le pareció que Hilter estaba titubeante e inseguro y, extrañamente, a la defensiva, como "aturdido por el aprieto en que se había metido, y algo desesperado por eso".[17] El Führer describió la agresión contra Polonia como un contrataque, culpó de todo a ese país y salió con el descabellado fárrago usual de mentiras, autojustificaciones y fanfarronadas.

No fue hasta cerca del final que dijo la verdad: "No pido a ningún alemán más de lo que yo mismo estuve dispuesto a hacer durante cuatro años [...] A partir de este momento, mi vida entera pertenecerá, más que nunca, a mi pueblo. Nada deseo más en este instante que ser el primer soldado del Reich alemán. He vuelto a ponerme este uniforme, tan sagrado y querido para mí. No me lo quitaré hasta que la victoria sea nuestra, o bien no viviré para presenciar el final". En tal eventualidad, nombró a Göring su sucesor.

No hubo declaración de guerra inmediata de Gran Bretaña ni Francia; debido, sobre todo, a la confusión en torno a los hechos. Göring había enviado a Henderson un mensaje a las seis de la mañana para informarle que los polacos habían iniciado la guerra al hacer volar el puente sobre el Vístula en Dirchau; la operación aérea y de paracaidistas para impedir esto había sido frustrada por la niebla de la madrugada. Añadió que Hitler había dado órdenes de que las fuerzas polacas fueran repelidas en la frontera, y destruida su fuerza aérea de vanguardia, tras enterarse de eso, así como del ataque contra la estación de radio en Gleiwitz. Durante el día, sin embargo, Chamberlain y Halifax se rehusaron categóricamente a toda propuesta de diálogo —realizadas, en buena medida, a través del incansable Dahlerus— mientras tropas alemanas permanecieran en territorio polaco. Al mismo tiempo, y en forma igualmente categórica, Hitler rechazó todos los ofrecimientos de mediación de Mussolini; el líder italiano intentó convencerlo de interrumpir provisionalmente los combates para celebrar de inmediato una conferencia entre las cinco potencias involucradas, pero Hitler no andaba de ánimo para eso.

Para la noche, la verdad comenzaba a hacerse clara, y Henderson y Coulondre recibieron la instrucción de entregar notas que advertían que, a menos que los alemanes suspendieran toda agresión y dieran seguridades satisfactorias de que retirarían sus fuerzas de territorio polaco, Gran Bretaña y Francia cumplirían sus obligaciones con Polonia. Ribbentrop, con cara de pocos amigos, recibió a cada embajador sin otro comentario que el de que Polonia era la agresora y que haría llegar sus notas al Führer. Ninguna de ellas especificaba un plazo, y por lo tanto no eran un ultimátum propiamente dicho. Aferrándose a eso como confirmación de su ciega creencia de que Gran Bretaña no combatiría, Ribbentrop invitó a sir Horace Wilson a Berlín para sostener conversaciones. La respuesta lo estremeció: Wilson dijo a Hesse, quien lo buscó a nombre de Ribbentrop, que no habría conversaciones hasta que Alemania se retirara de Polonia. Agregó que la demora de Chamberlain para declarar la guerra "había provocado la más violenta indignación en la Cámara de los Comunes y el gabinete", y que Alemania podía esperar un ultimátum al día siguiente.[18]

Cuando llegó el informe de Hesse con esa respuesta, Ribbentrop estaba en la cancillería con Hitler y Göring, los dos de los cuales leyeron el telegrama. Hitler hizo un colérico reproche a Ribbentrop, a quien preguntó: "¿Qué es esto?", y Göring no pudo resistir le tentación de restregárselo en las narices. Ribbentrop apretó los dientes y contestó, con actitud desafiante: "Aún creo estar en lo cierto, mi Führer".[19] Pero cuando, después de medianoche, la embajada británica llamó al Ministerio del Exterior para hacer una cita a fin de que Henderson presentara una nota a las nueve de la mañana siguiente, Ribbentrop decidió que no podría hacer frente al embajador, y ordenó a Schmidt recibirlo en su lugar. A la mañana siguiente, Göring ofreció una vez más volar a Londres, e incluso ordenó que se preparara un avión. Pero se le rechazó con la ya conocida respuesta: ninguna conversación sin el previo retiro. Finalmente, el tiempo se había agotado.

Como cabía esperar, la nota británica era un ultimátum, el cual establecía que "si para las once horas en punto, horario británico de verano, el gobierno de su majestad no ha recibido seguridades satisfactorias del cese de toda agresión contra Polonia, y del retiro de tropas alemanas de ese país, a partir de tal momento existirá un estado de guerra entre Gran Bretaña y Alemania". Henderson, caballero hasta el final, dijo a Schmidt que

lamentaba tener que entregar ese documento a él, en particular, “siempre más que dispuesto a ayudar”.

Schmidt marchó a toda prisa a la cancillería, en cuya antesala se apiñaba la mayor parte de los ministros y dirigentes de alto rango del partido. Se abrió paso a empujones hasta el estudio. Hitler estaba sentado frente a su escritorio, y Ribbentrop de pie junto a la ventana. Ambos voltearon expectantes, y lo escucharon traducir lentamente el ultimátum. Cuando Schmidt terminó, se hizo un gran silencio. Hitler permaneció inmóvil, mirando al frente. Por fin, luego de lo que a Schmidt le pareció un siglo, se volvió hacia Ribbentrop, quien seguía junto a la ventana. “¿Y ahora qué?”, le preguntó, con una mirada feroz, “como dando a entender que su ministro del Exterior lo había engañado sobre la probable reacción de Inglaterra”.

Ribbentrop respondió tranquilamente: “Supongo que los franceses entregarán un ultimátum similar en menos de una hora”.

Habiendo cumplido su deber, Schmidt salió del recinto con cierto alivio, caminando hacia atrás. En la antesala dio la noticia a las numerosas personas presentes. También esta vez fue recibida con absoluto silencio. “En todos los rincones del aposento”, recordaría Schmidt, “vi miradas de grave preocupación, aun entre los líderes de más bajo rango del partido.” Vio a Goebbels de pie en una esquina, “ensimismado y abatido, con la apariencia del proverbial perro apaleado”.

Al fin, Göring rompió el silencio: “Si perdemos esta guerra”, dijo, “que Dios tenga piedad de nosotros.”[20]

---

*Expresión francesa que significa “¡Va el banco!”, con la que, en juegos de azar, la persona que va ganando la partida, y quien por lo tanto se halla a cargo del “banco”, se apodera del contenido de éste. (*N. del T.*)

*Alusión a Meier Helmbrecht, protagonista del poema épico medieval alemán del mismo nombre (c. 1250), símbolo de la rapacidad y violencia en que derivó la caballería. (*N. del T.*)

Parte Cinco

GUERRA: ALEMANIA TRIUNFANTE

BLITZKRIEG

El tren especial de Hitler, el *Amerika*, salió de la Stettiner Station de Berlín a las nueve de la noche del domingo 3 de septiembre, en dirección al este. Terminado apenas unos días antes, constaba de una locomotora de vapor (más tarde se añadiría una segunda, para que operaran en conjunto) que tiraba de quince vagones blindados, protegidos adelante y atrás por hileras de armas antiaéreas de repetición de dos centímetros, montadas en vagones abiertos a cargo de una cuadrilla de veintiséis miembros. El pullman de Hitler, el número 10206, iba al frente, inmediatamente detrás del primer vagón con fuego antiaéreo y un vagón con equipaje y un generador de energía. Contenía su dormitorio, baño y sala, así como alojamientos para su jefe de ayudantes de las Wehrmacht, el coronel Rudolf Schmundt; su jefe de ayudantes personales, Wilhelm Brückner, y su valet. Le seguían, en este orden, un vagón de juntas con un centro de comunicaciones con varios teletipos, otro que albergaba a los veintidós agentes de la SS y el SD de su escolta, un vagón comedor, dos coches cama para el resto de su séquito personal más invitados, un vagón baño, un vagón comedor para el personal, dos vagones para secretarios, asistentes, cocineros y encargados de señales; un vagón para el jefe de prensa Otto Dietrich, con un radiotransmisor de onda corta de setecientos vatios, y, por último, otro vagón con equipaje y generador antes del vagón antiaéreo trasero. El pullman de Hitler, el vagón comedor principal y los coches cama podían conectarse a la red telefónica y postal durante las paradas.[1]

El *Amerika* fue el primero de una larga serie de cuarteles del Führer que Hitler ocuparía durante la mayor parte de la segunda guerra mundial, prefiriendo el apretado e inconveniente hospedaje de carros de ferrocarril y húmedos búnkeres de concreto al lujo de su nueva cancillería. Si querían permanecer cerca de él —y a la mayoría de ellos les aterraba alejarse de su lado—, sus lugartenientes tendrían que hacer lo mismo. Poco después de

que el *Amerika* salió de Berlín, fue seguido por otros dos trenes: el *Atlas*, en uso por el Estado Mayor del OKW, y el *Heinrich*, que alojaba a civiles tan notables como Himmler —de ahí el nombre en clave del tren—, el funcionario en jefe de la cancillería Lammers y Ribbentrop. El *Heinrich* constaba en esos días de una increíble colección de vagones, compuesta (según Paul Schmidt, quien acompañó a Ribbentrop) por "casi toda la variedad de modelos que habían rodado alguna vez por las vías alemanas", desde antiguos carros pintados hasta el recién fabricado y aerodinámico coche salón de Ribbentrop. Sus pasajeros, incómodamente apretujados, eran tan incompatibles entre sí como el material rodante. Schmidt comentó irónicamente esta circunstancia en sus memorias:

> De haber persistido esta disposición, las condiciones habrían sido imposibles, debido a la continua fricción entre Himmler, Ribbentrop y Lammers. Si en años posteriores estos tres personajes hubieran tenido que viajar juntos, el tren sin duda habría explotado, a causa de las tensiones internas, pero para entonces las encontradas opiniones de sus ocupantes sobre las rutas políticas y geográficas a seguir ya lo habían hecho pedazos. En ese temprano periodo, sin embargo, todos ellos seguían más o menos la misma dirección, e incluso solían visitar en las noches el coche salón de los otros.

El personal de Ribbentrop se hospedaba en un coche cama Mitropa y trabajaba en uno de los vetustos vagones comedor de madera, cuyos acumuladores estaban tan debilitados por la antigüedad que, cuando el tren se detenía, se iba la luz, y el personal tenía que recurrir a velas engastadas en botellas vacías. El ministro del Exterior se sentaba en su coche salón a dirigir las operaciones. "Esto", dijo Schmidt, "adoptaba, principalmente, la forma de largas conversaciones telefónicas con el Ministerio del Exterior en Berlín, en el curso de las cuales él se agitaba en extremo. Sus gritos resonaban más allá del solitario apartadero en el que usualmente parábamos [...] Una retahíla de 'cobardes', 'holgazanes', 'zopencos' y 'gente que no parece saber que hay una guerra' salía entonces del vagón del ministro."[2]

Goebbels y Göring permanecieron sensatamente en Berlín para continuar sus labores. Göring supervisaba las operaciones de la Luftwaffe a través del Ministerio de Aviación y, deleitándose en su papel de seudoprimer ministro, convocaba a reuniones casi diarias del Consejo de Defensa, restaurando una apariencia de gobierno ministerial del Reich. Había vuelto a ser el mismo de siempre, vital, vigoroso y —según Darré,

uno de los varios ministros regularmente invitados a las sesiones del Consejo— “un soldado de pies a cabeza”. “¡Qué tipo!”, señaló Darré después de una sesión. “Hess envía a su títere, como de costumbre; es una nulidad, no está a la altura de Göring. Así, la menguante reunión se congela gradualmente.”[3] De algún modo, Göring también hallaba tiempo para visitar, y levantar la moral de campos de aviación y fábricas de municiones, donde decía a los trabajadores que Alemania seguía dispuesta a hacer “una paz sincera” con las potencias occidentales; pero que si aviones británicos o franceses intentaban bombardearla, sufrirían terribles represalias. Un día antes, emitiendo aún prometedoras señales de paz, había telefoneado a Dahlerus a Estocolmo y le había dicho que él no daría el primer paso contra Gran Bretaña.

Goebbels, quien había compartido las opiniones antibélicas de Göring, se refugió en cambio en el autoengaño, convenciéndose, contra toda evidencia, de que todo lo que Hitler hacía debía ser correcto, y de que, llegado el momento, Gran Bretaña y Francia no combatirían. Para impedir a estas naciones persuadir de lo contrario al pueblo alemán, o sembrar dudas contradiciendo la versión alemana de lo que ocurría, uno de sus primeros actos fue elaborar un decreto que prohibía a personas no autorizadas escuchar emisiones radiales extranjeras o difundir noticias tomadas de ellas. La sanción era cárcel en un campo de concentración, o incluso, “en casos particularmente graves”, la muerte. En forma por demás oportuna, Goebbels ya tenía en su sitio el mecanismo para imponer la nueva ley: la red existente de “monitores radiales”, formada para asegurar que el pueblo escuchara diligentemente los programas del partido.

Las Wehrmacht habían entrado en batalla acompañadas por primera vez en la historia de unidades de propaganda integradas, para que una “guerra de palabras” se librara al mismo tiempo que la “guerra de armas”. Aunque estas unidades estaban bajo control operativo de las Wehrmacht, sus fines y materiales eran provistos por Goebbels. A éste le complació naturalmente la nueva categoría que eso le dio, pero su éxito en el campo militar se vio neutralizado por un revés en el área de la propaganda extranjera, que él había arrebatado al Ministerio del Exterior en 1933.

Desde su nombramiento como ministro del Exterior, a Ribbentrop le había irritado esa invasión de su terreno, y en los dos últimos años había “mordisqueado” la autoridad de Goebbels. Naturalmente, este último había

resistido todo ataque contra su imperio, en particular de un hombre al que tanto despreciaba, y en el verano ambos habían tenido "rudos enfrentamientos", que culminaron en una batalla física por el control de una estación emisora destinada al extranjero que Ribbentrop había instalado en Charlottenburg. Goebbels se puso furioso por esta incursión no en una sino en dos áreas de su autoridad —la propaganda extranjera y la radio—, y envió a una banda de agentes de la SA de Berlín a tomar la estación. Ribbentrop mandó entonces a su escolta a recuperarla, y la SS había tenido que intervenir para detener la gresca. Para disgusto de Goebbels, Hitler había fallado a favor de Ribbentrop, y volvió a hacerlo el 8 de septiembre, aunque con cierta ambigüedad. Aprovechando que estaba a su lado, Ribbentrop lo había convencido de que él debía ser el responsable de la política de propaganda extranjera durante la guerra. Pero su victoria fue limitada; los aspectos prácticos tendrían que seguir a cargo del Ministerio de Propaganda, que operaría bajo sus órdenes.

Hitler se había cerciorado, una vez más, de que sus subordinados se la pasaran compitiendo entre sí. Declaró, incluso, que no debían acercarse de nuevo a él a causa de sus diferencias, a menos que estuvieran dispuestos a enfrentarlo uno al lado del otro.[4] Así, las diferencias —y la competencia— continuaron. Tanto Goebbels como Ribbentrop formaron clubes de prensa para corresponsales extranjeros en Berlín, y sus ministerios organizaban conferencias de prensa para ellos todos los días a las once de la mañana. Para asegurar la asistencia de los periodistas, sus cupones de racionamiento de alimentos se expedían cada dos semanas al final de la conferencia; Goebbels se anotó un punto sobresaliente al lograr que "sus" corresponsales recibieran las raciones más grandes, normalmente reservadas a los obreros de la industria pesada.

Cuando los trenes especiales salieron de Berlín en dirección al frente, la Luftwaffe de Göring prácticamente ya había destruido a la fuerza aérea polaca, en una serie de devastadores bombardeos de campos de aviación e instalaciones defensivas, y afectado las comunicaciones con ataques a caminos y vías férreas. Aunque lo que quedaba de la fuerza aérea polaca peleó valientemente, la mayoría de sus aviones eran obsoletos, e indignos rivales de los Me-109 y Stukas alemanes, que pronto consiguieron la absoluta supremacía aérea.

El nuevo concepto de *Blitzkrieg* (guerra relámpago) dependía de una estrecha coordinación entre los ejércitos de tierra y aire, y la Luftwaffe desempeñó su parte a la perfección, bombardeando convencionalmente y en picada a las tropas polacas y creando aún mayor confusión mediante el bombardeo de pueblos y ciudades. Éste fue un papel esencial, porque, pese a la creciente leyenda de que entonces todo estaba motorizado o blindado, el grueso del ejército alemán aún se desplazaba a pie o a caballo: el primero de septiembre de 1939, el ejército de tierra alemán poseía más de medio millón de caballos. De las sesenta divisiones alemanas involucradas en Polonia, sólo cinco eran blindadas, cada una de ellas con alrededor de trescientos tanques; cinco eran divisiones "ligeras" con menos tanques, y únicamente cinco de las cuarenta y dos divisiones de infantería estaban motorizadas. Los polacos, sin embargo, sólo tenían dos brigadas motorizadas.[5] Los relatos de que, sin esperanza alguna, la caballería polaca cargaba con lanzas contra tanques alemanes son un mito, originalmente creado por las compañías de propaganda de Goebbels para minar la moral polaca, pero bien habrían podido ser ciertos. Superadas en número, maniobras y potencia de fuego, y sin apoyo aéreo, las fuerzas polacas, por valerosamente que pelearan, estaban condenadas al fracaso desde el principio. Después de apenas cinco días, el ejército polaco estaba hecho trizas, aunque siguió resistiendo tres semanas más.

Dado que las Wehrmacht se acercaban a Varsovia, el gobierno polaco huyó a Brest-Litovsk el 6 de septiembre. Dos días más tarde, sesenta mil soldados polacos fueron rodeados cerca de Radom, al sur de Varsovia, y la 4ª división alemana de tanques se abrió violento paso hasta los suburbios de la capital. Desde su apartadero en Pomerania, Ribbentrop invitó al gobierno soviético a enviar al Ejército Rojo a tomar su parte convenida del país, pero Stalin y Molotov intentaron ganar tiempo: Stalin no tenía la menor intención de involucrarse en un combate real. Así, prefirió esperar hasta que Varsovia hubiera caído, para poder alegar que el gobierno polaco había dejado de existir y que él enviaba al Ejército Rojo a restaurar el orden y ayudar a los ucranianos y bielorrusos "amenazados" por Alemania. Asimismo, tenía asuntos inconclusos en Extremo Oriente, donde sus tropas, al mando del mariscal Zhukov, estaban enfrascadas en una decisiva batalla contra los japoneses.

Para presionar a los soviéticos, Ribbentrop ordenó a Canaris, con el consentimiento de Hitler, montar en el este de Polonia una sublevación de nacionalistas ucranianos, con quienes los agentes subversivos del Abwehr habían trabajado durante cierto tiempo, "destinada al exterminio de judíos y polacos". "Todas las granjas y viviendas polacas deben ser incendidadas", dijo, "y todos los judíos asesinados."[6] La sublevación empezó, pero Stalin y Molotov permanecieron indiferentes, aún a la espera del momento oportuno.

Los comandantes de tanques de Hitler descubrían, entre tanto, que aquéllos no eran adecuados para el combate en las calles. Cuando fueron repelidos de los suburbios de la ciudad, el Führer optó por la artillería, y sobre todo por la Luftwaffe, para bombardear Varsovia hasta someterla. La Luftwaffe se distinguió —y ganó, por lo tanto, nuevo prestigio para su comandante en jefe— por la ferocidad y precisión de sus bombardeos, pero aun así tardó varios días en cumplir la tarea, momento para el cual ningún edificio había quedado intacto. Ribbentrop dijo a Molotov el 16 de septiembre que la ciudad caería al día siguiente, y el Ejército Rojo empezó a desplazarse hacia el este de Polonia al amanecer; casualmente, Stalin había firmado un cese el fuego ese día con los derrotados japoneses en Mongolia.

Para furia de Ribbentrop, Schmidt no lo despertó a las cinco de la mañana para avisárselo. En calzones, la cara enjabonada y blandiendo su navaja de afeitar, el ministro le gritó encolerizado: "¡Los ejércitos alemán y ruso se precipitan uno contra otro —podría haber choques—, y todo porque usted fue demasiado flojo para despertarme! ¡Se ha entrometido en el curso de la historia universal! ¡No tiene suficiente experiencia para eso!". Schmidt intentó tranquilizarlo recordándole que existía una línea de demarcación convenida y que los dos ejércitos estaban en directa comunicación entre sí, pero fue inútil. Lo que realmente enfureció a Ribbentrop fue que Goebbels había sido el primero en enterarse de la noticia, y por tanto ésta fue dada a conocer por el Ministerio de Propaganda, no por la oficina de prensa del Ministerio del Exterior.[7]

En los hechos, Varsovia resistió hasta el 27 de septiembre, momento para el cual los soviéticos habían tomado posesión de su parte del país, obligando a descontentos comandantes de las Wehrmacht, quienes no sabían nada acerca del protocolo secreto, a retirarse de territorios que

habían conquistado. Ribbentrop voló a Moscú para firmar el tratado amistoso y fronterizo germanosoviético que formalizaba las nuevas fronteras. Cuando recibió la noticia de la caída de Varsovia, consumía una rápida comida en el Park Hotel de Königsberg, donde su avión había aterrizado para reabastecerse de combustible. En Moscú le desconcertó descubrir que Stalin había cambiado de opinión sobre el reparto del botín. Ya no quería las áreas del centro de Polonia que se habían especificado en el pacto, sino sólo las regiones de Ucrania y Bielorrusia que los soviéticos habían perdido en 1920. Para él, los polacos siempre representaban dificultades, mucho más cuando estaban divididos, así que se los dejó con todo gusto a Hitler. Quería a cambio Lituania, para completar su serie de Estados bálticos.

Ribbentrop trató de negociar, pero fue completamente rebasado por Stalin quien, al parecer, lo había planeado todo desde el principio, sabiendo que era probable que Hitler se aferrara inicialmente a Lituania a causa de las fuertes relaciones étnicas de este país con Alemania. Cuando esta vez el líder nazi aceptó cederlo sin chistar, se oyó a Stalin decir a Molotov que en realidad le había declarado la guerra a la Unión Soviética: la única razón de que renunciara a Lituania era que pensaba recuperarla lo más pronto posible. Curiosamente, esto no parece habérsele ocurrido a Ribbentrop, quien volvió a Alemania tras ser agasajado con un magnífico banquete de veinticuatro platillos en el Kremlin, y se mostró muy entusiasmado ante Hitler en su recepción, diciendo que se había sentido en casa en Moscú, “como entre antiguos camaradas del partido”. Su comentario no les hizo mucha gracia a los genuinos antiguos camaradas del partido, quienes nunca lo habían aceptado como uno de ellos.

Tras hacer un recorrido triunfal por las calles de Danzig el 19 de septiembre, Hitler pasó la última semana de la campaña en Polonia en la comodidad del Kasino Hotel, en el cercano balneario de Zoppot. Desde ahí hizo dos vuelos a las afueras de Varsovia, donde disfrutó de una vista panorámica, desde la torre de un estadio deportivo, de los aviones y armas que pulverizaban la ciudad ante sus ojos. Satisfecho de que su propósito de arrasar para siempre con la capital polaca procediera de acuerdo con lo planeado, abordó de nuevo su tren el 26 de septiembre de regreso a Berlín.

Esa noche, Göring llevó a Dahlerus a verlo, y juntos instruyeron al sueco y lo enviaron a hablar una vez más con Halifax y Chamberlain. “Los británicos pueden tener paz si la desean”, dijo Hitler a Dahlerus. “Pero tendrán que apurarse.”[8] Y sí que tendrían que hacerlo: apenas horas después, Hitler llamó a sus comandantes en jefe a una reunión y les ordenó preparar la Operación Amarilla, el ataque contra Occidente. Éste debía comenzar a fines de octubre, mientras el mundo seguía intimidado por el poderío militar alemán y antes de que Gran Bretaña pudiera terminar de fortalecerse.

Göring no puso objeciones. Como Hitler, aún esperaba poder llegar a un arreglo con Gran Bretaña, si era necesario tras derrotar a Francia: Hitler dijo a sus comandantes en jefe que su fin al atacar a Occidente era “destruir a Francia y poner de rodillas a Gran Bretaña”.[9] A todo lo largo de la campaña en Polonia, Göring había tratado de mantener vivas sus relaciones con Londres a través de diversos canales, e incluso había hecho contacto con Roosevelt en Estados Unidos, aunque, en definitiva, ninguno de estos acercamientos había llegado a nada. Ahora, contemplaba la posibilidad de establecer lo que había quedado de Polonia como un nuevo Estado independiente con el que Alemania pudiera firmar un tratado de paz, permitiendo a Gran Bretaña salir del atolladero y abriendo la puerta a un armisticio.

El 6 de octubre, Hitler habló ante el Reichstag para loar la victoria de las Wehrmacht: “En toda la historia, apenas si existe un logro militar comparable [...]”. Arremetió contra los polacos y dio mucha importancia a su nueva alianza con la Unión Soviética, que le había permitido terminar de desmantelar el Tratado de Versalles. Luego habló de su deseo de no sólo un entendimiento con Francia y Gran Bretaña, sino de amistad. “Creo que, aun hoy”, continuó, “sólo puede haber verdadera paz en Europa y el mundo entero si Alemania e Inglaterra llegan a un acuerdo [...] ¿Por qué habría de librarse una guerra en Occidente? ¿Por la restauración de Polonia? La Polonia del Tratado de Versalles no resurgirá jamás. Así lo garantizan dos de los Estados más grandes del mundo.”

Propuso una conferencia entre cuatro potencias para resolver los problemas de la paz y seguridad europeas, diciendo que “sería más sensato abordar la solución antes de que millones de hombres sean inútilmente enviados a la muerte”. No obstante, terminó con una nota de advertencia:

“Pero si las opiniones de los señores Churchill y seguidores prevalecieran, ésta habrá sido mi última declaración. Entonces, combatiremos, y nunca habrá otro noviembre de 1918 en la historia alemana”.[10] Esto equivalía, en la elocuente frase de Ian Kershaw, a “una rama de olivo en un puño cerrado”.

Goebbels aprovechó con entusiasmo la oportunidad de propaganda, instruyendo a la prensa alemana destacar el enorme valor de ese discurso, ignorando el hecho de que como propuesta seria de paz no valía nada. Los titulares del *Völkischer Beobachter* del día siguiente fueron los primeros en obedecer: “Oferta de paz de Hitler. Ningún propósito bélico contra Francia y Gran Bretaña. Reducción de armamentos. Propuesta de una conferencia”. Pero Chamberlain y Daladier no se dejaron impresionar por promesas tan vagas. El primer ministro británico había comprendido, por fin, que las palabras de Hitler no significaban nada, y el 12 de octubre rechazó la supuesta oferta en una emisión radial nacional, despachando asimismo a los secretos sondeadores de paz de Göring; Dahlerus había ido y venido otra vez, y se encontraba entonces en La Haya, esperando la respuesta a una carta de Göring que él había entregado al embajador británico en Holanda, reiterando lo que Hitler había dicho en su discurso.

Hitler capitalizó pronto la negativa de Chamberlain, culpándolo de “rechazar la mano de la paz y elegir deliberadamente la guerra”. Adelantándose a Goebbels, Ribbentrop hizo emitir a su departamento de prensa una circular dirigida a todas las estaciones extranjeras que denunciaba la respuesta de Chamberlain como “una afrenta ofensiva”. Göring dijo a Dahlerus que el gobierno alemán no contestaría el pronunciamiento de Chamberlain, que describió como una declaración de guerra, y lo llamó de vuelta a Berlín. Mantuvo sus acercamientos con Londres mientras trataba aún de convencer a Hitler de que pospusiera el ataque, pero sus posibilidades de éxito menguaban sin cesar, y la concentración militar proseguía a ritmo acelerado.

Goebbels había iniciado la guerra con una mentira, condenando los “ataques terroristas polacos contra suelo alemán” en Gleiwitz y Hochlinden, y la siguió entonces con otra, aún mayor. El 3 de septiembre, unos trescientos veinte kilómetros al oeste de las Hébridas, un submarino alemán había hundido al buque de pasajeros británico *Athenia*, que transportaba

principalmente mujeres y niños evacuados a Canadá y Estados Unidos. Ciento doce de los mil cuatrocientos pasajeros, incluidos veintiocho estadunidenses, murieron. Recordando que el hundimiento del *Lusitania* había sido uno de los factores que hicieron intervenir a Estados Unidos en la primera guerra mundial, los alemanes negaron vigorosamente que alguno de sus submarinos estuviera involucrado. Dado que los submarinos alemanes operaban bajo estricto silencio de radio, la verdad no podía saberse con certeza hasta que todos hubieran retornado a la base. El U-30, el responsable, no atracó hasta el 27 de septiembre, cuando su capitán aseguró que había confundido el buque de pasajeros con un barco mercante armado, el cual habría sido un objetivo legítimo. Con autorización de Hitler, el contralmirante Doenitz, comandante en jefe de los submarinos alemanes, ordenó que ese suceso se suprimiera de la bitácora del U-30 y se mantuviera en secreto. Pero luego de que Gran Bretaña rechazó la nueva oferta de paz de Hitler el 7 de octubre, se permitió a Goebbels usar el hundimiento de aquella nave en un ardid excepcionalmente cínico aun para sus propios estándares. El domingo 22 de octubre tomó el micrófono y radiodifundió la acusación de que Churchill, como ministro del Almirantazgo, había ordenado personalmente la colocación de una bomba de tiempo en la bodega del *Athenia*, para poder culpar a Alemania de su hundimiento. Al día siguiente, el *Völkischer Beobachter* publicó la noticia en primera plana, bajo el inequívoco titular de “Churchill hundió el *Athenia*”.[11]

Brauchitsch y los generales del ejército objetaron con vehemencia los planes de Hitler de un ataque rápido contra Occidente, pese al hecho de que trenes militares hubieran marchado totalmente llenos al oeste desde la caída de Varsovia, para redesplegar las divisiones ofensivas en las fronteras con Francia y Bélgica. Según Keitel, quien compartía las reservas de los generales, éstos “consideraban que el ejército aún no era capaz de lanzar un nuevo ataque tras su campaña oriental, sin una pausa para recuperarse, reagruparse y removilizarse, concluir su instrucción y terminar su reequipamiento. Se expresaron dudas particulares sobre la guerra en invierno, con niebla y lluvia, días cortos y largas noches que volvían prácticamente imposible la guerra móvil”.[12] Pero, cuando primero Keitel y después Brauchitsch insistieron en sus opiniones ante Hitler, éste montó en cólera en forma tan violenta que ambos ofrecieron su renuncia, que él

rechazó diciendo que “prefería que no se le hicieran tales solicitudes en el futuro”. Añadió, escribiría más tarde Keitel, que “era su prerrogativa decirme cuándo dejaría de requerir de mis servicios, y que hasta entonces yo debía hacer lo que se me ordenara en el puesto en que él me había nombrado”.[13]

Göring era de la misma opinión que los generales: la Luftwaffe había consumido en Polonia la mitad de sus provisiones de bombas, y perdido ciento ochenta y nueve tripulantes y doscientos ochenta y cinco aviones, casi todos ellos en ataques a baja altura contra baterías antiaéreas polacas, y aún disponía de pocos aparatos capaces de atacar a Gran Bretaña desde campos de aviación en Alemania. Pero él sabía que era mejor no discutir con Hitler. Ordenó, en cambio, que la Luftwaffe se preparara para la acción en Occidente, mientras él continuaba con sus esfuerzos de paz hasta fin de año, a través de intermediarios tan diversos como el rey de Suecia, el presidente de General Motors en Europa y un acaudalado petrolero estadunidense, William Rhodes Davis, así como el obstinado Dahlerus.

Los esfuerzos de paz de Göring, y su conocida oposición a la guerra con Occidente, lo colocaron en ese periodo en una situación ambivalente y potencialmente peligrosa. Al regresar de Londres a principios de octubre, Dahlerus había llegado con el difícil mensaje de que los británicos sólo negociarían con un nuevo gobierno alemán, no encabezado por Hitler. La clara implicación era que el nuevo líder debía ser Göring. Tras discutir esto en el jardín de Carinhall, donde Dahlerus le había preguntado a quemarropa si su lealtad era para con Hitler o Alemania, Göring dispuso que aquél se reuniera con Canaris, quien, como Göring sabía, era crítico de Hitler. Es imposible asegurar si también sabía que el escurridizo jefe de espías estaba involucrado en una conspiración para derribar al Führer. Tales conspiraciones ciertamente existieron; había dispares grupos de oposición, cada cual con su propio programa, pero el más importante era el que dirigía el general Beck, quien había renunciado como jefe del Estado Mayor del ejército en 1938. Halder, su sucesor, era otro prominente opositor entre los generales, mientras que los civiles incluían al exembajador Ulrich von Hassell y a Carl Friedrich Goerdeler, quien había renunciado a su puesto como alcalde de Leipzig en protesta por medidas antisemitas nazis.

Al reunirse, el 11 de octubre, en el Continental Hotel, en Munich, Goerdeler preguntó a Hassell si creía que Göring podía ser líder. “Pese a

serias dudas", consignó Hassell en su diario, "él había llegado a la conclusión de que Göring era la única solución, temporalmente, desde luego. Beck también había llegado al cabo a esa conclusión. Yo coincidí con este punto de vista." Goerdeler añadió entonces que "altos funcionarios del séquito de Göring lo habían sondeado para saber si estaríamos dispuestos a usar a Göring para poner las cosas en orden".[14] De acuerdo con Goerdeler, los anónimos "altos funcionarios" de Göring habían aceptado las condiciones de los conspiradores, las cuales giraban en torno al regreso al imperio de la ley, pero, al parecer, de este acercamiento no resultó nada más. Los conspiradores eran indecisos conversadores, no actores, y serían necesarios otros cuatro años y medio antes de que tuvieran el valor de proceder, momento para el cual Göring ya no figuraba en sus planes, ni ellos en los de él.

Halder, Beck y los demás generales, Brauchitsch incluido, habían decidido arrestar a Hitler tan pronto como diera la orden final de iniciar el ataque contra Occidente. Sin embargo, aunque constantemente actualizaba sus órdenes, Hitler también tuvo que atrasar, constantemente, la fecha de inicio por una razón u otra, en un principio a causa de la escasez de repuestos para los tanques, y después por el mal tiempo. Los estragos infligidos por la Luftwaffe al ejército polaco lo habían impresionado tanto que se negó a lanzar su ataque sin la seguridad de buen tiempo de vuelo durante varios días para permitir a los aviones de Göring volver a hacer de las suyas. En ausencia de tal seguridad, pospuso y reprogramó el ataque no menos de catorce veces entre noviembre y enero, privando a los conspiradores de la excusa que necesitaban para su arresto y el ascenso de Göring.

El éxito de la Luftwaffe, más sus enérgicos esfuerzos por mantener a Gran Bretaña fuera de la guerra, habían restaurado el favor de Göring y confirmado su posición como el segundo hombre en el Reich. Pero quien más se benefició de la campaña en Polonia fue, indudablemente, Himmler, quien aprovechaba cada oportunidad para extender su base de poder. Al comenzar la guerra había dado otro paso hacia su planeada integración de la SS y la policía en un Cuerpo de Seguridad del Estado poniendo a la Gestapo, la Kripo (Policía Criminal), la Sipo (Policía de Seguridad) y el SD bajo el mando de una sola Oficina Central de Seguridad del Reich, la

Reichssicherheitshauptamt, conocida como RSHA. El SD, que seguía siendo un organismo del partido, se convirtió en organización estatal también, financiada por el Estado, lo que la libró de la interferencia de celosos rivales del partido como Rosenberg. Uno de los beneficios del nuevo órgano para Himmler fue que puso aún mayor distancia entre la Gestapo y Göring, quien seguía siendo su jefe nominal.

Aunque, oficialmente, Himmler era el jefe de la RSHA, ésta era administrada por Heydrich, como subdirector. Al amparo de esa nueva oficina, Heydrich formó cinco SD Einsatzgruppen, Fuerzas Especiales de Tarea, una para cada ejército alemán en Polonia. Cada Einsatzgruppe estaba dividido en cuatro Kommandos de entre cien y ciento cincuenta hombres, adscritos a cuerpos del ejército. Vestían los uniformes de estilo militar de la SS-VT (Tropa de Disposiciones de la SS), con el diamante del SD en la manga izquierda, y oficialmente estaban encargados de "la supresión de todos los elementos contra el Reich y Alemania en la retaguardia de las tropas de combate, y en particular del contraespionaje, arresto de personas no confiables políticamente, confiscación de armas, salvaguarda de importante material de contraespionaje, etcétera".[15] Esto parecía una asignación normal de la policía militar, pero los Einsatzgruppen tenían, además, otros propósitos, ajenos a los de los oficiales y soldados del ejército: debían decapitar a Polonia liquidando a aristócratas, intelectuales, maestros, médicos, curas, terratenientes y empresarios, es decir a todas las personas capaces de ejercer liderazgo o formar una nueva clase dirigente. Una tarea aún más desagradable era proporcionar camas para soldados alemanes heridos sacando a pacientes de hospitales psiquiátricos en Pomerania y Prusia occidental y matándolos de un tiro en la nuca. Los Einsatzgruppen, por supuesto, también debían empezar a hacer redadas y eliminar a judíos.

Cuando los Einstazkommandos entraron en acción con listas de víctimas previamente elaboradas, matándolas a tiros o colgándolas por miles sin juicio ni ceremonia y a plena vista de soldados y civiles, algunos escandalizados generales se quejaron. Esos arbitrarios asesinatos, protestaron, afectaban la moral de sus efectivos, quienes estaban "especialmente indignados de que, en vez de pelear en el frente, esos jóvenes mostraran su valor contra civiles indefensos".[16] También señalaron que tales acciones dañaban seriamente la productividad económica de los

territorios conquistados, y exigieron que la “limpieza de la casa”, como se le llamó, “se difiera hasta que el ejército se haya retirado y el país haya sido entregado a una administración civil”, que ellos preveían para principios de diciembre.[17]

Brauchitsch, tan pusilánime como siempre, se rehusó a condenar las actividades de los Einsatzgruppen. Según Halder, quien le planteó el asunto, se limitó a decir que “no debe ocurrir nada que ofrezca a países extranjeros la oportunidad de lanzar cualquier propaganda de atrocidades basada en tales incidentes. ¡Clero católico! Impráctico en esta época”.[18] Hitler permaneció indiferente ante los argumentos morales o de propaganda, pero el 21 de septiembre decretó, presumiblemente después de conferenciar con Göring, que las necesidades económicas eran más importantes que la ideología, al menos por el momento, y que todas las medidas raciales debían posponerse hasta el fin de las operaciones militares.

Heydrich dio su propia interpretación del decreto de Hitler. Al presentarlo en una reunión con sus jefes de departamento del SD y la Sipo y los comandantes de Einsatzgruppen el día en que se expidió, les dijo que, aunque se había retirado la orden de las ejecuciones, no podía permitirse que nada interfiriera con las medidas contra aristócratas, curas y maestros polacos, quienes carecían de significativa importancia económica. Tales personas, situadas en las provincias occidentales, debían ser arrestadas de inmediato y enviadas a un campo de concentración o deportadas a lo que llamó “el Gau de idioma extranjero” al este. Las acciones contra los judíos también continuarían. Grandes áreas del oeste de Polonia se vaciarían por completo de judíos, mientras que en otras partes todos los judíos que vivieran en el campo debían ser llevados a guetos en ciudades ubicadas en empalmes ferroviarios, “para que futuras medidas puedan cumplirse más fácilmente”. Los terrenos agrícolas pertenecientes a judíos debían expropiarse, y “confiarse al cuidado” de campesinos alemanes, “o incluso polacos”. En los doce meses siguientes, los judíos de esas provincias serían transportados en trenes de carga al centro de Polonia, junto con judíos del Reich y treinta mil gitanos.[19]

El reparto de Polonia terminó el 8 de octubre, cuando Hitler y Göring firmaron conjuntamente una orden que anexaba a Alemania las provincias occidentales de Polonia, bajo el nuevo nombre de Warthegau. En el este,

Stalin intentó dar apariencia de legalidad a la toma de las provincias ucranianas y bielorrusas, esperando a que unas tres semanas después las elecciones pudieran ser escenificadas —en los dos sentidos de la palabra— por “asambleas populares”, las cuales proclamarían al instante el poder soviético y pedirían al Sóviet Supremo de la URSS “admitir” sus territorios en la Unión Soviética. Hitler, en cambio, tenía demasiada prisa para esas formalidades.

Al igual que Stalin, Hitler no deseaba a los problemáticos polacos en el Reich, y designó la región central del antiguo país como “Gobierno General de Polonia”, con Cracovia como capital, por ser directamente regido por Alemania, mas no como parte de ella. Como gobernador general nombró a Hans Frank, asesor legal suyo y del partido, exministro de Justicia de Baviera y presidente de la Barra de Abogados de Alemania. Frank siempre había parecido un hombre civilizado y razonablemente culto, al que William Shirer describió como “uno de los hombres menos repulsivos en torno a Hitler”.[20] Pero la máscara cayó al momento de su primera declaración pública luego de su designación: “Los polacos”, dijo, “serán los esclavos del Reich alemán”. Y procedió al punto a igualar las palabras con los hechos, en forma por demás sanguinaria. Cuando más tarde se enteró de que Neurath, regente de Bohemia y Moravia, había hecho colocar carteles para anunciar la ejecución de siete estudiantes universitarios checos, Frank alardeó: “Si yo ordenara colocar carteles por cada siete polacos fusilados, los bosques de Polonia no alcanzarían para fabricar el papel necesario”.[21]

Göring debía empezar a explotar los recursos polacos lo más pronto posible, para alimentar la maquinaria bélica. No hubo ningún problema con las provincias anexadas, donde todo se volvió alemán de manera automática, pero esperaba que del gobierno general Frank extrajera alimentos, materias primas, maquinaria y trabajadores forzados para el Reich. De Frank también se esperaba que, de una forma u otra, diera alojamiento a los millones de personas que se arrojarían al gobierno general como desechos a un desagüe. Éstas pertenecían a dos categorías: judíos de todas partes del Reich y polacos del Warthegau. Estas almas infortunadas, cuyas familias habían vivido a menudo en la región durante siglos, debían ser expulsadas y trasladadas al este del Vístula, para ser remplazadas por colonos alemanes y *Volksdeutsche*, personas de origen étnico alemán que

serían “repatriadas” de los Estados bálticos, partes distantes de la antigua Polonia y las nuevas áreas soviéticas.

Hitler asignó la tarea de desalojar y remplazar a judíos y polacos al hombre que sabía que pondría alma y corazón en ella, Heinrich Himmler. Como jefe de la SS, Himmler ya estaba comprometido con la depuración de la raza alemana, y durante 1939 había asumido el control directo de las muy diversas agencias ocupadas de los asuntos raciales, las cuales habían proliferado, a la usual manera nazi, hasta componer un maremágnum burocrático de duplicación y competencia. Esta vez, con la aprobación de Hitler, creó una nueva organización, el Comisariado del Reich para la Consolidación de la Nación Alemana, el RKFDV, el cual sería la oficina central para todos los asuntos raciales, desde la repatriación y reasentamiento de las personas de origen étnico alemán de otros países hasta la eliminación de “los elementos extranjeros en el Reich que representen un peligro para el Estado y el pueblo alemanes”.

En estas materias, Himmler recibió autoridad sobre todas las demás oficinas del Reich y administradores en los territorios ocupados.[22] Esto reforzó enormemente su posición, aunque, como de costumbre, Hitler dejó margen suficiente para la fricción al no rescindir la responsabilidad general sobre los asuntos judíos del Reich que había concedido a Göring en 1938. Preocupado por su guerra en Occidente, Hitler dejó gustosamente que Himmler hiciera lo que quisiera en Polonia, y éste sacó el mayor provecho de ello, aunque tuvo el cuidado de consultar todas sus acciones con Hitler, para poder silenciar a sus críticos u opositores diciendo: “No hago nada de lo que el Führer no esté enterado”.[23]

Polonia ofreció al fin, a Himmler, la oportunidad de empezar a hacer realidad sus sueños juveniles de un nuevo imperio teutónico en el este, poblado por colonos alemanes puros que supuestamente trabajarían la tierra y cuidarían de generaciones de niños arios junto con sus cultivos. Había intentado emprender ese proyecto en los territorios checos ese mismo año, pero su propósito se vio frustrado por las necesidades de los fabricantes alemanes de armamentos sobre la industria y los trabajadores checos, y por su temor a los levantamientos que se derivarían de las deportaciones masivas en un momento tan crítico. En la antigua Polonia no había esos obstáculos; incluso había dónde poner a los desposeídos.

Himmler empezó ordenando el traslado al gobierno general de quinientos cincuenta mil de los seiscientos cincuenta mil judíos en las provincias anexadas, junto con todos los polacos considerados inadecuados para la "integración". En un año serían echados de esa zona un millón doscientos mil polacos y trescientos mil judíos, aunque sólo cuatrocientos noventa y siete mil *Volksdeutsche* llegaron a ocupar sus lugares. Las expulsiones se iniciaron el 7 de noviembre, con marchas forzadas sobre terreno congelado y lentos viajes de ferrocarril en furgones sin calefacción. Para quienes sobrevivían al viaje, Himmler no tenía viviendas ni refugios, pese a que ese invierno fue uno de los más crudos de que se tenga memoria. El clima resultó un excelente aliado para los nazis en su misión de "limpieza": quitó la vida a más polacos y judíos que los escuadrones alemanes de ejecuciones.[24]

Himmler añadió una importante hebra a su embrollada telaraña del control a principios de la guerra, al crear un nuevo rango de oficiales de la policía y la SS, el Höherer SS- und Polizeiführer, (HSSPF). Estos oficiales, uno por cada distrito militar tanto en el Reich como en los territorios conquistados, asumirían en su nombre el mando general de todas las fuerzas bajo sus órdenes —la SS regular, la VT y la totalidad de la policía—, coordinando sus actividades y persiguiendo siempre una integración más estrecha. En cuanto que sus representantes personales, serían responsables de todos los asuntos de seguridad y raza, definición que podía ampliarse para cubrirlo prácticamente todo. En teoría, estos oficiales estarían subordinados a los jefes militares o civiles de los gobiernos de ocupación —los generales y Gauleiter, y el gobernador general—, pero aceptarían sus órdenes sólo "en la medida en que no contradijeran las de la Gestapo o autoridades superiores", en otras palabras Heydrich o Himmler. Su ambivalente condición causaría inevitablemente confusión y conflicto, en especial con los gobernadores militares: ya hartos y furiosos por las actividaes de los Einsatzgruppen, los generales estaban impacientes de entregar el mando a las autoridades civiles y volver la espalda a todo ese desagradable asunto, lo cual hicieron el 26 de octubre.

Para el momento en que las nuevas administraciones civiles recibieron de los militares los territorios conquistados, los Einsatzgruppen se habían

convertido en subdivisiones regionales de la Gestapo y el SD, bajo las órdenes de los HSSPF, y a través de ellos, de Himmler. Formaban así la base de gobiernos alternos de la SS, fuente segura de controversias intestinas de precedencia, que casi al instante empezaron a hacer erupción y prosiguieron durante toda la existencia del régimen.

No contento con los poderes que había adquirido como Comisario del Reich para la Consolidación de la Nación Alemana, y ni siquiera como Reichsführer-SS y Jefe de la Policía alemana, Himmler siguió añadiendo obsesivamente nuevas piezas a su complejo aparato burocrático. Sus oficinas subalternas a cargo del control racial ya incluían a la Oficina Central de Asuntos Raciales y de Reasentamiento, la Oficina de Herencia Ancestral para la investigación de las acreditaciones de alemanes por ser reasentados, el programa Lebensborn para proporcionar orfanatorios para los hijos ilegítimos de agentes de la SS, que pronto se convirtió en un criadero de sementales humanos de la SS, y la Oficina de Enlace para las Personas de Origen Étnico Alemán. En octubre formó, además, una Oficina Central de Terrenos, para manejar el embargo y redistribución de propiedades, y una Oficina Central de Inmigración, para ocuparse de la repatriación de *Volksdeutsche*, especialmente de los Estados bálticos. Esto tuvo que equilibrarse con una Oficina Central de Evacuación, y con un nuevo departamento en la RSHA bajo la dirección de Adolf Eichmann, especializado en la evacuación de judíos. Junto con estos organismos había otros para manejar y administrar las propiedades confiscadas.

La lista —y con ella el imperio de Himmler— simplemente seguía creciendo. Pero esto no ocurrió sin oposición. Frank objetó, por supuesto, que tantos judíos y polacos se descargaran en su feudo, se negó a permitir la entrada de transportes y amenazó con hacer arrestar a Eichmann si ponía un pie en el gobierno general. Albert Forster, a quien Hitler había nombrado Gauleiter del nuevo Gau de Danzig-Prusia occidental, rechazó rotundamente las órdenes de Himmler de alojar a baltoalemanes de Estonia; crecido por el papel que Danzig había desempeñado en el conflicto polaco, se veía como contendiente por la sucesión, y a Himmler como un odioso rival, y lo obstruía cada vez que podía. Erich Koch, Gauleiter de la ampliada Nueva Prusia Oriental, que incluía grandes áreas de territorio anteriormente polaco, fue igualmente categórico al afirmar que no

permitiría que inmigrantes repatriados se asentaran ahí. Las riñas por la jurisdicción se prolongaron indefinidamente, retrasando y amenazando la visión arcádica de Himmler.

Para aumentar esos problemas, Göring reapareció de pronto en el ámbito de Himmler al crear el Haupttreuhandelstelle Ost (HTO), Gran Fideicomiso del Este, para la apropiación, en beneficio del Plan de Cuatro Años, de todas las propiedades confiscadas a polacos y judíos. Esto bloquearía por completo la labor de redistribución de propiedades entre colonos *Volksdeutsche* de la Oficina Central de Terrenos de Himmler; pero cuando éste se quejó, Göring hizo valer su rango y lo remitió sencillamente con el jefe del HTO. Tras mucho regatear, se permitió a Himmler quedarse con los terrenos agrícolas, mientras que todas las propiedades industriales y urbanas serían para el HTO. Éste fue un saludable recodatorio de que Göring seguía en la cúspide de la jerarquía, después de Hitler. Cuando Darré, el ministro de Agricultura, creó su propia oficina para la administración de las fincas polacas embargadas, la puso bajo el HTO de Göring, pese a que siempre había compartido los utópicos sueños de Himmler.

La preocupación inmediata de Göring era explotar al máximo los antiguos territorios polacos. El 19 de octubre emitió una directiva para la "completa incorporación" de las industrias de las provincias anexadas "al sistema económico de la Gran Alemania, tan pronto como sea posible", así como para el traslado, desde el gobierno general, de "todas las materias primas, materiales de desecho, máquinas, etcétera, de utilidad para la economía de guerra alemana. Las empresas no indispensables para el estricto mantenimiento de la precaria existencia de la población", resolvió, "deberán transferirse a Alemania".[25] Pero quería más que maquinaria y materiales: exigió que Frank aportara "al Reich al menos un millón de trabajadores agrícolas e industriales de sexo masculino o femenino, entre ellos al menos setecientos cincuenta mil trabajadores agrícolas, de los cuales al menos 50% deben ser mujeres, a fin de garantizar la producción agrícola en el Reich y como remplazo de los trabajadores industriales faltantes en el Reich".[26] Frank estuvo más que satisfecho de perder un millón de bocas polacas del gobierno general, y comenzó a transportarlas a principios de 1940.

La tarea de justificar el salvaje trato de los polacos por el pueblo alemán recayó naturalmente en Goebbels, quien la acometió con su brío habitual, concentrándose en las atrocidades que supuestamente aquéllos habían cometido contra la minoría étnica alemana. Es indudable que muchos de esos casos eran genuinos, entre ellos desalojos, golpizas, marchas forzadas y fusilamientos, los que culminaron en una sangrienta masacre en Bydgoszcz (Bromberg). En total, es probable que unas cuatro mil personas de origen étnico alemán hayan sido asesinadas. Pero esta cifra fue aumentada en la propaganda de Goebbels primero a cinco mil cuatrocientos, y después a la increíble suma de cincuenta y ocho mil. El pueblo alemán, en general, no tuvo dificultades para aceptar esos cargos: se le había lavado el cerebro durante años para hacerle creer que, en su calidad de eslavos, los polacos eran una raza inferior. Hitler ciertamente creía esto. Cuando regresó de Varsovia luego de presidir el gran desfile de la victoria el 5 de octubre, comentó a Goebbels que los polacos eran “más animales que humanos, completamente apáticos y amorfos [...] su inmundicia es inconcebible. Y su capacidad para elaborar juicios, nula”.[27]

Hitler le dijo a Goebbels que no deseaba la integración de los polacos. Quería que el gobierno general fuera sencillamente un depósito de trabajadores explotados, y Goebbels sería el responsable de su “instrucción en la obediencia”. Se le puso así a cargo de toda la propaganda en el territorio, y él creó sucursales de su ministerio en la oficina del gobernador general y en los cuatro distritos administrativos de Cracovia, Lublin, Radom y Varsovia. Sin embargo, no reparó en la inmensidad de su tarea hasta que visitó Polonia por primera vez a principios de noviembre, para checar sus nuevos puestos de avanzada de ilustración pública y conocer por sí mismo las condiciones del país, y quedó sumamente impactado por la “opresiva desesperación” que encontró ahí.

Su primera escala fue Lodz, ciudad que sería “germanizada”, limpiada de su “basura polaca y judía” y convertida en Litzmannstadt. Seyss-Inquart lo recibió al bajar del avión y le dio un breve informe, antes de que Goebbels se reuniera con Frank, para hablar de la situación, acordando que no podían permitir ninguna nueva vida cultural para los polacos, pues tal cosa ofrecería un eje para el renacimiento del nacionalismo polaco. Al recorrer después el gueto judío, Goebbels bajó de su auto para hacer una inspección completa. “¡Indescriptible!”, fue su asqueada reacción.

Haciéndose eco de Hitler, escribió en su diario: “Éstos ya no son seres humanos, son animales. Así que ésta no es una tarea humanitaria, sino quirúrgica. Se debe operar, y radicalmente. De lo contrario, Europa será destruida por la plaga judía”. Tampoco tuvo mucho tiempo para los polacos. Después de ver las avenidas polacas, decidió que Asia comenzaba ahí. Y en Varsovia, a la que describió como un “infierno”, advirtió sin piedad la forma en que las personas, “apáticas y sombrías” —otro eco directo de las palabras de Hitler— “se arrastraban por las calles como insectos”.[28]

Goebbels respaldó su cobertura periodística de Polonia con el cine, pero, para su consternación, Hitler criticó cáusticamente la calidad de los noticiarios con que surtía a los cines cada semana. Goebbels culpó a los “poco imaginativos” camarógrafos de las Wehrmacht adscritos a las compañías de propaganda; pero cuando Hitler procedió a quejarse, en una invectiva de veinte minutos, de que no hacía las películas verdaderamente nazis que podía, él sólo pudo balbucear en su defensa que las cintas que hacía eran nacionalistas. Se apresuró a remediar las cosas con un largometraje violentamente antisemita, *Jud Süss* (*Dulce judío*), y un gran documental, *Der ewige Jude* (*El judío eterno*), que pretendían contrarrestar la civilizada imagen de la comunidad judía occidental mostrando a los judíos en su “estado original” en los guetos polacos, en “imágenes que no pueden mentir”. La secuencia final, que no se permitía ver a las mujeres, presentaba escenas del sacrificio ritual de animales por un carnicero *kosher*. Cuando Goebbels vio por primera vez ese fragmento, tuvo la tétrica satisfacción de describirlo como “tan horrible y brutal en sus detalles que hiela la sangre”. “Estos judíos”, concluyó con pasmosa hipocresía, “deben ser exterminados.”[29] Hitler estaba totalmente de acuerdo con él, pero no aún. Mientras siguiera habiendo una esperanza de llegar a un acuerdo con las potencias occidentales, mantendría a los judíos como ficha a su favor.

“AMARILLA”

Mientras Polonia era desmembrada y saqueada, el planeado ataque contra Occidente cambiaba de fecha cada tantos días. Es probable que esto haya sido desconcertante para todos los involucrados, pero el primero de los catorce cambios le salvó la vida a Hitler, quizá dos veces. El Führer había abandonado con renuencia su primera elección del 25 de octubre como fecha inicial, tras aceptar por fin que las Wehrmacht sencillamente no podrían estar listas para entonces; pero luego de una áspera conferencia con Brauchitsch y Halder el 27, ignoró todas sus objeciones y ordenó que el ataque empezara definitivamente el 12 de noviembre. Halder alertó a sus colegas conspiradores que su momento había llegado, lo que los hizo caer presa del pánico. El gran complot de los generales se vino abajo. Para su alivio, el clima intervino el 7. Al recibir un mal pronóstico, Hitler pospuso el ataque tres días, diciendo que confirmaría la nueva fecha a las seis de la tarde del 9 de noviembre.

La reunión anual de los antiguos combatientes en la Bürgerbraukeller, la taberna que frecuentaban, se programó, como siempre, para la noche del 8 de noviembre. Hitler viajó a Munich a fin de pronunciar su acostumbrado discurso; pero como debía estar de regreso en Berlín al día siguiente para tomar la vital decisión de la Operación Amarilla, habló menos tiempo que el usual; Göring aseguró haber llamado al ayudante de Hitler, Julius Schaub, para decirle que pusiera una nota en el atril recordándole al Fürher acortar su discurso. Ya sea que haya actuado siguiendo las instrucciones de Göring o por iniciativa propia, Schaub puso varios recordatorios frente a Hitler, quien se marchó temprano para abordar su tren especial. Diez minutos después, una bomba explotó en un pilar justo detrás del puesto del orador, quitando la vida a ocho personas e hiriendo a otras sesenta y tres, dieciséis de ellas de gravedad.

Este bombazo no tuvo nada que ver con los generales, ni con el Servicio Secreto británico, al que Goebbels culpó en los diarios a la mañana siguiente. De hecho, fue obra de un asesino solitario, un carpintero de treinta y seis años de edad llamado Georg Elser, sin filiación política particular pero con la tranquila determinación personal de poner fin a la loca carrera hacia la guerra en la única forma posible. Cuando la bomba estalló, Elser se dirigía ya a la frontera con Suiza, donde se le detuvo en un arresto de rutina por tratar de entrar ilegalmente a ese país. El contenido de sus bolsillos, que incluía una tarjeta postal de la Bürgerbraukeller, lo delató; y cuando se le sometió a interrogatorio, confesó de inmediato.

Elser no fue ejecutado, y ni siquiera sometido a juicio, sino internado en el campo de concentración de Sachsenhausen, donde se le trató como preso privilegiado hasta los últimos días de la guerra, cuando la Gestapo lo asesinó. La razón de aquello fue que Hitler y Himmler planeaban montar un juicio simulado, en el que "demostrarían" que Elser había actuado a nombre del Servicio Secreto británico. Convenientemente, Himmler ya había puesto la mira en dos agentes ingleses a los que se podía culpar. Durante el último mes, aun ocupados en los sucesos de Polonia, Heydrich y él habían trabajado en un minucioso golpe para atrapar al jefe de estación del M16 en La Haya, el mayor Richard H. Stevens, y su colega, el capitán Sigismund Payne Best, agente de la Organización Z, ultrasecreta red de respaldo del M16. Usando a uno de los jóvenes más brillantes del SD de Heydrich, Walter Schellenberg, a quien harían pasar por oficial antinazi representante de un ficticio grupo de conjurados, esperaban descubrir la identidad de los verdaderos conspiradores.

Stevens y Best eran los ideales chivos expiatorios para cargar con la culpa del atentado, y Himmler ordenó a Schellenberg atraerlos a una cafetería en la frontera entre Alemania y Holanda, en Venlo. Mientras los dos británicos sorbían aperitivos en la terraza, Alfred Naujocks y un grupo de maleantes del SD irrumpieron en un enorme auto negro, chocando contra una pared y disparando metralletas, al mejor estilo de las películas de gángsters, y los secuestraron. También ellos terminaron en campos de concentración, pero nunca fueron llevados a juicio. Habían cumplido su propósito, sin embargo, al mostrar a los británicos como implacables villanos y aumentar la popularidad de Hitler en un momento en que éste

debía convencer al pueblo y ejército alemanes de que tenía razón de querer atacar a Occidente. Para Himmler, el éxito de esta captura tuvo el beneficio adicional de incrementar su prestigio y distraer, al mismo tiempo, la atención de lo que había sido un grave descuido de seguridad en la Bürgerbraukeller, lo que, por supuesto, era su responsabilidad.

En año nuevo apareció, al fin, el clima que Hitler había esperado, con pronósticos de un periodo frío, seco y despejado, ideal para volar. El 10 de enero de 1940 consultó a Göring y fijó una nueva fecha para el ataque en un plazo de una semana, el 17 de enero. Los planes fueron puestos al día y distribuidos. Un juego, sin embargo, destinado a una división de paracaidistas en Colonia, nunca llegó a su destino. El oficial de la Luftwaffe destacado para entregarlo perdió su tren la mañana del 11 de enero, luego de una noche de farra y, contra todas las reglas, pidió que lo transportaran en un avión ligero. Y para su desgracia, el piloto se perdió, se quedó sin combustible e hizo un aterrizaje forzoso... en Bélgica. El oficial informó, por medio de la legación alemana, que había quemado los documentos hasta dejarlos convertidos en "fragmentos insignificantes, del tamaño de la palma de su mano", antes de que soldados belgas lograran apoderarse de ellos. Los periódicos de Bruselas, sin embargo, publicaron la noticia de que un oficial belga había conseguido salvarlos prácticamente intactos.

Como comandante en jefe de la Luftwaffe, Göring era el responsable último de esa catástrofe, y estuvo "fuera de sí varios días".[1] ¿De cuánto se habían enterado los belgas? ¿El oficial alemán realmente había logrado quemar los documentos lo suficiente para volverlos ilegibles? Göring hizo el experimento de tratar de quemar un paquete similar de papeles, pero sólo consiguió chamuscarse las manos cuando intentó sacarlos de la estufa. Desesperado, recurrió a un clarividente profesional que Emmy consultaba, quien le dijo que los documentos habían sido completamente destruidos.

Esto no tranquilizó a Hitler, pero, de acuerdo con el general Student, el Führer mantuvo la calma mientras Göring rabiaba, sabiendo que su reputación había sufrido grave daño. Esa noche en la cena, sin embargo, Hitler tuvo mucho que decir sobre "la negligencia con que aun los más delicados expedientes eran manejados por la Luftwaffe".[2] El oficial infractor se suicidó estando aún en Bélgica. Göring despidió al comandante en jefe de la Flota Aérea 2, el general Felmy, y lo remplazó por Kesselring,

quien había comandado la campaña de Polonia. Pero él permaneció, en gran medida, en el limbo.

Aun cuando hubieran podido los belgas leer o no los planes, el factor sorpresa ciertamente se había perdido, y Hitler no tuvo otra opción que cancelar la Operación Amarilla hasta fines de la primavera. También se vio obligado a reconsiderar esos planes, con base en el supuesto de que los documentos capturados habían dado al enemigo una idea bastante clara de la estrategia alemana. Pero en realidad le dio gusto tener la posibilidad de restructurarlos, pues siempre le habían parecido demasiado convencionales, basados como estaban en el Plan Schlieffen de la primera guerra mundial: flanqueo de la Línea Maginot mediante un vasto desplazamiento por Bélgica hasta la costa, y luego vuelta al sur y avance sobre el noroeste de Francia en un frente amplio. Ésa era la manera natural —y obvia— de atacar Francia, y seguramente los aliados estaban preparados para ella.

Hitler se había abstenido de interferir en Polonia, pero esta vez aprovechó la oportunidad de jugar al caudillo en serio: hizo caso omiso de los cautelosos generales e impuso su intuición de apostador, lanzándose *va banque* de nuevo. De cualquier modo atacaría a Francia por Holanda y Bélgica, para flanquear la Línea Maginot; pero en lugar de poner el principal énfasis en una ofensiva desde el norte, dirigiría su mayor esfuerzo a una ofensiva por el accidentado y boscoso terreno de las Ardenas, supuestamente infranqueable para los tanques. A esto seguiría un veloz arranque a la costa del Canal de la Mancha detrás de los ejércitos aliados, para obstruirlos en su retaguardia, mientras avanzaban a hacer frente al grupo del ejército alemán en el norte. Denominado Sichelschnitt (Corte de Hoz), éste era en realidad un concepto osado y atrevido, que Hitler reclamó como propio pero que coincidentemente había sido ideado por el general de división Erich von Manstein, brillante comandante del XXXVIII Cuerpo que había sido jefe del Estado Mayor de Rundstedt en la campaña de Polonia.

Mientras se hacían nuevos planes para la Operación Amarilla, Hitler y el OKW preparaban otro ataque, mucho más al norte, al que dieron el inocuo nombre en clave de “Weserübung” (Ejercicio Weser). Stalin había utilizado el pacto nazisoviético para obligar a Lituania, Letonia y Estonia a aceptar guarniciones del Ejército Rojo; pero cuando intentó forzar a Finlandia a

ceder una amplia franja de su territorio en el sur, además de varias islas en el Golfo de Finlandia, para mejorar las defensas de Leningrado, los fineses se negaron. Stalin envió contra ellos al Ejército Rojo el 30 de noviembre. Los fineses se defendieron con vigor. La Guerra de Invierno había comenzado. Para sorpresa de todos, los fineses procedieron a dar una tremenda paliza a los soviéticos, infligiéndoles una derrota tras otra y prolongando la guerra hasta bien entrado 1940, cuando finalmente fueron vencidos por el mero peso numérico. La guerra en Escandinavia representaba una amenaza para las vitales provisiones de mineral de hierro de alta calidad que Alemania obtenía del norte de Suecia, las que se enviaban en tren al puerto noruego de Narvik, en operación durante todo el año, para su embarque a Alemania por mar. Era muy probable que Gran Bretaña y Francia se apoderaran de esos yacimientos minerales con el pretexto de mandar tropas a través de Noruega para ayudar a los finlandeses. O simplemente podían optar por ignorar la neutralidad noruega y tomar Narvik, para cortar la ruta de abastecimiento. El gran almirante Raeder había presionado por un tiempo a Hitler para que ocupara Noruega y Dinamarca, a fin de obtener bases desde las que la marina alemana pudiera proteger a los transportistas de minerales y lanzar ataques contra embarcaciones británicas en el Atlántico norte. El 12 de diciembre, tras presentarlo con el líder fascista noruego, Vidkun Quisling, *protégé* de Rosenberg, Raeder convenció a Hitler de encargar un estudio exploratorio al OKW.

Hitler siguió sin convencerse de la necesidad de ocupar Noruega hasta el 16 de febrero, cuando el buque de suministro alemán *Altmark* —que llevaba trescientos marineros británicos, hechos prisioneros en los nueve barcos que el acorazado de bolsillo *Graf Spee* había hundido en el Atlántico sur antes de su ignominioso fin en Montevideo— trató de escabullirse a casa por aguas noruegas. Ignorando protestas diplomáticas y navíos de la marina noruega, el destructor británico *HMS Cossack* lo persiguió hasta el fiordo de Jossing, lo abordó y rescató a los prisioneros. Los británicos justificaron su incursión aduciendo que los noruegos no habían impedido la violación de su neutralidad por parte de los alemanes. Esto bastó para alertar a Hitler de la gravedad del peligro, y empezó a preparar una invasión de inmediato. Significativamente, no informó a Göring de la posibilidad de

un ataque contra Escandinavia, pese al profundo interés personal de aquél en la región.

Hitler había reaccionado a la falla de seguridad del mensajero de la Luftwaffe emitiendo una orden que restringía la distribución de información de operaciones militares a las personas estrictamente indispensables. Esa orden, que debía exhibirse en todas las oficinas militares, decía: “Nadie —ninguna oficina, ningún oficial— puede ser enterado de algo que debe mantenerse en secreto si no es absolutamente necesario que, por razones oficiales, tenga conocimiento de ello”. En una clara expresión de desconfianza, el Führer decidió que Göring no necesitaba saber de Noruega, ni de las nuevas ideas para la Operación Amarilla, al menos por el momento. Göring no fue el único. Hitler también excluyó —quizá con mayor justificación— a Brauchitsch, Halder y al Estado Mayor del ejército, junto con el de la Luftwaffe. Limitó toda la planeación a él mismo, tres oficiales del Estado Mayor del OKW bajo el mando de Keitel y Jodl y al militar que eligió para comandar la operación, el general Nikolaus von Falkenhorst.

Hitler no conocía a Von Falkenhorst, entonces comandante de cuerpo en Occidente, pero lo nombró a sugerencia de Jodl, quien le recordó que había servido en Finlandia a fines de la primera guerra mundial, y que por lo tanto poseía cierto conocimiento de Escandinavia. El sigilo obsesionaba tanto a Hitler que ni siquiera consultó a Brauchitsch antes de hacer este nombramiento, y prohibió a Falkenhorst obtener del Estado Mayor del ejército mapas o documentos sobre el área. El desconcertado general tuvo que ir a comprar la guía de turistas Baedeker sobre Noruega, y luego se encerró con ella en un cuarto de hotel para trazar un plan preliminar, que Hitler aprobó esa misma tarde. Ocho días después, Falkenhorst le presentó un plan operativo completo para la ocupación no sólo de Noruega, sino también de Dinamarca, con objeto de asegurar las líneas de comunicación entre Alemania y Noruega.

Marginar a Göring se facilitó por el hecho de que se había retirado de Berlín, pues de nuevo tenía problemas de salud: las glándulas lo fastidiaban, su peso había aumentado al máximo y su antigua herida de 1923 se había inflamado. Habiendo llevado a Emmy y Edda a vivir en la seguridad del Obersalzberg y Veldenstein, Göring instaló su cuartel en Carinhall, que se

ampliaba una vez más, pese a la escasez nacional de hombres y materiales para el esfuerzo bélico.

Esta increíble desconsideración de las prioridades de guerra era endémica en la jefatura nazi, cuyos miembros seguían compitiendo por posición y prestigio. Mientras Göring agrandaba Carinhall, Ribbentrop y Goebbels tenían en marcha costosos proyectos de construcción. Goebbels, quien al fin había logrado reparar su relación con Magda el otoño anterior, erigía un lujoso complejo de bajos edificios estilo casco de hacienda para rivalizar con Carinhall, cerca de la "sencilla cabaña de troncos" en Lanke que las autoridades de Berlín le habían regalado, donde había disfrutado de muchos de los más ardientes momentos de su romance con Lida Baarova.

A instancias del celoso Rosenberg, el proyecto de Lanke había sido originalmente prohibido por las autoridades locales, con el argumento de que se encontraba en una reserva natural; pero Göring, en su calidad de Gran Guardabosques del Reich, había ignorado sus objeciones y decretado que "la construcción no debe ser estorbada de ninguna forma".[3] La casa principal del nuevo refugio rural de Goebbels tendría veintiún habitaciones, incluidos cinco baños, y un cine. A imitación del Berghof de Hitler, tendría también enormes ventanales, que darían al lago Bogen y podrían subir y bajar por medios eléctricos, lo mismo que el bar. El contiguo edificio de servicio contaría con otras veintisiete habitaciones, todas ellas magníficamente amuebladas. Al terminarse, en noviembre de 1940, el complejo había alcanzado un costo de 2.26 millones de marcos. A Goebbels le preocupó la cuenta, pero Göring salió otra vez a su rescate encargándose de que fuera asumida por el Administrador de Títulos del Reich, a nombre de la industria cinematográfica alemana.

Ribbentrop, entre tanto, intentaba seguir el paso a Göring y Goebbels haciéndose edificar una nueva y grandiosa residencia oficial en el antiguo palacio del presidente del Reich, en el número 73 de la Wilhelmstrasse, extensamente reconstruido y ampliado por Speer según las especificaciones de Ribbentrop y su esposa. Cuando el edificio estaba casi terminado, Hitler lo inspeccionó y, según Speer, "se mostró insatisfecho":

> Apresurada e imprudentemente, Ribbentrop ordenó acto seguido que el nuevo anexo se derribara y reconstruyera. Quizá a fin de complacer a Hitler, insistió en toscas entradas de mármol, puertas enormes y molduras poco adecuadas para habitaciones de mediano tamaño. Antes de que realizara la

segunda inspección, le rogué a Hitler que se abstuviera de hacer comentarios negativos, o de lo contrario el ministro del Exterior ordenaría una tercera reconstrucción. Hitler se contuvo, en efecto, y sólo después, en su círculo íntimo, se rio del edificio, que en su opinión era un absoluto fracaso.[4]

Se desconoce qué pensó Hitler de las ampliaciones de Carinhall, o siquiera si las vio alguna vez, pero, aunque siempre monumental, el gusto arquitectónico de Göring era mucho más estable que el de Ribbentrop. Göring justificó el gasto ante el Estado, el cual financió la obra, anunciando que al cumplir sesenta años donaría Carinhall y todo su contenido a la nación, como el Hermann Göring Museum.

La afición de Göring por los castillos se puso en evidencia una vez más en el cuartel de campaña que Speer construyó para él en una antigua finca feudal en Kransberg, en los Montes Taunus, cerca de la frontera con Francia, en preparación de la Operación Amarilla. A Göring le fascinó el resultado, en marcado contraste con Hitler, quien rechazó el cuartel similar que Speer le construyó en la cercana Ziegenberg, pese al abundante dinero y esfuerzo invertidos en él. Exigió en cambio algo “simple y pequeño”, alegando que “no es conveniente que me deleite en el lujo mientras mis soldados viven en refugios subterráneos”.[5] Göring no tenía esas inhibiciones; aun su tren especial, el *Asia*, se equipó a todo lujo, incluido un baño inmenso que habría podido agraciar la villa de un César.

En Carinhall, durante los tres primeros meses de 1940, Göring invitó a un flujo incesante de visitantes a un apretado programa de reuniones. Tras la debacle de los planes perdidos, había prometido fungir como Comandante General de la Luftwaffe, y ya sostenía con regularidad detalladas pláticas sobre operaciones para la “Amarilla” con los jefes de sus flotas aéreas. El 9 de febrero se entrevistó con los principales fabricantes de armamentos, para hallar maneras de elevar urgentemente la producción a corto plazo. Tras informarles que no esperaba que la guerra durara más allá de 1941, les ordenó concentrar toda su energía en las necesidades inmediatas de las fuerzas armadas. Todos los proyectos de largo plazo, aparte de la producción de combustibles sintéticos, serían aplazados. Siguiendo esta orden, Milch canceló el desarrollo del motor a reacción Jumo 004, del fuselaje para el bimotor de combate Me-262 y de un cohete antiaéreo.

Pese a las exhortaciones de Göring, aún había retrasos y cuellos de botella —exacerbados, si no es que causados, por el enorme peso de la burocracia— en la producción y suministro de municiones al ejército. En un esfuerzo por remediar la situación, Göring llamó a Fritz Todt, el cerebro detrás de las autopistas, quien se dio cuenta pronto de que los principales problemas eran el papeleo y la interferencia del alto mando del ejército, el OKW (Oberkommando des Heeres), en los métodos de producción. Todt ya había aventajado al ejército al relevar de la construcción de la Muralla Occidental a sus ingenieros. El 17 de marzo relevó de la manufactura y suministro de armas a la Oficina de Pertrechos del ejército, al nombrársele Ministro del Reich para Armamentos y Municiones. Ésta fue otra bofetada para Brauchitsch y los generales, y un triunfo más para Göring, quien consiguió así el control absoluto que tanto había deseado.

En su carácter de dictador económico, Göring sostuvo conferencias para supervisar la absorción en el Reich de los nuevos territorios en el este, y para planear la incorporación de los que estaban por conquistarse en Occidente. Dijo al general Georg Thomas, jefe de la Oficina de Economía de Guerra y Armamentos del OKW, que no se preocupara si agotaba las reservas de Alemania, ya que pronto serían dueños de Francia, Bélgica y Holanda. “Se impone entonces la decisión”, agregó, “de explotar lo nuestro al máximo en 1940, y explotar a expensas de esos países sus reservas de materias primas en los años posteriores.” El ejército sería responsable de despojar a los territorios capturados de la totalidad de sus valiosas materias primas, embarcándolas al Reich “un tren tras otro”.[6]

En lo relativo al este, Göring convocó a una conferencia a todos los generales implicados, así como a Himmler en su nuevo papel de Comisario del Reich para la Consolidación de la Nación Alemana, Frank y los Gauleiter de las provincias anexadas, para hablar de la mejor manera de explotar las antiguas Checoslovaquia y Polonia. Los territorios conquistados, dijo, debían convertirse en graneros del Reich. Asimismo, debían ser desprovistos de todo el metal sobrante, lo que incluía las campanas de las iglesias, y de materiales útiles como cuero y hule.

En esa misma reunión, Göring dijo a Himmler que tendría que suspender el traslado de judíos al gobierno general de Polonia, a causa de la desfavorable publicidad generada, en particular en Estados Unidos, por

artículos periodísticos sobre las atroces privaciones y crueldad que aquéllos sufrían. Lamentablemente, en virtud de la combinación de ineficiencia y pugnas internas, la respuesta a su orden fue lenta. Tuvo que repetirla el 23 de marzo, e incluso entonces no se hizo totalmente efectiva hasta mayo, momento para el cual miles de judíos más habían perecido.

Los desfavorables artículos en el extranjero habían sido parcialmente responsables de la presencia de un enviado de paz estadunidense, el subsecretario de Estado, Sumner Welles, en Berlín a principios de marzo, cuando habló por separado con Hitler, Ribbentrop y Göring en tres días sucesivos. Hitler había dirigido una instrucción por escrito a esos dos ministros, diciendo que debía permitirse a Welles llevar la voz cantante, pero es obvio que esto resultó imposible para Ribbentrop. Tras recibir fríamente a Welles, sin saludarlo ni mucho menos ofrecerle una sonrisa de bienvenida, negó entender el inglés y llamó a Schmidt para que tradujera mientras Welles explicaba la misión que el presidente Roosevelt le había encomendado, de buscar una base para la paz. Welles recordaría con asombro el resto de la entrevista:

> Entonces Ribbentrop comenzó a hablar, y no paró en más de dos horas [...] Permanecía sentado, con los brazos tendidos a los lados de la silla y los ojos continuamente cerrados. No podría exagerarse la pomposidad e irracionalidad de su actitud. Sólo cabía suponer que se imaginaba a sí mismo como el oráculo de Delfos [...].[7]

Göring recibió a Welles en forma mucho más civilizada el 3 de marzo —en opinión de Schmidt, lo manejó más habilmente—, pero siguió las instrucciones de Hitler insistiendo en que Alemania nunca había deseado la guerra, sino que ésta se le había impuesto. “¿Qué iba a hacer Alemania”, preguntó quejumbrosamente, “cuando los demás querían destruirla?”. Culpó a Gran Bretaña y Francia por su obstinación, enfatizando los esfuerzos que él personalmente había hecho para asegurar la paz. Cuando Welles le dijo que el pueblo estadunidense estaba “sumamente consternado” por la situación de los judíos en Alemania, él se apresuró a recordarle la actitud de Estados Unidos ante sus propias razas nativas y de color. Göring causó mejor impresión a Welles que los demás líderes nazis; había hablado con Hess tanto como con Hitler y Ribbentrop. Aunque le pareció

igualmente despiadado e insensible a los sentimientos humanos, creyó que, a diferencia de los demás, era capaz de adoptar una visión más amplia de las relaciones de Alemania con el resto del mundo.

Advirtiendo la “monstruosa voluminosidad” de Göring, a Welles también le intrigó el subido color de sus mejillas, y al principio supuso, como muchos otros en varias ocasiones, que se polveaba. Pero conforme pasaban las horas y el rostro de Göring empalidecía, se dio cuenta de que eso se debía a una especie de “desajuste físico”. Göring presumió orgullosamente su casa y tesoros, incluido el joven león que tenía libre acceso a la residencia, pero nada de esto impresionó al patricio de Nueva Inglaterra, quien después escribió que “sería difícil encontrar un edificio más feo, o más intrínsecamente vulgar en su ostentoso despliegue”.[8] Por increíble que parezca en un anfitrión que solía ser tan generoso, Göring no ofreció a Welles nada de comer durante las varias horas que pasaron en Carinhall, presumiblemente a causa de que él mismo estaba bajo dieta de hambre y no podía resistir la vista de alimentos.

Un día antes de su reunión con Welles, Göring se indignó al recibir la directiva de Hitler para la invasión de Dinamarca y Noruega, lo primero que sabía del plan secreto. Furioso de que no se le hubiese consultado siquiera, y de que la directiva pusiera a la *Luftwaffe* bajo el control de Falkenhorst, al instante fue a quejarse ruidosamente con Hitler. Según Below, estaba “desconcertado, si no es que verdaderamente ofendido, de que Hitler no le hubiera confiado la misión a él”.[9]

Todo indica que una de sus principales preocupaciones era que días antes había dado una garantía personal al rey de Suecia, vía su hijastro Thomas, de que Alemania respetaría la neutralidad sueca. Pero como Suecia no se mencionaba en la directiva de Hitler, sus preocupaciones parecen haber sido infundadas. La subordinación de la Luftwaffe a Falkenhorst era mucho más seria, y se negó a aceptarla. El alto mando del ejército también se encontraba en estado de “furia”, a causa de que las tropas demandadas para la operación en el norte tendrían que proceder de las ya destinadas a la nueva versión de la “Amarilla”. Para resolver esto, Hitler llamó a los comandantes en jefe de las tres armas [ejército, marina y aviación] a la cancillería el 5 de marzo, donde, según Jodl, Göring “desahogó su ira de que no se le hubiera consultado. Domina la

conversación e intenta probar que todos los preparativos no servirán de nada”. Hitler logró aplacarlo, y los preparativos siguieron su marcha, con mayor participación de la Luftwaffe, la que en su momento resultaría decisiva.

Preocupaba a ambos hombres el inminente ataque a Occidente, y mientras éste se acercaba Hitler quiso cerciorarse de que Mussolini estaba de su lado. Las relaciones germanoitalianas se habían enfriado desde diciembre anterior, cuando Mussolini se molestó por el apoyo de Hitler a los soviéticos contra los finlandeses, a los que los italianos veían como héroes. En un mordaz discurso ante la Cámara italiana, Ciano atacó a Alemania en general, y a Ribbentrop en particular, por incumplir su promesa de no recurrir a la guerra en tres años, y por firmar el pacto con Stalin. Mussolini siguió esto con una carta de año nuevo a Hitler instándolo a restaurar el Estado polaco y buscar una paz negociada con las potencias occidentales, a las que, dijo, los alemanes no tenían esperanza alguna de derrotar. Hitler mostró su disgusto al no responder, pero en este momento necesitaba limar asperezas, y rápido. Sumner Welles había visitado a Mussolini antes de llegar a Berlín, con intención de separar al dictador italiano de la alianza del Eje, y su retorno a Roma estaba previsto para mediados de marzo. A fin de impedirlo, Hitler mandó a Ribbentrop a ver a Mussolini, llevando una larga carta en la que reafirmaba su determinación de combatir y explotaba el ansia de gloria histórica de Mussolini. “Tarde o temprano, Duce”, escribió, “creo que el Destino nos obligará a luchar lado a lado.”[10]

Ribbentrop recalcó el mensaje de que las Wehrmacht habían demostrado su imponente poder en Polonia y ya eran invencibles, y entregó una invitación de Hitler para una reunión cara a cara en el Paso del Brennero. Mussolini mordió el anzuelo, movido por el despecho de que los británicos acabaran de iniciar un bloqueo naval de los embarques alemanes de carbón a Italia. Hitler prometió entregar a cambio un millón de toneladas de carbón por tren al mes, y cubrir incluso los costos de transporte. La reunión tuvo lugar el 18 de marzo, bajo una tormenta de nieve en la pequeña estación ferroviaria de Brennero. En ella no se dijo nada nuevo. Hitler no informó a Mussolini de su decisión de invadir Noruega y Dinamarca, ni de detalles de sus planes de atacar Occidente. Mussolini se limitó a reafirmar, por su parte, que entraría a la guerra del lado de

Alemania, aunque no hasta que estuviera listo. No obstante, Ribbentrop, quien acompañó a Hitler, reclamó esto como un éxito más en su haber.

Justo a las 5:20 de la mañana, horario alemán de verano, del 9 de abril de 1940, una hora antes del amanecer, los ministros germanos en Noruega y Dinamarca extendieron notas de Ribbentrop a sus ministros anfitriones del Exterior, informándoles que sus países serían puestos bajo protección alemana mientras durara la guerra. Las notas decían que la culpa de ello recaía por entero en británicos y franceses, quienes habían comenzado todo "desatando esta guerra de agresión, preparada durante mucho tiempo, contra el Reich alemán y el pueblo alemán". "El gobierno del Reich", continuaban, "ha resuelto en adelante proteger y asegurar definitivamente la paz en el norte, con todas sus fuerzas, contra un ataque anglofrancés." Era cierto que británicos y franceses se preparaban para ocupar Narvik, contra los deseos de los noruegos. Ribbentrop había explotado eso cuatro días antes, haciendo que su ministro en Oslo, Curt Bräuer, invitara a la legación a miembros del gobierno noruego y otros dignatarios a ver una película especial. Lo que vieron fue el filme de Goebbels sobre la campaña en Polonia, el cual culminaba con una secuencia que exhibía la destrucción de Varsovia con horroroso detalle, y con una leyenda que decía: "Agradezcan esto a sus amigos ingleses y franceses".[11] Pero las seguridades de Ribbentrop de que los soldados alemanes no llegarían como enemigos y de que Alemania no tenía intención de infringir la integridad territorial e independencia política de ambos países se vieron socavadas por su sucesiva declaración de que "cualquier resistencia sería abatida por todos los medios posibles [...] y por lo tanto sólo conduciría a un absolutamente inútil derramamiento de sangre".[12]

Los daneses, después de pensarlo, capitularon bajo protesta. Para ayudarlos a decidir, un escuadrón de bombarderos de la Luftwaffe sobrevoló a baja altura el centro de Copenhague, como advertencia, mientras paracaidistas alemanes aseguraban los campos de aviación. Conscientes de que su llano y pequeño país estaba totalmente indefenso, los daneses sólo pudieron presenciar impotentes el arribo de tanques, cañones y soldados alemanes en bicicleta. El rey Christian, de setenta años, no tuvo tiempo de huir, y decidió quedarse con su pueblo. Para la hora de la comida todo había terminado: el ejército alemán había asumido el control de todos

los puntos clave, y la Luftwaffe ocupado todos los campos de aviación, llenándolos de aviones por utilizar contra los noruegos, si decidían causar problemas.

Los noruegos decidieron causar problemas, en efecto, aunque con el grave obstáculo de que no tenían ejército permanente: los documentos de la movilización tuvieron que enviarse por correo esa mañana. La inmediata respuesta de su gobierno a la nota alemana había sido: “No nos someteremos voluntariamente: la batalla está en marcha”. El ofendido Ribbentrop telegrafió a Bräuer: “Insista una vez más ante el gobierno en que la resistencia noruega es completamente insensata”. Pero ya era demasiado tarde. Los avisos de movilización iban en camino y el rey y su gobierno habían salido de Oslo en un tren especial para buscar refugio en las montañas, seguidos de una flotilla de veintitrés camiones con documentos ministeriales secretos y el oro del Banco de Noruega.

La marina desempeñó el principal papel en la invasión de Noruega, usando prácticamente toda la flota para transportar tropas a los puertos más importantes. Pero sufrió severamente a manos de las baterías costeras noruegas y los barcos, submarinos y aeronaves británicos procedentes de portaviones, que ya estaban en gran número en aguas noruegas, en preparación de la ocupación anglofrancesa de Narvik planeada para el 10 de abril. Cuando el crucero pesado más reciente de Alemania, el *Blücher*, de diez mil toneladas, se abrió paso al frente de una impresionante fuerza naval hacia la capital, a lo largo del fiordo de Oslo, de ochenta kilómetros de largo, se encargó fácilmente de los dos endebles dragaminas y el ballenero que con valentía se le opusieron, pero más tarde fue hundido por una batería costera. El barco voló en pedazos al explotar sus municiones, y unos mil hombres perdieron la vida, entre ellos oficiales y administradores de la Gestapo de Himmler, quienes debían arrestar y remplazar al gobierno noruego. El resto de la fuerza, incluido el acorazado de bolsillo *Lützow* (antes *Deutschland*, rebautizado a toda prisa tras la pérdida del *Graf Spee*, pues Hitler no podía tolerar que un barco con ese nombre se hundiera), el cual también fue alcanzado por los cañones costeros, puso pies en polvorosa y se retiró ignominiosamente al mar. El honor germano fue salvado por el piloto de un avión de combate Messerschmitt, quien tuvo el arrojo de capturar el desprotegido aeropuerto de Oslo aterrizando en él. Pronto otros lo siguieron, y se colocaron en posición para rodear la pista a

fin de que los aparatos de transporte de tropas pudieran llegar sin contratiempos. Para el mediodía habían sido desembarcadas ocho compañías de infantería, y mil quinientos hombres estaban formados detrás de una banda militar listos para marchar ceremoniosamente al centro de la ciudad.

Mucho antes de esto, todos los demás campos de aviación del país habían sido tomados por paracaidistas de la Luftwaffe, para conseguir la total supremacía aérea. Con la esperanza de que los noruegos entraran en razón y consintieran una ocupación pacífica, Hitler había ordenado que ningún pueblo ni ciudad fuera bombardeado. De los mil ocho aviones desplegados por Göring, casi la mitad eran aparatos de transporte Ju-52 para la conducción de tropas por aire. Había, en comparación, pocos aviones de combate, por la escasa o nula oposición aérea; pero cuando la resistencia noruega aumentó, y los aliados hacían aterrizajes en el centro y norte del país, la Luftwaffe se vio obligada a asumir un papel más activo, bombardeando fuerzas enemigas. Göring aprovechó esto para librar a la Luftwaffe del control de Falkenhorst en Noruega, despachando a Milch a Oslo para que organizara una nueva flota aérea de unos seiscientos cazas, bombarderos y aviones de reconocimiento.

Mientras Falkenhorst, en Noruega, y Hitler, en Berlín, perdían el valor a causa de los aterrizajes aliados y las cuantiosas pérdidas de la marina alemana —a Jodl le consternó la pérdida de control de Hitler, señalando en su diario: “La histeria es aterradora”—, Milch mantuvo la calma. La Luftwaffe se desenvolvió bien, y fue en gran medida responsable de que los aliados hubieran sido echados de todas partes, menos Narvik, a fin de mes. Para disgusto de Hitler, el rey Haakon VII se negó a cooperar, y aun a negociar, lo que acabó con sus esperanzas de un régimen títere como el de Dinamarca. Aunque esto se debió sobre todo a su error de cálculo al insistir en que el rey nombrara primer ministro a Quisling, del que culpó a Ribbentrop. Tras cerrar la legación en Oslo y despedir a los altos diplomáticos involucrados, prohibió a Ribbentrop y el Ministerio del Exterior todo contacto con Noruega durante el resto de la guerra. En vez de un plenipotenciario del Reich que condujera al país desde la legación, asignó al amigo y socio periodístico de Göring, el Gauleiter de Essen Josef Terboven, gobernar como dictador, con el título de *Reichskommissar*.

La operación de Narvik se prolongó hasta mayo, bajo la constante presión de los aliados sobre los ocupantes alemanes. Pese a los mejores esfuerzos de Göring y Dahlerus, el gobierno sueco se negó a comprometer su neutralidad y permitir que incluso provisiones no militares se transportaran por tierra a través de Suecia hasta las tropas sitiadas. Al empeorar la situación, Dahlerus ofreció negociar un armisticio en Narvik, conforme al cual el área se desmilitarizaría y pondría bajo control sueco, pero no se llegó a nada. La fuerza combinada británica, francesa y polaca fue finalmente expulsada a principios de junio, sufriendo cuantiosas bajas, sobre todo de ataques de la Luftwaffe.

La ocupación de Dinamarca había costado a Hitler sólo veinte bajas, ocurridas en escaramuzas menores con tropas que no recibieron a tiempo la orden de rendirse. Pero la de Noruega resultó mucho más costosa. Además de mil trescientos diecisiete muertos, mil seiscientos cuatro heridos y dos mil trescientos setenta y cinco desaparecidos o perdidos en el mar, la de por sí reducida flota alemana había sido diezmada. Se perdieron tres cruceros y diez destructores —la mitad del total de destructores de la marina—, y dos cruceros pesados y un acorazado de bolsillo fueron severamente dañados, y dejados fuera de servicio varios meses. En el verano de 1940, sin contar los submarinos, la marina alemana era prácticamente inexistente, pues sólo comprendía un crucero de ocho toneladas dos cruceros ligeros y cuatro destructores, factor de considerable importancia en la guerra con Gran Bretaña. La Luftwaffe, en contraste, emergió casi ilesa, y lista para las batallas que le esperaban.

Rompía el alba el 10 de mayo cuando Hitler llegó a su nuevo cuartel de campaña, en un remodelado campamento de artillería antiaérea arrebatado a una cumbre boscosa en Rodert, cerca de Münstereifel, a cuarenta y cinco kilómetros en carretera de la frontera con Bélgica. Sentando un precedente de extravagantes nombres en clave que mantendría por el resto de la guerra, lo llamó Felsennest, “Nido rocoso” o “Aguilera”. Incluso, mientras inspeccionaba el austero búnker de concreto que sería su hogar, en las siguientes semanas, mínimo su mobiliario, su insonorización tan deficiente que Keitel, a quien se asignó la celda junto a la suya, podía oirlo volver las páginas del periódico, el aire estaba cargado del rugido de motores, al tiempo que una oleada tras otra de bombarderos de Göring surcaban el

cielo. Se dirigían al ataque de más de setenta campos de aviación en Bélgica, Holanda y el norte de Francia, en el curso del cual destruirían entre trescientos y cuatrocientos aviones en tierra, a fin de asegurar para Hitler la superioridad aérea en las dos vitales semanas siguientes.

Algunos de esos aviones llevaban paracaidistas, los cuales serían arrojados en puntos estratégicos tierra adentro, en Holanda. Sabedores de la inminencia de un ataque, los holandeses habían abierto las compuertas para desbordar las barreras de agua que formaban sus principales líneas de defensa, y esperaban contener con eso a los invasores. Pero los paracaidistas de Göring pasaron sobre ellas y tocaron tierra en la retaguardia de las fuerzas holandesas, para tomar los tres puentes más importantes, en Moerdijk, Dordrecht y Rotterdam, antes de que los defensores pudieran volarlos. Otros atacaron campos de aviación impreparados para tácticas sorpresa, y los aseguraron para que los transportes aéreos pudieran desembarcar a tropas convencionales. Una compañía fue desembarcada en el río cerca de Rotterdam por hidroaviones obsoletos.

Las fuerzas holandesas resistieron valiente y fuertemente, conteniendo el avance alemán en varios lugares clave, en especial en Rotterdam, donde lograron cerrar el extremo norte de los puentes. El 14 de mayo, un frustrado Hitler consultó a Göring, quien sugirió bombardear la ciudad para someterla. Hitler estuvo de acuerdo, y Kesselring recibió la orden de enviar a los bombarderos. El resultado fue una de las operaciones más controvertidas de la guerra en Occidente. Todo el centro de Rotterdam fue destruido en el asalto, con terrible pérdida de vidas; las estimaciones iniciales, exageradas por el temor y la confusión, dieron una cifra de entre veinticinco y treinta mil muertos, pero la cuenta final fue de entre ochocientos y novecientos ochenta, más setenta y ocho mil personas sin hogar. Lo notorio de este asalto, sin embargo, no fueron las bajas, sino el hecho de que los bombarderos hayan atacado mientras tenían lugar negociaciones para la rendición de la ciudad.

Göring, quien estaba en constante contacto desde su tren estacionado en el cuartel de la Luftwaffe en Wildpark, negó en Nuremberg que el asalto de Rotterdam hubiera sido una deliberada táctica de terror. Aseguró que fue dirigido contra posiciones de la artillería holandesa, y que había sido solicitado mediante radio y señales en tierra por el general Student,

comandante de los paracaidistas, quien estaba atrapado con sus hombres en el puente, del lado de la ciudad, por intenso fuego de ametralladoras y artillería. Los paracaidistas no tenían artillería ni armas pesadas: "Las bombas eran el único tipo de artillería disponible para las tropas en paracaídas", dijo Göring, "y yo había asegurado a mis paracaidistas antes de la operación que en toda circunstancia recibirían protección de los bombarderos contra fuego pesado."

Göring ordenó a Kesselring usar un escuadrón de bombarderos, los que atacaron en tres grupos de hasta treinta y seis aviones. Cuando el primer grupo llegó al objetivo, las negociaciones de rendición ya estaban en marcha, pero era demasiado tarde para informar a los pilotos; en esa etapa de la guerra, la comunicación por radio tierra-aire era lenta y engorrosa. Como dijo Göring: "No había enlace de radio entre Rotterdam y los aviones. El enlace de radio iba de mi cuartel, la Flota Aérea 2, a la división, de la división a la estación en tierra de los escuadrones, y de ahí había un enlace de radio con los aviones [...]". Lo más que Student y sus hombres pudieron hacer fue lanzar bengalas rojas, la señal para abortar. Desafortunadamente, la primera oleada de aviones no las vio o no las entendió, y prosiguió con el ataque, dando exactamente en el blanco. El segundo y tercer grupos vieron y entendieron las bengalas, y se retiraron sin arrojar una sola bomba. Pero, para entonces, era demasiado tarde. Se había desencadenado ya una trágica sucesión de acontecimientos.

En sí mismo, este ataque no fue particularmente severo; como dijo Göring en el Tribunal de Nuremberg: "Si recuerdo correctamente las cifras, hubo a lo sumo treinta y seis bimotores, que arrojaron principalmente bombas de cincuenta kilos". La terrible destrucción no fue causada por explosivos de alta potencia, sino por el fuego. Uno de los edificios alcanzados era una fábrica de margarina, de cuyos reventados tanques de almacenamiento se derramó un ardiente río de aceites y grasas que se convirtió en un mar de fuego, el cual devoró los edificios circundantes y se extendió rápidamente por toda la ciudad. Éste fue el primer caso en la guerra de un fenómeno que más tarde impondría un feroz castigo a varias ciudades alemanas, la tormenta de fuego. En forma cobarde e imprecisa, Göring culpó al departamento de bomberos de Rotterdam, también él víctima del incendio, por no prevenir su propagación.[13]

La destrucción de Rotterdam marcó el fin de los combates en los Países Bajos. Al anochecer de ese mismo día, el general Winkelmann, comandante en jefe de las fuerzas holandesas, ordenó a sus hombres deponer las armas. La reina Guillermina y su gobierno fueron evacuados por dos destructores británicos, para seguir desafiantemente su guerra desde Londres. Aunque nunca logró arrollar el espíritu del pueblo holandés, las Wehrmacht habían tardado sólo cinco días en aplastar Holanda, y era indudable a quién correspondía el principal crédito. La Luftwaffe había sido la estrella de la función, y Göring pudo deleitarse felizmente en el éxito de su fuerza aérea.

Hubo gloria adicional para la Luftwaffe, y por lo tanto para su comandante en jefe, en Bélgica. Su éxito más espectacular ocurrió el 11 de mayo, con la captura del Fuerte Eben Emael, gran masa de concreto y acero en la frontera con Alemania que controlaba los puentes sobre el río Mosa y el canal Alberto, cerca de Maastricht, protegiendo la ciudad de Lieja, y que bloqueaba la ruta de las Wehrmacht a la costa. Guarnecido por setecientos defensores, Eben Emael tenía fama de ser la fortaleza más poderosa del mundo, capaz de soportar la más intensa embestida de bombas y proyectiles y de resistir indefinidamente todo ataque. Hitler, sin embargo, tenía otras ideas. Consciente de la necesidad de dejar fuera de combate esta fortaleza para poder proceder al avance, había pasado muchas horas estudiando un modelo a escala de ella en la cancillería, y como de costumbre había ideado un plan poco convencional. La fortaleza tenía un vasto techo plano, en el que planeadores repletos de tropas de asalto e ingenieros aterrizarían para capturarla desde ahí. Llegado el momento, nueve planeadores aterrizaron con éxito, llevando setenta y ocho hombres que atacaron de cerca las cañoneras con granadas y lanzallamas, destrozaron las torretas blindadas con nuevos explosivos de carga sorda que esparcieron llamas y gases en las cámaras inferiores e hicieron estallar el sistema de ventilación. En una hora, con un costo de seis muertos y diecinueve heridos, esos setenta y ocho hombres habían neutralizado a los setecientos defensores, atrapándolos en su inexpugnable fortaleza; tras ataques de Stukas y combates cuerpo a cuerpo en los túneles subterráneos, aquéllos se rindieron al día siguiente, cuando llegaron tropas alemanas convencionales.[14]

Silenciados los cañones de Eben Emael, más tropas aerotransportadas tocaron tierra y tomaron los puentes. Estaba abierta la puerta para el avance al centro de Bélgica. Hitler, literalmente, se abrazó de alegría cuando se

enteró de esto, pero después habría mejores noticias aún: británicos y franceses avanzaban a toda velocidad por Francia hacia Bélgica para hacer frente a los ejércitos de Hitler. “¡Habría podido llorar de gusto!”, recordaría éste después. “¡Habían caído directo en mi trampa! Fue una hábil decisión de nuestra parte tomarla contra Lieja; teníamos que hacerles creer que seguíamos fieles al antiguo Plan Schlieffen.”[15]

A espaldas de los ejércitos aliados, los tanques del Grupo Militar A de Rundstedt ya se abrían camino a toda prisa por los bosques y colinas de las Ardenas. En el vital flanco izquierdo, el más al sur, el XIX Cuerpo de Tanques era dirigido por el teniente general Heinz Guderian, el creador de la teoría de la *Blitzkrieg*. Conocido como el “Jairoso Heinz”, justificó con creces su sobrenombre entonces. Los planificadores del Estado Mayor habían previsto nueve días para que los tanques cruzaran las Ardenas y llegaran al Mosa. Guderian dijo que podía hacerlo en cuatro. Llegado el momento, lo hizo en dos, sus tanques atravesando Luxemburgo sin oposición hasta el sureste de Bélgica, abriéndose camino los conductores con sus pesados vehículos por “infranqueables” bosques a fuerza de valor y habilidad de manejo, respaldados por impecable preparación y mantenimiento, con equipos de mecánicos en cada columna listos para remediar al instante cualquier descompostura. A las quince horas del lunes 13 de mayo, las primeras tropas cruzaron el Mosa y establecieron una cabeza de puente. Al amanecer del día siguiente, los tanques de Guderian empezaron a desparramarse en todas direcciones. Para el 15 de mayo el camino estaba despejado y se dispersaron por Francia, ignorando órdenes de detenerse, primero de Rundstedt y luego de Hitler mismo, quien había perdido el valor otra vez, incapaz de creer en su buena suerte y temiendo que las líneas de comunicación no dieran más de sí.

Guderian no tenía esas preocupaciones. Un kilómetro tras otro, sus tanques continuaron a toda velocidad, casi sin oposición aún, corriendo hacia la costa por caminos abiertos en la retaguardia de los ejércitos aliados. Cuando estaban por quedarse sin combustible, simplemente se detenían en estaciones de servicio en el camino y usaban gratis las bombas. De tiempo en tiempo, algunos hacían alto para que sus tripulantes cargaran combustible humano ordeñando vacas en los campos. Llegaron a la costa del Canal de la Mancha en Noyelles, cerca de Abbeville, en la desembocadura del río Somme, el 20 de mayo, habiendo cubierto

trescientos veinte kilómetros en diez días en un gigantesco y mortífero corte de hoz. Dado que el resto del Grupo Militar A también se abría apresurado paso al oeste, los ejércitos aliados, incluida la totalidad de la Fuerza Expedicionaria Británica, fueron separados de sus líneas de abastecimiento en el sur. La trampa se había cerrado.

El asombroso avance había sido apoyado todo el camino por cazas, bombarderos y Stukas de la Luftwaffe, que repelieron exitosamente toda oposición tanto en tierra como en aire. La disparidad entre las fuerzas aéras aliada y alemana quedó crudamente de manifiesto cuando los obsoletos aviones de la fuerza aérea francesa fueron arrollados y la Royal Air Force (RAF) perdió cien de sus bombarderos estacionados en Francia, principalmente Fairey Battles y Bristol Blenheims, en tres desastrosos días mientras intentaban atacar concentraciones de tropas alemanas. Para el 14 de mayo, a la RAF sólo le quedaban ya doscientos seis aviones útiles en Francia, de un total original de cuatrocientos setenta y cuatro.[16]

Los bombardeos de la RAF fueron igualmente ineficaces en ese periodo. Winston Churchill, quien había sustituido a Chamberlain como primer ministro de Gran Breataña el 10 de mayo tras la debacle de Noruega, ordenó los primeros asaltos aéreos estratégicos contra Alemania esa misma noche, cuando ocho bombarderos Whitley atacaron blancos de comunicaciones cerca de la frontera con Holanda. A la noche siguiente, una fuerza mayor, de dieciocho Whitleys y dieciocho Hampdens, atacó caminos e instalaciones ferroviarias en Mönchengladbach. El daño resultó leve, y tres bombarderos de la RAF fueron derribados. Éste fue el primer gran ataque de cualquiera de los bandos contra un centro de población, aunque veinticuatro civiles, trece de ellos niños en un kínder, habían muerto en un bombardeo aéreo contra Friburgo, en la Selva Negra, el 10 de mayo. Sucedió que las bombas de Friburgo fueron lanzadas por tres He-111 alemanes, cuyos pilotos creyeron estar sobre Dijon, a doscientos veinticinco kilómetros de distancia, en Francia; esto consternó a Göring, pero Goebbels se apresuró a capitalizar la tragedia culpando a los franceses. El 15 de mayo, en represalia por el asalto contra Rotterdam, Churchill envió noventa y nueve aviones a bombardear instalaciones petroleras y siderúrgicas en el Ruhr, pero de nuevo los resultados fueron insignificantes, y sólo sirvieron para destacar la superior potencia destructiva de la Luftwaffe.

Mientras los incendios continuaban furiosamente en Rotterdam el 15 de mayo, Göring ordenó que su tren lo llevara al oeste para unirse a Hitler, en previsión de la gran victoria que sin duda estaba por llegar. El *Asia*, alargado por la adición de vagones para nuevos jóvenes ayudantes bajo el mando del jefe de ayudantes de Göring, el mayor Bernd von Brauchitsch, hijo del comandante en jefe del ejército y responsable de mantenerlo al tanto de los acontecimientos, llegó al Eifel a la mañana siguiente. Se estacionó en la entrada de un túnel, donde podía estar a cubierto de cualquier ataque aéreo, convenientemente cerca del Felsennest de Hitler. El Estado Mayor de la aviación, bajo las órdenes de Jeschonnek, se estacionó cerca en su propio tren de mando, el *Robinson*.

Ribbentrop, quien se había arrastrado tras el Führer con Himmler y Lammers a bordo del *Heinrich*, fue menos afortunado. Hitler no tenía tiempo para la pomposa verbosidad del ministro del Exterior, y le ordenó retirarse junto con su cuartel a otro sitio, a unos sesenta y cinco kilómetros de distancia. Este rechazo era sólo el más reciente golpe al orgullo de Ribbentrop. Aún en desgracia con Hitler a causa del incidente con el rey de Noruega, estaba resentido por lo que Paul Schmidt describió como "una batalla mayor en su guerra privada" con Goebbels. Ribbentrop había hecho todo lo posible por mantener la reserva mientras preparaba el anuncio de intervención en Holanda y Bélgica, que seguía el ya normal argumento de que los alemanes se habían visto obligados a intervenir en los dos países para protegerlos de los británicos y franceses, a punto de violar su neutralidad y usarlos como base para atacar a Alemania. Se había propuesto asimismo entregar personalmente copias de ese documento al embajador belga y el ministro holandés, antes de darlo a conocer en la radio, pero Goebbels frustró sus planes al adelantarse con una emisión del texto íntegro al amanecer. "Mientras por la bocina al fondo se oía la melosa voz de su archienemigo leyendo el fatídico memorándum", recordaría Schmidt, Ribbentrop, fuera de sí, gritaba furiosamente: "¡Todo mi departamento de radio queda despedido en este instante por ineficiencia!".[17]

Ribbentrop se molestó más todavía el 19 de mayo, cuando el nuevo embajador italiano, Dino Alfieri, quien había sido ministro de Propaganda de Mussolini, llegó de Roma con un regalo especial para Göring: el codiciado Collar de la Orden de la Anunciación, que por fin Ciano había

arrancado al rey Víctor Manuel. Se lo otorgó en una breve ceremonia bajo la tela de alambre del tren especial, y Göring se lo puso de inmediato y desfiló con él frente a su Estado Mayor, radiante de felicidad. A sus ojos, se había reparado una injusticia.

El 24 de mayo, los alemanes empezaron a tensar la cuerda en torno a los ejércitos aliados caídos en su trampa. Los tanques de Guderian, en dirección al norte, habían capturado Boulogne y rodeado Calais, y estaban alineados a lo largo del canal Aa, entre St. Omer y Gravelines, a treinta kilómetros del único puerto restante, Dunkerque, mientras el Sexto y Decimoctavo ejércitos empujaban desde el noreste. Los contrataques de británicos y franceses habían fallado, y unos y otros comenzaron a retirarse a Dunkerque; los franceses, para establecer una plaza fuerte, los británicos para empezar la evacuación. En ese momento, Hitler volvió a caer presa de los nervios. Cuando Rundstedt detuvo sus tanques, pese a protestas de algunos comandantes en el terreno y muchos en el Estado Mayor, Hitler apoyó su decisión. Consideró, como aquél, que los exhaustos hombres y aparatos necesitaban tiempo para reagruparse antes de iniciar el asalto final, contra tropas que probablemente se volverían y combatirían al verse acorraladas contra el mar.

Existen tres perdurables mitos sobre Dunkerque. Uno es que Hitler detuvo deliberadamente el avance por razones sentimentales, para dejar escapar a los británicos, a quienes admiraba, con la esperanza de formar una gran alianza angloalemana para la repartición del mundo. El segundo es que la idea fue de Göring, quien convenció a Hitler de contener al ejército de tierra para permitir a la Luftwaffe la gloria de liquidar a los aliados en su encajonada posición. El tercero es que la RAF permaneció en Gran Bretaña y no protegió a las tropas aliadas durante su retirada. Ninguno de ellos es cierto.

En primer lugar, fue Rundstedt quien ordenó hacer alto a sus unidades blindadas, hasta que llegara más infantería. Hitler respaldó su decisión por buenas razones: los ejércitos aliados en el norte estaban derrotados y no tenían dónde ir, pero aún había poderosas fuerzas francesas al sur, y no tenía caso arriesgar los valiosos tanques que él necesitaría para las batallas aún por venir. El mismo día en que dio la orden de alto, emitió su directiva para la siguiente etapa de su plan estratégico, la Operación Roja, la batalla

por Francia. En ella dijo que la siguiente tarea de la Luftwaffe era quebrar la resistencia que aún quedaba al enemigo rodeado, e impedir que las fuerzas británicas escaparan por el Canal. Como dijo Jodl a su Estado Mayor cuando cuestionó esa decisión: “La guerra está ganada. Únicamente hay que terminarla. No tiene caso sacrificar un solo tanque en eso, si podemos hacerlo a mucho menor costo con la *Luftwaffe*.”[18]

Ésa era una opinión con la que Göring estaba totalmente de acuerdo. Aprovechando su oportunidad, prometió a Hitler que su Luftwaffe haría la tarea, y Hitler aceptó agradecido el ofrecimiento, para disgusto del Estado Mayor del ejército, y en particular de Halder, quien después de la guerra dijo a William Shirer que lo había hecho “por una razón que era característica del inescrupulosamente ambicioso Göring. Quería asegurar para *su* fuerza aérea, tras las sorprendentemente fáciles operaciones del ejército hasta entonces, el decisivo acto final en la gran batalla, y obtener así la gloria del éxito ante el mundo entero”.

Ignorando el crucial papel de la Luftwaffe, incluidas sus tropas aerotransportadas, en esa campaña, Halder agregó que Milch y Kesselring le habían dicho a Brauchitsch en la cárcel de Nuremberg, en enero de 1946, que Göring explotó el desprecio de Hitler por los generales del ejército convenciéndolo de que “el prestigio del Führer en la patria alemana se vería dañado sin remedio” si se permitía a aquéllos reclamar el crédito de la gran victoria, y de que la única manera de impedir eso era que la Luftwaffe, y no el ejército, librara la batalla decisiva.[19] Tan embrollado razonamiento podría parecer exagerado ahora, pero en ese momento era absolutamente sintomático de los celos y paranoia que caracterizaban al régimen nazi; esas acusaciones bien podrían ser ciertas, aunque también podrían ser un síntoma más de la misma queja.

Lamentablemente para Göring, las cosas no marcharon de acuerdo con lo planeado. Mal tiempo y nubes bajas mantuvieron en tierra a sus aviones durante los dos días siguientes, dando tiempo a las fuerzas británicas y francesas de establecer un perímetro defensivo. Lo primero que vieron sus aviones de reconocimiento, cuando pudieron volar, fueron trece buques de guerra británicos y nueve transportes de tropas que tomaban hombres a bordo en el puerto de Dunkerque. Comprendiendo por primera vez que los británicos se proponían evacuar en serio, Hitler revocó la orden de alto, aunque sólo permitió que sus unidades blindadas hicieran limitados

avances, prefiriendo lanzar la artillería para complementar los ataques aéreos. En cualquier caso, los tripulantes de los tanques habían hecho una pausa y ponían a punto sus vehículos, así que no podían entrar en acción de inmediato.

Göring seguía absolutamente seguro de que sus aviones podían mantener inmovilizados a los aliados; tanto, que hizo que su tren volviera a Wildpark y él se tomó un descanso para volar sobre Rotterdam en un Ju-52 a fin de inspeccionar los daños, antes de continuar hacia Amsterdam para una modesta compra de obras de arte en compañía de sus viejos amigos Loerzer y Udet. De vuelta en Francia, llegó al Felsennest en un avión ligero y se ufanó bulliciosamente ante Hitler de que sus aviones tuvieran fijos a británicos y franceses en torno a Dunkerque: "Ahí sólo circulan botes pesqueros. ¡Ojalá que los Tommies sepan nadar!". Los "botes pesqueros" y otras pequeñas embarcaciones —veleros, lanchas de motor, vapores de paletas, yates y botes de trabajo, casi todo lo que pudiera flotar, lo cual componía un total de entre ochocientos cincuenta y novecientos cincuenta navíos diversos— le harían comerse sus palabras en los nueve días siguientes, mientras resoplaban de un lado a otro en el mar repletos de soldados británicos y franceses arrancados de las playas frente a las narices mismas de los alemanes. Luego de los desastres en Noruega, no había marina alemana para detenerlos.

Durante la mayor parte de este lapso, el mal tiempo impidió volar de nuevo a los aviones de la Luftwaffe, y cuando lo hicieron se llevaron una sacudida: los Spitfires y Hurricanes de la RAF, despegando en bases británicas, en muchos casos más cercanas que las de la Luftwaffe en Alemania, resultaron pronto un más que digno rival de los Me-109 y Stukas de Göring. Entre el 27 y 30 de mayo, la RAF derribó ciento setenta y nueve aviones y perdió sólo veintinueve. Pero, como la mayoría de los combates aéreos tuvieron lugar sobre la gruesa capa de nubes, los hombres en tierra y mar no se enteraron de ellos, y de ahí la creencia entre muchos de que la RAF los había abandonado.

Pese al clima y la RAF, los aviones de Göring causaron considerables estragos al puerto y las tropas en fuga, sus barcos y lanchas. El primero de junio hundieron cuatro destructores y un buque de pasajeros y dañaron severamente otros cuatro barcos, provocando que el vicealmirante Ramsey,

quien controlaba la operación desde una cabina profundamente oculta en los acantilados de Dover, prohibiera la navegación de día. Cuando la evacuación terminó, el 3 de junio, entre diez mil y quince mil hombres yacían muertos en las playas, alrededor del puerto y en las calles de la ciudad en llamas. Unos cuarenta mil soldados franceses que no habían huido fueron hechos prisioneros. Los británicos se habían visto obligados a dejar todos sus transportes y armas y equipo pesados, entre ellos prácticamente todos los recientes cañones de campaña de veinticinco libras de su ejército, y habían perdido ciento setenta y siete preciosos aviones. Doscientos treinta y dos navíos de rescate habían sido hundidos. Pero no menos de trescientos treinta y ocho mil doscientos veintiséis soldados británicos, franceses y belgas habían sido rescatados, y la reputación de la Luftwaffe y Göring quedó severamente mellada.

Churchill se presentó en la Cámara de los Comunes en Londres el 4 de junio, el día en que los alemanes irrumpieron en Dunkerque, para "contar toda la historia" ante el Parlamento. Su discurso de ese día se recuerda por su famoso grito de guerra: "¡Pelearemos en las playas, pelearemos en las pistas de aterrizaje, pelearemos en los campos y en las calles, pelearemos en las colinas! ¡Jamás nos rendiremos!". Pero antes de terminar con ese gran rugido de desafío, rindió tributo a los hombres y las máquinas que lo hicieron posible:

> No asignemos a esta liberación los atributos de una victoria. Las guerras no se ganan con evacuaciones. Pero hubo una victoria en esta liberación que debe destacarse: fue obtenida por la fuerza aérea.
>
> [...] Ésta fue una gran prueba de fortaleza entre las fuerzas aéreas británica y alemana. ¿Pueden concebir ustedes un objetivo mayor para los alemanes en el aire que volver imposible la evacuación de esas playas, y hundir todos los barcos, desplegados casi en miles? ¿Habría podido haber un objetivo de mayor importancia y significación militar que ése para el propósito entero de la guerra? Ellos hicieron un gran esfuerzo y fueron repelidos; se vieron frustrados en su tarea. Nosotros retiramos nuestro ejército, pero ellos pagaron al cuádruple las pérdidas que infligieron [...] Todos nuestros soldados y pilotos se han confirmado como superiores a los que ellos enfrentan en el presente.[20]

Estas palabras de Churchill deben haber sido amarga hiel para Göring, pero afrontó la situación y al día siguiente condujo a su Estado Mayor por las

humeantes ruinas de Dunkerque e inspeccionó jubilosamente las enormes pilas de armas y equipo abandonados. Milch lo alcanzó más tarde en su tren, que estacionó cerca de la costa, y propuso lanzar de inmediato tropas aerotransportadas al otro lado del Canal para tomar los campos de aviación y establecer una cabeza de puente a fin de invadir Gran Bretaña. Pero Göring le dijo que eso no era posible, ya que sólo tenía disponible una división aerotransportada. Después de la guerra, aseguró que si hubiera tenido cuatro divisiones, habría procedido, pero éstas parecen simples ilusiones a posteriori. En realidad no era lo que Hitler deseaba en ese momento, cuando lo que más le interesaba era culminar la derrota de Francia, tras de lo cual aún creía que podría hacer las paces con Gran Bretaña.

Los belgas se habían rendido el 28 de mayo, sin consultar a sus aliados, y tan pronto como cayó Dunkerque, Hitler trasladó su cuartel del Eifel a la ciudad belga de Brûly-de-Pesche, en la frontera con Francia, al sur de Namur, desalojada para hospedarlo junto con su Estado Mayor. Hitler dio a esa ciudad el romántico nombre en clave de “Wolfsschlucht” (la Garganta del Lobo). Habiéndose marchado los británicos, estaba en libertad de dirigir toda su fuerza ofensiva, unas ciento treinta y seis divisiones, más la Luftwaffe, contra las cuarenta y nueve maltrechas divisiones que aún le quedaban al ejército francés.

Los soldados galos pelearon con todas sus fuerzas, pero no podían esperar contener a las arrolladoras Wehrmacht. Los alemanes penetraron sus defensas dos días después y se extendieron por Francia, abriéndose en abanico en todas direcciones. Los líderes franceses se aterraron. La derrota se convirtió en un desplome total. El gobierno huyó, primero a Tours y luego a Burdeos, abandonando París y declarándola ciudad abierta para evitar su destrucción. Las tropas alemanas entraron ahí sin oposición el 14 de junio, y marcharon victoriosamente por el Arco del Triunfo y Champs-Élysées. El general Bock, comandante del Grupo Militar B, voló sin problemas al aeropuerto de París para presidir el desfile, y luego visitó la tumba de Napoleón y comió en el Hotel Ritz antes de comprar artículos de lujo en las exclusivas tiendas de la ciudad.

Mussolini, mientras tanto, había entrado a la guerra el 10 de junio, más que temeroso de que todo terminara antes de que él tuviera oportunidad de

reclamar la gloria o el botín. Había informado a Hitler el 30 de mayo que estaría listo para combatir a los franceses el 5 de junio, pero Hitler le había pedido posponer esa acción una semana, para dar tiempo a la Luftwaffe de liquidar primero al resto de la fuerza aérea francesa. Las impreparadas y desanimadas fuerzas de Mussolini sólo lograron avanzar un centenar de metros por la Costa Azul hasta Menton, antes de ser detenidas por tropas francesas a las que superaban en número por tres a uno. En la frontera alpina no hicieron ningún avance en absoluto.

Para el ejército alemán, la intervención de los italianos fue totalmente irrelevante; éstos no hicieron más que dispersarse por Francia lo más rápido que pudieron. El 16 de junio cayó el gobierno de Reynaud; el mariscal Pétain asumió el mando y pidió la paz. Hitler declaró que debía consultar a su aliado italiano antes de acordar los términos de un armisticio, y se reunió con Mussolini en Munich el 18, con sus respectivos ministros del Exterior. En realidad hubo muy poca consulta; Hitler simplemente quería informar a Mussolini de lo que hacía, y mantenerlo en su lugar mientras éste lo dejaba negociar su propio armisticio por separado con los franceses.

A Ciano le divirtió hacerle a Ribbentrop la misma pregunta que le había hecho en Fuschl, "¿Qué quieren: guerra o paz?", y recibir esta vez la respuesta contraria: "Paz". Dedujo, correctamente, que, como de costumbre, Ribbentrop repetía como perico las opiniones de Hitler, y se rehusó a indagar más, "porque él ignora aún las ideas precisas de Hitler".[21] En cambio, Ribbentrop le contó a Ciano de su plan, originalmente ideado por su exmudancero, Martin Luther, al que había puesto a cargo de los "asuntos judíos" en el Ministerio del Exterior, de embarcar al medio millón de judíos de Europa occidental a la colonia francesa de Madagascar. Era una idea descabellada, que había sido discutida y descartada por el gobierno polaco tres años antes; pero, habiendo sido excluido del este por Himmler y Frank, Ribbentrop creía que debía demostrarle a Hitler que hacía alguna contribución para resolver el gran problema.

El armisticio con Francia se firmó el 21 de junio, en el mismo vagón que el armisticio de 1918; los ingenieros militares alemanes derribaron el muro del museo que lo había albergado desde entonces, sacaron el vagón y lo colocaron justo en el sitio del bosque de Compiègne que había ocupado entonces. Una noche antes, un empleado menor del Ministerio del Exterior,

Erich Tuch, se había arriesgado allá con Hitler, solos en el claro del bosque, para que éste ensayara su entrada y repitiera una y otra vez su acto con todo detalle, preparando cada gesto, cada expresión de desdén. Aquel día, su actuación fue perfecta. Acompañado por su séquito en estricto orden de precedencia —Göring, Ribbentrop, Hess, Raeder y Brauchitsch—, bajó de su auto a las tres y cuarto en punto de la tarde y caminó, “con el ágil paso de un conquistador triunfante”, hacia el viejo vagón del mariscal Foch, haciendo una pausa en el trayecto para inspeccionar el gran bloque de granito que conmemoraba la ocasión anterior, y su inscripción en francés: “Aquí, el once de noviembre de 1918, sucumbió el criminal orgullo del imperio alemán, vencido por los pueblos libres que quiso esclavizar”.

William Shirer, quien estaba entre los periodistas internacionales invitados a presenciar el acto, anotó en su diario:

> Hitler la lee y Göring la lee. Todos la leen, bajo el sol de junio y el silencio. Busco la expresión del rostro de Hitler. Estoy a menos de cincuenta metros de él, y con mis anteojos lo veo como si estuviera directo frente a mí. He visto esa cara muchas veces en los grandes momentos de su vida. ¡Pero hoy! Arde de desprecio, ira, odio, venganza, triunfo.
>
> Se aleja del monumento, y logra hacer, aun de este gesto, una obra maestra del desdén. Voltea a verlo de nuevo, despreciativo, enojado; enojado, puede sentirse casi, de no poder aniquilar esas horribles, irritantes letras con un golpe de su alta bota prusiana.[22]

Hitler se propuso humillar a los delegados franceses con esa ceremonia, en pago por la humillación copiosamente infligida a los generales alemanes en noviembre de 1918, y lo hizo eligiendo ese lugar, sin avisarles. Ni siquiera se quedó a atestiguar la firma del documento; tan pronto como el preámbulo fue leído por Keitel, él se marchó, con Göring, Brauchitsch, Raeder, Ribbentrop y Hess. Pero decidió no humillar a los franceses en el armisticio, las condiciones del cual fueron duras pero sorpresivamente magnánimas. Los alemanes sólo ocuparían el norte y la costa oeste de Francia, dejando “libres” dos quintas partes del país bajo su propio gobierno, encabezado por Pétain. Francia conservaría su imperio colonial, y parte de su marina para protegerlo, en tanto que el resto de sus barcos quedarían simplemente fuera de servicio. El Führer no quería incitar a los franceses a continuar la guerra desde el norte de África, o con su flota. Y sobre todo, esperaba que su aparente moderación convenciera a los

británicos de aceptar sus ofrecimientos de paz, poniendo fin así a la corta guerra que había planeado en Occidente y dejándolo en libertad de concentrarse en la preparación de su verdadera cruzada.

En las primeras horas del 25 de junio, Hitler proclamó el fin de la guerra, como "la más gloriosa victoria de todos los tiempos", y ordenó que las campanas de Alemania tocaran una semana y las banderas ondearan diez días. Decretó la parcial desmovilización del ejército, reduciéndolo de ciento sesenta a ciento veinte divisiones, para que los hombres regresaran a la industria, aunque resultó sintómatico de la negativa alemana a comprometer una total economía de guerra que la mayoría de ellos haya retornado a la manufactura de bienes de consumo. Días antes, el Führer había dicho a Halder y el Estado Mayor del ejército que empezaran a planear la transferencia de tropas al este. Inicialmente, esto implicaría a sólo quince divisiones, pero en ese momento ordenó que tal número aumentara a veinticuatro, seis de las cuales serían blindadas y tres de infantería motorizada. Esta operación se haría pasar por un redespliegue normal, o como los preparativos de un ataque contra posiciones británicas en Medio Oriente. Pero, en realidad, era el inicio de la concentración de fuerzas para invadir la Unión Soviética.

ÁGUILAS Y LEONES MARINOS

Derrotada Francia y expulsados los británicos del continente europeo, los líderes nazis se relajaron unos días en un humor festivo. Hitler cumplió una ambición de toda la vida visitando París el 23 de junio de 1940, pero decidió llegar volando a la curiosa hora de las cinco y media de la mañana, llevando consigo a un pequeño grupo que incluía a Keitel, dos arquitectos —Speer y Hermann Gieseler— y su escultor favorito, Arno Breker. En una agitada excursión por lugares de interés, visitaron la Ópera, la Torre Eiffel, La Madeleine, la Tumba del Soldado Desconocido bajo el Arco del Triunfo, la tumba de Napoleón en Les Invalides y por último la iglesia del Sacré Coeur en lo alto de Montmartre, antes de regresar al aeropuerto. Su visita había durado escasamente tres horas.

Hitler diría después a Goebbels que París le había parecido "muy decepcionante",[1] pero ante Speer mostró mucho más entusiasmo. "¿No es bello París?", le preguntó, y agregó: "Pero Berlín debe ser mucho más hermosa. En el pasado consideré a menudo si no debíamos destruir París. Pero cuando terminemos Berlín, París será sólo una sombra. ¿Así que, por qué habríamos de destruirla?". Le dijo a Speer que hiciera un decreto en su nombre ordenando la completa reanudación de las obras de reconstrucción de Berlín. "Berlín", declaró, "debe recibir un estilo acorde con la grandeza de nuestra victoria."[2] Speer le tomó la palabra encantado, y pronto Göring cedía fondos y escasos materiales para el gran proyecto. Dice mucho de la seguridad de Hitler en sí mismo el que no parezca haber considerado siquiera la posibilidad de que los nuevos edificios fueran bombardeados por la RAF (Royal Air Force).

Además de Berlín, el programa de construcción de Hitler también cubría Nuremberg, Munich y Linz; en el otoño añadió, mediante decretos personales, otras veintisiete "ciudades en reconstrucción". El aterrado Speer estimó que el costo, tan sólo de los edificios del partido en esas ciudades,

sería de entre veintidós y veinticinco mil millones de marcos. Para abril del año siguiente, Göring asignaba no menos de ochenta y cuatro mil toneladas de preciosos hierro y acero al año a esos proyectos, y contratos por treinta millones de marcos se otorgaron a compañías explotadoras de granito en Noruega, Finlandia, Italia, Bélgica, Suecia y Holanda. Increíblemente, se creó una flota especial de transporte, con astilleros en Wismar y Berlín, para la construcción de mil embarcaciones con capacidad de carga de quinientas toneladas cada una. El programa de reconstrucción debía concluir en 1950, decretó Hitler, y no se permitiría que nada se interpusiera en su camino.

Cuando Speer salió de Brûly, alcanzó a oir que Hitler, “de radiante buen humor”, discutía la invasión de la Unión Soviética con Keitel y Jodl. Pero por el momento el Führer tenía otras cosas en mente. Acompañado por sus camaradas de la primera guerra mundial, Max Amman y Ernst Schmidt, dedicó un par de días al turismo, visitando los campos de batalla donde habían pasado cuatro años en las trincheras y rindiendo homenaje a los muertos en los cementerios alemanes. Göring, habiendo asegurado a su equipo que no sucedería nada antes de que Hitler pronunciara su discurso de victoria en el Reichstag en dos semanas, siguió su propio camino, regresando primero a Amsterdam y La Haya y días después a París, en expediciones de compra de más obras de arte para su colección, en rápido crecimiento.

Goebbels también aprovechó la oportunidad de visitar lugares de interés en Holanda, Bélgica y Francia y de hablar con los soldados alemanes, ansiosos de ir a Inglaterra a terminar su labor. Siguiendo fielmente de nuevo las huellas de Hitler, hizo un recorrido de un día en París, visitando los mismos lugares de guía de turistas, aunque también Versalles, “donde Alemania fue condenada a muerte”. Animado por la victoria y totalmente convencido de la infalibilidad de Hitler, aguardaba con impaciencia el gran enfrentamiento: “Espero que Churchill no se rinda a última hora”, escribió. Churchill se había convertido en su *bête noire*, inmune a sus pullas y tan peligroso que “Alemania no estaría donde hoy está si él hubiera tomado el timón en 1933”. Pero aunque no perdía ocasión de denigrar al primer ministro británico, no podía menos que sentir renuente admiración por su “chispeante estilo” oratorio, y tuvo que admitir que “el viejo zorro” era “un hombre de grandes cualidades”,[3] y un respetable adversario en la batalla de las palabras.

Durante la breve guerra en Occidente, Goebbels había usado todos los trucos que se le ocurrieron para abrir una brecha entre Gran Bretaña y Francia, y para minar la moral de los soldados franceses mediante recursos como hojas volantes, según las cuales, mientras ellos luchaban en el frente, sus mujeres eran seducidas por sus aliados. Esto ya no era propaganda ni adoctrinamiento, sino guerra psicológica, con mensajes radiales que instaban a los soldados franceses a desertar y rumores de que los alemanes querían confiscar todas las cuentas bancarias privadas, ideados para causar retiros de pánico. Para este momento, sin embargo, Goebbels ya dirigía por completo su atención a Gran Bretaña, ordenando a su ministerio intensificar la guerra psicológica, en preparación de la invasión que, estaba seguro, se lanzaría muy pronto.

Le desconcertó, entonces, que Hitler lo convocara a su nuevo cuartel, cerca de Freudenstadt, en la montaña Kniebis, en la Selva Negra, llamado en clave "Tannenberg" (Montaña de Pinos), al que él y su personal se habían mudado el 28 de junio, y le dijera que debía atenuar la guerra de propaganda contra Gran Bretaña. Hitler lo había llamado para hablar de los preparativos de su regreso triunfal a Berlín, y del gran discurso de la victoria que pronunciaría en el Reichstag, en el que, dijo, deseaba darle a Gran Bretaña "una última oportunidad".

Goebbels había recuperado en esos días el favor de Hitler tras remediar su matrimonio; como palpable prueba de ello, Magda tenía cinco meses de embarazo de su "bebé de la reconciliación". Patéticamente agradecido por la aprobación de Hitler, Goebbels estaba sometido a él más que nunca, describiéndolo como "genio histórico, que destaca entre todos los demás", pese a lo cual no había recobrado aún toda su confianza, en especial en cuestiones militares. Sin saber nada del plan de invadir la Unión Soviética, le pareció difícil de entender la actitud de Hitler hacia Gran Bretaña, e igualmente difícil lograr que el público alemán la admitiera, pero aceptó ciegamente que lo que el Führer dijese o hiciese era lo correcto. Instruyó entonces a su equipo que aunque debían mantener el nivel existente de odio contra los británicos, por el momento tendrían que "flotar", "pues no debemos adelantarnos a las acciones del Führer".[4] Mantuvo sus ataques personales a Churchill, pero suspendió toda crítica al pueblo británico.

Goebbels pisó terreno más conocido en la organización de la vuelta de Hitler a Berlín como héroe, y usó todos los recursos necesarios para

convertirla en una ocasión memorable. Habiendo llegado a las tres de la tarde del sábado 6 de julio a la Anhalter Station, adornada con flores y banderas, Hitler, “el mayor caudillo de todos los tiempos”, como lo llamó Keitel, fue recibido por Göring y llevado a la cancillería por calles repletas de multitudes desbordadas. Sin embargo, una gigantesca sombra se cernía sobre las celebraciones: la guerra no había terminado aún. El día anterior, los británicos habían demostrado que no tenían intención de replegarse cuando la Royal Navy atacó y destruyó la flota francesa anclada en Mers-el-Kebir, Argelia, quitando la vida a unos mil doscientos marinos franceses. Hitler había dicho que esos barcos ya no participarían en la guerra, pero Churchill se atrevió a desconfiar de su palabra. “No podemos permitir que sus excelentes buques caigan en manos de nuestros enemigos alemanes o italianos”, dijo Churchill a los franceses, ofreciéndoles la opción de navegar a Gran Bretaña para unir fuerzas con la Royal Navy, o a las Antillas francesas, donde serían neutrales y estarían fuera del alcance alemán, o de hundir sus barcos donde se encontraban. Cuando los franceses rechazaron las tres opciones, los británicos atacaron, exhibiendo una despiadada determinación que sacudió a Hitler.

Este mentís a sus esperanzas trastornó todos los cálculos del Führer. Pospuso para el lunes el discurso que planeaba pronunciar en el Reichstag, y luego de una breve reunión con Ciano viajó al sur, a Munich, y después al Berghof. La insistencia británica en continuar la guerra fue una amarga decepción para él, que le impuso una seria reflexión. Su meta última permaneció inalterable: atacar y destruir a la Unión Soviética, y con ella al bolchevismo; obteniendo, al mismo tiempo, el espacio vital que él deseaba para la expansión del pueblo alemán en el este. Si los británicos aceptaban esto y le permitían perseguirlo sin obstáculos, todo estaría bien. Si no, encararía la temible perspectiva de una guerra en dos frentes, que sólo podía evitarse dejando fuera de combate a un adversario antes de que el otro tuviera tiempo de empezar.

Convencido de que Gran Bretaña sólo resistía con la esperanza de que los soviéticos salieran en su ayuda, creyó que batirla en una guerra relámpago obligaría a Churchill a ceder y pedir la paz. Tras su asombroso éxito en Occidente, no veía razón de que no pudiera derrotar al Ejército Rojo con igual celeridad, quizá incluso en un mes. Por otra parte, los británicos no se habían recuperado todavía de su completa derrota en

Francia; destrozado su ejército y despojados de su equipo y armas pesadas, él los creía desmoralizados, y presa fácil del poder de las Wehrmacht en una campaña igualmente rápida. Éstas eran sus dos opciones principales: invadir por tierra y aire la Unión Soviética, o invadir por mar y aire Gran Bretaña. Había una tercera: estrangular a Gran Bretaña cerrando el Mediterráneo en Gibraltar y Suez y cortando la cuerda de salvamento de aquélla en el Atlántico con ataques de submarinos contra sus buques, pero esto sería muy tardado y él nunca lo consideró seriamente.

Hitler titubeaba y aplazó varios días la decisión. Resolvió que, una vez enfrentada la Unión Soviética, no habría más problemas de parte de Gran Bretaña; por lo tanto, la preocupación por esta última no debía impedir a Alemania atacar a aquélla. Al mismo tiempo, sin embargo, seguía aferrado a la posibilidad de que, si continuaba presionándola directamente, Gran Bretaña entraría en razón de todos modos. Así, el 16 de julio, con notoria falta de determinación, emitió su Directiva núm. 16, para preparar —aunque no todavía para ejecutar— una invasión, bajo el nombre en clave de "León Marino". Todo debía estar listo para mediados de agosto, y hacerse en forma ostentosa. Mil lanchas pesadas se tomarían de canales y ríos de Alemania, y novecientas más de Holanda y Bélgica. Se les congregaría en la costa francesa, a plena vista de los británicos. El hecho de que esto paralizaría el sistema de transporte alemán y pararía en seco grandes sectores de la economía era menos importante que montar una suficiente demostración de fuerza. Sin duda, Hitler creyó que podría devolver esas lanchas pronto y sin contratiempos, para que reanudaran sus actividades normales.

Se ignora si realmente pensaba lanzar una invasión al otro lado del Canal de la Mancha. Más bien, la mayoría de los generales del ejército y la Luftwaffe consideraron que se trataba de una gigantesca fanfarronada. Jeschonnek, por ejemplo, dijo al oficial de enlace entre el Estado Mayor de la aviación y el OKW que, a su parecer, el Führer no tenía la menor intención de cruzar el Canal: "No habrá ningún León Marino", afirmó. "Y yo no tengo tiempo para ocuparme de esto."[5] Rundstedt, comandante en jefe en Occidente, ni siquiera se tomó la molestia de asistir a los ejercicios de aterrizaje de aviones anfibios. Alentado por Göring, Hitler creyó que la clara amenaza de invasión, aunada a ataques aéreos contra puertos y

embarcaciones de los que Gran Bretaña dependía para su sobrevivencia, bastaría para que Churchill entrara por fin en razón. Con esto en mente, permitió a Göring iniciar bombardeos a pequeña escala de puertos e instalaciones costeras británicos, aunque le prohibió estrictamente atacar pueblos y ciudades del interior.

Göring convocó finalmente al Reichstag para que escuchara el dos veces pospuesto discurso de Hitler la noche del 19 de julio. El auditorio del Teatro de la Ópera Kroll estaba a reventar, con los diputados del Reichstag en la platea, generales y almirantes en el primer piso y diplomáticos en los palcos. Seis asientos vacíos en la primera fila de la platea ostentaban coronas en memoria de los diputados caídos en acción. Cada rincón estaba lleno de flores, y medallas relucían en cientos de uniformes de gala con galones dorados. Göring eclipsó a todos con un flamante uniforme diseñado por él mismo para la ocasión, deslumbrante creación en pálido gris perla que hizo murmurar a sus oficiales que había abandonado el uniforme de la Luftwaffe.

Pero es que Göring sabía algo que ellos no: que, "en premio a su extraordinaria contribución a la victoria", ese día sería ascendido de mariscal de campo a mariscal del gran Reich alemán, lo que lo convertiría en general de seis estrellas y en el oficial de más alto rango no sólo en Alemania, sino en el mundo entero. Este rango sólo había sido ocupado una vez, por el príncipe austriaco Eugenio de Saboya, vencedor de los turcos a principios del siglo XVIII. Hitler entregaría asimismo al "creador de la Luftwaffe" la Gran Cruz de la Cruz de Hierro, condecoración otorgada sólo una vez en la primera guerra mundial, a Hindenburg, y que no se concedería a nadie más en la segunda.

A William Shirer, que miraba desde la tribuna de prensa, le divirtió ver que Göring "actuaba como el niño que juega dichoso con sus juguetes en la mañana de navidad [...] mordiendo su lápiz y escribiendo con grandes y desgarbadas letras el texto de las observaciones que haría cuando Hitler terminara de hablar".

Mordisqueaba su lápiz, fruncía el ceño y garabateaba como el escolar que debe finalizar una composición antes de que acabe la clase. Pero estaba siempre atento a las palabras del Líder, y en

momentos apropiados bajaba el lápiz y aplaudía efusivamente, con una sonrisa de aprobación de oreja a oreja.

Göring mereció dos grandes momentos, y reaccionó a ellos con la feliz naturalidad de un niño. Cuando Hitler nombró mariscales de campo a dos de sus generales de la fuerza aérea, resplandeció como un orgulloso hermano mayor, dirigiendo una sonrisa de dicha y reconocimiento a los generales en la galería y batiendo palmas con gestos pantagruélicos, apuntadas las manazas hacia los nuevos mariscales de campo como al boxeador que se presenta en el ring. El clímax tuvo lugar cuando Hitler lo nombró *Reichsmarschall*. Hitler volteó y le entregó una caja con la insignia de su nuevo rango. Göring la tomó con orgullo y satisfacción infantiles, casi conmovedores, aun siendo un asesino consumado. Pero no pudo evitar un furtivo vistazo con el rabillo del ojo. Luego siguió mordisqueando el lápiz, y pronunció su discurso. Yo consideré su popularidad —segundo en el país sólo después de Hitler—, y concluí que se debe únicamente a que, en ocasiones como ésta, Göring es muy humano, el buen muchacho total. (Pese a que también sea el muchacho que en junio de 1934 fue capaz de mandar a cientos de hombres a los pelotones de fusilamiento.)[6]

La elevación de Göring a mariscal del Reich era necesaria para que mantuviera su preminente posición, pues en esa ceremonia Hitler nombró nada menos que doce nuevos mariscales de campo: Keitel, Brauchitsch, Rundstedt, Bock, Leeb, List, Kluge, Witzleben y Reichenau del ejército, y Milch, Kesselring y Sperrle de la Luftwaffe. Tanta largueza estaba en marcado contraste con los ascensos concedidos en 1914-1918 por el káiser, quien sólo nombró cinco mariscales de campo durante toda la guerra. Pero había un frío cálculo detrás de la generosidad de Hitler. Los honores que otorgó a manos llenas, junto con las recompensas financieras asociadas —su nuevo rango rindió a Göring un sueldo de veinte mil marcos al mes, libres de impuestos, suma suficiente para financiar la mayoría de sus expediciones de compra de obras de arte—, perseguían obligar más que nunca para con él a sus receptores, reforzando así su juramento de lealtad.

A los discípulos no militares no les fue tan bien, en absoluto, en el discurso de Hitler. Ribbentrop, quien a petición del propio Führer había pasado días preparando un borrador de ese discurso, se desilusionó al descubrir que su trabajo había sido completamente descartado. Como premio de consolación, recibió un ambivalente cumplido por “poner en práctica mis directivas en el campo de la política exterior con fiel, incansable y abnegado esfuerzo”. Goebbels, quien el día anterior había dado la bienvenida a Berlín a la 218ª División de Infantería local con un

vehemente discurso en la Pariser Platz, entre un ondear de banderas y sonar de campanas como no se había visto desde la formación por Bismarck del Reich alemán en 1871, recibió apenas una breve mención como director "de una propaganda cuya excelencia salta a la vista cuando se le compara con la de la guerra mundial". Himmler, quien acababa de regresar de un corto paseo con Wolff por Borgoña, donde soñaba con crear un Estado de la SS autónomo bajo su propia jefatura, obtuvo una mención igualmente breve, por "sus servicios en la organización de la seguridad de nuestro Reich", lo mismo que de la Waffen-SS, como ya se conocía a las unidades en campaña de la VT (Tropa de Disposiciones). Quedó satisfecho, no obstante, cuando seis de sus comandantes de la Waffen-SS fueron reconocidos con la Cruz de Caballero.

Sin embargo, el principal elemento del discurso de Hitler, como éste se lo había adelantado a Goebbels ese mismo día, estribó en hacer un último ofrecimiento a Gran Bretaña. Tras denostar a Churchill como "el tipo de político inescrupuloso que destruye naciones enteras", Hitler concluyó:

> En esta hora considero mi deber, ante mi propia conciencia, apelar una vez más a la razón y sentido común de Gran Bretaña, tanto como de otras naciones. Creo estar en posición de hacer este llamado porque no soy el enemigo vencido que suplica favores, sino el vencedor, que habla en nombre de la razón. No veo motivo alguno de que esta guerra deba seguir. Me apena pensar en los sacrificios que podría reclamar [...].[7]

Sus lágrimas de cocodrilo no impresionaron a nadie en Gran Bretaña. Menos de una hora después, la BBC y la prensa rechazaban su ofrecimiento sin esperar siquiera la reacción del gobierno. El rechazo oficial llegó tres días más tarde, cuando, desdeñosamente, Halifax "pasó por alto el llamamiento" de Hitler "a capitular a su voluntad" y declaró que "no cesaremos de combatir hasta que la libertad esté asegurada".[8]

Goebbels no tardó en aprovechar la oportunidad de capitalizar esto. Como comentó Shirer al día siguiente: "La campaña de prensa para inducir a la gente a una guerra con Gran Bretaña comenzó con un estruendo esta mañana. Todos los periódicos de Berlín publicaron prácticamente el mismo titular: '¡La respuesta de Churchill, cobarde sacrificio de una población indefensa!'. El argumento es que desde el 'llamado a la paz' de Hitler en el

Reichstag, los británicos han respondido multiplicando sus ataques nocturnos... contra mujeres y niños desprotegidos”.[9] Detalles de asaltos aéreos británicos, que hasta entonces se habían mantenido bajo el más estricto secreto, salieron a relucir de repente. Todos habían sido contra obvios objetivos militares. “Pero según las mentiras de Goebbels”, escribió Shirer, “los únicos afectados fueron mujeres y niños.”

La negativa británica a admitir la derrota fue un fastidio para Hitler. Él quería invadir la Unión Soviética, no Gran Bretaña, para la que no tenía ningún plan y para la que las Wehrmacht estaban mal equipadas; prueba de ello es que nadie había considerado siquiera construir lanchas de desembarco, por ejemplo, para el transporte de tropas por el Canal de la Mancha. Tanto Hitler como Göring seguían confiando en una solución diplomática, y Göring hizo nuevos sondeos de paz a través de Holanda y Suecia, aunque ambos sabían que era poco probable que fructificaran. Impertérrito ante su fracaso en Dunkerque, Göring aún creía que podía someter a Gran Bretaña con sólo una guerra aérea, lo que hacía innecesario invadir. Pero, pasara lo que pasara, lo primero era batir a la RAF. Ni una invasión por mar ni un irrestricto bombardeo de terror de las ciudades británicas serían posibles sin el control aéreo.

El primero de agosto, tras ser enterado por Raeder de que la fecha más cercana en que la marina podía estar lista para invadir Gran Bretaña era el 15 de septiembre, Hitler dio a Göring la autorización que éste buscaba de plena ofensiva aérea, llamada en clave “Operación Águila”, por comenzar cuatro días después. Sin embargo, siguió prohibiendo expresamente el bombardeo de terror de las ciudades sin su aprobación personal. Su Directiva núm. 17 decía que “la Luftwaffe debe aniquilar a la fuerza aérea británica lo más pronto posible, con todos los medios a su disposición”, lo cual encajaba perfectamente con la frecuente estrategia de Göring de iniciar toda campaña con ataques contra campos de aviación e instalaciones enemigos. Por desgracia para él, el mal tiempo lo obligó a posponer el Día del Águila, el comienzo de la Batalla de Gran Bretaña, hasta el 13 de agosto, y aun entonces los ataques de las flotas aéreas 2, 3 y 5, desde el norte de Francia, los Países Bajos y Escandinavia, fueron fallidos y mal coordinados.

Ésta fue la primera vez que Göring montó una campaña totalmente independiente; hasta entonces, sus espectaculares éxitos habían ocurrido prestando estrecho apoyo al ejército de tierra. Sin contar la breve batalla de Dunkerque, ésta fue también la primera vez en que la Luftwaffe enfrentó un adversario igual en equipo y destreza. Aparentemente, los alemanes tenían una significativa ventaja, con pilotos fogueados en la batalla, experimentados comandantes y números muy superiores: mil doscientos sesenta bombarderos de largo alcance, trescientos veinte bombarderos en picada, ochocientos cazas monomotores y doscientos ochenta bimotores, más un buen número de aviones de reconocimiento, contra novecientos cazas de la RAF, no más de seiscientos de los cuales podían mantenerse en el aire en todo momento.[10] Pero la distancia que la Flota Aérea 5 tenía que cubrir desde Dinamarca y Noruega significaba que sus cazas no podían ofrecer protección a sus bombarderos; e incluso en el sur, volando desde bases en Francia y los Países Bajos, los Me-109 de las flotas aéreas 2 y 3 no tenían suficiente autonomía para permanecer en el espacio aéreo británico más de unos minutos en combate, en tanto que los Me-110 bimotores eran demasiado lentos y pesados contra los Spitfires y Hurricanes de la RAF. Los Stukas, que en otras partes habían causado grandes estragos, eran todavía más lentos y vulnerables, y resultaron tan fácil presa que pronto se les retiró de la batalla. Los bombarderos medianos Heinkel 111 y Dornier 17 no podían llevar cargas de bombas suficientes para infligir grave daño estratégico, y los Junkers 88 eran aún poco confiables. En términos numéricos, la Luftwaffe seguía teniendo ventaja sobre la RAF, pero de ningún modo era decisiva.

Los británicos tenían además dos armas secretas que hicieron toda la diferencia: el radar y la Ultra. Los alemanes sabían un poco sobre radares —tenían una versión propia—, pero jamás se percataron de cuán avanzado era el sistema británico, y por tanto no concentraron suficiente esfuerzo en desbaratar la cadena de estaciones en la costa inglesa. En cambio, no sabían nada de la Ultra, la inteligencia derivada de la decodificación de los supuestamente indescifrables códigos Enigma alemanes. El primer éxito notable en esta área se había obtenido apenas semanas antes, y aunque todavía había grandes lagunas, en particular en los códigos navales alemanes, por una feliz coincidencia los códigos de la Luftwaffe fueron los

primeros en descifrarse, lo que permitió a la inteligencia británica interpretar mensajes codificados por radio de todos los niveles, desde Göring y Jeschonnek hasta grupos individuales, del 21 de mayo en adelante.

Las estaciones de radar daban aviso de aviones enemigos mientras cruzaban el Canal hacia Gran Bretaña; vital como esto era, alertaba a los centros de operaciones de la RAF apenas minutos antes de un ataque. La Ultra, en cambio, permitía a la RAF conocer órdenes de ataque al menos al mismo tiempo que se transmitían a la Luftwaffe. Al final, por supuesto, la victoria dependía de los pilotos en las nubes, sus máquinas y la organización en tierra. Pero los avisos de la Ultra ayudaban a nivelar el terreno de juego, ya que daban a la RAF la oportunidad de prepararse para la batalla. Ésta fue una de las razones de que el planeado mazazo de tres días de Göring no haya alcanzado el objetivo de "borrar del cielo a la RAF".

El 15 de agosto, la Luftwaffe dirigió mil setecientas ochenta y seis misiones de combate contra campos de aviación británicos, pero la RAF estaba preparada para ellas, y se defendió con feroz determinación. Al cabo de ese día, los alemanes habían perdido setenta y cinco aparatos, mientras que sólo derribaron treinta y dos cazas de la RAF. Este patrón se repitió todos los días de las cinco semanas siguientes, y al tiempo que las pérdidas alemanas aumentaban, las deficiencias de las operaciones técnicas de Udet se volvían notoriamente evidentes. Con una producción de sólo trescientos setenta y cinco aviones al mes, las fábricas no podían seguir el ritmo de la necesidad de repuestos, en tanto que los centros de reparación eran ineficientes y estaban mal organizados. Aunque las pérdidas de tripulación aérea eran cuantiosas —tanto, que Göring tuvo que ordenar no incluir nunca en ella más de un oficial con grado de teniente o superior—, en ocasiones había más pilotos que máquinas.

La batalla se recrudecía un día tras otro, y cada bando sobrestimaba los daños que infligía. Esto fue grave para los británicos, pero catastrófico para los alemanes. Para el 19 de agosto, momento en que el mal tiempo impuso una pausa en las operaciones, la Luftwaffe creía haber reducido el número de cazas de primera línea de la RAF a unos trescientos. Cuando los vuelos se reanudaron el 24 de agosto, Göring instruyó a sus aviones concentrarse durante el día en blancos que la RAF estaba obligada a defender, en particular campos de aviación, creyendo que eso atraería a los pocos

Spitfires y Hurricanes restantes a batallas contra cifras superiores de cazas alemanes, que entonces podrían aniquilarlos. Entre tanto, bombarderos alemanes atacarían de noche, sin escolta, para mantener la presión. Sin embargo, lo cierto era que la RAF aún tenía unos seiscientos cazas de primera línea, así que aunque la táctica de Göring empezó a producir resultados, no fue el éxito inmediato que él esperaba. Por primera vez, el saldo de aviones abatidos favoreció a Alemania; pero por más Spitfires que los Messerschmitt derribaran, siempre parecían quedar suficientes para seguir combatiendo.

Los bombarderos nocturnos sin escolta dieron resultados inmediatos, pero no los planeados. La primera noche empezaron a atacar bases de la RAF y otros blancos en Portsmouth y el área de Londres. Diez de ellos, enviados a atacar las instalaciones de almacenamiento de petróleo de Thameshaven, cuarenta kilómetros río abajo desde el centro de Londres, se perdieron, y terminaron arrojando sus bombas justo en el corazón de la City, destruyendo numerosos edificios históricos, entre ellos la iglesia de St. Giles, en Cripplegate, construida por Christopher Wren.

Más de un mes antes, Churchill había dicho a su secretario de Aviación, sir Archibald Sinclair, que si los alemanes bombardeaban Londres, “parece muy importante poder devolver el cumplido al día siguiente sobre Berlín”, y le preguntó si esto era posible.[11] Sinclair respondió que lo era, desde luego, dado un plazo de veinticuatro horas. Así, los bombarderos alemanes apenas habían dejado Londres en las primeras horas del 25 de agosto antes de que se diera la orden de represalia. Esa noche, ciento tres bimotores Hampden, Wellington y Whitley partieron a bombardear Alemania; ochenta y uno de ellos se dirigieron a Berlín.

Debido a las persistentes nubes y la falta de sofisticado equipo de navegación, sólo veintinueve bombarderos llegaron a Berlín; en un viaje de ida de novecientos treinta kilómetros, el viento en contra de treinta y dos kilómetros por hora con que se toparon podía desviar a un bombardero de su curso en hasta ciento seis kilómetros. Cuando arribaron, hallaron la ciudad cubierta por densas nubes, lo que volvía imposible el bombardeo de precisión. Por fortuna, eso también impidió que los reflectores alemanes detectaran los aviones, y los artilleros antiaéreos sólo podían disparar

alocadamente en dirección del ruido del motor cuando los aviones volaban sobre ellos.

Según las notas periodísticas alemanas, que Goebbels limitó a su comunicado oficial de seis líneas, los únicos proyectiles que cayeron ese día dentro de los límites de la ciudad fueron un puñado de bombas incendiarias que destruyeron un cenador de madera en el suburbio de Rosenthal, en el norte, hiriendo levemente a dos personas. Pero muchos berlineses oyeron claramente la explosión de bombas en el centro de la ciudad, y al día siguiente tres calles fueron acordonadas para impedir que la gente viera los daños. Aparte de veintidós toneladas de bombas, muchas de ellas con espoletas de acción retardada, los aviones británicos lanzaron volantes que decían: "La guerra iniciada por Hitler continuará, y durará tanto como él".[12]

La RAF arremetió de nuevo contra Berlín la noche del 28-29 de agosto, matando a diez personas e hiriendo a veintinueve, y volvió treinta y ocho veces más entre esa fecha y finales de octubre. Los daños que causó fueron leves; una de las principales bajas fue el orgullo de Göring, pues los berlineses, con su característico humor negro, rebautizaron el Ministerio de Aviación como "Ministerio Meier", en recuerdo de la jactancia con que Göring había dicho que si la RAF volaba alguna vez sobre Berlín, él podría ser llamado Meier. Hitler, sin embargo, consideró esos ataques como una ofensa calculada que debía pagarse con creces. El 4 de septiembre, en un discurso en el Sportpalast para poner en marcha la campaña de Ayuda de Invierno de ese año, despotricó contra "la cobarde RAF" y juró "contestar" los ataques de los británicos "noche por noche". Por cada dos, tres o cuatro mil kilogramos de bombas que ellos arrojaran sobre Alemania, prometió, "¡nosotros arrojaremos en una noche ciento cincuenta, doscientos treinta, trescientos o cuatrocientos mil kilogramos! Cuando ellos digan que aumentarán sus ataques contra nuestras ciudades, ¡nosotros arrasaremos con las suyas!".[13] Al día siguiente llamó a Göring y revocó su prohibición de bombardear pueblos y ciudades, ordenando iniciar de inmediato un gran ataque contra Londres.

Göring marchó al instante de París a la costa del Canal de la Mancha en el *Asia*, para informar a sus tres mariscales de campo del repentino cambio de planes y supervisar personalmente las operaciones. Luego afirmó haber tratado de convencer a Hitler de que le permitiera destruir primero los

campos de aviación alrededor de Londres, pero que el Führer había "insistido en que quería que Londres fuera atacada por razones políticas, así como en represalia",[14] aunque éste bien pudo ser un razonamiento a posteriori. En ese momento, el alto mando de la Luftwaffe (y por lo tanto Göring) creía que dichos ataques obligarían a los británicos a destinar sus últimas reservas a la defensa de Londres, lo que permitiría finalmente desarticular el Mando de Aviones de Combate de la RAF, y con él la resistencia británica. Comoquiera que sea, el plan de atacar Londres siguió su curso, y los vitales campos de aviones de combate, que estaban al borde de la destrucción, se salvaron.

Ya avanzada la tarde del sábado 7 de septiembre, Göring se irguió en la cima del acantilado de Cap Gris Nez para ver la primera oleada de trescientos veinte bombarderos rugir en el cielo en formación concentrada mientras él se dirigía por la radio a la nación alemana, jactándose de haber tomado personalmente el mando de la guerra aérea contra Gran Bretaña. "Ésta es una hora histórica", proclamó, "en la que nuestra fuerza aérea lanza por primera vez sus golpes directo al corazón del enemigo." Ese primer día, y su noche, seiscientos veinticinco bombarderos, apoyados por seiscientos cuarenta y ocho cazas, atacaron la capital inglesa con los bombardeos aéreos más intensos conocidos hasta entonces, causando grandes daños y cuantiosas bajas en el East End y los muelles de Londres. Los agresores regresaron un día después, guiados por los subsistentes incendios, para castigar el área sin piedad. Durante esos dos días con sus noches, quitaron la vida a ochocientas cuarenta y dos personas e hirieron a dos mil trescientas cuarenta y siete, y eso fue sólo un anticipo de lo que estaba por venir. Para fines de ese mes, las cifras ascendían a alrededor de siete mil muertos y nueve mil heridos, pero el espíritu de los londinenses permanecía intacto.

El primer ataque había tomado a la RAF por sorpresa. Por alguna razón (quizá porque las órdenes de Göring y sus comandantes fueron entregadas de mano o por línea terrestre, no por radio), la Ultra no parece haber avisado a la RAF del cambio, y ésta seguía a la expectativa de asaltos en campos de aviación. Pero para el segundo ataque, estaba preparada *en masse* para oponer resistencia, y comenzó a causar bajas a los alemanes. A

la semana siguiente, la batalla era encarnizada. El palacio de Buckingham y la catedral de San Pablo fueron alcanzados el 11 de septiembre.

Seguro de que tenía a la RAF contra las cuerdas —al día siguiente, en una conferencia de prensa en el Ministerio de Aviación, se dijo a corresponsales extranjeros en Berlín que "la RAF no resistirá más de dos semanas"—, Göring lanzó el que creyó su golpe mortal con otro descomunal ataque el 15 de septiembre. Pero la RAF ya había perfeccionado sus tácticas y esperaba en bloque, para interceptar los aviones de la Luftwaffe mucho antes de que se acercaran a Londres, cayendo Spitfires y Hurricanes como halcones en picada para dispersarlos y destruirlos. Un segundo ataque, aún mayor, dos horas después, fue enfrentado en forma todavía más decidida, mediante el despliegue por la RAF de todos sus cazas, sin dejar ninguno en reserva. Ésta aseguró haber derribado ese día ciento ochenta y cinco aviones alemanes, contra sólo veintiséis de los suyos. Aunque el total real no superó los sesenta, treinta y cuatro de ellos bombarderos, fue suficiente. La Luftwaffe había perdido ciento setenta y cinco aviones en la última semana, lo que ascendía, desde el Día del Águila, a la asombrosa e insostenible suma de mil doscientos noventa y cuatro. Las pérdidas de la RAF eran de setecientos ochenta y ocho.[15] La Batalla de Gran Bretaña había terminado. La operación León Marino se suspendió el 17 de septiembre.

Dunkerque había sido un revés para Göring. La Batalla de Gran Bretaña fue una derrota decisiva. No sólo no pudo neutralizar a los cazas de la RAF en Gran Bretaña y el Canal de la Mancha, sino que tampoco impidió los bombardeos aéreos sobre Berlín, el Ruhr, Hamburgo y otros puertos y ciudades, que los británicos multiplicaron durante la batalla. Además, no protegió las lanchas y botes reunidos en la costa para el León Marino, los que fueron regularmente atacados por ligeros y rápidos bombarderos Blenheim. Pese a que los viejos Blenheims eran muy vulnerables —ciento cuarenta y siete de ellos fueron derribados en agosto y septiembre—, lograron destruir trescientas sesenta lanchas, y quitaron la vida a incontables soldados al arremeter contra un ensayo general de embarque. Ésta fue otra razón del abandono del plan de invadir.

Haya sido el León Marino un propuesta seria o no, su cancelación fue otra mella en la reputación de Göring. Aun así, él siguió insistiendo ante Hitler que podía poner de rodillas a Gran Bretaña con sólo el poderío aéreo, y en consecuencia intensificó el bombardeo ofensivo. El día que se suspendió la invasión, la Luftwaffe atacó Londres con mayor ferocidad que nunca, causando unas diez mil bajas en veinticuatro horas. La Batalla de Gran Bretaña se había metamorfoseado en lo que los británicos llamaron "Blitz"; desde entonces hasta el 13 de noviembre, la Luftwaffe asaltó Londres cada noche, menos una, con entre ciento cincuenta y trescientos bombarderos, incluidos algunos aviones italianos con base en Bélgica, arrojando en cada ocasión al menos cien toneladas de explosivos de alta potencia, sin contar los ataques aéreos contra Birmingham y Bristol.

Inicialmente, los ataques nocturnos se complementaron con embestidas diurnas con cazabombarderos, pero éstas se interrumpieron a mediados de octubre, cuando las pérdidas ya eran demasiado grandes. Para mediados de noviembre, cuando la ofensiva se había extendido a otras ciudades, como Plymouth, Southampton, Liverpool y Coventry, la Luftwaffe había lanzado sobre Londres más de trece mil toneladas de explosivos de alta potencia y más de un millón de bombas incendiarias, a un costo de menos de 1% de sus aviones. El ataque sobre Coventry la noche del 14-15 de noviembre fue uno de los más controvertidos de esta etapa de la guerra. Además de doce fábricas de armamento, también fue destruida gran parte del antiguo centro de la ciudad, incluida la catedral del siglo XIV, y hubo trescientos ochenta muertos y ochocientos sesenta y cinco heridos.[16] Göring no sintió culpa alguna, y aceptó gustosamente su responsabilidad personal:

> Aunque el Führer insistía en que se atacara a Londres, por iniciativa propia yo hice detallados preparativos para el blanco de Coventry, porque, según mi información, en y alrededor de esta ciudad se situaba parte importante de la industria aeronáutica y de accesorios de aviación. Birmingham y Coventry eran blancos de la mayor importancia para mí. Me decidí por Coventry porque ahí era posible afectar más blancos en la menor área.
>
> Yo mismo preparé ese ataque con ambas flotas aéreas [...] y al presentarse el primer clima favorable, es decir, una noche de luna, ordené el ataque, y di instrucciones de que se ejecutara tanto y tan repetidamente como fuera necesario para obtener efectos decisivos sobre la industria aeronáutica británica local [...]

La gran afectación de la ciudad resultó del hecho de que esa industria estaba muy dispersa, con excepción de dos nuevas plantas fuera de la ciudad, y en este caso también los daños aumentaron al propagarse el fuego. Si hoy se observan las ciudades alemanas, se comprobará lo destructiva que puede ser la influencia del fuego.[17]

La mañana siguiente al ataque de Coventry, Göring partió a su pabellón de caza en Rominten, Prusia oriental, con Emmy y Edda y su séquito inmediato, dejando a Milch al mando de la Luftwaffe y a Körner del Plan de Cuatro Años y la economía. Estaba física y emocionalmente exahusto, deprimido por el disgusto de Hitler con sus fracasos y necesitado de varias semanas de descanso. Durante meses había batallado con problemas cardiacos y glandulares, consultado a una serie de médicos y dependido de su enfermera, Christa Gormanns, quien lo atendía de tiempo completo desde 1937 para administrar sus numerosos tratamientos y medicinas. En estos tiempos ya tomaba cerca de treinta pastillas de paracodeína al día, tragando un par de ellas como caramelos cada vez que se sentía estresado, lo que ocurría a menudo.

Los seis meses previos de Göring habían sido turbulentos desde cualquier punto de vista. Además de dirigir la guerra aérea contra Gran Bretaña, había mantenido un apretado calendario de reuniones acerca de todas las demás materias de las que era responsable. Hitler, obsesionado con su papel como caudillo supremo, prácticamente había renunciado a conducir el país, dejando en él, como cuasiprimer ministro, el manejo de los asuntos diarios. El reducido Consejo Ministerial de Defensa se reunió un par de veces como una especie de gabinete de guerra, pero se volvió inviable conforme más y más ministros y oficiales insistieron en participar. Siempre impaciente con la burocracia, Göring lo abandonó pronto y retornó a su habitual estilo autocrático, emitiendo edictos y decretos y dejando a otros sortear el caos administrativo que solía resultar.

Había encontrado ocasional alivio en la caza; incluso, había hecho transportar un venado a Francia desde Carinhall poco antes del armisticio, para que pudiera cazarlo, pero se quedó dormido en su sitio antes de que apareciera. A fines de septiembre, ya empezada la temporada de celo, había pasado un largo fin de semana en Rominten, cazando y conversando con el as de la aviación Adolf Galland, recién condecorado por Hitler con las Hojas de Roble de su Cruz de Caballero tras su cuadragésima victoria en el

estuario del Támesis. Pero había vuelto de prisa a Francia luego de recibir la noticia de pérdidas desastrosas a manos de la flota diurna de bombardeos. También había satisfecho su pasión por el coleccionismo fijando su residencia en París, donde se apropió de un piso entero del Hotel Ritz mientras se abstraía, maravillado, ante los cuadros del Louvre y adquiría las más selectas obras de arte confiscadas a los judíos franceses, que entonces se exhibían en la galería Jeu de Paume. En medio de un regateo y otro, iba y venía en el *Asia* entre París y el tren cuartel del Estado Mayor de la Luftwaffe, llamado en clave “Robinson” y estacionado en Le Déluge, cerca de La Boissière, en el noroeste de Francia.

En octubre invitó a Goebbels a visitar París como su huésped, le hizo servir té en el Palais Rothschild, lo llevó a exposiciones y galerías de arte, paseó con él a orillas del Sena y le ofreció una velada en el club nocturno Casino de París, donde pudiera olvidar la guerra en medio de “bellas mujeres y cautivadora desnudez”. Guiado por Göring, el *connoisseur* de arte, Goebbels compró un hermoso tapete Aubusson como tapiz para su casa en Lanke, en veintiséis mil marcos. Sin duda, las relaciones entre ambos habían mejorado desde que Goebbels se reconcilió con Magda; fue en esta época que Göring lo libró de sus preocupaciones por el pago de aquella casa.

Goebbels aprovechó su visita a París para hacer indagaciones sobre la industria cinematográfica francesa. Había decidido extender su control de la realización y distribución de películas a toda Europa, como medio de propaganda y adoctrinamiento tanto como lucrativa fuente de ingresos; en 1940, su imperio fílmico le rendiría utilidades netas por setenta millones de marcos. Para mantener esta suma lejos del Ministerio de Finanzas, destinó la mayor parte a un fondo especial para la construcción de cines, aunque también intentó congraciarse con Hitler donando cinco millones de marcos a la fundación cultural del Führer y un millón y medio al fondo social del programa de Ayuda de Invierno.[18]

A principios de noviembre, Göring estaba de vuelta en Berlín para una conferencia de los comandantes en jefe con Hitler, con objeto de ser informados de los resultados de una serie de decepcionantes reuniones que el Führer acababa de tener con Franco, Pétain y Mussolini. Le consternó oir que Hitler criticaba ferozmente a la Luftwaffe por primera vez, acusándolo

de exagerar las pérdidas de la RAF y afirmando que él tenía cifras más exactas. Sus fracasos en Gran Bretaña, lo acometió Hitler, habían puesto en duda la entrada de España a la alianza del Eje. Cuando el Führer habló de trasladar la guerra al este con un ataque a la Unión Soviética, Göring hizo todo lo posible por disuadirlo, como había hecho en agosto, cuando pasó tres horas argumentando resueltamente contra esa decisión antes de que Gran Bretaña quedara fuera de combate. Creía que era una locura arriesgar una guerra en dos frentes, y, de cualquier forma, él seguía necesitando los granos, petróleo y materias primas que los soviéticos proveían puntillosamente, conforme al tratado comercial.

Göring no creía que los soviéticos tuvieran la menor intención de lanzar un ataque contra Alemania, lo que volvía menos urgente una invasión alemana en el este y concedía tiempo para un nuevo enfoque del problema de eliminar primero a Gran Bretaña. Él quería cortar la cuerda de salvamento de este país con Medio Oriente y su imperio a través del Mediterráneo, apoderándose de Gibraltar en un extremo y el Canal de Suez en el otro, en acciones conjuntas con italianos y españoles. Por una vez estaba de acuerdo con Raeder, quien había trazado un plan similar, debido, al menos en parte, a que esto conduciría a una marina más grande y poderosa. Pero aun confrontado por los dos comandantes en jefe, Hitler se negó a comprometerse por completo con la opción del Mediterráneo, diciéndoles que "todo debe hacerse para preparar el gran enfrentamiento" con la Unión Soviética.

La opción del Mediterráneo tenía, en efecto, graves deficiencias. El asalto contra Gibraltar no era posible sin la participación española, y el precio de Franco por su cooperación era deliberadamente alto. La operación en el norte de África estaba en manos de los italianos, quienes tenían a unos doscientos treinta mil hombres en Libia haciendo frente a treinta y un mil soldados británicos e indios en Egipto, pero estaban mal equipados, impreparados y desanimados. El Décimo Ejército italiano había invadido Egipto el 13 de septiembre, pero tres días después, luego de avanzar sólo ochenta kilómetros, se había detenido en Sidi Barrani, a medio camino de las líneas británicas, para esperar provisiones. Y seguía esperando.

Mussolini sufría una ignominia aún peor en Grecia, que había invadido el 28 de octubre sin avisar a Hitler —en realidad contra sus deseos—, en un

arranque de despecho luego de que el Führer había trasladado a una división alemana a Rumania sin avisarle, aparentemente para ayudar a entrenar al ejército rumano, pero en realidad para salvaguardar los yacimientos petroleros de Ploesti, de los que Alemania dependía para satisfacer 60% de su necesidades en ese renglón. “Hitler siempre me enfrenta a un *fait accompli*”, se quejó el Duce con Ciano. “Esta vez le voy a pagar con la misma moneda. Se enterará en los periódicos de que ocupé Grecia. Así se restablecerá el equilibrio.”[19] El resultado fue una humillación aún mayor que el fiasco en el Desierto Occidental, pues los griegos se unieron en defensa de su país y expulsaron a los invasores en cuestión de días, con cuantiosas pérdidas. La mal concebida operación de Mussolini sólo logró restar fuerza a su campaña en el norte de África, y brindar una perfecta excusa a los británicos para establecer tropas y aviones en la Grecia continental y ocupar las islas de Creta y Lemnos, de importancia estratégica.

Poco después, veinte Swordfish procedentes del portaviones británico *Illustrious* torpedearon barcos italianos anclados en Tarento, dañando seriamente tres acorazados y dos cruceros y dejando fuera de combate casi la mitad de la flota de guerra italiana para la mayor parte de la guerra. Otras tres semanas más tarde, el ejército británico en el Desierto Occidental lanzó su primera ofensiva, recuperando Sidi Barrani y tomando prisioneros a treinta y ocho mil italianos y libios, contra seiscientas veinticuatro bajas británicas. Lejos de poder confiar en el apoyo de los italianos, las Wehrmacht tendrían que salir en su rescate.

El plan de Göring sobre el Mediterráneo se había hecho trizas, pero él aún tenía grandes esperanzas en el Blitz contra Gran Bretaña, y envió a la Luftwaffe a bombardear ciudades, fábricas, vías de comunicación y sobre todo puertos casi todas las noches de mediados de noviembre a mayo de 1941. Pese a la rápida mejora de las defensas británicas, estos ataques causaron daños enormes, como los sufridos por viviendas, que costaron la vida a más de cuarenta y tres mil civiles y heridas a otros ciento treinta y nueve mil, contra la pérdida de unos seiscientos bombarderos, alrededor de 1.5% de las misiones enviadas. Pero la producción británica de aviones y armas casi no se vio afectada, y el espíritu de la gente se fortaleció en vez de atenuarse. La ofensiva aérea había fracasado por entero en su intento de poner de rodillas a Gran Bretaña.

En tanto que Göring se oponía a la guerra con los soviéticos por razones absolutamente pragmáticas, las objeciones de Ribbentrop eran personales y emocionales. Consideraba el pacto nazisoviético como su mayor logro, prolongación natural de la política oriental de Bismarck, y no quería hacer nada que lo socavara. En realidad esperaba extenderlo, e incluso atraer a los soviéticos a una gran alianza. Su odio por Gran Bretaña era tan fuerte como siempre, y seguía viéndola, más que a la Unión Soviética, como el verdadero enemigo de Alemania.

Quizá la manifestación más estrafalaria de la obsesión de Ribbentrop con Gran Bretaña ocurrió a fines de julio de 1940, cuando urdió un complot para secuestrar al duque de Windsor, el exrey Eduardo VIII, en Portugal, donde estaba a la espera de navegar a las Bahamas para ocupar su nuevo cargo como gobernador. Ribbentrop pensó que podía usar al duque como punto de unión para la facción contra Churchill y proalemana, que creía que aún existía en el *establishment* británico, y convenció a Heydrich de que Walter Schellenberg, el organizador del secuestro de los dos oficiales del Servicio Secreto británico en Venlo, fuera a Portugal a capturarlo. Sabedor de que no había ninguna quinta columna en Gran Bretaña, Heydrich instruyó a Schellenberg que se cerciorara de que el duque abordara y zarpara antes de volverse un problema, lo que aquél hizo debidamente. Frustrado, Ribbentrop retornó a su duradero propósito de fomentar la amistad con la Unión Soviética.

La relación germanosoviética a la que Ribbentrop concedía tanto valor había estado bajo tensión en ambas partes durante el verano. A Hitler le irritó la anexión por parte de los rusos de los Estados bálticos en el norte y de Besarabia en el sur, pese a que unos y otra les habían sido asignados en el pacto nazi-soviético. A Stalin le molestó que Hitler volviera a suministrar armas a Finlandia, y que firmara, más tarde, un acuerdo que permitía a las tropas alemanas cruzar Finlandia *en route* al norte de Noruega y estacionar tropas para proteger esa vía. También le enfadó que, sin consultarlo, Ribbentrop impusiera a Rumania el arreglo de antiguas disputas fronterizas con Hungría y Bulgaria, y garantizara, después, las nuevas fronteras rumanas. Esto provocó que el rey Carol de Rumania abdicara a favor de su joven hijo, Miguel, con el autoritario exministro de Guerra, el general Ion Antonescu, como regente. Antonescu era firmemente proalemán y

antisoviético, e invitó a tropas de las Wehrmacht a su país en prevención de incursiones soviéticas; Hitler mandó una división motorizada, complementada con tanques y respaldada por escuadrones de la Luftwaffe, lo que, naturalmente, Stalin vio como amenaza.

Stalin desconfió más todavía del siguiente triunfo diplomático de Ribbentrop, el 27 de septiembre, cuando Japón, puesta codiciosamente la mirada en los imperios de Extremo Oriente de Francia, los Países Bajos y Gran Bretaña, se sumó por fin a Alemania e Italia en la firma de un pacto tripartita. Este pacto reconocía la hegemonía alemana e italiana en "el establecimiento de un nuevo orden en Europa" y el liderazgo japonés en la *Gran Asia Oriental*, y las tres potencias aceptaban ayudarse si una de ellas era atacada "por una potencia no involucrada en el presente en la guerra europea o el conflicto chino-japonés".[20] Ribbentrop informó de este pacto al primer ministro y ministro del Exterior soviético, Viacheslav Molotov, apenas un día antes de su firma, pero le aseguró que estaba "exclusivamente dirigido contra los belicistas estadunidenses", y que contenía, incluso, una cláusula que especificaba que el acuerdo no "afectaba en forma alguna" las relaciones con la Unión Soviética. Dos semanas después, Ribbentrop escribió una larguísima carta a Stalin, en la que invitó oficialmente a Molotov a visitarlo en Berlín.

Cualquier duda que Hitler haya podido tener sobre el ataque a la Unión Soviética desapareció finalmente cuando se reunió con Molotov el 12 y 13 de noviembre. El primer ministro soviético, que ya había soportado una mañana de vacuas peroratas de Ribbentrop, se mostró glacial, reacio a caer en la trampa de las imprecisas generalidades y dramáticos gestos que eran la especialidad de Hitler. Tras escucharlo con indiferencia, procedió a hacer detalladas y espinosas preguntas sobre el pacto tripartita, el significado exacto de frases como "Gran Asia Oriental" —la que por supuesto nunca había sido claramente definida— y las intenciones alemanas respecto a Finlandia, Rumania, Turquía, Bulgaria y los Balcanes. Molotov se negó a aceptar que Gran Bretaña estuviera derrotada, y no se dejó impresionar por ofertas de carta blanca a su país para desplazarse al sur, hacia la India y otras posesiones británicas. Quería concesiones concretas ya, no vagas promesas para el futuro. Hitler nunca había sido interrogado tan aguda e implacablemente, pero se controló y respondió lo mejor que pudo, hasta que la creciente oscuridad afuera le dio la excusa para poner fin a la

conversación. “Me temo que debemos interrumpir esta charla”, dijo, levantándose de su sillón. “De lo contrario, nos sorprenderá la alarma antiaérea.”[21]

Esa noche Ribbentrop ofreció a Molotov una recepción en el Kaiserhof Hotel. Las medidas de seguridad aplicadas fueron las más minuciosas que se hayan visto en Berlín, ya que toda el área fue acordonada por el SD, temeroso de la posibilidad de un atentado. Con ayuda de la Gestapo, todas las personas políticamente sospechosas fueron registradas, y los *émigrés* rusos sacados de la ciudad y enviados a hoteles distantes, a expensas del gobierno. Los propios agentes de seguridad de Molotov colaboraron estrechamente con los de Heydrich, bajo el control general de Himmler. Todas las puertas laterales y entradas de servicio al hotel fueron herméticamente cerradas y resguardadas.

Quienquiera que fuese alguien en Berlín estaba ahí, con una notable excepción: Hitler. Göring y Hess lo suplieron, compensando la ausencia del Führer con su talla y esplendor; según Valentin Berezhkov, intérprete de Molotov, Göring vistió un uniforme de hilo de plata, cubierto el pecho —del hombro a la cintura— de medallas y condecoraciones, y atascados los dedos de destellantes anillos de piedras preciosas.[22]

A la mañana siguiente, antes de la comida, Molotov visitó a Göring en su oficina del Ministerio de Aviación, para hablar del estado del comercio entre Alemania y la Unión Soviética. De nuevo, Molotov quería respuestas: ¿por qué las entregas alemanas se retrasaban tanto? Göring recurrió a su jovial simpatía, y se resistió a exasperarse, como Hitler y Ribbentrop, por la línea dura del líder soviético. Así, la atmósfera de la entrevista fue amistosa, aunque nadie cedió un ápice. El problema, explicó Göring, era responsabilidad absoluta de los soviéticos: sus pedidos se concentraban en una muy restringida variedad de mercancías, principalmente máquinaria pesada y armamentos, muy demandadas en Alemania misma. Molotov replicó que, seguramente, los recursos de Alemania habían aumentado mucho tras ocupar tantos territorios extranjeros, y que, así, no debía tener dificultades para surtir los pedidos soviéticos.

Göring también tenía lista una respuesta para eso. Apenas días antes, dijo, se había quejado con Hitler de que los nuevos territorios estaban resultando un problema para Alemania; que económicamente eran más una

carga que un beneficio. Luego volvió al ataque, quejándose del grado de asistencia técnica pedido por la Unión Soviética. Esto, dijo, equivalía, en parte, a exigir que se le revelaran secretos industriales. El encuentro terminó en un empate.

Tras almorzar con Hitler en el comedor privado de su residencia, Molotov volvió a la carga. La discusión se tornó más áspera y malhumorada, en particular en torno a Finlandia y Rumania, y al final Hitler se alegró de ver marcharse a su difícil huésped. Pese a lo avinagrado de sus conversaciones, Molotov siguió adelante con la recepción y cena que había planeado en la embajada soviética, en la Unter den Linden. Göring, que nunca se perdía un banquete, estuvo ahí de nuevo, lo mismo que Hess y, por supuesto, Ribbentrop, encabezando a un abultado grupo de distinguidas personalidades y funcionarios. Sin embargo, Hitler tampoco asistió esta vez. Se quedó en la cancillería, enfurruñado por no haber podido hipnotizar ni intimidar a Molotov.

Comida y bebida fueron tan suntuosas como en toda celebración en el Kremlin. Hubo champagne de Crimea para abrir la recepción, y la cena incluyó la totalidad de los mejores productos rusos, con abundancia de caviar y vodka. Fue, dijo Paul Schmidt, “una muy buena fiesta”. No obstante, llegó a un abrupto fin a causa del arribo de un importuno colado: la RAF. “Nos enteramos de la conferencia con antelación”, escribiría Churchill después; “y aunque no nos invitaron a departir, no quisimos quedar totalmente excluidos de ese acto.”[23] Molotov acababa de pronunciar un breve discurso para proponer un brindis por Hitler, y Ribbentrop acababa de levantarse para responder cuando sonaron las sirenas antiaéreas. Tratando de parecer despreocupado, Ribbentrop dijo, sarcásticamente: “Nuestros amigos británicos se están quejando de que no los hayamos invitado a la fiesta. Pero no permitiremos que sus fuegos fatuos interfieran con nosotros de ningún modo. Continuaremos en el refugio antiaéreo”.

La embajada, sin embargo, no tenía refugio. Todos se precipitaron a las puertas, Göring y Hess adelante. Una vez que éstos se marcharon a toda prisa, los demás invitados se desparramaron fuera del edificio y corrieron a buscar protección en otra parte. Ribbentrop llevó a Molotov a su refugio, bajo su nueva residencia, justo a la vuelta de la esquina, donde inició su último intento por evitar la ruptura de las relaciones germanosoviéticas,

para entonces cada vez más segura. Pero desde sus primeras palabras fue obvio que no había aprendido absolutamente nada de las tres sesiones anteriores. Atrapado con él en el búnker subterráneo, Molotov se vio obligado a sentarse y escuchar durante dos horas y cuarto un aburrido refrito de frases vacías.

En cierto momento, y con su habitual torpeza, Ribbentrop sacó de su bolsillo el borrador de un acuerdo que admitía a la Unión Soviética en el pacto tripartita, pero también este documento era vago e impreciso, y eludía todos los temas sobre los que Molotov había demandado respuestas detalladas. Molotov hizo caso omiso de él, y volvió al ataque con una nueva oleada de incómodas preguntas que pidió a Ribbentrop contestar. Éste hizo lo que pudo, pero era obvio que trastabillaba. Como un hombre que se ahoga, buscaba de dónde agarrarse, y lo encontró en Gran Bretaña. Tras culpar a esta nación de todo lo que sucedía, en especial en el Báltico, los Balcanes y el Mar Negro, se abrió paso hasta el aparentemente firme terreno de la disolución del imperio británico. Invitando de nuevo a la Unión Soviética a participar en ello, terminó con una muestra de seguridad en sí mismo, recordando a Molotov que no había contestado aún a su pregunta de si la Unión Soviética estaba interesada en obtener una salida al Océano Índico.

La respuesta de Molotov debe contarse, sin duda, entre las más filosas estocadas en la historia de la diplomacia. Los alemanes, dijo, partían del supuesto de que la guerra con Gran Bretaña ya había sido ganada. Si, en consecuencia, como había dicho Hitler al preguntársele por las demoras en la entrega de bienes a la Unión Soviética, Alemania libraba una pelea de vida o muerte con Inglaterra, él sólo podía conjeturar que eso significaba que Alemania luchaba “por vivir” e Inglaterra “por morir”. Cuando Ribbentrop, sin haber entendido en absoluto el poco sutil sarcasmo, procedió a reiterar que, en efecto, Gran Bretaña estaba liquidada, Molotov lanzó fatigosamente su embestida final. “Si es así”, dijo, “¿por qué estamos en este refugio y de quién son las bombas que caen?”[24]

Molotov y la mayoría de sus asesores —salvo los que se quedaron a hacer más pedidos de maquinaria, armas y aviones— salieron de Berlín a las once de la mañana siguiente, para volver a casa. Habían estado en esa ciudad exactamente cuarenta y ocho horas. En la Anhalter Station, el único nazi importante que llegó a despedirlos fue Ribbentrop. Göring estaba muy

ocupado organizando el ataque aéreo contra Coventry, que tendría lugar esa noche, y preparándose para viajar a Rominten al día siguiente, a un muy necesario descanso y recuperación.

Al mediodía, Hitler dijo en su diaria conferencia de guerra que no había esperado mucho de esas conversaciones, pero que demostraban que los rusos mentían en sus planes. “Molotov puso al descubierto el secreto”, aseveró, como recordaría uno de sus ayudantes. Le consolaba saber que esa relación “no tenía que mantenerse siquiera como un matrimonio de conveniencia”. Después de meses de incertidumbre, Hitler por fin había tomado una decisión: atacaría la Unión Soviética en la primavera de 1941.

“EL MUNDO ENTERO CONTENDRÁ EL ALIENTO”

William Shirer, el más sagaz observador del ámbito nazi, había vivido en Berlín desde 1934. Había atestiguado el funesto florecimiento del régimen y sus malignos efectos en el pueblo alemán con mirada sarcástica, y había trabajado incansablemente para informar y prevenir a Estados Unidos, su país de origen, y en realidad al resto del mundo, de los peligros implícitos. A principios de diciembre de 1940, sin embargo, agobiado por la constante batalla con la censura y el obstruccionismo, estaba harto, y decidió volver a casa. En la entrada de su diario del primero de diciembre de ese año, resumió la situación que dejaba atrás, incluida su opinión de la posición relativa de “los peces verdaderamente gordos” alrededor de Hitler.

Al examinar la “salvaje lucha” por la sucesión, no cabía duda de que Göring era “definitivamente el número dos de Alemania, y el único nazi que podría continuar el presente régimen si Hitler dejara el mando”. Tras señalar que Hess “carece de fuerza, ambición, impulso e imaginación para el papel de jefe”, pasó a los demás contendientes:

Goebbels, quien era el número tres, ha perdido terreno desde que empezó la guerra, debido en parte a que el ejército y la policía secreta lo han hecho a un lado, pero también a que ha metido la pata en su tarea de propaganda en momentos cruciales, como cuando ordenó a la prensa y la radio celebrar la victoria del *Graf Spee* un día antes de que lo hundieran.

El lugar de Goebbels como tercer hombre en Alemania ha sido ocupado por Heinrich Himmler, el pequeño sujeto de suaves modales que parece un inofensivo maestro rural, pero cuya crueldad, brutalidad y talento organizativo lo han colocado en una posición clave en el Tercer Reich. Él es importante porque ha convertido rápidamente a la Gestapo en una organización que hoy vela por casi cada área de la vida del país, y que mantiene para Hitler y los políticos un ojo vigilante sobre el ejército mismo. Himmler es el único entre los lugartenientes de Hitler que tiene poder de vida o muerte sobre la totalidad de los ciudadanos de Alemania y los territorios ocupados, y es raro que no

lo aproveche. Las evidencias se hallan a diario ocultas en las últimas páginas de los periódicos, en pequeñas noticias en las que se lee: "El jefe de la SS Himmler anuncia que el alemán Hans Schmidt (o el polaco Ladislav Kotowski) murió acribillado mientras ofrecía resistencia a la policía".

[...] Ribbentrop, hombre vano y pomposo, sumamente detestado en el partido y por el pueblo, goza aún del favor del Führer porque adivinó las intenciones de Inglaterra y Francia en Munich (Göring se equivocó, y sufrió en consecuencia un eclipse temporal). El hecho de que se haya equivocado en septiembre de 1939, cuando aseguró a Hitler que los británicos no combatirían, no ha afectado su posición en la cancillería. Hitler llegó al extremo de llamarlo recientemente "un segundo Bismarck", aunque hombres como Göring, que lo desprecia, no entienden por qué.[1]

Shirer acertó acerca del avance de Himmler a la posición como número tres, aunque en ese entonces no habría podido conocer por entero la extensa autoridad del Reichsführer. Teniendo firmemente bajo su control la seguridad interna del Reich, Himmler había pasado la mayor parte de 1940 desarrollando otras dos áreas de su creciente poder: su ejército privado, la Waffen-SS, y el aparato policial y de la SS en los territorios del este, donde planeaba establecer su imperio personal. Tuvo que enfrentar una oposición considerable —del ejército en un caso, y de Göring, los Gauleiter y los gobernadores en el otro—, pero en lo tocante a las pugnas políticas internas, nadie lo igualaba en tenacidad y firmeza.

La Waffen-SS cobró vida oficialmente a fines de octubre de 1939, cuando las diversas formaciones armadas de la SS se amalgamaron bajo el liderazgo del jefe de reclutamiento de Himmler, el SS-Obergruppenführer, Gottlob Berger. Desparpajado y escandaloso suabo, hijo del dueño de un aserradero, Berger había sido gravemente herido como segundo teniente en la primera guerra mundial, y fue uno de los primeros reclutas del partido nazi. Tras un bullicioso periodo en la SA, donde hizo más enemigos que amigos, se afilió a la SS en 1934, y se convirtió en la *éminence grise* de Himmler en cuestiones militares, alimentando la ambición de éste de hacer de la Verfügunstruppe (Tropa de Disposiciones, VT) un ejército autónomo.

En la campaña de Polonia, las tropas de la SS-VT habían impresionado y horrorizado a los comandantes del Wehrmacht. Combatiendo al lado de unidades regulares del ejército, se distinguieron por su *élan* y notorio valor, pero consternaron a los generales por su temeraria desconsideración a su propia vida y los altos índices de bajas que buscaban como señal de

valentía. Los generales también se quejaron de que, además de no proteger a sus hombres, los oficiales de la SS no estaban apropiadamente entrenados para operaciones complejas y sus unidades no se integraban de modo satisfactorio con las divisiones a las que estaban adscritas. Himmler respondió convenciendo a Hitler de que le permitiera formar divisiones de la SS totalmente independientes, bajo comandantes propios, importante paso hacia el cumplimiento de su ambición de un ejército privado autónomo.

Himmler y Berger formaron tres divisiones a partir de los tres elementos principales incorporados en la Waffen-SS. Los regimientos existentes de la VT, Deutschland, Germania y Der Führer, se combinaron para formar la división motorizada SS-Verfügungs (nombre que cambió más tarde a Das Reich); la división Totenkopf se formó con las unidades de la Calavera, compuestas por guardias de los campos de concentración de Eicke, remplazados en los campos por hombres demasiado viejos, jóvenes o incapacitados para combatir; la tercera división se creó a partir de la ya armada Policía de Orden, aunque no pasó a ser formalmente parte de la Waffen-SS hasta 1942. El Leibstandarte de Sepp Dietrich permaneció como regimiento motorizado de infantería autónomo dentro de la Waffen-SS; constituiría el núcleo de una nueva división dos años después. Las dos escuelas de cadetes Junker y las unidades de remplazo completaban el nuevo organismo.

Las divisiones de la SS combatieron con su usual fervor en Holanda, Bélgica y Francia; la primera Cruz de Hierro de la campaña fue obtenida por el SS-Obersturmführer Kraas, del Leibstandarte, en Holanda. A diferencia de lo que ocurrió en Polonia, no hubo ningún Einsatzgruppe (Fuerza Especial de Tarea) que siguiera a las tropas de las Wehrmacht en Occidente, pero de todas maneras hubo ominosos augurios de lo que estaba por venir. Mientras los británicos iniciaban su retirada de Francia el 27 de mayo, una unidad de la división Totenkopf aceptó la rendición de alrededor de cien soldados del 2º Royal Norfolks en una granja en Paradis, cerca de Béthune, tras algunos de los más intensos combates de la campaña. Los desarmaron, y luego los masacraron con ametralladoras. Los que no murieron de inmediato, fueron liquidados con disparos a quemarropa o con bayonetas.

Esta atrocidad habría podido explicarse convincentemente como obra de los insensibilizados matones de los campos de concentración de Eicke, pero al día siguiente una compañía del Leibstandarte, de elite, metió a un número similiar de prisioneros británicos en un establo en Wormhoudt, y después arrojó granadas y abrió fuego contra esos hombres indefensos, matando a todos ellos salvo a dieciséis.[2] Al ejército le indignó tan descarada desconsideración de las reglas de la guerra; pero pese a las protestas de los generales, a ningún miembro de la Waffen-SS se le formó consejo de guerra ni se le disciplinó de ningún otro modo; en realidad, el comandante de la compañía responsable de la masacre de Wormhoudt comandaría más tarde una división de la SS. Es difícil imaginar a Göring condonando una conducta como ésa; habría hecho fusilar a los infractores. Pero aparentemente Himmler no vio nada malo en ella.

Himmler había efectuado frenéticas actividades de reclutamiento desde la formación de la Waffen-SS. Al inicio de la campaña de Polonia contaba con unos veintitrés mil soldados de la SS, en la VT y las unidades de la Calavera; para principios de la guerra en Occidente, contaba con más de cien mil. En comparación con los tres millones de efectivos del ejército, esa suma era tan reducida que debía haber resultado insignificante, pero los generales consideraron, con razón, que ese advenedizo rival era una amenaza para las Wehrmacht. Hitler trató de calmar sus temores insistiendo en que las divisiones de la Waffen-SS permanecerían bajo control operativo del ejército y estarían adscritas a los diferentes cuerpos de éste. Prohibió la formación de un cuerpo de la SS, y resolvió que la dimensiones de la Waffen-SS no debían exceder de entre 5 y 10% del número de efectivos del ejército en tiempo de paz. Y en un edicto secreto expedido el 6 de agosto de 1940, dejó muy claro que no veía a la Waffen-SS como el ejército alterno que los generales temían, sino como “una policía armada del Estado capaz, en cualquier situación, de representar e imponer la autoridad del Reich en el interior del país”.[3]

Los generales siguieron desconfiando, sin embargo, y continuaron poniendo todos los obstáculos que podían en el camino de la expansión de la Waffen-SS, privándola de hombres, armas y equipo, y en especial de armas pesadas y tanques, los cuales podían ser decisivos en una lucha

interna de poder una vez terminada la guerra. Himmler trató de hallar la forma de librar esto mediante un acuerdo privado con Fritz Todt, usando la producción de las canteras de los campos de concentración y las compañías de materiales de construcción de la SS que la Organización Todt necesitaba para sus proyectos de construcción, más la promesa de veinte mil explotables trabajadores polacos, como fichas de negociación para sortear al ejército y recibir directas provisiones de armas del Ministerio de Municiones de Todt. Sin embargo, este arreglo fue efímero: los generales lo bloquearon apenas seis semanas después de alcanzado, y reafirmaron su control.

Las Wehrmacht fueron aún más estrictas con la cuestión de los recursos humanos, negándose a asignar conscriptos, e incluso más de un tercio de voluntarios, a la Waffen-SS. Göring apoyó a los generales del ejército, "porque llevarse a la flor y nata del material voluntario significaba que hombres de este tipo, que habrían sido igualmente buenos oficiales, quedaran parcialmente perdidos para el ejército y la fuerza aérea, que por eso se oponían a tal expansión".[4] La respuesta de Himmler, que indicó claramente dónde estaban sus ambiciones, consistió en recurrir a fuentes de reclutas en las que no estuviera en competencia con las Wehrmacht: personas de origen étnico alemán fuera del Reich, y los elementos "germánicos" de los territorios conquistados. Para comenzar, había grandes comunidades de origen étnico alemán en muchos Estados de los Balcanes, en especial en Rumania, donde, convenientemente, el yerno de Berger, Andreas Schmidt, era su líder. Schmidt, fanático partidario nazi, reclutó pronto a unos mil voluntarios entusiastas, a los que tuvo que sacar a escondidas para eludir la estricta prohibición de dejar el país a todo rumano apto para el servicio militar.

Mientras individuos de etnicidad alemana llenaban los vacíos en las formaciones regulares de la Waffen-SS, las victorias en Escandinavia y los Países Bajos abrieron, para Himmler, la puerta a una mayor expansión, creando su propia Legión Extranjera. Actuó rápido. Dinamarca había capitulado, pero aún había combates en Noruega cuando él visitó la cancillería el 20 de abril de 1940, en ocasión de las celebraciones del cumpleaños número cincuenta y uno de Hitler, y obtuvo permiso para integrar el primer regimiento no alemán de la Waffen-SS, el SS-Standarte

Nordland, de voluntarios de raza nórdica pura de Noruega y Dinamarca. Semanas más tarde, tras la victoria en Occidente, añadió a los holandeses y flamencos “germánicos”, y abrió un centro de adiestramiento para ellos en Sennheim, Alsacia, dirigido a su adoctrinamiento tanto como a su instrucción militar.

En esos primeros días, no faltaban jóvenes deslumbrados por los éxitos alemanes y seducidos por el sueño de convertirse en modernos caballeros teutónicos enseñoreados de eslavos infrahumanos en el este. Para la primavera de 1941, Himmler y Berger habían reclutado hombres suficientes de esos cuatro países para formar una sección entera, la división SS-Wiking (Vikingos), bajo comandantes y oficiales alemanes. Conforme la svástica extendía su sombra, ellos abrieron oficinas de reclutamiento en todos los países ocupados del norte y occidente de Europa, con igual éxito. La SS-Wiking fue la primera de veintiún divisiones compuestas parcial o totalmente por extranjeros, junto con otras siete principalmente integradas por individuos de etnicidad alemana, de un gran total en 1944-1945 de treinta y ocho divisiones de la SS. Para 1945, más de ochocientos mil soldados se desempeñaban en la Waffen-SS, pero para esa etapa de ningún modo todos ellos eran voluntarios espontáneos.[5]

Mientras su Waffen-SS peleaba y asesinaba tan ferozmente en Occidente, Himmler todavía hallaba tiempo para pensar en sus planes acerca del este. El 25 de mayo, cuando visitó a Hitler en el Felsennest para obtener permiso de empezar a reclutar holandeses y belgas, presentó un memorándum de seis páginas bajo el encabezado “Reflexiones sobre el Trato a Poblaciones Extranjeras en el Este”. Tal título podría parecer insulso, pero su contenido era diabólico. Las diversas razas que habían compuesto la población de Polonia —polacos, judíos, ucranianos, rusos blancos y grupos más pequeños— serían “divididas en el mayor número posible de partes y fragmentos” para destruir su conciencia nacional. “Elementos racialmente valiosos”, personas de sangre alemana, serían extraídos y llevados a Alemania para su “integración”, mientras que al resto se le permitiría atrofiarse. Apenas si se mencionaba a los judíos: debían ser “completamente eliminados, mediante la emigración a gran escala a África u otra colonia”.

“Si estas medidas se aplican en forma consistente”, escribió Himmler, “la población del Gobierno General de Polonia se reducirá en los próximos diez años a un residuo de seres subnormales. Constará de una fuerza laboral sin líderes, capaz de proporcionar a Alemania mano de obra de peones itinerantes anuales y recursos humanos para tareas especiales (calles, canteras, construcción)”. La educación de los niños debía limitarse a los requerimientos básicos: “Cómo contar hasta un máximo de quinientos, cómo escribir el nombre propio, que es mandato divino obedecer a los alemanes y ser honestos, industriosos y dignos de confianza. No considero que la lectura sea necesaria”.

Una de las partes más estremecedoras de ese documento decía que a los niños brillantes juzgados “racialmente inmaculados” se les trasladaría a Alemania para ser educados como alemanes, “a fin de eliminar el peligro de que los infrahumanos pueblos del este obtengan un estrato de liderazgo de igual fuerza que el nuestro a través de esas personas de sangre aceptable”. “Trágico y cruel como podría ser esto en cada caso individual”, escribió Himmler, “si, por convicción interior, se rechaza el método bolchevique de exterminio físico como poco alemán e imposible, este método es entonces el mejor y más moderado.”[6] En los dos a tres años siguientes, decenas de miles de jóvenes rubios fueron arrebatados a sus hogares y padres y colocados en familias en Alemania, para contribuir a la mejora de la población.

El rechazo por Himmler del “método bolchevique de exterminio físico” no se extendía a quienes no eran aptos, saludables y racialmente puros. Él no tuvo ningún reparo en aprobar el asesinato de miles de pacientes psiquiátricos para dejar lugar en sus hospitales a soldados heridos. Y no puso la menor objeción a la llamada “eutanasia” de bebés y niños nacidos con deformidades de cualquier tipo, tanto físicas como mentales. El infanticidio era efectuado por médicos regulares en hospitales e instituciones, bajo lineamientos del Ministerio de Salud y la cancillería del Führer; y aunque el jefe médico de la SS, el doctor Ernst Robert von Grawitz, era uno de los miembros del panel que seleccionaba a los médicos autorizados para llevarlo a cabo, Himmler no tenía participación directa en esto.

Participó, en cambio, en la extensión del proyecto de la "eutanasia" de los niños a los adultos. Se enviaron cuestionarios a todos los manicomios e instituciones psiquiátricas en octubre de 1939, pidiendo exhaustivos detalles de cada paciente en una de cada cuatro categorías, todos los cuales serían asesinados. La hoja de instrucciones los enlistaba de la siguiente manera:

1. Pacientes que sufren las enfermedades enumeradas en seguida, y quienes en la institución no pueden ser ocupados en absoluto, o sólo en las tareas más mecánicas (recoger objetos, etcétera): esquizofrenia, epilepsia, trastornos seniles, parálisis resistente a terapia y otros trastornos sifilíticos, retraso mental por cualquier causa, encefalitis, corea de Huntington y otras afecciones neurológicas terminales, o que
2. han estado internados en instituciones durante al menos cinco años continuos, o que
3. se hallan bajo custodia como delincuentes psicóticos, o que
4. no poseen la ciudadanía alemana o no son de sangre alemana o afín que dé o designe raza y nacionalidad.

En una útil nota, las "razas" se clasificaron en "sangre alemana o afín (raza alemana), judía, primera o segunda clase de judía *Mischling* [mestiza], negra, negra *Mischling*, gitana, gitana *Mischling*, etcétera".[7] Todos los pacientes de esta categoría debían ser exterminados más allá de la afección que sufrieran, simplemente por ser judíos, negros o gitanos.

El programa de "eutanasia" de los adultos, con nombre en clave "T4", por la dirección del departamento de la cancillería responsable de él, Tiergarten 4, también era ejectuado por médicos regulares. Pero los autobuses que transportaban a las víctimas condenadas eran provistos por la SS y operados por personal de ésta que vestía batas médicas blancas encima de sus uniformes y botas altas. Y los guardias dentro de los centros eran todos ellos hombres de la SS.

Himmler también estaba profundamente implicado en la metodología de las aniquilaciones, a través del mando general de la Policía Criminal, la Kripo. A un químico de la Kripo, el doctor Albert Widmann, se le había solicitado buscar un método de matar menos despilfarrador que el disparo en la nuca, y había sugerido la asfixia con monóxido de carbono. Otro oficial de la Kripo, el comisario criminal (y SS-Obersturmführer) Christian Wirth, de Stuttgart, erigió un prototipo de cámara de gas en una prisión en

desuso en Brandeburgo, y realizó experimentos para comparar resultados con inyecciones letales. El gas emergió como claro ganador, pues eliminaba a entre dieciocho y veinte víctimas a la vez con perfecta simplicidad.

Para evitar el inconveniente que el pánico podría causar, a Wirth se le ocurrió la ingeniosa idea de hacer pasar la cámara de gas por regaderas comunes con todo y bancas, y de meter el monóxido de carbono por tubos perforados. Dos químicos de la SS con grado doctoral observaron con gran satisfacción por una mirilla que las desnudas víctimas "caían, o se tendían en las bancas [...] sin escenas ni conmoción". Cinco minutos después se ventilaba la sala, y agentes de la SS recogían los cadáveres con vagonetas especiales para llevarlos a crematorios sin necesidad de contacto físico. Cuatro centros de aniquilación se instalaron de inmediato en antiguos hospitales o castillos, todos ellos con altos muros y en lugares remotos, en condiciones de gran reserva.[8]

En Prusia oriental, un Sonderkommando (Unidad Especial de Tarea) dirigido por el doctor Rudolf Lange operaba una variante móvil de las cámaras de gas, usando camionetas herméticas especialmente adaptadas en las que el escape del vehículo podía invertirse e introducirse en él para suministrar el monóxido de carbono. Entre el 21 de mayo y 8 de junio de 1940, la unidad de Lange eliminó de esta manera a mil quinientos cincuenta y ocho pacientes psiquiátricos.[9] Aunque el programa de "eutanasia" era un fin en sí mismo, también resultó un valioso ensayo para la operación mucho más grande que se emprendería el año siguiente.

El 14 de junio de 1940, mientras las tropas alemanas marchaban en triunfo por Champs-Élysées en París, se abrió en Polonia el primer campo de concentración oficial, en un excuartel de caballería en Oswicim, Alta Silesia oriental, ciudad de doce mil habitantes que los alemanes conocían como Auschwitz. Este nuevo campo, bajo el mando del Rudolf Höss, asesino convicto que había pasado cinco años en prisión antes de aprender su oficio como carcelero con Eicke en Dachau, se destinó al alojamiento de diez mil presos políticos polacos, a quienes se trataría con particular rudeza. Había algunos judíos entre ellos, pero muy pocos; aunque los había en gran cantidad en brutales campos de trabajos forzados, aún no se les enviaba a campos de concentración por el simple hecho de ser judíos. En cambio, a lo largo de ese año los hombres de Himmler se encargaron de aislarlos,

apiñándolos en guetos en pueblos y ciudades polacos, donde se les pudiera manejar más fácilmente llegado el momento; Heydrich sugirió tratar a los del superpoblado y acordonado gueto de Varsovia mediante el brote de una epidemia mortal, pero esta propuesta nunca se concretó.

En Auschwitz se puso a trabajar a los presos en la construcción de una planta aledaña en la que IG Farben los explotaría para producir hule y gasolina sintéticos a partir de carbón de Silesia, para el Plan de Cuatro Años de Göring. Himmler tenía en mente un papel adicional para Auschwitz: quería establecer ahí un centro de investigación agrícola, con enormes laboratorios y estaciones de crianza/cultivo de animales y plantas, como parte del Instituto Alemán de Investigación en Nutrición y Alimentos, compañía de la SS que él mismo había creado en Dachau en 1939 para la producción de hierbas y especias. Por el momento, no tenía planes de convertir ese campo en un centro de exterminio.

Los intereses de negocios de Himmler crecían ya más rápido que su imperio militar. Casi al mismo tiempo que los primeros presos llegaron a Auschwitz, él abrió otros campos en diversos lugares, para elevar la producción de materiales de construcción para la Compañía Cantera y de Preparación de Terrenos de la SS. En Neuengamme, cerca de Hamburgo, por ejemplo, extendió el campo existente, satélite de Sachsenhausen, para alojar a presos políticos escandinavos, franceses, holandeses y belgas dedicados a la fabricación de ladrillos. Un nuevo campo cerca de Natzweiler, en Alsacia, proveía trabajadores franceses y alemanes para canteras. Y en Gross Rosen, Baja Silesia, presos polacos de los territorios anexados morían trabajando en una cantera de granito.

Aparte de la Cantera y de Preparación de Terrenos y el Instituto de Nutrición y Alimentos, Himmler formó otras dos grandes compañías con sede en los campos: la Compañía Alemana de Equipamiento, dueña de todas las plantas y dedicada a varias actividades, desde horneado de pan hasta fabricación de cubiertos, carpintería y fundición de hierro, y la Compañía para la Utilización de Textiles y Cuero, que se servía de las prisioneras de Ravensbrück para confeccionar uniformes para la Waffen-SS. Estas cuatro compañías se establecieron con una estructura normal de negocios, en la que la participación de la SS era cuidadosamente disimulada, y su administración se mantuvo estrictamente aparte de la de los campos.

Eran controladas por una compañía tenedora, la Deutscher Wirtschaftsbetrieb (Sociedad Industrial Alemana), conocida como DWB y dirigida por el SS-Obergruppenführer, Oswald Pohl, director de la Oficina Central de Economía y Administración de la SS, excapitán de ancho cuello y cabeza rapada de la pagaduría de la marina. Sin contar a Heydrich, Pohl se convirtió en el lugarteniente más poderoso de Himmler, con autoridad sobre muy diversas áreas, incluida la financiera. A imitación del Estado nazi, Himmler instituyó las varias "oficinas centrales" de la SS como ministerios gubernamentales, con traslapadas, y a menudo vagamente definidas, responsabilidades, para que sus directores estuvieran en constante competencia entre sí, tanto por poder como por el favor de su jefe.

Las esperanzas de Himmler de una temprana realización de su sueño de establecer a sus guerreroscampesinos en los territorios del este habían sido frustradas por sus rivales en pos del poder ahí —las Wehrmacht, los Gauleiter y el gobernador general Hans Frank—, todos los cuales se negaron a someterse a sus HSSPF (comandantes generales de la SS y la policía). Himmler tendría que esperar a que vieran disponibles los ilimitados espacios más al este, en la Unión Soviética. Pero no tuvo que esperar mucho tiempo. El 18 de diciembre de 1940, Hitler emitió su Directiva núm. 21. Comenzaba:

> Las Wehrmacht alemanas deben prepararse *para aplastar a la Rusia soviética en una rápida campaña* (Operación Barbarroja) antes aun de concluida la guerra con Inglaterra.
>
> Tendrá que emplear con ese fin todas las unidades disponibles, con la salvedad de que los países ocupados deberán protegerse contra sorpresas.
>
> Para la Luftwaffe será cuestión de destinar a la campaña oriental tan poderosas fuerzas en apoyo al ejército que pueda darse por descontada una rápida conclusión de las operaciones en tierra, y el menor daño posible al este de Alemania por el ataque aéreo enemigo.

Al mismo tiempo, continuaba la directiva, "no debe permitirse la interrupción de las operaciones ofensivas contra Inglaterra, en particular contra sus líneas de abastecimiento". Con ese propósito, "el principal esfuerzo de la marina seguirá inequívocamente dirigido a Inglaterra, aun durante la campaña oriental".

El ataque debía ser rápido y audaz, con objeto de destruir al Ejército Rojo en Occidente. Debía aislarse a las unidades soviéticas, e impedir que huyeran a la vastedad del territorio ruso. El fin de la operación entera era conquistar Rusia hasta una línea que corría del Volga en el sur a Arcángel en el norte. Una vez que la Luftwaffe destruyera a la Fuerza Aérea Roja, estaría en libertad de dirigir su atención al bombardeo del resto de los centros industriales soviéticos en los Urales.

La directiva de Hitler procedía a exponer, entonces, la gran estrategia de la operación, y la ayuda que podía esperarse de los "probables aliados", Rumania y Finlandia, en los dos extremos. Debía preservarse el sigilo a toda costa, disimulando la totalidad de la operación como "*medidas preventivas* contra la eventualidad de que Rusia cambie su presente actitud hacia nosotros".[10]

Los preparativos para Barbarroja debían estar terminados para el 15 de mayo de 1941, pero antes hubo asuntos que atender en el norte de África y los Balcanes. Göring había interrumpido su licencia por enfermedad en Rominten el 3 de diciembre, para recibir a Milch y el subjefe del Estado Mayor de la aviación, el general Hoffmann von Waldau, quienes le llevaron los planes de traslado de un cuerpo de aviación al sur de Italia y Sicilia, para apoyar a los italianos con ataques contra Alejandría, el Canal de Suez, Malta y los estrechos entre Sicilia y el norte de África. La orden de ese desplazamiento se dio el 10 de diciembre, un día después del inicio de la batalla de Sidi Barrani, y las unidades de la Luftwaffe, en asociación con la fuerza aérea italiana, se dejarían sentir pronto con ataques contra embarcaciones británicas y la sitiada isla-fortaleza de Malta.

Hitler ya había emitido una directiva para la Operación Marita, la invasión de Grecia para la expulsión de las fuerzas británicas, las cuales podían usar el territorio continental de ese país y las islas de Lemnos y Creta como bases de bombardeo aéreo contra los vitales yacimientos petroleros de Ploesti. Pero para llegar a Grecia, las fuerzas alemanas tendrían que pasar por Rumania, Bulgaria y tal vez Yugoslavia, y había problemas con estas tres naciones. Ribbentrop había logrado convencer a Rumania, junto con Hungría y Eslovaquia, de sumarse al pacto tripartita en noviembre, pero Bulgaria y Yugoslavia, también cortejadas por Stalin, se resistieron obstinadamente.

Rumania resultó ser el más entusiasta y confiable aliado de Alemania. Antonescu había congeniado espléndidamente con Hitler en Berlín, en noviembre, y consolidó su mutua amistad el 14 de enero, cuando lo visitó de nueva cuenta en el Berghof y aceptó permitir que más de medio millón de tropas alemanas se congregaran en su país, en preparación para Marita. A cambio, instado por Ribbentrop, Hitler aceptó apoyar a Antonescu en su lucha interna con la Guardia de Hierro, el ala militar del movimiento fascista rumano, la cual le había ayudado a llegar al poder pero que para esos días amenazaba su posición.

Menos de una semana después del retorno de Antonescu a Bucarest, la Guardia de Hierro efectuó una revuelta, tomando todos los edificios gubernamentales, menos el palacio del dictador y el Ministerio del Exterior. Cuando Antonescu pidió la ayuda alemana, Ribbentrop accedió al instante, diciéndole que aplastaría a la Guardia de Hierro tan implacablemente como Hitler había aplastado a la SA en 1934. Tanques alemanes intervinieron, y la Guardia de Hierro se rindió a las tropas del gobierno, las cuales siguieron el consejo de Ribbentrop y la masacraron. Los pocos líderes sobrevivientes fueron rescatados por el SD, que durante un tiempo había patrocinado a la Guardia de Hierro y había estado detrás del intento de *coup*. Escondidos en casas de seguridad, después fueron sacados clandestinamente del país en ambulancias, vestidos con uniformes alemanes.

Furioso por lo que describió como “una gigantesca conspiración contra la política exterior oficial del Reich”, Ribbentrop aprovechó la oportunidad para asestar un golpe a sus rivales de la SS, convenciendo a Hitler de que Heydrich y el SD no eran los únicos involucrados, sino también toda la jerarquía de la SS. A Himmler lo implicaban personalmente cartas que había enviado al líder de la Guardia de Hierro, Hora Sima, ocultado de la policía en casa de Andreas Schmidt, el yerno de Berger. Por una vez, Hitler respaldó a Ribbentrop, montando en una cólera suprema y vociferando que “pondría al descubierto la peste negra” si no se disciplinaba.[11]

Satisfecho de enterarse de que, después de todo, la SS y el SD no eran invulnerables, Ribbentrop siguió a la ofensiva, haciendo que todos los agentes del SD en Rumania fueran devueltos a Alemania, donde algunos fueron arrestados y encarcelados. Con la aprobación de Hitler, se prohibió al SD interferir en los asuntos internos de otros países, y todos los

“agregados de policía” del SD en misiones diplomáticas alemanas fueron puestos bajo la autoridad del jefe de la misión, a quien estaban obligados a mostrar la totalidad de su correspondencia con la RSHA (Oficina Central de Seguridad del Reich). Ésta fue una victoria notable, que Ribbentrop celebró dejando de usar el uniforme de la SS, del que antes había estado tan orgulloso, y exigiendo a sus funcionarios hacerlo también. Poco después empezó a remplazar a los jefes alemanes de misiones en el sureste europeo por importantes miembros de la SA, carentes de experiencia y habilidad diplomática, pero en quienes podía confiarse que mantendrían a la SS y el SD en su lugar.

Ribbentrop tuvo menos éxito tratando de convencer a Hitler de no seguir adelante con Barbarroja, sino forjar una alianza más firme con la Unión Soviética, recordándole regularmente la política oriental de Bismarck. Se enteró de la existencia de ese plan apenas el 9 de enero de 1941, cuando se sumó a los jefes operativos de las tres armas y el OKW en la última sesión de un consejo de guerra de tres días, y lo que oyó debe haberle horrorizado. Luego de hacer un repaso de la posición de Gran Bretaña, Francia, España, los Balcanes e Italia, Hitler procedió a presentar la derrota de la Unión Soviética como la respuesta a todos los problemas de Alemania. Aun si eso no obligaba a Gran Bretaña a capitular, liberaría todo el poder de las fuerzas alemanas para liquidarla. Además, mantendría a Estados Unidos fuera de la guerra, al permitir a los japoneses volcar todo el poder de sus fuerzas contra ellos en el Pacífico. En consecuencia, “Rusia debía ser destruida”, y pronto.

Hitler repitió los objetivos estratégicos que había esbozado en su directiva sobre Barbarroja, desestimando las enormes distancias por “no ser mayores que las que ya han sido vencidas por las Wehrmacht”, y añadió, incluso, una nueva meta: los yacimientos petroleros de Bakú, en el Mar Caspio. Sus fantasías se desbordaron conforme se acercaba al clímax de su largo discurso, concluyendo con esta promesa: “El gigantesco territorio de Rusia esconde riquezas inconmensurables. Alemania debe dominarla económica y políticamente, sin anexarla físicamente. Tendremos así todo lo que podríamos necesitar para librar en el futuro una guerra, aun contra continentes enteros, si fuese necesario. Seremos invencibles. Cuando hagamos esta campaña, ¡Europa contendrá el aliento!”.[12]

Ribbentrop debe haber hallado especialmente mortificante oir a Hitler ridiculizar a Stalin como “un tipo listo [...] [que] no vacilará en hacer pedazos cualquier tratado escrito si eso conviene a sus propósitos”. Porque, precisamente en ese momento, Karl Schnurre estaba en Moscú finalizando una serie de nuevos tratados centrados alrededor de una versión corregida del tratado comercial, que preveía mayores partidas de materias primas, incluidos petróleo, cobre, estaño, níquel, tungsteno, manganeso y molibdeno, además de 2.5 millones de toneladas de granos al año. Algunos acuerdos cubrían el reasentamiento de alemanes de los Estados bálticos, y un pago único por las propiedades privadas alemanas en ellos. Otro versaba sobre la nueva frontera entre Alemania y Lituania, con una compensación de 7.5 millones de dólares en oro de parte de la Unión Soviética, por una pieza extra del territorio conocido como Punta de Lituania, causa de amargas recriminaciones cuando Stalin la tomó en 1939. Esto entusiasmaba, en especial, a Ribbentrop; cuando Schnurre regresó a Berlín, le pidió con ansia que le mostrara el oro, y se desilusionó muchísimo cuando Schnurre le explicó, pacientemente, que era una transacción no realizada, que sólo reducía a la mitad el déficit comercial alemán.[13]

Pese a los comentarios de Hitler sobre la integridad de Stalin, Ribbentrop dirigió una exultante y característicamente verbosa circular a todas las embajadas y misiones, en la que describió ese paquete como la solución de todos los asuntos pendientes entre Alemania y la Unión Soviética. Económicamente, aseguró, el trato comercial significaba el final derrumbe del bloqueo británico, y refutaba las “maliciosas expectativas que nuestros enemigos expresaron a la conclusión del primer acuerdo económico, de que las promesas soviéticas sólo existirían en el papel”. “La Unión Soviética”, continuó, quizá con la mira puesta en Hitler en más de un sentido, “ha cumplido todo lo que prometió. En muchos campos ha dado más de lo originalmente acordado. En la organización de los grandes embarques, se ha conducido en forma admirable.”[14]

Por una vez, Göring estaba de acuerdo con Ribbentrop. Los beneficios del acuerdo comercial eran el primero de los argumentos con que siguió ejerciendo presión sobre Hitler en las semanas siguientes, pues también él aprovechó todas las oportunidades para tratar de disuadirlo de proseguir con Barbarroja. Fue tan persistente, en efecto, que Hitler lo desalentó

activamente de asistir a conferencias, y lo veía lo menos posible. Göring confió más tarde a Emmy que Hitler le había dicho: “Me negaba a verlo, Göring, porque sabía que haría todo lo posible por disuadirme”.

El 24 de enero, sin embargo, Hitler llamó a Göring al Berghof, junto con Jeschonnek y su comandante de la División de Paracaídas, el general Kurt Student, quien acababa de recuperarse de una grave herida en la cabeza causada por una bala perdida durante la batalla de Rotterdam, donde su vida había sido salvada por la habilidad de un cirujano holandés. El propósito de Hitler era discutir las operaciones de la Luftwaffe en Grecia, y en particular en Creta, donde Student dirigiría una invasión aérea bajo el mando general de Göring. En el viaje en tren desde Berlín, sin embargo, el principal tema de conversación fue la oposición de Göring a Barbarroja; y cuando llegaron al Berghof a mediodía, éste se encerró solo con Hitler hasta las ocho de la noche, discutiendo desesperadamente. Según Student, Hitler salió “sumergido en sus pensamientos”, y Göring creyó que había tenido éxito. “Gracias a Dios, no habrá guerra con Rusia”, dijo a sus dos generales. Dos días después, sin embargo, Hitler le telefoneó a Berlín para decirle que había cambiado de opinión: “Atacaremos al este”.[15]

Hitler le confirmó su decisión en otra junta, esta vez en la cancillería del Reich, el 28 de enero. Göring, inmerso entonces en una serie de conferencias de alto nivel sobre provisiones de materias primas, dio la noticia a sus expertos en armas y economía al día siguiente. Todos coincidieron en que una guerra con la Unión Soviética era “económicamente inconcebible”, aunque uno de ellos, el especialista en agricultura, nacido en Rusia, Herbert Backe, comentó que conquistar Ucrania resolvería la crónica escasez de granos de Alemania. Esto fue de poco alivio para Göring, quien tras ordenar al general Georg Thomas, jefe de la oficina de economía y armamentos del OKW, que preparara un estudio de los problemas asociados, partió al día siguiente a un viaje de consolación para hacer compras en La Haya y Amsterdam, seguido, días más tarde, luego de una breve escala en el cuartel de vanguardia de la Luftwaffe en Le Déluge, por una orgía de tres días de saqueo de arte en París.

Göring no estuvo presente, por lo tanto, en la conferencia de Hitler con sus generales del 3 de febrero, para conocer y discutir la directiva operativa del ejército sobre la campaña en el este. Basado en inteligencia insuficiente

y errónea de las capacidades soviéticas, ese plan era extremadamente optimista. Aunque se destacaron algunos problemas de transporte, comunicaciones y provisiones de combustible, Hitler no oyó nada que mellara su creencia en una rápida victoria. Puso fin a la conferencia con una nota aún más alta que la que había hecho sonar el 9 de enero: "Cuando Barbarroja sea puesta en marcha", proclamó, "el mundo entero contendrá el aliento, enmudecido".

Entre las dos conferencias con sus generales, Hitler había convocado a Mussolini y Ciano al Berghof el 19 y 20 de enero, para una reunión que el Duce temía. Estaba convencido de que el Führer lo humillaría por sus fracasos en Grecia y el norte de África, donde los británicos, ya reforzados por el arribo de tropas australianas, avanzaban rápidamente y atacaban las defensas de Tobruk. Hitler, sin embargo, fue la consideración personificada, tomándose la molestia de mostrarse delicado y comprensivo. Ofreció aumentar la ayuda ya procedente de la Luftwaffe con dos divisiones blindadas y una de infantería ligera, y Mussolini aceptó gustosamente. A cambio, pidió al Duce que hiciera todo lo posible por persuadir a Franco de unirse al Eje, para que los alemanes pudieran atacar Gibraltar desde España.

Desafortunadamente, Ribbentrop insistió en echar una mano con Franco, para privar a los italianos del prestigio de haber llevado a España a la guerra. Pero su mano fue tan pesada, y su mensaje personal tan semejante a un ultimátum, que el dictador español se ofendió, y dijo a los italianos que, debido a una crisis de alimentos en España, le sería imposible participar en la guerra. Éste fue el fin de la opción mediterránea de Göring contra Gran Bretaña.

Hitler había hablado con Mussolini de la ya próxima campaña en Grecia, y arremetido con cierto detalle contra la Unión Soviética, pero no mencionó en absoluto a Barbarroja. No habiendo necesidad del apoyo italiano en el este, estaba resuelto a ocultársela al Duce hasta el último momento posible, en parte por razones de seguridad —estaba convencido de que el rey de Italia les contaba todo a los británicos—, pero también porque no quería compartir con él el trofeo de la victoria

En el norte de África, los italianos enfrentaban el desastre. Para el 6 de febrero, británicos y australianos habían destruido completamente al Décimo Ejército italiano y capturado Bengasi, y estaban a punto de

completar la ocupación de la provincia de Cirenaica. Si iba a haber una operación de rescate, tendría que ser pronto. Tras nombrar al general Erwin Rommel como comandante del Afrika Korps, Hitler lo despachó tan rápido a Trípoli que ni siquiera tuvo tiempo de hacer sus maletas. Al día siguiente, la primera de las prometidas fuerzas alemanas, el 5º Regimiento de Tanques, embarcó en Nápoles.

Para el Führer, sin embargo, el norte de África era secundario. Su atención estaba claramente dirigida a sus preparativos de la gran campaña en el este. Para fines de ese mes, había convencido al rey Boris de Bulgaria de unirse al pacto tripartita, ofreciendo brindarle una salida al Mar Egeo, y en marzo, unos seiscientos ochenta mil soldados alemanes se desplazaron de Rumania a Bulgaria, a lo largo de tres grandes puentes velozmente erigidos sobre el Danubio por ingenieros militares, listos para invadir Grecia.

Yugoslavia resultó un hueso más difícil de roer. Durante marzo, Ribbentrop continuó trabajando al regente de Yugoslavia, el príncipe Pablo, con amenazas y sobornos alternados, ignorando advertencias de sus propios expertos en el Ministerio del Exterior y en el SD de que el pueblo y ejército servios no aceptarían una alianza con Alemania. Sin considerar el hecho de que había cortejado a Hungría, Italia y Bulgaria con la promesa de jugosas piezas de Yugoslavia, prometió al príncipe Pablo que Alemania garantizaría las fronteras de su nación, y le ofreció parte de Grecia, incluida Salónica. Por fin, el 25 de marzo, los yugoslavos sucumbieron, aceptando sumarse al pacto, pero con condiciones secretas que los liberaban de toda obligación militar.

El primer ministro y el ministro del Exterior fueron sacados a escondidas de Belgrado en un auto ordinario para evitar la ira de sus compatriotas, deslizados por la frontera y llevados de inmediato a Viena, donde firmaron el pacto y se entrevistaron con Hitler en el palacio de Belvedere, donde él confirmó las ofertas de Ribbentrop y prometió no enviar tropas alemanas por su país. Ellos volvieron a casa jurando corresponder a su bondad y comprensión con sentimientos de lealtad y devoción por Alemania.

El júbilo de Hitler por la adhesión de Yugoslavia fue efímero. Estalló indignación en Belgrado, los ministros firmantes fueron insultados y

escupidos a su arribo al día siguiente, y esa misma noche el príncipe Pablo y su gobierno fueron depuestos por un levantamiento popular dirigido por altos oficiales del ejército y la fuerza aérea, con el apoyo del Special Operations Executive (SOE) británico, organización del Servicio Secreto dedicada principalmente al sabotaje y la subversión. El rey Pedro, de diecisiete años, quien escapó de los guardaespaldas de su tío trepando a una ventana y bajando por un tubo de desagüe, anunció que había ascendido al trono. El nuevo gobierno fue encabezado por el jefe de la fuerza aérea, el general Dusan Simovic, quien se negó, en seguida, a ratificar el pacto tripartita, y en cambio ofreció firmar un simple pacto de no agresión con Alemania, evitando así la alianza o dependencia y descartando toda posibilidad de que tropas alemanas atravesaran el país.

Cuando Hitler recibió la noticia del *coup*, el mediodía del 27 de marzo, en un telegrama que decía que los exministros firmantes habían sido arrestados, pensó en un principio que se trataba de una broma. Pero cuando se dio cuenta de que era cierto, montó en una de las más violentas cóleras de su vida. Exclamando que había sido ofendido personalmente, envió por Ribbentrop, Göring, los comandantes del ejército y la Luftwaffe y los emisarios húngaro y búlgaro. Ribbentrop fue llamado de una reunión con el ministro japonés del Exterior, Yosuke Matsuoka, llegado en visita oficial la noche anterior y quien tenía programada una reunión con Hitler a las cuatro de esa tarde. Göring estaba encerrado con Birger Dahlerus, a quien acababa de prevenir sobre Barbarroja.

Hitler cruzó furioso la cancillería hasta la sala de juntas, donde Keitel, Jodl y los ayudantes esperaban las instrucciones diarias. Blandió frente a ellos el telegrama, “soltando espontáneamente”, como recordaría Keitel, “que no tenía intención de tolerar eso: destruiría a Yugoslavia de una vez por todas; sin importar lo que el nuevo gobierno pudiera decirle, había sido vergonzosamente traicionado, y una declaración de lealtad sólo sería un amago, una treta para ganar tiempo”. Pensaba, declaró, ordenar inmediatos ataques concéntricos contra Yugoslavia desde el norte y el este. Haciendo a un lado las protestas de Keitel de que era imposible montar entonces esos ataques, sujetos como estaban al minuciosamente planeado calendario de Barbarroja, Hitler bramó: “¡Alguna solución tendrá que encontrarse! Quiero barrer con los Balcanes; ya es hora de que la gente empiece a conocerme

mejor. Serbia siempre ha sido un Estado propenso a los *Putsche*, así que lo voy a curar de una vez".[16]

Cuando todos los jefes militares habían llegado, Hitler les ofreció una diatriba contra serbios y eslovenos, y les dijo que estaba decidido a destrozar a Yugoslavia lo mismo militarmente que como Estado. No habría ultimátum, ni acercamiento diplomático. Cuando Ribbentrop trató de sugerir uno, Hitler la emprendió contra él. "Los yugoslavos", espetó, "jurarían que el negro es blanco. Por supuesto que dirán que no tienen intenciones bélicas, ¡y cuando invadamos Grecia nos apuñalarán por la espalda!".[17] Culpando a Ribbentrop de no haber previsto el *coup*, le dijo que "no quería volver a verlo jamás". Destrozado, el ministro del Exterior pasó varios días en cama, a causa de un colapso nervioso menor.[18]

Göring no tuvo ese problema. Su Luftwaffe estaría al frente de la operación, encargada, como de costumbre, de preparar el terreno al resto de las Wehrmacht aniquilando a la fuerza aérea yugoslava en tierra y destruyendo Belgrado por completo. Al amanecer del Domingo de Ramos, 6 de abril, empezó a hacer justamente eso. En Nuremberg afirmó que en Belgrado los blancos habían sido "el Ministerio de Guerra, la estación del ferrocarril, el edificio del Estado Mayor y uno o dos ministerios más". Pero como éstos estaban "dispersos por toda de la ciudad", dijo, la urbe "también fue afectada por el bombardeo".[19]

Esta autojustificadora versión de Göring sobre el ataque a Belgrado era totalmente contraria a la verdad, lo que arroja dudas sobre su explicación de otros acontecimientos, notablemente la destrucción de Rotterdam. Lo cierto era que Hitler había sido sumamente específico al ordenarle "destruir Belgrado en ataques por oleadas", susbrayando sus intenciones al denominar el ataque "Operación Castigo". Trescientos bombarderos del VIII Cuerpo de Aviación, bajo las órdenes del general Wolfram von Richthofen, efectuaron más de quinientos asaltos de bombardeo a la altura de los techos sobre la indefensa ciudad, reduciéndola a escombros, quitando la vida a más de diecisiete mil civiles e hiriendo a muchos más.

Belgrado cayó el Domingo de Pascua, 13 de abril, y cuatro días después el ejército yugoslavo se rindió. El asalto contra la Grecia continental, que había empezado simultáneamente, tardó apenas un poco más. Los británicos habían sacado cuatro divisiones, alrededor de cincuenta y tres mil hombres, del norte de África para embarcarlas apresuradamente a Grecia a fin de

reforzar el reducido ejército allá, pero ellos y los griegos fueron pronto arrollados por las quince divisiones del Decimosegundo Ejército del mariscal de campo List, cuatro de ellas blindadas, y el superior poder de la Luftwaffe, con unos mil aviones contra cien de la RAF (Royal Air Force). Atenas no fue bombardeada; Hitler lo prohibió estrictamente. Para el 21 de abril, el grueso del ejército griego se había rendido y las tropas británicas, australianas y neozelandesas eran evacuadas por mar. Al término de la retirada, el 30 de abril, alrededor de cincuenta mil hombres habían sido embarcados, la mayoría a Creta, pero una vez más, su equipo y vehículos pesados habían sido destruidos o dejados atrás, junto con unos doce mil prisioneros.

La Luftwaffe había desempeñado, una vez más, un papel vital en los éxitos alemanes en Yugoslavia y Grecia, donde, además del usual bombardeo, se usó a paracaidistas para tomar el Istmo de Corinto luego de que una retaguardia británica destruyera el puente sobre la honda cañada del canal. Göring necesitaba esa alza en su reputación; ésta se había visto gravemente mellada la noche del 9-10 de abril, cuando la RAF atacó Berlín con el más intenso de una serie de asaltos iniciados un mes antes. Esa noche, los bombarderos británicos devastaron el corazón de la ciudad antigua, alcanzando la Biblioteca Estatal, el Palacio del Príncipe Heredero, la Universidad y muchos otros edificios en varias cuadras a ambos lados de la Unter den Linden. Peor aún, el Teatro de la Ópera del Estado quedó destrozado. Sus inmensas paredes exteriores se mantuvieron de pie, pero el impacto directo de una treintena de bombas incendiarias provocó un infierno que redujo ese auditorio a un revoltijo de maderos chamuscados y vigas retorcidas. En represalia, Göring ordenó un severo ataque a Londres, en el que resultó dañada la catedral de San Pablo, pero esto sucedió demasiado tarde para satisfacer a Hitler, quien lo culpó del fracaso de la Luftwaffe en la protección de la capital del Reich.

En un airado intercambio, Hitler aprovechó la oportunidad para fustigar a Göring por las fallas del equipo de la Luftwaffe, y en especial del Ju-88, del que los escuadrones de bombarderos se quejaban de que era “inútil”; preferían el antiguo pero probado He-111. Göring se mantuvo firme, admitiendo que el Ju-88 existente tenía defectos —después de todo, su producción se había forzado antes de que finalizara su desarrollo—, pero

asegurando que ya se habían remediado y que el modelo más reciente, el cual salía ya de las líneas de producción con nuevos y más potentes motores, resultaría un éxito, como en verdad lo fue.

Hitler encomendó a Speer reconstruir de inmediato el Teatro de la Ópera, pero Göring tenía tareas más urgentes para los constructores. Tras el primer fuerte ataque en marzo, el jefe de policía de Berlín, Helldorf, había acudido a Goebbels, en su calidad de Gauleiter, para decirle que le preocupaba mucho la capacidad de la ciudad para resistir un bombardeo realmente intenso. Simplemente, dijo, no había suficientes refugios públicos adecuados. Goebbels, quien siempre había tenido a Helldorf por pesimista, lo escuchó con impaciencia. “Lo que Londres es capaz de soportar”, repuso, “Berlín lo aguantará también.” Göring fue menos displicente. Aunque, invariablemente, se había opuesto a la idea de construir refugios antiaéreos en Berlín, por considerarla una admisión de fracaso, se vio obligado, entonces, a ordenar un programa intensivo de refugios públicos, más tres “torres antiaéreas” de gran tamaño.

Estas torres antiaéreas eran enormes estructuras de concreto, de treinta y cinco o más metros de altura, erizadas de artillería antiaérea, una en el Zoológico, en el corazón del sector occidental; otra en el Humboldthain Park, al norte de la Unter den Linden, y otra más en el Friedrichshain Park, al este de la Alexanderplatz. Diseñadas por Speer para que parecieran fortalezas medievales, con paredes de concreto armado de dos y medio metros de grosor, eran edificaciones a prueba de bombas o proyectiles. Con generadores propios de agua y electricidad y con hospitales, se mantenían abastecidas de alimentos y municiones suficientes para sostener un sitio de doce meses. Brindaban servicios seguros de almacenamiento para los tesoros de las galerías de arte y museos de la ciudad, estudios de emergencia y hospedaje al personal del servicio nacional de radio y refugios antiaéreos capaces de albergar entre ellos a cincuenta mil personas. Dos años antes, esa previsión, tácita admisión de la posibilidad de una invasión enemiga de Berlín, se habría considerado inconcebible derrotismo. Ahora era una precaución razonable.

Esas torres ocupaban el centro de un nuevo y vasto sistema antiaéreo, controlado desde la torre del Zoológico, que rodeaba la ciudad con reflectores y baterías antiaéreas, mientras que la urbe misma estaba repleta de emplazamientos de artillería fortificados, y la totalidad de sus

monumentos altamente camuflados. Durante los dieciocho primeros meses de la guerra, los berlineses habían tendido a considerar las defensas antiaéreas de su ciudad como una broma: “Los topes de Hermann”, los llamaron. De pronto, ya no eran una broma, sino un formidable arma capaz de infligir grave daño a cualquier atacante. Esto estaba muy lejos de los días en que Göring había alardeado de que ningún avión enemigo volaría jamás sobre Berlín.

Afortunadamente, luego de la arremetida de primavera de seis semanas sobre Berlín, la RAF dirigió su atención a otra parte, para concentrarse en el ataque a las bases de los submarinos y Kondors Focke-Wulf 200 de largo alcance que hundían miles de toneladas de buques mercantes británicos en la Batalla del Atlántico. Durante varios meses, bombarderos británicos se orientaron contra blancos como Kiel, Hamburgo, Bremen y Burdeos, dando a Berlín —y a Göring— un muy necesario respiro.

La Luftwaffe, por su parte, mantuvo en pleno sus ataques contra ciudades británicas hasta mediados de mayo, cuando el Blitz menguó paulatinamente mientras las flotas aéreas se trasladaban al este. El último gran ataque contra Londres, antes de una pausa de diez semanas, ocurrió la noche del 10-11 de mayo, y fue el más intenso y mortífero de la guerra, ya que costó la vida a mil cuatrocientos treinta y seis personas, heridas a mil setecientas noventa y dos, daños a la abadía de Westminster y el Museo Británico y la destrucción de la Cámara de los Comunes, entre otros edificios históricos y sobresalientes.[20] Durante los nueve meses de la campaña, los bombarderos de Göring habían aniquilado a más de cuarenta y tres mil civiles en toda la nación, herido a otros ciento treinta y nueve mil y causado enormes daños a la infraestructura y viviendas del país, todo a cambio de la pérdida de unos seiscientos bombarderos.[21] Pero ni siquiera así fue posible poner de rodillas a los británicos, ni afectar en alto grado la producción de aviones y armas. El argumento de Göring de que podía ganar la guerra con sólo el poderío aéreo había resultado inexacto una vez más.

Cerca de las once de la noche del 10 de mayo, justo mientras comenzaba el gran ataque sobre Londres, un caza Me-110 de largo alcance se estrelló en las tierras bajas de Escocia, no lejos de Glasgow. Aunque nunca antes había usado paracaídas, su piloto se había tirado a tierra, hiriéndose una pierna al caer torpemente. Cuando fue recogido por un peón local, dijo ser el capitán

Alfred Horn, y que tenía un importante mensaje por transmitir al duque de Hamilton. No pasó mucho tiempo antes de que se estableciera la verdadera identidad del “capitán Horn”: era Rudolf Hess, llegado en una descabellada misión personal para convencer a Gran Bretaña de hacer las paces.

Hitler no supo de este vuelo hasta ya avanzada la mañana siguiente en el Berghof, cuando dos ayudantes de Hess llegaron con una carta en la que éste explicaba lo que había hecho y por qué. En realidad, un largo memorándum suyo había sido entregado la noche anterior, pero Hitler no se había tomado la molestia de abrir el sobre, suponiendo que contenía asuntos rutinarios del partido. Pero en este momento, Hitler se sintió destrozado por lo que vio como la “deslealtad” del más servilmente devoto de todos sus devotos seguidores. Según Paul Schmidt, esto “le consternó tanto como si una bomba hubiera explotado en el Berghof”.[22] Speer, quien acababa de llegar a la casa con bocetos de nuevos y grandiosos edificios para Germania, oyó de pronto que “un alarido inarticulado, casi animal” salía del estudio del Führer, seguido por un estruendo: “¡Quiero a Bormann de inmediato! ¿Dónde está Bormann?”.[23]

Göring, aquejado una vez más por problemas cardiacos, se encontraba en el castillo de Veldenstein, que estaba en proceso de restaurar. Hitler le telefoneó con un lacónico mensaje: “Göring, venga de inmediato. Ha ocurrido algo terrible”, antes de colgar estrepitosamente el teléfono, sin mayor explicación. Ribbentrop fue llamado de Fuschl en forma igualmente abrupta. Su principal preocupación fue el temor de que Hess tuviera éxito en su propósito de convencer a los británicos de derribar a Churchill y hacer las paces, pero su experto en Gran Bretaña, el exagregado de prensa en Londres, Fritz Hesse, logró tranquilizarlo asegurándole que eso era totalmente imposible. La principal inquietud de Hitler era el efecto que el vuelo de Hess podía tener en Stalin y los japoneses, quienes, para su disgusto, acababan de firmar un pacto de no agresión. “¿Quién me creerá”, preguntó, “cuando diga que Hess no voló en mi nombre, que este incidente no es una intriga a espaldas de mis aliados?”[24]

Göring no llegó al Berghof hasta las nueve de la noche, momento para el cual Hitler ya se había serenado. Tras extenderle la carta de Hess, Hitler preguntó si Hess habría podido arreglárselas para pilotar un Me-110 a Escocia. Göring lo creía improbable, confirmando lo que Udet ya le había dicho al Führer por teléfono. “¡Ojalá se hubiera ahogado en el Mar del

Norte!”, gimió Hitler. “Así habría desaparecido sin dejar huella, y habríamos inventado una explicación inofensiva a nuestra conveniencia.” Galland aseguraría más tarde que Göring le llamó en ese instante y le ordenó enviar aviones de combate a interceptar el avión de Hess; pero dado que ya hacía más de veinticuatro horas que Hess había partido, esto parece sumamente improbable. Tal vez Göring quería que se buscara alguna señal de desastre en el mar —tarea casi imposible en sí misma— o, más probablemente, trató de demostrarle a Hitler que hacía todo lo que podía, sabiendo que la Luftwaffe, y por lo tanto él mismo, serían culpados de permitir el vuelo de Hesse. Galland realizó un vuelo simbólico, que por supuesto no surtió efecto alguno.

Luego de otro día de angustioso silencio, Hitler ordenó a su secretario de Prensa, Otto Dietrich, emitir una declaración que se difundiría por en la radio nacional esa noche. Ésta decía que Hess sufría “una enfermedad progresiva”, y que su carta exhibía, “en medio de sus confusos desvaríos, señales de desintegración mental”, los que sugerían que “había caído presa de delirios”. Concluía diciendo que, por desgracia, cabía suponer que “Hess se estrelló o tuvo un accidente en algún sitio”.[25]

Esta declaración puso a Goebbels al tanto de la crisis, y le molestó que no se le hubiera consultado, en especial dado que pensaba que el enfoque era erróneo. “¡Qué espectáculo para el mundo!”, anotó en su diario. “El segundo hombre detrás del Führer, mentalmente desequilibrado.” Convocado a Berchtesgaden junto con todos los demás Gauleiter, se le enseñó la carta y el memorándum de Hess, que juzgó “un caótico desorden, dilentatismo de escolar”.[26]

La mañana del 13 de mayo, la BBC puso fin al suspenso al anunciar que el segundo del Führer se hallaba en Gran Bretaña, y en buen estado de salud. Tan pronto como terminó la reunión de Hitler con los Gauleiter, Goebbels volvió de prisa a Berlín, para empezar a reparar el daño, haciendo todo lo posible por distraer la atención con énfasis en que Hess había hecho el vuelo bajo la influencia de astrólogos y ocultistas. Irónicamente, no estaba lejos de la verdad: después de la guerra, en la prisión de Spandau, Hess dijo a Speer, “con toda seriedad, que la idea le había sido inspirada en un sueño de fuerzas sobrenaturales”.[27] Hitler envió a Ribbentrop a Roma con la nada envidiable tarea de explicar la situación a Mussolini, quien

disfrutó mucho viéndolo sufrir; al menos por esta vez, Göring cedió con gusto, al ministro del Exterior, el trato con los italianos.

Puesto que Hess había quedado fuera de la jugada para siempre, Hitler actuó pronto para evitar que surgiera en el partido una lucha de poder. Dijo a los Gauleiter reunidos que no nombraría a un sustituto de Hess como segundo del Führer, y que la oficina de Hess se llamaría, en el futuro, cancillería del partido y quedaría bajo su responsabilidad personal. Sería conducida, como antes, por el camarada del partido Martin Bormann, justo a quien Göring, Goebbels y Ribbentrop menos querían ver como sucesor de Hess.

Conocido como la “eminencia parda” del partido y “el espíritu maléfico de Hitler”, Bormann vivió su vida en las sombras, sin ser visto ni conocido por el público general alemán, aunque temido, repelido y odiado por la totalidad de los principales nazis. Mientras que todos buscaban lo que Bormann describía como “notoriedad pública”, él la evitaba deliberadamente; mientras que ellos pronunciaban discursos y escribían artículos para la gente, las instrucciones de él estaban únicamente dirigidas a la jefatura del partido; mientras que los demás se vanagloriaban en una plétora de imponentes títulos, él se contentaba con ser el “líder de la cancillería del partido” y el “secretario del Führer”, aunque este nombramiento no se formalizó hasta unos dieciocho meses después. Nunca le interesaron las apariencias, sólo las realidades.

Goebbels desestimó desdeñosamente a ese burócrata anónimo de uniforme desajustado: “Bormann no es un hombre del pueblo. Se ha dedicado siempre al trabajo administrativo, y por tanto no cumple los requisitos necesarios para las verdaderas tareas de liderazgo”.[28] Pero, atípicamente, se les escapó por completo lo que volvía peligroso al individuo: veinte años antes, los bolcheviques rusos habían dicho casi lo mismo del máximo dirigente de su partido, José Stalin. Afortunada o desafortunadamente, sin embargo, Hitler no siguió el ejemplo de Lenin de dejar libre el camino con su muerte prematura, así que el potencial íntegro de Bormann en una lucha de poder nunca se puso a prueba. Pero ese potencial siempre estuvo ahí, y los demás lo sabían, así fuera sólo instintivamente.

En apariencia, Bormann no llamaba la atención. Albert Speer lo describió con exactitud: “Era un hombre bajo, fornido, de hombros redondeados y cuello ancho. Siempre tenía la cabeza un poco inclinada y ladeada, y poseía el rostro y ojos furtivos de un boxeador que avanza hacia su contrincante [...] El contraste entre él y Himmler era realmente grotesco. Si yo comparara a Himmler con una cigüeña en un estanque de azucenas, Bormann sería un cerdo en un campo de papas”.

Speer habló por todos los discípulos cuando dijo de Bormann: “Unas cuantas palabras críticas de parte de Hitler y todos sus enemigos se le habrían echado encima”.[29] Pero Hitler jamás criticó a su amanuense, prefiriendo en cambio alabar su lealtad y eficacia:

sé que Bormann es brutal. Pero hay lógica en todo lo que hace, y puedo confiar por completo en que ejecutará mis órdenes de inmediato, y pese a todos los obstáculos. Elabora sus propuestas con tal precisión que sólo tengo que decir sí o no. Con él resuelvo en diez minutos una pila de documentos para la que necesitaría horas con otro. Si le digo que me recuerde algo dentro de medio año, puedo estar seguro de que lo hará.[30]

Siete años menor que Göring, tres menor que Goebbels y de la misma edad que Himmler, Bormann nació en 1900 en Halberstadt, Sajonia, hijo de un empleado postal que había sido trompeta y sargento de brigada en el ejército. Como Himmler, se alistó en éste demasiado tarde para entrar acción, pero sirvió un año como soldado de un regimiento de artillería en campaña antes de regresar a las privaciones de la vida civil en la Alemania de la posguerra. Habiendo estudiado agricultura durante un año antes de ser llamado a filas, se las arregló para encontrar trabajo como aprendiz de administrador de granja en la finca de un aristócrata de extrema derecha en Mecklemburgo, cuyos peones resultaron ser miembros del proscrito Freikorps Rossbach, un montón de bravucones mercenarios empleados para proteger la granja y el distrito contra alborotadores comunistas.

Bormann fue hecho tesorero del grupo de Rossbach, poniendo un muy necesario orden en sus caóticos asuntos. Más tarde, estuvo involucrado en el arbitrario asesinato de un maestro sospechoso de ser espía comunista y simpatizante de los odiados ocupantes franceses. El maestro —quien, incidentalmente, había dado clases a Bormann en la escuela primaria— fue muerto a golpes por media docena de miembros de ese grupo; los impactos

fatales le fueron propinados, con un arbolillo desenterrado, por un sujeto que respondía al nombre de Rudolf Höss, quien más tarde se distinguiría como comandante de Auschwitz. Para variar, Bormann no participó en el homicidio, pues sólo ofreció el transporte para los asesinos, bajo la forma de un caballo y una carreta de la granja. No obstante, se le sentenció a doce meses de cárcel por su complicidad.

Bormann continuó en la cárcel su educación política. Tras su liberación, regresó un tiempo a su antiguo empleo, pero le resultaba cada vez más irritante trabajar como siervo de la aristocracia. El grupo Rossbach se había desintegrado —la mayoría de sus miembros aún estaban en la cárcel—, pero, en su lugar, se afilió a una nueva organización paramilitar, el Frontbanner, recién formado por Ernst Röhm. Cuando decidió hacer uso de su experiencia como tesorero en Rossbach incursionando en política como organizador, le bastó con dar el corto paso del Frontbanner al NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán). El 17 de febrero de 1927 se convirtió en su miembro número 60,508, y fue a trabajar a la oficina central del partido en Munich.

El progreso de Bormann dentro del partido nazi no fue de ninguna manera espectacular: como él mismo, fue esmerado, concienzudo y poco impresionante. Trabajó como responsable regional de prensa, líder de distrito y secretario general de Gau en Turingia antes de integrarse al personal de la oficina de la SA en Munich. Ahí conoció y se casó con Gerda Buch, de veintidós años, hija del mayor Walter Buch, exoficial del ejército regular, amigo de Hitler y juez en jefe del partido. Fue una buena decisión; dos de los testigos en su boda fueron Rudolf Hess y Adolf Hitler. Poco después se le puso a cargo del Hilfskasse (Fondo de asistencia social) del partido, que prestaba ayuda financiera a los miembros en aprietos, particularmente a los heridos en el creciente número de batallas callejeras con los comunistas y socialistas.

Este nuevo trabajo se ajustaba perfectamente a su talento, y él lo manejó con enorme destreza, reorganizando la caótica administración del fondo y aplicando una muy necesaria probidad a sus cuentas. Durante los tres años en que dirigió ese fondo, se ganó algo más que el silencioso respeto debido a un contador hábil; también conquistó la gratitud de los cientos de dirigentes partidistas en ascenso a los que prestó ayuda. Y como beneficio

extra, ese fondo también proveía a Hitler de dinero adicional cuando las finanzas eran muy limitadas. Al paso de los años, Hitler desarrolló tanta fe en la capacidad y confiabilidad de Bormann que le entregó la administración de todas sus finanzas personales; hasta el final, las propiedades de Hitler en el Obersalzberg y otros lugares estaban registradas a nombre de Bormann. Y fue Bormann quien concibió la idea de que el Führer tenía derecho a regalías cada vez que se vendía una estampilla postal con su imagen, y quien cobraba y administraba las enormes sumas que esto producía, junto con las regalías de *Mein Kampf* y otras publicaciones.

Fue Bormann, asimismo, quien se ocupó de la compra de la Haus Wachenfeld y su reconstrucción como Berghof. Fue Bormann quien compró el resto del Obersalzberg, echando a campesinos y agricultores, demoliendo granjas y posadas de siglos de antigüedad, un sanatorio de niños y una casa de reposo para marineros, a fin de convertir toda la ladera de la montaña en un seguro complejo del partido, que incluía una casa inmensa para él y su familia a medio camino entre la residencia de Göring y el Berghof.

Bormann hacía hasta lo indecible para congraciarse con Hitler. Se limitaba a consumir alimentos estrictamente vegetarianos cuando estaba en su compañía, pese a que le gustaran bisteces y chuletas sanguinolentas cuando estaba fuera de su vista. Hitler se quejó una vez de que la granja de un campesino montaña abajo echaba a perder la vista desde la terraza del Berghof; veinticuatro horas después, había desaparecido por completo. Y cuando Hitler mencionó que estaba harto de pararse bajo el sol frente al Berghof a saludar a los partidarios adoradores a quienes se permitía pasar en fila a rendirle homenaje, un árbol de inmensa sombra apareció de la noche a la mañana, como por arte de magia. Para el cumpleaños número cincuenta de Hitler, Bormann hizo construir un enorme “salón de té”, de piedra, cerca de la cumbre del monte Kehlstein, de mil ochocientos metros de alto, a la que sólo podía llegarse por un camino, construido al efecto, terminado en un túnel de ciento veinticinco metros de largo que conducía a un elevador abierto en sólida roca; su edificación implicó la explotación de tres mil trabajadores de día y de noche durante trece meses, y tuvo un costo de alrededor de treinta millones de marcos. Irónicamente, Hitler lo usaba muy poco.

Seis meses después del arribo de los nazis al poder, Hitler recompensó la habilidad burocrática de Bormann nombrándolo jefe del equipo de Hess

en las oficinas del partido, con el rango máximo de Reichsleiter, y concediéndole un escaño en el Reichstag. Durante los ocho años siguientes, Bormann trabajó aparentemente bajo las órdenes de Hess, pero en realidad no dejó de ampliar todo el tiempo, de manera insidiosa, su propio poder e influencia. Al igual que Hitler, Hess nunca fue muy bueno para el papeleo; y como se obsesionó cada vez más en el misticismo y la astrología, cedió con gusto los asuntos organizativos a su asistente en jefe. Éste fue un error fatal. Pronto, Bormann lo había suplantado en todo, menos de nombre.

Alfred Rosenberg describió vívidamente la situación:

Cada vez que yo visitaba a Hess, él [Bormann] estaba presente con frecuencia; después, casi siempre. Cuando yo cenaba con el Führer, Bormann y Goebbels solían hallarse ahí también. Era obvio que Hess exasperaba al Führer, así que Bormann se hacía cargo de las consultas y órdenes. Fue entonces cuando empezó a volverse indispensable. Si durante nuestra conversación en la cena se mencionaba algún incidente, Bormann sacaba su libreta y tomaba nota. Si el Führer expresaba disgusto por algún comentario, medida o película, Bormann tomaba nota. Si algo parecía poco claro, Bormann se paraba y salía de la sala, pero regresaba casi de inmediato, tras haber dado órdenes al personal de su oficina de investigar al instante, y telefonear, telegrafiar o enviar un teletipo.[31]

Bormann empezó a tomar los hilos del poder del partido desde el principio, cerciorándose de que todos los ascensos, degradaciones y nombramientos estuvieran exclusivamente en sus manos. Mientras que Hess se había contentado con que se le informara a posteriori de las decisiones de comités, Bormann logró convencer a Hitler de que su oficina debía estar representada en todas las reuniones de comités importantes. Hess, claro, siempre había estado demasiado ocupado para asistir; Bormann nunca estaba demasiado ocupado, nada era nunca demasiado complicado para él. En poco tiempo, no formaba meramente parte del proceso de toma de decisiones, sino que tomaba casi todas las decisiones a nombre de otros funcionarios, a quienes, como a Hess, no les importaban.

Cuando Hess voló a Gran Bretaña, sus dos ayudantes, quienes llevaron su carta al Berghof, fueron arrestados, severamente interrogados e internados en un campo de concentración por no haberlo detenido. Bormann, en cambio, su brazo derecho y funcionario en jefe, emergió del incidente en olor de santidad, aunque para algunos ese olor era de algo menos que inocencia, como recordaría Albert Speer:

En ese momento me pareció que la ambición de Bormann había empujado a Hess a ese acto desesperado. Hess, muy ambicioso también, sencillamente pudo verse excluido del acceso e influencia en Hitler. Por ejemplo, Hitler me dijo una vez, en 1940, tras una conversación con Hess que duró varias horas: “Cuando hablo con Göring, es como un baño de acero para mí; me siento fresco después. El mariscal del Reich tiene una estimulante forma de presentar las cosas. Con Hess, cada conversación se convierte en una tensión insoportablemente tortuosa. Siempre me busca para asuntos desagradables, y no los suelta”. Con su vuelo a Inglaterra, quizá Hess intentó, luego de tantos años de permanecer en segundo plano, ganar prestigio y cierto éxito. Porque no tenía las cualidades necesarias para sobrevivir en medio de un pantanal de intrigas y luchas de poder [...][32]

No cabe duda de que Bormann poseía esas cualidades en abundancia, y de que ya estaba en posición de empezar a hacer pleno uso de ellas.

Göring estaba incómodamente consciente de que el vuelo de Hess podía ser visto como otro punto en contra de la Luftwaffe, pese a que Hess había conseguido el Me-110 directamente con el fabricante, Willi Messerschmitt. Sin embargo, Göring esperaba restablecer su prestigio con la invasión de Creta. Instado por Student, había convencido a Hitler de que le permitiera organizar una operación aérea para capturar la gran isla y expulsar de ella a los británicos, quienes podían usarla como base no sólo para bombardear Ploesti, sino también para proteger las aproximaciones al Canal de Suez y atacar barcos del Eje en el este del Mediterráneo. Esto se aplicaba, en particular, a las rutas de abastecimiento al norte de África, donde Rommel estaba a la ofensiva desde mediados de marzo, aprovechando la retirada de unos sesenta mil soldados británicos y de la Commonwealth, destinados a la campaña en Grecia.

Hitler accedió, con cierta renuencia, a la que fue llamada en clave “Operación Mercurio”. Halder señaló ácidamente en su diario de guerra: “Control operativo para Creta. El mariscal del Reich tendrá la responsabilidad general. El ejército de tierra operará bajo sus órdenes, con la completa exclusión del alto mando del ejército. ¡Peligroso asunto!”.[33] Y vaya que lo era. Las comunicaciones en Grecia se habían visto tan afectadas que todas las órdenes alemanas tenían que darse por radio, usando el código Enigma de la Luftwaffe, que los británicos podían interpretar. El factor sorpresa estaba ausente, por tanto, y cuando los primeros paracaidistas

descendieron en el campo de aviación de Maleme el 20 de mayo, toparon con una férrea resistencia. Las fuerzas británicas y de la Commonwealth aún estaban desorganizadas y deficientemente armadas tras su evacuación de la Grecia continental, y se vieron completamente desprovistas de apoyo aéreo, pero aun así combatieron con ferocidad durante diez días hasta que estuvieron forzadas a admitir la derrota y marcharse, dejando atrás unos cinco mil hombres mientras la Luftwaffe hundía tres cruceros y seis destructores y dañaba otros diecisiete buques británicos. Los Stukas, tan vapuleados en la Batalla de Gran Bretaña, volvieron por sus fueros, sin ningún Spitfire que se les opusiera.

Éste pareció ser otro triunfo de Göring y la Luftwaffe: más de cinco mil Cruces de Hierro se otorgaron a los participantes, y los sobrevivientes ganaron el derecho a usar puños especiales bordados con la palabra “Kreta” en oro y blanco. Goebbels hizo mucha propaganda de lo que describió como una aplastante victoria y la captura de una posición estratégica clave en el este del Mediterráneo. “Nuestras operaciones en Creta han sido saludadas con entusiasmo en el mundo entero”, alardeó. “Merecidamente. Mantenemos vivo el interés en este tema.”

Pero la victoria fue sumamente costosa, con seis mil seiscientos noventa y ocho bajas, que incluían tres mil trescientos cincuenta y dos muertes, a partir de una fuerza total de menos de dieciocho mil soldados. Mil seiscientos cincuenta y tres de los caídos eran paracaidistas.[34] Se perdieron más de doscientos aviones de transporte Ju-52. Muchos altos oficiales fueron severamente críticos del plan de invasión de Student, que juzgaron en extremo fallido. Fue un triunfo deslustrado para Göring, que hizo poco para restaurar su reputación. Sacudido por el alto índice de bajas, Hitler decidió no volver a permitir jamás una importante operación aérea contra territorio en poder del enemigo.

“LA MAYOR OPERACIÓN DE ENGAÑO EN LA HISTORIA MILITAR”

Después de la conquista de Creta no hubo más distracciones, y los preparativos para Barbarroja pudieron seguir adelante a toda velocidad. Las operaciones en los Balcanes, sin embargo, lo habían retrasado todo cinco semanas vitales: en lugar de invadir a mediados de mayo, como Hitler había pensado originalmente, confirmó que la nueva fecha para la invasión de la Unión Soviética sería el 22 de junio, dejando a las Wehrmacht apenas cuatro meses para obtener la victoria antes de que comenzara el invierno ruso. De hecho, aunque después intentó usar el imprevisto de Yugoslavia como excusa de su fracaso, no habría podido empezar mucho antes, pues lluvias inusualmente fuertes durante la primavera produjeron un vasto lodazal en el que tanques y vehículos se habrían empantanado irremediablemente. En ese momento, sin embargo, Hitler ni se inmutó por la posposición, aún completamente seguro de que pondría fuera de combate a la Unión Soviética en cuestión de semanas. Incluso Göring, quien ya aceptaba que no podía hacer nada más por impedir el ataque, aseguró a sus generales de la fuerza aérea que la Unión Soviética se “desplomará como un castillo de naipes”; el propio Führer así lo había dicho, refirió, y “el Führer es un líder excepcional, un regalo de Dios. Todos los demás sólo podemos formarnos tras él”.

En privado, Göring era mucho menos optimista, a causa sin duda, en parte, de los alarmantes informes sobre la producción soviética de armas, en particular tanques y aviones, que recibió de sus expertos técnicos que habían visitado la Unión Soviética en el contexto del acuerdo comercial. Optó por no creerles, para poder hacer caso omiso de ellos, y no le dijo nada a Hitler, por temor a que se le juzgara derrotista. Ocultando sus dudas y aprensiones, montó un espectáculo de entusiasmo para la campaña en el Este. “La Luftwaffe”, dijo a su jefe de aviones de combate, Galland,

“obtendría nuevos laureles. La Fuerza Aérea Roja era vigorosa en número, pero muy inferior en máquinas y personal. Bastaría derribar al líder de una unidad para que los demás ignorantes se perdieran de vuelta a casa. Los abatiríamos como platillos de tiro.” Cuando Galland le preguntó qué sucedería con la pugna con Gran Bretaña, Göring contestó que “en dos, o a lo sumo tres meses, el coloso ruso sería aplastado. Entonces dirigiríamos toda nuestra fuerza contra Occidente, enriquecidos por los inagotables recursos estratégicos de Rusia”.[1]

Göring tenía especial interés en los recursos soviéticos. Había convencido a Hitler de que le cediera el completo control económico de todos los territorios conquistados en el este, y él se proponía despojarlos de todo lo que cayera en sus manos para reforzar la economía de guerra de Alemania. Para llevar a cabo el saqueo, estableció un nuevo organismo, la Wirtschaftsstab Ost (Oficina Económica para el Este), cuyos objetivos expuso en un escueto memorándum el 2 de mayo, que comenzaba:

1. La guerra sólo puede continuar si la totalidad de las fuerzas armadas son provistas de alimentos por Rusia en el tercer año de batalla.
2. No cabe duda de que, en consecuencia, millones de personas morirán de hambre si tomamos de ese país lo que necesitamos.[2]

Mientras los planes de Göring se desarrollaban en todo su espantoso detalle durante mayo y junio, se emitieron más directivas y memorándums, agrupados en lo que terminó por llamarse el Expediente Verde. Todos los alimentos y materias primas del sur y sureste de la Unión Soviética que no fueran necesarios para las Wehrmacht, o para aportar lo esencial a la población local que los producía, se trasladarían a Alemania. El resto de la población soviética, más quienes residían en las áreas industriales del norte y las ciudades —incluidas Moscú y Leningrado, que normalmente dependían del sur para disponer de alimentos—, morirían de hambre en forma sistemática. Todas las industrias de las áreas del norte serían completamente destruidas, para que la población sobreviviente dependiera por entero de Alemania para conseguir bienes de consumo.

Para evitar malos entendidos, la principal directiva del 23 de mayo continuaba:

> De esto se desprende [...] que la administración alemana en esos territorios bien podría mitigar las consecuencias de la hambruna que indudablemente tendrá lugar, acelerando el retorno a condiciones agrícolas primitivas. Podría tratarse de intensificar el cultivo en esas áreas ampliando la superficie sembrada de papas u otros importantes productos alimenticios de alto rendimiento. Sin embargo, estas medidas no impedirán la hambruna. Decenas de millones de personas en esas áreas resultarán superfluas, y morirán o tendrán que emigrar a Siberia. Cualquier intento de salvar a la población de la muerte por hambre, importando excedentes de la zona de tierra cultivable, ocurriría a expensas de las provisiones con destino a Europa. Eso reduciría la resistencia de Alemania en la guerra y minaría la capacidad de Europa y Alemania para soportar el bloqueo. Esto debe ser clara y absolutamente comprendido.[3]

Cuando Creta cayó, la mayoría de las formaciones usadas en la campaña de los Balcanes habían sido devueltas al norte para Barbarroja. A principios de junio, el ejército ya tenía ciento veintinueve divisiones, sólo veinte menos que el objetivo final de Hitler, listas para el corto movimiento a su posición inicial a lo largo de una inmensa línea que se extendía del Báltico al Mar Negro. Los aviones de Göring, por supuesto, no debían volar al este hasta última hora, pero los campos de aviación y las organizaciones de apoyo en tierra tenían que prepararse con anticipación. Durante la primavera, mientras comandaba las operaciones en los Balcanes, hacía planes para la explotación económica del territorio soviético, fortalecía las defensas antiaéreas del Reich, continuaba el *Blitz* contra Gran Bretaña y conducía el Plan de Cuatro Años y su imperio industrial HGW en expansión —además, claro, de comprar obras de arte, completar las más recientes ampliaciones de Carinhall y comenzar la renovación de Veldenstein—, Göring había supervisado los preparativos en una escala suficientemente grande para vérselas con casi dos tercios de la fuerza total de la Luftwaffe: dos mil setecientos setenta aviones, de un total de cuatro mil trescientos.

Ocultar estas actividades del reconocimiento aéreo soviético, y de espías y agentes en tierra, era difícil pero vital: los aviones no sólo tendrían que desplegarse espaciadamente en un frente de unos mil quinientos kilómetros de largo, sino que además encararían una fuerza soviética estimada en entre ocho mil y diez mil aeronaves. Aunque se pensaba que éstas eran principalmente de tipos inferiores u obsoletos, su gran superioridad numérica podría resultar un gran problema. Pese a las optimistas afirmaciones de Göring ante sus generales, él sabía que la única

manera de que la Luftwaffe pudiera estar segura de destruir a la Fuerza Aérea Roja era haciéndolo desde el principio, de ser posible en tierra, aprovechando los centenares de vuelos de reconocimiento y fotografías aéreas de campos de aviación soviéticos realizados en las últimas semanas.

La enorme magnitud del Ejército Rojo planteaba problemas similares. Cada nuevo informe de inteligencia confirmaba el hecho de que, aunque componían la fuerza de invasión más grande de la historia, las tropas alemanas enfrentarían a fuerzas soviéticas considerablemente mayores, así que, también en este caso, la sorpresa no era sólo deseable, sino esencial. Con tan grandes movimientos de tropas, y la presencia de más de tres millones de hombres en armas, el ocultamiento era imposible. Lo que debía hacerse, por tanto, era esconder no su presencia, sino su propósito, mediante un vasto engaño.

Hitler había ordenado la operación de engaño para Barbarroja al mismo tiempo que hizo el primerísimo anuncio de su intención de atacar a la Unión Soviética, el 31 de julio de 1940. La concentración de tropas en el este debía hacerse pasar por entrenamiento y preparación para asaltos contra Gibraltar, el norte de África e Inglaterra, en áreas fuera del alcance del ataque aéreo británico. Conforme los planes maduraban, se usó todo medio posible para crear una inmensa doble simulación, presentando a Barbarroja misma como “la mayor operación de engaño en la historia militar”, dirigida no contra la Unión Soviética, sino contra Gran Bretaña, y ésta siguió siendo la principal pantalla hasta el final.

Los preparativos para la abandonada Operación León Marino siguieron adelante a toda marcha durante la primavera de 1941, y se realizaron complejos ensayos para otras invasiones, de Noruega a Escocia y de la costa entre Rotterdam y Cherburgo hasta el este y sureste de Inglaterra. La Luftwaffe hizo ostentosos e intensivos vuelos de reconocimiento de posibles sitios de aterrizaje en Inglaterra. Se imprimieron manuales sobre el modo de vida de los británicos, listos para su distribución entre las tropas invasoras. En Berlín se crearon varios ministerios fantasma para la administración de una Gran Bretaña conquistada, aunque en su mayor parte fueron sólo membretes.

Pese a que la operación de engaño, en su conjunto, estaba en manos del OKW, bajo control de Canaris, Goebbels se unió con entusiasmo a ella, junto

con el Ministerio de Propaganda. “He hecho escribir sobre la invasión de Inglaterra”, consignó en su diario, “componer nuevas fanfarrias, traer hablantes de inglés, formar compañías de propaganda para Inglaterra, etcétera [...] Las semanas siguientes destrozarán nuestros nervios. Pero darán prueba adicional de la suprema habilidad de nuestra propaganda. Los demás ministros civiles no tienen idea de qué ocurre. Trabajan para la aparente meta de Inglaterra. Ardo en deseos de que las cosas despeguen realmente.”[4] A principios de junio convocó a una reunión en su ministerio a personal de alto rango especialmente seleccionado. “Caballeros”, les dijo, “sé que algunos de ustedes creen que pelearemos con Rusia. Pero hoy debo decirles que lo haremos con Inglaterra. La invasión es inminente. Por favor, ajusten su trabajo en consecuencia.”[5]

Para Goebbels, la invasión aérea de Creta fue una bendición del cielo. Con absoluta aprobación de Hitler, y respaldado por el ruidoso alarde de Göring de que “hoy ninguna isla está segura”, escribió un importante artículo para el *Völkischer Beobachter*, titulado “Creta como ejemplo”. Gran parte de él se ocupaba de la descripción de detalles técnicos de la operación y elogios a las tropas y la Luftwaffe. Pero el núcleo del texto era una advertencia a Gran Bretaña. “Si hoy los británicos discuten nerviosamente la caída de Creta”, escribió, “todo lo que debe hacerse es sustituir Creta por Inglaterra, y se sabrá por qué estan tan frenéticos. Si la camarilla de Churchill en Inglaterra no habla públicamente del tema de la invasión no es porque no tema una invasión, sino precisamente porque la teme [...] El propio Führer ha acuñado la frase de que ya no hay islas.”

Este artículo se publicó el 13 de junio, en la edición berlinesa de dicho periódico, la cual fue “confiscada” a las tres de la mañana y retirada de la circulación, “a solicitud de las Wehrmacht”, tan pronto como se supo que algunos ejemplares ya estaban en manos de los corresponsales extranjeros y embajadas en la ciudad. Goebbels fue puesto después en “vergüenza” pública para completar la ilusión de que había cometido una grave indiscreción.

El artículo fue una bomba, escribió él en su diario al día siguiente. “Todo marcha a pedir de boca. Estoy muy satisfecho. La gran sensación está en marcha. Emisiones radiales inglesas ya afirman que nuestros movimientos de tropas contra Rusia son una absoluta simulación, para esconder nuestros planes de invadir Inglaterra.” Al día siguiente, Goebbels

continuaba congratulándose, y exaltó los efectos de su artículo fuera de toda proporción. “En el país, la gente lamenta mi aparente *faux pas*, se apiada de mí o trata de mostrar su amistad, después de todo”, se regodeó, “mientras que en el extranjero se conjetura febrilmente. Lo hemos orquestado a la perfección. A Estados Unidos llegó sólo un cable, pero eso bastó para que el asunto llamara la atención de todo el mundo. Sabemos, por conversaciones telefónicas intervenidas entre periodistas extranjeros que trabajan en Berlín, que todos cayeron en la trampa.”[6]

Una explicación más persuasiva de la presencia de tropas en el este era que se encontraban ahí como protección contra la Unión Soviética. En realidad, eso estaba previsto en la directiva de Barbarroja, que estableció que “todas las órdenes dirigidas a los comandantes en jefe [...] deben indicar claramente que se trata de *medidas preventivas* contra la eventualidad de que Rusia cambie su presente actitud hacia nosotros”. Ésta fue, también, la ficción que se transmitió a todos los aliados de Alemania, hasta el último momento. Sin saberlo, Mussolini fue utilizado el 2 de junio, cuando se reunió de nuevo con Hitler en el Paso del Brennero para sostener conversaciones apresuradamente concertadas, el propósito de las cuales era un misterio para él. Hitler divagó dos horas sin hacer mención de Barbarroja. Lloró cuando habló de la defección de Hess, y dio la impresión de que no tenía un plan de acción preciso, pero que aceptaría de buen grado un arreglo pacífico con Gran Bretaña.[7] Ribbentrop lanzó una clara indirecta a Ciano la semana siguiente, cuando lo visitó en Venecia para celebrar la adhesión al pacto tripartita de Croacia, que había recibido su independencia nominal de la desmembrada Yugoslavia. Pero Ciano no la entendió, y no fue hasta las tres de la mañana del 22 de junio, apenas media hora antes del ataque, que Hitler le contó finalmente el secreto a su más cercano aliado, con una carta de último minuto.

El argumento de “medidas preventivas” de Hitler fue respaldado en el terreno por la construcción de sólidas fortificaciones defensivas en los lugares de más probable ataque soviético y, como pieza extra del enredo, en las áreas en que estaban planeados los principales centros del ataque alemán. Esta línea de engaño fue particularmente valiosa para dar a entender que Alemania sólo reaccionaría a acciones soviéticas, y convenció incluso a muchos oficiales alemanes de alto rango de que la decisión de Hitler de invadir la Unión Soviética fue tomada bajo la amenaza de una

agresión soviética a Alemania. Esto también persuadió a Stalin de que Hitler le haría nuevas demandas económicas y territoriales durante el verano de 1941, y de que, en consecuencia, podía dar por sentado que recibiría una especie de ultimátum sobre el cual podría negociar, antes de cualquier embate. Esta expectativa fue reforzada por rumores diligentemente esparcidos por Goebbels y Ribbentrop en sus respectivos clubes de prensa extranjera. El más notable de ellos enlistaba las condiciones que Hitler exigiría, las que, de acuerdo con Goebbels, incluían el arrendamiento por noventa y nueve años de Ucrania, zona productora de granos.

Göring desempeñó su papel en el engaño a mediados de junio, inmediatamente después de la conferencia con sus generales en Carinhall, diciendo a su viejo amigo Birger Dahlerus, en la intimidad de su tren privado, que había elaborado personalmente una lista de demandas para asegurar las provisiones de alimentos y petróleo que Alemania necesitaba de la Unión Soviética para continuar la lucha contra Gran Bretaña. Incluían la desmovilización del Ejército Rojo, el establecimiento de un gobierno aparte en Ucrania, el control de los yacimientos petrolíferos de Bakú y una salida garantizada al Pacífico. Dahlerus, siempre notoriamente indiscreto, corrió a Estocolmo a decírselo al ministro británico y la embajada estadunidense. Tan convincente era esta información que, cuando llegó al Departamento de Estado en Washington, Sumner Welles dijo a lord Halifax, entonces embajador británico en Estados Unidos, que eso formaba parte de las tácticas de presión de Hitler, y que él creía que Stalin aceptaría casi todo, excepto la desmovilización soviética.[8]

Otros rumores oficiales se idearon para afianzar la impresión de que aún eran posibles negociaciones entre Alemania y la Unión Soviética, y que pronto todo estaría bien entre ellas. En Roma, la radio estatal informó que esas dos naciones ya habían firmado una importante alianza militar. Asimismo, se cree que Ribbentrop fue responsable de un rumor que recorrió Berlín a fines de mayo, según el cual Stalin estaba a punto de llegar en un tren blindado para hablar con Hitler en Berlín o Königsberg. Esta noticia fue sustentada por diversas medidas tomadas en Berlín. La administración del palacio de Bellevue recibió a fines de mayo el aviso de que debía prepararse para una visita de dignatarios soviéticos, y la estación ferroviaria de Anhalter se cerró al público a principios de junio mientras se

instalaban adornos de banderas rojas y una gran estrella roja iluminada. En ambos casos, el personal recibió órdenes estrictas de no revelar nada, con el inevitable resultado de que todos hablaron como locos y la noticia se difundió rápidamente en toda la ciudad.

Otros rumores se originaron en niveles inferiores, siendo una fuente de ellos un miembro del Estado Mayor de las Wehrmacht disfrazado de cargador en el mercado de frutas y verduras de Berlín, centro de reunión de cientos de tenderos y comerciantes. Otro útil punto de origen fue el centro de distribución de periódicos, donde los voceadores recogían sus diarios cada mañana. Estas murmuraciones eran usualmente simples y directas, sobre mejores partidas de granos de la Unión Soviética, la posibilidad de que Stalin tomara una cura de reposo de cuatro semanas en Baden-Baden, la suspensión de licencias a las tropas en Occidente y el "hecho" de que pronto no habría más trenes directos a Occidente.

La propagación de rumores contribuyó a crear confusión y "ruido", una inundación de genuina información de inteligencia con una masa de desinformación, distorsiones y verdades a medias. Stalin recibió la información correcta de que Barbarroja empezaría el 22 de junio, pero también recibió otras fechas, que iban del 6 de abril al 15 de junio; y conforme una tras otra demostraban ser falsas, se volvió menos probable que aceptara, como tal, la verdadera.[9] Werner Wächter, alto funcionario del Ministerio de Propaganda, explicaría más tarde la técnica de Goebbels en lenguaje admirablemente simple. Los preparativos de Barbarroja, dijo, se acompañaron de tantos rumores, "todos ellos igualmente creíbles, para que al final nadie tuviera la menor idea de lo que realmente pasaba".[10]

La tensión de los preparativos de Barbarroja tuvo un alto costo para Himmler, pues detonó los peores síntomas de estrés que había sufrido hasta entonces y lo puso al borde del colapso. Sus antiguos dolores gástricos habían vuelto, asociados con atroces dolores de cabeza que pusieron a prueba las habilidades de Felix Kersten. "Le he dicho repetidamente que trata con demasiada severidad a su sistema nervioso", señaló Kersten.[11] Pero no había pausa posible para su paciente entonces; era mucho lo que estaba en juego.

Junto con los cuidados de Kersten, Himmler pudo hallar, al menos, cierto alivio sexual y emocional en su vida doméstica, porque en esos días

ya había dejado a su dominante Marga y vivía con su secretaria, una atractiva mujer doce años menor que él, Hedwig Potthast, a quien todos llamaban Häschen (Conejita). Ésta fue, según el clamor colectivo, una relación genuinamente amorosa, que sobrevivió hasta el fin de la vida de Himmler, pero él nunca se divorció de Marga; de acuerdo con Lina Heydrich, fue Häschen quien se lo impidió, en bien de Marga y su hija, Gudrun, para quien él fue siempre un padre bueno y cariñoso. Aunque esto es posible, es más probable que a Himmler le haya preocupado mantener una imagen pública de respetabilidad para la jefatura —ya había negado a Wolff el permiso de divorciarse para casarse con su amante, quien le había dado dos hijos—, lo que curiosamente estaba reñido con las obscenidades que practicaban en su vida política. Estaba, además, desde luego, el factor primordial de que Hitler aborrecía el divorcio. Himmler no tenía intención de seguir el camino que casi había terminado con la carrera de Goebbels, en especial cuando estaba a punto de cumplir sus mayores sueños.

El principal papel de Himmler en Barbarroja fue confirmado por una instrucción que Hitler añadió a su directiva de Barbarroja el 13 de marzo:

> El Reichsführer-SS ha recibido ciertas tareas especiales del Führer en preparación para la administración política que resulta de la necesidad de resolver finalmente el conflicto entre los dos sistemas políticos opuestos. En el marco de estas tareas, el Reichsführer-SS actuará en forma independiente y bajo su propia autoridad.[12]

Al igual que en Polonia, las “tareas especiales” empezaron con los Einsatzgruppen de Heydrich, que seguirían al ejército para tratar sin piedad a los líderes políticos y los judíos, una labor “tan difícil que no puede confiarse al ejército”.

Heydrich se reunió con Göring dos semanas más tarde, para presentar sus planes de aquella operación, la cual sería tan feroz que las acciones del año anterior para eliminar a los líderes polacos palidecerían en comparación. Todos los dirigentes del Partido Comunista y el Komintern; todos los comisarios políticos del Ejército Rojo capturados; todos los judíos al servicio del Estado o el partido; todos los gitanos y otros “elementos antisociales”; todos los saboteadores, propagandistas y otros elementos extremistas, serían ejecutados de inmediato, sin juicio. Göring dio su aprobación, con correcciones menores, y dijo a Heydrich que elaborara una

serie de instrucciones, de tres o cuatro páginas, para el ejército “sobre el peligro de la GPU [la Policía Secreta soviética, después conocida como KGB], los comisarios políticos, los judíos, etcétera, para que todos sepan a quién poner contra la pared”.[13] También aprobó las propuestas de Heydrich para “la solución de la cuestión judía”, la cual implicaba sacar de Europa entera a la totalidad de los judíos y arrojarlos en las inmensidades de la Unión Soviética, donde se les dejaría morir, algo que concordaba a la perfección con los planes de Göring.

Habiendo obtenido la aprobación de Göring, Heydrich empezó a reclutar a los miembros de sus nuevos y mayores Einsatzgruppen en abril, en el SD y los diversos departamentos policiales de la RSHA. Hallar voluntarios, adecuados no fue tarea fácil; los oficiales de alto y mediano rango de la RSHA se enorgullecían de ser la elite intelectual del partido, y no tenían la menor intención de ensuciarse las manos en esos horrores. La mayoría de los voluntarios procedieron de profesiones respetables como la abogacía, la academia o el servicio civil, y debieron ser presionados para asumir la dirección de los escuadrones asesinos. Aun las bases debieron arrastrarse desde las oficinas de la Gestapo, la Kripo y el SD; exintegrantes de la Policía de Orden y la Waffen-SS llegaron a sumar unos tres mil agentes.

Heydrich los incorporó en cuatro Einstazgruppen con casi el número de efectivos de un batallón, cada uno de los cuales fue dividido a su vez en varios Einsatzkommandos o Sonderkommandos de entre setenta y ciento veinte hombres, y subcomandos de entre veinte y treinta. Luego los sometió, particularmente a sus ciento veinte líderes, a un curso intensivo de instrucción y adoctrinamiento. Para mediados de junio, estaban listos. Quien todavía tuviera escrúpulos, acallaba la voz de su conciencia recordándose que actuaba bajo las órdenes de su comandante supremo y jefe de Estado, y que por lo tanto no había otra opción que obedecer.

Recibieron su excusa perfecta —lo mismo que los generales— de la llamada Orden contra los Comisarios, emitida a nombre de Hitler por el alto mando del ejército el 6 de junio, aunque proveniente de un discurso que él había pronunciado ante sus comandantes en jefe y generales a fines de marzo. “La lucha por venir en Rusia”, había declarado, “es el choque de dos ideologías y producto de diferencias raciales, y tendrá que librarse con una

severidad sin precedente, inmisericorde e implacable.” Los comisarios políticos, dijo, no eran soldados, sino “maleantes criminales”, y debían ser exterminados. “Insisto terminantemente en que mis órdenes sean ejecutadas sin contradicción [...] Los soldados alemanes culpables de infringir el derecho internacional estarán justificados. Rusia no participó en la convención de La Haya, y por tanto no tiene derechos conforme a ella.”[14]

La aniquilación de judíos, comisarios y subversivos era sólo la primera etapa del gran proyecto de Himmler. Sus planes para implantar sus poblados de guerreros-campesinos en Polonia y el Warthegau habían sido obstaculizados por Göring, Frank y los Gauleiter, pero los grandes espacios vacíos de los antiguos territorios soviéticos serían su tierra prometida, donde estaría en libertad de hacer exactamente lo que quisiera. En el apropiado escenario del castillo de la Orden de la SS en Wewelsburg, Himmler dijo a Heydrich, Wolff, Daluege, Berger y los generales de la SS que comandarían los Einsatzgruppen o serían sus HSSPF (comandantes generales de la SS y la policía) en las nuevas áreas, que se proponía eliminar a treinta millones de eslavos para dejar lugar a su nuevo imperio.

Ordenó a su Oficina de Asuntos Raciales y Reasentamiento, la RUSHA, trazar un plan maestro para el este, en el que una enorme área delimitada por Leningrado y el lago Ladoga, la meseta del Valdai, Briansk y el río Dniéper debía ser poblada por alemanes, y regida por Heinrich Himmler. Catorce millones de habitantes serían deportados para dejar lugar a los alemanes; a otros catorce millones se les permitiría quedarse, pero se les “germanizaría” en treinta años. El Gobierno General de Polonia y los Estados bálticos serían completamente “repoblados”. Era una visión de impresionante osadía, sólo estropeada por la elección, por parte de Hitler, de Rosenberg como jefe de la administración civil en el este. Pero aun esto tuvo su compensación: el nombramiento de Rosenberg fue un golpe devastador para Ribbentrop, tan convencido de que el puesto se le asignaría a él que hasta había creado una comisión del Ministerio del Exterior para que fuera el núcleo del gobierno que él encabezaría. El desaire lo sacudió tanto que se ausentó por enfermedad la mayor parte de abril. Himmler no se ofendió demasiado; tenía tan mala opinión de Rosenberg que simplemente lo ignoraría, como lo haría Göring.

Antes de que cualquier plan pudiera ponerse en práctica, desde luego, los soviéticos debían ser derrotados, pero Himmler no tenía dudas a este respecto. Ansiaba compartir la gloria a través de la Waffen-SS. Sus divisiones se habían distinguido de nuevo en los Balcanes encabezando los ataques en Yugoslavia y Grecia: el Leibstandarte había penetrado en las defensas enemigas desde el sur de Serbia hasta Albania, arrasado con Tesalia y acompañado a los paracaidistas de Göring para forzar el paso al Peloponeso; en el centro de Serbia, Das Reich había desempeñado el papel principal en la captura de Belgrado. Ahora estaban listos para ocupar su lugar en la gran campaña. El Leibstandarte, ya una división legítima, y el Wiking fueron asignados al Grupo Militar Sur; Das Reich, al Grupo Militar Centro, y el Totenkopf y las divisiones de la policía al Grupo Militar Norte.

Aunque todas las divisiones de la Waffen-SS estaban bajo el mando del ejército en las operaciones, Himmler aún las veía como el núcleo de su ejército privado; y puesto que ya llegaban a un número de ciento sesenta mil hombres, sintió la necesidad de establecer su propio Estado Mayor, en paralelo con el OKH (Oberkommando des Heeres, Alto Mando del Ejército) y el OKW. Entre otras cosas, el Estado Mayor del Reichsführer-SS sería responsable de las unidades de la Waffen-SS que Himmler deseaba mantener lejos del ejército y bajo su control personal, para ser usadas contra los judíos y los partisanos detrás del frente. Al mismo tiempo, agrandó la Waffen-SS, incluyendo en ella a otras unidades y formaciones; notablemente, los guardias de los campos de concentración, quienes en adelante usarían uniformes de la Waffen-SS y portarían libretas de pago de la Waffen-SS.

Los campos de concentración adquirieron prominencia, esta vez en los planes de Himmler. Al hacer su primera visita a Auschwitz el primero de marzo, para inspeccionar los avances, desestimó las quejas de Höss acerca de la sobrepoblación, falta de servicios y constantes epidemias debidas a las condiciones insalubres, así como su petición de detener las remesas de prisioneros. Himmler le ordenó que ampliara el campo para alojar a treinta mil prisioneros, y que empezara a construir un nuevo y vasto complejo para cien mil prisioneros de guerra tres kilómetros al oeste del campo principal, alrededor de la abandonada ciudad de Brzezinka, conocida en alemán como

Birkenau, donde pensaba establecer un centro de fabricación de armamento para aprovechar la ilimitada oferta de mano de obra barata.

Hitler celebró su última conferencia de instrucción para Barbarroja con sus comandantes en jefe y generales el 14 de junio de 1941, un día después de la "indiscreción" de Goebbels sobre Creta. Escuchó atentamente sus planes, con pocas interrupciones, y luego les habló para levantarles la moral durante una hora, subrayando que aquélla era una guerra contra el bolchevismo, y que una vez que la Unión Soviética se hubiera venido abajo, Gran Bretaña estaría dispuesta a llegar a un acuerdo. Tras advertir que los rusos pelearían duro y harían severos ataques aéreos, continuó:

La Luftwaffe conseguirá rápidos éxitos, y aligerará así la carga de los grupos militares. Lo peor del combate terminará en seis semanas. Pero cada soldado debe saber por qué luchamos. No es territorio lo que queremos, sino que el bolchevismo sea destruido. Si perdemos esta guerra con Rusia, toda Europa será comunista. Si los británicos no pueden ver eso, perderán su destacado papel en los asuntos mundiales, y con él su imperio. Hasta qué punto se pondrán en manos de los estadunidenses aún está por verse. Pero a Estados Unidos sólo le importa esta guerra por lo que pueda sacar de ella.[15]

A las seis de la tarde, Göring informó a Hitler sobre sus planes de la Luftwaffe, pero según el subjefe del Estado Mayor de la aviación, Waldau, se mostró poco entusiasta y apenas interesado; y al día siguiente, cuando llamó a sus altos comandantes de la Luftwaffe a Carinhall para su propia conferencia de planeación, también a Milch le pareció deprimido. El estrés de sus enormes responsabilidades evidentemente estaba haciendo efecto. Días antes, el general Josef Kammhuber, comandante de los escuadrones nocturnos de cazas en Holanda, lo había visitado en Veldenstein, y su apariencia le alarmó, notando que tenía muy roja la cara y grandes ojeras y que parecía cansado al punto mismo de la extenuación. En la cena, simplemente había picoteado su comida, y apenas si tocó el vino.

En esa reunión, Göring reveló brevemente su verdadero sentir cuando ordenó a Kammhuber que transfiriera la mitad de sus aviones al este. Cuando Kammhuber objetó, diciendo que no tenía suficientes aparatos para enfrentar los bombarderos de la RAF, Göring la emprendió airadamente contra él.

Mire, Kammhuber, repuso con brusquedad, yo no quiero esta guerra contra Rusia. Soy el primero en estar contra ella. En lo que a mí respecta, es lo peor que podríamos hacer. Es económicamente equivocada, políticamente equivocada y militarmente equivocada. He argumentado contra ella hasta el cansancio, pero no me han oído. Ahora me lavo las manos de todo este asunto, de toda la guerra. Haga lo que pueda. Transfiera la mitad de sus cazas nocturnos. ¡A mí sencillamente ya no me importa lo que pase![16]

Goebbels fue llamado a la cancillería la tarde del 15 de junio, y usó una puerta trasera en vez de la entrada principal, para perpetuar el mito de que estaba en desgracia por el artículo sobre Creta. Hitler lo recibió con "suma cordialidad", y luego le dio detallada información de la situación, diciéndole que el ataque comenzaría tan pronto como la totalidad de las tropas estuvieran en posición, lo que debía ocurrir en una semana. "Será un magno ataque al más grandioso estilo, el más imponente que la historia haya visto", dijo. Goebbels siempre había considerado la cooperación con la Unión Soviética como "una mancha en nuestro honor", y le emocionó que por fin llegara el momento de "lavarla" mediante "el exterminio del bolchevismo judío".

Con su ilimitada capacidad para el autoengaño, Goebbels necesitó poca persuasión para aceptar el argumento de guerra preventiva de Hitler. "Tenemos que actuar", anotó en su diario esa noche. "Moscú quiere permanecer fuera de la guerra hasta que Europa esté exhausta y su vitalidad exprimida. Entonces Stalin actuaría para bolchevizar Europa e imponer su forma de gobierno." Cuando salió de la cancillería, habiendo hecho cambiar las placas de su automóvil para volverlo menos notorio, pidió a su chofer que le diera un paseo por las calles, para que pudiese observar a la gente "caminando inocentemente bajo la lluvia. Personas felices que no saben nada de nuestras preocupaciones y sólo viven para lo inmediato. Es por todas ellas que trabajamos y luchamos y corremos todos los riesgos. ¡Para que nuestro pueblo pueda vivir!".

Goebbels ya trabajaba con ahínco en el material propagandístico de la invasión: el 12 de junio había señalado que tendría listos treinta millones de folletos para su distribución entre el pueblo alemán. Esta vez echó a andar las prensas para producir gran cantidad de ejemplares —una entrada de su diario da la cifra de doscientos mil, otra de ochocientos mil— del mensaje

personal del Führer a las tropas. Compuesto por cuatro páginas apretadamente impresas, el mensaje fue llevado a toda prisa al frente en medio de la más extrema reserva el 20 de junio, y distribuido a cada compañía y sección para que los oficiales lo leyeran a los efectivos la noche del 21 de junio. Halder lo desdeñó como “un manifiesto larguísimo”. En esa época, estaba muy por encima del entendimiento del soldado promedio, pues consistía sobre todo en un repaso de la política exterior alemana desde 1939, y en las razones políticas de que Hitler creyera que era preciso atacar a la Unión Soviética.

Terminaba, sin embargo, con un emotivo grito de guerra: “¡Soldados alemanes! Están a punto de entrar en batalla, una batalla dura y crucial. El destino de Europa, el futuro del Reich alemán, la existencia de nuestra nación están ahora, únicamente en sus manos. Que Dios nuestro Señor nos ayude a todos en esta lucha”.

Hitler pasó la tarde del sábado 21 de junio componiendo otra proclama, esta vez al pueblo alemán en general, que Goebbels leería en la radio a las cinco y media de la mañana siguiente, y eligiendo entre frases musicales sugeridas por Goebbels para ser usadas como fanfarrias. Se decidió por unos cuantos compases de la “Canción de Horst Wessel” para introducir la primera proclama, pero tuvo más dificultad para elegir la música correcta que precedería al anuncio de la victoria en el este. También escribió largas cartas a Mussolini y el almirante Horthy, regente de Hungría, informándoles por fin lo que sucedía y echando toda la culpa a la Unión Soviética. Tras asegurar que tenía claras evidencias de que los soviéticos estaban a punto de atacar a Alemania, dijo a Mussolini que había decidido “poner fin a la hipócrita actuación del Kremlin”.[17]

En la noche, después de cenar, dio un breve paseo en auto por Berlín antes de ponerse a revisar, por última vez, con Goebbels, el texto de la proclama y pasar una hora completa escogiendo las fanfarrias. Goebbels apuntó en su diario que Hitler parecía completamente exhausto cuando llegó de su paseo, pero que eso cambió a medida que se aproximaba el ataque: “El Führer parece perder su temor conforme se acerca el momento decisivo. Es siempre lo mismo con él. Se relaja visiblemente. Toda la fatiga parece desvanecerse”.

Eran las dos y media de la mañana cuando Goebbels volvió en auto a su ministerio, para pasar una frenética hora dando a su personal sus últimas instrucciones. Se retiró a su oficina a las tres y media, justo cuando la invasión comenzaba. “Resuenan ya los cañones”, escribió en su diario. “¡Dios bendiga a nuestras armas! [...] Camino nervioso de un lado a otro de mi oficina. Puede oirse el aliento de la historia. Grandioso, magnífico momento en que un nuevo Reich está naciendo. En medio del dolor, es cierto, pero está emergiendo a la luz.”[18]

A doscientos metros de ahí, en la Wilhelmstrasse, el Ministerio del Exterior resplandecía mientras Ribbentrop esperaba al embajador soviético, Vladimir Dekanozov, en la antigua oficina de Bismarck, a la que había regresado en esta especial ocasión. Dekanozov había telefoneado cada hora del sábado, tratando de reunirse con él para entregarle una nota urgente, pero se le había rechazado con la excusa de que el ministro del Exterior estaba fuera de Berlín. Luego, a media noche, se le había convocado perentoriamente a las tres y media de la mañana. El doctor Hans Strack, del departamento de protocolo del Ministerio del Exterior, acompañado por un joven intérprete, Erich Sommer, había sido despachado con un auto oficial para trasladar al embajador al Ministerio, donde Ribbentrop aguardaba, con Paul Schmidt a su lado. Schmidt recordó la escena vívidamente en sus memorias:

Nunca había visto a Ribbentrop tan agitado como en los cinco minutos previos a la llegada de Dekanozov. Iba y venía por su oficina como animal enjaulado. “El Führer tiene toda la razón de atacar a Rusia en este momento”, se dijo a sí mismo, más que a mí, y lo repitió una y otra vez como si, por alguna razón, quisiera convencerse de ello. “Los rusos nos atacarían, sin duda, si nosotros no lo hacemos ahora.” Siguió yendo de un lado a otro por la enorme oficina en un estado de gran ansiedad, destellantes los ojos y sin dejar de repetir aquellas palabras. En ese entonces atribuí su actitud al hecho de que se veía a sí mismo como el creador del entendimiento ruso-alemán, y le resultaba difícil destruir su propia obra. Hoy, casi podría asegurar que ese día sintió, subconscientemente en todo caso, que el desastre sería la consecuencia de la decisión que estaba por comunicar al embajador ruso.[19]

Fotógrafos, camarógrafos de cine y reporteros, enviados por Goebbels para preservar la ocasión para la posteridad, se aglomeraron en torno a Dekanozov y el primer secretario, Valentin Berezhkov, mientras bajaban del

auto frente al Ministerio del Exterior y pasaban entre las dos esfinges de piedra que flanqueaban la pequeña escalinata, alfombrada de vivo color rojo, que conducía al vestíbulo. Ayudantes uniformados se pusieron en posición de firmes y levantaron los brazos en rígidos saludos nazis, mientras su jefe abría paso por puertas con paneles de cristal hasta la oficina en que Ribbentrop esperaba, de pie junto al ornamentado escritorio antiguo con tablero de mármol.

Mientras el diminuto Dekanozov avanzaba hacia él, Ribbentrop se adelantó y lo saludó en silencio, con un formal apretón de manos, adoptando, como diría después al embajador italiano Alfieri, su "más gélida conducta". Dekanozov, con Berezhkov como traductor, empezó a leer la nota de Moscú, que había llevado consigo. Ribbentrop, imperturbable la expresión, alzó la mano para detenerlo.

"Ésa no es la cuestión ahora", dijo. "La hostil actitud del gobierno soviético con Alemania y la grave amenaza representada por la concentración de tropas rusas en la frontera este de Alemania han obligado al Reich a tomar preventivas medidas militares. A partir de esta mañana, pertinentes medidas preventivas han sido tomadas en la esfera militar." Dicho esto, hizo una señal a Schmidt, quien dio un paso al frente y comenzó a leer un documento de muchas páginas. Luego de un preámbulo general en que se acusaba a la Unión Soviética de enemistad con Alemania y de incumplir los términos tanto del pacto de no agresión como del tratado de amistad, la nota procedía a enlistar diversos motivos de queja e incidentes fronterizos, que se remontaban a los veintidós meses íntegros del pacto. Éstos, más el sobrevuelo de territorio alemán, declaraba la nota, eran "prueba inequívoca" de que la Unión Soviética estaba punto de "apuñalar por la espalda a Alemania mientras ella luchaba por su existencia".

Berezhkov tradujo para Dekanozov, murmurando en su oído mientras Schmidt leía. Pero después del preámbulo, cuando empezaron a enlistarse incidentes y las fechas de presuntas violaciones fronterizas, el embajador pudo ver adónde iba todo eso, y detuvo a Berezhkov, haciéndole una seña con la mano. Desconcertado, éste guardó silencio, pasándose los dedos de la mano derecha por la densa cabellera oscura. Sommer, de pie, dos pasos atrás de ellos, vio sorprendido que la calva nuca de Dekanozov se ponía gradualmente roja, y que sus manos, tendidas a sus costados, se cerraban apretadamente.

La lectura de la nota duró unos veinte de los treinta minutos asignados a la reunión. Mientras continuaba, Ribbentrop permaneció recargado en el escritorio de Bismarck, y a Sommer le pareció que al ministro le hubieran quitado una pesada carga de encima. Terminada la lectura, Ribbentrop aprobó sacudiendo la cabeza, y Schmidt entregó el voluminoso documento a Dekanozov, quien se hallaba en estado de choque, repitiendo en ruso una y otra vez: “Cuánto lo siento... cuánto lo siento”.

Pomposamente, Ribbentrop proclamó que también él lamentaba que todos sus esfuerzos por alcanzar un entendimiento con la Unión Soviética hubieran sido infructuosos. Pero Dekanozov ya había recuperado la compostura, y no estaba dispuesto a soportar esa última iniquidad. “Esto se debe, por completo, a la poco cooperativa actitud del gobierno alemán”, replicó. “En estas circunstancias, no puedo hacer más que tomar con su *chef de protocole* las medidas necesarias para el retorno a casa de mi misión.” Dicho esto, hizo una seca reverencia y se marchó, sin tender la mano.[20] En ese mismo momento, el embajador alemán en Moscú, el distinguido conde Werner von der Schulenburg, entregaba una nota idéntica a Molotov, cuya asombrada reacción fue preguntar si se suponía que eso era una declaración de guerra. Describiendo la acción alemana como un abuso de confianza sin precedente en la historia, concluyó sombríamente: “Es indudable que no nos merecemos esto”.

Mientras Dekanozov salía del Ministerio del Exterior alemán, Alfieri llegaba, el primero de una procesión de embajadores y ministros amigos o neutrales por ser informados de la guerra. A Alfieri se le dedicaron diez minutos, a los demás cinco a cada uno, con una pausa en el programa a las seis de la mañana. Había habido el usual altercado entre Ribbentrop y Goebbels sobre quién haría el anuncio oficial, lo que se resolvió con un arreglo: Goebbels transmitiría por radio la proclama de Hitler desde el Ministerio de Propaganda a las cinco y media de la mañana, en presencia de la prensa, que luego cruzó la Wilhelmplatz hasta el Ministerio del Exterior, donde a las seis de la mañana Ribbentrop leyó una declaración formal de guerra y dio una breve conferencia de prensa.

Por una triste ironía, las escenas con Dekanozov y los demás emisarios, que marcaron la desaparición final de la política oriental de Bismarck de mantener buenas relaciones con Rusia, fueron los últimos actos oficiales que tendrían lugar en la antigua oficina del Canciller de Hierro. Aunque le

complacía que se le llamara el “segundo Bismarck”, Ribbentrop nunca volvió a usar esa sala.

BARBARROJA

En su proclama a las tropas del 21 de junio, Hitler describió la concentración de fuerzas en el este como el frente más grande de la historia, y por única vez no exageraba. Entre el Báltico y el Mar Negro, las fuerzas alemanas se dispusieron en tres enormes grupos militares, los cuales comprendían siete ejércitos, cuatro grupos de tanques y tres flotas aéreas. Listos en las fronteras, esperando a que rompiera el alba después de la noche más corta del año, se hallaban no menos de tres millones doscientos mil hombres: ciento cuarenta y ocho divisiones, diecinueve de ellas de tanques y doce de infantería motorizada, con seiscientos mil camiones, seiscientos cincuenta mil caballos, tres mil quinientos ochenta vehículos de combate blindados, siete mil ciento ochenta y cuatro piezas de artillería y más de dos mil setecientos aviones.[1]

En los flancos norte y sur, los finlandeses y rumanos sumaban cuatrocientos mil hombres más, que extendían el frente hasta el Océano Ártico, lo que daba una longitud total de tres mil kilómetros. Era, en verdad, un imponente despliegue de fuerza; en comparación, la invasión aliada de Normandía, el 6 de junio de 1944, desembarcó una primera oleada de seis divisiones navales y tres aéreas, con un gran total de nueve divisiones integradas por setenta y cinco mil soldados británicos y canadienses y cincuenta y siete mil estadunidenses, a lo largo de un frente de menos de ochenta kilómetros.

A diferencia de otros países que Hitler había atacado desde 1939, la Unión Soviética era, al menos en el papel, más fuerte militarmente que la Alemania nazi. Cifras oficiales soviéticas fijan la magnitud del Ejército Rojo, en junio de 1941, en cinco millones trescientos setenta y tres mil hombres, dos millones seiscientos ochenta mil de los cuales, integraban ciento setenta divisiones, y hacían frente a los alemanes en Occidente. Estaban armados con treinta y siete mil quinientos cañones y morteros de

campaña (las cifras soviéticas no diferencian entre estos dos tipos de armas), catorce a quince mil tanques y ocho a nueve mil aviones de combate, mil quinientos cuarenta de los cuales eran de tipo moderno.[2] Si se tiene en mente el antiguo *dictum* militar, estrictamente seguido por comandantes aliados de la época como el general Bernard Montgomery, de que una superioridad numérica de tres a uno es necesaria para asegurar el éxito en cualquier ataque, el Ejército Rojo no debía haber tenido ninguna dificultad para derrotar a las Wehrmacht. El hecho de que no fuera así se debe a varios factores, pero los más relevantes son el éxito de la campaña de engaño, la negativa de Stalin a creer incontables advertencias y el papel de la Luftwaffe en la obtención de una inmediata y total supremacía aérea. Esto último es particularmente notable porque en realidad la Luftwaffe desplegó menos aviones que los que tenía en la campaña en Occidente.

La hora cero para invadir era el amanecer, el cual variaba entre las tres y tres y media de la mañana a lo largo del inmenso frente. Los cañones alemanes iniciaron su descarga preliminar quince minutos antes, pero para ese momento los aviones de Göring ya habían cruzado la frontera de Bielorrusia a gran altura, sin ser vistos ni oídos en la oscuridad. Con las primeras luces, empezaron a abalanzarse sobre los sesenta y seis campos de aviación de la región, todos los cuales habían sido reconocidos por adelantado, para aniquilar a los cazas soviéticos, la mayoría de ellos ordenadamente colocados en formación a la vista. En realidad, muchos estaban fijos en el suelo, así que no era fácil moverlos, y muy pocos estaban armados o abastecidos de combustible, siguiendo la normal precaución soviética de impedir que los pilotos decidieran fugarse o representar una amenaza para el régimen.

El resultado fue que cuando los alemanes se precipitaron desde los cielos, los aviones soviéticos no sólo fueron blanco fácil, sino que, además, la mayoría fue incapaz de despegar para defenderse o defender sus bases. Para el mediodía, la Luftwaffe había destruido unos mil doscientos aparatos soviéticos, al menos ochocientos de ellos en tierra. Cuarenta y ocho horas después, el número se estimaba en dos mil quinientos, cifra tan impresionante que Göring la cuestionó, sólo para que después se le dijera que con vuelos de reconocimiento se había comprobado cuidadosamente que la cantidad correcta era de entre doscientos y trescientos aviones más. La Fuerza Aérea Roja en Occidente había sido aniquilada. Al mismo

tiempo, los bombarderos atacaron pueblos, ciudades, centros de comunicación y otros blancos soviéticos selectos, lo que provocó aún mayor confusión y paralizó gran parte de la respuesta soviética. En tierra, los ejércitos alemanes avanzaron arrolladoramente sin ser estorbados por asaltos aéreos soviéticos, y respaldados por el cercano apoyo aéreo de sus propios cazas y Stukas, al más auténtico estilo de la *Blitzkrieg*. Quizá Göring se haya opuesto al ataque, pero su Luftwaffe se había cubierto de gloria una vez más, y él estaba en la cresta de la ola.

Hitler salió de Berlín en el *Amerika* al mediodía del 23 de junio, hacia su nuevo cuartel de campaña en el este, al que, con su usual gusto melodramático, había llamado Wolfsschanze, la Guarida del Lobo. Ese lugar, oculto entre húmedos y lúgubres bosques en una área de pantanos y lagos a unos ocho kilómetros del pequeño poblado de Rastenburg, en Prusia oriental (hoy Ketrzyn, Polonia), había sido elegido por sus ayudantes en noviembre anterior, y construido durante el invierno y la primavera por Todt. Era húmedo, lúgubre y estaba plagado de enjambres de voraces mosquitos que fastidiaron a todos, pero en especial a las dos secretarias, cuyos brazos y piernas no estaban protegidos por botas altas y mangas largas.

El complejo central, la Zona de Seguridad Uno, constaba de diez búnkers de concreto altamente reforzados y camuflados, siendo el de Hitler el del extremo norte, que también alojaba a Otto Dietrich, Bormann y Keitel, junto con ayudantes, asistentes, secretarios, sirvientes y personal de seguridad. El Comando de Operaciones de las Wehrmacht, bajo las órdenes de Warlimont, se hallaba en un complejo adjunto, la Zona de Seguridad Dos, mientras que Brauchitsch y el alto mando del ejército estaban a unos dieciocho kilómetros de distancia, en su propio complejo, Mauerwald (Monte amurallado), construido en terreno más alto y seco.

Göring no tenía búnker en el área, sólo un apartadero donde podía estacionar su tren especial, el *Asia*, y una oficina reservada para su uso en la Wolfsschanze. El alto mando de la Luftwaffe trasladó el *Robinson*, su cuartel móvil, a orillas del lago Goldap, convenientemente cerca del pabellón de caza favorito de Göring, en Rominten, y él decidía entre estar a bordo del *Asia* o en Rominten, a una hora en auto de la Wolfsschanze.[3] Durante la primera semana de la nueva campaña, sin embargo, permaneció

lejos del frente, en Carinhall. Cuando por fin visitó la Wolfsschanze, el 29 de junio, Hitler lo premió —quizá para asegurarle que Bormann no usurpaba su posición— confirmando públicamente su categoría con un decreto firmado: “Con base en la ley concerniente al sucesor del Führer y canciller del Reich del 13 de diciembre de 1934, y revocando todos los decretos anteriores, nombro al mariscal del Gran Reich Alemán, Hermann Göring, como mi sucesor”.[4]

Con un efecto más inmediato, Hitler también emitió un decreto que concedía a Göring, como plenipotenciario del Plan de Cuatro Años, facultades para tomar todas las medidas necesarias para la máxima explotación de los territorios conquistados. Con este fin, todos los oficiales en el este, tanto militares como civiles, quedarían sujetos a sus órdenes. Esto quería decir que sólo Göring tenía derecho a tomar decisiones sobre política económica en el este, y que sólo él era responsable de asignar recursos a otros organismos del Reich, los que tendrían que canalizar todas sus solicitudes económicas a través de la oficina de aquél. Para estar completamente seguro de que retendría el control de lo esencial, a fines de julio, Göring continuó el precedente que había establecido con la Hermann Göring Werke y creó varias gigantescas compañías monopólicas: la Zentralhandelsgesellschaft Ost (Compañía Central Comercial del Este), responsable de la producción, acopio y distribución de todos los productos agrícolas; la Kontinentale Öl Aktiengesellschaft (Compañía Petrolera Continental), para la extracción, refinación y venta de productos petroleros, y compañías monopólicas similares en los ramos del hierro y el acero, la minería, textiles, productos de cuero y tabaco, todas ellas bajo su dirección central.

Al igual que Göring, Himmler no tenía un cuartel permanente en la Wolfsschanze, y hasta septiembre operó desde su tren en un apartadero a unos cuantos kilómetros. Cuando resultó claro que, después de todo, la campaña en el este no sería corta, encontró un cercano casco de hacienda para su uso personal, e hizo construir un más permanente puesto de mando de campaña, Hochwald (Monte alto), junto al apartadero, con barracas, cocheras y todos los servicios. En los meses siguientes él se convertiría en el principal visitante regular de Hitler: tenían mucho de qué hablar, en la más estricta privacidad.

Ribbentrop, horrorizado como siempre de estar fuera del alcance de su Führer, corrió tras él, pero fue relegado a otro apartadero, a cuarenta kilómetros de distancia, para que Hitler pudiera quitárselo de encima. No obstante, a fin de saciar su gusto por las casas majestuosas, Ribbentrop encontró pronto un castillo por requisar en Steinort, a sólo ocho kilómetros de la Wolfsschanze, como residencia personal, y se mudó allá en julio, llevando consigo un tren cargado de vinos, gran parte del recargado mobiliario de la exembajada alemana en Varsovia y un numeroso séquito personal. A diferencia de Gustav von Remnitz en Fuschl, al dueño del Schloss Steinort, el conde Heinrich Lehndorff, le fue permitido conservar una ala para él y su familia. Casi todo el personal de oficina de Ribbentrop vivía y trabajaba en un hotel a cierta distancia, así que dedicaba gran parte de su tiempo a ir y venir.

Ribbentrop regresó a la Wilhelmstrasse sólo dos veces por el resto de 1941, y apenas si se le vio ahí en los tres años y medio siguientes. Aunque, en más de un sentido, esto fue un gran alivio para los funcionarios del Ministerio del Exterior, fue también un gran inconveniente, porque, con su usual falta de consideración y desconocimiento de cómo dirigir un ministerio, Ribbentrop los hacía ir desde Berlín por las razones más triviales, y después los tenía días enteros sin hacer nada.

También los representantes diplomáticos de países extranjeros eran convocados con frecuencia sin una buena razón. Y cuando Hitler se mudó un tiempo a un nuevo cuartel en Vinnitsa, Ucrania, al año siguiente, la situación se volvió aún más absurda. Como recordaría Paul Schmidt, quien tenía que acompañar a los que necesitaban intérprete, un tren especial con coches cama salía de Berlín cada noche, y llegaba a Varsovia a la mañana siguiente, a Brest-Litovsk al mediodía y a la antigua frontera ruso-polaca al anochecer:

> Desde ahí, a causa de los partisanos y el frecuente deterioro de las vías, el tren de lujo avanzaba a paso de tortuga hasta Vinnitsa, adonde llegaba a la mañana siguiente. Los diplomáticos extranjeros tenían que presentarse en Berdichev a las tres de la mañana, y realizar un viaje de dos horas al cuartel de campaña de Ribbentrop. Él los recibía a las once, almorzaba con ellos al mediodía y volaba en su compañía a la una en punto al cuartel de Hitler. Ahí, la conversación tenía lugar alrededor de las tres o cuatro de la tarde, y duraba una o dos horas. Luego, los diplomáticos tenían que regresar en auto al cuartel de campaña de Ribbentrop, donde cenaban, y partían a medianoche a Berdichev para alcanzar

el tren a Berlín a las dos de la mañana. Llegaban a Berlín a las ocho, dos mañanas después. Esto quiere decir que, para sostener una breve conversación con Hitler, casi siempre sobre asuntos triviales o irrelevantes, los embajadores u otras personas importantes pasaban tres días y cuatro noches viajando. Este ejemplo es característico de los métodos favorecidos por Hitler y Ribbentrop.[5]

Goebbels permaneció en Berlín, tratando de vencer la consternación popular por la apertura del frente oriental, con sus desagradables ecos de la primera guerra mundial. Durante la primera semana de la campaña, Hitler prohibió a las Wehrmacht dar noticias concretas sobre el progreso de las tropas en el Este, y Goebbels no pudo hacer más que explotar la propaganda antibolchevique e intentar convencer al pueblo alemán de que Hitler no había tenido otra opción que iniciar una guerra preventiva. Luego, el 29 de junio, Otto Dietrich emitió doce boletines especiales, para su transmisión radial a intervalos de quince minutos desde las once de la mañana, precedido cada uno de ellos por la fanfarria rusa basada en la *Rapsodia húngara* de Liszt y anunciando cada uno una victoria diferente.

Primero llegó el anuncio de la supremacía aérea. Después, un desfile de ciudades capturadas —Grodno, Brest-Litovsk, Vilnius, Kaunas, Dünaburg, Minsk... la lista continuaba interminablemente—, seguido de la noticia de que dos ejércitos soviéticos habían sido cercados en Bialystok y de que los rusos habían perdido dos mil doscientos treinta y tres tanques, cuatro mil ciento siete aviones y un enorme número de soldados, tomados prisioneros. La cuenta era impresionante, pero la insistente repetición fue contraproducente. La gente se aburrió pronto de oirla y empezó a cuestionar cuánto era propaganda. A Goebbels le escandalizó que los reportes se apretujaran de esa manera, que describió como “demasiado exagerada”. Esta vez se vio obligado a aceptar eso como decisión de Hitler, pero juró no permitir que volviera a suceder jamás.[6]

Mientras los espectaculares avances de las Wehrmacht continuaban, los líderes alemanes se convencían de que la victoria total estaba a su alcance. En efecto, ya el 3 de julio Halder anotaba en su diario: “Probablemente no sea exagerado decir que la campaña rusa ha sido ganada en el espacio de dos semanas”.[7] Aunque matizó esto reconociendo que “la inmensa vastedad geográfica del país y la obstinación de la resistencia, sostenida con todos los medios, reclamarán nuestros esfuerzos durante muchas semanas más por

venir”, no tenía duda de que todo terminaría, según lo planeado, antes de que empezara el invierno. El optimismo de Halder era compartido por Hitler y todos los generales, y parecía estar ampliamente justificado por las estimaciones de las pérdidas soviéticas: ochenta y nueve de ciento sesenta y cuatro divisiones aniquiladas y más de siete mil quinientos aviones destruidos. Sólo nueve de las veintinueve divisiones de tanques del Ejército Rojo se consideraban aún aptas para combatir.[8] ¿Cómo podía un ejército sobrevivir a tal depredación?

Lo cierto era que Hitler y sus generales tenían los días contados, y lo habrían sabido de haber querido; porque, por más máquinas que destruyeran o más soldados soviéticos que mataran o capturaran, siempre parecía haber más que tomaran su lugar. Una combinación de arrogancia y escasa inteligencia había llevado a una crasa subestimación de los recursos y capacidad de producción soviéticos —por no hablar de la recia determinación de las tropas del Ejército Rojo—, lo que en definitiva resultaría fatal.

A mediados de julio de 1941, Hitler aún no había comprendido la desagradable verdad. “El 15 de agosto”, dijo al embajador Von der Schulenburg, que acababa de regresar a Alemania, “estaremos en Moscú. El primero de octubre la guerra rusa habrá terminado.” El 15 de julio ordenó que la prioridad de fabricación de armas pasara del ejército a la *Lutfwaffe* y la marina, en preparación de la renovada acción contra Gran Bretaña, y decretó que el número de efectivos del ejército “podría reducirse considerablemente en el futuro inmediato”.[9] Al día siguiente, cuando cayó la importante ciudad de Smolensk, a sólo trescientos cincuenta kilómetros de Moscú, el Führer sostuvo una conferencia de cinco horas con Göring, Bormann, Lammers, Keitel y Rosenberg para discutir la explotación de los territorios conquistados y el establecimiento de un régimen alemán permanente. Debían mantener en secreto sus objetivos últimos, les dijo Hitler, para no hacer “enemigos prematuros”, y se presentarían como libertadores. Pero no debían dudar para sí mismos que jamás volverían a abandonar esos territorios.

Básicamente es cuestión de cortar en pedazos este gigantesco pastel de modo que, en primer lugar, podamos gobernarlo; en segundo, administrarlo, y en tercero explotarlo. Los rusos ya han dado la orden de guerra de guerrillas detrás de nuestro frente. La guerra de partisanos tiene sus ventajas: nos

da la excusa para exterminar todo lo que se nos oponga. La pacificación del territorio conquistado puede alcanzarse mejor matando a tiros incluso a quien nos mire mal. Como principio básico, ninguna potencia militar debe volver a ser posible nunca al oeste de los Urales.[10]

Significativamente, Ribbentrop no fue invitado a esa conferencia. Había exasperado a Hitler al tratar de involucrarlo constantemente en sus altercados con Rosenberg por la representación del Ministerio de Exterior en el este, y en consecuencia acabó sin nada; Hitler estuvo de acuerdo con Rosenberg en que “la organización interna de las áreas recién adquiridas no concernía al Ministerio del Exterior”. En contraste con la previa idea de dividir la región en pequeños Estados nominalmente independientes con los que Alemania tendría relaciones diplomáticas a través del Ministerio del Exterior, aquél sería, ahora, simplemente un imperio alemán, con Rosenberg a cargo como jefe del recién creado Ministerio del Reich para los Territorios Ocupados del Este.

La competencia de Rosenberg, sin embargo, excluía todo control sobre las tres principales bases de poder: el ejército, la organización del Plan de Cuatro Años de Göring y la SS, todos los cuales seguirían su propio camino. Rosenberg, nacido en Estonia y educado en Moscú, tenía la visión de ganarse a algunas de las nacionalidades, en especial a los ucranianos, como aliados contra sus antiguos amos rusos. Pero Göring no tenía tiempo para ese suave método. A él sólo le interesaba explotar Ucrania como fuente de alimentos para Alemania, y estaba dispuesto a dejar morir de hambre a entre veinte y treinta millones de nativos. Con el respaldo de Bormann, anuló fácilmente las objeciones de Rosenberg y persuadió a Hitler de que designara a su propio *protégé*, Erich Koch —el excepcionalmente brutal Gauleiter de Prusia oriental, de quien podía confiarse que cumpliría sus deseos con absoluto rigor—, como comisario del Reich en Ucrania.

Los planes de Göring para la explotación económica de las regiones conquistadas sufrieron un grave revés el 3 de julio, cuando Stalin, en su primer discurso al pueblo soviético desde la invasión, ordenó una estrategia de tierra abrasada. Ahí donde los alemanes avanzaran, dijo, no debía permitirse que nada cayera en sus manos:

Ni una locomotora, ni un vagón, ni un kilogramo de cereales o un litro de combustible. Los agricultores colectivos deberán soltar todo su ganado y entregar sus cereales a las autoridades del

Estado para su salvaguarda. Todo objeto de valor que no pueda retirarse, como metales ferrosos, cereales y combustible, deberá destruirse, sin excepción. Nada debe dejarse al enemigo. Y en las áreas que él ya ha ocupado, deberán formarse unidades de guerrilleros. Las tareas de éstos serán volar puentes, caminos, almacenes, incendiar los bosques, afectar las comunicaciones, etcétera. Las condiciones deben volverse insoportables para el enemigo.[11]

Junto con la estrategia de tierra abrasada, que incluía la destrucción de minas, y la voladura de presas y pozos petroleros, los soviéticos sacaron industrias enteras de las áreas de combate mientras los tanques alemanes avanzaban. La velocidad del avance alemán significó que los soviéticos no pudieran mover todo; por ejemplo, sólo se reubicaron diecisiete de las sesenta y cuatro acerías en la cuenca del Donets, y un tercio de las fábricas de municiones, mientras que el resto se destruyó o cayó en manos de los alemanes. No obstante, entre julio y noviembre de 1941 se desmanteló un total de mil quinientas veintitrés instalaciones completas, mil trescientas sesenta de las cuales estaban directamente implicadas en la producción de armamento, las cuales se transportaron, para ser puestas a salvo al este de los montes Urales, en el equivalente a un millón y medio de furgones, y se volvieron a montar. Diez millones de trabajadores se enviaron a operarlas. Mucho antes de fin de año, gran cantidad de las fábricas que Göring esperaba capturar y usar en su beneficio estaban en producción otra vez, y mandaban al frente un creciente número de tanques, cañones, aviones y otras armas pesadas.[12]

Para fines de julio, Göring enfrentaba problemas más inmediatos en la Luftwaffe. La tripulación aérea que volaba y combatía sin cesar desde el 22 de junio estaba exhausta, y las fallas de organización en el servicio y remplazo de aviones eran obvias. Aparte de las pérdidas por la acción enemiga, cientos de aparatos se habían dañado o destruido a causa de accidentes en campos aéreos inadecuados, así que Göring ya sólo tenía mil cuarenta y cinco aviones utilizables para cubrir el inmenso frente. Cuando Hitler exigió ataques aéreos contra Moscú, simplemente no había suficientes bombarderos disponibles para causar cualquier efecto en esa ciudad. Estos problemas se complicaban en virtud de las demandas de los demás teatros de operaciones, notablemente en el norte de África, donde la sobretrabajada Luftwaffe era incapaz de brindar adecuado apoyo al ejército

de tierra o protección a los convoyes de abastecimiento, aun con la ayuda de la fuerza aérea italiana.

La culpa recaía en Ernst Udet, cuya incompetencia administrativa había arrastrado a la oficina técnica, y en realidad a toda la industria aeronáutica alemana, a un estado que rayaba en el derrumbe total. Los programas de fabricación y desarrollo eran un caos, los nuevos modelos de aviones tenían años de atraso y las cifras de producción habían sido falsificadas para que indicaran la entrega de unos mil quinientos aviones más de los realmente producidos. Göring sabía de las insuficiencias de Udet desde tiempo atrás, pero se había hecho de la vista gorda, rehusándose a condenar a su viejo amigo o enfrentar la desagradable verdad. Esta vez, sin embargo, las cosas estaban tan mal que ya no pudo evitar pasar a los hechos; su propia posición estaba amenazada. Bajo presión de Milch y Jeschonnek, llamó a Udet y lo acusó de mentir descaradamente. Pero no lo despidió. En cambio, autorizó a Milch para poner ese lío en orden.

Udet y Milch eran tan incompatibles como el agua y el aceite: Udet era un individuo cordial y despreocupado, popular entre todos por su ingenio y buen humor, en tanto que Milch era tan poco emotivo y tan formal que Jeschonnek comentó una vez que "cuando orina, sale hielo". A Udet le disgustó enormemente que se le pusiera bajo control de Milch y, en estricto sentido, se le marginara, pero Göring, ansioso de guardar las apariencias, no le permitió retirarse. Según el fabricante de aviones Ernst Heinkel, Göring le dijo varias veces a Udet: "Tienes que quedarte. Debes trabajar con Milch. Si te relevo, todos se darán cuenta de que algo está mal".[13]

Mientras el as de la primera guerra mundial se refugiaba cada vez más en la bebida y las drogas, Milch entró en acción, instaurando controles administrativos en la oficina técnica, despidiendo a los incondicionales y compañeros de borrachera de los que Udet se había rodeado y haciendo nuevos planes de producción para resolver los problemas de suministro. Formó equipos de ingenieros y mecánicos calificados y voló con ellos al frente oriental, obligándolos, sin clemencia, a reparar todo lo que estaba a la vista para evitar la crisis. "Ésta fue sólo una de las 'órdenes heroicas' que más tarde se volverían la norma, y cuyo único efecto era que impedían ver la irremediable realidad", escribió Heinkel. "A ojos de Hitler, aquella hazaña hizo que Milch pareciera un sujeto de gran porvenir."[14]

Para fines de agosto, Udet estaba al borde del colapso total. Göring lo invitó a Carinhall para que descansara y se recuperara, pero pronto se dio cuenta de que necesitaba algo más, y lo convenció de internarse en la clínica central de la Luftwaffe para recibir tratamiento. Cuando Udet se dio de alta prematuramente, Göring lo llevó al coto de caza de Sternberg, Prusia oriental, donde ambos pasearon en carruajes y lanchas durante una semana. No sirvió de mucho, sin embargo, que Milch también estuviera ahí parte de ese tiempo, junto con Jeschonnek y Adolf Galland.

En las semanas siguientes, Göring estuvo demasiado ocupado para ocuparse de su viejo amigo, quien seguía cuesta abajo a toda velocidad. No estuvo presente en la conferencia del Ministerio de Aviación en la que ejecutivos de Messerschmitt presentaron condenatorias evidencias documentales de la falsificación por Udet de cifras y pedidos, y de sus intentos de encubrir sus faltas e incompetencia. Milch afirmaría después que trató de ayudar a Udet invitándolo a que lo acompañara un par de días a París, donde podrían resolver sus diferencias. Pero ya era demasiado tarde. Udet pasó el fin de semana en una borrachera en su departamento. A las nueve y media de la mañana del lunes 17 de noviembre, telefoneó a su amante en turno y le pidió que le dijera a Pili Körner que se hiciera cargo de su testamento. Mientras ella continuaba en la línea, él se dio un tiro. Cuando Körner y ella llegaron al departamento, encontraron muerto a Udet, atravesado en la cama, con dos botellas de brandy vacías y su revólver en el piso. En la pared, detrás de la cama, había garabateado dos mensajes con crayón rojo: “Hombre de hierro, me abandonaste” y “¿Por qué me pusiste en manos de ese judío de Milch?”. Un sobre sin cerrar en su caja fuerte contenía una carta para Göring, en la que lo acusaba de conspirar contra él y despotricaba contra Milch.

Udet había sido uno de los más viejos y queridos amigos de Göring, y su muerte lo destrozó. Pero, pese a sentirse agobiado por la culpa, su primera reacción fue impedir la vergüenza y la censura, y evitar todo escándalo. Siendo benévolos, quizá también haya querido preservar la reputación de Udet acallando su suicidio, y las razones detrás de éste, las que, por supuesto, repercutirían negativamente en él mismo y su rama militar. Por medio de su médico, instruyó a Milch que emitiera una declaración oficial del Ministerio de Aviación: “Mientras probaba un nuevo tipo de avión el lunes 17 de noviembre de 1941, el *Generalluftzeugmeister*

Udet sufrió un grave accidente, de cuyas heridas murió camino al hospital. El Führer ha ordenado un sepelio solemne de este oficial, muerto en circustancias trágicas en el cumplimiento de su deber”.

Al día siguiente, todas las banderas en Berlín se izaron a media asta. El funeral se realizó tres días después, en presencia de Hitler, y a él asistieron todos los poseedores de la Cruz de Caballero en la Luftwaffe, contándose entre los portadores del paño mortuorio los más famosos ases del momento, Galland y Mölders, general este último de los aviones de combate. Göring marchó detrás de la cureña que llevó el féretro al Invalidenfriedhof, el cementerio militar, y pronunció el único discurso. Con voz ahogada por la emoción, recitó: “Sólo puedo decir que he perdido a mi mejor amigo”.

Pero el drama de ese día no terminaba aún. De regreso del funeral, Mölders murió cuando el He-111 en que viajaba como pasajero tuvo problemas con el motor y se estrelló contra la chimenea de una fábrica en Breslau. Göring nombró a Galland en su lugar, y añadió el puesto de Udet a las responsabilidades de Milch. Lo único bueno que resultó de todo este penoso asunto: Milch procedió de inmediato a duplicar la producción de aviones para el año siguiente, con mayores incrementos ulteriores conforme aumentaba la eficiencia.

Himmler no tuvo ningún problema con sus principales subordinados; quizá debido a su obsesión por el control, los mantenía en un régimen más severo que Göring. Compitiendo incesantemente por ventajas personales, todos cumplían sus deberes con frenético fervor, y nadie más que Heydrich, quien supervisaba entonces las actividades de los Einsatzgruppen y su coordinación con los ejércitos a los que estaban adscritos. La desmesurada escala y brutalidad de las operaciones de esas unidades mientras pisaban los talones de los ejércitos es demasiado terrible para ser contada en detalle aquí. Sin embargo, existen incontables y desgarradores informes de escandalizados testigos oculares de infernales escenas mientras aquellos grupos mataban a judíos, partisanos, funcionarios gubernamentales y dirigentes del partido por decenas de miles. Al principio, la mayoría de las víctimas eran fusiladas, por lo común a la orilla de zanjas que ellas u otros judíos habían cavado, a menudo habiéndoseles hecho creer que se les transportaría a otro sitio. Despojadas de sus prendas y pertenencias, incluían

a hombres, mujeres con bebés en brazos y niños. Muchos no eran asesinados en el acto, sino sepultados vivos.

Uno de esos testigos fue Karl Wolff, quien acompañó a Himmler a una inspección de los diversos Einsatzgruppen detrás de las líneas. El Einsatzgruppe B, adscrito al Grupo Militar Centro, estaba bajo el mando de Arthur Nebe, jefe de la Kripo, y tenía su cuartel en Minsk, capital de Bielorrusia. Aparte de congregar a todos sus oficiales y suboficiales para que escucharan a Himmler, Nebe ofreció una demostración para delectación de éste: la ejecución de unos doscientos judíos, descritos por Wolff como “espías y saboteadores”. Según Wolff, Himmler observó complacido: “Por fin pude ver algo así por mí mismo”. La demostración tuvo lugar en un campo cercano donde se habían cavado dos zanjas, cada una de 7.5 metros de largo, 1.80 de ancho y 1.80 de profundidad, con un pelotón de fusilamiento listo, de doce integrantes. Las víctimas, principalmente hombres jóvenes, aunque también había mujeres y niños, fueron llevadas en camiones y obligadas a colocarse boca abajo al fondo de las zanjas. Himmler se paró a la orilla de la primera zanja, desde donde tenía una buena vista, y observó, cruzados los brazos, apretadamente fruncidos los labios, al capitán de policía a cargo dar la orden de disparar.

Ésa era la primera vez que Himmler veía matar a alguien. Wolff dijo que se sacudió convulsivamente, se pasó la mano por la cara y se tambaleó, verde el rostro. También, según Wolff, sacó un pañuelo y limpió las manchas de sesos que le habían salpicado la mejilla y el abrigo, respirando agitadamente cuando se alejó. Esto podría ser cierto o no; Wolff lo escribió después de la guerra, y habría sido perfectamente capaz de adornar sus recuerdos con tal de llamar la atención. Comoquiera que sea, Himmler permaneció ahí mientras se despachaba a la siguiente tanda de prisioneros, y luego dirigió un discurso a las tropas, para acendrar su resolución. “Les aseguro que para un alemán es horrible y espantoso ver estas cosas”, dijo. “Así es; y si no nos pareciera horrible y espantoso, no mereceríamos ser alemanes.” Tras afirmar que, sin duda, habían visto que él “detestaba esta cosa sangrienta”, les recordó que todos debían cumplir su deber, por difícil que éste fuera.[15]

La experiencia de Minsk sacudió a Himmler, quien dijo a Nebe que debían buscar otro método para matar. Esto, desde luego, no era por consideración a las víctimas, sino a los verdugos. Los más insensibilizados

entre ellos podían seguir asesinando, día tras día, sin aparentemente más emoción que carniceros en un rastro. Otros, en cambio, no tenían tanta suerte. Muchos se quebraban por efecto de la tensión, y sólo podían continuar con la ayuda del alcohol. Otros sufrían colapsos nerviosos, y otros más se suicidaban. El temor constante de Himmler y sus comandantes era que la disciplina se relajara en exceso y los agentes se abandonaran a una sádica e incontrolada orgía de muerte.

La solución inmediata fue usar las camionetas con gas ya desarrolladas por el programa de eutanasia T4, tan exitoso en hospitales psiquiátricos que Himmler lo extendió a los campos de concentración, donde se eliminaba a los prisioneros que padecían enfermedades graves, físicas o mentales, aparte de judíos, gitanos, homosexuales y otros elementos indeseables. Himmler también promovió, y proporcionó locales en Auschwitz para experimentos de esterilización masiva sin cirugía, de bajo costo para las judías, con inyecciones de fenol, desarrollado a sugerencia suya por un distinguido ginecólogo y SS-Gruppenführer de la reserva, el profesor Carl Clauberg, aunque esta solución era necesariamente a muy largo plazo. Se calculaba que había cinco millones de judíos en el oeste de la Unión Soviética, más cerca de tres millones en la antigua Polonia y otros tres millones en el resto de Europa. Para exterminarlos a todos en un periodo razonable, se necesitaría algo más que camionetas o balas o jeringas hipodérmicas.

Privaba enorme confusión y desacuerdo entre los jefes de los Einsatzgruppen y los HSSPF sobre lo que debía hacerse con los judíos. Algunos seguían creyendo que se les debía deportar a un territorio no especificado en el este, donde se les podría dejar morir de hambre y abandono; otros querían exterminarlos de una vez. Otros más estaban a favor de concentrarlos en un inmenso campo en la región minera, donde podrían morir trabajando mientras hacían, al menos, una contribución económica. Pero pasara lo que pasara, era claro que debía hacerse un plan definitivo, y pronto.

“Existe el riesgo de que este invierno no pueda darse de comer a todos los judíos”, escribió el jefe del SD en Posen, el SS-Sturmbannführer Rolf-Heinz Höppner, a Adolf Eichmann, ya jefe entonces de la Sección IVB 4 de la Gestapo, departamento de la RSHA responsable de los asuntos judíos, el

16 de julio. “Debe considerarse seriamente si la solución más humana no sería liquidar a los judíos que no pueden trabajar con alguna especie de preparado de acción rápida. Esto sería más grato que dejarlos morir de hambre. [...] Aunque esto podría parecer un tanto descabellado, en mi opinión es totalmente posible de implementar.”[16]

Ya no había duda en cuanto al resultado último; la única pregunta era cómo alcanzarlo. Durante los cinco días que pasó en la Wolfsschanze, del 15 al 20 de julio, Himmler tuvo varias reuniones privadas “bajo cuatro ojos” con Hitler, en las que discutieron el problema con cierto detenimiento. Como en el caso de todas las demás conversaciones sobre este delicado tema, no existe ningún registro de ésta, pero es indudable que Hitler dio luz verde a Himmler para que lo abordara de modo radical y urgente. Himmler instruyó de inmediato a Heydrich, quien convocó a Eichmann a su oficina y le dijo: “El Führer ha ordenado el exterminio físico de los judíos.” Entonces, según Eichmann, “en forma totalmente contraria a su costumbre, Heydrich hizo una larga pausa, como para probar el efecto en mí de sus palabras”. Todas las implicaciones del asunto tardaron un momento en develarse, “pero luego comprendí, y no dije nada más, porque no había nada más que pudiera decir”.[17]

Se ordenó a Eichmann elaborar un documento de autorización, que Heydrich presentó a Göring —aún nominalmente a cargo de la política judía, como presidente del Consejo de Defensa del Reich— el 31 de julio. En él se leía:

> Complementando la tarea ya asignada a usted el 24 de enero de 1939, de resolver el problema judío mediante la emigración y evacuación del mejor modo posible, acorde con las condiciones imperantes, por la presente le encargo efectuar todos los preparativos necesarios de los aspectos organizativos, prácticos y materiales de una solución total de la cuestión judía dentro del área de influencia alemana en Europa. Si aquéllos son de la competencia de otros departamentos del gobierno, tales departamentos deberán cooperar.
>
> Le instruyo, además, enviarme en un plazo razonable un plan general concerniente a las medidas organizativas, prácticas y materiales necesarias para el logro de la deseada solución final de la cuestión judía.[18]

Cuando Göring firmó el documento de Heydrich, Himmler ya daba pasos para la puesta en práctica de la “deseada solución final”. Llamó a Höss

desde Auschwitz a su oficina en Berlín, donde le dijo: “El Führer ha ordenado la solución final de la cuestión judía, y nosotros —la SS— tenemos que ejecutar esa orden.” Puesto que los servicios de liquidación existentes en el Este eran insuficientes, había decidido usar a Auschwitz para la tarea, y Höss estaría a cargo. Eichmann iría a verlo “en el futuro próximo” para darle los detalles, inmediatamente después de lo cual él tendría que enviar a Himmler sus planes sobre la planta proyectada. No debía decir una sola palabra a nadie, ni siquiera a sus superiores, sobre esa orden.

Eichmann visitó a Höss en Auschwitz días después, cuando hablaron tranquilamente de la mecánica de la operación. Tras convenir en que asfixiar con gas era el único método práctico para matar a tan gran cantidad de personas, eligieron un sitio adecuado para el nuevo centro, a orillas del nuevo campo proyectado en Birkenau, donde planeaban construir cámaras de gas capaces de manejar a ochocientas personas a la vez. Eichmann dijo, sin embargo, que el monóxido de carbono que se usaba en las camionetas y el programa T4 no era del todo satisfactorio, y se comprometió a buscar algo mejor.

De hecho no fue Eichmann, sino el suplente de Höss en Auschwitz, el SS-Hauptsturmführer Karl Fritsch, quien halló algo mejor semanas después. Tandas de prisioneros soviéticos para su liquidación, conforme a la Orden contra los Comisarios de Hitler, se enviaban con regularidad al campo, donde se les fusilaba en un cascajal cercano. Fritsch tuvo la brillante idea de emplearlos como conejillos de Indias para probar un fumigante comercial de amplio uso en el campamento para matar roedores, piojos y otros bichos. Comercializado en forma de cristales de evaporación rápida, su nombre, Zyklon (Ciclón) B, se derivaba de su principal componente, el ácido cianhídrico, *Zyanid* (cianuro) en alemán. Fritsch hizo cerrar las ventanas y toda ventilación de las celdas del Bloque II, y apiñó en ellas a unos seiscientos prisioneros soviéticos, más doscientos cincuenta pacientes del hospital del campo para completar. Un miembro de la SS entrenado en el control de plagas y con una máscara antigás, esparció los letales cristales y luego cerró herméticamente las puertas. Los resultados fueron muy satisfactorios, aunque parece que algunos prisioneros lograron sobrevivir al primer intento, así que las cantidades de cristales tuvieron que calcularse

por prueba y error en una serie de experimentos bajo la dirección de Höss, hasta que los verdugos dedujeron las dosis correctas.[19]

Himmler y Heydrich tenían ya el medio para ejecutar la Solución Final. El uso de Zyklon B en aparentes regaderas comunes no fue la norma hasta fines de 1942, momento para el cual ya se había establecido toda una nueva serie de campos de exterminio para complementar la "producción" de Auschwitz-Birkenau. Hasta entonces, las camionetas de monóxido de carbono y las cámaras estáticas seguirían ejerciendo su repugnante oficio, pero la bala continuaría siendo abrumadoramente el principal medio para matar. A fines de septiembre, poco después de que los alemanes tomaron Kiev, la capital de Ucrania, en una de las más sangrientas batallas de la guerra, el 4º Einsatzkommando, integrante del Einsatzgruppe C, fusiló a no menos de treinta y tres mil setecientos setenta y un judíos en la barranca de Babi-Yar, a las afueras de esa ciudad.[20]

La masacre de Babi-Yar ocurrió supuestamente en represalia por diversos bombazos de partisanos, uno de los cuales destruyó el hotel que servía como cuartel alemán, quitando la vida a cientos de soldados. Pero el informe del incidente pinta un cuadro distinto. "La población judía fue invitada con carteles a presentarse para su reasentamiento", dice. "Aunque inicialmente se creyó que sólo se reportarían entre cinco y seis mil judíos, aparecieron más de treinta mil; gracias a la muy eficiente organización, se les hizo creer en la idea del reasentamiento hasta poco antes de su ejecución." Este informe también incluye detalles sobre la matanza de un mayor número de judíos y comunistas —treinta y cinco mil setecientos ochenta y dos— en los puertos del Mar Negro de Nikolaiev y Kerson.[21]

Los Einsatzgruppen fueron apoyados por regimientos de la Policía de Orden, bajo control directo de los HSSPF de Himmler, en cada una de las regiones conquistadas, junto con destacamentos itinerantes de la Waffen-SS, reforzados con voluntarios auxiliares semientrenados de la población local en los Estados bálticos y Ucrania. Su trabajo era sofocar a los judíos o partisanos dejados por los Einsatzgruppen, y pronto se dio una feroz competencia entre las dos fuerzas sobre cuál podía matar más. Hitler siguió sus progresos sobre la marcha: el primero de agosto, un día después de que Göring firmó el documento de la Solución Final, el jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, envió una orden secreta a cada uno de los cuatro

comandantes de los Einsatzgruppen: “En adelante, informes continuos sobre el trabajo de los Einsatzgruppen en el este habrán de presentarse al Führer”.[22] Los resultados deben haber complacido mucho a este último. A fines de 1941, los Einsatzgruppen afirmaron que habían eliminado a más de trescientos mil de los quinientos mil judíos asesinados.

Al mismo tiempo que sus matones masacraban a los judíos de Kiev en Babi-Yar, Heydrich recibía una nueva tarea. Himmler y él habían pasado dos días en la Wolfsschanze hablando con Hitler y Bormann sobre el Protectorado de Bohemia y Moravia, donde la vital industria armamentista enfrentaba graves problemas de sabotaje, huelgas y bajos índices de ritmo de trabajo. La culpa se atribuía a Neurath, cuya moderación como regente del Reich había sido constantemente criticada por los fanáticos del partido en su administración. Hitler decidió prescindir anticipadamente del exministro del Exterior, con una licencia por enfermedad, y remplazarlo por Heydrich, a quien nadie podría acusar jamás de moderación, con el título de subregente del Reich y la instrucción de aplastar sin piedad toda resistencia checa.

Siguiendo la costumbre nazi, Heydrich no renunció a ninguna de sus demás responsabilidades, y siguió como jefe de la RSHA y eliminando a los judíos, al mismo tiempo que a los patriotas checos. Aunque su nuevo puesto era, en esencia, una extensión de su papel como superpolicía, marcó un considerable paso en su carrera: por primera vez, no estaría subordinado a Himmler, y tendría acceso directo a Hitler. Consciente de la desmesurada ambición de Heydrich, Himmler debe haber empezado a mirar por encima de su hombro con cuidado extra.

Goebbels hizo su primera visita a la Wolfsschanze el 18 de agosto, y le alarmó encontrar a Hitler en desacuerdo con sus generales y recuperándose de un severo ataque de disentería y una agravada afección cardiaca, además de indispuesto y “muy irritable”. Aunque las Wehrmacht había conseguido una sensacional cadena de victorias, éstas no se habían alcanzado sin costos: las bajas alemanas de las seis primeras semanas incluían una suma de muertos estimada en treinta mil. Hitler admitió estar asombrado por la ferocidad de la resistencia soviética, y más aún por su magnitud y equipamiento. Como anotó Halder en su diario de guerra el 11 de agosto: “La situación general deja ver, cada vez más claramente, que subestimamos

al coloso ruso. Al comienzo de la guerra, previmos unas doscientas divisiones enemigas. Ya llevamos contadas trescientas sesenta".[23]

Goebbels, siempre partidario de la mano dura, juzgó positivo que ellos no hubieran estado "claramente conscientes de las dimensiones del peligro" ni tuvieran "la menor noción de toda una serie de armamentos rusos, en especial sus armas pesadas". Esto no sólo habría dado a Hitler meses de "mucho mayores preocupaciones", sino que, incluso, habría podido hacer que rehuyera la cuestión del este y el bolchevismo, que debía resolverse. Hitler aceptó que, de haber conocido la verdadera situación, su decisión de atacar habría sido mucho más difícil, pero aseguró a Goebbels que de todas maneras la guerra en el Este terminaría para el invierno.[24]

Goebbels ansiaba restablecer su posición en la jerarquía, habiendo sido marginado por sus principales rivales durante la campaña en el este. Al menos había logrado una victoria sobre Ribbentrop, al persuadir a Hitler de que él, y no el ministro del Exterior, debía ser el responsable de la propaganda en el este, ideada para socavar al Ejército Rojo. Pero Ribbentrop había caído en desgracia de cualquier modo, luego de una increíble disputa con Hitler el 28 de julio. Todo comenzó con el trivial asunto de unas condecoraciones de cortesía para los diplomáticos y se convirtió, después, en una violenta pelea sobre el razonamiento completo de Hitler detrás de la guerra en el este, a la que Ribbentrop se había opuesto siempre, culminando con el ofrecimiento de su renuncia. Hitler se agitó tanto que cayó en una silla con un aparente ataque de apoplejía, el cual dio tan tremendo susto al ministro del Exterior que éste se prosternó y suplicó perdón hasta que Hitler aceptó dejarlo en su puesto, siempre y cuando prometiera no volver a oponérsele jamás. Tras escabullirse a Steinort, Ribbentrop guardó cama varios días en una habitación a oscuras, y quizá él mismo haya sufrido un leve ataque apopléjico, porque desde entonces hasta su muerte padeció agudas jaquecas y ocasional parálisis en el brazo y pierna derechos.[25] Nunca se atrevió a discrepar de Hitler de nueva cuenta.

La caída en desgracia de Ribbentrop puede haber sido gratificante para Goebbels, pero hizo poco por mitigar su disgusto de que Göring y Himmler lograran éxitos tangibles mientras sus propios esfuerzos por ganarse a la población de los territorios "liberados" a través de la propaganda no daban resultado, aunque esto se debía, sobre todo, a las actividades de los escuadrones asesinos de Himmler. Desesperado por no quedarse atrás en la

contienda por la credibilidad personal, recurrió a su otro papel, el de Gauleiter de Berlín, y a su eterna obsesión, los judíos. A sus ojos, era un “escándalo” que mientras Himmler se preocupaba de los judíos en el este, siguiera habiendo setenta y cinco mil judíos “merodeando” por la capital del Reich, sólo veintitrés mil de los cuales trabajaban, en tanto que el resto vivía como “parásitos” —como si hubieran tenido otra opción. Ellos arruinaban tanto la apariencia como la atmósfera de las calles, se quejó, y debían ser separados del pueblo alemán, pese a la “poderosa oposición burocrática y sentimental” que él tendría que vencer. No descansaría, declaró, hasta que “hayamos llegado a las últimas consecuencias con la judería”, y rogó a Hitler hacerlo pronto.

Hitler le prometió que, en cuanto se dispusiera de transporte, los judíos de Berlín serían los primeros en ser trasladados al este. Sin embargo, si tan sólo el ejército necesitaba ciento veinte trenes cargados de provisiones cada día[26] y el equipo rodante disponible estaba reducido a la mitad debido al largo lapso requerido para cubrir las enormes distancias hacia y desde el frente oriental, por no hablar de las averías y los actos de partisanos, simplemente no había transporte de sobra.

Entre tanto, para aumentar la presión sobre los judíos en el Reich, Goebbels propuso una lista de medidas, la mayoría de las cuales Hitler aprobó. Aún en la Wolfsschanze, las discutió con Heydrich, designado regente interino del Reich ese mismo día, y se pusieron en práctica el mes siguiente. La más visible de ellas era que los judíos tendrían que portar una estrella de David de tela amarilla con la palabra *Jude* (judío) al centro, cosida a su ropa para hacerlos fáciles de identificar. Cubrir u ocultar la estrella estaría estrictamente prohibido. A los judíos se les prohibiría, también, salir del distrito en que vivían sin obtener antes permiso de la policía, así como usar el transporte público, salvo, como concesión especial, para ir y venir del trabajo, aunque aun entonces no se les permitiría sentarse.

Otras reglas impedirían a los judíos comprar ropa, fumar tabaco, usar teléfonos públicos, tener mascotas, cortarse el pelo con un peluquero ario, usar los servicios de operarios “alemanes” y poseer cualquier aparato eléctrico, gramófonos, máquinas de escribir, bicicletas o espejos de mano, todos los cuales debían entregar a las autoridades. Sus raciones serían reducidas, y sus pagos mensuales de apoyo “rigurosamente limitados”,

“para que no puedan sobornar a los alemanes de carácter débil”.[27] Una exhaustiva “peinada” de quienes no servían para el trabajo esencial de guerra determinaría quiénes estaban “maduros” para su transporte al este.

Increíblemente, semanas después se hallaron trenes, y el 14 de octubre el amigo de Goebbels, Kurt Daluege, como jefe de la Policía de Orden, firmó una directiva para la primera deportación de los judíos de Berlín. Speer, quien como inspector general de edificios era responsable de la toma de departamentos pertenecientes a, u ocupados por judíos, para alojar a berlineses desplazados por bombardeos, había advertido ya a los líderes de la comunidad judía que en breve iniciaría un nuevo “reasentamiento”, que esta vez adoptó una forma distinta. El 15 de octubre al anochecer, dos hombres de la Gestapo llegaron a cada departamento por desocupar y ordenaron a la familia empacar una maleta con cosas indispensables. Los llevaron a los escombros de la sinagoga en la Levetzowstrasse, aún en ruinas desde que fue quemada durante la *Kristallnacht*. Ahí permanecieron tres días, antes de marchar en una larga procesión por la ciudad hasta la estación ferroviaria de Grunewald. Niños y enfermos fueron conducidos en camiones. El 18 de octubre partió el primer tren, con las puertas cerradas y las ventanas atrancadas con barrotes, con mil judíos de Berlín por ser arrojados en el gueto obrero de Lodz, en el Warthegau, el territorio anexado en torno a Posen, en el oeste de lo que había sido Polonia.

Nueve trenes más siguieron en las semanas posteriores, junto con otros procedentes de Luxemburgo, Düsseldorf, Colonia, Hamburgo, Munich, Praga y Viena, transportando a judíos a Lodz, Minsk, Kaunas y Riga. Goebbels se regocijó de su éxito, cacareando su satisfacción en un virulento artículo en su semanario “serio”, *Das Reich*, titulado “Los judíos tienen la culpa”, en el que proclamó que se estaba cumpliendo la profecía de Hitler y que la guerra que los judíos habían comenzado estaba resultando en su exterminio. Su suerte, escribió, era “cruel, pero más que merecida”, concluyendo que “la piedad o la lástima están completamente fuera de lugar en este caso”.[28]

Goebbels y Hitler tocaron otro importante asunto durante las cuatro horas que pasaron hablando mientras caminaban por el bosque, el 18 de agosto: la necesidad de limar asperezas con las iglesias. Aunque ambos eran vehementemente anticristianos, reconocían el peligro de perder el apoyo de

millones de creyentes durante el crítico periodo de la guerra. Bormann, sin embargo, no parecía ver la amenaza. Uno de sus primeros actos tras ser confirmado como jefe de la cancillería del partido, a principios de junio, había sido emitir una circular secreta para todos los Gauleiter sobre "La relación del nacionalsocialismo con la cristiandad". Se trataba de una inflexible embestida contra la religión organizada, que comenzaba diciendo que "los conceptos nacionalsocialista y cristiano son incompatibles", para afirmar después que "nuestra ideología nacionalsocialista es mucho más noble que los conceptos del cristianismo, que en sus puntos esenciales se tomaron del judaísmo. Por esta razón, nosotros no necesitamos el cristianismo [...] Todas las influencias que puedan afectar o dañar la conducción del pueblo ejercida por el Führer con la ayuda del NSDAP deben eliminarse. Cada vez más, el pueblo debe ser separado de las iglesias y sus órganos, los pastores [...]"[29]

Había ya considerable fricción entre la Iglesia católica y el partido, exacerbada por diversas acciones, desde el retiro de crucifijos de las escuelas bávaras e intentos de suspender las oraciones matutinas hasta la proscripción de publicaciones religiosas y el cierre de monasterios. Parecía, entonces, que Bormann, quien por una vez hablaba sin autorización de Hitler, había declarado la guerra a la Iglesia. Goebbels se enfadó en extremo, en especial cuando se enteró de que el memorándum secreto había sido filtrado en su totalidad a las autoridades eclesiásticas. "¿Por qué Bormann tendría que hacer público un pronunciamiento sobre la cuestión de la Iglesia justo en este momento?", se quejó. "Éste no es un problema de importancia decisiva para ganar la guerra."

El daño a la imagen del partido había sido severo, y continuó siéndolo a lo largo del verano, cuando el programa de eutanasia se hizo de conocimiento público. Luego de un periodo de indecisión respecto al tema —una carta pastoral de los obispos alemanes a principios de julio se limitó a insinuar la verdad al declarar que era malo matar, excepto en la guerra o en defensa propia—, el obispo católico de Münster, Westfalia, denunció abiertamente lo que sucedía. En un franco sermón el 3 de agosto, miles de copias del cual se imprimieron y circularon clandestinamente, asoció los asesinatos de T4 con los recientes e intensos ataques aéreos contra Münster, dando a entender que éstos eran un castigo divino por incumplir el sexto

mandamiento. Sin ironía consciente, pidió a Hitler proteger al pueblo contra la Gestapo.

Los exaltados del partido demandaron que el obispo fuera colgado, pero aun Bormann se percató entonces de que eso era imposible, o al menos de que Hitler nunca lo aprobaría. Goebbels coincidió, advirtiendo que si emprendían cualquier acción contra el obispo, perderían el apoyo de la población de Münster y Westefalia por el resto de la guerra. Pese al hecho de que había encomendado una película, *Ich klage an* (*Yo acuso*), que justificaba el programa de eutanasia, la cual estaba casi lista para estrenarse, dijo a Hitler durante su larga plática que no debían fomentar una discusión pública del tema. "Tal debate", creía, "sólo encendería otra vez las pasiones. En un crítico periodo de guerra, esto sería muy poco recomendable. Todos los temas incendiarios deben mantenerse lejos del pueblo en el presente. El pueblo está tan preocupado por los problemas de la guerra que otros conflictos sólo lo perturban e irritan."[30] Hitler aceptó su consejo y canceló oficialmente el programa T4 el 24 de agosto, aunque la matanza prosiguió en secreto. Goebbels estrenó su película cinco días después.

La ofensiva alemana en el este había tenido una pausa a fines de julio, para efectos de reacondicionamiento y reparación. Göring aprovechó la excusa de una conferencia del Estado Mayor de la Luftwaffe en el Quai d'Orsay, en París, para permitirse una orgía de compras de tres semanas, en la que adquirió más diamantes de Cartier, atracó de nuevo la galería Jeu de Paume y se sirvió a manos llenas en el recién descubierto escondite de tesoros artísticos de los Rothschild, entre los que estaban cuadros holandeses y franceses de los siglos XVIII y XIX. Cuando regresó a la Wolfsschanze, halló a Hitler enfrascado en una enconada controversia con sus generales del ejército sobre estrategia.

Los generales querían lanzar un magno ataque del Grupo Militar Centro para destruir los principales ejércitos soviéticos que deambulaban en torno a Moscú, la cual era no sólo la capital y centro nervioso de la Unión Soviética, sino también su eje de comunicaciones y una importante área de producción de armas. Hitler, en cambio, había decidido montar primero un ataque por los dos flancos, dirigido a Leningrado y los Estados bálticos en el norte y la región de Donbass en el sur, para apoderarse de todas las riquezas industriales y agrícolas de Ucrania y abrir el camino hacia el

Cáucaso, rico en petróleo. Göring, naturalmente, se puso del lado de Hitler, peleando con tal violencia con Brauchitsch que el comandante del ejército sufrió un ligero infarto. El corazón de Göring también se aceleró a tal punto que éste tuvo que llamar a su médico personal, el doctor Von Ondarza.

Hitler, como siempre, impuso su voluntad a los generales, arremetiendo ferozmente contra ellos en un memorándum el 22 de agosto por no ejecutar su plan de operaciones. Acusó a Brauchitsch de falta de liderazgo, constrastándolo con el firme liderazgo de Göring en la Luftwaffe. Göring no disfrutó mucho tiempo el elogio de Hitler; menos de un mes después, también padeció la lengua mordaz del Führer. Hitler le exigió montar el ataque más grande en la historia de la guerra aérea reuniendo todos los bombarderos de la Luftwaffe para una serie de asaltos que destruirían por completo tanto Leningrado como Moscú, sin dejar en pie un solo edificio ni vivo ningún habitante, lo que a su juicio sería mejor que dejar morir de hambre a la población por ser imposible alimentarla.

Bodenschatz escribiría después que en ese momento se sintió orgulloso de Göring:

> Empezó diciendo muy cortésmente que aunque el proyecto del Führer le parecía digno de estudio, su reacción inmediata era que ésa sería una operación muy difícil de realizar. Cuando Hitler le preguntó de mal modo por qué, Göring se puso más enérgico y respondió sin rodeos que sería el colmo de la locura retirar a la Luftwaffe de todos los demás frentes sólo por una operación. ¿Y los ataques a Londres? ¿El Führer no había exigido que continuaran con fuerza infatigable? Sería peligroso interrumpirlos, porque eso daría un respiro al pueblo británico. Sus fábricas volverían a abrir, su industria aeronáutica se pondría en marcha, y antes de que ellos se dieran cuenta la RAF británica sería tan fuerte como Alemania.

Toda la cordialidad que Hitler había mostrado a Göring se desvaneció al instante. Gritó que sabía por qué se oponía a su plan: la Luftwaffe tenía miedo, justo como siempre lo había sospechado. Estaba compuesta de cobardes. No querían atacar Leningrado porque temían sus defensas antiaéreas.

"Göring pudo haberle dicho lo que todos en la sala sabíamos", continuó Bodenschatz. "Que las defensas de Leningrado no eran para nada tan temibles como las de Londres, sobre las que nuestros aviadores habían operado durante meses. En cambio, le dijo: 'Eso es imposible, mi Führer.

No puede hacerse'. Hitler lo miró fríamente un momento, y después le dio la espalda y lo ignoró por el resto de la conferencia."[31] Una negativa tan categórica como ésa venida de cualquier otra persona habría resultado en el despido inmediato. Hitler la aceptó de Göring, aunque a regañadientes, pero algunos observadores creían que nunca lo perdonó, y que este incidente marcó otro significativo paso en la merma de la influencia de Göring. No obstante, los concertados ataques aéreos contra Moscú y Leningrado nunca se intentaron.

La grandiosa nueva ofensiva principió el 23 de agosto de 1941, con más éxitos instantáneos para las Wehrmacht, tanto en el norte como en el sur. El Grupo Militar Norte hizo un movimiento de guadaña por los Estados bálticos para aislar a Leningrado el 8 de septiembre e iniciar el sitio más largo de la historia moderna, el cual duró novecientos días, ya que Hitler decidió no tomar por asalto la muy defendida ciudad, sino matarla de hambre. Ese mismo día, el Grupo Militar Sur llegó a Kiev, que tomó el 18 de septiembre, momento para el cual sus tanques habían consumado un gigantesco movimiento de tenazas para envolver a cuatro ejércitos soviéticos completos. Los alemanes afirmaron haber tomado unos seiscientos sesenta y cinco mil prisioneros; los soviéticos admitieron la pérdida de quinientos veintisiete mil hombres heridos y capturados durante los combates de la semana previa. Sea como fuere, el resultado fue imponente, la mayor capitulación de la guerra.

El victorioso progreso de las Wehrmacht convenció a Hitler de cambiar de opinión sobre la avanzada a Moscú, así que autorizó una importante operación, llamada en clave "Tifón", por iniciarse lo más pronto posible. "En unas semanas", declaró confiado, "estaremos en Moscú. Arrasaré con esa maldita ciudad, y en su lugar construiré un lago artificial con iluminación central. El nombre de Moscú desaparecerá para siempre."[32]

El optimismo de Hitler no era universalmente compartido en Alemania, donde gran parte de la población, en especial en las áreas rurales, no le veía el caso a la guerra en la Unión Soviética y los sacrificios que le imponía. Aun antes de la batalla de Kiev, los ejércitos en el este habían sufrido unas cuatrocientas mil bajas, cada una de ellas una tragedia para una familia en casa. Goebbels, con la responsabilidad de mantener alta la moral popular, estaba al tanto del creciente descontento, el cual se agravaba por la ausencia

de Hitler: éste no había hablado directamente a su pueblo desde el 4 de mayo, y no había sido visto en público desde el inicio de Barbarroja. Goebbels hizo una segunda visita a la Wolfsschanze el 23 de septiembre, para instar al Führer a ir a Berlín a fin de dirigirse a la nación y levantar el ánimo de la gente, como sólo él podía hacerlo.

Hitler estuvo de acuerdo en pronunciar un discurso en el Sportpalast el 3 de octubre, para abrir la campaña de Ayuda de Invierno de ese año, pero estaba absorto en los preparativos del ataque a Moscú, previsto para comenzar el 2 del mismo mes, de modo que estuvo dando largas hasta literalmente el último minuto. No fue hasta la noche, tras el exitoso lanzamiento de Tifón que confirmó que iría a Berlín al día siguiente. Pese a tan corto plazo, Goebbels llenó las calles de multitudes para que vitorearan al líder a su paso y atiborró el Sportpalast de incondicionales, para dar a Hitler y su mensaje una recepción tan calurosa como la de los delirantes días de la carrera al poder en 1933. Hitler cumplió las expectativas, culpando por entero de la guerra a los belicistas británicos y la judería internacional y justificando como preventivo el ataque a la Unión Soviética, subrayando los "gigantescos preparativos" del enemigo y el "inmenso peligro" que representaban. "Escapamos por un pelo de la aniquilación no sólo de Alemania, sino de toda Europa", declaró, antes de tranquilizar a su público: "Hoy puedo asegurar que este enemigo está destrozado, y jamás volverá a ponerse de pie".[33] Goebbels quedó encantado con el discurso, señalando que sería de gran ayuda para su propaganda.

Hitler salió de Berlín a las siete de la noche y estaba de vuelta en la Wolfsschanze a primera hora de la mañana siguiente, para recibir los más recientes informes del frente. Las noticias eran buenas: los tanques alemanes arrollaban las defensas soviéticas una vez más. Para mediados de octubre habían tomado Orel y concluido otro enorme envolvimiento de entre quinientos y seiscientos mil soldados en Viasma y Briansk, en la autopista a Moscú. Jodl informó: "¡Por fin y sin exageración hemos ganado la guerra!". Y Otto Dietrich anunció a la prensa: "Para todos los efectos militares, la Rusia soviética está acabada". Goebbels, quien tenía celos de Dietrich, se puso furioso, y protestó ante Hitler que esa declaración era imprudente y podía llevar a un terrible chasco en los días siguientes. Pero Hitler lo hizo callar con la respuesta de que había sido una jugada del

ajedrez político, destinada a inducir a Japón a entrar en guerra contra la Unión Soviética.[34]

El 16 de octubre, cuando las unidades de avanzada alemanas estaban a sólo cien kilómetros de Moscú, los soviéticos sólo pudieron reunir un total de noventa mil hombres, todo lo que quedaba de los ochocientos mil en el frente al inicio de la ofensiva alemana. Doscientos cincuenta mil civiles moscovitas, 75% de los cuales eran mujeres, fueron reclutados para cavar trincheras y zanjas antitanques, mientras el gobierno evacuaba la ciudad en medio del pánico, aunque Stalin permanecía en su oficina en el Kremlin. Parecía que los alardes de Hitler estaban a punto de cumplirse... hasta que intervinieron tres grandes generales rusos: el general Lodo, el general Invierno y, por último, el general Zhukov. El lodo detuvo el avance alemán a fines de octubre, cuando las fuertes lluvias de otoño convirtieron en un cenagal los caminos de terracería, y en realidad el campo entero, empantanando a hombres y máquinas e impidiendo el arribo de combustible y provisiones a los tanques y otros vehículos de oruga capaces de atravesar el empapado terreno. Con las heladas de noviembre, la tierra se endureció otra vez, y el asalto a Moscú pudo continuar. Pero, para entonces, el Ejército Rojo ya había conseguido reservas y refuerzos, y preparado a fondo las defensas de la ciudad.

Cuando las Wehrmacht estuvieron listas para arrojarse de nuevo sobre Moscú, se acercaba el invierno. Sin ropa adecuada —Hitler había estado tan seguro de una rápida victoria que no previó esto—, las tropas alemanas empezaron a morir de frío. La Waffen-SS había sido equipada con abrigos de piel, confiscados por el metódico Himmler en guetos judíos, pero sólo componía una pequeña proporción del ejército. Pronto, el general Guderian, quien dirigía la carga, perdía mil doscientos hombres al día por congelación, y todo herido que no fuera puesto a cubierto en minutos no tenía esperanzas de sobrevivir. Cañones y equipo se atascaron cuando los lubricantes se congelaron; el Ejército Rojo, en contraste, había desarrollado, desde tiempo atrás, aceites que resistían el frío. Se tenían que encender fogatas bajo los tanques para descongelar sus motores, torretas y orugas en temperaturas que, según fuentes alemanas, se desplomaban hasta la pavorosa cifra de -52ºC, aunque los soviéticos decían desdeñosamente que eso no era peor que los normales 30-40º C bajo cero. Y las extenuadas

líneas de abastecimiento, que se extendían mil seiscientos kilómetros hasta Alemania, no funcionaban ya, pues además de la interrupción del transporte por carretera, el sistema ferroviario quedó totalmente paralizado cuando las locomotoras alemanas, y sus depósitos de agua, se congelaron.[35]

El 6 de diciembre, al toparse su última embestida con un fulminante alto de determinados defensores a menos de veinticinco kilómetros del Kremlin, los alemanes se vieron de súbito ante un tercero y aún más temible enemigo, cuando Zhukov, el comandante en jefe del frente soviético, desencadenó su grandioso contrataque. Durante cinco meses y medio, los alemanes habían arrasado con la Unión Soviética, matando y capturando y destruyendo. Habían tomado más de tres millones de prisioneros, causado cientos de miles de bajas y destruido o capturado enormes cantidades de armas y equipo. Aunque estaban casi exahustos, tenían derecho a esperar que el Ejército Rojo se hallara en su último suspiro. Pero, de repente, se encontraron ante nuevos y poderosos ejércitos, bien equipados y abrigados y más implacables, incluso, que las divisiones de elite de la Waffen-ss de Himmler.

A las reservas obtenidas de nuevos conscriptos y a los residuos de los ejércitos en el oeste, Zhukov había agregado el inmenso refuerzo de las tropas siberianas, fogueadas en batalla en Extremo Oriente, para las que las temperaturas de Moscú eran un templado día de primavera. Los japoneses, aún resentidos por las derrotas que el mismo Zhukov les había infligido con esas tropas, y obligados por un tratado firmado con Stalin el 13 de abril de 1941, tras recibir confusos mensajes de Ribbentrop, habían decidido no entrar en guerra contra la Unión Soviética. El jefe de espías soviético en Tokio, Richard Sorge, en su último *coup* antes de ser descubierto y arrestado en septiembre, había informado a Moscú que no tenían nada que temer de Japón ese año. Stalin transfirió rápidamente la mitad de los efectivos del comando de Extremo Oriente a la defensa de Moscú, unas diez divisiones de fusileros más mil tanques y mil aviones. Zhukov pudo atacar así a los alemanes con tres nuevos ejércitos, integrados por más de un millón de hombres, incluidos algunos de los combatientes más feroces del mundo. En tres semanas había hecho retroceder al enemigo cerca de ciento cincuenta kilómetros.

“El milagro de Moscú” fue la primera gran derrota de Hitler en tierra, que hizo trizas el mito de las Wehrmacht invencibles y lo cambió todo. Mientras tanto, al otro lado del mundo tenía lugar otro suceso que volvería inevitable su derrota definitiva. La contraofensiva de Zhukov empezó el 6 de diciembre. Poco después, a las siete y media de la mañana, hora local, los japoneses atacaron a la flota del Pacífico de Estados Unidos en Pearl Harbor. El conflicto europeo se había convertido en una guerra mundial.



Ernst Udet (*derecha*), otro multicondecorado héroe de la aviación, fue uno de los mejores amigos y colegas de Göring, hasta que éste lo llevó al suicidio.



Más que una distracción, cazar en los bosques del norte de Alemania era una de las pasiones de Göring.



Otra pasión era erigir un enorme imperio industrial, ejemplificado por este modelo de trenes, Carinhall, enero de 1943.



El escenario del Teatro de la Ópera Kroll, en el sexto aniversario de la toma del poder por los nazis, con Göring entronizado como presidente, destaca la naturaleza teatral del Reichstag.



Benito Mussolini y Joachim von Ribbentrop (*derecha*) durante la firma del Acuerdo para la justicia y la paz, en 1938.



Ribbentrop llegó al pináculo de su carrera el 23 de agosto de 1939, cuando firmó el Pacto de No Agresión con la Unión Soviética, y fue saludado “como un viejo camarada” por Stalin.



Ribbentrop siguió a Hitler en múltiples ocasiones. Aquí con Hermann Göring, Rudolf Hess, Adolf Hitler y Walther von Brauchitsch, en 1940, en Compiègne, Francia.



Himmler se enorgulleció de las actividades de su ss-Leibstandarte Adolf Hitler en la campaña de Polonia en 1939. Aquí conversa con Kurt Daluege y Hans Frank en el frente.



Himmler se enorgulleció de las actividades de su ss-Leibstandarte Adolf Hitler en la campaña de Polonia en 1939. Aquí conversa con Kurt Daluege y Hans Frank en el frente.



Göring, siempre admirador y ferviente creyente en su Lutfwaffe, participa en un desfile de las fuerzas aéreas, en Berlín, marzo de 1938.



En un desesperado intento por reforzar a la Luftwaffe, Speer y Milch, acompañados por Willy Messerschmitt, presencian una demostración de nuevas armas y aviones en mayo de 1944.



“Mi Führer, mi Dios.” Goebbels exhibe su extremada devoción y complicidad en una visita a Heiligendamm, 1933.



La familia Goebbels completa, reunida quizá por última vez. El hijo de Magda, Harald, fue el único en sobrevivir, como prisionero de guerra de los británicos. Magda envenenó a sus otros seis hijos.



Ya próxima la catástrofe final, Goebbels asumió el papel de Defensor de Berlín. Sus tropas incluían a ancianos y muchachos, como Willi Hübner, de dieciséis años, a quien otorgó la Cruz de Hierro.



“Mis perros comían mejor que yo.” En cautiverio en Nuremberg, Göring se ve reducido a la comida carcelaria básica, y baja mucho de peso. *En el sentido contrario a las manecillas del reloj*: Hermann Göring (en primer plano), Karl Doenitz, Walther Funk, Baldur von Schirach y Alfred Rosenberg (atrás).



Imperioso hasta el final, Göring (*primero en la fila de adelante*) domina las sesiones del juicio con su relajada y confiada actitud, en marcado contraste con Ribbentrop (*tercero en la fila inicial*), convertido en lastimosa ruina.

Parte Seis

GUERRA:DERROTA

LA SOLUCIÓN FINAL

El ataque a Pearl Harbor fue una sacudida para Hitler, y para Ribbentrop, quien había pasado gran parte del año anterior tratando en vano de convencer a los japoneses de que atacaran a la Unión Soviética. Cuando organizó una Conferencia de Ministros Europeos del Exterior en Berlín el 25-27 de noviembre de 1941, para renovar el pacto anti-Komintern por otros cinco años y añadirle ocho signatarios —Bulgaria, Croacia, Dinamarca, Eslovaquia, España, Finlandia, Hungría y Rumania—, Japón fue el único país en no apoyar a Alemania en su guerra en el este. Sin embargo, para ese momento, Ribbentrop ya se había persuadido de que la guerra con Estados Unidos era inevitable, y había empezado a instar a los japoneses a actuar contra los estadunidenses.

Dos días más tarde, después de decir al embajador Oshima que "no creía que Japón pudiera evitar un enfrentamiento con Estados Unidos, y que la situación difícilmente sería alguna vez más favorable para Japón que entonces", le aseguró que Alemania participaría de inmediato si Japón entraba en guerra con Estados Unidos.[1] Ribbentrop ignoraba que la flota japonesa ya había zarpado de la aislada bahía de Tankan, en las islas Kuriles, en dirección a Hawai; aún se ocultaba eso a los alemanes, justo como ellos siempre habían ocultado sus invasiones a sus aliados.

Cuando se le despertó en la madrugada del 8 de diciembre para darle la noticia de Pearl Harbor, Ribbentrop se "enojó mucho" de que se le molestara por algo que, pensó, era "probablemente una trampa propagandística del enemigo en la que mi Sección de Prensa había caído". Sólo cuando el ataque se confirmó después con una indagación adicional, él lo creyó.[2] En su juicio en Nuremberg, Ribbentrop afirmó que había sido una desagradable sorpresa, y que "nunca consideramos que un ataque japonés a Estados Unidos nos conviniera".[3] Pero cuando telefoneó a Ciano esa misma noche, estaba de buen humor: "Está tan contento, de hecho", escribió

Ciano, “que no puedo menos que felicitarlo, aunque no estoy tan seguro de la ventaja”.[4]

Sirviéndose del conocimiento del “alma estadunidense” que, aseveró, había obtenido durante los cuatro años que había vivido en aquella nación, Ribbentrop hizo cáusticos comentarios sobre el potencial militar de Estados Unidos. Repitiendo el grave error de cálculo que había cometido acerca del deseo de Gran Bretaña de combatir, esta vez desestimó a los estadunidenses —sus armas, aseguró, eran “basura”, y ellos nunca podrían pelear en Europa— y alentó a Hitler a declararles la guerra de inmediato, para adelantárseles. “Una gran potencia no se deja declarar la guerra, sino que la declara”, dijo a Ernst Weizsäcker.[5] Al mediodía del 11 de diciembre tuvo el placer de hacerlo. Convocó al encargado de negocios estadunidense, Leland Morris, y, dejándolo de pie, le leyó una declaración formal en la que acusaba al presidente Roosevelt de incitar la guerra mediante repetidas violaciones de la neutralidad, beligerantes ataques a submarinos alemanes y manifiestos actos de guerra. Luego, con un “gesto dramático”, entregó el documento, y con una rígida reverencia despidió a Morris, “quien obviamente resintió en lo profundo su posición”.[6]

Inmediatamente después de que Morris se marchó, Ribbentrop recibió a los embajadores japonés e italiano, para firmar una prolongación del pacto tripartita, según la cual, ninguno de ellos haría una paz unilateral con Gran Bretaña o Estados Unidos. Ése fue el apogeo de la carrera de Ribbentrop hasta entonces, una vez sepultado y olvidado el pacto nazisoviético; su creación se había convertido en una importante alianza militar. También fue su último éxito diplomático significativo: en adelante se le marginaría cada vez más, y en realidad en los diez meses siguientes prácticamente no hizo nada notable.

Tan pronto como informó a su séquito en la Wolfsschanze del ataque japonés, Hitler telefoneó a Goebbels, a quien le encantó la noticia. “Estados Unidos”, escribió, “ya no podrá proporcionar tan diligentemente a Inglaterra, aviones, armas y capacidad naval; es de suponer que necesitará todo eso para su guerra con Japón.”[7] Hitler le dijo que volvería a Berlín al día siguiente, y le pidió convocar al *Reichstag*. En las últimas semanas había pensado pronunciar un discurso que resumiera los acontecimientos del año, pero lo había pospuesto al deteriorarse la campaña soviética. Ahora

podría usar la declaración de guerra a Estados Unidos para darle un ángulo más positivo.

En una larga conversación en la cancillería el 9 de diciembre, Hitler estuvo de acuerdo en que ésa era la línea de propaganda que Goebbels debía seguir, pensando que el nuevo reto levantaría la moral popular. También coincidieron en que Goebbels culparía únicamente al clima de las dificultades de las Wehrmacht en el este, restando importancia a toda sugerencia de que hubieran subestimado las fortalezas soviéticas, aunque admitiendo que había problemas. Habiendo notado lo eficaz que había sido el método de "sangre, sudor y lágrimas" de Churchill para fortalecer la resolución británica, Goebbels había decidido que era hora de empezar a dar malas noticias al pueblo alemán. Lo que los británicos eran capaces de aceptar, pensó, también podrían aceptarlo los alemanes. Incluso había admitido ante su personal de alto rango que suprimir las malas noticias había sido un "error básico", que había vuelto a la gente "demasiado susceptible". Lo que no dijo fue que no tenía otra opción, pues con las enormes cifras de bajas que afectaban a casi cada familia, era imposible seguir manteniendo por más tiempo algunos secretos.

Otra mala noticia que ya no fue posible mantener en secreto fue el desastre de no poder proporcionar ropa de invierno a las tropas, lo que estaba causando graves resentimientos entre sus familias. Pero Goebbels se las arregló para sacar provecho de esto, montando una masiva operación de Ayuda de Invierno que movilizó exitosamente al frente interno, y en la que invitó a la gente no a donar dinero, sino ropa para esquiar y similar. En la emisión radial nacional en que hizo este llamado, declaró que "la gente en casa no merecía un momento de paz si un solo soldado alemán estaba expuesto al rigor del invierno sin ropa abrigadora".[8] Goebbels envió por todo el país a estrellas del cine, el teatro y los deportes para promover el apoyo, lo que hicieron con tanto éxito que la campaña, prevista para terminar en navidad, tuvo que extenderse hasta el 11 de enero de 1942. Y aunque se recolectó la increíble cifra de sesenta y siete millones de artículos, ése fue, en esencia, un hueco y cínico ejercicio de relaciones públicas, de escaso beneficio para las tropas, pues en ese momento se carecía de medios para transportar y distribuir tales bienes en favor de los soldados. Sin embargo, fue una brillante decisión psicológica, que distrajo la atención de las verdaderas razones detrás del problema, involucrando a la

gente en un torbellino de actividad que le hizo creer que aportaba una solución.

Hitler regresó a la Wolfsschanze el 16 de diciembre, para encontrar a sus ejércitos al borde del desastre total, de cara a la gran contraofensiva soviética. Mientras se les obligaba a retroceder, el espectro del destino de Napoleón ante Moscú, en 1812, apareció ominosamente sobre los alemanes. "Si hubieran emprendido de inmediato una retirada", recordaría después el comandante de una división, el general Von Tippelskirch, "eso habría podido convertirse en una fuga de pánico." Que no haya sido así se debió por entero a Hitler, quien se negó rotundamente a permitir todo nuevo repliegue. Ya había destituido a Rundstedt, comandante en jefe del Grupo Militar Sur, por tomar Rostov, en el Don, y luego retirarse, y lo había remplazado por Reichenau, el más rabiosamente nazi de sus generales, muerto de un ataque de apoplejía en enero. Llegado ese momento, cualquier general o mariscal de campo que argumentara siquiera a favor del repliegue a una mejor posición defensiva era destituido en el acto. Los comandantes en jefe de los otros dos grupos militares, Centro y Norte, los mariscales de campo Von Bock y Von Leeb, fueron remplazados. Guderian, el genio de los tanques, también fue otra víctima, junto con el comandante de tanques Erich Hoepner, quien fue destituido y despojado de su rango, uniforme, condecoraciones y derechos de pensión. En un nivel ligeramente inferior, unos treinta y cinco comandantes de cuerpos y divisiones fueron echados durante el invierno de 1941-1942.

Göring, siempre feliz de ver sufrir a los generales del ejército, concedió a Hitler todo su apoyo, especialmente dado que el Führer sólo tenía elogios para los líderes de la Luftwaffe, como el terco comandante del cuerpo de aviación, el general y barón Wolfram von Richthofen, quien había aprendido su oficio en España, bombardeando Guernica. Así que, cuando uno de los comandantes de paracaidistas, el teniente general Hans Graf von Sponeck, a quien se había otorgado la Cruz de Caballero por su papel en la dirección de los desembarcos aéreos en La Haya el año anterior, hizo retroceder a una división de su fuerza en Crimea, luego de que tropas soviéticas habían desembarcado por mar detrás de ella, Göring cayó severamente sobre él. Le formó consejo de guerra, lo despojó de su rango y forzó al consejo a imponerle la pena máxima. "El mariscal del Reich",

aseveró Himmler después, “tuvo grandes dificultades para conseguir que los demás jueces —todos ellos generales— aceptaran sentenciar a muerte a ese cobarde.” Aun Hitler creyó que se había llegado demasiado lejos, y conmutó la sentencia por prisión en una fortaleza. Sin embargo, Sponeck no sobrevivió a la guerra: fue ejecutado en 1944, tras la conspiración explosiva del 20 de julio.

La partida más prominente y significativa fue la de Brauchitsch, comandante en jefe del ejército. Habiendo sido tratado con creciente desprecio por Hitler y sufrido un grave infarto en noviembre, Brauchitsch ya era hombre muerto cuando el Ejército Rojo lanzó su contraofensiva. Trató de convencer a Hitler de que aceptara la retirada general en torno a Moscú para evitar el desastre, sólo para recibir altisonantes insultos en respuesta. Pese a que sufrió más infartos, Hitler rechazó sus repetidos intentos de renunciar, quizá a causa de que no lograba decidirse por un posible sucesor. El 19 de diciembre, no obstante, Hitler halló al hombre indicado —en realidad el único, a sus ojos— para el puesto: él mismo. ¿Por qué no habría de ser comandante en jefe del ejército, al mismo tiempo que comandante supremo de las fuerzas armadas? “Esta minucia del mando operativo”, dijo a Halder, a quien mantuvo como jefe de Estado Mayor, “es algo que cualquiera puede hacer. La tarea del comandante en jefe del ejército es instruir al ejército a la manera nacionalsocialista. No conozco a ningún general que pueda hacerlo como yo quiero.”[9]

El resto de diciembre y enero los soviéticos golpearon las líneas alemanas, en particular en el centro, forzándolas a dar marcha atrás, pero sin penetrarlas. Luego de largas discusiones, Hitler permitió de mala gana que el mariscal de campo Von Kluge, nuevo comandante en jefe del Grupo Militar Centro, hiciera repliegues tácticos, “paso a paso, a fin de proteger sus comunicaciones”, pero la orden general de “no retirarse” siguió en pie. Las cifras de bajas seguían aumentando: para el 20 de febrero, cuando la ofensiva soviética hizo un brusco alto, el total de pérdidas alemanas desde el inicio de Barbarroja, sin contar a húngaros, rumanos e italianos, rebasaba la marca del millón, 31% de la totalidad de la fuerza, lo que incluía a ciento noventa y nueve mil cuatrocientos cuarenta y ocho muertos, setecientos ocho mil trescientos cincuenta y un heridos, ciento doce mil seiscientos

veintisiete casos de congelación severa y cuarenta y cuatro mil trescientos cuarenta y dos desaparecidos.[10]

Si iba a montar una renovada ofensiva en la primavera, Hitler necesitaría más remplazos que los que podía reunir sólo en Alemania. Envió a Keitel a Budapest y Bucarest a sonsacarles más divisiones a húngaros y rumanos, y a fin de mes Göring, nunca reacio a viajar a Roma, partió a convencer a Mussolini de que los reveses en el frente oriental eran sólo temporales. Su mensaje fue que la Unión Soviética sería derrotada en 1942, con la ayuda italiana, y Gran Bretaña "depondría las armas" al año siguiente. Como aliciente, dijo al Duce que la Luftwaffe estaba a punto de iniciar un asalto aéreo contra Malta, que los británicos usaban como base para atacar las rutas de abastecimiento italianas al norte de África. Mussolini prometió enviar otras dos divisiones de tropas italianas al este en marzo, si los alemanes les daban artillería.

Era obvio que Göring se hallaba en buena forma. Ciano, a quien le ofendió que se le excluyera de las conversaciones, lo describió como "hinchado y autoritario" cuando finalmente comió con él, el 2 de febrero, añadió una memorable descripción de la cena que tuvieron en el Hotel Excelsior dos días después, antes de que aquél volviera a casa en el *Asia*:

Durante la cena, Göring casi no habló de otra cosa que de las joyas que poseía. De hecho, llevaba hermosas sortijas en los dedos. Explicó que las había comprado por una suma relativamente reducida en Holanda, luego de que todas las joyas fueron confiscadas en Alemania. Me dicen que juega con sus gemas como un niño con sus canicas. Durante el viaje se puso nervioso, así que sus ayudantes le llevaron un pequeño jarrón lleno de diamantes. Él los puso en la mesa y los contó, alineó, revolvió, y se puso feliz otra vez. Uno de sus altos oficiales dijo anoche: "Tiene dos amores: los bellos objetos y la guerra". Ambos eran pasatiempos costosos. Al llegar a la estación llevaba puesto un suntuoso abrigo de marta, algo entre lo que usaban los conductores de automóviles en 1906 y lo que una prostituta de postín lleva a la ópera. Si cualquiera de nosotros se pusiera una cosa así, sería apedreado en las calles. Él, por el contrario, es no sólo aceptado en Alemania, sino quizá hasta querido por eso. Esto se debe a que posee un rasgo de humanidad.[11]

Göring acababa de retornar a Prusia oriental cuando recibió una noticia sorpresiva. Poco antes de las ocho de la mañana del domingo 8 de febrero, Fritz Todt había muerto, al estrellarse el avión en que regresaba a Berlín tras una visita a Hitler, en pleno despegue en la pista aérea de la Wolfsschanze.

Göring había estado en creciente desacuerdo con Todt y, de hecho, durante dos o tres meses había intrigado con Himmler, Heydrich, Goebbels y hasta Bormann para echarlo de su puesto, en un *coup* reminiscente de la destitución de Blomberg y Schacht. Había llegado al grado de preparar el borrador de un decreto en que el Führer ampliaba su control de la economía y lo nombraba ministro de Producción de Guerra, con facultades sobre todas las fuerzas armadas, pero no estaba preparado aún para presentárselo a Hitler. Tan pronto como se enteró de la muerte de Todt, Göring corrió al cuartel de Hitler, para convencerlo de que le permitiera asumir sus responsabilidades. Pero, por más que se apuró, llegó demasiado tarde. Se quedó estupefacto al encontrarse con que Hitler ya había nombrado a Albert Speer, quien estaba con él cuando llegó, como sucesor de Todt en todas sus funciones.

Speer, quien la noche anterior había aceptado el ofrecimiento de Todt de llevarlo de regreso a Berlín en su aeronave, pero que había cambiado de opinión a las tres de la mañana, decidiendo que estaba demasiado cansado luego de una larga sesión con Hitler, aún digería su buena suerte, no sólo por haberse salvado de milagro, sino también por su ascenso. Había esperado que se le cediera el papel de Todt como jefe de construcciones, pero quedó tan sorprendido como Göring cuando se le otorgó también el Ministerio de Armamento. Pese a su supuesta modestia, Speer era sumamente ambicioso, y le fascinó verse ascendido al nivel ministerial a la edad de treinta y seis años. Como político instintivo y dotado manipulador, su primer acto fue cubrirse la espalda convenciendo a Hitler de que formalizara su nombramiento con una orden.

Göring no tuvo otra opción que aceptar la situación con toda la dignidad de que fue capaz, pero reconoció que Speer era un rival potencialmente peligroso, y empezó a cortarle las alas. Un día después del funeral de Todt, el 11 de febrero, lo invitó a su villa en Berlín, donde lo recibió en forma cordial y le dijo que esperaba que la armonía que siempre había existido entre ellos, mientras Speer trabajaba como su arquitecto, no cambiara. “Cuando Göring quería”, rememoró Speer en sus memorias, “podía exhibir enorme encanto, difícil de resistir, si bien algo condescendiente. Luego pasaba a los negocios.”[12] Todavía exudando *bonhomie*, Göring le dijo que con Todt había fijado por escrito un acuerdo que definía los límites de sus responsabilidades. Ya había mandado preparar un documento similar para

Speer, el cual estipulaba que, en sus adquisiciones para el ejército, éste no podría violar las áreas cubiertas por el Plan de Cuatro Años. Dándose cuenta de que tal acuerdo lo ataría de manos, pues ese plan cubría la economía entera, Speer no dijo nada, y la reunión terminó tan cordialmente como había empezado, con sonrisas y apretones de manos.

Pese a las sonrisas, Göring descubrió que había encontrado un digno rival, pues Speer actuó rápido y, con característica habilidad, lo flanqueó, ayudado por la formidable combinación de Hitler y Milch, con quien había desarrollado muy buenas relaciones por su labor en los proyectos de construcción de la Luftwaffe. Milch invitó a Speer a una conferencia en la Gran Sala del Ministerio de Aviación al día siguiente, en la que representantes de las tres armas tratarían de resolver los problemas de sus opuestas demandas de armamento con los altos industriales. Comprendiendo que eso sería una prueba de fuerza, y que tendría que imponer su nueva autoridad a todos los involucrados, Speer tomó la precaución de ir a ver a Hitler, quien aún se hallaba en Berlín. Hitler le había dicho que podía visitarlo en cualquier momento si necesitaba su apoyo, y cumplió su palabra. "Si se toman medidas contra usted, o tiene dificultades", le dijo, "interrumpa la conferencia e invite a los participantes a la Sala del Gabinete. Yo les diré, entonces, a esos caballeros lo que sea necesario."[13]

Habiendo puesto en antecedentes a Milch, Speer hizo justo eso. Tras los preámbulos normales, Albert Vögler, gerente general de la Siderúrgica Unión, declaró que la única solución al caos era dar a un individuo toda la autoridad para tomar decisiones. A los industriales no les importaba quién fuera. Nadie sugirió a Speer. Luego de que los representantes del ejército y la marina explicaron sus razones, Funk, actuando por órdenes de Göring, nominó a Milch; pero para sorpresa de todos, éste dijo que, aunque se sentía sumamente honrado, no podía aceptar. Al tomar la palabra por primera vez, Speer jugó su as diciendo a los delegados que Hitler deseaba hablar con ellos en la Sala del Gabinete de la cancillería. La conferencia se reanudaría, dijo, el 18... en su ministerio, y con él como presidente.[14]

Hitler cumplió la promesa que había hecho a Speer y habló alrededor de una hora, no dejando en nadie la menor duda acerca de quién estaba a cargo entonces. Göring, dijo, no podía seguir ocupándose de los armamentos en el marco del Plan de Cuatro Años. Esta tarea debía separarse del plan y

entregarse a Speer. Esto equivalía claramente a quitar a Göring una parte importante de su autoridad, pero así tenía que ser: "Se dio una función a un hombre y ahora se le quita; así es la vida. Se dispuso de capacidad para aumentar la producción, pero las cosas no se manejaron bien." Tras enlistar y elogiar las habilidades y logros de Speer, terminó diciendo a los delegados que esperaba que cooperaran plenamente con él y lo trataran bien: "¡Compórtense con él como *gentlemen*!", los exhortó, usando la palabra inglesa. Con el refrendo de Hitler aún resonando en sus oídos, en la reanudación de la conferencia los delegados declararon pronto su apoyo, y estamparon sus firmas en un documento que confirmaba la plena autoridad de Speer.[15]

Göring se puso furioso cuando se enteró de lo ocurrido. Llamó a Speer a Carinhall, donde lo hizo esperar una hora antes de aparecer con lo que Speer describió como una larga y suelta bata de terciopelo verde. Luego de saludarlo con frialdad, Göring se quejó amargamente de que no se le hubiera invitado a la reunión con Hitler, y entonces, "con una agilidad de la que yo no habría creído capaz a un hombre tan gordo, se puso en pie de un salto y empezó a dar vueltas por la inmensa sala, sumamente agitado". Protestando contra sus delegados, dijo que, al firmar el documento de Speer, se habían vuelto sus subalternos para todo el tiempo por venir, sin siquiera habérselo consultado. Terminó declarando que no podía aceptar ese "mordisco a su poder", y amenazó con acudir a Hitler de inmediato y renunciar como jefe del Plan de Cuatro Años.

Speer pensó que su renuncia no sería una gran pérdida, "porque aunque al principio Göring impulsó el Plan de Cuatro Años con gran energía, para 1942 se le consideraba lento y decididamente reacio a trabajar", así como cada vez más inestable. Desafortunadamente, Hitler no habría aceptado su renuncia, sino que habría eludido el asunto hallando algún arreglo que no habría hecho sino provocar nuevas complicaciones para todos. Speer sabía que la única manera en que podía atajar a Göring era ofrecerle un medio para guardar las apariencias. Le aseguró que el nuevo acuerdo no afectaría de ningún modo su posición, y que estaba dispuesto a trabajar con él en el marco del Plan, como su subordinado.[16] Días después, el primero de marzo, Göring firmó un decreto, elaborado por Speer, en el que nombró a éste Representante Principal de Armamentos en el Plan de Cuatro Años y lo

autorizó a “conceder al armamento [...] dentro del conjunto de la economía, la prioridad que le corresponde en tiempo de guerra”.

Göring no quedó del todo satisfecho, refunfuñando que afirmaciones en la prensa extranjera de que había sido degradado minaban su prestigio en la industria alemana. Speer se percató pronto de que en realidad lo que preocupaba a Göring era perder categoría y perder la gran cantidad de sobornos, regalos e incentivos que recibía de la industria para financiar sus pródigo estilo de vida. Demostrando una vez más su aguda psicología, Speer sugirió invitar a los altos industriales a una reunión, en la que dejaría en claro que Göring seguía a cargo en general. Göring reaccionó encantado, y al instante ordenó a unos cincuenta empresarios presentarse en Berlín, donde Speer cumplió su promesa. “En adelante”, escribiría Speer después, “y gracias al letargo de Göring, pude trabajar libremente y sin trabas. Claro que con frecuencia se ponía celoso de mis éxitos con Hitler; pero en los dos años siguientes, casi nunca intentó interferir en lo que yo hacía.”[17] En esos dos años, Speer, trabajando muy de cerca con Milch, logró incrementar la producción de armas en general, incluidos aviones, en 300%, y de tanques en 600%. Göring podría haber sido celoso, pero habría sido un idiota si hubiera interferido en eso.

El avance de Speer a sus expensas fue seguido en poco tiempo por nuevos golpes a la autoridad de Göring. El control de éste sobre los recursos humanos fue cedido a Fritz Sauckel, menudo e imperturbable hombre calvo con ínfimo bigote de cepillo, que había sido Gauleiter de Turingia desde 1926. Speer quería ese puesto para Karl Hanke —quien le había hecho su primer encargo arquitectónico para el partido en Berlín y era, entonces, Gauleiter de la Baja Silesia—, pero fue bloqueado por Bormann. Exhibiendo su influencia como jefe del partido, Bormann dijo que Hanke tenía poco tiempo como Gauleiter. El pasado amorío de Hanke con Magda Goebbels puede haberle perjudicado, pero la verdadera razón de su rechazo fue, sin duda, que era amigo de Speer, así que su lealtad habría sido para él más que para Bormann y la organización del partido.

Para estar completamente seguro de que Sauckel no estaría en el bolsillo de Speer, Bormann convenció a Hitler de que el nuevo comisario fuera responsable de hallar y utilizar trabajadores —principalmente de Ucrania y los territorios del este— no sólo para la producción de armamento, sino para toda la industria alemana. A fin de salvar las apariencias y el

vapuleado orgullo de Göring, Sauckel recibió el título de Plenipotenciario General para la Movilización de Trabajadores dentro del Plan de Cuatro Años, pero, al igual que Speer, no estaría bajo las órdenes de Göring: rendiría cuentas directamente a Hitler, a través de Bormann.

Aceptando la situación, Göring cerró su sección de utilización de trabajadores, cediendo voluntariamente, por una vez, parte de su poder, aunque quizá su decisión fue inducida por no prever otra cosa que dificultades. Speer era confirmado apenas en su nuevo puesto cuando Keitel ya exigía la inmediata liberación, para deberes en primera línea, de un cuarto de millón de efectivos del ejército que habían sido puestos a disposición de la producción de municiones. “Esto”, recordaría Keitel, “fue el principio de la pugna por el personal, que no terminaría nunca.”[18]

La desesperada necesidad de efectivos por parte del ejército fue una buena noticia para Himmler, pues le dio la oportunidad que esperaba para ampliar la Waffen-SS. Sin Brauchitsch y con el propio Hitler como comandante en jefe, el ejército no podría seguir bloqueando reclutamiento o equipo para la Waffen-SS; ésta ya era, en realidad, la que tenía la prioridad en ambas áreas, como se quejó Keitel:

Comparadas con las del ejército, las necesidades de nuevo personal de la marina y fuerza aérea eran mínimas, mientras que las de la Waffen-SS aumentaron en una curva pronunciadamente ascendente, como un insaciable sifón que se llevara a la flor y nata de la juventud alemana. Con el apoyo del Führer, la Waffen-SS había atraído a sus filas a los más valiosos sectores de la juventud alemana, con métodos de propaganda abiertos y ocultos, legales e ilegales, y con táticas de presión indirecta también; los mejores elementos de la juventud, que habrían sido perfectos comandantes y oficiales futuros para el ejército, estaban, por lo tanto, perdidos para nosotros.

Todas mis protestas ante el Führer fueron en vano; se negaba a oir siquiera mis argumentos. La sola mención del tema resultaba en una explosión de enfado de su parte. Sabía de nuestro disgusto y desagrado por su Waffen-SS, porque era una elite, decía él, una elite políticamente instruida como él siempre había tenido en mente, algo que el ejército se había negado a hacer; pero era su intención inalterable canalizar hacia la Waffen-SS a tantos de los mejores jóvenes de todo el país como lo desearan: nunca habría límite alguno al número de voluntarios.[19]

Hitler permitió a Himmler formar una nueva división de la SS, la Prinz Eugen, compuesta principalmente por voluntarios croatas, y transformar la

brigada de caballería de individuos de etnicidad alemana de la SS, en la División Florian Geyr, y eso fue sólo el principio. Al mismo tiempo, accedió finalmente al mayor deseo de la Waffen-SS, convirtiendo las cuatro formaciones existentes —Leibstandarte, Das Reich, Totenkopf y Wiking— en divisiones de tanques, para componer el primer Cuerpo de Tanques de la SS.

El placer de Himmler por este éxito aumentó con un logro más personal: su amante, Häschen, dio a luz a un hijo, al que llamaron Helge, el 15 de febrero. Esto significó que él tendría que darle casa, pues Marga y Gudrun seguían viviendo en sus casas en Dahlem y el Tegernsee. Por desgracia, no tenía capital; a diferencia de otros caciques nazis, siempre había sido escrupulosamente correcto en sus finanzas personales, viviendo por completo de su salario. Tras abstenerse de la fácil opción de echar mano de fondos de la SS, pidió a Bormann un préstamo de ochenta mil marcos del partido, y con su ayuda construyó una casa, caprichosamente llamada Haus Schneewinkellehen (Casa del feudo del rincón nevado), en Schönau, junto al Königsee, ciudad vecina de Berchtesgaden.[20] Como pasaba mucho tiempo en la Wolfsschanze, Himmler se había vuelto íntimo de Bormann; y su amistad se profundizó cuando Gerda Bormann, quien desde luego vivía en el Obsersalzberg, tomó a Häschen bajo su cuidado.

Para fines de marzo de 1942, luego de diez semanas de continuo y enconado combate, la contraofensiva soviética se agotó por fin. Las Wehrmacht habían sido obligadas a retroceder hasta ciento cincuenta kilómetros en algunos lugares, pero su línea no había sido penetrada; y mientras el primaveral deshielo volvía de nuevo en pantanal el terreno, ambos ejércitos se vieron forzados a hacer una pausa. En Occidente, sin embargo, se reanudaba la guerra aérea. Al mismo tiempo que se las veía con los avances de Speer y Sauckel en su posición, Göring encaró una renovada amenaza de la RAF. Los británicos habían dejado de realizar bombardeos desde noviembre del año anterior, tras sufrir inaceptables pérdidas a manos de la artillería antiaérea y los cazas nocturnos alemanes; pero en estos días, bajo presión de Stalin para distraer los recursos de la Luftwaffe del frente oriental, los recomenzaron, reforzados por su nueva generación de pesados bombarderos cuatrimotores. El 3 de marzo atacaron

la fábrica de Renault en las afueras de París, aunque la mayoría de sus bombas cayeron en casas de obreros, matando a seiscientos veintitrés y lesionando a mil quinientos. Cinco días después iniciaron propiamente su nueva campaña, con el primero de ocho ataques contra Essen, empleando en cada uno entre cien y doscientos aviones. Essen estaba muy bien defendida, y los embates fueron en gran medida inútiles. A fin de mes, los británicos decidieron probar la nueva táctica de bombardeo de área, enviando doscientos treinta y cuatro aparatos a atacar con bombas incendiarias la ciudad medieval de Lübeck, al norte de Hamburgo, y siguiendo esto con ataques similares contra Rostock (con su fábrica Heinkel), Essen, Hamburgo y Dortmund.

Con excepción del de Lübeck, que redujo a cenizas el centro de esa ciudad, ninguno de tales asaltos fue particularmente eficaz, pese a lo cual cumplieron un importante objetivo: comprometer en batalla una cantidad de piezas de artillería antiaérea estimada en diez mil, que de lo contrario se habrían usado en el este. No obstante, los defensores de la Luftwaffe en tierra y aire mantenían sus propias piezas, y Göring pudo sentirse confiado otra vez. En represalia por la destrucción de Lübeck y Rostock, ordenó una serie de ataques contra ciudades inglesas con catedrales, comenzando por Exeter y siguiendo con Bath, Canterbury, Norwich y York, los cuales fueron llamados los “ataques Baedecker”, a raíz de que un vocero del Ministerio del Exterior anunció en una conferencia de prensa que la Luftwaffe bombardearía todos los edificios ingleses marcados con tres estrellas en la guía Baedecker.

La confianza de Göring no duraría. El 31 de mayo, hallándose en Veldenstein, recibió una airada llamada de Hitler, quien le dijo que la RAF había atacado Colonia con una enorme fuerza de “cientos” de bombarderos; el Gauleiter local le había llamado personalmente, así como Goebbels, quien calculó una cifra de entre doscientos cincuenta y trescientos aviones. Göring desestimó esos reportes, diciendo que era imposible, y que no habían participado más de setenta aparatos, cuarenta y cuatro de los cuales habían sido derribados, algo que habría sido un resultado magnífico. Sin embargo, el verdadero número de atacantes no había sido de cientos, sino de casi mil, como el propio Churchill anunció en Londres.

Nunca antes se había visto algo parecido. El recién designado comandante en jefe del Mando de Bombarderos de la RAF, el mariscal del aire Arthur Harris, había desenterrado prácticamente todos los bombarderos en condiciones de volar en Gran Bretaña de todas las fuentes posibles, incluidos establecimientos de instrucción y el Mando Costero. Mil cuarenta y seis habían despegado de cincuenta y tres campos de aviación; treinta y nueve fueron abatidos, en su mayoría por cazas nocturnos, pero unos novecientos diez llegaron al blanco y lo bombardearon. La ciudad fue devastada, pero no destruida; asombrosamente, gracias a la excelente provisión de refugios, sólo murieron cuatrocientos sesenta y nueve personas, aunque más de cuarenta y cinco mil quedaron sin hogar. No obstante, el daño psicológico y político fue enorme.

El ataque de Colonia fue un paso más hacia la desgracia de Göring. Hitler lo culpó personalmente de su fracaso en la protección del Reich, quejándose con su ayudante, Nicolaus von Below, de que la Luftwaffe nunca había prestado a las defensas antiaéreas la atención que merecían. "Ésa fue la primera vez que lo oí criticar a Göring", escribiría después Below. "Hitler nunca recuperó la absoluta confianza en el mariscal del Reich."[21]

Mientras Göring se recobraba del impacto del ataque de los mil bombarderos, Heydrich luchaba por su vida. El 27 de mayo, mientras se le conducía de su finca en las afueras de Praga a su oficina en el castillo de Hradûany, tres agentes checos emboscaron su auto —que iba descubierto y sin escolta, y no era blindado— cuando reducía la velocidad para tomar una curva muy cerrada en los suburbios de la ciudad. El primer hombre le apuntó con una metralleta, pero ésta se atascó, dos veces. En lugar de apretar el acelerador, el aterrado conductor de Heydrich pisó el freno, dando tiempo al segundo asesino para lanzar una granada, que explotó bajo el auto. Heydrich salió de un salto, disparando su revólver contra los agentes en fuga, sin saber que estaba herido hasta desplomarse de pronto. La explosión había dañado su columna vertebral, e incrustado en su abdomen fragmentos de metal, piel, relleno de crin y prendas de uniforme. Llevado a toda prisa al hospital, cirujanos checos lo operaron para retirar los residuos de los órganos internos. Pero el daño era severo, las heridas se infectaron y

la septicemia se declaró; en aquellos días, previos a los antibióticos, esto significaba una muerte casi segura.

Se dice que Himmler lloró al recibir la noticia en su cuartel de campaña. Pero pasaron cinco días antes de que viajara a Praga a visitar a su herido colega en el hospital, lo que alimentó especulaciones de que no estaba precisamente desconsolado por la perspectiva de perderlo. Aun cuando despachó a atenderlo a uno de los cirujanos más eminentes de Alemania, su amigo el profesor Karl Gebhardt, muchos se preguntaron si la misión del médico no había sido salvarlo, sino cerciorarse de que muriera, lo que ocurrió el 4 de junio, luego de nueve días de agonía. Heydrich, dijeron, se había vuelto demasiado poderoso, una amenaza demasiado grande para Himmler, en especial desde el momento en que tuvo acceso directo al Führer. Se dijo que, bebiendo, se había jactado de que planeaba convertirse en ministro del Interior, llevando consigo la RSHA y dejando a Himmler la SS, sin la policía, el SD ni la Gestapo. Incluso había especulado en ser, antes que Himmler o Göring, el sucesor de Hitler, tras servirse del puesto de regente del Reich para demostrar su capacidad de gobernar un país. ¿Podría ser, se preguntaban los propagadores de rumores, que Himmler hubiera ordenado su asesinato?

Lo cierto es que esta ejecución fue ordenada por el gobierno checo en el exilio en Londres, y que los asesinos fueron adiestrados, equipados y lanzados en paracaídas en Praga por el SOE británico. La causa no fue que Heydrich hubiera infligido un brutal régimen de terror a la gente del protectorado, sino que había sido demasiado suave con ella, y se estaba ganando su apoyo. Heydrich había iniciado su gobierno con toda la rudeza que se esperaba de él, conquistando el apodo de el Carnicero de Praga. Horas después de su llegada, había arrestado al primer ministro checo, Alois Elias, lo había arrastrado a un juicio arreglado y había hecho que se le sentenciara a muerte, mientras comandos de su Gestapo destruían al clandestino Ejército Nacional, arrestando a todos los siquiera sospechosos de pertenecer a la resistencia, o a cualquier grupo de oposición. En dos semanas, el movimiento checo de resistencia había sido prácticamente aniquilado.

Después del palo, llegó la zanahoria. Heydrich abandonó el terror tan rápidamente como lo había iniciado, y procedió a cortejar a los obreros y

campesinos checos —a los que necesitaba para incrementar la producción industrial y agrícola— con mayores salarios y raciones, provisiones de ropa y zapatos escasos, vacaciones en balnearios de lujo en Bohemia y un muy mejorado sistema de seguridad social. Esta política funcionó: la producción aumentó rápidamente, y la activa oposición al gobierno alemán cesó casi por completo, para horror del gobierno en el exilio. La única manera de reanimarla era provocar a los alemanes a una nueva oleada de terror y represión.

El asesinato de Heydrich fue específicamente dirigido a incitar las más feroces represalias alemanas, y lo consiguió. Tras conferenciar con Hitler, Himmler ordenó el arresto de diez mil checos como rehenes, incluida la totalidad de los miembros de la *intelligenza*, enlistados en el tarjetero de Heydrich. Cien de ellos fueron fusilados esa noche, junto con todos los presos políticos. Aunque los asesinos, más otros ciento veinte integrantes de la resistencia, fueron muertos en un tiroteo en una iglesia de Praga, luego de ser delatados por un compañero a cambio de una enorme recompensa, las represalias siguieron adelante. Según un informe de la Gestapo, mil trescientos treinta y un checos, incluidas doscientas un mujeres, fueron ejecutados de inmediato. Las ciudades mineras de Lezáky y Lidice, cuyos nombres se encontraron en las pertenencias de los agentes muertos, fueron arrasadas, todos sus hombres adultos fusilados y las mujeres transportadas al campo de concentracion de Ravensbrück, en Alemania. Los niños fueron examinados por expertos raciales de Himmler, y trece de ellos seleccionados para su “germanización” y conducidos a un hogar de Lebensborn para ser adoptados por parejas alemanas; el resto fue arrastrado de campo en campo hasta que todos murieron de enfermedades, hambre o congelación.[22] En total, unas cinco mil personas fueron ejecutadas en venganza por la muerte de Heydrich. Adicionalmente, tres mil judíos checos fueron sacados del campo de concentración modelo de Theresienstadt y llevados en trenes, para su “reasentamiento”, a un campo de exterminio.

Los campos de exterminio fueron el legado de Heydrich: a la muerte de éste, su creación y mortífero propósito recibieron el nombre en clave de Aktion Reinhard, en su memoria, pero él había empezado a planear su operación varios meses antes. Un día después de obtener la firma de Göring

en el documento del 31 de julio de 1941, había informado a Himmler: “Cabe suponer con certeza que en el futuro no habrá más judíos en los territorios orientales anexados [...]”[23] Era una promesa audaz, pero que planteaba dos importantes preguntas: ¿dónde iban a ir, y qué se haría con ellos cuando llegaran? Heydrich tenía puesta la mira en el gulag, la ya conformada red de campos de prisioneros y trabajos forzados en Siberia, que, se calculaba, alojaba a diez millones de ciudadanos soviéticos. “Tan pronto como hayamos alcanzado una clarificación de la situación militar en el este”, dijo Heydrich a Goebbels en la embrollada jerga del Tercer Reich, “todos ellos deberían ser transportados en definitiva a los campos establecidos por los bolcheviques. Estos campos fueron creados por los judíos. ¿Qué cosa más apropiada, entonces, sino que ahora también deban ser poblados por ellos?.”[24] Era una conclusión lógica; el único problema era que los alemanes tenían que ganar la guerra para poder tener acceso al gulag.

El problema se complicó en el transcurso del año por la puesta en marcha de la evacuación de los judíos del viejo Reich. Crecidos por los trenes cargados de deportados del Reich, y sin salidas, los ya sobrepoblados guetos fueron pronto difíciles de controlar. Para el momento de la reunión anual de noviembre en Munich, se había convenido en que debía hacerse algo drástico. El 11 de noviembre, Himmler llamó a su recién nombrado HSSPF para el norte de Rusia, el SS-Obergruppenführer Friedrich Jeckeln, y le instruyó exterminar a todos los judíos de Ostland, como se había rebautizado a los Estados bálticos, “hasta el último de ellos”. “Diga a Lohse [el comisario del Reich en Ostland] que es orden mía”, ordenó, “y también deseo del Führer.”

A Lohse le horrorizó la perspectiva de matar a valiosos trabajadores y artesanos irremplazables, y solicitó una resolución del ministerio de Rosenberg. “¿Debía aniquilarse a todos los judíos”, preguntó, “más allá de consideraciones económicas?.” Heydrich ya había previsto el argumento de que muchos judíos eran esenciales para las industrias bélicas, y lo rechazó. Existía el riesgo, había declarado el 4 de octubre, de que, “principalmente por razones económicas, se haga más de un reclamo de que los judíos son una fuerza de trabajo indispensable, y de que nadie se esforzará en obtener

mano de obra alterna que tome su lugar".[25] Se dijo a Lohse que las consideraciones económicas no se aplicaban a los judíos.

La liquidación del gueto de Riga comenzó el 30 de noviembre. Catorce mil judíos letones fueron conducidos al bosque y fusilados, siguiendo exactamente la misma rutina que en Babi-Yar, Minsk y muchas otras sedes de matanzas. Un campo de estancia temporal fuera de Riga para veinticinco mil judíos alemanes *en route* al este había abierto apenas, y cuando llegaron los primeros mil de ellos, simplemente se les llevó al bosque y se les fusiló, junto a los judíos del gueto. Cinco trenes posteriores se desviaron a Kaunas, Lituania, pero el destino de sus pasajeros fue sencillamente el mismo: fusilamiento en el bosque por el Einsatzkommando local.

Jeckeln informó telefónicamente de la total liquidación del gueto de Riga a Himmler, quien dijo estar "satisfecho con los resultados" y que más trenes cargados de judíos llegarían pronto a Letonia. Éstos también serían liquidados, aunque Himmler no estaba seguro aún de si quería que los fusilaran o los condujeran a perecer a los pantanos; los efectos psicológicos de los fusilamientos masivos estaban causando serios problemas de moral y disciplina en los Einsatzkommandos, así como murmullos de protesta en el ejército. Era necesario hallar nuevos métodos menos estresantes —así como menos públicos—, lo que ocurrió pronto.

Antes aún de que los trenes empezaran a llevar a miles de judíos de todo el Reich, ya se apiñaban mucho más de cien mil en el gueto de Lodz —rebautizado como Litzmannstadt por los alemanes—, y las autoridades locales se oponían con vehemencia a aceptar más. En efecto, el gobernador del Reich en el Warthegau, el SS-Gruppenführer Arthur Greiser, ansiaba librarse de los que ya tenía, y como pudiera. A diferencia de Lohse en Ostland, Greiser no tenía el menor escrúpulo en lo concerniente a los judíos. Pidió a Himmler proveer verdugos entrenados para que lo ayudaran a liquidar a esos cien mil lo más pronto posible. Los enorme cantidad implicada descartaba el fusilamiento, y Heydrich recurrió en cambio al SS-Hauptsturmführer Rudolf Lange y sus camionetas de T4, siguiendo el consejo del jefe médico de la SS, el doctor Ernst von Grawitz, de que el gas venenoso era el método más eficiente y humano.

Lange puso su cuartel en una antigua mansión cerca de Chelmno (Kulmhof), un área del Gobierno General de Polonia, unos sesenta y cinco

kilómetros al noroeste de Lodz, con tres camionetas. Inició operaciones el 8 de diciembre, con la primera remesa de setecientos judíos, llevados ahí desde el gueto con el pretexto de que serían reasentados para trabajar en el este. Usó el mismo engaño que tan bien había funcionado con las víctimas de la eutanasia, convenciéndolos de desvestirse y subir a las camionetas en la creencia de que se les llevaría a regaderas antes de darles ropa nueva. Las camionetas, con el escape metido por la parte trasera, se dirigieron entonces a un claro en el bosque, a unos kilómetros de distancia, donde se habían cavado zanjas. Cuando llegaron, los ocupantes ya habían muerto, y un destacamento de judíos selectos pudo descargarlos directamente en fosas comunes, una vez registrados por alemanes y ucranianos en busca de anillos, objetos de valor ocultos en el cuerpo y dientes de oro, extraídos con pinzas. No sólo judíos murieron en Chelmno; entre las primeras víctimas hubo cinco mil gitanos deportados de Alemania al gueto de Lodz. Tras encargarse de ellos, los hombres de Lange empezaron a trasladar sistemáticamente a setecientos judíos diarios de Lodz a Chelmno.

Lamentablemente, el sistema de Lange nunca fue tan eficiente como pretendía, y había frecuentes fallas. Se suponía que la muerte no tardaba más de quince minutos, pero a veces tardaba horas; a menudo había víctimas aún vivas cuando se abrían las puertas. Eichmann, enviado por Müller, (el de la Gestapo), a inspeccionar la operación, se alteró mucho por lo que vio, y —así lo dijo después— salió corriendo en su auto, mudo de horror. Tras recibir el informe de Eichmann, Himmler llamó al comisario de la Kripo, Christian Wirth, quien había instalado las primeras cámaras de gas experimentales en Brandeburgo para el programa de eutanasia y sugerido la idea de hacerlas pasar por regaderas comunes. Himmler le ordenó empezar a equipar una serie de nuevos campos con cámaras de gas permanentes, en la región de Lublin del Gobierno General, bajo supervisión general del HSSPF local, Odilo Globocnik, el nazi austriaco nacido en Trieste que había tomado la llamada telefónica de Göring en Viena para el nombramiento de funcionarios durante la Anschluss. Todo el personal involucrado juró estricta reserva ante Himmler, quien dijo que “hacía una demanda sobrehumana-inhumana, pero que era orden del Führer”.[26]

El 29 de noviembre de 1941, mientras se iniciaba la matanza de Riga, Heydrich invitó a varios secretarios de Estado y representantes de la SS a

una conferencia en una villa del suburbio de Berlín junto al Wannsee, en el extremo sur del Havel, a sólo un centenar de metros de la casa de Goebbels en Schwanenwerder. La conferencia se celebraría el 9 de diciembre, pero, con la noticia de Pearl Harbor, se pospuso al 2 de enero de 1942, y luego al 20 de enero, momento para el cual más de cuarenta mil judíos y gitanos ya habían sido asesinados en Chelmno.

La conferencia de Wannsee no tuvo que ver con la política a seguir, la cual ya estaba decidida: los judíos serían desplazados y eliminados, y no podía haber discusión ni debate sobre esto. Tal conferencia se convocó para tratar los problemas prácticos de la puesta en práctica de eso, y los participantes no fueron ministros sino burócratas, en su mayoría abogados, educados para manejar detalles en forma desapasionada y exhaustiva. Los catorce altos funcionarios y dirigentes del partido reunidos representaban a todos los departamentos del gobierno implicados: el Ministerio del Este, el Ministerio del Interior, el Ministerio de Justicia, el Plan de Cuatro Años, el Gobierno General de Polonia y el Ministerio del Exterior, además de la RSHA, la Oficina Central de Asuntos Raciales y Reasentamiento, la Policía de Seguridad, la cancillería del partido y la cancillería del Reich. Eichmann fungió como secretario, tomando las minutas con un estenógrafo. Todo fue muy tranquilo, ordenado y práctico.

Heydrich empezó estableciendo su autoridad, y anunció que Göring lo había nombrado Plenipotenciario para la Preparación de la Solución Final de la Cuestión Judía Europea y le había encargado elaborar “un plan general concerniente a las medidas organizativas, prácticas y materiales necesarias” para la deseada solución final. Ese plan, explicó Heydrich, requería “previas consultas conjuntas” de todos los organismos involucrados, “en vista de la necesidad de líneas paralelas de acción”, y tal era el propósito de esa conferencia. Himmler, dijo, tendría la responsabilidad general de la operación, más allá de límites geográficos. Luego recordó a la asamblea que toda emigración al extranjero había sido prohibida, y remplazada por la evacuación al este. Lo cual era una “mera cuestión de conveniencia”, que daría valiosa experiencia para la “ya próxima solución final del problema judío”.

Esa solución, declaró Heydrich, concernía a la totalidad de Europa, no sólo a Alemania y los territorios conquistados. Ya sólo quedaban ciento

treinta y un mil ochocientos judíos en el antiguo Reich, pero había cinco millones de ellos en la Unión Soviética, dos millones novecientos noventa y cuatro mil seiscientos ochenta y cuatro en Ucrania, dos millones doscientos ochenta y cuatro mil en el Gobierno General de Polonia, setecientos cuarenta y dos mil en Hungría, setecientos mil en la Francia no ocupada y sus posesiones en el norte de África, cincuenta y ocho mil en Italia, y así continuaba el catálogo. Aun Gran Bretaña e Irlanda fueron incorporadas a la lista, con trescientos treinta mil y cuatro mil judíos, respectivamente. En suma, incluidos los países neutrales, el total, según la RSHA, llegaba a unos once millones. Para eliminarlos, "Europa será peinada de oeste a este".

Los judíos en el este en condiciones de trabajar, declaró Heydrich, serían "separados por sexo y conducidos en largas columnas de trabajadores a construir caminos, por lo cual, sin duda, una gran proporción caerá por reducción natural". En el pervertido darwinismo que permeaba al pensamiento nazi, advirtió que los que sobrevivieran tendrían que ser "tratados apropiadamente", ya que serían los "elementos más resistentes" que formaban la "célula germinal a partir de la cual la raza judía podría regenerarse".

Sentados a una pulida mesa en esa confortable villa, que era usada como casa de descanso y recreación por personal de la SS, los funcionarios trabajaron sin parar todo el día, coordinando y planeando meticulosamente el gran éxodo forzado y abordando problemas tan insolubles como definir la condición de quienes eran parcialmente judíos y aquellos de matrimonio mixto. Apenas cuando la reunión se acercaba a su fin hubo una discusión directa sobre "los diversos tipos de posibilidades de solución", aunque las cuidadosamente indirectas minutas de Eichmann no entran en detalles.[27]

Al terminar la conferencia, Heydrich se relajó durante un rato, complacido de que todo hubiera salido tan bien. "Recuerdo", diría Eichmann más tarde, "que [...] Heydrich, Müller y yo estábamos cómodamente sentados cerca del calentador y que vi a Heydrich fumar por primera vez, y pensé: 'Heydrich está fumando hoy'; nunca lo había visto hacerlo. 'Está tomando brandy.' No lo había visto hacerlo en años [...] Estábamos juntos como camaradas. No para hablar, sino para descansar después de largas horas de esfuerzo."[28]

El primero de los nuevos campos, específicamente construidos como centros de exterminio en los que se usaba monóxido de carbono, abrió el 17 de marzo de 1942 en Belzec, en la línea ferrovaria Lvov-Lublin. Tenía seis cámaras de gas, diseñadas para parecer "una suerte de baños públicos", con "geranios, después unas pequeñas escaleras y luego, a cada lado, tres habitaciones de cinco por cinco por dos metros con puertas de madera como de cochera. La pared de atrás estaba formada por grandes puertas plegadizas de madera. Como 'pequeña y considerada ocurrencia', una estrella de David estaba pintada en el techo".[29] Pese a su amigable apariencia, esas seis habitaciones eran capaces de matar a quince mil personas al día. La línea de producción de la muerte había sido echada a andar. Un segundo campo, en Sobibor, unos ciento cincuenta kilómetros al este de Lublin, fue abierto en abril, con una capacidad de veinte mil víctimas al día, y un tercero, en Treblinka, ciento veinte kilómetros al noreste de Varsovia, comenzó a operar tres meses después y pronto tuvo no menos de treinta cámaras de gas capaces de manejar veinticinco mil víctimas al día. En el otoño se introdujeron cámaras de gas en el ya existente campo de concentración de Lublin, después llamado Majdanek.

Auschwitz también entró en servicio en la primavera, con una extensión especial del campo principal, al otro lado de la línea ferroviaria, en el bosque de abedules conocido como Birkenau. Continuando su éxito con el Zyklon B en los prisioneros de guerra soviéticos, el comandante del campo, Höss, había refinado el proceso por medio de nuevos experimentos con varios cientos de judíos de diversas ciudades de la Alta Silesia, efectuados en un casco de hacienda remodelado en Birkenau. Esta vez se le dijo que debía construir grandes cámaras de gas en las que se usaría Zyklon B, y se le autorizó ordenar crematorios para eliminar los cuerpos, más que sepultarlos, lo que se había vuelto un problema en todos los campos. En algunos, los cuerpos en descomposición se habían hinchado y abierto las tapas de las fosas sepulcrales, saliendo de la tierra como zombies acusadores. Obsesionado con la necesidad de sigilo, Himmler ordenó que las fosas comunes fueran exhumadas y los cuerpos quemados en grandes piras, así como que los huesos restantes se redujeran a polvo, para que no hubiera ninguna posibilidad de contarlos. Las cenizas y polvo resultantes se venderían como fertilizante agrícola y harina de huesos.

A diferencia de otros lugares, Auschwitz no era un pueblo remoto en las lejanías del oriente polaco, sino una ciudad de tamaño considerable en lo que era entonces parte del Reich, situada en un importante empalme ferroviario. Mientras que los otros tres campos estaban destinados a eliminar a los judíos en el Gobierno General de Polonia, el nuevo centro en Auschwitz se haría cargo de los de otros lugares, incluida Europa occidental. Las primeras en llegar, el 26 de marzo, fueron novecientas noventa y nueve judías eslovacas. Fueron seguidas cada tantos días del mes posterior por nuevos transportes de hombres y mujeres procedentes de Eslovaquia. Entre tanto, el 30 de marzo, mil ciento doce judíos llegaron de París, principalmente judíos polacos que habían huido a Francia al inicio de la guerra, y que habían sido arrestados y retenidos en un campo de detención en Compiègne.

Auschwitz también era diferente de los cuatro campos nuevos en otros aspectos, el más importante de los cuales era que no se dedicaba exclusivamente a la muerte, sino que era, sobre todo, un campo de trabajos forzados para polacos y prisioneros de guerra soviéticos. Pero la nueva extensión en Birkenau, que cubría una vasta zona de más de ciento setenta y cinco hectáreas dividida en secciones por alambradas electrificadas, fue enteramente reservada a los judíos. Alojaba a cien mil personas en burdas barracas de madera, mientras que en Auschwitz mismo sólo había dieciocho mil. Auschwitz fue originalmente construido para servir al complejo industrial IG Farben en Birkenau y a otras operaciones en los circundantes distritos de la Alta Silesia oriental: minas de carbón, fábricas de combustible y hule sintéticos, y cientos de plantas militares e industriales más, que habían sido reubicadas del área de Alemania atraídas por sustanciales exenciones fiscales y la oportunidad de obtener grandes ganancias mediante el uso de mano de obra barata. Para fines de 1942, había treinta y nueve subcampos de trabajo en el área.

Los judíos deportados a Auschwitz-Birkenau no eran automáticamente asesinados. A su arribo, ancianos, niños y enfermos se enviaban directamente a las cámaras de gas, pero a los hombres y mujeres juzgados aptos para trabajar se les trasladaba lejos, se les tatuaba un número de serie en el brazo y se les alojaba en barracas, desde las que eran despachados cada día a labores asignadas, alquilados a la industria por tres marcos

diarios. En consecuencia, aunque la tasa de mortalidad era inevitablemente alta, debido a las malas condiciones, falta de alimentos, maltrato y exceso de trabajo, varios miles de prisioneros de Auschwitz lograron sobrevivir hasta el fin de la guerra. De los otros cuatro campos combinados, el total de sobrevivientes fue de sólo ciento nueve. La cuenta final de muertos en Auschwitz-Birkeanu llegaría a entre 1.2 y 1.5, millones, de los cuales ochocientos mil fueron judíos. Durante los quince meses posteriores a las primeras liquidaciones en Chelmno, los otros cuatro campos de la muerte dieron cuenta de dos millones de víctimas. Al menos otro millón, entre tanto, fue masacrado por los Einsatzgruppen.

La muerte de Heydrich a principios de junio de 1942 no hizo nada para retrasar o afectar la Aktion Reinhard, que para entonces había desarrollado su propio impulso mortal. La "cuestión judía" siempre había estado en el corazón de la filosofía de Himmler. La eliminación de la totalidad de los judíos de la región era un vital primer paso de desocupación del este para el gran programa de asentamiento alemán que Himmler preveía, con él como señor feudal, para lo que había instituido un departamento especial que dedicó los primeros cinco meses de 1942 a preparar un pormenorizado plan maestro. Ausente Heydrich, Himmler simplemente intensificó su involucramiento personal, en especial en los campos de exterminio.

A mediados de julio visitó Auschwitz, recorriendo las diversas secciones, inspeccionando la granja y los laboratorios y plantaciones agrícolas, con sus experimentos de crianza y cultivo, así como los herbarios, y revisando con Höss los planes de desarrollo futuro. En el bloque del hospital se le informó de los progresos de los experimentos médicos, que incluían la esterilización de judías mediante inyección y la castración de hombres con rayos X, actividades ambas que él había aprobado días antes. Pero cuando Höss y sus médicos del campo se quejaron de los altos índices de enfermedad y mortalidad entre los prisioneros, causados por sobrepoblación, falta de alimentos e insalubridad, Himmler no mostró compasión. "Para un SS-Führer no existen los problemas", le dijo a Höss. "¡Su tarea es desaparecer continuamente los problemas tan pronto como aparecen! Sobre el *cómo*, ¡devánese los sesos *usted*, no yo!."[30]

El momento culminante del viaje fue la visita a Birkenau, para inspeccionar la cámara de gas existente y la obra de un complejo combinado de “vestidor subterráneo-cámara de gas-crematorio”. Satisfecho con esto, Himmler fue trasladado después a la estación del tren de Auschwitz, para presenciar la llegada de dos trenes con los primeros judíos deportados de Holanda. El ramal hasta Birkenau no se había construido aún, y el proceso de selección por un médico de la SS tenía lugar en el andén mismo. Los hombres y mujeres sanos eran formados y conducidos a sus barracas; el resto eran subido en camiones para ser llevado a las “regaderas”.

Himmler y su séquito los siguieron, para ver el espeluznante proceso de principio a fin, mirando sin inmutarse cómo se afeitaban cabezas y cuerpos de mujeres desnudas y se metía su cabello en costales para ser vendido como relleno de colchones de lujo. Cuando las puertas de las cámaras de gas se cerraron y sellaron, Himmler vio por la ventana de observación a la apiñada masa de humanidad gritar, arañar, vomitar, defecar y orinar mientras moría. Eso tardó veinte minutos. “Los que gritaban, los ancianos, los enfermos, los débiles y los niños eran los primeros en desplomarse”, escribió Höss después. “Él [Himmler] vio el proceso de exterminio en completo silencio, sin decir nada en absoluto. Varias veces me miró discretamente, y a los Führer y Unterführer participantes.”[31] Sin duda comparaba el efecto de este método de matar con los traumas causados por los fusilamientos.

Himmler pareció menos afectado que con los fusilamientos en Minsk. Tras inspeccionar la planta Buna de IG Farben, de hule y combustible sintético, acompañó a los oficiales del campo al comedor para cenar, platicando afablemente con ellos sobre sus familias y carreras, al parecer, muy despreocupado de lo que había atestiguado durante el día. Cuando terminó la cena, él y su séquito, junto con Höss y su esposa, aceptaron la invitación del Gauleiter de la Alta Silesia a visitar su residencia, en Kattowitz, donde, según Höss, Himmler estuvo “en excelente y efusiva forma”. Cautivó a las dos damas presentes, y llevó la conversación por temas inocuos, los cuales iban de la educación de los hijos y nuevas casas, libros y películas a sus experiencias personales en visitas al frente con el

Führer. Incluso tomó una copa de vino tinto y fumó un puro, con evidente placer.

Al día siguiente, a trabajar de nuevo. Con su actitud a la antigua ante las mujeres, Himmler había decretado que sólo él podía autorizar castigos corporales contra ellas. Una prostituta profesional en el campo había sido sorprendida robando, y Himmler decidió que debía ser azotada en su presencia, para ver el efecto por él mismo. La mujer fue sacada y atada a un potro, y recibió cinco latigazos en la desnuda espalda. Himmler lo observó todo, pero tampoco esta vez dijo nada. Completó su recorrido inspeccionando las habitaciones de servicio del campo, y la sección dedicada a la clasificación de las pertenencias de los judíos muertos, sin mostrar ninguna emoción. Al felicitar a Höss por su trabajo, lo ascendió a SS-Obersturmbannführer (teniente coronel), y le dijo que Auschwitz se convertiría en un importante centro de fabricación de armas de la SS. Le ordenó exterminar a todos los gitanos que no estuvieran en condiciones de trabajar, le advirtió que esperara crecientes cantidades de judíos y le dijo que debía acelerar la construcción de los complejos de los crematorios. Luego, recuperando su simpatía, visitó a la esposa de Höss para presentarle sus respetos, y platicó con ella y los niños antes de marcharse.

Los dos trenes cargados de judíos que Himmler vio en Auschwitz-Birkenau marcaron el inicio del asalto, propiamente dicho, contra los judíos occidentales. De algún modo resultó apropiado que procedieran de Holanda, donde el comisario del Reich era Arthur Seyss-Inquart, el hombre que había entregado a sus compatriotas austriacos a Hitler en 1938. Ascendido al rango de SS-Obergruppenführer por su papel en la Anschluss, pese a sus suaves e inteligentes maneras era un fanático, como todos los demás generales de la SS, en la persecución del sueño nazi. Impuso el empleo de la estrella amarilla a los judíos holandeses en mayo, y empezó a deportarlos a mediados de julio, con una fría eficiencia que finalmente envió a ciento diez mil a Auschwitz, y luego a Sobibor, de los cuales sólo seis mil sobrevivieron. Poco después siguieron los judíos del resto de Europa occidental —Bélgica, Francia, Escandinavia—, y luego los de los Balcanes.

No hubo pausa, entre tanto, en la carnicería en el este. El 19 de julio, un día después de la visita a Auschwitz, Himmler le escribió a Friedrich-

Wilhelm Krüger, su HSSPF en Cracovia, usando el conocido eufemismo pero dejando muy en claro su significado: “Ordeno llevar a cabo el reasentamiento de toda la población judía del Gobierno General, por completarse el 31 de diciembre de 1942”.[32] El mayor grupo de judíos en el Gobierno General de Polonia fue apiñado en el gueto de Varsovia, unas cuatrocientas mil almas apretujadas en un área de aproximadamente cuatro kilómetros de largo y uno y medio de ancho, distrito que antes había alojado a ciento sesenta mil personas, y cercado por altos muros. El 22 de julio empezó su “reasentamiento”. El jefe de la comunidad judía, Adam Czerniakow, recibió la orden de reunir a seis mil personas al día para su deportación, y se le dijo que si fallaba, su esposa sería fusilada. Al día siguiente se suicidó. Pero las deportaciones continuaron. En las diez semanas posteriores, trescientos diez mil trescientos veintidós judíos fueron “reasentados” en Treblinka, el campo que había sido especialmente construido con ese propósito. Conforme las industrializadas fábricas de la muerte de Himmler cobraban su terrible ritmo, los números se volvían incomprensibles por su obscenidad.

EL PRINCIPIO DEL FIN

Hitler convocó a Goebbels a la Wolfsschanze el 19 de marzo de 1942, para discutir el anuncio de recortes en las raciones de alimentos, algo que debía manejarse con mucho cuidado para no dañar severamente la moral pública. Privado de sus conversaciones diarias con el Führer, el ministro de Propaganda ansiaba reafirmar su posición como su más radical lugarteniente, tarea nada fácil cuando la oposición incluía a Himmler y Bormann, quienes se presentaban ante él con regularidad. Goebbels quería descargarse de una larga lista de asuntos, que creía que se habían desatendido a causa de la ausencia de Hitler en Berlín y su obsesión con la guerra en el este. La moral civil, consideraba Goebbels, se había deteriorado a tal grado que sólo podía restaurarse con medidas verdaderamente radicales, pero sus esfuerzos a este respecto eran frustrados por personas con intereses creados. Todos sus antiguos instintos socialistas reemergían a raudales cuando acusaba a los ricos de servirse del mercado negro para evitar las penurias que sufría el resto de la población. Pero, cuando, nada menos que, Göring introdujo una estricta ley que prohibía el mercado negro, Funk, como ministro de Economía, intervino para moderar su impacto.

A Goebbels le había escandalizado ver que soldados de regreso del frente oriental tuvieran que viajar en los pasillos de los trenes, “mientras que damas elegantes que volvían bronceadas de sus vacaciones disponían, naturalmente, de compartimientos con cama”. Esperaba obtener el apoyo de Bormann y el partido para convencer a Hitler de introducir nuevas y más rigurosas medidas, entre ellas una ley por la cual “todas las infracciones de conocidos principios nacionalsocialistas de conducción del pueblo en tiempo de guerra sean sancionadas con un castigo apropiado”.[1]

Pero, sobre todo, Goebbels quería introducir una total movilización del frente interno, para orientar cada aspecto de la vida al esfuerzo bélico; aún

se producían demasiados bienes de consumo no esenciales, que absorbían preciosos recursos humanos y materiales. Y acerca de la cuestión de los recursos humanos, creía que gran parte de la crónica escasez de mano de obra se resolvería instituyendo el trabajo de guerra obligatorio para las mujeres, quienes habían hecho una notable contribución a la industria alemana de municiones en la primera guerra mundial. Tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, las mujeres llenaban las fábricas, mientras que en el Reich seguían, en gran medida, confinadas al hogar.

Cuando planteó sus preocupaciones a Hitler, quien lucía encanecido y avejentado tras las tensiones del invierno, Goebbels descubrió que empujaba una puerta ya abierta en la mayoría de los casos. Hitler compartía su inquietud por los problemas de moral en el frente interno, y su desdén por un sistema legal que obstruía constantemente el enfoque radical que se necesitaba. Una enorme proporción del sistema legal tradicional alemán sobrevivía aún; los jueces, por ejemplo, seguían disfrutando de un alto grado de libertad y no podían ser separados de su cargo, ni siquiera por el Führer. Además, Hitler estaba muy resentido de que el general Hoepner, a quien había destituido en enero junto con Guderian, hubiera llevado al gobierno ante los tribunales para exigir la restitución de sus derechos de pensión, y hubiera ganado.

Goebbels se quejó de que el ministro interino de Justicia, Franz Schlegelberger, funcionario que ocupaba temporalmente ese puesto desde la muerte de Franz Gürtner el año anterior, bloqueaba con frecuencia sus demandas de acción contra los judíos, aduciendo que no estaban previstas en ninguna ley. Esto se extendía, incluso, al traslado a Auschwitz, puesto que este campo se ubicaba dentro del Reich, aunque no parecía haber ningún obstáculo legal para la deportación a territorios que no habían sido incorporados a Alemania.

Explotando el fastidio de Hitler por el caso Hoepner y otros en los que los jueces habían impuesto sentencias que él consideraba demasiado leves, Goebbels protestó por el "fracaso" del sistema judicial y presionó al Führer para que designara a un nuevo ministro de Justicia. Propuso a Otto Thierack, juez con licencia que presidía entonces el infame Tribunal del Pueblo, juzgando casos de traición y otros delitos graves contra el régimen. Thierack era SA-Gruppenführer y, dijo Goebbels, "un verdadero

nacionalsocialista”. Hitler se tomó su tiempo, como siempre, pero finalmente nombró a Thierack en agosto. Aunque para entonces, el papel del ministro de Justicia ya no tenía casi ninguna trascendencia.

El domingo 26 de abril, Hitler hizo que se convocara al Reichstag para realizar un asalto definitivo contra el sistema legal, en el que demandó el derecho a destituir a cualquier servidor público, incluidos los jueces “que evidentemente no reconocen las exigencias del momento”. Correspondió a Göring, como presidente del Reichstag, proponer un decreto que concediera a Hitler, en su calidad de “Líder de la Nación, Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas, Jefe del Gobierno y Titular Supremo del Poder Ejecutivo, Legislador Supremo y Líder del Partido”, la facultad, “no limitada por los preceptos legales vigentes”, de separar de su cargo y castigar a cualquier funcionario, de cualquier nivel, que no cumpliera su deber, sin respetar sus derechos de pensión y “sin ningún procedimiento formal estipulado”. Esta resolución fue, por supuesto, aprobada por unanimidad. Sería la última en sancionarse: el Reichstag no volvería a reunirse nunca. En adelante, Hitler no estaría simplemente por encima de la ley: él sería la ley. Sus órdenes tendrían fuerza de ley, y la primera de ellas fue suprimir la pensión de Hoepner, retroactivamente.

La única propuesta de Goebbels con la que Hitler no estuvo de acuerdo fue el empleo de mujeres, el cual iba contra los principios nazis. Goebbels no era el único que quería que eso cambiara. También Speer ansiaba aprovechar esa ya disponible fuente de mano de obra en sus fábricas de municiones; pero cuando se lo sugirió a Sauckel a principios de abril, el nuevo Comisario del Trabajo reaccionó con horror. Speer logró convencerlo de plantear la cuestión a Göring para que decidiera, pero de nuevo se llevó una decepción en Carinhall. “Apenas si se me permitió exponer mis argumentos”, recordaría. “Sauckel y Göring me interrumpían continuamente. Sauckel daba mucho peso al riesgo de que el trabajo fabril infligiera un daño moral a las mujeres alemanas; no sólo podría verse afectada su ‘vida psíquica y emocional’, sino también su capacidad para procrear. Göring coincidió totalmente con él. Pero para estar bien seguro, Sauckel fue a ver a Hitler inmediatamente después de la conferencia, e hizo que confirmara la decisión.”[2]

Por si fuera poco, Sauckel informó después a todos sus compañeros Gauleiter —que por supuesto incluían a Goebbels— de su victoria sobre Speer, y la remarcó, anunciando una concesión adicional también obtenida por él: “Para brindar a las amas de casa alemanas, sobre todo a las madres de muchos hijos [...] un tangible alivio de su carga, el Führer me encomendó traer de los territorios del este al Reich entre cuatrocientas y quinientas mil selectas muchachas, sanas y fuertes.”[3] La mayoría de ese medio millón de jóvenes irían a dar a los hogares de dirigentes del partido, añadiéndose a la increíble suma de 1.4 millones de sirvientas a las que se seguía empleando en el Reich en plena guerra.

Cuando empezó la Operación Azul, la segunda ofensiva de verano de Hitler contra la Unión Soviética, el 28 de junio de 1942, la maquinaria de guerra alemana estaba otra vez en la cresta de la ola. Ofensivas preliminares habían asegurado Crimea y la península de Kerch, a lo que había seguido una importante victoria al contratacar el lance soviético para recuperar Jarkov, la quinta ciudad más grande de la Unión Soviética y principal centro administrativo y ferroviario del este de Ucrania; en una feroz batalla, el Ejército Rojo había perdido más de un cuarto de millón de hombres, y mil doscientos tanques. En el frente de Leningrado, los alemanes rodearon y destruyeron las nueve divisiones del Segundo Ejército de Asalto, al mando del teniente general Andrei Vlasov, quien fue capturado y se cambió de bando, disgustado por la falta de apoyo de Stalin. En el norte de África, Rommel, cuya fuerza incluía ocho divisiones italianas tanto como las dos divisiones blindadas y una división de infantería motorizada del Afrika Korps alemán, había tomado Tobruk y avanzaba hacia El Alamein, a sólo cien kilómetros de Alejandría. Aunque de hecho estaba al límite de sus fuerzas, parecía preparado para tomar Egipto y el Canal de Suez y para arrasar con los yacimientos petrolíferos de Medio Oriente antes de unirse a los ejércitos alemanes que ya avanzaban hacia el Cáucaso. Un alborozado Hitler lo ascendió al instante a mariscal de campo, pese a que sólo comandaba un cuerpo. En el mar, submarinos y aviones imponían un castigo severo a los convoyes aliados que transportaban vital ayuda para la Unión Soviética, y hundían setecientas mil toneladas mensuales de buques británicos y estadunidenses en el Atlántico.

Pese a sus éxitos, las Wehrmacht no tenía esta vez suficientes efectivos para atacar el frente completo; Hitler disponía de menos de la mitad de soldados que para Barbarroja, aun con las cincuenta y dos divisiones provistas por sus aliados: veintisiete rumanas, trece húngaras, nueve italianas, dos eslovacas y una española. Se concentró entonces en la parte sur del frente, con los objetivos estratégicos de destruir la reservas soviéticas, tomar Stalingrado y capturar los yacimientos petrolíferos del Cáucaso. “Si no consigo el petróleo de Maikop y Grozny”, dijo al general Friedrich Paulus, comandante del Sexto Ejército, “tendré que terminar esta guerra.”[4]

Goebbels se unió con entusiasmo a un engaño para persuadir a Stalin de que el ataque alemán se dirigía a Moscú. Colocó artículos en diarios como el *Frankfurter Zeitung*, con considerable circulación en el extranjero, y envió a un editor de periódicos, Otto Kriegk, al centro del frente oriental y luego a Lisboa, que bullía de agentes de inteligencia aliados, donde fingía emborracharse en bares y entablaba conversaciones aparentemente informales. Las actividades de Goebbels en este campo fueron característicamente ingenuas, y quizá lograron poco, porque Stalin ya estaba convencido de que Moscú sería el blanco alemán; en realidad, cuando los planes verdaderos cayeron en sus manos luego de que un avión alemán se estrelló tras las líneas soviéticas, creyó que eran una trampa y evitó caer en ella. No obstante, los esfuerzos de Goebbels le merecieron a éste halagos de Hitler, los que al menos, para él, hicieron que todo valiera la pena.

La Operación Azul comenzó espléndidamente. Para el 6 de julio, el Cuarto Ejército de Tanques había tomado la ciudad de Voronezh y el Sexto Ejército había llegado al río Don, con pérdidas insignificantes. Dos días después empezó la segunda fase, y pronto la campaña en general se había adelantado un mes entero. Gran parte del crédito de ello era de la Luftwaffe, que se desempeñó con brillantez —pese a ser enormemente superada en número, realizaba hasta tres mil misiones al día, diez veces más que la Fuerza Aérea Roja—, y los bonos de Göring aumentaron en consecuencia.

Para estar más cerca de la acción, Hitler trasladó su cuartel el 16 de julio de la Wolfsschanze a una serie de cabañas de troncos en Vinnitsa, en el oeste de Ucrania, llamada en código Werwolf (Ogro). Este sitio fue tan mal elegido como la Wolfsschanze, porque era caluroso y húmedo y estaba

plagado de mosquitos anófeles, y Hitler se quejó de que le provocaba permanente dolor de cabeza. Pese a todo, el circo entero tuvo que mudarse ahí, aunque nadie ajeno al séquito inmediato de Hitler tenía un cuartel regular en el área, pues la intención era que esa sede fuese sólo temporal. Göring estacionó el *Asia* en Kalinovka, a media hora en auto, pero pasaba ahí el menor tiempo posible.

Una de las razones más apremiantes de Göring para pasar tiempo en Berlín era que debía hablar con expertos petroleros, para saber cómo hacer producir de nuevo los yacimientos petrolíferos soviéticos una vez que fueran tomados. Los expertos no se mostraron optimistas, pues suponían que, al retirarse, los soviéticos destruirían las fuentes, y estaban en lo cierto. Cuando el Primer Ejército de Tanques avanzó para tomar Maikop el 9 de agosto, lo guiaron las llamas y denso humo negro de los pozos incendiados. Y aunque los incendios se extinguieron, los alemanes precisarían de al menos ciento veinte plataformas para perforar nuevos pozos. No tenían ninguna, y Göring no había asignado acero suficiente para construirlas.

A Stalin le hacía falta el petróleo tanto como a Hitler. Aún tenía Grozny y los inmensos yacimientos de Bakú, pero necesitaba paso libre, Volga arriba desde el Mar Caspio, para llegar al centro de la Unión Soviética. Si los alemanes tomaban Stalingrado, podrían bloquear el Volga, y cortar al mismo tiempo los enlaces carreteros y ferroviarios entre el Cáucaso y el centro de Rusia, con lo que todo estaría perdido. El 21 de agosto, luego de destruir la mayor parte del Cuarto Ejército de Tanques soviético, Paulus lanzó al Sexto Ejército del Don al Volga, cubriendo los noventa kilómetros implicados en un súbito arranque de dos días, a la zaga de oleadas de bombarderos en picada. La tarde del 23 de agosto, sus tropas llegaron a la orilla occidental del Volga, en los suburbios del norte de Stalingrado, y sus cañones empezaron a bombardear la ciudad.

Gran parte de Stalingrado ya estaba en ruinas. Ese mismo día, el general Von Richthofen, entonces comandante en jefe de la Cuarta Flota Aérea de Göring, había enviado seiscientos bombarderos —Ju-88, He-111 y Stukas Ju-87— en una oleada tras otra para pulverizar la ciudad en una demostración de bombardeo de saturación que igualó el ataque británico contra Colonia. El mismo Hitler había decretado que la totalidad de los efectivos de la Cuarta Flota Aérea debían concentrarse en el frente de Stalingrado para el inicio de la ofensiva, a fin de que, cuando ésta

comenzara, fuera apoyada por mil doscientos aviones, la mitad de ellos cazas en función de ataque a tierra. Los bombarderos efectuaron un total de mil seiscientas misiones ese primer día, arrojando mil toneladas de bombas y perdiendo tres aviones. Regresaron todos los días durante una semana, momento para el cual habían matado a cuarenta mil personas y generado grandes extensiones de ruinas y escombros, que brindaron perfecta cobertura a los resueltos defensores.

Una vez que llegaron al Volga, en realidad no había necesidad de que los alemanes ocuparan Stalingrado, pero para Hitler esa ciudad tenía un significado casi místico. Originalmente llamada Tsaritsyn, había sido tomada para los comunistas en la guerra civil rusa de 1918 por Voroshilov, Budenny y Stalin. Los tres reclamaron por igual el crédito de la victoria; pero cuando Stalin asumió el poder absoluto, reescribió los libros de historia para otorgarse todo el honor, rebautizó la ciudad y convirtió su defensa en una leyenda militar soviética. Junto con Leningrado, Stalingrado era la otra "ciudad santa" de la Rusia soviética. Si Hitler la tomaba, creía, destruiría a Stalin, y obtendría una muy prestigiosa victoria a ojos del resto del mundo.

La batalla de Stalingrado comenzó en serio el 13 se septiembre, y pronto se convirtió en una feroz lucha en calles, casas y fábricas. Durante dos meses, ambos bandos combatieron con cañones, granadas, bayonetas, cuchillos y hasta palas afiladas. Al principio pareció que los alemanes predominaban. Pero la ciudad fue preservada por el Sexagésimo Segundo Ejército soviético, al mando de un nuevo y joven general, Vassili Chuikov, cuya habilidad táctica era igualada por un valor inquebrantable. Aunque su frente se reducía a un centenar de metros, y divisiones enteras habían acabado en apenas quinientos hombres, su determinación nunca flaqueó. Tampoco la de los hombres bajo su mando, como el sargento Pavlov, de la Decimotercera División de Guardias, quien apretujó a sesenta soldados con rifles, morteros, ametralladoras pesadas y armas antitanques en una casa de cuatro pisos y la sostuvo contra todo asalto durante la increíble suma de cincuenta y ocho días. O como los dieciocho sobrevivientes del cuartel de la 138ª División, quienes hicieron frente a setenta soldados alemanes armados con metralletas en combates cuerpo a cuerpo y los repelieron.[5]

Enfurecido por el fracaso de sus ejércitos para conseguir un mayor número de victorias rápidas en el Cáucaso o Stalingrado —aunque en

ambos casos esto se debió a sus propias órdenes—, Hitler la emprendió, como de costumbre, contra sus subordinados, destituyendo a generales a diestra y siniestra. Despidió al mariscal de campo List del Grupo Militar A, en el Cáucaso, del que él mismo asumió el mando. Riñó con Jodl y Keitel, y los habría remplazado por Paulus y Kesselring, pero decidió que la situación militar en Stalingrado y el norte de África era demasiado mala para ese cambio en la jefatura del OKW en dicho momento. Sin embargo, Halder no fue tan afortunado. Su intento de decir a Hitler que los soviéticos producían al menos mil doscientos nuevos tanques al mes, y podrían reunir alrededor de millón y medio de nuevas tropas, condujo a una violenta pelea frente al personal del cuartel, y el 24 de septiembre Hitler le señaló que tenía que irse. “La mitad de mi agotamiento nervioso se debe a usted”, le dijo cuando se marchó. “No vale la pena continuar. Lo que necesitamos ahora es fervor nacionalsocialista, no habilidad profesional. Y no puedo esperar eso de un oficial de la vieja escuela como usted.”[6]

Halder fue remplazado por el general de división Kurt Zeitzler, de cuarenta y siete años, jefe del Estado Mayor de Rundstedt en Occidente y quien era no sólo once años menor que Halder, sino también más dinámico, y un firme partidario de Hitler. A Keitel no le pareció que Zeitzler fuera el hombre indicado para el puesto, pero Göring destacó entre quienes apoyaron su designación. A diferencia de Halder, Zeitzler no tuvo ninguna dificultad para transmitir las órdenes de Hitler que prohibieron a Paulus intentar retirar a sus exhaustos hombres de Stalingrado.

El otoño de 1942 fue una mala temporada para los alemanes en general, pues muchos de sus anteriores éxitos se revirtieron. En la Batalla del Atlántico, el predominio de los submarinos de Dönitz fue interrumpido por las mejoradas tácticas de los convoyes aliados, los avances conseguidos en equipos de radar y radio de alta frecuencia y la introducción de aviones de muy largo alcance, en particular los especialmente equipados Liberators, para el patrullaje de casi mil kilómetros de cobertura aérea en medio del océano. En octubre se hundieron más submarinos alemanes que los botados —trece contra once—, mientras que, por primera vez, los estadunidenses y británicos construyeron más barcos que los hundidos. La gran batalla marítima no había acabado de ninguna manera, y los alemanes ya no las tenían todas consigo.

Con la acumulación de fuerzas aliadas en Gran Bretaña, la amenaza de una invasión por el Canal de la Mancha se puso de manifiesto el 19 de agosto, cuando una fuerza canadiense y británica efectuó un ataque a gran escala contra Dieppe. Aunque la operación fue desacertada y completamente fallida, sirvió para recordarle a Hitler el peligro. Poco después, éste llamó a Göring y Speer a una reunión con un reducido grupo de generales, y ordenó empezar a construir una Muralla Atlántica, con quince mil búnkers para defender la costa francesa.

Aún así, el Mediterráneo era el área de más inmediata preocupación. Malta había resistido un terrible y sostenido bombardeo aéreo, y había sido reforzada con convoyes marítimos de provisiones, así como por el portaviones estadunidense *Wasp*, del que sesenta y un Spitfires volaron hasta la isla para expulsar de los cielos a los bombarderos de la Luftwaffe. Guiados por la inteligencia provista por los descifradores de Enigma, bajo el nombre en clave “Ultra”, buques y aviones con base en Malta pudieron cortar las líneas de abastecimiento alemanas e italianas al norte de África, hundiendo tres cuartas partes de la totalidad de sus barcos. Entre tanto, los británicos habían nombrado a dos nuevos generales —Bernard Law Montgomery como jefe del Octavo Ejército en el Desierto Occidental y Harold Alexander como comandante en jefe en Medio Oriente—, quienes infundieron nuevo ánimo a las tropas británicas y de la Commonwealth, así como un refrescante propósito a la planeación de una nueva ofensiva. El 23 de octubre, Montgomery lanzó un ataque contra el recién rebautizado Ejército de Tanques germanoitaliano en El Alamein.

Rommel se recuperaba de una enfermedad en Alemania, donde Goebbels lo había aprovechado para las relaciones públicas, que incluyeron apariciones en mítines en el Sportpalast. Regresó al punto a Egipto, pero cuando llegó a El Alamein la batalla ya estaba perdida a manos de las muy superiores fuerzas de Montgomery, respaldadas por el total dominio aéreo de la RAF. Los combates continuaron varios días, pero el 2 de noviembre la infantería y unidades blindadas de Montgomery penetraron la líneas germanoitalianas. Como era de esperar, Hitler ordenó a Rommel quedarse: “En la situación en que se encuentra ahora, no puede haber otra consideración salvo la de mantenerse firme, no retroceder un solo paso, comprometer cada hombre y cada arma en la batalla [...] No sería la primera

vez en la historia que el más fuerte se impusiera sobre batallones enemigos más numerosos. Pero usted no puede señalar a sus batallones otro camino que el que conduce a la victoria o la muerte”.[7] Obediente, aunque renuentemente, Rommel detuvo la retirada que ya había iniciado. Sin embargo, envió a un mensajero, el exdirector del Departamento de Prensa de Goebbels, ahora adscrito al Afrika Korps, Alfred-Ingemar Berndt, a explicar la situación a Hitler, quien había retornado a la Wolfsschanze a fines de octubre. Con la ayuda de Goebbels, Berndt logró convencer al Führer de que revocara su orden, y el Afrika Korps se salvó, si bien sólo por el momento.

El 5 de noviembre, mientras el Octavo Ejército penetraba la replegada línea de defensa de Rommel en Fuka, Montgomery anunció que las fuerzas británicas y de la Commonwealth habían obtenido una completa y absoluta victoria en Egipto, y que el Afrika Korps estaba en plena retirada. El segundo al mando de Rommel, el general y caballero Von Thoma, fue uno de los nueve generales entre los diez mil alemanes y veinte mil italianos, en ser tomado prisionero. En toda Gran Bretaña, las campanas de las iglesias repicaron para celebrarlo, sonando por primera vez desde 1940, cuando su uso se reservó a dar la alarma en caso de invasión. Churchill, al hablar desde el ayuntamiento de Londres, días después, pronunció una de sus más memorables y proféticas sentencias: “Éste no es el fin”, recitó. “No es ni siquiera el principio del fin. Pero es, quizá, el fin del principio.”

En Berlín, Göring recibió informes de que aviones de reconocimiento de la Luftwaffe habían avistado una gran armada aliada, atravesando el Estrecho de Gibraltar, en dirección al Mediterráneo. Sin tener la menor idea de su destino, Göring presumió que esa armada conducía nuevas fuerzas a Libia, y llamó a Kesselring, apostado entonces en Roma como comandante en jefe de las Wehrmacht en el sureste, para decirle que debía detener a esa flota tan pronto como estuviera al alcance de sus aviones. “Si ese convoy era batido, diezmado, destruido, dispersado”, dijo, la importancia de la derrota de Rommel en El Alamein se reduciría a un avance táctico. El Führer, continuó, le había pedido que le dijera que el ataque a ese convoy debía recibir absoluta prioridad:

Mañana, usted deberá dirigir un llamado a sus hombres, para decirles que sus acciones, capacidad de sacrificio, valor y vigor redundarán en la gloria de la Luftwaffe alemana. Dígales que espero que cada aviador alemán haga su mayor esfuerzo, al grado incluso del supremo sacrificio. Ese convoy debe ser atacado sin interrupción, día y noche, oleada tras oleada.

Cuando los aviadores carguen sus bombas, dígales que su misión será atacar a los portaviones para que los aparatos no puedan aterrizar o despegar. Después, asaltarán los transportes de tropa: sin hombres, el *matériel* es inútil.

No deberá haber ninguna otra operación que las lanzadas contra ese convoy. Es el convoy más importante. El número uno. Usted deberá dirigir en persona las operaciones en su contra.[8]

Mientras el convoy aliado avanzaba a todo vapor, Göring se mantuvo ocupado con los deberes normales de sus múltiples funciones. Resentido por insinuaciones de que perdía el control de la economía, había asestado una reprimenda a Speer el 5 de noviembre. “En honor a la verdad histórica”, escribió, “me gustaría dejar absolutamente en claro que no he relajado un solo instante mi control sobre los aspectos esenciales del Plan de Cuatro Años. Un vistazo a las fechas de conferencias y sesiones, a sus minutas, a los decretos, leyes y ordenanzas que he emitido a lo largo de la guerra, debería convencer a usted de inmediato de que sigo determinando los asuntos cruciales del Plan de Cuatro Años pese a mi preocupación por la Luftwaffe.”[9] Un vistazo a su agenda del 7 de noviembre basta, en efecto, para desmentir a quienes lo acusaban de indolencia: Göring tuvo veinticuatro citas ese día, que implicaron a cincuenta y dos personas, entre ellas Himmler, Sauckel, Ley, Milch, Rust y la viuda de Mölder, seguidas por una reunión del consejo de la HGW-Rumania.[10]

A la mañana siguiente había nuevas noticias de la armada aliada, y no eran buenas. Los buques no habían llegado hasta el alcance de los aviones de Kesselring en el este del Mediteráneo, sino que habían enfilado hacia Argelia y el Marruecos francés, donde empezaron a desembarcar los primeros de cien mil soldados estadunidenses y británicos bajo el mando del general Dwight D. Eisenhower. Los estadunidenses ya estaban involucrados en la guerra terrestre europea, además de combatir a los japoneses en el Pacífico.

Increíblemente, en vista de la situación en el norte de África y la Unión Soviética, Hitler hizo una pausa en sus deberes como Comandante Supremo

de las Fuerzas Armadas, Comandante en Jefe del Ejército y Comandante en Jefe del Grupo Militar A, para reunirse con sus viejos camaradas de 1923 para su fiesta cervecera anual en Munich. Al amanecer del 8 de noviembre, su tren hizo alto en una pequeña estación de la Selva de Turingia para recibir un mensaje del ministro del Exterior, que informaba a Hitler de los desembarcos aliados en el norte de África.[11]

En Bamberg, un poco más adelante en la ruta, el tren se detuvo de nuevo para admitir a bordo a un agitado Ribbentrop. Éste había hecho una de sus raras visitas a Berlín, creyendo que no habría peligro en estar fuera de contacto con su Führer durante la reunión de Munich —a la que, como recién llegado, no tenía derecho de asistir—, pero había volado allá tan pronto como se enteró de aquella noticia. Sin esperar a consultarlo, Hitler ya había enviado un telegrama a Otto Abetz, el embajador nazi ante el gobierno de Vichy en París, instruyéndolo para que demandara al gobierno francés el rompimiento de relaciones con Washington, diera facilidades a la Luftwaffe en el norte de África, declarara la guerra a los aliados y combatiera la invasión junto a los alemanes.

Ribbentrop, sin entender en absoluto las intenciones de Hitler y aún aferrado a la creencia de que Gran Bretaña era el verdadero enemigo, intentó aprovechar la situación para volver a montarse al caballito de batalla que Barbarroja le había obligado a abandonar dieciocho meses antes. Si, como parecía probable, ellos no podían expulsar a los británicos y estadunidenses, dijo, entonces África y las fuerzas del Eje estarían perdidas, el Mediterráneo quedaría abierto de par en par al enemigo e Italia estaría en dificultades. El Führer, continuó, debía hacer “un decisiva reducción de sus compromisos de guerra”, y pidió autorización para ponerse en contacto con Stalin, a través de la embajada soviética en Estocolmo, con objeto de empezar a negociar un acuerdo de paz. Creía que éste podría alcanzarse, aunque, “de ser necesario, tendría que renunciarse a la mayoría de los territorios conquistados”.

Cualquiera, menos Ribbentrop, habría adivinado cuál sería la reacción de Hitler. El obtuso ministro del Exterior se sorprendió cuando el Führer se mostró “histérico”: “Se puso rojo, se levantó de un salto y me dijo con indescriptible violencia que de lo único que quería hablar era de África, nada más”.[12] Lo realmente asombroso es que Ribbentrop haya sobrevivido; si hubiera sido general, se le habría echado en el acto, y sin pensión.

En Munich, Hitler retrasó su discurso ante los Antiguos Combatientes hasta la noche, mientras conferenciaba en la Casa Parda con Goebbels, Himmler, Ribbentrop y Keitel sobre qué hacer con Francia e Italia. El primer ministro francés, Pierre Laval, había aceptado de inmediato las dos primeras demandas de Hitler —ruptura de relaciones con Washington y ofrecimiento de facilidades a la Luftwaffe—, pero daba vueltas a las otras dos, y había serias dudas sobre la actitud de las fuerzas francesas en el norte de África, que bien podían optar por unirse a los invasores aliados en vez de resistírseles. Hitler resolvió ocupar el resto de Francia, a fin de prevenir cualquier posible invasión aliada en el sur, y pidió a Laval trasladarse, en ese momento, de Vichy a Munich. También invitó a Mussolini, quien dijo estar enfermo y envió a Ciano en su lugar.

En su aplazado discurso ante los Antiguos Combatientes, Hitler no mencionó los desembarcos aliados, y desestimó con displicencia la derrota de Rommel en El Alamein como un breve hipo. Stalingrado, dijo, era todo menos una pequeña labor de limpieza: "Yo quería capturarla y, ya ven, somos modestos: la tenemos. Ya sólo quedan ahí diminutos centros de resistencia". Se estaba tomando su tiempo, dijo, porque no quería otra Verdún.[13]

En Francia misma, no había ninguna posibilidad de otra Verdún. El 11 de noviembre, sin que Ribbentrop dijera nada a Laval, excluido así sin el menor problema, tropas alemanas e italianas ocuparon por entero el sur de Francia, menos la base naval de Toulon, donde podría haber resistencia; en efecto, cuando los tanques alemanes la invadieron el 27 de noviembre, la marina francesa hundió todos los barcos anclados ahí y voló sus arsenales de municiones, depósitos de almacenamiento de petróleo, todos los pertrechos de valor y las baterías costeras. Ribbentrop, entre tanto, había impuesto cambios en la Constitución francesa, para despojar al presidente Pétain de la mayoría de sus ya limitadas facultades y entregar Niza, Córcega y Túnez a los italianos.

Desde Munich, Hitler se trasladó al Berghof el 12 de noviembre, para descansar unos días. Según Below, estaba deprimido por las acciones angloestadunidenses, preocupado por los problemas para abastecer a las fuerzas en el norte de África, y había perdido la fe en los italianos, a los que consideraba pro británicos; sin saber que los ingleses interpretaban los

códigos Enigma, creía incluso que los italianos les transmitían información sobre los transportes alemanes. Criticaba, asimismo, a Göring, y a la Luftwaffe. “Göring también había estado en Munich”, recordaría Below, “y me dio la impresión de que Hitler y él ya no se trataban como antes. Hitler dijo que Göring no lo mantenía debidamente informado, y que prefería hablar con Jeschonnek por esa razón.” El Führer menospreciaba la defensa aérea del Reich: necesitaban más fuego antiaéreo, porque nunca había cazas suficientes, y los que tenían estaban siempre en el lugar equivocado, o había mal tiempo. En el frente oriental, esperaba que no hubiera nuevas sorpresas, pero sospechaba que el invierno traería consigo una nueva ofensiva rusa.[14]

Una semana después, llegó el temido invierno ruso, y con él, la nueva ofensiva. Mientras Chuikov, en su último suspiro y casi sin municiones, había mantenido atrapados a los alemanes en la carnicería de Stalingrado, Zhukov se preparaba para la batalla a gran escala. Designado Subcomandante Supremo, sólo por debajo de Stalin, a fines de agosto, de inmediato había volado desde Moscú para asumir el mando personal del frente de Stalingrado. Durante semanas había batallado por concentrar sus fuerzas. Luego, el 19 de noviembre, a temperaturas de hasta -30ºC, lanzó el contrataque, la Operación Urano, con una ininterrumpida descarga de artillería de ocho horas de duración antes de soltar a sesenta divisiones en un vasto movimiento de tenazas para rodear a los ejércitos alemanes en torno a la ciudad, así como a sus aliados italianos, rumanos y húngaros. Ignorando el consejo de sus generales y asesores, entre ellos su nuevo jefe de Estado Mayor, Hitler prohibió una vez más todo repliegue a posiciones seguras.

Hitler no comprendió la gravedad de la amenaza hasta que ya era demasiado tarde. El 20 de noviembre trató el tema por teléfono con Göring, quien estaba en Carinhall, pero ninguno se mostró demasiado alarmado. Göring se quedó en casa, pero Jeschonnek llegó más tarde al Berghof con un reducido equipo, y fue con él con quien Hitler habló de la posibilidad de abastecer por aire a Paulus y su ejército, si efectivamente estaban cercados. Jeschonnek le aseguró que la Luftwaffe podía hacer esa tarea, usando aviones de transporte y bombarderos de ser necesario, y al día siguiente, Hitler ordenó a Paulus mantenerse firme “pese al peligro de envolvimiento temporal”. Se le continuaría abasteciendo por tren; pero si tal cosa se volvía imposible, se recurriría a un puente aéreo.

Sólo después de hacer esta promesa a Paulus, Hitler llamó a Göring, quien estaba en una reunión en Berlín arremetiendo contra los expertos en petróleo por no hacer producir de nuevo los saboteados pozos de Maikop. Göring ofreció que la Luftwaffe haría lo que pudiera; como jefe del Estado Mayor, Jeschonnek debía estar al tanto de los recursos disponibles, y si decía que eso podía lograrse, seguramente así era. Pero Richthofen, el general en el terreno, estaba seguro de que no se podía, tanto porque no tenía suficientes aviones como por las atroces condiciones del clima. Llamó a Göring y se lo dijo, y envió el mismo mensaje a Zeitzler y al comandante en jefe del Grupo Militar B, el general Maximiliam von Weichs. Sin embargo, Milch aseguró a Göring que podían hacerlo, y con ese consejo Göring ordenó que todos los transportes posibles, incluido su propio avión mensajero, fueran puestos a disposición del puente aéreo. Luego abordó el *Asia* y partió a Berchtesgaden, atendido por una comitiva personal que incluía no sólo a su valet y su enfermera, sino también a un especialista del corazón.

Cuando llegó al Berghof, Göring se enteró de que Jeschonnek ya había presentado a Hitler un plan para la operación del puente aéreo entre las líneas alemanas y Stalingrado. Días después, le dijo a Pili Körner que cuando Hitler lo cuestionó sobre la viabilidad de ese plan, él sólo pudo decir: "Mi Führer, usted tiene las cifras. Si son correctas, estoy a su disposición". Por desgracia, las cifras no cuadraban, ni siquiera para un periodo corto. Jeschonnek había calculado mal la capacidad de transporte de los aviones, y no tomó en cuenta las averías ni el mal tiempo.

De acuerdo, incluso, con las estimaciones más optimistas, ochocientos Ju-52 retacados habrían tenido que volar cada día para mantener vivo al Sexto Ejército, y tras las desastrosas pérdidas en Creta la Luftwaffe ya sólo tenía un gran total de setecientos cincuenta, al menos cien de los cuales se hallaban en el norte de África, mientras que muchos otros eran inservibles. Y aunque el Ju-52 era una resistente bestia de carga de eficacia comprobada, era también una máquina pesada, fácil presa del fuego antiaéreo y los cazas soviéticos. Otros aviones, como el cuatrimotor Condor, más grande, y el nuevo Junkers 290, podían llevar cargas mayores, pero eran mucho menos sólidos. Cabía la posibilidad de adaptar bombarderos, pero ciertamente no eran adecuados para el transporte de carga. La otra gran deficiencia estaba en tierra; Richthofen avisó que

necesitaría seis campos de aviación de gran tamaño en el caldero de Stalingrado en vez de los dos con que contaba, así como personal de tierra debidamente adiestrado, del que carecía. Göring aseguró, después de la guerra, que comunicó esas cifras a Hitler, quien sólo replicó: “Quiero que se emplee todo, todo, ¿me oyó? Si usa suficientes aviones, fácilmente podremos mantener provista a Stalingrado hasta la primavera”.[15]

Esa noche, Hitler decidió regresar a la Wolfsschanze. Ya se encontraba a bordo de su tren cuando llegó la noticia de que la trampa en torno a Stalingrado se había cerrado: en sólo cuatro días, Zhukov había rodeado por completo al Sexto Ejército, atrapando a más de doscientos noventa mil hombres.[16] La prolongada ofensiva de Hitler en el este había terminado al fin.

El viaje a Prusia oriental tardó veinte horas, a causa de frecuentes paradas para que Hitler telefoneara a Zeitzler, quien le pidió continuamente permitir al Sexto Ejército abrirse paso en busca de una salida. Hitler fue categórico: Paulus debía resistir y esperar a ser liberado por el Cuarto Ejército de Tanques, ubicado al suroeste de Stalingrado. Pasarían diez días antes de que pudiera montarse la operación de liberación, pero entre tanto Paulus sería provisto por aire de alimentos, municiones y combustible.

Tal vez para olvidar el horrible panorama de lo que sucedía en Stalingrado, o porque en verdad creía que era sólo un tropiezo temporal, Göring marchó a París, donde se dedicó a un jolgorio de tres días de compras —realizadas algunas de ellas a comerciantes judíos—, al cabo del cual no menos de setenta y siete cajas de obras de arte y antigüedades se cargaron a bordo del *Asia* para su embarque a Carinhall. Cuando retornó a la Wolfsschanze, no se hablaba más que del norte de África. De repente, Rommel apareció en persona, para pedir permiso a Hitler de abandonar Libia antes de que fuera aplastado entre el Octavo Ejército de Montgomery por el este y las fuerzas de Eisenhower por el oeste. Pero Hitler no andaba para esa clase de bromas. “¿Abandonar Trípoli?”, bramó. “¡Nunca, nunca, nunca! ¡Ni siquiera si cuesta cien mil vidas!” En una conversación de tres horas con Rommel y Göring, argumentó que era probable que Italia desertara si el Eje perdía el norte de África. En cualquier caso, con los aliados ya en el Marruecos francés y Argelia, era vital impedir que prepararan cabezas de puente para lanzar una invasión a Europa vía el sur de Francia o Italia. Hitler, por fin,

aceptó permitir a Rommel que llevara sus fuerzas a Túnez y estableciera un nuevo frente en Gabès, para denegar a los aliados una base de operaciones desde la cual invadir Sicilia.

Al día siguiente, un escarmentado Rommel prometió que sus tropas pelearían a muerte, pero dijo que eso sólo sería posible si recibía nuevas provisiones de tanques, cañones y armamento. Hitler acudió a Göring y le dijo que diera a Rommel todo lo que necesitaba. “Pídame lo que quiera”, respondió Göring de inmediato. “Yo mismo me haré cargo de todo.”[17]

Hicieran lo que hiciesen en el norte de África, era obvio que los alemanes tendrían que acordarlo y coordinarlo con los italianos, y Göring partió a Roma en el *Asia*, llevando consigo a Rommel. Rommel describió este viaje de dos días como una de las experiencias más exasperantes de su vida, pues, aunque trató de comprometer a Göring en la discusión de sus problemas militares, tuvo que escuchar una cháchara interminable sobre la colección de arte y los animales del mariscal del Reich. Al igual que la mayoría de los generales del ejército, educados en la austera modestia del cuerpo prusiano de oficiales, Rommel desdeñó la extravagante indumentaria y excesos de Göring. Según él, éste no mostró el menor interés en África, excepto si había posibilidad de obtener laureles para sí mismo por la actuación de la Luftwaffe o de su “guardia pretoriana”, la División de Tanques Hermann Göring, que él ya había comprometido en el combate e iba camino a Túnez.

Emmy acompañó a su esposo a Roma, y la esposa de Rommel, Lucie, abordó el tren en Munich. Frau Rommel no conocía a Göring, y reprobó aún más que su marido la apariencia y comportamiento de aquél. Lo juzgó megalómano, le consternó la servil devoción de Emmy por él y reparó con enorme repulsa en su fistol de esmeraldas, el estuche de su reloj tachonado de más esmeraldas todavía y su inmenso anillo de diamantes. “Esto va a interesarle”, le dijo él. “Ésta es una de las gemas más valiosas del mundo.”

En el Hotel Excelsior, donde todos se hospedaron en Roma, Göring continuó con su incesante parloteo sobre cuadros y esculturas, para desesperación de Frau Rommel, sumamente preocupada por la depresión de su esposo a causa de la amenaza en que se encontraba su ejército. En vez de ofrecer a Rommel seguridad y apoyo, Göring pasaba todo el tiempo posible en conferencias, buscando cuadros, y alardeando de sus regateos con los comerciantes. “Me llaman el Mecenas del Tercer Reich”, dijo orgulloso a

los Rommel, quienes pensaron que sus “bufonerías” lo asemejaban más bien a Nerón haciendo frivolidades mientras la Tripolitania, si no es que la propia Roma, ardía en llamas.[18]

En las apresuradamente convocadas conferencias con oficiales del Estado Mayor italiano, Göring se esmeró en exagerar las cosas —como Hitler se lo había ordenado—, a fin de empujar a los italianos a hacer un mayor esfuerzo. Luego de sus cuantiosas pérdidas en Libia, y de los intensos bombardeos recientes de la RAF en ciudades del norte como Milán, Turín y Génova, el apetito de guerra de los italianos disminuía a toda prisa. El día anterior, Churchill les había recordado públicamente que los aliados tenían prisioneros a trescientos mil compatriotas suyos, entre ellos cien generales. El método de Göring fue brutal; según Paul Schmidt, quien tradujo de nuevo, “despotricó y amenazó. Mostró muy poca perspicacia psicológica, pues alejó a los italianos con su tosca e insensible conducta, y me dio la impresión de que los dejó aún menos inclinados que antes a hacer un esfuerzo”.[19] Göring también logró disgustar otra vez a Rommel, al retirar su apoyo al repliegue a Gabès, bajo presión de Kesselring y el comandante italiano en Libia, el general Ettore Bastico. Milch, quien llegó de Berlín cuando la conferencia concluía, halló a Rommel en una habitación del piso de arriba llorando de rabia contra Göring.[20]

Éste sostuvo largas conversaciones con Mussolini, quien padecía en esos días dolencias estomacales, para tratar de acendrar su resolución. Le prometió que, además de la Décima División de Tanques, que ya estaba en Túnez, Alemania enviaría la División Hermann Göring, que iba camino allá, y las Divisiones de Tanques Deutschland y Adolf Hitler, “tres nombres que significan mucho para el honor alemán”,[21] a fin de integrar un nuevo Quinto Ejército de Tanques, bajo el mando del general Von Arnim, mientras Rommel y su Ejército de Tanques germanoitaliano intentaban sostener la línea en Trípoli. Para principios de diciembre, cincuenta mil soldados alemanes y dieciocho mil italianos fueron rápidamente movilizados para ocupar Túnez.

Sin urgencia de regresar a Alemania, Göring permaneció en Italia varios días más, sosteniendo conferencias tanto con militares como con civiles. El príncipe Otto von Bismarck, consejero de la embajada alemana, le murmuró maliciosamente al secretario de Ciano que Göring sólo estaba ahí para

salvar el honor de Rommel, que aquél sabía muy bien que ya no había nada más que hacer en el norte de África, y que todas sus promesas “están condenadas a volverse humo”. Su principal propósito era “crear confusión y presentar pruebas documentales de que la culpa de todo es de nuestra mala organización de transporte, barcos, ferrocarriles, etcétera”. Bismarck añadió que “los técnicos militares de la embajada están sorprendidos de la cantidad de tonterías que el mariscal del Reich ha sido capaz de acumular”.[22]

La mala impresión causada por Göring no se limitó a la apenada embajada alemana; también el coronel Montezemolo, quien fungió como secretario de las reuniones de alto nivel entre los cuatro mariscales —Göring, Kesselring, Rommel y Cavallero, jefe del mando supremo italiano—, se dijo asombrado de su “orgullosa ignorancia”. Para Ciano, el colmo llegó cuando Göring partió a Nápoles “declarando que piensa nombrar Superintendente de Transporte al secretario del partido en Nápoles, un hombre joven y activo que piensa como él”. “¿Acaso Göring”, se preguntó mordazmente Ciano, “piensa designarse regente del Reich en Italia?”.[23]

Göring volvió a la Wolfsschanze el 11 de diciembre, para informar a Hitler que Rommel había perdido por completo el valor, y que Mussolini lo instaba a llegar a un arreglo con la Unión Soviética, o al menos a establecer una línea defensiva posible de sostener con fuerzas reducidas. Cuando Ciano y Cavallero llegaron una semana después, repitieron este consejo a Hitler, con el respaldo de Göring y Ribbentrop, quienes por una vez cantaron al unísono. El llamado de los italianos a poner fin a los insensatos combates en el este había recibido apremio extra el día anterior, cuando su Octavo Ejército, en el frente del Don, al oeste de Stalingrado, se desplomó con cuantiosas pérdidas, tras librar un tenaz combate. Pero Hitler se negó a hablar siquiera de la posibilidad de parar.

Ya no había manera de eludir el tema de Stalingrado, pues el garrote soviético se tensaba inexorablemente, y la Luftwaffe batallaba cada vez más para llevar provisiones y sacar heridos a través del puente aéreo. Cuando éste se propuso originalmente, el Sexto Ejército había dicho necesitar setecientas toneladas de provisiones diarias. Göring redujo de inmediato esa cifra a quinientas, y su personal de transporte calculó que podía desplazar trescientas cincuenta, pero aun esta cantidad resultó demasiado optimista. Ante los prácticamente insuperables problemas del hielo, la nieve y la niebla helada, por no hablar de la acción enemiga, lo más que se logró, el

19 de diciembre, fue que ciento cincuenta y cuatro aviones aterrizaran con doscientas ochenta y nueve toneladas, pero esto fue la excepción; el promedio diario al final de la operación fue de ciento dieciséis toneladas. Mientras los días se convertían en semanas, un creciente número de aeronaves fueron derribadas o se estrellaron, y los campos de aviación fueron capturados o destruidos. Para mediados de enero, los aviones que aún volaban se limitaban a lanzar exiguas provisiones en paracaídas, o simplemente a arrojarlas desde las puertas. Desprovistos de municiones, combustible y alimentos, los efectivos en tierra morían por congelación o de hambre tanto como de las balas y proyectiles del enemigo.

Mientras soldados y aviadores morían en Stalingrado, Göring celebró la navidad y el año nuevo con Emmy y Edda en Carinhall, sin escasez de delicias. Goebbels, celebrando más sobriamente con su familia, había organizado un programa especial de radio en nochebuena para unir a las tropas en todos los frentes de batalla, incluido Stalingrado, con la entonación de villancicos y el envío de mensajes a sus seres queridos en casa. La transmisión de un coro que cantó “Noche de paz” supuestamente “en el frente del Volga” sorprendió a los hombres que efectivamente estaban en dicho frente —mil doscientos ochenta de los cuales murieron ese día de navidad—, pues se montó en un estudio en Berlín. Sin saberlo, la mayoría de las familias hallaron algún consuelo en eso, y a Goebbels le complació el resultado de su engaño. Pero fue más ambivalente en cuanto al regalo que recibió del Führer: un Mercedes blindado con ventanas a prueba de balas, desagradable recordatorio de que se había atentado contra su vida a principios de ese mes.

Göring esperaba recibir un sinnúmero de regalos el 12 de enero, en ocasión de su quincuagésimo cumpleaños, y no se llevó una decepción. Costosos obsequios llegaron de todas partes, incluidas dos condecoraciones más de Italia y una espada de oro como presente personal de Mussolini; ésta estaba originalmente destinada al general Franco, así como la Estrella de San Mauricio, que le regaló Ciano, lo estaba para el rey Zog de Albania, pero ¿qué importaba? Keitel, a nombre del *Wehrmarcht*, le regaló un cofre de oro puro con incrustaciones de piedras preciosas para guardar el pergamino que confirmó su nombramiento como mariscal del Reich. Hitler ordenó una celebración pública y envió a Göring una carta personal de

felicitación, que él conservaría como una de sus más atesoradas posesiones. En la noche, en el Teatro de la Ópera del Estado —que, como todos los demás teatros de Berlín, había sido cerrado al público— se presentó una función de gala con música de Handel y Gluck, seguida, curiosamente, por escenas de la obra de teatro inglesa *Sueño de una noche de verano*.

Por una vez, las celebraciones le sonaron huecas a Göring, quien para entonces se había dado cuenta de que la guerra estaba perdida, y con ella su propia posición. Al día siguiente cayó en cama con palpitaciones, mientras Hitler nombraba al que se conocería como Comité de los Tres, lo más parecido que pudo formar a un selecto gabinete de guerra, para dirigir las medidas de "guerra total", sobre todo, en el frente interno. En un severo golpe a su prestigio, Göring no fue incluido. Pero tampoco Goebbels, el principal defensor de la guerra total, ni Speer, quien se había unido a aquél para presentar a Hitler el plan de tal comité tres meses antes. En cambio, por consejo de Lammers, Hitler eligió a los jefes de las tres principales ramas de su autoridad personal, el OKW, la cancillería del Reich y la cancillería del partido: Keitel, el propio Lammers y Bormann, los tres hombres que estaban constantemente a su lado. Ninguno de ellos podía representar una amenaza a su posición; ninguno tenía siquiera probabilidades de discutir con él.

Goebbels había pasado meses presionando a Hitler para que declarara la movilización total del frente interno, y había alistado a Speer, Funk y Ley para que lo ayudaran a elaborar sus propuestas de cancelar todo lo que no fuera esencial para el esfuerzo bélico. El pueblo tendría que aceptar un más bajo nivel de vida, y los aborrecidos "diez mil privilegiados" de Göring tendrían que hacer "particulares sacrificios". Reunidos en privado en Schwanenwerder, los cuatro individuos habían afinado los detalles, el más importante era que todos los ciudadanos que no sirvieran en las fuerzas armadas serían reclutados para trabajar en la producción de armas y alimentos, y eso incluía a las mujeres de entre diecisiete y cincuenta años. Los autores de la propuesta estimaron que, en tres meses, esto dejaría en libertad a entre un medio y tres cuartos de millón de hombres para incorporarse al frente.

Speer y Goebbels habían presentado su plan a Hitler a principios de octubre. Él los había escuchado, y prometió emitir el decreto que deseaban,

pero no hizo nada. Goebbels había vuelto a buscarlo dos meses más tarde, pero no fue hasta después de la festividad de año nuevo que finalmente Hitler reaccionó, enviando a Bormann y Lammers a hablar con él. Bormann estuvo de acuerdo con las ideas de Goebbels, y le encargó preparar un decreto "sobre el completo despliegue de hombres y mujeres sanos para la defensa del Reich", a fin de que Hitler lo revisara lo más pronto posible. Goebbels, Speer y Funk examinaron el borrador con Bormann, Lammers y Keitel el 8 de enero, y Hitler firmó el decreto el 13. Pero no nombró al comité hasta el 18; y cuando lo hizo, Goebbels sufrió una amarga decepción. Había esperado que se le pusiera a cargo de él, con poder para hacer cambios radicales en la vida íntegra del Reich. Pero ni siquiera se le había hecho miembro del comité. Cuando trató de ponerse en contacto con Hitler para convencerlo de cambiar de opinión, fue bloqueado por Lammers. Hitler lo recibió, finalmente, el 22 de enero, y lo embaucó diciéndole que no quería abrumarlo con la administración de un programa tan descomunal. En cambio, "quería que yo asumiera la función de fuerza impulsora del proyecto".[24] Fácilmente seducido por Hitler, como siempre, Goebbels se dejó engatusar, al menos por el momento.

Hitler había pasado por encima de Göring el 14 de enero de 1943, al ordenar a Milch asumir el mando personal del puente aéreo de Stalingrado. Milch voló al instante al frente del Don, cada vez más forzado a retroceder, lo que aumentó la distancia al foco de resistencia de Stalingrado hasta quedar casi fuera del alcance de los muy cargados aviones. Pero, como escribió, uno de los altos oficiales de transporte de Milch, "un examen de la situación real bastó para convencerlos de que ya no podía hacerse nada más con los insuficientes recursos disponibles".[25] Milch casi acababa de llegar cuando Hitler ya estaba al teléfono, demandando un aumento en las provisiones aerotransportadas. Poco después telefoneó Göring, quien prohibió a Milch volar al caldero para ver las condiciones por sí mismo. Göring había tomado conciencia, al fin, de la realidad del desastre, y pasaba cada vez más tiempo con Hitler en la Wolfsschanze, atendiendo sus conferencias diarias y enviando torrentes de frenéticos telegramas a Milch, quien hacía todo lo que podía con gran energía e implacable determinación, pero sin esperanzas. El 22 de enero, mientras Hitler se libraba de Goebbels, Paulus le pidió permiso para capitular. Hitler replicó que la rendición estaba

“fuera de toda consideración”. El Sexto Ejército debía “mantenerse firme hasta el último soldado y la última bala”.[26]

El 30 de enero, mientras el Führer seguía refugiado en la seguridad de la Wolfsschanze, al tiempo que sus tropas perecían a miles de kilómetros de distancia, Göring marcó el décimo aniversario del ascenso de Hitler al poder con un discurso por radio desde su oficina en el Ministerio de Aviación. Comparando al Sexto Ejército en Stalingrado con los antiguos espartanos en las Termópilas, dijo a la nación, y a los hombres agazapados entre las ruinas de aquella ciudad: “En los años por venir, se dirá de la heroica batalla del Volga: ‘Cuando vayan a Alemania, digan que nos vieron firmes en Stalingrado, como nos lo ordenaron el honor y nuestros líderes, para mayor gloria de Alemania’”. Como lo comprendieron, con toda claridad, las sentenciadas tropas que escuchaban en sus refugios subterráneos, ésta fue su oración fúnebre.

Justo cuando Göring iniciaba su discurso, las sirenas gimieron sobre Berlín, y vuelos de cazabombarderos Mosquito de la RAF rugieron a baja altura sobre los techos en un ataque perfectamente cronometrado, el primer asalto aéreo declarado de día contra esa ciudad. Goebbels estaba programado para pronunciar el discurso de Hitler inmediatamente después del de Göring, pero a causa del ataque eso tuvo que posponerse para más tarde. En tal discurso sólo se hizo breve mención de Stalingrado, pero fue una tácita admisión de fracaso. “La heroica lucha de nuestros soldados en el Volga”, proclamó Goebbels a nombre de Hitler, “debe ser una exhortación a todos para hacer su máximo esfuerzo en la lucha por la libertad de Alemania y el futuro de nuestra nación, y en un sentido más amplio por la preservación de Europa entera.”[27]

Los Mosquitos regresaron veinticuatro horas después, para perturbar la celebración del Día de la Luftwaffe. El De Havilland Mosquito, con dos motores Rolls Royce Merlin y armazón de madera terciada, fue un avión sobresaliente. Era tan rápido como un caza, con velocidad máxima de seiscientos cincuenta kilómetros por hora; y aunque era pequeño, podía transportar una carga de bombas de dos tercios de la del B-17: mil ochocientos kilogramos de bombas explosivas de alta potencia o una carga de pequeñas bombas incendiarias, lo que pudiera dar en el blanco con mayor precisión. Además, como podían volar rápido y a baja altura en

formación holgada, a diferencia de los torpes y pesados bombarderos, un vuelo de Mosquitos era extremadamente difícil de detectar o interceptar. La Luftwaffe no tenía nada semejante, y esa aparición sobre Berlín fue un doloroso recordatorio para Göring de las persistentes deficiencias de la producción aeronáutica alemana, así como de los vacíos en sus defensas aéreas.

Poco después de que los Mosquitos atacaron por segunda vez, llegó la noticia de que la larga agonía de Stalingrado había concluido. Pese a haber sido ascendido a mariscal de campo el día anterior, Paulus, finalmente, se rindió. Los restos de la sexta división, atrapados en un reducido foco de resistencia aguantaron dos días más, pero para el 2 de febrero todo era silencio. Noventa y un mil hombres, todo lo que había quedado de los doscientos noventa mil rodeados diez semanas antes, marcharon a su cautiverio, y de ellos apenas seis mil retornarían al final de la guerra. En la campaña de Stalingrado en su conjunto, Alemania y sus aliados habían perdido medio millón de irremplazables hombres, así como todos sus tanques, cañones y equipo. Además, la Luftwaffe había perdido cuatrocientos ochenta y ocho aviones de transporte y bombarderos, y gran número de cazas y Stukas, el equivalente a una flota aérea entera, aparte de un división antiaérea completa.

Goebbels presentó esta derrota como un sacrificio heroico, orquestando a los medios con un torrente de detalladas instrucciones sobre cómo manejar la noticia. En el comunicado oficial, que él difundió como anuncio especial el 3 de febrero, dio a entender que el Sexto Ejército había luchado hasta el último hombre, sin rendición ni prisioneros: “Murieron para que Alemania pueda vivir”. Pero por más que trató de darle la vuelta, no hubo manera de disfrazar la magnitud del desastre. El Alamein puede haber sido el fin del principio para Churchill, pero para Hitler, Stalingrado fue indudablemente el principio del fin.

“¿QUIEREN GUERRA TOTAL?”

“La principal influencia sobre el Führer, al menos hasta fines de 1941 o principios de 1942, la ejercí yo”, declaró Göring en el Tribunal de Nuremberg. “De entonces a 1943, mi influencia decreció en forma gradual, y después disminuyó rápidamente.”[1] Las facultades de Göring se redujeron en 1942 a causa de los nombramientos de Speer y Sauckel, y por la creación de un Comité Central de Planeación compuesto por Speer y Milch, y en el que también se incluyó a Pili Körner, como concesión a Göring, para supervisar la provisión y distribución de materias primas esenciales. Hubo, asimismo, una crisis en el imperio industrial de Göring, HGW, que para entonces comprendía ciento setenta y seis fábricas, sesenta y nueve compañías mineras y metalúrgicas, cuarenta y seis compañías de transporte, ciento cincuenta y seis compañías comerciales y quince empresas constructoras.[2] Bajo presión de un grupo de altos directivos, ese imperio fue obligado a deshacerse de todas sus actividades de manufactura de armamentos, para concentrarse en su ramo medular original de producción de hierro y acero. Göring se opuso enérgicamente, declarando que no quería “tener nada que ver con esa vendimia” cuando se elaboró una lista de compañías de armas por vender al sector privado, pero de nuevo fue flanqueado por Speer, quien ya había convencido a Hitler de que tal cosa era necesaria.[3] Aunque técnicamente independientes, la mayoría de las compañías implicadas quedaron entonces bajo control del ministerio de Speer.

A pesar de esos estragos, Göring seguía siendo el indiscutible segundo hombre del Reich a fines de 1942, disfrutaba aún de amplios poderes sobre la economía y era responsable de decisiones políticas sobre impuestos, precios, alimentos y agricultura, comercio exterior y casi toda la producción industrial aparte de las armas. Continuaba reteniendo, al menos, el control nominal del transporte, materias primas esenciales, combustible, y hule y

petróleo sintéticos, e incluso logró aferrarse a la producción de aviones y armamento aéreo hasta bien entrado 1944. Y, desde luego, seguía siendo el comandante en jefe de la Luftwaffe y el oficial de más alto rango en las Wehrmacht. Las razones de su rápido declive en 1943, no son difíciles de hallar. Así fuera sólo para no censurar al verdadero culpable —él mismo— del desastre de Stalingrado, Hitler necesitaba un chivo expiatorio, y Göring era el candidato obvio, que compartió con Paulus el castigo del enojo del Führer. Alterado, y temeroso de enfrentar a Hitler, Göring se esfumó, manteniéndose lejos del cuartel de Führer varios días, la mayoría de los cuales los pasó junto a Emmy en el hospital, donde ella se recuperaba de una operación de los senos faciales.

Pero, por más que despotricara contra él en privado, Hitler tuvo el cuidado de no criticar nunca a Göring en público. “Asumo por completo la responsabilidad de Stalingrado”, dijo al mariscal de campo Von Manstein el 6 de febrero. “Podría echarle la culpa a Göring, pero él es mi sucesor designado, así que no puedo.”[4] Ante la jefatura del partido, los Gauleiter y Reichsleiter a quienes llamó a la Wolfsschanze al día siguiente, dijo que había creído que Stalingrado podía ser abastecida por aire, pero que las “terribles condiciones del clima” lo habían vuelto imposible. Culpó de la catástrofe al “absoluto fracaso” de sus aliados, rumanos, italianos y húngaros. Fue el derrumbe de éstos, dijo, lo que lo obligó a ordenar al Sexto Ejército mantenerse firme e inmovilizar al Ejército Rojo, “para impedir que la catástrofe se extendiera a todo el frente oriental”. “El ejército del Cáucaso”, añadió, “había sido salvado por el sacrificio del Sexto Ejército en Stalingrado.”[5] Ninguno de los Gauleiter cuestionó la excusa de Hitler para condenar a doscientos noventa mil hombres a muerte o cautiverio. “Me sorprendió”, anotó Below, “que esa explicación los hubiera convencido.”[6]

También Göring culpó a los aliados de Alemania cuando llamó a sus generales de alto rango de la Luftwaffe a Rominten entre el 15 y 17 de febrero, para una conferencia sobre la situación y para levantarles la moral. Pero añadió su propia y cruel acusación al Sexto Ejército:

Si las tropas hubieran peleado con más energía, en particular en la ciudad misma de Stalingrado, hoy tendríamos ésta aún, y no habría sido tomada. Paulus fue demasiado débil, no convirtió a Stalingrado en una fortaleza adecuada. Miles de civiles rusos eran alimentados junto con sus tropas. Debió haberlos sacrificado sin piedad, para que sus soldados dispusieran de lo necesario para sobrevivir. Y

esto va también por los heridos sin remedio: no se les debió llevar a rastras, sino que se debió permitir que se consumieran. El ejército de Paulus confió ciegamente en la Luftwaffe, y esperó milagros de ella [...] Y luego el jefe de Estado Mayor de ese ejército, el general Schmidt, tiene el descaro de afirmar: “La Luftwaffe cometió la mayor traición de la historia, porque no consiguió abastecer al ejército de Paulus.” Este ejército había perdido sus campos de aviación; ¿cómo diablos se supone que es posible un gran puente aéreo después de eso?[7]

Göring estaba ya en dificultades con Hitler por no proteger al Reich contra los ataques aéreos aliados, y su reputación recibió nuevos golpes durante el mes de enero. El 16, la RAF había vuelto a Berlín para el primer asalto nocturno en muchos meses, con doscientos un bombarderos pesados que tomaron totalmente por sorpresa a los complacientes defensores; el teniente coronel Leonard Cheshire, futuro ganador de la Victoria Cross y quien estaba en su sexta visita a la ciudad, informó haber visto apenas un pequeño reflector, y describió el fuego antiaéreo como “insignificante”. Los bombarderos quitaron la vida a ciento noventa y ocho personas, incluidos cincuenta y tres prisioneros de guerra —cincuenta y dos de ellos franceses — y cinco trabajadores extranjeros. Sólo un avión no pudo volver a casa. A la noche siguiente, atacaron de nuevo, con ciento ochenta y siete aviones, aunque esta vez los artilleros estaban alertas. Junto con los cazas nocturnos en la ruta de los bombarderos, derribaron veintidós aviones de la RAF, devastador índice de aciertos pero aun así insuficiente para salvar a Göring del oprobio.

Los ataques recientes marcaron el inicio de una nueva y ominosa fase en la guerra aérea, con un drástico incremento en la fuerza aliada. En 1942 los británicos habían puesto en servicio toda una nueva generación de bombarderos pesados: Stirlings, Halifaxes y, sobre todo, los magníficos Lancasters, cuatrimotores de mayor alcance y techo que los antiguos Wellingtons y Hampdens, y con capacidad para transportar mucho mayores cargas de bombas. En los primeros embates de la nueva campaña, muchos de ellos llevaban bombas de tres mil seiscientos kilogramos, las más pesadas que se hubieran arrojado nunca sobre Berlín. También estaban equipados con un radar a bordo, H2S, que presentaba una especie de mapa del terreno debajo de él, aun a través de densas nubes y en completa oscuridad. El H2S era todavía sumamente rudimentario y no del todo

confiable, pero constituyó una mejora enorme sobre previos recursos de navegación y puntería de bombas. Su descubrimiento en un bombardero derribado en Rotterdam la noche del 30-31 de enero no alivió precisamente la melancolía de Göring, agravada tres días antes por el primer ataque diurno a gran escala contra Alemania a manos de las Fortalezas Voladoras B-17 y los Liberators B-24 del Octavo Ejército de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, contra la base naval de Wilhelmshaven.

Con el bombardeo estadunidense de día y el británico de noche, las perspectivas para Alemania —y para Göring— eran malas. Cuando Hitler exigió ataques de represalia contra Gran Bretaña, Göring sencillamente no tenía los aviones para llevarlo a cabo en forma efectiva. En 1937 había decidido no desarrollar un bombardero pesado cuatrimotor de largo alcance, y ya era demasiado tarde para empezar. Además, gran número de sus bombarderos medianos existentes yacían destruidos en las heladas estepas en torno a Stalingrado. Su impotencia agudizó su depresión y aceleró su decadencia física y mental, causada principalmente por agotamiento y no, como pensaba la mayoría de la gente, por adicción a las drogas. Junto con un coctel de otros medicamentos para sus diversas dolencias, Göring ciertamente consumía crecientes cantidades de pastillas de paracodeína, pero, como descubrieron los médicos de Nuremberg, esas píldoras contenían sólo dosis mínimas de morfina. No había señales de inyecciones múltiples en ninguna parte de su cuerpo, como tampoco ninguna jeringa hipodérmica, ni otras drogas, entre sus pertenencias. Dichas pastillas eran claramente un hábito, no una adicción: cuando se las quitaron en 1945, Göring no sufrió ningún síndrome de abstinencia. Esto estaba en marcado contraste con las violentas reacciones que habían hecho necesario ponerle una camisa de fuerza en un hospital psiquiátrico sueco veinte años antes, experiencia que seguramente no quiso arriesgarse a repetir jamás. No obstante, y a causa de su historia, los rumores de que era adicto a la morfina proliferaron; ésta era una explicación práctica de sus bruscos cambios anímicos y comportamiento cada vez más errático, como el hecho de quedarse abruptamente dormido mientras hablaba, algo que sucedió en más de una ocasión.

Goebbels suscribió con entusiasmo la noción de Hitler de que el “sacrificio heroico” del Sexto Ejército había purificado de algún modo a la nación

alemana, y la había preparado para las mayores cosas por venir. A la segura distancia de mil quinientos kilómetros del gélido infierno de Stalingrado, Goebbels condenó a Paulus por no haber actuado en forma honorable y no haberse atravesado con su propia espada, "optando por vivir quince o veinte años más en vez de conquistar la vida eterna de varios miles de años [*sic*] de gloria imperecedera".[8] Con un cinismo tan grande como el de su amo, calculó que podía explotar ese desastre para imponer en el frente interno la "guerra total" que durante tanto tiempo había deseado. Anunció medidas en este sentido en el discurso que pronunció el 30 de enero, y desde entonces empezó a aplicarlas en su Gau, Berlín.

Ya había despachado a trescientos hombres de su ministerio a prestar servicio en el ejército, remplazándolos por mujeres. Esta vez, clausuró todos los negocios de la ciudad que no contribuyeran en alguna forma al esfuerzo bélico. Cerró joyerías y otras tiendas de artículos de lujo, prohibió revistas de modas, e incluso inició una campaña contra la moda misma, declarando que las mujeres no necesitaban arreglarse, pues complacerían "de igual manera, en harapos, a los victoriosos soldados de vuelta a casa". Tuvo que matizar esto cuando Hitler, con sus decididas opiniones sobre la obligación de las mujeres de lucir bien, se opuso. "Una mujer", anunció entonces Goebbels, "no tiene por qué parecer fea."

Goebbels permitió que sólo dos clubes nocturnos permanecieran abiertos, aunque los restringió a soldados en tránsito que no tuvieran adónde ir entre la medianoche y las cinco de la mañana, y prohibió bailar. Hizo detener en una redada a la mayoría de las prostitutas de Berlín, y las envió al frente oriental a atender a las tropas. Con típico celo jacobino, ordenó, además, la clausura de restaurantes de lujo, donde los ricos podían comer sin tarjetas de racionamiento en tanto pudieran darse el lujo de pagar desde cincuenta hasta cien marcos por cabeza. Esto lo puso en conflicto directo con Göring, quien ordenó mantener abierto su restaurante favorito, Horcher (El espía), en el que se creía que él tenía una participación financiera. Goebbels mandó a un escuadrón de la SA a apedrear las ventanas del restaurante hasta que éste acatara la orden, tras de lo cual Göring lo reabrió haciéndolo pasar por un club para oficiales de la Luftwaffe, el que, como establecimiento militar, era intocable. Al cabo se permitió reabrir

también a otros restaurantes, a condición de que sirvieran “platillos de campaña” para demostrar su apoyo a los soldados en el frente.

En una conferencia de Gauleiter en Posen el 6 de febrero, así como cuando éstos volvieron a reunirse ante Hitler en la Wolfsschanze al día siguiente, Goebbels intentó convencer a sus compañeros de que le cedieran el control de la implementación de la guerra total, lo que habría compensado la decepción que le causó el Comité de los Tres. Pero Bormann se burló nuevamente de él, limitándolo a la propaganda y las relaciones públicas y dándole instrucciones específicas de no tratar el asunto como una “guerra de clases”. Bormann bloqueó también sus esfuerzos por promover un cambio de política en el este, donde creía que la constante amenaza de los partisanos podía contrarrestarse tratando a la gente en forma más humana, a fin de contrastar la “brutalidad del sistema bolchevique” con la esperanza de una vida mejor bajo el “civilizado” régimen alemán. Dado que esto implicaba suprimir todo indicio de que aquellos territorios serían confiscados en beneficio de pobladores alemanes —sugerencia que contravenía las raíces mismas del *Lebensraum* (espacio vital)—, era improbable que Hitler estuviera de acuerdo con esta propuesta. No lo estuvo.

Anulada su más reciente tentativa de poder, Goebbels se concentró en lo que sabía hacer mejor, pronunciando encendidos discursos a la nación. Con el tema “¿Quieren guerra total?”, habló ante los trabajadores de Düsseldorf el 15 de febrero, como ensayo para una gran concentración en el Sportpalast de Berlín tres días después. Ahí, bajo una gigantesca pancarta que decía: “Guerra total: ¡la guerra más corta!”, dio una de las actuaciones de su vida, en un escenario abarrotado por la elite del partido, lo mismo que ante el resto del país, a través de la transmisión radial en vivo. Cámaras de cine registraron cada una de sus palabras, y cada reacción de los ministros y celebridades, para los noticiarios que llegarían a todos los cines del país en los días siguientes. Para esa vital ocasión, Goebbels decidió no dejar pasar la oportunidad de un ardid: apoyándolo en la galería estaban Magda y sus dos hijas mayores, Helga, de diez años, y Hilde, de casi nueve, en su primera presentación en público.

El discurso de Goebbels fue un llamado a las armas para una guerra santa contra “las hordas de las estepas”, las divisiones soviéticas que asediaban a los gloriosos soldados alemanes, detrás de las cuales estaban

los “escuadrones judíos de la muerte”. Y detrás de estos últimos estaban a su vez el “terror, el espectro del hambre y la desenfrenada anarquía en Europa”. Reuniendo la totalidad de sus considerables aptitudes para la descripción y la oratoria, pintó un escabroso cuadro de los peligros que todos enfrentaban, elevando sostenidamente la tensión y el miedo, así como la emoción. El terror, proclamó, debía responderse con contraterror. Los “escrúpulos burgueses” debían cesar. El público estaba embelesado, cerca de la histeria, mientras Goebbels lo manejaba como un músico virtuoso que toca un instrumento sensible. Cuando llegó al clímax, Goebbels hizo una pausa dramática. Luego, tras un eléctrico silencio, preguntó con voz resonante: “¿Quieren guerra total?”. “¡Sí!, ¡sí!”, gritó el público, aplaudiendo. “¿Quieren guerra total?”, repitió él. “¿Quieren que, de ser necesario, sea una guerra aún más total y radical de lo que hoy nos es posible imaginar?”. La multitud hizo erupción en un atronador rugido de *Ja!*. “¿Aceptan el hecho”, vociferó, “de que quien haga desmerecer el esfuerzo bélico se quede sin cabeza?”. La respuesta fue aún mayor, más ruidosa, más enfática. Luego de hacer con la cabeza un gesto de aprobación a la audiencia, emocionalmente exhausto, Goebbels alzó las manos para pedir silencio y profirió el gran grito de guerra del movimiento por la liberación de Prusia contra la ocupación napoleónica en 1812: “¡Levántate, pueblo, y que se desate la tormenta!”.[9] Y la tormenta se desató, al menos en el Sportpalast de Berlín, con escenas que éste no había atestiguado siquiera en 1933. La radio siguió transmitiendo veinte minutos más, llevando el estruendo de los vítores y zapateos hasta los hogares y centros de trabajo de toda Alemania.

Después del discurso, Goebbels invitó a un selecto grupo a su residencia en la Hermann-Göring-Strasse, donde, en bien de la economización de combutible, él había clausurado los salones más grandes y quitado numerosos focos. En la penumbra, Speer se sorprendió al oirlo analizar su actuación —que él supuso que no había pasado de ser “un arrebato puramente emocional”— como un actor luego de una noche de estreno. Incluso, el muy selecto público había participado en ella, a la manera del público en el estudio de un moderno programa de radio o televisión. “¿Te diste cuenta?”, preguntó Goebbels a Speer. “La gente reaccionaba al menor matiz, y aplaudía en el momento justo. Éste es el público mejor educado en política que pueda encontrarse en Alemania.”

El discurso se había dirigido al amplio público que escuchaba en la radio, y más allá de él, con su descarnado recordatorio de los peligros del bolchevismo, al resto del mundo occidental. Goebbels quedó encantado con los elogios que recibió de la prensa alemana, aunque a los directores de periódicos se le habían dado instrucciones detalladas de qué decir. Pero le complacieron más todavía las favorables reacciones de una parte de la prensa extranjera a su línea antibolchevique. Speer creyó que eso se debía a que Goebbels tenía puesta la mira en ser ministro del Exterior, y usaba "toda la elocuencia a su disposición [...] para poner a Hitler contra Ribbentrop". Durante un tiempo pareció tener éxito, señaló Speer; pero justo cuando creyó que había ganado, "Hitler empezó a elogiar inesperadamente el excelente trabajo de Ribbentrop, y su talento para negociar con los 'aliados' de Alemania". "Usted está completamente equivocado acerca de Ribbentrop", dijo Hitler a Goebbels. "Es uno de nuestros mejores hombres, y algún día la historia lo pondrá sobre Bismarck. Es más grande que Bismarck."[10]

Después, Hitler destruyó por completo las esperanzas de Goebbels en esa dirección, prohibiéndole volver a sondear el terreno en Occidente, como había hecho en su discurso en el Sportpalast. Churchill y Roosevelt se habían reunido a fines de enero en Casablanca, en el recién liberado Marruecos francés, con sus jefes combinados de Estado Mayor, para planear la estrategia futura, y Roosevelt había expuesto, entonces, la doctrina de exigir a Alemania la rendición incondicional. No tenía caso, por lo tanto, pensar siquiera en negociaciones; la guerra tendría que librarse hasta el fin.

El temor a las hordas del este dio nuevo apremio a la determinación de Goebbels de limpiar de judíos su Gau de una vez por todas, y actuó en consecuencia el sábado 27 de febrero. A las seis de la mañana, filas de camiones del ejército cubiertos con lonas grises comenzaron a rugir por las calles, escoltados por hombres armados de la SS. Se detuvieron en las puertas de las fábricas, frente a casas privadas y edificios de departamentos, para echarse a cuestas su cargamento humano. Hombres, mujeres y niños fueron apiñados y encerrados como animales con destino al corral, y conducidos a los apartaderos en la estación ferroviaria de Grunewald, para abordar furgones y ser llevados a Auschwitz. La operación completa se

efectuó con infalible eficiencia burocrática. Pese a la enorme escasez de locomotoras y equipo rodante para la guerra en el este, y pese a los estragos causados por la RAF a las comunicaciones, el transporte operó estrictamente según lo previsto. El papeleo fue inmaculado: si una requisición era por mil judíos, había mil judíos a bordo, no mil uno, nunca novecientos noventa y nueve, sino exactamente mil.

Sin embargo, hubo, una inesperada complicación en el plan de Goebbels. En la redada inicial, unos seis mil judíos de matrimonio mixto fueron separados de los demás y llevados a un edificio en la Rosenstrasse, no lejos del cuartel de la SS. La mañana del domingo, las esposas, no judías, invadieron la Rosenstrasse y se aglomeraron en torno al edificio donde ellos estaban detenidos. Ahí se quedaron, negándose a irse, gritando y clamando por sus esposos, hora tras hora, a lo largo del día y de la noche, y al día siguiente, hasta que los preocupados oficiales de la SS, sin duda con la aprobación de Goebbels y Himmler, cedieron al fin. En vez de ametrallar a seis mil mujeres alemanas, liberaron a sus esposos, a los que llamaron "privilegiados" en virtud de que serían "incorporados a la comunidad nacional".

Para mayor enojo de Goebbels, otros cuatro mil judíos lograron escapar a la redada. Él supuso que habían sido avisados. "Los mejores círculos", se quejó, "particularmente los intelectuales, no comprenden nuestra política judía, y están, en parte, del lado de los judíos [...] Pero atraparemos a éstos de todas maneras. Pase lo que pase, no descansaré hasta que al menos la capital esté completamente libre de judíos."[11] Lo que él no sabía era que la mayoría de quienes buscaba, y más, se habían ocultado desde tiempo atrás, para vivir como "submarinos", como se les llamaba en el caló de la época. Unos cinco mil de ellos sobrevivieron hasta el final de la guerra, protegidos por compasivos berlineses. Pretendiendo que no existían, el 19 de mayo Goebbels declaró que su ciudad estaba libre de judíos, algo que consideró su "mayor logro político".

Con su discurso en el Sportpalast, Goebbels había reivindicado una vez más su derecho a hacerse cargo de la guerra en el frente interno, pero necesitaría aliados para vencer al Comité de los Tres. Ya había reclutado al pequeño grupo de "intelectuales" en la jefatura del Reich –Speer, Funk y Ley, los

únicos aparte de él, en el nivel ministerial, que tenían educación universitaria–, y todos ellos empezaron a reunirse a tomar té y coñac para urdir el modo de marginar a Bormann, Lammers y Keitel, y de abrirse paso por la burocracia que asfixiaba el esfuerzo bélico. No tardaron mucho en darse cuenta de que ya existía un instrumento en el Consejo Ministerial de Defensa, que Göring había usado con tanto éxito como gabinete de guerra en septiembre de 1939, pero que dejó de utilizar cuando Hitler regresó a Berlín del frente polaco. Tal consejo no se había disuelto nunca, y como su jefe, Göring tenía facultades muy amplias, entre ellas el derecho a expedir decretos sin la aprobación de Hitler. "Bormann y Lammers", escribió Speer, "tendrían que plegarse a esta autoridad existente, cuyas potencialidades habían quedado sin aprovechar hasta entonces a causa de la indolencia de Göring."[12] Necesitarían a Göring como jefe nominal de lo que en realidad sería un gobierno interior, dejando a Hitler en libertad de concentrarse en la dirección militar de la guerra. Sin embargo, el plan era nombrar a Goebbels suplente de Göring, posición en la que podría presidir las reuniones semanales y controlarlo todo.

Göring no estaba en ese tiempo en buenos términos con Goebbels, en razón del caso Horcher, así que se encargó a Speer abordarlo primero, sondearlo y preparar el terreno. Göring, sumamente deprimido por el disgusto de Hitler con él y su certeza de que ya era imposible ganar la guerra, se había retirado a su casa en el Obersalzberg, donde recibió cordialmente a Speer, en su estilo de príncipe del Renacimiento, vistiendo una bata de terciopelo verde oscuro adornada con un enorme broche de rubíes. Tenía pintadas las uñas, y Speer creyó que se había puesto colorete en las mejillas, aunque quizá se trataba simplemente del intenso rubor natural que a menudo presentaba. Hablaron cinco horas y, según Speer, su conversación fue "amistosa y espontánea". Göring escuchó con serenidad la propuesta: "Ahí sentado, ocasionalmente sacaba de su bolsillo un puñado de gemas sueltas y las dejaba deslizarse juguetonamente entre sus dedos. Pareció deleitarle que hubiéramos pensado en él."[13]

Para alguien que solía describirse como político novato, Speer manejó a Göring con gran habilidad, sabiendo claramente qué botones oprimir, aunque es difícil creer que Goebbels no lo haya aconsejado, y hasta ensayado con él lo que debía decir. La profunda antipatía de Göring por Bormann no era ningún secreto; lo aborrecía a causa de su empalagosa

personalidad, groseros modales y, sobre todo, su maligna influencia sobre Hitler. Dos ejemplos de su conducta personal habían ofendido particularmente a Göring: Bormann había llevado a su amante a vivir a su casa, obligando a su esposa a aceptar un *ménage à trois;* y en una ocasión en que un perro callejero había atacado a su mascota, Bormann lo roció con gasolina, le prendió fuego y se rio a carcajadas al verlo salir corriendo en ardiente agonía.

La profanación del lecho matrimonial y la crueldad con los animales eran dos de los pecados más atroces a ojos de Göring, pero existía una ofensa aún peor: un ataque contra su posición personal. Mientras paseaban por la ladera de la montaña, Speer le dijo que Bormann no dejaba pasar oportunidad para minar su prestigio. Speer había visto cómo operaba aquél en las meriendas con Hitler, a las que Göring no asistía:

> Nunca actuaba mediante ataques directos, le dije. En cambio, entretejía pequeños incidentes en su conversación, que sólo eran efectivos en conjunto. Así, por ejemplo, en el curso de la charla de la merienda, Bormann contaba anécdotas desfavorables de Viena, para perjudicar a Baldur von Schirach, el líder de las Juventudes Hitlerianas. Pero se cuidaba de no aprobar los subsecuentes comentarios negativos de Hitler. Por el contrario, creía prudente elogiar después a Schirach, con el tipo de elogio, por supuesto, que deja un desagradable sabor de boca. Tras un año de esto, Bormann había llevado a Hitler al punto de sentir aversión, y a menudo franca hostilidad, por Schirach. Luego —cuando Hitler no estaba presente—, Bormann podía aventurarse un poco más lejos. Con aire de indiferencia por el asunto, pero en realidad aniquilando al hombre, comentaba con desdén que Schirach no habría podido ser sino de Viena, pues ahí todos intrigaban siempre contra todos. Era de suponer que Bormann practicaba el mismo tipo de juego contra Göring, añadí en conclusión.[14]

Como factor último y decisivo, Speer le dijo a Göring que tenía evidencias de que Bormann planeaba suplantarlo como sucesor de Hitler, y le ofreció varios ejemplos para probarlo. Como dijo el propio Speer, “¡esto sí que lo hizo rabiar!”.[15] Después de eso, Speer no tuvo ninguna dificultad para convencerlo de que olvidara sus rencillas e invitara a Goebbels a volar al Obersalzberg para hablar en detalle sobre sus planes.

Göring tenía previsto salir pronto a Italia, donde el régimen fascista enfrentaba serias dificultades internas. A fines de enero de 1943, tras los desastres de Stalingrado y el norte de África, Mussolini había destituido al mariscal Cavallero como jefe del alto mando, y despedido días después a la

mayoría de sus ministros, entre ellos Ciano, quien optó por ser embajador ante la Santa Sede, casualmente al lado de Ernst von Weizsäcker, quien por fin había logrado escapar de Ribbentrop y obtener un puesto similar. El propio Mussolini tomó el control del Ministerio del Exterior, asumiendo, como decía el anuncio oficial, “la carga entera de conducir las operaciones políticas y militares en esta delicada etapa del conflicto”.[16]

El poco entusiasmo que quedaba en Italia por la guerra y por la alianza del Eje decaía rápidamente, y las tensas relaciones con Alemania se deterioraron más todavía cuando Ribbentrop visitó Roma durante los cuatro últimos días de febrero. En vez de ofrecer apoyo, ofendió a Mussolini, sermoneándolo sobre la necesidad de continuar la guerra en el este y reprobando que protegiera a los judíos italianos y apoyara a los *chetniks* (guerrilleros) de Croacia. La visita de Göring tenía como finalidad inspeccionar las líneas indirectas de suministro de las unidades de la Luftwaffe que operaban desde Italia, pero él tendría también la tarea de reparar algunos de los daños causados por Ribbentrop, y elevar la decaída confianza del Duce. Antes de partir, quiso hablar “urgentemente” con Goebbels, quien alardeó con expectación en su diario: “Ganar por completo a Göring para la nueva política de guerra sería un logro muy positivo”.[17]

El restablecido afecto de Goebbels por Göring se extendió, incluso, a la apariencia de éste al recibirlos a Speer y a él en la puerta. “Llevaba puesto un traje algo barroco”, escribió, “que, si uno no lo conociera, habría parecido algo cómico. Pero él es así, y sus manías deben tolerarse. Posee, incluso, cierto encanto [...].”[18] Habiendo hecho exitosamente las paces por lo pronto, Göring y Goebbels hablaron varias horas sin parar, animados por Speer. Goebbels halagó a Göring, pero también censuró que hubiera permitido que el Consejo Ministerial de Defensa se volviera inoperante. A causa de la obsesión de Hitler con los asuntos militares, había “una total falta de liderazgo claro en la política interior y exterior”. A ambos les preocupaba la salud del Führer: Göring comentó que, en tres años y medio de guerra, aquél había envejecido quince años, que se encerraba demasiado y que llevaba un estilo de vida muy poco saludable.[19]

Aunque ninguno lo dijo en voz alta, obviamente los dos advertían que el estado de salud de Hitler volvía urgente la cuestión de la sucesión. Goebbels puede haber tenido sus diferencias con Göring, pero habían pasado mucho tiempo juntos y, más todavía, él pensaba que podía

manejarlo si éste se convertía en líder. No podía decir lo mismo de Bormann, y en realidad tampoco de Himmler. Este último no podría ser marginado, así que se le tendría que integrar al reactivado Consejo de Defensa, donde al menos sería posible vigilarlo. Bormann debía ser puesto en su sitio, y rápido. Enfatizando esmeradamente que todo lo que planeaban era por lealtad al Führer y su deseo de ayudarlo aligerando algunas de sus cargas, prepararon sus planes contra el Comité de los Tres, a quienes Göring dio en llamar, despectivamente, "los tres reyes". Goebbels apuntó también hacia Ribbentrop, a quien aún esperaba remplazar como ministro del Exterior, y Göring se sumó con gusto a ello. La guerra, acusó, era cosa de Ribbentrop: nunca había hecho un intento serio de modus vivendi con Gran Bretaña, simplemente porque tenía un complejo de inferioridad.[20]

Mientras hablábamos, registró Goebbels en su diario, me dio la impresión de que a Göring le estimulaba visiblemente lo que yo decía. Le entusiasmaron mucho mis propuestas, y preguntó de inmediato cómo procederíamos específicamente. Sugerí que él presentara algunos nombres, y yo trataría de ganarme al resto. No les revelaremos nuestras verdaderas intenciones: excluir gradualmente al Comité de los Tres y transferir sus facultades al Consejo Ministerial. Eso sólo causaría dificultades innecesarias. No tenemos otra ambición que apoyarnos unos a otros, y formar una sólida falange alrededor del Führer.

Coincidieron en que tendrían que elegir cuidadosamente el momento de llevar la propuesta a Hitler, y en que Goebbels y Speer prepararían el terreno. Se volverían a reunir en dos semanas, con Funk y Ley, tras de lo cual procederían contra Bormann y su camarilla. "Nos mantendríamos unidos", recordó Speer, "apoyándonos en la decisiva reunión con Hitler. Todo estaba acordado: una pequeña conspiración."[21]

Llegado el momento, la "pequeña conspiración" acabó en nada. La RAF eligió el mismo día en que Goebbels, Göring y Speer se entrevistaron en el Obsersalzberg para lanzar su más devastador ataque hasta entonces contra Berlín, con trescientos dos bombarderos pesados que transportaban principalmente bombas incendiarias, aparte de "galletitas" explosivas de alta potencia, de mil ochocientos y tres mil seiscientos kilos. El daño esa noche fue enorme. En Tempelhof fueron destruidas ocho hectáreas de los talleres de reparación de trenes, mientras que en otros sitios veinte fábricas sufrieron severos daños y ochocientos setenta y cinco edificios, en su

mayoría habitacionales, quedaron reducidos a escombros. La Prager Platz, ochocientos metros al sur del Zoológico, fue completamente arrasada; la oficina de prensa del Ministerio del Exterior quedó destruida, y hubo daños considerables en toda la Unter den Linden. Más de setecientas personas murieron, y sesenta y cuatro mil novecientas nueve quedaron sin hogar. Los bonos de Göring bajaron de nuevo con Hitler, y se desplomaron tres días después, cuando grandes asaltos contra Essen señalaron el inicio de la Batalla del Ruhr, que continuó sin cesar hasta el 10 de julio. No era momento propicio para proponer nuevas facultades para el mariscal del Reich.

A fin de tratar el tema, Goebbels y Speer viajaron a Vinnitsa, adonde Hitler había regresado temporalmente para dirigir la nueva campaña de primavera en el este, pero el Führer estaba tan enojado con Göring y la Luftwaffe que decidieron que no valía la pena intentarlo, en especial cuando llegó la noticia de un intenso ataque contra Nuremberg. En ausencia de Göring, quien estaba en Italia, Hitler hizo levantar a Bodenschatz de su cama para asestarle un sermón. Goebbels intervino en defensa de Göring y al rescate de Bodenschatz, pero fue poco lo que realmente pudo hacer para aplacar la furia de Hitler. “Göring sabe que ha llegado su hora”, apuntó. Como para confirmar esto, Hitler ordenó a Göring abandonar Roma al instante y volver a Vinnitsa para dar una explicación.

Göring llegó a Vinnitsa la tarde del 11 de marzo, casi a la misma hora que Rommel, quien acababa de ser relevado del mando de su grupo militar en el norte de África tras perder la batalla de Medenine, que debió librar contra su voluntad. Su destitución se mantuvo en secreto, por temor al efecto que podía tener en la moral, y oficialmente se le concedió permiso por enfermedad. Ambos tuvieron oportunidad de compadecerse entre sí antes de que Göring enfrentara al Führer, a las nueve y media de la noche, para recibir un fuerte regaño. Hitler exigió ataques de represalia contra ciudades británicas, “terror de nuestro lado”, como la mejor manera de impedir que ciudades alemanas quedaran reducidas a un montón de escombros. Luego de arremeter contra los generales de la Luftwaffe, que vivían a todo lujo en *châteaux* franceses y no mostraban el menor interés en bombardear Gran Bretaña, dejó en claro que la única forma en que Göring podía recuperar su confianza era asumir otra vez el control de la Luftwaffe. Göring respondió durante el resto de esa primavera y el verano con un

torrente de invectivas contra sus pilotos, a los que acusó de cobardía e incompetencia. Pero sabía que el verdadero problema era la escasez de aviones. Milch y Speer hacían milagros de reorganización en la industria aeronáutica, y ya habían aumentado la producción a unos dos mil aviones al mes pese a los daños a fábricas causados por el bombardeo aliado. Sin embargo, los aviones que hacían eran obsoletos, y Alemania se atrasaba cada vez más en nueva tecnología.

Resentido por la vitriólica censura de Hitler, Göring llamó a todos los fabricantes de aviones —Messerschmitt, Heinkel, Dornier *et al.*— a Carinhall, y desahogó a su vez su enojo en ellos. "¡Se me ha engañado", exclamó teatralmente, "en una escala a la que antes sólo estaba acostumbrado en los actos de magos y prestidigitadores!." Con anterioridad a la guerra, vociferó, se le había dicho que ciertas cosas estaban completamente listas, ¡y ni siquiera lo estaban aún para estos días! ¿Dónde estaba el bombardero pesado que se le había prometido? ¿Por qué el tan cacareado He-177 sufría catastróficas pérdidas por accidentes, no por la acción enemiga? ¿Por qué el enemigo podía bloquear los radares alemanes mientras que los alemanes no podían bloquear los de él? ¿Por qué podía "arrojar sus bombas por entre una cubierta de nubes hasta un barril de encurtidos en una estación de ferrocarril, pero nuestros caballeros 'ni siquiera pueden dar con Londres'?".[22] Se enfurecía cada vez más; la transcripción de su discurso abarca cien páginas. Tal vez no estaba mejor informado que de costumbre, pero no cabe duda de que, por el momento al menos, había recuperado toda su energía.

Un día antes de que pronunciara su arenga frente a los fabricantes de aviones, Göring había presidido otra reunión secreta de los conspiradores, en su palacio en la Leipziger Platz, con objeto de precisar las tácticas para, como dijo Speer, "recuperar a Hitler para nosotros". Se convino en que, al primer momento adecuado, Göring mismo haría a Hitler la propuesta de reactivar el Consejo Ministerial de Defensa, con Speer y Himmler incluidos entre sus miembros. El momento justo pareció llegar cuando se concertó una conferencia para cuestionar las afirmaciones de Sauckel sobre cifras de oferta de mano de obra, que él exageraba ante Hitler hasta en un millón de trabajadores. Sauckel era, por supuesto, *protégé* de Bormann, y una impugnación en su contra lo sería también contra Bormann.

La conferencia se convocó para el 12 de abril, en el edificio de la secretaría de la cancillería en el Obersalzberg, pues Hitler pasaba unos días en el Berghof. Antes de que empezara, Milch se sumó a Speer para recordar a Göring lo que querían, y se frotó las manos diciendo: “Pronto nos habremos hecho cargo de esto”. Pero, poco después quedó claro que las cosas no marchaban conforme a lo planeado. Para comenzar, los conspiradores se sorprendieron al descubrir que Himmler, Bormann y Keitel acompañaban a Sauckel en la mesa. Luego llegó un mensaje de Goebbels, que decía que éste se había enfermado de camino al Obersalzberg. Estaba tendido en su auto con “un ataque de cólico renal”, dijo, y no podría asistir a la reunión. Presumiblemente, había sido comprado por Bormann o Himmler, o se había enterado de que Bormann acababa de ser oficialmente nombrado Secretario del Führer, y decidió que era momento de cambiar de parecer. En lo sucesivo, su actitud con Bormann cambiaría, y lo mencionaría en términos elogiosos en su diario, señalando que, fueran las que fuesen sus faltas, había sido “extraordinariamente leal” al Führer.

Cuando empezó la reunión, Sauckel simplemente negó todo, y aseguró que ya había entregado los trabajadores que Speer y Milch querían. Ése era el momento en que se esperaba que Göring se lanzara contra él, exigiendo evidencias y acusándolo de mentir. En cambio, se embarcó en un ataque contra su propio asistente, Milch, al que acusó de crear problemas a “nuestro buen camarada del partido Sauckel, quien hacía su mayor esfuerzo y había alcanzado tantos éxitos”. “Fue”, según un abatido Speer, “como si Göring hubiera elegido el disco equivocado.” Himmler, quien aportaba grandes cantidades de trabajadores explotables de sus campos de concentración, ofreció una razón terriblemente verosímil de la discrepancia en las cifras: “La explicación más probable del faltante de un millón de personas”, sugirió tranquilamente, “¿no será la de que ya están muertas?”.[23]

Con la defección tanto de Goebbels como de Göring, la conspiración se desplomó. Quizá el cambio de opinión de Göring se haya debido a la entrada de Himmler al juego a favor de Bormann: por varias razones, a Göring le importaba mejorar sus relaciones con Himmler y la SS. Otro posible motivo de ese súbito y radical cambio de parecer emergió después de la reunión, cuando Göring llevó aparte a Speer y le dijo: “Sé que le

agrada trabajar con mi secretario de Estado, Milch. Pero por el aprecio que le tengo, quiero prevenirlo contra él. No es de confiar; tan pronto como sus intereses están en duda, pisotea aun a sus mejores amigos”. Speer se lo comentó a Milch, quien se rio y le dijo que Göring había dicho exactamente lo mismo de él. Speer pensó que Göring intentaba sembrar desconfianza, y que “la triste realidad era que nuestros círculos estaban tan plagados de sospechas que la amistad semejaba amenaza”.[24] Aunque parece más probable que Bormann practicara su juego de costumbre. Le habría bastado con convencer a Göring de que Milch trataba de suplantarlo como comandante en jefe de la Luftwaffe y de que Speer se había propuesto usurpar su papel como sucesor elegido de Hitler para ponerlo contra sus colaboradores. No existe, desde luego, ninguna evidencia de esto. Las hay, en cambio, de que por esos días Bormann entregó a Göring unos seis millones de marcos del Fondo del Reich, para financiar su hábito de coleccionar obras de arte.

La manía de Göring por las obras de arte no daba señas de mejoría; ese mismo mes pidió dos millones de marcos al ministro de Finanzas, el conde Schwerin von Krosigk, para nuevas ampliaciones de Carinhall, a fin de alojar su creciente colección. Göring no era el único que usaba preciosos recursos para sus proyectos privados de construcción, aunque para este momento a la mayoría de los demás peces gordos nazis les preocupaba más su seguridad. Goebbels quitaba focos para ahorrar, pero al mismo tiempo había hecho construir un profundo refugio antiaéreo en el jardín de su residencia oficial, a un costo de trescientos cincuenta mil marcos, y con material suficiente, se quejó el arquitecto, como para construir trescientas casas de obreros.[25] Asimismo, en los terrenos de la cancillería del Reich se construía un nuevo búnker subterráneo con dieciocho habitaciones para Hitler, a un costo de 1.4 millones de marcos.[26] La dura realidad se colaba, por fin, en el mundo de fantasía del Führer.

Göring no fue el único de los paladines de Hitler en sentir en esa época el filo cortante de su lengua; el Führer estaba enfermo, sumamente deprimido, y sujeto a cambios anímicos y súbitas rabietas aún más violentas que de costumbre. Himmler había recibido un severo regaño en enero por razones desconocidas, tal vez por no haber designado aún, luego de siete meses, al sucesor de Heydrich en la jefatura de la RSHA; poco después eligió

asombrosamente a Ernst Kaltenbrunner, el poco conocido HSSPF de Viena, pasando por encima de todos los candidatos obvios, como Müller, (el de la Gestapo), y el jefe de inteligencia extranjera del SD, Schellenberg, para evitar que adquirieran demasiado poder personal. Sin embargo, es más probable que el desagrado de Hitler se haya debido al alud de quejas contra el Inland SD, que aunque tenía prohibido interferir en cuestiones internas del partido, enviaba con regularidad muy críticos reportes de sus espías e informantes sobre líderes locales. Cualquiera que haya sido el motivo, la enfurruñada reacción de Himmler reveló un inmenso complejo de inferioridad. Bormann dijo a su esposa en una carta que Himmler estaba "sumamente ofendido, y al parecer no sólo desde ayer", pues se quejaba de que Hitler lo había tratado injustamente durante años; mientras que otros habían sido favorecidos, a él sólo se le había considerado capaz de formar divisiones para el Führer.

Si las críticas de Hitler se debieron a las actividades del SD, entonces habrían sido instigadas por Bormann, para proteger los intereses de sus Gauleiter y dirigentes del partido. Era propio de los métodos manipuladores de Bormann que después haya tratado de consolar a Himmler, recordándole que debía poner en la balanza esas ocasionales críticas contra el hecho de que Hitler lo elogiara siempre frente a otras personas. Pero Himmler se resistió a serenarse. "Las críticas de H[einrich] H[immler] eran tan amargas, y a veces tan ácidas", escribió Bormann, "que en otras circunstancias yo no habría tenido más opción que pararme y decir: 'Lo siento, pero debo despedirme, y quitarme tu uniforme. El Führer es el Führer y está más allá de toda crítica'". No se despidió, ni se deshizo de su uniforme de la SS, porque, dijo, tomó en cuenta la tensión nerviosa bajo la que Himmler se encontraba, y la distorsionada visión de las cosas que esto producía. Pero, escribió, la "fría manera de criticar" de Himmler le pareció "desagradable".[27]

Para la primavera de 1943 ese desagrado se había olvidado, y la estrella de Himmler ascendía rápidamente otra vez. Él había complacido a Hitler al informarle que, para fines de 1942, sus campos de exterminio habían eliminado al menos dos millones de judíos, cifra que pronto aumentaría drásticamente: los cuatro nuevos complejos de la línea de destrucción de vestidor subterráneo-cámara de gas-elevador eléctrico-crematorios que

acababan de entrar en servicio en Auschwitz-Birkenau serían capaces de eliminar a veinte mil judíos al día.

Aparte de los campos de exterminio, Himmler regía ahora sobre veinte campos de concentración oficialmente designados, y ciento sesenta y cinco campos afiliados de trabajos forzados, ubicados en su mayoría en el Reich, además de miles de campos menores, establecidos por jefes locales de la SS y la policía.[28] La naturaleza de estos campos había cambiado considerablemente desde el inicio de la guerra, cuando se les usó, sobre todo para la detención preventiva y cuando se ponía a trabajar a los reclusos en la cantería y otras ocupaciones carcelarias tradicionales. Ahora, bajo la dirección de Oswald Pohl, director del Departamento de Economía y Administración de la SS, el principal propósito era la manufactura de una amplia variedad de productos en empresas de la SS, y en especial el suministro de trabajadores a industrias ávidas de mano de obra.

Esto significaba que los presos ya debían ser vistos como bienes económicos, casi de la misma forma que los esclavos en las plantaciones algodoneras de Estados Unidos, o en los cañaverales de las Antillas. Aunque Himmler y el nuevo ministro de Justicia, Thierack, habían acordado que ciertas categorías de presos podían morir trabajando, los números se habían vuelto súbitamente importantes. No obstante, la tasa de mortalidad en los campos "regulares" seguía siendo de alrededor de 60%. A fines de 1942, Pohl se quejó de que de los ciento treinta y seis mil ochocientos setenta individuos llegados a los campos de concentración entre junio y noviembre, setenta mil seiscientos diez habían muerto ya; esto, señaló, "reducía seriamente las cantidades disponibles para el trabajo en armamento en las fábricas de los campos de concentración".[29] Tales pérdidas no sólo perjudicaban el esfuerzo bélico; también reducían las ganancias de la SS, que la oficina de Pohl había calculado con meticuloso detalle:

> El alquiler de reclusos en campos de concentración a empresas industriales produce un rendimiento promedio de seis a ocho RM [*Reichsmark*], de los cuales deben deducirse setenta *Pfennige* ["centavos"] en ropa y alimentos. Suponiendo que la esperanza de vida de un recluso es de nueve meses, esa suma puede multiplicarse por doscientos setenta. El total es de mil cuatrocientos treinta y un RM. Esta ganancia puede aumentar mediante la utilización racional de los cadáveres, es decir por

medio de empastes dentales de oro, cabello, ropa, objetos de valor, etcétera, aunque, por otro lado, cada cadáver representa una pérdida de dos RM, el costo de la cremación.[30]

El control de esta importante fuente de mano de obra en un momento en que once millones de alemanes habían sido tomados de la economía para servir en las fuerzas armadas, concedía enorme influencia a Himmler en la lucha por el poder, lo mismo que para impresionar a Hitler. Y cuando éste aceptó que aquél instalara sus fábricas de armas, Himmler dio un significativo paso hacia el cumplimiento de su sueño de un Estado integrado y autónomo de la SS dentro del Estado.

La principal beneficiara de la oferta de mano de obra de Himmler era la Reichswerke de Göring: para fines de 1942, ésta obtenía de los campos de concentración entre 80 y 90% de su fuerza de trabajo, de seiscientos mil miembros, mientras que en el resto de la industria alemana la proporción era de alrededor de 20%. Ésta era, por supuesto, una de las principales razones de que Göring debiera estar en buenos términos con Himmler, y de que cooperara con la SS en la obtención de explotables trabajadores no judíos de los países ocupados. También cooperó en algunos experimentos con prisioneros de los campos, en especial los concernientes a la exposición a frío extremo y elevada altitud, relevantes para las técnicas de sobrevivencia de la Luftwaffe. Al igual que los médicos de la SS involucrados, Göring no parece haber tenido ningún problema para matar a prisioneros en nombre de la ciencia.

Hitler pudo haber quedado impresionado por el programa de campos de concentración de Himmler, pero lo que realmente ganó su aprobación fue el desempeño de la Waffen-SS en el este. Mientras el Ejército Rojo avanzaba trabajosamente en su gran contraofensiva después de Stalingrado, Hitler hizo intervenir a las tres originales unidades de elite de la SS, el Leibstandarte, Das Reich y Totenkopf, que acababan de ser reacondicionadas en Occidente y equipadas con los más recientes vehículos blindados de combate y artillería, incluidos el nuevo tanque mediano Panther y una versión puesta al día del tanque pesado Tiger. Rediseñadas divisiones de SS-Panzergrenadier (soldados de tanques de la SS) se integraron al II Cuerpo de SS-Panzer. Cuando dos ejércitos soviéticos

cruzaron el río Donets al este de Jarkov el 11 de febrero de 1943, Hitler ordenó a aquellas unidades defender dicha ciudad como una fortaleza, lo que venido de él significaba a muerte. El 16 de febrero, rodeados y amenazados por un levantamiento en la ciudad, sus soldados ignoraron su orden y escaparon, dejando Jarkov a los soviéticos. Habiendo recorrido ciento ochenta y cuatro kilómetros hacia el sur para reunirse con el Cuarto Ejército de Tanques del general Hermann Hoth, pronto regresaron, deseosos de reparar su honor. Desobedeciendo otra orden, esta vez de Hoth de que evitaran esa ciudad, cargaron directamente contra ella, y en tres días de muy violentos combates lograron recuperarla. La victoria, y la ferocidad con que se obtuvo, fueron suficientes para que Hitler perdonara aquella insubordinación, y no tuvo más que elogios para sus valientes guerreros de la SS. Cuando la primavera descongeló el terreno y el agotamiento de los soviéticos puso otro alto temporal al combate en el este, Hitler empezó a planear una nueva campaña usando a Jartov como base, en la que sus combatientes desempeñarían un prominente papel.

Satisfecho —y sin duda aliviado— por los elogios de Hitler, Himmler visitó a sus hombres en Jartov en abril, para felicitarlos y recordarles su deber como guerreros raciales:

> Tenemos una sola tarea: la de mantenernos firmes y proseguir la lucha racial sin piedad [...] Nunca permitiremos que se extinga la extraordinaria arma de la reputación de horror y terror que nos precedió en las batallas de Jartov, sino que constantemente le añadiremos nuevo significado. El mundo puede llamarnos como quiera; lo principal es que somos los eternamente leales, obedientes, inquebrantables e invencibles combatientes del pueblo germánico y del Führer, la SS del Reich germánico.[31]

Para ese momento, Himmler ya tenía dificultades para mantener el control personal de la Waffen-SS, cada vez más independiente, pero aceptó con gusto el prestigio que ella le redituaba. Hitler ya había aprobado la formación de dos nuevas divisiones de SS-Panzergrenadier, la novena y décima; en esta ocasión autorizó dos más, una de ellas producto de la fusión de los regimientos de voluntarios noruegos y daneses con la Decimoprimera División Nordland, mientras que la otra, la Decimosegunda SS-Panzerdivision Hitlerjugend, estaría compuesta por voluntarios de diecisiete años de las Juventudes Hitlerianas. Nuevas divisiones adicionales se

crearon en el verano y el otoño —la Decimosexta División de SS-Panzergrenadier fue denominada Reichsführer-SS—, pero el reclutamiento era cada vez más difícil, y sólo se obtenía con coerción y conscripción, que invalidaban el fanatismo idealista de la SS.

El fanatismo de la SS no fue más evidente en ninguna otra parte que en Varsovia esa primavera. El desalojo del inmenso gueto judío de esa ciudad había empezado, en serio, en julio del año anterior, cuando Himmler ordenó que los territorios orientales ocupados debían quedar totalmente vaciados de judíos para fin de año. Una nueva oleada de masacres se extendió entonces por Polonia, Bielorrusia y Ucrania, y cuatrocientos mil judíos fueron asesinados en agosto de 1942; la matanza continuó, complementada por trenes cargados de judíos procedentes de Francia, Bélgica, Holanda y Noruega. Unos doscientos sesenta y cinco mil judíos de Varsovia fueron llevados a las cámaras de gas de Treblinka en agosto y septiembre, la mayor matanza en una sola comunidad durante la segunda guerra mundial. Quedaron cincuenta mil, y Himmler se enfureció al descubrir que treinta y dos mil de ellos eran de los llamados "trabajadores de armamentos", quienes producían principalmente ropa, botas y abrigos de piel destinados a las Wehrmacht, lo mismo que partes de maquinaria y aviones, para empresas privadas que competían con las compañías de Himmler. Éste ordenó entonces que esos trabajadores y su equipo fueran transferidos a campos de concentración, y que las Wehrmacht hicieran sus pedidos de equipo y uniformes a través de la SS.

Para ese momento los judíos de Varsovia ya sabían la verdad acerca de las "deportaciones" y cuál era el propósito real de Treblinka. Sin nada que perder, decidieron que no marcharían más en silencio. Formaron la Organización Judía de Combate, conocida por sus siglas en polaco, ZOB (Zydowska Organizacja Bojowa), y empezaron a recolectar y hacer las armas que podían; inicialmente sólo tenían dos pistolas, pero poco a poco adquirieron más, así como diecisiete rifles y varios miles de granadas. También comenzaron a fortificar edificios y construir búnkers y túneles subterráneos comunicados con el sistema de alcantarillado. Cuando el HSSPF del este, Friedrich Wilhelm Krüger, envió a ese gueto escuadrones especiales de la SS el 18 de enero de 1943, para ejecutar la orden de Himmler de cerrar las empresas privadas y atrapar más judíos para

Treblinka, sus hombres se toparon con una resistencia férrea, dado que mil combatientes judíos les lanzaron granadas y les dispararon con pistolas, matando a doce de ellos. El enfrentamiento continuó tres días, hasta que los alemanes se retiraron, humillados y perplejos. No regresaron hasta la mañana del 19 de abril, en la festividad judía de la Pascua, momento para el cual habían preparado su plan operativo y aumentado su fuerza a unos tres mil hombres, equipados con armas más pesadas, entre las que estaban un tanque, un carro blindado, varias piezas de artillería, ametralladoras pesadas y lanzallamas.[32]

Aun con esta ventaja, los alemanes fallaron en su primer intento, y fueron echados del gueto con bombas molotov, granadas y balas. Himmler, informado por teléfono, destituyó al comandante de la fuerza y ordenó su remplazo para iniciar un nuevo ataque en dos horas. La encarnizada batalla se prolongó cuatro semanas, durante las cuales los alemanes quemaron y demolieron edificios cuadra por cuadra, y los judíos, tanto hombres como mujeres, lucharon a muerte. No fue hasta el 16 de mayo que el ss-Brigadeführer Jürgen Stroop, comandante de la operación, pudo informar por teletipo a Krüger y Himmler: “El antiguo barrio residencial judío de Varsovia ha dejado de existir. La Gran Acción terminó a las 20:15 con la voladura de la sinagoga de Varsovia. Número total de judíos escarmentados: cincuenta y seis mil sesenta y cinco, incluidos tanto judíos atrapados como judíos cuyo exterminio puede probarse”. Seiscientos treinta y un búnkers habían sido destruidos. Unos veinte mil judíos fueron muertos en el gueto, y treinta y seis mil se enviaron a las cámaras de gas de Treblinka. Stroop informó que las pérdidas alemanas ascendían a dieciséis muertos y noventa heridos, pero esto fue, sin duda, para complacer a Himmler; las cifras verdaderas se estimaron en cuatrocientos y mil, respectivamente. Como recuerdo, Stroop compiló con orgullo todos sus informes en un hermoso volumen, empastado en cuero negro abullonado, bajo el título “El distrito residencial judío de Varsovia no existe más”, ilustrado con cincuenta y cuatro fotografías.[33] Mandó hacer tres ejemplares, uno para él, otro para Krüger y otro más para Himmler, quien lo premió con la Cruz de Hierro, primera clase.

El 19 de junio Himmler visitó a Hitler en el Berghof y le informó que el desalojo de judíos del Gobierno General de Polonia estaba por completarse.

Sin embargo, no le dijo que la noticia de la revuelta de Varsovia había inspirado a judíos de otros guetos —notablemente en Bialystok, aunque también en los campos de exterminio de Treblinka y Sobibor— a luchar con igual ferocidad. Tras expresar su satisfacción, Hitler le dijo que “la deportación de los judíos debía continuar, independientemente del descontento que pudiera causar en los tres o cuatro meses siguientes, y que tenía que ser total”.

Para 1943, las potencias occidentales ya sabían de la Solución Final, aunque fue muy poco lo que pudieron hacer al respecto. Goebbels, quien aún confiaba en la posibilidad de separar a Gran Bretaña y Estados Unidos de la Unión Soviética y atraerlos a la lucha contra el comunismo, intentaba hallar la manera de distraerlos de la cuestión judía. De igual forma, cuando rumores sobre los campos de exterminio empezaron a extenderse en el pueblo alemán, procedentes en parte de programas de la BBC de Londres y el servicio soviético de información en Moscú oídos en secreto, se hizo preciso distraer también a la nación. A principios de abril, Goebbels encontró el modo de hacerlo, al menos por un tiempo, con la noticia de que varias fosas comunes se habían descubierto en el bosque de Katyn, cerca de Smolensk, y que contenían los cuerpos de miles de oficiales polacos, tomados prisioneros por el Ejército Rojo en 1939.

Se trataba en realidad de unos cuatro mil quinientos cuerpos, la mayoría de ellos con las manos atadas a la espalda y ejecutados de un disparo en la nuca.[34] Era evidente que habían sido asesinados por los soviéticos. En una pasmosa muestra de hipocresía, Goebbels se abalanzó ávidamente sobre esa atrocidad, aumentando el número de muertos a entre diez y doce mil y llevando al sitio a grupos de periodistas, para que vieran e informaran de los horrores por sí mismos. A ellos les siguieron delegaciones de países neutrales y ocupados, incluido Polonia, aunque Goebbels debe haber tenido dificultades para hallar a curas, eruditos y escritores polacos tras las actividades de los Einsatzgruppen, que desde luego nunca fueron mencionados. Tampoco lo fueron los campos de exterminio, que contaban sus víctimas en millones.

Esta campaña de Goebbels fue un gran éxito. El gobierno polaco exiliado en Londres aceptó lo mismo las cifras que la acusación de que la Unión Soviética era la responsable, y exigió una investigación de la Cruz

Roja. Stalin reaccionó rompiendo relaciones diplomáticas con los polacos "burgueses", y Goebbels chilló de felicidad. "Todas las radiodifusoras y periódicos del enemigo coinciden unánimemente", escribió en su diario. "La rutpura debe verse como un triunfo absoluto de la propaganda alemana, y en especial de mi persona. La gente admira la extraordinaria habilidad y astucia con que vinculamos con el caso Katyn un asunto altamente político. De pronto están apareciendo grietas en el campamento aliado."

Menos mal que Goebbels tenía tanta confianza en su habilidad y astucia: necesitaría cada gramo de ellas en los tres meses siguientes, si quería mantener la moral del pueblo alemán después de un desastre tras otro. El 12 de mayo de 1943 las exhaustas fuerzas del Eje en el norte de África se rindieron al fin; más de doscientos treinta y ocho mil soldados alemanes e italianos fueron hechos prisioneros. Goebbels suprimió las cifras, y trató la derrota como una victoria, y como héroe a Rommel, quien, renuente, había sido enviado a casa con un permiso por enfermedad.

También había malas noticias en el mar, ámbito en el que ese mes recibió el nombre de Mayo Negro. El gran almirante Karl Dönitz, quien había asumido el puesto de comandante en jefe de la marina a fines de enero, mientras seguía siendo comandante en jefe de los submarinos, había tenido un buen invierno. A principios de marzo contaba en su flota con unos cuatrocientos treinta y cinco submarinos, y más de cien se hacían a la mar cada mes; esta flota localizaba cada convoy aliado, atacaba la mitad de ellos y hundía 22% de los barcos. El punto más alto se alcanzó entre el 16 y 18 de marzo, en una batalla continua entre treinta y ocho submarinos y dos convoyes, en la que aquéllos hundieron veintiún buques mercantes y una embarcación de escolta naval, con la pérdida de un submarino. Sin embargo, las contramedidas aliadas empezaron a dejarse sentir con nuevos e importantes avances en la inteligencia Ultra, respaldados por mejor equipo electrónico, más Liberators de muy largo alcance y aeronaves que operaban desde portaviones, de modo que la situación se invirtió pronto. En los primeros cuatro meses de 1943 se hundieron unos cincuenta submarinos alemanes; tan sólo en mayo, en cambio, se destruyeron cuarenta y siete, un tercio de ellos en sus puestos. Dönitz retiró todas sus embarcaciones del Atlántico Norte y las reubicó al sur de las Azores. La larga Batalla del Atlántico había terminado en una decisiva derrota.

Goebbels pudo ocultar, en gran medida, al pueblo alemán el desastre en el mar. Pero la batalla en el aire era imposible de esconder, pues los centros industriales de Alemania eran batidos noche tras noche y día tras día por la RAF y la USAAF (United States of America Air Force). Entre marzo y julio, la RAF concentró no menos de cuarenta y tres grandes ataques en el Ruhr, incluido el de la noche del 16-17 de mayo, cuando los Lancasters de su Escuadrón 617 penetraron entre neblina, colinas y fuego antiaéreo para abrir una brecha en las presas de Möhne y Eder con las ingeniosas "bombas de rebote" de Barnes Wallis, causando grandes inundaciones en los valles industriales y dejando fuera de servicio una vital estación hidroeléctrica. Göring, quien se recuperaba en Veldenstein de otra enfermedad que lo había postrado en cama a fines de abril, se sintió enfadado y humillado. "Mi gente me dice: 'No estamos seguros de poder encontrar Londres de noche'", se quejaría después. "En cambio, los muchachos de ellos vuelan sobre una presa totalmente cubierta por la niebla, y la destruyen por completo."[35]

Un día antes del ataque de los destructores de presas, los estadunidenses habían causado graves daños en la instalaciones de la marina en Kiel. "Si esto sigue así", escribió Goebbels con pesimismo, "tendremos que enfrentar serias consecuencias, las que a la larga resultarán insoportables." Pero eso siguió así, en especial en el Ruhr. Una semana más tarde, la RAF atacó Dortmund con más de dos mil toneladas de bombas, el asalto más intenso de la guerra hasta entonces, y Goebbels consignó que los informes que recibía eran "horribles [...] Plantas industriales y de municiones han sido atacadas con enorme rigor [...] Unos ochenta a cien mil habitantes sin techo [...] La gente del oeste empieza a perder poco a poco el valor. Un infierno como ése es difícil de aguantar [...] La destrucción es prácticamente total. Apenas si hay una casa habitable".[36]

Goebbels asumió el control de la situación formando un Comité Interministerial para la Reparación de Daños causados por Ataques Aéreos, con él como presidente, así que viajó de ciudad en ciudad, inspeccionó las ruinas y habló con la gente, que lo recibió calurosamente en todas partes. "Este sufrido pueblo sintió que al menos alguien se preocupaba por su suerte", asentó su asistente, Rudolf Semmler.[37] Para indignación de Goebbels y muchos otros, ni Hitler ni Göring visitaron en esos días las ciudades bombardeadas, Hitler porque simplemente no podría soportar

verlas, y en todo caso estaba ocupado planeando su nueva campaña de verano en el este, y Göring porque la carga de culpa sobre sus hombros era demasiado pesada.

Lo cierto es que, por una vez, no había mucho de qué culpar a Göring, pues ante cifras abrumadoras salta a la vista que nadie habría podido hacer más por proteger al Reich. Como hubiera podido testificar cualquier miembro de la tripulación aérea aliada, para ese momento las defensas aéreas alemanas ya eran formidables, tanto de día como de noche, y cadenas de estaciones de radar desde la costa occidental hasta el corazón del Reich detectaban intrusos, guiando fuego antiaéreo y cazas contra ellos. Irónicamente, el radar H2S que había enfurecido a Göring fue de gran ayuda para los defensores, porque su distintiva señal era fácil de detectar y rastrear, indicando posiciones de los bombaderdos desde el despegue hasta el blanco, tanto en el caso de aviones de combate como de fuego antiaéreo controlado por radar. Los cazas nocturnos, versiones exitosamente adaptadas del Me-110, Ju-88 y Do-217, cada cual con su propio radar a bordo, ofrecieron una temible oposición, pilotados por jóvenes que defendían su patria con tanta determinación como la que habían mostrado los pilotos de la RAF en la Batalla de Gran Bretaña. A principios de julio, las defensas aéreas alemanas dejaban fuera de combate a entre 5 y 6% de los aviones enemigos en cada ataque. Entre el 11 de junio y el 9 de julio, la RAF perdió más de cien bombarderos pesados, índice de pérdidas que no podría sostenerse, y el mariscal del aire Harris se vio obligado a admitir la derrota y a cancelar la ofensiva del Ruhr.

La batalla del Ruhr fue una victoria para la Luftwaffe, pero nadie se hizo ilusiones de que pudiera brindar más allá de un breve respiro. Ataques menores continuaron contra otros blancos, y entonces, el 24 de julio, los bombarderos dirigieron su atención contra Hamburgo. La RAF comprometió más de tres mil aviones en cuatro grandes ataques nocturnos contra esa ciudad en un periodo de diez días, con adicionales ataques de hostigamiento, mientras que la USAAF lanzó asaltos diurnos el 25 y 26. Haciendo una demostración de fuerza en comparación con la declinante sección de bombarderos de Göring, la RAF logró añadir un nuevo ataque a Essen la noche del 25-26 de julio, en el que seiscientos veintisiete aviones

arrojaron más de dos mil toneladas de bombas y dejaron fuera de servicio las fábricas Krupp.

Los británicos atacaron Hamburgo casi sin oposición, después de inutilizar por completo las defensas alemanas con el más simple de los recursos, denominado en clave “Window”, el cual consistió de nubes de tiras de papel aluminio esparcidas en el cielo, para cegar y confundir a los radares, de los que los reflectores, fuego antiaéreo y cazas nocturnos dependían por completo. En su segunda visita, los británicos agregaron una lluvia de bombas incendiarias a las bombas explosivas de alta potencia de tres mil seiscientos, mil ochocientos y cuatrocientos cincuenta kilos, e iniciaron tormentas de fuego, y pánico. “Las escenas de terror que tuvieron lugar en el área de la tormenta de fuego son indescriptibles”, informó el general de división Kehrl, jefe de la defensa civil de Hamburgo. “Niños eran arrebatados de manos de sus padres por la fuerza del huracán, y arrastrados por el fuego. Personas que creían haber escapado caían, vencidas por el calor devorador, y morían en un instante. Refugiados tenían que abrirse paso entre muertos y agonizantes. Los enfermos debieron ser abandonados por los rescatistas, ellos mismos en peligro de quemarse.”[38] El número de muertos se estimó en cuarenta y cuatro mil seiscientos civiles y ochocientos militares, y en un millón el de quienes huyeron; la mitad de la ciudad, un área que cubría veintidós kilómetros cuadrados, quedó reducida a escombros, y quinientas ochenta compañías industriales y de producción de guerra fueron destruidas o gravemente dañadas.[39]

La destrucción de la poderosa ciudad de Hamburgo afectó tanto la moral alemana como Stalingrado. “Una ola de terror irradió de esa sufriente ciudad y se extendió por toda Alemania”, recordaría más tarde Adolf Galland. “Se contaban detalles atroces de los grandes incendios, cuyo resplandor pudo verse durante días a una distancia de doscientos kilómetros. Una avalancha de aterrados y demacrados refugiados inundó las provincias vecinas. Pese a la estricta reticencia de los comunicados oficiales, el terror de Hamburgo se propagó rápidamente hasta los pueblos más remotos del Reich. Berlín fue evacuada en medio de señales de pánico.”[40] Una vez más, la culpa recayó en Göring.

Los ataques de Hamburgo pusieron fin a un mes de desastres sin tregua para los alemanes. El 5 de julio, luego de varias semanas de retraso, Hitler lanzó

su nueva ofensiva en el este, la Operación Ciudadela, destinada a aislar a cinco ejércitos soviéticos en un enorme abultamiento en torno al importante empalme ferroviario de Kursk, a medio camino entre Jarkov y Orel. La campaña empezó bien, pero topó pronto con dificultades, cuando las muy preparadas fuerzas soviéticas contuvieron en feroz combate a los alemanes y contratacaron después. Los dos mil setecientos tanques soviéticos frente a igual número de tanques alemanes hicieron de ésta la mayor batalla de unidades blindadas de la historia, la cual se prolongó con una ferocidad sin precedente, durante una semana entera.

Mientras los combates en Kursk estaban en su apogeo, llegó la noticia de que paracaidistas estadunidenses y británicos habían descendido en Sicilia el 9 de julio, seguidos por una invasión declarada dos días después, obvio preludio de un embate contra la Italia continental misma. Hitler, sumamente alarmado, suspendió la Ciudadela y ordenó al II Cuerpo de SS-Panzer, que, afirmó, equivalía a veinte divisiones italianas, redesplegarse en Italia. Pese a que Kesselring y Jodl declararon que era imposible mantener Sicilia, Hitler voló para reunirse con Mussolini en Feltre, cerca de Belluno, en el norte de Italia, con el fin de infundirle ánimos. Llevó consigo a Göring, pero no a Ribbentrop, caído en desgracia por no haber estado en su puesto durante la invasión de Sicilia; en realidad, había estado en cama con pulmonía, y quizá no estaba aún en condiciones de viajar, aunque esto apenas si servía de consuelo. El viaje fue inútil. El Duce, quien llevaba tiempo aquejado por una úlcera estomacal, lucía considerablemente mayor de sesenta años, su edad, y era evidente que había perdido la voluntad de continuar. Göring no parece haber desempeñado ningún papel significativo en la reunión, que se convirtió en el usual monólogo de Hitler ante un abatido Mussolini. A los esfuerzos de aquél por subir el ánimo del líder italiano no contribuyeron los informes del primer gran ataque aéreo contra Roma, que llegaron justo cuando ellos empezaban a hablar: evitando cuidadosamente el centro histórico, quinientos bombarderos de la Decimonovena Fuerza Aéra estadunidense habían arrojado mil toneladas de bombas sobre los centros ferroviarios de clasificación y campos de aviación de esa ciudad.

Roosevelt y Churchill habían dirigido tres días antes un mensaje conjunto al pueblo italiano, en el que concluyeron que éste tendría que

decidir si “morir por Mussolini o Hitler, o vivir por Italia y la civilización”. Optó por vivir. El 24 de julio el Gran Consejo Fascista, al que pertenecía Ciano, votó por conceder al rey plenas facultades para buscar la manera de salvar a Italia de la destrucción. Al día siguiente, el rey destituyó a Mussolini y nombró al mariscal Badoglio en su lugar. Mussolini fue puesto bajo arresto domiciliario en la isla mediterránea de Ponza.

La batalla de Kursk, ampliada por los soviéticos mediante nuevas ofensivas en torno a Orel y Jarkov, terminó a principios de agosto con la mayor derrota de las Wehrmacht hasta entonces. Stalingrado había sido traumática; Kursk fue catastrófica. Ésta fue, sin duda, la batalla más importante de la guerra europea, y el punto de inflexión decisivo en el frente oriental. Aunque los alemanes perdieron sólo veinte mil hombres, lo importante fue que la cantidad de tanques útiles se resquebrajó. Por mucho que trabajaran las bombardeadas fábricas alemanas, sus unidades blindadas jamás podrían recuperar la superioridad numérica sobre un Ejército Rojo respaldado por una industria armamentista que justo entonces alcanzaba un ritmo impresionante más allá de los Urales, sin acceso para la Luftwaffe, la cual no tenía aún bombarderos pesados de largo alcance. Mientras Hitler y sus generales calculaban el costo de su fracaso, el Ejército Rojo se aprestaba a avanzar inexorablemente, atravesando implacable mil quinientos kilómetros de devastación hasta su objetivo último: Berlín. La marea por fin había cambiado.

“¡LLÁMENME MEIER!”

La caída de Mussolini turbó a Hitler y sus paladines más que el fracaso de la Operación Ciudadela, porque llevaba consigo no sólo el peligro de que Italia desertara del Eje, sino también la desagradable idea de que lo que había acontecido en Roma ocurriera en Berlín. Hitler se enteró de lo sucedido en su conferencia de mediodía con sus generales el 25 de julio de 1943, mientras comentaban el primer gran ataque aéreo contra Hamburgo de la noche anterior. De inmediato se puso a despotricar, diciendo que quería que las tropas alemanas ocuparan Roma, derribaran al nuevo régimen y pusieran a salvo a Mussolini en Alemania. Olvidando que acababa de arremeter contra Göring y la Luftwaffe, recurrió al instante a su lugarteniente de mayor confianza, telefoneando a Göring para pedirle que se presentara cuanto antes en la Wolfsschanze. Explicó a los asombrados generales:

> El mariscal del Reich ha pasado por numerosas crisis conmigo. En una crisis, mantiene una frialdad absoluta. No se puede tener mejor consejero en momentos de crisis que él. En momentos de crisis, el mariscal del Reich es tan neutral cuan frío como el hielo. En situaciones desesperadas, he comprobado que siempre es implacable, duro como el hierro. Así que ustedes no hallarán mejor hombre: no existe un hombre mejor en estos lares. Él ha estado conmigo en todas las crisis, las más difíciles, y siempre se ha portado frío como el hielo. Cada vez que las cosas se ponen demasiado mal, él se muestra frío como el hielo [...].[1]

El Führer envió luego por Himmler, Goebbels y Ribbentrop, para completar el círculo mágico de sus más cercanos colaboradores, e hizo regresar a Rommel, de Salónica, adonde se le había remitido para que se ocupara del creciente problema de los partisanos y preparara la defensa contra la invasión aliada que Hitler preveía contra Grecia. La nueva situación significaba que Italia se había vuelto el principal objetivo, y Hitler pensaba

cambiar de lugar a Rommel para que asumiera el mando general en Italia. No tenía duda de que Badoglio, por más que protestara la lealtad italiana, se entendería con los aliados y sacaría a su país de la guerra. Hasta entonces, los planes alemanes de ocupar esa nación tendrían que esperar. Aun así, Hitler quería enviar tropas de primera a tomar Roma, y aun el Vaticano, pero Goebbels y Ribbentrop, uniendo fuerzas por una vez y respaldados por un cauto Rommel, consiguieron disuadirlo. En vez de ello, ordenó a Himmler averiguar dónde estaba detenido Mussolini, para poder rescatarlo y llevarlo a Alemania.

Mientras el titubeo en torno a Italia proseguía, empezó la reflexión sobre la tragedia que estaba teniendo lugar en Hamburgo. Göring había despachado a Bodenschatz a esa ciudad para hablar con el Gauleiter, Karl Kaufmann, y obtener información precisa, y aquél regresó con detalles terribles. Cuando se enteró de ellos, Göring ordenó dar prioridad, en lo sucesivo, a la defensa del Reich mediante la producción de más aviones de combate, algo con lo que todos sus generales estuvieron completamente de acuerdo, aun los de la sección de bombarderos. Si se concentraban en el alto a los ataques, creyeron, podrían dar tiempo a la industria aeronáutica para regenerarse, tras de lo cual estarían en condiciones de reanudar la ofensiva.

“Nunca antes ni después atestigüé tanta determinación y acuerdo en el círculo de los responsables de la jefatura de la Luftwaffe”, escribiría Galland después. “Era como si bajo el impacto de la catástrofe de Hamburgo todos hubieran hecho a un lado sus ambiciones personales o sectoriales [...] para en esa hora crítica hacer todo por la defensa del Reich, y no dejar nada sin hacer para prevenir una segunda desgracia nacional de esa dimensión.”[2] Animado por tal espíritu de unidad, Göring abandonó a los generales y fue a ver a Hitler, para obtener su aprobación. No la consiguió. Salió del búnker del Führer en estado de choque, pasó junto a sus generales sin dirigirles la palabra ni mirarlos y se encerró en una habitación contigua. Un rato después llamó a Galland y el general de los bombarderos, Dietrich Peltz, quienes se quedaron estupefactos al hallarlo completamente deshecho, la cabeza hundida entre los brazos sobre la mesa, gimiendo cosas incomprensibles. Permanecieron ahí, apenados, mientras, poco a poco, él se recomponía lo suficiente para decirles que presenciaban sus “peores momentos de desesperación”. El Führer había perdido la fe en él, dijo.

Había rechazado sus propuestas de defensa total, y dado a la Luftwaffe lo que él describió como la última oportunidad de restaurar su honor con bombardeos a gran escala sobre Inglaterra. El terror, había insistido una vez más, sólo podía combatirse con contraterror.

Tras enjugarse las lágrimas, Göring se enderezó y declaró que Hitler lo había hecho darse cuenta de su error: "El Führer siempre tiene la razón. Debemos dar tan fuertes golpes a nuestro enemigo en Occidente que jamás se atreva a arriesgar otro ataque como el de Hamburgo. General Peltz, lo nombro en este instante jefe del ataque contra Inglaterra."[3] Peltz hizo todo lo que pudo con los limitados recursos a su disposición, pero la serie de asaltos que organizó contra Inglaterra resultaron en pérdidas inaceptables, con poco que ofrecer para los alemanes: las bajas civiles británicas en los tres últimos meses de 1943 fueron de doscientos cuarenta y siete muertos y quinientos sesenta y un heridos.

Entre tanto, malas noticias siguieron acumulándose durante el mes de agosto, y llegaron a su clímax el 17, con el fin de la batalla de Sicilia luego de treinta y nueve días. Cuarenta mil soldados alemanes y sesenta y dos mil italianos fueron evacuados sin contratiempos al continente, con todas sus armas y equipo,[4] pero durante la campaña, las fuerzas del Eje habían sufrido ciento sesenta y siete mil bajas, treinta y siete mil de ellas alemanas.[5] Ese mismo día negro, quinientos setenta y un bombarderos de la RAF arrojaron mil novecientas treinta y siete toneladas de bombas explosivas de alta potencia contra el centro secreto de investigación y fabricación de armas en Peenemünde, en el Báltico, lo que retrasó varias semanas la producción de la bomba volante V-1 y del cohete V-2, mientras que trescientos quince aviones estadunidenses atacaron las plantas de rodamientos en Schweinfurt y luego la fábrica de Messerschmitt en Ratisbona, ambas en lo más profundo de Baviera, antes de continuar su vuelo para aterrizar en el norte de África.[6] Ése fue el primer ataque estratégico de la USAAF, y aunque la Luftwaffe derribó no menos de sesenta aviones, esto no bastó a ojos de los alemanes para compensar el hecho de que aquélla había matado a cuatrocientos trabajadores de Messerschmitt y reducido en 38% la producción alemana de rodamientos.

Göring endosó por un tiempo a Jeschonnek la culpa de los fracasos defensivos de la Luftwaffe, junto con casi todos los demás problemas de

ésta. Al tiempo que su relación se deterioraba, Jeschonnek intentó transitar de su puesto como jefe de Estado Mayor hacia el mando activo de una flota aérea, pero Hitler se rehusó a ello. Los insultos que tanto Hitler como Göring apilaron sobre él tras los ataques del 17 de agosto fueron el colmo, y un día después Jeschonnek siguió el ejemplo de Udet y se pegó un tiro, dejando una nota que decía que ya no le era posible trabajar con Göring. En el anuncio oficial se afirmó que había muerto de hemorragia estomacal. En su lugar, Göring nombró al general Günter Korten, eficiente y confiable oficial que infundió nueva determinación a la Luftwaffe al año siguiente, con la colaboración de su nuevo asistente, el imperturbable teniente general bávaro Karl Koller.

Mientras Göring caía en desgracia cada vez más, Himmler subía rápidamente. El 20 de agosto, Hitler lo nombró ministro del Interior, en sustitución de Frick, a quien ya consideraba "viejo y cansado" a sus sesenta y siete años y contra el que Goebbels había intrigado durante varios meses. Los acontecimientos en Italia habían obligado a Hitler a admitir que debía ejercer mayor control en el frente interno para prevenir cualquier acción subversiva, y Himmler era, obviamente, el indicado para hacerlo. Se consumaba así el Estado policial de Himmler: en vez de que el Ministerio del Interior controlara a la policía, ésta controlaba al Ministerio del Interior, la SS controlaba a la policía... y Himmler controlaba a las dos.

El 23 de agosto, mientras el Ejército Rojo volvía a tomar Jarkov por última vez, la RAF regresó a Berlín con setecientos veintisiete Lancasters, Stirlings y Halifaxes, más algunos Mosquitos dispersos que fungieron como exploradores. Al acercarse a la ciudad, estos aviones se vieron frente a una nueva amenaza: Berlín ya estaba defendida por cazas nocturnos, tanto como por formidables baterías antiaéreas. Hasta entonces, los cazas alemanes se habían mantenido lejos de las ciudades, donde eran tan vulnerables al fuego antiaéreo como los bombarderos británicos. Sólo habían operado en las rutas desde la costa, guiados a sus blancos por radares en tierra. Con el desplome del sistema controlado por radares tras la introducción de Window, el mayor Hajo Herrmann, experto en bombarderos, ideó una riesgosa pero efectiva táctica, que bautizó como Wilde Sau, "jabalí". Ésta implicaba lanzar aviones de combate a una salvaje gresca en el cielo sobre las ciudades, donde los pilotos podían depender del contacto visual para

hallar y atacar bombarderos enemigos captados por los rayos de los reflectores o la luz de las bengalas, o perfilados contra el brillo de edificios en llamas en tierra. Como no dependían del radar, los cazas nocturnos convencionales con tripulación de dos o tres miembros —un artillero y operador del radar aparte del piloto— podían ser complementados con muy rápidos y maniobrables monoplazas. Su propósito era atrapar a los atacantes en plena misión de bombardeo, justo cuando eran más vulnerables. Imposibilitados de cambiar de curso hasta que sus compartimientos de bombas se vaciaran, constituían blancos relativamente fáciles para osados jóvenes pilotos de la Luftwaffe.

Esto era peligroso —los cazas corrían el riesgo de su propio fuego antiaéreo tanto como de las armas de los bombarderos y de una colisión en pleno vuelo—, pero dio resultado. La RAF perdió sesenta y dos aviones el 23 de agosto, sus bajas más cuantiosas jamás sufridas en una sola noche. La Luftwaffe, por su parte, pudo considerar su labor de esa noche como eminentemente satisfactoria. Perdió nueve aviones, pero sólo cuatro tripulaciones aéreas. La RAF estaba de regreso el 25 de agosto, y de nueva cuenta el 31 de agosto y 3 de septiembre, pero con menos aviones cada vez; el éxito del fuego antiaéreo y los cazas nocturnos redujo sostenidamente el número de aparatos a disposición del mariscal del aire Harris.

Después del 3 de septiembre, Harris suspendió el ataque a Berlín. Ésta fue una victoria para Göring y la Luftwaffe, pero también un triunfo invisible, opacado por el desembarco del Octavo Ejército británico en Reggio di Calabria, en la punta de la Italia continental. Ese mismo día, los italianos firmaron un armisticio con los aliados, aunque se mantuvo en secreto hasta el 8 de septiembre, para evitar que los alemanes tomaran el control del país antes de que los estadunidenses y británicos hubieran desembarcado en gran número, lo que hicieron al día siguiente.

Hitler acababa de retornar de una visita relámpago al cuartel del Grupo Militar Sur en Zaporozhie, en el frente oriental, donde se había visto obligado a aceptar la retirada total, y no estaba de humor para aceptar la deserción de los italianos. Ya había trasladado dieciséis divisiones alemanas a Italia, entre ellas la División de SS-Panzergrenadier Leibstandarte, desplazada desde el este —había cambiado de opinión sobre las otras dos divisiones de la Waffen-SS, Das Reich y Totenkopf, que mantuvo en el

oriente—, y aquéllas estaban listas para asumir el control del centro de Italia. Las tropas alemanas entraron a Roma el 10 de septiembre, e impidieron una invasión aliada por aire al tomar los aeropuertos. Seiscientos cincuenta mil soldados italianos fueron desarmados por la fuerza y sometidos a cautiverio, siendo enviados trescientos mil de ellos al Reich a realizar trabajos forzados. La resistencia se reprimió con ferocidad implacable: seis mil soldados italianos fueron muertos en una división que resistió dos semanas. Junto con la fuerza aérea, la mayor parte de la marina italiana escapó y zarpó hacia Malta para unirse a los aliados, pero los aviones de la Luftwaffe interceptaron y hundieron al acorazado *Roma* y dañaron gravemente su buque gemelo, *Italia*.

El 12 de septiembre la SS se distinguió una vez más a los ojos de Hitler con el audaz rescate de Mussolini, aunque paracaidistas de Göring compartieron la gloria de una operación reminiscente de la captura de la fortaleza belga de Eben Emael. Los hombres de Himmler habían descubierto que el Duce se hallaba detenido, entonces, en un remoto hotel en la nieve, a mil novecientos ochenta metros de altura en el Monte Corno, la montaña más alta de los Abruzos. La tarea de recuperarlo en ese lugar inaccesible se asignó al SS-Obersturmbannführer Otto Skorzeny, jefe de las unidades especiales de comando de la RSHA, quien hizo desembarcar doce planeadores con noventa paracaidistas de Student en la empinada pendiente justo frente a la puerta del hotel. Auxiliados por el general italiano Spoleti, los efectivos dominaron a los *carabinieri*, liberaron a Mussolini y lo subieron a bordo de un Fieseler Storch, que el piloto personal de Student, el capitán Gerlach, logró hacer aterrizar y despegar en un minúsculo espacio descubierto, pese a ir sobrecargado con Skorzeny y Mussolini como pasajeros.

Luego de un espeluznante vuelo por las montañas, Mussolini fue conducido a la Wolfsschanze para reunirse con Hitler. No permaneció mucho tiempo ahí. Hitler quedó “extraordinariamente desconcertado” por su abatida apariencia y actitud de derrota, y lo despachó a Munich tres días después para que empezara a formar un nuevo gobierno. “Se fue sin brío”, señaló Below. “El tiempo se le había acabado.”[7] La decisión de Hitler de reinstalarlo en el poder, así fuera sólo nominalmente, fue incitada por Ribbentrop, quien la juzgó preferible a tener que considerar a Italia como

un Estado enemigo ocupado, al igual que Francia, pues ésa era la única forma en que Ribbentrop podía seguir teniendo alguna participación en los asuntos italianos. Bajo la tutela alemana, por tanto, Mussolini estableció la República Social Italiana, aunque el área que supuestamente gobernaba desde una villa junto al lago Garda se limitaba, en estricto sentido, a Roma, donde predominaba la SS, y las áreas de la frontera norte bajo control militar alemán. Incluso la república, nominalmente independiente, quedó bajo la autoridad de un comandante alemán de la Alta Italia, y la SS tenía carta blanca en todas partes.

Himmler nombró a Karl Wolff, su antiguo jefe de Estado Mayor y oficial de enlace en el cuartel del Führer, como su representante personal en Italia, con el título de Máximo (en oposición al usual Superior) SS und Polizeiführer. Wolff convalecía entonces de una delicada operación de extracción de un cálculo renal, y estaba en malos términos con Himmler, por haber pasado por encima de él para pedir permiso a Hitler de divorciarse y casarse con su amante, luego de que Himmler se lo había negado. Su nuevo nombramiento fue una manera de alejarlo del centro de la acción en el cuartel del Führer, aunque a Wolff le agradó sobremanera disponer, por primera vez, de un mando independiente. Himmler lo remplazó en el cuartel del Führer por el SS-Brigadeführer Hermann Fegelein, exoficial de caballería de la SS de turbio pasado y extraordinaria simpatía, quien al año siguiente se casaría con la hermana de Eva Braun.

Uno de los primeros actos de Wolff fue ordenar la redada de los treinta y siete mil judíos de Italia, a la que Mussolini siempre se había resistido, y la quema de sus sinagogas. Un centenar de judíos del norte lograron escapar por los pasos montañosos a Suiza, en tanto que miles más hallaron refugio en casas e instituciones católicas. Ribbentrop convenció a Hitler de decretar que los seis mil setecientos treinta judíos de Roma fueran llevados al campo de concentración de Mauthausen, en Austria, como rehenes, pero al efectuarse la redada sólo fue posible encontrar a mil quince. Aunque no alzó la voz ni condenó la acción —lo que habría podido impedirla—, el papa había ordenado personalmente al clero abrir los santuarios de la Iglesia a los no arios en necesidad de refugio. Cuatro mil ochocientos cinco fueron conducidos a monasterios, conventos y otras instituciones religiosas en Roma y el Vaticano mismo, mientras que la mayoría de los novecientos diez

restantes se ocultaron en casas privadas. Los mil quince hallados no fueron llevados a Mauthausen, sino a Auschwitz. Dieciséis de ellos sobrevivieron a la guerra.[8]

Quien no sobrevivió fue Ciano. Bajo amenaza de juicio por el gobierno de Badoglio por corrupción, él y su esposa habían huido a Baviera para ponerse a salvo. Cuando, con cierta renuencia, Mussolini aceptó instalar un tribunal especial en Verona para juzgar a todos los "traidores" que habían votado por destituirlo, a quienes pudiera ponerles la mano encima, el vengativo Ribbentrop hizo deportar a Ciano al instante, sin esperar a que se lo solicitaran. Ciano fue ejecutado el 11 de enero de 1944, para gran satisfacción de Ribbentrop.

A lo largo del otoño de 1943, la posición de Alemania siguió deteriorándose. En el este, los soviéticos avanzaban inexorablemente, con más de dos y medio millones de hombres contra apenas la mitad de alemanes y sus aliados, recuperando Donbass y llegando al Dniéper a fines de septiembre. Recuperaron Smolensk el 25 de septiembre y Kiev el 6 de noviembre, y avanzaron por Bielorrusia hacia Minsk. A principios de diciembre, el alto mando soviético tenía listos los planes para una gran ofensiva de invierno, por iniciarse a fin de año y seguir sin parar hasta que los invasores hubieran retrocedido más allá de las fronteras soviéticas.

Mientras tanto, en Italia, Badoglio declaró la guerra a Alemania el 13 de octubre, y las fugitivas unidades italianas se unieron entonces a los aliados, para combatir con ellos como "cobeligerantes". Los aliados occidentales hacían lentos progresos contra la resuelta defensa alemana, pero habían establecido su control en la parte sur del país, desde donde bombarderos estadunidenses podían llegar a Austria, el sur de Alemania y los Balcanes, lo que incluía los yacimientos petrolíferos rumanos de Ploesti. En los Balcanes, donde tropas alemanas habían relevado a los italianos, la actividad de los partisanos aumentó hasta volverse un verdadero problema, inmovilizando a gran número de hombres.

Aunque los ataques aéreos británicos contra Berlín se habían suspendido, embates contra otros blancos continuaron sin tregua, de día y de noche. El 14 de octubre, doscientas noventa y un Fortalezas Voladoras despegaron de bases en Inglaterra, en dirección otra vez a las fábricas de rodamientos de Schweinfurt. Escoltas de cazas las protegieron hasta

Aquisgrán, desde donde se les abandonó a su defensa con su propio armamento. Sólo tres fallaron el blanco, pero las demás fueron destrozadas por cazas de la Luftwaffe, por órdenes de Göring de arriesgarlo todo en ataques de cerca, vaciando sus cargadores y aterrizando para reabastecerse de combustible y volver a cargar antes de regresar rápidamente a la refriega. La Luftwaffe perdió catorce cazas, pero reclamó jubilosa ciento veintiún B-17 fuera de combate. El resultado real fue de sesenta aparatos derribados, diecisiete con daños cuantiosos y ciento veintiuno menos seriamente perjudicados, pero aun así la cuenta fue impresionante. Incluyendo los derribamientos en los cuatro ataques anteriores de la USAAF, la Luftwaffe elevó su total de esa semana a ciento cuarenta y ocho.[9] Los estadunidenses se retiraron, lastimados; no habría más ataques diurnos hasta año nuevo.

Durante unos meses, Göring había evitado aparecer en público, socavada su confianza por las constantes críticas de Hitler. Rudolf Semmler, asistente de Goebbels, asentó en su diario el 10 de agosto: "Políticamente, Göring bien podría estar muerto. Los rumores ya lo han hecho pasar como tal. Hitler —quien, por increíble que parezca, lo sigue teniendo en buen concepto— ha aconsejado, por tanto, que el mariscal del Reich sea visto de nuevo entre su pueblo, para que recupere su popularidad".[10] Göring cumplió a regañadientes con un paseo por los mercados de Berlín, acompañado por un grupo de oficiales condecorados. Semmler informó que se le recibió con silbidos y abucheos de "¡Herr Meier!". Sin duda con cierto grado de malévola alegría o Schadenfreude, Goebbels comentó que había sido imprudencia de Göring alejarse tanto tiempo de la vista pública, y que eso sólo alentaba rumores. Sin embargo, salió a su rescate con una campaña especial de prensa para mejorar su imagen. Pero luego de su aparición en Berlín, Göring se replegó de nuevo a su propio mundo, hasta que la victoria de Schweinfurt lo convenció de que no había riesgo en volver a presentarse en público.

Esta vez lo hizo en forma apropiada, recorriendo los pueblos y ciudades destruidos del Ruhr y Renania, viendo por sí mismo la devastación y los esfuerzos por seguir adelante pese a todo, y principalmente entrevistándose con la gente. Ya había dejado de usar sus medallas como muestra de solidaridad con el sufrimiento colectivo, y apareció vestido más sobriamente que de costumbre. Para su alivio —y sorpresa—, descubrió

que no había perdido su atractivo entre el pueblo. Dondequiera que se detuvo, fue asediado por entusiastas multitudes, y los gritos de “¡Llámenme Meier!” eran bienintencionados, el tipo de broma que se intercambia con un amigo, a los que él podía responder con una mueca de autorreprobación. Eso fue casi demasiado para él. “También soy humano”, dijo más tarde en un discurso ante sus aviadores en el comedor de la base aérea de Arnhem-Deelen, “y habría comprendido que esas personas, con sólo ruinas a su alrededor —únicamente escombros a diestra y siniestra—, al ver pasar a un mandamás (el responsable, aparte, de todo ese desbarajuste, o responsable al menos de defender a los civiles) me hubieran aventado, si no precisamente huevos podridos, sí, al menos, caras de pocos amigos, o gritos de ‘¡Gordo zoquete!’. ¡Qué bienvenida! Estuve casi a punto de llorar.”[11]

El alivio de Göring tras Schweinfurt fue fugaz. La noche del 18 de noviembre de 1943, cuatrocientos once Lancasters de la RAF rugieron sobre Berlín a una razón sin precedente de veintisete bombarderos por minuto, arrojando mil quinientas noventa y tres toneladas de bombas en sólo dieciséis minutos de infierno. El 22-23 de noviembre estaban de regreso, en número no menor de setecientos setenta y cinco. La cancillería estuvo entre los muchos edificios gubernamentales gravemente dañados, junto con el Kaiserhof Hotel y la Forschungsamt (FA) (Oficina de Investigación) de Göring, que quedó hecha polvo. Harris había lanzado en serio su Batalla de Berlín. Ésta continuó los cuatro meses siguientes, con dieciséis grandes ataques contra la capital y diecinueve contra otros pueblos y ciudades a modo de distracción, y de igual forma prosiguieron las diatribas de Hitler contra Göring. Éste la emprendía a su vez contra su equipo, acosándolo y amenazándolo sin piedad, exigiendo cada vez más pilotos y personal de producción, y fustigando a fabricantes y diseñadores de aviones.

La producción de las fábricas de aeronaves había aumentado drásticamente pese al daño y trastorno causados por los bombardeos, pero aun así no era suficiente. Había docenas de diseños en desarrollo, algunos descabellados y extraños, muchos técnicamente avanzados, lo mismo que un constante flujo de mejoras a los modelos existentes. Junto al probado Me-109, en sus muy diversas configuraciones, se había puesto en servicio un caza aún mejor, el Focke-Wulf FW-190, pero la mayoría de los nuevos diseños no podrían estar listos a tiempo para hacer una diferencia real.

A fin de salvar su reputación —y la de Alemania—, Göring necesitaba las “armas maravilla” a las que Goebbels aludía con regularidad en sus esfuerzos por elevar la moral pública. Había gran cantidad de ideas al respecto, muchas de ellas disparatadas, pero tres eran viables y realmente efectivas, y se hallaban en estado avanzado. Una, un cohete de largo alcance con ojiva de una tonelada y nombre en clave “A4”, estaba siendo desarrollada por el joven científico Wernher von Braun, bajo los auspicios del ejército. La segunda, de hecho el primer misil de crucero, era un pequeño avión sin piloto con autonomía de hasta doscientos kilómetros, propulsado por un motor pulsorreactor simple y también con ojiva de una tonelada, el cual terminaría por conocerse como bomba volante o V-1, por *Vergeltungswaffe*, “arma de represalia”. La V-1 sería el arma de la Luftwaffe. Estaba muy avanzada antes del ataque a Peenemünde, que restrasó su desarrollo final sólo unas cuantas semanas, y para principios de noviembre se construían ya sus primeras sesenta y tres rampas de lanzamiento de concreto cerca de la costa del Canal de la Mancha, apuntando hacia Londres. Göring extendió un contrato a la compañía Fieseler para iniciar la producción en serie de estas bombas en enero de 1944.

Los retrasos causados por el ataque contra Peenemünde al cohete de Braun, pronto llamado V-2 y el que de cualquier forma era mucho más complejo y costoso de producir que la bomba volante, fueron más serios. Himmler y la SS salieron al rescate, y el Departamento de Obras de Pohl montó una enorme fábrica subterránea en una serie de cuevas cerca de Nordhausen, en los montes Harz, con todo y muy elementales viviendas para los prisioneros que hasta entonces habían producido componentes del V-2 en el sigilo del campo de concentración de Buchenwald. Con nombre en clave “Dora”, esos nuevos talleres fueron preparados y equipados en el cortísimo periodo de dos meses, pero la producción a gran escala no comenzó hasta mayo de 1944, y hubo que esperar a septiembre para que se lanzaran los primeros cohetes funcionales.

El tercer proyecto nuevo estaba listo para pasar a producción a fines de 1943, y sin duda lo habría cambiado todo si se le hubiera dado la oportunidad. Desafortunadamente, Hitler se la negó. El caza birreactor Me-262 era el más avanzado entre los varios diseños de jets alemanes: su

primer vuelo de prueba había tenido lugar el 25 de marzo de 1942, y el segundo cuatro meses después. Galland había pilotado un nuevo modelo en mayo de 1943, e informó entusiasmado a Göring sobre su rendimiento. Esta máquina había alcanzado la inaudita velocidad de ochocientos treinta kilómetros por hora, doscientos diez más que el Me-109, lo que lo convertía fácilmente en el avión más rápido del mundo. Göring ordenó de inmediato la más alta prioridad a su manufactura, y el primer modelo en producción se planeó para enero. El Me-262 era, evidentemente, capaz de volar más rápido que cualquier avión enemigo, pero era un caza, y a Hitler, aún adherido a la creencia de que el ataque era la mejor forma de defensa, sólo le interesaban los bombarderos. Sin informar siquiera a Göring, Milch o Korten, habló del nuevo avión con los diseñadores e ingenieros, y canceló después su producción, ordenando más prototipos y pruebas. A Göring le disgustó, naturalmente, este debilitamiento de su autoridad, pero lo peor estaba aún por venir.

En un intento por restaurar la fe de Hitler en él, Göring ordenó una exhibición de los más recientes aviones y equipo de la Luftwaffe en el campo de aviación de Insterburg, Prusia oriental, cerca de la Wolfsschanze, el 26 de noviembre. El lugar de honor en la larga fila de aviones, muchos de los cuales eran prototipos y no estaban en absoluto listos para entrar en servicio, correspondió al Me-262, que Hitler veía por primera vez. El Führer quedó tan impresionado por su aspecto que llamó a Willi Messerschmitt y le preguntó expresamente si ese modelo podía fabricarse como bombardero. Para horror de Göring, Milch y Korten, Messerschmitt, siempre deseoso de complacer, dijo que era posible, y que el Me-262 era capaz de llevar dos bombas de doscientos cincuenta kilogramos en rejillas bajo las alas. Hitler se mostró encantado. Ése, declaró, era el bombardero rápido que esperaba, y haciendo caso omiso de las protestas de Milch ordenó que se le fabricara exclusivamente como tal.

Göring trató de convencer a Hitler de cambiar de opinión en los días siguientes, pero fue bruscamente rechazado, y otra vez le fue imposible hacer frente al Führer. Cuando se marchó a París el 6 de diciembre para supervisar la Operación Capricornio, campaña planeada para realizar ataques de represalia contra Londres, dejó con Milch órdenes escritas de que el Me-262 debía “considerarse sólo como bombardero”. Pronto resultó obvio que era imposible convertir al Me-262 en un bombardero puro,

aunque esfuerzos por satisfacer las obstinadas exigencias de Hitler convirtiéndolo en cazabombardero retrasaron la producción varios vitales meses.

La Operación Capricornio había sido directamente ordenada por Hitler, pero Göring descubrió en poco tiempo que la Luftwaffe sencillamente carecía de los recursos necesarios para llevarla a cabo con alguna posibilidad de éxito, y la pospuso. Luego de saborear las delicias de París por unos días, y de adquirir algunas obras de arte de museos y comerciantes, regresó a Carinhall para pasar la navidad y el año nuevo con su familia.

En Carinhall recibió un regalo sorpresa por su cumpleaños número cincuenta y uno que aun a él lo avergonzó. Provenía de la División de Paracaidistas Hermann Göring y constaba de quince cajas de los más raros tesoros artísticos, que aquellas tropas habían “rescatado” del monasterio benedictino de Montecassino, en la cima de una montaña en el centro de Italia, donde el gobierno italiano había guardado ciento ochenta y siete cajas de arte y antigüedades, en su mayoría procedentes de museos y galerías de Nápoles. Cuando la División Hermann Göring tomó el edificio, para instalar un punto de apoyo prácticamente inexpugnable que dominara la línea de avance aliada, ofreció transportar las cajas y su contenido al Vaticano, para mayor seguridad. Sólo ciento setenta y dos cajas llegaron a Roma. El resto, que contenía las obras más exquisitas, entre ellas cuadros de Tiziano, Van Dyke, Rafael, Claude Lorrain, Tiepolo, Brueghel el Viejo y otros maestros, además de objetos antiguos de oro y plata y bronces de Pompeya y Herculano, se envió a Carinhall. Era un botín imponente, y debe haber sido una tentación enorme, pero, por una vez, la conciencia de Göring venció a su codicia. Reprendió a la División Hermann Göring, pero no devolvió los tesoros a Italia. Tras consultar a Hitler, los hizo empacar de nuevo y remitirlos a las minas de sal de Alt Ausee, en los Alpes, “para su resguardo”.

Los intensos ataques contra Berlín brindaron nuevos retos y oportunidades a Goebbels. Se le había llamado el Conquistador de Berlín, pero ahora proclamó que quería ganarse el título de Defensor de Berlín. Así, se hizo cargo de la situación personalmente, dirigiendo los servicios de emergencia desde los lujosos búnkers excavados bajo la Wilhelmplatz para el Kaiserhof

Hotel, que él había requisado como su centro de mando. Cuando los atacantes se marcharon, recorrió la maltrecha ciudad en llamas, confortando y animando a la gente, pronunciando discursos improvisados, supervisando la distribución de alimentos y bebidas y apareciendo en general en todas partes. Su popularidad aumentó, aun entre los trabajadores de los suburbios industriales, donde sus tropas de asalto habían recibido tantas palizas en los primeros años de la lucha nazi. Luego de colaborar sirviendo comida caliente en el "rojo" Wedding, tras el ataque del 29 de noviembre, registró en su diario con cierto orgullo: "Obreros y obreras me recibieron con un entusiasmo tan increíble como indescriptible". Se halló una caja en la que él pudiera subirse, y se le "obligó" a pronunciar un discurso más.[12]

Goebbels ya había evacuado a cientos de miles de ancianos, niños y amas de casa a partes más seguras del país: cuatrocientos mil niños habían sido enviados a casas de crianza o campamentos escolares en Austria o Silesia en agosto, para que dejaran a sus madres en libertad de trabajar en las fábricas de municiones de la ciudad. A fines de noviembre y principios de diciembre, ordenó una nueva evacuación al campo en torno a Berlín, desde donde la gente podía viajar todos los días a su trabajo en la capital. Sus propios hijos habían sido evacuados al Obersalzberg en 1941, aunque habían regresado a la ciudad durante el paréntesis en los ataques de la RAF. Esta vez los puso a salvo en Lanke, pero él permaneció en el centro de la ciudad, compartiendo ostentosamente los peligros que enfrentaban los berlineses y haciendo todo lo posible por sostener la moral.

Ésa, pensó Goebbels, era su gran oportunidad de implementar la guerra total en su ciudad, y la aprovechó. Prácticamente no había ausentismo en las fábricas, y la producción se mantuvo alta. Siendo berlineses, sus conciudadanos se permitían un alto grado de humor negro, pero siguieron trabajando, y no hubo ninguna manifestación de rebeldía llamando a poner fin a la guerra como él había temido. Hitler lo premió el 21 de diciembre nombrándolo director de la recién formada Inspección del Reich de Medidas de Protección Civil Aérea. Goebbels respondió con efusiva gratitud a esa muestra de confianza del Führer, diciéndole lo feliz que lo hacía poder tomar "un poco de la inmensa carga de preocupación que pesa sobre usted" y asegurándole que podía contar con él "en cualquier situación".[13]

El año nuevo de 1944 llevó consigo poca alegría para Alemania y sus líderes. La moral civil llegó casi al límite mientras la RAF seguía haciendo llover bombas explosivas de alta potencia y bombas incendiarias, en Berlin y otras ciudades. El 20 de enero, por ejemplo, lanzó dos mil cuatrocientas toneladas de bombas sobre Berlín, en tanto que la Operación Capricornio de Göring, que empezó al día siguiente, apenas arañó Londres. Göring afirmó que en ese ataque habían participado entre trescientos y cuatrocientos bombarderos alemanes; los británicos estimaron un número de alrededor de treinta. Galland, quien no era ciertamente un testigo imparcial, calculó que, durante todo enero y febrero, no más de doscientas setenta y cinco toneladas de bombas se arrojaron sobre Londres. Sin embargo, el “pequeño Blitz”, como se le conoció, dio cuenta de mil ochenta y seis muertos y mil novecientos setenta y dos heridos en ese periodo, así que de ningún modo fue del todo inútil.

Para principios de febrero, Göring tenía un nuevo factor por enfrentar en la defensa del Reich, pues los estadunidenses reanudaron los ataques diurnos, con grandes bombarderos protegidos por cazas. Durante la pausa después de los desastres de Schweinfurt, aquéllos habían desarrollado versiones de largo alcance del P-51 Mustang, equipado con el motor Merlin y tanques de combustible bajo las alas con capacidad suficiente para escoltar a los B-27 y B-24 hasta el centro mismo de Alemania, Berlín inclusive. Así, ya no había un solo lugar en el Reich en que los pilotos de la Luftwaffe estuvieran protegidos contra asaltos de los diestros y muy agresivos pilotos estadunidenses. Cuando se informó a Göring por primera vez de la aparición de cazas monomotores monoplaza en el espacio aéreo alemán, se rehusó a creerlo, pero pronto se vio obligado a aceptarlos como reales.

En marcado contraste con el Bombardero Harris de la RAF, el recién nombrado comandante de las Strategic Air Forces estadunidenses en Europa, el general Carl Spaatz, creía que la manera de acortar la guerra era destruir la Luftwaffe, más que las ciudades, y el 20 de febrero, mil de sus bombarderos iniciaron su Gran Semana, batiendo con exactitud cada blanco importante de la industria aeronáutica alemana y lanzando diez mil toneladas de bombas durante cinco mortíferos días. Luego, dirigieron su atención a Berlín, donde quinientos noventa aviones dieron setenta y cinco

veces en el blanco de la fábrica de rodamientos Erkner en un ataque de bombardeo de precisión, el 8 de marzo, dejando a esa factoría fuera de servicio por un tiempo. Gracias a los Mustangs, el índice de pérdidas estadunidenses, aunque cuantioso, fue de menos de la tercera parte que el de octubre de 1943, y la producción aeronáutica alemana se vio severamente afectada.

Aunque la Fuerza Aérea de Estados Unidos ganaba la guerra diurna, los cazas nocturnos de la Luftwaffe reclamaron significativos éxitos contra la RAF cuando ésta atacó Leipzig el 19-20 de febrero, perdiendo setenta y ocho de ochocientos dieciséis bombarderos, y Nuremberg el 30-31 de marzo, con noventa y seis aviones derribados de setecientos noventa y cinco, y setenta y uno sumamente dañados. El ataque a Nuremberg equivalió para la RAF al de Schweinfurt; después de él, Harris dejó de enviar sus bombarderos a grandes acometidas contra blancos distantes. Ésta fue otra notable victoria para la Luftwaffe, aunque tan opacada por la muerte y destrucción en tierra que hizo poco para restaurar la declinante reputación de Göring, o para detener el diluvio de críticas en su contra. Hilter, según Below, lanzó "una virulenta diatriba contra la Organización de Defensa Aérea y la Luftwaffe" e, ignorando por completo "los valientes combates de nuestra fuerza de cazas, numéricamente inferior [...] demandó la destrucción de mayor número de aviones".[14]

Tras los desastres de la Gran Semana, que quitaron la vida a miles de trabajadores de la aviación y redujeron a polvo fábricas y aeronaves a medio terminar, quedó claro que, sin una acción drástica, la guerra aérea estaba perdida. Al reconocer esto, Göring se vio obligado a renunciar a parte de su poder, permitiendo a Milch crear una Administración de Aviones de Combate, en sociedad con el ministerio de Speer, para coordinar todos los aspectos de la producción y hacer frente a la crisis, bajo la dirección del enérgico y ambicioso asistente de Speer, Karl-Otto Saur. Éste fue el primer paso en la cesión a Speer de la responsabilidad total sobre la producción de aviones, algo que Göring siempre se había negado a considerar. Göring se retiró a Veldenstein, para lamerse las heridas y tomar un descanso.

Hitler había abandonado la Wolfsschanze a fines de febrero, mientras el cuartel se reforzaba con toneladas de concreto contra ataques aéreos

soviéticos. Pero en vez de compartir el sufrimiento de su pueblo en Berlín, optó por refugiarse en la seguridad del Berghof, envuelto en una malla de camuflaje para fundirse con la ladera de la montaña. Göring lo siguió al Obersalzberg hacia fines de marzo, luego de un breve respiro en Veldenstein, para aprestarse a contrarrestar la influencia de Bormann en su propio dominio. Ahí recibió otro punzante recordatorio de su decreciente influencia, al enterarse de la ejecución de cincuenta oficiales de la RAF, británicos y de la Commonwealth, quienes, como prisioneros de guerra, habían estado entre los setenta y cinco u ochenta que escaparon por un túnel del Stalag Luft III en Sagan, Silesia, técnicamente un establecimiento de la fuerza aérea, y por lo tanto bajo su mando.

Algunos de los fugitivos fueron atrapados por guardias del campo antes de llegar lejos, y devueltos ilesos. Otros cincuenta lograron cubrir cierta distancia antes de ser recapturados por la policía y la SS. Sin consultar a Göring, Hitler ordenó a Himmler que esos prisioneros fueran fusilados por el SD. Göring se horrorizó cuando lo supo. Acudió primero a Himmler, quien confirmó que aquellos hombres habían sido fusilados y dijo que había recibido la orden directamente del Führer. Himmler aseguró, diría más tarde Göring, que se había opuesto a ello, pero que Hitler había "insistido reiteradamente, sosteniendo que fugas de ese grado representaban un peligro extremo para la seguridad". Göring dijo en el Tribunal de Nuremberg que había hablado con Hitler sobre el asunto:

> Le expliqué por qué esa orden [...] era absolutamente inaceptable, y qué repercusiones tendría en mis aviadores empleados contra el enemigo en Occidente. El Führer —nuestras relaciones ya eran extremadamente malas y tensas— respondió con cierta violencia que los aviadores que volaban a Rusia debían considerar la posibilidad de ser inmediatamente muertos a golpes en caso de un aterrizaje de emergencia, y que los que iban a Occidente no tenían por qué reclamar un privilegio especial a ese respecto. Le dije entonces que, en realidad, esas dos cosas no tenían ninguna relación entre sí.
>
> Después hablé con el jefe de mi Estado Mayor y le pedí [...] que escribiera al OKW para decir que yo solicitaba... que la fuerza aérea solicitaba que se le relevara del control de esos campos. Yo no quería tener nada más que ver con campos de prisioneros de guerra en caso de que cosas como ésa volvieran a ocurrir.

Con pasmosa falta de sensibilidad —y perspectiva—, Göring concluyó solemnemente: “Consideré este incidente como el más grave de toda la guerra”.[15]

El asesinato de prófugos por la SS tuvo eco en un creciente número de agresiones civiles contra tripulaciones aéreas aliadas que se tiraban desde sus aviones. El enojo popular por la aniquilación de casas y seres queridos aumentó cuando aviones de combate Mustang comenzaron a disparar contra trenes, camiones y hasta civiles en tierra, lo mismo que contra blancos militares, mientras escoltaban a los grandes bombarderos. Todos los aviadores aliados fueron calificados de “pilotos terroristas”, y se vieron expuestos a ser linchados o fusilados por la policía al descender a tierra en paracaídas. Cuando las pasiones se exaltaron aún más, la totalidad de los paracaidistas estuvieron en riesgo, aun los aviadores alemanes, a quienes se agredió en varias ocasiones.

Göring hizo todo lo posible por detener los linchamientos, pero fue bloqueado por Bormann, quien ordenó a la policía no intervenir. Hitler apoyaba firmemente a Bormann, rabiando contra Göring y exigiendo conocer los nombres de oficiales que hubieran protegido a aviadores contra la población y el castigo que habían recibido. “No hice perseguir ni arrestar a esas personas”, dijo Göring en Nuremberg, “ni las hice castigar tampoco.” Göring siguió insistiendo en que los linchamientos y golpizas debían parar, hasta que Hitler lo interrumpió diciéndole que sabía que “ambas fuerzas aéreas han llegado a un mutuo acuerdo de cobardía”. Indignado por tal acusación, Göring repuso bruscamente: “No hemos llegado a ningún acuerdo de cobardía, sino que, por alguna razón, los aviadores siempre hemos sido camaradas, por más que combatamos entre nosotros”.[16]

En Italia, la situación militar se había deteriorado hasta derivar en un sangriento *impasse* en los primeros meses de 1944. Ayudados por el accidentado terreno y la relativa estrechez del frente, los ejércitos alemanes habían puesto alto a los aliados, pero no podían hacerlos retroceder. El 22 y 23 de enero, cuando tropas aliadas desembarcaron en Anzio, al sur de Roma, la rápida reacción de los comandantes alemanes impidió que se rompiera la cabeza de playa, pero los dos bandos permanecieron enfrascados en feroz combate durante cuatro largos meses. También se impuso un punto muerto en el centro de Italia, notablemente en torno a

Montecassino, donde los paracaidistas y Panzergrenadiere dieron denodada batalla defensiva desde el pueblo y la colina fortificados, aunque no –hasta que fue bombardeado por los aliados– desde el interior del monasterio mismo, habiendo prometido al Vaticano que no lo usarían. Resistieron hasta el 17 de mayo.

En el frente oriental, la guerra se había convertido en un catálogo de muertes y desastres mientras el gigante soviético avanzaba sin cesar. En la víspera de año nuevo, el Ejército Rojo tomó Chitomir, y tres días después cruzó la frontera polaca de la preguerra. El 27 de enero el cerco de Leningrado se rompió al fin, tras dos años, cuatro meses. En los diecisiete primeros días de febrero, veinticinco divisiones alemanas fueron aniquiladas en Ucrania. El 15 de marzo, el Ejército Rojo cruzó el río Bug, la principal línea de partida para Barbarroja en 1941. El 18 de marzo, mientras el deshielo primaveral abría una pausa en los combates, las tropas soviéticas llegaron a la frontera rumana. Luego de dos años y nueve meses de feroz combate y terribles pérdidas, el ejército alemán estaba donde había empezado.

Temeroso de que el gobierno de Hungría estuviera a punto de seguir el ejemplo italiano y lo abandonara, permitiendo al Ejército Rojo avanzar sin obstáculos por ese país y llegar a Austria, Hitler invitó al regente de aquella nación, el almirante Horthy, a visitarlo en el castillo de Klessheim, antigua residencia de los arzobispos de Salzburgo. Cuando Horthy llegó, el 18 de marzo, Hitler lo acusó de negociar con los aliados para sacar a Hungría de la guerra, y trató de intimidarlo para que firmara un documento "invitando" a Alemania a ocupar su país al día siguiente. A diferencia de las anteriores víctimas de Hitler, Schussnigg y Hácha, el almirante, de setenta y cinco años, se opuso enérgicamente e intentó retirarse. Se lo impidió, en forma ridícula, un simulacro de ataque aéreo montado por los guardias de la SS, con todo y densa cortina de humo alrededor del edificio, y cuando él trató de telefonear a su gobierno se le dijo que el asalto había cortado las líneas y era imposible conseguir comunicación. Finalmente, bajo presión de Ribbentrop y amenazas a su familia, Horthy fue convencido de aceptar una temporal ocupación de Hungría, hasta que se instalara un nuevo gobierno, y se le permitió marcharse, acompañado, significativamente, por Kaltenbrunner, el sucesor de Heydrich como jefe de la RSHA. Su tren se

demoró en el trayecto mientras cuatro batallones alemanes se desplazaban a Hungría. Con ellos iban Adolf Eichmann y un *Einsatzkommando* especial para comenzar a hacer redadas y deportar a los setecientos cincuenta mil judíos de Hungría que, hasta entonces, no habían sido molestados.

Días después se instauraron los primeros guetos, en almacenes de ladrillos y madera y cuarteles abandonados, pero los primeros trenes a Auschwitz-Birkenau no salieron hasta el 29 de abril. Entre entonces y principios de julio, cuatrocientos treinta y siete mil cuatrocientos dos judíos húngaros fueron transportados a esos campos de trabajos forzados y cámaras de gas, tan abrumadas por el arribo de hasta doce mil judíos húngaros diarios que ellas y los crematorios no podían darse abasto, así que los hombres de Höss tuvieron que recurrir a los antiguos métodos de los Einsatzgruppen de fusilar y sepultar en fosas abiertas. Por presiones del rey de Suecia, el papa, la Cruz Roja Internacional y los gobiernos británico y estadunidense, Horthy hizo detener las deportaciones el 8 de julio.

Himmler, entre tanto, había mandado al judío sionista húngaro Joel Brand a Estambul, en una de las misiones más extrañas de la guerra: negociar con los aliados el intercambio de un millón de judíos por divisas, diversas mercaderías y diez mil camiones, “para su exclusivo uso en el frente oriental”. Esta oferta iba acompañada por la amenaza de que, si los aliados no accedían, todos los judíos que quedaban en Hungría, Polonia, Rumania y el Protectorado de Bohemia y Moravia serían aniquilados.[17]

Es difícil entender los motivos de Himmler para hacer esa propuesta no mucho después de haber dicho a sus oficiales de alto rango de la SS y a los Gauleiter que no sólo los hombres, sino también las mujeres y los niños judíos debían ser asesinados sin piedad para impedir el resurgimiento de su raza, y la sobrevivencia de los niños como vengadores. Quizá, Himmler sencillamente la vio venir, y quiso dárselas ante los aliados occidentales del líder nazi con el que podían negociar. Es posible, asimismo, que intentara abrir una brecha entre Occidente y Stalin, viendo una división aliada como la única esperanza de Alemania de evitar la derrota total; al igual que Hitler y Goebbels, aún se aferraba a la ilusión de que Gran Bretaña y Estados Unidos podrían entrar en razón y sumarse a Alemania en la lucha por excluir al bolchevismo de Europa occidental. Así fue, en efecto, como Londres lo vio: “un auténtico caso de chantaje o guerra política” dirigido a

provocar dificultades haciendo creer al gobierno soviético que los británicos y estadunidenses negociaban con el enemigo. Los estadunidenses, un poco más cínicos quizá, pensaron que tal vez Himmler y Eichmann trataban de llenarse los bolsillos de divisas para su uso personal tras la derrota de Alemania. Como sea, nada resultó de esto. Británicos y estadunidenses informaron de ello a los soviéticos, quienes se negaron a consentir cualquier trato con la "Alemania hitleriana". Aún así, los aliados occidentales le tomaron el pelo a Himmler durante varios meses, con la esperanza de retrasar nuevos asesinatos.

Himmler, de hecho, había tanteado el terreno tanto en Occidente como en la Unión Soviética desde tiempo atrás, probablemente desde 1942, a través de Walter Schellenberg, jefe del SD Exterior, y ciertamente desde agosto de 1943, cuando su quiropráctico Kersten hizo contacto a su nombre con el representante especial de Roosevelt en Estocolmo, Abram S. Hewitt. Himmler siguió esto con el envío de un amigo personal, el abogado Karl Langbehn, junto con Schellenberg, primero a Estocolmo y luego a Suiza, para sondear a cada parte sobre la posibilidad de una paz por separado, usando los territorios conquistados y a los judíos como fichas de negociación.[18] Asimismo, había tenido contactos secretos con la oposición conservadora en Alemania, en parte, para vigilarla, aunque, presumiblemente también, con la esperanza de reivindicar su derecho a un lugar en, o incluso a la cabeza de, un nuevo gobierno, si Hitler caía. Ninguno de esos pasos condujo a nada, pero Himmler tuvo el cuidado de mantener abiertos los canales contra futuras contingencias, y de fomentar la creencia de que él era el único hombre con poder suficiente para negociar un acuerdo de paz sobre la base de un cambio de liderazgo en el Reich.

Durante la primavera de 1944, Himmler extendió aún más sus tentáculos al cumplir su antigua ambición de apoderarse del Abwehr, la organización de inteligencia y contraespionaje del OKW. La Gestapo había sospechado por un tiempo que el Abwehr albergaba a un nido de enemigos del régimen, y desde la muerte de Heydrich, quien había sostenido una estrecha relación personal con Canaris, este pequeño almirante tenía los días contados. Una investigación de la Gestapo sobre infracciones al reglamento en vigor por miembros del equipo de Canaris había brindado la oportunidad que Himmler esperaba, al revelar que los responsables no sólo

llevaban clandestinamente judíos a Suiza, sino que, además, formaban parte de un banda que tramaba derrocar a Hitler y —horror de horrores— negociar una paz por separado con los aliados. Tres de los conspiradores, el abogado Hans von Dohnanyi, su cuñado el pastor Dietrich Bonhoeffer y un oficial del ejército, el teniente Josef Müller, fueron arrestados, y el jefe de Estado Mayor de Canaris, el general de división Hans Oster, fue separado de su cargo.

Antes aun de que pasara la tormenta, Müller (el de la Gestapo), y sus hombres, descubrieron otro foco de resistencia que implicaba a miembros del Abwehr, lo que debilitó aún más la posición de Canaris. Los últimos golpes llegaron a fines de febrero, cuando representantes del Abwehr en los puestos vitales de las neutrales Suiza, Suecia y Turquía desertaron y se pasaron al enemigo, mientras agentes del Abwehr en España volaban un barco británico cargado de naranjas, pese a que Hitler, a instancias de Ribbentrop, había ordenado poner fin a todo acto de sabotaje en ese país. Hitler se enfureció contra Canaris, tras de lo cual Hermann Fegelein sugirió, como en broma, que “todo el asunto” del Abwehr debía cederse al Reichsführer-SS. Hitler aceptó la idea, envió por Himmler y le ordenó fusionar el SD y el Abwehr en un servicio de inteligencia unificado bajo su mando.

Himmler tenía ya, en consecuencia, nuevos canales de comunicación con gobiernos extranjeros: todos los servicios secretos se comunican entre sí como parte del gran juego, y el Abwehr no era la excepción, de modo que disponía de contactos con servicios aliados y neutrales, que Himmler tomó y explotó. Himmler asignó el mando del nuevo superservicio secreto a Schellenberg, quien ya había demostrado que sabía qué hacer con él. Aparte de la inteligencia puramente militar y de algunas funciones de sabotaje, toda la organización del Abwehr, incluidas sus estaciones y agentes en el extranjero, pasó a formar parte del Departamento VI de la RSHA, a cargo de Schellenberg, el 14 de mayo, luego de semanas de negociación con el OKW. En un principio, Canaris fue puesto bajo arresto domiciliario, pero en junio se le rehabilitó y recibió un puesto insignificante como jefe de la Administración Especial de Guerra Comercial y Económica del OKW, sin duda para que Himmler y Schellenberg pudieran hacer uso de sus conocimientos y contactos.

Dos importantes datos que el nuevo servicio de inteligencia no brindó fueron la fecha de la invasión aliada del noroeste de Francia, con nombre en clave “Operación Jefe Supremo”, y dónde tendría lugar esa invasión. Los alemanes la habían previsto nerviosamente desde principios de año, cuando Rommel fue hecho llamar de Italia para supervisar el reforzamiento de la Muralla del Atlántico y asumir el mando del Grupo Militar B, que comprendía los ejércitos Séptimo y Decimoquinto. La derrota de los submarinos alemanes en el Atlántico había hecho posible que la concentración de hombres y *matériel* procedentes de América del Norte prosiguiera casi sin trabas durante 1943 y el primer semestre de 1944; para junio, cuatro millones de soldados y doscientos ochenta millones de toneladas de armas y equipo habían sido embarcados desde Estados Unidos y Canadá para unirse a las tropas británicas, de la Commonwealth y de europeos exiliados en una gran fuerza invasora. Su presencia difícilmente podría mantenerse en secreto, pero no el momento y dirección de la invasión, y así fue, gracias a la más estricta seguridad y una muy eficaz campaña de desinformación y engaño.

En abril, aviones de reconocimiento de Göring avistaron una gran armada de lanchas de desembarco y navíos de apoyo que se congregaban en Portsmouth, Southampton y la isla de Wight. Él se lo informó a Hitler, y ambos convinieron —contra la opinión de la mayoría de los generales— en que era muy probable que la invasión apuntara a Normandía o la península de Cherburgo, aunque no había indicios firmes de cuándo tendría lugar. El 25 de abril, Göring envió bombarderos a atacar las lanchas de desembarco, pero no tenía equipo suficiente para hacerles mucho daño. Despachó a dos de sus mejores divisiones de tropas de tierra, la 91ª Aerotransportada y la 5ª de Paracaidistas, a la península de Cherburgo, pero no pudo sacar el grueso de sus aviones del Reich, donde se les necesitaba en el apremiante combate contra los bombarderos aliados, que ominosamente habían cambiado el foco de sus ataques a la destrucción de las vitales plantas de combustible sintético y a la desorganización de las comunicaciones y el transporte.

Gran número de aviones de Göring también estaban inmovilizados en Italia, donde los aliados habían roto por fin el *impasse* y se abrían lento, pero enérgico paso al norte. El 4 de junio Hitler ordenó a todas las fuerzas alemanas abandonar Roma, que declaró ciudad abierta. El 5 entró el Quinto

Ejército estadunidense. Alrededor de la medianoche de ese mismo día, veintitrés mil cuatrocientos paracaidistas y pilotos de planeadores en tres divisiones aerotransportadas, dos de ellas estadunidenses y la otra británica, descendieron sobre los flancos de las playas de invasión en Normandía, mientras una flota de cerca de siete mil lanchas y buques de desembarco atravesaba silenciosamente la oscuridad hacia la costa francesa. A las seis y media de la mañana del 6 de junio, el Día D, la primera oleada de tropas llegó a las playas. La invasión había comenzado. Al cabo de ese día, los aliados habían desembarcado setenta y cinco mil quinientos doce soldados británicos y canadienses y cincuenta y siete mil quinientos estadunidenses, y establecido cuatro cabezas de playa.[19]

El factor sorpresa desempeñó, quizá, la principal parte en el éxito de los desembarcos —Rommel estaba tan seguro de que no era inminente ningún ataque que se había marchado a Ulm a pasar unos días con su familia—, pero el dominio total del aire fue casi igualmente importante. Eisenhower, comandante supremo aliado, disponía de siete mil quinientos aviones de apoyo directo y podía convocar a tres mil quinientos bombarderos que seguían arremetiendo contra Alemania y sus comunicaciones a la zona de invasión, a través de Francia; el Día D llevó a cabo diez mil quinientas ochenta y cinco misiones. Para oponerse a ellas, la Luftwaffe sólo tenía ochenta cazas estacionados en Normandía.[20] En la primera jornada, los aliados registraron únicamente treinta ataques de aviones alemanes, que implicaron a trescientos diecinueve cazas, bombarderos y naves de ataque a tierra. El OKW y Hitler, creyendo aún que la invasión no era la maniobra real, sino un amago, se negaron a permitir que Göring comenzara a transferir escuadrones desde el Reich hasta ya avanzado el 7 de junio, momento para el cual los campos de aviación en los que se suponía que aquéllos aterrizarían habían prácticamente desaparecido, a causa del bombardeo.

Göring tenía aún una oportunidad de salvar su reputación, y la aprovechó, con el respaldo de Hitler. Las V-1 y sus sitios de lanzamiento estaban, por casualidad, casi listos para usarse, y luego de seis días de desesperado esfuerzo las primeras diez bombas volantes fueron catapultadas desde sus rampas, el 12 de junio. Los primeros resultados apenas si fueron alentadores: cuatro bombas se estrellaron al despegar, una

no cruzó el Canal de la Mancha, cinco llegaron a Londres pero causaron pocos daños, y no generaron el enorme pánico que Hitler había pronosticado. Furioso, éste estuvo a punto de cancelar la producción, pero se le convenció de dar otra oportunidad a los misiles, y tres días después doscientos cuarenta y cuatro de ellos se lanzaron con éxito. Cuando Otto Dietrich, jefe de prensa de Hitler, le llevó los reportes periodísticos británicos sobre el temor y confusión en la capital inglesa, el Führer se persuadió de que sus "armas maravilla" obligarían a Gran Bretaña a pedir la paz, aun en esa etapa tardía. Goebbels, quien se mostró mucho más escéptico, tuvo que rogarle no dar esperanzas al pueblo alemán de que la guerra terminaría en unos días, por temor a una violenta reacción contra el gobierno si eso no sucedía.

Göring, quien según Speer había tratado de culpar a Milch del fiasco previo de la V-1, reclamó ansiosamente el crédito del éxito de las bombas. Por el momento, al menos, sus bonos subieron de nuevo, pero eso no duraría. En el mes de mayo, por primera vez en cuatro años, no había habido ninguna baja británica en los ataques aéreos; en junio, las V-1 mataron a mil novecientas treinta y cinco personas e hirieron a cinco mil novecientas seis, y en julio a dos mil cuatrocientos cuarenta y dos y siete mil ciento siete, respectivamente.[21] Pero, después las cifras disminuyeron rápidamente —en septiembre sólo hubo ciento noventa muertos—, conforme la RAF aprendía a enfrentar a las "larvas o bombas voladoras", como jocosamente las llamaron los británicos. Aunque esas bombas infligieron graves daños a Londres, quedó claro que no asestarían el golpe decisivo esperado.

Mientras los aliados salían de sus cabezas de playa y se abrían paso a marchas forzadas por Normandía, sus bombarderos pudieron dirigir de nuevo su atención contra Alemania, destruyendo aún mayores cantidades de sus mermadas reservas de petróleo combustible y plantas de hidrogenación, hasta dejar apenas suficiente para que los aviones de la Luftwaffe pudieran seguir volando. El 21 de junio infligieron a Berlín el más intenso ataque hasta entonces, con mil bombarderos escoltados por mil doscientos cazas. Ciento ochenta y cuatro B-27 y Mustangs continuaron su vuelo para aterrizar en Poltava, Ucrania. Seguidos por un He-177, éste informó de su destino al cuartel de la Luftflotte (Flota aérea) 6, del general y caballero

Robert von Greim, en el este de Polonia, y esa noche, por órdenes de Göring, Greim envió una poderosa fuerza de aviones alemanes a bombardear Poltava. Destruyeron cuarenta y tres B-17, quince Mustangs y numerosos aviones soviéticos, así como cuatrocientos cincuenta mil galones de combustible de aviación.

Pero el júbilo que Göring haya podido sentir fue atenuado al día siguiente por otra noticia del frente oriental. Era el 22 de junio, exactamente tres días después del aniversario del inicio de Barbarroja, y Stalin escogió ese día para poner en marcha una enorme ofensiva de verano a todo lo largo del frente. Para el 3 de julio, el Ejército Rojo había rodeado al Grupo Militar Centro en Bielorrusia, destruyendo veintiocho divisiones alemanas, que comprendían a trescientos cincuenta mil hombres. Lo mismo ocurrió en el norte y el sur, en Polonia, Lituania, Estonia, Letonia y Ucrania. En seis semanas, el Ejército Rojo avanzó más de cuatrocientos ochenta kilómetros, y echó a los alemanes de la totalidad del territorio soviético. A fines de julio, sólo le faltaban seiscientos cuarenta kilómetros para llegar a Berlín.

EL ÚLTIMO LANCE DE DADOS

A las 12:42 de la tarde del jueves 20 de julio de 1944, durante la conferencia diaria de Hitler en la Wolfsschanze, una bomba explotó bajo la mesa frente a él. Había sido puesta ahí por un oficial de Estado Mayor del ejército, el coronel y conde Claus Schenk von Stauffenberg, condecorado héroe de guerra, gravemente herido en Túnez, donde perdió un ojo, la mano derecha y dos dedos de la izquierda. Stauffenberg era el líder de una conspiración de oficiales, políticos y diplomáticos resueltos a asesinar a Hitler y formar un nuevo gobierno. La clave de su plan era el Ejército de Remplazo, la organización nacional compuesta principalmente por reclutas en formación antes de ser desplegados en unidades de servicio activo. El Ejército de Remplazo contaba por sí solo con los hombres, armas y organización necesarios para tomar el control; en efecto, ya existía un plan oficial, aprobado por el propio Hitler, para que ese ejército impusiera la ley marcial en caso de un levantamiento civil o una revuelta de trabajadores extranjeros. Con nombre en clave "Valquiria", ese plan era perfecto para ser usado por los conspiradores después de eliminar al Führer.

Stauffenberg había logrado hacerse nombrar jefe de Estado Mayor del comandante en jefe del Ejército de Remplazo, el general Fritz Fromm, hombre de enorme físico pero dudosa calidad moral. Los conjurados sabían que él no era indiferente a su causa —pocos generales lo eran—, pero no podían confiar en que instigara nada. Sin embargo, como su jefe de Estado Mayor, Stauffenberg tenía derecho a dar órdenes en su nombre al Ejército de Remplazo y, por tanto, podría poner Valquiria en operación. Más aún, tenía acceso constante al Führer, y oportunidades para matarlo.

A causa de sus discapacidades, Stauffenberg no podía usar pistola, así que decidió que el mejor medio para matar a Hitler sería una bomba de tiempo. Dos veces, el 11 y 15 de julio, había asistido a sesiones de instrucción del Führer con una bomba en su portafolio. Dos veces había

abortado la operación: la primera porque esperaba encargarse al mismo tiempo de Himmler y Göring y éste no se presentó, la segunda porque inesperadamente Hitler terminó temprano la sesión. Esa vez ya se había dado la orden de Valquiria, y el Ejército de Remplazo salió a toda prisa de su cuartel para tomar posiciones y controlar la "emergencia"; los conspiradores hicieron pasar eso como ejercicio de práctica, algo que no podrían repetir si cualquier cosa marchaba mal la próxima vez. El 20 de julio, Stauffenberg decidió que no podía esperar más a Göring y Himmler y siguió adelante, colocando su portafolio bajo la mesa cerca de Hitler y saliendo después de la sala con el pretexto de hacer una llamada telefónica. Cuando la bomba estalló, él estaba en una oficina a ciento ochenta metros de distancia con otro miembro de la conspiración, el general Erich Fellgiebel. Ambos vieron, con una mezcla de horror y satisfacción, cómo volaba en pedazos el barracón en medio de flamas y humo, y que cuerpos y escombros salían disparados por las ventanas abiertas. Convencido de que Hitler estaba muerto, Stauffenberg dejó a Fellgiebel para que telefoneara a Berlín con la señal de activar Valquiria, mientras él y su ayuda de campo abandonaban con engaños el complejo y se precipitaban al campo de aviación, donde los esperaba su aparato He-111.

Pero Hitler no estaba muerto. Un oficial había pasado el portafolio al otro lado de la base de la mesa, de macizo y sólido roble, que protegió a Hitler del efecto inmediato de la explosión. Las ventanas abiertas y paredes de madera del barracón de huéspedes donde se celebraba la conferencia, no en el búnker subterráneo de concreto que aún estaba siendo reforzado, habían hecho el resto; al salir volando hacia fuera, las paredes redujeron el impacto. Varios oficiales en la sala sufrieron heridas, mortales en algunos casos, como en los del ayudante del ejército de Hitler, Schmundt, y el jefe de estado mayor de la Luftwaffe de Göring, Korten, quien fue atravesado por un trozo de madera con picos. Pero Hitler sobrevivió, relativamente intacto. Dada la impuesta suspensión de las comunicaciones, Stauffenberg continuó el vuelo de dos horas a Berlín sin saber qué había pasado, o más bien qué no había pasado.[1]

Göring no estaba en la sesión de instrucción de Hitler —las evitaba cuanto podía, juzgándolas demasiado desagradables—, pero sí en la Wolfsschanze, listo para recibir a Mussolini, quien llegaría esa tarde. Cuando la bomba estalló, él discutía acaloradamente en su oficina con el

jefe de Estado Mayor de Greim sobre el hecho de que la Flota Aérea 6 no hubiera podido bombardear aún estaciones eléctricas soviéticas más allá de los Urales. Llamado por Below, Göring salió corriendo a ver a Hitler, a quien halló sentado en su búnker, rasgada la guerrera, los pantalones negros y largos calzones blancos hechos trizas, atendido por el doctor Morell. Los tímpanos se le habían reventado y tenía hinchado y adolorido el brazo derecho; pero aparte de eso, y de laceraciones y quemaduras ligeras en manos, piernas y cara, estaba ileso, y podía caminar sin ayuda. La hora de Göring no había llegado aún. Ni siquiera tendría que suplir a Hitler en la recepción de Mussolini; en cambio, estaría a su lado, como siempre.

Himmler se hallaba en su cuartel de campaña, Hochwald, donde fue alertado por Below. Llamó a Berlín para hablar con Kaltenbrunner y ordenarle formar un equipo de detectives y volar de inmediato a la Wolfsschanze, y después pidió su auto y escolta y marchó a toda prisa a felicitar a Hitler por haberse salvado en forma tan milagrosa. Según Kersten, quien estaba con él, la noticia lo electrizó. "Ha llegado mi hora", le dijo. "Atraparé a toda la banda reaccionaria; ya di órdenes para el arresto de los traidores." Kersten se aventuró a preguntar si el hecho de que Hitler se hubiera salvado era realmente algo bueno para Alemania. Himmler no tenía la menor duda de eso. "¿Qué está diciendo, Kersten? ¿De veras lo cree? No debería pensarlo siquiera, y mucho menos decirlo", replicó. "Al preservar al Führer, la Providencia nos lo ha guardado para que podamos llevar la guerra a una triunfal conclusión bajo su liderazgo."[2] "Providencia", lo más cerca que podían llegar los nazis de decir "Dios", fue la palabra en labios de todos en los días siguientes.

Ese momento fue, evidentemente, difícil para Himmler. ¿Por qué, con todos los recursos del Estado policial a su disposición, no había descubierto ese complot —si en efecto lo era, y no obra de un individuo solitario—, y por qué había fallado en su deber básico y primordial de proteger a Hitler? Las cosas seguían siendo confusas. Los primeros sospechosos eran los trabajadores forzados de Speer, de Europa oriental, empleados para reforzar los búnkers, pero conforme emergían más detalles la atención se dirigió rápidamente a Stauffenberg. Se sabía que volaba de regreso a Berlín, pero Himmler no hizo nada para hacerlo arrestar a su arribo, ni parece haberse dado cuenta, en esa etapa, de que formaba parte de un intento de *coup*. Estaba muy al tanto de otros dos grupos de conspiradores, a los que llevaba

vigilando algún tiempo, y a los que quizá planeaba usar para sus arteros fines. Pero la Gestapo y el SD tenían prohibido interferir en el ejército, lo que seguía siendo, literalmente, una ley en sí misma, como siempre, y en consecuencia no sabía nada sobre el grupo de oficiales de Stauffenberg en el Bendlerblock, el cuartel militar de la Bendlerstrasse. Por fortuna para Himmler, y para el régimen, esos oficiales resultaron ser la punta de revolucionarios más ineptos y desganados que quepa imaginar, y ni siquiera habían dado los pasos básicos necesarios para tomar el poder, como asumir el control de las estaciones de radio y la red de comunicaciones.

La visita de Mussolini procedió según lo planeado esa tarde. Luego de llegar en tren a las tres, acompañado del mariscal Graziani; Karl Wolff, representante de Himmler y el Reich en el norte de Italia, y Eugen Dollmann, exjefe de la Gestapo en Roma, fue recibido por Hitler, pálido, tembloroso, con el pelo chamuscado y el brazo derecho en cabestrillo. Göring, Himmler, Ribbentrop y Dönitz estaban ahí, como apoyo. Tras inspeccionar las ruinas de la sala de conferencias, ambos se dirigieron a la sala de té para conversar. Mussolini había ido allá para discutir la situación en Italia y el uso de prisioneros de guerra italianos en Alemania, así como de cuatro "legiones republicanas" que se habían formado con ellos, que Mussolini quería para defender su contraído Estado; Hitler aceptó tal empleo, aunque sólo contra partisanos italianos.[3] Aseguró al Duce que pronto la guerra volvería a favorecer a Alemania. La producción de aviones de combate sería en poco tiempo de más de cinco mil al mes, dijo, y no menos de mil doscientos de sus nuevos jets expulsarían a los aliados de Normandía, dejándolo en libertad de concentrarse en recuperar el frente oriental.

Inevitablemente, el escape de Hitler dominó la conversación y los nervios se crisparon al instante, pues los alemanes empezaron a pelear y culparse unos a otros por la guerra y el hecho de no haberla ganado. Hitler, tapados los oídos con algodones y tragando píldoras y pastillas de colores diferentes, casi no prestó atención. Pero cuando alguien mencionó el caso Röhm, y la purga que lo había seguido, el efecto fue electrizante. Según Dollmann, Hitler se levantó de un salto y, "en un arranque de frenesí, echando espuma por la boca", gritó que se vengaría de todos los traidores. "La Providencia le había demostrado una vez más", se dice que aulló, "que

se le había elegido para forjar la historia universal, tras de lo cual despotricó desenfrenadamente acerca de terribles castigos para las mujeres e hijos de los traidores, a todos los que se arrojaría a campos de concentración, ojo por ojo y diente por diente; nadie se libraría de ser presentado a la divina Providencia.” Rabió media hora entera antes de terminar con esta megalómana exclamación: “¡Estoy empezando a dudar de que el pueblo alemán sea digno de mis grandes ideales!”.[4]

En el alboroto que siguió, mientras todos intentaban rebasar a los demás en sus protestas de lealtad, Göring y Ribbentrop estuvieron a punto de llegar a los golpes. Göring llamó a Ribbentrop “vendedorcito de champagne”, le dijo que “cerrara la maldita boca” y lo amenazó con su pesado bastón de mariscal. Se dice que Ribbentrop repuso a gritos, enfurruñado: “¡Sigo siendo ministro del Exterior, y mi apellido es Von Ribbentrop!”.[5] En medio de las vociferaciones de ambos, Dollmann sacó en silencio a los italianos y los llevó de regreso a su tren.

La memorable tarde no había terminado todavía, en absoluto. Hitler volvió a montar en cólera cuando Himmler le llevó la noticia de que órdenes de un golpe militar habían salido de la Bendlerstrasse, a nombre de Fromm. El Führer nombró en el acto a Himmler, en sustitución de Fromm, comandante en jefe del Ejército de Remplazo y director de Armamentos Militares. Wolff dejó constancia de que Göring sugirió a Hitler no parar ahí, sino designar a Himmler ministro de Guerra también, ante lo que este último comentó, titubeante y con un hilo de voz: “También puedo hacerme cargo de eso, mi Führer”. Pero Hitler no estaba dispuesto a darle tanto poder. Le instruyó volar en seguida a Berlín y ocuparse de todo en la fuente. “Tiene usted plenos poderes”, le dijo. “¡Ande!”.[6]

“Sí, mi Führer”, Himmler añadió orgullosamente el antiguo mantra al que debía su renombre, “déjemelo todo a mí.”

Cuando supieron que Hitler había sobrevivido, los conspiradores se aterraron. Por desgracia para ellos, el Gauleiter de Berlín no. Goebbels conversaba en el estudio de su ministerio con Funk y Speer sobre los problemas para implementar sus disposiciones de guerra total cuando recibió una llamada telefónica de Otto Dietrich desde el cuartel de Führer para informarle del atentado. Después dijo que había sentido que “el piso bajo mis pies se movía”, pero una vez que se le aseguró que Hitler no había

sufrido heridas graves, comió como de costumbre, aunque algo más sereno de lo normal, y tomó una siesta. Se le despertó una hora más tarde para entregarle una escueta declaración recibida del cuartel del Führer, supuestamente dictada por el propio Hitler, para su inmediata difusión radial. Insatisfecho con su redacción, y quizá también queriendo cubrirse hasta saber exactamente qué sucedía, la hizo a un lado y continuó con su trabajo de rutina. Alrededor de las cinco de la tarde fue instado a actuar por una llamada telefónica de Hitler, quien le dijo que un *Putsch* militar en toda forma estaba en marcha de un extremo a otro del Reich.

El primer acto de Goebbels fue llamar a Speer para pedirle dejar todo y presentarse a la brevedad en su residencia; le dijo que necesitaba su sensata cabeza como contrapeso de su impetuosidad, aunque Speer se preguntaría más tarde si quiso tenerlo ahí para vigilarlo. En ese momento todos eran sospechosos. Himmler, a quien Goebbels no pudo localizar, ocupaba el primer lugar en la lista; varias veces a lo largo de la noche, según Speer, Goebbels "expresó su desconfianza contra el Reichsführer-SS y ministro del Interior".

Speer no tenía mucho de haber llegado a la oficina de Goebbels en el segundo piso de su residencia cuando, al asomarse por la ventana, vio que soldados del Batallón de Guardias Grossdeutschland (Gran Alemania), con todo su equipo de campaña, rodeaban el edificio y tomaban posiciones para bloquear la Puerta de Brandeburgo. Tras echar un vistazo, Goebbels desapareció en su recámara, a un lado, tomó de un pastillero un puñado de cápsulas de cianuro y las deslizó en el bolsillo de su saco, "por si acaso". Luego envió por el comandante de las tropas que rodeaban la casa, el mayor Otto Remer, no sin antes haber confirmado su lealtad con el teniente Hans Hagen, funcionario político del Ministerio de Propaganda que, casualmente, esa misma tarde había dictado una conferencia sobre los principios nacionalsocialistas a Remer y sus hombres.

Remer, fanático partidario de Hitler, de treinta y dos años de edad, había sido informado por el comandante de la guarnición de Berlín, el general de división Paul von Hase, uno de los líderes de la conspiración, que Hitler había sido asesinado y la SS pretendía dar un *Putsch*. Se le había ordenado acordonar el área de la Wilhelmstrasse y arrestar a varios ministros, entre ellos al de Propaganda. Remer era un soldado leal. Su deber, insistió, era

obedecer sin chistar las órdenes de su superior. Cuando Goebbels le recordó su juramento de lealtad personal al Führer, Remer repuso que el Führer estaba muerto.

“El Führer está vivo”, replicó Goebbels. “Está vivo. Acabo de hablar con él hace unos minutos. Una pequeña y ambiciosa camarilla de generales inició este *Putsch* militar. Es una mala jugada. La jugada más mala de la historia.” El elocuente ministro de Propaganda convenció con facilidad a Remer de que el destino le concedía una oportunidad tremenda, y jugó entonces su mejor carta: “Voy a hablar con el Führer ahora mismo”, le dijo, “para que usted también pueda hablar con él. El Führer puede darle órdenes que anularán las de su general, ¿no es así?”.

Segundos después, la línea directa de Goebbels se había conectado con el cuartel del Führer, y el propio Hitler estaba al teléfono. Remer se puso en posición de firmes al oir esa conocida voz y respondió con un rápido *Jawohl, mein Führer!* (¡Por supuesto, mi Führer!) mientras Hitler lo ascendía a coronel en el acto y le encomendaba aplastar la rebelión en Berlín. Debía obedecer exclusivamente las órdenes de Goebbels, Himmler y el general Reinecke, a quien se pondría a cargo de todas las tropas de la capital. Remer abandonó la oficina de Goebbels para ajustar a su batallón en defensa del gobierno nazi y dar caza a los cabecillas del *Putsch*.

Goebbels aprovechó la inexplicable omisión de los conjurados de tomar las estaciones de radio y transmitió el anuncio del atentado contra Hitler, subrayando que éste sólo había sufrido rasguños menores y había estado en condiciones de recibir a Mussolini esa misma tarde. Luego hizo que Remer reuniera a unos ciento cincuenta de sus hombres en el jardín de su residencia, para hablarles personalmente. “Una vez que los convenza”, dijo a Speer, “habremos ganado la partida. ¡Fíjate cómo los manejo!”. Iluminado únicamente por la luz que caía sobre él desde una puerta abierta, Goebbels montó un espectáculo de serena seguridad. No profirió órdenes ni amenazas, sino que apeló a la lealtad incondicional que se había inculcado a los soldados a lo largo de los años. Y funcionó. Ellos partieron resueltos a cumplir a toda costa su deber contra los traidores.[7]

Aun en el Bendlerblock, la revuelta se había derrumbado. El general Fromm, a quien habían encerrado en la oficina de su ayudante —si bien con sandwiches y una botella de vino para que estuviera cómodo—, escapó con la ayuda de un grupo de nazis leales. Hubo un breve tiroteo, en el que la

única baja fue Stauffenberg, alcanzado en el brazo sano. La llegada de las tropas del Batallón de Guardias resolvió, finalmente, el problema, pues los conspiradores fueron detenidos y puestos bajo arresto. Ansioso de salvar el pellejo eliminando a quienquiera que pudiese revelar que él había sabido del complot desde hacía semanas pero no había hecho nada para detenerlo, Fromm se erigió en supremo juez y jurado y condenó a los cabecillas a la ejecución inmediata. Poco después de medianoche, Stauffenberg y sus colegas fueron sacados al patio y puestos contra la pared. A la luz de los faros cubiertos de una hilera de vehículos del ejército, se dispuso frente a ellos un pelotón de fusilamiento. Stauffenberg murió con orgullo, erguido y con la frente en alto, gritando: “¡Viva nuestra sagrada Alemania!”.

Mientras se extinguía el eco de los disparos, Fromm envió, mediante teletipo, un mensaje al cuartel del Führer: “Intento de *Putsch* por irresponsables generales, aplastado con sangre. Fusilados todos los cabecillas”. Cuando atravesaba el patio para inspeccionar el pelotón de fusilamiento, llegó Speer en su auto deportivo blanco, con Remer en el asiento del pasajero. Ambos fueron atajados en el exterior por Kaltenbrunner, quien se ocultaba bajo los árboles con Otto Skorzeny, rodeados por agentes de la SS y oficiales de la Gestapo, vigilando en silencio, casi subrepticiamente. Cuando Speer explicó que Remer y él habían ido a interrumpir el consejo de guerra sumario de Fromm, Kaltenbrunner le dijo que la SS no quería involucrarse y que, ciertamente, no interferiría, ya que eso sólo causaría nuevas dificultades con el ejército. Él había prohibido a sus hombres entrar al Bendlerblock. “De todas maneras”, dijo, habiendo oído sin duda las descargas, “es probable que el consejo de guerra sumario ya haya tenido lugar.”

En ese momento apareció Fromm, solo. Tras dejar bajo los árboles a los oficiales de la SS, Speer y Remer se acercaron a él. Repleto de autojustificaciones, Fromm se quejó del trato que había recibido, y les informó que los líderes del *Putsch* estaban muertos. Esto no agradó a Speer y Remer. Los muertos no hablan, ni pueden dar nombres y detalles. Fromm pidió que se le condujera a la residencia de Goebbels, convertida en puesto central de mando de la operación, para que pudiera telefonear a Hitler y limpiar su nombre. Pero Goebbels había ordenado su arresto. Casi en ese instante apareció Himmler al fin, y en su calidad de comandante en jefe del

Ejército de Remplazo dio órdenes de que no hubiera más ejecuciones sumarias.

Goebbels había pasado buena parte de la noche intentando convencer a Hitler de que se dirigiera por radio a la nación —al mundo en realidad—, pero no fue hasta después de medianoche que todo estuvo listo y comenzó la emisión. El Führer dijo que hablaba ante el pueblo alemán para hacerle saber que estaba sano y salvo, y para notificarle "un crimen sin paralelo en la historia de Alemania". Una conspiración para eliminarlo había sido urdida, dijo, por "una ínfima camarilla de ambiciosos, irresponsables y criminales oficiales. Fui librado de una suerte que no temo, pero que habría tenido terribles consecuencias para el pueblo alemán. Considero esto como una señal de que debo proseguir en la tarea que la Providencia me ha impuesto". Los criminales, prometió, serían exterminados sin piedad.

Al terminar, Hilter pasó el micrófono a Dönitz y Göring, en ese orden, lo que sin duda dio que pensar a este último. Cuando el mariscal del Reich se presentó en la conferencia de mediodía dos días después, pronunció un breve discurso ante Hitler, dándole otra vez las gracias por su sobrevivencia y proponiendo, "como visible prueba de la gratitud de las Wehrmacht por su milagrosa salvación, que su saludo se adoptara al instante en todas las fuerzas armadas". Göring sacó una orden preelaborada, que Hitler firmó, "tras de lo cual", indica la versión estenográfica, "todos hicieron espontáneamente el saludo del Führer".[8]

Zeitzler se había desplomado bajo la tensión de trabajar con Hitler y sufrido un colapso nervioso a principios de mes. Hitler permaneció tres semanas sin jefe de Estado Mayor del ejército, pero un día después del bombazo echó mano de Guderian, a quien había levantado el castigo en marzo de 1943, nombrándolo inspector general de las fuerzas blindadas, lo que en realidad equivalía a jefe del mando de tanques. La lealtad de Guderian había sido patente durante la emergencia, ya que una unidad de tanques llegó al centro de Berlín para apoyar al Batallón de Guardias. Su primer orden del día como jefe de Estado Mayor consistió en renovar el juramento de lealtad del ejército, y en volver obligatorio el saludo nazi, "como signo de la inquebrantable fidelidad del ejército al Führer y de la estrechísima unidad entre el ejército y el partido". Una semana más tarde, emitió otra orden que decía:

> Cada oficial del Estado Mayor deberá ser un dirigente nacionalsocialista, no sólo por su ejemplar actitud en el adoctrinamiento político de los jóvenes comandantes, de acuerdo con los principios del Führer [...] Espero que cada oficial del Estado Mayor manifieste de inmediato su conversión o adhesión a mis opiniones, y haga una declaración pública con ese fin. Quien no pueda actuar de ese modo, deberá solicitar que se le transfiera del Estado Mayor.[9]

Una vez eliminada por completo la amenaza del ejército, Himmler metió el acelerador a su operación de limpieza. De repente, la Gestapo estaba en todas partes, cuestionando a todos, registrando casas y oficinas, arrastrando a la gente a interrogatorios. Nadie estaba a salvo. El Estado Mayor fue diezmado por el arresto de centenares de oficiales, mientras que otros, cuya participación no pudo probarse pero a los que se consideraba poco confiables, fueron sustituidos. Muchos se suicidaron, entre ellos Rommel, hospitalizado al momento del bombazo, habiendo sido alcanzado en su auto por los disparos de un caza aliado. Semanas después se le exoneró, y se le dio la oportunidad de una muerte "honorable" por envenenamiento en lugar del tradicional disparo, para permitir que su deceso pasara como consecuencia de sus previas heridas.

El 23 de julio, por una mera casualidad, se descubrió una serie de diarios en las ruinas de una casa bombardeada, los cuales incriminaban a Canaris y otros oficiales de alto rango. El exjefe de espías fue arrestado en el acto, y el reflector de la Gestapo se dirigió entonces al Abwehr, y más tarde a los círculos diplomáticos y políticos al quedar claro que la conspiración se extendía mucho más allá de la Bendlerstrasse. Algunos de los involucrados eran veteranos opositores, conservadores o liberales del régimen. Otros eran más sorpresivos: tanto Hitler como Goebbels se indignaron al saber que el conde Helldorf, jefe de la policía de Berlín, Antiguo Combatiente y exlíder de la SA, destacaba entre ellos. Otros más incluían a Schacht, Halder y el ministro de finanzas prusiano de Göring, Johannes Popitz.

Hitler había jurado ser inflexible con los conspiradores, y Himmler se ocupó de cerciorarse de que tal amenaza no fuera ociosa. Quienes acabaron en las celdas de la Gestapo en la Prinz-Albrecht-Strasse fueron sometidos a las más horribles torturas. El teniente Fabian von Schlabrendorff, quien sobrevivió de algún modo a la experiencia, pronto se dio cuenta de que el

objeto de la maniobra no era principalmente arrancar una confesión. Lo que Himmler y la Gestapo querían eran nombres, y estaban dispuestos a usar cualquier medio para extraerlos. A Schlabrendorff le metieron púas en las yemas de los dedos, le recubrieron las piernas con tubos de metal forrados de más púas aún, que era posible encajar poco a poco en la carne, y le embutieron la cabeza en una especie de casco de metal cubierto con una manta para amortiguar sus gritos.[10]

Tras la primera, y violenta, reacción, los hombres de Himmler procedieron a una investigación metódica y despaciosa. Él aprovechó la oportunidad para extender su red a todos los opositores del régimen, relacionados o no con el bombazo, y en un periodo de varias semanas se efectuaron unos siete mil arrestos, resultantes muchos de ellos, sin duda, de denuncias hechas por envidia o rencor. La mayoría acabó en campos de concentración, pero los principales conspiradores fueron juzgados en el infame Tribunal del Pueblo por Roland Freisler, el virulento “juez colgador”; los oficiales del ejército, entre ellos, fueron dados de baja, primeramente por un tribunal de honor, presidido por Rundstedt e integrado, entre otros, por Guderian y Keitel.

Himmler había convencido a Hitler de no celebrar grandes y espectaculares juicios, en los que los acusados tendrían la oportunidad de manifestar sus opiniones, sino confinarlos al Tribunal del Pueblo, donde Freisler pasaría sin la menor consideración sobre la sutilezas legales, ante un reducido y selecto público. Goebbels ordenó filmar los juicios, para exhibirlos como escarmiento a las tropas y el público en general, y todo se escenificó con el cuidado de una película de Hollywood. Freisler se atavió con una espléndida toga rojo sangre, y el tribunal fue adornado con grandes banderas con la svástica, tras de las cuales se ocultaron las cámaras. Éstas eran puestas en marcha y detenidas a una señal de Freisler, quien dirigió las sesiones prácticamente solo. Una vez en funcionamiento las cámaras, él gritaba y vociferaba a los acusados, para presentarlos como apenas poco más que delincuentes comunes.

Sin embargo, todos ellos se condujeron con enorme compostura, pese a que se les mantuvo sin afeitar y se les vistió con viejas prendas de víctimas de los campos de concentración. El de mayor rango entre ellos, el mariscal de campo retirado Erwin von Witzleben, era de dar lástima en especial, pues le quitaron la dentadura postiza, y sus pantalones sin tirantes le

quedaban demasiado grandes, así que debía sujetarlos casi todo el tiempo para que no se le cayeran. Cuando lo hacía, Freisler le gritaba: “¡Viejo sucio! ¿Qué tanto se busca en el pantalón?”.[11]

Todos los acusados del primer juicio fueron condenados a muerte en la horca; como traidores, se les negó el “honor” de ser decapitados. Murieron ese mismo día, 8 de agosto, en la cárcel de Plötzensee, en el noroeste de Berlín. Puesto que la horca no era el método de uso normal en Alemania, esa prisión no tenía cadalso. En su lugar, ocho enormes ganchos de carnicero se fijaron a intervalos en una viga del techo. A las sogas se les dio forma de ocho, con dos lazadas, una para el cuello de la víctima y otra para prender del gancho. La mayoría de ellas era de cáñamo, pero en casos posteriores se usaron cuerdas para piano. Como no había caída, los condenados no morían de inmediato, quebrándose el cuello, sino lentamente, por estrangulación. Algunos pasaban hasta veinte minutos en agonía.[12]

Goebbels mandó camarógrafos a filmar el proceso entero, para que el Führer estuviera seguro del cumplimiento de su orden de que “todos serán colgados como reses”. Pero tras grabar las dos primeras ejecuciones, los dos camarógrafos asignados a la tarea no pudieron más, y se negaron a continuar. Los verdugos, en cambio, no pararon; estuvieron ocupados hasta los últimos días de la guerra. Al tiempo que los ejércitos aliados se acercaban a Berlín, no había pausa en la horca, y el número de víctimas llegó a casi cinco mil.

Como parte de su venganza, Himmler actuó contra las familias de los conspiradores, en especial de los aristócratas, invocando el que dijo ser el antiguo castigo teutónico de *Sippenhaft*, “detención de familiares y amigos”, o de *Blutrache*, “venganza sangrienta”. “Basta leer las sagas germánicas”, dijo en una reunión de Gauleiter en el castillo de Posen el 3 de agosto. “Cuando a un hombre se le declaraba fuera de la ley, se decía: ‘Este individuo es un traidor, su sangre es mala, contiene perfidia, debe ser exterminada’ [...] La familia del conde Stauffenberg será aniquilada hasta el último de sus miembros.”[13] Los Gauleiter aplaudieron.

El bombazo fue un parteaguas para Hitler. En algunos sentidos, fue la culminación de la revolución nazi, que por fin quebrantaba el poder del ejército y la antigua aristocracia. En adelante, Hitler creyó que podía

apoyarse únicamente en el partido, y se distanció de todos aquellos cuya lealtad no se remontaba a los viejos tiempos de lucha. Después del 20 de julio, los únicos que contaron en la cumbre fueron Bormann (como jefe del partido), Himmler y Goebbels. Ellos formaron un ceñido círculo alrededor del Führer, trabajando muy de cerca entre sí pero vigilándose celosamente, y excluyendo a los tres que en realidad nunca habían sido aceptados por el partido: Göring, Ribbentrop y Speer.

Göring y Ribbentrop eran blancos fáciles. Los fracasos de la Luftwaffe ya habían desacreditado a Göring ante Hitler, y la continuación de su estilo de vida sibarita en un momento en que el resto del país soportaba las más extremas privaciones era suficiente para condenarlo. Hitler había perdido toda la confianza en sus capacidades, pero le seguía teniendo aprecio. Pocos compartían esto, sin embargo; Himmler ordenó a la Gestapo investigar todas las posibles conexiones de Göring con la conspiración, y dijo a Dönitz que si Hitler hubiera sido asesinado, "es absolutamente seguro, gran almirante, que el mariscal del Reich no lo habría sucedido". Ribbentrop, a su vez, había sido marginado por los acontecimientos: dado que cada vez menos países mantenían relaciones diplomáticas con Alemania, el ministro del Exterior prácticamente ya no tenía nada que hacer, aparte de buscar un acuerdo de paz, lo que era tabú.

La estrella de Speer había ascendido rápido y brillado intensamente, al grado de que a fines de 1943, Hilter lo saludó como "igual" de Himmler, algo que debe haber incomodado al Reichsführer-SS. Pero luego se apagó con igual rapidez. Durante doce meses Speer había sido un formal contendiente, quizá incluso el favorito, en la sucesión. Pero a principios de 1944, tuvo la desgracia de enfermarse y estar cuatro meses fuera de circulación, a causa de una operación de rodilla en la clínica de la SS de Himmler en Hohenlychen, sesenta kilómetros al norte de Berlín, que resultó fatal. Estuvo a punto de morir de una aguda embolia pulmonar, mal diagnosticada y peor tratada por un buen amigo de Himmler, el doctor Karl Gebhardt, y debió pasar una temporada aún más lejos del círculo, convaleciendo en el Tirol. Durante su enfermedad se hizo un serio intento en su ministerio por derribarlo, pero Speer estaba absorto en el paranoico temor de que Himmler tratara de deshacerse para siempre de él mandándolo asesinar.

Si esos temores hubieran sido justificados, el fracaso de Himmler para hacerlos efectivos habría indicado una notable incompetencia, porque sin duda nada habría podido ser más fácil que eliminar a un enfermo grave al cuidado de médicos de la SS en un hospital de la SS. Algo más fácil todavía fue destruir su reputación; y como Speer estaba lejos de la corte, Himmler y su aliado Bormann no tuvieron traba alguna para derramar veneno en los oídos de Hitler y destrozar su fe en su antiguo benjamín.

Speer siguió dirigiendo su ministerio desde su lecho de enfermo, y continuó haciendo maravillas en la producción de armamento, que llegó a su máximo histórico en julio pese al daño de los ataques aéreos y la escasez de materiales. Poco después de volver a su oficina en mayo, se anotó una victoria sobre Göring al asumir, por fin, toda la responsabilidad de la producción de aviones; Milch, pagando el fiasco del Me-262 de Hitler, recibió el insignificante título de inspector general de la Luftwaffe, y se retiró a su pabellón de caza al norte de Berlín. Pero aun con ese aumento en su autoridad, Speer ya no estaba en la carrera por la sucesión: no tenía base de poder en el partido, y el partido era ya lo único que importaba. Se había ganado, en efecto, la hostilidad de los Gauleiter al pretender ignorar su control de la industria en sus distritos, y pelear con los Gauleiter era pelear con Bormann, lo cual fue un fatídico error.

El único aliado de Speer en ese entonces era Goebbels, a quien apoyó sin reservas en sus cada vez más desesperados intentos por llevar su visión de guerra total de las palabras a los hechos, alineándose con él contra Bormann y Himmler. Goebbels había formado un comité extraoficial de ministros y altos funcionarios de ideas afines a las suyas —entre ellos Funk, Ley y Sauckel, además de Speer—, con quienes se reunía todas las noches de los miércoles para hablar de cómo hacer avanzar las cosas; pero aunque todos ellos se contaban entre los más influyentes hombres del Reich, controlando la industria, la economía y el trabajo, no podían hacer nada sin el consentimiento de Hitler, y su acceso a él estaba impedido por Bormann.

Goebbels logró cruzar, por fin, la barrera convenciendo al ayudante del Wehrmacht de Hitler, Schmundt, de que el tiempo se agotaba, y persuadiéndolo de hacérselo saber a aquél. El 21 de junio el Führer llamó a Goebbels al Berghof, para hablar de sus ideas. Lo escuchó con atención, pero se negó a admitir que hubiera llegado el momento de la guerra total y

lo despidió, de nueva cuenta decepcionado. Al día siguiente comenzó la gran ofensiva soviética de verano, pero ni siquiera esto hizo cambiar de opinión a Hitler; y conforme transcurrieron las semanas y la situación en ambos frentes empeoró sin cesar, Goebbels se desesperó cada vez más.

Speer, quien veía angustiado que sus provisiones de combustible y sus fábricas eran sistemáticamente destruidas, prometió elaborar un documento para proponer que Goebbels relevara al "incompetente Comité de los Tres" con objeto de "reunir a todas las fuerzas del frente interno detrás del esfuerzo bélico". El propio Goebbels dirigió un largo memorándum a Hitler, en el que expuso en detalle lo que debía hacerse y presagió que las medidas que defendía dejarían en libertad bastantes hombres para formar suficientes divisiones nuevas en tres o cuatro meses. El memorándum tenía fecha del 18 de julio.[14]

La sacudida del 20 de julio hizo que Hitler reaccionara al fin; o, como dijo desenfadadamente Goebbels a su asistente, Rudolf Semmler, "hizo falta una bomba bajo el culo de Hitler para hacerlo entrar en razón".[15] Cuando se sumó a los demás jefes nazis en la Wolfsschanze dos días después, Goebbels tenía todos los motivos para creer que había impresionado a Hitler con su decidido manejo de la crisis en Berlín, y que por fin sería recompensado, y esta vez no se desilusionó. Halló preparado a Lammers para proponer, sin duda por instrucciones del Führer, la disolución del Comité de los Tres y el otorgamiento a Goebbels de las facultades que había solicitado para reformar el Estado y la vida pública. Himmler recibiría, al mismo tiempo, "amplia autoridad" para reorganizar y reformar las Wehrmacht. Fingiendo una predecible renuencia, Goebbels declaró que aceptaba esas nuevas responsabilidades sólo porque la peligrosa situación del Reich demandaba "medidas enérgicas", y porque Hitler debía ser "liberado de los detalles menores".[16]

El Führer confirmó el nombramiento de Goebbels como Plenipotenciario del Reich para el Esfuerzo Bélico Total, al día siguiente, ante todos los líderes, entre ellos Göring, quien se molestó mucho de que ese puesto no hubiera sido para él, en su calidad de presidente del Consejo Ministerial de Defensa. Para salvar el honor de Göring, Goebbels sugirió a Lammers señalar en el decreto de Hitler que, en ese carácter oficial, el propio mariscal del Reich había propuesto su nombramiento, y el Führer aceptó eso con agrado, reacio como siempre a hacer en público cualquier

cosa que dañara el prestigio de Göring. El recurso no engañó a nadie, y menos todavía a Göring, quien se marchó zapateando a Rominten con un berrinche que le duró cinco semanas y del que sólo emergió para pronunciar el panegírico en el sepelio de Korten, en Tannenberg, el 28 de julio, volviendo a desaparecer después con el pretexto de un absceso en la garganta. Entre tanto, Göring había sorprendido a todos al designar al fino y delicado jefe de instrucción de vuelo, el general Werner Kreipe, como su nuevo jefe de Estado Mayor, pasando por encima de Karl Koller, el asistente de Korten, quien había cubierto el puesto desde la muerte de éste. Sin embargo, como Göring se negó a regresar a la Wolfsschanze para presentar a Kreipe con Hitler, ordenó a Koller permanecer en el cargo, así que durante seis semanas hubo dos jefes de Estado Mayor, singular sistema que no hizo nada para remediar el general estado de confusión de la Luftwaffe.

Goebbels asumió su nueva tarea, que describió a su personal como vía de "prácticamente plenos poderes dictatoriales" para él en el Reich, con mesurada satisfacción e ilimitada energía. "Estamos en realidad en posición", dijo por la radio al pueblo alemán al anunciar su nombramiento y sus fines, "de volver a nuestro favor la suerte de la guerra. Todo lo que necesitamos para lograrlo está a nuestra disposición. ¡Tomémoslo! Nunca más el Todopoderoso revelará tan claramente su presencia ante nosotros como cuando obró un milagro en beneficio del Führer, salvando su vida."[17]

Tenía, por fin, el reconocimiento que siempre había anhelado, con derecho a emitir directivas a los ministros y las autoridades de más alto rango del gobierno, y se proponía hacer pleno uso de él. Desafortunadamente, había una trampa; siempre había una trampa en el bizantino mundo de los nazis, de símbolos de categoría celosamente protegidos. Se le autorizó expedir directivas a ministros y funcionarios, pero de ellos dependía cumplirlas o no. La mayoría lo hacía, pero nada garantizaba que así fuera. Y sus facultades tenían límites donde violaban el territorio de los demás sátrapas: no se aplicaban al partido y su organización, dominio de Bormann; tampoco a las Wehrmacht, donde Himmler ya prevalecía, ni, definitivamente, a la SS. No obstante, Goebbels podía asegurar con razón que era "el dictador del frente interno".

La necesidad más apremiante era la de hombres en el frente: en los tres meses posteriores a los desembarcos del Día D, los ejércitos alemanes perdieron en todos los frentes cerca de 1.2 millones de efectivos, muertos, heridos o desaparecidos, y las pérdidas seguían aumentando. La primera acción de Goebbels fue ordenar el llamado a pleno servicio en el ejército de los jóvenes entre dieciséis y dieciocho años de edad y de los adultos entre cincuenta y sesenta. Recorrió escuelas, universidades, oficinas y fábricas en busca de conscriptos, reclutando a decenas de miles en ocupaciones reservadas. Comenzando por su Ministerio de Propaganda, exigió una reducción de 30% en la plantilla gubernamental. Como contrapeso, extendió la semana hábil normal a un mínimo de sesenta horas, salvo para los trabajadores forzados, por supuesto, que ya laboraban setenta y dos. Elevó el tope de edad de las mujeres reclutadas en trabajo de guerra de cuarenta y cinco a cincuenta años, y ordenó que las vacaciones escolares se prolongaran “indefinidamente”, para que los muchachos de doce a catorce años pudieran operar en la industria ligera, liberando a las mujeres y los pocos hombres que quedaban en ella para el trabajo pesado.

Esta campaña produjo, para octubre, cuatrocientos cincuenta y un mil ochocientos reclutas, lo que permitió a Himmler crear veinticinco divisiones de Volksgrenadiere (soldados del pueblo), para diferenciarlas de las del viejo ejército. Aunque, por su cantidad de efectivos, muchas divisiones militares regulares habían quedado reducidas a poco más que batallones, Hitler decidió no restaurarlas. Creía que las tropas que habían sufrido derrotas severas no tenían ya la moral necesaria para combatir con eficacia, y que debía permitirse que sus divisiones “murieran desangradas” pese a que aún existieran en el papel como divisiones de pleno derecho en el orden de batalla alemán, para producir la ilusión de mayor número.

Todas las licencias de quienes ya pertenecían a las fuerzas armadas se cancelaron, y hombres antes considerados incapaces para el servicio activo, fueron arrancados de puestos administrativos y enviados al frente. Goebbels hizo formar batallones enteros con individuos aquejados de trastornos estomacales, problemas auditivos, reumatismo y cálculos biliares y renales. Informó, con orgullo, a los Gauleiter que había enviado al frente a setenta y nueve mil ochocientos setenta y cuatro de esos sujetos tan sólo del Distrito Militar VIII. “El médico a cargo de ese distrito calcula que en el Reich podría reclutarse a suficientes hombres con tales padecimientos para formar

un centenar de esos batallones especiales”, les dijo, “lo que representa en total dos millones de hombres en condiciones de ser despachados al frente. Hemos adoptado la noción de que, por ejemplo, una dolencia estomacal crónica no puede considerarse un seguro de vida, y de que el propósito de esta guerra difícilmente podría ser mandar a morir a los sanos mientras se preserva a los enfermos.”[18]

La concentración de Goebbels en el envío de soldados al frente puso fin a su estrecha alianza con Speer, y confirmó, al mismo tiempo, la caída de éste desde el más alto nivel. Speer juzgaba que las necesidades laborales de sus fábricas eran tan importantes como las de las fuerzas armadas, las que, después de todo, no podían combatir sin armas ni municiones; y cuando Goebbels demandó cien mil reclutas de la industria armamentista, Speer lo ignoró y recurrió a Hitler el 21 de septiembre. Usando su relación personal con el Führer para esquivar la prohibición de criticar a Goebbels, presentó una larga carta de protesta, en la que demandó un alto a su interferencia y a la de los Gauleiter. Hitler, quien pasó enfermo la mayor parte de ese mes, con alta presión arterial, problemas cardiacos, cólicos e ictericia, lo remitió simplemente, junto con su carta, a Bormann y Goebbels, quien por casualidad estaba ese día en la Wolfsschanze. Estos últimos hicieron trizas al ministro de Armamentos, y Bormann le prohibió volver a plantear ese asunto a Hitler.

Para hacer entender la realidad de su movilización total al país en su conjunto, Goebbels cerró la mayoría de los teatros, salas de concierto, escuelas de teatro, *conservatoires* y escuelas de arte. Las orquestas fueron clausuradas, lo mismo que muchos periódicos cuando el papel y la imprenta sufrieron nuevas restricciones. Las compañías que producían bienes no esenciales, como juguetes o artículos de moda, se cerraron. Los servicios de transporte público se redujeron drásticamente, y el cine y la radio —dos actividades que Goebbels había mantenido siempre como refuerzos esenciales de la moral cívica— se contrajeron en forma considerable. La naturaleza de las películas que continuaron produciéndose también cambió: dramas de guerra supuestamente realistas fueron remplazados por, sobre todo, insulsas comedias ligeras ideadas para mejorar el humor del público. Una excepción a este respecto fue una lujosa película a color, *Kolberg*, cinta histórica sobre la épica defensa de la pequeña ciudad del Báltico, del mismo nombre, contra Napoleón en 1803, para la que, por órdenes de Hitler, ciento

ochenta y siete mil soldados se retiraron del servicio activo para trabajar como extras, junto a cuatro mil marinos y seis mil caballos. Él y Goebbels se convencerían de que “esa película fue más útil que una victoria militar” en términos de propaganda.[19]

Durante julio y agosto de 1944, los invasores se aproximaron a Alemania desde el este, el oeste y el sur. En el este, el Ejército Rojo se anotó una serie de victorias espectaculares en todos los frentes, del Báltico al Mar Negro, atrapando a cincuenta divisiones alemanas en los Estados bálticos y destruyendo al Grupo Militar Centro, en Bielorrusia, y avanzó seiscientos cincuenta kilómetros en seis semanas antes de detenerse a sólo quince kilómetros de Varsovia, el 31 de julio. El 24 de julio había liberado el primer campo de exterminio, Majdanek, donde descubrió miles de cadáveres carbonizados y siete cámaras de gas, que exhibió ante corresponsales de guerra de todos los ejércitos aliados. Cuando horrorosas fotografías de los restos se publicaron en el mundo entero, Hitler explotó contra “la gentuza cobarde y desaliñada que no borró todas las huellas de ese campo en el momento indicado”.[20] Mientras tanto, otros ejércitos soviéticos se abrían esforzado paso por el norte de Polonia y Lituania. Poco antes del amanecer del 17 de agosto, los primeros soldados de infantería soviéticos atravesaron chapoteando el río Sheshupe, la frontera de Prusia oriental, y plantaron la roja bandera de guerra de su sección junto al indicador fronterizo número cincuenta y seis. Los soldados soviéticos estaban, al fin, en suelo alemán.

Al sur, tres días después, otras fuerzas soviéticas entraron a Rumania y tomaron los yacimientos petrolíferos de Ploesti, la última importante fuente de petróleo natural para Alemania. Los rumanos cambiaron rápido de bando, declarando la guerra a Alemania el 25 de agosto. Al día siguiente, mientras Hitler ordenaba el retiro de todas las tropas alemanas de Grecia, Bulgaria abandonó el redil nazi. El 29 de agosto hubo un levantamiento armado en Eslovaquia. Días más tarde, también Finlandia saltó del barco, aceptando los términos del armisticio soviético y arremetiendo contra las tropas alemanas aún en su territorio.

En Italia, entre tanto, el Octavo Ejército británico entró a Florencia, donde los alemanes en repliegue habían destruido todos los puentes sobre el Arno menos el Ponte Vecchio, del siglo XIV, que no resistía tráfico pesado,

en tanto que los aliados seguían abriéndose enérgico paso al norte, contra una feroz oposición. En Francia, el combate en Normandía había sido violento tras el desembarco, pero el 30 de julio los tanques del recién formado Tercer Ejército estadunidense, bajo la conducción del general George S. Patton, por fin rompieron el cerco y marcharon atropelladamente a Le Mans y Orleans, para virar después al este, hacia el Sena. Cuando llegaron al río a uno y otro lado de París, ya había habido un segundo desembarco aliado en el sur de Francia, entre Cannes y Toulon, y fuerzas estadunidenses y de la Francia Libre avanzaban a toda velocidad por el valle del Ródano.

El 25 de agosto, la Segunda División Blindada francesa, del general Jacques Leclerc, seguida por unidades de la Cuarta División de Infantería estadunidense, entraron a París para ser saludadas por hombres y mujeres de la Resistencia, quienes se habían sublevado contra las restantes tropas alemanas para liberar su ciudad luego de cuatro años de ocupación enemiga.

Hitler se negó a permitir a sus generales retirar de Francia sus maltrechas fuerzas, insistiendo en que debían combatir aún. Con gran desconfianza todavía del Estado Mayor, él mismo preparó un detallado plan, pese a estar a mil quinientos kilómetros de la primera línea y tener escasa idea de lo que realmente ocurría. El resultado fue convertir la derrota en desastre. Días más tarde, toda la fuerza alemana en Francia, irremediablemente falta de combustible y municiones, fue vencida de manera aplastante y obligada a volver a su país lo más pronto posible.

Los ejércitos aliados persiguieron a toda marcha a los alemanes en fuga. El Primer Ejército canadiense y Segundo británico, al mando de Montgomery, cubrieron trescientos veinte kilómetros en cuatro días, saltando del bajo Sena a Bélgica. Liberaron Bruselas el 3 de septiembre, quinto aniversario de la entrada de Gran Bretaña a la guerra, y Amberes, al día siguiente. Al sur, el Primer Ejército estadunidense, bajo las órdenes del general Courtney H. Hodges, avanzó con igual celeridad hasta el sureste de Bélgica, para capturar las fortalezas de Namur y Lieja. El Tercer Ejército de Patton, entre tanto, se abría apresurado camino al este, para llegar al río Mosela y unirse al Séptimo Ejército francoestadunidense, del general Alexander Patch, llegado empeñosamente de la Costa Azul.

Apenas a su arribo a la frontera alemana, los aliados occidentales interrumpieron su furioso progreso, al agotarse su ímpetu, o más bien su combustible y municiones, pues sus líneas de abastecimiento habían dado ya demasiado de sí. A las 6:05 de la tarde del 11 de septiembre, el Octogésimo Quinto Escuadrón de Reconocimiento de la Quinta División Blindada estadunidense, unidad de avanzada del Primer Ejército, cruzó la frontera de Alemania, cerca de Stalzenburg. Pero eso fue lo más lejos que se llegó por lo pronto.

Tal respiro era indispensable y vitalmente urgente para los alemanes: tenían que empezar de cero a preparar a toda prisa la defensa de la patria. Desde 1940, Hitler se había negado siempre a considerar, incluso, esa posibilidad, así que no había un plan maestro, y las fortificaciones de la Muralla Occidental estaban desguarnecidas y en gran medida desprovistas de armas. Debían ser reequipadas y reorganizadas. La tarea parecía imposible, y Hitler no tenía el menor entusiasmo para acometerla; como de costumbre, creía que el ataque era la mejor defensa, y en vez de atrincherarse tras de las barricadas, empezó a planear una gran contraofensiva, imaginando que aún podía hacer retroceder a los aliados al mar.

Mientras los ejércitos aliados cerraban el cerco en torno a Alemania, durante agosto y septiembre, Himmler se ocupó de una batalla de menor escala en la ciudad de Varsovia. La Insurrección de Varsovia comenzó a las cinco de la tarde del primero de agosto, cuando treinta y siete mil hombres y mujeres del clandestino Ejército Nacional polaco, encabezado por Tadeusz Komorowski, quien usaba el *nom de guerre* de General Bór, abrieron fuego contra los ocupantes alemanes.

Bór-Komorowski había desencadenado, deliberadamente, el alzamiento antes de que llegara el Ejército Rojo —detenido a sólo quince kilómetros de distancia, al alcance de la artillería—, temiendo las consecuencias para Polonia de que los soviéticos liberaran la capital. Al cabo de ese día, la mayor parte de la ciudad antigua estaba en manos de los insurgentes, dispuestos a expulsar a los odiados alemanes y dar la bienvenida a la avanzada soviética en una ciudad libre. Habían previsto una batalla de entre siete y diez días, con ayuda de los soviéticos. Pero Stalin no tenía el menor interés en asistir a Bór-Komorowski y su gente, a la que consideraba el

ejército del anticomunista gobierno polaco en el exilio en Londres. Si la ciudad iba a ser liberada, lo sería por el Ejército Rojo. Ignorando toda petición de ayuda, ordenó al comandante en jefe del frente bielorruso, el mariscal Konstantin K. Rokossovsky, cruzarse de brazos y esperar a que el Ejército Nacional fuera aniquilado por los alemanes.

Buenas razones militares respaldaban la inacción militar de Stalin. El mariscal Rokossovsky había perdido ya ciento veintitrés mil hombres en la aproximación a Varsovia y temía, sensatamente, un contrataque alemán desde el sur contra sus exhaustas tropas. Sabía que en ese momento las dos insuperables divisiones de SS-Panzer, Wiking y Totenkopf, más la División Hermann Göring y la Decimonovena División de Tanques, eran enviadas a toda prisa a defender la ciudad. También sabía de la dificultad de tomar una gran ciudad con defensores dispuestos a disputar cada calle, cada edificio; el recuerdo de Stalingrado proyectaba una inmensa sombra.

Hitler estaba decidido a mantener Varsovia contra los soviéticos, pero para hacerlo debía sofocar la insurrección. Asignó la labor a Himmler, quien la vio como una gran oportunidad para completar la tarea iniciada en 1939 y borrar para siempre del mapa a Varsovia. Como dijo en una reunión de oficiales del ejército en septiembre:

> Cuando me enteré del levantamiento en Varsovia, acudí de inmediato al Führer. Quisiera señalar que éste es un ejemplo de que noticias de esa especie deben tomarse con absoluta tranquilidad. Le dije: “Mi Führer, el momento es ingrato. Pero visto históricamente, es una bendición que los polacos lo hayan hecho así. En cinco, seis semanas nos retiraremos. Pero, para entonces, Varsovia, la capital, la cabeza, la inteligencia de esa antigua nación de entre dieciséis y diecisiete millones de polacos, habrá sido extinguida, ese *Volk* [pueblo] que nos ha bloqueado en el este durante setecientos años y siempre se ha interpuesto en nuestro camino, desde la primera batalla de Tannenberg. Entonces, el problema polaco dejará de ser un gran problema histórico para nuestros hijos, quienes habrán de sucedernos, y en realidad también para nosotros”.[21]

Al mando supremo de la operación, Himmler puso a la cabeza de sus escuadrones antipartisanos al *SS*-Obergruppenführer Erich von dem Bach-Zelewski, quien movilizó a las unidades de peor fama de toda la SS. Éstas incluían a la Brigada de Policía de Dirlewanger, compuesta casi enteramente por criminales, soldados y oficiales de la SS sometidos a

consejo de guerra y extranjeros en periodo de prueba para la Waffen-SS, lo mismo que a la aún más insensibilizada Brigada de Kaminski, integrada, sobre todo, por exprisioneros de guerra ucranianos, que odiaban a los polacos aún más que a los rusos. Para mediados de agosto, Bach-Zelewski había reunido veintiún mil trescientos efectivos, equipados con una impresionante serie de armas, como tanques, artillería, lanzallamas, morteros pesados, generadores de gas y demás, y la batalla comenzó propiamente.

Himmler ordenó matar a todos los polacos, insurgentes o no, y unos cuarenta a cincuenta mil de ellos fueron masacrados en los cinco primeros días. Cuando Bór-Komorowski se vio obligado a rendirse, el primero de octubre, más de quince mil de sus combatientes y entre doscientos y doscientos cincuenta mil civiles, de una población de un millón, habían sido aniquilados. Bach-Zelewski calculó sus bajas en diez mil muertos, nueve mil heridos y siete mil desaparecidos. El acuerdo de capitulación reconoció a los insurgentes de Bór como combatientes, para ser tratados como prisioneros de guerra, no como partisanos. Demandó también la total evacuación de la ciudad. En un acto sin precedente, todos los sobrevivientes civiles fueron echados, en su mayoría a pie, los sanos a trabajos forzados en el Reich, los viejos, muy jóvenes y enfermos a campos y cámaras de gas. Para cumplir la promesa de Himmler de suprimir a Varsovia, 83% de los edificios que aún quedaban en esa ciudad se destruyeron entonces.[22]

Los horrores infligidos a los polacos en Varsovia fueron a tal grado incalificables que cuando Guderian conoció los detalles, se remitió a Hitler y exigió el inmediato retiro de las dos brigadas de la SS del frente oriental. Hitler accedió. Antes del repliegue, Bach-Zelewski hizo fusilar a Kaminski, “como testigo potencialmente peligroso”, según Guderian.[23] El comandante de la otra brigada, en cambio, el doctor Oskar Dirlewanger, fue premiado con la Cruz de Caballero. De Varsovia, Himmler lo despachó directamente a ayudar a sofocar el levantamiento en Eslovaquia, lo cual también corrió a cargo de la SS, de nueva cuenta con extrema brutalidad.

Mientras polacos y eslovacos eran masacrados por órdenes suyas, Himmler consiguió hallar tiempo para pasar un día en su casa cerca de Berchtesgaden, con Häschen Potthast y sus dos hijos; ella había dado a luz

a una niña, Nanette Dorothea, en la Clínica de Hohenlychen nada menos que el 20 de julio. La niña, según la esposa de Martin Bormann, Gerda, era "rídiculamente parecida a su padre", y se había puesto grande y robusta. Himmler no aceptó llamadas telefónicas ni mensajes, sino que dedicó todo el día a "colgar cuadros, hacer cosas en la casa y jugar con los niños". Ese agradable ambiente doméstico era engañoso, pues mientras la bebé gorjeaba dichosa en su canasto y su hermano Helge jugaba con cochecitos y una carretilla azul hecha en Hohenlychen por soldados de la SS heridos, Himmler tenía juguetes más siniestros en su "guarida especial", en el ático.

El hijo de Bormann, Martin Junior, contó a Gitta Sereny, en 1991, que visitó esa casa en 1944, cuando tenía catorce años, y que Häschen le enseñó la "colección especial" de Himmler:

> Cuando ella abrió la puerta y entramos en tropel, no comprendimos qué eran los objetos en esa habitación hasta que ella lo explicó, muy científicamente, desde luego [...] Eran mesas y sillas hechas con partes de cuerpos humanos. Había una silla [...] cuyo asiento era una pelvis humana, y las patas piernas humanas... sobre pies humanos. Después ella tomó un ejemplar de *Mein Kampf* de una pila con varios, y lo único que pensé en ese momento fue que mi padre me había dicho que no me molestara en leerlo, porque los acontecimientos lo habían rebasado. La esposa de Himmler nos mostró la portada —hecha con piel humana, dijo—, y explicó que los prisioneros de Dachau que la produjeron habían usado la *Rückenhaut*, la piel de la espalda, para hacerla.[24]

El pacífico interludio de Himmler con su segunda familia tuvo que ser breve. Aparte de sus demás deberes, debió enfrentar una nueva crisis internacional al enterarse de que Horthy había negociado con los aliados la salida de Hungría de la guerra. Hitler recurrió otra vez a la SS para hacerse cargo de la amenaza, y Himmler envió allá a Bach-Zelewski y Skorzeny, quienes resolvieron las cosas a su habitual manera gangsteril y secuestraron, bajo fuego, al hijo de Horthy de manos de guardias húngaros, lo enrollaron en un tapete y lo mandaron en avión al campo de concentración de Mauthausen. Bajo amenaza de que, si no cooperaba, su hijo sería fusilado, Horthy informó, de todas maneras, por radio a sus compatriotas, de la paz por separado que había concluido con la Unión Soviética. Pero tan pronto como terminó de hablar, la estación de radio fue tomada por miembros del partido fascista húngaro, la Cruz Sagitada, quienes declararon que Hungría seguiría en guerra con la Unión Soviética como aliada de Alemania. Tras

nuevas amenazas de Bach-Zelewski y Skorzeny, Horthy claudicó y accedió a marchar a Alemania, escoltado por Skorzeny y guardias alemanes armados, a pasar el resto de la guerra como "huésped de Hitler" en un castillo bávaro. La SS de Himmler había resuelto una vez más el aprieto.

La deportación de los judíos aún restantes en Hungría, que Horthy había suspendido en julio, se reanudó, aunque con una diferencia. Himmler cancelaba ya los asesinatos en los campos de exterminio, pero decidió que podía usar a los judíos húngaros como trabajadores explotables en los talleres de las cuevas de la SS fabricando los misiles V-2. Como no podía desperdiciar combustible ni transporte, ellos tendrían que viajar a pie. Decenas de miles fueron detenidos y destinados a la larga marcha forzada, pero en el camino murieron tantas judías que el líder de la Cruz Sagitada, Ferencz Szalasi, la interrumpió a mediados de noviembre. Setenta mil judíos fueron apiñados en el gueto de Budapest, esperando, impotentes, el fin de la guerra, y muriendo por miles.

En Occidente, los aliados trataban de penetrar las posiciones defensivas que Rundstedt, vuelto de su retiro para reasumir el mando, había establecido para contenerlos en la frontera alemana. En un osado intento por flanquear la Muralla Occidental y abrir camino a una ofensiva contra el Ruhr, Montgomery lanzó la Operación Huerta, en la que unos veinte mil soldados estadunidenses y británicos fueron arrojados en paracaídas y planeadores detrás de las líneas alemanas, entre Eindhoven y Arnhem, en los Países Bajos. Su objetivo era tomar tres puentes, sobre el Mosa, el Waal y el Bajo Rin, respectivamente, pero tropezaron con mal tiempo y dos divisiones de SS-Panzer, que por causalidad se reacondicionaban en el terreno. Montgomery, de hecho, había recibido evidencias incontrovertibles de la Ultra y fuentes fotográficas, sobre la presencia de esas divisiones de tanques, pero se negó a cambiar sus meticulosos planes e insistió en seguir adelante.[25] El resultado fue un desastre para los aliados, que se vieron obligados a retirarse con cuantiosas pérdidas, y una gran victoria para los alemanes. Hitler, sin embargo, optó por no verlo de esa manera. Le enfureció que la Luftwaffe no hubiera impedido los aterrizajes en primera instancia, y echó toda la culpa a Göring.

La paciencia de Hitler con Göring se agotaba desde tiempo atrás, y Huerta fue la gota que derramó el vaso. El Führer envió por Greim, el comandante en jefe de la Luftflotte 6 en el este, y le dijo que quería que asumiera el mando de la Luftwaffe. Greim, as de la aviación de la primera guerra mundial, había sido un nazi ferviente desde la década de 1920, y el piloto del primer vuelo de Hitler. Estaba ampliamente capacitado para el puesto: había comenzado la guerra como jefe de personal de la Luftwaffe, y comandado varios grupos de cazas antes de distinguirse como jefe de Luftflotte. Hitler le dijo que pese a las muchas faltas y defectos de Göring, era políticamente imposible echarlo en ese momento, así que aunque Greim ejercería pleno control operativo, Göring seguiría siendo comandante en jefe, si bien sólo de nombre. Greim no era ningún tonto, y conocía a Göring. La situación sería imposible. Logró, de alguna forma, evitar una decisión, y le tomó el pelo a Hitler hasta principios de noviembre, momento para el cual Göring se había enterado de la propuesta y expresado tan enérgicamente su opinión que Hitler renunció a la idea, al menos por el momento. Se consoló insistiendo en que Göring debía librarse del lúgubre Kreipe como jefe de Estado Mayor de la Luftwaffe, y remplazarlo por Koller, el recio bávaro.

Hubo mejores noticias para Göring en ese periodo. Speer había ignorado la colérica orden de Hitler de suspender la producción de todos los cazas y concentrarse en la artillería antiaérea, y mantuvo las reformas que había implantado para aumentar la producción. Entregó una suma récord de dos mil ochocientos setenta y ocho cazas en septiembre,[26] así que Göring y Galland disponían entonces de unos tres mil setecientos para entrar en acción. Los primeros Me-262 empezaban a operar, aunque como cazabombarderos, y causaban estragos y consternación entre aviones y tropas aliados cada vez que aparecían. Pero no había aún suficientes de ellos para que fueran en verdad eficaces, y aunque en el aire eran prácticamente intocables, eran vulnerables en tierra. Necesitaban pistas mucho más largas que las convencionales, pero eso delataba su ubicación ante los atacantes aliados, los que los hallaban y destruían junto con sus pistas. Sobre todo, su uso resentía, más que el de los aviones de motor de pistones, la limitación de la aguda escasez de combustible, debida a que los bombarderos enemigos prestaban especial atención a las refinerías productoras del precioso queroseno para los jets. Esos mismos problemas se

aplicaban a un segundo jet, diseñado como bombardero rápido, el Arado 234, que entraba apenas en operación. Göring se las arregló para convencer, al fin, a Hitler de que le permitiera formar un escuadrón experimental de cincuenta cazas Me-262, el cual entró en acción a mediados de octubre, con cierto éxito. Pero el combustible era tan escaso que los pilotos no pudieron ser adecuadamente adiestrados, y a menudo los aviones más rápidos del mundo tenían que ser remolcados para su despegue por yuntas de bueyes, ya que el sediento Me-262 consumía doscientos litros de queroseno en rodar hasta su posición de salida.

Las V-1 no habían provocado el derrumbe de Gran Bretaña, pero aun así cruzaban zumbando el Canal de la Mancha y causaban perjuicios a personas y propiedades. Para tratar de contrarrestar el daño del bombardeo aliado a las sedes fijas de lanzamiento, Göring hizo modificar varios bombarderos He-177 para que llevaran V-1 en la parte trasera y las arrojaran en el aire. Resultados más severos se obtuvieron con los cohetes V-2 del ejército, los primeros de los cuales se lanzaron contra Londres y la ciudad belga de Amberes, que los aliados desalojaban para usar como su principal puerto de abastecimiento.

El 18 de octubre de 1944, 131º aniversario de la derrota de Napoleón en la Batalla de las Naciones, cerca de Leipzig, que liberó definitivamente a los Estados alemanes de los invasores franceses, Himmler habló por radio a la nación desde Prusia oriental, para anunciar la formación de una milicia de ciudadanos en defensa de la patria, que se conocería como Volkssturm. Recordó a sus escuchas que la Landsturm (Milicia nacional) prusiana se había formado en la primavera de 1813 con ciudadanos comunes "provistos de toda clase de armas, como fusiles de chispa con y sin bayoneta, lanzas, hachas, horquillas, espadas, guadañas [...] etcétera". "Con las palabras '¡Patria!, ¡Patria!'", continuó, "la Landwehr [Milicia territorial] y la Landsturm atacaron en todas las regiones a un enemigo mejor armado, entrenado y fogueado, y al cabo de meses, acompañados de incontables retrocesos, echaron de territorio prusiano al enemigo francés."[27]

La creación de la Volkssturm fue la culminación de la doctrina de la guerra total, y Goebbels creyó que quedaría bajo su jurisdicción. Había sugerido crear unidades civiles de defensa de las fronteras desde mediados de julio, cuando el Ejército Rojo entró a Lituania. Pero Bormann propuso

un llamado a filas más general inmediatamente después del 20 de julio; sobre todo, como medio para armar a dirigentes del partido contra el descontento interno, y aquel se había convertido, por tanto, en un asunto del partido. Bormann acudió a Himmler, y ambos acordaron dividirse responsabilidades, tras de lo cual elaboraron un decreto en agosto, que Hitler firmó el 26 de septiembre. Todos los hombres de entre dieciséis y sesenta años que no pertenecieran a las fuerzas armadas —una cantidad estimada en seis millones— serían reclutados en defensa de la patria en la emergencia final. Unidades de la Volkssturm serían creadas en cada Gau por el Gauleiter, bajo control político y organizativo de Bormann, en nombre de Hitler. Himmler, como comandante en jefe del Ejército de Remplazo, se haría cargo de armarlas, adiestrarlas y desplegarlas.

A Goebbels se le dejó únicamente el mando de la Volkssturm de Berlín, en su carácter de Gauleiter de esta ciudad. Convocó a los miembros de la milicia a tomar protesta, para prometer lealtad incondicional a Hitler y jurar no rendirse jamás, en un desfile en la Wilhelmplatz, frente al Ministerio de Propaganda, el 12 de noviembre. Por irónica coincidencia, un día antes su equivalente británica, la Home Guard, había celebrado sus desfiles de despedida, tras ordenarse su disolución.

No hubo uniformes para la Volkssturm, algo muy de lamentar para muchos en una sociedad que, por tradición, valoraba tanto el uniforme. La única norma era un brazalete. Cada unidad hizo lo que pudo para improvisar algún atuendo común con aquello que disponía, incluidos, en algunos casos, trajes de campaña británicos. La mayoría de los hombres en la toma de protesta en Berlín se las ingeniaron para conseguir cascos de acero.

Mucho más seria era la falta de armas. Hubo dos levas de la Volkssturm; la primera, supuestamente armada, y la segunda, prevista como remplazo. Pero prácticamente no hubo armas ni siquiera para el primer nivel. En un batallón, por ejemplo, la primera compañía recibió únicamente dos rifles, la segunda varios rifles italianos pero sólo unos cuantos cartuchos, y la tercera algunas ametralladoras, un viejo cañón antitanques y unos rifles italianos. Había, en cambio, una provisión razonable de granadas y del nuevo cohete antitanques de mano *Panzerfaust*, burda pero eficaz arma, mejor que la bazuka estadunidense en la que se basaba.[28]

Himmler eligió Prusia oriental para lanzar la Volkssturm porque aquélla ya había sido invadida por tropas soviéticas y el Gauleiter, Erich Koch, había empezado a formar sus propias unidades. De hecho, la situación ahí lucía tan oscura a mediados de octubre que Göring hizo retirar todos los muebles y efectos de su pabellón de caza en Rominten y embarcarlos a Carinhall, donde Emmy los distribuyó entre amigos y conocidos que habían perdido los suyos en los bombardeos. Göring ordenó, después, que una escuadrilla de tres FW-190 del campo de aviación de vanguardia en Gerdauen destruyera el pabellón con bombas y cohetes, para que no cayera en poder de los soviéticos. Estrechó las manos de los jóvenes pilotos cuando regresaron, y concedió a cada uno la Cruz de Hierro, primera clase.

Resultó que Göring se había adelantado al destruir el pabellón de Rominten —el avance soviético fue bloqueado hasta año nuevo por, apropiadamente, el Cuerpo de Tanques Hermann Göring—, pero él sabía mejor que nadie que el fin era inevitable. Cuando los tres pilotos le preguntaron sobre el estado de la guerra, Göring contestó francamente que la habían perdido, y que no había "armas maravilla". Su honestidad les impresionó. Pero era una honestidad que lo hacía añicos mientras pugnaba por continuar una lucha en la que ya no creía.

Göring seguía siendo tan extravagante como siempre, aunque ésa era una ficción cada vez más vacía. Cuando visitó Peenemünde el 30 de octubre para conocer los más recientes cohetes experimentales antiaéreos, apareció, según el general Dornberger, jefe militar de la estación, con "botas de montar de blando cuero marroquí, color rojo subido y espuelas de plata [...] y vistiendo un amplio y grueso abrigo de comadreja australiana, con la piel hacia fuera". Pero cuando se le pidió decidir qué cohetes desarrollar, sabía muy bien que todo eso era inútil. "Fingió estudiar los dibujos en las paredes", escribió Dornberger,

pero no los veía. No tenía el menor interés en ellos [...] Cada cinco minutos sus ojos empezaban a entornarse, hasta que sólo era posible ver el blanco. Se tambaleaba, metía la mano en el bolsillo de su abrigo y tragaba una pastilla pequeña, redonda y rosada. Se enderezaba al instante, y parecía completamente normal otra vez. Cinco minutos más tarde, el mismo ciclo [...] Cuando subió las escaleras a la azotea del pequeño edificio de seguimiento del proyecto Cascada, sacó un pesado revólver de su funda, lo lanzó varias veces al viento y lo atrapaba de nuevo. Su ayudante le quitó el arma, con el comentario de que estaba cargada y no tenía seguro.[29]

Göring, Goebbels, Himmler y hasta Ribbentrop —pero no Bormann, curiosamente— habían hecho todo lo posible por convencer a Hitler de que pidiera la paz, ya fuera a Occidente o los soviéticos. Pero Hitler, invariablemente el apostador, estaba decidido, como siempre, a jugarse el todo por el todo, y planeaba un último lance de dados. Durante su enfermedad, en septiembre, había pensado mucho recostado en su catre, y había ideado un plan. Mientras se contenía a los soviéticos en el este, sorprendería a los aliados occidentales con otra *Blitzkrieg*, justo como en los buenos tiempos de 1940. Y justo como en 1940, atacaría por las Ardenas, donde ellos menos se lo esperaban, dividiría y envolvería a las fuerzas estadunidenses —con sólo cuatro endebles divisiones en el área— y llegaría disparado al mar, para tomar Amberes y cortar su principal ruta de escape y suministro.

En octubre y principios de noviembre se prepararon a toda prisa los planes de la originalmente llamada en clave "Operación Guardia del Rin", nombre que después cambió al de Operación Neblina de Otoño; los estadunidenses la llamarían la Batalla de la Brecha. El 20 de noviembre, Hitler dejó la Wolfsschanze por la que sería la última vez, viajando a Berlín para una operación menor de extracción de un pólipo en la cuerdas vocales, deleitando a Goebbels y su familia al visitarlos el 3 de diciembre para tomar el té, la primera vez que lo hacía en cinco años. La ocasión fue, apenas ligeramente, empañada por el hecho de que el Führer llevaba su propio té en un termo, y sus tartas en una bolsa sellada.[30] También llevó un pequeño ramo de lirios de los valles para Magda, a quien dijo que había sido lo único que pudo conseguir, porque su esposo había cerrado todas las florerías de Berlín.[31]

Himmler creció aún más en el favor de Hitler en noviembre, cuando se le nombró comandante en jefe del Grupo Militar del Alto Rin para usar sus unidades de Volksgrenadiere, Volkssturm y antiaéreas como refuerzo del Decimonoveno Ejército y proteger la frontera, del límite con Suiza al Sarre, durante la ofensiva de las Ardenas. Afortunadamente para todos, los aliados decidieron no atacar por ese sector, así que las habilidades de mando militar del general Himmler no se probaron en batalla, por el momento. Sus cuatro divisiones de *Waffen-ss* Panzer, Leibstandarte, Das Reich, Hohenstaufen y Hitlerjugend, ya integradas al Sexto Ejército de ss-Panzer bajo las órdenes

de Sepp Dietrich, obtuvieron el papel clave en el centro de la ofensiva de las Ardenas. Además, a principios de noviembre Himmler recibió el honor de suplir al Führer en las celebraciones anuales de los Antiguos Combatientes en Munich. Göring también tenía la esperanza de que su suerte mejorara, pues podría aportar más de tres mil aviones a la operación, al menos en el papel.

Hitler fijó su residencia en un nuevo cuartel de campaña, el Adlerhorst (Nido del águila), cerca de Bad Nauheim, en los montes Taunus, el 10 de diciembre. La ofensiva empezó el 16, y al principio todo marchó bien. El factor sorpresa fue absoluto: el tiempo nublado era demasiado malo para que los aviones aliados, con considerable ventaja numérica pese a los aparatos extra de Göring, atacaran las columnas alemanas, que hicieron avances significativos. Goebbels pregonó la noticia en la radio y la prensa, reclamando una de las mayores victorias de la guerra. Pero siete días después el cielo se despejó y las fuerzas aéreas aliadas se lanzaron al contrataque, con dos mil aviones que batieron a las tropas y líneas de abastecimiento alemanas y destruyeron sus aviones en tierra y aire antes de que las fuerzas blindadas del Tercer Ejército de Patton llegaran a relevar y reforzar a las tropas estadunidenses en nochebuena.

Pilotos inexpertos e impreparados no fueron dignos rivales de los fogueados estadunidenses y británicos, y se les arrasó en gran número. La hora de la verdad llegó el día de año nuevo de 1945, cuando Göring mandó a todos los aviones disponibles, alrededor de ochocientos cazas y bombarderos, a tempraneros asaltos en masa contra campos de aviación aliados en el norte de Francia, Bélgica y Holanda. Destruyeron ciento cincuenta y seis aviones, pero a costa de trescientos suyos, muchos de ellos a manos de su propio fuego antiaéreo en torno a los sitios de lanzamiento de V-2, que no habían sido avisados de su presencia. La coordinación no se benefició del hecho de que semanas antes Hitler hubiera quitado el control del fuego antiaéreo a Göring y la Luftwaffe para cederlo a Himmler.

El 3 de enero, Hitler se vio obligado a admitir que la batalla estaba perdida. Ésta se prolongó hasta el 16, momento para el cual los alemanes se hallaban justo donde habían comenzado. “La sección de cazas recibió el golpe mortal en la ofensiva de las Ardenas”, escribiría Galland después. Era una evaluación atinada, y no sólo para los cazas. La Luftwaffe, y en realidad las Wehrmacht en su conjunto, no se recuperaron nunca, habiendo

perdido cien mil de los quinientos mil hombres involucrados, y casi todos sus tanques y aviones.[32] Hitler se la había jugado por última vez. Y había quebrado.

Para Göring, la catástrofe de las Ardenas trajo consigo un nuevo reto, cuando sus principales pilotos de cazas se rebelaron. Había intentado echar la culpa de los fracasos de la Luftwaffe a Galland, a quien destituyó por insubordinación y por usar las tácticas de combate equivocadas, pero los pilotos se opusieron ruidosamente. Luego de que cinco grandes ases, encabezados por el coronel Günther Lützow, trataron de convencer a Greim de que pasara sobre Göring y exigiera su remplazo a Hitler, aquél aceptó reunirse con ellos y oir sus quejas. Pero cuando Lützow le presentó una larga y detallada lista, que incluía puntos tan delicados como la prioridad que se daba a la sección de bombarderos y el mal uso del Me-262, Göring estalló.

"¡Lo que ustedes proponen, caballeros", rugió, "es alta traición, motín! A usted, Lützow, a usted... ¡lo haré fusilar!".[33] No cumplió su amenaza, enviando en cambio a Lützow a un puesto de Estado Mayor de la aviación en Italia y prohibiéndole regresar al Reich. Pero tampoco llamó a Galland, a quien puso bajo arresto domiciliario en los montes Harz. En su lugar como general de los cazas, Hitler lo obligó a nombrar al coronel Gordon Mac Gollob, recomendado por Himmler como políticamente confiable.

Los "amotinados" pudieron considerarse afortunados. Justo al mismo tiempo, Göring reafirmaba su autoridad imponiendo una retahíla de sentencias de muerte a oficiales y suboficiales de bajo rango por diversos delitos, los cuales iban desde cambiar gasolina por bebidas alcohólicas hasta huir de sus puestos bajo fuego. Ordenó, asimismo, la ejecución del general Waber por usar camiones de la Luftwaffe para transportar "cantidades extraordinarias" de pillaje, incluidos cigarros, champagne, licores y café, de los Balcanes a sus casas en Baviera y Breslau. "De una casa privada en Serbia", anunció Göring, indignado, "robó valiosas obras de arte: una acuarela, un tapete y dos floreros."[34]

Galland se deprimió enormemente por su destitución, las críticas a su licencioso estilo de vida y una investigación de la Gestapo, por órdenes de Gollob, sobre sus asuntos. Cuando empezó a decir que se daría un tiro, Milch intervino ante Göring para informarle que no soportaría un tercer

escándalo después de Udet y Jeschonnek, y recordarle que sabía porquerías suficientes del mariscal del Reich como para que se le formara consejo de guerra.

Göring ideó una brillante solución para todo el problema. Ascendió a Galland a teniente general y le dio una nueva asignación: formar un escuadrón de cazas de elite con los amotinados y otros pilotos de primera, con sede en la base aérea de Munich-Riem. Conducirían cazas Me-262, y estarían directamente bajo sus órdenes, ignorando a Gollob.

El escuadrón especial, la Jagdverband (Unidad de cazas) 44, tuvo un buen desempeño en los tres meses siguientes, pero el suyo fue un nuevo caso de demasiado poco y demasiado tarde en un momento en que se forzaba el retiro de los generales de la Luftwaffe porque no tenían nada que hacer. El valor y habilidad de los pilotos de jets, y de los de las demás unidades, no bastó para ocultar el hecho de que la Luftwaffe, como su comandante en jefe, había perdido su vigor.

GÖTTERDÄMMERUNG

Antes de consumarse siquiera la derrota de las Ardenas, los soviéticos iniciaron su mayor ofensiva de la guerra, destinada a abrirles aplastante paso justo hasta el corazón del Reich. Hitler fue notificado de ese hecho, pero se negó a creerlo; cuando Guderian le presentó los informes de inteligencia, se encolerizó y declaró que el responsable de ellos debía estar loco y merecía ser encerrado en un manicomio. Himmler, que estaba con él, coincidió. “Todo es un enorme engaño”, dijo confiado.[1]

El 12 se enero, mientras Göring visitaba el Adlerhorst para recibir las felicitaciones de Hitler por su quincuagésimo segundo aniversario —todos los líderes nazis concedían mucha importancia a la celebración de su cumpleaños—, el mariscal Iván Stepanovitch Koniev lanzaba a su primer frente ucraniano para un gran ataque al sur de Varsovia, en dirección a Cracovia y, después, a la riqueza industrial de Silesia. Dos días más tarde, Zhukov desencadenó su primer frente bielorruso —encabezado por el Octavo Ejército de Guardias, al mando de Chuikov, el héroe de Stalingrado — a través del Vístula, al norte y sur de Varsovia, que tomó el 17 de enero. Más al norte, Rokossovsky apuntó sus ejércitos contra Prusia oriental y la costa del Báltico. Zhukov y Koniev disponían en total de dos millones y cuarto de hombres y unos seis mil quinientos tanques, lo que les concedía una superioridad de cinco a uno en hombres y unidades blindadas sobre la totalidad de las Wehrmacht, mientras que en artillería tenían siete veces más armas. En el crucial sector del Vístula, el desequilibrio era extremo, con once a uno en infantería, siete a uno en tanques y veinte a uno en armas.

Guderian advirtió a Hitler: “El frente oriental es un castillo de naipes. Si se le penetra en un punto, el resto se vendrá abajo”. Tenía toda la razón. Cracovia y Lodz fueron tomadas el 19 de enero, y para el día siguiente los soviéticos habían penetrado una línea de quinientos cincuenta kilómetros, de Prusia oriental a los Cárpatos. Los ejércitos alemanes se replegaron en

todas partes, y junto a ellos, huyendo por su vida, estaban los colonos de origen étnico alemán que Himmler había sembrado en la región. En Hungría, los soviéticos rodearon Budapest el 18 de enero y Hitler, para disgusto de Guderian, decidió enviar allá y no al norte, al Sexto Ejército de SS-Panzer, de Sepp Dietrich, con la esperanza de defender los yacimientos petrolíferos húngaros, última fuente de combustible para Alemania.

Hitler abandonó el Adlerhorst, su último cuartel de campaña, el 15 de enero, y llegó a Berlín en tren a primera hora del 16. Se le condujo directamente a la cancillería, bajadas como de costumbre las persianas del auto para evitar la desagradable vista de la destrucción que él había causado a la ciudad. La cancillería estaba mucho más dañada que un mes atrás, en su visita anterior. Todas las ventanas se habían roto hacía mucho, pero para este momento ya sólo eran habitables la planta baja y el sótano. El enorme estudio de Hitler, donde él celebraba sus conferencias diarias cuando se encontraba en Berlín, era una de las pocas salas que permanecían intactas; pero el ala oeste del antiguo edificio de la cancillería, que alojaba su departamento privado, se había desplomado. El Führer trasladó su oficina y residencia al recién terminado búnker en lo hondo del jardín de la cancillería. Por un tiempo, cuando no se esperaban ataques aéreos diurnos, siguió sosteniendo conferencias diarias en su antiguo estudio, pero cada vez más se veía obligado a permanecer bajo tierra, en lo que los bromistas de su séquito llamaban su “submarino de cemento”, dieciocho habitaciones de concreto puro.

Habría sido más lógico que Hitler hubiera echado mano del búnker del OKW en Zossen, al sur de la ciudad, más amplio y totalmente equipado como cuartel militar y fuera, asimismo, de la zona objetivo de los constantes ataques aéreos. Como comandante supremo, habría estado en contacto directo con su Estado Mayor, todos los miembros del cual residían ahí, y habría ahorrado a Guderian tres horas diarias de transporte desde la cancillería. Zossen poseía también los más modernos sistemas de comunicaciones, en tanto que el búnker sólo disponía de un pequeño conmutador telefónico, del tipo diseñado por Siemens para uso de un operador en una oficina divisional o un hotel mediano. El búnker tenía un radiotransmisor militar, pero que funcionaba únicamente en onda media y larga, y que precisaba de una antena externa que debía instalarse usando un

cable suspendido por un globo sobre el edificio. Conforme la situación se deterioraba, muchas personas intentaron convencer a Hitler de que se mudara a Zossen o, en su defecto, al enorme búnker de la Luftwaffe en Wannsee. Pero él se rehusó, argumentando que dudaba de la resistencia del "concreto del ejército". La verdad era, por supuesto, que desde el 20 de julio ya no se sentía seguro entre los militares. En el búnker del Führer estaba rodeado en todo momento por selectos guardias de la SS de Himmler.

Hitler ya era para entonces una ruina, tanto física como mentalmente. Tras el bombazo había desarrollado un marcado temblor en la mano izquierda, pero ese zarandeo ya se le había extendido a todo el costado izquierdo, y sus gestos eran lentos y torpes, como los de un hombre con mal de Parkinson avanzado. Había adoptado la costumbre de mantener la mano en el bolsillo, para que no se le notara el temblor, o de usar su mano derecha para sostener el brazo izquierdo contra el cuerpo. Se había encorvado, al punto casi de parecer jorobado, y la panza se le había puesto bofa. Caminaba arrastrando torpemente los pies y cojeando un poco de la pierna izquierda, y se le debía empujar la silla cuando quería sentarse. Con la tez lívida, parecía un viejo mayor de setenta años, no un adulto de apenas cincuenta y cinco. Pero, aunque cansados y enrojecidos, sus ojos azul pálido podían seguir siendo tan hipnóticos como siempre, y él conservaba todavía el aura inconfundible del poder, tanto como la facultad de hacer sentir su dominante presencia, capaz aún de inspirar reverente temor.[2]

Pese a su agotamiento, Hitler insistió en seguir a cargo de todos los detalles de la guerra. De hecho, se involucró aún más en ella: una de las primeras directivas que emitió en Berlín, el 21 de enero, fue una orden para que todos los generales con mando, hasta los de división, le informaran previamente de todos los movimientos operativos de sus unidades. "Deberán cerciorarse de que yo disponga de tiempo suficiente para intervenir en sus decisiones, si lo creo apropiado", declaró, "y de que mis contraórdenes lleguen puntualmente a las tropas de primera línea."

La interferencia de Hitler ocasionó más conflictos con Guderian. El Führer se encolerizó cuando el general Friedrich Hossbach sacó a su Cuarto Ejército de Prusia oriental, al ser invadida ésta por Rokossovsky. Hossbach quería salvar al mayor número posible de sus hombres, y mantener abierta una vía de escape para medio millón de prusianos orientales que huían a pie

o en carretas tiradas por caballos. Había consultado la retirada con su jefe inmediato, el general Hans Reinhardt, comandante en jefe del Grupo Militar Norte, pero no con Guderian ni el Führer. Éste mandó llamar a Guderian, él mismo prusiano oriental, y le ordenó que destituyera de inmediato a los dos generales, así como a su respectivo Estado Mayor. "¡Merecen que se les forme consejo de guerra!", bramó Hitler, acusando a ambos de traición.[3] Guderian protestó diciendo que él no los juzgaba traidores, pero Hitler lo ignoró y remplazó a Reinhardt por el general Lothar Rendulic, comprometido nazi que se había vuelto famoso por aconsejar a sus acorraladas tropas: "Cuando las cosas luzcan muy mal y no sepan qué hacer, dense un golpe en el pecho y digan: 'Soy nacionalsocialista.' ¡Esto mueve montañas!".

Hitler también ignoró las rotundas objeciones de Guderian cuando remplazó al comandante en jefe del Grupo Militar Centro, a la derecha de Rendulic, por otro de sus nazis predilectos, el general Ferdinand Schörner. Desesperado, Guderian acudió a Ribbentrop el 24 de enero, para decirle que la guerra estaba perdida y solicitarle obtener de inmediato un armisticio en Occidente que permitiera transferir tropas para hacer frente a los soviéticos. Sin embargo, Ribbentrop seguía favoreciendo la búsqueda de la paz en el este, y en los seis últimos meses se había sumado al embajador Oshima en un intento por convencer a Hitler de que aceptara la mediación de Japón; a principios de año, con la venia de Hitler, había sondeado también a los estadunidenses, a través del jefe de la OSS (Office of Strategic Services) en Suiza, Allen Dulles, pero se le había dicho firmemente que el único modo de finalizar la guerra era la rendición incondicional. Pese a haber jurado reserva a Guderian, Ribbentrop corrió a acusarlo con Hitler, con lo que provocó una nueva pelea entre ellos. "¡En el futuro", gritó Hitler a su jefe de Estado Mayor, "quien diga que la guerra está perdida será tratado como traidor, con todas las consecuencias para él y su familia! ¡Actuaré sin considerar rango ni reputación!."[4]

Guderian capeó la tormenta, y tuvo que tragarse, una vez más, el enojo por las irracionales intromisiones de Hitler. Pero lo peor estaba aún por venir. El 24 de enero, mientras convoyes de camiones iniciaban el traslado de documentos gubernamentales de Berlín a Baviera para su resguardo, el Führer aprobó la propuesta de Guderian de formar un flamante grupo

militar de emergencia en el este, para que cubriera pronto el vacío entre los grupos militares norte y centro, en un desesperado intento por detener el arrollador avance de Zhukov. En cambio, el Führer rechazó al jefe seleccionado por Guderian, el mariscal de campo y barón Maximilian von Weichs, brillante e intrépido comandante de campaña, a cargo, entonces, de las fuerzas alemanas en Yugoslavia. Hitler decretó que la nueva fuerza, a la que se conocería como Grupo Militar Vístula, sería comandada por Heinrich Himmler.

Guderian explotó contra la idea de "perpetrar tal idiotez al desafortunado frente oriental". La única experiencia militar previa de Himmler, aparte de un breve periodo como cadete durante su juventud, había sido en el Grupo Militar Alto Rin, donde no se había distinguido al ejecutar un intento de retomar Estrasburgo. Pero, alentado por Bormann, que ansiaba ver fracasar a su rival, Hitler insistió en que el Reichsführer-SS era un gran organizador y administrador, y en que su solo nombre inspiraría a las tropas a luchar hasta el último suspiro. Además, continuó, como comandante del Ejército de Remplazo, Himmler era el único capaz de formar en el acto una nueva fuerza. Cuando Guderian trató de proporcionar a Himmler, al menos, mínimo apoyo de un Estado Mayor, Hitler se interpuso de nuevo.

Convencido de que, por fin, había llegado su momento de gloria, Himmler aceptó con entusiasmo, y partió en seguida al frente, cerca de Danzig. Como jefe de Estado Mayor eligió al SS-Brigadeführer Heinz Lammerding, valiente general de tanques de la Waffen-SS, aunque con escasa experiencia en aquel puesto. Armado con un obsoleto mapa de la situación, Himmler disponía únicamente de un puñado de oficiales de la SS, y su nuevo grupo militar apenas si existía en el papel. Pero, cuando llegaron nuevas divisiones de las reservas, empezó a formarlas en una línea defensiva. Por increíble que parezca, esta línea no corría de norte a sur, sino de este a oeste, del norte del Vístula al Oder, sin ofrecer protección a Berlín, sino sólo un poco a Pomerania, en el norte. Zhukov la ignoró más o menos, vadeándola al sur el 29 de enero para llegar al Oder. Himmler lanzó entonces a sus mejores unidades de la SS en un desesperado contrataque, pero fueron fácilmente rechazadas.

“Para el 27 de enero”, consignó Guderian, “la marejada rusa asumía a toda prisa, para nosotros, las proporciones de un absoluto desastre.”[5] Casualmente, ese mismo día, bajo una tormenta de nieve, alrededor de las nueve de la mañana, un explorador en solitario de la Centésima División de Infantería de Koniev se sumergió en una pesadilla al entrar a un complejo que contenía un grupo de edificios de madera, a unos veinticinco kilómetros al sureste de Katowice, en la Alta Silesia. El lugar se llamaba Monowitz, y formaba parte del enorme complejo de Auschwitz-Birkenau. Los alemanes habían empezado a salir de Auschwitz once días antes; pese a sus valerosas palabras ante Hitler, Himmler ya no se hacía ilusiones sobre la situación en el este. Había ordenado cerrar las cámaras de gas y los crematorios tres meses antes, el 2 de noviembre, y desde entonces sus hombres habían empezado a destruir las evidencias, desmantelando cuidadosamente todo, incluidas las fábricas, y prendiendo fuego a las barracas, muchas de ellas con prisioneros aún dentro. Pero, ni siquiera entonces Himmler había liberado o abandonado a los presos todavía capaces de trabajar. En cinco días, desde del 17 de enero, cincuenta y seis mil de ellos fueron formados y enviados al oeste a pie, en una forzada marcha de doscientos cuarenta kilómetros por la nieve y el hielo del invierno a las fábricas subterráneas de la SS. Los demasiado enfermos o débiles para caminar fueron fusilados, igual que los miles que cayeron en el camino. Este mismo escenario trágico se reprodujo en el desmantelamiento de la mayoría de los campos de concentración en el este.

Aquel soldado soviético en solitario había entrado a los terrenos de la enfermería de la prisión de Monowitz. Cuando, treinta minutos después, llegó la fuerza principal de la Centésima División, sus miembros hallaron a cerca de seiscientos hombres y mujeres enfermos y agonizantes, de los ochocientos cincuenta que habían sido abandonados ahí. Las tropas distribuyeron pan entre ellos, y más tarde arribaron un doctor y personal médico del Ejército Rojo para atenderlos.

El resto de Auschwitz-Birkenau cayó en manos de los soviéticos esa misma tarde, luego de que los guardias del campo quitaron la vida a doscientos treinta y un hombres del Ejército Rojo en un breve pero sangriento combate. Tras inspeccionar las minas del área circundante, las tropas pudieron entrar por fin a la fábrica de la muerte, donde encontraron a

unos cinco mil sobrevivientes que habían escapado de los traslados. También encontraron montañas de prendas de vestir, cuidadosamente clasificadas y empacadas —trescientos sesenta y ocho mil ochocientos veinte trajes de hombre y ochocientos treinta y seis mil doscientos cuarenta y cuatro vestidos de mujer—; grotescas pirámides de dentaduras, anteojos y zapatos y, quizá lo más espantoso de todo, siete toneladas de cabellos de mujer.[6] El mundo se había escandalizado por Maidanek, pero esto era demasiado terrible de comprender. Koniev no visitó el campo en persona. Juzgó que preservar su objetividad era más importante que encolerizarse por los horrores descubiertos. En materias militares, pensaba, era vital mantener fría la cabeza; pero era de esperar poca piedad para los responsables de ese sitio.

Habiendo conseguido, al fin, que Hitler volviera a Berlín, Goebbels se esforzó en recuperar parte de la intimidad personal que había existido entre ellos, y trató de compensar el tiempo perdido visitándolo lo más posible en la cancillería o en el búnker, y participando aduladoramente en sus tertulias de medianoche. Hizo cuanto pudo por reconfortar a Hitler en esos difíciles momentos, y le enviaba citas de obras de historia de la antigua Roma, Alejandro Magno y, por supuesto, su héroe común, Federico el Grande de Prusia, las cuales revelaban que ellos habían triunfado cuando todo parecía perdido. Esto dio resultado al parecer, pues el día negro del 27 de enero Hitler dijo a Goebbels que quería “ser digno de los grandes ejemplos de la historia. Nunca se le vería vacilar frente al peligro”.[7]

Ese mismo día, Goebbels intentó convencer otra vez a Hitler de que echara a Ribbentrop y le cediera a él el Ministerio del Exterior, pero sin éxito. Presumiblemente, pensaba que podía negociar una paz por separado con Occidente, creyendo ciegamente aún que sólo era cuestión de tiempo para que la coalición aliada se viniera abajo, asustados, los Estados Unidos y Gran Bretaña por la penetración soviética en Europa. Goebbels no era el único en aferrarse a esta lejana posibilidad, la única esperanza —aparte de los milagros y las “armas maravilla”— que todavía era posible tener.

Göring había dicho lo mismo al Führer en la conferencia de aquel día, afirmando que los británicos no querrían ver a Alemania invadida por los soviéticos. “Es indudable que no han previsto que los rechacemos cuando los rusos conquisten Alemania”, dijo. “Si esto sigue así, en un par de días

recibiremos un telegrama.” Hitler replicó que se había propuesto deliberadamente atemorizar a británicos y estadunidenses con rumores de que tal era el plan soviético. Quizá Goebbels se haya convencido de que eso era cierto, pero es un hecho que Göring no lo creía así. Semanas antes había comenzado a empacar sus obras de arte en Carinhall y a enviarlas al sur, a Veldenstein y el Obersalzberg. Y cuando un vehículo blindado de reconocimiento soviético fue visto en el Schorfheide, cerca de Carinhall, el 29 de enero, Göring ordenó a Emmy que se marchara al día siguiente al Obersalzberg, con Edda y las demás mujeres. Consintió en que, de camino, recogiera a sus amigas, aún en la ciudad, y las llevara con ella.

Al finalizar la conferencia del 27 de enero, sin que se hubiera decidido nada sobre la crítica situación al este del Oder, Hitler recibió una llamada telefónica de Schörner, del Grupo Militar Centro. El Führer había prohibido sistemáticamente todo repliegue en la región industrial y minera de Silesia, pero Schörner le informó que había ordenado evacuarla. Hitler no dijo nada. Schörner continuó: “Estas tropas han librado intensa batalla durante dos semanas, y están extenuadas. Si no las relevamos, perderemos al Decimoséptimo Ejército entero y el camino a Baviera quedará abierto de par en par. Estamos retrocediendo al Oder, y ahí nos detendremos.” El silencio en el otro extremo de la línea persistió. Tras lo que pareció una eternidad, Hitler comentó, con voz cansada: “Sí, Schörner. Si usted cree que eso es lo correcto, estoy de acuerdo.”[8] Por una vez, quizá la última, Hitler había oído razones.

Para Speer, la pérdida de la Alta Silesia marcó el fin de toda esperanza. Él ya había preparado un memorándum para despedirse de su personal, y ordenado a sus asistentes que reunieran fotografías y documentos de sus proyectos arquitectónicos y los guardaran en un lugar seguro, como si tal cosa existiese en Berlín. Esta vez preparó una nota para Hitler sobre la desesperada situación de la producción de armamento. Ignorando deliberadamente la advertencia de Hitler a Guderian de seis días atrás, que él había oído, comenzó sin ambages su informe: “La guerra está perdida”. Después procedió a detallar las decrecientes cifras de producción, y a pronosticar los acontecimientos de los tres meses siguientes. Silesia había aportado hasta entonces 60% de las provisiones de carbón de Alemania.

Para este momento, las reservas para abastecer a fábricas, ferrocarriles y plantas de energía eléctrica durarían sólo dos semanas. “Tras la pérdida de la Alta Silesia”, concluyó Speer, “la industria armamentista alemana no podrá cubrir más, ni siquiera parcialmente, los requerimientos de municiones, artillería y tanques del frente [...] En lo sucesivo, la preponderancia material del enemigo ya no podrá compensarse con la valentía de nuestros soldados.”[9]

Esto no impresionó a Hitler, pero tampoco le provocó una de sus cóleras ingobernables. Se olvidó por completo de Speer durante dos días, y luego lo llamó a su estudio y lo reprendió moderadamente. “Usted está en su derecho a darme a conocer sus estimaciones sobre la situación del armamento”, le dijo “[...] pero en cuanto a su último párrafo”, y justo en ese instante, relataría Speer después, su voz se hizo fría y cortante, “no puede escribirme ese tipo de cosas. Deje que yo saque las debidas conclusiones sobre la situación de las armas.” Speer recordaría en sus memorias que Hitler dijo todo eso “en voz baja, sin señal de agitación, como silbando entre dientes. El efecto fue no sólo mucho más preciso, sino también mucho más peligroso que el de sus rabietas, porque todo lo que él decía en un arranque de furia podía ser retirado fácilmente al día siguiente. Esta vez, supe con toda claridad que oía la última palabra de Hitler al respecto”. El Führer lo despidió con indiferencia.[10]

El romance había terminado para Speer. Por un tiempo, había desobedecido en secreto las órdenes de Hitler de destruir las comunicaciones y plantas industriales en áreas a punto de ser tomadas por las fuerzas aliadas, y de emplear el transporte antes usado en llevar alimentos a los civiles en Occidente para trasladar armas, con objeto de que la población se las arreglara por sí sola. Pero para este momento, ya se había desilusionado totalmente. Empezó a planear cómo introducir gas venenoso tabun en el sistema de ventilación del búnker para poder matar a Hitler, y con él a Bormann, Goebbels y Ley en una de sus charlas nocturnas, puesto que consideraba que estos tres podían ser aún más peligrosos en ausencia del Führer. Pero llegado el momento, su plan asesino resultó inviable, y él no tuvo arrojo para probar ningún otro medio. “Más allá del temor”, escribió, “jamás habría podido enfrentarme a Hitler pistola en mano. Cara a cara, su magnético poder sobre mí siguió siendo inmenso

hasta el último día.”[11] Se limitó entonces a frustar las órdenes de tierra abrasada de Hitler.

Goebbels se anotó un pequeño éxito con Hilter al convencerlo de que dirigiera un discurso radial a la nación el 30 de enero, la primera vez que lo haría en dos años, para señalar el decimosegundo aniversario de su arribo al poder. Goebbels creyó que ese hecho sería positivo tanto para Hitler como para el pueblo alemán, pero el discurso resultó apenas poco más que un grito de guerra vacío, en el que casi ni se mencionaron las catástrofes que estaban teniendo lugar en el este y oeste. “Vamos a imponer un cambio en el curso de los acontecimientos”, declaró Hitler. “Por grave que pueda ser la crisis en estos días, al final será dominada por nuestra inalterable voluntad, nuestra inclinación al sacrificio y nuestras capacidades. Superaremos esta emergencia. Y la batalla no será ganada por el interior de Asia, sino por Europa, representada por la nación que durante mil quinientos años la ha defendido y siempre la defenderá contra el este: ¡nuestro Gran Reich Alemán, la nación alemana!”.[12] Alemania, dijo, no se rendiría nunca. Pelearía hasta el final. Él esperaba que cada hombre cumpliera con su deber, aun si estaba enfermo.

Goebbels obtuvo otro título ese día, cuando Hitler lo nombró “Defensor de Berlín”. Menos de veinticuatro horas después, ya enfrentaba la primera prueba en su nueva función. Como Silesia estaba aislada y unidades de avanzada del Ejército Rojo ya atravesaban el Oder, un repentino pánico se apoderó de la ciudad, promovido por el rumor de que tanques soviéticos habían llegado ya a Strausberg, a sólo dieciocho kilómetros de los límites de la ciudad y a menos de treinta y dos del centro. Goebbels puso a la Volkssturm en alerta máxima. En toda la capital, los hombres desaparecieron de sus hogares. La mayoría se reportó a sus unidades para recibir las pocas armas disponibles; en un pase de lista de mil hombres poco antes, por ejemplo, sólo dieciocho tenían rifles. Luego, temerosos pero decididos, se metieron a las trincheras que ellos mismos habían cavado durante semanas, o se pusieron a erigir barricadas provisionales en las calles de los distritos orientales. Otros, demasiados para ser contados, simplemente desaparecieron. A sabiendas de que la resistencia era inútil, no estaban dispuestos a enfrentar una muerte casi segura para prolongar el

régimen de Hitler unas horas o días más; lo único que les importaba era que Alemania perdiera la guerra lo más pronto posible.

A los policías de ronda se les ordenó usar cascos de acero y portar carabina, pero era evidente que debían mantener a la población en orden más que combatir a los soviéticos. Los trabajadores extranjeros fueron encerrados en sus campos, con guardias armados en las puertas en caso de problemas. Había ya pocas tropas regulares cerca de Berlín: Himmler había tomado la totalidad de los restos del Ejército de Remplazo para formar su nuevo grupo militar. A fin de reforzar a la Volkssturm, Goebbels hizo llevar a toda prisa a la ciudad, desde regiones cercanas, unidades antiaéreas de la Luftwaffe, con cañones de ochenta y ocho milímetros.

El pánico se desvaneció tan pronto como había empezado, cuando se confirmó que los ejércitos soviéticos estaban apenas en el Oder. El gobierno no fue evacuado, no se llamó a filas a los dirigentes del partido y las unidades de la Volkssturm fueron desacuarteladas. Jóvenes y viejos salieron de sus trincheras y abandonaron las inconclusas barricadas, para volver agradecidos a sus hogares. Pero casi no tuvieron tiempo de disfrutar de su alivio, ya que, poco después, la ciudad se vio aquejada por una nueva catástrofe.

El sábado 3 de febrero, a las 10:45 de la mañana, aparecieron los primeros bombarderos de una gigantesca flota estadunidense. Durante hora y tres cuartos llenaron el cielo en una marejada incesante, en el curso de la cual cerca de mil Fortalezas Voladoras y Liberators arrojaron dos mil doscientas sesenta y siete toneladas de bombas, el más intenso ataque aéreo hasta entonces. Los distritos del centro y el sector gubernamental se llevaron la peor parte. La cancillería fue el principal blanco, y sufrió buen número de impactos directos. Bormann describió las consecuencias en una carta a su esposa, su “Amada mamita”, en casa en el Obersalzberg:

El jardín de la cancillería del Reich es un espectáculo desolador: profundos cráteres, árboles caídos, y los senderos borrados por gran cantidad de escombros y desperdicios. La residencia del Führer fue severamente alcanzada varias veces; lo único que queda de los jardines de invierno y el salón de banquetes son fragmentos de las paredes; y el vestíbulo en la Wilhelmstrasse, donde solía reunirse la guardia de las Wehrmacht, quedó completamente destruido [...]

Pese a todo, tenemos que seguir trabajando con diligencia, ¡porque la guerra continúa en todos los frentes! Las comunicaciones telefónicas son aún muy restringidas, y la residencia del Führer y la

cancillería del partido no están conectadas todavía con el mundo exterior [...]

Para rematar, en este llamado sector gubernamental, ¡seguimos sin suministro de luz, electricidad y agua! Tenemos una carreta de agua frente a la cancillería del Reich, ¡y ésa es nuestra única provisión para cocinar y lavarnos! Lo peor de todo, como me dice Müller, son los excusados. Estos puercos del Kommando los usan constantemente, y a ninguno se le ocurre siquiera llevar consigo una cubeta con agua para limpiar el lugar [...][13]

El Ministerio de Propaganda fue alcanzado dos veces durante el ataque, y Goebbels mudó al personal al sótano y a los altos funcionarios a su residencia, que convirtió en un anexo del ministerio. El cuartel de la Gestapo en la Prinz-Albrecht-Strasse resultó tan dañado que los presos tuvieron que ser trasladados a la relativa seguridad de los campos de concentración de Flossenbürg y Buchenwald. El Tribunal del Pueblo también fue alcanzado, con una poco lamentable baja: el juez Roland Freisler murió mientras corría por el patio en dirección al refugio.

En ningún momento del asalto un solo avión de combate de la Luftwaffe apareció sobre Berlín. Un frenético Göring llamó a su cuartel general exigiendo saber por qué, y se le respondió que hasta el último caza estaba contratacando a los soviéticos en el Oder. Puesto que allá era donde estaba la acción, Göring empezó a ausentarse para ir a esa zona, a fin de hablar no sólo con los pilotos, sino también con oficiales del ejército y la SS, como Skorzeny, feliz de cualquier excusa que le permitiera escapar de Hitler y la insufrible atmósfera del búnker del Führer. “Durante mucho tiempo”, recordaría después Speer, “se le había convertido en el chivo expiatorio de todos los fracasos de la Luftwaffe. En las conferencias, Hitler solía acusarlo, con lenguaje sumamente ofensivo y violento, frente a los oficiales reunidos. Sin duda, el Führer era aún más desagradable en las escenas que tenía con Göring en privado. Con frecuencia, mientras yo esperaba en la antesala, oía a Hitler gritándole.”[14]

En busca de un aliado, Speer visitó a Göring en Carinhall días después de su reunión con Hitler. Göring lo recibió con beneplácito, y ambos se acomodaron a un lado de la hoguera para conversar, acompañados de un platillo de venado frío y “un excelente Rothschild-Lafite”. Speer habló sinceramente de su desilusión de Hitler. Göring se mostró comprensivo, diciendo que lo entendía perfectamente y que, en realidad, sentía a menudo lo mismo. A Speer habría de serle más fácil liberarse, continuó Göring,

pues se había sumado a la causa de Hitler mucho más tarde que él; pero él mismo no podría hacerlo. Había pasado tanto tiempo junto a Hitler, y compartido con él tantos años de lucha y tantas experiencias, que estaba atado a él, pasara lo que pasara.

Mientras los estadunidenses atacaban Berlín por aire, el Ejército Rojo se acercaba peligrosamente a la ciudad por tierra: Chuikov, con una cabeza de puente al otro lado del Oder, en Küstrin, estaba a sólo setenta kilómetros de la Wilhelmstrasse y el búnker del Führer. Sin embargo, el avance soviético había sido tan veloz que las unidades de vanguardia habían vuelto a dejar atrás sus provisiones y apoyo. Estaban muy cortas de combustible, municiones, repuestos y, sobre todo, efectivos; el espléndido avance había tenido un terrible costo en bajas. Pero, aunque tanto Zhukov como Koniev ansiaban reagrupar y rearmar pronto a sus tropas antes de volver a la carga, en lo que se había convertido en una competencia personal, se vieron obligados a hacer una pausa, mientras reunían de nuevo a su fuerzas. El 6 de febrero, Stalin telefoneó a Zhukov desde Yalta, en Crimea, donde conferenciaba con Churchill y Roosevelt, y le ordenó posponer el ataque a Berlín. "Debemos consolidarnos en el Oder", le dijo; "después, envíe todas las fuerzas que pueda a Pomerania, para que se unan a Rokossovsky y destruyan al Grupo Militar Vístula del enemigo."[15]

Ésta era una mala noticia para el comandante en jefe del Grupo Militar Vístula, de suyo en graves dificultades. La tarde del 13 de febrero, un día después de que el comunicado final de la Conferencia de Yalta confirmó la insistencia aliada en la rendición incondicional, reparaciones punitivas, desmilitarización y división de Alemania en zonas de ocupación, juicio de los criminales de guerra y abolición del partido nazi, Guderian llegó a la cancillería dispuesto a enfrentar a Hitler por el desempeño de Himmler. En el camino de Zossen a la conferencia diaria del Führer, Guderian dijo a su jefe de Estado Mayor, el teniente general Walther Wenck: "Hoy, Wenck, vamos a poner todo en juego, arriesgando su cabeza y la mía."

En la conferencia, frente a Bormann, Göring, Keitel, Jodl, Dönitz, Himmler, Fegelein y Kaltenbrunner, entre otros, Guderian cumplió su palabra. Luego de una rápida descripción de la situación en el este, demandó que el contrataque a Rokossovsky comenzara en un plazo de dos días. Himmler balbuceó una protesta. Eso era imposible, dijo. Las unidades

de primera línea necesitaban más municiones y combustible. Agitado, se quitó los anteojos y se puso a limpiarlos.

Guderian volteó a ver a Hitler:

–¡No podemos esperar a que se haya despachado la última lata de gasolina y el último proyectil! —vociferó. ¡Los rusos serán demasiado fuertes para entonces!

–No voy a permitir que me acuse de dilación —replicó el Führer, evidentemente exasperado.

–No lo estoy acusando de nada —repuso Guderian. Simplemente digo que no tiene caso esperar a que se despache hasta el último lote de provisiones y se haya perdido el momento favorable para atacar.

–¡Le repito que no permitiré que me acuse de dilación!

Guderian ignoró ese intento de reprimenda y prosiguió:

–Quiero al general Wenck como jefe de Estado Mayor del Grupo Militar Vístula. De otra manera, nada garantiza que el ataque tenga éxito —lanzó una mirada feroz a la desvalida figura de Himmler. Este hombre no puede hacerlo. ¿Cómo podría?

Hitler se puso de pie:

–El Reichsführer es suficientemente hombre para dirigir el ataque por sí solo —declaró.

–El Reichsführer no tiene ni experiencia ni el Estado Mayor indicado para dirigir el ataque sin ayuda. La presencia del general Wenck es indispensable.

–¡Cómo se atreve a criticar al Reichsführer! ¡Esto sí que no lo voy a permitir!

Guderian persistió y repitió su demanda:

–Debo insistir en que el general Wenck sea transferido al Estado Mayor del Grupo Militar Vístula para dirigir apropiadamente la operación.

Sin que nadie estuviera dispuesto a ceder, la discusión se volvió cada vez más acalorada. Uno por uno, los demás en torno a la mesa se escabulleron discretamente a la antesala, hasta dejar solos a Hitler, Himmler, Guderian, Wenck y sus ayudantes. El propio Guderian describiría más tarde lo que sucedió después, mientras seguía argumentando a favor de un contrataque planeado y organizado por Wenck:

> Los puños levantados, rojas de rabia las mejillas, todo el cuerpo temblándole, aquel hombre permanecía frente a mí, fuera de quicio por la furia y habiendo perdido todo autocontrol. Tras cada arranque de cólera, Hitler iba y venía a grandes zancadas por el extremo del tapete, y luego se detenía de pronto justo frente a mí para soltarme en la cara su siguiente acusación. Casi gritaba, los ojos parecían querer salírsele de las órbitas y las venas le saltaban en las sienes.

Después de dos horas, sin que Guderian consintiera cambiar de opinión, Hitler cedió de pronto. "Bueno, Himmler", dijo, deteniéndose frente a la silla del Reichsführer, "el general Wenck se integrará esta noche al Grupo Militar Vístula, para asumir el cargo de jefe de Estado Mayor." Volviéndose a Guderian con la más persuasiva de sus sonrisas, añadió: "Ahora prosigamos con la conferencia, por favor. Hoy, general, el Estado Mayor ha ganado una batalla".[16]

Wenck asumió su puesto esa misma noche, y empezó a organizar el contrataque de inmediato. Himmler, alegando un ataque de angina, se internó en Hohenlychen —había reubicado su cuartel de campaña en una mansión de la SS en Birkenhain, a corta distancia de Prenslau, convenientemente cerca del hospital—, y dejó todo el asunto en manos de Wenck.

Esa noche la RAF dirigió su atención a la ciudad de Dresde, en respuesta a la petición soviética de paralizar los empalmes ferroviarios y centros de comunicaciones para impedir, o al menos obstruir, el desplazamiento de tropas alemanas al este. La RAF envió unos ochocientos bombarderos pesados en dos oleadas, los que arrojaron bombas incendiarias y explosivas de alta potencia, en tanto que la USAAF retomó, al día siguiente, el asalto, con más de cuatrocientos bombarderos. El centro entero de esa antigua ciudad, unos 6.5 kilómetros cuadrados, fue totalmente destruido en una vasta y terrible tormenta de fuego, en la que murieron al menos treinta y cinco mil personas.

Himmler, quien obviamente no estaba tan enfermo como para no cumplir sus deberes como ministro del Interior, fue informado de lo sucedido por el jefe de policía de Dresde, pero en un principio no tomó en serio su reporte. "Los ataques fueron evidentemente muy severos", respondió al angustioso mensaje del SS-Obergruppenführer Ludolf von

Alvesleben, “pero todo primer ataque aéreo da siempre la impresión de que la ciudad ha sido destruida por completo. Dé, ahora mismo, todos los pasos necesarios para controlar la situación [...] Buena suerte.” Al día siguiente, cuando resultó claro el alcance de la tragedia, Himmler expuso sus prioridades, y dijo a Alvesleben que podía reubicar su oficina, pero sólo en los suburbios de Dresde. “Hacerlo más lejos”, agregó, “daría muy mala impresión. Es momento de una firmeza de acero y una acción inmediata para restaurar el orden. ¡Dé ejemplo de calma y valor!.”[17] Venida de un hombre que acababa de huir del campo de batalla, esta exhortación tenía cierto tono irónico.

Goebbels, llorando de rabia por lo que había oído, pidió permiso a Hitler para fusilar en represalia a “diez mil o más prisioneros de guerra ingleses y estadunidenses”, uno por cada ciudadano alemán muerto en ataques aéreos. Hitler, igualmente exaltado, estaba dispuesto a acceder, pese a que eso habría significado derogar la Convención de Ginebra. Vio, incluso, una ventaja en provocar el desquite de los aliados, pues eso podría disuadir de rendirse a los soldados alemanes en el frente occidental, sabedores de que no serían bien tratados como prisioneros. Por fortuna, Keitel, Jodl, Dönitz y hasta Ribbentrop se combinaron para convencerlo de que no lo hiciera. Significativamente, Hitler no pidió consejo a Göring.

Goebbels se apresuró a culpar a Göring, al que acusó de ser el único responsable de los ataques de terror aliados, y dijo que lo arrastraría ante el Tribunal del Pueblo si pudiera. “¡Qué fardo de culpa se ha echado a cuestas este parásito, por su negligencia e interés en su comodidad!”, dijo a sus asistentes. “¿Por qué el Führer no escuchó mis advertencias? Pero siempre se me llamó pesimista y civil ignorante, incapaz de entender las cuestiones militares.”[18] Todo su viejo odio por Göring el Sibarita salió a flote de nuevo, borrando de su memoria las muchas veces en que lo había elogiado como amigo. “Los tontos forrados de medallas y los mequetrefes vanidosos y perfumados no tienen lugar en la conducción de una guerra”, escribió en su diario. “O cambian o deben ser eliminados.”[19]

Dado que la condición mental y física de Hitler empeoraba a diario, el asunto de la sucesión cobró nueva urgencia. Goebbels creía poder eliminar a Göring y Ribbentrop sin mayor problema, pero Himmler y Bormann eran otra cosa. Sabiendo que tendría que llegar a un entendimiento con ellos, fue

a Hohenlychen el 14 de febrero para entrevistarse con Himmler. Aunque el frente se hallaba en crisis, el comandante en jefe del Grupo Militar Vístula resultó no estar ni demasiado ocupado ni demasiado enfermo para hablar con Goebbels de asuntos más urgentes, y lo escuchó con atención mientras perfilaba sus propuestas de un nuevo gobierno, destinado, dijo, a aligerar la carga que pesaba sobre Hitler. Éste desempeñaría el papel de jefe de Estado; Goebbels sería canciller del Reich y ministro del Exterior; Himmler, ministro de Guerra al mando de las Wehrmacht, y Bormann ministro del Partido.[20] Pero Himmler se mostró evasivo, y Goebbles retornó a Berlín, donde mantuvo una semana más los esfuerzos por conseguir su apoyo.

Por su parte, Himmler tenía puesta la mira en otras cosas. Cuando Goebbels le habló de la posibilidad de salvar al Reich mediante una paz por separado y dijo creer que era “más probable lograr algo en el este” con el “más realista” Stalin, Himmler descartó la idea. Aún creía que Gran Bretaña “entraría en razón”, y que ésa era la ruta a seguir. Lo que no le dijo a Goebbels fue que él ya participaba en negociaciones con Occidente, y que estaba a punto de recibir a un intermediario, el conde sueco Folke Bernadotte, sobrino del rey de Suecia y vicepresidente de la Cruz Roja Sueca, en Hohenlychen. Himmler había fomentado el contacto con Occidente desde 1941, principalmente a través de Schellenberg, aunque en fecha reciente también usando a su masjista, Kersten, quien operaba, sobre todo, a través de Estocolmo y Suiza, convencido de que Occidente aceptaría, por fin, negociar una paz por separado con él. Sin saber absolutamente nada sobre su imagen fuera de Alemania, Himmler creía, con toda ingenuidad, que los líderes occidentales lo considerarían más aceptable que a Hitler. No obstante, estaba en lo cierto al suponer que ellos sabían que era el único, aparte de Hitler, con poder para hacer efectivo cualquier arreglo, así que continuaba adherido a la vana esperanza de salvar el pellejo y el puesto.

Bernadotte llegó a Berlín el 17 de febrero, con el propósito oficial de negociar la repatriación de mujeres de origen sueco casadas con alemanes pero ya viudas o abandonadas. De hecho, esperaba poder liberar de los campos de concentración a todos los prisioneros escandinavos, así como de otras nacionalidades, de ser posible. Himmler se cubrió, asegurándose de que se reuniera con Ribbentrop y Kaltenbrunner antes de visitarlo en Hohenlychen el 19 de febrero. A Bernadotte le impresionó su aspecto

ordinario; le pareció “un funcionario sin importancia, en el que casi ni se repararía si se le encontrara en la calle”; y por “la falta de algo diabólico en su apariencia”, incluso escribiría más tarde, “Himmler parecía notoria y asombrosamente servicial”.[21]

Su conversación fue cordial, aunque Himmler insistió en que Alemania no abandonaría la lucha, y en que él, en lo personal, jamás desistiría de su juramento ni traicionaría a Hitler. Decidió que no estaba dispuesto a liberar a prisioneros escandinavos de los campos de concentración, a menos que Bernadotte garantizara, a cambio, que los combatientes de la resistencia danesa y noruega dejarían de hostilizar a los alemanes. Como Bernadotte no podía hacer tratos en nombre de los movimientos de resistencia de otros países, las negociaciones estuvieron a punto de fracasar, pero Schellenberg convenció a su jefe de que aceptara transferir a todos los prisioneros a un campo, donde podrían ser atendidos por la Cruz Roja.

Bernadotte se mostró dispuesto a cooperar entonces, habiendo conseguido parte de aquello por lo que había ido a Berlín, y Himmler autorizó que Schellenberg redactara las condiciones que aquél transmitiría a Eisenhower como bases para la negociación. Según Schellenberg, Himmler volvió a cambiar de opinión al día siguiente. Había comprendido que la única forma de proceder era que la SS diera un *Putsch* contra Hitler y la pandilla del “submarino de cemento”. Sin embargo, al final decidió que no podía traicionar a su Führer, al menos no a su puerta. Porque, justo en ese momento, Wolff estaba en Berna, la capital de Suiza, negociando con Allen Dulles, a nombre de Himmler, un armisticio en Italia que permitiera retirar tropas para que combatieran en Alemania.

Mientras Himmler se escondía en Hohenlychen, Wenck organizaba el contrataque de su grupo militar, y lanzó al Tercer Ejército de Tanques en una potente embestida contra el expuesto flanco derecho de Zhukov, que hizo tambalear a los soviéticos. Sin embargo, dos días después de regreso al frente, al amanecer del 21 de febrero, tras haber pasado toda la noche recibiendo instrucciones de Hitler en Berlín, Wenck relevó a su exhausto chofer al volante de su auto del Estado Mayor. Poco después, también él se quedó dormido, y el auto fue a estrellarse contra un costado de un puente de ferrocarril, con él atrapado dentro mientras el auto ardía en llamas. Fue sacado justo a tiempo, pero sus lesiones incluían una fractura de cráneo y

cinco costillas rotas. Privado Wenck de su liderazgo, el contrataque se desinfló, y con él la posición de Himmler ante Hitler.

Apenas semanas antes parecía indiscutible que Himmler era el segundo hombre más poderoso de Alemania, pero ahora el suelo se desmoronaba bajo sus pies, a causa de la merma de su influencia. Aun la RSHA, la sala de máquinas de su poder, era dirigida como feudo personal por Kaltenbrunner, quien respondía a órdenes directas de Hitler y pasaba casi todo su tiempo en la cancillería, donde había establecido estrecha amistad con Bormann. Resulta tentador atribuir a este último la planeación de la caída de Himmler. Ofrecer a éste los cálices envenenados del mando de dos grupos militares puede haber sido o no idea de Bormann, pero es indudable que él alentó a Hitler a hacerlo. Y es dable suponer que sabía que esa tarea rebasaba la capacidad de Himmler, y lo mantendría lejos del cuartel del Führer, dejándolo a él en libertad de maquinar y manipular. Si había contado con que Himmler se diera un palmo de narices como general, muy pronto obtuvo su recompensa.

Rokossovsky lanzó su gran ataque al norte, por Pomeriana, el 24 de febrero, y Zhukov se le unió el primero de marzo. Himmler y su Estado Mayor esperaban que el principal asalto se dirigiera contra Berlín, así que aquello los tomó completamente por sorpresa. Para el primero de marzo los soviéticos ya habían llegado al Báltico, en Kolberg, justo el escenario de la película épica a color de Goebbels, quien eludió el bochorno suprimiendo la noticia. Himmler se refugió en su cama de hospital, afirmando sufrir angina de nuevo. Lammerding dijo que tenía gripa. Según Kersten, su extremo nerviosismo se agravó al recibir la orden de Hitler de destruir los campos de concentración y exterminar a todos los prisioneros, para evitar que cayeran en manos del enemigo,[22] lo cual eliminaría otro importante pilar de su base de poder.

Himmler se había recuperado lo suficiente para viajar a Berlín a entrevistarse con Hitler el 15 de marzo. Durante algunos días, Hitler había despotricado contra él en su ausencia, culpándolo del desplome militar en Pomerania y acusándolo de desobediencia y de decepcionarlo al “caer presa del Estado Mayor”. Llegó así el turno de Himmler de experimentar lo que Göring había sufrido tan a menudo, pues Hitler le asestó “una muy severa reprimenda”.[23] A la furia por sus fracasos, Hitler añadió la de la noticia de

que Sepp Dietrich había ordenado a su Sexto Ejército de SS-Panzer —que incluía a las cuatro divisiones de primera de la Waffen-SS, una de las cuales llevaba el nombre del propio Führer— retirarse de Budapest. Hitler hizo que Himmler ordenara a Dietrich despojar a los miembros de esas divisiones de sus brazaletes de “La lealtad es mi honor”, en señal de vergüenza.

El 20 de marzo Guderian convenció, al fin, a Himmler de que debía renunciar al mando de su grupo militar, en bien de su salud, pese a que el jefe de Estado Mayor no creía que padeciera más que un leve resfriado. No obstante, Guderian se mostró comprensivo, y sugirió que Himmler trabajaba en exceso, recordándole que, además de ser comandante en jefe del Grupo Militar Vístula, también era Reichsführer de la SS, jefe de toda la policía alemana (la cual incluía a la Gestapo), ministro del Interior y comandante en jefe del Ejército de Remplazo. Dicha cartera, dijo, sin duda “pondría a prueba la fuerza de cualquier hombre”. ¿Por qué no renunciar a uno de esos cargos, como el del grupo militar? Himmler se aferró a esta posibilidad. Sí, dijo a Guderian, era absolutamente cierto que sus numerosos puestos ponían a prueba su resistencia. “Pero ¿cómo se lo digo al Führer?”, preguntó. “A él no le agradaría que yo mencionara siquiera este asunto.”

“¿Me autoriza a decírselo por usted?”, inquirió Guderian en el acto. Himmler asintió con la cabeza. Guderian empezó a sondearlo entonces sobre la necesidad de un armisticio inmediato; pero, aunque escuchó atentamente, Himmler no dijo nada.

Guderian regresó a toda prisa a Berlín, donde Hitler estuvo de acuerdo —“aunque sólo después de mucho refunfuñar y con obvia renuencia”— en relevar al agotado Reichsführer. Como remplazo, Guderian sugirió al general Gotthard Heinrici, comandante entonces del Primer Ejército de Tanques en los Cárpatos, en el este de Checoslovaquia. Hitler, inevitablemente, objetó a Heinrici, primo de Rundstedt, pero Guderian se obstinó. Heinrici, insistió, era el indicado para el puesto. “Posee particular experiencia con los rusos”, dijo. “Ellos no han penetrado todavía sus defensas.” Una vez que Hitler fue persuadido, se envió un telegrama a Heinrici para informarle de su nombramiento.

Al conocer a Himmler al día siguiente, para hacer efectivo el traspaso del mando, Heinrici lo halló más interesado en ofrecer un interminable discurso de autojustificación que en dar detalles de las fuerzas bajo su mando, o una apropiada evaluación de la situación. El monólogo duraba ya cuarenta y cinco minutos y no daba señas de terminar cuando sonó el teléfono. Himmler hizo una pausa para contestar, escuchó un momento en silencio y le pasó el auricular a Heinrici.

–Usted es el nuevo comandante —le dijo. Sería mejor que recibiera esta llamada.

Heinrici tomó el teléfono y se presentó. En el otro extremo se encontraba el general Ferdinand Busse, comandante del Noveno Ejército, que hacía frente a Chuikov en la ciudad fortificada de Küstrin, al control de los únicos puentes sobre los ríos Oder y Warta en esa área.

–Los rusos ya penetraron nuestras defensas —reportó Busse—, y han ampliado su cabeza de puente cerca de Küstrin.

Heinrici transmitió la información a Himmler, quien se encogió nerviosamente de hombros.

–Bueno —dijo Himmler—, usted es el nuevo comandante del Grupo Militar Vístula. Dé las órdenes que convengan.

Heinrici lo fulminó con la mirada.

–No sé nada en absoluto de este grupo militar. Ni siquiera sé qué tropas tengo, ni quién se supone que debe estar dónde.

Himmler no reaccionó. Era evidente que Heinrici no podía esperar nada de él. Volviendo al teléfono, preguntó a Busse qué proponía.

–Quisiera contratacar lo antes posible, para estabilizar otra vez mis fuerzas alrededor de Küstrin —fue la respuesta.

–De acuerdo. Iré a verlo tan pronto como pueda, para que inspeccionemos juntos la primera línea.

Cuando Heinrici colgó, Himmler siguió hablando, como si nada hubiera sucedido. El general lo interrumpió. Era vital, dijo, que recibiera la opinión del Reichsführer sobre la situación global, y acerca de los fines bélicos de Alemania. Himmler puso cara de disgusto y adujo, en tono conspiratorio:

–Quiero decirle algo personal.

Tras conducir a Heinrici hasta un sofá al otro lado de la sala, donde el estenógrafo que tomaba nota de la conversación no podía oir, le dijo:

–He dado los pasos necesarios para negociar la paz con Occidente.

–Bien —respondió Heinrici. Pero ¿cómo trataremos con sus representantes?

–A través de un país neutral —contestó Himmler. Le digo esto con la más absoluta reserva, ¿comprende?

No agregó una sola palabra. Al parecer, retirarse lo más pronto posible era ya su único deseo.

“Se fue encantado”, dijo Heinrici a su exjefe de Estado Mayor en los Cárpatos, en una llamada telefónica esa misma noche. “Le urgía marcharse de aquí. No quería estar a cargo al llegar el derrumbe. No; necesitaba para eso a un simple general, y yo soy el chivo expiatorio.”[24]

Guderian halló a Himmler en la cancillería al día siguiente, caminando con Hitler. Le pidió hablar con él en privado, y Hitler, sin duda creyendo que se trataba de algo relativo al traspaso del mando, se lo permitió. Pero el jefe de Estado Mayor tenía otra cosa en mente y fue directo al grano, retomando el tema de la paz donde Himmler lo había dejado el día anterior.

“Ya es imposible que ganemos la guerra”, le dijo. “Ahora el único problema es dar con el modo más rápido de poner fin a las absurdas matanzas y bombardeos. Aparte de Ribbentrop, usted es el único con contactos en países neutrales. Y como el ministro del Exterior se resiste a pedirle a Hitler que inicie negociaciones, usted tiene que acompañarme a hablar con Hitler para instarlo a disponer el armisticio.”

También esta vez Himmler pareció receptivo e interesado, pero también esta vez se rehusó a comprometerse u ofrecer apoyo. Si había temido intentar renunciar, le aterraba más todavía la perspectiva de decir a Hitler que la guerra estaba perdida. El Führer lo haría fusilar, dijo, si siquiera se acercaba a él con una propuesta como ésa. Pese a su aparente comprensión —y al hecho de que, por supuesto, se afanaba en concertar por su cuenta negociaciones de paz—, todo indica que Himmler informó fielmente a Hitler de aquella conversación. Esa misma noche, luego de una acalorada discusión del Führer y Guderian por la pérdida de Küstrin, que eclipsó todos sus altercados previos, Hitler interrumpió la conferencia de situación y le pidió a Guderian que se quedara.

“Tengo entendido que su afección cardiaca ha empeorado”, le dijo fríamente, y le ordenó tomar licencia por enfermedad, con efectos inmediatos.[25]

A principios de marzo, los ejércitos británico, canadiense y estadunidense del Vigesimoprimer Grupo Militar de Montgomery habían ocupado ya toda la orilla occidental del Rin de Nijmegen a Düsseldorf. Pese a una oposición sorpresivamente feroz, habían destrozado diecinueve divisiones alemanas, que perdieron a noventa mil hombres irremplazables. Al sur, el Decimosegundo Grupo Militar estadunidense, del general Omar Bradley, se ocupaba de despejar los ciento treinta kilómetros de la orilla occidental de Düsseldorf a Coblenza. El Primer Ejército estadunidense, del teniente general Courtney H. Hodges, que combatía junto al Noveno, tomó Colonia el 7 de marzo. Ese mismo día, por un increíble golpe de suerte, parte del ejército de Hodges, la Novena División Blindada, halló sin destruir el puente de ferrocarril sobre el Rin en Remagen. La guardia de avanzada se abalanzó sobre él, otros la siguieron pronto y poco después cuatro divisiones estaban al otro lado del río, donde establecieron una cabeza de puente de varios kilómetros de profundidad. Al día siguiente, el Tercer Ejército de Patton también llegó al Rin, apenas tres días después de haber iniciado su ataque desde el Mosela. Durante el avance de Hodges, cuarenta y nueve mil soldados alemanes más habían sido arrojados de la guerra, al ser capturados en condiciones de inmovilidad por falta de combustible. Para el 21 de marzo, ya totalmente aislada la Muralla Occidental, la cifra de alemanes tomados prisioneros desde el inicio, en febrero, de las ofensivas aliadas, había llegado a más de doscientos ochenta mil, y la del total de las pérdidas alemanas a trescientos cincuenta mil. Las fuerzas de Eisenhower se formaron en un amplio frente, listas para avanzar, desde Renania, directamente al corazón de Alemania.

La toma de su nativa Renania fue un duro golpe emocional para Goebbels, más todavía cuando se enteró de que su ciudad natal, Rheydt, había capitulado ante los estadunidenses sin dar batalla. La idea de que una bandera blanca ondeara sobre la casa de sus padres resultaba insoportable para él, tanto como el plan estadunidense de fundar ahí “un periódico supuestamente libre en alemán”, lo que juzgó un deliberado insulto en su contra. “Buscaré la manera de restablecer el orden, en Rheydt al menos”, se prometió en su diario, y empezó a hacer elaborados planes para enviar allá un escuadrón encubierto de miembros del partido en Berlín, “adiestrados en

ese tipo de actos”, para que asesinaran al alcalde, quien colaboraba gustosamente con los estadunidenses.[26]

Goebbels se exaltó aún más el 13 de marzo, fecha del decimosegundo aniversario de su nombramiento como ministro de Propaganda, al recibir el que describió como “el peor augurio concebible para los siguientes doce años”: en el ataque diario de Mosquitos de esa noche, el ya dañado edificio de su ministerio fue totalmente destruido por una bomba. Él estaba en casa cuando sucedió eso, pero marchó de inmediato en auto a la Wilhelmplatz para examinar los daños. Al paso del tiempo se había tomado a orgullo la restauración de ese antiguo palacio, y por una vez estaba totalmente trastornado. “Es muy doloroso ver que un inimitable producto del arte arquitectónico, como lo era este edificio, es arrasado por completo en un segundo”, escribió en su diario. El edificio seguía en llamas cuando él llegó, y le aterraba que explotaran los quinientos misiles Panzerfaust que estaban almacenados en el sótano.

Más tarde, pasó en su casa lo que describió como “una velada algo melancólica” con su familia. “Poco a poco se empieza a comprender lo que esta guerra significa para todos nosotros”, escribió, asombrosa admisión tras casi seis años de matanza. Igualmente asombrosa fue su negativa a aceptar la derrota: “Todos le habíamos tomado mucho cariño al ministerio. Ahora pertenece al pasado. Pero estoy firmemente convencido de que cuando esta guerra termine, no sólo reconstruiré un nuevo y monumental ministerio —como dice el Führer—, sino que además restauraré el antiguo, en toda su gloria”.[27]

Pese a las bravatas de Goebbels, Magda sabía que el fin no podía estar lejos. Temía no sólo por su esposo, sino también por sí misma y sus seis hijos. Goebbels le sugirió marcharse con los niños al oeste, donde podría hallar refugio con los británicos, pero ella se negó a dejarlo. Sin decírselo, fue a ver al doctor Morell para pedirle que le suministrara veneno suficiente para matarse y matar a sus hijos, llegado el momento. Había recurrido a la persona indicada: durante nueve años, Morell había administrado al Führer misteriosos cocteles de pastillas y pociones, incluidas las enormes dosis de anfetaminas que contribuían significativamente a los temblores que tanto le afectaban. Morell se había hecho rico tratando a Hitler y a sus principales colegas y sus familias, y había montado su propia compañía farmacéutica.

Así, proveyó gustosamente a Magda de lo que necesitaba para terminar con la vida de sus hijos.

“Cuando pienso que en unas cuantas semanas quizá tenga que matar a estas inocentes criaturas”, le dijo ella a Rudolf Semmler, “casi me vuelvo loca de pena y dolor. Siempre me pregunto cómo actuaré cuando llegue la hora. No puedo hablar de esto con mi esposo. Él nunca me perdonaría que yo quebrantara su resistencia. Mientras él pueda seguir luchando, cree que no todo está perdido.”[28]

Goebbels puede haberle dicho eso a su esposa, pero con su equipo no cesaba de hablar de los diferentes escenarios finales, en busca siempre del más dramático y wagneriano último acto. Una de sus ideas fue encabezar a su muy sufrido personal en una batalla a muerte en la torre de fuego antiaéreo del Zoológico, volándola en pedazos en la última etapa de la batalla, con él y todos los demás dentro. En otra visión, se imaginaba muriendo heroicamente en las barricadas, svástica en mano. Sus colaboradores eran menos propensos a complacerse en esa teatralidad. Pocos de ellos tenían ganas de suicidarse: se consideraban funcionarios, no samuráis.

Goebbels, como Defensor de Berlín, estaba resuelto a convertir a toda la población en samurái, pero aún no tenía una clara idea de cómo lograrlo. Cuando el teniente general Helmuth Reymann asumió el puesto de comandante militar de la ciudad el 5 de marzo, no halló ningún indicio de que su predecesor, quien había enfermado, hubiera hecho algo para preparar a la capital contra un ataque. Quizá, eso era comprensible porque, hasta fecha muy reciente, Hitler y Goebbels no habían dejado de insistir en que toda sugerencia de que los soviéticos podían llegar a la ciudad era derrotismo, castigable con la muerte.

Nada se había hecho para proteger a la población civil de un ataque por tierra, ni para evacuar a los niños que quedaban, o a los enfermos y ancianos. Ni siquiera se habían hecho planes, y menos aún tomado disposiciones, para alimentar a la población en condiciones de sitio. Las barricadas, obstrucciones de caminos e improvisadas trampas antitanques que los berlineses habían empezado a erigir en su estado próximo al pánico de fines de enero, seguían sin terminar. Una “Orden fundamental para la defensa de la capital del Reich” se expidió, por fin, el 9 de marzo; y aunque

contenía abundantes detalles prácticos, incluía, asimismo, demasiadas ilusiones, y llevaba la inconfundible huella de la histérica prosa de Goebbels. En buena medida, era característicamente grandiosa, imprecisa y emotiva, un escenario para *Götterdämmerung* (*El crepúsculo de los dioses*):

La capital será defendida hasta el último hombre y la última bala [...] La lucha deberá librarse con

Fanática resolución
Imaginación
Todos los recursos del *engaño, el artificio y la astucia*:
Estratagemas de toda clase, ideadas con antelación o al calor del momento
en
sobre y
bajo la tierra

[...] Es condición para la exitosa defensa de Berlín que

Cada edificio
Cada casa
Cada piso
Cada seto
Cada cráter de proyectil
¡Sea defendido a más no poder!

No importa que quienes defiendan la capital no posean un detallado conocimiento de la mecánica de sus armas; lo que importa es que

cada hombre
esté inspirado e imbuido de una
fanática resolución
de VOLUNTAD DE LUCHA
comprendiendo que el mundo nos observa sin aliento y
que la batalla de Berlín puede decidir la guerra.[29]

Goebbels seguía negándose a considerar la evacuación de los tres millones de civiles que permanecían en la ciudad, e incluso de los ciento veinte mil niños menores de diez años. Y cuando Reymann preguntó qué medidas se habían tomado para poder proporcionar leche a los bebés si la ciudad era incomunicada, Goebbels respondió, con extrema inexactitud, que tenía almacenada leche en lata, suficiente para tres meses. Cuando recibió el

primer informe de Reymann sobre las reservas de alimentos, combustible, armas y municiones del ejército, y sobre el número de hombres disponibles, calculó que había suficiente de todo para resistir ocho semanas bajo sitio. “Vista en su conjunto”, señaló, con pasmosa complacencia, “la situación es sumamente satisfactoria. Ocho semanas es mucho tiempo, y en él pueden suceder muchas cosas. Como sea, hemos hecho excelentes preparativos y, sobre todo, debe recordarse que, de ocurrir lo peor, una enorme cantidad de hombres armados afluirían a la ciudad, y debemos estar en condiciones de emplearlos para ofrecer una poderosa defensa.”[30]

Aunque nada de esto convenció a Reymann, trabajó noche y día para preparar alguna suerte de defensa. Necesitaba que Goebbels lo proveyera de hombres y materiales, habiendo solicitado un mínimo de cien mil hombres al día. Recibió menos de treinta mil, muchos de ellos agotados, pues la caótica burocracia ordenó a hombres de Spandau, en el costado poniente de la ciudad, trabajar en Karlshorst, al oriente, y envió a hombres de Tempelhof a trabajar en Spandau. Puesto que la mayoría de los servicios de transporte estaban paralizados y los trenes que corrían se veían afectados por los ataques aéreos, gran parte de la fuerza de trabajo pasaba el día entero yendo y viniendo por la ciudad en ruinas. Y cuando llegaba a su destino, no tenía herramientas ni equipo.

Aun si Reymann lograba lo imposible y dejaba las líneas de defensa en un estado razonable antes del asalto soviético, enfrentaba un problema mayor: quién las guarnecería. En circunstancias ideales, necesitaba al menos doscientos mil hombres debidamente adiestrados y armados para defender la ciudad. Luego de hacer sus primeras sumas, estimó que no dispondría de más de ciento veinticinco mil. De hecho, incluyendo a los que habían resultado de las levas de último minuto, contaba con menos de noventa y cuatro mil, siendo sesenta mil de ellos impreparados miembros de la Volkssturm bajo jurisdicción del partido, no del ejército. La mayoría carecía de armas; pero cuando Reymann le planteó este asunto a Goebbels, se le dijo que las fábricas de armamento abastecían únicamente a los ejércitos en el frente del Oder. Sólo si la ciudad era cercada, proveerían cantidades suficientes a sus defensores. Consciente de que cuando la ciudad fuera sitiada ya no habría fábricas en operación, tal cosa no tranquilizó a Reymann.

A fines de ese mes, y pese a que los soviéticos aún no atacaban, la situación de Berlín era lamentable en verdad. Prácticamente toda la artillería antiaérea, que incluía a los versátiles cañones de ochenta y ocho milímetros, había sido llevada al frente, junto con las últimas unidades del Ejército de Remplazo y el alumnado íntegro de las instituciones de instrucción militar. Pronto, sólo quedaría la Volkssturm.

Reymann retomó el asunto de la evacuación de los civiles, en particular de los niños, pero de nuevo se le rechazó con cajas destempladas. Bajo presión, Goebbels admitió que había un plan de evacuación, preparado tiempo atrás por la SS y la policía. Pero resultó que ese plan constaba de un mapa a escala en el que se habían marcado con tinta las posibles rutas de evacuación al sur y oeste de la ciudad. La idea era, al parecer, que los evacuados sólo portaran equipaje de mano para atravesar a pie hasta treinta y dos kilómetros de la rutas elegidas a las estaciones del tren suburbano. No se había previsto nada en relación con estaciones sanitarias, puntos de distribución de alimentos, o transporte de ancianos y enfermos. Tampoco había ninguna indicación sobre la procedencia de los trenes con que se pondría a salvo a la gente.

Aceptando que para ese momento había pocas posibilidades de organizar una evacuación ordenada, y que él no podría dejar en el abandono a millones de civiles cuando ocurriera el ataque soviético, Reymann pasó a ocuparse del problema de alimentarlos; ya sabía entonces que Goebbels había mentido sobre las reservas. ¿De dónde procederían los alimentos? ¿Cómo se suministraría leche a los bebés? Goebbels le recordó los míticos tres meses de leche enlatada, pero después ofreció una solución más imaginativa.

"¿Cómo los alimentaremos?", preguntó retóricamente. "Traeremos ganado del campo, ¡y así les daremos de comer a todos!".

La idea de llevar ganado al centro de una zona de guerra, donde no se le podría alimentar, pastorear, ordeñar ni proteger, pareció ridícula a Reymann. Por tanto, volvió al ataque con el asunto de la evacuación. "Es un hecho que debemos considerar un programa de evacuación inmediata", alegó. "No es posible esperar más. Con cada día que pasa, las dificultades ulteriores se multiplican. Debemos sacar, al menos, a las mujeres y los niños, antes de que sea demasiado tarde."

Goebbels guardó silencio un momento. Pero luego dijo, apaciblemente: “Mi querido general: cuando sea necesario evacuar, si acaso lo fuera, seré yo quien tome la decisión de hacerlo”. Su voz se endureció al rematar: “¡Pero no pienso sumir a Berlín en el pánico ordenándolo ahora! ¡Tenemos mucho tiempo! ¡Mucho tiempo!”.

Reymann sabía que no había mucho tiempo. Para entonces, ni siquiera Goebbels podía dudar que el ataque soviético era inminente. A las once de esa mañana, poco antes de que seiscientos bombarderos estadunidenses arremetieran contra las instalaciones industriales de Siemensstadt y Marienfelde, destruyendo, entre otras, la fábrica de Daimler-Benz, Berlín había sido completamente tomada por sorpresa por un inusual ataque aéreo a baja altura. Los aviones, principalmente cazas, abatieron las calles con fuego de cañones y ametralladoras durante veinte minutos. No habían llegado del oeste, sino del este: ostentaban la estrella roja de la Fuerza Aérea soviética.

El 18 de marzo, un domingo hermoso y soleado, mil doscientos cincuenta bombarderos estadunidenses, apoyados por setecientos cazas, pulverizaron a Berlín en otro destructivo ataque diurno. Toparon con los Me-262, que volaban por primera vez en cantidades significativas: veintiocho jets derribaron quince aviones estadunidenses, pero ni ellos ni el fuego antiaéreo, que dio cuenta de otros siete, pudieron evitar que los bombarderos paralizaran la ciudad. La Luftwaffe estaba tan escasa de combustible, aviones y pilotos que, para efectos reales, Berlín se había convertido en una ciudad abierta al ataque por aire.

A Hitler le preocupaba el estado de la urbe, y tan pronto como se levantó, a mediodía, telefoneó a Goebbels para informarse de la situación. Pero también estaba dispuesto a destruir a Berlín, a fin de negársela a los soviéticos; su política de tierra abrasada tendría que aplicarse a todo el país, la capital incluida. Speer intentó disuadirlo, y esa tarde asumió el riesgo de presentarle otro informe con una evaluación veraz del estado del país: el desplome total de la economía era indudable en un plazo de cuatro a ocho semanas, vencido el cual sería imposible continuar la guerra. Apelando al sentido de humanidad de Hitler, Speer dijo que debían hacer todo lo posible por preservar, al menos, lo básico para asegurar la sobrevivencia de la gente.

“En esta etapa de la guerra”, escribió, “es una insensatez que emprendamos demoliciones que podrían perjudicar el corazón mismo de la nación [...] El propósito de la guerra en el interior del país no puede ser destruir tal cantidad de puentes que, dados los reducidos medios del periodo de la posguerra, la reconstrucción de la red de transporte tarde años [...] Tal destrucción significa eliminar toda posibilidad de sobrevivivencia para el pueblo alemán.” Refiriéndose específicamente a la capital, Speer escribió: “El plan de demoler los puentes de Berlín dejaría a la ciudad sin fuentes de suministro de alimentos, y la producción industrial y vida humana en ella se volverían imposibles en los años por venir. Dichas demoliciones representarían la muerte de la capital”.

Hitler rechazó con menosprecio los ruegos de Speer. “Si la guerra está perdida, también la nación perecerá”, le dijo. “Además, los que quedan después de la batalla son sólo los inferiores, porque todos los valiosos habrán muerto.” Al día siguiente, 19 de marzo —fecha en que, casualmente, Speer cumplió cuarenta años—, el Führer emitió su “Orden de Nerón”, de destruir todas las plantas industriales a punto de caer en manos del enemigo; la totalidad de las principales plantas eléctricas, obras hidráulicas, fábricas de gas y tiendas de ropa y alimentos; todos los puentes; todas las instalaciones ferroviarias y de comunicaciones; todos los canales; todos los barcos, furgones y locomotoras.

Speer se propuso sabotear esa orden de Hitler, así como un llamado adicional a evacuar de áreas amenazadas por el enemigo, en Occidente, a toda la población civil, de ser necesario a pie, pues no se había tomado ninguna previsión para su transporte, alimentación ni alojamiento. Completamente asqueada de la guerra, la gente de pequeñas ciudades y pueblos hacía todo lo posible por impedir que el Wehrmacht la defendiera. Lo único que quería era salir de ese trance lo más rápida e indoloramente posible. Speer recorrió el país el mes siguiente, hablando con Gauleiter y generales para tratar desesperadamente, de convencerlos de no acatar esa orden, con enorme éxito. Siguió corriendo el riesgo de discutir con Hitler, negándose a marcharse en silencio cuando el Führer intentó deshacerse de él a su usual manera de otorgamiento de licencia por enfermedad. “¡No estoy enfermo!”, insistió Speer. Si Hitler quería librarse de él, tendría que destituirlo públicamente, algo que aquél se resistía a hacer. Así, Speer sobrevivió, y a fines de marzo logró, incluso, convencer a Hitler de que

modificara aquella orden y le confiriera a él total responsabilidad para implementarla, reconociendo tácitamente que jamás la pondría en práctica.

El tiempo se agotaba rápidamente para que Speer detuviera la destrucción en el oeste, pues los ejércitos británicos y estadunidenses avanzaban en forma arrolladora tras haber cruzado en gran número el Rin, el 23 de marzo. Para el primero de abril, el Primero y Noveno ejércitos estadunidenses habían rodeado el Ruhr, atrapando en su totalidad al Grupo Militar B alemán, compuesto por dos ejércitos de tanques y veintiún divisiones, y a dos cuerpos del Grupo Militar H, lo que ascendía a un total de casi trescientos veinticinco mil hombres. Ésta fue una pérdida terrible para Alemania, pues dejó un boquete de trescientos veinte kilómetros de ancho en el frente occidental, con apenas unas cuantas divisiones desorganizadas entre el Ruhr y Berlín. El cuadro era similar en todos los demás frentes. En los Países Bajos, donde habían privado condiciones pasmosas durante el invierno, los alemanes empezaron a replegarse al fin, aunque aún les aguardaban encarnizados combates. En Hungría, Austria y Prusia oriental, el Ejército Rojo avanzaba en forma implacable, y en ningún momento Zhukov y Koniev cesaron de concentrar en el Oder y el Neisse gran cantidad de efectivos, listos para irrumpir tan pronto como menguaran las crecidas de la primavera.

Aparte de organizar la defensa de Berlín, Goebbels hacía planes para activar a los grupos de partisanos supuestamente instituidos en los territorios ocupados por la SS, bajo el nombre en clave de “Werwolf” (Ogro). El primero de abril empezó a radiodifundir un nuevo torrente de su retórica habitual, llamando a la resistencia suicida bajo el reiterado lema de *Besser tot als rot* (Mejor muerto que rojo). Pero pese a traerse tantas cosas entre manos, Goebbels todavía hallaba tiempo para seguir librando sus batallas privadas por el poder, y para hacer elaborados planes para el futuro. Obtuvo un pequeño, pero muy satisfactorio triunfo sobre Göring al convencer a Hitler de simplificar la organización de la Luftwaffe, y de asignarle esa operación.[31] También logró, luego de años de intrigas, que Hitler despidiera a su rival, Otto Dietrich, como jefe de prensa del Reich.[32] No obstante, fracasó una vez más en sus renovados intentos de deshacerse de Ribbentrop.

También Bormann planeaba febrilmente el futuro, emitiendo más decretos y órdenes que nunca —más de cuatrocientos entre enero y abril— y tomando medidas para restructurar el partido, con la mira puesta en el control del nuevo Reich que emergería al final de la guerra. Su esposa compartía esa fe: “Algún día”, le escribió ella en febrero,

> surgirá el Reich de nuestros sueños [...] En cierto modo, ¿sabes?, esto me recuerda el *Götterdämmerung* de la Edda [antigua saga nórdica] [...] Los monstruos toman por asalto el puente de los dioses [...] la ciudadela divina se desmorona, y todo parece perdido; pero de repente aparece una nueva ciudadela, más hermosa que la anterior [...] Nosotros no somos los primeros en trabar mortal combate con los poderes del inframundo; y lo que nos sentimos impelidos a, y somos capaces de, hacer, debería convencernos de la victoria final.[33]

El *Götterdämmerung* se invocaba con creciente frecuencia en esos traumáticos días. Speer lo incluyó en el programa del último concierto de la Orquesta Filarmónica de Berlín, el 12 de abril, como señal para los músicos de que ésa era su última función. La música siempre desempeñó un importante papel en la vida de Speer, y durante la guerra, difícilmente se había perdido un concierto de la filarmónica. Goebbels consideró tan valiosa a esta orquesta como refuerzo moral que exentó del servicio militar a sus ciento cinco músicos. Sin embargo, para estos días ya había decretado que todos ellos serían incluidos en el último reclutamiento de la Volkssturm. Cuando Speer protestó, Goebbels mostró indiferencia, como cabía esperar.

“Fui yo quien elevó a la orquesta a nivel tan especial”, dijo. “Mi iniciativa y mi dinero hicieron de ella lo que es, lo que hoy representa para el mundo. Los que vendrán no tienen derecho a esto. Ella puede hundirse junto con nosotros.”

Para Speer era inconcebible que ese conjunto excepcional pereciera en vano en las barricadas. En consecuencia, hizo que los documentos de los músicos se retiraran de los archivos de la junta de reclutamiento, truco del que el propio Hitler se había valido al inicio de la guerra para librar del llamado a filas a sus artistas preferidos. Luego formuló un plan para que toda la orquesta desapareciera misteriosamente de la ciudad minutos antes del ataque soviético. La primera parte de este plan se había ejecutado el 28 de marzo, cuando Speer dispuso que la mayor parte de la biblioteca de partituras de la orquesta, junto con sus pianos, arpas y tubas de Wagner, lo

mismo que los trajes de los músicos, se cargaran en camiones y se condujeran, para su resguardo, a Plassenburg, pequeña ciudad cerca de Bayreuth. Y cuando llegó el momento en que las fuerzas soviéticas se aprestaban a embestir, decidió que era hora de evacuar a los músicos.

Speer mandó decir al gerente de la orquesta, el doctor Gerhart von Westermann, que el programa anunciado para el concierto de ese día tendría que cambiar. Debía abrir con el final de *Die Götterdämmerung* de Wagner, que describe la destrucción de Valhalla, la muerte de los dioses y el fin del mundo. Le seguiría, menos melodramáticamente, el *Concierto para violín* de Beethoven, interpretado por el primer violín de la orquesta, el brillante Gerhard Taschner, de veintitrés años de edad, y, después, la *Sinfonía romántica* de Bruckner. Estas obras serían para los músicos la señal de que, terminado el concierto, un autobús esperaría a los que quisieran abandonar la ciudad para llevarlos al área de Kulmbach-Bayreuth, a punto de ser tomada por los estadunidenses. El concierto empezó a las cinco de la tarde, conforme a lo planeado. Pero ningún autobús esperó afuera: los músicos habían votado a favor de quedarse en Berlín. Sólo Taschner decidió partir, con su esposa y sus dos hijos, y la hija de otro músico. Todos ellos fueron conducidos al sur en el auto de Speer, escoltado por el ayudante de este último.[34]

Al regresar a su oficina, después del concierto, Speer fue llamado al instante al búnker del Führer, donde éste se precipitó sobre él, ondeando animadamente un recorte de periódico. “¡Aquí, léalo! ¡Aquí! Usted nunca quiso creerlo. ¡Aquí está!”. Las palabras, diría más tarde Speer, se le atropellaban. “Aquí tenemos el milagro que siempre predije. ¿Quién tenía razón? La guerra no está perdida. ¡Léalo! ¡Roosevelt ha muerto!”.[35]

Entre las obras de historia con que Goebbels había tratado de alentar al Führer en las últimas semanas, su favorita había sido la *Historia de Federico el Grande*, de Thomas Carlyle. Goebbels se la había leído en voz alta a partir del capítulo en que se menciona el momento crucial de la Guerra de Siete Años, en 1762, cuando Prusia tenía ínfimas posibilidades de vencer a la alianza formada por Rusia, Austria y Francia. Federico había abandonado casi toda esperanza, y dijo que renunciaría a la batalla y se suicidaría si las cosas no mejoraban para el 15 de febrero. Goebbels había leído con deleite las apropiadas y drámaticas palabras de Carlyle:

"¡Valeroso rey! Aguarda un poco aún, y los días de tu sufrimiento habrán terminado. Ya el sol de tu buena fortuna se levanta más allá de la nubes, y pronto se elevará sobre ti." Poco después, el "milagro de la Casa de Brandeburgo" había sucedido. La zarina, Isabel de Rusia, la peor enemiga de Federico, murió de repente; su sucesor hizo una paz separada, para convertirse en aliado, y Prusia obtuvo la victoria. Hitler había advertido, al punto, el paralelo, y sus ojos, dijo Goebbels, "se llenaron de lágrimas".

Goebbels estaba de visita en el frente cerca de Küstrin cuando se conoció la noticia del deceso de Roosevelt, y no se enteró de ello hasta volver a casa, justo después de medianoche. Trémulo de emoción, pidió el mejor champagne. "¡Éste es el momento crucial!", exclamó, al telefonear a Hitler para felicitarlo. "Está escrito en las estrellas que la segunda quincena de abril será el momento decisivo para nosotros", le dijo, refiriéndose a un horóscopo que había descubierto poco antes. "¡Es viernes 13! La Providencia ha abatido al mayor enemigo de usted. Dios no nos ha abandonado. Dos veces lo ha salvado de salvajes asesinos. La muerte, que el enemigo le destinó en 1939 y 1944, ha golpeado ahora a su más peligroso enemigo. ¡Es un milagro! Justo como la muerte de la zarina Isabel."[36]

La noticia animó a Hitler por el momento, aunque Speer lo describió sentándose exhausto, "aparentemente liberado y aturdido al mismo tiempo, mientras se hundía en su sillón. Pero sentí que él no había recuperado la esperanza".[37] No obstante, Ribbentrop lo encontró "en el séptimo cielo", como él mismo lo dijo, al visitarlo al día siguiente. En su conferencia diaria, Hitler seguía eufórico; ni siquiera la noticia de que Viena había caído en manos del Ejército Rojo logró desalentarlo. Anunció que la guerra se ganaría en Berlín: las unidades que regresaban del frente del Oder formarían un núcleo duro que atraería a las tropas soviéticas. Los ejércitos alemanes las atacarían, entonces, desde afuera, para destruir al enemigo en una batalla decisiva. Él se quedaría en Berlín, para inspirar a sus fuerzas a alcanzar la victoria.

A sus generales no les convenció del todo esta estrategia, y varios de ellos trataron de persuadirlo de que se marchara de la ciudad, al sur, a la relativa seguridad de Berchtesgaden. Pero Hitler se negó a considerar, siquiera, esa posibilidad, y cuando ellos se fueron, él empezó a elaborar una nueva proclama para las tropas, tan rimbombante que aun Goebbels la creyó exagerada y aplazó su distribución hasta una vez iniciado el ataque

soviético. No tuvo que esperar mucho. Justo a las tres de la mañana del 16 de abril, la artillería de Zhukov dio principio a una descarga aterradora. Las de Koniev en el sur y Rokossovsky en el norte le siguieron poco después.

Los tres frentes soviéticos disponían, en total, de dos millones y medio de hombres, cuarenta y un mil seiscientos cañones y morteros, seis mil doscientos cincuenta tanques y armas autopropulsadas, más de un millón de lanzacohetes múltiples y siete mil quinientos aviones. El primer frente bielorruso contaba por sí solo con un arsenal de siete millones ciento cuarenta y siete mil proyectiles. En cambio, el Grupo Militar Vístula, de Heinrici, tenía a lo sumo doscientos cincuenta mil hombres mal armados, ochocientos cincuenta tanques, quinientas baterías antiaéreas en función de artillería y trescientos aviones prácticamente sin combustible.[38]

Esta vez no habría milagro alguno.

EL FIN DEL CAMINO

En la víspera del quincuagésimo sexto cumpleaños de Hitler, Goebbels transmitió por la radio un digresivo y emotivo panegírico del Führer como salvador de su pueblo, al que éste debía seguir “fielmente, sin reservas [...] confiando en la buena estrella que lo guía, y a todos nosotros, ahora como antes”. Con su usual verbosidad hueca, Goebbels llamó al pueblo alemán a “no dar, por ningún motivo, a un mundo jubilosamente expectante, la satisfacción de presenciar el espectáculo de la sumisión rendida, sino a desplegar orgullosamente en la cara del enemigo la svástica, en vez de la bandera blanca de capitulación que espera ver”. Luego de despotricar contra la “avalancha del bolchevismo” y de la judería internacional, que querían ver destruido al mundo, presagió que “Dios derribará a Lucifer, como lo hizo ya cuando el ángel de las tinieblas se alzó frente a las puertas del poder, y lo devolverá al abismo del que salió”. Concluía, con vana grandilocuencia: “Alemania sigue siendo el reino de la lealtad; en la hora del peligro, ella celebrará su mayor triunfo. La historia no dirá nunca que el pueblo abandonó a su Führer, ni que el Führer abandonó a su pueblo. ¡Y esto significa la victoria!”.[1]

Quizá Goebbels seguía creyendo las tonterías que peroraba, pese a que la muerte de Roosevelt no había producido una ruptura en la alianza enemiga. Pero, ciertamente, ninguno de los demás paladines las creía ya cuando se congregaron en las ruinas de la cancillería, al día siguiente, 20 de abril, esperando en fila para derramar sus rituales felicitaciones sobre el trastornado dictador. Hitler durmió hasta tarde; no se había acostado hasta las nueve de esa mañana. Después de desayunar y de jugar unos minutos con el cachorro de Blondi, su perra pastor alemán, inició el día en el destrozado jardín inspeccionando delegaciones del Ejército de Courland, Letonia, y de la SS-Division Berlín y prendiendo medallas a veinte muchachos de las Juventudes Hitlerianas que habían actuado con

excepcional valentía contra los tanques soviéticos y en operaciones antiaéreas y de rescate. Göring, Goebbels, Himmler, Speer, Dönitz, Ribbentrop, Keitel, Kaltenbrunner y el general Hans Krebs, el exsuplente de Guderian que había asumido el cargo de jefe de Estado Mayor del ejército, encabezaban la fila, seguidos por otros generales. Todos ofrecieron sus felicitaciones y juraron eterna lealtad, aunque seguramente sabían que ésa era la última vez que estarían juntos. La mayoría estaba casi impaciente de retirarse.

Göring era, tal vez, el que más ansiaba irse, salir de ese manicomio. Deseaba marcharse lo más pronto posible a Berchtesgaden, y en un intento por llamar menos la atención, se había puesto un uniforme nuevo, habiendo cambiado su traje gris perla con elaboradas charreteras doradas por uno sencillo de dril color caqui, con el águila de oro del Reich prendida en cada hombro. Algunos oficiales presentes comentaron que, sospechosamente, parecía un general estadunidense, pero en realidad era el nuevo uniforme de verano ya asignado al ejército.

El día anterior, mientras las fuerzas soviéticas se acercaban peligrosamente al Schorfheide, Göring había terminado de empacar en Carinhall, cargando veinticuatro autos y camiones con archivos y equipo, lo mismo que con los tesoros restantes no incluidos en los dos trenes que ya había enviado al sur. Luego había tomado su rifle de caza por última vez y entrado al criadero, donde llamó por su nombre a sus cuatro últimos bisontes y los mató a balazos, para que no cayeran en manos de las tropas soviéticas. Ordenó que los cadáveres fueran repartidos, para ayudar a dar de comer a las interminables columnas de refugiados que pasaban arrastrándose junto a su finca. A primera hora de la mañana, visitó por última vez el mausoleo de Carin, y se arrodilló solo junto a su sarcófago para despedirse. Había dispuesto que los edificios a los que había prodigado tantas atenciones fueran salpicados con cargas de demolición, y su último acto, antes de cruzar las puertas, fue apretar el gatillo del detonador para hacerlos volar en pedazos. Estacionó sus camiones bajo vigilancia en el cuartel de la Luftwaffe, en Werder, mientras se dirigía a la capital para saludar a Hitler y asistir a la última conferencia del Führer.

Antes de que empezara la conferencia, llevó aparte a Keitel, a fin de obtener su apoyo para el traslado de su base de operaciones a Berchtesgaden, ahora que Carinhall había dejado de existir y que el

contacto de señales con Werder se había vuelto esporádico. Como ya sólo quedaba abierta una carretera principal al sur entre Halle y Leipzig, no había tiempo que perder. Keitel aceptó proponer a Hitler aceptar ese cambio, en el marco de lo que describió como “mi absolutamente firme creencia de entonces de que también el Führer y el Estado Mayor del OKW [...] transferirían su mando supremo a Berchtesgaden”. Keitel hizo la propuesta a Hitler, quien, según él, estuvo de acuerdo, “al grado de sugerir él mismo tal cosa a Göring”.[2]

La totalidad de los presentes en la conferencia del Führer trataron de convencer a Hitler de que se mudara al sur, al Obersalzberg. Durante los diez días anteriores, todos aquellos que no eran absolutamente vitales en el cuartel del Führer habían sido enviados allá en trenes especiales y convoyes de camiones, junto con contingentes de avanzada de los estados mayores del OKW y el OKH. Había aviones listos para trasladar a los últimos altos mandos —entre quienes estaban Hitler, Keitel y Jodl— en cualquier momento. Pero Hitler se negó a comprometerse. No pasó de confirmar las instrucciones que había dado el 14 de abril, de que si los soviéticos y estadunidenses partían en dos el país, el combate continuaría bajo mandos separados en el norte y el sur. En cuanto a la mitad norte, transfirió formalmente el mando de las fuerzas armadas a Dönitz. A Kesselring se le había nombrado comandante supremo en el sur, pero Hitler se abstuvo de cederle el mando en ese momento, para mantener abierta la opción de que él mismo tomara el control en el llamado Reducto Alpino: “Dejaré al destino decidir si muero en la capital o vuelo al Obersalzberg de último momento”.[3] Göring no asumiría el control hasta entonces.

Antes de salir del búnker, habiéndose despedido mecánicamente de Hitler, Göring acorraló a Himmler para sostener una charla privada sobre el contacto con los aliados occidentales. En una conversación con Lammers grabada subrepticiamente, mientras ambos estaban presos en el ASHCAN, Göring referiría que Himmler le dijo en esa ocasión que ya se había puesto en contacto con Bernadotte, y que en realidad tenía previsto volver a reunirse con él esa misma noche. Queriendo tomarle el pelo a Göring, Himmler apuntó:

–Debe tratarse del enviado de Eisenhower para negociar.

Pero Göring no mordió el anzuelo.

–No lo creo —dijo. No se ofenda, Himmler, pero dudo que los aliados occidentales lo consideren aceptable a *usted* como parte negociadora.

–Lamento contradecirlo —replicó Himmler, exasperado. Tengo pruebas irrefutables de que en el exterior se me juzga la única persona capaz de mantener el orden aquí.

Atónito, Göring guardó silencio, mismo que Himmler interrumpió para preguntarle si lo nombraría canciller de ocurrirle algo al Führer. Göring sólo pudo contestar que tal cosa era imposible, ya que los cargos de Führer y canciller se habían fusionado por ley. Pero Himmler persistió, quizá con la deliberada intención de fastidiarlo:

–Herr Mariscal del Reich —dijo—, si algo impidiera a usted suceder al Führer (si usted fuera eliminado, por ejemplo), ¿yo podría ocupar el puesto?

–Mi querido Himmler —respondió Göring—, tendremos que esperar y ver. Todo dependerá de las circunstancias. Sencillamente no imagino nada que pudiera impedirme asumir el cargo.[4]

Himmler y Göring siguieron cada cual su camino al salir del búnker del Führer. Göring se dirigió a Werder, pero fue sorprendido por un ataque aéreo de Mosquitos de la RAF, y forzado a guarecerse en un atestado refugio público, donde entretuvo a la gente con chistes sobre él, regodeándose hasta el final en su imagen de jovialidad y poniendo exitosamente a prueba su perdurable popularidad entre la gente común. Luego, como él mismo diría después, “nos fuimos a las montañas”. Tras recoger su convoy a las 2:20 de la mañana, recorrió la única carretera restante hacia Baviera a toda velocidad, sin hacer siquiera una pausa para despedirse de Koller, a quien dejó para que se las arreglara solo con Hitler, a nombre de la Luftwaffe.

Himmler enfiló, a su vez, al norte, al castillo de Ziethen, en la costa del Báltico, al este del Golfo de Lübeck, donde lo esperaba Schellenberg para ponerlo al tanto del estado de las desleales negociaciones de paz de ambos. Speer se precipitó, asimismo, al norte, a Hamburgo, donde, con la ayuda del receptivo Gauleiter Kaufmann, grabó un discurso radial llamando a la gente a desistir de pelear y a oponerse a todos los intentos de cumplir la “Orden de Nerón”, de Hitler, y prohibiendo de igual forma todas las actividades de la Werwolf. Pero ese discurso no se transmitió jamás. Al final, a Speer le atemorizó traicionar públicamente a Hitler, y se echó para atrás.

En la cancillería, entre tanto, Bormann se sumaba a Eva Braun y las secretarias y séquito personal del Führer en la celebración del cumpleaños de éste. Como los Mosquitos ya se habían ido, Eva condujo a todos al piso de arriba, a la sala del departamento privado de Hitler. El recinto estaba vacío, salvo por una enorme mesa circular; todos los demás muebles habían sido bajados al búnker. Alguien llevó un gramófono de cuerda, pero había un único disco, con un éxito de antes de la guerra, titulado "Red Roses Bring You Happiness". Lo pusieron una y otra vez, al tiempo que bebían champagne y bailaban; hasta Bormann y el obeso doctor Morell participaron en el baile. Afuera se oía el constante estruendo de los cañones soviéticos. De pronto, hubo una fuerte explosión en las cercanías. Sonó un teléfono, y alguien corrió a contestar. El ambiente de fiesta se evaporó y la gente inició su retorno al búnker.

Mientras Göring se dirigía al sur y Bormann bailaba en la cancillería en ruinas, Himmler pasaba una agitada noche viajando de un lado a otro del norte de Alemania. Cuando llegó al castillo de Ziethen, luego de recorrer doscientos kilómetros desde Berlín, Schellenberg lo esperaba para llevarlo a la casa de campo de Kersten, Hartzwalde, a reunirse con un representante del Congreso Mundial Judío, Norbert Masur. Kersten había convencido a Masur de jugarse la vida y volar de Suecia a Berlín, pues sabía que Himmler desesperaba por acumular méritos en Occidente. Éste se encontró con Masur a las dos de la mañana; tomó café con él, Kersten, Schellenberg y su secretario privado, el doctor Rudolf Brandt, y procedió, después, a una prolija justificación de las acciones de Alemania contra los judíos. Cuarenta y cinco minutos más tarde, Kersten y Schellenberg consiguieron, de algún modo, hacerlo entrar en materia y él confirmó, por fin, que sus promesas de que ya no se asesinaría a más judíos y de que los campos se entregarían intactos a los aliados, serían cumplidas. Entre tanto, permitiría que las quince mil mujeres aún presas en el campo de concentración de Ravensbrück, la mitad de las cuales eran judías, fueran liberadas y llevadas a Suecia por transportes de la Cruz Roja. Comprensiblemente, Masur vio con reserva esta promesa de Himmler, pero él la cumplió, y las mujeres fueron liberadas dos días después.

Tras separarse de Masur y Kersten alrededor de las cinco de la mañana, Himmler, Schellenberg y Brandt manejaron sin parar hasta Hohenlychen,

donde Bernadotte los esperaba para conversar en el desayuno, discutiendo más detalles sobre la liberación de presos en campos de concentración. Pero Himmler estaba exhausto y sumamente nervioso, y no pudo hablar de negociaciones de paz. Esto se dejó en manos de Schellenberg, mientras llevaba al aeropuerto de Berlín al sueco, a quien sugirió que dispusiera una reunión entre Himmler y Eisenhower. Pero Bernadotte dijo que era necesario que el propio Himmler se lo solicitara oficialmente para que él pudiera proponérselo a los estadunidenses.

La RAF y la Octava Fuerza Aérea estadunidense realizaron sus últimos ataques contra Berlín durante la noche y primeras horas de la mañana del 21 de abril. En adelante, los soviéticos se encargarían de ello, no sólo con la Fuerza Aérea Roja, sino también con la artillería, dado que el armamento pesado de Chuikov se hallaba al alcance del centro de la ciudad, en Marzahn, a apenas quince kilómetros de distancia. Los soviéticos abrieron fuego a las once y media de la mañana. Una carga tras otra diluviaron sobre el corazón de Berlín. En torno a la Wilhelmstrasse caían proyectiles a razón de uno cada cinco segundos. La Puerta de Brandeburgo fue alcanzada y una de sus alas se desplomó, el edificio en ruinas del Reichstag volvió a arder, la Unter den Linden hizo erupción de un extremo a otro y el antiguo palacio real, para entonces, ya poco más que un armatoste estropeado, se incendió de nueva cuenta.

Las explosiones sacudieron aun al profundo búnker del Führer, normalmente protegido por el blando terreno aluvial a su alrededor. Hitler, recordando, sin duda, sus días en las trincheras durante la primera guerra mundial, telefoneó a Koller en ausencia de Göring, para que hiciera algo por silenciar los cañones soviéticos. Koller le dijo que ya hacía uso de las armas en las torres de fuego antiaéreo de Berlín, trabando combate con las baterías enemigas cerca de Marzahn.

El resto del día, el estado de ánimo de Hitler pasó de un extremo a otro, empujado por una masiva inyección de anfetaminas de Morell y una alta dosis de gotas que se le habían prescrito el año anterior contra una misteriosa afección visual. Esta vez dijo a su valet, Heinz Linge, que aumentara dicha dosis de una gota a cinco. El principal componente de esta solución era cocaína. En estado de gran agitación, Hitler profirió torrentes de órdenes irracionales, gritando furiosamente cuando sus imposibles

demandas no se cumplían. Llamó a Koller exigiendo saber por qué no había cobertura aérea. ¿Dónde estaban los tan cacareados cazas a reacción? Koller contestó que todos los aviones permanecían en tierra por falta de combustible, y a causa de los ataques enemigos sobre los campos de aviación. "Entonces ya no necesitamos jets", repuso Hitler con brusquedad. "La Luftwaffe es superflua. ¡Toda la jefatura de la Luftwaffe debería ser colgada ahora mismo!".[5]

Más tarde, creyendo aún en la posibilidad de un contrataque, Hitler llamó de nuevo a Koller y le ordenó, so pena de muerte, enviar a todo el personal disponible de la Luftwaffe, incluido el ejército privado de paracaidistas de Göring que defendían Carinhall, a integrarse a las nuevas formaciones que, a duras penas, se creaban en esos momentos. Pero tal "ejército privado", que alguna vez había incluido una división entera provista de doble dotación de armas modernas, se había disuelto tiempo atrás, y para entonces ya sólo quedaba un batallón a cargo de las ruinas. Durante la noche, Koller logró reunir con dificultades a entre doce y quince mil miembros del personal de tierra, numéricamente equivalentes a una división, pero inexpertos, por supuesto, y en su mayoría desarmados. Cuando, algo temeroso, se lo informó a Hitler, le sorprendió que no hubiera un arranque de cólera en el otro extremo de la línea. El Führer habló, en cambio, con nueva esperanza, lleno de optimismo: "Ya verá usted: los rusos sufrirán la mayor derrota, la más sangrienta derrota de su historia, a las puertas de Berlín".[6]

Al día siguiente, la euforia de Hitler había pasado y él sufría la reacción. Quizá sufría también el síndrome de abstinencia, sin su dosis diaria de anfetaminas: esa mañana había echado del búnker a Morell, cuando éste le ofreció una inyección de morfina para tranquilizarlo. En su paranoia, el Führer sospechó que Morell quería que perdiera el conocimiento para poder sacarlo de Berlín y llevarlo en avión a Berchtesgaden. Cuando Keitel llegó, a las tres de la tarde, para la conferencia diaria, percibió al instante que "densas nubes pesaban sobre el ambiente". El rostro de Hitler era de un gris amarillento, y su expresión lucía pétrea. Estaba nervioso y no podía concentrarse; durante la conferencia se puso de pie dos veces y entró, como sin rumbo fijo, a su oficina privada, en la puerta de junto.

El Führer apenas si pareció escuchar mientras Krebs rendía su desolador informe de la situación, que demostraba que el nudo se apretaba más y más en torno a ellos a cada minuto. Pero cuando Krebs informó que el SS-Obergruppenführer, Felix Steiner, se había rehusado a ordenar un contrataque en el norte de la ciudad, Hitler guardó un ominoso silencio. Y luego enloqueció. Se paró de un salto y empezó a despotricar y delirar. La cara se le puso blanca y después púrpura, y las extremidades le temblaban incontrolablemente. Los individuos que estaban con él lo habían visto enojado antes, pero nunca así. Su voz se quebró mientras gritaba y los maldecía por cobardes, traidores, incompetentes, insubordinados y desleales. Hasta la SS ya le mentía. En el clímax de su desenfrenado arrebato, vociferó: "¡La guerra está perdida! ¡Todo está viniéndose abajo!".

Al recuperar cierto control, gritó que se quedaría en Berlín, con los berlineses. Encabezaría, en persona, la última batalla, y, llegado el momento final, se pegaría un tiro. "Vivo o muerto, no caeré en manos del enemigo", declaró. "Ya no puedo combatir en el campo de batalla; no tengo fuerzas. Me mataré de un tiro." Pero su rabia se evaporó de repente, y él empezó a encogerse. Se hundió poco a poco en su silla, derrumbándose. Consumido, desinflado, comenzó a llorar como un niño. "Todo ha terminado", sollozó. "La guerra está perdida. Me mataré."

Durante casi cinco minutos, los demás se le quedaron viendo, silenciosos, desconcertados. Después, y por increíble que parezca, trataron de convencerlo de que aún había esperanzas, de que él debía seguir a cargo de la nación, de que debía marcharse de Berlín, a Berchtesgaden, y continuar dirigiendo la guerra desde allá. Él rechazó sus peticiones. Podían abandonarlo, dijo amargamente; todos podían abandonar Berlín, pero él se quedaría. "Ordeno que se proclame inmediatamente por la radio al pueblo de Berlín", prosiguió, "mi resolución de permanecer con él hasta el final, pase lo que pase."

Ordenó, asimismo, a Bormann, Keitel y Jodl irse en avión esa noche. Keitel debía asumir el mando de las fuerzas armadas en el sur, con Göring en calidad de representante personal del Führer. Pero los tres se negaron a retirarse.

–En siete años, jamás me he rehusado a obedecer una orden de usted —le dijo Keitel—, pero ésta no la cumpliré por ningún motivo. Usted no

puede ni debe dejar a las Wehrmacht en la estacada en un momento como éste.

–Aquí me quedo —repuso Hitler, obstinado. No se diga más. Göring puede asumir allá la jefatura. Si tiene que haber negociaciones con el enemigo, como debe de ser, Göring es mejor para eso que yo. Yo libraré y ganaré la Batalla de Berlín, o moriré en Berlín. Ésta es mi última, irrevocable decisión.[7]

La noticia del arrebato y desplome de Hitler se transmitió rápidamente a todos los jefes nazis que no estaban en el búnker. En una llamada telefónica tras otra durante la tarde y la noche, todos ellos hablaron con Hitler, para suplicarle que se marchara al sur, a fin de salvarse y salvar a Berlín. Dönitz le telefoneó desde su nuevo cuartel en Plön, veinte kilómetros al sureste de Kiel, y le prometió enviar más tropas navales a colaborar en la defensa de Berlín. Ribbentrop llamó para brindar esperanzas de un gran *coup* diplomático que lo resolvería todo, aun entonces. Himmler pronunció por teléfono un apasionado discurso, y luego envió al doctor Gebhardt a asegurar a Hitler su apoyo y ofrecerle su escolta personal de la SS, de seiscientos miembros. Pero Himmler no acudió personalmente. “Todos están locos en Berlín”, declaró. “¿Qué debo hacer?.” Contestó su retórica pregunta despachando a Schellenberg a Lübeck para que viera a Bernadotte y le dijera que ya estaba listo para pedirle oficialmente, y en su propio nombre, que abordara a Eisenhower, en representación suya, con un ofrecimiento de rendición en Occidente.[8]

Albert Speer, pese a sus protestas posteriores, aún estaba bajo el hechizo de Hitler. Cuando se enteró del derrumbe de éste, no tomó el teléfono, sino que partió al instante de su finca en Bad Wilsnack, cien kilómetros al noroeste de Berlín, para ver por última vez a su ídolo. Tardó diez horas en llegar hasta él. Empezó en un auto, por caminos llenos hasta el tope de refugiados, pero tuvo que abandonarlo porque era imposible avanzar. Después, no obstante la angustiosa escasez de combustible, convenció a contactos de la Luftwaffe de que le proporcionaran un avión y una escolta de cazas hasta Gatow, desde donde prosiguió su vuelo en un Fiesler Storch para aterrizar en la improvisada pista del Eje Este-Oeste frente a la Puerta de Brandeburgo. Este viaje no tenía ningún propósito útil. Era puramente personal: Speer no soportaba la idea de que Hitler muriera sin despedirse

debidamente de él. También tenía necesidad de confesar sus pecados de sabotaje de la “Orden de Nerón” y de pública afirmación de que Alemania había perdido la guerra. Sintió que el viaje había valido la pena cuando, al parecer, Hitler lo perdonó, y él se marchó volando de nuevo, satisfecho con su absolución.

El único paladín que no trató de convencer a Hilter de retirarse fue Goebbels. Consumido, como siempre, por su ansia de gestos dramáticos y grandilocuentes, había decidido que el Führer debía irse literalmente cubierto de gloria, como un mítico guerrero nórdico. Y Goebbels se iría con él, porque había resuelto morir en Berlín, la ciudad que creía haber hecho suya. Planeaba el mismo destino para Magda y sus hijos. “Ni mi esposa ni mi familia me sobrevivirán”, había dicho a Speer. “Los estadunidenses los adiestrarían para hacer propaganda en mi contra.” Al enterarse de esto, Hitler invitó a Goebbels y su familia a mudarse con él al búnker. Llegaron esa tarde, en dos limusinas, los seis niños apretando cada cual un juguete, lo único que se les había permitido llevar consigo.

A Magda y los niños se les asignó la suite del doctor Morell, de cuatro pequeñas habitaciones en la parte superior del búnker, mientras que Goebbels recibió una habitación en la parte de abajo, al lado del Führer. Para los chicos, todo aquello era una gran aventura. El “Tío Adolf” les simpatizaba, y les encantó que su secretaria, Traudl Junge, los llevara escaleras arriba hasta las ruinas del edificio de la cancillería, en busca de las cajas de los regalos enviados a Hitler por su cumpleaños. Se les permitió tomar lo que quisieran, y llevarlo abajo.

Koller llamó a Göring, quien había llegado al Obersalzberg a las once de esa mañana, para informarle del colapso nervioso de Hitler, y de su insistencia de quedarse en Berlín. Göring le dijo que abandonara Berlín y fuera a reunirse con él, lo cual hizo, volando al sur y arribando a su destino al mediodía del 23 de abril. Antes de irse, Koller había hablado con Jodl, quien le dio todos los detalles sobre el arrebato de Hitler, incluida su declaración de que Göring debía asumir la jefatura en el sur y entablar negociaciones con el enemigo. Koller informó de todo eso a Göring, quien dijo considerar el comportamiento de Hitler como “una mala jugada”, que

lo colocaba en una difícil posición. Solicitó un informe de la situación militar, que Koller le rindió con ayuda de mapas.

"Luego me preguntó", recordaría más tarde Koller, "si creía que Hitler seguía vivo, o si habría nombrado a Martin Bormann su sucesor. Le dije que Hitler aún vivía cuando yo había salido de Berlín." Göring debía actuar ya, añadió. Philipp Bouhler, jefe de la cancillería del Führer, el hombre que había estado a cargo del programa de eutanasia T4 y amigo cercano de Göring, estuvo de acuerdo.

Éste era el momento que Göring había esperado desde 1923: el de asumir la conducción de Alemania, como Hitler se lo había prometido cuando se afilió al partido. ¿Lo dejaría pasar acaso? No sabía qué hacer. "Bormann es mi peor enemigo", dijo. "Siempre está presto a criticarme. Si actúo, me llamará traidor. Si no, me acusará de haber fallado en la hora más difícil."

Göring hizo que le llevaran la caja de acero en que guardaba el decreto de Hitler del 29 de junio de 1941, que lo confirmaba como su sucesor; sacó el documento y lo leyó en voz alta. Parecía muy claro: "Si mi libertad de acción se redujera, o se viera impedida de cualquier otra forma, el mariscal del Reich, Hermann Göring será mi sustituto o sucesor en todos mis puestos en el Estado, el partido y las Wehrmacht." Aún indeciso, Göring pidió a Lammers su opinión como secretario de Estado de la cancillería del Reich. Para Lammers, no había duda: "La ley del 29 de junio de 1941 es válida y legalmente vinculante", confirmó. "El Führer no ha dado orden en contrario. Si lo hubiera hecho, yo lo sabría. No habría podido modificar legalmente ese decreto sin mi intervención."

De todos modos, Göring vacilaba ante un paso tan importante. Koller sugirió que le enviara un mensaje a Hitler, en busca de su aprobación. Göring aceptó al instante, y redactó una cautelosa nota, con ayuda de Lammers y Koller. Decía así:

Mi Führer:

En vista de que ha decidido permanecer en su puesto en la Fortaleza de Berlín, ¿estaría usted de acuerdo en que yo, como su sustituto, conforme a su decreto del 29.6.41, asuma de inmediato la absoluta conducción del Reich, con total libertad de acción dentro y fuera del país?

Si para las veintidós horas no he obtenido respuesta, supondré que usted ha sido privado de su libertad de acción. Consideraré, entonces, que los términos de su decreto han entrado en vigor y

actuaré en consecuencia, por el bien del pueblo y de la patria.

Es indudable que sabe lo que siento por usted en estas horas, las más díficiles de mi vida; me es absolutamente imposible hallar palabras para expresarlo.

Dios lo bendiga, y le conceda venir acá, después de todo, lo más pronto posible.

Su muy leal, Hermann Göring.

Speer estaba aún en el búnker cuando llegó el mensaje de Göring, y siguió a Bormann cuando éste informó de él a Hitler, a quien aseguró que Göring estaba dando un *coup d'état*. "Quizá", ponderaría luego Speer, "éste fue el último intento de Bormann de inducir a Hitler a volar a Berchtesgaden y tomar el control." De ser así, el intento fracasó, porque Hitler se mostró indiferente. Sin embargo, un segundo mensaje por radio de Göring, dirigido a Ribbentrop y con copia para Keitel, dio a Bormann nuevos elementos, los cuales aprovechó gustosamente. Decía:

Al ministro del Reich, Von Ribbentrop:

He pedido al Führer instrucciones para las diez de la noche del 23 de abril. Si para esa hora todo indica que el Führer ha sido privado de su libertad de acción para conducir los asuntos del Reich, entrará en vigor su decreto del 29 de junio de 1941, según el cual yo soy el heredero de todos sus cargos, en calidad de su sustituto. [Si] para las doce de la medianoche del 23 de abril de 1945 usted no ha recibido noticia ni directamente del Führer ni de mí, deberá venir a mi encuentro de inmediato, por vía aérea.

"¡Göring incurre en traición!", exclamó Bormann. "¡Está enviando telegramas a miembros del gobierno para anunciar que, con base en sus facultades, asumirá el cargo de usted a las doce de esta noche, mi Führer!".

Esta vez, Hitler escuchó.

"Sobrevino entonces un arranque de furia desbordada", escribiría Speer, "en el que se combinaban sentimientos de amargura, impotencia, autocompasión y desesperación. Con la cara roja y la mirada perdida, Hitler despotricó como si hubiera olvidado la presencia de su séquito: '¡Siempre lo supe! Sé que Göring es un holgazán. Dejó echar a perder la fuerza aérea. Era corrupto. Su ejemplo corrompió a nuestro Estado. Además, ha sido drogadicto desde hace años. Siempre lo supe.'" Luego, retrocedió abruptamente a su indiferencia. "Está bien, de acuerdo", dijo. "Que Göring negocie la rendición; no importa quién lo haga."[9]

Alrededor de la cinco de la tarde, Göring recibió su respuesta:

El decreto del 29.6.41 sólo puede entrar en vigor con mi consentimiento explícito. No puede hablarse ya de falta de libertad para actuar. Le prohíbo dar cualquier paso en la dirección indicada por usted.

Adolf Hitler.

Heil Hitler

Firmado, Martin Bormann

Göring envió señales de inmediato a Ribbentrop y Keitel, cancelando su mensaje anterior. Pero ya era demasiado tarde: el daño estaba hecho. Una segunda señal de Bormann, en nombre de Hitler, llegó poco después, despojando a Göring de su derecho de sucesión. A causa de su prolongado servicio al partido, decía, se le eximiría de la pena de muerte, y de cualquier otra medida adicional, siempre y cuando renunciara a todos sus cargos alegando mala salud. Menos de media hora después, Göring lo había hecho así, quedando desprovisto de todos sus puestos, incluido, como terció groseramente Bormann en una conversación telefónica intervenida por él entre Keitel y Krebs, un par de días después, el de Jefe de Cazadores del Reich.[10]

Bormann se había encargado de ordenar a los dos jefes de la SS en el Obersalzberg, Frank y Bredow, que arrestaran a Göring por alta traición, y lo sometieran junto con su personal, más Koller y Lammers, a "custodia honorable". Consciente de lo delicado de la situación, y de la arrolladora personalidad de Göring, Bormann agregó: "Responderán de esto con su vida". Frank y Bredow llevaron un escuadrón de treinta efectivos de la SS a la villa de Göring, y lo pusieron bajo arresto domiciliario, confinándolo a su habitación e impidiéndole todo contacto con Emmy y su personal. Por el momento, eso fue lo más que Bormann se atrevió a hacer, a sabiendas de que Hitler nunca aprobaría la pena máxima. Pero también sabía, más allá de toda duda, que Hitler no duraría mucho tiempo, y estaba decidido a exprimir hasta la última gota de su rencor, así fuera desde ultratumba. Envió, por tanto, otra orden a Frank y Bredow: "La situación en Berlín es cada vez más tensa. Si la capital cayera, y nosotros con ella, los traidores del 23 de abril deberán ser liquidados. ¡Cumplan su deber, soldados! ¡Su vida y honor están en juego!".[11]

Sin embargo, cuando la RAF arremetió contra el Obersalzberg, el 26 de abril, destruyendo el Berghof y causando destrozos en la villa de Göring, entre otros daños, este último ya había trabajado a los hombres de la SS, quienes para ese momento tenían considerables dudas sobre su misión. Göring tuvo pocas dificultades para convencerlos de que se mudaran con él a su castillo en Mauterndorf. Iban en dirección, allá por helados caminos montañosos, cuando se difundió por la radio el anuncio de su “enfermedad”:

El mariscal del Reich, Hermann Göring, ha enfermado a causa de su antigua y crónica afección cardiaca, la cual entró en etapa aguda. En un momento en que se requiere el empeño de todas las fuerzas; él pidió, por tanto, que se le relevara del mando de la Luftwaffe, y de todas las responsabilidades asociadas con ésa. El Führer ha accedido a su solicitud. El Führer ha designado al general y caballero, Von Greim, nuevo comandante en jefe de la Luftwaffe, ascendiéndolo simultáneamente a mariscal de campo.

La noticia del colapso nervioso del 23 de abril de Hitler también empujó a Himmler a actuar. Mientras Göring era falsamente acusado de traición, él cometía una verdadera traición reuniéndose con Bernadotte en el consulado sueco en Lübeck. Como lo explicó a éste, hasta ese momento había sido incapaz de violar su juramento de lealtad al Führer, pero la situación había cambiado: si Hitler no estaba muerto aún, pronto lo estaría, y Himmler tendría entonces carta blanca para evitar que prosiguiera el derramamiento de sangre, capitulando ante los aliados occidentales, a fin de que esto permitiera a los alemanes avanzar sin trabas al este. Pidió a Bernadotte transmitir su mensaje al gobierno sueco, para que éste, a su vez, se lo hiciera llegar a Eisenhower.

Bernadotte sabía que Himmler se equivocaba totalmente al creer que los aliados occidentales considerarían, siquiera, la posibilidad de sostener conversaciones para una paz por separado. Pero aprovechó la situación y arrancó a Himmler la promesa de que incluiría a Noruega y Dinamarca en la capitulación, y de que permitiría que los prisioneros escandinavos, ya concentrados en Neuengamme, fueran llevados a Suecia por la Cruz Roja, como precio para transmitir aquel mensaje a su gobierno. Himmler accedió, y escribió una breve nota para que Bernadotte la entregara al ministro del

Exterior de su país. Luego regresó a Hohenlychen para empezar a planear su gobierno.

Cuando Speer lo visitó ahí al día siguiente, y lo puso al tanto de lo que ocurría en Berlín, Himmler adujo que la caída en desgracia de Göring no significaba nada. “Göring será el sucesor”, dijo. “Desde hace mucho, él y yo llegamos al acuerdo de que yo sería su primer ministro. Aun sin Hitler, yo puedo convertir a Göring en jefe de Estado.” Con lo que Speer describió como una sonrisa de complicidad, y sin el menor pudor, Himmler añadió:

Ya sabe usted cómo es él; naturalmente, yo seré quien tome las decisiones. Ya me he puesto en contacto con varias personas que quiero incluir en mi gabinete. Keitel vendrá a verme pronto [...] Tampoco Europa podría arreglárselas sin mí en el futuro. Seguirá necesitándome como ministro de Policía. Luego de que yo haya pasado una hora con Eisenhower, él apreciará ese hecho. Pronto se darán cuenta de que dependen de mí, o de lo contrario tendrán un irremediable caos en las manos.

Después de describir sus tratos con Bernadotte, insinuó que podía haber cabida para Speer en el consejo de ministros. Éste le ofreció maliciosamente su avión para que fuera a despedirse de Hitler, pero Himmler declinó. No tenía tiempo, explicó con calma: “Debo preparar mi gobierno. Además”, añadió, hablando en serio, “mi persona es demasiado importante para el futuro de Alemania como para arriesgarme a volar.”[12]

La novedad de la traición de Himmler cayó como bomba en el búnker del Führer, alrededor de las siete de la noche del sábado 28 de abril. Heinz Lorenz, funcionario del Ministerio de Propaganda, responsable de monitorear las fuentes noticiosas extranjeras, llegó corriendo al búnker con una noticia sensacional: acababa de captar una emisión de la BBC de Londres según la cual, confirmando un reporte de Reuters, Himmler había ofrecido a los aliados occidentales la rendición incondicional de todos los ejércitos alemanes. Ese mismo día ya había circulado un rumor al respecto, pero Himmler lo había negado categóricamente ante Dönitz. Para este momento, estaba claro que había mentido. Más aún, el reporte afirmaba que Himmler había asegurado a los aliados que él podía implementar y sustentar una rendición incondicional, dando a entender que poseía facultades de jefe de Estado. Esto sacudió hondamente a Hitler, mucho más que la supuesta traición de Göring. Siempre había considerado a Himmler su seguidor más

leal y más digno de confianza, pero ahora resultaba que su “fiel Heinrich” había actuado a sus espaldas en la cuestión más importante de todas. Ésa, gritó desaforadamente, en lo que se convertía de prisa en un repetitivo cliché, era la traición más vergonzosa en la historia de la humanidad.

Cuando recuperó cierto control, Hitler se encerró en la sala de conferencias con Bormann y Goebbels, dejando a todos los demás a la espera en la antesala. Sin duda, a sus dos aparentes herederos les agradó sobremanera ver eliminado a otro archirrival. Y sin duda sugirieron, gustosamente, a Hitler una manera de satisfacer su sed de venganza: Himmler estaba fuera del alcance, por lo pronto, pero su representante se encontraba en el búnker, y bajo arresto.

Hermann Fegelein, cuñado de Eva Braun, había tratado de huir de esa “cosa del Valhalla”, como la llamó el día anterior, y había sido detenido en su departamento en la Bleibtreustrasse, a un costado de la Kurfürstendamm, en compañía de su amante, borracho, vestido de civil y con una maleta llena de dinero, joyas y pasaportes falsos. Se le había llevado al búnker, despojado de su rango y encerrado, para hacerle frente cuando estuviera lo bastante sobrio para ser juzgado. Fegelein sería un excelente chivo expiatorio de los pecados de su amo. Aunque negó conocer las alevosas actividades de Himmler, Hitler, Bormann y Goebbels decidieron que alguien tenía que pagar. Fegelein fue sacado al jardín de la cancillería y fusilado.

En un estado próximo a la histeria, Hitler se precipitó después a la enfermería para hablar con Greim, quien se recuperaba de una herida de bala en un pie, sufrida cuando él y su amante, la famosa piloto Hannah Reitsch, habían llegado volando dos días antes, por órdenes de Hitler, para que él recibiera su nombramiento como sucesor de Göring. No habría sido necesario que hiciera ese peligroso vuelo —Hitler habría podido tratar el asunto por teléfono—, pero esta vez le ordenó hacer un despegue aún más peligroso desde el Eje Este-Oeste para volar a Plön, donde debía poner a Himmler bajo arresto. “¡Jamás un traidor me sucederá como Führer!”, gritó. “Usted debe ir allá para cerciorarse de que no lo haga.”

Poco después, ambos aviadores fueron llevados a la pista aérea en un auto blindado. Reitsch, quien quería quedarse y morir con el Führer, estaba ahogada en llanto. Llevaba consigo varias cartas de personas en el búnker, entre ellas el adiós de los Goebbels a Harald, el hijo de Magda, prisionero

de guerra de los británicos, y una carta de Eva Braun a su hermana Gretl, en la que no hacía ninguna mención de Fegelein y su suerte. El pequeño avión se agitó como una hoja en medio de una tormenta de fuego de artillería, pero finalmente ascendió a los veinte mil pies. Reitsch y Greim no pudieron ver del centro de Berlín más que un mar de llamas. Tras fijar rumbo a la base aérea de Rechlin, volaron sin contratiempos hasta su destino.

En el búnker, el desenfreno de Hitler amainó. El alboroto de las dos horas anteriores se había extinguido por entero, y él se retiró a sus habitaciones privadas sin decir nada más, su rostro era una máscara inexpresiva. La deserción de Himmler era la última traición. Ya sólo restaba poner fin a todo.

La situación en Berlín, como en toda Alemania, era desesperada. Los ejércitos estadunidense y soviético habían confluido en Torgau, en el Elba, el 25 de abril, partiendo Alemania en dos, y los estadunidenses habían hecho alto, para ceder Berlín a los soviéticos. La ciudad estaba completamente rodeada; y aunque los ejércitos alemanes y unidades de la Volkssturm seguían resistiendo valiente y obstinadamente, se les hacía trizas en todas partes. Los ejércitos que Hitler llamaba constantemente a su rescate, y el de la capital, eran, en gran medida, fantasmas, o ya habían sido cercados y puestos fuera de juego. Las tropas soviéticas se hallaban ya en la Alexanderplatz y la Potsdamer Platz, a sólo un centenar de metros del búnker.

Poco antes de la medianoche, Hitler llamó a su estudio a su secretaria más joven, Traudl Junge, a tomarle dictado. A ella le extrañó ver que el lugar había sido dispuesto como para una fiesta. La mesa estaba cubierta con un mantel blanco recién planchado, bordado con las iniciales AH, y sobre ella lucían una vajilla de plata y ocho copas de champagne. Hitler le guiñó un ojo y la condujo hasta la sala de conferencias. De pie junto a la mesa de los mapas, mirando fijamente su desnuda y pulida superficie, él empezó a dictar su última voluntad y testamento.

"Más de treinta años han pasado", comenzó, "desde que hice mi modesta contribución como voluntario en la primera guerra mundial, la cual fue impuesta al Reich. En estas tres décadas, el amor y lealtad a mi pueblo fue lo único que guió todos mis pensamientos, actos y vida [...]." Cubrió el viejo y conocido panorama en la forma consabida, asegurando, una vez

más, que nunca había querido la guerra, sino que ésta le había sido impuesta al mundo por las maquinaciones de la judería internacional. La única responsabilidad de las muertes y horrores subsecuentes —incluida la muerte de tantos judíos— recaía en los propios judíos. Pero habiendo llegado el final, y habiendo él decidido permanecer en Berlín, "muero con el corazón alegre, en conocimiento de los incalculables hechos y logros de nuestros campesinos y obreros, y de una contribución única en la historia por parte de nuestra juventud, que lleva mi nombre". Reservó algunos de sus más amargos comentarios a la oficialidad alemana, cuyos miembros, a diferencia de él, "no dieron brillante ejemplo de fiel devoción al deber, hasta la muerte".

Pasando a cuestiones más prácticas, Hitler pronunció su anatema contra Göring y Himmler, a quienes expulsó del partido y privó de todos sus cargos. Habían causado, dijo, "una irreparable vergüenza a toda la nación al negociar con el enemigo sin mi conocimiento y contra mi voluntad". Mencionó, entonces, a los miembros del gobierno que asumirían el control cuando él hubiera muerto. El gran almirante Dönitz sería presidente del Reich y comandante supremo de las Wehrmacht, aunque no heredaría el titulo de Führer. Goebbels sería canciller del Reich, Bormann canciller del partido. No hubo sitio alguno para Speer ni Ribbentrop, sin duda excluidos a instancias de Goebbels, quien, en compañía de Bormann, no cesaba de proporcionar nuevos nombres a Traudl Junge para que los agregara a la lista. Seyss-Inquart sería ministro del Exterior. Varias calamidades y nulidades del partido fueron nombradas en los demás cargos oficiales. Para asegurarse de que el nuevo gobierno estuviera inyectado del virus del antisemitismo, Hitler instó a sus sucesores "a mantener las leyes raciales hasta el límite, y resistir sin piedad a la emponzoñadora de todas las naciones, la judería internacional".

Llegó, por último, a los asuntos personales. "Durante los años de lucha", declaró, "no pude comprometerme en un contrato matrimonial, así que he decidido este día, antes del fin de mi vida terrenal, tomar como esposa a la joven que, tras muchos años de fiel amistad, vino por su propia y libre voluntad a la sitiada capital para unir su destino con el mío. Ella, según sus propios deseos, morirá como mi esposa. Para nosotros, esto ocupará el lugar de todo lo que nos fue negado por mi consagración al servicio de mi pueblo."

Traudl Junge se enteró, entonces, de la intención de Hitler de casarse con Eva Braun. Volteó a verlo, pero él siguió dictando. El Führer concluyó con un gesto típicamente wagneriano: “Mi esposa y yo hemos decidido morir para escapar a la vergüenza de la fuga o la capitulación. Es nuestro deseo que nuestros cuerpos sean incinerados de inmediato, aquí mismo, donde llevé a cabo la mayor parte de mi trabajo diario durante los doce años que serví a mi pueblo”.[13]

Curiosamente, Traudl Junge no lloró. Pero Goebbels sí. Ella había regresado a su oficina y mecanografiaba el documento cuando Goebbels apareció de súbito, consternado y con lágrimas en las mejillas. Hitler le había ordenado irse de Berlín. “Pero yo no quiero huir y dejar al Führer”, gimió, como un niño al que se manda a la escuela. “Soy el Gauleiter de Berlín, y mi sitio está aquí. Si el Führer muere, mi vida no tiene sentido. Incluso me dijo: ‘¡Goebbels, no esperaba esto de usted! ¡Se niega a obedecer mis últimas órdenes!’”. Luego, para no quedarse atrás, Goebbels se puso a dictar su propio testamento a Junge, que ordenó adjuntar al de Hitler, como apéndice.

“Por primera vez en mi vida”, dictó, “debo negarme categóricamente a obedecer una orden del Führer.” Añadió que su esposa e hijos lo acompañaban en esto, y que perdería toda su dignidad si dejara solo al Führer en ese momento de extrema necesidad. “En el delirio de la tración”, prosiguió, “debe haber unos cuantos que le sigan profesando incondicional lealtad, incluso hasta la muerte.” Él, su esposa y sus hijos (quienes, de haber estado en edad de juzgar, habrían consentido) estaban firmemente resueltos a no dejar la capital del Reich, sino a “terminar una vida que, para mí en lo personal, carece de valor si no puede usarse al servicio del Führer, y a su lado”.[14]

En medio de toda esa histeria, de pronto asomó la cabeza un asunto puramente práctico: nadie en el búnker estaba legalmente facultado para realizar una ceremonia matrimonial. Sin ningún funcionario apropiado para declararlos marido y mujer, el último acto de Hitler quedaría anulado. Goebbels encontró la solución. Como Gauleiter de Berlín, conocía a alguien autorizado a actuar como juez matrimonial aún en Berlín, combatiendo con la Volkssturm. Era concejal y se llamaba Walter Wagner. Un grupo de

miembros de la SS fue despachado al otro lado de la ciudad, para llevarlo vivo.

La ceremonia tuvo lugar en la sala de conferencias del búnker, con Goebbels y Bormann como testigos. Después, los recién casados abrieron paso hasta el estudio para compartir su banquete de bodas, de champagne y sandwiches, con sus invitados. Eva envió por el gramófono de cuerda con su único disco, “Red Roses”, para que fungiera como fondo musical sentimental, y salió al corredor a recibir las felicitaciones del personal no invitado a la fiesta privada. Estaba relajada y sonriente: era, en todo, la anfitriona gentil.

Al día siguiente, 29 de abril, el ánimo en el búnker era sombrío. Se envió a tres mensajeros a tratar de atravesar las líneas soviéticas, para entregar copias del testamento de Hitler a Dönitz, el general Schörner y la Casa Parda en Munich. Mientras las tropas soviéticas iniciaban un ataque concentrado contra el último foco de resistencia alrededor del búnker, tres de los asistentes más jóvenes recibieron permiso de probar suerte y salir. Poco después los seguiría Below, con una carta para Keitel, fuera de la ciudad con el resto del Alto Mando. Para su mayor pesar, Hitler recibió una noticia que confirmó su determinación de no caer en manos de sus enemigos, ni muerto ni vivo: Mussolini había sido capturado y ejecutado por partisanos italianos; su cuerpo —y el de su amante, Clara Petacci— había sido llevado a Milán, colgado de cabeza en una plaza y apedreado por una turba. Lo que Hitler no supo ese día fue que las fuerzas alemanas en Italia se habían rendido.

Himmler había provisto, días antes, a Hitler un juego de cápsulas de cianuro en cartuchos de latón. Pero Himmler ya no era de confiar. ¿Contenían esas cápsulas veneno genuino, o una droga que permitiría que se le capturara y entregara vivo a los soviéticos? Para cerciorarse, Hitler probó una de ellas en su perra pastor alemán, Blondi, tal vez el único ser vivo por el que sentía verdadero afecto. Murió al instante.

Mientras Hitler comprobaba que Blondi hubiera muerto, Goebbels daba una fiesta para las niñeras y sus hijos, unas cuarenta personas en total, en uno de los sótanos del edificio de la cancillería. Era, dijo, el último adiós a Berlín para él, su esposa y sus hijos. Todos se sentaron a una larga mesa de roble mientras un integrante de quince años de las Juventudes Hitlerianas

tocaba un acordeón y entonaba canciones como *Die Blauen Dragoner* (Los dragones azules). En el sótano contiguo, el profesor Ernst-Günther Schenck, uno de los médicos de Hitler, había establecido su estación de emergencia de atención a heridos. Mientras el chico de las Juventudes Hitlerianas entonaba sus alegres canciones, Schenck, “con los brazos hasta los codos en vísceras, arterias y sangre”, proseguía con algunas de las trescientas setenta operaciones mayores que había practicado en la última semana a hombres y jóvenes, algunos aún menores que el cantante, gravemente heridos en las calles. Aparte de la extrema escasez de vendas, medicamentos y todo lo demás, salvo el equipo básico, Schenck tenía que sortear dos problemas personales: no era cirujano calificado, sino experto en nutrición, y estaba casi inconsciente por la falta de sueño. Los nueve altos oficiales de la SS que compartían una habitación con él ya estaban, para entonces, permanentemente borrachos y disfrutaban con estrépito de los favores de mujeres igualmente ebrias, decididas a sacar el mayor provecho posible de sus últimas horas.

Al día siguiente, habiendo desaparecido toda esperanza de ayuda, Hitler envió por Bormann a alrededor del mediodía y le dijo que había llegado la hora. Almorzó, como de costumbre, a la una de la tarde, con sus secretarias y su dietista. Eva Braun no los acompañó. Después de la comida, Hitler hizo formar a todos los empleados en el corredor afuera de su habitación, donde estrechó la mano de cada uno y murmuró algunas palabras, en voz tan baja que ellos no pudieron escucharlo. Eva ya estaba a su lado, luciendo inmejorablemente, recogido el cabello y enfundada ella en el vestido preferido de Hitler, negro con rosas a cada lado del cuadrado escote. Abrazó a Traudl Junge. “Haga lo posible por marcharse de aquí”, le dijo. “Tal vez lo consiga. Transmita mi amor a Baviera.” Dio la vuelta y siguió a su esposo a su habitación.

El SS-Sturmbannführer, Otto Günsche, ayudante de la SS de Hitler y su guardaespaldas, ocupó su puesto en la entrada. Tenía órdenes de no dejar pasar a nadie hasta que todo hubiera terminado. Pero no le fue posible detener a una consternada Magda Goebbels, quien llegó corriendo por el pasillo y se abrió camino como pudo. Salió casi de inmediato, llorando; Hitler no había querido hablar con ella. Junge recordó que, en medio de todo ese drama, nadie había pensado en dar de comer a los seis hijos de

Goebbels. Junge fue por ellos, los llevó al comedor y los sentó a la enorme mesa redonda. Halló algo de fruta y jamón, y justamente preparaba unos sandwiches cuando oyó un disparo.

Afuera de la habitación de Hitler, Günsche esperó unos momentos antes de entrar. Encontró a Hitler en el sofá, el cuerpo encogido sobre un brazo, la cabeza colgando hacia el piso. Goteaba sangre en el tapete desde un orificio de bala en su sien derecha. Su pistola Walther de 7.65 milímetros yacía en el suelo, junto a su pie. Eva estaba acurrucada en el otro extremo del sofá, las piernas dobladas bajo ella. En la mesita auxiliar estaba su propia pistola, que no había sido disparada, y una carpeta de chifón de seda rosa. Su cuerpo despedía un fuerte olor a almendras amargas. El estuche de la cápsula de cianuro yacía en el piso, como un tubo vacío de lápiz labial. Se había caído un florero. Günsche lo recogió automáticamente.

Tras comprobar que tanto Hitler como Eva estaban muertos, Günsche llamó a los guardias. Envolvieron los cuerpos en mantas y los sacaron a la superficie, donde los tendieron en una zanja poco profunda cavada para el efecto. Erick Kempka, el chofer de Hitler, llegó con tres o cuatro soldados que arrastraban ciento ochenta litros de gasolina en bidones, la cual vaciaron sobre los cuerpos. Goebbels, Bormann, Krebs, Heinz Linge y el general Wilhelm Burgdorf, ayudante de las Wehrmacht de Hitler, se les sumaron, y los vieron tratar de prender fuego a la gasolina. Pero no ardía. Lo intentaron de nuevo, cada vez más desesperados mientras proyectiles pasaban volando sobre ellos, cayendo algunos inquietantemente cerca. Kempka hizo una antorcha de papel, la encendió y la arrojó a la zanja, a distancia segura. Al fin brotó un rugido al arder el combustible. Las llamas relampagueraron, y un humo negro se elevó en medio del aire viciado, para mezclarse con el paño mortuorio que se tendía sobre la ciudad. Todos los que rodeaban la pequeña y patética pira funeraria levantaron mecánicamente el brazo en un último saludo nazi, y luego echaron a correr otra vez bajo tierra.

El nuevo canciller del Reich sostuvo su primera y única conferencia esa misma noche. Tras cierta oposición de Bormann, quien tenía la loca idea de que podían usar a los trescientos a quinientos soldados alrededor del búnker para penetrar las líneas soviéticas y llegar hasta Dönitz, Goebbels incumplió la promesa que le había hecho a Hitler y decidió intentar una tregua con

Stalin. Krebs, quien se había desempeñado en Moscú como agregado militar interino y hablaba ruso, se ofreció como emisario, y Goebbels escribió una carta para que la llevarla a Zhukov, acompañada de una copia del testamento de Hitler con los nombramientos del nuevo gobierno, bajo bandera blanca.

En grave riesgo de recibir una bala de su propio bando tanto como del soviético, Krebs y otros dos oficiales llegaron finalmente al puesto de mando soviético, donde fueron recibidos por Chuikov, quien telefoneó a Zhukov, el que a su vez llamó a Stalin, a quien despertó en su dacha a las afueras de Moscú. Krebs hizo todo lo que pudo por conseguir un cese el fuego, tras de lo cual podría haber conversaciones de paz con Dönitz, pero pronto resultó claro que los soviéticos no aceptarían otra cosa que la rendición incondicional, así que Krebs se vio obligado a informarlo al búnker vía el coronel Theodor von Dufving, jefe de Estado Mayor de Weidling, quien efectuó un espeluznante retorno bajo fuego, desenrollando una línea telefónica mientras avanzaba.[15]

En el búnker, Goebbels seguía muy tranquilo. Bormann, en cambio, parecía muy alterado. Dufving explicó que los soviéticos demandaban la rendición incondicional. "Nunca, nunca aceptaré eso", replicó Goebbels, al mejor estilo de Hitler. Preguntó a Dufving si, por lo que había visto, creía que aún era posible salir de Berlín. La respuesta de Dufving fue: "Únicamente en solitario y con ropa de civil". Goebbels dijo que no tomaría una decisión definitiva hasta haber hablado con Krebs. Si la línea telefónica no funcionaba, Dufving tendría que ir por él.

La conexión telefónica con el puesto de mando de Chuikov resultó irregular; la línea era constantemente rota por las balas. Tres veces Dufving fue y vino corriendo bajo fuego, tratando de tender un nuevo cable, pero éste se rompía cada vez más pronto. Recurrió entonces a llevar corriendo mensajes escritos, pero esto fue insatisfactorio la mayoría de las veces. La conexión se estableció por un breve periodo, y Krebs pudo hablar con Goebbels, quien insistió en que regresara al búnker para conversar. Krebs salió del puesto de mando soviético a la 1:08 de la tarde. Tan pronto como él y su grupo retornaron a salvo al lado alemán, Chuikov ordenó que todos los cañones y lanzacohetes a su mando abrieran fuego de máxima intensidad.

Krebs reiteró que los soviéticos no aceptarían sino la rendición incondicional, que tanto Goebbels como Bormann rechazaban. “El Führer prohibió la capitulación”, declararon.

—¡Pero el Führer está muerto! —exclamó el general Weidling.

—El Führer siempre insistió en continuar la lucha hasta el final —repitió Goebbels—, y no voy a rendirme.

Totalmente exasperado, Weidling les recordó que ya no era posible resistir. Luego se marchó a su cuartel. Al despedirse de Krebs, lo invitó a retirarse con él, pero Krebs le dijo: “Me quedaré aquí hasta el último minuto, y después me meteré una bala en la cabeza”.[16]

Tras el vil fracaso de su única tentativa de negociaciones internacionales, Goebbels se preparó para el final. Envió una señal a Dönitz, dándole detalles de la muerte de Hitler y de la composición del nuevo gobierno; Bormann había informado previamente al gran almirante que Hitler lo había nombrado presidente, pero, con su habitual malicia, no le había dicho nada sobre la muerte del Führer. Más tarde, Goebbels se retiró a su estudio para terminar de escribir su diario: lo que importaba en ese momento era la imagen que dejaría para la posteridad; en las últimas semanas había hecho fotografiar todos sus diarios en placas de vidrio, y guardarlas cuidadosamente como un monumento a su memoria.

Terminó de escribir alrededor de las cuatro de la tarde. Al caer la noche, Magda dispuso a sus hijos para dormir, con sus largos camisones blancos. Cepilló con cuidado el cabello de cada cual, y luego les dio una taza de chocolate, espolvoreado con un poderoso somnífero llamado Finodin. En su última carta a su hijo Harald, le había dicho: “Les daré a mis amores pociones somníferas, y después veneno, una muerte dulce y sin dolor”. Una vez que estuvieran profundamente dormidos, planeaba introducir una cápsula de cianuro en cada boca.

Nadie sabe a ciencia cierta qué tuvo lugar en los cuartos de los niños. Tal vez todo resultó conforme al plan de Magda. Todos ellos murieron esa noche; pero cuando se encontraron sus cuerpos, el de Helga tenía varios moretones negros y azules. Quizá la dosis de Finodin no fue suficiente para sedar a la niña, la mayor de los seis. Tal vez Magda tuvo que forzar el cianuro en su garganta. Comoquiera que haya sido, no parecía que Helga hubiera tenido una muerte dulce y sin dolor.

Una hora después de matar a sus hijos, Magda fue vista jugando solitario en el estudio de su esposo, pálida, enrojecidos los ojos, imperturbable la expresión y fumando sin cesar. Más tarde, el líder juvenil del Reich, Artur Axmann, fue a despedirse de Goebbels. Halló a los esposos sentados a la larga mesa de la sala de conferencias con varios miembros del personal del búnker. A Goebbels le dio gusto verlo, y habló nostálgicamente de los primeros días del movimiento: las batallas callejeras en Wedding, las palizas a comunistas y socialistas, la conquista de los obreros por el nacionalsocialismo. Éste había sido el verdadero triunfo, dijo: haber ganado el corazón de los trabajadores alemanes. A todo lo largo de su monólogo, Magda permaneció sentada como muda Medea, sorbiendo champagne y fumando. Alguien le murmuró a Axmann que no preguntara por los niños.

A las ocho y cuarto de la noche, Goebbels informó a los guardias de la SS que él y su esposa querían suicidarse fuera del búnker, al aire libre. Al menos, bromeó con humor negro, esto les ahorraría a ellos la molestia de tener que subir los cuerpos. Se puso su sombrero, bufanda, gabán y guantes de cabritilla y ofreció el brazo a su esposa. Subieron juntos las escaleras a la entrada del búnker. Planeaban morir igual que el Führer; ambos tenían cápsulas de cianuro, y Goebbels portaba un revólver Walther P-38. Se pararon uno al lado del otro. Magda tragó su cápsula y cayó al suelo. Su esposo le dio el *coup de grâce*, disparándole en la nuca. Luego ingirió su cápsula, se llevó el cañón del Walther a la sien y disparó.

Los guardias de la SS rociaron los cuerpos con gasolina y les prendieron fuego. Ardieron en medio de la noche, pero sólo se consumieron en parte: no quedaba gasolina suficiente para hacer el trabajo en forma apropiada.

En cuanto los cadáveres ardieron, los grupos de fugitivos recogieron sus cosas y se precipitaron a la salida, en una loca rebatiña encabezada por Bormann. Pronto, sólo quedaron tres personas: Krebs, Burgdorf y el comandante de la escolta de la SS, el Hauptsturmführer Schedle. Habían decidido pegarse un tiro. Los demás corrieron suerte desigual. Algunos, como las tres secretarias, consiguieron llegar a salvo a Occidente. Otros fueron capturados por los soviéticos, y pasaron años en cruel cautiverio. La mayoría murió, incluido Bormann, quien sólo alcanzó a llegar a la estación ferroviaria de Lehrter, en la Invalidenstrasse, antes de que él y su

compañero, el doctor Stumpfegger, quedaran atrapados bajo fuego y se quitaran la vida con cápsulas de cianuro, para no ser capturados. Sus cuerpos quedaron sepultados bajo los escombros, y no fueron descubiertos e identificados hasta muchos años después.

El gobierno oficial del Reich estaba ahora bajo el mando de Dönitz, en Plön, cerca de Kiel, en Schleswig-Holstein —aunque pronto se desplazó a una sede más grande y segura, en la cercana base naval de Flensburg—, y fue un imán para los jefes nazis sobrevivientes. El primero en la escena, veloz como siempre para aprovechar toda oportunidad, fue Speer, quien se coló a escondidas al área en una caravana asentada junto al lago Eutin. En seguida se le pegó al almirante, mudándose a una habitación en su cuartel y erigiéndose, en realidad, en su principal asesor. Dönitz le concedió el título de ministro de Economía y Producción. Su primer acto fue convencer al almirante de que firmara una orden dirigida a su amigo, el Gauleiter Kaufmann, autorizándolo a burlar a los fanáticos locales del partido y a entregar Hamburgo sin combatir; si había resistencia, los británicos habían amenazado con bombardear la ciudad hasta someterla, como lo habían hecho días antes con Bremen. El 2 de mayo, Speer voló con la orden a Hamburgo, donde habló en vivo por radio a la nación, desestimando su discurso grabado y haciendo una exhortación, más general, contra toda nueva demolición.

Durante las semanas siguientes, Dönitz guió solemnemente, el que Speer describió como su “gobierno de opereta”, con diarias reuniones de gabinete y detalladas discusiones administrativas. Su único acto significativo fue aceptar la rendición de las fuerzas en el noroeste de Alemania ante Montgomery, el 4 de mayo, y luego la rendición incondicional de todas las fuerzas alemanas el 7, por entrar en vigor un día después. Speer halló cómodo alojamiento en el castillo de Glücksburg, como huésped del duque de Mecklemburgo y Holstein, desde donde se le llevaba todos los días a las reuniones del gabinete a las diez de la mañana. También le fue posible visitar varias veces a su familia, en el escondite de ésta, a unos cuarenta kilómetros de distancia. Cuando oficiales de inteligencia aliados llegaron para pedirle cooperar con la United States Strategic Bombing Survey, a fin de colaborar con la guerra aérea aún en marcha contra Japón, él accedió de buena gana, y los impresionó con sus

conocimientos. Ese relajado régimen duró hasta el 23 de mayo, cuando los británicos lo arrestaron por fin, para someterlo a cautiverio y un interrogatorio más riguroso.

Casi tan rápido como Speer, también Himmler quedó pronto fuera de juego, aún totalmente convencido de ser indispensable y de que sería el nuevo líder de Alemania. Llegó a Plön con una escolta fuertemente armada, pero le sacudió descubrir que Dönitz había sido nombrado nuevo jefe de Estado, y más todavía que éste rechazara su oferta de convertirse en su segundo, por lo que se refería claramente a ser canciller del Reich. Hasta la rendición, Dönitz seguiría necesitando de Himmler, su SS y su policía, así que tuvo cuidado de no enemistarse con él, aunque tratara de comportarse como canciller. Pero después del 7 de mayo, con los aliados a la carga y proscrita la SS, Himmler dejó de serle útil, y le pidió que se marchara. El mundo del Reichsführer-SS finalmente se había venido abajo.

Himmler estaba preparado para esto. Dos días antes, al firmarse el cese el fuego con Occidente, había reunido a sus jefes de la SS para pronunciar un discurso de despedida. Aun entonces, no pudo abandonar del todo su mundo de fantasía e insinuó, misteriosamente, que el destino tenía una nueva y grandiosa tarea para él. Era una tarea que tendría que emprender solo, dijo, aunque algunos de ellos podrían acompañarlo. El mensaje básico, sin embargo, era *sauve qui peut*. Todos habían sido provistos de documentos falsos, que indicaban que habían servido en diversas secciones de las fuerzas legítimas; la totalidad de los miembros de la Inspección de Campos de Concentración supuestamente habían estado en la marina. También ellos habían sido provistos de cápsulas de cianuro.

Himmler tenía documentos que lo presentaban como el sargento Heinrich Hitzinger, de la Policía de Seguridad —un individuo real, ejecutado por derrotismo—, y dos ampolletas de veneno. Partió, poco después, con dos ayudantes, también hechos pasar por policías de seguridad, con los uniformes apropiados; a fin de mantener la jerarquía, ambos iban vestidos como soldados rasos. Para completar el disfraz, Himmler se afeitó el bigote y se puso un parche negro en el ojo derecho. Su intención era sumarse a otros miembros de la SS en las montañas bávaras, donde formarían el movimiento de resistencia Werwolf.

Desafortunadamente, la Policía de Seguridad fue una mala elección como pantalla: era una de las organizaciones en la lista negra de los aliados. Himmler y sus compañeros fueron detectados y detenidos en un punto británico de control a medio camino entre Hamburgo y Bremen, como arrestos de rutina.

Pese a hallarse en poder de los británicos, Himmler no fue reconocido; se le subió en camiones y se le llevó de campo en campo, junto con una heterogénea serie de prisioneros. Al parecer, tal indignidad terminó por serle insoportable y reveló su verdadera identidad, esperando recibir, tal vez, el trato especial que creía merecer. Aún aferrado a sus delirios de grandeza, dijo que quería reunirse con Montgomery, e incluso con Churchill, para ofrecerles su organización y su experiencia con objeto de ayudarlos en la lucha venidera contra la propagación del bolchevismo en Europa. Nadie lo tomó en serio.

Se le llevó al cuartel del Segundo Ejército, a las afueras de Luneburgo, donde se le desnudó para registrarlo. Se le encontraron dos tubos de latón, uno con una ampolleta de vidrio con, afirmó Himmler, medicina contra los retorcijones, el otro vacío. Habiendo tenido ya un caso de suicidio por envenenamiento, los interrogadores no dudaron de que eso era otra cosa, y de que probablemente él había vertido en su boca la ampolleta del estuche vacío. Pero cuando el médico militar le abrió la boca y vio en un diente hueco la punta de la cápsula, que trató de sacar, Himmler liberó su cabeza de un jalón, destrabó la cápsula y se la tragó.

Médicos e interrogadores se abalanzaron sobre él e intentaron salvarlo obstruyendo su garganta y poniéndolo de cabeza, pero el cianuro ya había hecho su labor. Tras quince minutos de desesperado esfuerzo, tuvieron que admitir su derrota. Himmler fue declarado muerto a las 11:04 de la noche del 23 de mayo. Dos días más tarde, un brigada británico envolvió su cadáver con un trozo de malla, lo amarró con cable telefónico y lo echó a la parte trasera de un camión. Partió solo al llano de las Landas de Luneburgo, cavó un hoyo y arrojó ahí el cuerpo, rellenando después el agujero y disimulándolo antes de retirarse. El segundo hombre más poderoso del omnipotente Tercer Reich había tenido un anónimo e ignominioso fin.

Ribbentrop había sido también uno de los primeros en llegar a Plön, y estableció su propio cuartel en las proximidades, el 30 de abril. Dönitz lo

ignoró al principio, y sólo estableció contacto con él para ver si sabía dónde podía encontrar a Neurath, su predecesor como ministro del Exterior, a quien quería ofrecer el cargo. Ribbentrop apenas pudo creer lo que oía y pidió una entrevista personal. Cuando vio a Dönitz a una avanzada hora del primero de mayo, aún estaba molesto por el desaire, e insistió, según Dönitz, en "que tenía derecho legal a ser designado ministro del Exterior, y era, en efecto, el hombre indicado para la tarea, porque [...] los británicos lo conocían y siempre les había gustado tratar con él".[17] Dönitz, quien lo consideraba un idiota, mostró indiferencia. Asignó al fin al conde Schwerin von Krosigk, ministro de Finanzas desde el gobierno de Papen de 1932, el irrelevante puesto.

Ribbentrop se escabulló a Hamburgo, donde encontró alojamiento en una pensión en los suburbios a cargo de "una atractiva morena", y pasó las seis semanas siguientes escribiendo y reescribiendo sin cesar una digresiva carta al gobierno británico. Cuando se le descubrió, a causa de un chivatazo al cuartel de la Seguridad británica, el 14 de junio, esa carta, en la que intentaba justificarse y justificar a Hitler, llegaba ya a las cinco mil palabras. El chivatazo arribó bien entrada la noche, y los oficiales de alto rango estaban ausentes, habiendo dejado al mando a un joven escocés, el teniente J.B. (Jimmy) Adam. Cuando éste y tres suboficiales llegaron a la pensión, les abrió la morena, cubierta con una bata transparente. Hallaron a Ribbentrop dormido en una cama individual, con pijama rosa y blanca. Él se puso a mascullar nerviosamente en alemán cuando lo despertaron, pero pasó a su perfecto inglés cuando entendió qué ocurría. "¡Se acabó!", dijo, en un discurso obviamente ensayado. "Lo felicito. Sabe quién soy. Si hubiera venido dos días después, yo ya me habría entregado voluntariamente."[18] Al día siguiente se le llevó en avión a Mondorf-les-Bains, para reunirlo con los demás líderes nazis en el ASHCAN.

Göring estaba en Mauterndorf cuando oyó en la radio el anuncio de la muerte de Hitler. Consternado, pese a todo lo recién sucedido, se apresuró a dar la noticia a Emmy, quien estaba en cama con ciática. "Ya murió, Emmy", soltó, casi desesperado. "Nunca podré decirle que fui leal hasta el fin." Estaba tan destrozado que Emmy temió que perdiera la razón, y para distraerlo se quejó de fuertes dolores cardiacos. Él se sentó junto a su cama para confortarla, y recuperó poco a poco el control.

Para ese momento, Göring ya había logrado ganarse a sus guardias de la SS, y el peligro de que se le fusilara se desvanecía. A Koller, de regreso en Berchtesgaden, le preocupaba su seguridad, pese a que recibía ofensivos mensajes suyos en los que le exigía saber por qué no había ido a rescatarlo. Pero Koller se hallaba en una situación difícil: estaba al tanto, para entonces, de la orden de Bormann a los guardias de la SS de "exterminar a los traidores del 23 de abril", y temía contarse entre ellos. Cuando el SS-Standartenführer Brause, a cargo del destacamento de guardias en Mauterndorf, llegó la noche del primero de mayo tras un prolongado y pesado viaje, Koller se sintió aliviado cuando él le dijo que había amistado con Göring y quería liberarlo, pero necesitaba autorización para hacerlo. Koller remitió la cuestión a Kesselring, al mando en el sur de Alemania; pero este último, consciente de que Kaltenbrunner seguía vivo y en acción, se mostró evasivo.

Existen versiones contradictorias de lo que sucedió después. El general Paul Deichmann, comandante del Primer Cuerpo Aéreo, con sede en Linz, afirmaría que Brause hizo contacto con Kesselring para preguntarle si aún debía cumplir la orden de Bormann de fusilar a Göring, su familia y su personal. Kesselring se lo prohibió, y le ordenó retirarse con su unidad, abandonando a su suerte a Göring y su séquito. El mariscal del Reich ya no podría hacer ningún daño, dijo. Mientras el escuadrón de la SS se iba, Göring, en los jardines del castillo, vio que una unidad de señales de la Luftwaffe pasaba por su puerta, y le hizo indicaciones de que se acercara. Al reconocerlo, las tropas reaccionaron, entraron al jardín y se formaron. "Ése fue uno de los momentos más hermosos de mi vida", diría después. "Estar ahí frente a mis soldados y verlos presentar armas a su comandante en jefe."

Lo primero que hizo Göring al ser liberado, el 6 de mayo, fue enviar un mensaje a Dönitz para quejarse de las intrigas de Bormann en su contra y ofrecerse para negociar con Eisenhower "de mariscal a mariscal", remarcando su éxito "en todas las negociaciones importantes en el extranjero que el Führer invariablemente me confió antes de la guerra". "Además", añadió, "tanto Gran Bretaña como Estados Unidos han mostrado a través de su prensa y su radio, y en las declaraciones de sus estadistas en los últimos años, que su actitud hacia mí es más favorable que hacia

cualquier otro líder en Alemania.” Dönitz no contestó. Pero no importaba; Göring estaba de regreso, y con el bullicio de siempre.

Koller había requisado un castillo para su uso en Fischhorn, junto al lago Zeller; irónicamente, pertenecía al hermano de Hermann Fegelein, quien se negó con altanería a tener a Göring como huésped. Antes de dejar Mauterndorf por Fischhorn, Göring mandó a su ayudante, Berndt von Brauchitsch, a hacer contacto con los estadunidenses en son de paz y entregar dos cartas, una para el comandante divisional más próximo, la otra para Eisenhower, solicitando una reunión. Se despachó, entonces, a un destacamento de soldados estadunidenses para recogerlo, pero él se retrasó a causa del intenso tráfico de refugiados en la carretera, y tras esperar un rato en el castillo, fueron a buscarlo. Lo hallaron en un embotellamiento de tránsito, radiante en medio de numerosos soldados alemanes que habían bajado de un salto de sus vehículos para saludarlo y rendirle honores y estrechar su mano.

La guerra había llegado a su fin, pero Göring seguía creyéndose un plenipotenciario a punto de negociar los términos de un armisticio antes que un prisionero, y en sus primeros días bajo custodia estadunidense no hubo nada que lo desengañara. Se le trató a cuerpo de rey, primero en Fischhorn, donde bebió y comió con el general brigader Robert J. Stack, y luego en el cuartel del Séptimo Ejército estadunidense en Kitzbühel, donde bebió champagne y habló de temas de aviación con el general Carl Spaatz, comandante en jefe de las US Strategic Air Forces. Pero cuando Eisenhower vio en la prensa fotografías y artículos de tal recibimiento, se horrorizó, y ordenó que se le trasladara de inmediato al Centro de Interrogatorios del Séptimo Ejército en Augsburgo, donde se le debía tratar como a cualquier otro preso.

Cuando Göring llegó a Augsburgo, no hubo ningún comité de recepción que le diera la bienvenida, y se le despojó bruscamente de sus medallas, charreteras de oro puro y bastón de mariscal del Reich, así como del enorme anillo de diamantes que portaba, para que no pudiera usarlos con fines de soborno. Se le alojó, para su consternación, en un bloque de departamentos de trabajadores, y se le alimentó con las enlatadas raciones básicas del ejército. Sin embargo, le animó que se le invitara al comedor de oficiales a tomar una copa la noche siguiente, donde charló con

desenvoltura, y hasta cantó con los demás. Esa chispeante y relajada conversación pretendía ocultar su verdadero propósito, como parte de un interrogatorio tipo “palo y zanahoria”, pero Göring no se dejó engañar, y los estadunidenses lo notaron. El mayor Kubala, comandante del campo, informó el 19 de mayo:

> Göring no es, en absoluto, la figura cómica tantas veces descrita en la prensa. No es un tonto ni un loco en el sentido shakespiriano, sino, en general, un individuo frío y calculador. Capta al instante los temas fundamentales a tratar. Sin duda, no es un hombre a quien se pueda subestimar. Aunque quiso restar importancia a muchos de los más indignantes crímenes cometidos por Alemania, dijo lo suficiente para mostrar que es tan responsable de las políticas alemanas y de la guerra misma como cualquier otro en Alemania. Se tomó a gran orgullo afirmar que fue el responsable de planear el aterrizaje de paracaidistas en Creta, quien planeó la toma de Gibraltar [...] y el responsable del desarrollo de la Luftwaffe. Por otra parte, negó haber tenido algo que ver con las leyes raciales y los campos de concentración, con la SS y las atrocidades cometidas tanto en Alemania como en el exterior. Göring es en todo momento un actor que no decepciona a su público [...]
>
> La causa con la que se identificó está perdida, pero, aun ahora, el astuto Hermann sólo piensa en lo que puede hacer para salvar algo de su fortuna personal, y para crearse una situación ventajosa. Condena, sin vacilar, a su antes amado Führer. Hasta este momento no ha hablado a favor de ninguno de sus antiguos secuaces, vivo o muerto. Pero, detrás de su animada y a menudo ingeniosa conversación, está una constante alerta en busca de la oportunidad de ponerse bajo favorable luz[19].

El 21 de mayo, Göring fue trasladado de Augsburgo a Luxemburgo en un avión Piper Cub de cuatro plazas, en compañía de su fiel valet, Robert Kropp; se le dijo que sólo podía llevar consigo un asistente, y eligió a Kropp sobre Brauchitsch o cualquier otro. Ambos fueron entregados sin contratiempos en el Palace Hotel de Mondorf: el ASHCAN.

“Cuando Göring llegó conmigo a Mondorf”, escribiría más tarde el coronel Burton C. Andrus, el obstinado comandante del ASHCAN, “era un palurdo de sonrisa tonta con dos maletas llenas de paracodeína. Creí que era un vendedor de medicinas. Pero nosotros le quitamos la droga e hicimos de él un hombre.”[20] En realidad, el mérito de haber conseguido que Göring dejara sus pastillas y recuperara su seguridad en sí mismo fue del psiquiatra del ejército estadunidense, Douglas M. Kelley, quien determinó que Göring las consumía por hábito, como el de mascar chicle o fumar, y lo trató en

consecuencia. “Usé un método de abandono simple y directo”, escribió en sus memorias, “reduciendo cada día la dosis hasta no permitir más droga. En ese periodo, Göring no tuvo ninguna queja especial más allá de la de dolores ocasionales, fáciles de aliviar con sedantes ligeros.” Kelley explotó, de igual forma, la vanidad de Göring para convencerlo de que bajara de peso. Pesaba ciento veinticinco kilogramos cuando llegó a Mondorf; cuando se fue había perdido treinta y cinco y estaba en su mejor condición física en veinte años, aunque ocasionalmente seguía sufriendo infartos leves.

En los cuatro meses que pasó en Mondorf, Göring predominó sobre los demás prisioneros, tanto por la fuerza de su personalidad como por su convicción de que era el legítimo sucesor de Hitler; por lo que a él concernía, las órdenes con las que se le despojó de sus cargos y se nombró a Dönitz jefe de Estado habían sido dadas por Bormann, no por Hitler; y como el Führer no las había firmado, eran inválidas. Göring fue un preso modelo, que disfrutaba de la sesiones de interrogatorios, cooperaba gustosamente con sus interrogadores y —como siempre— se ganaba a sus guardias con su simpatía y genial buen humor. Aun al equipo de interrogadores soviéticos, serios y amenazantes al llegar, se les oyó pronto reir a carcajadas, y luego se despidieron de Göring con sonrisas, apretones de manos y palmadas en la espalda. No obstante, no pudo echarse a la bolsa al coronel Andrus —quien llevó su antipatía a Nuremberg, donde fue comandante de la prisión— ni a Dönitz, el cual se mantuvo tan frío y altanero como siempre.

Los presos de Mondorf se dividieron en dos bandos a causa de la ridícula contienda por la supremacía y la precedencia entre Göring y Dönitz. Pero cuando todos fueron desplazados a la cárcel de Nuremberg en septiembre, ya no cabía duda de quién era el más importante. Göring encabezaba la lista de acusados en la denuncia del proceso ante el Tribunal Militar Internacional. Era, por fin, el indiscutible número uno.

El mes previo al comienzo del juicio, los acusados fueron confinados en celdas individuales en el ala carcelaria del Palacio de Justicia, bajo un riguroso régimen. Los interrogatorios se intensificaron. Había regulares inspecciones de celdas, en las que se desnudaba a los presos mientras cuerpos, ropa y accesorios eran revisados con toda minuciosidad; Andrus

estaba decidido a que ninguno de ellos, y Göring en especial, pudiera usar una cápsula de cianuro para huir del verdugo. Las precauciones se extremaron cuando Ley consiguió estrangularse en su celda con una toalla rota que sujetó al tubo del inodoro. Los reclusos eran trasladados con frecuencia, y sin previo aviso, a otras celdas. Una vez al día se les permitía hacer ejercicio durante treinta minutos, solos, en un patio de la prisión. Y se les permitió, asimismo, elegir abogado defensor a partir de listas aprobadas, con quien podrían pasar largas sesiones de preparación. Göring escogió al formal exabogado laboral y de patentes de Kiel Otto Stahmer, de setenta años de edad.

La acusación se dividió en cuatro cargos:

1. Formulación o ejecución de "un plan común o conspiración".
2. "Crímenes contra la paz."
3. "Crímenes de guerra", lo que cubría infracciones a las leyes o usos y costumbres de guerra, definidas como "homicidio, maltrato o deportación a trabajos forzados o con cualquier otro propósito de poblaciones civiles de o en territorios ocupados; homicidio o maltrato de prisioneros de guerra o personas en el mar; homicidio de rehenes; saqueo de propiedades públicas o privadas; gratuita destrucción de ciudades, pueblos y aldeas, o devastación no justificada por necesidades militares."
4. "Crímenes contra la humanidad", cargo innovador, visto como prolongación del cargo 3 y definido como englobador de "homicidio, exterminio, esclavitud, deportación y otros actos inhumanos cometidos contra cualquier población civil antes o durante la guerra, o persecución por motivos políticos, religiosos o de raza [...]."

Cada uno de los acusados fue juzgado por al menos dos de estos cargos. A la mayoría, Göring incluido, se le acusó de los cuatro.

Cuando el juicio empezó, el 20 de noviembre de 1945, Göring fue sentado en el lugar principal del banquillo, el extremo derecho de la primera fila, desde donde observó y escuchó. Sentados junto a él, Hess y Ribbentrop parecían figuras lamentables en comparación: Hess confundido, ausente, dando un espectáculo de amnésica inocencia; Ribbentrop destrozado, abatido, completamente derrotado. Sin autorización para hacer una declaración preparada con cuidado, a Göring sólo se le permitió responder a los cargos en su contra declarándose "inocente", a lo que añadió, veloz, "en los términos de la acusación". Pasarían cuatro meses antes de que se le

requiriera, el 13 de marzo de 1946; pero, aun cuando, entre tanto se le obligó a permanecer sentado en silencio, mientras se interrogaba a otros testigos y acusados, hizo sentir su presencia.

Sir Norman (después lord) Birkett, el juez británico alterno, consignó en las notas privadas que tomó entonces:

Göring fue quien realmente dominó las sesiones, y eso, de modo harto notable, sin haber pronunciado una sola palabra en público hasta el momento en que subió al estrado [...] Siguió las declaraciones con suma asiduidad cuando requerían atención, y durmió como un niño cuando no; era obvio que una personalidad de cualidades sobresalientes, aunque quizá maléficas, estaba sentada en el banquillo.

Una vez llamado a declarar, el 13 de marzo de 1946, predominó aún más, pues estuvo bajo los reflectores durante nueve días de interrogatorios y contrainterrogatorios, durante los cuales se le condujo por toda la historia del partido nazi, el Tercer Reich y el papel que él desempeñó en ambos. No ofreció excusas ni disculpas, aceptó plena responsabilidad sobre todos sus actos y los justificó cuanto fue posible. Lejos de avergonzarse de lo que había hecho, se mostró francamente orgulloso de sus logros. Ésa fue su última aparición en un papel estelar, y aprovechó al máximo cada momento. Como anotó Birkett:

Al parecer, nadie estaba del todo preparado para su inmensa habilidad y conocimiento, y su absoluto dominio y comprensión de los detalles de los documentos capturados. Obviamente, los había estudiado con la mayor atención, y apreciaba los asuntos que podían adoptar la forma más peligrosa [...]

Elegante, astuto, diestro, competente, ingenioso, advertía rápidamente los elementos de la situación; y conforme su confianza en sí mismo aumentaba, su maestría se hacía más evidente. También fue notable su autocontrol, y a todas las demás cualidades manifestadas en su declaración añadió la resonancia de su voz, y el elocuente pero moderado uso de gestos.[21]

En términos boxísticos, la fiscalía jamás logró ponerle el guante encima a Göring durante el contrainterrogatorio. Peor todavía, él se anotó, incluso, un nocáut técnico contra el principal abogado estadunidense, Robert Jackson, quien terminó arrancándose los audífonos y arrojándolos al suelo en exasperada frustración. Pero todo fue en vano, como Göring y cualquiera sabían. El veredicto de culpabilidad por los cuatro cargos dado el primero

de octubre fue una conclusión prevista desde siempre, y no sorprendió a nadie. Lo que sorprendió a Göring fue la sentencia de muerte en la horca. “Se me debió perdonar, al menos, la ignominia del dogal”, se quejó con Gustav Gilbert, el psicólogo estadunidense nacido en Alemania que se ocupó de su bienestar mental en prisión. “Soy un soldado. Lo he sido toda mi vida, dispuesto siempre a morir por la bala de otro soldado. ¿Por qué no habría de despacharme entonces un pelotón de fusilamiento de mis enemigos? ¿Es mucho pedir?”. Evidentemente lo era. Su petición formal al tribunal fue rechazada.

Se le permitió una última reunión el 7 de octubre con Emmy, quien había sido encarcelada durante un breve periodo pero ya vivía con Edda en una cabaña en la finca de Göring en Veldenstein. Se comunicaron a través de una mampara de vidrio con refuerzo de alambre, vigilados por guardias. Emmy le dijo que podía morir tranquilo sabiendo que había hecho todo lo posible en Nuremberg. Ella lo pensaría muerto por Alemania, y le preguntó si de verdad iban a matarlo. “Puedes estar segura de una cosa”, contestó él. “No me colgarán [...] No, no me colgarán.” Y no lo hicieron.

La ejecución sumaria de los condenados —primero Göring, seguido por Ribbentrop, Keitel, Kaltenbrunner, Rosenberg, Frank, Frick, Streicher, Jodl y Seyss-Inquart— se programó para las dos de la mañana del 16 de octubre. A las 11:44 de la noche del 15, Göring se acostó en la cama de su celda e ingirió una cápsula de cianuro, que de algún modo había logrado ocultar o hacer meter clandestinamente pese a las medidas de seguridad de Andrus. Cuando el guardia que se asomaba por la mirilla de observación notó que algo marchaba mal, Göring ya estaba muerto.

Los demás fueron ejecutados según lo previsto, movido Ribbentrop al primer puesto; su ejecución fue tosca, y tardó veinte minutos en morir, pero los otros se fueron sin problemas. El cuerpo de Göring se añadió a los demás para ser fotografiados, envueltos en mantas, metidos en féretros y llevados en camiones del ejército con escolta militar a un crematorio en Munich, avisado de esperar los cuerpos de catorce soldados estadunidenses. Los féretros fueron abiertos para su inspección por oficiales estadunidenses, británicos, franceses y soviéticos antes de introducirlos en los hornos. Esa misma noche, un recipiente con las cenizas fue llevado al campo de Baviera, bajo la lluvia. El vehículo se detuvo en un sendero tranquilo una

hora después, y las cenizas se vaciaron en una zanja lodosa. Göring, como los demás discípulos, había llegado al fin del camino.

AGRADECIMIENTOS

Estoy muy agradecido con las siguientes editoriales y titulares de derechos de autor por su autorización para utilizar citas de los libros que se enlistan en seguida:

Don Congdon Associates, Inc., por *Berlin Diary* (© 1941, renovado en 1968) y *The Rise and Fall of the Third Reich* (© 1959, 1960), ambos de William L. Shirer.

Curtis Brown Group Ltd, a nombre de la sucesión de H. Montgomery Hyde, por *Lord Birkett*.

Hodder and Stoughton Ltd, por *Failure of a Mission*, de sir Nevile Henderson.

Macmillan Publihsers Ltd, por *Albert Speer: His Battle with Truth*, de Gitta Sereny (derechos en el Reino Unido y la Commonwealth).

Orion Publishing Group, por *The Ribbentrop Memoirs*, de Joachim von Ribbentrop; *The Bormann Letters*, edición de Hugh Trevor-Roper; *Inside the Third Reich*, de Albert Speer (derechos en el Reino Unido y la Commonwealth).

Random House Inc., por *Albert Speer: His Battle with Truth*, de Gitta Sereny, y *Panzer Leader*, de Heinz Guderian (derechos en América del Norte).

En muy pocos casos, y pese a mis mejores esfuerzos, no pude identificar a los actuales titulares de derechos de autor de libros publicados hace muchos años de los que tomé citas. A esas personas, y a cualesquiera otras que haya omitido sin querer, ofrezco mis disculpas y gratitud.

Anthony Read

NOTAS

Siglas

AA	Auswärtige Amt (Ministerio del Exterior alemán)
AdR	Akten der Reichskanzlei (Expedientes de la Cancillería del Reich)
BA, BAK	Bundesarchiv (Archivo Federal alemán)
BA-MA	Bundesarchiv-Militärarchiv (Archivo Militar Federal alemán)
BDC	Berlin Documents Centre
DBFP	Documents on British Foreign Policy
DGFP	Documents on German Foreign Policy
FO	Documento de la British Foreign Office, en expedientes de la PRO
IfZ	Institut für Zeitgeschichte (Instituto de Historia Contemporánea), Munich
IMT	Proceedings of the Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal, Nuremberg
IWM	Imperial War Museum, Londres
NA	US National Archives, Washington
ND	Nuremberg Document
OKW KTB	Oberkommando der Wehrmacht, Kriegstagebuch (Alto Mando de las Fuerzas Armadas alemanas, Diario de Guerra)
PRO	British Public Record Office, Kew, Londres
USAMHI	United States Army Military History Institute

PRÓLOGO

1 Burton C Andrus, *The Infamous of Nuremberg*, Leslie Frewin, 1969, pp. 22-23.

2 *Ibíd*., p. 29.

3 *Ibíd*., p. 27.

4 IMT, vol. 29, ND 2233-PS.

5 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 6 de noviembre de 1925.

6 *Ibíd*., 25 de noviembre de 1925.

7 Otto Strasser, *Mein Kampf: Eine politische Autobiographie*, Heinrich Heine, Francfort, 1969, p. 45.

8 *Ibíd*., p. 35.

9 Burton C. Andrus, *op. cit*., pp. 29-32.

10 *Ibíd*., p. 38.

11 Citado en Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Picador, 1996, p. 558.

12 Burton C. Andrus, *op. cit*., p. 113.

13 H. Montgomery Hyde, *Lord Birkett*, Hamish Hamilton, 1964., p. 510.

14 Douglas M. Kelley, *22 Cells in Nuremberg*, W.H. Allen, 1947, p. 47.

15 *Ibíd*., p. 59.

16 *Ibíd*., p. 54.

“NUESTRA HORA VOLVERÁ”

1 Ferguson, p. 289.

2 Adolfo Hitler, *Mi lucha*, traducción de C.E. Araluce, Editorial del Partido Nacional Socialista de América Latina, México, 2000, pp. 71-72.

3 John Keegan, *The First World War*, Pimlico, 1999, p. 368.

4 *Ibíd.*, p. 433.

5 Herwig, p. 404.

6 William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1981, p. 49.

7 John Keegan, *op. cit.*, p. 296.

8 Adolfo Hitler, *op. cit.*, p. 73.

9 Henry Channon, *The Ludwigs of Bavaria*, Methuen, 1933., pp. 148-155.

10 Alexandra Richie, *Faust's Metropolis: A History of Berlin*, Harper Collins, 1998, p. 300.

11 Adolfo Hitler, *op. cit.*, pp. 73-74.

12 Karl Bodenschatz, citado en Leonard Mosley, *The Reich Marshal: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, p. 41.

13 *Ibíd.*

14 *Ibíd.*, p. 44.

15 Douglas M. Kelley, *22 Cells in Nuremberg*, W.H. Allen, 1947, p. 45.

16 *Berlin Handbuch: Das Lexikon der Bundeshauptstadt*, FAB, Berlín, 1992, p. 408.

17 Willi Frischauer, *Goering*, Odhams, 1951, p. 23.

18 Leonard Mosley, *op. cit.*, p. 9.

19 USAMHI: diario de viaje de Hermann Göring.

20 Citado en David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, p. 33.

21 IMT, vol. 9, p. 292.

22 Erich Gritzbach, *Hermann Göring: The Man and his Work*, Hurst and Blackett, 1939, p. 143.

"OJALÁ HUBIERA GUERRA OTRA VEZ"

1 Willi Frischauer, *Himmler: The Evil Genius of the Third Reich*, Odhams, 1953, p. 17.

2 William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Hanser, *Prelude to Terror: The Rise of Hitler, 1919-1923*, Rupert Hart-Davis, 1971, p. 184.

3 Richard Hanser, *op. cit*., p. 184.

4 Werner Maser, *Die Frühgeschichte der NSDAP: Hitlers Weg bis 1924*, Athenäum, Francfort, 1965, p. 159; Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936: Hubris*, The Penguin Press, Allen Lane, 1998, p. 121; Richard Hanser, *op. cit*., p. 186.

5 Diario de Himmler, 11 de noviembre de 1919.

6 *Ibíd*., 24 de septiembre de 1919.

7 *Ibíd*., 15 de diciembre de 1919.

8 *Ibíd*., 28 de noviembre de 1919.

9 *Ibíd*., primero de diciembre de 1919.

10 Richard Hanser, *op. cit*., pp. 224-225.

11 Archivo Central del NSDAP, microfilm 98: recibo fechado el 16 de mayo de 1920, de la compañía de alarma núm. 14.

12 Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, Penguin, 1983, p. 63; Richard Hanser, *op. cit*., p. 258.

13 Diario de Himmler, 19 de febrero de 1922.

14 *Ibíd*., 11 de junio de 1922.

15 *Ibíd*., 26 de junio de 1922.

16 Ernst Röhm, *Die Geschichte eines Hochverräters*, Eher, Munich, 1930, p. 86.

17 *Ibíd*., p. 115.

CONTRA LOS CRIMINALES DE NOVIEMBRE

1 Karl Bodenschatz, *Jagd in Flanders Himmel*, Knorr und Sirth, Munich, 1935, citado en Leonard Mosley, *The Reich Marshall: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, p. 53.

2 BA-MA, expediente MS1g, 1/13.

3 Condesa Fanny von Wilamowitz-Moellendorff, *Carin Göring*, Martin Warneck, Berlín, 1934, citado en Leonard Mosley, *op. cit*., p. 56.

4 *Ibíd*., citado en Willi Frischauer, *Goering*, Odhams, 1951, p. 44; Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Hermann Göring*, Heinemann, 1962, p. 23; David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, pp. 39-40.

5 Ibíd, citado en Leonard Mosley, *op. cit*., p. 56.

6 AA, expediente Referat Deutschland, Pers. 1: Despacho de la legación alemana, Estocolmo, 28 de septiembre de 1938.

7 IMT, vol. 9, p. 236.

8 Eberhard Jäckel y Exel Kuhn, eds., *Hitler: Sämtliche Aufzeichnungen, 1905-1924*, Stuttgart, 1980, p. 679.

9 Douglas M. Kelley, *22 Cells in Nuremberg*, W.H. Allen, 1947, p. 46.

10 *Ibíd*., pp. 46-47.

11 IMT, vol. 9, p. 236.

12 *Ibíd*.

13 H.R. Trevor-Roper, ed., *Hitler's Table Talk*, Weidenfeld and Nicolson, 1953, 3-4 de enero de 1942.

14 Douglas M. Kelley, *op. cit*., p. 53.

15 Kurt Lüdecke, *I Knew Hitler*, Jarrolds, 1938, p. 129.

16 Douglas M. Kelley, *op. cit*., p. 53.

17 Eberhard Jäckel y Exel Kuhn, eds., *op. cit*., pp. 923-924.

18 IMT, vol. 9, p. 237.

19 Condesa Fanny von Wilamowitz-Moellendorff, *op. cit*., citado en Leonard Mosley, *op. cit*., pp. 70-71.

20 H.R. Trevor-Roper, ed., *op. cit*., p. 168.

21 Eberhard Jäckel y Exel Kuhn, eds., *op. cit*., pp. 781-786.

22 Heinrich Bennecke, *Hitler und die SA*, Günter Olzog, Munich y Viena, 1962, pp. 54, 61.

23 Cartas de Carin Göring, USAMHI, citadas en David Irving, *op. cit*., p. 47.

24 Citado en *ibíd*., p. 46.

25 The Treason Trial of Adolf Hitler, NA, filme T84/1, citado en *ibíd*., p. 47.

26 David Irving, *op. cit*., p. 48, citando correspondencia de Göring con el doctor Leo Negrelli, y Giuseppe Bastianini, *Memoirs*, Milán, 1959.

LA REVOLUCIÓN DE LA CERVECERÍA

1 Ernst Deuerlein, *Der Aufstieg der NSDAP, 1919-1933, in Augenzeugenberichten*, Rauch, Düsseldorf, 1968, pp. 181-182.

2 Peter Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS*, Macmillan, 1990, p. 63.

3 Carta de Carin Göring a su hijo, Thomas, citada en Leonard Mosley, *The Reich Marshall: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, p. 75.

4 Harold J. Gordon, *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton University Press, Princeton, 1972, p. 243.

5 Ernst Deuerlein, *op. cit*., pp. 505-506; Karl Dietrich Bracher, *The German Dictatorship: The Origins, Structure and Consequences of National Socialism*, Penguin, 1991, p. 150.

6 Peter D. Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, Allen & Unwin, 1983, p. 24.

7 Ernst Deuerlein, *op. cit*., pp. 192-193; Karl-Alexander von Müller, *Im Wandel einer Welt. Erinnerungen, 1919-1932*, Munich, 1966, pp. 160-166; Harold J. Gordon, *op. cit*., pp. 287-288.

8 Hanfstaengl, p. 134; Ernst Deuerlein, *op. cit*., pp. 193-194.

9 Harold J. Gordon, *op. cit*., pp. 259-260; Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936: Hubris*, The Penguin Press, Allen Lane, 1998, p. 205.

10 Eberhard Jäckel y Exel Kuhn, eds., *Hitler: Sämtliche Aufzeichnungen, 1905-1924*, Stuttgart, 1980, p. 1053.

11 Karl-Alexander von Müller, *op. cit*., p. 162.

12 Hanfstaengl, p. 100.

13 Eberhard Jäckel y Exel Kuhn, eds., *op. cit*., pp. 1054-1055.

14 Karl-Alexander von Müller, *op. cit*., p. 162.

15 Der Hitler-Prozess, *Deutscher Volksverlag*, Munich, 1924.

16 Leonard Mosley, *op. cit*., p. 81.

17 Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens*, Gräfelfing, Munich, 1953, p. 61.

18 Condesa Fanny von Wilamowitz-Moellendorff, *Carin Göring*, Martin Warneck, Berlín, 1934, citado en Leonard Mosley, *op. cit*., p. 88.

REAGRUPAMIENTO

1 Der Hitler-Prozess, *Deutscher Volksverlag*, Munich, 1924, pp. 18-28.

2 Ernst Röhm, *Die Geschichte eines Hochverräters*, Eher, Munich, 1930, pp. 313-314.

3 Guido Knopp, *Hitlers Helfer*, Goldmann, Munich, 1996, pp. 221-222.

4 Douglas M. Kelley, *22 Cells in Nuremberg*, W.H. Allen, 1947, p. 17.

5 *Ibíd*., pp. 17-18.

6 Cartas de Carin Göring, citadas en Leonard Mosley, *The Reich Marshall: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, pp. 90-91.

7 Douglas M. Kelley, *op. cit*., p. 32.

8 Peter D. Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, Allen & Unwin, 1983, p. 30.

9 Kurt Ludecke, *I Knew Hitler*, Jarrolds, 1938, p. 226.

10 Gregor Strasser, "Von der Revolte zur Revolution!", en *Berliner Arbeiter-Zeitung*, 6 de noviembre de 1927, citado en Peter D. Stachura, op. cit., p. 14.

11 Albert Krebs, *Tendenzen und Gestalten der NSDAP: Erinnerungen an die Frühzeit der Partei*, Stuttgart, 1959, citado en Peter D. Stachura, *op. cit*., pp. 15-16.

12 NA, microfilme T-175, rollo 99, fotogramas 2620049, 2620053.

13 Otto Strasser, *Mein Kampf: Eine politische Autobiographie*, Heinrich Heine, Francfort, 1969, p. 15.

14 Kurt Ludecke, *op. cit*., p. 259.

15 IfZ, colección Hermann Göring, ED. 180, citado en David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, p. 88.

16 BA, NS 26/vorl. 1225.

UNA ESTRELLA EN CIERNES

1 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 8 y 11 de diciembre de 1929.

2 Joseph Goebbels, *Michael*, 1919.

3 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 1:2.

4 Joseph Goebbels, *Michael*, *op. cit*.

5 *Ibíd*.

6 Wilfred von Oven, Mit *Goebbels bis zum Ende*, 2 vols., Dürer, Buenos Aires, 1949-1950, p. 287.

7 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 1:16.

8 Carta a Anka Stalherm, 13 de marzo de 1920, BA, NL 118/110.

9 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 1:21.

10 Joseph Goebbels, "Aus meinem Tagebuch", BA, NL 118/126.

11 *Ibíd*.

12 *Ibíd*.

13 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., agosto de 1923 en Baltrum.

14 Joseph Goebbels, *Michael*, *op. cit*.

15 Michael Burleigh, *The Third Reich: A New Story*, Macmillan, 2000, p. 77.

16 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 1:28.

17 Carta a Anka Stalherm, 17 de febrero de 1919, BA, NL 118/126.

18 Joseph Goebbels, *Die zweite Revolution: Briefe an Zeitgenossen*, Zwickau, 1926, p. 7.

19 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 30 de junio de 1924.

20 *Ibíd*.

21 *Ibíd*., 19-20 de agosto de 1924.

22 Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Doctor Goebbels: His Life and Death*, Heinemann, 1960, pp. 71 ss.

23 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 27 de septiembre de 1924.

24 *Ibíd*., 30 de junio de 1924.

25 Ralf Georg Reuth, *Goebbels: The Life of Joseph Goebbels, the Mephistolean Genius of Nazi Propaganda*, Constable, 1993, pp. 62-63.

26 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 1:27.

27 *Ibíd*., 23 de octubre de 1925.

28 Joseph Goebbels, *Die zweite Revolution*..., *op. cit*.

29 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 28 de mayo de 1925.

30 *Ibíd*., 19 de agosto de 1925.

31 *Ibíd*., 21 de agosto de 1925.

32 *Ibíd*., 14 de octubre de 1925.

33 *Ibíd*., 6 de noviembre de 1925.

34 Joseph Goebbels, *Die zweite Revolution*..., *op. cit*., p. 8.

35 Werner Jochmann, ed., *Nationalsozialismus und Revolution: Ursprung und Geschichte der NSDAP in Hamburg, 1922-1933. Dokumente*, Francfort del Meno, 1963, p. 213.

36 Joseph Goebbels, *NS-Briefe*, 15 de octubre de 1925.

37 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 25 de enero de 1926.

38 Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, Penguin, 1983, p. 137.

39 Ulrich Wörtz, "Programmatik und Führerprinzip", p. 85, citado en Ralf Georg Reuth, *op. cit*., p. 69.

40 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 15 de febrero de 1926.

41 *Ibíd*.

42 *Ibíd*., 22 de febrero de 1926.

43 *Ibíd*., 13 de abril de 1926.

44 *Ibíd*.

45 *Ibíd*.

46 *Ibíd*., 19 de abril de 1926.

47 *Ibíd*., 24 de julio de 1926.

48 *Ibíd*., 10 de junio de 1926.

49 *Ibíd*.

50 *Ibíd*., 30 de octubre de 1926.

"EL PRINCIPAL BANDIDO DE BERLÍN"

1 Otto Strasser, *Mein Kampf: Eine politische Autobiographie*, Heinrich Heine, Francfort, 1969, p. 30.

2 Viktor Reimann, *The Man Who Created Hitler: Joseph Goebbels*, Kimber, 1976, p. 69.

3 *Spandauer Volksblatt*, 15 de noviembre de 1926.

4 Albrecht Tyrell, *Führer befiehl... Selbstzeugnisse aus der "Kampfzeit" der NSDAP*, Düsseldorf, 1969, citado en Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936: Hubris*, The Penguin Press, Allen Lane, 1998, p. 295.

5 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 13 de abril de 1926.

6 "Die Lage der Landwirtschaft", en *NS-Briefe*, primero de abril de 1926.

7 Heinrich Himmler, *Völkische Bauernpolitik*, Archivo Central del NSDAP, microfilme 98.

8 Horst Wessel, "Notes on Politics", 1929, citado en Ralf Georg Reuth, *Goebbels: The Life of Joseph Goebbels, the Mephistolean Genius of Nazi Propaganda*, Constable, 1993, p. 82.

9 Joseph Goebbels, *Kampf um Berlin*, Eher, Munich, 1934., p. 28.

10 Declaración de Goebbels a la policía, 21 de marzo de 1927: Landesarchiv Berlin, Rep. 58, Zug 399, núm. 302, vol. 1.

11 Discurso de Strasser en el Reichstag, 17 de octubre de 1930: BA ZSg 103/831.

12 *Völkischer Beobachter*, 25 de junio de 1927.

13 Joseph Goebbels, *Kampf um Berlin, op. cit.*, p. 209.

14 Albrecht Tyrell, *op. cit.*, citado en Ian Kershaw, *op. cit.*, p. 296.

15 William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1981, p. 153.

16 Otto Strasser, *op. cit.*, p. 45.

17 Lista de lecturas de Himmler, número 235.

18 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher...*, *op. cit.*, 3 de mayo de 1928.

19 Carta de Carin Göring a Thomas von Kantzow, citada en Leonard Mosley, *The Reich Marshall: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, pp. 110-111.

20 Carta de Carin Göring a su madre, citada en *Ibíd.*, p. 112.

"VENIMOS COMO ENEMIGOS"

1 Der Angriff, 28 de mayo de 1928.

2 *Ibíd.*, 30 de mayo de 1928.

3 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 15 de junio de 1928.

4 David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, p. 96.

5 Archivo Central del NSDAP, microfilme 98.

6 “Die Schutzstaffel”, discurso del 18 de enero de 1943, RFSS, microfilme 155, citado en Heinz Höhne, *The Order of the Death’s Head: The Story of Hitler’s SS*, Secker & Warburg, 1969, p. 52.

7 IMT, vol. XXIX, p. 208.

8 *Ibíd*., pp. 208-209.

9 Otto Strasser, *Mein Kampf: Eine politische Autobiographie*, Heinrich Heine, Francfort, 1969, p. 45.

10 Joseph Goebbels, *op. cit*., 27 de junio de 1929.

11 *Ibíd*., 5 de abril de 1929.

12 Ralf Georg Reuth, *Goebbels: The Life of Joseph Goebbels, the Mephistolean Genius of Nazi Propaganda*, Constable, 1993, p. 108.

13 Joseph Goebbels, *op. cit*., 23 de septiembre de 1929.

14 *Ibíd*., 15 y 23 de diciembre de 1929.

15 *Ibíd*., 29 de diciembre de 1929.

16 *Ibíd*., 19 de enero de 1930.

17 *Ibíd*.

18 *Der Angriff*, 21 de enero de 1930.

19 Joseph Goebbels, *op. cit*., 18 de enero de 1930.

20 *Ibíd*., 20 de enero de 1930.

21 *Ibíd*., 24 de enero de 1930.

22 *Ibíd*., primero de abril de 1930.

23 *Ibíd*., 17-25 de abril de 1930.

24 *Ibíd*., 28 de abril de 1930.

25 *Ibíd*.

26 *Ibíd*., 22 de mayo de 1930.

27 *Ibíd*., 29 de junio de 1930.

28 *Ibíd*., 20 de julio de 1930.

29 *Ibíd*., 21 de julio de 1930.

30 Carta de Carin Göring, citada en Fanny von Wilamowitz-Moellendorff, *Carin Göring*, Martin Warneck, Berlín, 1934, p. 130.

31 Expedientes de Hans Frank, NA, NL 110/AH.2, citado en David Irving, *op. cit*., p. 97.

32 Folleto anónimo, en Archivo Central del NSDAP, microfilme 17.

33 Joseph Goebbels, *op. cit*., 8 de agosto de 1930.

34 *Ibíd*., 30 de agosto de 1930.

35 *Ibíd*.

36 *Münchner Post*, 4 de septiembre de 1930.

"SOLDADO DE LA SS, TU LEALTAD ES TU HONOR"

1 Adolfo Hitler, *Reden, Schriften, Anordnungen: Februar 1925 bis Januar 1933*, Institut für Zeitgeschichte, Munich, 1992-1998, vol. III, pt. 3, pp. 439-441.

2 Konrad Heiden, *Der Führer*, Gollancz, 1944, p. 198.

3 Carta de Himmler a Röhm, 29 de enero de 1930, NA, grupo T-175, RFSS, microfilme 199.

4 Peter Longerich, *Die braunen Bataillone: Geschichte der SA*, p. 107, citado en Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936: Hubris*, The Penguin Press, Allen Lane, 1998, p. 348.

5 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 12 de noviembre de 1930.

6 Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Secker & Warburg, 1969, p. 57.

7 Carta de Carin Göring, citada en Fanny von Wilamowitz-Moellendorff, *Carin Göring*, Martin Warneck, Berlín, 1934, pp. 138-139.

8 Hjalmar Schacht, *My First Seventy-Six Years*, Weidenfeld and Nicolson, 1955, pp. 279-280.

9 Carta de Carin Göring, citada en Fanny von Wilamowitz-Moellendorff, *op. cit*., p. 142.

10 Joseph Goebbels, *op. cit*., 4 de enero de 1931.

11 *Ibíd*., 11 de febrero de 1931.

12 *Ibíd*., 29 de septiembre y 13 de octubre de 1930; *Vossische Zeitung*, 14 de octubre de 1930, citado en Ralf Georg Reuth, *Goebbels: The Life of Joseph Goebbels, the Mephistolean Genius of Nazi Propaganda*, Constable, 1993, p. 123.

13 Joseph Goebbels, *op. cit*., 9 de diciembre de 1930.

14 *Ibíd*., 23 de febrero de 1931.

15 *Ibíd*., 18 y 20 de febrero de 1931.

16 *Ibíd*., 21 de febrero de 1931.

17 *Ibíd*., 16 de marzo de 1931.

18 *Ibíd*., 29 de marzo de 1931.

19 *Völkischer Beobachter*, 5-7 de abril de 1931.

20 Joseph Goebbels, *op. cit*., 4 de abril de 1931.

21 BDC, microfilme 87, Conferencia de Jefes del Grupo Este de la SS, 13-14 de junio de 1931.

22 Joseph Goebbels, *op. cit*., 18 de abril de 1931.

23 *Ibíd*., 7 de noviembre de 1930.

24 *Ibíd*., 15 de febrero de 1931.

25 *Ibíd*., 26 de marzo de 1931.

26 *Ibíd*., 20 de abril de 1931.

27 *Ibíd*., 31 de mayo de 1931.

28 Carta de Carin Göring, citada en Fanny von Wilamowitz-Moellendorff, *op. cit*., p. 143.

29 William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1981, p. 167.

30 G.M. Gilbert, *Nuremberg Diary*, Eyre & Spottiswoode, 1948., p. 69.

31 IMT, vol. 9, p. 242.

32 Milan Hauner, *Hitler: A Chronology of his Life and Time*, Macmillan, 1983, p. 76.

33 *Völkischer Beobachter*, 1-2 de enero de 1932.

“AHORA EMPIEZA LA PARTIDA DE AJEDREZ POR EL PODER”

1 Konrad Heiden, *Der Führer*, Gollancz, 1944, p. 342.

2 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 7 de enero de 1932.

3 *Ibíd*., 11 de enero de 1932.

4 *Ibíd*., 7, 8, 9 y 10 de enero de 1932.

5 *Ibíd*., 6 de enero de 1932.

6 *Ibíd*., 8 de febrero de 1932.

7 *Ibíd*., 24 de enero y 4 de febrero de 1932.

8 *Ibíd*., 22 de enero de 1932.

9 *Ibíd*., 22 de febrero de 1932.

10 *Ibíd*., 23 de febrero de 1932.

11 *Ibíd*., 29 de febrero de 1932.

12 Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Hermann Göring*, Heinemann, 1962, pp. 61-62.

13 Joseph Goebbels, *op. cit*., 10 de abril de 1932.

14 *Ibíd*., 23 de abril de 1932.

15 *Ibíd*., 6 de mayo de 1932.

16 *Ibíd*., 8 de mayo de 1932.

17 A.W. Blood-Ryan, *Göring, the Iron Man of Germany*, Long, 1938, pp. 155-156.

18 Joseph Goebbels, *op. cit*., 12 de mayo de 1932.

19 Wheeler-Bennett, citado en William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1981, p. 205.

20 Helmut Klotz, *The Berlin Diaries*, Jarrolds, 1934, p. 50.

21 Joseph Goebbels, *op. cit*., 28 de mayo de 1932.

22 *Ibíd*., 30 de mayo de 1932.

23 André François-Poncet, *The Fateful Years*, Gollancz, 1949, p. 23.

24 Helmut Klotz, *op. cit*., pp. 30-31.

25 Joseph Goebbels, *op. cit*., 2 de junio de 1932.

26 *Ibíd*., 6 de junio de 1932.

27 Franz von Papen, *Memoirs*, Deutsch, 1952, p. 162.

28 Joseph Goebbels, *op. cit*., 14 de junio de 1932.

29 *Ibíd*., primero de julio de 1932.

30 Helmut Klotz, *op. cit*., p. 127.

31 Joseph Goebbels, *op. cit*., primero-2 de agosto de 1932.

32 *Ibíd*., 5 de agosto de 1932.

33 Helmut Klotz, *op. cit*., p. 142.

34 Joseph Goebbels, *op. cit*., 7 de agosto de 1932.

35 *Ibíd*.

36 Helmut Klotz, *op. cit*., pp. 136-137.

37 *Ibíd*., pp. 140-141.

38 Joseph Goebbels, *op. cit*., 9 de agosto de 1932.

39 *Ibíd*., 11 de agosto de 1932.

40 Helmut Klotz, *op. cit*., pp. 147-148.

41 *Ibíd*., pp. 150-152.

42 Joseph Goebbels, *op. cit*., 13 de agosto de 1932.

43 IMT, vol. 10, p. 227; Michael Bloch, *Ribbentrop*, Bantam, 1992, pp. 27-28.

44 N.H. Baynes, ed., *The Speeches of Adolf Hitler, April 1922-August 1939*, 2 vols., Oxford University Press, Oxford, 1942, p. 166.

EL MOMENTO DECISIVO

1 Joseph Goebbels, *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei*, Eher, Munich, 1934, 25 de agosto de 1932.

2 *Ibíd*.

3 *Ibíd*., 26 de agosto de 1932.

4 IMT, vol. 9, pp. 243-244.

5 Helmut Klotz, *The Berlin Diaries*, Jarrolds, 1934, p. 156.

6 Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983, p. 73.

7 IMT, vol. 9, p. 244; Joseph Goebbels, *op. cit*., 12 de septiembre de 1932; Helmut Klotz, *op. cit*., pp. 165-166.

8 Helmut Klotz, *op. cit*., p. 168.

9 Joseph Goebbels, *op. cit*., 17 de octubre de 1932.

10 *Ibíd*., 4 de noviembre de 1932.

11 *Ibíd*., 11 de noviembre de 1932.

12 Helmut Klotz, *op. cit*., pp. 188-189.

13 Franz von Papen, *Memoirs*, Deutsch, 1952, pp. 216-217.

14 *Ibíd*., p. 222.

15 Peter D. Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, Allen & Unwin, 1983, pp. 112-114.

16 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 10 de diciembre de 1932.

17 BA Koblenz, NS22/10, citado en Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936: Hubris*, Allen Lane, The Penguin Press, 1998, pp. 403-404.

18 *Nazi Conspiracy and Aggression*, vol. II, pp. 922-924.

19 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 10 de enero de 1933.

20 Kurt von Schuschnigg, *Farewell Austria*, Londres, 1938, pp. 165-166, citado en William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1981, p. 227.

21 IMT, vol. 9, pp. 245-246.

22 Joachim von Ribbentrop, *The Ribbentrop Memoirs*, Weidenfeld and Nicolson, 1954, pp. 24-25.

23 IMT, vol. 9, p. 254.

24 Joseph Goebbels, *Vom Kaiserhof*..., *op. cit*., 29 de enero de 1933.

25 Adolfo Hitler, *Hitler's Secret Conversations*, Signet, Nueva York, 1961, p. 404.

26 Joseph Goebbels, *Vom Kaiserhof*..., *op. cit*., 30 de enero de 1933.

PODER

1 André François-Poncet, The Fateful Years, Gollancz, 1949, p. 48.

2 DBFP, 2ª serie, vol. iv, p. 402.

3 *Ibíd*., p. 401.

4 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000; 6, 10, 11 y 13 de febrero de 1933.

5 *Ibíd*., primero de febrero de 1933.

6 AdR, Reg. Hitler, 6.

7 George C. Browder, *Foundations of the Nazi Police State: The Formation of Sipo and SD*, University of Kentucky Press, Lexington, 1990, pp. 55-56.

8 Hans Bernd Gisevius, *To the Bitter End*, Greenwood Press, Westport, 1975, pp. 39-40.

9 Leonard Mosley, *The Reich Marshal: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, p. 150.

10 George C. Browder, *op. cit*., p. 52.

11 Hans Bernd Gisevius, *op. cit*., pp. 37-38.

12 Konrad Heiden, *Der Führer*, Gollancz, 1944, p. 216.

13 *Ibíd*.

14 Joseph Goebbels, *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei*, Eher, Munich, 1934, 13 de febrero de 1933.

15 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 13 de febrero de 1933.

16 George C. Browder, *op. cit*., p. 46.

17 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 11 de febrero de 1933.

18 Curt Riess, *Joseph Goebbels*, Hollis and Carter, 1949, p. 126.

19 Joseph Goebbels, *Vom Kaiserhof*..., *op. cit*., 27 de febrero; Putzi Hanfstaengl, p. 294.

20 Interrogatorio de la US Army Historical Commission,

20 de julio de 1945.

21 Hans Mommsen, “Der Reichstagsbrand und seine politischen Folgen”, en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, núm. 12, 1964, pp. 351-413.

22 Franz von Papen, *Memoirs*, Deutsch, 1952, p. 268; Sefton Delmer, *Trail Sinister*, Secker & Warburg, 1961, pp. 188-189.

23 Rudolf Diels, *Lucifer ante Portas*, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1950, p. 194.

24 *Der Angriff*, 28 de febrero de 1933.

25 *Nazi Conspiracy and Aggression*, vol. IV, p. 496 (ND 1856-PS).

26 Joseph Goebbels, *Vom Kaiserhof...*, *op. cit.*, 4 de marzo de 1933.

COORDINACIÓN

1 IMT, vol. 13, p. 106; testimonio de Funk.

2 Joseph Goebbels, *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei*, Eher, Munich, 1934, 11 de marzo de 1933.

3 *Ibíd.*, 13 de marzo de 1933.

4 Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983, p. 59.

5 Joseph Goebbels, *op. cit.*, 18 de abril de 1933.

6 BAK, R 43, II/1150a.

7 Max Domarus, ed., *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945*, 4 vols., Süddeutscher Verlag, Munich, 1965, vol. I, pp. 227-228.

8 AdR, Reg. Hitler, pp. 50-51.

9 *Ibíd.*, pp. 62-63.

10 IMT, vol. 9, p. 257.

11 *Ibíd.*

12 Hans Bernd Gisevius, *To the Bitter End*, Greenwood Press, Westport, 1975, p. 104.

13 Rudolf Diels, *Lucifer ante Portas*, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1950, pp. 190-193.

14 Walter Schellenberg, *The Schellenberg Memoirs*, André Deutsch, 1956, pp. 29-30.

15 Shlomo Aronson, *Reinhard Heydrich und die Frühgeschichte von Gestapo und SD*, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1971, pp. 25-35.

16 Charles Wighton, *Heydrich: Hitler's Most Evil Henchman*, Odhams, 1962, p. 35.

17 Lina Heydrich, *Leben mit einem Kriegsverbrecher*, W. Ludwig Verlag, Pfaffenhofen, 1976, p. 28.

18 Shlomo Aronson, *op. cit.*, pp. 35-37; BDC/SSO, Heydrich, NSDAP núm. 544, 916.

19 Shlomo Aronson, *op. cit.*, pp. 37-38, citando a Eberstein.

20 BDC/SSO, Heydrich: RFSS a *SS-Sturmführer* Reinhard Heydrich, 10 de agosto de 1931.

21 Informe policial núm. 748: HA/28A/1773, citado en George C. Browder, *Foundations of the Nazi Police State: The Formation of Sipo and SD*, University of Kentucky Press, Lexington, 1990, p. 27.

22 Shlomo Aronson, *op. cit*., p. 87.

23 Hans Buchheim *et al*., *The Anatomy of the SS*, Collins, 1968, p. 405.

24 Fritz Tobias, *Der Reichstagsbrand*, G. Groete'sche Verlagsbuchhandlung, Rastatt, 1962, p. 135.

25 *Ibíd*., p. 136.

EL FIN DE LA REVOLUCIÓN PARDA

1 *Manchester Guardian*, 27 de marzo de 1933.

2 *Manchester Guardian*, 16 de marzo de 1933.

3 Lord Marley, *The Brown Book of the Hitler Terror and the Burning of the* Reichstag, John Lane/The Bodley Head, 1933, p. 238.

4 Joseph Goebbels, *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei*, Eher, Munich, 1934, 26 de marzo de 1933.

5 *Ibíd*.

6 Lord Marley, *op. cit*., pp. 262-263.

7 Joseph Goebbels, *op. cit*., 31 de marzo de 1933.

8 Carta de Lady Rumbold del 2 de abril de 1933, citada en Martin Gilbert, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Collins, 1986, pp. 34-35.

9 Christopher Isherwood, *Berlin Stories*, New Directions, Nueva York, 1963, p. 183.

10 *Völkischer Beobachter*, 7 de abril de 1933.

11 Joseph Goebbels, *op. cit*., primero de abril de 1933.

12 *Ibíd*., 7 de abril de 1933.

13 *Ibíd*., 11 de abril de 1933.

14 Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983, p. 59.

15 Joseph Goebbels, *op. cit*., 25 de abril de 1933.

16 Alfons Kupper, ed., *Staatliche Akten über die Reichskon kordatsverhandlungen 1933*, Maguncia, 1969, pp. 293-294, citado en Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936: Hubris*, The Penguin Press, Allen Lane, 1998, p. 488.

17 Piers Brendon, *The Dark Valley: A Panorama of the Thirties*, Cape, 2000, pp. 122-125.

18 Nicolaus von Below, *At Hitler's Side: The Memoirs of Hitler's Luftwaffe Adjutant, 1937-1945*, Greenhill Books, 2001, p. 12.

19 Adolf Galland, *The First and the Last*, Methuen, 1955, p. 17.

20 Joseph Goebbels, *op. cit*., 19 de abril de 1933.

21 Joseph Goebbels, *Revolution der Deutschen: 14 Jahre Nationalsozialismus*, Oldenburg, 1933, p. 157.

22 Helmut Heiber, ed., *Goebbels Reden, 1932-1939*, pp. 87, 89, 106, citado en Ralf Georg Reuth, *Goebbels: The Life of Joseph Goebbels, the Mephistolean Genius of Nazi Propaganda*, Constable, 1993, pp. 176-177.

23 Joseph Wulf, *Presse und Funk im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, p. 292, citado en Ralf Georg Reuth, *op. cit*., pp. 184-185.

24 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 17 y 20 de junio de 1933.

25 *Ibíd*., 19 de julio de 1933.

26 Curt Riess, *Joseph Goebbels*, Hollis and Carter, 1949, p. 135.

27 William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1981, p. 308.

28 Oron J. Hale, *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton University Press, Princeton, 1964, p. 3.

29 Joseph Wulf, *op. cit*., pp. 85 ss., citado en Ralf Georg Reuth, *op. cit*., p. 174.

30 Oron J. Hale, *op. cit*., pp. 81-83.

31 *Ibíd*., pp. 56-57.

32 Michael Burleigh, *The Third Reich: A New Story*, Macmillan, 2000, p. 208.

33 Haarman *et al*., *Das war ein Vorspiel nur*, citado en Ralf Georg Reuth, *op. cit*., pp. 182-183.

34 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 6 de junio de 1933.

35 Albert Speer, *op. cit*., p. 72.

36 IWM, FO 645, caja 157.

37 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 29 de junio de 1933.

38 Albert Speer, *op. cit*., p. 60.

39 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 16 de julio de 1933.

40 Albert Speer, *op. cit*., pp. 60-61.

41 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 23 de agosto de 1933.

42 *Ibíd*.

43 Albert Speer, *op. cit*., pp. 72-73.

44 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 18 de abril de 1933.

45 *Ibíd*., 2 de septiembre de 1933.

46 *Ibíd*., 7 y 11 de julio de 1933.

47 Joseph Goebbels, *Signale der neuen Zeit: 25 ausgewählte Reden von Dr Joseph Goebbels*, Munich, 1934.

48 William L. Shirer, *op. cit*., pp. 308-309.

49 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 23 de septiembre de 1933.

50 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951, p. 283.

LA NOCHE DE LOS CUCHILLOS LARGOS

1 IMT, vol. 9, p. 259.

2 Frick a Himmler, 10 de enero de 1935, NA, T-175/70/2587696-97.

3 *Nationalsozialistische Monatschrift*, núm. 4, 1933, pp. 253-254.

4 N.H. Baynes, ed., *The Speeches of Adolf Hitler, April 1922-August 1939*, 2 vols., Oxford University Press, Oxford, 1942, vol. I, p. 287.

5 *Ibíd*., pp. 865-866.

6 William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1981, p. 256.

7 Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Hermann Göring*, Heinemann, 1962, p. 108; Hans Bernd Gisevius, *To the Bitter End*, Greenwood Press, Westport, 1975, pp. 107-108; George C. Browder, *Foundations of the Nazi Police State: The Formation of Sipo and SD*, University of Kentucky Press, Lexington, 1990, p. 85.

8 Rudolf Diels, *Lucifer ante Portas*, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1950, p. 379.

9 Max Domarus, ed., *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945*, 4 vols., Süddeutscher Verlag, Munich, 1965, vol. I, pp. 338-342; N.H. Baynes, *op. cit*., vol. I, p. 289; *Völkischer Beobachter*, 2 de enero de 1934.

10 Rudolf Diels, *op. cit*., p. 386.

11 Karl Dietrich Bracher, Wolfgang Sauer y Gerhard Schultz, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, p. 904, citado en Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Secker & Warburg, 1969, p. 96; Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936: Hubris*, The Penguin Press, Allen Lane, 1998, p. 504; Joachim C. Fest, *Hitler*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, pp. 453-454; William L. Shirer, *op. cit*., p. 267.

12 NSDAP/HA, rollo 54, fólder 1290.

13 Joachim C. Fest, *op. cit*., p. 454.

14 *Ibíd*., p. 455; Heinz Höhne, *op. cit*., p. 96; Ian Kershaw, *op. cit*., p. 505.

15 Heinz Höhne, *op. cit*., p. 97; Joachim C. Fest, *op. cit*., p. 455; Ian Kershaw, *op. cit*., p. 505.

16 Despacho de Phipps: DBFP, vol. VI, pp. 749-751.

17 Hans Bernd Gisevius, *op. cit*., p. 129.

18 J. Noakes y G. Pridham, eds., *Documents on Nazism*, Jonathan Cape, Londres, 1974, p. 208.

19 Franz von Papen, *Memoirs*, Deutsch, 1952, p. 309; Hans Bernd Gisevius, *op. cit*., pp. 126-127; Joachim C. Fest, *op. cit*., p. 459.

20 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 21 de mayo de 1934.

21 Otto Meissner, *Staatsekretär*, p. 363, citado en Ian Kershaw, op. cit., p. 511.

22 Diario de Lutze, citado en *Frankfurter Rundschau*, 14 de mayo de 1957, citado en Heinz Höhne, *op. cit*., p. 105.

23 Diario de Lutze, citado en Joachim C. Fest, *op. cit*., pp. 460-461.

24 Grabaciones de la FA en AA Political Archives, citadas en Leonard Mosley, *The Reich Marshal: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, p. 191.

25 *Völkischer Beobachter*, 26 de junio de 1934.

26 *Ibíd*., 27 de junio de 1934.

27 Diario de Lutze, citado en Heinz Höhne, *op. cit*., p. 110.

28 J. von Lang, *Der Adjutant –Karl Wolff: Der Mann* zwischen *Hitler und Himmler*, p. 3, citado en Peter Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS*, Macmillan, 1990, p. 157.

29 *Völkischer Beobachter*, 29 de junio de 1933.

30 Joseph Goebbels, *op. cit*., 29 de junio de 1934.

31 Tribunal provincial de Munich I, 4 de julio de 1956, causa del proceso contra Josef Dietrich y Michael Lippert, p. 77; *Süddeutsche Zeitung*, 8 de mayo de 1957. Citado en Heinz Höhne, *op. cit*., p. 113.

32 *Völkischer Beobachter*, 3 de julio de 1934.

33 IMT, vol. 9, p. 266.

34 Hans Bernd Gisevius, *op. cit*., pp. 215-216.

35 *Ibíd*., pp. 157-158.

36 *Ibíd*., p. 160.

37 IMT, vol. 9, p. 267.

38 Max Domarus, *op. cit*., vol. I., p. 404.

“SIEMPRE APROBAMOS TODO LO QUE HACE NUESTRO FÜHRER”

1 Ivone Kirkpatrick, *The Inner Circle*, p. 90, citado en David Clay Large, *Between Two Fires: Europe’s Path in the 1930s*, Norton, Nueva York, 1990, p. 132.

2 Max Domarus, ed., *Hitler: Reden und Proklamationen*, *1932-1945*, 4 vols., Süddeutscher Verlag, Munich, 1965, vol. I, p. 405.

3 *Ibíd*.

4 *Ibíd*., p. 421.

5 Joachim C. Fest, *Hitler*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, p. 471.

6 PRO, FO 434/1, despacho de sir Nevile Henderson del 29 de octubre de 1934.

7 NA, microfilme T-175, rollo 89, fotogramas 1536 ss.

8 Heinz Höhne, *The Order of the Death’s Head: The Story of Hitler’s SS*, Secker & Warburg, 1969, p. 153.

9 IWM F2, AL 2704, E313.

10 Alfred Rosenberg, *Das politische Tagebuch*, p. 39, citado en Ralf Georg Reuth, *Goebbels: The Life of Joseph Goebbels, the Mephistolean Genius of Nazi Propaganda*, Constable, 1993, p. 210.

11 Max Domarus, *op. cit*., vol. I, p. 444.

12 William L. Shirer, *The Nightmare Years, 1930-1940*, Bantam, Nueva York, 1985, p. 158.

13 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 2 de marzo de 1935.

14 *Völkischer Beobachter*, 6 de septiembre de 1934.

15 Joseph Goebbels, *op. cit*., 27 de diciembre de 1933.

16 *Ibíd*., 19 de agosto de 1941.

17 *Ibíd*., 20, 21 y 22 de julio de 1933.

18 *Ibíd*., primero de enero de 1935.

19 British White Paper, Cmd 4827, 1935.

20 William L. Shirer, *Berlin Diary*, Bonanza Books, Nueva York, 1984, p. 35.

21 Interrogatorio del teniente general Ulrich Kessler, NA, RG238, caja 210, citado en David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, p. 155.

22 William L. Shirer, *Berlin Diary, op. cit*., p. 36.

23 DBFP, vol. XII, núm. 285.

24 Hjalmar Schacht, *Account Settled*, citado en Leonard Mosley, *The Reich Marshal: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, p. 203.

25 Leonard Mosley, *op. cit*., pp. 203-204, citando varios artículos periodísticos contemporáneos.

26 Franz von Papen, *Memoirs*, Deutsch, 1952, p. 373.

27 Joachim von Ribbentrop, *The Ribbentrop Memoirs*, Weidenfeld and Nicolson, 1954, pp. 2-3.

28 Michael Bloch, *Ribbentrop*, Bantam, 1992, pp. 6-7.

29 Joachim von Ribbentrop, *op. cit*., p. 12.

30 Paul Schwarz, *This Man Ribbentrop*, pp. 55-56, citado en Michael Bloch, *op. cit*., pp. 11-12.

31 Paul Schwarz, *op. cit*., p. 17, citado en Michael Bloch, *op. cit*., p. 15.

32 Joachim von Ribbentrop, *op. cit*., pp. 27-28.

33 IMT, vol. X, pp. 227-228.

34 Michael Bloch, *op. cit*., p. 46.

35 DBFP 2/VI, núm. 407, del 26 de abril de 1934.

36 Michael Bloch, *op. cit*., pp. 58-59, citando a Erich Kordt, *Nicht aus den Akten*.

37 *Ibíd*., p. 68, citando a John L. Heineman, *Hitler's First Foreign Minister: Constantin Freiherr von Neurath, Diplomat and Statesman*, p. 131.

38 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951, pp. 33-34.

EL PLAN DE CUATRO AÑOS

1 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 15 de julio de 1935.

2 *Ibíd*., 19 de julio de 1935.

3 Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936: Hubris*, The Penguin Press, Allen Lane, 1998, p. 562.

4 Joseph Goebbels, *op. cit*., 3 de octubre de 1935.

5 *Ibíd*., 15 de noviembre de 1935.

6 IMT, vol. 9, pp. 273-274.

7 Joachim von Ribbentrop, *The Ribbentrop Memoirs*, Weidenfeld and Nicolson, 1954, p. 52.

8 Joseph Goebbels, *op. cit*., 4 de marzo de 1936.

9 *Ibíd*., 8 de marzo de 1936.

10 *Ibíd*.

11 *Ibíd*.

12 Michael Bloch, *Ribbentrop*, Bantam, 1992, pp. 96-97; Franz von Papen, *Memoirs*, Deutsch, pp. 372-375; Erich Kordt, *Nicht aus den Akten: Die Wilhelmstrasse in Frieden und Krieg*, Stuttgart, 1950, p. 146.

13 Michael Bloch, *op. cit*., p. 97; Erich Kordt, *op. cit*., p. 148.

14 Douglas M. Kelley, *22 Cells in Nuremberg*, W.H. Allen, 1947, p. 82; William L. Shirer, *The Nightmare Years, 1930-1940*, Bantam, Nueva York, 1985, p. 198.

15 Joseph Goebbels, *op. cit*., 17, 22 y 29 de marzo, 8 y 9 de abril, 22 de octubre de 1936.

16 Leonard Mosley, *The Reich Marshal: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, p. 206.

17 Wolfgang Paul, *Hermann Göring: Hitler Paladin or Puppet*?, Arms and Armour, 1998, p. 161, citando a Paul Deichmann.

18 IMT, vol. 9, p. 280.

19 *Ibíd*., p. 282.

20 Joseph Goebbels, *op. cit*., 3 de mayo de 1936.

21 *Ibíd*., 19 de junio de 1936.

22 *Ibíd*., 6 de agosto, 6 de noviembre de 1936.

23 Robert Rhodes James, ed., *Chips: The Diaries of Sir Henry Channon*, Weidenfeld and Nicolson, 1976, p. 111.

24 Joseph Goebbels, *op. cit*., 2, 4 y 7 de agosto de 1936.

25 DGFP, C/V, Doc 490.

26 Joseph Goebbels, *op. cit*., 20 de octubre de 1936.

27 IMT, vol. 9, p. 151.

28 Informe de Vansittart del 10 de septiembre de 1936, Vansittart Papers, Churchill College, Cambridge, citado en David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, p. 167.

29 Documentos diplomáticos de Ciano, 60, citados en Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, The Penguin Press, Allen Lane, 2000, p. 26.

30 Joseph Goebbels, *op. cit*., 30 de octubre de 1936.

31 *Der Angriff*, 31 de octubre de 1936.

32 Joseph Goebbels, *op. cit*., 31 de octubre de 1936.

33 Max Domarus, ed., *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945*, 4 vols., Süddeutscher Verlag, Munich, 1965, vol. II, p. 658.

34 IMT, TWC vol. 12, pp. 460-465; ND NI-051.

EL CASO BLOMBERG-FRITSCH

1 IMT, vol. 9, p. 292.

2 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951, pp. 63-64.

3 David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, p. 187; Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, The Penguin Press, Allen Lane, 2000, p. 68.

4 Sir Nevile Henderson, *Failure of a* Mission: *Berlin 1938-1939*, Hodder and Stoughton, 1940, pp. 80, 83.

5 *Ibíd*., pp. 87, 91.

6 *Ibíd*., p. 84.

7 Douglas M. Kelley, *22 Cells in Nuremberg*, W.H. Allen, 1947, p. 46.

8 Paul Ortwin Rave, *Kunstdiktatur im Dritten Reich*, p. 50, citado en Richard Grunberger, *A Social History of the Third Reich*, Penguin, 1974, pp. 534-535.

9 William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1981, p. 304.

10 *Ibíd*.

11 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 21 de marzo de 1937.

12 Richard Grunberger, *op. cit*., pp. 557-558.

13 *Völkischer Beobachter*, 29 de mayo de 1937.

14 Joseph Goebbels, *op. cit*., 29 de mayo de 1937.

15 *Ibíd*., 2 de noviembre de 1937.

16 *Ibíd*., 11 de febrero de 1937.

17 IMT, vol. 25, pp. 402-413, Doc 386-PS; DGFP, serie D, vol. 1, de Neurath a Ribbentrop.

18 Fabian von Schlabrendorff, *Offiziere gegen Hitler*, p. 60, citado en Joachim C. Fest, Hitler, Weidenfeld and Nicolson, 1974, p. 541.

19 William L. Shirer, *The Nightmare Years, 1930-1940*, Bantam, Nueva York, 1985, pp. 198-199.

20 Joseph Goebbels, *op. cit*., 27 de octubre de 1937.

21 Reinhard Spitzy, *So haben wir das Reich verspielt*, pp. 185-189, citado en Michael Bloch, *Ribbentrop*, Bantam, 1992, p. 143; Erich Kordt, *Nicht aus den Akten: Die Wilhelmstrasse in Frieden und Krieg*, Stuttgart, 1950, pp. 171-174.

22 Joseph Goebbels, *op. cit*., 16 de noviembre de 1937.

23 Paul Schmidt, *op. cit*., pp. 76-77.

24 Diario de Halifax, PRO FO 371/20736.

25 Paul Schmidt, *op. cit*., pp. 77-78.

26 David Irving, *op. cit*., p. 195.

27 Willi Frischauer, *Goering*, Odhams, 1951, p. 149, entrevista con Erna von Blomberg.

28 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, *Memoirs*, Kimber, 1965, p. 43.

29 *Ibíd*., pp. 43-44.

30 Joseph Goebbels, *op. cit*., 26 y 27 de enero de 1938.

31 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, *op. cit*., p. 45.

32 *Ibíd*., p. 46.

33 Documentos privados de Fritsch, citados en David Irving, *op. cit*., p. 199.

34 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, *op. cit*., pp. 47-49.

35 Walter Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters, 1939-1945*, Weidenfeld & Nicolson, 1964, p. 13.

36 Max Domarus, ed., *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945*, 4 vols., Süddeutscher Verlag, Munich, 1965, vol. II, pp. 796-797.

37 Joseph Goebbels, *op. cit*., 1º de febrero de 1938.

ANSCHLUSS

1 *Der unbekannte Dr Goebbels: Die geheimen Tagebücher* 1938., edición de David Irving, entrada del 10 de marzo de 1938, citado en Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, The Penguin Press, Allen Lane, 2000, p. 74.

2 IMT, vol. 9, p. 295.

3 DGFP, D/I, núm. 146.

4 *Ibíd*., núm. 145.

5 Michael Bloch, *Ribbentrop*, Bantam, 1992, pp. 171-172.

6 *Ibíd*., p. 171.

7 Franz von Papen, *Memoirs*, Deutsch, 1952, p. 428.

8 La transcripción de todas las conversaciones telefónicas de Göring citadas aquí se encuentra en ND 2949-PS, IMT, vol. 31, pp. 368 ss.

9 Carta de Chamberlain a su hermana Hilda, Chamberlain Papers, Birmingham University, 18/1/1041, citada en Michael Bloch, *op. cit*., p. 172.

10 Sir Nevile Henderson, *Failure of a Mission: Berlin 1938-1939*, Hodder and Stoughton, 1940, pp. 124-126.

11 IMT, vol. 9, pp. 299-300.

12 IMT, vol. 31, pp. 368 ss., ND 2949-PS.

13 *Ibíd*.

14 Martin Gilbert, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Collins, 1986, p. 61.

15 *Ibíd*., pp. 62-63.

16 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 19 de junio de 1938.

17 Willi Frischauer, *Goering*, Odhams, 1951, p. 155; Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Hermann Göring*, Heinemann, 1962, p. 171.

18 BA, R55/445, Rundspruch Nr. 69. Tagesparole vom 11 April 1938.

19 Joseph Goebbels, *op. cit*., 31 de agosto de 1938.

20 *Deutsche Allgemeine Zeitung*, 23 de junio de 1938.

LA CRISIS DE LOS SUDETES

1 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, *Memoirs*, Kimber, 1965, pp. 62-63.

2 DGFP D/II, núm. 107.

3 *Ibíd*., pp. 273-274.

4 *Ibíd*., núm. 133.

5 D.C. Watt, “An Earlier Model of the Pact of Steel”, *International Affairs*, vol. 33, pp. 185-197, citado en Michael Bloch, *Ribbentrop*, Bantam, 1992, p. 180.

6 Diarios de Ciano, I, 5 de mayo de 1938; Paul Schmidt, *Hitler’s Interpreter*, Heinemann, 1951, pp. 83-84; DGFP D/I, núm. 759.

7 Diarios de Ciano, I, 6 de mayo de 1938.

8 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 3 de junio de 1938.

9 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, *op. cit*., p. 64.

10 IMT, vol. 28, p. 357.

11 Sir Nevile Henderson, *Failure of a Mission: Berlin 1938-1939*, Hodder and Stoughton, 1940, pp. 135-136; DGFP, D/II, núm. 184; DBFP 3/I, núms. 249, 252; Paul Schmidt, *op. cit*., pp. 84-85.

12 DBFP 3/I, núms. 250, 264.

13 Sir Nevile Henderson, *op. cit*., p. 137; Paul Schmidt, *op. cit*., p. 85.

14 DGFP D/II, núm. 186.

15 Sir Nevile Henderson, *op. cit*., p. 137; Paul Schmidt, *op. cit*., p. 85.

16 IMT, vol. 25, pp. 433-434, ND 388-PS.

17 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, *op. cit*., p. 65.

18 Nicolaus von Below, *At Hitler's Side: The Memoirs of Hitler's Luftwaffe Adjutant, 1937-1945*, Greenhill Books, 2001, p. 21.

19 Joseph Goebbels, *op. cit*., primero de septiembre de 1938.

20 Sir Nevile Henderson, *op. cit*., pp. 141-142.

21 Joseph Goebbels, *op. cit*., 2 de julio de 1938.

22 *Ibíd*., 6 de agosto de 1938.

23 Ulrich von Hassell, *The Von Hassell Diaries, 1938-1944*, Hamish Hamilton, 1948, p. 37.

24 Joseph Goebbels, *op. cit*., 16 de agosto de 1938.

25 Ulrich von Hassell, *op. cit*., p. 37.

26 Joseph Goebbels, *op. cit*., 16-21 de agosto de 1938.

27 Paul Stehlin, *Témoignage pour l'Histoire*, citado en Leonard Mosley, *The Reich Marshal: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, pp. 222-225.

28 Sir Nevile Henderson, *op. cit*., p. 146.

29 DBFP, II, núm. 257.

30 Sir Nevile Henderson, *op. cit*., p. 145.

31 William L. Shirer, *The Nightmare Years, 1930-1940*, Bantam, Nueva York, 1985, p. 337; John Toland, *Adolf Hilter*, Doubleday, 1976, p. 472; Willi Frischauer, *Goering*, Odhams, 1951, p. 160.

32 Max Domarus, ed., *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945*, 4 vols., Süddeutscher Verlag, Munich, 1965, vol. II, pp. 900-905.

33 Paul Schmidt, *op. cit*., p. 91.

34 Winston S. Churchill, *La Segunda Guerra Mundial*, vol. I: *Cómo se fraguó la tormenta*, vol. 1: *De guerra a guerra*, traducción de Juan G. de Lucas, Orbis, Barcelona, 1985, pp. 245-246.

35 William L. Shirer, *Berlin Diary*, Bonanza Books, Nueva York, 1984, pp. 142-143.

36 Diario de Helmuth Groscurth, 26 de septiembre de 1938, citado en Michael Bloch, *op. cit*., p. 195.

37 G.M. Gilbert, *Nuremberg Diary*, Eyre & Spottiswoode, 1948, p. 88.

38 William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1981, p. 515.

39 Wolfgang Paul, *Hermann Göring: Hitler Paladin or Puppet*?, Arms and Armour, 1998, pp. 174-175.

40 F. Genoud, ed., *The Testament of Adolf Hitler: The Hitler-Bormann Documents, February-April 1945*, pp. 67, 95-97, citado en Milan Hauner, *Hitler: A Chronology of his Life and Time*, Macmillan, 1983, p. 133.

KRISTALLNACHT

1 Diario de Göring, I, *Besprechungen*, publicado en el *Daily Herald* de Londres, 7-14 julio de 1945.

2 Diario de Ciano, I, 28 de octubre de 1938.

3 *Ibíd*., 23 de octubre de 1938.

4 Wolfgang Paul, *Hermann Göring: Hitler Paladin or Puppet*?, Arms and Armour, 1998, pp. 176-177.

5 NA, microfilme T-175, rollo 90, citado en Peter Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS*, Macmillan, 1990, pp. 238-239, y Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, The Penguin Press, Allen Lane, 2000, p. 130.

6 Testimonio de Goebbels rendido en la investigación del partido, IMT 3063-PS; Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut

für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 10 de noviembre de 1938.

7 *Der Stürmer*, 15 de noviembre de 1938.

8 Joseph Goebbels, *op. cit*., 10 de noviembre de 1938.

9 IMT 374-PS.

10 IMT 3063-PS.

11 *Ibíd*.

12 IMT 1816-PS.

13 IMT 3058-PS.

14 FO 371/21637.

15 IMT, vol. 9, pp. 275-276.

16 Fritz Hesse, *Hitler and the English*, Wingate, 1954, pp. 59-61.

17 IMT, vol. 9, pp. 276-277.

18 La incompleta versión estenográfica de la reunión del 12 de noviembre de 1938 se encuentra en IMT, vol. 27, 1816-PS.

19 Carl J. Burckhardt, *Meine Danziger Mission, 1937-1939*, Verlag Georg D.W. Callwey, Munich, 1960, p. 228.

20 Michael Burleigh, *The Third Reich: A New Story*, Macmillan, 2000, p. 316.

21 *Ibíd*., p. 230.

“LES PREPARARÉ UN GUISO QUE SE LES VA A ATORAR”

1 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, primero de enero de 1939.

2 *Ibíd*., 3, 4, 8, 11, 15 y 17 de enero de 1939.

3 *Ibíd*., 18 y 19 de enero de 1939.

4 *Ibíd*., 23 de enero de 1939.

5 ND 3575-PS.

6 Diario de Ciano, II, primero de enero de 1939.

7 *Völkischer Beobachter*, 31 de enero de 1939; Max Domarus, ed., *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945*, 4 vols., Süddeutscher Verlag, Munich, 1965, vol. II, p. 1058.

8 Henderson a la Foreign Office, 18 de febrero de 1939, FO 371/22965.

9 Sir Nevile Henderson, *Failure of a Mission: Berlin 1938-1939*, Hodder and Stoughton, 1940, p. 188; Henderson a Halifax, 15 y 22 de febrero de 1939, FO 800/315.

10 IMT, vol. 9, p. 301.

11 *Ibíd*.

12 Joseph Goebbels, *op. cit*., 11 de marzo de 1939.

13 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, *Memoirs*, Kimber, 1965, p. 78.

14 DGFP, serie D, IV, núm 209.

15 *Ibíd*., núm. 237.

16 IMT, vol. 9, p. 302.

17 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951, p. 124.

18 Heinrich Hoffmann, *Hitler Was My Friend*, Burke, 1955, p. 94.

19 Leonard y Renata Heston, *The Medical Casebook of Adolf Hitler*, Kimber, 1979, pp. 127-129.

20 IMT, vol. 9, p. 303.

21 Joseph Goebbels, *op. cit*., 20 de marzo de 1939.

22 Joseph Lipski, *Papers and Memoirs, 1933-1939*, núm. 137, citado en Michael Bloch, *Ribbentrop*, Bantam, 1992, p. 219; DGFP, D/VI, núm. 61.

23 Polish White Book, núm. 64.

24 DBFP, serie 3, IV, núm. 582.

25 Hans Bernd Gisevius, *To the Bitter End*, Greenwood Press, Westport, 1975, p. 363.

26 Informe del cónsul británico en Libia, FO 371/23808.

27 Diario de Ciano, II, 15 de marzo de 1939.

28 DGFP, serie D, VI, núm. 211.

29 Diario de Ciano, II, 17 de abril de 1939.

30 Henderson a Halifax, 3 de mayo de 1939, FO 800/315.

31 Joseph Goebbels, *op. cit*., 28 de marzo-15 de abril de 1939.

32 Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983, pp. 214-215.

33 French Yellow Book, núm. 123.

34 DBFP, serie 3, V, núms. 377 y 510.

35 Michael Bloch, *op. cit*., p. 227.

36 Dino Alfieri, *Dictators Face to Face*, p. 25, citado en Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Hermann Göring*, Heinemann, 1962, p. 193.

37 Diario de Ciano, II, 23 de mayo de 1939.

38 IMT, vol. 37, pp. 546-556; DGFP, serie D, VI, núm. 433; Max Domarus, *op. cit*., vol. II, pp. 1196-1201.

"TENGO AL MUNDO EN LA BOLSA"

1 *Nazi Conspiracy and Aggression*, VI, pp. 718-731, ND 3787-PS.

2 Nicolaus von Below, *At Hitler's Side: The Memoirs of Hitler's Luftwaffe Adjutant, 1937-1945*, Greenhill Books, 2001, p. 24.

3 *Völkischer Beobachter*, 27 de mayo de 1939.

4 Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983, pp. 219-220.

5 FO 371/23020.

6 Anthony Read y David Fisher, *The Deadly Embrace: Hitler, Stalin and the Nazi-Soviet Pact, 1939-1941*, Michael Joseph, 1988, pp. 106-109; DGFP, serie D, IV; FO 317/22990.

7 FO 800/316.

8 Wolfgang Paul, *Hermann Göring: Hitler Paladin or Puppet*?, Arms and Armour, 1998, p. 191.

9 *Nazi Conspiracy and Aggression*, VI, pp. 390-392, ND 2751-PS.

10 Diario de Ciano, II, 9 de agosto de 1939.

11 *Ibíd*., última entrada, 23 de diciembre de 1943.

12 *Ibíd*., 11 de agosto de 1939.

13 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951, p. 132..

14 Diario de Ciano, II, 23 de diciembre de 1943.

15 *Ibíd*., 13 de agosto de 1939.

16 Lord Edward Halifax, *Fulness of Days*, Collins, 1957, p. 209.

17 DGFP, serie D, VII, núm. 142.

18 Joachim von Ribbentrop, *The Ribbentrop Memoirs*, Weidenfeld and Nicolson, 1954, pp. 92-93; Heinrich Hoffmann, *Hitler Was My Friend*, Burke, 1955, p. 102.

19 Diario de Ciano, II, 22 de agosto de 1939.

20 DGFP, serie D, VII, núms. 183, 186; Ernst von Weizsäcker, *Memoirs*, Gollancz, 1951, p. 201.

21 Boletín confidencial del Ministerio de Propaganda núm. 188/39, BAK, Colección Oberheitmann, ZSg 109, citado en Ralf Georg Reuth, *Goebbels: The Life of Joseph Goebbels, the Mephistolean Genius of Nazi Propaganda*, Constable, 1993, pp. 252-253.

22 William L. Shirer, *Berlin Diary*, Bonanza Books, Nueva York, 1984, 4 de agosto de 1939.

23 IMT, vol. 41, pp. 16-30.

24 David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, p. 258.

25 IMT, vol. 41, pp. 16-30; DGFP, serie D, VII, núms. 192, 193.

26 *Ibíd*.

"SI PERDEMOS ESTA GUERRA, QUE DIOS TENGA PIEDAD DE NOSOTROS"

1 Sir Nevile Henderson, *Failure of a Mission: Berlin 1938-1939*, Hodder and Stoughton, 1940, p. 256; DGFP, serie D, VII, núm. 200; DBFP, serie 3, 161-163.

2 Ernst von Weizsäcker, *Memoirs*, Gollancz, 1951, p. 252.

3 Sir Nevile Henderson, *op. cit*., p. 257.

4 DGFP, serie D, VII, núm. 271.

5 Interrogatorio de Göring, 29 de agosto de 1945. *Nazi Conspiracy and Aggression* VIII, p. 354, ND TC-90.

6 Birger Dahlerus, *The Last Attempt*, Hutchinson, 1948, pp. 53-56; FO 371/22982 y 22991; FO 800/316.

7 Ulrich von Hassell, *The Von Hassell Diaries, 1938-1944*, Hamish Hamilton, 1948, p. 64.

8 Diario de Ciano, II, 26 de agosto de 1939.

9 DGFP, serie D, VII, núm. 272.

10 Birger Dahlerus, *op. cit*., pp. 55-66.

11 Diario de Himmler, citado en David Irving, *The War Path: Hitler's Germany, 1933-1939*, Macmillan, 1983, p. 256; Alan Bullock, *Hitler and Stalin: Parallel Lives*, HarperCollins, 1991, pp. 694-695.

12 Documentos de Weizsäcker, entrada de diario del 29 de agosto de 1939.

13 Sir Nevile Henderson, *op. cit*., pp. 264-267.

14 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951, pp. 150-153; sir Nevile Henderson, *op. cit*., pp. 269-272.

15 IMT, vol. 34, pp. 456-459, ND C-126; *Nazi Conspiracy and Aggression* VI, pp. 935-939.

16 Sir Nevile Henderson, *op. cit*., p. 275.

17 William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1981, p. 722.

18 DGFP, serie D, VII, núm. 558; Fritz Hesse, *Hitler and the English*, Wingate, 1954, pp. 83-87, citado en Michael Bloch, *Ribbentrop*, Bantam, 1992, pp. 259-260.

19 Franz von Sonnleithner, *Als Diplomat im Führerhauptquartier*, p. 13, citado en Michael Bloch, *op. cit*., p. 260.

20 Paul Schmidt, *op. cit*., pp. 156-158.

BLITZKRIEG

1 Peter Hoffmann, *Hitler's Personal Security*, MIT, Cambridge, 1979, p. 67.

2 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951, pp. 159-161.

3 David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, pp. 273-274.

4 DGFP, serie D, VIII, núm. 31.

5 Paul Latawski, en I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1995, pp. 903-906.

6 IMT, vol. 2, pp. 446-447, 477; vol. 3, pp. 20-25.

7 Paul Schmidt, *op. cit*., p. 162.

8 DGFP, serie D, VIII, pp. 140-145.

9 General Franz Halder, *Kriegstagebuch*, Kohlhammer, Stuttgart, 1963, 27 de septiembre de 1939.

10 Max Domarus, ed., *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945*, 4 vols., Süddeutscher Verlag, Munich, 1965, vol. III, p. 1393.

11 Diario de Canaris, inédito, p. 767.

12 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, *Memoirs*, Kimber, 1965, p. 99.

13 *Ibíd*., p. 101.

14 Ulrich von Hassell, *The Von Hassell Diaries*, *1938-1944*, Hamish Hamilton, 1948, 11 de octubre de 1939.

15 Helmut Krausnick, "Hitler und die Morde in Polen", *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, abril de 1963, p. 108, citado en Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Secker & Warburg, 1969, p. 298.

16 14ª Sección de Operaciones del Ejército, citado en Heinz Höhne, *op. cit*., p. 302.

17 General Franz Halder, *op. cit*., 19 de septiembre de 1939.

18 *Ibíd*., 20 de septiembre de 1939.

19 IMT, ND 3363-PS.

20 William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1981, p. 795.

21 IMT, vol. 1, p. 297.

22 *Ibíd*., vol. 26, pp. 255-257, ND 686-PS.

23 IfZ, ZS 627 (General Wilhelm Ulex), fol. 124, citado en Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, The Penguin Press, Allen Lane, 2000, p. 248.

24 William L. Shirer, *op. cit*., p. 797; Anthony Read y David Fisher, *The Deadly Embrace: Hitler, Stalin and the Nazi-Soviet Pact*, *1939-1941*, Michael Joseph, 1988, pp. 359-360.

25 IMT, vol. 4, p. 547, ND EC-410.

26 *Ibíd*., p. 543, ND 1375-PS.

27 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 10 de octubre de 1939.

28 *Ibíd*., 2 de noviembre de 1939.

29 *Ibíd*., 17 de octubre de 1939.

“AMARILLA”

1 Ulrich von Hassell, *The Von Hassell Diaries, 1938-1944*, Hamish Hamilton, 1948, p. 102, citando a Ilse Göring.

2 Nicolaus von Below, *At Hitler's Side: The Memoirs of Hitler's Luftwaffe Adjutant, 1937-1945*, Greenhill Books, 2001, p. 50.

3 BAK, R55/422, citado en Ralf Georg Reuth, *Goebbels: The Life of Joseph Goebbels, the Mephistolean Genius of Nazi Propaganda*, Constable, 1993, p. 280.

4 Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983, pp. 243-244.

5 *Ibíd*., p. 244; Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Picador, 1996, p. 216.

6 IMT, ND EC-606.

7 Sumner Welles, *The Time for Decision*, Harper, Nueva York, 1944, p. 75.

8 *Ibíd*., pp. 76-78.

9 Nicolaus von Below, *op. cit*., p. 54.

10 DGFP, serie D, VIII, núm. 663.

11 Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 1: *The Gathering Storm*, Penguin, 1985, p. 531.

12 DGFP, serie D, IX, núm. 53.

13 IMT, vol. 9, pp. 337-339.

14 I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1995, p. 318; William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1981, p. 870.

15 Adolfo Hitler, *Hitler's Secret Conversations*, Signet, Nueva York, 1961, p. 94.

16 Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 2: *Their Finest Hour*, Penguin, 1985, p. 38.

17 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951, p. 176.

18 Diario de Jodl, inédito. En el Imperial War Museum, Londres, 24 de mayo de 1940.

19 William L. Shirer, *op. cit*., pp. 879-880.

20 Winston S. Churchill, *The Second World War:* vol. 2..., *op. cit*., pp. 102-104.

21 Diario de Ciano, II, 18-19 de junio de 1940.

22 William L. Shirer, *Berlin Diary*, Bonanza Books, Nueva York, 1984, 21 de junio de 1940.

ÁGUILAS Y LEONES MARINOS

1 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 3 de julio de 1940.

2 Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983, pp. 248-249.

3 Joseph Goebbels, *op. cit*., 13 y 23 de junio de 1940.

4 Willi A. Boelcke, ed., *Kriegspropaganda 1939-1941: Geheime Ministerkonferenzen im Reichspropaganda ministerium*, Stuttgart, 1966, p. 417, citado en Ralf Georg Reuth, *Goebbels: The Life of Joseph Goebbels, the Mephistolean Genius of Nazi Propaganda*, Constable, 1993, p. 273.

5 Karl Klee, *Dokumente zum Unternehmen Seelöwe*, p. 296: carta del mayor y barón Sigismund von Falkenstein al general Otto Hoffmann von Waldau, 25 de junio de 1940, citada en David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, p. 292.

6 William L. Shirer, *Berlin Diary*, Bonanza Books, Nueva York, 1984, 19 de julio de 1940.

7 Max Domarus, ed., *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945*, 4 vols., Süddeutscher Verlag, Munich, 1965, vol. III, pp. 1540-1559.

8 Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 2: *Their Finest Hour*, Penguin, 1985, pp. 229-230.

9 William L. Shirer, *op. cit*., 23 de julio de 1940.

10 Malcolm Smith, en I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1995, p. 159.

11 PRO, Premier Papers, 3/14/2.

12 William L. Shirer, *op. cit*., 26 de agosto de 1940.

13 Max Domarus, ed., *op. cit*., vol. III, p. 1580.

14 IMT, vol. 9, p. 340.

15 Malcolm Smith, en I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, *op. cit*., p. 163.

16 Alfred Price, en I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, *op. cit*., pp. 138-139.

17 IMT, vol. 9, p. 340.

18 Joseph Goebbels, *op. cit*., 29 de marzo y 1º de abril de 1941.

19 Diario de Ciano, II, 12 de octubre de 1940.

20 DGFP, serie D, vol. XI, núm. 118.

21 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951, p. 215.

22 Valentin Berezhkov, *History in the Making*, Progress Publishers, Moscú, 1982, p. 28.

23 Winston S. Churchill, *op. cit*., p. 516.

24 Nazi-Soviet Relations, pp. 218 ss.; Winston S. Churchill, *op. cit*., pp. 512-518; Valentin Berezhkov, *op. cit*., pp. 33-38; Paul Schmidt, *op. cit*., pp. 209-220.

"EL MUNDO ENTERO CONTENDRÁ EL ALIENTO"

1 William L. Shirer, *Berlin Diary*, Bonanza Books, Nueva York, 1984, primero de diciembre de 1940.

2 I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1995, p. 1288; Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Secker & Warburg, 1969, p. 462; Peter Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS*, Macmillan, 1990, p. 300.

3 Hans-Günther Seraphim, "SS Verfügunstruppe und Wehrmacht", en *Wehrwissenschaftliche Rundschau*, 12 (1955), citado en Heinz Höhne, *op. cit*., p. 457.

4 IMT, vol. 9, p. 415.

5 G.H. Stein, *The Waffen SS*, Oxford University Press, Oxford, 1966, tabla reproducida en I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *op. cit*., pp. 1047-1048.

6 Helmut Krausnik *et al*., "Denkschrift Himmlers über die Behandlung der Fremdvölkischen im Osten (Mai 1940)", *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte* 5 (1957), pp. 194-198.

7 Hoja de instrucciones de los Heyde Trial Documents, pp. 210-211, reproducida en Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, Basic Books, Nueva York, 1986, p. 69.

8 Heyde Trial Documents, pp. 293-295, reproducidos en Robert Jay Lifton, *op. cit*., pp. 71-72.

9 Robert Jay Lifton, *op. cit*., pp. 78-79.

10 Nazi-Soviet Relations, pp. 260-262; IMT, vol. 26, pp. 47-52.

11 Walter Schellenberg, *The Schellenberg Memoirs*, André Deutsch, 1956, p. 179.

12 Max Domarus, ed., *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945*, 4 vols., Süddeutscher Verlag, Munich, 1965, vol. III, pp. 1652-1653.

13 Karl Schnurre, entrevista personal con el autor.

14 DGFP, serie D, vol. 9, núm. 640.

15 Combined Services Detailed Interrogation Centre, GRGG 354, citado en David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, p. 312.

16 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, *Memoirs*, Kimber, 1965, pp. 138-139.

17 DGFP, serie D, vol. 12, núms. 383-385; IMT, vol. 15, p. 422, testimonio de Jodl; IMT, vol. 9, pp. 333 ss., testimonio de Göring.

18 Michael Bloch, *Ribbentrop*, Bantam, 1992, p. 323.

19 IMT, vol. 9, p. 336.

20 Goralski, p. 158.

21 Alfred Price, en I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *op. cit*., p. 140.

22 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951, p. 233.

23 Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983, p. 250.

24 *Ibíd*., p. 251.

25 Max Domarus, ed., *op. cit*., vol. III, p. 1714.

26 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 14 de mayo de 1941.

27 Albert Speer, *op. cit*., p. 253.

28 Joseph Goebbels, *op. cit*., 6 de marzo de 1943.

29 H.R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, Macmillan, 1987, p. 45.

30 Heinrich Hoffmann, *Hitler Was My Friend*, Burke, 1955.

31 Alfred Rosenberg, *Letzte Aufzeichnungen*, citado en Joachim C. Fest, *The Face of the Third Reich*, Weidenfeld and Nicolson, 1970, p. 198.

32 Albert Speer, *op. cit*., p. 252.

33 General Franz Halder, *Kriegstagebuch*, Kohlhammer, Stuttgart, 1963, 8 de mayo de 1941.

34 Callum MacDonald, *The Lost Battle: Crete, 1941*, Macmillan, 1993, p. 301; I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *op. cit*., pp. 275-277.

“LA MAYOR OPERACIÓN DE ENGAÑO EN LA HISTORIA MILITAR”

1 Adolf Galland, *The First and the Last*, Methuen, 1955, citado en Leonard Mosley, *The Reich Marshal: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, pp. 272-273.

2 IMT, vol. 9, p. 349; ND 2718-PS.

3 IMT, vol. 4, pp. 4-7; ND EC-126.

4 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 31 de mayo de 1941.

5 Rudolf Semmler, *Goebbels – The Man Next to Hitler*, Westhouse, 1947, p. 39.

6 Joseph Goebbels, *op. cit*., 14 y 15 de junio de 1941.

7 Diario de Ciano, II, 2 de junio de 1941.

8 Anthony Read y David Fisher, *The Deadly Embrace: Hitler, Stalin and the Nazi-Soviet Pact, 1939-1941*, Michael Joseph, 1988, pp. 598-599, citando a Dahlerus y Welles.

9 Valentin Berezhkov, *History in the Making*, Progress Publishers, Moscú, 1982, p. 72.

10 Barton Whaley, *Codeword Barbarossa*, MIT Press, Cambridge, 1973, p. 179; Anthony Read y David Fisher, *op. cit*., pp. 598-599, citando a Wheatley.

11 Felix Kersten, *The Kersten Memoirs, 1940-1945*, Hutchinson, 1956, p. 173.

12 Walter Warlimont, *Inside Hitler’s Headquarters, 1939-1945*, Weidenfeld & Nicolson, 1964, p. 123; General Franz Halder, *Kriegstagebuch*, Kohlhammer, Stuttgart, 1963, 13 de marzo de 1941; IMT, ND PS-447.

13 Götz Aly, “*Endlösung*”*: Völkerverschiebung und der Mord an den europäischen Juden*, Francfort del Meno, 1995, citado en Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, The Penguin Press, Allen Lane, 2000, p. 354.

14 General Franz Halder, *op. cit*., vol. 2, pp. 335-337, 30 de marzo de 1941; Walter Warlimont, *op. cit*., p. 162; IMT, vol. 7, pp. 396-397.

15 Nicolaus von Below, *At Hitler’s Side: The Memoirs of Hitler’s Luftwaffe Adjutant, 1937-1945*, Greenhill Books, 2001, p. 102.

16 Leonard Mosley, *op. cit*., pp. 274-275, entrevista con Kammhuber.

17 DGFP, serie D. vol. 12, núm. 660.

18 Joseph Goebbels, *op. cit*., 22 de junio de 1941.

19 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951, p. 234.

20 *Ibíd*., pp. 234-235; Anthony Read y David Fisher, *op. cit*., pp, 637-639; Erich F. Sommer, *Das Memorandum: Wie der Sowjetunion der Krieg erklärt wurde*, Herbig, Munich, 1981, pp. 164-169, 245-266, y entrevistas personales; Valentin Berezhkov, *op. cit*., pp. 76-79.

BARBARROJA

1 John Erickson, *The Road to Stalingrad: Stalin's War with Germany*, vol. 1, Weidenfeld and Nicolson, 1983, p. 98; I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1995, p. 109; *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. IV, p. 72.

2 Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, The Penguin Press, Allen Lane, 2000, p. 393; Anthony Read y David Fisher, *The Deadly Embrace: Hitler, Stalin and the Nazi-Soviet Pact, 1939-1941*, Michael Joseph, 1988, p. 7; I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *op. cit*., pp. 109-110.

3 Peter Hoffmann, *Hitler's Personal Security*, MIT, Cambridge, 1979, pp. 216-231.

4 Wolfgang Paul, *Hermann Göring: Hitler Paladin or Puppet*?, Arms and Armour, 1998, p. 219.

5 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951, pp. 248-249.

6 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 30 de junio y primero, 5 y 30 de julio de 1941; Max Domarus, ed., *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945*, 4 vols., Süddeutscher Verlag, Munich, 1965, vol. III, p. 1740, n. 323.

7 General Franz Halder, *Kriegstagebuch*, Kohlhammer, Stuttgart, 1963, pp. 446-447, 3 de julio de 1941.

8 OKW KTB, vol. I, p. 1021; *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. IV, p. 487.

9 IMT, vol. 34, pp. 298-302; ND C-74.

10 IMT, vol. 38, pp. 86-94; ND L-221; DGFP, serie D, núm. 114.

11 John Erickson, *op. cit*., pp. 138, 141-142; Anthony Read y David Fisher, *op. cit*., p. 648.

12 Anthony Read y David Fisher, *op. cit*., pp. 650-651.

13 Ernst Heinkel, *Stürmisches Leben*, citado en Wolfgang Paul, *op. cit*., pp. 222-223.

14 *Ibíd*.

15 K. Wolff, "Eichmanns Chef Heinrich Himmler", *Neue Illustrierte*, 23 de abril de 1961; caso del juicio contra Karl Wolff, Tribunal Provincial Munich II, referencia 10a Js 39/60, citado en Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Secker & Warburg, 1969, pp. 365-366; Peter Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS*, Macmillan, 1990, p. 63, pp. 342-343.

16 J. Noakes y G. Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945: A Documentary Reader*, 4 vols., Exeter, 1983-1998, vol. III, núm. 824.

17 *Ibíd*., núm. 826.

18 *Ibíd*., núm. 825; IMT, vol. 9, pp. 517-520, ND 710-PS.

19 Rudolf Höss, *Commandant of Auschwitz*, Weidenfeld and Nicolson, 1959, pp. 207-208.

20 Ian Kershaw, *op. cit*., p. 468; IMT ND NO-3137.

21 *Ibíd.;* Martin Gilbert, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Collins, 1986, pp. 201-206; Heinz Höhne, *op. cit*., pp. 360-361; Goralski, p. 176.

22 Gerald Fleming, *Hitler und die Endlösung*, Wiesbaden/ Munich, 1981, p. 86, citado en Ian Kershaw, *op. cit*., p. 464.

23 General Franz Halder, *op. cit*., p. 506, 11 de agosto de 1941.

24 Joseph Goebbels, *op. cit*., 19 de agosto de 1941.

25 Michael Bloch, *Ribbentrop*, Bantam, 1992, p. 338.

26 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, *Memoirs*, Kimber, 1965, p. 177.

27 Joseph Goebbels, *op. cit*., 18, 19 y 20 de agosto de 1941.

28 *Das Reich*, 16 de noviembre de 1941.

29 James McGovern, *Martin Bormann*, Arthur Barker, 1968, pp. 65-66.

30 Joseph Goebbels, *op. cit*., 15 de agosto de 1941.

31 Leonard Mosley, *The Reich Marshal: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, pp. 277-278, citando a Bodenschatz; Wolfgang Paul, *op. cit*., pp. 221-222.

32 Alan Bullock, *Hitler and Stalin: Parallel Lives*, HarperCollins, 1991, p. 810, citando a A. Zoller, ed., *Hitler Privat*, Düsseldorf, 1949, p. 160.

33 Max Domarus, ed., *op. cit*., vol. III, pp. 1759-1763.

34 Joseph Goebbels, *op. cit*., 10 de octubre de 1941; Rudolf Semmler, *Goebbels – The Man Next to Hitler*, Westhouse, 1947, p. 56.

35 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, *op. cit*., p. 166.

LA SOLUCIÓN FINAL

1 DGFP, serie D, núm. 512.

2 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951, pp. 236-237.

3 IMT, vol. 10, p. 297.

4 Diario de Ciano, II, 8 de diciembre de 1941.

5 Ernst von Weizsäcker, *Memoirs*, Gollancz, 1951, p. 328.

6 Paul Schmidt, *op. cit*., pp. 237-238.

7 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 8 de diciembre de 1941.

8 Joseph Goebbels, *Das eherne Herz: Reden und Aufsätze aus den Jahren 1941/42*, pp. 134 ss., citado en Ralf Georg Reuth, *Goebbels: The Life of Joseph Goebbels, the Mephistolean Genius of Nazi Propaganda*, Constable, 1993, p. 301.

9 General Franz Halder, *Hitler als Feldherr*, Münchener-Dom Verlag, Munich, 1949, p. 45.

10 Goralski, pp. 204-205.

11 Diario de Ciano, II, 4 de febrero de 1942.

12 Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983, p. 283.

13 *Ibíd*.

14 *Ibíd*., pp. 283-285.

15 *Ibíd*., pp. 285-286.

16 *Ibíd*., pp. 288-290.

17 *Ibíd*., pp. 290-291.

18 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, Memoirs, Kimber, 1965, p 168.

19 *Ibíd*., pp. 168-169.

20 Walter Schellenberg, *The Schellenberg Memoirs*, André Deutsch, 1956, p. 358.

21 Nicolaus von Below, *At Hitler's Side: The Memoirs of Hitler's Luftwaffe Adjutant, 1937-1945*, Greenhill Books, 2001, p. 148.

22 I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1995, pp. 690, 279; M.R.D. Foot, *SOE: An Outline History of the Special Operations Executive*, *1940-1946*, BBC, 1984, pp. 200-201.

23 Martin Gilbert, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Collins, 1986, p. 177.

24 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*..., *op. cit*., 24 de septiembre de 1941.

25 Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Secker & Warburg, 1969, p. 378.

26 IMT, vol. 42, p. 546.

27 IMT, ND NG-2586-G; J. Noakes y G. Pridham, eds., *Nazism*, *1919-1945: A Documentary Reader*, 4 vols., Exeter, 1983-1998, vol. III, núm. 849.

28 Interrogatorio de Eichmann previo a su juicio, usado en el Juicio de Eichmann, 20 de junio de 1961, sesión 75, citado en Martin Gilbert, *op. cit*., p. 283.

29 SS-*Obersturmführer* Kurt Gerstein, citado en Heinz Höhne, op. cit., pp. 375-376.

30 Peter Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS*, Macmillan, 1990, pp. 389-395; Rudolf Höss, *Commandant of Auschwitz*, Weidenfeld and Nicolson, 1959, pp. 207-208.

31 Rudolf Höss, *op. cit*., pp. 207-208.

32 NA, T-175, RFSS, microfilme 122.

EL PRINCIPIO DEL FIN

1 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 19 de marzo de 1942.

2 Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983, pp. 308-309.

3 ND 016-PS.

4 IMT, vol. 7, p. 260.

5 Georgi Konstantinovich Zhukov, pp. 388-424; John Erickson, *The Road to Stalingrad: Stalin's War with Germany*, Weidenfeld and Nicolson, 1983, pp. 430-472; Anthony Read y David Fisher, *The Fall of Berlin*, Hutchinson, 1992, pp. 98-99.

6 General Franz Halder, *Hitler als Feldherr*, Münchener-Dom Verlag, Munich, 1949, pp. 50-52.

7 Max Domarus, ed., *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945*, 4 vols., Süddeutscher Verlag, Munich, 1965, vol. III, p. 1931.

8 Conversación telefónica intervenida por los italianos: Ugo Cavallero, *Diario*, Roma, 1948, citado en David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, pp. 365-366.

9 *Ibíd*., p. 366.

10 NA, filme T84/6/5269 y 5870 ss., citado en David Irving, *op. cit*., pp. 366 y 536 (notas).

11 Nicolaus von Below, *At Hitler's Side: The Memoirs of Hitler's Luftwaffe Adjutant, 1937-1945*, Greenhill Books, 2001, p. 157.

12 Joachim von Ribbentrop, *The Ribbentrop Memoirs*, Weidenfeld and Nicolson, 1954, pp. 168-169; *Nazi Conspiracy and Aggression*, suplemento B, pp. 1203-1204, 1241; Michael Bloch, *Ribbentrop*, Bantam, 1992, p. 361.

13 Max Domarus, ed., *op. cit*., vol. III, p. 1938.

14 Nicolaus von Below, *op. cit*., pp. 157-158.

15 Leonard Mosley, *The Reich Marshal: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, p. 295, citando el expediente del interrogatorio de Göring por la US Military Intelligence en el centro de interrogatorios de Augsburgo, mayo de 1945.

16 Antony Beevor, *Stalingrad*, Penguin, 1999, apéndice 1, pp. 439-440.

17 Mariscal de campo Erwin Rommel, *The Rommel Papers*, Collins, 1953, pp. 366-369; Desmond Young, *Rommel*, Collins, 1950, pp. 179-180; Leonard Mosley, *op. cit*., p. 292; Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Hermann Göring*, Heinemann, 1962, p. 254.

18 *Ibíd*.

19 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951, p. 260.

20 Diario de Milch y nota manuscrita, citados en David Irving, *op. cit*., p. 373.

21 Diario de Ciano, II, primero de diciembre de 1942.

22 *Ibíd*., 2 de diciembre de 1942.

23 *Ibíd*., 3 de diciembre de 1942.

24 Joseph Goebbels, *op. cit*., 23 de enero de 1943.

25 D.F. Morzik, *German Air Force Airlift Operations*, p. 191, citado en Antony Beevor, *op. cit*., p. 360.

26 Max Domarus, ed., *op. cit*., vol. III, p. 1974.

27 *Ibíd*., p. 1979.

"¿QUIEREN GUERRA TOTAL?"

1 IMT, vol. 9, p. 440.

2 Wolfgang Paul, *Hermann Göring: Hitler Paladin or Puppet*?, Arms and Armour, 1998, p. 233.

3 Richard Overy, *Goering: The "Iron Man*", Routledge & Kegan Paul, 1984, p. 212.

4 David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, p. 377.

5 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 8 de febrero de 1943.

6 Nicolaus von Below, *At Hitler's Side: The Memoirs of Hitler's Luftwaffe Adjutant, 1937-1945*, Greenhill Books, 2001, p. 164.

7 BA-MA, MD 57, 3046, y notas taquigráficas tomadas por Koller, citadas en David Irving, *op. cit*., pp. 378-379.

8 Joseph Goebbels, *op. cit*., 2 de febrero de 1943.

9 Helmut Heiber, ed., *Goebbels Reden, 1932-1939*, Munich, 1971, pp. 172 ss.

10 Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983, p. 355.

11 Joseph Goebbels, *op. cit*., 2 de marzo de 1943.

12 Albert Speer, *op. cit*., p. 357.

13 *Ibíd*., p. 358.

14 *Ibíd*., p. 360.

15 Albert Speer, borrador de memorias de Nuremberg, citado en Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Picador, 1996, p. 373.

16 Goralski, p. 257.

17 Joseph Goebbels, *op. cit*., primero de marzo de 1943.

18 *Ibíd*., 2 de marzo de 1943.

19 *Ibíd*.

20 *Ibíd*.

21 Gitta Sereny, *op. cit*., p. 374.

22 BA-MA, MD 62, 546 ss., citado en David Irving, *op. cit*., pp. 382-383.

23 Albert Speer, *op. cit*., pp. 364-365; Gitta Sereny, *op. cit*., p. 375.

24 Albert Speer, *op. cit*., pp. 364-365.

25 Anthony Read y David Fisher, *The Fall of Berlin*, Hutchinson, 1992, p. 114.

26 Peter Hoffmann, *Hitler's Personal Security*, MIT, Cambridge, 1979, p. 258.

27 H.R. Trevor-Roper, ed., *The Bormann Letters*, Weidenfeld and Nicolson, 1954, p. 126.

28 Karl Dietrich Bracher, *The German Dictatorship: The Origins, Structure and Consequences of National Socialism*, Penguin, 1991, p. 519.

29 IMT, ND 2171-PS.

30 Norman Davies, *God's Playground: A History of Poland*, vol. II, p. 463, citado en Alan Bullock, *Hitler and Stalin: Parallel Lives*, HarperCollins, 1991, p. 892.

31 IMT, ND 1919-PS.

32 Joanna Hanson, en I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1995, p. 1260; Peter Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS*, Macmillan, 1990, p. 448; Martin Gilbert, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Collins, 1986, pp. 557 ss.

33 *Nazi Conspiracy and Aggression*, vol. 3, pp. 719-775, ND 1061-PS.

34 *The Crime of Katyn: Facts and Documents*, Polish Cultural Foundation, 1965, pp. 101, 114 ss., 214 ss.

35 David Irving, *op. cit*., p. 384.

36 Joseph Goebbels, *op. cit*., 16 y 25 de mayo de 1943.

37 Rudolf Semmler, *Goebbels – The Man Next to Hitler*, Westhouse, 1947, p. 88.

38 Bernard Fitzsimons, ed., *Warplanes and Air Battles of World War II*, Phoebus, 1973, pp. 92-93.

39 I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *op. cit*., p. 523.

40 Adolf Galland, citado en Bernard Fitzsimons, ed., *op. cit*., p. 93.

“¡LLÁMENME MEIER!”

1 Felix Gilbert, ed., *Hitler Directs His War*, Oxford University Press, Nueva York, 1951, pp. 40, 44.

2 Adolf Galland, citado en Leonard Mosley, *The Reich Marshal: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, p. 303.

3 *Ibíd*., p. 304.

4 I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1995, p. 1001.

5 Goralski, p. 277.

6 *Ibíd*.

7 Nicolaus von Below, *At Hitler's Side: The Memoirs of Hitler's Luftwaffe Adjutant, 1937-1945*, Greenhill Books, 2001, p. 179.

8 Martin Gilbert, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Collins, 1986, p. 623.

9 Noble Frankland, *Bombing: The RAF Case*, en Bernard Fitzsimons, ed., *Warplanes and Air Battles of World War* II, Phoebus, 1973, p. 145.

10 Rudolf Semmler, *Goebbels – The Man Next to Hitler*, Westhouse, 1947, p. 97.

11 PRO, WO208/4133.

12 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 30 de noviembre de 1943.

13 Telegramas de Goebbels a Hitler, navidad de 1943 y año nuevo de 1944, BAK, NL 118/100, citados en Ralf Georg Reuth, *Goebbels: The Life of Joseph Goebbels, the Mephistolean Genius of Nazi Propaganda*, Constable, 1993, p. 324.

14 Nicolaus von Below, *op. cit*., p. 197.

15 IMT, vol. 9, pp. 355-357.

16 *Ibíd*., pp. 357-360.

17 PRO, WO208/685A; FO Report núm. 794. H. Knatchbull Hugesson a Ministerio del Exterior.

18 Ingeborg Fleischhauer, *Die Chance des Sonderfriedens: Deutschsowjetische Geheimgespräche, 1941-1945*, Siedler, Berlín, 1986, pp. 183-184.

19 I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *op. cit*., p. 853.

20 Alan Bullock, *Hitler and Stalin: Parallel Lives*, HarperCollins, 1991, p. 919; David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, p. 427.

21 Goralski, pp. 319, 329, 335.

EL ÚLTIMO LANCE DE DADOS

1 Fabian von Schlabrendorff, *Revolt Against Hitler*, Eyre and Spottiswoode, 1948, pp. 103 ss.; Peter Hoffmann, *The History of the German Resistance*, Macdonald and Jane's, 1977, pp. 317-324.

2 Felix Kersten, *The Kersten Memoirs, 1940-1945*, Hutchinson, 1956, p. 201.

3 Michael Bloch, *Ribbentrop*, Bantam, 1992, p. 403n.

4 H.R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, Macmillan, 1987, pp. 35-36.

5 *Ibíd*.

6 J. von Lang, *Der Adjutant: Karl Wolff; Der Mann zwischen Hitler und Himmler*, Herbig, Munich, 1985, p. 251, citado en Peter Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS*, Macmillan, 1990, p. 509.

7 Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983, p. 520.

8 Diario de Karl Thöt, citado en David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, p. 433.

9 William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1981, p. 1286.

10 Fabian von Schlabrendorff, *op. cit*., p. 113.

11 Detalles del juicio: Peter Hoffmann, *op. cit*., pp. 525-527.

12 Detalles de la ejecución: Gedenkstätte Deutscher Widerstand.

13 Peter Hoffmann, *op. cit*., p. 527.

14 Peter Longerich, *Joseph Goebbels und der Totale Krieg*, pp. 289 ss., citado en Ralf Georg Reuth, *Goebbels: The Life of Joseph Goebbels, the Mephistolean Genius of Nazi Propaganda*, Constable, 1993, pp. 329-330.

15 Rudolf Semmler, *Goebbels – The Man Next to Hitler*, Westhouse, 1947, pp. 146-147.

16 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur,

Munich, 1987, 1995, 2000, 23 de julio de 1944.

17 Viktor Reimann, *The Man Who Created Hitler: Joseph Goebbels*, Kimber, 1976, p. 305.

18 *Ibíd*., p. 306.

19 Veit Harlan, *Im Schatten meiner Filme: Selbsbiographie*, Gütersloh, 1966, pp. 184, 187-188, citado en Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, The Penguin Press, Allen Lane, 2000, p. 713.

20 Fritz Hesse, *Das Spiel um Deutschland, Munich, 1953; Hitler and the English*, Wingate, Londres, 1954, pp. 190-192, citado en Martin Gilbert, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Collins, 1986, p. 711, y Michael Bloch, *op. cit*., p. 416.

21 John Erickson, *The Road to Berlin: Stalin's War with Germany*, vol. 2, Weidenfeld and Nicolson, 1983, n. 84, cap. 14; Peter Padfield, *op. cit*., p. 524.

22 Joanna K.M. Hanson, *The Civilian Population and the Warsaw Uprising of 1944*, Cambridge University Press, 1982., pp. 85, 202, y en I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1995, pp. 1261-1262.

23 Heinz Guderian, *Panzer Leader*, Ballantine Books, Nueva York, 1952, p. 356.

24 Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Picador, 1996, pp. 309-310.

25 Comunicación personal con el autor del desaparecido F.W. Winterbotham.

26 Albert Speer, *op. cit*., p. 751, n. 19.

27 Peter Padfield, *op. cit*., pp. 540-543; IfZ, MA 315, fotogramas 2614201 ss.

28 William Willemer, *The German Defence of Berlin*, HQ USAREUR, Berlín, 1953, pp. 40-42.

29 Walter Dornberger, citado en Wolfgang Paul, *Hermann Göring: Hitler Paladin or Puppet*?, Arms and Armour, 1998, p. 243.

30 Joseph Goebbels, *op. cit*., 4 de diciembre de 1944.

31 Rudolf Semmler, *op. cit*., pp. 174-175.

32 Callum Macdonald, *The Battle of the Bulge*, Macmillan, 1984, citado en I.C.B. Dear y M.R.D. Foot, eds., *op. cit*., p. 52.

33 Wolfgang Paul, *op. cit*., p. 248.

34 Orden de HG núm. 11, 16 de enero de 1945, BA-MA, Lw 104/3, citada en David Irving, *op. cit*., p. 451.

GÖTTERDÄMMERUNG

1 Heinz Guderian, *Panzer Leader*, Ballantine Books, Nueva York, 1952, p. 315; teniente general Bernd Freytag von Loringhoven, entrevista personal.

2 Condición de Hitler: teniente general Bernd Freytag von Loringhoven, entrevista personal; Heinz Guderian, *op. cit*., p. 443; Gerhard Boldt, *Die letzten Tage*, Rowohlt, Hamburgo, 1947, pp. 39-40, 82.

3 Heinz Guderian, *op. cit*., p. 315.

4 Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983, pp. 566-567.

5 Heinz Guderian, *op. cit*., p. 334; Anthony Read y David Fisher, *The Fall of Berlin*, Hutchinson, 1992, p. 223.

6 Danuta Czech, *Auschwitz Chronicles, 1939-1945*, I.B. Tauris, 1990, p. 804; John Erickson, *The Road to Berlin: Stalin's War with Germany*, vol. 2, Weidenfeld and Nicolson, 1983, p. 459; Anthony Read y David Fisher, *op. cit*., p. 212.

7 Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000, 28 de enero de 1945.

8 John Toland, *The Last 100 Days*, Random House, Nueva York, 1966, p. 17.

9 Albert Speer, *op. cit*., pp. 567-568.

10 *Ibíd*.

11 *Ibíd*., p. 577.

12 Max Domarus, ed., *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945*, 4 vols., Süddeutscher Verlag, Munich, 1965, vol. III, pp. 2195-2198.

13 H.R. Trevor-Roper, ed., *The Bormann Letters*, Weidenfeld and Nicolson, 1954, p. 164.

14 Albert Speer, *op. cit*., p. 571.

15 V.I. Chuikov, *The End of the Third Reich*, Progress Publishers, Moscú, 1978, p. 120.

16 Heinz Guderian, *op. cit*., pp. 324-344; teniente general Bernd Freytag von Loringhoven, entrevista personal.

17 NA, filme T321/10/6800 ss., citado en David Irving, Göring, Macmillan, 1989, p. 454 y nota.

18 Rudolf Semmler, *Goebbels – The Man Next to Hitler*, Westhouse, 1947, pp. 180-181.

19 Joseph Goebbels, *op. cit*., 28 de febrero de 1945.

20 Rudolf Semmler, *op. cit*., p. 179.

21 R. Hewins, *Count Folke Bernadotte: His Life and Work*, Hutchinson, 1949, pp. 109 y 118, citado en Peter Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS*, Macmillan, 1990, p. 565.

22 Felix Kersten, *The Kersten Memoirs, 1940-1945*, Hutchinson, 1956, pp. 276-277.

23 Joseph Goebbels, *op. cit*., 16 de marzo de 1945.

24 Documentos de Heinrici; Anthony Read y David Fisher, *op. cit*., pp. 264-266; Cornelius Ryan, *The Last Battle*, Collins, 1966, pp. 82-85; John Toland, *op. cit*., pp. 260-261.

25 Heinz Guderian, *op. cit*., pp. 340-343.

26 Joseph Goebbels, *op. cit*., 11 de marzo de 1945.

27 *Ibíd*., 14 de marzo de 1945.

28 Rudolf Semmler, *op. cit*., p. 185.

29 *Zeitschrift für Militärgeschichte*, núm. 2, 1965, GDR Military Publishing House, Potsdam.

30 Joseph Goebbels, *op. cit*., 11 de marzo de 1945.

31 *Ibíd*., 26 de marzo de 1945.

32 *Ibíd*., 31 de marzo de 1945.

33 H.R. Trevor-Roper, ed., *op. cit*., pp. 177-178.

34 Albert Speer, *op. cit*., pp. 618-619; Cornelius Ryan, *op. cit*., pp. 142-144, 292-293, 302-303.

35 Albert Speer, *op. cit*., p. 619.

36 Rudolf Semmler, op. cit., pp. 192 ss.

37 Albert Speer, *op. cit*., p. 619.

38 John Erickson, *op. cit*., p. 538; V.I. Chuikov, *op. cit*., p. 140.

EL FIN DEL CAMINO

1 Viktor Reimann, *The Man Who Created Hitler: Joseph Goebbels*, Kimber, 1976, pp. 313-315.

2 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, *Memoirs*, Kimber, 1965, p. 198.

3 Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983, p. 633.

4 David Irving, *Göring*, Macmillan, 1989, p. 460, citando a SAIC/X/5, 24 de mayo de 1945.

5 Karl Koller, *Der letzte Monat*, Bechtle, Munich, 1985, p. 21.

6 *Ibíd*., pp. 45-50.

7 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, *op. cit*., pp. 200-203; Gerhard Boldt, *Die letzten Tage*, Rowohlt, Hamburgo, 1947, pp. 121-124; Karl Koller, *op. cit*., p. 54; teniente general Bernd Freytag von Loringhoven, entrevista personal.

8 Walter Schellenberg, *The Schellenberg Memoirs*, André Deutsch, 1956, p. 448.

9 Albert Speer, *op. cit*., p. 644.

10 Mariscal de campo Wilhelm Keitel, *op. cit*., p. 214.

11 Wolfgang Paul, *Hermann Göring: Hitler Paladin or Puppet*?, Arms and Armour, 1998, p. 259.

12 Albert Speer, *op. cit*., pp. 649-650.

13 IMT, ND 3569-PS.

14 NA Washington, NND 901065, fólder 2; memorias de Traudl Junge, inéditas.

15 Anthony Read y David Fisher, *The Fall of Berlin*, Hutchinson, 1992, pp. 457-461; V.I. Chuikov, *The End of the Third Reich*, Progress Publishers, Moscú, 1978, pp. 213-230; coronel Theodor von Dufving, entrevista personal.

16 Anthony Read y David Fisher, *op. cit*., p. 463; diario de Weidling.

17 Marian G. Streinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz*, Düsseldorf, 1967, p. 107, citado en Michael Bloch, *Ribbentrop*, Bantam, 1992, p. 429.

18 Michael Bloch, *op. cit*., p. 433.

19 SAIC/12; Leonard Mosley, *The Reich Marshal: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974, pp. 322-323; Wolfgang Paul, *op. cit*., p. 265.

20 Burton C. Andrus, *The Infamous of Nuremberg*, Leslie Frewin, 1969, p. 29.

21 H. Montgomery Hyde, *Lord Birkett*, Hamish Hamilton, 1964; Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Hermann Göring*, Heinemann, 1962, p. 351.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

A menos que se indique otra cosa, el lugar de publicación es Londres.

Andrus, Burton C., *The Infamous of Nuremberg*, Leslie Frewin, 1969.

Aronson, Shlomo, *Reinhard Heydrich und die Frühgeschichte von Gestapo und SD*, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1971.

Barraclough, Geoffrey, *The Origins of Modern Germany*, Blackwell, 1979.

Baynes, N.H., ed., *The Speeches of Adolf Hitler, April 1922-August 1939*, 2 vols., Oxford University Press, Oxford, 1942.

Beevor, Antony, *Stalingrad*, Penguin, 1999.

Below, Nicolaus von, *At Hitler's Side: The Memoirs of Hitler's Luftwaffe Adjutant 1937-1945*, Greenhill Books, 2001.

Bennecke, Heinrich, *Hitler und die SA*, Günter Olzog, Munich - Viena, 1962.

Berezhkov, Valentin, *History in the Making*, Progress Publishers, Moscow, 1982.

Berlin Handbuch: Das Lexikon der Bundeshauptstadt, FAB, Berlin, 1992.

Bewley, Charles, *Hermann Göring and the Third Reich: A Biography Based on Family and Official Records*, Devin-Adair, New York, 1962.

Bloch, Michael, *Ribbentrop*, Bantam, 1992.

Blood-Ryan, A.W., *Göring, the Iron Man of Germany*, Long, 1938.

Bodenschatz, Karl, *Jagd in Flanders Himmel*, Knorr und Sirth, Munich, 1935.

Boldt, Gerhard, *Die letzten Tage*, Rowohlt, Hamburgo, 1947.

Boyd, Carl, *The Extraordinary Envoy: General Hiroshi Oshima and Diplomacy in the Third Reich, 1934-1939*, University Press of

America, Washington, 1980.

Bracher, Karl Dietrich, *The German Dictatorship: The Origins, Structure and Consequences of National Socialism*, Penguin, 1991.

Brendon, Piers, *The Dark Valley: A Panorama of the Thirties*, Cape, 2000.

Browder, George C., *Foundations of the Nazi Police State: The Formation of Sipo and SD*, University of Kentucky Press, Lexington, 1990.

_____, *Hitler's Enforcers: The Gestapo and the SS Security Service in the Nazi Revolution*, Oxford University Press, New York, 1996.

Buchheim, Hans, Martin Broszat, Helmut Krausnick y Hans-Adolf Jacobsen, *The Anatomy of the SS State*, Collins, 1968.

Bullock, Alan, *Hitler: A Study in Tyranny*, Penguin, 1983.

_____, *Hitler and Stalin*: *Parallel Lives*, HarperCollins, 1991.

Burckhardt, Carl J., *Meine Danziger* Mission, *1937-1939*, Verlag Georg D.W. Callwey, Munich, 1960.

Burleigh, Michael, *The Third Reich: A New History*, Macmillan, 2000.

Cecil, Robert, *The Myth of the Master Race: Rosenberg and the Nazi Ideology*, Batsford, 1972.

Channon, Henry, *The Ludwigs of Bavaria*, Methuen, 1933.

Chuikov, V.I., *The End of the Third Reich*, Progress Publishers, Moscow, 1978.

Churchill, Winston S., *The Second World War*, vol. 1: *The Gathering Storm;* vol. 2: *Their Finest Hour*, Penguin, 1985.

Ciano, Galleazo, *Ciano's Diary, 1937-1938*, edición de Malcolm Muggeridge, Collins, 1952.

_____, *The Ciano Diaries 1939-1943*, edición de Hugh Gibson, Doubleday, New York, 1946.

Cocks, Geoffrey, *Psychotherapy in the Third Reich: The Göring Institute*, Oxford University Press, New York, 1985.

Cornish, Kimberley, *The Jew of Linz: Wittgenstein, Hitler and their Secret Battle for the Mind*, Century, 1998.

The Crime of Katyn: Facts and Documents, Polish Cultural Foundation, 1965.

Czech, Danuta, *Auschwitz Chronicles, 1939-1945*, I.B. Tauris, 1990.

Dahlerus, Birger, *The Last Attempt*, Hutchinson, 1948.

Dear, I.C.B. y M.R.D. Foot, eds., *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford University Press, Oxford y New York, 1995.

Der Hitler-Prozess, Deutscher Volksverlag, Munich, 1924.

Delmer, Sefton, *Trail Sinister*, Secker & Warburg, 1961.

Deuerlein, Ernst, *Der Aufstieg der NSDAP 1919-1933 in Augenzeugenberichten*, Rauch, Düsseldorf, 1968.

Diels, Rudolf, *Lucifer ante Portas*, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1950.

Dimitrov, Georgi *et al.*, *The Reichstag Fire Trial*, John Lane/The Bodley Head, 1934.

Domarus, Max, ed., *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945*, 4 vols., Süddeutscher Verlag, Munich, 1965.

Erickson, John, *The Road to Stalingrad: Stalin's War with Germany*, vol. 1, Weidenfeld and Nicolson, 1983.

_____, *The Road to Berlin: Stalin's War with Germany*, vol. 2, Weidenfeld and Nicolson, 1983.

Fest, Joachim C., *The Face of the Third Reich*, Weidenfeld and Nicolson, 1970.

_____, *Hitler*, Weidenfeld and Nicolson, 1974.

Fitzsimons, Bernard, ed., *Warplanes and Air Battles of World War II*, Phoebus, 1973.

Fleischhauer, Ingeborg, *Die Chance des Sonderfriedens: Deutschsowjetische Geheimgespräche, 1941-1945*, Siedler, Berlin, 1986.

Foot, M.R.D., *SOE: An Outline History of the Special Operations Executive, 1940-1946*, BBC, 1984.

François-Poncet, André, *The Fateful Years*, Gollancz, 1949.

Frank, Hans, *Im Angesicht des Galgens*, Gräfelfing, Munich, 1953.

French Yellow Book, *Documents Diplomatiques Français, 1938-1939*, Ministère des Affaires Étrangères, Paris.

Frei, Norbert, *National Socialist Rule in Germany: The Führer State, 1933-1945*, Blackwell, 1993.

Frischauer, Willi, *Goering*, Odhams, 1951.

_____, *Himmler: The Evil Genius of the Third Reich*, Odhams, 1953.

Fritzsche, Hans, *The Sword in the Scales –as told to Hildegard Springer*, traducción de Diana Pike y Heinrich Fraeker, Alan Wingate, 1953.

Galland, Adolf, *The First and the Last*, Methuen, 1955.

Gilbert, Felix, ed., *Hitler Directs His War*, Oxford University Press, New York, 1951.

Gilbert, G.M., *Nuremberg Diary*, Eyre & Spottiswoode, 1948.

Gilbert, Martin, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Collins, 1986.

Gisevius, Hans Bernd, *To the Bitter End*, Greenwood Press, Westport, 1975.

Goebbels, Joseph, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich para el Institut für Zeitgeschichte, Munich, en colaboración con el Bundesarchiv, K.G. Saur, Munich, 1987, 1995, 2000.

_____, *Die Zweite Revolution: Briefe an Zeitgenossen*, Zwickau, 1926.

_____, *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei*, Eher, Munich, 1934.

_____, *Revolution der Deutschen: 14 Jahre Nationalsozialismus*, Oldenburg, 1933.

_____, *Kampf um Berlin*, Eher, Munich, 1934.

_____, *My Part in Germany's Fight*, Hurst & Blackett, 1935.

Goldhagen, Daniel Jonah, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Abacus, 1997.

Gordon, Harold J., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton University Press, Princeton, 1972. Graber, G.S., *History of the SS*, Robert Hale, 1978.

Gritzbach, Erich, *Hermann Göring: The Man and his Work*, Hurst and Blackett, 1939.

Grunberger, Richard, *A Social History of the Third Reich*, Penguin, 1974.

Guderian, Heinz, *Panzer Leader*, Ballantine Books, New York, 1952.

Halder, Franz, general, *Kriegstagebuch*, Kohlhammer, Stuttgart, 1963.

_____, *Hitler als Feldherr*, Münchener-Dom Verlag, Munich, 1949.

Hale, Oron J., *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton University Press, Princeton, 1964. Halifax, Lord, *Fulness of Days*, Collins, 1957.

Hanser, Richard, *Prelude to Terror: The Rise of Hitler, 1919-1923*, Rupert Hart-Davis, 1971.

Hanson, Joanna K.M., *The Civilian Population and the Warsaw Uprising of 1944*, Cambridge University Press, 1982.

Hassell, Ulrich von, *The Von Hassell Diaries, 1938-1944*, Hamish Hamilton, 1948.

Hauner, Milan, *Hitler: A Chronology of his Life and Time*, Macmillan, 1983.

Heiber, Helmut, ed., *Reichsführer: Briefe an und von Himmler*, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1968.

_____, *Goebbels Reden, 1932-1939*, Munich, 1971.

_____, *Goebbels Reden, 1939-1945*, Munich, 1972.

Heiden, Konrad, *Geschichte des Nationalsozialismus*, Rowohlt, Berlin 1932.

_____, *Der Führer*, Gollancz, 1944.

Henderson, sir Nevile, *Failure of a Mission*: *Berlin, 1938-1939*, Hodder and Stoughton, 1940.

Herwarth, Hans von, con S. Frederick Starr, *Against Two Evils*, Rawson, Wade; New York, 1981.

Hesse, Fritz, *Hitler and the English*, Wingate, 1954.

Heston, Leonard y Renata, *The Medical Casebook of Adolf Hitler*, Kimber, 1979.

Heydrich, Lina, *Leben mit einem Kriegsverbrecher*, Verlag W. Ludwig, Pfaffenhofen, 1976.

Hildebrand, Klaus, *The Third Reich*, Routledge, 1991.

Hitler, Adolfo, *Mein Kampf*, Hutchinson, 1969.

_____, *Hitler's Secret Conversations*, Signet, New York, 1961.

_____, *The Testament of Adolf Hitler: The Hitler-Bormann Documents*, Cassell, 1961.

_____, *Hitler. Reden, Schriften, Anordnungen: Februar 1925 bis Januar 1933*, 5 vols., Institut für Zeitgeschichte, Munich, 1992-1998.

Hoffmann, Heinrich, *Hitler Was My Friend*, Burke, 1955.

Hoffmann, Peter, *The History of the German Resistance*, Macdonald and Jane's, 1977.

_____, *Hitler's Personal Security*, MIT, Cambridge, 1979.

Höhne, Heinz, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Secker & Warburg, 1969.

Höss, Rudolf, *Commandant of Auschwitz*, Weidenfeld and Nicolson, 1959.

Hyde, H. Montgomery, *Lord Birkett*, Hamish Hamilton, 1964.

Irving, David, *The War Path: Hitler's Germany*, 1933-1939, Macmillan, 1983.

_____, *Hitler's War*, Macmillan, 1983.

_____, *Göring*, Macmillan, 1989.

Isherwood, Christopher, *Berlin Stories*, New Directions, New York, 1963.

Jäckel, Eberhard y Exel Kuhn, eds., *Hitler: Sämtliche Aufzeichnungen, 1905-1924*, Stuttgart, 1980.

Jochmann, Werner, ed., *Nationalsozialismus und Revolution: Ursprung und Geschichte der NSDAP in Hamburg, 1922-1933. Dokumente*, Francfurt am Main, 1963.

Keegan, John, *The First World War*, Pimlico, 1999.

Keitel, Wilhelm, mariscal de campo, *Memoirs*, Kimber, 1965.

Kelley, Douglas M., *22 Cells in Nuremberg*, W.H. Allen, 1947.

Kershaw, Ian, *Hitler, 1889-1936: Hubris*, The Penguin Press, Allen Lane, 1998.

_____, *Hitler, 1936-1945:* Nemesis, The Penguin Press, Allen Lane, 2000.

Kersten, Felix, *The Kersten Memoirs, 1940-1945*, Hutchinson, 1956.

Klotz, Helmut, *The Berlin Diaries*, Jarrolds, 1934.

Knopp, Guido, *Hitlers Helfer*, Goldmann, Munich, 1996.

Koch, H.W., ed., *Aspects of the Third Reich*, Macmillan, 1985.

Koehl, R.L., *The Black Corps: The Structure and Power Struggles of the Nazi SS*, University of Wisconsin Press, Madison, 1983.

Koller, Karl, *Der letzte Monat*, Bechtle, Munich, 1985.

Kordt, Erich, *Nich aus den Akten: Die Wilhelmstrasse in Frieden und Krieg*, Stuttgart, 1950.

Large, David Clay, *Between Two Fires: Europe's Path in the 1930s*, Norton, New York, 1990.

Lewin, Ronald, *Ultra Goes to War: The Secret Story*, Hutchinson, 1978.

Lifton, Robert Jay, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, Basic Books, New York, 1986.

Ludecke, Kurt, *I Knew Hitler*, Jarrolds, 1938.

MacDonald, Callum, *The Lost Battle: Crete, 1941*, Macmillan, 1993.

McGovern, James, *Martin Bormann*, Arthur Barker, 1968.

Manvell, Roger y Heinrich Fraenkel, *Doctor Goebbels: His Life and Death*, Heinemann, 1960.

_____, *Hermann Göring*, Heinemann, 1962.

_____, *Heinrich Himmler*, Heinemann, 1965.

_____, *Adolf Hitler: The Man and the Myth*, Granada, 1978.

Marley, Lord, *The Brown Book of the Hitler Terror and the Burning of the Reichstag*, John Lane/The Bodley Head, 1933.

Maser, Werner, *Die Frühgeschichte der NSDAP: Hitlers Weg bis 1924*, Athenäum, Francfurt, 1965.

Meissner, Hans-Otto, *Magda Goebbels: A Biography*, Sidgwick & Jackson, 1980.

Mosley, Leonard, *The Reich Marshal: A Biography of Hermann Goering*, Weidenfeld and Nicolson, 1974.

Müller, Karl-Alexander von, *Im Wandel einer Welt. Erinnerungen, 1919-1932*, Munich, 1966.

Nazi-Soviet Relations, 1939-1941. Documents from the Archives of the German Foreign Office, Departamento de Estado de Estados Unidos, Washington, 1948.

Noakes, J. y G. Pridham, eds., *Documents on Nazism*, Jonathan Cape, 1974.

_____, *Nazism. 1919-1945: A Documentary Reader*, 4 vols., Exeter, 1983-1998.

Oven, Wilfred von, *Mit Goebbels bis zum Ende*, 2 vols., Dürer, Buenos Aires, 1949-1950.

Overy, Richard, *Goering: The "Iron Man*", Routledge & Kegan Paul, 1984.

_____, *Why the Allies Won*, Jonathan Cape, 1995.

_____, *Interrogations: The Nazi Elite in Allied Hands, 1945*, The Penguin Press, Allen Lane, 2001.

Padfield, Peter, *Himmler: Reichsführer-SS*, Macmillan, 1990.

_____, *Hess: Flight for the Führer*, Weidenfeld and Nicolson, 1991.

Papen, Franz von, *Memoirs*, Deutsch, 1952.

Paul, Wolfgang, *Hermann Göring: Hitler Paladin or Puppet?*, Arms and Armour, 1998.

Pick, F. W., *The Art of Dr. Goebbels*, Robert Hale, 1942.

Polish White Book, *Documents Diplomatiques, 1938-1939: Official Documents Concerning Polish-German and Polish-Soviet Relations*, Ministerio del Exterior de Polonia.

Price, Morgan Philips, *Dispatches from the Weimar Republic*, Pluto Press, 1999.

Read, Anthony y David Fisher, *The Deadly Embrace: Hitler, Stalin and the Nazi-Soviet Pact, 1939-1941*, Michael Joseph, 1988.

_____, *Kristallnacht: Unleashing the Holocaust*, Michael Joseph, 1989.

_____, *The Fall of Berlin*, Hutchinson, 1992.

Reck-Malleczewen, Friedrich, *Diary of a Man in Despair*, Duck Editions, 2000.

Reimann, Viktor, *The Man Who Created Hitler: Joseph Goebbels*, Kimber, 1976.

Reuth, Ralf Georg, *Goebbels: The Life of Joseph Goebbels, the Mephistolean Genius of Nazi Propaganda*, Constable, 1993.

Rhodes James, Robert, ed., *Chips: The Diaries of Sir Henry Channon*, Weidenfeld and Nicolson, 1976.

Ribbentrop, Joachim von, *The Ribbentrop Memoirs*, Weidenfeld and Nicolson, 1954.

Rich, Norman, *Hitler's War Aims*, 2 vols., W.W. Norton, New York, 1973-1974.

Richie, Alexandra, *Faust's Metropolis: A History of Berlin*, Harper Collins, 1998.

Riess, Curt, *Joseph Goebbels*, Hollis and Carter, 1949.

Röhm, Ernst, *Die Geschichte eines Hochverräters*, Eher, Munich, 1930.

Rommel, Erwin, mariscal de campo, *The Rommel Papers*, Collins, 1953.

Rosenbaum, Ron, *Explaining Hitler: The Search for the Origins of his Evil*, Macmillan, 1998.

Ryan, Cornelius, *The Last Battle*, Collins, 1966.

Schacht, Hjalmar, *Account Settled*, Weidenfeld and Nicolson, 1948.

_____, *My First Seventy-Six Years*, Weidenfeld and Nicolson, 1955.

Schellenberg, Walther, *The Schellenberg Memoirs*, André Deutsch, 1956.

Schlabrendorff, Fabian von, *Revolt Against Hitler*, Eyre and Spottiswoode, 1948.

Schmidt, Paul, *Hitler's Interpreter*, Heinemann, 1951.

Semmler, Rudolf, *Goebbels – The Man Next to Hitler*, Westhouse, 1947.

Sereny, Gitta, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Picador, 1996.

Shirer, William L., *The Rise and Fall of the Third Reich*, Pan Books, 1981.

_____, *The Nightmare Years, 1930-1940*, Bantam, New York, 1985.

_____, *Berlin Diary*, Bonanza Books, New York, 1984.

Sommer, Erich F., *Das Memorandum: Wie der Sowjetunion der Krieg erklärt wurde*, Herbig, Munich, 1981.

_____, *Botschafter Graf Schulenburg: Der letzte Vertreter des Deutschen Reiches in Moskau*, MUT, Asendorf, 1987.

Snyder, Louis L., *Hitler's Elite: Biographical Sketches of Nazis who Shaped the Third Reich*, David & Charles, 1990.

Speer, Albert, *Inside the Third Reich*, Sphere, 1983.

Stachura, Peter D., *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, Allen & Unwin, 1983.

Stein, G.H., *The Waffen SS*, Oxford University Press, Oxford, 1966.

Stone, Norman, *Hitler*, Hodder & Stoughton, 1980.

Strasser, Otto, *Hitler and I*, Jonathan Cape, 1940.

_____, *Mein Kampf: Eine politische Autobiographie*, Heinrich Heine, Francfurt, 1969.

Studnitz, Hans-Georg von, *While Berlin Burns*, Weidenfeld and Nicolson, 1953.

Taylor, A.J.P., *The Origins of the Second World War*, Penguin, 1964.

Tobias, Fritz, *Der Reichstagsbrand*, G. Groete'sche Verlagsbuchhandlung, Rastatt, 1962.

Toland, John, *Adolf Hitler*, Doubleday, 1976.

_____, *The Last 100 Days*, Random House, New York, 1966.

Trevor-Roper, H. R., ed., *Hitler's Table Talk*, Weidenfeld and Nicolson, 1953.

_____, *The Bormann Letters*, Weidenfeld and Nicolson, 1954.

_____, *The Last Days of Hitler*, Macmillan, 1987.

Tusa, Anne y John, *The Nuremberg Trial*, Macmillan, 1983.

Vat, Dan van der, *The Good Nazi: The Life and Lies of Albert Speer*, Houghton Mifflin, New York, 1997.

Warlimont, Walter, *Inside Hitler's Headquarters, 1939-1945*, Weidenfeld & Nicolson, 1964.

Weizsäcker, Ernst von, *Memoirs*, Gollancz, 1951.

Welles, Sumner, *The Time for Decision*, Harper, New York, 1944.

Whaley, Barton, *Codeword Barbarossa*, MIT Press, Cambridge, 1973.

Wheatley, Ronald, *Operation Sea Lion*, Clarendon Press, Oxford, 1958.

Whiting, Charles, *The Hunt for Martin Bormann: The Truth*, Leo Cooper, 1996.

Wighton, Charles, *Heydrich: Hitler's Most Evil Henchman*, Odhams, 1962.

Wilamowitz-Moellendorff, Fanny von, *Carin Göring*, Martin Warneck, Berlin, 1934.

Willemer, William, *The German Defence of Berlin*, HQ USAREUR, Berlin, 1953.

Winterbotham, F.W., *The Ultra Secret*, Futura, 1975.

Young, *Desmond*, *Rommel*, Collins, 1950.

Anthony Read nació en 1935. Es autor de libros de no-ficción sobre temas históricos, específicamente sobre la Segunda Guerra Mundial. También ha escrito alrededor de 200 guiones para televisión. Antes de dedicar todo su tiempo a escribir, fue publicista, periodista, editor y productor de TV. Desde hace unos años mantiene una productiva alianza de trabajo con David Fisher. Juntos han publicado numerosas obras, entre ellas: *Fall of Berlin; Deadly Embrace: Hitler, Stalin and the Nazi-Soviet Pact, 1939-1941; The Proudest Day: India's Long Road to Independence; Operation Lucy: The Most Secret Spy Ring of the Second World War; Berlin Rising: Biography of a City; Colonel Z: The Secret Life of a Master of Spies* y *Kristallnacht: The Nazi Night of Terror*.

LOS DISCÍPULOS DEL DIABLO
El círculo íntimo de Hitler

Título original: THE DEVIL'S DISCIPLES. The Lives and Times of Hitler's Inner Circle

Tradujo: Enrique Mercado de la edición en inglés de Jonathan Cape, London

Blvd. Manuel Ávila Camacho 76, piso 10
Col. Lomas de Chapultepec
Miguel Hidalgo, C.P. 11000, México, D.F.
Tel. (55) 9178 5100
info@oceano.com.mx
www.oceano.mx

Primera edición en libro electrónico: marzo, 2014

eISBN: 978-607-735-227-3

Libro convertido a ePub por:
Information Consulting Group de México

Document Outline